

HISTORIA
DE
NUESTRO SEÑOR
JESUCRISTO.
EXPOSICION
DE LOS SANTOS EVANGELIOS,

POR
M. J. E. DARRAS.

CANÓNICO HONORARIO DE AJACCIO Y DE QUIMPER, Y AUTOR DE LA GRANDE HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA.
DESDE LA CREACION HASTA NUESTROS DIAS.

OBRA EN QUE SE REPUTAN COMPLETAMENTE LAS OBJECIONES ANTIGUAS
Y MODERNAS DIRIGIDAS CONTRA LA VIDA DE N. S. JESUCRISTO, Y ESPECIALMENTE LAS
CONSIGNADAS POR M. RENAN EN SU ÚLTIMO LIBRO.

TRADUCIDA AL CASTELLANO
Y ANOTADA, EN VISTA DE LAS OBRAS MAS IMPORTANTES PUBLICADAS ÚLTIMAMENTE EN EUROPA,
POR

D. JOSE VICENTE Y CARAVANTES,

DOCTOR EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



MADRID:

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Principe, número 4.

—
1865.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

La *Historia de Nuestro Señor Jesucristo*, escrita por el sabio canónico M. Darras, es acaso la mas importante de cuantas se han publicado en el presente siglo, satisfaciendo una de las necesidades mas imperiosas de nuestra época.

Despues de los estudios y esfuerzos hechos, para desnaturalizar y falsificar completamente la vida de Nuestro Señor Jesucristo, por las funestas escuelas naturalista y mítica de los Paulus y de los Strauss, y por la no menos fatal escuela crítica de Tubinga y sus sectarios Baur, Reus, Reville, Scherer, d'Eichthal y tantos otros corifeos de las nuevas doctrinas, y especialmente, despues de la última manifestacion del racionalismo, efectuada por M. Renan en su libro que lleva por título: *Vida de Jesus*, era absolutamente necesario escribir una obra en que se consignara y espusiera clara y completamente los hechos evangélicos que constituyen la verdadera Historia de nuestro divino Redentor, bajo el aspecto crítico, apologético y filosófico, conciliando los textos con la exégesis, y desarrollando y esponiendo el dogma y la moral cristianas en todo su esplendor y pureza, y en sus aplicaciones á la esfera social y política, al paso que se refutara y destruyese radicalmente en esta obra, cuantos errores, objeciones, sofismas y calumnias han opuesto en contrario los nuevos incrédulos.

Gran parte de escritores católicos han tratado de atender á este objeto en los últimos años, y especialmente desde la publicacion de la nueva obra de M. Renan, saliendo, con sus luminosos escritos, al encuentro de aquellas funestas doctrinas. Unos, como el abate Freppel, Augusto Nicolás, monseñor Plantier y el padre Delaporte juzgaron mas breve y espedito limitarse á escribir refutaciones mas ó menos estensas de las doctrinas de M. Renan. Otros, como M. Wa-

lon y M. Parisís, creyeron mas conveniente restablecer, segun los Evangelios, los hechos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo alterados por el nuevo sofista. Mas no permitiendo, tal vez, á estos escritores su ardiente ansiedad por ofrecer al público el oportuno correctivo lo mas pronto posible, tomarse todo el tiempo necesario para adquirir, examinar y meditar con toda detencion y sosiego los datos y documentos que requería una obra profunda y completa de historia y de polémica á un tiempo mismo sobre tan importante asunto, y proponiéndose particularmente rebatir los errores que contenía la de M. Renan, hubo de notarse en sus escritos algunos vacíos y omisiones de importancia y aun faltas de erudicion y de datos notables.

La presente Historia del abate Darras carece de estos defectos, al paso que llena cumplidamente los dos fines que llevamos referidos. Y en verdad, consagrado su ilustre autor por espacio de largos años á escribir su grande *Historia general de la Iglesia*, de que forma parte la presente, había reunido, por medio de esquisitas investigaciones, la multitud de datos y documentos necesarios para una obra de tan grande aliento; había estudiado, con toda tranquilidad y tiempo, los espositores de los libros sagrados y las obras de los mas célebres filósofos del mundo católico; interrogado los monumentos antiguos descubiertos últimamente por la ciencia que atestiguan á maravilla la veracidad histórica de los textos evangélicos, y examinado las objeciones de la incredulidad moderna para rebatirlas y pulverizarlas completamente.

Tales eran las felices disposiciones y las ventajosas circunstancias en que se hallaba M. Darras al aparecer la nueva obra de M. Renan sobre la Vida de Jesus. Aprovechando, pues, nuestro ilustre escritor los grandes elementos científicos que ya poseía, y redoblando nuevamente sus estudios y esfuerzos, le ha sido posible escribir una Historia de Nuestro Señor Jesucristo, notabilísima por mas de un concepto. Suma exactitud en la esposicion y concordancia de los cuatro Evangelios; gran saber y acierto en la esplicacion del significado y transcendencia de los hechos á que se refiere; profundas y eruditas investigaciones filológicas de las raíces hebreas y griegas y de las variantes de sus versiones á las lenguas orientales ó á la Vulgata latina, para inducir aclaraciones y esplicacio-

nes luminosísimas de pasajes y textos de grande importancia; sumo conocimiento de los sucesos históricos y de las instituciones y costumbres contemporáneas; un intenso estudio de la patrología griega y latina, no menos que de la literatura rabínica; solidez y fuerza de lógica y de raciocinio y suma energía en la poderosa dialéctica de que se vale para rebatir los argumentos de los nuevos racionalistas; grande elevacion de miras y un estilo nervioso al par que elegante: tales son las principales y sobresalientes dotes que dominan en toda esta obra.

El mundo católico ha acogido, pues, con general entusiasmo tan notable trabajo, no habiendo vacilado en tributarle los mayores elogios aun los mismos escritores que han dado á luz obras análogas. Asi, M. Veuillot ha reconocido en la última edicion de su *Vida de Jesucristo*, «hallarse en la bella y completa historia de Nuestro Señor Jesucristo, que M. Darras publica en este momento, escelentes respuestas á todas las objeciones antiguas renovadas en el dia,» y el señor obispo de Quimper ha demostrado su entusiasmo por esta historia en una carta dirigida ásu editor francés, que va impresa á continuacion de esta advertencia.

Habiéndose publicado en la Europa sabia simultáneamente á esta obra, estudios y trabajos parciales importantísimos sobre los hechos que constituyen la *Historia de Nuestro Señor Jesucristo* y contra las doctrinas de los nuevos incrédulos, hubiéramos creído incurrir en una negligencia culpable, sino hubiésemos enriquecido la obra de M. Darras, por medio de notas é ilustraciones, con los preciosos tesoros de erudicion y ciencia que aquellos nos ofrecian, y en especial los notabilísimos de Riggenbach y Luthard, publicados en Alemania, de Ghiringhello y de Cavedoni, dados á luz en Italia, y del padre Gratry, M. Wallon y el padre Félix, y tantos otros insignes escritores católicos de la vecina Francia.

Finalmente, en cuanto á la traduccion de los textos sagrados, teniendo en cuenta el gran respeto que les son debidos, hemos adoptado, concordándolas, las sabias versiones, autorizadas por la potestad eclesiástica, de los padres Scio, Amat y Petit.

ADVERTENCIA DEL EDITOR FRANCES.

He recibido la carta siguiente :

Quimper, etc.

«MUY SEÑOR MIO :

»El abate Darras ha tenido la complacencia de comunicarme las pruebas de su cuarto volúmen de la *Historia general de la Iglesia*, que contiene la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*.

»Despues de haber leído con un vivo interés este importante y extenso trabajo, ha sido mi primer idea empeñar á su autor á formar con él una obra dispuesta de modo que pueda darse al público por separado: bien entendido que esto habia de ser sin lastimar en lo mas mínimo los derechos de V., y solamente despues de haber aparecido esta obra en su forma de cuarto volúmen de aquella publicacion.

»M. Darras me ha contestado como yo esperaba, que esto dependia de V. únicamente. Asi, pues, me dirijo á V. y creo conocerle sobrado tiempo para dudar de su asentimiento.

»No le detengan á V. los gastos de una segunda edicion, pues debe V. considerar únicamente que responde á las necesidades del dia, y que será útil á muchas personas á quienes por falta de tiempo y de recursos no les es posible leer esta obra, ni comprar la grande Historia de M. Darras. Puede V. estar seguro de que no quedará esta edicion en sus almacenes. Deberá formar dos volúmenes al alcance de todo el mundo y que serán sumamente solicitados, porque se hallan en ella, desde la primera página hasta la última, las cualidades requeridas para una lectura de erudicion, de piedad y hasta de recreo. En ella se presentan los hechos evangélicos con

las mismas palabras del texto sagrado ; difundiendo tan brillante luz las esplicaciones de los Padres de la Iglesia , las noticias tomadas de los autores profanos , y el profundo conocimiento de los acontecimientos históricos, que con una sola espresion y una sola palabra se ve brillar, no solamente la autenticidad de la narracion divina, sino tambien las pruebas mas claras y palpables.

»Reciba V. anticipadamente mis felicitaciones, aceptando los afectuosos sentimientos con los cuales, etc. ,

† RENATO, OBISPO DE QUIMPER. »

Los consejos del ilustre y venerable prelado Monseñor de Quimper serán siempre órdenes para mí, pues no tengo otro deseo mas íntimo que contribuir en cierto modo á la defensa de la verdad.

Así, pues, he hecho reimprimir por separado en dos volúmenes las partes de la *Historia eclesiástica*, que contienen la *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*.

He deseado hacer mas aun : á fin de que todo el mundo pueda procurarse un libro, cuya utilidad nos señala una autoridad tan respetable, he fijado un precio reducido á cada volumen de esta obra, esperando que el público cristiano comprenderá los motivos que me han inducido á ello, y que tratará por iguales razones de dar á conocer y propagar la verdadera *Historia de Nuestro Señor Jesucristo*, historia que no deja sin contestacion ninguna de las objeciones formuladas por el autor de la *Vida de Jesus*.

L. VIVES.

Paris, etc.

INTRODUCCION.

EL MUNDO ANTES DE JESUCRISTO.

Dos nombres resumen todo el movimiento del pensamiento y de las civilizaciones greco-paganas; Atenas y Roma. Bajo el punto de vista geográfico, realizó la primera de estas capitales intelectuales, la universalidad de la dominacion, en tiempo de Alejandro; la segunda, en tiempo de Augusto. Vencida Atenas como poder, fue absorbida en la vasta unidad romana; pero triunfó la idea griega de los vencedores de Atenas, de suerte que reinaron en las orillas del Tíber y en las riberas del Eurotas, en dos idiomas diferentes, la misma teología, el mismo culto, la misma filosofía y las mismas doctrinas. El siglo de Augusto no fue mas que una reduccion del de Pericles. La musa de Teócrito y de Eurípides hablaba el latin de Virgilio y de Séneca el trágico; Horacio no valia lo que Píndaro, y Ciceron intentando trasladar al Foro la elocuencia de Demóstenes, no pudo conservar el varonil vigor de su modelo. Tal cual es no obstante, el brillo literario del siglo de Augusto, ha deslumbrado por largo tiempo las miradas mas firmes, y ha conseguido alucinar generalmente, cubriendo lo ignominioso del fondo con la riqueza de la forma. Aun en el dia es muy comun elogiar hasta lo sumo la grandeza moral, la poderosa civilizacion, las instituciones, las costumbres y las leyes de lo que el énfasis clásico llama por excelencia: la Antigüedad. Pero si realizó el mundo pagano el ideal de la perfeccion humana, ¿qué venia á hacer aquí el Cristo Redentor, el Verbo «cuya luz ilumina á todo hombre que viene á este mundo¹»? ¿Dónde estaban «los pueblos sentados en las tinieblas, en la region de las sombras de la muerte²,» á quienes debía iluminar el esplendor de la Encarnacion divina, segun el oráculo de Isaías? ¿Si merece todos los elogios que se le han tributado con sobrada liberalidad la antigüedad greco-romana; son unos impostores los profetas; la espectacion de los pueblos fue una alucinamiento, el Mesías una superfluidad, y una barbarie el Evangelio! La

¹ Juan I, 9. — ² Isaías, IX, 2.

cuestion merece la pena de examinarse. Busquemos, pues, bajo las flores de la poesía, bajo el ritmo de la prosa, al par que bajo las guirnal-das y los dorados de los templos paganos; toquemos tras de la máscara la realidad; penetremos estos misterios infames y separemos toda clase de velos, en cuanto lo permite el pudor cristiano. Conviene sondear las llagas que venia á curar el Salvador, llagas sangrientas que no pudo cicatrizar el óleo de la sabiduría antigua, que no pudo cerrar el bálsamo de las literaturas paganas, que no consiguieron mas que hacer revivir todos las mitologías del politeismo ¹.

La teología greco-romana provino directamente de Sodoma, puesto que procede de la ausencia de Dios, para ir á terminar en la corrupcion mashorrible que existió nunca. La ausencia de Dios, en las sociedades paganas, admirará tal vez á algunos entendimientos superficiales que han retenido, sin comprenderlo, un dicho célebre de Bossuet, que caracteriza perfectamente al politeismo. «Todo era Dios, escepto Dios mismo» ha dicho el gran obispo de Meaux. Y en efecto, Júpiter, el parricida, el raptor de Ganimedes, el seductor de Leda, el infiel esposo de Juno, poblado el cielo con sus disoluciones y la tierra con sus víctimas, Júpiter era Dios. Siendo partícipe de su trono eterno, Juno, su compañera, no pudo hallar la felicidad en este enlace divino. Así es que se indemnizaba, por medio de su orgullo, de los ultrajes inferidos á su belleza, y hallaba el secreto de dar á Júpiter un hijo, cuyo padre ha quedado desconocido, vengando el nacimiento de Marte al de Minerva y siendo todo estos dioses. Tal era el tipo divinizado de la familia que las teogonías de Homero y Hesiodo colocaban en la cumbre del Olimpo y proponian á la adoracion del género humano. Todo el sistema de la mitología griega y romana se refiere á este interior doméstico ideal. Minos, Eaco y Radamanto, jueces de los infiernos, eran fruto de una union sin nombre en nuestras lenguas modernas. Su madre era Europa, su padre un toro, metamórfosis bestial de Júpiter. Apolo y Diana, divinidades de segundo orden, procedian de un adulterio del padre de los Dioses con Latona; Mercurio, el ladron celestial, era hijo de Maya; Baco, la embriaguez deificada, tenia por madre á Semele; Alcmena daba á luz á Hércules, la fuerza erigida en divinidad. Pero Júpiter era el padre de toda esta infame generacion, en medio de la cual se ostentaba la impudicia, adorada con el nombre de Vénus. Hé aquí las divinas imágenes que poblaban con sus estatuas, con sus templos y enseñanzas, el mundo griego y romano. «Nadie las tomaba por lo serio, dice Varron; considerábaselas como fuerzas diferentes de la naturaleza. Solo el mundo era Dios ²» En otras palabras, Dios habia desaparecido del mundo.

¹ Isaías, I, 6. — ² Varron, citado por San Agustin, *De civitate Dei*, lib. VII, cap. IX.

Pero ¿es cierto, como dice Varron, que «nadie tomó por lo sério estas teogonías,» en las que llega la falta de pudor al último límite de la demencia? Diez siglos de degradacion moral van á contestarnos. Los misterios de Eleusis, de Baco y de la gran Diosa, resumian para los iniciados toda la sublimidad de las enseñanzas teológicas. ¿Qué eran estos misterios? Traslado aquí las palabras de San Agustin para cubrir con la autoridad de este ilustre doctor revelaciones de tal naturaleza. Hé aquí como se explica: «Me ruboriza tener que hablar de los misterios de Baco; pero es preciso para confundir tan arrogante estupidez.» «Entre los numerosos ritos que me veo obligado á omitir, nos dice Varron que se celebraban las fiestas de Baco con tal cinismo, que se presentaba en honor suyo, para que la adorase la asamblea, una figura inmundada. Este culto, desdeñando el pudor del secreto, ostentaba á la luz del sol el triunfo de la infamia. La horrible representacion era paseada en una carroza, recorría los alrededores de Roma, y entraba en la ciudad en medio de una inuchedumbre ébria de vino y de disolucion. A estas fiestas se consagraba todo un mes, hasta que habia atravesado el Foro el ídolo monstruoso para entrar en su santuario. Anteriormente era preciso que lo coronara en público con sus propias manos la madre de familia mas honrada ¹.» Hé aquí cómo se consideraban seriamente las divinidades del Olimpo. El mundo entero se modeló sobre la imagen del cielo pagano, siendo la tierra un vasto teatro de infamias. Por mas que ahora cubran los poetas con flores estas inmundicias de la teología politeísta, jamás conseguirán disfrazarlas. ¿Qué digo? Lejos de tratar de disimularlas, las enseñan *ex profeso* todos los literatos griegos y romanos. No siempre ha celebrado la lira de Virgilio las praderas y los bosques; á veces ha repetido inspiraciones que hubieran sido admiradas en Gomorra ². Háse derramado el néctar de Homero en la copa del padre de los Dioses por otras manos que las de Hebe. Cornelio Nepote se encarga de enseñar á nuestra juventud estudiosos secretos que deshonoran á Alcibiades, Sócrates y Platon ³. Ciceron, el grave moralista, ha escrito estas palabras: *Nobis qui, concedentibus philosophis antiquis, adolescentulis delectamur, etiam vitia sæpè jucunda sunt* ⁴. ¡Jamás consentirá en traducir estas palabras latinas una pluma cristiana! Quinto Curcio es tambien indiscreto respecto de Alejandro ⁵ y Pausanias ⁶. No es mas reservado Salustio respecto de Catilina ⁷. Solon constituye un privilegio de esta infamia en favor de los hombres libres, excluyen-

¹ August. *De civit Dei*, lib. VII, cap. XXI. — ² Virg. *Eglog.* II. — ³ Corn. Nepot. *Alcibiadis Vita*, cap. II, sub fine. — ⁴ *De Nat. Deorum*, lib. I, cap. XXIII. — ⁵ Quint. Curt. edit. Lecoffre, *ad usum lyronum*, 1851, pág. 366, 367. — ⁶ Quint. Curt. edit. Delalain, 1920, pág. 10. — ⁷ Salust. *Catilina*, edit. Hachette, 1851, cap. XIII, pág. 18.

do á los esclavos ¹. César se aprovecha de él ámpliamente, prohibiéndonos insistir en ello un proverbio tan famoso como su nombre ². «Si César ha dominado á las Galias, Nicomedes ha dominado á César ³» Plinio el jóven nos dice lo mismo de Ciceron ⁴. Todas las poesías de Píndaro no borrarán el oprobio que ha inferido á su memoria el nombre de Teoxenes ⁵; todas las odas de Horacio no harán olvidar á Ligurino. Antinoo tuvo altares en tiempo de Adriano y de Trajano. El modelo de los emperadores no fue mas escrupuloso que Plinio el Jóven, su panegirista.

La ausencia de Dios se traducía en este mundo degenerado por la ausencia del alma. ¿Qué habia llegado á ser la dignidad humana, en este desbordamiento sin nombre que mancilló las memorias mas gloriosas? No tenemos valor, despues de tan horribles pormenores, de considerar por el lado ridículo, una religion que autorizaba con el ejemplo de los dioses, semejantes infamias entre los hombres. Los graves romanos llevaban en pos de sus ejércitos pollos sagrados para proveer á cada instante á la necesidad de los arúspices, pues de lo contrario hubiera podido suceder, que en el momento de consultar á los dioses, no se hubiera encontrado otras aves, y hubiera tenido que suspenderse las operaciones militares. Colocábase, pues, delante de los pollos sagrados fuera de su jaula cierta cantidad de granos que era el pasto ritual: *offa pultis*. Si los volátiles se precipitaban ávidamente sobre el alimento, y en especial, si en su afán y premura dejaban caer granos en tierra, se habia efectuado el *Tripudium*, esto es, el auspicio mas favorable. En el caso contrario, si rehusaban los pollos el alimento, si se obstinaban en permanecer en su jaula, era el auspicio desgraciado y reprobada la empresa. ¿Y quién nos da oficialmente estos pormenores? Ciceron que era augur aunque no creia en ellos, puesto que nos dice en una de sus obras que no podian mirarse sin reirse dos arúspices. Pero era preciso que creyera la plebe romana, para que permaneciese dominada por estos sacerdotes sin fe, que hacian profesion de especular con la credulidad del vulgo.

¿Mas, por lo menos nos indemnizaran los filósofos de estas vergonzosas y ridículas supersticiones? La filosofía que se separa de una fe religiosa no es mas que el movimiento perpétuo de la ignorancia humana, agitándose sobre sí misma y cayendo siempre en el vacío. El materialismo fue el primer punto de partida de la filosofía griega. Thales de Mileto (600), fundador de la escuela Jónica, colocó el principio del

¹ Plutarco, *In Solon*, n. 1. — ² Plutarco, *Parall. de César y de Alex.*, n. 5. — ³ Xiphil. et Dio., pág. 19. — ⁴ *Epist.*, lib. VII, epist. IV, *Ad Pontium*, edit, Milan, 1601. — ⁵ *Valer. Maxim.*, lib. IX, cap. XII.

mundo en los dos elementos generadores, el agua y lo humedo. Esto era un absurdo en física y una blasfemia en religion. Pitágoras (608-500), padre de la escuela Itálica, despues de haber recorrido el Oriente, y héchose iniciar en los misterios de Baco y de Orfeo, repudió la física incompleta de Thales, sustituyendo á ella un sistema matemático en que Dios es solo una mónada absoluta, el alma un número viviente, el mundo un conjunto armonioso de números reunidos. La escuela de Elea (500) con sus jefes, Xenofanes, Parmenides y Zenon, desarrolló el gérmen panteístico de las dos filosofías precedentes. El mundo entero, ser colectivo, omnipotente, inmutable, eterno, fue proclamado Dios. Leucipo descompuso esta vasta divinidad en átomos que se movian eternamente, en número infinito, en el vacío. Cada uno de estos átomos era una fraccion de Dios. La escuela de los sofistas (siglo V antes de Jesucristo), vino en breve á sacar la consecuencia práctica de estas estravagancias. Gorgias Leontino, Protágoras de Abdera, Prodicó de Ceos, Hipias de Elis, Trasimaco, Eutidemo enseñaron que la verdad y el error eran dos términos igualmente desprovistos de significacion y de realidad. El escepticismo llegó á ser la última palabra de la razon humana. A esta gloriosa conquista fueron á terminar los trabajos del primer período filosófico en Grecia. Tal vez nunca hubiera salido de este caos la sabiduría antigua sin la reaccion maravillosa de Sócrates y de Platon, su discípulo (470-400). La aparicion de estos dos genios poderosos coincide con el período de la dispersion del pueblo judío en tiempo de los Acheménides. Sin embargo, á pesar de su elevacion incontestable y de las numerosas relaciones que ofrecen con la revelacion mosaica, las doctrinas de Sócrates sobre la inmortalidad del alma, la unidad y la providencia divinas son mas bien rasgos y como relámpagos de verdad que no forman un conjunto ordenado, definido y compacto¹. «Debemos necesariamente, decia Sócrates

¹ En efecto, sabido es que si bien algunos talentos privilegiados de la antigüedad espusieron doctrinas análogas á las sublimes verdades de la revelacion, en medio del politeísmo en que se habian amamantado, estas doctrinas tuvieron su origen en el pueblo hebreo, por quien llegaron á su conocimiento. Sabido es que Platon aprendió su doctrina del Dios único, en Egipto, donde estudió la geografia, y en Caldea, donde estudió la astronomía. Ciceron, que llegó en el *Sueño de Scipión* casi hasta los umbrales de la verdad sobre el dogma de la inmortalidad del alma, adquirió estas luces de un maestro de los Scipiones, que era hebreo. Suetonio, Tácito y Josefo se autorizaron con los oráculos judios, los cuales fueron recogidos con el nombre de Sibilas, al repetir la grande espectacion del género humano sobre la venida del Mesias. Virgilio al predecir en su célebre egloga 4.^a *Sicelides musa*, la venida del Dios uno, que habia de traer al mundo la edad de oro, se instruyó de este misterio en Roma misma, por Pollion, á quien dedicó aquella egloga, que compuso poco despues de haber ido á Roma y hospedádose en casa de Pollion Herodes el Grande, rey de Judea, por quien supo

tes, esperar un doctor desconocido que venga á enseñarnos cuáles deben ser nuestros sentimientos para con los dioses y los hombres.»— «¿Cuándo vendrá este maestro? replicaba Alcibiades. ¡Con qué gozo le saludaré, sea quien fuere !» La gloria filosófica de Sócrates consiste precisamente en haber proclamado la impotencia de la filosofía humana. Partiendo del conocimiento del hombre, en sus dos naturalezas corporal y espiritual, discierne con lucidez todas las leyes de la moral, y las espone con una claridad, una pureza y una precisión admirables. Además, entrevé por los fenómenos exteriores, la inteligencia divina presidiendo los destinos del mundo; pero al llegar á este punto estremo, mas allá del cual no puede aprehender nada la humanidad reducida á sus propias fuerzas, apela á un revelador desconocido. Para oprobio del paganismo, el único de sus filósofos que llegó á tal altura, fue precisamente el único contra quien se armaron todos los brazos. A los escépticos se les coronaba de flores; á Sócrates se le dió á beber la cicuta. Platon (429-347), su discípulo, formuló en cuerpo de doctrina, con el nombre de Escuela Académica, la enseñanza oral del maestro. Su filosofía es eminentemente espiritualista. Los tipos de todos los seres son las ideas, siendo las únicas que tienen existencia real y absoluta. Los sentidos solo perciben lo particular, lo individual; en cuanto á las ideas, residen en Dios, que es su sustancia comun, y son percibidas por una facultad superior, la razon, ó quizá forman en el alma como reminiscencias de una vida anterior. El alma es una fuerza activa; la virtud un esfuerzo hácia el bien ideal que es Dios; el arte una imitacion del bello ideal, que es Dios. Verdaderamente estas doctrinas son nobles y grandes, protestando con su sublimidad, contra la degradacion politeísta; pero son estériles en su aplicacion. Al lado de estas luces tan vivas en teoría, permanece la práctica del filósofo envuelta en sombras opacas, puesto que establece su república ideal, no solamente en la poligamia, sino en la promiscuidad. De esta suerte suprime la familia, la autoridad paterna, la piedad filial; puesto que quiere que sean educados los hijos por el Estado, sin conocer siquiera á sus padres; que en-

Virgilio las profecías sagradas. (Véase Josefo, *Antigüedades*, lib. XIX, cap. XXV y libro XV; cap. XIII). Sin embargo, el respeto y admiracion con que aceptaron estos grandes talentos las sublimes doctrinas de la religion del Crucificado, sirven de prueba y son un brillante testimonio de lo bien que se adaptan, de lo conforme que son la moral evangélica y sus dogmas á las inteligencias mas superiores, aun guiadas solamente por la luz de la razon, al paso que demuestran que la religion cristiana no es una simple invencion, contraria á la naturaleza humana, sino adaptable á ella, como que ha sido criada é iluminada con la razon natural por el mismo Dios del Cristianismo. (N. del T.)

¹ Plat. II, *Alcibiades*, cap. XIII.

cierra su sociedad imaginaria en castas, como el antiguo Egipto; y despues de haber dado tan elevada definicion del arte humano, proscrib e á los artistas. ¡Tan impotentes y contradictorias eran estas elevaciones individuales del alma hácia una sabiduría y una verdad inaccesibles! Aristóteles (384-322), discípulo de Platon, trastornó el sistema de su maestro, y volvió á emprender el estudio de la filosofía, elevándose del efecto á la causa, en lugar de descender de la causa al efecto. Asi es que fueron su punto de partida lo variable, lo contingente, las sensaciones, ó las relaciones de los sentidos. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Su filosofía que llevó el nombre de Experimental, debia resumirse con Epicuro, con relacion á la moral, en este axioma: «El placer es el bien supremo del hombre.» El dia en que se introdujo tan solemnemente la inmortalidad en el dominio de la filosofía, se espantaron los sabios de su obra, y volvieron á arrojar se con Zenon (300-260), en la exagerada rigidez del estoicismo. «El cuerpo es todo,» decia Epicuro; «el cuerpo no es nada,» decian los estóicos; «el placer es el bien supremo,» dicen los unos; «el dolor no es un mal,» responden los otros. De estas contradicciones debia salir el escepticismo universal. Arcesilao (300-241) lo erigió en principio, en la Nueva Academia de que fue fundador. La base de toda sabiduría, decia, es que no podemos saber nada, puesto que carecemos de un criterio para discernir la verdad.

¿Qué era entre tanto de la humanidad, sacudida del materialismo al espiritualismo, del espiritualismo al empirismo, del empirismo á la incredulidad dogmática? ¡La humanidad se moria! No habia familia, porque el celibato del vicio habia matado todas las generaciones en su fuente, y fue preciso que inventara Augusto una legislacion penal para obligar á los jóvenes romanos á casarse. Y sin embargo, hacian bastante fácil de soportar el yugo conyugal, el divorcio, la poligamia y el concubinato. En Roma, en tiempo de Augusto, como en el dia en la China, se esponia, se vendia, se mataba á los niños. El padre tenia este bárbaro derecho y lo ponía en práctica. Esparta arrojaba tambien á las aguas del Taigeto á sus hijos deformes. La humanidad parecia entre las garras de las fieras en los circos, al hierro de los gladiadores, al látigo sangriento que desgarraba las carnes desnudas de los esclavos; porque la esclavitud era la base de la sociedad greco-romana. El esclavo era una cosa, una bestia de carga, menos que un perro. «El portero esclavo era atado junto á la puerta¹ con una larga cadena², sujeta á un anillo de hierro, que se le ponía en el

¹ Ovid. *Amór.* lib. I, 6, vers. 1; Sueton. *De Clar. reth.* cap. III. Columel. libro I, *Præfat.* — ² Ovid. *ibid.* vers. 1 y 25.

pie¹. El señor no se dignaba las mas veces ni aun hablar á sus esclavos; llamábales sonando los dedos², y cuando tenian que dar mas esplicaciones, llevaban algunos su orgullo hasta escribir lo que deseaban, temiendo prostituir sus palabras³. La ley condenaba á la misma pena al individuo que habia muerto á un esclavo que al que habia muerto á una bestia de carga de otro, debiendo pagar su precio⁴, que variaba segun que era robusto ó débil el esclavo⁵ y el mayor ó menor perjuicio irrogado con su muerte á su dueño⁶.» En cuanto á éste, tenía un derecho absoluto sobre el esclavo. Augusto hizo degollar en un solo dia seis mil de estos desgraciados, culpables de haberse alistado bajo las órdenes del Senado para servir á la República, porque los esclavos no tenían derecho de llevar las armas y de morir en campaña como un soldado⁷. El clemente emperador supo otra vez que uno de sus esclavos se habia comido una codorniz, y le hizo morir crucificado⁸. Vedio Polion hace arrojar á sus murenas un esclavo, que ha quebrado por descuido un vaso precioso⁹. «Cuando se comete un crimen público, cuando es asesinado un dueño de esclavos en su casa, condena la ley á perecer en el suplicio de la cruz á todos los esclavos sin distincion alguna que se encuentran bajo el mismo techo, en el momento del crimen¹⁰.» Y la esclavitud en Roma, en Atenas y Esparta se hallaba en la espantosa proporcion de doscientos esclavos por un hombre libre, y aun se conoció á simples ciudadanos romanos que poseyeron hasta veinte mil esclavos¹¹. La humanidad perecia, pues, en estas regiones desoladas de la servidumbre. La guerra mantenía la esclavitud. *Servi servati*, decia el proverbio romano. Tal era el escaso valor que tenía la vida humana á los ojos de la moral pública y oficial, que Julio César, aquel ideal del héroe, hacia reducir á la esclavitud á cuatro mil Helvecios vencidos, y cortar á otros tres mil las dos manos.

Era preciso alimentar para la señora del mundo esta jauría humana de que decia Séneca: «¡Qué horror si llegaran á contarnos nuestros esclavos!»¹² El Egipto, la Libia, el Oriente, la Grecia, la Galia, todas las provincias del universo enviaban, pues, sus vencidos en largas é interminables caravanas para poblar el *ergastulo* de los patri-

¹ Mart. cap. II, 29; Dezobry, *Roma en el siglo de Augusto*, tom. I, pág. 432.—² Ciceron, *De officis*, lib. III, cap. XIX, Petron., cap. XXVII., —³ Tácit. *Annal.* cap. XIII, 23; Dezobry, *ibid.* pág. 433.—⁴ Digest. IX, tit. II, leg. 2, § 1, 2.—⁵ Digest. XXIX, tit. II, ley 24, §. 5.—⁶ Gaii, lib. III, § 212; Dezobry, *ibid.* —⁷ Dezobry, *Roma en el siglo de Augusto*, tom. I, pág. 434.—⁸ Plutarco, *Apoplegm.* Rom. pág. 779.—⁹ Séneca, *de Ira*, cap. III, 40.—¹⁰ Dezobry, *ibid.* pág. 439.—¹¹ Athen. *Conviv.* lib. VI, pág. 272 y libro XV, pág. 658.—¹² Séneca, *de Clement.* cap. I, 24.

cios. En las tabernas en que se hacia constantemente el tráfico de esta horrible mercancía, tenia el prisionero de guerra la corona en la cabeza¹, cual marca irrisoria de su procedencia. Los que venian de ultramar llevaban frotados los pies con yeso ó greda². Al entrar en aquella Roma á donde iba á sepultárseles vivos, se ofrecian á sus ojos las cruces infames, siempre enhiestas con los cuerpos abandonados, cerca de la puerta Esquilina. Entonces comprendian que la ciudad de Rómulo habia aplicado contra ellos aquella palabra de Breno. «¡Ay de los vencidos!» Y se encaminaban silenciosos á la morada de su señor, donde les esperaba la horquilla, los azotes, el tormento, la marca, las cadenas, la cárcel y la muerte³! ¡Siempre la muerte! Las matronas romanas y las jóvenes vestales la indicaban, alzando el dedo, en los juegos sangrientos del anfiteatro. ¡Los gladiadores que iban á morir saludaban á César! No habia festines en que no debieran matarse mutuamente algunos esclavos, para despertar, con el aspecto de la sangre, á los convidados medio dormidos en el *triclinio* de oro. Los romanos opulentos legaban por testamento á sus herederos la muerte de sus esclavos como un recuerdo de inmortal afecto⁴.

Carencia de Dios; la humanidad degollada por do quiera; el alma envilecida en una monstruosa disolucion; hé aquí el espectáculo del mundo greco-romano! No lo hemos dicho todo, y por otra parte se resiste á ello el corazón. En esta rápida carrera, por entre tantas torpezas morales, tan feroz barbarie, y tan infernal degradacion, se aplana sobre el alma un disgusto profundo, mezclado á no sé qué terror lleno de angustia. San Pablo ha dicho una palabra que resume la civilizacion antigua. *Deus venter est*. «Se comia, para vomitar; se vomitaba para comer continuamente: sin dar tiempo siquiera para digerir comidas cuya magnificencia tenia por tributarios todas las comarcas del mundo.» Asi habla Séneca el filósofo; y añade: «Cayo Graco, á quien produjo la naturaleza en mi concepto para dar el ejemplo de un conjunto de todos los vicios, en el seno de la fortuna mas elevada, gastó un dia 100,000 sesteracios en un banquete, llegando apenas su imaginacion, auxiliada en esta tarea por todos sus convidados, á agotar, en una comida gigantesca, las rentas anuales de tres

¹ Tit. Liv., cap. II, 17; XXIV, 42; XXXVIII, 29 etc.; Tácit. *Annal.*, cap. XIII, 29; A. Gell., cap. VII, 4. — ² Plin., cap. XXXV, 17; Tibull. II, 6, vers. 42; Juvenal, *Sáttir.* I, vers. 3.

³ Acerca de los pormenores de estos suplicios graduados con un arte que envidiaria la China, véase á Dezobry en su obra titulada, *Roma en el siglo de Augusto*, tom. I, pág. 435, 436.

⁴ Nicol. Damasc., *Historiar.*, lib. CX.

provincias¹.» Esopo, el trágico, sirve un plato que cuesta 73,800 reales. Clodio hace disolver una perla en vinagre, y se bebe de un trago, 738,000 reales. Conocidas son las cenas de Lúculo y de Antonio; sabido es el nombre de aquel Apicio, que despues de haberse comido millones, se mató diciendo que no podia vivir un romano con solo 760,000 reales de renta. Coronarse de flores; tenderse sobre cogines de seda y de púrpura en salas de festines servidos por jóvenes doncellas despojadas de todos sus velos², y en donde se celebraba el espectáculo de gladiadores que se degollaban al pie de lechos de oro; devorar la sustancia del universo; embriagarse á un tiempo mismo con vino, voluptuosidad y sangre, tal era la vida en el siglo de Augusto!

El suicidio formaba su natural desenlace. Arruinado Apicio, no hacia mas que poner en práctica los preceptos de Ciceron: *Injurias fortunæ, quas ferre nequeas, defugiendo relinquas*³. «Cuando no hay fuerza para soportar los reveses de la fortuna, es preciso salir de este mundo.» He aquí la última fórmula de la filosofía. Y no es de temer que se califique de cobardía el desertar de la vida como un soldado que arroja sus armas y abandona el puesto confiado á su honor. El suicidio es un acto de heroismo supremo. «Si eres desgraciado y te queda algo de virtud, añade Ciceron, mádate, á ejemplo de los mas grandes hombres⁴.» Pero tal vez detengan tu brazo la vida futura, los destinos del alma inmortal. Háblase del negro Cocito, del Aqueronte, rio de los infiernos, y de tormentos que no acaban nunca. «¿Me juzgais, pues, tan insensato, contesta el mismo Ciceron, que crea en estas fábulas? ¿Qué entendimiento hay tan imbécil que pueda admitirlas?» «O sobrevive el alma á la muerte, continúa el mismo, ó muere con ella. Algun dia nos dirá un Dios lo que hay sobre esto, porque, para nosotros, es ya muy difícil distinguir cuál de estas dos opiniones es mas probable. Como quiera que sea, si muere el alma, la muerte no es un mal; si el alma sobrevive, tiene que ser feliz. *Si manent beati sunt*⁵.» En virtud de este dilema que simplificó mas Séneca, reduciéndolo á esta palabra tan conocida: *Aut beatus, aut nullus*, «Felicidad ó nada,» se cernia sobre el mundo el suicidio, como sobre una presa; marcando con su vergonzoso estigma, las memorias mas ilustres. Anibal, Temístocles, Antonio, Pompeyo, Mario, Caton de Utica, Cleomenes, Craso, Demóstenes, Cayo Graco, Oton, todos estos héroes de Plutarco, son los héroes del suicidio. Si queremos interrogar hasta el fin, como termómetro de la moralidad pública, la lista

¹ Séneca. *Consol. ad Helviam*, cap. IX yep. 122. — ² Timæus, *Histor.*, lib. I, Athen., lib. XIII, pág. 566. — ³ Ciceron, *Tuscul.*, lib. V, cap. XLI. — ⁴ Cicer. *Oratio pro Cluent.*, cap. LXI. — ⁵ Cic. *Tuscul.*, lib. I. — ⁶ Cicer. *Tuscul.*, lib. I.

de los nombres que ha inscrito este historiador en su coleccion biográfica, como sobre las tablas ó registros de la inmortalidad, vendrá el asesinato á formar el reverso ó la parte contrapuesta de la muerte voluntaria. Agis, Alcibiades, César, Ciceron, Coriolano, Dion, Tiberio Graco, Nicias, Numa, Filopemenes, Sertorio, caen víctimas del puñal ó del veneno. Los mas afortunados mueren en el destierro. De los cincuenta grandes hombres de Plutarco, tan solo diez¹ tuvieron la dicha de terminar gloriosamente su vida en un campo de batalla ó en la calma y tranquilidad del hogar doméstico. Ahora comprendemos la palabra del profeta. La humanidad se hallaba realmente sentada en las tinieblas y en la region de las sombras de la muerte.

El libro de la *Sabiduría* presenta un cuadro del mundo idolátrico, cada uno de cuyos rasgos ofrece una realidad palpable. «Los hombres, decia, sacrifican sus hijos en altares impuros, verifican ritos insensatos, en misterios nocturnos, manchados de infamias. No respetan las vidas, ni la pureza de los matrimonios: el odio arma todos los brazos; el adulterio mancilla todos los corazones en el seno de una horrible confusion. ¡Por todas partes sangre, homicidio, robo y mentira, corrupcion é infidelidad, rebelion y perjurio, opresion tumultuosa, olvido de Dios, contaminacion de las almas, nacimientos vilipendiados, inestabilidad en las uniones, desórden entre esposos, y suprema lujuria! Tal es el culto de los ídolos infames, causa, principio y fin de todos los males².» Hé aquí, pues, despojado de todas las seducciones de la forma, de todos los encantos de la poesia, de todos los prestigios del arte oratoria, hé aquí, en su terrible desnudez, el cadáver del paganismo antiguo. Ahí está, á nuestra vista, ostentando el espectáculo de sus oprobios. Pero ¿quién le ha matado? ¿Por qué no vive ya en el seno de la humanidad, cuyas entrañas desgarró y cuya sangre bebió á torrentes durante cuarenta siglos? ¿Quién fue el David de este Goliath, el vencedor de este gigante, á quien no supieron vencer ni Sócrates, ni Platon, ni Alejandro, ni César, ni el gran genio de los sabios, ni las armas de los héroes? Hallábase lleno de vida en el siglo de Augusto: habia conquistado el mundo. Arrojábasele víctimas, de Oriente á Occidente; devoraba cuerpos y almas, infancia y vejez, pudor, virginidad, virtud, y hombres á millares! Todo parecia afirmar la duracion á su reinado. Los poetas le cantaban en obras inmortales; coronábanse sus estatuas; abalanzábanse todos á sus fiestas;

¹ Para los que quieran comprobar en Plutarco la exactitud de esta curiosa estadística, advertimos que no se cuenta en ninguna de nuestras categorías la muerte de Alejandro de un exceso de intemperancia. En compensacion, contamos á Sylla, que murió de un verdadero acceso de rabia, entre los diez que no perecieron de muerte violenta.

² *Sapient.*, cap. XIV, 23, 27.

perfumaban sus altares los vapores del incienso; saludaban su divinidad los pueblos y los reyes, y los mismos sabios. Suponiendo una progresion en el porvenir, análoga á su desarrollo en lo pasado, debió haber llegado hasta nosotros por una serie no interrumpida de victorias. Figurémonos lo que seria en el dia disponiendo de los poderosos agentes de nuestra civilizacion moderna. Las hecatombes de la antigüedad serian degollaciones en masa; los treinta mil gladiadores que murieron en el reinado de Augusto, serian reemplazados por naciones enteras, trasladadas con el auxilio del vapor al centro de un anfiteatro de que formaria el antiguo Coliseo apenas el local de un palco. Las fieras no serian bastantes para devorar las víctimas; hasta el fuego sagrado de los altares seria demasiado lento, y habria que suplirlo con esos nuevos y ardientes fuegos que ha puesto en nuestro poder la electricidad; con esas máquinas que vomitan llamas, y cuyos rodajes pulverizarian sin cesar miembros palpitantes. El sensualismo tendria por tributario, no ya á provincias, sino al mundo entero; las vias romanas, reemplazadas por nuestros caminos de hierro, transportarian en algunos dias lo que tenian que esperar por años enteros la voluptuosidad ó la glotonería de los patricios. ¿Quién mató, repito, al paganismo? Quien quiera que sea, verificó el mas grande de los milagros históricos. Solo Dios podia hacerlo, y la humanidad moribunda pedia á voz en grito un Salvador divino.

ESPECTACION UNIVERSAL.

Hace largo tiempo que se ha insistido en este grande hecho que domina la antigüedad é ilumina las tinieblas del politeismo, quiero decir, la espectacion general de un Dios Salvador; habiéndosele considerado con justo título, como una brillante y manifiesta confirmacion de la verdad bíblica. Porque verdaderamente es el comentario mas magnífico de aquella palabra del patriarca: *Et ipse erit expectatio gentium*¹, todo el género humano proclamando con sus mas lejanos y diversos ecos, la fe en el Mesías, cuyo profeta habia sido la nacion judía al través de los tiempos. Por mas que diga el racionalismo incrédulo, no puede arrancar el árbol divino, cuyas raices penetran en las profundidades de la historia antigua, y cuyas ramas cubren las sociedades modernas. Antes de atacar la divinidad de Jesucristo, seria preciso trastornar la historia de los cuarenta siglos que le esperan; destruir la fe de los dos mil años que le adoran; sepultar la historia en una destruccion universal, y si aun quedase algun sofista que sobreviviera á sus ruinas,

¹ Genes., cap. XLIX, 10.

debería crear un mundo nuevo para ponerlo en el lugar del mundo histórico y real que acabase de destruir. No se trata ya en efecto de ahogar solamente cada una de las voces que se han oído en Israel. Aun cuando se destruyera á Moisés, el Pentateuco, David, los Profetas, todos los monumentos de la fe judía, quedaria el grito espontáneo, universal, unánime del género humano que pide un Salvador, de Oriente á Occidente, del Septentrion al Mediodía, en todos los idiomas y en todas las literaturas conocidas. Toda la tierra habla como ha hablado Moisés. Sobre este punto están acordes los oráculos de Delfos y de Cumas con los Profetas: el mundo espera y atiende durante cuatro mil años. En la segunda vertiente de la historia, el mundo adora y cree: esta magnífica unidad de esperanza y de fe, desafía todos los esfuerzos del escepticismo.

«Hay, dice Plutarco, una doctrina de la mas remota antigüedad, que se ha trasmitido de los teólogos y de los legisladores á los poetas y á los filósofos; es desconocido su autor, pero se apoya en una fe constante é inalterable, y se halla consagrada universalmente, no tan solo en los discursos y en las tradiciones del género humano, sino tambien en los misterios y en los sacrificios, entre los Griegos y entre los bárbaros.» Esta opinion es, que el universo no ha sido abandonado al acaso, y que tampoco está bajo el imperio de un poder único, sino que existen dos principios vivientes, el uno del bien, el otro del mal. «El primero se llama Dios, el segundo se llama el demonio. «Asi es como hablaba Zoroastro. Dios era Oromazes, el demonio se llamaba Ahrimanes. Pero entre los dos colocaba un mediador llamado Mithras. Pues bien, vendrá un tiempo fatal y predestinado en que Ahrimanes despues de haber abrumado al mundo con toda clase de plagas, será destruido y esterminado. Entonces se aplanará la tierra como un valle llano y unido¹; no habrá mas que una vida y una clase de gobierno entre los hombres y todos hablarán el mismo lenguaje y vivirán felices.—Teopompo escribe tambien que los dos poderes del bien y del mal combatirán uno contra otro, en una lucha que durará siglos; pero que al fin será vencido, abandonado, destruido Pluton, (el poder infernal): entonces serán felices los hombres, y el Dios que habrá obrado, hecho y procurado este triunfo, reposará un tiempo conveniente á su divinidad². «La filosofía moderna ha reconstruido, con el auxilio de los monumentos caldeos y del texto de Zend-Avesta, todo el sistema de Zoroastro, de que

¹ Es evidente que Zoroastro, citado aquí por el historiador griego, traducía así las palabras de Isaías: *Erunt prava in directa et aspera in vias planas* (Isaías, cap. XL, 4; Lucas, cap. III, 5).

² Plutarco., *Isis et Osiris*, n. XLI, XLII, XLIII.

solo hace Plutarco un análisis incompleto. He aquí la manera como resume M. Lajard el dogma persa: Zaruan, Ormuzd y Mithra componen una triada divina que representa el pensamiento, la palabra y la accion. Ormuzd, rey del firmamento, ha creado el mundo por medio de la palabra. Esta palabra es: Yo soy. Mithra, rey del cielo movable, rey de los vivos ó de la tierra, rey de los muertos ó de los infiernos, pronuncia sin cesar esta palabra, como encargado por Ormuzd de presidir á la reproduccion de los seres. Su nombre significa tambien, en Zend, la Palabra *Δις*, *Verbum*. Debe combatir incesantemente y por todas partes á Ahrimanes y al mal, conservar la armonía en el mundo, servir de modelo á los hombres, y ejercer las funciones de mediador entre ellos y Ormuzd; pero no entre Ormuzd y Ahrimanes como creia Plutarco. El testo de Zend-Avesta justifica completamente mi observacion: «Yo dirijo mi súplica á Mithra, á quien creó el gran Ormuzd mediador sobre la montaña elevada, en favor de las numerosas almas de la tierra.» En uno de los mas célebres monumentos del culto romano de Mithra hallado en Roma en una gruta del monte Capitolino ¹, se leen estas palabras: NAMA-SEBESIO, que pronuncia este Dios en el momento en que clava su puñal en el cuerpo del toro (víctima sagrada de los Persas). Estas dos palabras, la primera de las cuales pertenece al idioma de los Persas, significan: Gloria á Sebesio, que es el mismo Dios que Ormuzd. Esta fórmula es un resumen lacónico de la oracion que dirige Mithra en los libros de los Persas ², con las manos elevadas al cielo, á Ormuzd, para implorar el perdon del pecado cometido por la primera pareja humana; y las palabras de Mithra están aquí en perfecta armonía con las que Zoroastro pone en boca del mismo Ormuzd, y cuyo sentido es que si no hubiera tributado Meschia (el primer hombre) á Ahrimanes un culto que solo debia rendir á Ormuzd, «hubiera arribado su alma, criada pura é inmortal, á la mansion de la felicidad, en cuanto hubiese llegado el tiempo del hombre creado puro ³.» El mediador, el Verbo, el Mithra de Zoroastro, que debe restablecer la armonía entre el cielo y la tierra, que debe triunfar del principio infernal, segun Teopompo, vuelve á encontrarse con su nombre de *Δις* en Platon ⁴. «Resumiendo, añade M. Lajard, diré que el sistema religioso de los Persas reco-

¹ Félix Lajard, *Investigaciones sobre Mithra*, pl. LXXV. — ² Zend-Avesta, tom. II; *Jeicht de Mithra*, XIII Cardé, pág. 214. — ³ Zend-Avesta, *Jeicht de Taschler*, VI Cardé, pág. 189.

⁴ ¿No llega á ser evidente, dice tambien M. Lajard, que tomó Platon de una fuente oriental la doctrina del *Logos* ó Salvador? ¿No debe contarse tanto á Platon como á Zoroastro y á Pitágoras entre los discípulos de los Caldeos de Asiria? (Carta de M. Félix Lajard, *Estudios filosóficos* de M. Augusto Nicolás, tom. III, pág. 503. 505, 506.

nocia un Dios supremo, invisible, incomprensible, sin principio ni fin; una triada que rige al mundo, y que se compone de este dios, y de estos dos dioses, creados y visibles, uno de los cuales ejerce las funciones de Mediador y de Salvador. Finalmente, erigiéndose Zoroastro en Mesías ó en Libertador, anunció al mundo entero que nacerian de él, despues de su muerte de una manera milagrosa, tres hijos: Oschedermani, Oschedermah y Sosiosch. A la voz de este último, abrazará todo el mundo la ley. «Arrojará del mundo de dolor el gérmen del *Daroudj de dos pies* (el hombre impuro); destruirá al que dañó al puro; serán puros los cuerpos del mundo¹.» Finalmente, «este último libertador verificará la resurreccion de los muertos y la renovacion de los cuerpos².» D'Herbelot en su Biblioteca Oriental, habia señalado ya esta importante tradicion del nacimiento maravilloso del Libertador, prometido por Zoroastro. Hé aquí sus palabras: «Aboul-Faradj, en su quinta dinastía, dice que Zardascht (Zoroastro) autor de la Magoussiah, habia anunciado que naceria de una vírgen el Libertador³.» Ahora comprendemos por qué vendrán los Magos á adorar al divino Hijo de María, al establo de Belen. «Una constante tradicion, dice tambien M. Lajard les hace venir de la misma Persia, y los primeros homenajes que recibe al nacer, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo, son los que ellos vienen á ofrecerle⁴.» No habian olvidado los Magos, discípulos de los Caldeos, la palabra del hijo de Beor: «Nacerá una estrella de en medio de Jacob⁵.»

La China, acantonada en su aislamiento, como en el Invariable Medio, no tiene otro lenguaje que la Persia. «El ministro Phi consultó á Confucio y le dijo: Oh Maestro, ¿no sois un santo?—Y éste contestó: Por mucho que me esfuerce, no me recuerda mi memoria á nadie que sea digno de este nombre.—Pero, replicó el ministro, ¿no fueron santos los tres reyes⁶?—Los tres reyes, respondió Confucio, dotados de una gran bondad, poseyeron una prudencia ilustrada y una fuerza invencible. Mas por mi parte, Khieou, no sé si fueron santos⁷.—El ministro replicó: No han sido santos los cinco señores⁸?—Los cinco señores, contestó Confucio, dotados de una gran bondad, han hecho uso de una caridad divina y de una justicia inalterable, pero yo, Khieou, no sé si han sido santos.—El ministro le pre-

¹ Zend-Avesta, tom. II, *Jescht des Ferwiers*, pág. 275. — ² *Ibid.*, tom. II, *Boun Dehesch*, pág. 364 413.; cf. pág. 411, 413. — ³ D'Herbelot, *Bibl. orient.*, art. *Zardascht*. — ⁴ Carta de M. Lajard, *loc. citat.*, pág. 508. — ⁵ *Numer.*, cap. XXIV, 17. — ⁶ Los fundadores de las dinastías Hia, Chang y Tseou (Nota de M. A. Remusat. — ⁷ Palabra por palabra: *Sancti, non, Khieou, quod naverim* (*Ibid.*). — ⁸ Cinco emperadores que reinaron en China antes de la primera dinastía.

guntó otra vez: ¿No han sido santos los tres Augustos ¹?—Los tres Augustos, replicó Confucio, han podido emplear bien el tiempo ², mas yo, Khieou, ignoro si han sido santos.—Sorprendido el ministro, le dijo al fin: Pues entonces ¿á quién se puede llamar santo?—Confucio conmovido, respondió, no obstante, con dulzura á esta pregunta: Yo, Khieou, he oído decir que habria en las comarcas occidentales un HOMBRE SANTO, que sin ejercer ningun acto de gobierno, prevendria las turbulencias; quien, sin hablar, inspiraria una fe espontánea; quien, sin alterar el orden de las cosas, produciria naturalmente un océano de acciones meritorias. Nadie sabe decir su nombre; pero yo, Khieou, he oído decir que éste será el verdadero santo ³.» Hé aquí las palabras no menos explícitas que tomamos al *Tchoung-Young* ⁴, traducido recientemente por nuestro sabio sinólogo M. Pauthier: «El príncipe sabio, dice Confucio, busca la prueba de la verdad en los espíritus y en las inteligencias superiores, y por tanto conoce profundamente la ley del mandato celestial; hay que esperar por cien generaciones al Hombre Santo, el cual no está sujeto á nuestros errores ⁵. Que aparezca este Hombre supremamente Santo con sus virtudes y sus poderosas facultades, y los pueblos no dejarán de demostrarle su veneracion; que hable, y los pueblos no dejarán de tener fe en sus palabras; que obre, y no dejarán de regocijarse los pueblos. Asi es como la fama de sus virtudes es un Océano que inunda el imperio por todas partes, estendiéndose aun hasta á los bárbaros de las regiones meridionales y septentrionales; por todas partes donde pueden abordar las naves ó llegar las carrozas, ó penetrar las fuerzas de la industria humana, en todos los lugares que cubre el cielo con su inmenso dosel, en todos los puntos que abraza la tierra, que iluminan el sol y la luna con sus rayos, que fertilizan el rocío y los vapores de la mañana: cuantos seres humanos viven y respiran, no pueden dejar de amarle y reverenciarle. Por esto se ha dicho que le

¹ Personajes de la mitología china. ² Es decir: «Han sabido emplear una vida de muchos siglos.»

³ Remusat, *El Invariable Medio*, not. pág. 144, 145. El padre Intorcetta refiere tambien en su *Vida de Confucio*, que este filósofo hablaba «de un santo que existia ó que debia existir en el Occidente.» — «Esta particularidad, dice M. de Remusat, no se halla ni en el *King*, ni en los *Tse-Chou*, y no apoyándose el misionero en ninguna autoridad, hubiera podido sospecharse que atribuia á Confucio un lenguaje favorable á sus miras; pero esta palabra del filósofo chino se halla consignada en el *Sse wen loui tshiu*, capítulo XXXV; en el *Chan thang sse Khao tching tri*, capítulo I; y en el *Liei tseu tshiouan chou* (Remusat, *El Invariable Medio*, not., pág. 143).

⁴ *Tchoung-Young*, ó la *Invariabilidad en el Medio*, recogida por Tszu-Sze, nieto y discípulo de Khoung-Hou (Confucio). *Los libros sagrados de todas las religiones excepto la Biblia*, edit. Migne, tom. I. — ⁵ *Tchoung-Young*, cap. XXIX; *Libros Sagrados*, tom. I, página 174.

igualan con el cielo sus facultades y sus poderosas virtudes ¹.» Parece que se oye en estas admirables palabras una paráfrasis de las inspiraciones de Israel: «Marcharán las naciones guiadas por su luz, y los reyes por el esplendor de su aurora ².—Levántate, Jerusalen, sube á las alturas, mira hácia el Oriente, y ve congregados tus hijos desde el Oriente al Occidente, en virtud de la palabra del Santo, gozándose en la memoria de Dios ³.»

La India, con sus encarnaciones milenarias de Visnu, habla como la China y la Persia, segun ya hemos tenido ocasion de observar en otra parte ⁴. La parábola del hijo extraviado que forma el capítulo IV del Lotus de la Buena Ley, uno de los libros sagrados mas entendido entre los que componen la voluminosa literatura de los budistas, ha sido traducida hace algunos años por MM. E. Burnouf y Foucaux. En ella se representa al género humano como en el Evangelio, bajo la imágen de un hijo separado por largos años del padre mas tierno. «Nos extraviarnos, somos impotentes, somos incapaces de hacer un esfuerzo, dicen los sabios.» Baghavat les lleva la ley que no habian oido anteriormente. Pasmados de admiración y sorpresa, poseidos de la mayor alegría los sabios, se levantan, hincan la rodilla derecha en tierra, se inclinan y juntan las manos ante Baghavat. Su alegría es igual á la del hijo extraviado que vuelve á encontrar á su padre ⁵.

«Las islas lejanas os esperan,» habian dicho los profetas inspirados, saludando por entre las edades, el advenimiento del Deseado de las naciones. No es poca la sorpresa que causa hallar el eco de esta palabra en las dos Américas, estos vastos continentes, que sospechó el antiguo mundo, sin conocerlos nunca. «Una horrible serpiente, dicen los Salivas, talaba en otro tiempo las orillas del Orinoco. El Dios Pura envió del cielo á su hijo á la tierra, á combatir esta temible serpiente, y fue vencido y muerto el monstruo. Pura dijo despues al demonio, que habitaba el cuerpo del reptil. ¡Véte al infierno, maldito! Ya no volverás á entrar nunca en mi casa ⁶.» Los americanos del Norte no son menos esplicitos que los del Mediodia. «Una profecía antigua, dice M. de Humboldt, hacia esperar á los mejicanos una reforma benéfica en las

¹ Tchoung-Young, cap. XXXI; *Libros Sagrados*, tom. I, pág. 175. — ² Isaías, cap. LX, 3.

³ Baruch, cap. V, 5. — ⁴ Véase el tomo I de nuestra *Historia general de la Iglesia*, página. 193.

⁵ *Parabola del Hijo extraviado*, que forma el capítulo IV del *Lotus de la Buena Ley*, publicada por la primera vez en sanscrito y en thibetano, á la manera de los libros de Thibet y acompañada de una traduccion francesa, segun la version thibetana del Kanjour por Ph. E. Foucaux, profesor de thibetano en la escuela imperial y especial de las lenguas orientales vivas (*Libros Sagrados*, tom. II, pág. 568—574).

⁶ Gumilla, *Hist. natural del Orinoco*, tom. I, pág. 171.

ceremonias religiosas. Segun esta profecía, debia triunfar al fin Centeolt de la ferocidad de los demás dioses, y debian reemplazarse los sacrificios humanos por las inocentes ofrendas de las primicias de las mieses.» Es la traduccion, en el idioma nativo de los salvajes, de la célebre prediccion de Malaquías: «Desde que sale el sol hasta que se pone, mi nombre es grande entre las naciones; en todo lugar, se rinde á mi gloria un sacrificio y una oblacion pura¹.» En todos los recuerdos del género humano se encuentra el dogma de la rehabilitacion estrechamente ligado con el del pecado original. «La mujer de la serpiente, llamada tambien mujer de nuestra carne, porque la consideraban los mejicanos como madre de todos los mortales, continúa M. de Humboldt, se halla representada siempre en relacion con una gran serpiente, y otras pinturas nos ofrecen una culebra con penacho, despedazada por el gran espíritu Tezcatlipoa, ó por el sol personificado, el dios Tonatuch, que parece ser idéntico al Krischna de los Indios, cantado en el Bhagavata-Purana, y al Mithras de los persas. Esta serpiente, derribada por el gran espíritu, cuando toma la forma de una de las divinidades subalternas, es el genio del mal, un verdadero *Kaosa-daimon*².» Finalmente, para completar estas nociones de tan capital interés, añade M. de Humboldt: «Hállase en muchos rituales de los antiguos mejicanos, la figura de un animal desconocido, adornado con un collar y una especie de arnés, pero traspasado de dardos. Segun las tradiciones que se han conservado hasta nuestros dias, es un símbolo de la inocencia padeciendo: bajo este concepto, recuerda esta representacion al cordero de los hebreos ó la idea mística de un sacrificio expiatorio destinado á calmar la cólera de la Divinidad³.»

¡Pasmosa unanimidad de esperanza y de fe en un libertador, en las regiones mas apartadas y mas remotas del mundo! El Mediador de la Persia, de la China, de la India y de las dos Américas, era cantado en los bosques del Norte, bajo el cielo nebuloso de los Escandinavos por la Vola, ó profetisa sagrada, en la asamblea de los dioses. Tenemos tambien, con el nombre de Voluspa, este himno extraño que llama M. Meril, el canto de la Sibila y M. Ampere, el Apocalipsis del Norte. «Las tradiciones en que se apoya este poema, dice M. Ampere, pertenecen á la mas antigua mitología escandinava. Aquí son los dioses seres cósmicos y no personajes heróicos. Es un fragmento, ó mejor, el conjunto de muchos fragmentos que contienen el sumario de los principales mitos escandinavos, mas bien recordados que vueltos á trazar

¹ *Malaq.* cap. I, 11. — ² De Humboldt, *Vista de las Cordilleras*, tom. I, pág. 235 y 274; Laménais, *Ensayo sobre la indiferencia*, tom. III, pág. 439-440, edicion en 3.º 1823. —

³ De Humboldt, *Vista de las Cordilleras*, tom. I, pág. 251.

con algunos grandes rasgos de una poesía por lo comun oscura, siempre estraña, y algunas veces sublime¹.» Despues de haber vuelto á trazar el origen del mundo, la creacion del hombre y los trabajos de los dioses, refiere la Vola la llegada del genio del mal y la perversidad de los hombres que fue su consecuencia. Entonces se eleva su acento: «¡La llanura en que se encontraron Suttur y los dioses buenos, dice la Vola, para combatir, tiene cien jornadas de camino á lo ancho y á lo largo! Este es el lugar que les está asignado.» Todo lo que se refiere á este gran combate, cuyo resultado decidirá de la suerte del mundo, se halla «desarrollado, añade M. Ampere, con la complacencia de un profeta que amenaza á sus enemigos.» Al fin quedará la victoria por los dioses, se renovará el mundo, y volverá á comenzar el reinado de la justicia para no terminar nunca².

Hasta aquí ha estado el círculo de nuestras investigaciones fuera del mundo greco-romano. Volvamos á entrar en este centro, cuyas llagas intelectuales y sociales hemos sondeado ya. En él encontraremos tambien la misma fe en el Redentor futuro que llama Aristóteles «el verdadero Libertador y Salvador.»—«Este Dios, engendrado antes que todos los dioses, dice Platon, es el que da la paz al género humano, inspira la dulzura y estingue el odio. Misericordioso, bueno, reverenciado de los sabios, admirado de los dioses, los que no le poseen, deben desear poseerle, y los que le poseen, deben conservarle preciosamente. Ama á los buenos y se aleja de los malos. Nos conforta en nuestros temores; dirige nuestros deseos y nuestra razon; es el Salvador por excelencia. Gloria de los dioses y de los hombres, y gefe suyo, suma belleza y bondad suma, debemos seguirle siempre y celebrarle en nuestros himnos³.» ¿Poseia Platon ese Dios Salvador? No, puesto que en otro pasaje nos dice que «vendrá un dia á enseñar á los mortales⁴.» Sin embargo, anteriormente, le implora. «Al principiar esta plática, dice, invoquemos al Dios Salvador para que nos salve con su enseñanza estraordinaria y maravillosa, instruyéndonos con su doctrina verdadera.» Esto recuerda la profesion de fe de Sócrates que hemos indicado mas arriba, y que creemos conveniente citar por completo. Despues de haber demostrado el filósofo que Dios no mira ni á la multitud, ni á la magnificencia de los sacrificios, sino que considera únicamente la disposicion del corazon que los ofrece, no se atreve á esplicar cuáles deben ser estas disposiciones, ni lo que debe pedirse á

¹ M. Ampere, *Literatura y Viajes (Libros Sagrados)*, tom. II, pág. 814. — ² *Libros Sagrados*, tom. II, pág. 814-816. — ³ Aristót., *De Mundo*, cap. VIII; *Oper. omn.*, tom. I, página 475; Plat., *in Conviv.*, *Oper. omn.*, tom. X, pág. 177, 218, 219, edit. Bipont. —

⁴ Plat. *Tím.*, *Oper. omn.*, tom. IX, pág. 341.

Dios. «Seria de temer, dice, alguna equivocacion, pidiendo á Dios verdaderos males, que se consideran como bienes. Es preciso, pues, esperar, hasta que nos enseñe alguno cuáles deben ser nuestros sentimientos hácia Dios y hácia los hombres.—*Alcibiades*. ¿Quién será este maestro, y cuándo vendrá? Con gran gozo veré á este hombre, sea quien fuere.—*Sócrates*. Es aquel de quien eres querido desde ahora; mas para conocerle, es preciso que se disipen las tinieblas que ofuscan tu entendimiento y que te impiden discernir claramente el bien del mal; al modo que abre Minerva, en Homero, los ojos á Diomedes, para que distinga al Dios, oculto bajo la figura de un hombre.—*Alcibiades*. Que disipe, pues, esta nube espesa, porque estoy pronto á hacer todo lo que me mande para ser mejor.—*Sócrates*. Te repito que aquel de quien hablamos desea infinitamente tu bien.—*Alcibiades*. Entonces me parece que haria yo mejor en remitir mi sacrificio hasta el tiempo de su venida.—*Sócrates*. Es verdad; mas seguro es esto que esponerte á desagradar á Dios.—*Alcibiades*. Pues bien, cuando yo vea ese dia deseado, ofreceremos coronas y los dones que prescriba la nueva ley. Yo espero de la bondad de los dioses que no tardará en venir.¹» ¿Dónde habian, pues, tomado estas ideas, tan opuestas al orgullo filosófico, Sócrates y su intérprete Platon? Nadie duda, dice el sabio Brucker, que se conservase en el seno de la antigüedad, en todos los pueblos estraños á la civilizacion griega, la doctrina tradicional de un Mediador entre Dios y los hombres, que participara á un tiempo mismo de la naturaleza divina y de la naturaleza humana. Puede, pues, conjeturarse, con mucha verosimilitud, que se inspire el genio de Sócrates y el de Platon en esta fuente².

A medida que precipitan los tiempos su marcha, se traducen las esperanzas del mundo con acentos mas enérgicos. «Algunos meses antes del nacimiento de Augusto, dice Suetonio, se divulgó un rumor en Roma, acreditado por los oráculos. Anunciábase por todas partes, interpretando un prodigio reciente, que daria á luz la naturaleza un rey para el pueblo romano. Atemorizado el Senado, tomó una medida violenta, dando un decreto que prohibia criar los niños que nacieran en este año. Este rasgo histórico lo trae Julio Marcelo³.» Augusto nació el año 63 antes de Jesucristo, subiendo treinta años despues, con el título de emperador, al trono del mundo. Debía, pues, haberse sa-

¹ Plat. *Alcibiades II*, *Oper. om.*, tom. V, pág. 100-102.

² Brucker, *Hist. crit. philosoph.*, par. II, part. I, lib. II, sec. IV, tom. II, pág. 434.

³ *Auctor est Julius Marathus, ante paucos quam nasceretur (Augustus) menses, prodigium Romæ factum publice, quo denunciabatur regem populi Romani naturam parturire, senatum exterritum censuisse ne quis illo anno genitus educaretur* (Sueton, *August.*, n. 94).

tiafecho la espectacion universal; y no obstante, nos dicen Tácito y Suetonio que continuó el mundo esperando un soberano que habia de venir de Oriente. «Hallábase convencida la multitud, de que, segun antiguas tradiciones sacerdotales, dice Tácito, debia el Oriente recobrar en esta época la supremacia, y que llegarían á ser señores del mundo, hombres provenientes de Judea¹.» «Todo el Oriente, dice Suetonio, tenia fijos los ojos en una antigua y constante tradicion, segun la cual prometian los destinos el cetro del universo á hombres que saldrían en aquel tiempo de Judea².» ¡Coincidencia singular! Mientras veían los judíos trascurrir los últimos años del período setenta veces semanal de Daniel, anunciaban los sacerdotes etruscos la proximidad del Gran Año, de la era décima, era fatídica en que reinaria, al fin, en el mundo la felicidad universal³. «Algunos meses antes del rompimiento de Mario y de Sila que debia ser tan fatal para los romanos, dice Plutarco, resonó el aire puro y sereno súbitamente con sonidos lúgubres y doloridos que descendían del cielo. Apoderóse la consternacion de todos los corazones. Reuniéronse los sacerdotes etruscos en el templo de Belona, y consultados oficialmente por el Senado sobre la significacion del fenómeno, respondieron: «La trompeta celestial anuncia una era nueva que cambiará la faz del universo⁴.» Todos saben de memoria los bellos versos de Virgilio. «Ha llegado, dice el poeta, la última edad de los oráculos de Cumas. Renuévase íntegramente el gran período de los siglos. Ya aparece la Virgen⁵ y vuelve á traer las felicidades del reinado de Saturno. Descenderá de las alturas de los cielos una nueva raza, y nacerá un niño que cerrará el siglo de hierro y restablecerá la edad de oro. Tu consulado, ilustre Polion, tendrá la gloria de dar fecha al venturoso advenimiento de los grandes meses que van á sucederse. Borraránse todas las antiguas manchas de nuestros crímenes, y quedará libre la tierra del temor secular que la oprimia⁶. Este niño recibirá la vida de los dioses, y reinará en el universo pacificado, con la fuerza y la virtud paternas. A tus pies, divino Niño, brotará la tierra espontáneamente, sus primeras ofrendas; los tapices de hiedra con sus flores pendientes, las colocasias mezcladas al gracioso acanto. La cabra de las montañas traerá

¹ *Pluribus persuasio fuerat, antiquis sacerdotum litteris contineri, eo ipso tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Judæa rerum potirentur* (Tácit., *Histor.*, lib. V, n. 13). — ² *Percrebuerat Oriente toto vetus et constans opinio, esse in futurum, ut eo tempore Judæa profecti rerum potirentur* (Sueton., *Vespasian.*, n. 4). — ³ Véase Brucker, tomo I, pág. 334; Miceli, *L'Italia avanti il dominio de Romani*, tomo II, pág. 212, edit. de Silvestri; Creuzer, *Religionen de la antigüedad*, tom. II, lib. V, capítulo II; Niebuhr, *Historia romana*, tom. I, et cetera, etc. — ⁴ Plutarco., *Sylla*, n. 10. — ⁵ *Ecce Virgo concipiet et pariet filium* (Isa., capítulo VII, 14). — ⁶ *Dimissa est iniquitas illius* (Isa., cap. XL, 2).

para tí sus ubres henchidas de leche; el leon cesará de ser el terror de los ganados; espirará el lagarto junto á tu cama cubierta de flores; secaránse las plantas venenosas, remplazándolas los árboles perfumados de la Asiria¹ Tal es el siglo, cuyo hilo se apresuran á plegar en sus ligeros husos las Parcas, dóciles á la suprema voluntad de los destinos. Hijo amadísimo de los dioses, augusto vástago de Jove, date prisa, te esperamos para honrarte. Mira al mundo que vacila en su inmensa órbita, y los continentes, y los mares, y las profundidades de los cielos. Todo se agita y se estremece á la gozosa expectativa del siglo que va á venir. ¡Oh! ¡ojalá se prolongue mi vida hasta este dia afortunado, y quede en mis labios un postrer aliento para cantar tus hazañas! ¡Aparece, pues, Niño, y principia á reconocer el semblante de tu madre en su sonrisa²!»

Ha causado admiracion oir á la Iglesia de Jesucristo, hace algunos siglos, proclamar en su lenguaje litúrgico la correlacion de los oráculos paganos con las esperanzas y los terrores de Israel. No hay un protestante, en las ciudades de Alemania, de Inglaterra ó de Suiza, que no se ria de lástima al considerar bajo las bóvedas de las catedrales góticas, trasformadas actualmente en púlpitos calvinistas ó luteranos, la imágen de la Sibila esculpida al lado de las estatuas de los cuatro grandes Profetas, en los sitiales de los antiguos canónigos. Con una inspiracion análoga se verificó en Francia, bajo este punto de vista, la reaccion litúrgica del siglo XVII. Sentíase rubor en cantar con la Iglesia romana el famoso versículo: *Teste David cum Sibila*. ¿Cómo no se ha visto la magnificencia de la demostracion católica en esta alianza del mundo entero en la fe en Jesus, Salvador y Juez? Sobre sus trípodes, en el fondo de sus cavernas, bajo las encinas de Dodona, sobre la piedra del dolman ó de los *menhires*³ en los bosques de las Galias, en las dilatadas llanuras del Oriente, por todas partes donde agita siquiera un soplo religioso pechos humanos, brilla y se desborda en el mundo antiguo la misma fe en el Redentor, que ha de venir á enseñar y juzgar á los mortales. Perpetúase el eco de la promesa del Eden, bajo la bóveda sonora de las edades, y ¿se rehusa á la Iglesia católica el derecho de re-

¹ *Lactabitur desertis et inopia, et exultabit solitudo et florebit quasi lilium: germinans germinabit, et exultabit lactabunda et lactans* (Isa., cap. XXXV, 1, 2). *Parvulus enim natus est nobis et filius datus est nobis. Princeps pacis, multiplicabitur ejus imperium, et pacis non erit finis* (Isa., cap. IX, 6, 7). *Habitabit lupus cum agno, et pardus cum hirculo accubabit, et puer parvulus minabit eos* (Isai., cap. XI, 6). *Lupus et agnus pascentur simul, leo et bos comedent paleas: et serpentis pulvis panis ejus; non nocebunt, neque occident in omni monte sancto meo* (Isa., cap. LXV, 25). *Pro salicunca ascendet abies, et pro urtica crecet myrtus* (Isa., capítulo LV, 13). —² Virg., *Eglog.* IV. —³ Piedras elevadas en forma de columnas que servian para el culto religioso de los antiguos Galos. — (N. del T.)

coger una de las pruebas mas patentes de su divino origen! Se decia: ¡Las Sibilas son una invencion monacal, que apareció en las tinieblas de la edad media! ¿Pero era acaso monge Virgilio? ¡El es, pues, quien decia en el año 43 antes de Jesucristo!

Ultima Cumæi venit jam carminis ætas.

¿Vivia Ciceron en la edad media? Pues hé aquí lo que escribia: «Interroguemos los versos que la Sibila arroja á los vientos, en su inspiracion divina sobre hojas esparcidas. No há mucho se divulgó en Roma el rumor de que iba un intérprete de los libros sibilinos á desarrollar, en presencia del Senado, la doctrina que en ellos habia leído. Segun él, debíamos para salvarnos, consentir en llamar Rey al Señor que iba á venir á reinar sobre nosotros. Si se halla efectivamente esta palabra en los libros sibilinos ¿cuál es el hombre á quien designa? ¿en qué tiempo debe nacer? ¡Ah! ¡Obremos todos de acuerdo, augures y arúspices, para hallar en estos libros algo mas que un rey! Porque ni los dioses ni los hombres dejarán que suba jamás un rey al Capitolio¹.» ¿Y no domina en el Capitolio, á pesar de los dioses y de los hombres, la cruz, cetro del rey inmortal? No hay duda que se rebelaban contra el oráculo sibilino las simpatías republicanas de Ciceron. El orador filósofo arroja una negacion enfática á la prediccion de la Sibila, y solo consigue consignar mejor para lo futuro, su propio error y la veracidad de la profetisa. Finalmente, para justificar desde ahora, sin tener que insistir en ello, la mencion simultánea de David y de la Sibila, en el canto litúrgico, en que traza la Iglesia romana en la tumba de sus hijos, la catástrofe final que reducirá á polvo el mundo, nos basta reproducir aquí otro texto de Ciceron: «*Futura præsentunt, ut deflagrationem futuram aliquando cæli atque terrarum.*» Este texto es seguramente, si se reflexiona, la confirmacion del texto litúrgico:

Solvat sæclum in favilla,
Teste David cum Sibylla.

La existencia de las Sibilas ha sido demostrada recientemente por un miembro del Instituto, que ha consagrado á este fin dos volúmenes, cuya erudicion, sabia crítica é imparcialidad, le han conquistado los

¹ *Sibyllæ versus observamus quos illa furens fudisse dicitur. Quorum interpres nuper falsa quadam hominum fama dicturus in senatu pulabatur, eum quem revera regem habebamus, apjellandum quoque esse regem, si salvi esse vellemus. Hoc si est in libris, in quem hominem et in quod tempus est?... Cum antistitibus agamus ut quidvis potius ex illis libris, quam regem proferant, quem Romæ posthac neque dii neque homines patientur* (Cicer., *De Divinatione*, libro II).

aplausos del mundo sabio¹. El autor de esta obra, Mr. Alexandre, ha dado el golpe de gracia á la limitada y mezquina filosofía del último siglo, que creía resolver las cuestiones mas graves con una carcajada. Remitimos á esta obra magistral á nuestros lectores que deseen hacer un estudio mas profundo de la cuestión. Por nuestra parte, antes que nos hubiera dado esta confirmacion tan irrecusable la mas autorizada crítica, pensábamos que bastaban los testimonios de la antigüedad pagana para cortar la dificultad. ¡Pues qué! decíamos, atestigua Ciceron que la Sibila anunciaba el advenimiento de un rey, cuya soberanía debían reconocer los romanos, si querían salvarse, *Si salvi esse vellemus*. Se exalta el orador republicano al solo pensamiento de un monarca, que volviera á levantar en el Capitolio el cetro hecho trozos de Tarquino el Soberbio. Pregunta: ¿Dónde está ese rey? ¿Quién le ha visto? ¿para qué siglos se halla reservado? Requiere á los dioses y á los hombres que no toleren jamás semejante usurpacion, ¡y habíamos de cerrar nosotros los ojos á la luz, habiendo sido testigos de la vanidad de las recriminaciones del orador romano, y del cumplimiento, al pie de la letra, de las predicciones sibilinas, y no habíamos de ver la correlacion de las tradiciones paganas con las profecías mesiánicas en la persona de Jesucristo! Nombra Virgilio á la Sibila de Cumas, y comenta sus oráculos en versos inmortales, ¡y no se ha de tener esto en cuenta!

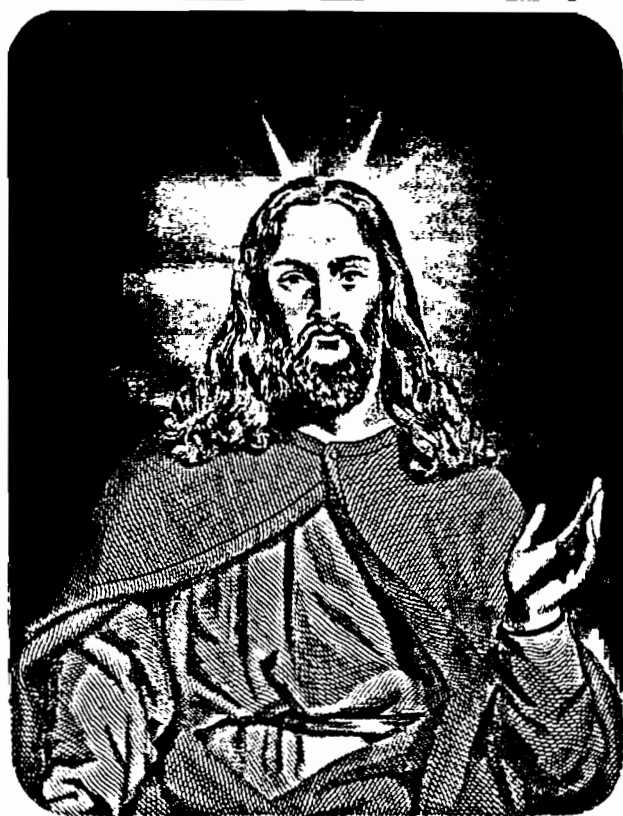
Entre los oráculos sibilinos, cuyo texto ha llegado hasta nosotros, hay algunos que son posteriores á la era cristiana. Asi debia ser, puesto que no sucumbió definitivamente el paganismo hasta tres siglos despues del nacimiento de Jesucristo. ¿Pero qué nos importa la mayor ó menor autenticidad de estos textos conservados actualmente? En la época de Virgilio y de Ciceron no existia aun el Cristianismo: Virgilio y Ciceron no son sospechosos de monarquismo: en su tiempo anunciaba la Sibila el nacimiento de un Dios en forma humana; el advenimiento de un rey que salvaria al mundo, y finalmente, la catástrofe final que cerraria el tiempo con una conflagracion universal. Pues bien, en la época de Virgilio y de Ciceron hablaba la Sibila como Isafas y David. Tenemos, pues, el derecho de consignar con la Iglesia católica, este movimiento unánime de la humanidad que corre precipitadamente al encuentro del Redentor.

No fue tan solo el santo anciano Simeon quien fue divinamente avisado en los pórticos del nuevo Templo de Jerusalem, que consolaria su vejez la venida del Mesías esperado². No es solamente la profetisa Ana³

¹ ΧΡΗΣΜΟΙ ΣΙΒΤΑΑΙΑΚΟΙ, *Oracula sibyllina*, curante C. Alexandro, 2 vol. en 4.º, Ferdi-
di idot. Paris, 1856. — ² *Non visurum se mortem nisi prius videret Christum Domini*
(Luc., cap. II, 26). — ³ Id., *ibid.* 39.

la que participa de esta esperanza embriagadora. No son tan solo los Judíos los que computaron los tiempos y los que vieron nacer la aurora divina. Mientras intentan los cortesanos de Herodes aplicar á su señor el beneficio de esta espectacion general, y decoran al rey idumeo con el título de Mesías¹, los aduladores de Augusto aplican igualmente al César de Roma las predicciones de los oráculos sibilinos. La espectacion es general. ¡El mundo parece suspender su marcha: interrógase á todos los puntos del cielo: se escucha; se espera! Hánse cumplido los tiempos: su plenitud se ha consumado. El recogimiento de la humanidad en esta hora solemne se reviste de un carácter misterioso. Hubo entonces un silencio que recordó el del universo creado, cuando esperaba de la mano de Dios un señor futuro, en la época en que meditaba la Santísima Trinidad la formacion del hombre. ¡Cuánta sangre, cuántos crímenes ignominiosos cayeron sobre esta raza humana desde el momento en que salió radiante y pura de la creacion primitiva! Todavía será mas maravillosa la obra de la creacion. El dia cuyos esplendores van á ostentarse á nuestras miradas, es el que ha de iluminar el triunfo de una hija de Eva sobre la antigua serpiente; el que ha de realizar las bendiciones con que debia dotar un hijo de Abraham á todas las tribus de la tierra. El sacerdote, segun el orden de Melquisedech; el Isaac del monte Moria; el Enviado de las colinas eternas, predicho por Jacob; el Profeta suscitado por Dios, como Moisés; el Conquistador, hijo de David; pacífico como Salomon; cuyo imperio significa la paz; cuyo nombre es Dios con nosotros; cuya madre debe ser una vírgen; cuya patria es Belen; cuyos enviados deben recorrer el mundo, pasando hasta á las islas remotas para anunciar el reino de los cielos: el Mesías, en fin, va á aparecer. Ya su estrella, anunciada por Balaam, ha sido distinguida por los Magos del Oriente. ¡Venid, Hijo de los patriarcas, Heredero de los reyes de Judá, Esperanza de los justos, verdadero Cordero de los sacrificios, Arca de alianza inmortal; realizad todas las figuras; cumplid todas las promesas; consumad el mundo en la unidad! El Antiguo Testamento, con su séquito de esperanzas seculares rodea vuestra cuna. La humanidad encorbada bajo el yugo del error, sentada en la sombra de cuatro mil años, espera vuestra luz. Estremécese como el ciervo sediento que suspira por las aguas de las fuentes y ansía sumergirse en los manantiales de aguas vivas, abiertos por el Salvador y que saltan hasta la vida eterna.

¹ Tertuliano y San Gerónimo nos dicen esta singular particularidad: *Herodianos qui Christum Herodem esse dixerunt* (Tertull., *De Præscrip.*, cap. XLV; *Patrol. lat.*, tom. II, col. 61). *Herodiant Herodem regem suscepere pro Christo* (Hieron. *Diálog. adversus Luciferianos*, n. 23; *Patrol. lat.*, tom. XXIII, col. 178).



THE GOSPEL OF JOHN

THE GOSPEL OF JOHN

THE GOSPEL OF JOHN

HISTORIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

CAPITULO PRIMERO.

EL EVANGELIO Y EL RACIONALISMO MODERNO.

SUMARIO.

§ I. LA BUENA NUEVA.

1. *In principio erat Verbum*.—2. Divinidad de la doctrina del Verbo hecho carne.—3. La Buena Nueva.—4. El *In principio* del racionalismo.—5. Una página de Platon.—6. Superioridad del Evangelio.—7. La revelacion evangélica es un acto, al mismo tiempo que una doctrina.—8. Una palabra de San Atanasio.—9. Milagros permanentes del Evangelio.—10. Milagro de la conversion del mundo pagano.—11. Milagro de la conversion social por el Evangelio.—12. Milagro de la conversion individual por el Evangelio.—13. Jesucristo siempre vivo.—14. El Evangelio siempre viviente.

§ II. EL EVANGELIO DEL RACIONALISMO.

15. La revelacion evangélica y el libre albedrío de la conciencia humana.—16. El Evangelio, segun el racionalismo. Primeros años de la vida de Jesucristo.—17. El Jesus de los racionalistas en Galilea.—18. El Jesus de los racionalistas en Jerusalem. Invencion póstuma de la Eucaristia.—19. Ultimo año del Jesus de los racionalistas. Demencia caracterizada.—20. Sendo-resurreccion de Lázaro. Muerte del Jesus de los racionalistas. Su no resurreccion.—21. El Jesus de los racionalistas no es ni Dios, ni hombre, ni aun un héroe de novela aceptable.—22. El Jesus del racionalismo adorado por su autor.—23. Base histórica y filosófica del sistema racionalista.—24. San Papias.—25. Los *Logias* de San Mateo.—26. Texto íntegro de San Papias.—27. Sentido real de la palabra *Logia*.

§ III. JESUCRISTO.

28. Pobreza del programa racionalista.—29. El nombre de Jesucristo. El Cristo en el mundo antiguo.—30. El Cristo en el Antiguo Testamento.—31. El Cristo en las profecías.—32. Imposibilidad de una usurpacion del papel mesiánico.—33. Jesus, Salvador en el día.—34. Jesus, Salvador en la historia moderna.—35. Jesus, Salvador ante el Cristianismo. Lo que habria que destruir, antes de tocar á la divinidad de Jesucristo.

§ I. LA BUENA NUEVA.

1. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y nada de lo que ha sido hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la

luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, á fin de que todos creyesen por él. No era él la luz, pero vino para dar testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Estaba en el mundo y el mundo fue hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino á lo que era suyo, y los suyos no le recibieron. Mas á todos los que le recibieron, dió el poder de ser hijos de Dios, á aquellos que creen en su nombre. Que no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. Y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Ninguno vió jamás á Dios. El Unigénito que está en el seno del Padre, éste es quien le dió á conocer¹.

2. Las profundidades de la Divina Trinidad, se habian entreabierto por vez primera en el nacimiento de los tiempos, á la hora en que Dios, fecundidad sin límites, dió su principio á los seres creados. Moisés habia reanudado el primer anillo de la genealogía de los mundos, al Criador omnipotente, infinito, eterno, existiendo antes de todo principio y de quien recibió la vida todo lo que debió comenzar por ser. Por segunda vez resplandecen á nuestros ojos los esplendores de la Divinidad. «¡Por sobre todas las cumbres terrestres, dice San Agustin, mas alto que las regiones del éter y que las alturas siderales, por encima de los coros angélicos se elevó el Aguila, el Hijo del trueno! Medid todas las alturas que ha superado su vuelo, desde el punto de donde vino, para llegar allí.» Este es el seno mismo de la Divinidad en el cual nos ha introducido. «En el principio era el Verbo, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.» Era, no un elemento confuso, un gérmen que ha de desarrollarse por medio de una incubacion laboriosa; era el Verbo, la Palabra interior, como dice Bossuet, el Pensamiento, la Razon, la Inteligencia, la Sabiduría, el Discurso interior, Discurso sin discurrir, donde no se deduce una cosa de otra por medio del raciocinio, sino la Palabra sustancial que es la Verdad, el Discurso eficaz que es Creador, la Razon permanente que es la fuente de toda vida, porque «el Verbo era Dios.» No estaba separada de Dios

¹ San Joan I, 1, 14, 18.

su existencia, porque «él estaba en Dios;» no se hallaba confundida y sin distincion en la esencia divina, porque «él estaba con Dios.» Palabra eterna, en el seno del Padre, el Verbo, ha producido en el tiempo los seres criados. «Todo ha sido hecho por él.» El ha cooperado directamente al conjunto y á cada pormenor de la creacion; «nada de lo que ha sido hecho se hizo sin él.» Pero el mismo jamás ha sido hecho, puesto que era antes de todo principio; era Dios, en Dios, con Dios. Ser y hacer todo lo que ha sido hecho, he aquí la naturaleza y el poder del Verbo, Ser hecho, tal es la condicion de todo cuanto existe por el Verbo. Asi el Verbo «era la Vida;» no ya esta vida contingente, que está en nosotros y que no procede de nosotros, vida caduca, limitada, llena de oscuridad y de desalientos, sino la vida en la plenitud, en su misma sustancia, en su indestructible integridad, en su esencia radiante. «Se llama vida, dice Bossuet, ver, gustar, sentir, ir acá y allá, segun su inclinacion. ¡Cuán animal y muda es esta vida! Llámase vida, oir, conocer, conocerse á sí mismo, conocer á Dios, amarle, querer ser feliz en él, serlo por su goce. Esta es la verdadera vida. Mas ¿cuál es su fuente si no es el Verbo? En él estaba la vida, la vida era la luz de los hombres.» — «Y la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.» Hemos medido el espesor de estas tinieblas palpables que cubrian el mundo desde el dia en que rompiendo con «la vida que está en el Verbo,» se sentó la humanidad en la sombra de la muerte. Desde entonces hubo, entre el Verbo y su criatura, un abismo de separacion, abismo mas profundo, mas tenebroso, mas insuperable que el antiguo caos. Ya no penetraba la luz en estas bóvedas sombrías; el hombre no comprendia ya nada. Era preciso que descendiera el sol de los esplendores eternos hasta el fondo de las regiones oscuras y desoladas. Pero su aurora tuvo un rayo precursor. «El mensajero que debia preparar los caminos» al Verbo, esperado por Israel y por la humanidad entera «fue un hombre enviado por Dios; su nombre era Juan. No era él la luz pero era testigo de ella.» Entonces, «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.» ¡Se hizo carne el Verbo, Hijo unigénito del Padre, Dios eterno, Dios creador, Dios infinito, omnipotente, inmutable, el que no tuvo principio nunca! No es ya aquí, como en el dia de la creacion, Dios todo entero, su pensamiento, su consejo, su providencia trazando cada lineamiento de la arcilla impura que será el hombre.

¡Es Dios absorbiéndose todo él en el barro humano que se llama carne! *Et Verbum caro factum est.* ¡Palabra que debe pronunciarse de rodillas, que aventaja á todas las aspiraciones de una inteligencia criada, que aniquila todo orgullo humano, y que prenderá hasta la consumacion de los siglos, incendios de amor! ¡El Verbo se ha hecho carne! Acaba de arrojar el puente sobre el grande abismo de separacion entre la luz y las tinieblas. Los hombres sabian bien que existia este abismo; y tenian por do quiera Pontífices para restablecer el paso. Los hombres sabian bien que éste se hallaba roto entre el cielo y la tierra, y tenian constantemente en los labios la palabra *Religion*, para volver á unir la humanidad á Dios. ¡Pero el pontífice verdadero, de que era solo una figura Aaron; el consumidor de toda religion, es el Verbo hecho carne! El es el mediador, que toca por una parte á las cumbres eternas, y se sumerge por la otra hasta las profundidades del abismo; apoderándose del hombre en su miseria para elevarle hasta á Dios; uniendo los extremos en su persona, Dios, para tratar con Dios, hombre, para reconciliar al hombre con Dios; Verbo encarnado para restablecer las vias de toda carne, y haciendo nacer, en una redencion mas admirable y mas fecunda que la creacion misma, por medio de una generacion espiritual y sin nombre, hijos de Dios, que no lo son como él, por naturaleza, porque él solo es «el Hijo Unigénito del Padre,» sino que llegan á serlo por la adopcion de la fe. «¡Hé aquí, dice San Agustin, el grande é inefable misterio!»

3. Concíbese que haya recibido esta revelacion el nombre de Buena Nueva; *Evangelium*. Van á partir los heraldos encargados de anunciarla en el *ergástulo* de las ciudades romanas, á millares de esclavos cuya carne se halla destrozada por vergas, manchada por todos los caprichos de una voluptuosidad despótica, magullada por las cadenas, surcada por el diente de los leones; ¡el Verbo se ha hecho carne! ¡Estremeceos de alegría, en vuestros negros calabozos ó en las guaridas de la infamia, poblaciones encorbadas bajo el yugo de la muerte! ¡Y vosotras, almas abatidas en la ignorancia y el error, degradadas por un sensualismo brutal, víctimas de pasiones sin freno, mas esclavas de vuestras concupiscencias que lo son de vosotros mismos las miserables criaturas humanas cuyo cuerpo y alma comprais por algunos centenares de sesteracios, con las que cebais como con un vil pasto vuestras lampreas favoritas, arrepentíos! ¡El Verbo se ha hecho car-

ne! ¡Hé aquí la mejor, la nueva mas grande indudablemente que la humanidad oyó jamás! Titúlase: Evangelio de Jesucristo. Retórico ¡os parece bien que se hubiera dicho: Evangelio de Juan, Evangelio de Lucas, de Marcos ó de Mateo; como si esta buena nueva pudiera firmarse por nombre humano! ¿Pudo acaso hablar así hombre alguno? ¿Hubiera podido el genio del hombre entreabrir el seno del Padre, y describir la generacion del Verbo, en los esplendores de la Trinidad? ¿Hubiera podido inventar jamás un hombre esos misterios de gloria, de amor y de magnificencia, cuyo primer término es la revelacion de la esencia divina en toda su profundidad, cuyo término final es la afirmacion mas increíble de la ternura de Dios? *Et Verbum caro factum est.*

4. Cuando se constituye un hombre en revelador; cuando de lo alto de su gran genio solitario abraza de una mirada el problema de la humanidad, devorada por aspiraciones inmensas y rechazada contra su propia nada por los límites, las tinieblas y las incertidumbres de que se halla envuelta su inteligencia, escuchad la gran nueva que trae á todo un siglo y que reproducen los ecos de la publicidad, en medio del general estupor, y comparad, si teneis ánimo para ello. Hé aquí el *In principio*, no ya «de un pescador de Galilea¹, Juan, hijo del Zebedeo,» sino de un literato racionalista, que se espresa de esta suerte: «En cuanto se distinguió el hombre del animal, fue religioso, es decir, que vió en la naturaleza algo mas allá de la realidad, y para él, algo mas allá de la muerte. Este sentimiento se extravió durante millares de años de la manera mas estraña. Entre muchas razas no pasó de la creencia en los hechiceros bajo la tosca forma en que la encontramos aun en ciertas partes de la Oceanía. En algunas, llegó á parar el sentimiento religioso á las vergonzosas escenas de carnicería que forman el carácter de la antigua religion de Méjico; en otras, especialmente en Africa, llegó al puro fetiquismo, es decir, á la adoracion de un objeto material, al que se atribuian poderes sobrenaturales. Así como el instinto del amor, que eleva por momentos al hombre mas vulgar sobre sí mismo, se convierte á veces en perversión y ferocidad, así esta divina facultad de la religion pudo parecer por largo tiempo un cáncer que era preciso estirpar de la es-

¹ E. Renan, *Vida de Jesus*, Introd. pág. 25, edicion 3.^a

pecie humana, una causa de errores y de crímenes que debían tratar de suprimir los sabios ¹.» Así habla el moderno revelador. ¡Qué luz proyectada en los horizontes intelectuales! ¡Un día el animal primitivo se durmió gorilla ² ó negro troglodita, y se despertó al siguiente día hombre inteligente! Epoca memorable, cuya fecha exacta preguntamos al punto, porque aun sería tiempo de inscribirla en la primera página de los anales humanos. El hombre vió «la naturaleza» deliciosa contemplación, de que solo habían podido percibir sus ojos de mono los cuadros mas toscos. Estos encantos súbitamente revelados, debieron enagenarle, y fue mas allá del objeto presente, y «vió algo mas allá de la realidad.» No sabía el desdichado, como nuestros racionalistas, que no existe lo sobrenatural. De error en error, llegó á forjarse «para él algo mas allá de la muerte.» En breve cedió ante los espantos de una religion imaginaria; revelóse su instinto de amor en «un cáncer religioso que fue preciso extirpar de la especie humana.» ¡Ay! ¿por qué no permaneció siendo orangutan el animal primitivo? Pero estaba hecha la trasformación, y parece que fue irrevocable, á pesar de su carácter tan poco natural. ¡Oh, hombre! Consuélate si puedes: este es el Evangelio moderno. No hay nada mas allá de la naturaleza; no hay nada para tí mas allá de la muerte. Tu única desgracia fue distinguirti del animal. ¿Es tan difícil reconquistar tu felicidad perdida, volviendo á tu origen primitivo?

5. De esta revelación tan innoble, hasta la fórmula de Platon, hay la distancia que de la tierra al cielo. Prestad atención á esta voz que el paganismo llama divina. «Teniendo Dios en sí mismo el principio, el fin y el medio de todas las cosas, como lo enseña la tradición antigua, dice Platon, hace invariablemente lo que es bueno, segun la naturaleza. Acompáñale siempre la justicia que castiga á los infractores de la ley divina. El que desea asegurarse una vida feliz, se conforma á esta justicia y le obedece con humilde docilidad. Pero el que se alza orgulloso, á causa de sus riquezas, de sus honores ó de su hermosura; aquel cuya loca juventud se inflama con una insolente presunción, como si no necesitara maestro ni señor, y como si fuera, por el contrario, capaz de guiar á los demás, es

¹ M. E. Renan, *Vida de Jesus*, pág. 2.

² Nombre de mujeres velludas de un pueblo africano.

enteramente abandonado por Dios, y asociándose este miserable desamparado á otros infelices abandonados como él, se complace en trastornarlo todo, no faltando gentes á cuyos ojos parece ser algo; pero castigado en breve por el inflexible juicio de Dios, trastorna al par que á sí mismo, su casa y la ciudad entera. Siendo esto así, ¿qué debe hacer y qué debe pensar el sabio? Nadie duda que el deber de cada hombre sea buscar por qué medio será del número de los siervos de Dios. ¿Qué es, pues, lo agradable á Dios y conforme á su voluntad? Una sola cosa, segun la palabra antigua é invariable, que nos enseña, que solo hay amistad entre los seres semejantes y que huyen de todo esceso. Pues bien, la medida suprema de todas las cosas debe ser, para nosotros, Dios, mucho mas que hombre alguno, sea quien fuere. Si, pues, quereis ser amigo de Dios, esforzaos en asemejaros á él tanto como os sea posible ¹.

6. En este pasaje se respira un aire puro, en una atmósfera superior. Teniendo Dios en sí mismo el principio, el fin y el medio de todas las cosas, se presenta á nuestra inteligencia como la medida de la soberana justicia, como el modelo supremo y la infinita recompensa de las virtudes humanas. Pero cuanto es superior la doctrina tradicional de Platon al sueño materialista del iniciador moderno, tanto es inferior al *In principio* del Evangelio. Tal es, en efecto, el milagro por excelencia de la revelacion del Verbo encarnado. La enseñanza de toda filosofía humana no podia ser y no será jamás sino una palabra discutible, mas ó menos autōrizada, mas ó menos accesible á las diversas inteligencias, teniendo realidad solamente en el pensamiento del maestro y de un pequeño círculo de oyentes inmediatos ó de discipulos póstumos que buscarán trabajosamente la verdad, con el pedantesco aparato del libro escrito, de la controversia y de los trabajos científicos. El Verbo hecho carne, es la Palabra eterna, que ha descendido al hombre, trasformándole enteramente; es la doctrina viva, ingerta en todos los corazones, radiando en todas las inteligencias. Los ignorantes no saben leer; los pobres no tienen tiempo para ello; los literatos que saben ó que pueden leer, no tienen ni el mismo grado de cultura, ni la misma aptitud de entendimiento para comprender. Finalmente, hállase trabajada la humanidad en su conjunto por un achaque ó fragilidad

¹ Plato, *De Legibus*, lib. IV; Op. tom. VIII. pág. 285, 286, edit. Bipont.

nativa, que afecta todas las inteligencias y todos los corazones. Carece la filosofía de remedio conocido para esta enfermedad universal. ¿Es su doctrina una fuerza al mismo tiempo que una luz? ¿Tiene ella en sí la potestad creadora, para rehacer, en el hombre intelectual ojos capaces de soportar el brillo de la verdad; un sentido nuevo para conocerla; un corazón nuevo para abrazarla; una voluntad nueva para practicarla? Reformar el mundo es manifestamente formarlo por segunda vez, es decir, crearlo de nuevo, en la mente, en los sentimientos, en los deseos, en los afectos, en todo el ser moral é inteligente. Esta grande obra, esta creacion, mas admirable que la primera, supone, no ya una palabra muerta no bien se pronuncia, sino una palabra viva, eficaz, produciendo lo que enuncia, llevando por una parte la luz, la verdad y la vida, y por otra, haciendo surtir en el seno de la humanidad una energía desconocida para sostener el peso de estas grandes cosas. Hé aquí porqué no ha convertido la sabiduría de Sócrates, de Platon, de todos los filósofos antiguos, un solo reino, una sola ciudad, una sola aldea; quizá una sola de las almas hambrientas de verdad y de vida que se estrechaban en torno del maestro, escuchándole ávidamente y corriendo en seguida á volverse á sumergir ó encenagar en el vicio conocido y en las voluptuosidades habituales.

7. El Verbo se hizo carne. Aquí hay un acto y una doctrina; un acto el mas poderoso, el mas fecundo, el mas profundamente creador que pueda concebir el pensamiento. Sembrar mundos en el campo del espacio, y poblar la nada, es un poder que se halla comprendido esencialmente en la noción misma de Dios. Quien dice creador, dice creacion. Comprendemos perfectamente la relacion entre los dos términos, y aunque esta omnipotencia sea infinitamente superior á nuestra debilidad, la razon concibe su existencia, aunque no sepa explicarla. Pero en fin, en la creacion primitiva, obra Dios fuera de sí mismo; en la segunda, es decir, en la Encarnacion, obra Dios sobre Dios mismo. Hácese la Palabra creadora lo que no era aun. ¡Gran Dios! ¿qué no érais vos, no obstante? y ¿qué gloria faltaba á vuestra gloria? ¿Podemos imaginarnos lo que vais á hacer, y á qué otra altura va á elevar vuestra magestad infinita su trono? No, Dios no sube, no se eleva. Y ¿cómo podría crecer y agrandarse el Inmenso, el Infinito, el Eterno, el Ser? Pero puede descender. Inclínase, pues, mas bajo que el ángel, mas bajo que el espíritu,

mas bajo que el alma, mas bajo que la palabra humana. El Verbo se ha hecho, no ángel, no espíritu, no alma. Verbo divino, podia hacerse Verbo humano. Todo esto es demasiado alto para él. ¡El Verbo se ha hecho carne! Hé aquí el acto de Dios en el profundo estremo del abatimiento. ¿Lo comprenderás nunca, razon humana? ¿Sabrás, amor humano, reconocer jamás dignamente esta locura de la cruz, como dice San Pablo? Pero el hombre se eleva, en proporcion inversa de las divinas condescendencias, en toda la proporcion que Dios se baja: fortifícase de toda flaqueza; enriquecese con todos los despojos, y resplandece con todas las miserias con que se desposa el Verbo. El Verbo se ha hecho carne y el hombre ha recibido el poder de llegar á ser Hijo de Dios. Omnipotente, en los esplendores de los Santos, ha conservado el Verbo toda su omnipotencia en las ignominias de la carne. Creador en la tierra, como lo es en el cielo, trasmite á la naturaleza humana su fecundidad y su vida. Va á desaparecer el cristiano como hombre, viviendo y operando en él Jesucristo. El acto divino crea un hombre nuevo, para conocer, amar y abrazar la nueva doctrina; realízanse á un tiempo mismo toda clase de trasformaciones; el milagro llama al milagro en esta graduacion maravillosa, donde cada uno de los abatimientos del Verbo es un triunfo para la humanidad.

8. Nnunca se insistirá demasiado en los caracteres intrínsecamente milagrosos de la predicacion evangélica. Nuestros padres sabian estas cosas; nuestro siglo las ha olvidado; y no cree seguro que Jesucristo haya jamás resucitado á un muerto. Mil veces hemos oido preguntar los literatos de nuestros dias con una cándida ignorancia, cuál es la diferencia esencial entre la enseñanza de Sócrates y la del Evangelio. Va á contestarles San Atanasio: «¿Dónde está, dice, el sabio, el revelador, el filósofo humano, cuya doctrina haya producido el milagro de iluminar al mundo, desde el calabozo del esclavo hasta el trono del soberano, y de marcar todas las frentes con su sello religioso? Si Cristo fue solo un hombre, ¿cómo no quedó vencido ó paralizado ante las divinidades del viejo mundo antiguo? ¿Paltaban reyes y poderosos cuando nació Jesus? Los Caldeos tenian sus sabios y sus magos; llenos estaban de ellos el Egipto y la India. ¿Qué rey, qué sabio, en el apogeo de su gloria, consiguió hacer universal su doctrina, y arrancar el mundo de las tinieblas de la idolatría? Los filósofos de Grecia han escrito páginas elocuen-

tes; mas compárese el efecto de sus sublimes discursos con las conquistas realizadas por la cruz de Jesucristo. A la muerte del filósofo, quedaba olvidada su doctrina, y ni aun conseguia triunfar durante la vida de su autor de los ataques y de las controversias rivales. ¡Mas aparece el Hijo de Dios; desdeña la pompa del lenguaje, y adopta el idioma de los humildes, asi como habia adoptado su pobreza, y hace palidecer su enseñanza la de todos los filósofos; derroca todos sus sistemas, y atrae á sí todo el universo! ¡Cíteseme un filósofo que haya convertido las almas; purificado corazones manchados por el libertinaje y la disolucion; arrancado el hierro á las manos homicidas; inspirado un valor sobrehumano á los mas tímidos caracteres! ¿Quién domó la barbarie y trasformó el mundo pagano? ¿no fue la fe en Jesucristo?¹

9. Hé aquí realmente el milagro del Evangelio, milagro histórico, permanente, visible, palpable. En la hora en que intervino en la série de las edades la gran nueva del Verbo hecho carne, hallábase la corriente de la humanidad violentamente arrastrada al sensualismo mas brutal, al materialismo mas abyecto. ¿Quién, pues, rechazó estas olas de barbarie, de voluptuosidad y de sangre? Cuando se precipita el torrente de las montañas arrastrando en su furioso ímpetu los diques trabajosamente edificadas, los árboles seculares, las casas, las mismas rocas; si se presentase un hombre en medio de las poblaciones consternadas, y tendiendo la mano, mandase á las encrespadas olas refluir ó retroceder hácia su origen; si dócil á su voz se detuviese la avalancha líquida como suspendida encima del valle, y retrocediera en sentido inverso de su pendiente ¿os impedirian todos los sofistas del mundo esclamar: milagro? ¿Necesitarías reunir los académicos, interrogar «una comision compuesta de fisiólogos, de químicos, de personas ejercitadas en la crítica histórica²?». Antes aun de pensar en todas estas puerilidades,

¹ Athanas., *Orat. de Incarnat. Verbi Dei* (*Patrolog. græc.*, tom. XXV, col. 186.

² *Vida de Jesus*, Introd. pág. 41.

No es preciso para atestiguar la realizacion de un milagro una academia de físicos ó químicos, bastando para ello, por mas que lo niegue M. Renan, el buen sentido de un hombre de mundo ó de un hombre del pueblo.

Por lo regular, el milagro es un hecho complejo que se compone de tres elementos: dos hechos naturales, palpables y sucesivos, y un lazo misterioso que los une. Por ejemplo, en la curacion del ciego de nacimiento de que habla San Lucas en el cap. IX de su Evangelio, constituye el primer hecho la circunstancia de que fuese este hombre ciego de nacimiento; el segundo hecho, la de que principiara á ver repentinamente,

os postraríais arrodillados, bendiciendo el prodigio de la bondad divina. A la verdad, ¿es comparable este milagro que habria salvado algunas cabañas de pastores en un valle de los Alpes, al que detu-

cuando antes no veia; y el hecho tercero, la de que sucediera á la ceguera súbitamente la percepcion de la luz por medio de la aplicacion de una poca saliva á los ojos apagados de este hombre. Pues bien ¿no son acaso el pueblo y las gentes de mundo, competentes para consignar la existencia del primer hecho? ¿Se necesita académico alguno para atestiguar autorizadamente que no tuvo vista un hombre á quien se trató de continuo, pudiendo comprobarse diariamente el estado real de sus ojos y adquirirse mil veces el convencimiento de que estaban vacías sus órbitas ó de que rodaban en ella únicamente globos sin transparencia y sin luz? ¿No puede ser sobre este particular un hombre de mundo ó un hombre del pueblo y sin letras, testigo digno de fe, con tal que no sea idiota? ¿No se admite en los tribunales diariamente como decisiva su declaracion sobre cuestiones mas delicadas y de mas difícil prueba? De igual manera que son estas personas idóneas para afirmar con inteligencia y peso el primer hecho, pueden atestiguar el segundo con iguales títulos á la confianza. Este hombre era ciego ayer, este hombre vé actualmente: sobre uno y otro hecho pueden merecer ser creidas igualmente, puesto que son de su competencia la existencia y la prueba de estos dos hechos. Asi ¿qué es lo que hacen los Fariseos, los que hace diez y nueve siglos fueron como los precursores de M. Renan? Recusan el testimonio del mismo ciego; pero aceptan el de sus padres. Estos eran gente del pueblo, toda vez que su hijo era un mendigo. Pero, no importa: llámanles á consignar los dos hechos que les preocupan y que constituyen el milagro, pues á sus ojos, son una autoridad necesaria al par que suficiente, y si insisten en ello todavia, no es para atacar la certidumbre de su afirmacion, no obstante provenir de un origen meramente popular. Asi proceden por las reglas del buen sentido, aun estando animados de odio hácia Cristo. Este proceder es una refutacion patente de las calumnias de M. Renan contra el buen sentido del pueblo. En cuanto al tercer hecho, es decir, al lazo que une los dos grandes hechos sucesivos que constituyen el milagro, á veces cae parcialmente bajo el testimonio del pueblo. Asi, en el prodigio del ciego, se podia ver y declarar perfectamente que Jesus se valió de una poca tierra mezclada con saliva para verificarlo; pudiendo asegurar esto lo mismo un hombre del pueblo que un químico ó un físico. Y no es necesario pasar de este límite para que sea cierto el milagro. Cuando los Fariseos en su curiosidad interrogan al ciego indiscretamente, cuando quieren probarle que no podia curarle Jesus, les responde aquel con suma verdad. «Solo sé bien una cosa, y es, que estaba ciego y que ahora veo.» Lenguaje sumamente exacto. Me preguntais á mi, hombre del pueblo, cómo se ha verificado el milagro: yo no tengo obligacion ni necesidad de decirlo; sino de limitarme á atestiguar dos hechos que se han verificado, y los atestiguo de manera que desafio toda clase de contradiccion. Coordinad vosotros como os plazca estos hechos: en cuanto á mi, los sostengo como indudables, á pesar de todas vuestras explicaciones, y por lo mismo que los sostengo, os es imposible librarlos del milagro. (Véase la primera instruccion pastoral de monseñor Plantier, obispo de Nimes, publicada con motivo de la obra de M. Renan, titulada: *Vida de Jesus.*)

El ser milagroso un hecho no impide que caiga bajo el dominio de los sentidos como otro cualquiera, dice el R. P. Félix en su conferencia cuarta de las pronunciadas en Nuestra Señora de París en el año 1964. Es posible que este hecho tenga varias fases, pero todas pueden ser vistas y apreciadas sin dificultad por quien tenga ojos y sepa mirar y ver.

Supongamos que acaba de verificarse un milagro, v. gr. la resurreccion de un muerto. Supongamos que he conocido á mi amigo en vida; cien mil veces le he visto,

vo súbitamente en su vuelo victorioso la civilizacion pagana mas grande que hubo jamás, y al que salvó á la humanidad entera? Mas decís que esto no os basta. «Como debe poder repetirse siempre un

le he hablado, le he abrazado; no se me negará la posibilidad de hacer constar este hecho. Pues bien; un día he visto enfermo á este amigo, luego moribundo, despues muerto; he asistido á su última hora, he recogido su último suspiro. En vano he querido forjarme la ilusion de que aun no habia muerto; en vano le he tenido cerca de mí tres dias, cuatro dias, esforzándome en persuadirme contra toda evidencia, que quizá no estaba muerto, sino aletargado. Quise hasta prolongar, para consuelo mio, la hospitalidad que yo debía á su cadáver; pero me fue imposible, porque, de repente se presentó una descomposicion espantosa y horrible, aun para la amistad misma, que huye de su cadáver gritando: ¡Está muerto! ¿Me negareis acaso la posibilidad de comprobar este hecho á pretexto de que el letargo puede parecerse á la muerte misma? Ante esa podredumbre manifiesta y ante ese cuerpo disuelto, ¿me privareis de esclamar con una dolorosa certidumbre: si, es cadáver, nada mas que cadáver? Hasta aquí tenemos ya dos hechos, que indudablemente se manifiestan y pueden ser tan comprobados como otro cualquiera. Pues veamos el tercero. En esto viene un hombre; pónese á orar á mi vista, delante de aquel cadáver podrido y disuelto, mira al cielo y dice: «Levántate,» y en el acto mi amigo se levanta efectivamente, lleno de vida, de salud, de fuerza, en la aureola de su resurreccion. Es el mismo, no tengo duda, aquella es su cara, aquellas sus facciones, su actitud, su modo de andar; ¿me negareis la posibilidad de reconocer al que tengo yo tan conocido, y de hablarle y de palparle y de decirle: Eres tú, no hay duda, tú mismo? En estas tres fases del hecho milagroso, ¿qué hay de invisible, qué hay de impalpable ni de problemático? Yo he visto á mi amigo vivo, le he visto luego muerto, y ahora vuelvo á verle bueno, es decir, resucitado. ¿Cuál de estos tres puntos, me direis que es imposible hacerlo constar, sino es científicamente?

Pero á esto se objeta, que sea lo que se quiera de las pruebas que creo tener de la existencia del hecho milagroso, queda siempre viva *a priori* contra ese hecho una certidumbre que anula aquellas pruebas, á saber; la certidumbre universal y constante de que el cuerpo humano, cuando ha comenzado á podrirse, ya no resucita, y que todas mis pruebas del hecho de una resurreccion nada valen para aniquilar esta certidumbre.

Pero entre las leyes de la naturaleza y entre los hechos de que tenemos certidumbre física, está la de que un organismo destruido por la descomposicion no puede restaurarse por sí propio; pero si el Criador quiere hacer una escepcion á esta ley del tributo natural que todos pagamos á su sin par soberanía, ¿por qué se tiene la presuncion de quitarle la posibilidad de hacer conocer con toda certidumbre esta escepcion determinada por su voluntad? Si el legislador humano puede real y positivamente suspender las leyes generales en un caso particular, ¿por qué destituir á Dios hasta del poder de mostrar en un caso determinado su voluntad particular, como tiene el de manifestar siempre su voluntad general?

Los milagros son, en efecto, (dice M. Augusto Nicolás, en su obra sobre la *Divinidad de Jesucristo*) modificaciones de las leyes de la naturaleza. Para que fuesen imposibles aquellas modificaciones, seria preciso que estas leyes fueran *necesarias*; es decir, que hallase el entendimiento contradiccion en concebir que hubieran podido ser otras que las que son. Ahora bien; las leyes de la naturaleza son constantes, pero no son *necesarias*. No implica contradiccion que hubieran podido ser diferentes; por ejemplo, que en lugar de ser la vida del hombre de cien años, á lo mas, hubiera sido de mil, ó que hubiera sido inmortal esta vida, ó que despues de haber abandonado al cuerpo, volviera naturalmente á él; que la procreacion se operase por la mujer sola, que no fueran los

experimento, y se debe ser capaz de volver á hacer lo que se hizo una vez, y no puede alegarse facilidad ó dificultad respecto del milagro, se invitaria al taumaturgo á reproducir su obra maravillosa

cuerpos penetrables ó ponderables, etc. Todo esto hubiera podido ser, y en tal caso, si se verificaran accidentalmente las cosas que son en la actualidad, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion, la ponderabilidad, la penetrabilidad, etc., se hubieran considerado estos casos como otros tantos milagros. Este mismo estado actual de cosas que llamamos *naturaleza*, no fue en su origen mas que efecto de un milagro, y del mayor de todos los milagros, el de la *creacion*, segun nota San Agustin. Su conservacion es tambien un milagro continuo que no tiene otro principio ni otra regla que la sabiduria del Ser Supremo, que sostiene esta grande obra por sobre la nada de donde la sacó. Asi, pues, todo el mundo concibe que no siendo lo que llamamos *milagro*, sino una modificacion en la creacion, es decir, un milagro menor en este gran milagro, no puede ponerse en duda su posibilidad. Es manifesto que el mismo poder que ha creado y que crea todos los dias, puede tambien modificar. Si se niega este poder, diré que lo prueban los milagros, y que con esta negacion se da la razon misma de los milagros.

Los milagros, en efecto, eran los únicos medios de notificar á los hombres olvidadizos y perversos la existencia y la intervencion del Criador. En el estado natural de las cosas, no se revela Dios á nosotros por medio de sus obras: su lenguaje es la creacion. Era, pues, conforme á este primer estado de cosas, que queriendo revelarse mas particularmente á su criatura, obrase mas particularmente como Criador, y como fuera de la naturaleza existente no podia verificar actos de Criador sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros, estos actos extraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion extraordinaria del Criador. No siendo los hechos generales de la creacion indignos en verdad de la sabiduria ni de la magestad de Dios, ¿por qué lo habian de ser los hechos particulares? ¿Por qué habia de haber menos magestad en decir á un hombre muerto: *Sal del sepulcro*, que en decir al primer hombre: *Crece y multiplícate*?

Siendo el movimiento de la naturaleza un milagro continuo (dice San Agustin, In Joann. Tract. XXIV), y despojándole su misma continuidad del carácter de milagro, *se reservó Dios el derecho de derogar el curso regular de la naturaleza*, á fin de que estos fenómenos, no mas grandes, sino mas raros ó menos frecuentes que las maravillas ordinarias de la creacion, hiciesen apreciar aquellas en su verdadero valor. Asi, precisamente lo que distingue el milagro á los ojos del creyente, es el ser insólito, no tanto sobre el poder de Dios, como fuera del orden acostumbrado de la naturaleza.

Pero dicen los incrédulos (continúa el P. Félix), que no cabiendo suponer el hecho milagroso, sino como superior á las leyes de la naturaleza, seria preciso para poder formalmente asegurar la certidumbre del hecho, tener conocimiento perfecto y adecuado de todas las leyes de la naturaleza..... Mas juntamente con las leyes de la naturaleza admitis la armonia en la naturaleza; sabeis que la naturaleza, lo propio que Dios, su autor, no se miente jamás á si misma; estais seguros de que la naturaleza, que decia ayer *si* acerca de un punto determinado, no dirá mañana *no*, y tan científicamente ciertos como estais de la existencia de una ley de la naturaleza, otro tanto lo estais de que no será desmentida por otra ley de la naturaleza. Pues bien, esta base que vosotros mismos dais á la ciencia de la naturaleza, nosotros la aceptamos, y aun fundando sobre ella la posibilidad de comprobar el hecho milagroso, decimos con vosotros. Asi como en el mundo matemático no puede haber fórmula verdadera que esté en contradiccion con otra fórmula verdadera, asi tambien y del propio modo, en el mundo físico, no puede haber una ley real de la naturaleza, que esté en contradiccion

en otras circunstancias. Si salia bien dos veces el milagro, se habrian probado dos cosas; la primera, que acaecen en el mundo hechos sobrenaturales; la segunda, que pertenece ó se halla delegado

flagrante con otra ley real de la naturaleza. Y por eso os pregunto ¿por qué una vez sentado que existe un hecho milagroso, no he de poder yo nunca hacer constar como cierto é incuestionable el hecho milagroso? ¿El que por una parte posea yo un hecho radiante como la luz propia, y por otra parte tenga encerrada en el círculo de una fórmula científica una ley de la naturaleza, una ley sola, la ley misma en cuya virtud se ha realizado ese hecho, impide ser para mí cosa demostrada de antemano, que jamás ninguna otra ley de la naturaleza vendrá á desmentirla? Cualquiera que sea el poder de lo desconocido, sé que no podrá destronar á lo conocido, mientras esté firme sobre la base de su certidumbre y radiante con el fulgor de su propia evidencia. No hay remedio: ó admitir que no poseemos ninguna ley cierta en el imperio de la naturaleza ó confesar que jamás lo desconocido puede ser testimonio contra la certidumbre de lo conocido.

Esto supuesto, ¿por qué he de estar yo condenado á la impotencia de hacer constar que en un caso dado, ha sido suspendida una ley de la naturaleza, y esto á pretexto de que mi razon no conoce la última profundidad de los misterios del mundo y de que mi vista no alcanza á abrazar la universalidad de las cosas? Es punto demostrado por experiencia universal, que una vez deshecho cualquiera organismo, no puede rehacerse instantáneamente por sí propio, ó de otra manera, que una vez muerto el que estaba vivo, no puede en un minuto dejar de ser cadáver putrefacto, para restituirse á su propia vida anterior con la identidad de su forma y de su existencia. Por maravillosas que sean todas las trasformaciones cuyo secreto guarda la naturaleza, y cuyo espectáculo nos está mostrando incesantemente y á despecho del límite donde vuestra ciencia se detenga en el dominio de la vida, estais completamente seguros de que en ninguna de las profundidades ocultas á vuestra penetracion existe ley alguna de la naturaleza, en cuya virtud un cuerpo convertido en cadáver pueda en un minuto volver á salir vivo y radiante del seno de su putrefaccion. Si otra cosa fuera, el mundo orgánico no seria mas que una fantasmagoria, y la naturaleza nias que una sucesion de mentiras y una serie de embaucamientos: no habria ciencia fisiológica, porque no habria ninguna ley cierta en el mundo de los vivos. Por consiguiente, cuando quiera que este fenómeno se realice delante de mí, delante de vosotros, delante de diez mil ó de cien mil testigos; cuando quiera que todos hayamos visto con nuestros propios ojos el cadáver, y hayamos palpado su podredumbre, si de repente luego, tras la oracion pronunciada por un hombre en frente de aquel cadáver, le vemos convertirse en un cuerpo radiante de fuerza, de juventud, de hermosura, y ponerse de pie frente á frente de nosotros y decirnos: «¡aquí estoy!» ¿nos prohibireis por autoridad de la crítica declarar que ese fenómeno nose ha realizado en virtud de una fuerza de la materia ni de una ley de la naturaleza? Para darnos científicamente razon de ese fenómeno ¿no tendremos necesariamente que llevarnos mas alto que la naturaleza, salirnos del círculo de la materia, y remontarnos hasta Aquel que habiendo creado la materia y la naturaleza, tiene á la una y á la otra bajo su mano como dóciles esclavas de su absoluta autoridad y libertad suprema? ¿Necesitaremos ir buscando uno tras otro á todos los bachilleres y licenciados de ciencias fisiológicas, para tratar de averiguar bien averiguado, el punto sobre si la naturaleza tendrá quizá allá en su profundo seno una fuerza misteriosa, que no ejerce mas que en circunstancias muy contadas, para obrar de cuando en cuando resurrecciones instantáneas? No, ciertamente; no os condenareis á la humillacion de ver á la Academia burlarse de vosotros y de oír á todos los maestros de la ciencia responderos con una

el poder de reproducirlos á ciertas personas. • 'Pues bien, se ha reproducido el milagro veinte veces, cuarenta veces en otras circunstancias, y multiplicándose en otras tantas naciones paganas que se han presentado alternativamente á la accion del Verbo hecho carne.

grave ironía, que la ciencia fisiológica no reconoce resurreccion instantánea, y que la naturaleza no es capaz de resucitar los muertos.

Queda pues, sentado, que para afirmar con certidumbre que un hecho se ha producido fuera ó sobre las leyes del orden natural, no hay necesidad alguna de conocer perfecta ó absolutamente todas las leyes de la naturaleza; porque la naturaleza en el mero hecho de ser una armonía, y además, una armonía que no es libre, no puede tener facultad de desmentirse á sí misma. Finalmente, ¿no hay en este orden de hechos una certidumbre moral que obliga al pueblo, lo mismo que al filósofo y en el que el sentido comun hace las veces de ciencia y aun en ocasiones es capaz de emitir un fallo mas imparcial que el de los sabios mismos?—(N. del T.)

• La repetición del hecho milagroso ante una comision de químicos y físicos, no produciria generalmente la certidumbre. Figurémonos que se constituye una comision primera y que se verifica ante ella una resurreccion: el hecho es sumamente probable, pero le falta un cabello para ser cierto. Organízase otra comision, y se verifica otro fenómeno milagroso: esta vez llegamos á la certidumbre. ¿Cómo sucede esto? ¿Cómo la segunda comision llega á la certidumbre cuando la primera, con iguales conocimientos, no ha podido salvar los límites de la probabilidad? ¿Cómo, sobre todo, y por qué inefable comunicacion se refleja la certidumbre de la segunda sobre la probabilidad de la primera, para trasfigurarla y permitir á M. Renan, apoyándose en las conclusiones de ambas que no son iguales, proclamar que se verifican hechos sobrenaturales en el mundo?

¿Qué significa tambien esa fantasía de querer que los taumaturgos se presenten ante comisiones sucesivas y en diferentes anfiteatros y ante cadáveres diversos? ¿Acaso debe tratarse al enviado del Altísimo de igual manera que á un anatómico ó á un prestidigitador? ¿Con qué derecho se pide al enviado de Dios que repita un milagro cuantas veces plazca á las comisiones repetir sus esperiencias? No hay duda de que, cuando el enviado de Dios obre segun la medida del poder que ha recibido, no tiene dificultad en ejercerlo; pero en fin, su poder es simplemente delegado, y puede no hallarse revestido de él sino para cierto fin, en momentos determinados y con ciertas condiciones. Si le ha marcado Dios estos límites, no tiene derecho ni fuerza para traspasarlos, y porque no los traspasa, porque no le compete volver á hacer lo que ya una vez hizo, porque no se presta á satisfacer vuestra curiosidad ni todos vuestros caprichos ¿se ha de seguir de aquí, que no hayan sido sus primeros milagros mas que prestigios y que no sea él mismo instrumento de una virtud sobrenatural? Y si en vez de usar de un poder delegado, emana este poder de su propio fondo, se hallará mas autorizado aun para rehusaros la reiteracion de las esperiencias, y deberá rechazar la indiscreccion de vuestras preguntas, por respeto á sí mismo. Negad entonces sus milagros, si os place negar la luz del sol: pero los milagros no necesitarán vuestro testimonio, y continuarán ostentándose á la vista de los hombres de buen sentido, aun cuando el taumaturgo haya despreciado vuestro aparato científico para no someterse á nuevas esperiencias. (Véase la primera pastoral del obispo de Nimes, M. Plantier.)

Este procedimiento extravagante imaginado por la crítica, dice el reverendo padre Félix, no es solo un insulto al sentido comun de los hombres, sino tambien á la magestad divina. Por ventura ¿no veis hasta qué punto ultrajan la soberana magestad de Dios tales y tan risibles condiciones, opuestas por ese despotismo científico á las libres

¿Por qué no ven ya los hijos de los Francos, como sus padres, cortar el muérdago sagrado en las selvas drúidicas, y derramar la sangre de los vencidos en la piedra de Teutates? ¿Cómo se han transformado súbitamente los Hunos, los Godos, los Alanos, los Vándalos, torrente de barbarie, en una fuente bienhechora que ha producido nuestra civilización cristiana? Y en la hora actual, preguntad ¿quién arranca al Oceaniense sus trofeos de sangrientas cabelleras; quién enseña al antropológico de la Polinesia y del centro del África á respetar la carne y la sangre de los vencidos? ¡El Verbo hecho carne es quien ha realizado estos milagros, quien los ha renovado con visible perpetuidad, y quien los repetirá hasta la consumación de los siglos!

manifestaciones del poder de Dios? ¿Cómo! ¿tú crítico antojadizo, tú mandas que el taumaturgo, es decir, Dios mismo, que obra por medio del taumaturgo, venga á pedirte licencia para verificar un milagro, cuando cabalmente Dios no obra el milagro, sino con el fin de imponerte preceptos y para significarte con esa manifestación de su poder su voluntad suprema?

Se concibe bien que cuando el inventor de una máquina aspira al honor de un privilegio, proponga hacer experiencias para justificar el mérito que atribuye á su obra, y que se constituya un jurado para apreciar el instrumento y sus operaciones. Pero un taumaturgo no es el inventor de un aparato de física; es el hombre de Dios; depositario de cierta parte del poder de Aquel que le envía, no hace uso de él para que le juzgue un arcópago de escépticos, ni para distraer el tedio de los sabios desocupados, sino que se sirve de él en beneficio de una alma que le pide una gracia, ó para la conversión de un pueblo, al cual se dirige. Si entonces se halla rodeado de gente de ciencia, no la teme, así como no temió Moisés á los adivinos egipcios, ni Jesucristo el espíritu irónico de los Fariseos, y obra sus prodigios sin vacilar á su presencia, aunque se burlen de ellos y los contradigan; pero jamás rebaja el poder que ejerce hasta hacer milagros con el único objeto de obtener su aprobación ó de satisfacer su curiosidad. (M. Plantier, obispo de Nîmes, pastoral primera.)

Por lo demás, el mismo Evangelio nos presenta milagros que se han repetido varias veces á vista de un público poco dispuesto á creer en ellos, y aun hostil á Jesucristo, y también milagros que pudieron comprobarse en la época en que se obraron y en todos los siglos posteriores, y aun en el día, por todos los sabios del mundo.

En efecto, el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces en el desierto se repitió dos veces, ante distinto público y en diverso lugar, habiendo dado la experiencia en ambas un resultado indudablemente prodigioso. (V. San Math. XIV, 14; San Marc., VI, 32; San Luc., IX, 10; y San Juan, VI, 14 y 15; San Math., XIV-29-39; San Marc., VIII, 1-9).

Puede también citarse como ejemplo de milagros repetidos, verificados ante distinto público, diverso lugar y diferentes circunstancias, las resurrecciones del hijo de la viuda de Naim, de la hija del jefe de la Sinagoga y de Lázaro. La primera se verificó en un cadáver muerto, pero no sepultado; la segunda en un cadáver depositado en el féretro y sacado fuera de la ciudad; y la tercera, en un cadáver encerrado ya en el sepulcro.

La primera se realizó en una casa invadida ya por toda clase de personas; la segunda á la puerta de la ciudad, ante un gentío en que había muchas personas indiferentes á

10. ¿Qué significa, pues, vuestro incrédulo dogmatismo? Decís con sobrado desden: «Desterramos el milagro de la historia, no en nombre de tal ó cual filosofía, sino en nombre de una experiencia constante;» y se os contesta: el mundo era pagano; la voluptuosidad era una diosa, y se la adoraba sin dificultad; la venganza era un deber, y se la encontraba dulce; el deleite era la ley suprema, y se la aceptaba sin temor; todas las pasiones tenían altares, y no se

Jesucristo, y sobre todo, mas enemigos que amigos suyos; la tercera ante el mismo sepulcro y delante de una muchedumbre compuesta en su mayor parte de Escribas, Herodianos, Doctores, Sacerdotes y Fariseos, todos los cuales eran enemigos de Jesus y estaban dispuestos á negar todo cuanto les fuera posible; puesto que como dice M. Renan, hasta aquella época habia hecho Jesus muy pocos discípulos. Y sin embargo, todos tienen la misma conviccion sobre que se ha verificado una resurreccion, sin abrigar la menor duda, sin decir una sola palabra sobre que aquello fuera una ilusion ó un engaño.

Como ejemplo de milagros que han podido y pueden comprobarse por siglos y generaciones enteras, pasadas, presentes y futuras, y que se prestan del modo mas completo y absoluto al exámen sobre si concurrieron en ellos todas las circunstancias y condiciones que M. Renan considera necesarias para que pueda calificarse el hecho sobre que versan de milagroso, puede citarse el del eclipse de sol que se verificó, segun el Evangelio, á la muerte de Jesus, cubriéndose toda la tierra de tinieblas desde la hora de sesta á la de nona (Luc., XXIII, 44-45; Math., XXVI, 45; Marc., XV, 23). Al testimonio de los escritores sagrados viene á agregarse el de los paganos mismos. Thales y Castor, aseguran que en el año 18 de Tiberio, se cubrió la tierra de una oscuridad repentina, á la hora de medio dia. Philon, Plinio el Antiguo, Tácito, Suetonio, y Apolophanes, consignan tambien este hecho (V. el cap. XI, p. 25 de esta obra). Y la prueba oficial del mismo existia por lo menos cuatro siglos despues en los archivos del imperio romano, segun lo atestiguan Tertuliano y San Luciano, y hasta se halla atestiguado este hecho en los Anales de la China, segun espondremos en el cap. XI citado.

Hé aqui, pues, un hecho que tiene todas las garantías históricas apetecibles y que se apoya en declaraciones conformes de testigos idóneos. Se creerian nuestros criticos con derecho á rechazar este acontecimiento á pretexto de no haberse invitado á una comision nombrada por la Academia de ciencias para regular sus condiciones? Pero además de que pudieron observarlo los astrónomos de aquel tiempo, lo mismo que los demás mortales, y que hubieran debido reclamar contra el relato de los historiadores, si lo hubiesen juzgado falso ¿hay necesidad de ellos para saber que el mundo no se halla sumergido súbitamente en tinieblas á la hora de medio dia? ¿Es esto tan difícil de probar? Lo que deberá averiguarse por los astrónomos, no es pues el hecho, el cual es incostestable, sea el que quiera su testimonio, sino únicamente la cualidad del hecho. ¿Provenian estas tinieblas de las leyes de la naturaleza ó de la intervencion de una causa superior? En otros términos ¿debemos ver en ellas un eclipse ordinario, ó un milagro? Esto es lo que pueden decir *en el día, lo mismo que en el en que aparecieron*. Si de sus cálculos astronómicos resulta que en el día de la muerte de Jesucristo, es decir, en la Pascua de los Judíos, y por consiguiente, en la época de plenilunio, debió verificarse en toda la tierra un eclipse de tres horas, convendremos en que esto fue solo un hecho natural, sin relacion alguna con lo que ocurría en el Calvario; mas si por la inversa, resulta de aquellos mismos cálculos, que este eclipse era imposible segun las leyes naturales (y sabido es que no puede verificarse un eclipse de sol sino el día de conjun-

les rehusaba el incienso; los instintos mas corrompidos del corazon eran deificados, y se sacrificaba á ellos sin resistencia. Súbitamente espárcense por este mundo embriagado de sensualismo algunos pescadores de Galilea, sin instruccion, sin elocuencia, sin crédito, sin fuerza, sin prestigio humano, y dicen: Pierda la voluptuosidad hasta su nombre entre vosotros, y baste á vuestras delicias la cruz de Jesucristo. ¡Si os hieren en la mejilla derecha, presentad la izquierda á vuestro enemigo; mortificad vuestra carne, reducidla á servidumbre; bienaventurados los pobres, los humildes, los castos, los misericordiosos; bienaventurados los que padecen; bienaventurados los que sufren persecuciones!—Hé aquí lo que enseñan. Y el mundo, turbado en su posesion secular, irritase contra las voces importunas que pretenden arrancarle de sus deleites, de sus placcres, de sus fiestas sin remordimientos, de sus orgías sin fin, de sus cómodas divinidades, de sus festines, de sus impúdicos cánticos. Mátase sin piedad, se asesina, se quema, se degüella, se crucifica á los predicadores. Reyes, pueblos, cortesanos, filósofos, todo lo que tiene una espada, un cetro, una pluma, un poder cualquiera, inventa nuevos suplicios para los nuevos enemigos del género humano. Esto dura desde hace diez y ocho siglos, con intermitencias, seguidas de un frenesí aun mas sangriento, y no obstante, el Verbo hecho carne es el Dios del mundo. ¿Dónde está la escuela de Sócrates? ¿Dónde están los discípulos de Platon? ¿Dónde la religion de Aristóteles? ¿Quién se ocupa de ello? ¿Cuántos millares de hombres, no digo en el mundo entero, sino en Francia ó en Inglaterra, los dos centros mas considerables de la civilizacion moderna, morirán sin haber sabido el nombre de estos sabios? Y no obstante, interrogad al último niño de nuestras aldeas mas humildes que haya recibido el bautismo de Jesus, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y vereis que sabe mas sobre nuestros destinos inmortales que Platon, Sócrates y Aristóteles.

11. ¡Hábito, contestais, religion de Estado, corriente secular

cion de la luna nueva, y que el eclipse total mas prolongado solo dura cinco minutos), deduciremos sin temor la consecuencia, de que estas tinieblas fueron un acontecimiento milagroso, y un testimonio patente de la inocencia y de la divinidad del que espiró como rey de los Judíos en un infame madero y entre dos ladrones. (V. el folleto del abate Crellier, titulado: *M. Renan batallando contra lo sobrenatural y el milagro*. Véase tambien las preciosas observaciones que hace M. Darras al esponer cada uno de los hechos milagrosos de Jesucristo en su lugar correspondiente). (N. del T.)

que ha sustituido á la corriente pagana y que se agota con su propia victoria! ¡Hállase aun en pie el nombre de Cristo, pero su obra está derribada; ya no vivifica la savia fecunda su enseñanza; perece el cristianismo!—Así hablais, y acabais de negar solemnemente la divinidad de Jesucristo, y habeis desleído vuestra negacion en todos los sofismas de la incredulidad antigua y moderna. Antes de vosotros profirió Arrio esa fórmula que habia caído ya de los labios impotentes de Cerinto, de Ebion, de los Gnósticos, y de Juliano el Apóstata. Reprodújola tambien á su vez Nestorio; renovóla Socino y la legó á Voltaire. Bajo la pluma de este último, tuvo la blasfemia la rara fortuna de dar la vuelta al mundo, con una revolucion armada por apóstol y por soldado. No es, pues, nuevo oír, durante diez y ocho siglos, negar la divinidad de Jesucristo. Parece que debiera haberse familiarizado la muchedumbre con semejante palabra. Y no obstante, la vuestra, la de la última hora, precedida por tantos antecesores, ha provocado en las almas el mismo doloroso pasmo que si se hubiese pronunciado por la vez primera. Por todas partes estalla un grito de reprobacion; sale Dios de la tumba; arroja la piedra trabajosamente arrastrada sobre el sepulcro, y el sello aplicado por vuestra filología no tiene mas fuerza que el de los fariseos y de los sacerdotes judíos. Alemania, Inglaterra, Francia, España, Italia, toda la Europa civilizada protestan que Jesucristo es Dios. Mas aun, alguno de vuestros lectores, distraído hasta aquí por las preocupaciones de la vida exterior, no habiendo tenido jamás ocasion de estudiar esta gran cuestion de la divinidad de Jesucristo, no habiendo leído tal vez jamás, del verdadero Evangelio, sino los mutilados y desfigurados fragmentos que encuentra en el vuestro, cierra el libro y esclama: ¡Un hombre no hubiera podido convertir al mundo! ¡Jesucristo es Dios!—Y esta alma que estaba muerta á la fe cristiana en el dia anterior, resucita á la vida verdadera, á la vida inmortal y siempre triunfante de Jesucristo. ¡Ah, ojalá encuentre esta alma, que habeis salvado sin quererlo, sin saberlo, á despecho de toda vuestra ciencia y de toda vuestra voluntad, en los misericordiosos tesoros de Jesus, una luz y una gracia que triunfen un dia de vosotros mismos! No fueron los soldados que le crucificaron los primeros que dijeron: «¡Verdaderamente era este hombre el Hijo de Dios!» ¡Cuántos han comenzado desde entonces por la incredulidad para concluir con la

fe! En la hora presente, está lleno el mundo de esos resucitados de Jesucristo, que adoran de rodillas lo que quemaban ayer. El Cristo ultrajado y escarnecido permanece siempre en la cruz; pero ha convertido en ella sin cesar á sus verdugos. En vano se esfuerzan en custodiar su sepulcro; abre los ojos de los centinelas dormidos; derriba á los Saules en el camino de Damasco; y mañana los que hoy le persiguen serán apóstoles suyos. No es esto vanas apreciaciones, antítesis teológicas, sistemas preconcebidos. Hijos del siglo XIX, ¿es acaso el siglo XVIII quien nos enseñó á confesar la divinidad de Jesucristo? ¿De quién proceden, pues, los nuevos adoradores de Jesus que llenan nuestro mundo actual? «No nacieron ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de los hombres: son de Dios.»

12. Esto consiste en que el poder del Evangelio no es solo una fuerza expansiva que obra sobre la muchedumbre reunida ó sobre las sociedades en general; que necesite para manifestarse y brillar, del entusiasmo y de la conmoción eléctrica de las turbas. Hay opiniones, ejemplos é impresiones espontáneas, arrebatadoras, que se producen en las asambleas humanas y que subyugan como por sorpresa. Pero hé aquí el milagro de todos los días, de todos los instantes, de todos los siglos y de todos los países en la historia del Evangelio. Una conciencia humana, indiferente ú hostil hasta entonces á la luz de Cristo, ha permanecido ignorando ó maldiciendo, veinte, treinta, cuarenta años, por una vida entera. La sombra de Jesucristo al pasar por el camino, irritaba ó importunaba esta conciencia. Un día, sola, en frente de la fe cristiana, lejos de toda mirada, en el silencio y la soledad del pensamiento, quiere esta alma darse cuenta de sus desprecios, de su odio ó de sus terrores. No está allí el mundo para influir en la decisión. Replegada sobre sí misma, en el trabajo desconocido de sus propias meditaciones, interroga al Evangelio, cuya magestad le pasma. Esta palabra viva, de filo mas acerado que la de la espada, hiere en el corazón todas las pasiones secretas, todos los malos instintos por tan largo tiempo acariciados. Es preciso cortar de raíz el árbol del orgullo que ha extendido sus ramas en todas direcciones; á la sombra de esta poderosa vegetación habían crecido pacíficamente la avaricia, los celos, la ambición, el odio, la venganza; y es preciso cortarlas. Mas profundamente todavía y entrañando en las raíces mismas del

ser, hay un misterioso asilo donde se ha atrincherado la corrupcion, con sus íntimos é ignominiosos placeres. Para resguardar este foco, para alimentar sus fuegos impuros, para ocultar su llama á las miradas indiscretas, se ha agotado en disimularlo la inteligencia, y ha gastado el amor todo su fuego. Han encanecido los cabellos en este trabajo, cuyo solo pensamiento hace ruborizar los semblantes. Es preciso arrasar este edificio de las pasiones, y arrojar al viento sus restos. Y mas aun; es preciso poner al descubierto, cuán anchas y profundas son, sus horribles llagas, é ir á decir á un hombre: ¡Mira, hé aquí lo que soy, lo que he sido, todo el mundo lo ignora. Se me cree justo, se me cree grande, se me cree desinteresado, se me cree casto. Y no obstante, soy el vicio, la corrupcion, el crimen!—Es preciso: pero cuando se haya aniquilado en el alma todo lo pasado, cuando se haya realizado el vacío en la conciencia, ¿qué le quedará á este infeliz? Todos sus corrompidos afectos, todo cuanto amó, adoró, sirvió, todo esto habrá desaparecido; y destrozado el corazon, sangriento, volverá á caer en la muerte. ¡Ya se le ve arrastrando en la soledad sus heridas mortales; vagando por la vida como un espectro, sin pasado, sin porvenir, sepulcro viviente, exhausto de felicidad y de esperanza! Ya retrocede horrorizado, cuando se oye una voz, llena de amor y de dulzura. Es Jesus en el pozo de Jacob, abriendo á la hija de Samaria las fuentes de aguas vivas, que saltan hasta la vida eterna. «Señor, Señor, saciádme con las puras aguas que estinguen toda sed.» Ya no quiero beber nunca de esas aguas envenenadas de la mentira, del error, de las pasiones ¹. Se levanta. Es el hijo pródigo que vá á arrojarle en los brazos de su padre; es Lázaro tendido en las fétidas emanaciones del sepulcro. ¡Ha resucitado este muerto, este desesperado, este hijo perdido! Hé aquí el milagro permanente del Evangelio. Mil veces habeis visto un confesonario, un penitente, un sacerdote, y mil veces habeis visto sin pensarlo una resurreccion.

13. ¿Véase, pues, por todas partes, el milagro del Verbo hecho carne, tan vivo en el dia como lo fue en el pesebre, en el templo de Jerusalem, en el cenáculo, en el pretorio de Pilatos, en el tribunal de Caifás, en la cruz del Gólgota, en el sepulcro de José de Arimatea, en la gruta de la resurreccion, y sobre la montaña de la

¹ *Da mihi hanc aquam, ut non sitiam, neque veniam huc haurire* (Joan. cap. IV, 15).

Ascension gloriosa? Al lado de los reyes del Oriente que le adoran, están los Herodes que buscan al niño para matarle; al lado de los doctores que admiran la sabiduría de sus contestaciones, están los falsos sabios que tratan de sorprenderle en flagrante delito de ignorancia, de contradicción y de error; al lado de sus discípulos fieles, están los Judas que le venden con un beso; al lado del procónsul que se lava las manos con indiferencia, están las almas santas que interceden por el Justo; al lado de la muchedumbre estraviada que vierte la sangre inocente, está la muchedumbre fiel, que recoge cada una de sus gotas para encontrar en ellas la vida: al lado de los judíos que sellan el sepulcro, están las piadosas mujeres que ven pasar el Ángel de la resurrección; al lado de los Galileos que aguardan aun á Jesus Nazareno que ha desaparecido de su vista, están siempre los santos que van á buscarle al cielo. ¿Pues qué, está vivo Jesus? ¿No ha muerto su historia como la de Alejandro ó la de César, con el tiempo que la vió brillar? No, cada día se encarna Jesucristo en un establo y nace en un alma hasta entonces manchada; cada día dice su voz á un muerto: *¡Lazare, veni foras!* y sale Lázaro del sepulcro; cada día repite á algun nuevo apóstata: «¿Amigo mio, qué has venido á hacer aquí?» y todavía el Hijo del Hombre se deja vender con un beso. Cada día confiesa á una Samaritana; abre los ojos á un ciego de nacimiento; resucita al hijo de la viuda de Nain; cada día muere en el Calvario y cada día convierte á un ladrón. Que se prenda, que se ate, que se crucifique á este muerto inmortal, claman de continuo las turbas amotinadas, ¡no le queremos ya! que nos den á Barrabás; que nos desembaracen de este Dios que turba nuestro sueño é insulta á César.— Se le azota, se le corona de espinas; se le pone una caña en la mano á guisa de cetro; se le abofetea el semblante, se le pregunta: ¿Qué es la verdad? Y calla, y sufre las injurias, los ultrajes, las ignominias. Entrégasele á las burlas, á los sarcasmos, á las blasfemias; muéstrasele al pueblo diciendo: ¡Hé aquí al hombre! Se le arrastra al suplicio; véense deslizarse algunas lágrimas durante su camino, y él contesta siempre con mansedumbre: No lloreis por mí, sino por vosotros y por vuestros hijos. Clávasele en el leño infame, traspásasele el corazon, introdúcese en el sepulcro; pero resucita siempre, y sus verdugos son los primeros en repetir la palabra de los soldados romanos: ¡Verdaderamente era este el Hijo de

Dios! Mil ochocientos años hace que es así, y durante mil ochocientos años se renueva este drama sin interrupción. Siempre los mismos actores con nuevos nombres; siempre el mismo odio contra la misma víctima, y siempre la misma resurrección. Si no veis en esto un milagro, una serie de milagros, el milagro permanente, ¿qué es lo que veis en la historia?

14. No conocemos prueba más palpable de la inspiración de los Evangelios, que esta prolongación de vida del relato evangélico al través de las edades. Semejante demostración se halla por su misma naturaleza al alcance de todas las inteligencias, y no exige ni estudios laboriosos ni investigaciones científicas. Pruébese la aparición del Verbo encarnado por la perpetuidad de la Encarnación del Verbo en las almas. Los milagros de Jesucristo en Judea son los mismos que renueva actualmente en todos los puntos del globo y que no cesará de verificar por tan largo tiempo como subsista el mundo. Bastárale á la historia del porvenir el simple texto del Evangelio, como le ha bastado á un pasado de veinte siglos ¿Conoceis muchos libros que tengan este prodigioso poder? Los más grandes genios de Grecia y de Roma nos han dejado obras que se proclaman inmortales, y ¿quién las ha leído, sino es algunos eruditos? Y sobre todo, ¿quién las practica? ¿qué alma les ha debido su resurrección espiritual? ¿qué conciencia humana han reanimado? De vez en cuando un elogio oficial que cae de las altas regiones de la ciencia, recuerda á las generaciones que escribió Platon, que habló Ciceron, que filosofó Séneca. Doctrinas, discusiones, filosofía, todo murió con estos muertos ilustres; consiéntese á veces en admirar de paso esta elocuencia estinguida, la belleza de las líneas, la pureza de la forma, á la manera que se detiene el viajero á saludar una ruina arqueológica. Pero el Evangelio está vivo, y es siempre el pan cotidiano de la muchedumbre, el alimento espiritual de las almas. Este libro se lee en todas las lenguas, bajo todos los cielos, á todas horas; podría decirse que se ha hecho en ese sentido que el Verbo divino, cuya manifestación es, para trasportar cada día su vida á las almas. Así el Evangelio es realmente un hecho que se reproduce siempre, siempre fecundo, siempre inagotable, al mismo tiempo que es una doctrina permanente, inmutable, siempre antigua, siempre nueva. ¡Ensenáenos un libro escrito por mano de hombres y que ejerza tal imperio!

§ II. EL EVANGELIO DEL RACIONALISMO.

15. Fuerza nos es entrar aquí, no sin una dolorosa emocion y una piedad profunda en el orden completo de argumentacion que nos impone un esfuerzo reciente de la exegesis racionalista. Se han distribuido tan moderada y tan delicadamente, por un temperamento divino, todas las luces del Verbo encarnado, todas las maravillas del Evangelio, en su radiacion por el mundo, que solicitan la fe sin violentarla. El respeto con que trató Dios, en su primera revelacion, el libre alvedrío del hombre, se encuentra mas admirablemente aun, en la manifestacion cristiana. El Verbo se hizo carne, y pudo ser desconocido del hombre: este es á nuestro juicio, un nuevo é incontestable milagro, en tal serie de prodigios. Porque, en fin; si gravita necesariamente el sistema planetario alrededor de nuestro sol ¿se comprende que el sol de las inteligencias, el Verbo de Dios, haya podido descender á las profundidades de nuestras tinieblas humanas, sin que fuera absorbida toda oscuridad por su inmenso brillo? Y no obstante, si fuera asi, si no fuese libre la adhesion, si no quedase la inteligencia dueña de aceptar ó de rechazar la luz, hubiera sido subyugado el hombre por una ley fatal, y habrian desaparecido la responsabilidad y el mérito de sus actos. Hé aquí por qué, en el plan divino de la Encarnacion, se eclipsa el esplendor del Verbo, como temeroso de verificar una invasion escesiva. Hé aquí por qué subsiste siempre el milagro permanente del Evangelio, ante una negacion perpetua. Jesucristo podia nacer y continuar viviendo entre los hombres, en tales condiciones y bajo tal forma, que estando el Dios presente en todas partes y siendo reconocido por do quiera, hubiese aplanado la conciencia humana bajo el rayo de su gloria. La vista clara reemplazaria á la fe; la actividad de las inteligencias se extinguiria en una contemplacion inerte; no tendria ya nada que conquistar el hombre; él seria el conquistado, pero al mismo tiempo, seria anulado. Figurémonos, en esta hipótesis, á un escritor meditando enseñar al mundo que Jesucristo no es Dios. Antes aun de que se hubiera formulado claramente la negacion en la mente del autor, habria anonadado al audaz la vision divina, con su formidable aparato, y herido con el rayo la rebelion en su nacimiento. Pero el Dios que quiso nacer en un establo y morir en

una cruz, velando su magestad con las mantillas de la infancia y la ignominia del suplicio, no cesó y no cesará hasta la consumacion de los siglos, de ser un signo de contradiccion, levantado para la ruina ó la resurreccion voluntaria de la muchedumbre. Si nace cada dia en las almas santas, muere cada dia bajo la mano de los verdugos, repitiendo su divina oracion: «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!» ¿Tendremos, pues, valor para oir las escépticas negaciones que vienen á levantarse contra el Dios del Calvario? Es sensible, sin duda alguna, encontrar á cada página de la narracion evangélica, señales de estas manchas modernas, y no obstante, en la situacion en que nos hallamos, no hay en esto nada nuevo. Tomando San Pedro la palabra al salir del cenáculo, dijo á las turbas: «¡Hombres de Israel, ha resucitado el Jesus á quien dís-teis muerte por mano de los impíos, y es vuestro Dios!» Nuestro lenguaje será algo análogo á estas palabras: ¡Hombres del siglo XIX, diremos, el Jesus cuya divinidad creéis haber aniquilado, está vivo, es vuestro Dios! Para probarlo, no necesitaremos otros testigos que vosotros mismos. Vamos juntos á visitar el sepulcro donde le habeis enterrado. Abramos el Evangelio de los racionalistas.

16. «Jesus, dicen ellos, nació en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, que no tuvo anteriormente celebridad alguna. Ignórase el origen de su familia. Solo se sabe que su padre Josef y su madre María, eran gentes de mediana condicion, que vivian con su trabajo, en ese estado tan comun en Oriente, que no revela desahogo ni miseria. Era el hijo mayor de una familia numerosa, pero fue siempre detestado por sus hermanos y hermanas, y él les correspondió lo mismo. Aprendió á leer y á escribir, pero no supo nunca el hebreo, ni el griego, ni el latin. Nacido en el seno del judaismo, desconoció las diversas escuelas judías. No tuvo idea ninguna del poder romano, ni del estado general del mundo, y solo llegó á sus oídos el nombre de César. Juzgaba las córtes de los reyes como lugares donde van bien vestidas las gentes. Era un jóven aldeano que veia el mundo al través del prisma de su candidez. Pero estaba en rebelion abierta contra la autoridad paterna; era duro con su madre y con su familia, y hollaba con los pies todo lo que es propio del hombre, la sangre, el amor, la patria. Era carpintero como su padre; creia en el diablo; pero á los treinta años, no sabia aun el secreto de su destino. No obstante, exhalábase de su persona un encanto

infinito, y tenia sin duda una de esas arrebatadoras figuras que aparecen algunas veces en la raza judía. Una especie de *yogui* de la India, bastante parecido á los *gurus* del Bramismo, un cierto Iohanan ó Juan, vestido de pieles ó telas de pelo de camello, manteniéndose con langostas y con miel silvestre en el desierto, en compañía de los chacales, se puso á bautizar en las riberas del Jordan, á donde acudia la multitud, creyéndose trasladada á las orillas del Ganges. Jesus llegó tambien, y fue bautizado. El asceta y él compitieron en público en deferencias y consideraciones recíprocas. Aquello fue para Jesus un rayo de luz, bautizó tambien, siendo su bautismo muy solicitado. Sin embargo, esta influencia fue para Jesus mas molesta que útil, pues le arrastraba á una desviacion sensible, que fue por fortuna de corta duracion. Juan fue arrestado de orden del Tetrarca Antipas, y Jesus se retiró cuarenta dias al desierto, sin mas compañía que la de las fieras.»

17. «De allí salió convertido en un fogoso revolucionario y anarquista, tal como podia serlo un hombre que no tenía idea alguna del gobierno civil, que anunciaba á sus discípulos reyertas con la policía, sin pensar un momento que esto causa rubor, intentando realizar en la tierra un ideal quimérico, un reino fantástico de Dios, que era en realidad el advenimiento de los pobres, el aniquilamiento de la riqueza y del poder. Jesus recorrió la Galilea con una docena de pescadores y algunas mujeres, que se disputaban el placer de oírle y de cuidarle alternativamente; entre otras, María Magdalena, mujer muy exaltada, afectada de enfermedades nerviosas, organizacion agitada que calmó Jesus con su dulce y pura belleza, y que gustaba de ella á causa de su humildad. Admirábasele; mimábasele; comprendíase que hablaba bien, y que eran convincentes sus razones. Aquellos buenos Galileos no habian oído jamás un lenguaje tan adaptado á su risueña imaginacion. No esquivaba el regocijo y asistia de buena voluntad á los festejos nupciales. Así es que hizo uno de sus milagros para amenizar una boda de aldea. Recreábase el balancear de las lámparas que pasean los paraninfos por la noche en Oriente, y que producen un efecto sumamente agradable. Espresábase sin cesar su dulce alegría por medio de reflexiones vivas y de amables chistes. Tenia particularmente ingenio para usar con gracia juegos de palabras. Adorábanle las mujeres y los niños, tributándole pequeñas ovaciones, con las que se complacia en extremo,

y títulos que no se hubiera atrevido á darse él mismo. Era su vida una fiesta perpétua, un escándalo para los austeros discípulos de Juan, un ultraje sangriento para los hombres que hacian profesion de gravedad y de una moral rígida. Afectaba rodearse de gentes de vida equívoca y de poca consideracion, arriesgándose á encontrarse con mala sociedad en casas de mala fama. No se cuidaba de ayunos, contentándose con rezar, ó mas bien, meditar en las montañas. Nadie ha hecho menos vida sacerdotal que la que hizo Jesus, sin práctica alguna religiosa, al paso que mostraba un profundo horror á los devotos. Como principio social, profesaba el comunismo con sus accesorios; el odio hacía el rico que se regala, mientras otros sufren privaciones á su puerta, y la destruccion de la propiedad. La primer condicion para ser discípulo de Jesus, era vender su fortuna y dar su precio á los pobres, es decir, á la comunidad, de que era Jesus gefe. No tardaron en conocerse los inconvenientes de este régimen; pues siendo preciso un tesorero, se eligió á Judas Iscariote, el cual fue acusado, con razon ó sin ella, de robar la caja. Este por menor insignificante no estorbó por entonces el buen éxito de Jesus. Mortificaban al jóven demócrata especialmente los honores que se tributaban á la persona de los soberanos, lo que no impedia que se viese tentado á serlo, pero salvóle de este error su buen natural. Por lo demás, su doctrina no tenia nada precisamente nuevo. Sin teología alguna, sin símbolo, sin ningun rastro de moral aplicada, ni de derecho canónico, por poco definido que fuera. Sus perpétuas afirmaciones de sí mismo eran algun tanto cansadas y fastidiosas. Rebuscaba las palabras ambíguas ó los equívocos y los prolongaba de propósito. Sin embargo, se citan de él dos palabras notables: «Dad al César lo que es del César» dicho profundo, de un espiritualismo y de una exactitud maravillosa, que estableció la separacion de lo espiritual y de lo temporal, y puso las bases del verdadero liberalismo y de la civilizacion verdadera. Sin embargo, no debe disimularse que tenia peligros semejante doctrina. Establecer por principio que la señal para reconocer el poder legítimo, es la moneda; proclamar que el hombre perfecto paga el impuesto por desden y sin reflexion, es favorecer toda clase de tiranías. El cristianismo ha contribuido mucho en este sentido, á debilitar el sentimiento del ciudadano y á entregar el mundo al poder absoluto de los hechos consumados. La otra palabra notable de Jesus es ésta: «Ha llegado

«la hora en que los verdaderos creyentes adoraran al Padre en espíritu y en verdad.» El día en que pronunció esta palabra, fue verdaderamente hijo de Dios; dijo por la vez primera la palabra en que descansara el edificio de la religion eterna. El hombre no ha podido sostenerse en ella porque solo se llega á lo ideal un momento. Además de estas dos palabras sublimes, enriqueció Jesus la literatura judáica con un género delicioso, hasta entonces sin precedente; la parábola, en que sobresalía y que él creó. No obstante, existía este género en Israel, desde el tiempo de los Jueces, y por otra parte, se halla en los libros búdicos parábolas exactamente del mismo tono y de la misma forma que las parábolas evangélicas. No se cansaba la multitud de oír á Jesus, siguiéndole hasta al desierto, donde, gracias á una frugalidad extrema, la santa comitiva podía vivir; creyóse naturalmente ver en ello un milagro; pero Jesus no los hizo nunca. Sin embargo, creía en los milagros, porque no tenía la menor idea de un orden natural, regulado por leyes. También era un exorcista experimentado en todos los secretos del arte, algun tanto hechicero, un poco magnetizador, algo *spírita*¹. Por lo demás, se le impuso su reputacion de taumaturgo, á lo que no se resistió mucho, si bien no hizo nada para coadyuvar á ella; pero experimentaba la vanidad de la opinion sobre este particular. En la vida de Jesus ocupan un gran lugar los actos de ilusion y de locura.»

18. «Después de sus escursiones idílicas por Galilea, donde se servía de una mula, cabalgadura en Oriente, tan segura y tan buena, cuyos grandes ojos negros, sombreados por largas cejas, tienen suma dulzura, se fué á Jerusalem el jóven demócrata. Allí perdió su alegría, su reposo y todos sus triunfos precedentes. Provinciano, admirado de sus conciudadanos, fue mal acogido de la aristocracia de la capital. Desde entonces se lanzó en una política exaltada, y fundó la escuela del desden trascendental. Abolirás la ley de Moisés, y él es quien la abolirá. Vendrá el Mesías, y él es el Mesías. Lo que hubiera sido en otros un orgullo insoportable, no debe considerarse en él como un atentado. Llámase en voz alta el Hijo de Dios; pero esto es un equívoco, que además, le costará la vida. En su poética concepcion de la naturaleza, penetra un solo soplo el universo. El soplo del hombre es el de Dios: Dios habita en el hom-

¹ Nombre que se da en inglés á los magnetizadores que pretenden comunicar con los espíritus de los muertos.—(N. del T.)

bre y vive por el hombre, así como el hombre habita en Dios y vive por Dios. Así, pues, Jesús era panteísta, pero sin saberlo; porque aquí no hay que pedir lógica ni consecuencia. Jamás tuvo Jesús noción clara de su personalidad. La necesidad que tenía de crédito y el entusiasmo de sus discípulos acumulaban las nociones más contradictorias. Obrase sobre la humanidad por medio de ficciones. Por ejemplo: cuando murió Jesús, la forma, bajo la cual se apareció á la piadosa memoria de sus discípulos, fue la de un banquete místico, en el que tenía él mismo el pan, lo bendecía, lo partía, y lo presentaba á los convidados. Es probable que fuera este un hábito de su vida, y que en aquel momento estuviese particularmente amable y enternecido. Las comidas habían llegado á ser para la comunidad naciente, para la regocijada y vagabunda comitiva, uno de los momentos más agradables. Pues bien, Jesús era muy idealista en sus concepciones, al paso que muy materialista en la expresión. Queriendo expresar el pensamiento de que el creyente vive solo de él, decía á sus discípulos: «Yo soy vuestro alimento,» frase que expresada en estilo figurado, venía á decir: «Mi carne es vuestra carne,» «mi sangre es vuestra bebida.» Jamás sospecharon los discípulos esta sutileza. Después de haber vivido con él por años consecutivos, le vieron siempre teniendo el pan, después el cáliz en sus santas y venerables manos, y ofreciéndose él mismo á ellos. Así es que á él fue á quien comieron y bebieron. Jesús no será responsable de ello, pero lo cierto es, que en el último período de su vida, traspasó toda clase de límites ¹.

¹ Aunque el autor trata de la institución de la Eucaristía en el § IV, del cap. X de esta obra, como allí no se hace cargo de las palabras de M. Renan, que se insertan en este párrafo, hemos creído conveniente insertar, por vía de nota, la magnífica refutación que de ellas hace el sabio obispo de Nîmes, M. Plantier, en su segunda instrucción pastoral publicada con motivo de la obra de M. Renan, § XVI. Como esta es la institución más augusta de Jesucristo, según la doctrina de la Iglesia, dice M. Plantier, como al tocar á ella, M. Renan toca al misterio más consolador para los cristianos, parece que para explicarlo, debía recurrir á interpretaciones más formales que nunca, á fin de que no pareciese que añadía á lo indigno de la blasfemia, una ligereza indecorosa. Pero no; tampoco ha conseguido ser ingenioso. Espongamos ante todo el capítulo sexto de San Juan, que puede llamarse con suma exactitud el capítulo de la promesa. Jesús prepara manifestamente por medio del discurso que trae allí el Evangelista, la grande institución que debe realizar más adelante. Anuncia en términos espresos, que dará su carne en alimento y su sangre en bebida, que unidas una y otra, formarán un pan bajado del cielo, y que este pan será EL mismo; que este pan, superior al maná, comunicará á los que lo coman un principio de resurrección y de inmortalidad, mientras que el maná no impidió que murieran en el desierto los que comieron de él; que finalmente,

19. «Sus discursos estaban animados de un ardor extraño. Erasumamente rígido para los suyos, no admitiendo contemporizaciones. Sus exigencias eran ilimitadas; y llegaba en sus ímpetus hasta á

los que coman su carne y beban su sangre permanecerán en EL, y que EL permanecerá en ellos (San Juan, VI, 31-60). Los judíos se escandalizan de este lenguaje. Los mismos discípulos de Jesus quedan, al oír esto, tan espantados, que algunos dejan de seguirle desde aquel instante. Pero cuanto mayor es la admiración y el abandono, mas insiste Jesus en el sentido y en la afirmación contra que se revelan, para que se entienda bien que deben tomarse sus palabras en todo el rigor de la letra. Sin embargo, M. Renan juzga este modo de explicarse *extraño*. *Divino* era la calificación que debía haber empleado, porque solo un Dios podía permitirse esta admirable audacia. Pero aun siendo *extraño*, puesto que lo quiere vuestra impiedad, prueba con su *extrañeza* misma, que hablaba Jesus *naturalmente* y sin metáfora, y que llegaría un día en que, por una institución milagrosa, daría verdaderamente su carne y su sangre en alimento á sus Apóstoles, y por medio de ellos, á los cristianos de todos los siglos.

El compromiso está contraído. ¿Cómo va á salir de él Jesus? ¿Escúchese á M. Renan! «Las comidas eran en aquella asociación naciente, uno de los momentos mas agradables. Todos se hallaban juntos en estos instantes; el Maestro hablaba á cada cual, y mantenía una conversación llena de regocijo y de encanto (*Vida de Jesus*, pág. 303).» «¿En qué historia habeis adquirido estos pormenores? ¿Y cómo puede estar en esto conforme M. Renan con M. Havet, que pretende, que no tenemos sobre la vida de Jesus ninguna de esas breves escenas de interioridad? Pregúntase asimismo ¿cómo puede conciliarse esta gracia usada por Jesus, aun al fin de su vida, en los banquetes fraternales, con ese carácter sombrío, exaltado, revolucionario que supone M. Renan haber dominado entonces, por no decir desfigurado al Cristo? ¿Pero basta de preguntas!—«Jesus gustaba de estos instantes y se complacía en ver á su familia espiritual agrupada de esta suerte en torno suyo (*ib. ibid.*).» M. Renan desnaturaliza el pensamiento y la narración de San Lucas, á quien alude. En vez de hablar San Lucas en general, se ocupa de un banquete particular; festin en que hacia largo tiempo pensaba Jesus, y que deseaba con un ardor especial; festin en el que, segun el modo solemne con que le hace preparar el Maestro, y con que cuenta sus preludios el mismo Evangelista, demuestra que va á pasar alguna cosa extraordinaria. «Ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de mi Pasión; porque os aseguro que ya no la comeré mas con vosotros hasta que se cumpla en el reino de Dios (Luc. XXII, 15-16).» Hé aquí con qué magestuosas palabras abre Jesus la conversación en estas agapas supremas. Jamás tomó las cosas de tan alto ni con un tono mas augusto; y M. Renan trata de engañarnos ó se engaña cuando sostiene que Jesus no hace aquí mas que seguir el curso de sus anteriores hábitos.

«La participación del mismo pan se consideraba como una especie de comunión, de lazo recíproco. El Maestro se valía, sobre este punto, de términos enérgicos, hasta la extrañeza, los cuales se tomaron mas adelante desenfadadamente al pie de la letra. (*Vida de Jesus*, pág. 303).» Lo esencial es saber si quiso el Maestro que se tomaran estos términos á la letra. Por nuestra parte creemos que sí. ¿Cómo probais por la vuestra que no? Ni siquiera intentais hacerlo.—«Jesus es á la vez muy idealista en las concepciones y muy materialista en la expresión (Id. pág. 303-304).» Ni uno ni otro: estos dos términos son tan falsos como inconvenientes. Pero tomándolos por lo que valen, debe decirse que á veces quiere Jesus que no se entienda su lenguaje á la letra. En multitud de ocasiones se sirve de imágenes y parábolas; y en estas circunstancias tiene tal intención de que no se interprete lo que dice en un sentido material, que él mismo separa la doctrina espiritual oculta bajo el velo de la alegoría. Pero otras veces, por el contrario, deja á las palabras que emplea su significado natural, y por decirlo así, etimológico. Para

suprimir la carne. Gigante sombrío, despreciando los sanos límites de la naturaleza, queria que solo se existiera para él, que solo á él se amase. Atrevíase á decir: «Si alguno quiere ser mi discípulo, que

apreciar bien su pensamiento, hay que traducir con todo el rigor gramatical el texto que lo espresa, y en este último caso se halla precisamente el texto sobre la Eucaristía.

«Queriendo manifestar el pensamiento de que el creyente solo vive de él, que él era todo entero (cuerpo, sangre y alma) la vida del verdadero fiel, decia á sus discípulos: «Yo soy vuestro alimento; frase que, traducida en sentido figurado, se convertía en: Mi carne es vuestro pan, mi sangre es vuestra bebida (*Vida de Jesus*, pág. 304).» Aquí hay tres errores: M. Renan hace de estas grandes fórmulas eucarísticas locuciones indiferentes que tuviera á cada paso Jesus en los labios, y que no hubieran tenido en la última cena un significado mas profundo que en las demás circunstancias de su vida. Nada es mas falso. Estas augustas palabras fueron reservadas para dos ocasiones solemnes entre todas las demás; la de la promesa, que sublevó en Cafarnaüm, y la de la institucion de la Eucaristía, que consoló á los Apóstoles.

Otro error. Jesus, segun M. Renan, solo se preocupó de un pensamiento, el de presentarse como siendo *en todo su ser* la vida del verdadero fiel. La intencion de Jesus tenia mas trascendencia; pues dió claramente á entender, que queria establecer un medio extraordinario, un instrumento particularmente eficaz para desarrollar en sus discípulos el gérmen de la vida, cuya plenitud y fuente llevaba en sí mismo. «En verdad, os digo, sino comeis la carne del Hijo del hombre y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros.—El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna; y yo le resucitaré en el último dia (San Juan, VI, 54-55).» No era posible espresarse con claridad mas decisiva; véase mil veces aquí, que el objeto de Jesus era crear un pan nuevo, un pan celestial, cuya sustancia pudiera dar la vida á los que se alimentaban con él, y que este pan seria la reunion en un mismo alimento de su propia carne y de su propia sangre.

Último error. Por un pérfido paréntesis, trata de insinuar M. Renan, que al presentarse Jesus como la vida del verdadero fiel, no ve y no supone en su ser mas que *cuerpo, sangre y alma*. Mas Jesus coloca en sí otra cosa, y es su *divinidad*. Sí, su divinidad, cuando dice repetidas veces, que será el *pan bajado del cielo*. Sí, su divinidad, cuando afirma que es el principio necesario de la vida, y que quien no coma su carne y no beba su sangre, no tendrá la vida en sí. Su divinidad, cuando asegura que pueden dar y darán su cuerpo y su sangre la *vida eterna*; esta es una prerogativa que evidentemente no puede pertenecer mas que á un Dios. Sí, su divinidad, porque predice que resucitará él mismo en el último dia á todos los que se hayan alimentado con su carne y con su sangre. Solo un Dios puede hacer salir al hombre de la nada; solo un Dios puede hacerle renacer de la muerte y de la tumba.

«Además, los hábitos de lenguaje de Jesus, siempre sumamente sustanciales, le hacían ir mas lejos aun. Asi, en la mesa, mostrando el alimento, decia: «Héme aquí;» y tomando el pan en la mano: «Este es mi cuerpo;» y tomando el vino: «Esta es mi sangre;» modos todos de hablar que eran el equivalente de: «Yo soy vuestro alimento (*Vida de Jesus*, pág. 304).»—No hay duda que esto equivale á decir: «Yo soy vuestro alimento.» Pero cuando mostrando el pan Jesus en la última cena, dijo: «Esto es mi cuerpo;» cuando teniendo el cáliz y el vino, añadió: «Esto es mi sangre;» ¿hablaba en sentido natural ó en sentido figurado? Esta es la verdadera cuestion; y por nuestra parte, decimos con los Evangelistas y los diez y ocho siglos cristianos, que se espresó Jesus sin metáfora, y que deben tomarse al pie de la letra sus adorables palabras. Para convencernos de que no se trata de eludir el texto, forma Jesus estudio en cierto modo

renuncie á sí mismo, y me siga.» Era como un fuego devorando la vida en su raiz, y reduciéndolo todo á un horrible desierto. Arrastrado por esta espantosa progresion de entusiasmo, requerido por

en encerrarnos en el sentido literal. Cuando despues de haber bendecido y roto el pan lo presenta á los suyos, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que va á ser entregado por vosotros (San Lucas, XXII, 19)», el cuerpo que ofrece bajo las apariencias de pan, es el mismo que debe ser entregado por la salvacion del mundo, y segun la espresion recordada por San Pablo, que debe ser *dividido* (I Cor. XI, 24): *Hoc est corpus meum quod pro vobis datur*. Hay identidad, no en lo exterior, sino en la sustancia. ¡Pues bien! el cuerpo que debió ser *entregado y dividido*, era verdaderamente un cuerpo real y efectivo; era el verdadero cuerpo de Jesus; aquel con que afectaba los ojos de los Apóstoles en el moimento mismo en que les hablaba en el banquete pascual. Y puesto que este cuerpo, cuya vista les contempla y cuya voz les habla, no forma mas que uno solo con el que dice contenerse en las especies de pan que les ofrece y con que les invita á alimentarse, es manifesto que aquí significa exactamente su lenguaje lo que espresa. Lo mismo es respecto del vino que se contiene en el cáliz (San Lucas, XXII, 20). *Esto es mi cuerpo*, dice Bossuet, esto es, pues, su cuerpo. *Esto es mi sangre*; esto es, pues, su sangre (Bossuet; *Meditaciones sobre el Evangelio* XXIII, dia, hácia el fin). ¿Por qué no interpretar con sencillez lo que es tan sencillo? ¿Por qué oponer tantas miserables sutilezas á palabras cuyo significado natural se presenta con tan victoriosa fuerza? «Si hubiera querido dar con esto solo un signo, una mera semejanza, hubiera sabido decirlo... Cuando propone símiles, sabe girar su lenguaje de modo que se comprenda así; de suerte que nadie tiene nunca la menor duda sobre ello. *Yo soy la vid; si alguno entrare por mí, se salvará* (San Juan, X, 9). *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos, y así como el sarmiento no puede de suyo dar fruto si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí* (Id. XV, 4). Cuando hace coniparaciones, saben decir los Evangelistas: *Jesus dijo esta parábola: hizo esta comparacion*. Mas aquí, sin preparar nada, sin templar nada, sin explicar nada, ni antes ni despues, nos dice rotundamente: *Jesus dijo: Esto es mi cuerpo: Esto es mi sangre; mi cuerpo entregado; mi sangre derramada* (Bossuet *ut supra*).» Así habla tambien Bossuet con su buen sentido supremo, y la consecuencia es, que en lugar de lanzarnos, para determinar el verdadero significado de las palabras eucarísticas, en caminos tortuosos ó extraviados, debemos marchar sin ceremonia por el camino real del sentido natural y literal.

Esto es lo que hace San Pablo en su primera epístola á los Corintios. Despues de haber referido las palabras de la Institucion, añade comentarios y consejos en que brilla en caracteres de fuego la doctrina de la presencia real (I Cor. XI, 23-28). Y nótese que si se espresa así, es despues de haber declarado que sabe por el Señor mismo todo cuanto va á decir del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Desde el principio han tenido la misma fe los discípulos que habian contemplado mas cerca que San Pablo el grande hecho de la última cena y de la inauguracion de la Eucaristía. Aun sin pertenecer al colegio de los doce, creian en la realidad del pan milagroso, y cuando despues de la resurreccion del Salvador, le encuentran y conversan con él, sin reconocerle en un principio, basta que bendiga el pan delante de ellos, que lo rompa y se lo presente, para que se abran sus ojos y vuelvan á encontrar al instante mismo en él al Maestro, que la muerte les habia arrancado por un momento. Este es para ellos el signo de los signos, el prodigio de los prodigios, segun se ve con una evidencia decisiva en la conmovedora escena de los discípulos de Emaus (San Lucas, XXIV, 30-31).

Hé aquí la historia verdadera de la Eucaristía por parte de Jesucristo. En cuanto á los Apóstoles, que fueron llamados á perpetuar sus beneficios en el mundo, no se atribuyeron arbitrariamente ni esta mision ni este honor. Despues de haber consagrado

las necesidades de una predicacion mas y mas exaltada, no era ya libre, sino esclavo de su papel. A veces parecia turbarse su razon, y hubo momentos en que le creyeron loco sus discípulos; aunque sus

Jesús el primero el pan en la última cena, dijo á los que le rodeaban: «Haced esto en memoria mia». Esto es lo que nos atestigua San Lucas (Id. XXII, 19). San Pablo repite y garantiza con relacion al cuerpo del Salvador, las mismas palabras (I Corintios XI, 24). Pasando despues á la consagracion del vino, cita el Apóstol la gran fórmula, por la cual la verificó Jesús, y despues, pone estas palabras en los labios del Salvador: «Haced esto en memoria mia, cuantas veces bebais de este cáliz (Ib. ibid. 25).» Y tambien: «Cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor (Ib. ibid., 26).» *Haced esto*; es decir, del pan mi cuerpo.—*Haced esto*; es decir, del vino mi sangre. No se puede contestar con palabras mas sencillas. Aquí evidentemente, se comunica una potestad y se da una mision: la potestad y la mision de continuar el prodigio de la Eucaristia: *Haced*, hé aquí la orden, hé aquí la mision.—*Haced*, pero ¿cómo hacer, si no se puede? Para ser razonable, ¿y cuándo no lo es un Dios? es preciso que esta palabra *Haced*, imponga el mando. Es una de esas palabras creadoras que pronunció Jesús con tanta frecuencia. Tal es el verdadero origen del poder de consagracion y de sacrificio que se atribuye el sacerdocio católico. M. Renan se aventura á explicarlo de otro modo. Segun él, los Apóstoles habrian comenzado por apropiarse en sentido figurado el lenguaje de Jesús; despues, auxiliándoles la imaginacion, á fuerza de representarse á Jesús teniendo alternativamente el pan y el cáliz, habrian concluido por persuadirse que comian y bebian á él mismo en el altar. «Á él fue á quien se comió y se bebió, y llegó á ser la verdadera Pascua, habiéndose abrogado la antigua por su sangre (Vida de Jesús, pág. 305).» Pero no se discuten semejantes locuras. Los Apóstoles no han merecido que se les preste el honor de alucinaciones, que ruborizaria atribuir siquiera á niños. Asi como tomaron á la letra las palabras eucarísticas pronunciadas por Jesús, tomaron tambien literalmente las que les investian con el privilegio de continuar, al través de las edades, el milagro y el sacrificio de la última cena. Ellos recibieron el poder de consagrar lo mismo que el poder de absolver, habiendo pretendido tenerlo de Jesús desde un principio; pues en efecto, lo recibieron de él, como todas las prerogativas, sin que fueran inducidos á hacerse ilusiones sobre este punto, ni por engañosas metámforas, ni por un sueño de su imaginacion exaltada. Jesús les habló sin emplear figuras, y ellos le oyeron sin preocupacion ninguna, siendo sobre este hecho, como sobre todos los del Evangelio, su testimonio, no solamente el de la sinceridad, sino el de la verdad misma.

Y que no diga M. Renan: «Juan, tan preocupado de las ideas eucarísticas, que relata la última cena con tanta proligidad, que refiere á ella tantas circunstancias y discursos; Juan, que es el único que tiene el valor de un testigo ocular entre los narradores evangélicos, no conoce esta narracion. Esto prueba que no miraba la institucion de la Eucaristia como una particularidad de la cena.» (Vida de Jesús, pág. 305).

Es falso que Juan sea el único que tenga aquí el valor de un testigo ocular, pues este valor lo tiene asimismo San Mateo, que se hallaba presente en la última cena; y que por otra parte figura entre los narradores Evangélicos. ¿Para qué, pues, hacer observar que el silencio de Juan, aunque fuese absoluto, no probaria nada contra los relatos positivos de los Evangelistas, llamados sinópticos por M. Renan?—Finalmente, ¿cómo no recordar que es en San Juan donde se halla el gran discurso de la promesa, y que en ninguna parte se ha supuesto la doctrina de la Eucaristia tan categóricamente como en esta página memorable?

Asi, la Eucaristia, esta otra encarnacion, esta imagen siempre palpitante del Calvario, este maná de los débiles asi como de los fuertes, este árbol de vida plantado en

enemigos le declararon solamente poseído. Agriábase ante la incredulidad menos agresiva. Su mal humor contra toda resistencia, arrastrábale á hechos inesplicables y absurdos. La pasion que se hallaba en el fondo de su carácter le impulsaba á las mas fuertes invectivas. Era insostenible su lucha en nombre de lo ideal contra la realidad. Irritábale todo obstáculo. Exagerábase su nocion de Hijo de Dios, y le causaba vértigos; tentacion da de creer que viendo en su propia

el jardin de la Iglesia, al lado del árbol de muerte, este gran escudo de las almas, esta arca sagrada que es el honor y el poder de los campos de Israel, esta gloria del sacerdote, este consuelo del fiel, este banquete de familia para todos, la Eucaristía, nuestro tesoro, nuestro encanto, nuestra esperanza, la Eucaristía permanece en pie, no obstante los golpes con que la ataca M. Renan con mano parricida. Ni el tabernáculo se ha visto arrebatado su huésped sagrado, ni el altar ha perdido su gran Víctima, ni el mundo culpable queda sin expiacion. ¡Oh Jesus! ¡Jesus! El sofisma ha querido arrancarnos á vuestros templos como á nuestros ósculos. Pero la historia y nuestro amor os retendrán en ellos eternamente vivo y cautivo para gozo de los que os aman, y tal vez tambien para la conversion de aquellos mismos que blasfeman hoy de Vos, despues de haber conocido en otro tiempo las dulzuras de vuestra sagrada mesa.» A estas sabias reflexiones del obispo de Nimes, creemos deber añadir lo que dice el sabio Riggenbach en su leccion 18 sobre la Historia de Nuestro Señor Jesucristo, acerca del discurso de San Juan en el cap. VI de su Evangelio. San Juan habla admirablemente de la Comunión con Cristo, en este discurso que resplandece como un joyel incomparable y que termina con una oracion en la que ha reconocido la Iglesia en todo tiempo á su soberano sacrificador. «Véase tambien los párrafos XII y XIII del cap. VII de esta obra.»

«Los Apóstoles no podian equivocarse sobre el significado verdadero de las palabras con que instituyó Nuestro Señor la Santa Eucaristía, dándoles á comer su cuerpo y á beber su sangre, dice el doctor Sepp, en la Vida de Nuestro Señor Jesucristo; sec. VI, cap. XXX; porque era creencia comun entre los Israelitas, que cuando viniera el Mesías, cesarian toda clase de sacrificios; pero que el sacrificio de pan y vino, segun el órden de Melquisedech, duraria eternamente, como puede verse en el libro de los Rabinos (*Bamidbar rabba*, in *numeros*, cap. XXVIII). Todas las interpretaciones con que han intentado los herejes alterar el verdadero sentido de las palabras del Salvador, y de probar que debian entenderse en sentido figurado, caen ante la sencilla consideracion, de que aquella noche no habló á sus discipulos en imágenes ni en figuras, sino, como lo notan los mismos discipulos en San Juan, XVI, 29, claramente y sin velos. Además, les promete entrar en ellos y establecer en ellos su morada (San Juan, XIV, 23).

«Dios habia ofrecido con el maná á los israelitas una figura bien significativa del alimento maravilloso que debia dar al género humano en los dias del Mesías. Por esto se lee en el tratado intitulado *Midrach Coheleth*, fól. 90, 21: «Asi como el primer libertador trajo el maná del cielo, segun estas palabras: Hé aquí que hago llover el pan del cielo; asi el último libertador traerá el maná; porque está escrito: Habrá en la tierra un puñado de trigo.» Leemos tambien en el tratado titulado *Schemoth rabba* (sec. 50, fól. 142). «En tiempo del Mesías, preparará Dios á los Israelitas una mesa y un manjar tal, que quien coma de él, no necesitará ya ni mesa ni otro mejor alimento.» Los rabinos se estienden largamente en describir este *pan cambiado*. Se habla de esta trasformacion, no solo en el *Schemoth rabba* (sec. 25) y en el *Talmud Joma* (cap. VIII, fól. 75), sino tambien en el comentario mas antiguo titulado: *Pesiktá*. El rabino Kimchi, interpretando al pro-

muerte, un medio de fundar su reino, concibió, de propósito deliberado, el designio de hacerse matar. Deslizábanse sus dias en acres disputas en medio de fastidiosas controversias, para las cuales su grande elevacion moral le creaba una especie de inferioridad. Y en efecto, juzgada su argumentacion, segun las reglas de la lógica aristotélica, es muy débil. Pero se vengaba por medio de cáusticos sarcasmos: sus malignas provocaciones iban siempre derechas al corazon, quedando dentro de él la herida como un estigma eterno. Obras maestras de elevada sátira, se han grabado sus dardos en líneas de fuego en la carne del hipócrita y del falso devoto. Solo un Dios puede matar de esta suerte. Moliere no hace mas que rozar la epidermis; mas éste hace penetrar hasta la médula de los huesos el fuego y la rabia. Era en verdad justo que este gran maestro de ironía pagase con la vida su triunfo. A pesar de la aprobacion del mendigo Bartimeo, que le causó un dia un gran placer, llamándole obstinadamente Hijo de David, concluian comunmente las irritantes discusiones que suscitaba Jesus en borrascas. Su mal humor contra el Templo, que habia detestado siempre, le inspiró una imprudente palabra, que figuró entre los considerandos de su sentencia de muerte. Arrojábanle piedras los Fariseos, en lo cual no hacian mas que ejecutar un artículo de la ley, que mandaba lapidar, sin oírle, á un profeta, aunque fuese taumaturgo, que desviara al pueblo del antiguo culto. Era tiempo de que viniera la muerte á desenlazar una situacion escesivamente tirante.»

20. «Desesperad, hostigado, no perteneciéndose á sí mismo, se prestó Jesus á una ficcion que debia convencer á los Jerosolimitanos incrédulos, ó llevarle á él mismo al suplicio. Su amigo Lázaro fue inducido, casi sin notarlo, á prestarse al hecho importante que se meditaba. Hizose, pues, ceñir de ligaduras como un muerto, y encerrarse en un sepulcro de familia. Al cabo de cuatro dias vino Jesus, y el muerto fingido se levantó al acercarse á él. Esta aparicion

feta Oseas, XIV, 9, se eleva hasta la interpretacion cristiana, cuando dice: Algunos entienden por estas palabras: *Vivirá de trigo*, que en lo futuro cuando venga el Salvador, habrá un cambio, una transustanciacion en la naturaleza del trigo. Finalmente, el R. Mosee, hijo de Nachman, escribe estas palabras: «El maná es engendrado de la luz divina que ha tomado un cuerpo segun la voluntad de su Criador.» No nos admiremos, pues, de las palabras de Hillel que trae el Talmud: «El Mesías no vendrá ya á los Israelitas, porque lo han recibido como alimento en los dias de Ezequias.»

(N. del T.)

debió considerarse naturalmente por todo el mundo como una resurrección. Pero se irritaron sumamente los enemigos de Jesús por la fama que se divulgó de este milagro. Congregóse entonces un consejo por los jefes de los sacerdotes, y se planteó rotundamente la cuestión sobre si podían vivir juntos Jesús y el judaismo. Fijar la cuestión era resolverla. Todo se verificó con la mayor legalidad, presidiendo á todas las medidas un gran sentimiento de orden y de policía conservadora. El desgraciado Judas Iscariote vendió á su Maestro, no por avaricia, sino por un sentimiento de economía propio de un cajero que sabe sacrificar á un patron disipador en beneficio de la caja. En este hecho hubo mas torpeza que perversidad; pensando tal vez Judas que Jesús sabría librarse de aquel trance. Retirado mas adelante el traidor apóstol á su campo de Hakeldama, llevó tal vez una vida tranquila y oscura, mientras recorrían el mundo sus antiguos amigos, divulgando por él la noticia de su infamia. Todos los actos de Pilatos que conocemos nos le muestran como un buen administrador. Anas y Caifas eran figuras venerables, quizás algun tanto demasiado sacerdotales. Antipas un príncipe indolente á quien trataba de cobarde la celosa Herodías, su mujer. Por lo demás, todas gentes muy honradas que condenaron unánimes á Jesús á muerte, cual era su deber con aplauso de los judíos; pues estaba terminante la ley en cuyo cumplimiento fue clavado Jesús en la cruz. Todos sus discípulos le habían abandonado, si bien Juan se lisonjea mas adelante de un valor que no tuvo. Tampoco consoló la presencia de su madre la agonía del ajusticiado. La suma elevación de Jesús rechazaba toda ternura personal. Todo induce á creer que le ocasionó al cabo de tres horas una muerte súbita la ruptura de un vaso del corazón. Algunos momentos antes de rendir su alma, tenía la voz fuerte. Súbitamente lanzó un grito terrible, reclinó la cabeza sobre su pecho y espiró. Jesucristo tenía entonces treinta y tres años. Su vida termina para el historiador con su último suspiro. Sin embargo, sabido es que, desprendido su cuerpo de la cruz, fue depositado apresuradamente en una cueva, cuya puerta se cerró con una piedra muy difícil de manejar, con ánimo de volver á darle una sepultura perpetua. Mas siendo el día siguiente sábado, se aplazó este trabajo para el otro día; pero cuando volvieron, se había quitado la piedra de la abertura, no estando ya el cuerpo en el sitio en que se había puesto. ¿Se lo habían llevado, ó bien ocasionó, des-

pues del suceso, el entusiasmo siempre crédulo las varias relaciones con que se trató de crear la fe en la resurreccion? Esto es lo que ignoraremos perpetuamente por falta de documentos contradictorios. No obstante, puede decirse que la viva imaginacion de María Magdalena representó en esta circunstancia un papel capital: ¡Poder divino del amor! ¡Momentos sagrados en que la pasion de una alucinada dió al mundo un Dios resucitado '1)!

21. ¡Hé aquí vuestro Jesus! Meditándolo bien, os parece imposible llegar hasta creer que fue un Dios. Teneis razon. Solo á un racionalista podia ocurrírsele la idea de prosternarse ante semejante figura. ¡Qué Dios habia de hacer vuestro provinciano Galileo sin saber el hebreo, el griego ni el latin, «sin conocer ni el judaismo» en el seno del cual habia nacido, «ni la civilizacion romana,» á la cual pagó no obstante tributo, «ni el estado general del mundo; sin la menor nocion de un gobierno civil, ó de un órden natural regulado por leyes; no teniendo ni aun idea clara de su personalidad» mas ignorante que el último desertor de colegio y mucho menos atreviéndose que éste, pues que «¡creia en el diablo!» ¿Quién habia de querer adorar este interesante carácter «en rebellion contra la autoridad paterna, duro para con su familia, sin amor á su madre, sin entrañas para su patria, despreciando los sanos límites de la naturaleza, egoista hasta el punto de querer que solo se existiese para él, irascible hasta la demencia, gigante sombrío á quien se creia loco?» Lejos de ser un Dios, apenas alcanza la medida del héroe mas pequeño de la democracia. ¡Linda rareza, en efecto, la historia de este comunista delicado, recorriendo la Galilea en una mula de ojos negros; tronando contra los ricos, y comiéndose predilectamente sus manjares; humillado con los honores que se tributan á los soberanos, y buscando para sí mismo sus ovaciones y sus títulos; soñando la destruccion de la propiedad, con la condicion de que se echara su precio en su caja! ¡Y no obstante, es preciso reconocer que habeis ver con toda claridad ciertos rasgos mas particularmente luminosos de su fisonomía: un odio mortal contra los devotos; un amor propio, llevado hasta el delirio, y solícito en evitar todo lo que se pareciese al sacerdocio; y una decidida antipatía contra el Templo! Pero ¿es verdaderamente difícil hallar reunidas en un hombre, con

¹ *Vida de Jesus.* Este análisis es la reproduccion testual de toda la trama que presenta este autor como la historia verdadera de Nuestro Señor Jesueristo

la determinacion clara y positiva de no ser en manera alguna sacerdote, la voluntad perseverante de odiar á los devotos, y la energia de no amar sino á sí mismo, y de detestar los templos? ¿Merece ésto una estatua? Os complacéis en realzar esta chavacana figura, dispensándole el honor de un proyecto de suicidio que no tuvo efecto. Este proyecto podrá granjearle las simpatías de algunas almas enfermizas; pero afortunadamente vuestro personaje se detiene en la tentacion sin pasar jamás de ella. Tentado de trastornar el mundo, no trastorna nada; tentado de curar los enfermos ó de resucitar los muertos, no cura y no resucita á nadie; tentado de hacerse rey, de hacerse llamar hijo de David; tentado sin mas éxito de crear la Parábola, lo cual hubiera podido por lo menos hacerle esperar un sitio entre nuestros inmortales; tentado de una reputacion á la Moliere, sin poder, crear como Moliere á Tartufe. Nunca animó á aquel pecho un soplo de vida: vuestro Jesus no es ni siquiera un hombre, porque el hombre mas vulgar hubiera hecho algo en treinta y tres años de existencia, y vuestro Jesus no ha hecho nada, ni ha fundado nada, ni ha instituido nada; ni el bautismo que tomó de Juan y del que se disgustó muy pronto; ni la Eucaristía; ni la Iglesia, que introdujeron sus discípulos despues fuera de tiempo. Fantasma negativa, pasa, como un cadáver cubierto de ligaduras, al centro vivo de la historia judía, donde quereis introducirle. Da lástima ver el trabajoso artificio con que intentais hacer verosímiles las borrascas que pudo suscitar á su alrededor un personaje tan completamente nulo. Os habeis visto obligado, por la ley de la novela, á hacer de él un loco; pero en Jerusalem no se mataba á los locos, ni aun se les encerraba, como entre nosotros, contentándose con dejar que se pasearan por la campiña con sus inofensivas ilusiones. ¿Valia la pena de molestar al tribunal de Pilatos; de recorrer todas las jurisdicciones desde Anás y Caifás hasta Antipas; de poner sobre las armas toda la guarnicion romana, y de sublevar la poblacion de una ciudad entera, por causa de un alucinado, sumamente apacible, á quien el primero que pasase podia volver á llevar á su patria Galilea? ¡Vuestro Jesus no es ni Dios, ni héroe, ni hombre; no es nada, ni siquiera un personaje de novela aceptable!

22. Y ahora hé aquí el milagro. Ante esta nada, en presencia de esta nada que habeis tenido la audacia de revestir con un nombre divino, os hallais sobrecogido de espanto; y se nos ofrece el espec-

táculo de un racionalista, enemigo de lo sobrenatural, y que no sabe ver nada mas allá de la realidad sensible, guardando con celoso cuidado la dignidad que pertenece al hombre, desde el dia en que éste se distinguió del animal; nos es dado contemplar á este racionalista prosternado con ambas rodillas y dirigiendo á su fantasma de Jesus una invocacion idolátrica. «¡Descansa ahora en tu gloria, noble iniciador! esclama. Tu obra está acabada, y fundada tu divinidad. No temas ya ver derruirse por una falta el edificio de tus esfuerzos. Libre de hoy en adelante de los ataques de la fragilidad, asistirás de lo alto de la paz divina á las consecuencias infinitas de tus actos. Has comprado la inmortalidad á costa de algunas horas de padecimiento que no han afectado siquiera á tu grande alma. El mundo va á realizarse por tí, por miles de años. Mil veces mas vivo, mil veces mas amado despues de tu muerte, que durante los dias de tu tránsito por la tierra, llegarás á ser hasta tal punto la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundó seria conmoverle hasta en sus cimientos. No se hará ya distincion alguna entre tí y Dios. Completamente vencedor de la muerte, toma posesion de tu reino, donde te seguirán siglos de adoracion por el camino real que has trazado '» Tal es la conclusion del Evangelio racionalista. ¡Despojado asi de todo esplendor divino, de toda verdad histórica, de toda verosimilitud posible, y por el contrario, envuelto con un manto irrisorio, encubierto con el disfraz mas miserable, mas odioso y absurdo, el nombre de Jesus acaba de obrar este prodigio á la faz del mundo! El racionalismo moderno que niega todos los milagros, no podia negar éste, aun auxiliado por una comision de químicos.

23. Despues de haber explorado el interior del sepulcro donde se pretendia sepultar á Jesus, veamos si realmente es «difícil de manejar» la piedra con que queria cerrarse su entrada. El peñasco filológico y científico llevado á la puerta del nuevo monumento, ¿es de yeso ó de granito? Veámoslo. Toda la argumentacion del nuevo exegeta puede reducirse á las siguientes fórmulas: «Jamás pensó Jesus en creerse Dios: y en manera alguna pensaron sus discípulos en darle tal título. Atribuyóse á su memoria la divinidad retrospectivamente, por una leyenda popular, fruto de la imaginacion enter-

' *Vida de Jesus*, pág. 426.

necida de la muchedumbre¹. Obra de curiosidad y hasta cierto punto de buena fe, establecióse esta leyenda á fines del siglo I sobre un

¹ ¿Cuándo, como, dónde, por quién, ha sido creada esa misteriosa leyenda que se ha convertido nada menos que en el centro de la historia? ¿Quién fue el primero que dijo: *Cristo es Dios*? ¿quién se lo ha hecho creer á todo el mundo, cuando nadie todavía lo creía? Ciertamente no han sido ni San Agustín, ni San Gerónimo, ni San Ambrosio, ni San Gregorio, ni San Juan Crisóstomo; y San Atanasio principalmente en su primera conferencia con Arrio, rechaza de sí con bastante energía la gloria de semejante invención; ¿quién, pues, fue el primero que bordó en el tejido de la historia esa sublime leyenda? ¿San Hilario? ¿San Cipriano? ¿San Justino? ¿San Clemente de Alejandría? ¿Tertuliano? ¿Arnoy? ¿Atenagoras? ¿quién fue, en fin? ¿San Bernabé por ventura? ¿San Pedro? ¿San Pablo? ¿San Juan? ¡ah! ¿San Juan? ¿habrá sido éste, quizá, el que ha tenido tan peregrina idea? La crítica, por lo visto, lo sospecha gravemente, fundada sin duda en que San Juan en su Evangelio afirma con gran insistencia y solemnidad el dogma soberano; pero no puede ser mas liviano este fundamento. El hecho es cierto; pero ¿cuál fue la causa? Pues fue que cuando San Juan escribió su Evangelio, ya la negación se ostentaba contra la afirmación, ya se había mostrado aquella negación gnóstica, de la cual al cabo de diez y ocho siglos estamos viendo remedos tan destichados. Lo propio sucede siempre en la gran lucha de lo verdadero contra lo falso; siempre en estos períodos se afirma con tanto mas brio, cuanto que es forzoso para responder á la negación contraria: lo mismo que nosotros estamos haciendo ante la *guosis* del tiempo presente, eso mismo hacía San Juan á su manera ante la crítica de aquellos tiempos. Pero es el caso que San Juan hablaba entonces como todo el mundo, y que todo el mundo hablaba como San Juan; todos afirmaban el mismo dogma y profesaban la misma fe; todos proclamaban al Cristo Salvador, al Cristo Redentor, al Cristo Señor, al Cristo Rey, al Cristo Dios.

Dos cosas predominaban espléndidamente en aquella época que de tan cerca toca al origen del Cristianismo y donde brilla con tan plena luz su cuna, á saber: en los corazones, el amor de Jesucristo; en las inteligencias, la fe en su divinidad; entonces, como la voz verídica y el eco sincero de toda alma cristiana, resuenan en todas partes las dos palabras: «Yo amo á Jesucristo, yo adoro á Jesucristo» y es preciso padecer una ceguera muy voluntaria para no ver que, entonces mas que nunca, abundó y sobrepandó en todas partes la fe firme, absoluta y ardiente en la divinidad de Jesucristo.

¿En dónde, pues, ¡oh críticos flamantes! en dónde, sino en vuestra imaginación, en vuestros sueños y en vuestras utopías, podreis hallar aquí hueco para vuestra leyenda? Aquí no hay mas sino el hecho radiante de la fé de todos los cristianos en la divinidad de Cristo; aquí no hay leyenda, sino verdadera historia, que comienza, continúa y se espacia en el esplendor de su propia publicidad; la historia que, conforme van ocurriendo los hechos que la constituyen, se afirma y se escribe por sí misma en monumentos que subsisten y en obras que no han perecido; historia que desde cerca de dos mil años há, desde su principio hasta nosotros, dice y repite siempre una misma cosa, la fe de los cristianos en la divinidad de Jesucristo; historia que ha grabado en libros, en edificios y en instituciones, y que proclama sin interrupción alguna por medio de voces que mutuamente se responden, el hecho dominante de los siglos cristianos, la posesión universal y secular del Cristo Dios, su imperio aclamado por todos los siglos, como lo está por todos los pueblos, junto con todos esos siglos y todos esos pueblos que van repitiendo con una sola voz aquella palabra escrita en el sitio mas ilustre del mundo: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. (V. la conferencia segunda del año 1864 del padre Félix).

Además, no ha habido materialmente tiempo bastante para que pudiera crearse la

bosquejo primitivo que dejaron en verdad los apóstoles, pero tan malamente alterado por un trabajo de segunda mano, que es absolutamente imposible reconocer la huella original y separarle de las supersticiones con que se le sofocó. Así, tales como poseemos los Evangelios, pueden á lo mas presentarnos las líneas generales de la vida de Jesus, pero no pueden tener el menor valor histórico. Sobre este punto poseemos un testimonio capital, de la primer mitad del siglo II. Es de Papías, obispo de Hierápolis, hombre grave, hombre de tradicion, que tuvo cuidado toda su vida de recoger lo que pudo indagarse sobre la persona de Jesus. Despues de haber declarado que prefiere, en semejante materia, la tradicion oral á los libros, menciona Papías dos escritos sobre los actos y las palabras de Cristo. 1.º un escrito de Marcos, intérprete del apóstol Pedro; escrito corto, incompleto, que no sigue el orden cronológico, comprendiendo relatos y discursos (ἀλθινα ἢ παραθινα), compuesto segun las noticias y los recuerdos del apóstol Pedro; 2.º una coleccion de sentencias (λογία) escrita en hebreo por Mateo, y que cada cual tradujo lo mejor que pudo. No es sostenible que estas dos obras, tales como las leemos, sean absolutamente semejantes á las que leia Papías; primeramente, porque el escrito de Mateo se componia tan solo de discursos en hebreo del cual circulaban traducciones bastante distintas, y en segundo lugar, porque para Papías eran enteramente distintos el es-

leyenda entre la muerte de Cristo y la obra de los cuatro evangelistas, los cuales por otra parte, es de advertir, que escribieron el mismo ideal (no obstante hacerlo separadamente y en lugares diversos), pues la redaccion de los Evangelios siguió de muy cerca á la resurreccion del Señor. De ello existen mil pruebas en las obras de los Padres de la Iglesia, discípulos inmediatos de los apóstoles, segun vamos á ver. A los ocho años de la muerte de Jesucristo, se publicó el Evangelio de San Mateo; cuatro años despues de este, se publicó el Evangelio de San Marcos (segun la crónica de Efeso), y la epístola primera de San Pedro; seis años despues se celebró el concilio de Jerusalem, al que asistieron San Pedro, Santiago, San Juan, San Pablo y otros muchos; un año despues, se escribió la primer carta de San Pablo á los Tesalonicenses; al año siguiente, la segunda epístola de San Pablo á los mismos y el Evangelio de San Lucas; á los dos años, la epístola de San Pablo á los Galatas: un año despues, la primera epístola de San Pablo á los Corintios; al año siguiente, la segunda de San Pablo á los mismos; pasado otro año, la de San Pablo á los Romanos; un año despues, la del mismo á los Efesios; al año siguiente, la epístola de Santiago; pasado otro año, la de San Pablo Philemon; un año despues, la de San Pablo á los Philipenses y á los Colosenses; al siguiente año, la de San Pablo á los Hebreos; al otro año, la de San Pablo á Tito y la primera á Timoteo; un año despues, la segunda de San Pedro; á los dos ó tres años, la epístola de San Judas, y al año siguiente, la primera, segunda y tercera epístolas de San Juan; su Apocalipsis, su Evangelio, etc., etc.

(N. del T.)

crito de Marcos y el de Mateo, redactados sin concierto alguno, y al parecer en distintos idiomas.¹ Pues bien, en el estado actual de los textos, el Evangelio segun Mateo, y el Evangelio segun Mar-

¹ Los dos Evangelios de Mateo y de Marcos eran para Papías distintos, pero solo relativamente al idioma en que estaban escritos. Si Marcos hubiera escrito en hebreo, es verosímil que lo hubiera dicho Papías, como hace respecto de Mateo. Pero ¿eran distintos en el sentido de no haber analogía entre ellos, de no ofrecer partes paralelas, y ¿casi idénticas, para repetir las palabras del nuevo sofisma? Esto es lo que no dice Papías. ¿Habíanse redactado sin uniformidad en el sentido de no haber visto el uno el escrito del otro? Tampoco nos dice esto Papías. Su pasaje no se referirá á los tiempos, ni á los lugares, ni á la concordancia ó discordancia de los textos y relatos, siendo las consecuencias que sobre esto se sacan enteramente gratuitas.

Por nuestra parte admitimos que existen profundas afinidades entre los dos evangelios. Y este hecho que nos representa la Iglesia como primitivo, que nada de lo que dice Papías impide que se considere tal, se nos explica naturalmente por una piadosa tradicion. San Mateo fue el primero que compuso su Evangelio en hebreo: hiciéronse y se diseminaron una multitud de copias en todo el Oriente; esto es lo que dan á suponer las palabras mismas de Papías. Se cree que cayó un ejemplar de estas copias en manos de San Marcos, el cual se sirvió de él cuando escribió los relatos que habia oído á San Pedro. De aquí los puntos de contacto que existen entre el uno y el otro evangelio. Esta explicacion es muy sencilla, y además de las opiniones que la apoyan, no hay una autoridad que la combata en la antigüedad cristiana, ni aun la de Papías (Agust. De cons. Evang., lib. I, cap. II).

Pero aun cuando no tuviéramos este dato; aun cuando no pudieran explicarse históricamente las semejanzas que existen entre el Evangelio de San Mateo y el de San Marcos, no dejaria de ser inaceptable la consecuencia que de esto deduce M. Renan, sobre que estas dos redacciones no son originales, sino arreglos ó refundiciones en que se ha tratado de llenar los vacíos de un texto con el otro. No, no son arreglos hechos por manos desconocidas. Es posible que estos dos Evangelistas tuvieran presentes documentos anteriores cuando se pusieron á redactar sus escritos, pero sus evangelios salieron de sus manos tales como se hallan en el día, sin que nadie se permitiera llegar á ellos en lo sucesivo, ni aun para completarlos; pues toda refundicion ó arreglo hubiera sido reprobada y aun condenada como un sacrilegio. El mismo autor á quien se refiere M. Renan, Papías, atestigua con el testimonio del sacerdote Juan, que Marcos no mezcló nada falso en las narraciones que trazó, por decirlo así, bajo la inspiracion de San Pedro (Euseb., Hist., lib. III, cap. 39). Así pues, poseemos en el día las redacciones verdaderamente originales ó primitivas de los Evangelios de San Mateo y San Marcos, segun certifican todos los siglos cristianos. (V. la primera instruccion Pastoral de M. Plantier; V. la nota al número 23).

El grande enlace y correlacion que se advierte en la parte histórica con la didáctica, encaminada á un mismo fin, animada del mismo espíritu y conducida de un mismo tenor, en los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, dice Ghiringhelli en la obra citada, p. 190, demuestra todavía mas lo absurdo que es suponerla primitivamente y de atribuir al acaso, ó al capricho ó á la necesidad de los lectores, la composicion sucesiva, armónica, y uniforme que hoy se observa en los citados Evangelios que se quiere no fuesen primitivos, sino refundidos. La redaccion de los Evangelios es incomparable é inimitable por la sencillez, moderacion, imparcialidad y dignidad de su contexto; la supuesta refundicion hace inexplicable esta originalidad, y queda plenamente aclarada por la particularidad de las circunstancias, y del objeto especial que se propuso cada escritor, segun se espodrá mas adelante. — (V. del T.)

cos, ofrecen partes paralelas tan largas y tan perfectamente idénticas, que es preciso suponer ó que el redactor definitivo del primero tuvo el segundo á la vista, ó que el redactor definitivo del segundo tuvo el primero, ó que ambos copiaron el mismo prototipo.¹ Esto prueba perfectamente que no conservamos, respecto de Mateo ni de Marcos, las redacciones originales. Nuestros dos primeros Evangelios son ya solo arreglos ó coordinaciones de éstas. Cada cual deseaba, en efecto, poseer un ejemplar completo. El que solo tenia en su ejemplar discursos, queria tener relatos, y reciprocamente.² Por eso se ve que el Evangelio segun Mateo ha reunido casi todas las anécdotas del de Marcos, y el Evangelio segun Marcos contiene en el dia una multitud de pasajes ó rasgos provenientes de los *Logia* de Mateo.³ — «En cuanto á la obra de Lucas, es todavía mucho mas débil su valor histórico. Lucas tuvo probablemente á la vista la coleccion biográfica de Marcos y los *Logia* de Mateo; pero procede respecto de ellas con suma libertad; pues unas veces refunde dos anéc-

¹ *Vida de Jesus*, Introd. pág. XVIII, XIX.

² Las teorías que intentando dar una parte en la redaccion de los evangelios á la prueba interna no la admiten sino con la reserva de pretendidas refundiciones, no adolecen solamente de la injusticia de ser arbitrarias, sino que pecan contra la verosimilitud. No basta haber imaginado el pobre hombre que no tenia mas que un Evangelio con discursos, y que queriendo que contuviera hechos que afectaban á su corazon, los tomaba del ejemplar del Evangelio que otro tenia, y que cada cual trascribia al márgen de su ejemplar las espresiones ó las parábolas, y demás que hallaba en otros ejemplares y que le interesaban: seria tambien necesario explicar cómo estos diversos ejemplares llegaron á ser nuestros primeros evangelios, y cómo no fueron recogidos por lo grave ó importante de sus divergencias, por Orígenes, cuando en el siglo tercero recogió los manuscritos antiguos, para comparar sus variantes y fijar el texto puro y genuino. Seria necesario explicar ante todo, cómo pudieron hacerse estas refundiciones en un texto de los Apóstoles, en los tiempos apostólicos, sin que nadie lo reparase ó impidiese, y mas aun, sin que haya sobrevivido el libro original junto al libro alterado. Preténdese que tenian muy poca autoridad los libros en su origen, y que la tenia mayor la palabra, y se cita á Papías. Convenimos con nuestros adversarios en cuanto á la autoridad de la palabra, cuando ésta era la de un apóstol. Comprendemos que la enseñanza oral de San Pedro fuese recogida con tanto respeto como la que dictó él mismo á San Marcos; que tuviera la predicacion de San Pablo tanta autoridad como sus epistolas. Pero cuando se vé el afan con que eran recibidas y guardadas estas epistolas; ¿se puede suponer que no sucediese lo mismo de una relacion de la vida de Jesus, escrita por un apóstol? Cuando se vé con qué severidad toda la Iglesia en el segundo siglo amenazaba, á ejemplo de San Juan en el Apocalipsis, á los que alteraban el texto sagrado, ¿se puede sospechar de su celo en custodiar ella misma los libros apostólicos? ¿Y si hubiera permitido que se alterasen en su seno, ¿se puede dudar que los herejes acusados por ella de falsear la Escritura, no hubieran retorcido la acusacion contra ella misma, y recogido este texto auténtico para oponerlo triunfalmente al texto alterado? (Wallon, pág. 67.) — (*N. del T.*)

³ *Vida de Jesus*, Introd. pág. XIX, XX.

dotas ó dos parábolas en una sola, otras descompone ó divide una para distribuirla en dos ¹. Es, pues, este Evangelio un documento de segunda mano ².—El cuarto Evangelio, el de Juan, nos presenta

¹ *Vida de Jesus*, Introd. pág. XL.

² San Lucas no tomó nada de la leyenda ni se puede probar que tuviese á la vista la narracion biográfica de Marcos, y los discursos de Mateo, mas aunque asi hubiera sido, no hubiera hecho lo que le atribuye Renan, de haber refundido en una parábola dos, y dividido en dos una sola.

El autor cita como ejemplo del primer caso, *Luc. XIX, 12-27*; del segundo, *Luc. VII, 36-49*, y *X, 39-42*, que confunde con *Mat. XXVI, 6-13*; *Marc. XIV, 3-9*; *Joh. XII, 1-9*. Mas, quien coteje las parábolas referidas por Lucas con las análogas de Mateo (Cf. *Luc. XIX, 12-27*, cum *Math. XXV, 14-50*), advertirá en ellas la misma correlacion y la misma diferencia que entre otras semejantes (Cf. *Luc. XIV, 16-24*, cum *Math. XXII, 2-14*; Cf. *Luc. XIII, 11-17*, cum *XIV, 2-6*); lo cual se explica muy naturalmente suponiendo que Cristo modificase segun el caso, ya el concepto, ya la forma de una parábola adoptada primeramente, ó que imaginara dividir ó variar otra valiéndose de la analogía para hacerla recordar mas fácilmente; no hay, pues, necesidad de recurrir al capricho del Evangelista que la haya confundido, ó al trabajo de la tradicion que la haya alterado (V. de Wette *Comm. in h. l.*) Asi pues como son distintas las dos parábolas de Lucas y Mateo que el autor quiere unificar, asi son tambien distintas las tres anécdotas que pretende M. Renan formaban una sola en su origen.

Véase tambien la relacion que hace San Lucas del hecho de derramar María Magdalena el bálsamo en la cabeza de Jesus, con la que hacen de este mismo hecho los demás evangelistas, San Mateo y San Marcos, y se notará en ellas una gran variedad en las circunstancias de tiempo lugar, y número de asistentes y otras mas ó menos accesorias, la cual prueba que el Evangelio de San Lucas no era una mera compilacion ó refundicion de los demás, sino que tenia gran parte original, ó referida conforme á las noticias que él habia sabido. De otra suerte, ¿cómo conciliar tanta fidelidad, energia y viveza en la forma y espresion con el trabajo paciente y mecánico de un refundidor? San Lucas es el único que espone el sudor de sangre en la oracion del huerto (*Luc. XXII, 43-44*; *Math. XXVI, 38* y siguientes; *Marc. XIV, 35* y siguientes), circunstancia que no hubiera inventado la leyenda, por creerla contraria á la divinidad de Cristo; lo mismo debe decirse del perdon que imploró Jesucristo en favor de los que le crucificaban y del que aseguró al buen ladron (*Luc. XXIII, 34-43*), tan propios del carácter de Cristo, que tanto inculcó el perdon de las injurias y el amor á los enemigos. (V. la obra de G. Ghiringhelli, titulada *Vida di Jesu romanzo di E. Renan*, pág. 220).

Hé aquí, pues, cómo San Lucas no se limitó á compilar, elegir y combinar, segun pretende M. Renan. Puede decirse en cierto sentido, y atestigüarse con la historia, que San Lucas eligió, combino y compendió en su evangelio, segun él mismo dice en su introduccion. Mas cuando para explicar esta declaracion de San Lucas se examinan y comparan las memorias de los primeros tiempos, se ve que algunos falsos evangelistas, es decir, escritores heréticos, sembraban en las regiones que los Apóstoles habian iniciado á la fe, doctrinas perversas y obras envenenadas, pretendiendo que éstas eran las enseñanzas de los mismos Apóstoles. San Pablo esperimentó tambien este contra-tiempo. San Lucas, su discípulo, y compañero suyo en todos sus viajes, y defensor adicto de sus predicaciones y de su fama, queriendo destruir todas las maniobras del error, disipar las inquietudes de los fieles, mantener en toda su integridad la historia del Salvador y la teología de su maestro, emprendió, inspirado, por el Espíritu Santo, la redaccion del Evangelio.

Para ello, hizo uso, ya de las relaciones que habia oído al Apóstol San Pablo ya de

un bosquejo de la vida de Jesus, que se diferencia singularmente del de los Sinópticos, puesto que pone en boca de Jesus discursos cuyo tono, estilo, giro y doctrinas no se parecen en nada á los *Logia* referidos por los Sinópticos ¹. En él se desplega todo un nue-

las noticias que habia recogido de los labios de los demás apóstoles ó discípulos de Jesucristo, como él mismo nos dice (Luc. I, 1-4). Compréndese, pues, sabida la intencion con que ejecutó este trabajo, que eligiera los documentos para evitar los apócrifos; que estendiera ó ampliase todos los elementos parásitos que podian haberse fundado en las verdaderas tradiciones evangélicas; admítase que combinase su relato de modo que refutara completamente y en el orden debido, todas las leyendas que el hombre de mentira habia arrojado en medio de las Iglesias nacientes. Mas aplicar estas palabras sobre eleccion, ampliacion y combinacion en otro sentido, respecto de San Lucas, es mofarse de la historia, de la ciencia y de la crítica, con la impudencia de la desesperacion. Véase la nota al final del § 23. (Véase la primera pastoral de M. Plantier, pág. 78).

—(N. del T)

¹ La diferencia que á veces se advierte en la manera como espone San Juan su Evangelio respecto á la de los otros tres Evangelistas, procede del objeto y fin especiales que tuvo San Juan, diversos de los de sus antecesores, en la esposicion de su Evangelio, conforme por otra parte con el de éstos en el fin general de dar á conocer los hechos y la doctrina de Cristo, y asimismo proviene de la parte de enseñanza de Jesucristo, á cuya esposicion se consagró mas particularmente San Juan, y de las varias circunstancias particulares que concurrían en este Apóstol. Sabido es que San Juan se fijó especialmente en esponer en su Evangelio la parte sacramental y dogmática de la revelacion de Cristo; quiso contestar á Cerinto y á otros herejes que preludiaban los errores del gnosticismo. Sus predecesores habian considerado al Hombre Dios en su vida en el mundo: San Juan, semejante al águila que le sirve de emblema, se elevó hasta los cielos para escribirnos el origen eterno del Verbo divino. Los Evangelistas San Matro, San Marcos y San Lucas, se circunscriben principalmente al cuadro de la predicacion de Jesucristo en Galilea. San Juan se fija sobre todo en trazar la enseñanza de Jesucristo en Jerusalem, y en la Judea, en el templo y entre los doctores de la ley. Escena, auditorio, interlocutores, todo difiere con frecuencia respecto de los unos y del otro; no es pues, de estrañar que ocasionen algunas diferencias en el discurso y en el estilo, materias y situaciones distintas.

Además, San Juan al escribir su Evangelio, cuando se hallaban divulgados por todas partes los Evangelios sinópticos, y cuando en su consecuencia, debia suponerse que eran conocidos por todos, juzgó mas espedito omitir cuanto era menos apropiado á su objeto en su Evangelio, el cual atendido á dicho fin, á la parte de enseñanza que abrazaba, á la variedad de los tiempos, lugares y opiniones, y á los errores á que queria oponerlo, no podia menos de diferir en algo (aunque enteramente conforme en la doctrina) de los demás evangelios sinópticos; de presentar algunos vacíos respecto de los hechos que por ser ya conocidos, no creyó necesario recordar y de comprender algunos otros hechos particulares, los cuales no puede decirse que los omitieran inconvenientemente los sinópticos, porque los recordase oportunamente San Juan, quien lo hizo así, por el efecto que producan, ó por la luz que proyectaban sobre el carácter de Cristo ó por los discursos á que dieron ocasion al Señor; los cuales resaltan y campean en este Evangelio con gran naturalidad, ó si se descubre algun arte, es divino. Así, pues, era natural que tuviese el Evangelio de San Juan un carácter mas apologético y probativo, y menos impersonal que el de los sinópticos.

Los discursos inéditos que espone San Juan, no son incompatibles con los que re-

vo lenguaje místico, lenguaje de que no tienen la menor idea los Sinópticos (*mundo, verdad, vida, luz, tinieblas*). Si hubiera hablado alguna vez Jesus en este estilo, que no tiene nada del estilo hebreo, ni del judío, ni del talmúdico, ¿cómo hubiera guardado tan bien este secreto ni uno solo de sus oyentes ¹⁹ «Es, pues, claro que los

cuerda San Mateo, ni se excluyen unos y otros reciprocamente, siendo todos ellos genuinos. Tales son por ejemplo, los que tuvo Jesucristo en sus largas conversaciones con sus Apóstoles despues de su resurreccion, los de Jesus con su dulcísima Madre, la cual acostumbrada á atesorar en su corazon cuanto de él oía, pudo comunicarlo á San Juan. No debe olvidarse que San Juan fue el Apóstol mas querido del divino Maestro, el hábito meditativo de San Juan con que se habia connaturalizado y vigorizado en su larga permanencia con la Santísima Virgen y la edad mucho mas avanzada á que llegó y en que escribió, circunstancias y disposiciones todas que debieron influir en la manera sublime de esponer aquel Apóstol su Evangelio. Que sea San Juan fiel intérprete y no inventor de los diálogos que refiere, se manifiesta por la incomparable viveza y naturalidad que en ellos se advierte, por la inimitable espontaneidad con que se rompe y reanuda el hilo del discurso, y por la claridad que se revela en algunas palabras de doble ó escondido sentido de Cristo, y de algunas parábolas que se hallan espuestas en los otros Evangelistas mas oscuramente (Cf. loh. IV, 10; VII, 37; V, 28; X, 1-16; XV, 1; con Math., XX, 1; XXI, 29, 33; Marc., XII, 1; Luc., XX, 9), en las cuales no tan solo se advierten las mismas sentencias y argumentos de origen comun, sino que siendo idénticas en el concepto y en la forma, se hallan desarrolladas por San Juan con la sublimidad propia de aquel á quien era concedido oír los misterios del reino del cielo y las cosas que estaban ocultas á los prudentes y á los sabios. Y especialmente es de notar sobre este punto aquel coloquio supremo en que despues de haberse dado Jesucristo, todo él mismo á sus fieles y amados discípulos, estando para partir y despedirse de ellos, y prepararles el lugar de un nuevo reino, le descubrió, de aquellos arcanos, cuanto comprender podia (loh., XIV, 2 y siguientes). Coloquio tan patético y sublime, lleno de tierno afecto y de tan dulce melancolía, enal correspondia al discípulo predilecto que reclinaba su cabeza en el pecho del Maestro, y oía los latidos de aquel su corazon en que se contenia tan elevada doctrina y tan profundo amor. (V. la obra citada de G. Ghiringuello, pág. 192-205. V. tambien la nota que insertamos al fin de este § 23.)—(N. de T.)

¹ *Vida de Jesus*, Introd. pág. XXXIV. A propósito de la estraña asercion relativa al estilo de San Juan, desconocido de los Sinópticos, permitásenos citar, para concluir de una vez, la sangrienta respuesta infligida al novador por el abate Freppel. «Es imposible usar tono mas resuelto, y aun añadiré, engañar al lector mas osadamente. Si el autor que ha tenido tiempo de abrir una *concordancia* para atribuirse el fácil mérito de decir que la palabra: Hijo del hombre, se encuentra ochenta y tres veces en los Evangelios (*Vida de Jesus*, pág. 139); si hubiera juzgado á propósito este profundo calculador, repito, hacer el mismo trabajo respecto de las palabras que cita, hubiera visto, que se halla cada una de ellas muchas veces en los tres primeros Evangelios, y esto en el mismo sentido que en el de San Juan; que particularmente la palabra *Tinieblas*, tomada en sentido moral, se emplea doce veces por los sinópticos, y solamente siete por San Juan. Hé aquí, pues, cómo no tienen aquellos la menor idea de la lengua de que se sirve éste. Para tener derecho de afirmar, es preciso saber: y cuando se sabe, no es permitido disimular la verdad.» (Freppel, *Exámen crítico de la Vida de Jesus*, 5.^a edic. pág. 30 y 31).—(N. de A.)

Y en efecto, el uso de las voces *mundo, tinieblas* y *luz* en sentido metafórico espiritual y moral, se encuentra en Jesucristo hablando de sí mismo; San Juan, VIII, 12; y o soy la *luz del mundo*, y de los Apóstoles, Math. V, 14; vosotros sois la *luz del mun-*

Evangelios, tales como han llegado hasta nosotros, no son los Evangelios primitivos. Puede, pues, y debe desecharse sus leyendas, y considerar sus textos como un monumento de una cándida credulidad, que desfiguró completamente el Jesus histórico, hasta el día en que nos lo restituyó la exégesis racionalista tan felizmente.¹

do. Cf. Luc. XII, 30; «porque el buscar todas estas cosas lo hacen las gentes del mundo.» Cf. Rom. II, 19; I Cor., II, 12; III, 19; Iac., I, 27; Petr., I, 4. En cuanto á la palabra *tinieblas*, cotéjese San Juan, I, 5; «la luz resplandece en las tinieblas, con Math. IV, 16, «el pueblo que yacía en las tinieblas ha visto una gran luz.» Luc. I, 79. Cf. también con Math., VI, 23. Luc. XI, 34-35; Luc. XXII, 53; Rom. II, 19; XIII, 12; I Cor., IV, 5; II Cor. VI, 14; Eph., V, 8, II; VI, 12; Col., II, 13; I Thess., V, 4, 5; I Petr. II, 9. Lo mismo debe decirse de las palabras *verdad* y *vida* que se apropia Cristo como la *resurrección* y la *vida* (Ioh. XI, 25; XIV, 6), esto es, como revelador de la una y autor de la otra; por lo cual dice San Juan, que está *lleno de gracia y de verdad* (I, 14 coll. 17), y con este nombre califica Cristo su propia doctrina, que es la del Padre y del Espíritu Santo (VIII, 40, coll. VII, 16, 17; XVI, 13-15; XVIII, 17), y los Fariseos llamaron *verídico* al mismo Jesus, y su enseñanza, conforme á la *verdad*, según dicen los sinópticos. (Math. XXII, 6; Marc. XII, 14; Luc. XX, 21), y según San Pablo (Eph. I, 13; II Tim. II, 15); y Santiago (I, 18) llama *palabra de verdad* el Evangelio. San Pablo dice que la *verdad* se encuentra en Jesus, como en su sede (Eph. IV, 21). Respecto de la palabra *vida*, nada mas frecuente en los sinópticos que llamar con este nombre, no la vida presente y temporal, sino la futura y eterna (Math. XIX, 16, 29; XXV, 46, y en otros pasajes semejantes; y *vida* que conduce á la *verdad* la observancia de los mandamientos (Ivi, VII, 14, coll. XIX, 16-17), que ya David llamaba *senderos de la vida* (Ps. XVI, 11, según los LXX) al decir lo que debe hacerse para alcanzarla; pasaje que alega San Pedro en los Actos (II, 28), donde el ángel que libertó á San Pedro y á San Juan, dice que prediquen en el Templo la *palabra de esta vida*, es decir, el Evangelio, nuncio de nueva vida, por lo que, llamó Pedro propiamente á Cristo el *principio* (esto es, el autor) *de la vida* (Ivi, III, 15); porque *tenemos que salvarnos en su vida* (Rom. V, 10); y por eso llama San Pablo á Cristo *vida nuestra* (Coloss. III, 4). V. GHIRINGHELLO; op. cit. pág. 381, nota 2.^a). El lenguaje de San Juan, es sin duda alguna el mismo lenguaje que el de los sinópticos. ¿Qué es de admirar, remontándose este lenguaje á Isaías, siendo el lenguaje de los profetas y de los salmos y constituyendo la eterna y divina poesía depositada en el pueblo de Dios? Véase la obra del padre Gratry, titulada: *Jesucristo*; respuesta á M. Renan: 1865. — (N. del T.)

¹ Por mucho que nos remontemos á la antigüedad, están unánimes los autores sobre la autenticidad y el origen apostólico de nuestros Evangelios. Hállanse éstos citados por San Ireneo y por Clemente de Alejandría (á fines del siglo segundo); se nombran también en varios pasajes de las obras de San Justino mártir (hacia el año 150); alúdense á ellos en las epístolas de San Ignacio, de San Policarpo, de San Clemente de Roma; en el Pastor de Hermas; en la epístola de Barnabas (á fines del primer siglo). Y sus alusiones deben referirse á los libros citados por San Ireneo y por Clemente de Alejandría, porque estos dos Padres los dan como siendo recibidos de todos, y calificados por la veneración de los fieles en igual clase que la ley y los Profetas. Libros tan universalmente recibidos entonces, no pueden haberse formado por decirlo así, en la víspera, y además, los que los refieren á los Apóstoles ó á los discípulos de los Apóstoles conocieron á estos discípulos. San Ireneo había oído á San Policarpo, discípulo de San Juan. ¿Cómo había de atribuir, pues, á San Juan un evangelio que hubiese ignorado San Policarpo? y respecto de los otros tres, ¿cómo se había de haber hecho admitir á

24. ¿Qué roca ha caído sobre el sepulcro de Jesús con esos terribles *Logia* de Mateo, incrustados en las anécdotas de Marcos, reproducidos por Lucas y despreciados ú omitidos por Juan! ¿Cómo

los discípulos de San Juan, evangelios dados como anteriores á su maestro y que San Juan no hubiera reconocido?

Pero no es solamente la Iglesia la que testifica sobre la autenticidad de los Evangelios; tambien tienen testigos á su favor fuera de ella. Nombremos, entre los principales, á Cerinto (á fines del siglo primero) que, negando la inspiracion de San Pablo, aprobaba, al menos en parte, el Evangelio de San Mateo; á los Nazarenos y los Ebionitas, que se servían del Evangelio segun los Hebreos, derivado de San Mateo, como se puede ver aun; á Basilides, que buscaba un fundamento á su sistema en el Evangelio de San Juan; á Marcion que habia imitado para apropiárselo, el Evangelio de San Lucas; finalmente á Taciano, que reunió en uno solo los cuatro Evangelios con el título de *Dialektikon* (Evangelio segun los cuatro). Y los mismos paganos dieron testimonio á favor de nuestros textos sagrados. Celso (á mediados del siglo segundo) compuso un libro que tituló *Discurso verdadero*, donde presentaba á un judío disputando contra Jesús, y ¿en dónde toma el fondo de sus objeciones? En las mismas palabras de nuestros evangelios. «De tal suerte, decia con el placer de quien cree triunfar, que vosotros os degollais con vuestras propias manos (Origen. C. Celso., II, 74).» Para que pudiera hablar así, con tal seguridad; para que pudiese lisonjearse de abrumar á los cristianos con los mismos libros de los discípulos de Jesucristo, era pues preciso, no solamente que creyese en el origen de estos libros, sino que fuese este origen entonces indudable y que no se tuviera el recurso de declinar sus objeciones, rechazando aquel origen. Nótese, pues bien, que las cosas que ataca son precisamente aquellas en que se halla lo maravilloso intimamente ligado á los hechos; aquellas en que habria mas necesidad de recurrir al mito para librarse del milagro; la Encarnacion, la venida de los Magos, la huida á Egipto, el bautismo, la curacion de los enfermos, la resurreccion. Todas estas cosas se hallaban consignadas por escrito, tales como las leemos en tiempo de Celso, es decir, á mediados del siglo segundo, y contenidas en libros que él mismo referia á los discípulos de Jesús, y cuya novedad nadie tenia los medios ni la idea de señalar. Esto es bastante para que en razon de este solo argumento, haya derecho para consignar, que no han podido ser supuestos los Evangelios, no ya solamente á fines, sino ni aun á principios del segundo siglo; y así, el testimonio de los paganos viene á sancionar los testimonios tomados de los herejes así como los de los primeros Padres.

Pero el exámen de los libros mismos viene en apoyo de estas inducciones, y en lo relativo al tiempo las hace verdaderamente superfluas. El lenguaje, el estilo, todo el conjunto de la composicion prueban que nuestros libros son del primer siglo, y que los tres primeros fueron muy anteriores al cuarto. ¿Dónde encontrar en el segundo siglo, en la literatura sagrada nada que se les parezca? La evidencia es tal, que la escuela de Tubinga, que por razones de sistema, quiso hacer retroceder por lo menos hasta mediados del siglo segundo, el Evangelio de San Juan, ha sido puesta en el banquillo de la crítica, y Strauss que habia fundado en esta fecha todo su sistema, ha recibido últimamente el golpe de gracia.

Segun, pues, las opiniones mas recientes, así como la tradicion, los Evangelios son de los tiempos apostólicos. ¿Son tambien de los autores á quienes se han atribuido constantemente? Nuestros criticos no niegan casi ya el fondo de la tradicion. M. Reville demuestra cuán natural es que entre todos los Apóstoles, San Mateo, publicano, y por este título algo entendido en letras, pensara en escribir la Buena Nueva (Estud. critic. sobre San Mateo, p. 109). M. Renan reconoce entre los documentos originarios de la vida de Nuestro Señor, «los discursos de Jesús, recogidos por el Apóstol Mateo (Vida

resistir á la evidencia de «un testimonio capital de la primer mitad del siglo II, rendido por un hombre grave, por un hombre de tra-

de Jesus, pág. XXI).» El mismo M. Reville consigna y aprueba lo que refiere Papías conforme al sacerdote Juan, discípulo del Señor, de que Marcos intérprete de Pedro, escribió exactamente, pero no en su orden, todo lo que referia Pedro de las cosas que dijo ó hizo Jesucristo (op. cit., pág. 148); y M. Renan acepta el texto de Papías con las consecuencias de M. Reville. «Los pormenores materiales, dice, tienen en Marcos una claridad que en vano se buscaria en los demás evangelistas. Está lleno de observaciones minuciosas que provienen sin duda ninguna de un testigo ocular. Nada se opone á que este testigo evidentemente ocular, que habia seguido á Jesus, que le habia hablado y contemplado de muy cerca, que habia conservado una vida imágen suya, sea el mismo Apóstol Pedro, como quiere Papías (op. cit., pag. 38).» Respecto de San Lucas, tenemos su propio testimonio que ha sido recibido por todo el mundo. «En cuanto á San Lucas, dice M. Renan, no es casi posible la duda. El Evangelio de Lucas es una composicion ordenada, fundada en documentos anteriores. Es la obra de un hombre que escoge, compendia y combina. El autor de este evangelio es ciertamente el mismo que el de los Actos de los Apóstoles; y el autor de los Actos es un compañero de San Pablo, título que conviene perfectamente á Lucas (op. cit., pág. 17).»

Respecto del Evangelio de San Juan, ha sido reconocido como auténtico, en el mismo lugar donde vivió y murió su autor, no solo por sus contemporáneos y por sus compañeros, como lo indican las alusiones que hacen á él San Pedro (II, Petr., I, 14 coll., loah., XXI, 18-19, S. Ignacio, cf. *ad Eph.* V, *cum Ioh.*, XVII, 21), etc., sino por los extraños aun adversarios suyos, como los herejes judaizantes y los Marcionitas, Gnósticos, Basilidianos, Valentinianos y Montanistas (Cf. Schwegler, *Montanismus* § 146; Origen. *De principiis*, lib. II, c. IV, núm. 3; Zeller, *Theolog. Jahrb.*, XIII, 634; Tertull., *De carne Christi*; c. II, *adv Marcion*, IV, 4; Valentin., *Philosophumena* VII, 22; *cum Ioh.*, I, 9; San Iren., *adv hær.* III, XII, 7), y aun por los mismos que dudaban de otros escritos de dicho autor; prueba evidente de que este evangelio no puede ser obra de ninguna opinion, escuela ó secta particular, y que nadie lo hubiera aceptado, no ya siendo supuesto, sino aun cuando solo hubiera sido dudosa su autenticidad.

Si hay entre los cuatro Evangelios canónicos alguno que hubiera debido al parecer disipar toda sospecha de falsificacion ó de impostura, dice el abate Freppel, en su *Exámen de la Vida de Jesus* por Renan, es el de San Juan, porque, ó no se revela en ninguna parte el Salvador del mundo, ó se halla en esas páginas que retratan su fisonomía con un acento de verdad inimitable. Así es que, desde la oscura secta de los Alogos hasta la pretendida reforma, nadie se habia atrevido á emitir una duda sobre la autenticidad de esta obra. Cuando en 1820 las *Probabilia* de Bretsneider vinieron á poner en cuestion lo que consideraban la fe y la ciencia como punto incontestable, se levantó un grito de reprobacion contra el escritor de Gotha. El mismo autor de este escándalo reconoció que habia avanzado á la ligera. No hubo nadie, hasta el doctor Wete, tan temerario en materia de crítica, que no se creyese obligado á protestar contra una tesis insostenible. Es verdad que Strauss, y despues de él la escuela racionalista de Tubinga, y á su cabeza Baur y Selweigler reprodujeron por su cuenta las proposiciones de Bretsneider; pero Strauss daba tan poco valor á estas futilidades, que se servia de ellas ó las sacrificaba una á una, segun convenia á su objeto. En resumen, si el ataque del racionalismo aleman contra nuestros libros sagrados ha tenido un resultado sólido, claro y generalmente reconocido, es el de haber puesto al Evangelio de San Juan, para lo sucesivo, fuera de todo ataque.

En efecto, el mismo Bretsneider al ver lo mal parado que habia quedado en sus dudas, espuestas en su *Probabilia de Evangelii et Epistolarum Joannis Apostoli indole et origine*, publicada en Lipsia en 1822, declaró en el prefacio de la 2.^a edicion de su *Dommatica*. y

dicion, que cuidó toda su vida de recoger lo que se podia indagar sobre la persona de Jesus, y que declaró que preferia en semejante

en otras partes que habian sido fingidas y simuladas sus dudas reducidas á meras preguntas que publicó con la intencion de procurar una demostracion mas sólida y profunda de la autenticidad del Evangelio de San Juan, y haber quedado satisfecho realizando su pensamiento. Strauss confesó que habia dudado de sus propias dudas, en su prólogo á la tercera edicion de la *Vida de Jesus* (Leben Jesu 1839). Credner, Schlesermacher y Lucke, en su *Commentar ub das Evang. des Joh.*, segunda edicion, Bonn, 1840, 1843, y Wette en su 5.^a edicion de su *Einleitung in das N. T.* se separaron poco á poco de su opinion contra la autenticidad de dicho Evangelio, y Reuss, *Die Geschichte der heilig Schriften N. T.*, reconoció que si no era demostrable esta autenticidad rigurosamente, podia admitirse por el critico mas severo como muy posible, cuyas confesiones y vacilaciones, supuesta la subsistencia de las hipótesis contrarias, vienen á ser una patente demostracion de aquella autenticidad. Finalmente, el mismo M. Renan, el émulo de los Socinianos, á pesar de exhalar su mal humor contra este admirable Evangelio, que segun se complacia en decir el sabio Herder, fue escrito por mano de un ángel, fundando sus dudas sobre su autenticidad en algunas omisiones y diferencias en el tono y estilo de algunos pasajes que advierte en él, respecto de los otros tres Evangelios, de lo que mas adelante nos haremos cargo, se halla tan convencido de que es de San Juan este Evangelio, que encuentra pruebas de ello, aun en el carácter del mismo, en los pequeños pormenores que da el Evangelista, y aun encuentra pruebas donde nadie habia imaginado buscarlas, en las particularidades ó ideas especiales que revelan la personalidad del hombre; en sus celos, que supone M. Renan, respecto de San Pedro; en su continua atencion en recordar que es el último que sobrevive de los testigos oculares, y en el placer que tiene en referir circunstancias que él solo podia saber (*Vida de Jesus*, pág. 29).

Por último, dice respecto de los cuatro Evangelios M. Renan. «En suma, admito como auténticos los cuatro Evangelios canónicos. Todos, á mi juicio, se remontan al primer siglo y son aproximadamente ó casi de los autores á quienes se atribuyen (op. cit., pág. 29).» «Este casi ó aproximadamente es original en verdad. Un hijo es de un padre ó no lo es. «Como si pudiera haber en este punto aproximadamente» dice M. Havel murmurando (Jesus en la historia, pág. 47).

Este aproximadamente se refiere á las refundiciones que suponen los nuevos incrédulos haberse hecho de los Evangelios y sobre lo que ya hemos espuesto lo conveniente.

Y en efecto, los cuatro Evangelios canónicos, tales como los conocemos en el dia, son de los Evangelistas San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan.

San Mateo, segun el testimonio de Eusebio (H. E. III, 24), estando para partir de Palestina á predicar el Evangelio en otras regiones, dejó escrito en su patrio dialecto su Evangelio á los Hebreos, para que supliera la falta de su presencia. Asi San Juan Crisóstomo dice haberlo verificado á instancia de los Hebreos convertidos, los cuales deseaban que dejase por escrito cuanto habia predicado de viva voz.

Igualmente, no solo está unánime la tradicion en reconocer en el Evangelio de San Marcos la predicacion oral de Pedro (Euseb., Hist. Eccl., v. 8; VI, 25; Iren. ad Hær., III, 1, 1; Tertul., Cont. Marc., IV, 2, 5), sino que atribuye su origen y ocasion á las muchas instancias que hacian los Romanos á Marcos, deseosos de tener por escrito un recuerdo de la enseñanza verbal de Pedro. Asi lo dice San Clemente de Alejandría segun Eusebio (Hist. Eccl., II, 15; coll. VI, 14), y lo confirma San Jerónimo (Ad Hedib., 25), asegurando el mismo San Marcos no haber tenido al escribirlo otra norma que la tradicion de aquellos que siendo testigos de vista en un principio, llegaron á ser despues ministros de la palabra, esto es, de la predicacion evangélica.

materia la tradicion oral á los libros? El crítico no ha dicho siquiera, al hacer este elogio tan esplicito, lo que podia realizar mas el valor

Respecto del Evangelio de San Lucas, segun San Ireneo, el gran testigo de los primeros dias, «Lucas, el auxiliar ó compañero de San Pablo, transmitió por escrito el evangelio que predicó su maestro.» Asi nos lo asegura Eusebio en su Historia, garantizando su exactitud, el cual dice tambien en su obra contra los herejes, que en vez de retener San Lucas en un celoso silencio lo que habia aprendido de los Apóstoles, lo transmitió á los fieles (Euseb., Hist. Eccl., lib. V, cap. 8; Iren., Adv. Hæres. lib. III, cap. 14). San Gerónimo en su libro sobre los hombres ilustres, anuncia vigorosamente el mismo hecho. El mismo San Pablo, en su carta á Pilemon, llama á San Lucas su auxiliar y compañero (Phil., 24); y cuando escribe de Roma á Timoteo, dice: «Lucas está solo conmigo (Tim., IV, 11), y lo recomienda á los Corintios (VIII, 16) como un hombre que se ha hecho célebre por el Evangelio en todas las Iglesias.

Respecto de San Juan, fue rogado tambien, no solo por sus familiares y discípulos, sino por casi todo el episcopado del Asia Menor, para que, á ejemplo de los demás, dejase á su memoria su predicacion oral; sabiendo bien ellos cuán á propósito seria, no solo para confirmar, aclarar y completar la esposicion evangélica de los sinópticos, sino todavia mas oportuno para precaver á los fieles contra los errores que se iban ya insinuando relativamente á la divina persona del Verbo y á la realidad de sus dos naturalezas, á la necesidad y á la eficacia de la Redencion y á las condiciones requeridas para merecerla y entrar á participar del reino de Dios: por lo cual él de buen grado, no sin haber invocado antes la luz divina, accedió á sus solícitas instancias.

Además, y en general con solo leer los evangelios se advierte, que sus autores esponen con toda seguridad lo que vieron, lo que oyeron, y lo que tocaron sus manos (San Juan, I, 1); apelan sobre ello al testimonio de sus contemporáneos (Act., II, 22; X, 37, 39); refieren los acontecimientos mas maravillosos con una sencillez y naturalidad que convence, y no disimulan ni aun sus propias faltas. Asi mismo, lo que predicaban, lo sostienen ante los magistrados, en las cárceles, encadenados, en medio de los mas crueles tormentos, y lo sellan con su sangre. Distantes unos de otros, dispersos en las diversas partes del mundo, emplean siempre un mismo lenguaje, sin desconcertarse y sin desmentirse. Escribiendo en diversas épocas y en distintos lugares, se hallan acordes sobre los mismos hechos, y su diferente modo de escribir, asi como sus variantes, bien lejos de debilitar su testimonio, por el contrario, lo confirman, como dice San Crisóstomo (In Matth., proem., t. VII, p. 6), disipando hasta la menor sospecha de un plan concertado.

Y en efecto, no hay duda que todos los Evangelistas convienen en un mismo pensamiento de hacer un resumen histórico didáctico del ministerio público de Cristo y que ninguno subordinó el concepto comun, á un fin peculiar dogmático y polémico. Pero no obstante, cada cual dió á su esposicion ó relato una direccion especial apropiada á la idea ú objeto particular que se propuso hacer resaltar en su Evangelio con arreglo á las necesidades de la época y á la condicion de los lectores á que iba próximamente dirigido; lo cual se revela en algunos toques mas marcados, asi como en el tono general de la esposicion, segun vamos á esponer.

Cada uno de los cuatro Evangelistas ha tenido un pensamiento fundamental al considerar la persona y la obra del Salvador, y se ha colocado en un punto de vista para contar su historia, dice el sabio Riggembach en su Historia de Jesucristo, leccion III.

Asi, el intento ó idea especial de San Mateo, es mostrar ante todo á los Israelitas la venida del Mesias prometido; ostentar en el retrato de Jesus los rasgos del Mesias. San Marcos nos muestra al Hijo de Dios poderoso en obras. San Lucas, en su cualidad de historiador, asciende á las fuentes, busca sobre todo las huellas que manifiestan desde

del testimonio que invoca. Si hubiere abierto el Martirologio, hubiera visto que la Iglesia tributa culto público á la memoria de San Papias, obispo de Hierápolis, contemporáneo y amigo de

un principio cómo el Salvador de Israel pertenece tambien al mundo entero, cómo trae la salvacion á todos los pecadores, y de qué modo esta salvacion, en el hecho de rechazarla los Judíos, se difunde sobre los gentiles. San Juan se fijó especialmente en la parte sacramental y dogmática de la revelacion de Cristo segun hemos dicho y se elevó hasta los cielos para escribimos el origen del Verbo divino.

Este objeto ó idea especial de San Mateo, aparece en los frecuentes cotejos que hace de la profecía con los acontecimientos respectivos; y mas cuando algunos de ellos eran ó podian ser mal interpretados (Cf. Matt. I, 22 y siguientes; II, 5, 6, 15, 18, 23; III, 1-3; IV, 14-16; XI, 5-10; XII, 18; XIII, 34-35; XXI, 4-5, 16, 42; XXII, 43-44; XXVI, 31-56; XXVII, 9-10, 35, 40-43, 46-49). Lo que caracteriza, pues, el Evangelio de Mateo, y cuadra mucho mejor á su propósito, mal se avendria con el Evangelio de Marcos y de Lucas, y cuando era muy diverso su auditorio, Romano ó Asiático, Judío, Helenístico ó gentil, del de Palestina, por lo que los rasgos prominentes del primero deben señalarse menos en los segundos, apareciendo otros diferentes, con lo que resulta cierta novedad de colorido, propia del objeto especial de cada uno. Asi esta se nota menos en Marcos, atendida su franca y pura brevilocuencia, y aparece mas en Lucas por dar éste mayor realce á la vocacion de los gentiles, á la catolicidad del cristianismo (Cf. Luc., III, 34; Matth., I, 1; Luc., II, 31-32, IV, 25-27), á la eficacia de la fe, del amor, del arrepentimiento para obtener el perdón (Cf. Luc., VII, 36-50; XV, 11-30; XVII, 11-19; XIX, 1-10), que no al carácter mesiánico de Jesus y á la observancia ritual de la ley. Manifiéstase sin embargo, la identidad de la doctrina, á pesar de la diversa manera de esponderla, respecto de San Lucas comparativamente con San Mateo, en las alusiones que hace el primero (Cf. Luc., I, 6, 32-33, 54-55, 59, 62, 68, 79; II, 21, 24, 34, 41-42; X, 26-28; XVI, 17, 29, 31; XVIII, 19, 20; XII, 30) con el modo de que se vale el segundo en muchos pasajes sobre la vocacion de los gentiles, el repudio, la cesacion y abrogacion de los ritos figurativos (Cf. Matth., II, 1-2; VIII, 11-12; IX, 16-17; XXI, 33-44; XXII, 1-14; XXIV, 14 y siguientes; XXVIII, 19). San Juan nos espone claramente su principal objeto con estas palabras que se hallan al fin de su libro: «Jesus hizo tambien en presencia de los discípulos otros muchos milagros que no se han escrito en este libro. Pero estas cosas han sido escritas á fin de que creais que Jesus es el Cristo, el Hijo de Dios, y que creyéndolo así, recibais la vida en su nombre (XX, 30-31). De esta declaracion se deduce tambien segun hacen San Ireneo, San Clemente de Alejandría, Eusebio, San Jerónimo, y San Epifanio, y modernamente Ritschs, que San Juan se propuso completar las narraciones de los demás Evangelistas, reproduciendo toda una serie de acciones y de discursos del Señor que estos habian omitido, y omitiendo mencionar la mayor parte de los hechos y de los discursos referidos ya por San Mateo, San Marcos y San Lucas. Reconócese todavia mejor que este fue su objeto, comparando su Evangelio con los demás, considerado en su pensamiento fundamental y en su conjunto. San Mateo habia probado por medio de las profecias que Jesus era el Mesias prometido á Israel. San Juan quiere ir mas al fondo y elevar mas alto las miradas de los creyentes. Quiere convencerles de que Jesus es el Mesias porque es el Hijo eterno del Dios eterno. Y esto es lo que prueba no solo con la palabra profética realizada y consumada en Jesucristo, sino mas aun con el testimonio que se rinde Jesus á sí mismo. No hay duda que segun ya hemos dicho, tienen presente esta verdad los otros tres Evangelistas, pero ninguno de ellos manifiesta como San Juan la eterna gloria del Hijo de Dios y la vida que de él emana y se difunde sobre todos los creyentes, Pintarnos de esta suerte la persona del Salvador, quitar el velo del santuario interior,

San Policarpo ¹. Si hubiera interrogado el código CCXXXII del *Myriobiblon* de Focio, hubiera descubierto que se honra en él á San Papias, obispo de Hierápolis, con el título de mártir ². Finalmente, los Bollandistas que el crítico se vanagloriaba en otra época de haber leído ³, y que parece haber olvidado despues demasiado, le hubieran traído á la memoria que San Papias, obispo de Hierápolis, encarcelado primero con Onesimo, discípulo de San Pablo, fue desterrado posteriormente por su fe en la divinidad de Jesucristo ⁴. ¡Por mi parte creeria siempre en verdad á testigos dispuestos á sellar su declaracion con su sangre! Pues bien, San Papias, varon grave, que recogió en el año 105 de la Era cristiana todo lo que se podia saber de la persona de Jesucristo, se espone á la muerte, confesando la divinidad de Jesus en el tribunal del prefecto de Roma, Tertullo ⁵.

mostrándonos al lado de las obras de Jesus la esencia de la persona que las operó, es en verdad completar los tres primeros Evangelios por medio del cuarto que es particularmente el Evangelio espiritual.

Así, pues, los Evangelistas nos anuncian al Señor cada cual á su manera, pues no era posible que bastara uno solo para manifestar la plenitud divina de la vida del Salvador; mas á pesar de esto, todos están concordes en los hechos y en la doctrina.

La gloria del Hijo de Dios habia sido anunciada del modo mas sencillo por San Marcos, refiriendo sus obras, pues de esta suerte era como debia procederse para causar una impresion profunda en los que oian estas cosas por primera vez. San Mateo habia probado al pueblo de Israel que Jesus era el Cristo anunciado hacia tienpo por los profetas; San Lucas le habia mostrado como el Salvador del mundo entero; San Juan quitó el velo del santuario, escribiendo, no para los principiantes ó novicios, respecto de los cuales era preciso que sirvieran de primer fundamento los otros Evangelios, sino para la Iglesia ya formada, para fortalecer su fe y completar su euseñanza y conocimiento. A los que habian llegado á la fe, hizo conocer como fondo de la verdad, que este Hijo de Dios, este Mesías prometido, este Salvador del mundo, vino del seno del Padre á traer la vida al mundo entero y regenerarlo con su luz.

Hé aquí los cuatro Evangelios, cuatro radios que emanan de un mismo foco de luz; cuatro espejos que reflejan la misma vida; cuatro dones del mismo Espiritu; cuatro querubines que ostentan la gloria del Señor (V. la Vida de Nuestro Señor Jesucristo de M. Wallon, introd.; la Vida de Jesus, de G. Ghiringhelli, pág. 180-208; la Historia de Nuestro Señor Jesucristo, de Riggenbach, leccion III; el Exámen de la Vida de Jesus, de M. Renan, del abate Freppel, y la Historia de Nuestro Señor Jesucristo y su siglo, del conde de Stolberg, introd.)—(N. del T.)

¹ *Martírol. rom.* XXII, Februar. Cf. Irenæi, *Adversus hæreses*, lib. V, cap. XXXIII.

² Photii, *Myriobiblon*, Cod. CCXXXII; *Patrol. græc.* tom. CIII, col. 1104.

³ En un artículo titulado: *Vidas de los Santos* (*Diario de los Debates*, 8 de setiembre de 1854), se espresaba así el crítico que acababa de leer los Bollandistas: «En los momentos de tedio y abatimiento, cuando el alma lastimada por la vulgaridad del mundo moderno, busca en lo pasado la nobleza que no encuentra en lo presente, nada ignora á la *Vida de los Santos*.» (Cf. L. Veuillot, *Misceláneas religiosas*, etc., 2.^a serie, tomo II, página 232, 247).

⁴ Bolland. Februar., tom. III, pág. 287.—⁵ Bolland. *loc. citat.*

Esto es muy diferente, fuerza es confesarlo, de la doctrina que se le atribuye. O San Papías no sabia lo que escribia, ó el literato racionalista no ha comprendido lo que escribia San Papías. No es posible otra alternativa. Pero ¿cómo suponer que un profesor de hebreo, miembro del Instituto, filólogo emerito, no haya sabido traducir quince líneas de griego sin incurrir en contrasentido? Y por otra parte, ¿cómo admitir que San Papías se hubiera dejado encarcelar, desterrar, matar quizá, por la divinidad de Jesucristo, en que no creia?

25. Si se reuniera una comision de helenistas para examinar la nueva traduccion de algunas líneas de San Papías, no encontraria en ella ciertamente un milagro de ciencia ni de exactitud, pero podria encontrar una interpretacion de los famosos *Logia* de Mateo, bastante extraordinaria para indemnizarle de la falta de todo otro prodigio. «*Logia*, se dice, significa *Coleccion de sentencias* y nada mas que esto.» Toda la tésis contra los Evangelios, y por consiguiente, toda la doctrina del racionalismo contra la divinidad de Jesucristo se apoya en esta traduccion de una sola palabra, cuya importancia, segun se ve, es capital. Si es falsa la traduccion, son los Evangelios textos históricos y Jesucristo es Dios. A decir verdad, se han arriesgado eventualidades importantes sobre la interpretacion de una sola palabra. Jamás hubiera cometido el mas frivolo de los antiguos heresiarcas semejante falta; ni hubiera consentido en esponerse tan de ligero á semejante azar. Valia, pues, la tésis la pena de fijarla con mas solidez. Bajo el punto de vista de la controversia hostil, se ha sabido á veces fijarla mejor y mostrarse mas temible; pero en fin, nuestro siglo habrá dado la medida de lo que alcanza en la polémica antieristiana. Esta medida se halla consignada en el Evangelio racionalista, lo cual es tanto peor para nuestro siglo, pues la posteridad tendrá el derecho de reirse de ella, asi como lo hace ya la docta Alemania por órgano de M. Ewald ¹. Y es que el sentido de la célebre espresion «*Logia*» no se circunscribe

¹ La importancia del libro titulado: *Vida de Jesus*, dice M. Ewald, es tan limitada, que no encuentro interés en señalar sus errores particulares. El autor ignora la historia verdadera del pueblo de Israel, durante los dos mil años que precedieron á la venida de Jesucristo; y aunque ha tenido los medios mas expeditos de apreciar esta historia en todas sus partes, no se ha tomado la pena de adquirir un conocimiento suficiente de ella, parcial ó total. No obstante, es imposible tener una idea exacta de Jesucristo, sin el estudio previo del Antiguo Testamento, puesto que es el Mesías la flor, mas aun, el

en manera alguna á la significacion esclusivamente gramatical de: *Coleccion de sentencias*. Con esta palabra designan los autores apostólicos y sus inmediatos sucesores, ya la Sagrada Escritura en general, ya el Nuevo Testamento en particular. Asi llama San Pablo á la Ley Antigua: los *Logia* de Dios ¹. Asi llama San Ireneo á los Evangelios: los *Logia* del Señor ². Asi Clemente de Alejandria les da el nombre de *Logia* de verdad ³, y designa toda la Sagrada Escritura con el término genérico de *Λόγος* ⁴. Asi llama Origenes á los Evangelios *Logia* divinos ⁵. Asi el mismo San Papias escribió tres libros titulados: *Esposicion de los Logia (Evangelios) del Señor*. Como para prevenir el equívoco en que acaba de incurrir tan torpemente la filología, hablando San Papias del Evangelio de Marcos, de este Evangelio que solo contiene anécdotas segun el sistema del moderno exegeta, no encuentra dificultad alguna en designarlo con el título de *Λογοι Κυριακοι*: *Discursos del Señor*; de suerte que da San Papias al Evangelio de Mateo, que, segun sedice, solo contiene sentencias, exactamente el mismo nombre que al Evangelio de Marcos, que, segun se quiere, solo contiene anécdotas ⁶. En vista de tales hechos, ¿á qué se reduce la distincion capital inventada por el nuevo traductor, y la antitesis triunfante que deberia destruir la creencia en la narracion evangélica, destruyendo por su base la fe en la divinidad de Jesucristo? Y si desease saber el racionalismo por qué se ha elevado la expresion de *Logia* en el estilo de los escritores apostólicos al nivel del término igualmente consagrado de *Escrituras*, Clemente de Alejandria le enseñaria, que habiéndonos manifestado el *Logos*, el Verbo de Dios, que sale de los esplendores del Padre mas radiante que el sol, la verdad sobre la esencia divina, llegó á ser para nosotros el *Logos* por medio de su enseñanza y de sus milagros, la fuente de toda vida, de toda ciencia y de toda

fruto por excelencia de la vegetacion histórica que le precedió. (Artículo de M. Ewald, sobre la *Vida de Jesus*, publicado en el *Göttingische gelehrte Anzeigen*; 31 Stück. (Véase la *Vida de Jesus y la Critica alemana*, por M. Meignan, Vic. gen. de Paris.

¹ Rom. cap. III, 2.—² Irenæi., *Advers. hæres. Proæmium*, *Patrol. græc.* tomo VII, col 437.—³ Clemen. Alexandrin. *Cohortatio ad Gentes*, *Patrol. græc.* (tom. VIII, col. 224.)

—⁴ Clement. Alex. *Stromat.*, lib. II, cap. X; *Patrol. græc.*, tom. VIII, col. 984.—⁵ Origen. *in Matth.*, vers. 19; *Fragmentum ex Philocalia* *Patrol. græc.*, tom. XIII, col. 839.

⁶ Estos *logia* ó discursos del Señor, tienen además por equivalente en el mismo pasaje de San Papias, «las cosas dichas ó hechas por Jesucristo (Euseb., *Hist. Eccles.*, III, 40 (39)).» Al designar, pues, Papias de esta suerte la obra de San Mateo, entiende que coleccionó los actos y los discursos. Asi M. Miguel Nicolás ha declarado

luz¹. Siendo así, la revelacion de las Escrituras en general y la del Evangelio en particular debía llevar el nombre de su autor². El *Logos*, el Verbo divino, nos dió los *Logia*. Sin duda que esto se

que por su parte le parece convenir perfectamente las espresiones de Papias á los Evangelios de San Mateo y de San Marcos, tales como los conocemos en el día. Por otra parte una observacion debe atajar toda esta polémica; imagínese lo que se quiera de los *logia* de San Mateo, hay un hecho cierto é indudable, como reconoce M. Reville, y es, que esta pretendida refundicion de San Mateo, existia en tiempo de Papias. Si no son, pues, los *logia* precisamente este evangelio, espíquese cómo es que no menciona Papias este Evangelio que se creia ser de San Mateo. Esta cuestion ha sido propuesta por M. Miguel Nicolás á M. Reville, quien todavía no ha contestado á ella. El San Mateo de Papias, es pues, nuestro San Mateo, y lo que se dice de los *logia* se aplica á nuestro evangelio actual. (V. M. Wallon. Introduccion á la Vida de Nuestro Señor Jesucristo, página 62.)—(N. del T.)

¹ Clement. Alejandrín., *Cohortatio ad Gentes*, cap. X; *Patrolog. græc.*, tom. VIII col. 223.

² A pesar de la grande erudicion que demuestra aquí M. Darras, creemos oportuno ilustrar mayormente este importante pasaje, con los preciosos datos que espone sobre el mismo, el sabio profesor de sagrada Escritura G. Ghiringhelo, en la obra ya citada. La significacion dice, que da M. Renan á la palabra *logia*, limitándola á solo las sentencias, dichos ó discursos con exclusion de los hechos y de cualquiera esposicion histórica, fue iniciada por Schleiermacher, habiendo sido acogida favorablemente, como era de preverse por los racionalistas, entre otros Schneekemburger, Lachmann, Weisse, Reuss, Wieseler, Banmgarthen Crusius, Meyer, Holtzmann, si bien halló opositores aun entre éstos, como De Wette, *Eint.*, §. 97, 6; Strauss, *Vie de Jesus*, edit. Littré Introd., § XXII, p. 70-71; Baur, *Kritische Untersuchungen über die Kanon. Evangel.*, § 590, ff. y Bleek, *Eint. in das N. T. S.* 93-94, los cuales fueron bastante perspicaces é imparciales para reconocer, que tal interpretacion no tiene fundamento alguno ni en el uso, ni en el tenor del pasaje de Papias citado, ni en el contexto del Evangelio de San Mateo. Reville, que en su obra intitulada *Etudes critiques sur l'Évangile selon San Matthieu*; Leida, 1862, cap. II, pág. 43-67, obra premiada por la Sociedad Ariádica para la defensa de la religion cristiana, despues que trata de demostrar que el actual Evangelio de San Mateo, no es idéntico á la coleccion que hizo de los oráculos y sentencias de Cristo, recordada por Papias, tiene la ingenuidad de confesar que se inclinaba á creer ser inaplicable á nuestro primer Evangelio la hipótesis de una coleccion primitiva de simples discursos (*logia*). No tiene fundamento aquella interpretacion en el uso, ya sea biblico, ya patristico, puesto que se halla usada la palabra *logia* por los escritores del Nuevo Testamento en el significado general de una coleccion de oráculos, esto es, de revelaciones, cualquiera que fuese la forma con que se hicieran, y de aquí, el usarla tambien respecto de la enseñanza divina en general (Hebr. V, 12. τα στοιχία... τοῦ λόγου τοῦ θεοῦ, los elementos de la palabra de Dios, son los rudimentos de la doctrina cristiana (I, Petr. IV, 11), *λογια θεοῦ*, son un hablar divino, esto es, una esposicion de la palabra divina, (cf. Policarp. Ep. ad Philip., c. VII), y por sinécdoque, se ha entendido la palabra *logia* por la Sagrada Escritura que contiene dicha enseñanza. (San Pab. á los Rom., III, 1-2, dice, que fueron confiados á los Hebreos los oráculos de Dios, esto es (segun el padre Amat, las Escrituras divinas): εἰς τοὺς ἑβραῖους *λογια τοῦ θεοῦ*, es decir, el código de la revelacion divina y de las promesas que fueron escritas para que se custodiaran y conservaran mejor); y tambien se usa aquella palabra como refiriéndose á una sola parte de dicha Escritura (Act VII, 38 *λογια ζῶντα*, la palabra viva, esto es, procediendo de la vida, que son los preceptos del Decálogo, y los demás que fueron promulgados en el Sinaí. Filon llama á los preceptos del Decálogo los diez oráculos τα δεκα *λογια*; pero adapta tambien la misma voz. *De vita contemplativa*, l. 3,

parece mucho al *In principio* de Juan, hijo del Zebedeo; pero si no hay analogía alguna entre semejante doctrina y el *In principio* del

para significar la segunda de las tres clases en que dividieron los Hebreos la sagrada Escritura, leyes, profetas y agiógrafos; subdividiendo la segunda, en profetas primeros, que comprenden los libros históricos, Josué, los Jueces, Samuel y Reyes, y en posteriores que son Isaías, Jeremías, Ezequiel y los doce profetas menores, hablando de los Terapéuticos, dice, que en su oratorio no se introducían entre las leyes, los oráculos proferidos por los profetas, los himnos y lo restante del sagrado código: νομους και λογια διαπισθεντα δια προφητων, και υμνους και τα αλλα; fórmula que es la misma adoptada por Sirac en el prólogo del *Eclesiástico*: ο νομος η προφηαι και τα αλλα, Vulg. «lex et prophetæ, cæteraque aliorum librorum;» así como por Cristo; Luc., XXIV, 44; ο νομος, οι προφηαι και οι ψαλμοι, la ley, los profetas y los salmos. De donde se deduce ser manifiesto que en el lenguaje helenístico τα λογια son los escritos inspirados aunque sean puramente históricos. Así han entendido la voz *logia* Justino (*Dial. cum Tryph.*, c. 18, y en la *Epist. ad Zenon et Serenum* hace sinónimas las dos voces τα λογια του σωτηρος y εωαγγελιου), Ireneo. Clemente de Alejandria, Orígenes y Eusebio (*Dem. Evang.*, I, 6; *Hist. eccl.*, VI, 22; *De martyr. Palestinæ*, c. XI), en el significado de escritura canónica y especialmente de Evangelios; no en otro sentido la usaron sucesivamente, los escritores eclesiásticos (Cf. Suiceri *Thesav. Eccl.*, tom. II, pág. 248; Wetstenii, N. T., tom. II, pág. 36), entre los cuales llama Focio á los Evangelistas los oráculos dominicales τα ιερωνα πυγια (Photius, *Bibliotheca cod.* CCXXXVIII); y hablando de San Efrem, patriarca de Antioquia, dice que los escritores de donde sacó la prueba del dogma de la Santísima Trinidad son el A. T., los oráculos dominicales y las predicaciones apostólicas η τε διαδθεν παλαια και τα λογια κυρια και τα αποστολικα κηρυγματα, esto es, respecto del N. T., los Evangelios y los Actos y Epístolas de los Apóstoles, incluso el Apocalipsis; fórmula análoga á aquella con que los Padres apostólicos y sus inmediatos sucesores acostumbraban indicar la coleccion completa de los escritos del Nuevo Testamento, llamándola el Evangelio, το εωαγγελιον, ó bien el Evangelio y el Apostolado, ó los Apóstoles, ó los escritores apostólicos, το εωαγγελιον και ο αποστολος, οι αποστολοι, τα αποστολικα. V. Ignat. *ad Philadelph.*, c. V; *ad Smyrn.*, c. VIII; Constit. Apost., II, 59; Clement. Alex. *Strom.*, VII. p. 757; Iren. *Adv. Hær.*, I, 3, 6; Tertul., *Adv. Prax.*, c. 15; *De præscript hæres.* c. 30; *De baptismo*, cap. 11, 12; *Contra Marcion.*, IV, 2; Auctor. *Ep. ad Diogenet.*, c. II, Con lo que se confirma el uso de la frase λογια κυρια και τα αποστολικα como equivalente á la coleccion de los cuatro Evangelios canónicos). Dicha forma usada por Focio, es la misma que adopta Papias, tanto al designar con ella sus propios escritos, como al denominar la predicacion de San Pedro y el Evangelio de San Marcos, queriendo con ella significar una *exposición histórico-didáctica de la doctrina dominical*, esto es, *de la predicacion evangélica*. (Papias intituló su escrito *Λογια κυριαων ιεραρχης*, *Exposición de los oráculos dominicales*, esto es, *de los discursos del Señor*, proponiéndose hacer una *exposición metódica y clara de cuanto recordaba haber aprendido de los ancianos*, tanto relativamente á los discursos del Señor, como á los de los Apóstoles y discípulos. Pero no comprendía únicamente su libro los oráculos ó discursos del Señor, sino las declaraciones y las tradiciones de los ancianos, y cuanto creyó conveniente recoger de la tradicion oral; y así, no solo los preceptos ιτολος genuinos del Salvador, sino ciertas parábolas y doctrinas ινας τε ινας παραβολας του σωτηρος και διδασκαλιας que se le atribuían falsamente; y datos históricos, leyendas y prodigios tomados de la misma fuente tradicional, y referidos, no ya en calidad de exegeta, á modo de dilucidacion, como interpreta inexactamente Reville, sino en calidad de recopilador histórico, curioso y diligente, y como espositor del tesoro tradicional: tales son las noticias que da sobre la redaccion de los Evangelios de Mateo y de Marcos; tales los dos prodigios que refiere de la hija de Filipo; tales tambien la fábula milenaria y los particulares de la muerte de

materialismo, no serian responsables de ello los apóstoles y los doctores de la Iglesia.

26. Hé aquí íntegro el texto de San Papias, el cual, el nuevo

Judas, distintos de los del Evangelio de San Mateo, lo cual justifica la opinion de Eusebio, respecto de la poca solidez de Papias, calificándole de *σμιρνος τον νοιν*, de *escaso talento*, porque, solicito de beber en fuentes verdaderas, daba no obstante, fácil y entero crédito á cuanto se le referia por cualquier oyente de los ancianos, dejándose á veces alucinar de lo extraño y de lo maravilloso. Si pues, la *Exposición* de los oráculos del Señor comprendia igualmente los dichos y los hechos de los Apóstoles y de los Discípulos y las declaraciones de los ancianos, y era una coleccion ó recapitulacion de cuanto pudo recoger el autor en el vasto campo de la tradicion oral, se comprende bien qué significacion tan estensa atribuye Papias al vocablo *λογία*, y cuán propiamente se adapta á ser sinónimo de *Evangelio*. En hecho, esta voz abrazó la exposicion tanto oral como escrita de los discursos y de los hechos, como si dijéramos, los *actos y las sentencias* de Cristo. Matth., XXVI, 13; Marc., XIII, 10; XIV, 9; XVI, 15; Act., XV, 7, al. De aquí es que al hablar Papias de la *enseñanza* (*διδασκαλιας*) de Pedro, dice que éste acomodándola á la diversidad de circunstancias ú ocurrencias (*προς τις χρονας*) no proponiéndose trazar una exposicion *coordinada* de los discursos del Señor, no la pudo suministrar á Marcos, y éste fue el motivo por el cual no coloca Marcos por órden los *dichos y hechos de Cristo* (*η λεγοντα η πρασσοντα*), lo cual supone necesariamente que la enseñanza de Pedro comprendia unos y otros. Y siendo el Evangelio de Marcos una coleccion de los *dichos y hechos de Cristo*, calcada, en cuanto á la materia y á la forma, en la enseñanza de Pedro de la cual eran objeto los discursos del Señor, se sigue que estas son voces sinónimas y frases equivalentes. La cual equivalencia, cuando se nota por la razon espuesta por Papias, de no hallarse puestos en órden los *dichos* y los *hechos* referidos por Marcos, coadyuva á aclarar en qué consiste el mencionado defecto de órden, no imputable á Marcos, el cual cuidadoso de no omitir ni alterar nada de lo que habia oido, lo escribió todo fielmente segun y conforme lo recordó; sino que debe atribuirse á Pedro, que en su predicacion no creyó necesario ni expedito mejor órden. Ahora veamos por qué no pudo Pedro agrupar los hechos y dichos afines como hizo Mateo, ó por qué no pudo hacer esto Marcos por sí, independientemente de Pedro. Si se abstuvieron de ello uno y otro, esto quiere decir, que Pedro tuvo por necesidad ó conveniencia que sustituir un órden artificial al cronológico que no podia ignorar, ni trastornar sino á ciencia cierta. Supongamos que lo siguiese compendiosamente y no sin alguna interrupcion, y que por esto Marcos, ateniéndose escrupulosamente á la predicacion del maestro, no creyese deber suplir tales claros redactando una exposicion *ordenada* y seguida de los dichos y hechos del Señor. Asi me parece deber interpretarse la frase de Papias *ου τακτα*, *sin órden*, y no ya comparativamente, con el que siguió Mateo (como suponen Ebrard y Maier), el cual era compatible con la redaccion de Marcos, sino con relacion á la falta de continuidad, si bien conforme al tenor de este Evangelio, que por ser el mas restringido y compendioso, fue llamado *breve* por San Gerónimo (De vir. illust. cap. VIII).

La razon y el origen de esta equipolencia de la frase *λεγοντα και πρασσοντα*, *dichos y actos*, y de los vocablos *λογος*, *discursos*, y *λογία*, *oráculos*, adoptada por Papias para significar el Evangelio de Marcos, la predicacion de Pedro y el Evangelio de Mateo, debe buscarse en el idiotismo hebraico, en el cual la voz *davar* y el plural *devarim*, *diore*, segun los LXX *λογος*, *palabra*, *discurso*, no significan solamente los *dichos*, sino tambien los *hechos*, y aun solo éstos, asi como tambien los escritos en que están comprendidos unos y otros (Cf. I, Paráb. XXIX, 29; II Par. IX, 29; XII, 15; XIII, 22; XXXII, 12); y cómo se entiende en este último sentido la voz *ὁρασις*, *vision* y *προφητεια*, *profecia*

exegeta siguiendo su constante costumbre en semejantes casos, se ha guardado bien de reproducir. En el libro III de la *Historia eclesiástica* de Eusebio, se titula el XXXIX y último capítulo: *Obras de Papias* ¹. «Los libros de Papias ascienden al número de cinco, dice Eusebio, y se titulan: *Exposicion de los Logia* (Evangelios) *del Señor*. Su autor se espresa así al principio: Se me agradecerá que trasmita la enseñanza que recibí de los Ancianos, cuya memoria he

(II Par. XX, 29; XXXII, 32), tratándose de escritos que contienen profecías y sucesos históricos, es pues claro que en el mismo sentido se ha podido adoptar la voz análoga *λογια*, *oráculos*, y cómo en la aplicacion hecha por Papias al Evangelio de Mateo se puede ver una confirmacion del original aramáico, no siendo improbable que se intitulase éste primitivamente con un vocablo equivalente). No podia dejar de usarse por Papias de la palabra *λογια* en otro sentido que el de *oráculos dominicales*; y por tanto se emplea el vocablo *Evangelio* por la predicacion oral y escrita, y siendo el fin de ésta únicamente dar un compendio mas ó menos copioso de la predicacion oral, para que el lector tuviera á la vista como un resumen y recuerdo de cuanto habia aprendido de oidas, esto demuestra que la distincion entre una y otra (voz) no era de materia, sino de forma. Además de que suponer que hiciera Mateo una coleccion primitiva de solo los discursos de Cristo, equivale á restringir á éstos su predicacion oral, hipótesis contraria á la enseñanza de Cristo, quien acompañó con sus obras su doctrina en prueba de su divina mision (V. Math., XI, 2, 6; Luc., VII, 19, 23; Ioan., V, 19-36; IV, 3-4; X, 25-32-28); hipótesis contraria á los hechos de los Apóstoles que teniendo que substituir con otro el puesto de Judas, lo quisieron escoger entre los asiduos y constantes testigos de la vida pública de Cristo (Act., I, 21, 22), y especialmente de sus obras prodigiosas (Luc., I, 1), habiendo formado el tema de su predicacion de la vida de Cristo y de su muerte y gloriosa resurreccion y ascension (San Pabl., I, Cor., XI, 23-26). Es pues, falsa y absurda la hipótesis que se funda en poderse separar de la predicacion evangélica oral escrita, los hechos dogmáticos que son como su perno y fundamento.

Esta hipótesis repugna tambien á la composicion del Evangelio de San Mateo, puesto que los discursos y los hechos se hallan espuestos y coordinados con igual idea, y se dirigen al mismo fin de mostrar comprobadas y espresadas en la vida y en la persona de Cristo, las señales y el carácter del verdadero Mesias. Y no solo es idéntico al fin de la parte didáctica y de la histórica, sino que la proligrdad comparativa de la una, y la brevedad de la otra proviene juntamente de esta identidad, nueva prueba de la unidad y autenticidad del escrito y de la superficialidad de aquellos que, no advirtiendo el íntimo enlace de ambos elementos, les fantasearon distinto origen y una composicion sucesiva. Si los discursos de Cristo esponen con mas estension en este Evangelio que en los otros sinópticos, esta particularidad que le es comun con el de Juan, es una prueba de su origen apostólico, puesto que solo un asiduo testigo de oidas hubiera podido conservar en la memoria y reproducir con exactitud los largos discursos del Maestro. Demuestra tambien la autenticidad de estos discursos la conexion y enlace que hay en todas sus partes, y el referirse en ellos hasta los hechos y circunstancias que les habian dado ocasion. El dar cuenta San Mateo mas bien de los discursos que de los hechos de Jesucristo, tuvo por objeto el esponer mas evidentemente la índole de su doctrina, y el hallarse aun recientes los hechos en la memoria de los naturales de Palestina, y mas aun de los Galileos, la mayor parte testigos de los prodigios que habia obrado Cristo. (Vita de Gesu, romanzo di Ernesto Renan, presso ad esame da G. Ghiringhello, página 165-180.—(N. del T.)

¹ Euseb. *Hist. Eccles.*, lib. III, cap. XXXIX.

conservado cuidadosamente, y cuya veracidad atestiguo. Me he atendido siempre, no como la muchedumbre, á los maestros que hablan mas, sino á los que dicen la verdad; no á los que profesan doctrinas estrañas, sino á los que transmiten la enseñanza propuesta á nuestra fe por el Señor, y que en su consecuencia procede de la Verdad misma. Cada vez que me acaecia encontrar algunos discípulos de los Apóstoles, me informaba ansiosamente de lo que habian enseñado sus maestros. ¿Qué decian habitualmente Andrés, Pedro, Felipe, Tomás, Santiago, Juan, Mateo, preguntaba? ¿Qué decian Aristion y Juan el Anciano, discípulos de Jesucristo? Asi hablaba, creyendo sacar mas fruto de la palabra de testigos que aun sobrevivian, que de la lectura de los libros.» Si hubiera recorrido el traductor racionalista este exordio de San Papías, se hubiera estrañado sin duda al oír á «un hombre grave,» á un «hombre de tradicion,» á un testigo «de la primera mitad del siglo II,» identificar á Jesucristo con «la Verdad misma.» Felizmente para su buena fe, no ha leído el moderno exegeta este exordio, habiéndose limitado, segun parece, á lo que sigue: «Papías, continúa el historiador Eusebio, comprueba en sus libros algunos relatos y algunas tradiciones concernientes á Nuestro Señor que supo por Aristion y Juan el Anciano. Bástame hacer esta indicacion para los que deseen efectuar un estudio mas profundo. Pero creo útil reproducir aquí las mismas palabras que consagra Papías al Evangelista San Marcos.—Juan el Anciano, referia, que Marcos, intérprete de Pedro, escribió exactamente todo cuanto supo por este último, y cuyo recuerdo conservó fielmente. De esta manera no pudo seguir el mismo orden en que habló y obró Cristo, puesto que él no oyó ni siguió al Señor, como discípulo; pero como ya he dicho, acompañaba á Pedro, el cual divulgaba su enseñanza segun creia convenir al auditorio, sin tratar de seguir el orden de los Evangelios del Señor. Asi no omitió nada Marcos, porque escribió siguiendo sus recuerdos y cuidando únicamente de no omitir nada de cuanto habia oído, y de no mezclar en ello nada falso.—Hé aquí lo que dice Papías respecto de Marcos. En cuanto á Mateo, se espresa de esta suerte:—«Mateo escribió los Evangelios del Señor en lengua hebrea; teniendo, en su consecuencia, cada uno que traducirlos segun podia ¹.» Es decir, que

¹ Euseb. *Hist. Eccles.*, lib. III, cap. XXXIX. *Patrol. græc.*, tom. XX, col. 296-300.

los fieles, griegos y latinos, que ignoraban la lengua hebráica, tuvieron que recurrir á traducciones para leer el Evangelio de San Mateo.

27. El lector tiene á la vista el testimonio de San Papias. Los *Logia* de Mateo corresponden segun él á los *Logoi* de Marcos; no se nota la menor señal de la diferencia tan palpable que se señalaba entre los dos Evangelios, y es cosa de preguntarse por qué sutilísima intuición ha podido deducir el nuevo exegeta de las palabras de San Papias que «era corto é incompleto el escrito de Marcos,» puesto que no hay nada en el precioso texto del obispo de Hierápolis que autorice semejante inducción. Las pretendidas *Anécdotas* de Marcos, y la *Colección de sentencias* de Mateo, son, pues, invenciones gratuitas que jamás tuvo el honor de inventar San Papias, y cuyo descubrimiento se funda en un contrasentido enteramente moderno. Siendo esto así, ¿podeis autorizaros realmente para conferir al Evangelio de San Lucas un privilegio de nulidad histórica, acusándole de ser solamente una compilación de las *Anécdotas* de Marcos y de los *Logia* de Mateo? ¿No se halla suficientemente justificado San Juan de no haber conocido los famosos *Logia*, que jamás existieron sino en la imaginación obcecada del reciente exegeta? Pues qué ¿es esto cuanto han podido producir formal y grave contra la divinidad de Jesucristo, veinte siglos de negaciones, de dificultades y de sofismas, reunidas con infatigable perseverancia, acumuladas con todo el artificio de la habilidad moderna? ¿Habeis creído de buena fe que poniendo semejante piedra á la entrada de este sepulcro se impediría que resucitara tal muerto? Los *Logia* de Mateo, así como los *Logoi* de Marcos son el Evangelio de Jesucristo. San Papias habló como habla la Iglesia durante diez y ocho siglos: confesó la fe de Jesucristo en los tormentos, lo mismo que San Pedro, San Pablo y todos los mártires, hasta los misioneros que riegan hoy con su sangre las remotas comarcas de la Oceanía ó de la India. Todo vuestro edificio viene á tierra; no hay Evangelio primitivo sobre el cual se haya ingerido una divinidad póstuma, fruto de la leyenda. El haz de los cuatro Evangelios canónicos permanece en su inviolable magestad, siéndonos ya permitido en el día repetir las palabras que escribió Orígenes en el año 210. «He aquí lo que me enseña la tradición, dijo este gran doctor, con ocasión de los cuatro Evangelios, únicos que se admiten como auténticos por

la Iglesia de Dios esparcida por todo el universo. El primero fue escrito por Mateo, que fue en un principio publicano, y que mas adelante se hizo apóstol de Jesucristo. Lo compuso en hebreo para uso de los judios convertidos á la fe. El segundo es el Evangelio segun Marcos, quien lo redactó conforme á lo espuesto por Pedro en sus predicaciones, segun atestigua Pedro en su Epístola católica: La Iglesia de Babilonia y Marcos, mi hijo, os envian la salutacion de paz. El tercer Evangelio escrito por Lucas, para uso de los Gentiles, es elogiado por San Pablo. El cuarto Evangelio es el de Juan ¹.

§ III. JESUCRISTO.

28. Tanta impotencia por parte del racionalismo actual, es para nosotros sin duda alguna una nueva prueba de la verdad evangélica, y bajo este concepto, tenemos derecho para regocijarnos. Sin embargo, acusa en la opinion pública y en ciertas inteligencias escepcionalmente cultivadas, tan completa ignorancia de los principios religiosos mas elementales, que es imposible no dolerse de que sea tan débil este ataque. Por singular que pueda parecer semejante sentimiento, no vacilamos en proclamarlo. Léase, por ejemplo, los ocho volúmenes de Orígenes contra el filósofo Celso, y se nos comprenderá. Al negar Celso la divinidad de Jesucristo, sabia exacta y positivamente lo que atacaba. No se concentraba la objeccion como en el dia, sobre un fantasma imaginario á quien basta mirar cara á cara para verle caer reducido á polvo. Evidentemente es inferior á su empresa el racionalismo moderno; pero su inferioridad se halla en proporcion paralela con el grado de decaimiento de la ciencia religiosa entre nosotros. El programa de la incredulidad contemporánea es sobrado nulo, por lo que nos basta indicar para los Renanes futuros, todo lo que tendrán que destruir antes de conseguir tocar á la divinidad del Evangelio. Solo algunas palabras sobre el nombre mismo de Jesucristo bastarán para disipar frivolas esperanzas; y puesto que es preciso que haya heregías, tal vez se reflexione mas seriamente antes de aceptar el triste papel de heresiarca.

29. El Verbo encarnado que adoramos, no se llama solamente Jesus, como quieren los racionalistas: no se llama exclusivamente

¹ Origen in *Matth. Comm.* Fragment. I; *Patrolog. græc.*, tom. XIII, col. 829.

«Cristo,» como afecta creer el racionalismo ¹. Llámase Jesucristo, nombre que recibió la Iglesia católica de los apóstoles, que conserva en su integridad complexa, y que no le dejará dividir ni por las fantasías del racionalismo, ni por las predilecciones injustificables de la heregía. Pues bien, el nombre de Jesucristo es el lazo que une las dos edades de la historia humana. Lo que fue prometido, figurado, predicho, designado anticipadamente y esperado durante cuatro mil años, fue el Cristo. No basta, pues, introducir subrepticamente, en la serie de los siglos, un Jesus de imaginación, inventado por la credulidad, popularizado por la leyenda, para entregarlo como un rey de teatro, á la irrisión del vulgo. Antes de pensar siquiera en atacar al Evangelio, es preciso destruir todos los libros del Antiguo Testamento que anuncian el advenimiento de un Mesías; es preciso quemar todos los monumentos de las literaturas egipcias, chinas, indias, asirias, persas, griegas y romanas que atestiguan uniformes la creencia del mundo en una redención futura, cuyos sacrificios son su señal en cierto modo sacramental, cuyos ritos religiosos son su expresión popular. ¿Háse reflexionado en la inmensidad de esta hecatombe que debió comenzar en Manethon y en Confucio, pasando por Hesiodo y Homero, para terminar en Virgilio, Ciceron y Tácito? No es esto todo. No solamente los monumentos escritos de las civilizaciones estudiadas hasta aquí, proclaman la decadencia primitiva de la humanidad, la necesidad de una rehabilitación y la fe en un revelador futuro, sino que adquieren voz las piedras mismas y emplean el mismo lenguaje. Destruíd, pues, previamente en todos los puntos del globo, todos los recuerdos lapidarios, las estatuas, los bajo-relieves, las columnas, los arcos triunfales, los mármoles y los bronceos antiguos: arrasadlo todo, desde los templos trogloditas de Mahalibapur y los pylonos² de Karnac, pa-

¹ Nos es imposible señalar aquí esta inconsecuencia del protestantismo de todas las escuelas. Los Actos de los Apóstoles dan en veinte y un pasajes diferentes á Nuestro Señor, el nombre de Jesucristo. Las epístolas de San Pablo repiten ciento noventa y ocho veces el mismo nombre. San Pedro lo reproduce veinte y una vez en sus dos epístolas. San Juan diez y nueve veces; San Judas siete; sin hablar de los Evangelios que llevan este título uniforme: *Evangelium Jesu Christi*: ¿Por qué han dividido en dos el nombre del Salvador los protestantes, que no reconocen mas regla que la sola palabra de la Escritura? Su designación absoluta de Cristo, sin artículo prefijo, es igualmente contraria al texto mismo del Nuevo Testamento, en que se declina siempre el nombre de Cristo, tanto en latin como en griego: *Χριστός τοῦ Χριστοῦ*: el Cristo, del Cristo.

² Grandes portadas coronadas de una torre cuadrada que servían de ornato á las fachadas de los templos egipcios —(N. del T.)

sando por Nimrud y Khorsabad, y concluyendo por las obras maestras del arte griego y romano. Trastornad el suelo del universo, y cuando hayais acabado vuestra obra, impedid que venga la casualidad de algunas nuevas escavaciones á revelaros súbitamente un nuevo testigo de la fe del antiguo mundo. Mas aun no se habrá hecho todo lo necesario. Hay testigos de mas vida que los libros, y mas duraderos que los monumentos: tales son las razas humanas. Pues bien, todas las razas en este momento idólatras creen unánimes en una caída y en la necesidad de un Mediador. ¡Id á degollar en las islas de la Polinesia, en todos los puntos del Africa, en toda la estension de los continentes americano y asiático, esos testigos vivientes de una creencia que os humilla! Pues todo esto es preciso antes de atacar el carácter mesiánico del Cristo.

50. Creo que es ya un hecho bastante maravilloso la posicion histórica del Cristo en el mundo antiguo. ¡Sí, es un milagro haber ocupado en la humanidad tal lugar, haber echado en ella raices tan profundas, que á no aniquilar la historia y reemplazarla con el caos, no es posible derrocar al Mesías! Y no obstante, apenas forma todo esto la orla del manto divino de Jesucristo. Como podria en rigor explotarse por la habilidad de un hombre de genio, la creencia general en el Redentor futuro, consiguiendo usurpar este título, se ha provisto á tal inconveniente de esta suerte. No siendo el Antiguo Testamento en su conjunto, mas que la designacion seguida de edad en edad y representando, con una exactitud llevada hasta el último punto, la figura del Mesías futuro, es fácil de concebir, por qué no aprecia el racionalismo el Antiguo Testamento, pues cada nuevo maestro de incredulidad tiene la idea de destruir un testigo tan importuno. Pero no ha coronado el éxito tantos esfuerzos, pudiendo decirse, sin temor de parecer indiscreto, que jamás se ha dirigido el ataque en situacion que le fuera ventajosa. Discusiones filológicas interminables sobre una palabra hebrea, sobre su raiz, sobre sus equivalentes en las lenguas arianas ó semíticas; pedantescas ostentaciones de gramática; pretensiones, por otra parte poco modestas de saber el hebreo mejor que los Judios de la Version de los Setenta; á veces, veleidades de hostilidad geológica, química, fisiológica; ó bien, incidentes sobre un hecho oscuro, sobre una particularidad no aclarada todavía, hé aquí todo lo que se ha intentado hasta ahora. Hánse amontonado nubes que se dispersaban con

el primer golpe de piqueta en un campo histórico, ó en un terreno diluviano. El Antiguo Testamento tiene dos guardas que es preciso destruir primeramente, antes de llegar á él. En primer lugar, la raza judía, que persiste en esperar al Mesías, bajo la fe de este Libro; pues mientras exista un hijo de Israel, no habreis hecho nada contra el Libro sagrado de su ley. Id, pues; exterminad un pueblo que han dejado en pie veinte siglos de desastres, de persecuciones y de oprobios, y cuando hayais matado hasta el último israelita, os hallareis en frente del universo cristiano que os presentará triunfante é inmortal el Libro sagrado de los judíos.

31. Históricamente, pues, es el Antiguo Testamento un monumento irrecusable. Hé aquí tal como la contiene la designacion del Mesías. El primer rasgo se remonta al día del pecado original, en el umbral del Eden. Es una promesa divina, circunstanciada y formal: «Vendrá una mujer, cuyo hijo quebrantará la cabeza de Satanás ¹.» Asi, el Redentor será hijo de una mujer; Dios no le designa padre en el mundo. El Redentor quebrantará la cabeza de Satanás; no será, pues, solamente un filósofo, un sabio, que destruya algunos errores, que reforme algunos abusos parciales; tendrá el poder sobrehumano de aplanar el error, el mal, en su origen, de una manera absoluta. Tales son, en el punto de partida, los dos rasgos característicos del Mesías. Sucesivamente van á dibujarse con toda precision todas las líneas de su figura celestial. El Redentor, «en quien serán benditas todas las naciones de la tierra, saldrá de la raza de Abraham ².» El Enviado de las colinas eternas, el Deseado de las Naciones parecerá «en la época en que el cetro será quitado de la casa de Judá ³.» Será «hijo de David ⁴, y, no obstante ser su generacion eterna ⁵, nacerá en Belen ⁶.» — «Una Virgen concebirá y parirá un hijo cuyo nombre será *Dios con nosotros* (Emmanuel) ⁷. Será el Cristo, rey de Israel ⁸ Jesus el Salvador ⁹.» — Nacerá una estrella de Jacob ¹⁰.» — «Traeranle presentes los reyes de Arabia y de Sabá ¹¹.» Sin embargo, será preciso «volver á Egipto al divino niño ¹².» — «Elevárase del desierto una voz, y será precursor de Cristo otro Elías ¹³.» — «El Mesías tendrá toda la autori-

¹ Genes., III, 15. — ² Genes. XVIII, 18; XXII, 18. — ³ Genes. XLIX, 10. — ⁴ II Reg. VII, 19; XXIII, 5; Psalm. CXXXI, 11. — ⁵ Isa., LIII, 8. — ⁶ Mich., V, 2. — ⁷ Isa., VII, 14. — ⁸ Dan. IX, 25. — ⁹ Habac., III, 19 — ¹⁰ Numer., XXIV, 17. — ¹¹ Psalm., LXXI, 10. — ¹² Oseas, XI, 1. — ¹³ Isa., XL, 3.

dad de Moisés ¹; será, además, sacerdote segun el órden de Melquisedech ²; rey en la eternidad ³.» — «Su palabra se dirigirá á los humildes y á los afligidos ⁴.» — «Abriránse los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos; saltarán los cojos como los ciervos, y será desatada la lengua de los mudos ⁵.» — «Será honrado con la presencia del Mesías el Templo de Zorobabel ⁶.» — «La hija de Sion saltará de alegría; la hija de Jerusalem se colmará de júbilo al acercarse su rey, el Justo, el Salvador: él vendrá pobre y montado en una asna seguida de su pollino ⁷.» — «Carecerá su aspecto de estérno esplendor, y le veremos sin reconocerle ⁸.» — «Congregaránse contra él en consejo los que acechaban su vida ⁹.» — «El hombre con quien vivia en paz y que comia el pan de su mesa, le venderá ¹⁰.» — «Nadie le prestará auxilio al acercarse el peligro, caerá en desaliento y su sangre correrá como el agua ¹¹.» — «Será herido el pastor y se dispersarán las ovejas ¹².» — «Será estimado en precio de treinta monedas de plata que serán arrojadas en el Templo, y que se entregarán despues al alfarero ¹³.» Sin embargo, «abandonará su cuerpo á los verdugos y su rostro á las bofetadas, sin volver el semblante á las salivas y á las injurias de sus enemigos ¹⁴.» — «Dejaráse conducir á la muerte, como la oveja que se lleva al matadero ¹⁵; pero llevará en los hombros el cetro de su reinado ¹⁶.» — «Serán taladrados sus pies y sus manos, y se contarán sus huesos ¹⁷.» — «Repartiránse sus vestiduras y echarán suertes sobre su túnica ¹⁸.» — «Cubierto de heridas por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros crímenes, se ofrecerá él mismo y por su libre voluntad, en sacrificio ¹⁹.» — «Los que le vean, insultarán su angustia, y le ultrajarán moviendo la cabeza. ¡Pues que esperaba en el Señor, dirán, que el Señor le libre ²⁰!» — «Se le dará á beber hiel y se le presentará vinagre para apagar su sed ²¹.» — «Rogará por los pecadores ²².» — «Entregará su alma en manos del Señor ²³.» — «Morirá, mas para resucitar ²⁴; será glorioso su sepulcro ²⁵, y se enarbolará entre las naciones su estandarte ²⁶.» — Hállase tambien

¹ Deuteron., XVIII, 15-18.—² Psalm., CIX, 4.—³ Dan., VII, 14-27; Mich., IV, 7.—⁴ Isa., LXI, 1.—⁵ Isa., XXXV, 4-7.—⁶ Agg., II, 10.—⁷ Isa., LXII, 11; Zacar., IX, 9.—⁸ Isa., LIII, 2.—⁹ Psalm., LXX, 10.—¹⁰ Psalm., XL, 10-11.—¹¹ Psalm., LXVIII, 21.—¹² Zachar., XIII, 7.—¹³ Zachar., VI, 12.—¹⁴ Isa., L, 6.—¹⁵ Isa., LIII, 7.—¹⁶ Isa., IX, 6.—¹⁷ Psalm., XXI, 17-18.—¹⁸ Psalm., XXI, 19.—¹⁹ Isa., LIII, 7.—²⁰ Psalm., XXI, 8-9.—²¹ Psalm., LXVIII, 22.—²² Isa., LIII, 12.—²³ Psalm., XXX, 6.—²⁴ Isa., LIII, 12; Psalm., CXXXVIII, 18.—²⁵ Isa., XI, 10.—²⁶ Isa., XI, 12.

marcada la época precisa de este acontecimiento. «El Cristo será entregado á muerte, el Santo de los Santos espiará sus pecados en la septuagésima semana de años siguiente al edicto de Artaxerxes Longimano para el restablecimiento del Templo, es decir, cuatrocientos ochenta y siete años despues de Zorobabel, fecha que corresponde al año 33 de nuestra era ¹.

32. Tal es la designacion profética del Mesías ó Cristo. Será Dios; nacerá de una virgen en Belen; hará milagros; será muerto; resucitará. Semejante programa es absolutamente irrealizable por un genio humano, por grande que se le suponga. El genio no puede nada en este mundo ni sobre el órden, ni sobre la época de su propio nacimiento; recibe la vida, pero no sabe elegir anticipadamente la madre que ha de darle á luz; no puede determinar el tiempo ni el lugar donde quiere nacer. El genio hace grandes cosas, pero no hace milagros; muere, pero no resucita. Es, pues, sobre este punto imposible la impostura. Concíbese, sin embargo, que haya tentado á ciertos espíritus entre los judíos; los Teudas, los Rarkokeba, intentando aplicar á su persona la designacion divina, han suministrado precisamente la prueba de la realidad incontestable de las profecías y de la creencia mesiánicas, en el seno del pueblo judío. Han consignado además, con la autenticidad de su derrota, la inanidad de semejante tentativa. Las condiciones fijadas anticipadamente respecto del Redentor, sobrepujan á toda humana talla, y nadie podrá vestir la túnica sin costura del Crucificado del Gólgota. El Mesías debe llamarse Dios, pero debe probar su divinidad con la salvacion del mundo; debe hacer milagros, pero sobre todo, debe perpetuar los milagros; debe morir, pero debe resucitar. De este modo solamente entrará en la realidad de su designacion profética, y tomará posesion del título de Cristo que le reanuda con todo el mundo antiguo.

33. Si le espera la primer vertiente de la historia como Mesías, debe reconocerle como Salvador la segunda. No está completo su nombre sino con la condicion de abrazar todas las edades. Lo que fue, como Cristo, en el período de la esperanza, debe serlo ahora, como Jesus; es decir, que el lugar que ocupa en la antigüedad como Mesías, debe tenerlo en el mundo moderno como Salvador. Aquí se

¹ Dan. IX, 24-27.

encuentra el racionalismo en presencia de una nueva serie de hechos constantes, notorios, irrecusables, apoyados no solamente en testimonios, relatos ó libros, sino en la evidencia cotidiana y palpable. El primero, el mas patente de todos estos fenómenos, es que á la hora en que escribimos estas líneas, tiene adoradores Jesucristo en todos los puntos del globo. Basta abrir los ojos y ver para convencerse de ello. Adórase á Jesucristo, no solamente como un recuerdo, una gloria, una encarnacion divina, que apareció hace dos mil años, en el seno de la humanidad y que se volvió para siempre al cielo, sino que es adorado como estando presente, en sustancia y en realidad, en la Eucaristía. Quiérase ó no, existe el hecho. Penetrado bajo la cúpula de San Pedro, y allí está presente Jesucristo para sus fieles y es adorado por ellos. Seguid al pobre misionero hasta los confines del mundo, y le vereis levantarle un altar bajo los plátanos de los bosques de la India, y pronunciar algunas palabras y adorar á Jesucristo sobre la desnuda piedra donde consiente siempre en descender el Dios del pesebre. El Indio que pasa al lado de este extranjero, se detiene un instante á contemplar este hecho extraño: ¡Escucha una enseñanza tan nueva para él; ábrese poco á poco su inteligencia á una luz desconocida; estremécese su corazon al contacto de un amor divino, y cree á su vez y se prosterna y adora! ¿Qué pensais de esto? Jesucristo, que murió hace dos mil años, tiene el poder de hacerse amar, de hacerse adorar por un salvaje que anda errante por los bosques de su país, y que no ha sospechado nunca la existencia de la Judea, de un Antiguo Testamento ó de una civilizacion cualquiera. Existe, pues, el hecho de la conversion de las almas por Jesucristo; se toca con la mano; no se halla circunscrito á la India, al Japon ó á la China; está por doquiera. A veces se inclinan los sabios de nuestra Europa, despues de quince ó de veinte años de rebeldía, bajo la influencia de la divinidad de Jesus, lo mismo que los pobres insulares de Otaiti. Estos son hechos. Antes de negar la divinidad del Evangelio, comenzad por destruirlos, sin podeis; ó por explicarlos si teneis tal secreto. Mas agotándose todas las fuerzas humanas por el tiempo, por el uso, por sus mismas victorias; ¿cómo es que no se ha agotado la fuerza de Jesucristo? Es una ley histórica que todo lo que ha comenzado muere, ¿cómo es que no muere la religion de Jesucristo? Todas las instituciones fundadas por los hombres caen, ¿por qué no cae la

Iglesia de Jesucristo? Y adviértase que cada día que pasa es un triunfo nuevo para esta doctrina, que envejece otro tanto tiempo. Antes de ser admitido el racionalismo incrédulo á negar el Evangelio, debe, pues, comenzar por destruir, en el seno de las sociedades modernas, el milagro perseverante de la adoracion de Jesucristo como Dios; el milagro perseverante de la adoracion de Jesucristo en la Eucaristía; el milagro perseverante de la conversion de las almas por Jesucristo.

34. ¡Haga, pues, la prueba! ¡Que vaya, sacudiendo el globo por los dos polos, por entre oleadas de sangre, amontonando ruinas sobre ruinas, á arrancar al mundo el nombre de Jesucristo y la fe en su divinidad! Aun cuando se esponga á esta prueba, no hará nada de nuevo. La historia moderna no es otra cosa que la prolongacion de una lucha de este género, con un éxito muy diferente del que se prometia. Asi llegamos á otro hecho no menos innegable, y es que durante diez y ocho siglos se da la vida por la divinidad de Jesucristo, y que cuantos mas mártires cuenta esta divinidad, mas conquistas hace. Negad, si podeis, que murieron por ella los doce apóstoles que salieron de Judea á predicar al mundo la fe en la divinidad de Jesucristo. Solo sobrevivió uno de ellos despues de haber sufrido el mas bárbaro suplicio; este fue San Juan, cuyo *In principio* tiene el privilegio de desagradaros. Todos los demás perecieron al filo de la cuchilla, en las hogueras encendidas, en la cruz, en todos los géneros de tormentos que sabia inventar la imaginacion de los verdugos, en una época en que tocaba casi á los límites del genio el arte de matar á los hombres. Intentad poner en duda las degollaciones, tres veces seculares, organizadas por el paganismo de Roma, contra todo lo que llevaba el nombre de cristiano, y se os pondrán en frente todos los historiadores griegos y latinos, desde Tácito y Suetonio hasta Eusebio de Cesarea. Desgarrad sus obras, para desbarazaros de estos indiscretos testigos. No lo podeis ni lo quereis. Siendo asi, fuerza es que espliqueis cómo murieron millares de hombres por un fantasma de Cristo, por una quimera, por un nada! Y cuando hayais creido encontrar una respuesta satisfactoria gritando, ¡fanatismo! tendreis que explicar cómo cayeron tambien los mismos verdugos en el fanatismo de sus víctimas, prosternándose al pie de una cruz.

35. Ofreceráse á vuestro estudio el grande hecho de la conver-

sion del mundo pagano por la cruz de Jesucristo, y tendreis que deducir de él las razones naturalísimas que hicieron ascender la divinidad de Jesucristo de la oscuridad de las catacumbas á la cima del Capitolio. Nos direis cómo fundó una sociedad inmortal, una serie ó sucesion de hombres á quienes se mataba sin tregua; cómo morian sin murmurar, encarcelados, sentenciados, mártires, felices en ser lapidados, quemados, degollados, y cómo hicieron brotar con su sangre una semilla de nuevos cristianos. ¡Agradable perspectiva, verdaderamente, para abrazar una religion nueva, la certidumbre de ser revestido con un manto de resina, y de servir de viviente antorcha en los jardines de Neron! ¿Quién podia resistir al grato destino de ser arrojado en la arena á las garras de los leones de Numidia; de ser condenado á las minas; de ser desollado vivo; de arrancársele las uñas; de cortársele las coyunturas una tras otra; de ser tendido en parrillas rusientes, ó sumergido en un baño de plomo derretido? ¡Explicadnos una sola conversion con las seducciones de semejante propaganda! Y no obstante, el mundo es cristiano, y fue vencido el paganismo. ¡Buscad en el universo actual, un adorador de Júpiter, de Vénus, de Saturno! El paganismo fue vencido por primera vez bajo Constantino. Pero desde Constantino hasta Clodoveo, lo fue cien veces. ¿Sabeis ni siquiera el nombre de todos los pueblos bárbaros que acudieron á la ralea ¹ del mundo romano durante tres siglos? La Iglesia de Jesucristo venció á todos estos paganos, y siempre del mismo modo, padeciendo, orando, muriendo. Aun en el día se padece, se ruega, se muere por la divinidad de Jesucristo; y así será hasta el fin de los siglos. Estos son hechos, que es preciso negar, antes de despojar á Jesucristo de su manto divino. Pues bien, negarlos es negar la luz del sol; es destruir toda evidencia, aniquilar toda historia y sumergir el mundo en tinieblas. ¡Levántese ahora el audaz Erostrato intentando abrasar el edificio de la divinidad de Jesucristo! El cimiento de este edificio inmortal se remonta al Eden. Cada siglo de la historia antigua forma uno de sus pilares. Cristo es la esperanza de cuatro mil años; la flor sagrada del Antiguo Testamento; el Redentor esperado, descrito, señalado por todas las edades. ¡Jesus aparece en la cima de

¹ Sabido es que esta palabra tiene la acepcion de «la comida que se da á los perros de las mismas reses que han cazado,» segun se consigna en los diccionarios generales de la lengua, aun cuando no se halla adoptada en el de la Academia.—(N. del. T.)

los dos mundos ; realiza en su persona todas las profecías ; levanta el estandarte de su cruz ; es aplanada la cabeza de Satanás ; espira el paganismo ! Verifícase en el universo una inmensa revolucion salvadora que abraza todos los tiempos , todos los lugares , todos los hombres ; diez y nueve siglos hace que se prolonga sin interrupcion ; todo lo ha cambiado , renovado , espiritualizado , santificado en la tierra ; y no cesa de levantar á la humanidad hácia Dios . Jesucristo es la historia entera ; es el mundo , desde Adán hasta nosotros . ¡ Es la monarquía eterna atravesando los tiempos para conducir al hombre , de las manos de su Criador al tribunal de su Juez ! *Cristus heri, hodie, ipse et in sæcula* ¹.

¹ Hebr. Xlii, 8.

CAPITULO II.

PREPARACION EVANGÉLICA.

SUMARIO.

§ I. VISION DE ZACARÍAS.

1. Zacarías, padre de San Juan Bautista. El Angel Gabriel en el Altar de los Perfumes.—2. Pruebas extrínsecas de la autenticidad de la narracion Evangélica.—3. Pruebas intrínsecas de la autenticidad de la narracion Evangélica.—4. Ceremonia de la adustion del incienso, en tiempo de Zacarías.—5. Conformidad de la narracion Evangélica con las prescripciones rituales.

§ II. ANUNCIACION.

6. El mensaje del Angel á la Virgen de Nazaret.—7. *Ave María*.

§ III. LA INMACULADA VIRGEN MARÍA.

9. Tradiciones universales sobre la Virgen Madre.—9. El culto de María y el protestantismo.—10. Historia tradicional de María.—11. Ana y Joaquin.—12. Concepcion inmaculada de María.—13. Natividad de María.—14. Presentacion y educacion de María en el Templo. Los Desposorios.

§ IV. VISITACION. NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA.

15. Visitacion. *Magnificat*.—16. Crítica racionalista.—17. Nacimiento y circuncision de San Juan Bautista.—18. Nudo de los dos Testamentos.—19. Sospechas de San Jose. Matrimonio virginal.

§ V. EL EMPADRONAMIENTO DEL IMPERIO.

20. Objeciones generales de los Racionalistas.—21. Testimonio de Augusto que confirma la realidad del empadronamiento mencionado por el Evangelio.—22. Testimonios idénticos de Tácito, Suetonio y Dion Casio.—23. Testimonio idéntico de Tertuliano.—24. Testimonio inesperado é involuntario del racionalismo moderno.—25. Una dificultad cronológica que resulta de una diferencia de diez años entre la fecha de Josefo y la de San Lucas. Texto griego de San Lucas.—26. Traducccion de San Lucas, segun la Vulgata. Solucion. Testimonio de San Justino y de Tertuliano.—27. Belen. La verdadera Casa del Pan.

§ VI. EL VIAJE Á BELEN.

28. ¿Era Jesus de la familia de David?—29. Forma del censo segun la ley romana.—30. Pruebas históricas de la realidad del viaje á Belen.—31 El judío Triphon.—32. Conclusion.

§. VII. GENEALOGÍA DE JESUCRISTO.

33. Diferencia de las dos genealogías de San Mateo y de San Lucas.—34. Importancia de las genealogías entre los Hebreos.—35. Solucion de la cuestion de las dos genealogías Evangélicas.—36. Conclusion.

§ I. VISION DE ZACARÍAS.

1. «Hubo en tiempo de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarias, de la familia de Abias, y su mujer, llamada Isabel, era de la familia de Aaron. Y ambos eran justos á los ojos de Dios, observando todos los mandamientos y leyes del Señor irreprehensiblemente. Y no tenian hijos, porque Isabel era estéril, y ambos eran de avanzada edad. Y sucedió que ejerciendo Zacarias las funciones del sacerdocio, segun el orden de su turno delante de Dios, conforme á la costumbre establecida entre los sacerdotes, le tocó por suerte entrar en el templo del Señor á ofrecer el incienso en el altar de los Perfumes. Entre tanto, todo el pueblo estaba de parte de afuera en el atrio, segun acostumbraba durante la oblacion del incienso. Y se le apareció á Zacarias un ángel del Señor, puesto en pie á la derecha del altar de los Perfumes, ó en que se ofrecia el incienso. Y Zacarías se turbó al verle, y quedó sobrecogido de espanto. Mas el Angel le dijo: No temas Zacarías, porque ha sido oida tu oracion, y tu mujer Isabel te dará á luz un hijo, á quien llamarás Juan ¹ el cual será para tí objeto de gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento. Porque ha de ser grande en la presencia del Señor. Segun la ley de los Nazarenos, no beberá vino ni cosa que pueda embriagar, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el seno de su madre; y convertirá á muchos de los hijos de Israel al Señor, su Dios, delante del cual irá él, con el espíritu y la virtud de Elías, para conciliar los corazones de los padres con los de los hijos, y conducir los incrédulos á la prudencia de los justos, á fin de preparar al Señor un pueblo perfecto. Y preguntó Zacarías al Angel: ¿Cómo conoceré que es cierto lo que me dices? porque ya yo soy viejo y mi mujer está muy avanzada en la edad. Y respondiéndole el Angel, le dijo: Yo soy Gabriel, y uno de los espíritus celestiales que circundan la magestad de Dios, de quien he recibido

¹ El significado etimológico de este nombre es: *Misericordia de Jehovah*.

la mision de anunciarte esta buena nueva. Y hé aquí, desde ahora quedarás mudo y no podrás hablar hasta el dia en que sucedan estas cosas, porque no creíste mis palabras, que se cumplirán á su tiempo. Entre tanto estaba afuera el pueblo esperando á Zacarías, y admirándose de que se detuviera tanto en el Templo. Y habiendo salido el sacerdote, le fue imposible hablar una palabra, y el pueblo conoció que habia tenido en el templo alguna vision, y él procuraba explicarse por señas y permaneció mudo. Y cumplidos los dias de su ministerio, volvió á su casa; y despues de algun tiempo concibió Isabel su esposa, la cual guardó secreto y se mantuvo escondida durante cinco meses, diciendo: El Señor Omnipotente se ha dignado inclinar á mí una mirada de misericordia y ha borrado el oprobio que pesaba sobre mi nombre entre los hombres ¹.

2. Esta página abre la narracion evangélica. Está sacada del primer capítulo de San Lucas, que todos los racionalistas están conformes en relegar, asi como el segundo, entre las interpolaciones legendarias, añadidas al texto primitivo por la credulidad de los siglos siguientes ². ¿Cómo habian de admitir los racionalistas un milagro al principio de la historia de Jesucristo! ¿Asi, pues, rehusan á Dios, en nombre del orden natural, inmutable en sus leyes, estudiadas por la ciencia, el poder de manifestar sus oráculos á un sacerdote judío, y de hablarle por ministerio de un Angel! Por desgracia para los discípulos de Strauss, en esta ocasion les vence, abruma y rinde el milagro por todas partes. Y para librarse de la vision de Zacarías van á precipitarse en toda una serie de prodigios. Decís que la primer página de San Lucas es una adición apócrifa; concedido; fue la pluma de un impostor la que escribió en la cuna de Juan Bautista estas palabras: «muchos se alegrarán con su nacimiento,» pero ¿cómo es que se realizó esta profecía si fue obra de un impostor? ¿Por qué es célebre todos los años el dia de la Natividad de San Juan Bautista en todos los puntos del universo? ¿Cuántas personas saben hoy en el mundo entero qué dia es el aniversario del nacimiento de Alejandro ó de César, sin embargo de haber sido ambos figuras bastante ilustres en la historia? ¡Y hé aquí que en la cuna de un hijo oscuro de Aaron, predice un impostor, un falsario, que jamás perderá el mundo la memoria de una Natividad tan gloriosa! Esta profecía in-

¹ Lucas, I, 5-25.—² *Vida de Jesus*, Introd. pág. XLI; d'Eitthal, *Los Evangelios*, tom. I. pág. 81-82.

creible, absurda, bajo el punto de vista de todas las verosimilitudes históricas, se realizó al pie de la letra. Despues de mil ochocientos sesenta y cuatro años persiste el mundo en celebrar el nacimiento de Juan Bautista: dentro de dos mil años, si se halla el universo destinado á llegar á esta edad, sucederá lo mismo y ¡encontrareis esto natural! nada es mas fácil de imaginar que un apócrifo, una leyenda; mas para introducirlo en el texto evangélico hay mas obstáculos que parece creen los racionalistas. San Lucas advierte en los cuatro primeros versículos que forman el prólogo de su Evangelio, y cuya autenticidad no se niega por ningun exegeta conocido, que él escribe la narracion histórica de la Encarnacion, desde el principio (*ἀρχὴ*) ¹, y que la proseguirá por el orden cronológico (*καθ' ὅτι*) ². Tales son los caracteres que señala de antemano, como debiendo considerarse propios esclusivamente de su obra. Si se suprimieran, pues, los dos primeros capítulos de San Lucas, es decir, el nacimiento de Juan Bautista y la historia de los primeros años de Jesucristo, ¿en qué se distinguiría el Evangelio de San Lucas del de San Marcos, puesto que comenzaría, como este último en el bautismo del Jordan ³? ¿Cómo justificaria la intencion, previamente manifestada de tomar el relato desde el principio (*ἀρχὴ*), es decir, aun mas allá que San Mateo, que solo principia por la Anunciacion? ¿No habia sabido lo que ponía el mismo San Lucas, cuando trazaba, con su pluma inspirada, el prólogo de su Evangelio? Esto seria otro milagro que tendrian que soportar los racionalistas, para compensar el de la vision de Zacarías, que les causa horror, y tendrian que explicar cómo ha podido subyugar la fe del mundo un Evangelista que no se da razon de lo que escribe. Pero aun hay mas; este impostor, este falsario que interpoló en el segundo siglo la leyenda de San Juan Bautista, hubiera debido ser un verdadero taumaturgo para conseguirlo; habiendo consistido su mayor milagro en hacerse invisible, porque en efecto, nadie le vió ni le sospechó en toda la serie de la historia cristiana, habiéndose esquivado á toda pesquisa. No le vió Orígenes, en el año 200, y se necesitaba tener mas que habilidad para ocultarse á las miradas de Orígenes; pero sobre todo, no le vió en el año 150, Celso el pagano, el enemigo de los Evangelios. Para burlar esta mirada llena de odio, era preciso un artifi-

¹ Lucas, I, 3. — ² Ibid. — ³ Marcos, I.

cio casi prodigioso. Pues bien, el filósofo Celso cita el primer capítulo de San Lucas, tomando ocasion de él para mancillar el nombre inmaculado de María ¹. ¿Dónde colocar, pues, vuestro invisible falsario, en un período histórico examinado tan escrupulosamente? Tertuliano, Ireneo, anteriores á Orígenes, no le conocieron. San Papias, cuyos preciosos testimonios nota Eusebio con tanto cuidado, no tenia la menor sospecha de él. Guardad, pues, con vuestros demás mitos este milagro apócrifo. No ha podido inventarse despues del suceso la primera página de San Lucas por un falsario póstumo.

3. Por otra parte, lleva en sí misma señales de incontestable autenticidad. Imaginaos un ignorante legendario escribiendo despues de la ruina del Templo, é improvisando sin incurrir en una sola falta, todo el conjunto de la historia, de las costumbres y de la religion judáicas. La sola espresion, tan sencilla al parecer: «En tiempo de Herodes, rey de Judea,» supone todo un órden de conocimientos que desafiaria á una impostura retrospectiva. En el siglo II, hubo tres príncipes con el nombre de Herodes que reinaron en Judea; Herodes el Idumeo; Herodes Antipas y Herodes Agripa. Si el impostor hubiera sido hábil, hubiera sabido esto, y entonces hubiera designado mas particularmente el rey de quien queria hablar. No hay evasiva sobre esta necesidad impuesta por los hechos históricos. ¿Quiérese mejor suponer al impostor completamente inepto y sustancialmente extraño á los acontecimientos judáicos? En este caso, solo habria conocido á un Herodes, el que menciona el texto de San Lucas en el capítulo III, con el nombre de Herodes el Tetrarca ², y no hubiera pensado en darle otro título. Solo un contemporáneo podia escribir estas palabras: «En tiempo de Herodes, rey de Judea.» Porque en efecto, solo un Herodes reinó en toda la Judea, pues los demás, confinados en sus tetrarquías, solo reinaron en una parte de ella. Y nótese que no dice San Lucas: «Rey de los Judíos,» porque si bien podia equivocarse sobre este punto un impostor, un legendario póstumo, nunca podia equivocarse un contemporáneo. Herodes el Idumeo fue impuesto por Roma á la Judea; soberano de hecho, no de derecho, reinaba en el pais contra la voluntad de sus habitantes. El rey de los Judíos solo podia ser un he-

¹ Orig. *Cont. Celsum*, lib. I, cap. XX, X; *Patrol. græc.*, t. XI, col. 734. — ² Luc III, 1.

redero de la familia asmonea ¹, ú otro descendiente de la tribu de Judá y de la raza de David. La pluma del pretendido apócrifo no tropieza entre tantos escollos. ¡La casualidad! se dirá. La casualidad es un Dios complaciente que ha escrito todas las líneas del Antiguo Testamento sin que haya que hacer en él una sola correccion. ¿Cuántos milagros no habeis atribuido á la casualidad? Agréguese tambien á su ciega responsabilidad la maravillosa exactitud con que vuestro falsario, del siglo segundo ó tercero, habla de los orígenes y de las costumbres sacerdotales de los Judíos: «Zacarías, dice era de la raza de Abias, y su mujer Isabel era de la familia de Aaron.» Sin duda no ignoran los racionalistas modernos qué relacion puede haber entre la raza de Abias y las funciones sacerdotales. Su ciencia no conoce eclipse, y no obstante un lector comun podria no sospechar siquiera el motivo de esta correlacion; con mucho mas motivo, pues, hubiera podido equivocarse un oscuro falsario. Pero el apócrifo interpolador de San Lucas no ignora nada. Sabe que en tiempo de David fueron divididas en veinte y cuatro clases las familias sacerdotales provenientes de Aaron ², á que pertenecia la de Abias. No ignora que se arregló por turnos el orden del servicio semanal de cada una de ellas en el Templo; que en su consecuencia, la de Abias ocupó el turno octavo ³. El falsario sabe todo esto, y ha leído á Josefo que dice en términos formales: «Este orden se ha mantenido hasta nuestros dias ⁴.» Sabe muy bien el impostor otra cosa todavía; que los sacerdotes judíos podian elegir una esposa entre todas las tribus de Israel ⁵. El apócrifo lo sabe, y advierte como una particularidad notable, que la mujer de Zacarías no pertenecia solamente á la tribu de Leví, sino que descendia de la familia pontifical de Aaron ⁶. Con la misma seguridad de intuicion da cuenta el afortunado legendario, dos ó tres siglos despues de la ruina del Templo, y viviendo tal vez á quinientas leguas de Jerusalem, de las funciones sacerdotales que consistian en cuatro principales deberes: 1.º La inmolacion de las víctimas y la oblacion de los holocaustos; 2.º El cuidado de las lámparas en el Candelero de oro; 3.º La confeccion y la ofrenda de los doce panes nuevos en la Mesa de Pro-

¹ En Galatino, cap. VI, lib. IV, pág. 196, A, B, C.—² Josefo, *Antig. jud.*, lib. VII, cap. XI.—³ I Paralip. XXIV, 7-10.—⁴ Josefo, *Antig. jud.*, lib. VII, cap. IX.—⁵ Levit. XXI, 7.—⁶ Luc. I, 2.

posicion ; 4.º Finalmente, la adustion del incienso, noche y mañana en el Altar de los Perfumes ¹. Asimismo sabe que los sacerdotes al principiar su servicio cada semana, echaban suertes para distribuirse estos varios oficios ². Esto bastaria para admirarse de la ciencia general de la historia judía, que posee vuestro legendario; pero llevando mas adelante este exámen, y entrando en los pormenores mismos de la funcion sacerdotal que describe, resaltará hasta la evidencia la demostracion sobre su autenticidad.

4. Hé aquí las indicaciones circunstanciadas que nos suministran sobre este punto, los libros rituales de los Hebreos. «Las veinte y cuatro series sacerdotales se subdividian en familias, cada una de las cuales tenia su principe ó jefe. Cuando habia mas familias en la serie que dias en la semana, servian en un mismo dia muchas familias. La edad de los levitas se limitaba á los 50 años, pero no habia límite alguno respecto á la edad de los sacerdotes. El viernes por la noche, antes de entrar en sus funciones, se reunian los jefes de familia en el Templo, y sorteaban el dia de su servicio por números de órden, y cada noche sacaban igualmente á la suerte los miembros de la familia por números de órden, sus funciones del dia siguiente. La adustion de los perfumes se hacia por la mañana, al rayar el dia, y por la tarde al ponerse el sol. Los sacerdotes de servicio se reunian, antes de la hora, en el Templo, revestidos con sus ornamentos y llevando los instrumentos sagrados necesarios para su servicio especial. Para comenzar, esperaban la señal del *Mygrehphah*, instrumento de cobre, cuyo fuerte sonido resonaba en toda la ciudad de Jerusalem. En este momento levantaban las puntas de la cortina cuatro levitas por cada lado, y entraba el sacerdote encargado de la oblacion del incienso, acompañado de otros dos, llevando el uno un vaso lleno de perfumes, y el otro una estufilla con ascuas; el sacerdote primero llevaba en la mano una bandeja de plata. En seguida entraban los sacerdotes encargados de cuidar de las lámparas, los que debian renovar los Panes de la Proposicion, si era el dia señalado; los que debian purificar la rejilla del Altar de los Perfumes y quitar las cenizas y los carbones de la estufa, retirándose cada uno no bien habia terminado su oficio. Cuando estaba todo preparado, recibia el sacerdote turiferario en su bandeja las ascuas,

¹ Exodod. XXX.—² Cornel. a Lapid. in *Luc. Comment.*, cap. I, vers. 9, edit Vives, tom. XVI, pág. 9.

las cuales colocaba en la rejilla del Altar, despues tomaba los perfumes que le cabian en la mano para echarlos en el fuego. Entonces le dejaban todos: tambien él retrocedia algunos pasos y permanecia en adoracion mientras subia hácia el cielo la nube de humo odorífero, permaneciendo así algunos momentos solo, ante Dios. Entre tanto, las personas que tenian que ofrecer oblaciones por el pecado, hallábanse reunidas por la mañana delante de la puerta de Niccanor, donde las colocaban los sacerdotes por orden y por series; los levitas, llamados igualmente por el sonido del *Migrephah*, se colocaban en sus atriles, y cantaban los salmos del nacimiento ó declive del día; los hijos de Israel que habian acudido á la oracion, esperaban el instante en que salia del Templo el sacerdote encargado de la adustion del incienso para recibir su bendicion. Generalmente se llenaban los pórticos exteriores por la multitud piadosa, y cuando aparecia el sacerdote en el umbral del Templo, se prosternaban todos, y juntando éste los dedos de la mano de modo que formaran el número tres ¹, estendia la derecha hácia el pueblo, y pronunciaba en alta voz la fórmula legal ²: «¡Bendigaos y guárdeos el Señor! ¡Incline Jehovah sobre vosotros una mirada favorable, y otórgueos misericordia; vuelva hácia vosotros una mirada propicia, y concédaos la paz ³!»

5. Cótéjese el texto evangélico con estas indicaciones múltiples, auténticas y precisas como todas las tradiciones sacerdotales del Judaismo, y no se encontrará una sola discordancia. Zacarías habia sido el designado por la suerte para ofrecer el incienso en el Altar de los Perfumes; y en efecto, la suerte era la que distribuia cada dia las funciones sacerdotales entre los miembros de la evemeria sagrada. Zacarías era un anciano, encorvado al peso de los años. Si solo hubiera sido un simple levita, le hubiese alejado su vejez del servicio de los altares; pero no llegaba á los sacerdotes el límite de la edad. Cuando penetró Zacarías en el Templo para ejercer sus santas funciones, se halla orando el pueblo en los pórticos exteriores; esta circunstancia indicada sencillamente por el Evangelista, supone todo un orden de costumbres nacionales, cuyo estudio nos

¹ Drach., *Armonía entre la Iglesia y la Sinagoga*, tom. I, pág. 379.—² Num., cap. VI, 24.

³ *Talmud Hierosol. Zoma*, fól. 22, 1, fól. 25, 1, y la glosa; *Perek.*, 3; *Thamid.*, capitulo III, per. 5; cap. VI y la glosa; cap. V, hal. 4, 5, 6; cap. VI, hal. 1, 2, 3; *Taanith*, fól. 69, 1.

da la clave de las prescripciones rituales. Zacarías está solo en el Altar de los Perfumes en el momento en que se le aparece el ángel Gabriel. Sabia, pues, perfectamente el historiador que los demás sacerdotes debían retirarse en el instante en que principiara la oblation de los perfumes en el Altar. No ignoraba el poco tiempo que se necesita para quemarse en el fuego un puñado de incienso. El hábito de asistir dos veces cada día á esta santa ceremonia debió familiarizar á los Judíos con el intervalo que estrictamente necesitaba. Por esto se admira la muchedumbre de la tardanza de Zacarías; pero cualquiera que sea el intervalo de esta dilacion escepcional, nadie deja el Templo. Espérase la bendicion del sacerdote que va á salir del santuario del Eterno. Aparece por fin Zacarías, y advierte la muchedumbre que está mudo. ¿En qué señal lo hubiera reconocido si no hubiese sido un indicio irrecusable el rito sacramental de la bendicion? Hallándose mudo el sacerdote, se ve obligado á hacer solamente por gestos esta bendicion sin poder articular las palabras: *Et ipse erat innuens illis*. Hé aquí una parte de las maravillas de autenticidad que se ocultan bajo el simple contesto del Evangelio. ¿Y pretendéis hacer el honor de que las conociera la impostura retrospectiva de un escritor que no hubiera visto ni el Templo, ni Jerusalem, ni las ceremonias del culto judaico? ¿Verdaderamente, son estos para un ignorante legendario, milagros de ciencia, que esceden á los prodigios de incredulidad del racionalismo!

§ II. LA ANUNCIACION.

6. «Seis meses despues de estos sucesos, envió Dios al ángel Gabriel á una ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una Virgen desposada con cierto varon de la casa de David, llamado Josef; y la Virgen se llamaba María. Y habiendo entrado el Angel donde ella estaba, le dijo: Dios te salve; llena cres de gracia; el Señor es contigo, bendita tú cres entre todas las mujeres. Al oir estas palabras la Virgen se turbó, y púsose á considerar qué significaria esta salutacion. Y el Angel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Sábete que concebirás en tu seno y parirás un hijo á quien pondrás por nombre Jesus. Este será grande, y será llamado hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará eternamente en la casa de Jacob; y su reino

no tendrá fin. Pero María dijo al Angel. ¿Cómo ha de ser eso? porque yo no conozco varon ¹. Y el Angel le respondió: El Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá (ó fecundará) con su sombra, y así lo santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios. Y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y la que se llamaba estéril, está ahora en el sexto mes. Porque nada hay imposible para Dios. Entonces dijo María: Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el Angel desapareció ².

7. La magestad del consejo divino en que se resolvió la Encarnación en los esplendores de la eternidad, requería, como un corolario conmovedor, el consejo virginal celebrado en la tierra en el corazón de María con un Angel por confidente. Y en efecto, es imposible desconocer que el *Ave María* de Gabriel se dirige á una soberana. Jamás se recibió con formas de igual respeto, en las manifestaciones angélicas del Antiguo Testamento, el lenguaje de los enviados celestiales. Aquí se inclina primeramente el Angel ante la Virgen de Nazareth, y la «saluda:» «Dios te salve.» En otras partes los mensajeros del Altísimo llevan la gracia á los mortales: aquí encuentra Gabriel la gracia divina en su plenitud; y así como se había prosternado en los cielos, ante la magestad del Omnipotente, que le daba su misión, se inclina en Nazareth ante una Virgen que ha llegado á ser el Tabernáculo donde reside Dios. «Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo.» ¿Podrá espresar nunca palabra humana este inefable misterio? Al descender el Angel de las esferas eternas, ha dejado el trono divino en la gloria; y encuentra en Nazareth el trono divino en la humilde virginidad. Jehovah en el cielo: el Señor en María; tales son los dos términos que reúne la misión del augusto embajador. Saluda, pues, á la «mujer bendita entre todas las mujeres;» salutación que después del *Ave María* de los coros angélicos, dirigida á la reina de los ángeles, es la salutación del género humano; la aclamación de los justos, de los patriarcas, de los profetas, que resume todas las esperanzas del mundo y las concentra en derredor de la «mujer bendita» que debe borrar la maldición de la mujer primera. ¿Cuarenta siglos de espectación, de vo-

¹ Esto es, porque por el voto de virginidad que hice, no conozco ni conoceré nunca varon: San Agust., lib. de Virg. c. 4; Petile: *Los Santos Evangelios*. —(V del T)

² Lucas, I, 26-38.

tos, de oraciones y de lágrimas; los ángeles y los hombres prosternados, con Gabriel ante la Virgen de Nazareth, atraen suficiente grandeza, gloria y magestad sobre la frente de la hija de David? No. La misma Trinidad divina trasmite á María una salutacion mas elevada que todo lo que se puede imaginar nunca. El Altísimo quiere descender á María: el Espíritu Santo quiere cubrirla con su sombra: el Hijo de Dios quiere nacer de ella y llamarla madre suya. El Angel espone á la Virgen la resolucion del consejo eterno, y aguarda, como si sometiera al consejo de María el voto de la Santísima Trinidad. Recogida en el silencio de su humildad, en el ardor de su adhesion, en la contemplacion de un amor divino que quiere asociarse su amor virginal, para salvar al mundo, guarda silencio María; el Angel espera, hasta que al fin sale de sus labios una palabra de asentimiento: «Hé aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.» El consejo virginal ha ratificado los decretos del consejo eterno: desaparece el Angel para llevar al Trono divino esta palabra que conmueve los cielos, salva la tierra, y arranca el cetro de las almas á las potestades infernales. Abismado el hombre en la contemplacion de estas maravillas, cae arrodillado, y llora y suplica, y adora la misericordia eterna que ha creado prodigios de salvacion para colmar el abismo de nuestras miserias. ¡No se me recuerde el nombre de estos desgraciados que han tenido la audacia de ultrajar el nombre virginal, en que fueron rehabilitadas sus madres, sus esposas y sus hermanas! ¡No quiero saber que han pretendido arrancar del Evangelio y atribuir á la impostura de un falsario, esta página divina, el verdadero decreto de la salvacion del género humano! Las bendiciones del universo prosternado hace dos mil años á los pies de la Virgen de Nazareth, de la reina de los ángeles, de la Madre de Dios, convertida en Madre de los hombres; los milagros de gracia, de consuelo, de esperanza y de salvacion, deramados á manos llenas por la poderosa intercesion de María; el rayo de su esplendor virginal, difundido, desde este momento, sobre la frente de todas las hijas de Eva, y haciendo brotar en la tierra maravillas de santidad, de caridad y gracia; tales son las voces, tal el séquito que queremos oir y evocar en torno de la soledad de Nazareth, donde dejó el Angel á María!

§ III. LA VÍRGEN INMACULADA.

8. La humanidad repetirá hasta el fin de los siglos el *Ave María* de Gabriel, y á medida que lo medite mas, encontrará nuevos encantos. ¿Cómo pueden, pues, privarse cristianos, por otra parte habituados á llamar al Evangelio la Palabra inefable de Dios, de la dicha de repetir en honor de María, la salutacion que se le dirigió hace mil ochocientos años por el celestial mensajero? El protestantismo nos trata en esto de idólatras; pero la Iglesia católica no adora á María, sino que la invoca como madre de Dios; la honra, como criatura llena de gracias, bendita entre todas las mujeres, de la que nació el Hijo del Altísimo. Si esto es una idolatría, la hemos aprendido del mismo ángel Gabriel, y la leemos en la página primera del Evangelio. Hay en el sistemático silencio protestante respecto de la Virgen de Nazareth, un carácter limitado y nebuloso que espanta la fe y desconcierta la razon. No puede negarse que en la inmensa trasformacion social verificada directamente por la luz evangélica, es uno de los hechos mas patentes y mas notables el de la rehabilitacion de la mujer. Es imposible desconocer este hecho á no suprimir la historia. Pues bien, este grande hecho es ininteligible sin la accion y la influencia del culto de María. En la cadena de los acontecimientos que constituyen la historia, todo está ligado con nudos indisolubles. No es un fenómeno insignificante, arbitrario ó irreflexivo el abatimiento de la mujer en las sociedades antiguas, y en todas las naciones estrañas actualmente á la revelacion del Verbo encarnado; sino que al contrario, es un hecho constante, uniforme, regulado positivamente por los legisladores, y cuya razon de ser, gravada profundamente en la conciencia del género humano, se remonta á una condenacion divina. Si se prescinde de la sentencia lanzada contra la mujer culpable en el umbral del Eden, no hay explicacion posible para este estraño hecho. El sensualismo del mundo pagano, lejos de obrar en favor de la mujer, agrava su oprobio. Búsquese una razon filosófica de esta inferioridad persistente, durante los cuatro mil años que preceden á María: explíquese por qué adoraba el politeismo á Vénus en los templos, y por qué tenia á la mujer, á la esposa, á la madre de familia, por cosa mas vil que la esclava. Y no obstante, esperaba el mundo una Virgen que abriera á

la tierra las puertas cerradas del cielo. Paralelo á este sistema de abatimiento inexorable, proseguido sin tregua durante cuarenta siglos por una mitad del género humano contra la otra; al lado de estos santuarios impuros donde se adoraba realmente á sí misma la depravacion del hombre, y se pretendia elevar hasta el cielo el oprobio de la mujer; en sentido inverso de esta corriente de brutalismo sin freno y de ignominiosas apoteosis, se desarrolló en todos los pueblos, y se mantuvo en toda la serie de los tiempos, una tradicion de salvacion por la mujer. El pueblo romano esperaba á la Virgen que volveria á traer las llaves de la edad de oro. La misma esperanza ofrecen las teofanías indias. Los libros sagrados de los Bramas declaran que cuando se digna visitar un Dios al mundo, se encarna misteriosamente en el seno de una Virgen ¹. La China tiene su flor de virginidad: *Lien-Hua* ², semejante al Lotus egipcio que hace, al sople de Dios, á Isis fecunda ³. Los Druidas esperan á la Virgen Madre ⁴. Todos estos resplandores diseminados de una creencia primitiva que se remonta al Eden, se concentran en la revelacion judia, alrededor del Lis de Israel, del Vástago de Jessé, que producirá la flor celestial. Una mujer «quebrantará la cabeza de la serpiente. Una Virgen concebirá y parirá un hijo, que será Dios con nosotros.»

9. ¿Con qué derecho se atreven, al presente, á trastornar la historia del mundo antiguo, á hollar la evidencia de los hechos contemporáneos y á negar la conformidad de las tradiciones universales con la enseñanza evangélica, respecto de la influencia de una Virgen Madre? Solo es aquí nuevo, insólito y verdaderamente inadmisibile la pretension de trastornar todo lo pasado, de convertir lo presente en un enigma inesplicable, y de sustituir un contra-sentido á la clara y radiante manifestacion de los siglos. La Virgen Madre es hon-

¹ *Suplem. á las obras de sir Williams Jones*, en 4.º, tom. II, pág. 518.

² Un día, la diosa Sching-Mu, esta *Santa madre*, comió la flor de la planta *Lien-Hua*, en la orilla de una fuente, y parió, siendo virgen, un niño divino. (Barrow, *Tra-el in China*, pág. 473).

³ Plutarch. *De Isid. et Osidire*, pág. 62, edit. Paris, in folio, 1624.

⁴ *Hin Druidæ statuam in intimis penetralibus crexerunt, Isidi seu Virgini hanc dedicantes, ex qua filius ille proditurus erat.* (Elias Schedius, *De Diis germanis*, cap. XII, pág. 346). Esta frase escrita hace doscientos años por un sabio de la Germania, ha tenido una maravillosa confirmacion en la famosa inscripcion hallada en 1833, en el solar de un templo pagano en Chalons-sur-Marne: *Virgini paritura Druides*. (Véase *Anal. de p'il. chret.*, tom. VII, pág. 328).

rada con un culto de esperanza durante los cuatro mil años que precedieron á su venida; y ¿quereis que permanezca olvidada, sin honor y sin culto por las generaciones que le deben su salvacion, la Virgen de Nazareth, cuyo nombre es María, y cuyo Hijo, Jesucristo, redimio al mundo? Esto no es ni puede ser así. Ella misma, la humilde esclava del Señor, ha declarado, segun veremos en breve, que todas las naciones la proclamarian bienaventurada. Interróguense á sí mismos nuestros hermanos extraviados en las heladas regiones del protestantismo, exentos de todo espíritu de partido, de toda idea preconcebida. Pregúntense lo que se hace entre ellos para realzar la gloria de la Virgen bendita. ¿Dónde están los testimonios de veneracion, de respeto, de reconocimiento, que tributan á su memoria? Si ignorase el universo entero el nombre de María ¿seria el protestantismo quien disiparia este olvido, honraria este nombre y le colocaria en todos los labios como sinónimo de felicidad? No obstante el: *Beatam me dicent omnes generationes*, es realmente una de las palabras evangélicas que lee el protestantismo con nosotros en el texto sagrado. ¿Por qué permanece esta palabra infecunda y sin aplicacion activa en el seno de la pretendida Reforma?

10. La verdad está exenta de estas contradicciones, incoherencias y antipatías sistemáticas. La Iglesia Católica, aquí, como siempre, guarda inviolablemente el depósito de la Palabra divina, y le conserva una fecundidad inmortal. La Virgen Inmaculada tiene altares en todos los puntos del mundo; no hay punto alguno en el espacio y en el tiempo, donde no se verifique al pie de la letra el oráculo virginal: *Beatam me dicent omnes generationes*. Además de la narracion evangélica, ya tan esplicita respecto de las magnificencias de María, ha conservado la Iglesia pormenores tradicionales sobre su historia. ¿Y cómo podia ser de otro modo? Los Apóstoles conocieron personalmente á María; algunos eran parientes suyos; todos eran sus compatriotas. Cuando el Espíritu Santo descendió en el Cenáculo en forma de lenguas de fuego, se hallaba María con los doce Apóstoles, perseverando como ellos en la oracion y la fraccion del pan. Juan, el discípulo amadísimo, habia recibido al pie de la cruz el divino legado de Jesucristo, que le confiaba á su Madre. Estos hechos son constantes y auténticos, puesto que se hallan consignados en el Evangelio. ¿Puede imaginarse, pues, que los parientes de María, los Apóstoles, todos los cuales sufrieron la persecucion ó

la muerte por el nombre de Jesus, ignorarán el origen y la historia de su madre? ¡Los cortesanos de Alejandro supieron la historia de Olimpias, y habrían desdeñado aprender los Apóstoles de Jesucristo la de María! ¡Habían de haber vivido con ella y como bajo su maternal direccion, despues de la Ascension gloriosa de su Maestro, sin haber recogido ningun relato de sus labios, sin haberla interrogado sobre un pasado que les era mas querido que su propia vida! La sola enunciacion de proposicion semejante, demuestra indudablemente su falsedad. La Iglesia Católica, heredera de los Apóstoles, recibió, pues, de ellos un conjunto de tradiciones concernientes á la Virgen Inmaculada.

11. No ignoramos que el solo nombre de tradicion, espanta al protestantismo; sin embargo, mas adelante se verá que la Iglesia ha sido fundada, no sobre una palabra escrita, sino sobre una doctrina trasmitida por la predicacion oral; de suerte que no son los cristianos, como los judíos, los hijos de un libro, sino los hijos de una palabra, los hijos del Verbo siempre vivo. Esta distincion capital que formulaba San Pablo con tanta precision, inspiró mas adelante á San Agustin el célebre dicho: «Yo no creeria en el Evangelio, si no determinara mi fe la autoridad de la Iglesia.» Bástenos por ahora haber sentado el principio, dejando para otra parte su desarrollo y sus pruebas. La Iglesia Católica sabe el nombre de los padres de la Virgen de Nazareth. María tuvo por padre á Joaquin¹, de la antigua raza de los reyes de Judá. Su madre, Ana, descendía de Aaron; y por este lado era la Santísima Virgen parienta de

¹ Joaquin es exactamente el mismo nombre que el de Heli ó Heliachim, mencionado en la genealogía de San Lucas (cap. III, 23). Como esta trasformacion, propia esclusivamente del genio hebráico, es muy estraña á nuestros usos y á nuestro lenguaje, se nos dispensará que espongamos sobre ella algunos pormenores. El Antiguo Testamento nos presenta dos ejemplos característicos de la identidad de los dos nombres; Joakim, hijo de Josias, es llamado Eliakim en el *Libro IV de los Reyes* (cap. XXIII, 34), y en el *Libro II de los Paralipomenos* (cap. XXXVI, 4). El gran sacerdote que gobernó la Judea durante el cautiverio de Manases, se llama Eliakim en el cap. IV de *Judit* (versículos 5, 7 y 11) y Joakim, en el XV, (vers. 9). Hé aquí el motivo de esta sustitucion de forma en este nombre. En hebreo la palabra *Joakim* se pronunciaba *Jehovakim*; pues bien, Jehovah es el nombre santísimo, el temible tetragramaton del nombre divino. Los judíos no lo articulan nunca en la lectura, sino que lo sustituyen con el nombre *Adonai* ó su equivalente: *El*; fórmula que prevaleció como sinónimo, en la palabra *Eliakim*. Fácilmente se comprenderá, pues, por qué se ha conservado el nombre de Joakim en la tradicion de los cristianos, que no tenían en modo alguno pronunciar el tetragramaton sagrado, mientras que halló solo lugar la variante de Eliakim en las escrituras judaicas.

Isabel. La antigüedad cristiana ha conservado estos nombres, inscritos, no por oscuros legendarios ó por escritores apócrifos, sino por la pluma de los doctores y de los Padres de la Iglesia. San Epifanio (310-403) en su obra inmortal: *Adversus hæreses*, se espresa de esta suerte: «María tuvo por madre á Ana y por padre á Joaquin. Era parienta de Isabel, y descendia de la familia y de la casa de David ¹.» En estas palabras del ilustre obispo de Salamina, se encuentra la tradicion del mundo católico, tal como nos la transmitieron los Apóstoles. Hoy repetimos nosotros lo que escribia San Epifanio en el año 350; sabemos de la familia de María lo que sabia él mismo, y lo creemos como él ².

12. En la época en que vivian los piadosos padres de María de Nazareth, proseguia Herodes la construccion de los suntuosos edificios que queria agregar al templo de Jerusalem. ¿Quién le hubiera dicho entonces, que se preparaba el Señor en una humilde ciudad de su reino, un templo mas augusto que el de Zorobabel; mas puro que el Tabernáculo de Aaron; mas santo que el Arca de Moisés! Hoy contempla el mundo entero lo que no supo jamás Herodes, puesto que ha sido proclamada en nuestros dias de lo alto de la cátedra augusta, en que no cesa el Verbo siempre vivo de enseñar á su Iglesia, por boca del Sucesor de San Pedro, la Inmaculada Concepcion de María, atestiguada por todas las edades, y saludada por todos los doctores y por los Santos Padres. Escuchemos esta palabra sagrada que ha hecho estremecerse al mundo con una alegría desconocida, y que descendió sobre nuestras almas como el eco prolongado de la salutation angélica de Nazareth: «El Dios inefable, cuyas vias son misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotencia, cuya sabiduría llega de un extremo á otro con fuerza y lo dispone todo suavemente, habia previsto desde toda la eternidad, la ruina lamentable del género humano, consecuencia de la trasgresion de Adán. Por un misterio oculto en la profundidades de los siglos, decretó consumir la Encarnacion del Verbo, obra primera de su bondad, de una manera mas maravillosa todavía. Eligió y preparó desde el principio, antes de los siglos, una Madre, cuyo Hijo único debia nacer en la dichosa plenitud de los tiempos, y la amó sobre todas las criaturas,

¹ Epiph. *Advers. hæres*, lib. III, hæres. LXXVIII; *Patrol. græc.*, tom. XLII, col. 727.

² La Iglesia celebra la festividad de San Joaquin el 20 de marzo, y la de Santa Ana el 26 de julio. (Véase Bolland., t. 3, Mart., y t. VI, Julii).

hasta el punto de poner únicamente en ella todas sus complacencias ¹. Esta Madre reunió en sí una plenitud de santidad y de inocencia, tal, cual no puede imaginarse mayor despues de Dios, y cuya magnitud Dios solo puede medir ². Asi como Cristo, mediador entre Dios y los hombres, destruyó, al revestirse con la naturaleza humana, el decreto de nuestra condenacion, y lo fijó vencedor en su cruz, asi la Santísima Virgen, unida á Jesucristo con el lazo mas estrecho y mas indisoluble, entrando con él y por él en el eterno combate contra la antigua serpiente, ha triunfado sin reserva, quebrantando con su pie sin mancha, la cabeza del enemigo ³. ¡Triunfo magnífico y singular de la Virgen: inocencia incomparable, pureza, santidad, integridad sin mancha, efusion inefable de gracias, de virtudes y de privilegios divinos que proclamaron los Santos Padres, los cuales vieron su figura en el arca de Noé, que hizo sobrenadar la mano de Dios en el naufragio del género humano! Para ellos era la Escala de Jacob, que unia la tierra con el cielo, por cuyas gradas subian y bajaban los ángeles de Dios, y en cuya cima descansaba Jehovah: era la Zarza ardiendo que vió Moisés rodeada de llamas, sin que tocara el fuego su verde follaje; la Torre inespugnable, de donde penden los mil escudos, armadura de los fuertes y terror del enemigo; el Jardin cerrado, cuya entrada no manchará nadie, y á cuya puerta son impotentes el fraude y la asechanza; la Ciudad de Dios, centelleante de resplandores, cuyos cimientos se hallan colocados en las montañas santas; el Templo augusto de Jeru-

¹ *Ineffabilis Deus, cujus viæ misericordia et veritas, cujus voluntas, omnipotentia, et cujus sapientia attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter, cum ab omni æternitate præviderit luctuosissimam totius humani generis ruinam ex Adami transgressione derivandam, atque in mysterio à sæculis abscondito primum sui bonitatis opus decreverit per Verbi incarnationem sacramento occultiore complere, ut, contra misericors suum propositum, homo, diaboli iniquitatis versutiæ actus in culpam, non periret; et quod in primo Adam casurum erat, in secundo feliciter erigeretur, ab initio et ante sæcula unigenito Filio suo Matrem ex qua caro factus in beatâ temporum plenitudine nasceretur, elegit adque ordinavit, tantoque præ creaturis universis est prosequutus amore, ut in illâ unâ sibi propensissima voluntate complacuerit.* (Bula de S. S. Pío IX, para la proclamacion del dogma de la Inmaculada Concepcion, de 8 del diciembre de 1854).

² *Ut tota pulchra et perfecta eam innocentiam et sanctitatis plenitudinem præ se ferret, quæ major sub Deo nullatenus intelligitur, et quam præter Deum nemo assequi cogitando potest* (Ibid.)

³ *Quocirca sicut Christus Dei hominumque mediator humana assumptâ naturâ delens quod adversus nos erat chirographum decreti, illud cruci triumphator affixit, sic sanctissima Virgo arcilissimo et indissolubili vinculo cum Eo conjuncta, unâ cum Illo, et per illum sempiternas contra venenosum serpentem inimicitias excreans, ac de ipso plenissime triumphans illius caput immaculato pede contrivit* (Ibid.)

salen, resplandeciente con las divinas claridades, y lleno de la gloria de Jehovah ¹. Al meditar las palabras de Gabriel y el mensaje con que anuncia el Angel á la Virgen la dignidad sublime de Madre de Dios, han proclamado que esta salutacion inaudita, solemne y sin precedentes, reconocia á la Virgen María como la sede de todas las gracias divinas, adornada con todos los dones del Espíritu Santo; como tesoro, en cierto modo infinito, y como abismo inagotable de las grácias celestiales. De manera que sustraída á la maldicion y participando con su Hijo de las bendiciones eternas, pudo recibir de la boca inspirada de Isabel, esta otra salutacion: Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre ². Hé aquí por qué, reivindicando para María la inocencia y la justicia originales, la compararon á Eva en los tiempos en que, Virgen inocente y pura, no habia sucumbido aun á las emboscadas mortales de la falaz serpiente, y aun llegaron á ensalzarla por una admirable antítesis, sobre este tipo primitivo. Porque en realidad, Eva prestó miserablemente el oído á la serpiente, perdió la inocencia original y se hizo la esclava del tentador; mas al contrario, la bienaventurada Virgen, acrecentando sin medida el don original, lejos de abrir el oído á las seducciones de la serpiente, destruyó con la virtud de Dios, su energía y su poder ³. Tal es el sentido de los nombres que dan á María.

¹ *Hum ezimium, singularemque Virginis triumphum, excellentissimamque innocentiam, puritatem, sanctitatem, ejusque ab omni peccati labe integritatem, aque ineffabilem celestium omnium gratiarum, virtutum, ac privilegiorum copiam, et magnitudinem iidem Patres viderunt tum in arché illá Noe, quæ divinitus constituta a communi totius mundi naufragio plane salva et incolumis evasit; tum in scala illá, quæ de terrâ ad cælum usque pertingere vidit Jacob, cujus gradibus Angeli Dei ascendeabant et descendebant, cujusque vertici ipse innitebatur Dominus; tum in rubo illo, quem in loco sancto Moyses undique ardere, ac inter crepitantes ignis flammæ non jam comburi, aut jacturam vel minimam pati, sed pulchre virescere ac florescere conspexit; tum in illâ inexpugnabili turri a facie inimici, ex quâ mille clypei pendent, omnisque armatura fortium; tum in illo orto concluso, qui nescit violari, neque corrumpi ullis insidiarum fraudibus; tum in coruscâ illâ Dei civitate, cujus fundamenta in montibus sanctis; tum in augustissimo illo Dei Templo, quod divinis refulgens splendoribus, plenum est gloriâ Domini (Ibid).*

² *Cum verò ipsi Patres, Ecclesiæque Scriptores animo mentemque reputarent, beatissimam Virginem ab Angelo Gabriel sublimissimam Dei Matris dignitatem ei nuntiantem, ipsius Dei nomine et jussu gratiâ plenam fuisse nuncupatam, docuerunt hæc singulari solemni que salutacione nunquàm aliàs audita ostendi, Deiparum fuisse omnium divinarum gratiarum sedem, omnibusque divini Spiritus charismatibus exornatam, imo eorumdem charismatum infinitum prope thesaurum, abyssumque inexhaustum, adeò ut nunquàm maledicto obnoxia, et unâ cum Filio perpetuæ benedictionis particeps ab Elisabeth divino acta Spirítu audire meruerit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui (Ibid).*

³ *Atque ulterò ad originalem Dei Genitricis innocentiam, justitiamque vindicandam, non*

Llámanla: Azucena entre espinas; Tierra virgen, intacta, sin mancha, siempre bendita, siempre libre del contagio del pecado, de la cual fue formado el nuevo Adán; Paraíso de delicias, plantado por el mismo Dios al abrigo de las asechanzas de la serpiente; siempre inmaculada, inundada de luz, mansion risueña de inocencia y de inmortalidad; Arbol incorruptible, que jamás carcomió el gusano del pecado; Fuente siempre límpida, que selló la virtud del Espíritu Santo; Templo verdaderamente divino; Hija de la vida, única y sola que no fue hija de la muerte; Gérmén de gracia, no de cólera, desarrollado por una maravilla de singular providencia, sobre un tallo ajado y corrompido, y haciendo brotar y abrirse su divina flor, fuera de la ley común ¹. Han dicho también, hablando de la Concepción de la Virgen, que se había detenido la naturaleza trémula, ante esta obra maestra de la gracia ². Según su testimonio, solo tuvo María de común con Adán la naturaleza, mas no la culpa. Era conveniente que el Hijo único, á cuyo Padre cantan en los cielos el trisagio los serafines, tuviera en el mundo una Madre, cuya santidad no hubiese experimentado jamás eclipse ³. Pues bien, por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y por Nuestra propia autoridad. declaramos, pronunciamos y definimos, como revelada por Dios, la doctrina que enseña, que la muy bienaventurada Virgen María fue desde el primer instante de su concepción, por una gracia y un pri-

Eam modò cum Hevò adhuc virgine, adhuc innocente, adhuc incorruptà, et nondùm mortiferis fraudulentissimì serpentis insidiis deceptà sæpissime contulerunt, verùm etiam, mirà quoddam verborum sententiarumque varietate, protulerunt. Ileva enim serpenti misere obsequià et ab originali excidit innocentia, et illius mancipium evasit; sed beatissima Virgo originale donum jugiter augens, quin serpenti aures unquam præbuerit, illius vim potestatemque virtute diviniùs acceptà funditùs laefactavit (Ibid.)

¹ *Quapropter nunquàm cessarunt Deiparam appellare vel lilium inter spinas, vel terram omninò intactam, virgineam, illibatam, inmaculatam, semper benedictam, et ab omni peccati contagione liberam, ex quà nobis formatus est Adam, vel irreprehensibilem, luridissimum, amœnissimumque innocentie, immortalitatis ac deliciarum paradysum a Deo ipso consilium et ab omnibus venenosì serpentis insidiis defensum, vel lignum immarcescibile, quod peccati vermis nunquàm corruperit, vel fontem semper illumem, et Spiritus sancti virtute signatum, vel divinissimum templum, vel immortalitatis thesaurum, vel unam et solam non mortis sed vite filiam, non iræ sed gratie germen, quod semper virens ex corruptà, infectaque radice, singulari Dei providentià præter statas communesque leges effloruerit (Ibid).*

² *Loquentes testati sunt naturam gratiæ cecis ac stetit tremulam, pergere non sustinentem (Ibid.)*

³ *Natura communicavit non culpa; imò prorsus decebat, ut sicut Unigenitus in cælis Patrem habuit quem Seraphim ter sanctum extollunt, ita matrem haberet in terra, que nitore sanctitatis nunquam caruerit (Ibid).*

vilegio singulares del Omnipotente, y en virtud de los méritos de Jesucristo, salvador del género humano, preservada enteramente de la mancha del pecado original. Tal es la doctrina que deben abrazar todos los fieles con una fe firme y constante ¹.

13. Hé aquí esta augusta palabra de Pío IX, que resume la enseñanza de los Padres, la creencia del Oriente y del Occidente, la tradicion de los tiempos, elevándolas á la magestad de un dogma definido y para siempre inmutable. Es el comentario apostólico del *Ave-Maria* de Gabriel. Toda esta doctrina se hallaba en la salutación del Angel: «Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres.» La encarnación del Verbo hizo refluir á su cauce las aguas del río de la corrupción original. La sangre divina que redimió al mundo, volvió á surtir anticipadamente hasta su origen: así la primera creación del Verbo encarnado fue realmente la integridad original de su futura madre. En el mes de Tisri (8 de setiembre de 750 ó 752 antes la E. C.), nació en Nazareth la Virgen Inmaculada. Ana y Joaquín le dieron el nombre de María (*Mirjam*), reina ó estrella de la mar. Este nombre aparece una vez en el Antiguo Testamento, llevado por la hermana de Moisés, al pie del Sinaí, al lado del Arca Santa. En el Nuevo Testamento recuerda el nombre de María el Sinaí virginal que fue el trono de un Dios niño; el Arca de salvación universal, donde se reconciliaron Dios y el hombre. El nombre de María, asociado al de Jesús, divide con él el reino del cielo y de la tierra.

14. La infancia de María se deslizó á la sombra del santuario, entre la multitud de jóvenes vírgenes confiadas á la dirección de la tribu sacerdotal ². Estaba tan arraigada en Oriente, desde el siglo VI, la tradición sobre este hecho histórico, que el mismo Mahoma creyó deber consignarlo en su Koran: «Habla de Mirjam, se lee en él. Refiere de qué modo dejó á sus padres, cómo fué al Orien-

¹ *Quare auctoritate Domini nostri Jesu Christi, beatorum Apostolorum Petri et Pauli, ac Nostræ, declaramus, pronuntiamus et definimus, doctrinam que tenet beatissimam Virginem Mariam in primo instanti sue Conceptionis fuisse singulari omnipotentis Dei grátia et privilegio, intuitu meritorum Christi Jesu Salvatoris humani generis ab omni originalis culpæ labe præservatam, immuncem esse à Deo revelatam, atque idcirco ab omnibus fidelibus firmiter constanterque credendam* (Ibid).

² Gregor. Nyss., *Orat de Natr. Christi*, *Patrol. græc.*, tom. XLVI, col. 1139; German. Constantinop., *De Præsentat. Mariæ*, *Patrol. græc.*, tom. XCVIII, col. 296; Cf. Joann. Damasc., *Homil. I in Dormitionem B. V. Mariæ*, *Patrol., græc.*, tom. XCVI, col. 707.

te del Templo, y se cubrió el semblante con un velo, que la ocultó á sus miradas ¹. ¡Admirable conformidad de testimonios! La aureola con que rodea la fe católica la figura celestial de María, tras-pasa las nubes del mahometismo, prolongándose su radiacion al través de las edades. La Presentacion de la Virgen Inmaculada en el Templo de Jerusalem es un acontecimiento que hace época en los anales del género humano. Desde entonces fue educada María, dicen unánimemente los Doctores y los Padres, por el sacerdote Zacarías su pariente. Desde la época de Moisés ² y en toda la serie de la historia judía ³, rodeaban el santuario de Jehovah piadosas mujeres y jóvenes vírgenes. El templo de Zorobabel tenia, despues de la restauracion de Herodes, un distrito dedicado especialmente para uso de las mujeres, aislado de la clausura, con dos puertas, que daban, la una á la ciudad, y la otra al Templo ⁴. En este asilo de oracion, de recogimiento y de santas labores, se deslizaron á las miradas de los Angeles, los primeros años de la humilde María ⁵. En la época de la mayoría de edad de las mujeres judías, hácia los catorce años, entregó Zacarías la jóven vírgen á sus padres en Nazareth, para que se desposara, segun la ley de los Hebreos. La sucesion temporal era el honor de las mujeres en Israel; todas las bendiciones de la Antigua Alianza se referian á ella; el porvenir del mundo dependia de la perpetuidad de la raza de Abraham, que debia dar á la tierra el gérmen bendito, en el que se salvarian las na-

¹ *Koran.*, cap. XIX, vers. 16. — ² *Exod.*, XXXVIII, 9. — ³ *Judic.*, XI, 39; *I Reg.*, II, 22. — ⁴ *Joseph*, *De Bello jud.*, lib. V, cap. XIV y XVI.

⁵ Nunca princesa ni jóven nacida en los palacios de los mas potentes monarcas, dice M. Augusto Nicolás en su obra titulada: *La Virgen María, segun el Evangelio*, recibió educacion tan superior, ni reportó de ella frutos mas dignos. En efecto, María tuvo por maestro á la Gracia y por preceptor al Verbo; al Verbo que educaba él mismo á su Madre y la formaba para este divino destino. La Gracia es una educacion infusa que no destruye la naturaleza, sino que la eleva y enriquece. ¿Quién no ha visto alguno de estos discípulos de la Gracia, que en las condiciones mas vulgares de la sociedad, ofrecen toda la flor de sentimiento, toda la nobleza de carácter, toda la distincion de conducta y aun de modales que se encuentran apenas en las clases mas elevadas? ¿Pues qué no deberia ser María llena de Gracia desde su concepcion, formada por el feliz matrimonio de todas las virtudes mucho mejor de lo que lo hubiera sido por las Musas; enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo para ser su Templo; dotada de todas las inspiraciones de la Eterna Sabiduría, para ser su Morada; alumbrada en fin con todos los resplandores del cielo por el Padre de las luces para ser su Hija y la Madre de su Hijo? «Así, la jóven María, dice el Angel de la escuela, crecia mas en gracia que en cuerpo, y cuantos momentos se añadian á su vida, otras tantas gracias se le aumentaban.» — (N. del T.)

ciones. María, descendiente de la familia real de David, debía, según la ley mosaica, desposarse con su mas próximo pariente, y el Booz de la nueva Ruth, era un santo anciano, llamado Josef, hijo de Jacob y hermano de Cleophas; descendiente de David, por la línea de Salomon, asi como descendia María del mismo por la antigua línea Belénica de Nathan. Desposóse, pues, María con Josef, según los ritos acostumbrados, en el mes hebráico de Sebeth (25 de enero de 737). En el intervalo que trascurrió entre la ceremonia de los desposorios y la del matrimonio definitivo, se encuentra el glorioso mensaje de Gabriel á la Virgen Inmaculada (25 de marzo). Nazareth, teatro de esta Anunciacion divina, quiere decir en lengua hebráica, *Flor*. Por eso dice San Bernardo: «Jesucristo, la flor de Jessé, quiso brotar de una flor en una flor, en la estacion de las flores ¹.

§ IV. VISITACION. NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA.

15. Despues de esta comunicacion celestial, «se dirigió María con toda diligencia á las montañas de Judea, hácia la ciudad sacerdotal de Hebron. Luego que llegó á la morada de Zacarías, saludó á Isabel. Al sonido de la voz de María, saltó de gozo el infante de Isabel en el seno maternal, é Isabel se sintió llena del Espíritu Santo. Y exclamando en alta voz, dijo á María: Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí esta dicha que la madre de mi Señor se digne visitarme? Porque desde que sonó en mis oidos la voz de tu salutacion, saltó de gozo en mi seno el infante. Bienaventurada eres en haber creído en la promesa divina, porque se cumplirán las palabras que te se han revelado en nombre del Señor.—Y dijo entonces María: Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu rebosa de alegría en Dios, mi Salvador. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; y hé aquí que desde este momento todas las generaciones me proclamarán bienaventurada. Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, y cuyo nombre es santo. Y su misericordia se estiende de generacion en generacion sobre todos los que le temen. Ha desplegado la potestad de su brazo, y su soplo ha deshecho los

¹ Nazareth interpretatur flos; unde dicit Bernardus, quod flos nasci voluit de flore. in flore et floris tempore (Jacob. de Voragine, In Annunciatione).

orgullosos intentos del corazón de los soberbios. Ha derribado del trono á los poderosos y ensalzado á los abatidos. A los hambrientos colmó de bienes, y á los ricos los despidió sin nada. A Israel, su siervo acogió bajo su amparo, acordándose de su misericordia. Así lo había anunciado á nuestros padres, según la promesa que hizo á Abraham y su descendencia por todos los siglos.— Y detúvose María con su prima Isabel, cerca de tres meses, y se volvió después á Nazareth ¹.

16. Se advierte en el Evangelio, con solo leerlo, tal armonía de tono, una sencillez tan notable, al paso que una magestad tan elevada, que no es necesario mas demostracion para producir el convencimiento. Tal es el carácter propio de la palabra de Dios: Llevar en sí la luz, sin necesidad de otra justificacion que ella misma. La evidencia se impone y no se demuestra. Así, por mas que nos diga el racionalismo que el Cántico de María «es uno de esos procedimientos convencionales que forman el carácter esencial de los Evangelios apócrifos ²,» en vano tratará de persuadirnos que tenemos á la vista «una leyenda sin valor, una amplificacion pueril ³.» ¿Es cierto que fue prometido un Dios Salvador del mundo, después del Eden, y predicho por todos los profetas y esperado por toda la serie de las edades en el Antiguo Testamento? No puede negarse, á no destruir la historia. ¿Es cierto que es adorado Jesucristo durante dos mil años, como Salvador, como Hijo de Dios en la eternidad y como Hijo de María en el tiempo? Nadie podría ponerlo en duda, á no negarse á sí mismo. Pues para que se prosternara un solo hombre ante Jesucristo (y se cuentan por millares sus adoradores), ha sido necesario que se hallase rodeada la historia del Señor de señales incontestables de credibilidad. Cuantas mas páginas se arranquen á su divina historia, se imposibilita mas la fe en su divinidad. Entonces escenderia el milagro de haber creído sin pruebas, en proporcion infinita, á la prueba de los milagros que negais. Así, cuando pensais haber dicho la última palabra, atribuyendo el *Magnificat* á un falsario, y creéis haberlo destruido todo, relegando el relato de la Visitacion entre las crédulas invenciones de un apócrifo, no habreis hecho, no obstante, mas que multiplicar rechazándolas, dificultades inesplicables. Supongamos, pues, si

¹ Lucas. I. 39-56.—² *Vida de Jesus*, Introd., pág. XLI.—³ *Id.*, *Ibid.*

quereis, que no haya escrito esta página San Lucas; que sea produccion de una pluma desconocida del siglo II de la Era Cristiana, tendreis sin duda alguna que dar una fecha á la obra, aunque no podais nombrar su autor, segun vuestra hipótesis. Señalemos, pues, el siglo II, pero no descendamos mas que al año 150, porque en aquella época conocia el pagano Celso el Evangelio de San Lucas; lo leia ya tal como lo leemos en el dia, y si hubiera sospechado la impostura de un legendario, no hubiera dejado de notarla. Pues bien, vuestro apócrifo del siglo II pone en boca de María una predicción, clara, neta, positiva. «¡Todas las generaciones, dice la Virgen de Nazareth, me proclamarán bienaventurada!» Para saber si se ha realizado esta profecía os basta hoy abrir los ojos y mirar lo que pasa á vuestro alrededor. El mundo entero resuena con las alabanzas de María, y ¡quereis que un oscuro legendario hubiese adivinado esto, hace diez y ocho siglos, cuando adoraba el mundo la divinidad de un César cualquiera, y quemaba incienso á manos llenas en todos los altares de Vénus! Seria dispensar con sobrada facilidad el don de profecía atribuirlo tan liberalmente á todos los falsarios desconocidos del primer siglo de la Era Cristiana. Si es tan fácil profetizar, ¿por qué no hacen profecías todos nuestros sabios, que no son oscuros apócrifos? Y cuando intentan por casualidad hacer alguna, ¿cómo es que no se verifica nunca? La facultad profética supera todos los esfuerzos de la ciencia, todas las inspiraciones del genio humano: no se equivoca sobre ella el sentido mas vulgar. Hé aquí por qué se ha creído, se cree y se creerá hasta el fin de los tiempos en el Evangelio. Por do quiera se hallan comprobadas las profecías de que está lleno. Su comprobacion se halla de tal suerte al alcance de todas las inteligencias, que para consignar su realizacion basta oirlas enunciar.

17. «Llegado el tiempo de su alumbramiento á Isabel, dió á luz un niño. No bien supieron los vecinos y sus parientes la gran misericordia que el Señor le habia hecho, se congratularon con ella. Y al dia octavo, se reunieron para la ceremonia de la circuncision del niño, y quisieron llamarle Zacarías, que era el nombre de su padre. Pero Isabel se oponia diciendo: No le llameis asi, pues su nombre debe ser Juan. Y ellos la dijeron: Ninguno hay en tu familia que tenga ese nombre. Sin embargo, se dirigieron por señas á Zacarías, padre del niño, invitándole á que diera á conocer cómo queria se le

llamase. Y él pidiendo la tablilla de escribir, escribió: Juan ¹ es su nombre; de lo que quedaron todos admirados. Y en aquel momento, se desató la lengua del sacerdote, y empezó á hablar, bendiciendo á Dios en alta voz. Un temor religioso se apoderó de todos los asistentes. Y en las montañas de Hebron, donde se divulgaron estas maravillas, conservaron sus habitantes su memoria, y se decían unos á otros: ¿Quién será algún día este niño? Porque verdaderamente la mano del Señor esta con él. Y Zacarías, su padre, inspirado por el Espíritu Santo, hizo oír estos proféticos acentos: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en el seno de la familia de su siervo David, según prometió por boca de sus Santos profetas que hubo desde los siglos antiguos, que nos salvaria de nuestros enemigos y de la mano de los que nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres y teniendo presente siempre su santa Alianza; conforme al juramento que hizo á Abraham, nuestro padre, de otorgarnos esta gracia; para que, libertados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con santidad y justicia, ante su acatamiento, todos los días de nuestra vida. ¡Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, á preparar sus caminos, enseñando á su pueblo la ciencia de la salvación, para que obtenga la remisión de sus pecados, por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, con la cual vino á visitarnos ese Sol naciente de lo alto del cielo, iluminando á los pueblos sentados en las tinieblas y á la sombra de la muerte, y dirigiendo nuestros pasos por el camino de la paz!—Tales fueron las palabras de Zacarías. Y el niño crecía y se fortalecía en el Espíritu del Señor y habitó en los desiertos hasta el tiempo de su manifestación pública en Israel ².

18. La aparición de Juan Bautista; su papel histórico de Precursor; la notoriedad que rodeó mas adelante su misión en Judea unen el Evangelio, con un nudo indisoluble, al Antiguo-Testamento. «Hé aquí que yo doy su misión al Ángel que prepara la vía delante de mí, habia dicho Malaquías, el último profeta en el orden cronológico. Aparecerá al punto en su Templo el Dominador á quien buscis; el Enviado del Testamento que imploran vuestros votos.

¹ Voz hebreo-siriaca, que significa *gracioso*, *pío*.—(N. del T.)

² Lucas, I, 57, ad. ultim.

¡Vedle aquí que llega ¹! Tal era la palabra final del ciclo profético. La Judea, trémula de impaciencia y de esperanza, interrogaba todos los horizontes, y se estremecía en la espectacion. ¡Llega el Dominador, el Rey, hijo de David, cuyo trono no tendrá fin; el Deseado de las colinas eternas; el Mesías; el Cristo! ¿Qué voz tendrá la gloria de ser la primera en anunciar su advenimiento al mundo? ¿Quién será el primero que señale su Precursor? Evidentemente, en semejante situacion de los espíritus, en medio de la expectativa de un pueblo entero, debieron grabarse en la memoria con caracteres indelebles, todos los rasgos que podian referirse á la realizacion de las esperanzas unánimes, ávidamente recogidos por la atencion pública. Asi fue á la verdad, segun lo atestigua el Evangelio. Los prodigios verificados en la cuna de Juan Bautista, despertaron la esperanza en todos los corazones. «¿Quién será, se decia, este niño extraordinario?» Semejante lenguaje no ha podido imaginarse despues del suceso. Siéntese vibrar en toda esta narracion la impresion de la época, en su candidez y su profundidad. El historiador no ha perdido el menor detalle y el pretendido legendario es aquí, como en todas partes, de una exactitud desesperadora para el racionalismo. Un apócrifo póstumo no hubiera dejado de colocar la escena de la Circuncision, para dar mas colorido á su relato, en el atrio del Templo. Hubiera designado un sacerdote para realizar la ceremonia. El afortunado Zacarías hubiera sido rodeado de la tribu sacerdotal, que le hubiese felicitado por su curacion súbita, y hubiera oido de sus labios la magnífica prediccion de los destinos de su Hijo. Pero no hay nada de esto en el Evangelista. Sabe que no exigia la Circuncision entre los Judíos, rigurosamente el ministerio sacerdotal, ni aun el levítico. Bastaba una mano profana para imprimir sobre los hijos de Abraham el sello exterior de la alianza divina; por tanto, se circunscribió la solemnidad al hogar doméstico de Hebron. El historiador sabe además, que en semejante caso, se reunian alrededor del recién nacido toda la parentela y toda la vecindad. Un nacimiento en Israel, tenia no solamente el carácter de un regocijo de familia, sino de una bendicion pública. Todo esto resulta como de un modo natural, del texto sagrado, sin gran exámen, sin esfuerzo, sin preparacion. Un hebraizante moderno que quisiera

¹ Malaq., III, 1.

trazar en nuestros días una escena análoga, tendria que leer antes volúmenes enteros, y cuando hubiera terminado sus estudios preliminares, no conseguiria nunca dar á su relato la sencillez de la narracion evangélica. Cada paso que demos en el estudio del libro divino nos ofrecerá pruebas de este género, en las cuales creemos deber insistir, á riesgo de fatigar al lector, para hacérselo percibir mas bien. Pero antes de acabar la demostracion, el texto por sí solo habrá llevado la conviccion á los entendimientos, porque el privilegio de la palabra divina es estar siempre viva, puesto que tiene su accion propia, su eficacia perseverante, que es el Verbo, á quien basta mostrarse para iluminar las conciencias y los corazones.

19. María habia vuelto á Nazareth: el término de los desposorios habia espirado, y aproximábase la época del matrimonio solemne. «Sucedió, pues, que antes de haberse unido á su esposo, concibió por virtud del Espíritu Santo. Y Josef, su marido, siendo justo, y no queriendo delatarla al tribunal de los Sacerdotes, se resolvió á una separacion secreta. Pero mientras pensaba en esto, se le apareció el Angel del Señor en sueños, y le dijo: Josef, hijo de David, no temas retener á María por esposa, porque ha concebido por obra del Espíritu Santo; así, que parirá un hijo á quien pondrás por nombre Jesus (Salvador), porque ha de salvar á su pueblo de sus pecados. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la promesa divina, proclamada por boca del profeta, que dice: Hé aquí que una Virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel, que significa Dios con nosotros¹. Y al despertar Josef del sueño, obedeció la prescripcion del Angel del Señor, y retuvo á María por esposa².» La terrible ansiedad de Josef forma con la tranquilidad de María en esta circunstancia, un contraste de que se apoderaba victoriosamente Orígenes contra las odiosas calumnias de Celso. La ley mosaica era terminante. Al tribunal de los Sacerdotes pertenecia el juicio de la mujer culpable, y no habia lenidad en la sentencia, como nos lo demuestra suficientemente el ejemplo de Susana; así es que esperaba á la desposada convicta de crimen, el suplicio de la lapidacion. Nunca se insistirá demasiado sobre este hecho capital, que forma por sí solo una demostracion completa de la veracidad del Evangelio. Herido Josef en su honor, perseguido por la mas cruel duda,

¹ Isa., VII. 14.—² Math. I, 18-24.

es un testigo, cuya declaracion no puede ser sospechosa por ningun título; su mismo carácter es una nueva garantía mas. Es «justo,» dice el Evangelista; es decir, que une al sentimiento de la rectitud y del honor, una moderacion tierna y compasiva. Ha calculado la trascendencia de una denuncia solemne, ante el tribunal de los Sacerdotes, el Sanhedrin judío. Repugna á su dulce carácter el rigor del castigo legal que seguirá á su queja. Sin embargo, no puede consentir en lo que él cree un deshonor personal. María no será su esposa: la entregará un libelo de separacion ante dos testigos, y la jóven doncella, que ha recibido su juramento de desposada, no tendrá que echarle en cara una muerte infamante. Este libelo de separacion es tambien legal, y asegura á un mismo tiempo, sin comprometer nada, la vida de una mujer y el honor de un esposo. Tal era esta situacion, delicada y peligrosa cual no hubo jamás igual en ninguna historia; sin embargo, María calla, envolviendo el silencio en un velo divino su maternidad virginal. No resuena al oido de Josef voz alguna humana en medio de sus desgarradores pensamientos; y no obstante, Josef llega á ser esposo de María. Jamás han negado los judíos este matrimonio: el mismo Celso y nuestros racionalistas creen en él. Celso reconoce que Josef se habia desposado solemnemente con María. Luego, podemos nosotros decir con Orígenes: Lo que no enseñaron los hombres á Josef, se lo reveló Dios; el secreto que guardó la Virgen Inmaculada con peligro de su misma vida, lo depositó el Angel de la Anunciacion en el seno de Josef. Suprímase el milagro de la revelacion angélica, y se recae en el milagroso consentimiento del «justo Josef», que ahoga súbitamente sus ansiedades, sus sospechas; mas aun, que cierra los ojos á la evidencia, y toma á María por esposa. Hé aquí cómo se libra el contesto del relato Evangélico de los ataques de la incredulidad, desafiando todos los esfuerzos del racionalismo é imprimiendo la fe por su divina sencillez. Las siguientes líneas van á ofrecernos una nueva prueba de esto.

§ V. EL EMPADRONAMIENTO DEL IMPERIO.

20. «En aquellos dias se promulgó un edicto de César Augusto, dice San Lucas, para que fuese empadronado todo el mundo. (Este primer empadronamiento se hizo por Cyrino, gobernador de Si-

ria) ¹. Y todos iban á empadronarse á la ciudad de donde cada uno descendia. Y Josef, que era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en la Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba en cinta ².» Cada palabra del texto Evangélico toca aquí cuestiones capitales. Historia universal, pormenores particulares de la administracion de las provincias; derecho romano, puesto en parangon con el derecho judío; en estas breves líneas, donde no encuentra el lector la menor vacilacion, se hallan resueltos los problemas mas complicados y del orden mas diverso. El Evangelista no hubiera podido pasar tan ligeramente sobre hechos de tal importancia, á no referirse á recuerdos todavía vivos de una generacion contemporánea, y á no hablar de hechos notorios que todos habian visto, oído y experimentado. No afecta sin embargo este carácter intrínseco de autenticidad á nuestros modernos racionalistas. San Lucas, dicen ellos, menciona un empadronamiento universal ordenado por Augusto en la época del nacimiento de Jesucristo; es así que no habla de este empadronamiento ningun historiador moderno; luego ha mentido el Evangelio. Tal es el silogismo de Strauss, adoptado por d'Eichthal, Salvador, etc. Merecen citarse íntegras sus palabras, porque han obtenido en estos últimos tiempos una publicidad mas ruidosa. «Los textos con que se trata de probar, dicen ellos, que debieron estenderse al dominio de los Herodes algunas de las operaciones de estadística y de catastro, mandadas por Augusto, ó no implican lo que se les hace decir, ó son de autores cristianos que han tomado estos datos al Evangelio de Lucas ³.» Hé aquí la objecion; nadie hallará la tesis oscura ó mal deslindadas las posiciones.

21. Hé aquí la respuesta. El historiador, mejor informado sobre el reinado de Augusto de todos los historiadores, es indudablemente el mismo Augusto. Pues bien, hace algunos años se encontró el sumario histórico del reinado de Augusto, escrito de su mano y grabado por orden suya, en el famoso mármol de Ancyra, conocido hoy de toda la Europa sabia. El emperador romano, sin preocuparse de

¹ Ἀπὸ τὴν ἀπογραφὴν πρώτην ἐγένετο ἐπισκοπευόμενος τῆς Συρίας Κυρηναίος. (Luc. cap. II, 2). La construcción elíptica de esta frase se presta á un doble sentido: el de la *Vulgata* que reproducimos, y otro del que nos ocuparemos en breve.

² Lucas, II, 1-3. — ³ *Vida de Jesus*, pág. 20, nota.

lo desagradable que seria un día su testimonio para los literatos del siglo XIX, inscribe sobre sus fastos lapidarios, no ya «algunas operaciones parciales de estadística ó de catastro,» sino tres empadronamientos generales, ejecutados en el Imperio bajo su direccion; el primero en el año 726 de Roma (28 años antes de la E. V.¹), confirmado con el nombre de Augusto y el de Agripa, su colega; el tercero el año 767 de Roma (14 de la E. V.), que lleva los nombres de Augusto y de Tiberio². Es indudable que ni este primero ni este último empadronamiento tienen relacion con el que menciona San Lucas; el uno es 28 años anterior al nacimiento de Jesucristo; el otro es 14 años posterior, por lo menos; el uno llevaba los nombres de Augusto y de Agripa, el otro los de Augusto y de Tiberio, al paso que el edicto citado por San Lucas, no debe llevar mas que un solo nombre, el de César Augusto: *Exiit edictum a Cæsare Augusto*³. Pero hubo un empadronamiento intermedio, que refiere el mármol de Ancyra en estos términos significativos: «Yo he cerrado solo el segundo lustro con el poder consular, bajo el consulado de C. Censorino y de C. Asinio. Durante este lustro se han empadronado por cabezas los ciudadanos romanos, habiendo resultado ascender su número á cuatro millones doscientos treinta mil⁴.» Nos hallamos ahora ante un texto que indudablemente no es de un autor cristiano, «y que no ha podido tomar al Evangelio de Lucas su dato,» por la razon suprema de que Augusto murió cuarenta años antes que San Lucas escribiese su Evangelio. No es posible sospechar connivencia sobre este punto. Ahora bien, el mármol de Ancyra usa exactamente el mismo lenguaje que San Lucas. La concordancia es perfecta. El segundo lustro, es decir, el intervalo trascurrido desde el último empadronamiento, fue cerrado por Augusto, bajo el consulado de C. Censorino y de C. Asinio. Asi lo dice la Inscriptcion lapi-

¹ Esta abreviacion significa: *Era vulgar*: usamos aquí este término en lugar del de *Era cristiana*, porque corresponde mejor al estado verdadero de la cronología relativa al nacimiento de Nuestro Señor. Sabido es, en efecto, que por un error admitido, la era actual principia cuatro años despues de la verdadera época de este nacimiento.

² Columna V, lib. IX; col. III, lib. I del texto griego encontrado por Hamilton Backh. tom. III, pág. 89.

³ Lucas, cap. II, 1.

⁴ (ALTERU) M CONSULARI CUM IMPERIO L'STRUM SOL'US FECI (C) CENSORIN (O ET C). ASINIO COS: QUO LUSTRO CENSA SUNT CIVIUM ROMANORUM (CAPITA) QUADRAGIENS CENTUM MILLIA ET DUCENTA TRINGINTA TRIA MILLIA (II columna, 5, *Cæs August. Index rerum a se gestarum*. Ed. A. W. Zumpt, 1845, pág. 30).

daria. Sabemos que la fecha de este consulado cae en el año 746 de Roma, es decir, precisamente un año antes del nacimiento de Jesucristo. Esta misma circunstancia es decisiva, puesto que nacia Jesucristo en Judea en una provincia distante de Roma, donde no pudo haberse verificado el empadronamiento, sino despues de efectuarse en Italia y en las comarcas mas inmediatamente próximas á la metrópoli. Pero aun hay mas. Por una singular escepcion, el único de los tres empadronamientos universales verificados por Augusto, que quiso consagrar este príncipe con su solo nombre, sin agregarle el de ningun otro colega, es precisamente éste; de manera que al leer en el mármol de Ancyra la espresion imperial: «Yo solo, investido del poder consular, he cerrado este lustro,» es imposible desconocer la rigurosa exactitud de San Lucas, cuando dice mas tarde: «En aquellos dias, salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo.» Estamos, pues, distantes «de algunas operaciones de estadística y de catastro,» mandadas por Augusto y aplicadas erróneamente «á los dominios de los Herodes» bajo la fe de escritores mal comprendidos «ó de autores cristianos que han tomado este dato del Evangelio de Lucas.» La inscripcion de Ancyra tiene la rigidez del mármol, y no se presta en manera alguna á la flexibilidad del lenguaje de los racionalistas: «Todos los ciudadanos romanos han sido empadronados por cabezas,» dice el emperador; esto significa indudablemente, que comparecieron todos y cada uno individualmente ante el delegado imperial. No se trataba, pues, de una simple «operacion de estadística ó de catastro.» Su número se ha elevado, continúa el monumento lapidario, «á cuatro millones doscientos treinta mil.» Y no habiendo noticia de que hubiera nunca mas de cien mil romanos de raza ¹, para que llegara el empadronamiento al número oficial inscrito por Augusto, debió comprender todas las provincias anejas, súbditas ó aliadas del Imperio por do quiera, todos los puntos á que se habia concedido á alguna familia el título de ciudadano romano. Y tal era en particular el estado en que se hallaba la Judea. El padre de Herodes, Antipas el Idumeo recibió como un ilustre favor este título que no habia extendido aun al universo entero la locura de Caracalla.

22. Hubo, pues, en Judca, en el reinado de Augusto, precisa-

¹ Coquille, *Los legistas*, introd. pág. IX.

mente en la fecha fijada por San Lucas, un empadronamiento que no respetó «los dominios de los Herodes.» De él se tenía noticia antes del descubrimiento del mármol de Ancyra, puesto que Suetonio había escrito estas palabras: «Augusto procedió tres veces al empadronamiento del pueblo; la primera y la tercera vez con un colega, y la segunda vez solo ¹.» Tácito alude también á este empadronamiento de un modo manifiesto: «Augusto, dice, dejó al morir una obra póstuma, titulada: *Breviarium Imperii* (Sumario del Imperio), donde se consignaban todos los recursos del Estado, cuántos ciudadanos y aliados había en todas partes bajo las armas; cuantas flotas, reinos y provincias; los foros y tributos; los gastos que había que hacer, y las gratificaciones que conceder; todo escrito de mano del príncipe ².» Después de la muerte de Augusto, decía también Suetonio, «llevaron al Senado las Vestales, con el testamento imperial, á cuyas manos había confiado Augusto, en vida, este depósito precioso, tres paquetes sellados; el uno contenía órdenes relativas á sus funerales; el otro un sumario de los actos de su reinado hecho para grabarse en tablas de bronce, ante su mausoleo» (el Mármol de Ancyra, de que acabamos de hablar, es precisamente, sino su original, al menos una copia auténtica); «finalmente, el tercero era el *Breviarium Imperii*. En él se veía cuántos soldados había por todas partes bajo las armas; cuánto dinero había en el Tesoro, así como en las diversas arcas del fisco, y finalmente, á cuánto ascendían las rentas públicas ³. «Estos textos, á los cuales se agrega el de Dion Casio, que se expresa lo mismo ⁴, no son ciertamente de origen cristiano; «no han tomado sus datos del Evangelio de Lucas.» «Antes implican verdaderamente lo que se les hace decir» porque ¿cómo hubiera podido reunir, en efecto, Augusto, los elementos de un trabajo que comprendía á todos los ciudadanos y aliados, los recursos y los cargos militares, marítimos y rentísticos del Imperio, de las provincias y de los reinos, á no haber tenido previamente en su mano la estadística de un empadronamiento universal? No es necesario ser un grande estadista para comprender la correlación necesaria, rigurosa, absoluta que existe entre estas dos ideas. El *Breviarium Imperii*, redactado por Augusto y citado por Tácito, Suetonio,

¹ Suetonio, Augustus, cap. XXVII.—² Tácito, *Annal.*, lib. I, cap. II.—³ Sueton. August., cap. CI.—⁴ Dion Casio, lib. LVI, cap. XXXIII.

nio y Dion, era un resumen para el uso imperial, del empadronamiento verificado por Augusto. Sin embargo, el racionalismo moderno tiene una simpatía especial «á los dominios de los Herodes» é invoca una escepcion á favor de «estos dominios,» á los cuales, dice, no debieron estenderse las operaciones de estadística y de catastro del primer emperador romano. Pero ¡ah! tanto en derecho como en hecho, es un sueño semejante escepcion. En derecho, porque era hacia cincuenta años el dominio de los Herodes, es decir, la Judea, una provincia romana. Hé aquí en qué términos referia Agripa el Joven á los Judíos esta dura verdad: «No olvideis, les decia, que sois súbditos hereditarios del Imperio, cuya herencia de servidumbre asciende para vosotros á la conquista de Jerusalem por Pompeyo ¹.» Agripa el Joven debia saber el derecho romano bajo el cual vivia. Herodes tenia su trono por la benévola voluntad de Roma, pudiendo hacerle bajar de él una señal de Augusto, asi como le habia hecho subir otra. Sabidas son las circunstancias de la concesion imperial hecha en favor de Herodes despues de la batalla de Accio. Pues bien, nadie da mas de lo que tiene; Roma tenia, pues, la propiedad real de la Judea ², y para que no lo olvidase Herodes, unió Augusto á su título de rey vasallo, el de gobernador romano en Oriente. Herodes no era, pues, mas que un gobernador coronado. En cuanto al hecho: el inviolable «dominio de los Herodes» fue violado en el año 37 de la era de Accio, por la deposicion de Arquelao, hijo de Herodes, que fue desterrado por orden de Augusto á Viena, en las Galias, y diez años antes habia sido violado por el empadronamiento de Augusto, en la época del nacimiento de Jesucristo. Esta vez lo afirma un Judío que no tiene nada que ver con San Lucas. El año penúltimo del reinado de Herodes, «se vió obligado todo el pueblo judío, dice Josefo, á prestar el juramento individual de fidelidad á César, habiendo protestado y negándose á obedecer solamente seis mil Fariseos. Irritado Herodes de su resistencia, los condenó á una multa que pagó por ellos la intrigante Salomé ³.» ¡Este es el modo como respetaba César Augusto «el dominio de los Herodes!» Y para que no haya equi-

¹ Joseph. *De Bello jud.* lib. II, cap. XVI.

² Hé aquí sobre este punto un dicho de Tácito, cuya significacion es decisiva. *Resum ab Antonio Herodi datum Victor Augustus auxil. Post mortem Herodis, nihil expectato Cesare, Simon quidam regium nomen invaserat. Is a Quintilio Varo obtinente, Syriam punitus; et gentem coercitam liberi Herodis tripartito rezere.* (Tácit. *Hist.* lib. V, cap. IX).

³ Josefo, *Antiq. jud.* lib. XVII, cap. III.

vocacion sobre el valor de la palabra «juramento» que emplea Josefo, añadamos, que entre los Romanos precedia siempre al empadronamiento el juramento de fidelidad. Es el término mismo que usa la ley ¹. ¡Explíquese ahora esta pasmosa concordancia! El año en que fueron obligados los Hebreos, segun Josefo, á prestar juramento individual á César Augusto, es exactamente el mismo en que escribe San Lucas: «En aquellos dias salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo ².»

23. Está hecha la prueba: tal vez se nos dispensara que insistamos mas. Sin embargo, ha llegado la hora de difundir obstinadamente la luz á cada uno de los puntos que ha querido oscurecer el sofisma. Se ha oido los testimonios romanos, griego y judío de Augusto, de Tácito, de Suetonio, de Dion Casio, de Josefo, los cuales implican realmente lo que se les hace decir, y que no toman su idea del Evangelio de Lucas; «y no obstante hablan como él. Pero supongamos que no existen; tengámoslos por no aducidos. Quedaria aun una serie de testimonios cuya palabra produciria la conviccion, y de que no se desembarazara el racionalismo, poniéndolos bajo la categoría sospechosa «de autores cristianos.» Cada dia los tribunales aceptan la declaracion de los «cristianos.» ¿Tiene aquí derecho de mostrarse el racionalismo mas severo que los Magistrados? Júzguese por un solo ejemplo. Hacia el año 204 de nuestra era, iba de Cartago á Roma un jurisconsulto famoso, cuyas decisiones figuran en el Digesto juntamente con las de Papiniano, de Trebonio y de Ulpiano. Habia nacido y vivido largo tiempo en el paganismo, pero le hizo cristiano el valor de los mártires cuya muerte intrépida contemplaba diariamente. Su nombre de Tertuliano, ilustre ya en un tiempo en que era la ciencia del derecho el gran camino de los honores, se halló por su misma conversion investido de una notoriedad mayor todavía. Tenia curiosidad de saber el mundo lo que habia podido seducir de la odiada doctrina del Cristo, á un jurisconsulto eminente. En esta situacion particular, podemos estar seguros que Tertuliano fijaria las cuestiones de hecho con la exactitud familiar al foro. Hé aquí, pues, lo que escribia Ter-

¹ *Eorum nomina, prænomena, patres aut patronos, tribus, cognomina et quod annos quisque habet, et rationem pecuniæ ab iis juratis accipito.* (Ap. Zell. *Delict. Inscr. Roman.* página 275. Heidelberg, 1850).

² Lucas, cap. II, 1.

tuliano, en la misma Roma, el año 204: «En los archivos de Roma se conservan los documentos originales del empadronamiento de Augusto, constituyendo un testimonio auténtico su declaracion relativa al nacimiento de Jesucristo ¹.» Asi habla un jurisconsulto romano á toda una sociedad en expectativa y pronta á apoderarse y á abultar la mas ligera inadvertencia en su lenguaje. Asi es como se explica ciento cincuenta años solamente despues de la muerte de Augusto, cuando estaba aun tan reciente en Roma la memoria de este glorioso reinado, como puede estarlo en Francia la de Luis XIV; cuando se trataba de un hecho, tal como un empadronamiento universal, base de todo el impuesto, de todos los contratos de propiedad, de todas las prerogativas hereditarias adherentes al título de ciudadano, de todos los estados de nacimiento, de familia ó de condicion en el Imperio. ¡Es posible imaginar que evoque aquí Tertuliano un «dato» completamente desconocido á los romanos «tomado de San Lucas!» «¡Cuando apela de él el jurisconsulto á los archivos públicos de Roma, á los documentos originales del empadronamiento de Augusto, significa esto para nuestros literatos que no tiene Roma otros archivos ni otros documentos originales que «el Evangelio de Lucas!» Esto es verdaderamente mofarse demasiado de la razon humana en nombre del racionalismo. Aunque no tuviéramos mas que el testimonio de Tertuliano, bastaria para echar por tierra el famoso silogismo de Strauss, aun adicionado con la famosa paráfrasis de sus nuevos discípulos.

24. Pero el racionalismo nos ha preparado una nueva sorpresa. Se acaba de oírle afirmar «que los textos con que se trata de probar que debieron estenderse al dominio de los Herodes algunas operaciones de estadística y de catastro mandadas por Augusto, ó no implican lo que se les hace decir, ó son de autores cristianos que han tomado este dato del Evangelio de Lucas.» Y hé aquí ahora que nos dice en el mismo párrafo, sin transicion alguna, que el empadronamiento de la Judea se verificó en el año 37 de la era de Accio, por Quirinio ², gobernador romano de Syria. ¿Seria posible que ignorase el racionalismo que reinaba aun Augusto en el año 37 de la era

¹ *De censu denique Augusti; quem testem fidelissimum Dominicæ nativitatís Romana archiva custodiunt.* (Tertull. lib. IV, *contra Marcion.*, cap. VII; *Patrol. lat.* tom. II, col. 370).

² Es el mismo á quien San Lucas llama Cyrino y otros Cyrenio siguiendo la pronunciacion griega.—(N. del T.)

de Accio? Hállase, sin embargo, probado que murió el primer emperador romano, mas que septuagenario, en el año 44 de la era de Accio; por consiguiente, se verificaba en nombre de Augusto, el año 37, el empadronamiento de la Judea por Quirinio. Pero oigamos las mismas palabras del crítico, porque es sobrado inverosímil semejante contradicción. «El empadronamiento verificado por Quirinio, dice, al cual refiere la leyenda el viaje á Belén, es posterior por lo menos en diez años al en que habria nacido Jesucristo, segun Lucas y Mateo. Y en efecto, los dos Evangelistas hacen nacer á Jesús bajo el reinado de Herodes (Mat. II, 1, 19, 22; Lucas, I, 5). Y el empadronamiento de Quirinio no se verificó hasta despues de la deposición de Arquelao, es decir, diez años despues de la muerte de Herodes, el año 37 de la era de Accio (Josefo, *Ant.* XVII, XIII, 5; XVIII; I. 4; II, 4). La inscripcion por la que se quiso consignar en otro tiempo que hizo Quirinio dos empadronamientos, se ha reconocido como falsa (V. Orelli, *Inscr. latin.* núm. 623, y el suplemento de Henzen, á este número; Borghesi, *Fastos consulares* (aun inéditos, en el año 742).» Es imposible equivocarse sobre este punto. El crítico dice positivamente que «en el año 37 de la era de Accio, despues de la deposición de Arquelao, se verificó, no una operacion catastral, sino un verdadero empadronamiento de la Judea por Quirinio.» Pues bien, Arquelao fue depuesto por Augusto; Arquelao era hijo de Herodes. «Su «dominio» fue violado por Augusto; Quirinio fue enviado á Judea por Augusto; Augusto sobrevivió siete años al 37 de la era de Accio. ¡Luego el racionalismo moderno, de quien no se sospechará que tome «este dato del Evangelio de Lucas,» y cuya palabra «implica» muy realmente una contradicción, enseña con Tertuliano y San Lucas, que hubo un empadronamiento de la Judea en tiempo de Augusto! ¡Qué importa que no sepan los lectores vulgares qué emperador reinaba en el año 37 de la era de Accio? ¡Qué importa que no sospechen lo que puede haber de comun entre Arquelao y «los Herodes!» Pueden muy bien ignorar el nombre del príncipe que depuso á Arquelao; nadie está obligado á saber, como Josefo, que el gobernador romano Quirinio fue enviado á Judea por Augusto, y como Tácito, que tenia el rango consular, que era amigo del emperador y preceptor de sus nietos. Estos pormenores prueban indudablemente la contradicción del crítico; pero el silencio en que éste los envuelve, atestigua, al mismo

tiempo, la escrupulosa delicadeza con que queria evitar que apareciese esta contradiccion, á los ojos de sus lectores.

25. Es, pues, actualmente imposible poner en duda la realidad de un empadronamiento de la Judea por Augusto, y quedan en toda su integridad las palabras de San Lucas. «En aquellos dias salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo.» El racionalismo acaba de suministrar á este texto evangélico el apoyo tan inesperado de su propio testimonio. El crítico se condena á sí mismo voluntariamente; consiente en decir, con el Evangelio, que se verificó el empadronamiento de Judea por Quirinio, pero solamente diez años despues de la época indicada por San Lucas. Asi pues, se halla reducida la discusion á una diferencia cronológica de diez años, entre la fecha suministrada por el Evangelista y la que señala Josefo, pormenor muy pequeño despues de tan altas pretensiones. Sin embargo, si no fue Quirinio á Judea hasta diez años despues de la muerte de Herodes, es indudable que no presidió Quirinio en tiempo de Herodes el empadronamiento descrito por San Lucas. Ahora bien, es perfectamente cierta la época precisa de la llegada de Quirinio á la Judea. «Despues de la deposicion de Arquelao, dice Josefo, se reunió el dominio de este príncipe á la provincia de Syria. Envióse por César Augusto á Quirinio, cónsul, para hacer el empadronamiento, llevando además la órden de vender en beneficio del tesoro los bienes patrimoniales de Arquelao ¹.» La deposicion de Arquelao, hijo de Herodes, se verificó cerca de diez años despues de la muerte de su padre, ó sea en el año 37 de la era de Accio. Luego el Evangelio de San Lucas equivoca la fecha, cuando coloca la operacion de Quirinio en tiempo de Herodes, y cuando dice: *Hæc descriptio prima facta est a præside Syriae Cyrino* ². Esta vez es decisiva la objeccion. A menos de suponer que hizo Quirinio anteriormente un viaje á la Judea, en tiempo de Herodes, es imposible conciliar el texto de San Lucas con el de Josefo. «Ahora bien, está reconocida como falsa la inscripcion por la cual se pretendia consignar en otro tiempo que Quirinio hizo dos empadronamientos. (V. Orelli, *Inscr. lat.*, número 623, y el suplemento de Henzen á este número. Borghesi, *Fastos consulares* (aun inéditos), en el año 742).» Luego

¹ Joseph. Antiq. Jud., lib. XVIII, cap. I.

² Lucas, *Vulgat.*, cap. II, 2.

se equivocó en la fecha mas que nunca San Lucas cuando dijo: *Hæc descriptio prima facta est a præside Syriæ Cyrino*. Desgraciadamente para el racionalismo, no escribió San Lucas su Evangelio en latín, y mas desgraciadamente aun, ha llegado hasta nosotros el texto griego del Evangelio de San Lucas, texto original que se halla en manos de todos. ¿Cómo, pues, se ha olvidado de consultar el texto griego del Evangelio de San Lucas, el traductor que nos ha dado tan curiosos comentarios sobre los *Logia* de San Mateo? Como quiera que sea, hé aquí cómo traducía el versículo de San Lucas, desde el año 1070, Teofilactes, arzobispo de Bulgaria, que hablaba el griego, que escribía en esta lengua, al reproducir la tradicion anterior de los intérpretes helenistas: «Este empadronamiento precedió ó fue anterior al de Quirinio, gobernador de Syria.»¹ No queda, pues, ya sombra de contradiccion entre el texto original de San Lucas y el testimonio de Josefo, y ha venido á tierra el triunfante silogismo. Pero ¿es tal vez arbitraria la interpretacion de Teofilactes; es tal vez desconocida y sin autoridad en el mundo sabio? No. «Cuanto mas se examina el versículo griego, ya en sí mismo, ya en sus relaciones con lo que le rodea, dice M. Waillon, mas se quiere entenderlo en este sentido. La esplicacion de Teofilactes parece natural en un autor que hablaba el griego, y tiene en él tanto mas valor, cuanto que segun toda apariencia, no creia que fuera el gobierno de Quirinio en Syria, posterior de diez á doce años al edicto imperial, citado por San Lucas².» Despues de este testimonio de la ciencia contemporánea, solo nos resta que decir, que en estos tres últimos siglos, toda la Alemania, desde Keplero³ hasta Michaelis⁴ y Huschke⁵ y toda la Inglaterra, desde Herwaert⁶ hasta Lardner⁷; todos los sabios europeos, desde Casaubon⁸ hasta los Bollandistas⁹, y á los demás autores del *Arte de comprobar las fechas*¹⁰,

¹ Reinold. *Cens., habit. nasc. Christo*, pág. 451.—² M. Vallon, De la creencia que es debida al Evangelio, pág. 311, 312.—³ Keplero, *De anno natali Christi*, pág. 116, 117.—⁴ Michaelis, lib. I, cap. II, n.º 12.—⁵ Huschke, *Ueber den zur Zeit der Geburt Jesu Christi gehaltenen census*, lib. I, cap. I, pág. 90.—⁶ Herwaert, *Nova vera chronologia* (1612), pág. 198 y siguientes.—⁷ Lardner, *Credibility of the Gospel*, tom. II, cap. 1, 3, n.º 6.—⁸ Casaubon, *Exercit. in Baron*; lib. I, cap. XXXII, pág. 144.—⁹ *Acta Sanctorum*; J. Gottfr. Henscher, *Prophyl. ad Act. Sanctor.*, Maii, *Apparat. ad chronol. Pontif.*

¹⁰ *Arte de comprobar las fechas*. Léase en él en la fecha del año 7 de la E. V., á propósito del censo hecho en Judea, despues del destierro de Arquelao: «Este es el empadronamiento de que habla San Lucas (II, 2), y que dijo haberse hecho despues del ordenado por Augusto, en el año del nacimiento de nuestro Salvador.»

han vulgarizado la interpretacion de Teofilactes. De esta suerte se ha puesto en tanta evidencia el pasaje de San Lucas, decia hace cien años el exegeta Leclerc, que es incontestable de hoy en mas su explicacion.»¹ ¿Sabia el crítico todo esto? Dudar de ello seria

¹ Leclerc, *Add. al N. T. d'Hammond*; Luc. II, 2.

Adopta asimismo esta interpretacion el erudito G. Ghiringhello, sacerdote de Turin y profesor de Sagrada Escritura y de lengua hebrea en la Universidad real, en su obra titulada: *Vita di Gesù, Romanzo di Ernesto Renan*, preso ad esame da Giuseppe Ghiringhello. Al calificar Lucas de primero, dice, el censo hecho en tiempo del nacimiento de Cristo, alude manifestamente á otro posterior; asi es que tal advertencia hecha á modo de paréntesis (Cf. Luc., II, 1-3, cum 2 coll.; Ioh., VI, 6; XIV, 22; XI, 51-52; XII, 6; XXI, 23), no puede tener otro objeto que evitar que se confundiera este empadronamiento ó descripcion de las personas y bienes, con el efectuado respecto de los impuestos proporcionales; siendo poco conocido aquel primer censo sino es por haber allanado el camino á este segundo, conocidísimo de todos, y de que se conservó memoria, aun en tiempo del escritor. Las palabras del versículo 2, cap. II de San Lucas, deben traducirse en este sentido: Este censo fue anterior al efectuado por Cyrino, presidente de la Siria: *Questo censo fu anteriore a quello fatto da Cirino, preside della Syria*. Esta interpretacion es enteramente conforme con los datos históricos, con las leyes gramaticales, con lo que requiere el relato, respecto del cual seria supérflua ó ambigua cualquiera otra version, y excluye al mismo tiempo la posibilidad de un anacronismo: proposiciones que apoya este escritor con los siguientes razonamientos que espone por via de notas.

El uso del positivo *πρῶτος*, *primus*, primero, en vez del comparativo *πρῶτερος*, *prior*, anterior, seguido del genitivo de comparacion, es frecuente entre los autores sagrados, y entre los escritores profanos. En cuanto á los primeros, Cf. Ioh., I, 15, 30; XV, 18, cuyo último pasaje confirma el significado de los dos primeros, en donde otros quieren traducir el *πρῶτος*, *prior*, por *præstantior*; pues en él el Precursor quiere tributar á Jesus la preferencia de la anterioridad, esto es, de ser anterior, no obstante haber venido mas tarde y ser mas jóven. En cuanto á los segundos, basta el ejemplo de Eliano (*Hist. anim.*, VIII, 12), «*πρῶτοι μοι πάντα ἀνιχνεύσαντες*, «aquellos que investigaron estas cosas *antes que yo ó primero que yo*,» cuya frase corresponde perfectamente con la voz citada. Pueden verse otros ejemplos en *Henr. Stephan. Thesaurus ling. graecae, ad voc.* Es asimismo frecuente este uso en el caso de comparacion compendiosa, *comparatio compendiosa*, cuando lo que debe compararse no se repite en el otro término de la comparacion, sino que se contrapone directamente al sugeto de que es una pertenencia. Pueden verse ejemplos de ello en el A. y N. T., como *Is.*, LVI, 5; *Dan.*, II, 39; III, *Esd.*; III, 5; *Math.*, V, 20; *Ioh.*, V, 36; XIX, 11; II, *Petr.*, I, 1; *Ioh.*, n. 2; II, *Ioh.*, 4; Apoc. XIII, 11. Asimismo se hallan ejemplos entre los profanos, ya sea griegos, *καὶ οἱ Χαρίτων ἐμοῖς, como semejante á la* (como de la) *Gracia* (Homer., II, XVIII, 5); *πυραμίδα καὶ οὗτος ἀνιχνεύει πολλὸν ἰλασμοῦ τοῦ πατρὸς* «dejó tambien una pirámide mucho menor (á la) del padre» (Herodot., II, 134), bien sea entre los latinos: «Nullo enim modo poterat distingui causa Lepudi ab Antonio.» (Cicero apud Brut., 12); Sernio promptus et Isaeo torrentior «luven., III, 74» Cf. Winer, *Gramm. des N. T. Sprachidioms*, 4 Aufl. § 222-223, 541; Beelen, *Grammatica graecitatis*; N. T. Lovanii, 1857, p. 253; Wilke, N. T. Rhetorik, § 129-130; Hermenentik, II, 145; *Schirwitz Grundsätze der N. T. Graecit.*, Giessen, 1861, § 241; Kuhner, *Anfuhr. Gramm.*, § 749; Mathiae, *Gramm. graeca*, ed. Peyron, § 453, Hermanni *Adnot. ad Vigeri Idiotismo*, pág. 716-717.

Entendiendo la voz *πρῶτη* como significando una anterioridad no comparativa, sino absoluta, esto es, el *primer* censo mandado por Augusto, ya respecto de todo el orbe

desconocer la erudicion de que nos ha dado tantas pruebas. Admitirlo, supondria que tenia la intencion formal de engañar á sus lec-

romano, ya de solo Palestina, se quita toda la importancia á esta declaracion, puesto que le interesa poco al lector saber que fuera aquel censo el primero, no siendo diverso del segundo. Si tomándola en sentido comparativo, se quiere indicar con ella, que fue el primer censo de los dos que se dice verificó Cirino, además de que es todavía problemático que se refiriese al primer censo la cualificacion dada á Cirino de *ἡγεμονιστοῦ τῆς Συρίας* presidente de la Siria, que propiamente le competia cuando se quiere que verificase el segundo, pues aquella calificacion correspondia durante el primero á Sencio Saturnino (por lo que Justino, *Apol.*, I, 34, col. *Dial. cum Thyryph*, 78 dice: el censo hecho bajo Cirino *procuratore iudeorum*, de la Judca), suponiendo que tal título pudiera convenir á un *procurator* (en cuyo sentido lo adopta San Lucas, III, 1), todavía seria dudoso si se debe tomar en su significado propio ó en el impropio, tanto mas cuanto es sabido de todos que Cirino fue el último presidente. Pero esto no es bastante, porque como quieren algunos, se puede llamar presidente á una persona por prolepsis, porque el participio de presente *ἡγεμονιστοῦ* significa *gobernante* y no *gobernador*, *ἡγεμονος*, mas si por prolepsis puede llamarse á alguno rey ó gobernador en tiempos en que no lo era aun, no puede propiamente calificársele de rey ó de *gobernante*. Otros entendiendo la voz *πρωτῶν* en el sentido de *πρωτοῦ*, la ponen en régimen directo del participio *ἡγεμονος*, como quien dice, antes que fuera *presidente*, como si equivaliera á *πρωτευοντ*, ó bien *τοῦ ἡγεμονιστοῦ*. Es digna de saberse la interpretacion que apoyándose en el doble sentido en que suele usarse la voz *απογραφή*, esto es, como *impuesto*, no menos que como simple *registro*, esplica en este último sentido la voz *απογραφισῶναι*, y en el otro la voz *απογραφε*, de donde se deduce esta sentencia, que Augusto mandó se *describiese* las personas y las cosas ó bienes, pero *que esta* (αὐτῇ) descripcion ó bien que la descripcion *misma* (αὐτῇ), esto es, *propiamente dicha*, no llegó á *ser* tal (*γενετο*), no se realizó ó terminó hasta que fue Cirino presidente. Sabido es que muchos consideran el declarar el censo referido por Lucas en su Evangelio como anterior al verificado ó terminado por el presidente Cirino, como un recurso para evadirse de la dificultad que opone aquel texto, mas bien que como una interpretacion natural y espontánea, ó por lo menos la juzgan demasiado nueva respecto de la interpretacion comun y tradicional. Pero además de que lo natural, comun ó espontáneo no es un criterio seguro de recta interpretacion, restaria aun por demostrar, que la interpretacion comun sea verdaderamente *tradicional*, esto es, no haya tenido por único fundamento el significado comun de aquella frase; pues por el contrario Tertuliano, que se muestra tan bien informado de las particularidades de aquel censo hasta apelar á los archivos romanos (*De censu denique Augusti. quem testem fidelissimum Dominiæ nativitatís Romana archivía custodiunt*. Contra Marcion., IV, 7), dice, que se verificó bajo Sencio Saturnino (*Sed et census constat actos sub Augusto, nunc in Iudæa per Sentium Saturninum, apud quos genus eius inquirere poluissent*. Ivi, 19, coll. 36); confirmando así á un mismo tiempo es independientemente de la autoridad de Lucas, y de la esposicion comun, tanto la verdad histórica de aquel censo como la nueva interpretacion. Por lo demás, no será este el primer ejemplo de una alusion histórica, mal aclarada en un principio y que hubiera recibido por medio de recientes descubrimientos y de nuevas objeciones, una dilucidacion inesperada V. Ghiringhella, obra cit., pág. 249-272.

No obstante lo espuesto acerca de la época en que se supone fue gobernador de la Siria Quirinio, observa Riggenbachon sus lecciones citadas sobre la Historia de Jesucristo, que recientemente un escritor versado en el conocimiento de la Historia, ha tratado de probar con sumo ingenio que Quirino fue Gobernador ó Presidente de la Syria en el año mismo de la muerte de Herodes, pero solamente despues de esta muerte (A. W. Zumpt, *Commentationum epigraphicarum*, vol II, Berob. 1934) Pudo, pues, suce-

tores. Todos rechazarán como nosotros esta lamentable alternativa. Por esta vez, y por escepcion á sus procedimientos científicos habituales, ha creído deber preferir el latín de la Vulgata al texto origi-

der que llevara á cabo esta operacion, interrumpida tal vez por la muerte de Herodes.

Acerca de las otras interpretaciones mas importantes del texto griego de San Lucas, creemos oportuno, por via de ilustracion, esponer las siguientes.

Natal Alexandro y Pagi opinan, que dicho texto puede traducirse por este empadronamiento se hizo antes que fuese Gobernador de Siria Cirino : otros opinan que se llama aquí Gobernador de Siria á Quirinio, no porque lo fuese cuando se hizo el empadronamiento, sino porque lo fue mas adelante, y de hecho lo habia sido cuando escribió San Lucas su Evangelio, cuyo texto sobre este punto debe entenderse como si dijera: «Cirino, el mismo que fue despues gobernador de la Siria,» modo de espresarse familiar á los historiadores. Segun esto, dice M. Plantier en su segunda pastoral sobre la obra de M. Renan, deben distinguirse dos empadronamientos, el uno verificado en tiempo de Herodes por Cirino, siendo gobernador de Siria Saturnino, y habiendo sido enviado Quirinio para hacer el empadronamiento de las poblaciones, cuya direccion general tenia Saturnino, segun atestigua Muratori en su obra sobre las *Inscripciones Antiguas*, y este es precisamente el empadronamiento de que habla San Lucas. Este fue el primer empadronamiento que se hizo respecto de la Judea y viviendo aun Herodes, si bien fue el segundo de los tres empadronamientos mandados hacer por Augusto. Despues del empadronamiento de que habla San Lucas, se verificó otro mas adelante, tambien por mandado de Augusto, siendo ya gobernador de la Siria Cirino con Caponio. Este es del que habla Josefo en el lib. 19 de sus *Antigüedades Juddicas*; es el *segundo* supuesto por el *primero* que recuerda el Evangelista; pero es el tercero que mandó hacer Augusto.

El conde de Stolberg cree que las palabras de San Lucas pueden tener este sentido: «Sucedió que salió un edicto de César Augusto para el empadronamiento de los habitantes de la tierra; pero este empadronamiento, en cuanto al pago de los impuestos, se verificó en Judea, siendo Quirino gobernador de Syria.» (V. Pricdeaux. *Sims Chron. Cathol. Hist. univ.*, 9.) Otros esplican estas palabras: *Autē ē apographē protē egeneto egemonontos tes surias kurenioū*; de esta suerte: «Este empadronamiento se hizo antes de ser Quirino gobernador de Syria.» Tenemos en efecto ejemplos de emplearse así la palabra *protos*. *Oti protos mou, en*, «porque fue antes que yo.» (San Juan, I, 15 y 30. V. la Historia de Jesucristo, cap. lib. I, cap. VIII).

Hé aquí la interpretacion que hacen de este pasaje de San Lucas, Scio, Amat y Potite. El primero traduce el versículo 2 del capítulo II de San Lucas, en estos términos: «Este primer empadronamiento fue hecho por Cyrino, gobernador de la Siria,» y consigna en una nota la interpretacion ya espuesta de Teofilactes. Del otro empadronamiento que hizo Cirenio, continúa el padre Scio, se hace mencion en los Hechos de los Apóstoles, v. 37, y fue segun Usenio diez años despues del que se hizo cuando nació Jesucristo, porque cuando éste se hizo era gobernador de la Syria Sencio Saturnino, segun el testimonio de Tertuliano, in *Marc.*, lib. IV, cap. XIX; y de Josefo, *Antiq.*, lib. XVIII, cap. VI. Otros sienten que este encabezamiento se hizo por Quirinio, no siendo gobernador de la Syria, sino acompañando por orden de César al gobernador de aquel tiempo, que era Sencio Saturnino. Ni se opone á esta opinion la voz *ἡγεμονιστος* por cuanto ésta se aplica á cualquier dignidad, particularmente de alguna consideracion. Y así Josepho, hablando de estos tiempos en el libro XVI, *Antiq.*, cap. XVII, llama *ἡγεμωνα* á Volumio, siendo así que era solamente *παις*, esto es, procurador, como el mismo Josefo le llama en el lib. I, de *Bell. Judaic.*, cap. XVII. Otros esplican este lugar de este modo: *Hæc autem descriptio prior erat Quirinio Syria præ-*

nal de San Lueas. Se halla, pues, fuera de causa el Evangelio, encontrándonos tan solo ante la traduccion de San Gerónimo, revestida con la autoridad de la Iglesia, é investida por los racionalistas,

side; esto es, antes que Quirinio fuese gobernador de la Syria. Véase á CALMET.

El padre Petit espone igual version que el padre Scio, y dice en una nota: Calmet, movido de algunas dificultades que nacen de la historia, y medallas romanas, quiere que las palabras del Evangelio: *Hæc descriptio prima facta est a præside Cyrino*, se entiendan en un sentido contrario al que comunmente se les da, cual es éste: *Esta descriptio fue hecha primero que Cyrino fuese gobernador de la Syria*. La razon de esta inteligencia es que Cyrino ó Quirino no era gobernador de la Syria cuando de orden de Augusto se hizo este empadronamiento. Sin embargo, he conservado la letra de la Vulgata, con cuasi todos los demás, porque aunque Cyrino no fuese entonces gobernador, fue comisionado estraordinariamente por Augusto para que juntamente con Sencio Saturnino que lo era, hiciese este empadronamiento; y el mismo Cyrino fue doce años despues electo gobernador de Siria. Asi, las palabras de la Vulgata se deberán leer de esta suerte: *Este primer empadronamiento fue hecho por Cyrino, que fue despues gobernador de la Syria*. (Véase á Duhamel, Natal. Alex.)

El padre Amat traduce el versículo de San Lucas: «Este fue el primer empadronamiento hecho por Cyrino, que despues fue gobernador de la Syria,» y no trae nota alguna.

Nuestro ilustrado escritor el doctor don Francisco Martinez Marina, dice sobre este pasaje de San Lucas, lo siguiente, en su erudita *Historia de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo y de la doctrina y moral cristiana*. «La descriptio ó censo del imperio que mandó hacer Augusto, es un hecho histórico evidente. Augusto mandó hacer un estado de todos los ciudadanos y de sus bienes en todas las provincias del Imperio; obra grandisima, en que puso mano hasta tres veces, mandando practicar esta operacion ó censo, primeramente en el año 39 antes de la era cristiana; segunda vez en el 8.º antes de la misma era, y de esta es de la que habla San Lucas, porque entonces fue cuando la Judea comenzó á experimentar los efectos del decreto imperial; y la tercera en el año 14 de la era cristiana, inmediatamente despues de la deposicion de Arquelaos, rey de Judea. Por estos medios consiguió Augusto vencer las gravísimas dificultades que envuelve una operacion tan complicada, especialmente en un imperio de tan grande estension como el romano, y reunir todas las descripciones de sus provincias, y exacta noticia de todas las cabezas de familia, de sus mujeres ó hijos, de su edad, calidades, profesion, empleos, oficios, industria, bienes muebles é inmuebles, con el fin de que todo esto sirviese de base para una justa y bien combinada contribucion... Los gobernadores romanos fueron los encargados de hacer ejecutar el edicto imperial, cada uno en su distrito, y asegura Tertuliano que este fue el caso en que se halló, con respecto á la Siria, Sexto Saturnino, que era su presidente. Este empezó desde luego por la Fenicia y la Cele-Siria, ricas y populosas comarcas que exigian un largo y minucioso trabajo. Despues de haber cumplido con las órdenes del César en la provincia romana, como tambien en los reinos y tetarquias que de ella dependian, tres años despues de la fecha del decreto, se llegó en fin á Belen, precisamente en la época memorable del nacimiento del Salvador... Conquistada la Siria y reducida á provincia romana por Pompeyo, abrazaba en su vasta estension muchos Estados, reinos y tetarquias, la Siria propiamente dicha, la Cele-Siria, la Fenicia y la Judea, que fueron gobernadas por un prefecto ó presidente nombrado por Augusto. Ademas de la grande estension del país, envolvía su descriptio otras gravísimas dificultades políticas, á causa de los principes que ejercian el imperio en varios Estados, como Herodes en Judea. Augusto para vencerlas, despues de las órdenes comunicadas á los procuradores

en esta circunstancia particular, con un privilegio de autenticidad que aventaja al mismo texto original.

26. ¡No quiera Dios que reclame nunca un escritor católico

ó gobernadores inferiores de los diferentes distritos, nombró un legado ó presidente extraordinario, varon de su confianza, respetable y capaz de llevar á cabo estas operaciones sin comprometer el honor ni ofender los derechos de los respectivos soberanos. Este fue Sulpicio Quirinio, de quien dice el historiador Josefo, que subió por sus relevantes méritos y servicios hasta al honor del consulado, y que fue tambien nombrado por César posteriormente para ejecutar el censo del año 14 de nuestra era, despues de la deposicion de Arquelao... Sencio Saturnino, presidente de Siria, fue quien dió cumplimiento á las órdenes de César en su departamento y en los Estados y tetrarquías subordinadas á su autoridad, y despues, en el tercer año de la data del decreto imperial, pasó á Judea, para ejecutar el censo bajo la direccion del comisionado extraordinario Sulpicio Quirinio ó Cirino... En la narracion del Evangelista San Lucas, es pues preciso distinguir dos hechos igualmente ciertos, pero verificados en diferentes tiempos: el primero es el decreto de Augusto y la estadística practicada en su virtud directamente, ó por el presidente de Siria Saturnino, á quien la atribuye Tertuliano, ó por Cirino á lo menos indirectamente, á consecuencia de su comision extraordinaria para este efecto, circunstancia que no altera lo sustancial de la historia. El segundo hecho fue la contribucion que se debia imponer, y que era el objeto de la descripcion ó censo formado. San Lucas en el verso 1 del capitulo 11, habla del primero de estos hechos, á saber: del decreto imperial y de la ejecucion de las operaciones del censo, lo cual no ofrece duda ni dificultad alguna. Pero en cuanto á las contribuciones impuestas en Judea á consecuencia de aquella descripcion, es otro hecho tambien cierto, pero que no se llevó á efecto hasta la deposicion de Arquelao, cuando la Judea fue reducida á provincia romana. Mientras la Judea fue gobernada por sus reyes, no se hizo novedad en las cargas políticas, y todo seguia su curso ordinario. El imperio exigia, sí, un tributo inmediatamente del príncipe judaico en señal de dependencia; pero el pueblo no pagó contribuciones directas sino á sus reyes hasta la época que dejamos señalada, y esta novedad causó grandes turbaciones públicas, como refiere Josefo, y el mismo San Lucas hace mencion en los Actos de los Apóstoles, cap. V, vers. 37, de las que se suscitaron con motivo del censo llevado entonces á efecto por el presidente de Siria Cirino: y esto es á mi juicio lo que quiere decir el Evangelista en el pasaje citado del Evangelio; que el censo formado en virtud del decreto de César Augusto, ó que esta estadística no tuvo efecto, ni se ejecutó en todas sus partes, sino cuando Cyrino ó Sulpicio Quirino, siendo prefecto ó presidente de Siria, pasó á Judea con el gobernador Coponio, segun refiere muy circunstanciadamente Josefo, á dar cumplimiento á las órdenes del Imperio. El texto del Evangelio es susceptible de esta interpretacion ó comentario, que en mi concepto desvanece todas las dificultades y expresa bellamente las ideas del Evangelista.

El doctor Sepp en su *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, part. 1, cap. IV, espone curiosos y notables pormenores sobre este importante punto, que creemos conveniente insertar para su mayor ilustracion. Despues de haber reunido César todo el mundo á su imperio, dice aquel escritor, mandó poco tiempo antes de su muerte hacer un censo ó empadronamiento de todo el imperio romano, con el objeto de establecer las bases en todas las provincias para una justa y bien combinada contribucion. Este censo se verificó en Oriente por un tal Xenodoro, en el espacio de veinte y un años, cinco meses y ocho dias, habiéndose terminado en el año 731. En Occidente lo efectuó Teodoto, en veinte y nueve años, ocho meses y dos dias, terminándose en el de 739. Policeto lo verificó en los países del Medio dia, en treinta y dos años, un mes y diez

contra una muestra tan manifiesta de confianza en la Vulgata! Asi, pues, leemos con sumo gusto con San Gerónimo: «Verificóse este primer empadronamiento por Cyrino, gobernador de Syria.» No

días, de suerte que en el año 740, poco antes del nacimiento de Jesucristo, se habia terminado el catastro de todo el imperio romano por gran número de geómetras que habian recorrido la tierra, habiendo sido enviado al Senado. Asi lo hallamos anunciado en Frontino (*de Coloniis*, p. 142, 178, 207), que escribia hácia el fin del primer siglo, y en Elio Ister, que nos ha dejado el extracto de un censo del mundo hecho por Julio Honorio, despues, un catálogo y un itinerario de las provincias romanas. Plinio por su parte, testifica lo mismo relativamente á la Italia, testimonio que confirman Casiodoro, Isidoro de Sevilla y Suidas, que habian bebido tambien en las mismas fuentes. Para acabar la obra comenzada por César, faltaba, pues, un empadronamiento general de la poblacion, y para ello, mandó César Augusto por tres veces durante su reinado, verificar un censo, como nos lo dice Suetonio en su Vida, cap. 27.

«El primer empadronamiento se hizo en 726, cuando era cónsul César Octavio por la sexta vez, y Agripa por la segunda, es decir, tres años despues de la batalla de Accio. Todavía no habia nacido Cristo á esta época; y por otra parte este censo fue mas bien parcial que general, y solo tuvo por objeto Roma é Italia, por las cuales debió comenzarse.—El tercero se hizo en el año 767, bajo el consulado de C. Silio Nepos y de L. Minucio Planco, enviando emisarios á diferentes partes del reino; y segun Tácito (*Annal.*, lib. I, cap. 31) se emprendió un año despues en las Galias por Germánico, y por consiguiente, en una época en que habia llegado Jesucristo á la edad de la juventud. La fecha de estos censos, asi como la del segundo, se hallan en las famosas tablas de Aneira, que, segun una mención sumaria del reinado de Augusto, indican el número de los ciudadanos romanos que existian en aquella época.

«Tratábase de restablecer el orden en el Estado, turbado hacia largo tiempo por la guerra civil. Augusto envió por sí, segun el testimonio de Dion Casio, subcensores para auxiliar á los censores en el empadronamiento de la poblacion. Suidas enumera veinte. Despues de este primer empadronamiento, hizo redactar el emperador un escrito titulado: *Rationarium imperii*, que nos da á conocer Suetonio (cap. 25, 101). Este documento y otros semejantes suministrados por el segundo empadronamiento, sirvieron de materiales para una estadística general en cuatro volúmenes, el tercero de los cuales, con el título de *Breviarium totius imperii*, indicaba el número de tropas que existian bajo los estandartes, cuanto dinero habia, ya en el tesoro, ya de los impuestos que quedaban sin pagar. Estos datos nos los suministra Suetonio. Hácese tambien mención de este censo en el libro de que habla Tácito (*Annal.*, I 2) que escribió Augusto de su mano, y que Tiberio, despues de su muerte, hizo leer públicamente en el Senado. Este libro indicaba todos los recursos de la república, los ciudadanos y aliados que habia en ella sobre las armas, las flotas, reinos, provincias é impuestos, etc. El tercer censo, cuyo sumario nos dan las tablas de Aneira, se continuó segun Tácito (*Annal.*, 2, 6), despues de la muerte de Augusto; y se verificaba todavía en las Galias en el año 769, bajo la dirección de Germánico, por P. Vitello y Cantio.

«El segundo empadronamiento fue, pues, emprendido en el año 746, bajo el consulado de Máximo Censorino y de Asinio Galo, debiendo requerir naturalmente muchos años aun. El Evangelio árabe de la Infancia de Jesucristo (§ 2) hace mención de este empadronamiento, colocándole en el año 309 de la era de Alejandro, y por consiguiente, cuatro años antes del principio de la cronología de Dionisio. Iba á principiar la guerra contra los Partos, por lo que Augusto no hizo que se verificara un censo de las riquezas del pais, sino solamente un empadronamiento del pueblo, tal vez para asegurarse de las tropas que podrian suministrarle las provincias aliadas en caso de guerra.

será por ello mas sólida la tésis del racionalismo, puesto que se halla efectivamente comprobado que todos los Judíos debieron en tiempo de Herodes prestar juramento de fidelidad á César Augusto

«Este empadronamiento, el segundo respecto de Roma, pero el primero respecto de la Judea, debe haber tenido lugar cuando Cyrenio ó bien cuando Sencio Saturnino era gobernador de Siria. Pero ¿cómo conciliar estas dos cosas? Tenemos la serie de los presidentes de Siria. M. Ticio siguió á Agrippa, C. Sencio Saturnino siguió á Ticio; despues vino Q. Quintilio Varo, despues Sabino, despues L. Volusio Saturnino, despues finalmente Cyrenio ó Quirinio. Volusio se hallaba aun en posesion de esta dignidad en 757, y por consiguiente siete años despues de la muerte de Herodes, como nos lo indica una moneda del tiempo de su gobierno, que tiene la fecha del año 35, despues de la batalla de Accio. Debemos creer los documentos que nos suministran las Sagradas Escrituras, aun cuando no aparezca su veracidad á la primera ojeada, y en el caso de que se trata, podemos asegurarnos de la exactitud de las noticias que nos dan, á pesar de la oscuridad en que se halla envuelta esta cuestion. El año 742 hallamos en el consulado á Valerio Messala, á Barbato Emiliano y al senador Sulpino Quirinio. Conforme á una ley dada por Pompeyo, y que el emperador Augusto, siguiendo los consejos de Mecenas, se impuso el deber de observar, no podia un magistrado llegar á ser gobernador de una provincia sino cinco años despues de concluir su magistratura. Asi, no volvemos á hallar á nuestro consular Quirinio hasta el año 745, en que se nos aparece repentinamente en Cilicia. Habia sido enviado á Oriente, como legado del emperador, con plenos poderes de éste; y Muratori, en su *Thesaurus inscriptionum* 1, página 670, nos ha conservado una inscripcion en que se menciona el papel que hizo en estas provincias, como superintendente del censo, y que nos da á conocer dos hechos de su gobierno.

1.º *Idem jussu Quirini censum fecit Apamene provincie millium hominum civium CXVII.*

2.º *Idem jussu Quirini adversus Itureos in Libano monte castellum eorum cepit.*

El que se menciona en estas inscripciones, es Q. Emilio P. Palicano Secundus.

«Los plenos poderes y la superintendencia de Quirinio en el empadronamiento de la poblacion se estendian, pues, á la provincia de Siria, donde estaban situados Apamea, el Libano y el Anti-Libano, patria de los Itureos. En esta época Sencio Saturnino era gobernador de Syria, á la cual pertenecia la Judea, segun la division del Imperio romano establecida en esta época. El año 753 acompañaba Quirinio á Cayo César, despues emperador bajo el nombre de Caligula, en la guerra contra Armenia, y le asistia como ministro director. A él fue tambien á quien confió Augusto despues el gobierno de estas provincias, no dejando al jóven César mas que el nombre de gobernador. Con suma frecuencia eran enviados los senadores ó los consulares, en circunstancias difíciles á las provincias con misiones extraordinarias, con plenos poderes civiles y militares, y la historia romana nos ofrece mil ejemplos de ello. Pues bien, esta medida parecia tanto mas necesaria en el caso de que se trata, cuanto que tenia la Palestina su propio rey, sometido al emperador, es cierto, pero que no se hallaba bajo la jurisdiccion del prefecto de Siria. Asi, Volunnio asistió ya antes de Cyrenio á Saturnino, como legado imperial, y Sabino llevó las mismas funciones al lado de Q. Varo, sucesor de este último. Finalmente, despues de la partida de Volusio, tomó realmente Quirinio el gobierno de Syria. Asi, pues, pudo muy bien San Lucas llamarle ya gobernador de Siria, cuando solo ejercia aun esta magistratura de una manera provisoria. Por lo demás, este senador, natural de la antigua ciudad de Lanuvio, gozaba bajo los primeros emperadores de tal consideracion, que despues de su muerte, le mandó hacer Tiberio funerales públicos.

«El historiador Josefo habla por su parte de este empadronamiento, cuando dice, que

en manos del legado imperial. Ya hemos visto el testimonio de Josefo sobre este punto, y los racionalistas creen en Josefo. No se halla menos probado que no pudo verificarse esta primera operacion, ha-

toda la poblacion de Judea recibió la órden de rendir homenaje á Augusto y á Herodes, habiéndose negado solamente á ello, seis mil fariseos. Nuestro empadronamiento se refiere, pues, á una prestacion de homenaje de toda la Judea á Herodes y á los Romanos, probablemente en la perspectiva de la muerte próxima de Herodes, que dejando el trono vacío, iba á permitir al emperador reunir la Judea al dominio del imperio. En efecto, Augusto, poco tiempo antes, habia recordado seriamente al rey de los Judíos, con ocasion de su irrupcion en Arabia, sus relaciones y sus deberes de sumision para con él. (Josefo, *Antiq.* 16 9, 3; Apiano, de *Bello civili*, 5, 75). Estas relaciones duraban despues de la conquista de Pompeyo. El mismo César habia arreglado por un decreto las rentas de los principes indiguitas: y si Herodes, en su cualidad de *regulus*, pudo hasta entonces levantar impuestos en el pais, no podia, no obstante, obrar libremente aun en sus asuntos de familia. Segun Apiano, se veia obligado á enviar un tributo al emperador y á suministrarle ejércitos como rey aliado en los casos de una guerra, tal como aquella con que amenazaban entonces los Partos. Pero Josefo (*Ant.* 15, 1, 1), habla claramente de otro empadronamiento hecho trece años mas adelante por el mismo Quirinio, y que solo se aplicaba á la Judea y á la Samaria. Quirinio obraba en esta circunstancia, no como gobernador provisional, sino como gobernador real y titular de la Siria. Lo comenzó desde el principio de su segunda magistratura, y lo terminó, á pesar de una nueva sedicion escitada por Judas de Gamala, y el fariseo Sadock, con ocasion de este empadronamiento. Aconteció, pues, esto, despues que Arquelaos fue desterrado á Viena, en las Galias, en 759, y cuando Quirinio fue encargado de convertir en provincias romanas el pais que éste último habia gobernado y de incorporar todos sus bienes al fisco imperial. Este pais fue entonces reunido á la Syria y sometido á presidentes romanos, entre los cuales es el mas notable para nosotros Poncio Pilatos. Pues bien, este empadronamiento no puede ser el que buscamos en este momento. El mismo San Lucas nos suministra en los actos de los Apóstoles (cap. V, v. 37), una prueba evidente de que este empadronamiento no es aquel de que habla en su Evangelio. Porque si hace mencion en los actos de este segundo empadronamiento, para distinguirlo del primero, tiene buen cuidado de llamarle en su Evangelio el *primero que se hizo por Cirino*. Muchos intérpretes modernos traducen tambien esta frase de San Lucas: «Este empadronamiento fue anterior al que se hizo bajo Cirino;» y esta interpretacion puede justificarse muy fácilmente bajo el punto de vista filológico con ejemplos tomados en los autores clásicos.

«Por lo demás, este último empadronamiento no era mas que una continuacion del primero, que como nos dice la historia, habia encontrado grandes dificultades. Comenzóse á contar la poblacion por tribus, conforme á la constitucion del pueblo judío, á fin de restablecer el órden genealógico de las diferentes familias, sin llegar hasta anotar las propiedades. Todavía no se habia aplicado esta medida á las antiguas tribus de Judá y de Benjamin, que habian vuelto del cautiverio, cuando hubo que suspender el empadronamiento á causa de las turbulencias que habia suscitado en la nacion el movimiento general, efecto necesario del censo, y sobre todo, por el terror que este solo nombre inspiraba al pueblo judío desde el primer empadronamiento hecho en tiempo del rey David, que le habia costado tan caro. El empadronamiento de Judea no se acabó, pues, hasta mas adelante, en 759, bajo el gobierno efectivo de Quirinio. Si este no fue encargado del primero, sino por una mision extraordinaria, segun hemos visto ya, era Saturnino en esta época verdaderamente gobernador de Siria, y la tradicion de la Iglesia, siempre pura y digna de fe, nos da tambien aquí el verdadero sentido de los libros santos.»

biéndose negado á prestarse á ella seis mil Fariseos, segun afirma el mismo Josefo. Tiene, pues, razon el latin de la Vulgata en designar esta operacion incompleta bajo el título de: *Primer empadronamiento*. Pero quien dice primero, implica necesariamente un segundo. Pues bien, el segundo empadronamiento, el censo definitivo tuvo por autor á Quirinio, gobernador de Syria. Quirinio, el hombre consular, el gobernador de Syria, el amigo de César Augusto, fue quien dió á esta operacion en dos actos, su forma completa y absoluta; por lo que naturalmente prevaleció el nombre de Quirinio para designar el conjunto de las listas censuales ó catastro, y toda la obra completa. Hé aquí, pues, naturalmente desatada esta cuestion insoluble: conocíanse con el nombre de Quirinio las actas del empadronamiento de la Judea: asi lo consigna el latin de la Vulgata por ser asi. Véase, pues, que no es necesario suponer «dos empadronamientos verificados por Quirinio,» y apoyados en «una inscripcion que se halla reconocida como falsa.» Si viviera aun Orelli, que publicó sus *Inscripciones Latinas* hácia el año 1830, se admiraria grandemente al saber «que se pretendia en otro tiempo» fundar todo un sistema de exégesis en una inscripcion que habia quedado

Por fin, M. Wallon cree que se explica el pasaje de San Lucas, ó traduciendo segun el griego: «Este empadronamiento se hizo antes del verificado por Quirino,» ó por una version que tiene el mérito de adaptarse á la Vulgata tan bien como al original. «Este primer empadronamiento fue verificado (acabado) por Quirino, gobernador de Siria.» Hubo un empadronamiento de los ciudadanos, añade M. Wallon, mandado por Augusto en el año 746 de Roma, y no es inverosímil suponer que se verificó una cosa semejante, en su consecuencia, respecto de los reinos aliados; y entonces fué cuando fueron á Belen María y Josef (747). «Este empadronamiento fue un simple encabezamiento de las personas, sin agregar á él el impuesto. Cuando fue mas adelante depuesto Arquelao, se completó el trabajo comenzado en tiempo de Herodes con la adiccion del impuesto, y por eso dice el Evangelista: «Este primer empadronamiento se realizó (fue acabado) por Quirinio, gobernador de Siria.»

Estas interpretaciones, que son iguales á las adoptadas por Sepp. y M. Darras, se hallan apoyadas por el autor estensamente en la obra titulada: *De la croyance due à l'Evangile*, págs. 296 á 339, aunque con razones análogas á las espuestas por M. Darras, que son en nuestro juicio las mas fundadas. Véase tambien la obra de M. Wallon titulada: *Vie de N. S. Jesus Christ Introd.* págs. 78.

Creemos que los datos y reseñas que acabamos de anotar como por via de ilustracion á la profunda y erudita esposicion del texto de San Lucas que traza el sabio M. Darras, bastarán para manifestar las numerosas interpretaciones que pueden hacerse del pasaje de San Lucas en sentido favorable á la exactitud histórica de este Evangelista y del hecho á que se refiere, y para dejar demostrada hasta la evidencia la futilidad de las objeciones que oponen en contrario los nuevos incrédulos.

(N. del T.)

casi desconocida antes de él ¹. ¡Verdaderamente es cosa peregrina un «en otro tiempo» que data de 1830! «¡El suplemento de Henzen y Borghesi, Fastos consulares (aun inéditos)» realza maravillosamente la venerable antigüedad de 1850! El mundo sabia hacia largo tiempo, que en el año 138 de nuestra era se espresó San Justino en su Reclamacion oficial presentada al emperador Antonino Pio en estos términos: «Jesucristo nació en Belen, pequeña villa judía, situada á treinta y cinco estadios de Jerusalem, como puedes cerciorarte consultando las tablas del empadronamiento de Quirinio, tu primer gobernador en Judea ².» Tal era el lenguaje de San Justino en una Apología en favor de los Cristianos, puesta á los pies del Señor del mundo, y que tuvo por resultado poner fin á la tercera persecucion general. Esta Apología de San Justino tuvo que pasar como todas las reclamaciones oficiales, antes de llegar á poder del César, por manos y por la inspeccion de los oficiales, de los secretarios y de los consejeros imperiales. ¿Es de creer que evocase San Justino ante estos jueces, los registros de Quirinio si no hubiesen sido realmente conocidos con tal nombre, si no hubieran referido el nacimiento de Jesucristo en Belen? Habiendo matado los Romanos diez millones de mártires por odio á Jesucristo, hubiera sido mucho mas sencillez abrir los archivos públicos de Roma, y mostrar á los Cristianos que se les engañaba, que no habia registro alguno que

¹ El crítico no trae el texto de esta inscripcion. Dirigese á una clase de lectores demasiado versados en todos los conocimientos especiales de arqueología para que sea necesaria tal exactitud. Hé aquí la inscripcion que publica Orelli (*Supplem.*, tom. III, pág. 58,) segun una piedra sepulcral hallada en Venecia, y perdida en el día: *Q. Æmilius, Q. F. Pal. Secundus castris Divi Aug. P. Sulpitio Quirino Leg. Cæsaris Syria honoribus decoratus Praefect. Cohort. Aug. I. Praefect. Cohort. II. classicae idem jussu Quirini censum fec. Apamenae civitatis millium homin. cirium CXVII. Idem jussu Quirini adversus Ituraecs in Libano monte castellum eorum cepit, et ante militiam praefecit Fabrum, delatus à duobus Coss. ad Ærarium et in coloniâ Quaestor. Ædilis II. Duumbir II. Pontifex ibi positi sunt Q. F. Pal. Secundus F. et Æmilia Chia Lib. H. M. amplius. H. N. S.* Tal es esta famosa inscripcion á la que se atribuye el honor de haber conquistado el mundo á la fe del Evangelio. Hemos recorrido, sin encontrarla, los mas antiguos y mas ilustres comentadores. ¿Qué significa, pues, la importancia retrospectiva que se pretende dar á esta piedra sepulcral? Si existiera aun, se podria disentir sobre ella; pero ha desaparecido para no volver. Este es sin duda su único mérito á los ojos de los racionalistas, ¡qué ligera puerilidad ante un asunto mas grande que el mundo, y cuyo ruido despierta en la eternidad ecos formidables! Añadamos, como noticia biográfica, que Orelli nació en Suiza el año 1787, y murió en 1845.

² Justin. *Apologia I pro Christianis ad Antoninum Pium, XXXIV, Patrolog græc. tom. VI, col. 383, 394.*

llevase el nombre de Quirinio, ó por lo menos, que hablase del nacimiento de su Dios. Finalmente, á ser falsa la alegacion sobre un punto de hecho tan fácil de aclarar, ¿es de creer que se hubiera concedido por Antonino la tolerancia invocada para la doctrina? Es, pues, evidente que en tiempo de San Justino, se contenian en los archivos de Roma, con el título general de Registros de Quirinio, los documentos originales en que se consignaba el nacimiento de Jesucristo en Belen. Pero preséntase el jurisconsulto Tertuliano, cuyo testimonio hemos citado ya, y el cual no se contenta con la designacion genérica. No le basta á él, instruido en el derecho romano, un término exacto, pero vago, sino que da á su cita la precision jurídica, cual conviene al magistrado habituado, al examinar procesos, á poner el dedo en el documento ó título que se desea y á indicarlo con su propio nombre. Tertuliano tenia que contestar á los discípulos de Marcion que negaban, no ya la divinidad de Jesucristo, porque ésta les parecia incontestable, sino su humanidad; pues no podian resolverse á asociar la naturaleza humana á la radiante divinidad del Cristo. Los racionalistas modernos retuercen la tésis sin mejor éxito. Para consignar la realidad del nacimiento humano de Jesucristo, decia Tertuliano á los Marcionitas: «Fácil os es su comprobacion, puesto que teneis las Actas redactadas entonces en Judea por Sencio Saturnino, bajo el reinado de Augusto, en las que hallareis inscrito el nacimiento de Jesucristo.» No se trata ya aquí de la designacion general de los Registros de Quirinio, sino del título particular de las Actas comprendidas en estos Registros y redactadas cuando el primer empadronamiento, por Sencio Saturnino. Tertuliano habia leído, como San Justino, el Evangelio de San Lucas. Los Marcionistas conocian este Evangelio tan bien como pueden conocerlo nuestros racionalistas. Así, pues, para Tertuliano, lo mismo que para nosotros, se estendia el nombre de Quirinio, bajo la administracion del cual se habia completado la operacion del empadronamiento ó censo judío, al conjunto de las actas de la Judea, y el de Sencio Saturnino, que nos dice Josefo haber sido en efecto gobernador de Syria, en la época del nacimiento del Salvador, se hallaba inscrito realmente en el título particular en que fue empadronado el hijo divino de Maria. Esto es lo que sabian y lo que decian los comentadores «en otro tiempo» y lo que hoy repetimos nosotros, con el consuelo de ver mas afirmado que

nunca el texto evangélico, despues de tan impotentes ataques.

27. ¿Qué queda en efecto de la teoría racionalista y del desprecio con que se imponia al relato de San Lucas el epíteto de «leyenda»? ¿De parte de quién están las contradicciones que se pretendia notar en él ¹? Cuando se piensa que durante cerca de dos mil años ha experimentado el Evangelio la comprobacion hostil de los sabios, de los filósofos, de los incrédulos de todos tiempos y paises, sin que hayan conseguido borrar una sola coma de este libro, es preciso convenir, á no renegar de toda razon, de toda ciencia y de toda filosofía, en que es divino el Evangelio. Cada letra de esta obra inspirada resplandece á medida que se fijan los ojos en ella. ¡Dichosos los siglos que se iluminan con estos rayos de la verdad eterna, en vez de tomarse la ingrata y estéril tarea de oscurecerlos! No hay duda que la lucha empeñada contra la luz va á parar en definitiva al triunfo de la luz. Todos los sofismas, cuya refutacion acabamos de ver, hacen mas patente y brillante la augusta sencillez de las palabras de San Lucas: «En aquellos dias salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento se hizo por Cirino, gobernador de Siria. Y todos iban á empadronarse á la ciudad de donde cada uno descendia. Y Josef que era de la casa y familia de David,

¹ Hemos notado escrupulosamente en cuatro columnas bajo el nombre de los cuatro Evangelistas, el número de todos los versículos citados en nota en la *Vida de Jesus*, lo que nos ha suministrado curiosas revelaciones. Por ejemplo, nos dice el autor en la página 18, que el primer capítulo de San Mateo es una leyenda apócrifa, sin valor alguno histórico, lo cual permite al racionalismo suprimir la narracion del viaje de José y de María á Belén, el nacimiento de Jesucristo en esta ciudad, la adoracion de los pastores y de los Magos, la huida á Egipto. Lo hemos comprendido perfectamente y hemos tenido por declarado, que la crítica moderna rechaza formalmente el primer capítulo de San Mateo. ¿Cuál no ha debido ser, pues, nuestra sorpresa al volver á encontrar en la página 23 este primer capítulo de San Mateo, citado como una autoridad irrefragable, para consignar que Jesus era el primogénito de una numerosísima familia? Así, pues, segun la página 18, es apócrifo el primer capítulo de San Mateo, y segun la página 23, es un documento que no tiene contestacion el mismo capítulo. Cuando se tiene la pretension de destruir la fe cristiana, debería tenerse cuidado de ser mas consecuente consigo mismo. La precaucion de citar solo al pie de las páginas el número de los versículos evangélicos, sin reproducir nunca el texto, puede engañar al vulgo de los lectores; pero deben saber los racionalistas, que el Evangelio ha sido, es y será estudiado hasta el fin del mundo, versículo por versículo y letra por letra. Una obra destinada á destruir el Evangelio debe poder soportar un examen tan riguroso por lo menos, como el á que ha sido sometido el mismo Evangelio, durante diez y ocho siglos. Esta reflexion incidental puede bastar para hacernos comprender que no ha realizado su objeto la *Vida de Jesus*, estando aun por principiar este trabajo.

subió desde Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en la Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba en cinta. » No puede ya caer sobre este relato la sospecha de infidelidad legendaria; pero en vez de defenderlo contra las objeciones que han llegado á ser hoy populares, ¿no valia mas leer esta página con el corazon, y esclamar como Bossuet: «Qué haceis príncipes del mundo, poniendo todo el universo en movimiento para que se os traiga una matricula de todos los súbditos de vuestro imperio? Quereis saber su fuerza, sus tributos, sus futuros soldados y principais á matricularlos, por decirlo asi; porque esto es, ó cosa semejante, lo que pensais hacer. Pero Dios tiene otros designios que vosotros ejecutais, sin pensarlo, con vuestros medios humanos. Debe nacer su Hijo en Belen, humilde patria de David: asi lo ha hecho predecir por su Profeta, hace mas de setecientos años, y hé aquí que se agita todo el universo para cumplir esta profecía. Jesus, hijo de David, nació en la ciudad en que vió David la luz del dia. Su origen fue atestiguado en los registros públicos; el imperio romano rindió testimonio á la real descendencia de Jesucristo, y César que no pensaba en ella, ejecutó la órden de Dios. Vamos tambien nosotros á hacernos inscribir en Belen. Belen, es decir: ¡Casa del pan! Vamos á probar en ella el pan celestial, el pan de los ángeles, que ha llegado á ser el alimento del hombre: miremos todas las iglesias como el verdadero Belen y como la verdadera Casa del pan de vida. Este es el pan que da Dios á los pobres, en la Natividad de Jesus, si aman con él la pobreza, si conocen las riquezas verdaderas: *Edent pauperes et saturabuntur*. Comerán y serán hartos los pobres, si imitan la pobreza de su Señor, y vienen á adorarle en el pesebre ¹. »

§ VI. EL VIAJE A BELEN.

28. Nos es preciso descender de estas regiones llenas de luz y de paz, para escuchar las últimas argucias del racionalismo. «Lo que prueba bien, continúa éste, que no es en manera alguna histórico el viaje de la familia de Jesus á Belen, es el motivo que se le atribuye. Jesus no era de la familia de David (V. mas adelante las páginas 257 y 258), y aunque lo hubiera sido, tampoco se conce-

¹ Bossuet, *Elecc. sobre los Misterios*. XV, serm. V. Elev. edit. Lachar, tom. VII. página 267-268.

biria que se hubieran visto obligados sus padres, para una operacion catastral y rentística, á ir á inscribirse al lugar de donde habian salido sus antepasados hacia dos mil años. Imponiéndoles la autoridad romana semejante obligacion, hubiera sancionado pretensiones amenazadoras ¹. — ¿No era Jesus de la familia de David? Si principiara un escritor moderno la historia de Alejandro con estas palabras: Alejandro el Grande no era hijo de Filipo, rey de Macedonia, obraria con prudencia en no remitir á su lector á un desdénso. «Véase mas adelante páginas 257 y 258.» Es verdad que jamás obtendrá la historia de Alejandro la notoriedad que la *Vida de Jesus*. Habrá, pues, que tener la paciencia de buscar la cita indicada, para saber á qué familia pertenecia el Salvador, para saber qué nueva genealogía debe sustituirse á la de San Lucas, que le hace descender de David ², y á la de San Mateo, que le da el mismo origen ³. No puede menos de despertarse vivamente la curiosidad, sobre todo, en vista de textos precisos de San Marcos que afirma ser Jesus de la familia de David ⁴. Pues bien, «el Evangelio de Marcos, se nos dice, es de los tres sinópticos el mas antiguo, el mas original, el menos recargado de fábulas tardíamente insertas ⁵.» San Juan ha escrito en el *Apocalipsi* estas palabras significativas: «En cuanto á mí, Jesus, yo soy la raiz y la prosapia de David ⁶.» Pero no tiene San Juan las simpatías del moderno racionalismo porque deja ver sin cesar, dice, las preocupaciones del secretario; sus cláusulas son presuntuosas, pesadas, mal escritas: todos sus discursos están llenos de una metafísica refinada ⁷. Es evidente que la pluma que ha escrito el *In principio*, no estaba cortada á gusto de nuestros literatos. El autor de los *Actos de los Apóstoles* por lo menos ha encontrado gracia á los ojos de los nuevos exegetas. Pues bien, se lee en la segunda página de los Actos, que saliendo San Pedro del Cenáculo, se dirige á la muchedum-

¹ *Vida de Jesus*, pág. 20, nota. — ² Lucas, IV, 23-38. — ³ Matth. I, 1-17.

⁴ *Jesu, Fili David miserere mei* (Marc. X, 47-48) *Christum filium esse David* (Ibid. XII, 35). En este último pasaje tiene la afirmacion tanto mas valor cuanto es el mismo Jesucristo, quien se dirige al pueblo reunido en el Templo, y quien consigna con el testimonio de los mismos Escribas que el Cristo debe ser hijo de David. Es indudable que si no hubiera sido Jesus de la descendencia real, no hubiera recordado esta circunstancia que debía destruir inmediatamente toda fe en su mision.

⁵ *Vida de Jesus*, Introduc., pág. XXXVIII. — ⁶ *Ego Jesu... Ego sum radix et genus David* (*Apocal.* XII, 16. — ⁷ *Vida de Jesus*, Introduc., pág. XXIX, XXX.

bre reunida para la solemnidad de Pentecostés, y proclama que Jesus era hijo de David ¹, el Cristo esperado y predicho. Tres mil judíos se hacen bautizar á su voz. San Pablo ², un judío discípulo de Gamaliel, nutrido en todas las tradiciones nacionales, dice de Jesucristo que «le hizo nacer Dios de la raza de David, segun la carne.» Habíase pues creído hasta el día, bajo la fe de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas, de San Juan, de San Pedro y de San Pablo, que Jesucristo era hijo de David. La unanimidad de creencia fundada en la unanimidad de testimonios contemporáneos hace mas interesante la revelacion remitida negligentemente al «Véase mas adelante páginas 257, y 258.» Hé aquí esta revelacion: «La familia de David, nos dice en fin, se habia estinguido, á lo que parece, hacia mucho tiempo; ni los Asmoneos de origen sacerdotal, podían tratar de atribuirse semejante descendencia; ni Herodes ni los Romanos piensan un momento en que exista á su alrededor representante alguno de los derechos de la antigua dinastía ³.» A esto se reduce todo. Evidentemente los cuatro Evangelistas y los testimonios de San Pedro y San Pablo quedan destruidos por esta frase: «¡No era Jesus de la familia de David!» — «Parece que se habia estinguido hacia largo tiempo la familia real;» y por esto sin duda estaban acordes todos los Judíos en esperar un Mesías, hijo de David. «Parece que los Asmoneos no tenian nada de comun con la descendencia de David.» Y ¿qué tienen que ver los Asmoneos con Jesucristo? Y no obstante, afirman los Talmudistas que los Asmoneos asociaron la sangre de la tribu real á la tribu de Aaron ⁴. «Parece que no pensó Herodes un momento que existiera á su alrededor representante alguno de la antigua dinastía.» Por eso hizo degollar Herodes á todos los niños de Belen. «Parece que no se preocupan de esto los Romanos» ¿y qué tenian que ver con ello los Romanos? Sin embargo, como si no debiera quedar una sílaba de todos los «parce» del racionalismo, quiso el presidente romano Pilatos, conservar obstinadamente á Jesus crucificado su título oficial de Rey de los Judíos ⁵. Y Vespasiano, despues de la destruccion de Jerusalem, hacia buscar y matar á todos los miembros que sobrevivian de la familia de David ⁶.

¹ *Actos de los Apóstoles*, I, 29-32. — ² *Rom.* I, 3. — ³ *Vida de Jesus*, pág. 237-238. —

⁴ En Galantino cap. IV. lib. IV, pág. 196. A. B. C. — ⁵ *Joan. Evang.* XIX, 15, 19, 21, 22. — ⁶ Véase en el capítulo intitulado, *Infancia de Jesus*, n. 20.

29. Antes de veinte años parecerá mas sorprendente que un milagro, que se haya podido tomar por lo serio por un solo momento tal arrogancia científica unida á semejante modo de discutir. Este prodigioso «mas adelante,» no puede superarse ni por su autor, aunque se vea obligado un taumaturgo á reproducir á su voluntad, todos los milagros que hizo una vez. Apenas si tenemos valor, despues de esto, para poner en evidencia el anacronismo «de la autoridad romana, sancionando pretensiones amenazadoras, al imponer á Josef la obligacion de hacerse inscribir» en Belen, cuna de su familia; en lugar de enviar, como se practica entre nosotros, á un *tabellion* ó escribano á su domicilio de Nazareth, á recibir la declaracion de sus nombres, apellidos, edad y cualidades. «¿No se concibe» entre los Romanos un procedimiento administrativo tan exagerado! ¿Los imprudentes corrian á una revolucion! Pues bien, digámoslo, no á literatos, que lo saben mejor que nadie, sino á la multitud, á quien podrian seducir tales sofismas: entre los Romanos, entre los Judios, entre todos los pueblos de la antigüedad, y aun en el dia, en Oriente, no era el empadronamiento en el lugar de su origen, una dura obligacion, sino un privilegio lleno de honor y de gloria. No se referian solamente como entre nosotros, á la cuna de los antepasados, los recuerdos del corazon, sino todos los derechos juridicos de propiedad, de libertad, de existencia legal, comprendidos para los Romanos en el titulo de ciudadano, y para los Judios en el de hijo de Abraham. «La pretension amenazadora de la autoridad romana» hubiera sido precisamente la de imponer un sistema inverso. La antigüedad vivia por los abuelos; á nosotros que vivimos únicamente de lo presente, olvidándonos con exceso de lo pasado, al que debemos, no obstante, todo lo que somos, nos es permitido admirarnos de los usos antiguos, pero con la condicion al menos de conocerlos. Hé aquí un resumen exacto de la legislacion romana respecto del censo. Todo el *Ager Romanus* se habia dividido primitivamente entre los ciudadanos, que tuvieron su dominio útil, sin que perdiera nunca el Estado el dominio eminente y la propiedad real. El Estado era la cosa pública (*Respublica*) en su sentido general, fraccionándose en ciudades (*civitas*); el ciudadano (*civis*) era el que estaba adherido á una ciudad por su nacimiento en el seno de una familia libre. En la época de Augusto no habia en la inmensa estension del Imperio romano mas que cuatro

millones de ciudadanos ¹. ¿Qué era todo el resto á los ojos del derecho? Esclavos ó vencidos. Hé aquí por qué se hacia el empadronamiento en Roma, por tribus, es decir, en el lugar originario sin consideracion al lugar de la residencia. Convocábase á los ciudadanos de las provincias á Italia, para que se inscribieran; y reciprocamente, se mandaba á los Latinos que residian en Roma, que fueran á sufrir el censo en sus propios municipios ². Establecióse como regla absoluta por la ley *Julia*, que se hiciera cada uno empadronar en la ciudad de que era ciudadano: y el libro *De Censibus*, de Ulpiano, nos ha conservado hasta las fórmulas legales de los estados de empadronamiento, los cuales reproducimos aquí para convencer al lector sobre el verdadero carácter de lo que afecta llamar el racionalismo una «operacion insignificante de estadística y de catastro.» No se acusará á Ulpiano, secretario y ministro de Alejandro Severo, de ignorar el derecho romano. En cuanto al derecho judío seria inútil probar que se hallaba esencialmente basado en la division por tribus, por familias y por patrimonios ó herencias ³. Prefe-

¹ Mármol de Ancyra, citado mas arriba.

² Vell. cap. II, 15; cf. Cicer. *Verr.* act. I, 18; Liv. cap. XLII, 10; Zell., *Delect. Inscrip.*, Rom; pág. 275. Heidelberg, 1850.

³ La constitucion social hebreaica, fundada en la distincion y concierto de las varias tribus, significando la estabilidad de los bienes, la consanguinidad de que se derivaban los varios derechos y deberes, era la norma á que se ajustaba toda razon de catastro ó registro (V. núm. 1, 2 y siguientes; XXVI, 1 y siguientes, los., VII, 16-18; Reg. X, 19-21). De aquí que fuese el lugar que daba origen á una familia el del patrimonio particular, catastro ó archivo correlativo, y si algunas veces por efecto de los acontecimientos ó casos de fortuna, se extinguia alguna rama, no por eso dejaba de quedar sano el tronco, debiendo buscarse el árbol genealógico donde habia echado las primeras raíces. Esta constitucion, aunque era judaica, no era muy diferente de la romana, en la cual, desde los tiempos de Servio Tulio, cuando se hizo el primer censo, hasta los de Ciceron y Apuleyo, se inscribían no solo el nombre, *prenombre* y *cognombre*, el patrimonio, la edad y la condicion, sino tambien la familia y las demás particularidades. (Véase Dionis. Halic. *Antig. Rom.* IV, 15, edit. Reiske, pág. 676, Anco Floro: *Epit. rer. rom.* VI; Ciceron: *De leg.* lib. III, c. III. Apul. *Apol.*, c. I. *Lex Julia municipalis*; Zell. *Delect. inscript. rom.* p. 275, Liv. III, c. III; lib. LIX, LIII). Y esta reseña ó descripcion debia hacerse en el lugar del origen ó de la ciudadanía adquirida por nacimiento, adopcion ó manumision. (Dig. lib. I, tit. 1, *ad Municip.* § 1) y no, atendiendo á la residencia ó al lugar donde se tenian las propiedades. Asi, pues, los ciudadanos romanos que se hallaban en las provincias debian acudir á Italia para dar su nombre (Veleyo Paternulo. *Hist. rom.* n. 15; Cic. *ad Attic.* I, 18; Liv. XXIX, 37) á no que se les dispensase de ello espresamente, lo que consideraba P. Scipion como un abuso. (Aul. Gel. *Noft. Att.* V, 16), y era hasta cierto punto una escepcion que confirmaba la regla; y por el contrario, los Latinos que residian en Roma, debian acudir cada uno á su propia ciudad (Id. XLII, 10). Y si bien respecto de los ciudadanos romanos, bastaba que el padre ó el marido declarase el nombre de la mujer y de los hijos, puesto que para ellos el

rimos tomar á la *Biblioteca Oriental* de Asemani ¹, un hecho mas reciente, que demostrará la persistencia de estas costumbres en Siria. «Habiendo querido Abdul Melik proceder á un empadronamiento de la Judea, mandó como Augusto, que acudiera cada individuo

censo tenia una exacta correlacion con sus derechos personales de ciudadanía, no era así respecto de los súbditos extranjeros (*peregrini*), para los cuales el censo era un gravámen, de que no estaban exentos ni las mujeres ni los hijos durante cierta edad. (Digest. lib. L, tit. *De Censibus*, § III, segun el cual, estaban obligados á empadronarse en Siria desde los doce años los varones y desde los doce las hembras, hasta los 65, *In Syria a quatuordecim annis masculi, a XII foeminae usque ad sexagesimum quintum annum tributo capitis obligantur*. V. Cic. in *Verr. act.* II, lib. II, § LIV); por lo que el acudir Maria á Belen era conforme con el uso romano en las provincias sujetas; pues segun dice Lactancio, se exigia en las provincias la presencia de las mujeres, de los hijos y de las hijas. *De mortibus persecutorum*, cap. XXIII y las notas de Cuperi.

Sin embargo, objétase respecto al empadronamiento de Maria, que podria decirse que no la implica el texto de San Lucas necesariamente; porque segun se traduzca: «Josef fué á empadronarse con Maria» ó «Josef fué con Maria á empadronarse» figurará Maria en los registros públicos en su nombre, ó no será mas que una compañera de viaje, segun lo fue aun en circunstancias en que no exigia la ley su presencia; por ejemplo, en el viaje á Jersalen, con ocasion de la Pascua (Luc. II, 41). Pero se puede entender el empadronamiento de Maria, lo mismo que el de Josef segun hemos dicho ya; y este empadronamiento que no lo reclamaba la costumbre de los judíos, á menos que la mujer fuese heredera, figurando á falta de varones para representar la casa, es una señal mas, de que se verificaba este empadronamiento por el estilo de un empadronamiento romano. No que el texto de Dionisio de Halicarnasio sobre el empadronamiento de Servio Tulio, alegado á este propósito, sea decisivo, como se ha creido con frecuencia en esta cuestion, y segun el cual se exigia que se inscribiera la mujer, mas no que se inscribiera personalmente ella misma, debiendo presentarse el marido y hacer la declaracion de su mujer y sus hijos; pero si esto era así respecto de los ciudadanos, no lo era relativamente á los súbditos del Imperio, segun ya hemos dicho; pues en cuanto á ellos, el empadronamiento atendia al impuesto personal; y la mujer estaba sujeta á él en su propio nombre lo mismo que el varon, sin que hubiera ninguna tutela legal que la dispensara de comparecer por sí misma, por este título ante el censor.

Así, pues, San Lucas nos muestra á Josef acudiendo á empadronarse á Belen con Maria, conforme á las prescripciones del derecho Romano y á la costumbre de los judíos.

Pero debe tenerse asimismo en cuenta, que el empadronamiento tenia tambien un carácter político religioso, pues iba acompañado del juramento que se prestaba al sumo imperante y del sacrificio espiatorio (*lustrum*), que era como su consagracion final, y del cual se hallan analogias en el *Exod.* XXX, 12-16, col. II, *Reg.* XXIV, 1 y siguientes; I *Par.* XXI, 1 y siguientes. No se trataba, pues, en el caso en cuestion de solo el empadronamiento del pueblo; los Judíos debian prestar juramento y homenaje á Herodes bajo los auspicios del emperador Augusto, siendo Belen uno de los lugares en que debia verificarse esta prestacion de juramento. Debiendo, pues, avalorarse el empadronamiento con un juramento individual, éste no podia prestarse de otra suerte que designando el lugar donde debia acudirse á dar el nombre para poder averiguar quienes eran leales y quienes refractarios. (V. Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*: segunda parte, seccion segunda, cap. V, Ghiringhelli, ob. cit. pág. 257 y 262.—(Nota del traductor.)

¹ Assemani, *Bibl. Orient.* lib. II, pág. 104.

á su pais, á su pueblo, y á la casa patrimonial, para ser matriculado.» No parece sino que se oye el eco de las palabras de San Lucas: «Todos iban á empadronarse á la ciudad de donde cada uno descendia, y Josef que era de la casa y familia de David, subió desde Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en la Judea ¹.»

30. Las consideraciones estrínsecas, tomadas de la historia uni-

¹ Hé aquí los cuadros de empadronamiento, formados segun las indicaciones del Libro: *De Censibus*, de Ulpiano:

I. PATER FAMILIAS.—(Cabeza de familia).

NOMBRES.	RANGO.	EDAD.	FUNCIONES.	ORIGEN.	CUOTA.

II. ESTADO.—(Estado de las personas que componen la familia).

	NOMBRES.	ESTADO.	EDAD.	ORIGEN.	EMPLEO.	PROFESION.	CENSO.
Madre de familia.							
Hijos.							
Hijas.							
Siervos.							
Siervas.							

III. CUALIDAD.—(Heredades).

	NÚMERO de fanegas.	PES de viña.	ARBOLES frutales.	PUEBLO.	COMARCA.	LIMITES.	COLONOS.	IMPUESTOS.
Cultivos.								
Barbechos.								
Viñas.								
Olivares.								
Praderas.								
Pastos.								
Bosques.								
Estanques.								
Ensenadas.								
Salinas.								

versal, de los pormenores particulares de la administracion provincial, de las fórmulas de derecho romano y judío, se hallan conformes en consignar la autenticidad del viaje de Joseph y de Maria á Belen. Pero este solo es el lado de la demostracion, pues como observa con sumo juicio M. Vogué: «El lugar del nacimiento de Nuestro Señor es de una autenticidad la mas cierta y la menos controvertida por los adversarios ni aun siquiera de la tradicion. No solamente se halla consignada su historia, asi como la de otros santuarios, por hechos incontestables, á contar desde la época de Constantino, sino que se prolonga, por un privilegio escepcional, mas allá de esta fecha, pudiéndosela llevar por medio de textos contemporáneos hasta á una época bastante próxima á los hechos del Evangelio para que subsistiera aun viva su memoria ¹.» Vamos á poner en toda su claridad estas observaciones del sabio arqueólogo. No se habrá olvidado la Reclamacion oficial dirigida á Antonino Pío por San Justino: «Jesucristo ha nacido, decia el Apologista, en Belen, pequeño pueblo judío, situado á treinta y cinco estadios de Jerusalem, segun podeis cercioraros, abriendo los registros del empadronamiento de la Judea, por Quirinio.» Asi hablaba un testigo ocular, un siglo despues de la muerte de Jesucristo. He dicho testigo ocular, porque habiendo nacido San Justino en el año 103 de la E. C. en Flavia Neapolis, la antigua Siquem, á veinte leguas solamente de la capital de Palestina, pasó en ella toda su juventud, y vió en su consecuencia, los sitios de que habla. Esto es tanto menos dudable, cuanto que procediendo de una familia de colonos paganos trasladados por Vespasiano y Tito á la Judea, se convirtió San Justino al cristianismo á la edad de treinta años. Tenemos, pues, en él, no solamente un testigo ocular, sino un testigo que se vió en la obligacion de estudiar escrupulosamente los hechos de que habla, puesto que fue incrédulo, antes de convertirse; condicion manifiestamente preferible para hablar de una religion, á la de un escritor que hubiera principiado por creer en ella y que terminase por la apostasia. Para librarse de las seducciones de la filosofia platónica y abrazar la sabiduría de Jesucristo, «única verdadera» como lo expresa él mismo, debió San Justino determinarse por motivos irrecusables de credibilidad. Pues bien, San Justino encuentra pre-

¹ El señor conde Molehor de Vogué. *Las Iglesias de la Tierra Santa*, en 4.º, 1860, página 50, nota.

cisamente en este pasaje que acabamos de transcribir, una prueba evidente de la verdad del cristianismo en la perfecta concordancia de las profecías que anuncian la aparición del Mesías en Belén, con la realidad del nacimiento de Jesucristo en esta población. «Escuchad, dice al emperador, cómo ha designado un profeta, Miqueas, el lugar donde debía nacer el Mesías. Estas son sus palabras: Belén, tierra de Judá, tú que eres tan pequeña entre las ciudades, figurarás, no obstante, entre las mas gloriosas; pues de tí ha de salir el jefe que gobernará á mi pueblo.»—«Ahora bien, continúa San Justino, Belén es una población judía situada á treinta y cinco estadios de Jerusalem; y allí es donde ha nacido Jesús, según consignan los registros de Quirinio.» Así atestigua que ha nacido Jesucristo en Belén el filósofo platónico, convertido recientemente á la fe del Evangelio, en el teatro mismo de los hechos evangélicos. La realidad de este nacimiento que confirma las profecías anteriores, es á sus ojos una demostración de la divinidad del cristianismo. Por consiguiente, en el año 103, fecha del nacimiento de San Justino, era público y notorio en Palestina, que Jesucristo era oriundo de Belén, lo cual no era una tradición apócrifa conservada entre los cristianos, puesto que nació San Justino en el seno de una familia pagana, y que fue educado en el paganismo. Pero en 105 de la E. C. habían transcurrido solamente setenta años desde la muerte de Jesucristo. Suponer que hubiera podido introducir en este intervalo la mala fe de los cristianos, sobre este punto, una leyenda subrepticia, y hacerla adoptar por la generación contemporánea, no sería menos absurdo que si se imaginara en nuestros días la posibilidad de colocar en Roma, por ejemplo, al pie del Capitolio, la cuna de Napoleon I.

51. Nuestros modernos racionalistas no retroceden ante estas imposibilidades palpables. «Esta leyenda, dicen, no se hallaba en el texto primitivo que ha suministrado el bosquejo narrativo de los Evangelios actuales de Mateo y de Marcos. Y debió añadirse á la cabeza del Evangelio de San Mateo á consecuencia de repetidas objeciones¹.» Pues bien, esplicadnos ¿por qué prodigio de inexplicable poder conseguirían los Cristianos, relegados en las catacumbas, arrojados á los leones en el anfiteatro, encarcelados en todos los ca-

¹ *Vida de Jesús*, pág. 20, nota.

labozos de Roma, añadir su leyenda al texto oficial de los registros de Quirinio, conservados en los archivos imperiales? Decid cómo hubiera podido disimular el falsario las señales de su falsificación; cómo hubiera sustituido matrículas apócrifas á las verdaderas; cómo habia de haber encontrado en tiempo de Antonino el sello de Augusto; cómo hubiera hallado cuarenta años despues de la destrucción de Jerusalem el sello de Herodes, para sellar con uno y otro los documentos de su invención póstuma. No eran los registros de Quirinio «esos libritos que se prestaban los Cristianos mutuamente, y en que trascibia cada uno al márgen de su ejemplar, las palabras, las parábolas que encontraba en otros libros y que le conmovian¹.» ¿Qué son estas evoluciones de un comentario pueril ante los hechos reales de la historia? ¿A quién se hará creer que las colonias romanas que habitaban la Palestina, que permanecieron fieles al culto de los dioses del Imperio, que estaban sumamente interesadas, por su celo en favor de la divinidad de César, en sofocar el cristianismo naciente, se hicieran eco de una leyenda cristiana, cuando se trataba de un hecho contemporáneo y de una localidad que tenían á la vista? Pero no es esto todo. El mismo San Justino insiste sobre este hecho capital, en la célebre conferencia que tuvo en Roma con un judío, y de que nos ha dejado el acta auténtica, con el título de *Diálogo con Tryfon*: «Cuando nació Jesucristo en Belen, dice, fue informado de ello el rey Herodes por los Magos, que venian de Arabia, y resolvió matar al niño; pero Josef, por orden de Dios, tomó á Jesus, con Maria, su madre, y se refugió á Egipto².» Así habla San Justino. ¿Qué objecion va á hacerle su interlocutor? Oid: ¿No podia Dios, responde el judío, hacer morir á Herodes del modo mas fácil³? «Hé aquí lo que halla que oponer á este relato un hebreo, Tryfon, que estaba muy al corriente de la historia evangélica, y de la que solo se hallaba separado por un intervalo de ochenta años. Si no hubiera pues nacido en Belen Jesucristo; sino hubiera pensado nunca Herodes en hacer degollar á los niños de Belen; sino hubieran ido jamás á Egipto Josef y Maria; si hubieran sido todos estos hechos una leyenda cristiana, sin realidad, sin notoriedad, sin raiz en la historia, no hubiera dejado de decirlo Tryfon. Hubiera declarado, como nuestros racionalistas que «fal-

¹ *Vida de Jesus*, Introd., pág. XXII. — ² Just. *Dialog, cum Tryphone Judæo*; *Patrol. græc.*, tom. VI, col. 713. — ³ *Id. ibid.*

taba en el texto primitivo esta fábula, que ha suministrado el bosquejo narrativo de los actuales Evangelios. Mas en vez de dar esta contestacion perentoria, razona Tryfon como podia hacerlo un judío convencido de la realidad de los hechos, á pesar de no admitir su consecuencia.—Dices que Jesucristo era hijo de Dios, replica; pues bien podia Dios inatar á Herodes para salvar á su hijo. La cosa valia bien la pena; y puesto que se vió obligado Josef á llevar el niño á Egipto con Maria, es que no era Jesucristo hijo de Dios y que no tomaba por su vida Dios el interés que hubiera tenido ciertamente por su propio hijo.—Era, pues, preciso para que usara el judío Tryfon semejante lenguaje que admitieran todos los hebreos la notoriedad de los hechos evangélicos. ¿Hubiera podido producir una «leyenda» cristiana el milagro de imponerse unánimemente á los mas mortales enemigos del nombre cristiano?

32. Despues de estas demostraciones, que llegan hasta la evidencia, seria supérfluo insistir sobre los demás testimonios. ¿Qué decir, por ejemplo, del filósofo Celso que censura á Jesus el haber nacido en Belen? «Gran gloria para un Dios, decia, hacerse ciudadano del pueblo mas miserable del mundo ¹.» Asi hablaba Celso, que vivia en tiempo de San Justino, y que detestaba el nombre de Jesucristo tanto como pueden detestarlo nuestros racionalistas modernos, y su polémica era mas formal que la de estos; pues les llevaba la ventaja de vivir en la época en que, segun nuestros literatos, «debió añadirse al texto primitivo, la leyenda que suministró el bosquejo narrativo á los actuales Evangelios.» No habiendo advertido Celso tal adición, es esta un sueño. Y el racionalismo moderno del siglo XIX habrá tenido la gloria de inventar por un milagro de perspicacia retrospectiva, lo que no vieron ni el filósofo Celso, ni el judío Tryphon, ni el discípulo de Platon, Justino, en el año 103 de la E. C.

§ VII. GENEALOGIA DE JESUCRISTO.

33. No necesita tantos apoyos estraños para imponerse á nuestra fe el monumento evangélico. Bástale existir; su sola existencia demuestra su veracidad, y á medida que pasa un nuevo siglo sobre

¹ Orig. Cont. Cels. lib. I, cap. XXVIII; *Patrol. graec.* Tom. XI, col. 713.

sus venerables cimientos sin poder conmover una sola piedra, va aumentándose por el mismo progreso de los tiempos el número de pruebas que consignan su autoridad. Sabido es que cada uno de los dos Evangelios de San Mateo y de San Lucas trae la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo. San Mateo hace descender la suya desde Abraham hasta Josef, esposo de María, pasando por David, y siguiendo toda la real generacion de Judá, desde Salomon hasta Jesucristo. La genealogía reproducida por San Lucas sigue un orden inverso, pues comienza en Jesucristo y remonta el curso de los siglos, pasando por David, Abraham, Noé y los patriarcas antediluvianos hasta Adán, «que fue de Dios.» Pues bien, estas dos genealogías, paralelas hasta David, solo tienen, desde este rey, dos puntos de contacto: Zorobabel y Salathiel; todos los demás grados intermedios son diferentes. La genealogía de San Mateo hace descender á Jesucristo de David, por Salomon; la genealogía de San Lucas hace descender á Jesucristo de David, por Nathan. «La inexactitud y la contradicción de estas dos genealogías, dice el racionalismo, induce á creer que fueron resultado de un trabajo popular, que se verificó en diversos puntos, y que ninguna de ellas fue sancionada por Jesús¹.» Jamás se ha escrito semejante despropósito. Si fueran las dos genealogías, fruto «de un trabajo popular» ejecutado en puntos distantes uno de otro, se hubiera tratado sobre todo de conciliarlas, se hubiera hecho desaparecer la aparente contradicción que señala en ellas el racionalismo, y cuya esplicación han dado todos los padres griegos y latinos, desde San Ireneo y San Justino. Era preciso ser judío y contemporáneo de Jesucristo para trazar estas dos genealogías; en el día no hubiera podido inventarlas sino existieran, toda la ciencia de todas las academias del mundo. Hé aquí la razón.

34. Entre los Hebreos eran sagradas las genealogías; su redacción original confiada á los escribas y puesta bajo la vigilancia de los sacerdotes, era depositada en los archivos del Templo, formando su estudio parte esencial de la educación. El pueblo, así como el territorio, se hallaba dividido en tribus, y el tiempo para las épocas genésicas, estaba limitado por el número siete y sus cuadrados. Había en esta práctica, esencialmente judía, de que nos ofrece un ejemplo la genealogía de San Mateo, no solamente un procedimiento

¹ *Vida de Jesús*, pág. 239-240.

mecánico, para aliviar la memoria, sino una aplicacion á las series de las razas humanas, de la gran ley septenaria, cuya estension á los dias, á las semanas, á los años, á los hombres, á los animales, á los campos y á las heredades, hemos visto en toda la historia de los Hebreos. ¿Pueden inventarse semejantes usos despues del suceso? En cada período de siete semanas de años, es decir, en cada medio siglo, cuando sonaba la trompeta del Jubileo para dar libertad á los cautivos, para la restitution de los inmuebles enagenados, la estincion de las deudas y la restauracion de cada familia, de cada individuo en el órden primitivo; se tenian presentes, para esta gran revolucion, las listas genealógicas conservadas en los Archivos del Templo y en el santuario doméstico. Los enlaces mismos exigian, de parte de la familia y del Estado, la observancia escrupulosa de la ley de las genealogías. La gerarquía religiosa, la constitucion civil, la existencia nacional del pueblo judío, se apoyaban únicamente en las tablas de los orígenes. No se podia, pues, entre los Hebreos formar un árbol genealógico de pura invencion, porque hubieran confundido inmediatamente los archivos del Templo la impostura. Asi, ostenta Josefo en su *Autobiographia* ¹ cierta vanidad en esponer á los ojos de los patricios de Roma, envanecidos ellos tambien con su origen, la antigüedad de su propia raza: y añade que se hallaba consignado cada grado de su genealogia por los cuadros oficiales y públicos. «Obsérvase este órden, dice, no solo en Judea, sino tambien en todos los lugares donde están diseminados mis compatriotas: en Egipto, en Babilonia, por todas partes. Remiten á Jerusalem el nombre del padre de aquella con quien quieren desposarse, con una reseña de su genealogia, certificada por testigos. Si sobreviene alguna guerra, redactan los sacrificadores sobre las antiguas Tablas nuevos registros de todo el resto de las mujeres de origen sacerdotal, y no se desposan con ninguna que haya estado cautiva, por temor de que haya tenido comercio con los extranjeros. ¿Puede haber nada mas á propósito para evitar toda mezcla de razas? Nuestros sacerdotes pueden probar con documentos auténticos su descendencia de padres á hijos desde hace dos mil años, y el que deja de observar estas leyes es separado para siempre del altar ².» Asi, pues, con tal conjunto de formalidades desplegado en torno de los

¹ Josephi, *Autobiogr.*, cap. I. - ² Josephi, *Respons. ad Appionem*, cap. II.

origenes hebraicos, fue imposible una suposición en la genealogía de Jesucristo, mientras subsistió el Templo de Jerusalem. Y después de la destrucción de la Ciudad Santa por Tito, pasó esta imposibilidad social á ser una imposibilidad material. Devorados por el fuego todos los archivos del Templo y dispersos los Judíos desde entonces, han permanecido sin genealogía, confundidos indistintamente bajo el nombre de hijos de Jacob, ignorando ellos mismos á qué tribu pertenecían en otro tiempo sus abuelos.

35. Así, basta por sí sola la existencia de las genealogías reproducidas por San Mateo y San Lucas, para consignar de un modo perentorio, que estaba compuesto su Evangelio antes de la destrucción de Jerusalem (70). Su misma discordancia ofrece una garantía mas de su autenticidad. Las naciones extranjeras, á las que llevaban los Apóstoles la buena nueva del Verbo hecho carne, no tenían ningún conocimiento de los usos judaicos; si se hubiera, pues, hecho, como supone el racionalismo «un trabajo popular» después del suceso y sobre diversos puntos, relativamente á los orígenes del Salvador, lejos de complacerse los autores apócrifos en redactar dos listas contradictorias, se hubieran puesto de acuerdo para reproducir escrupulosamente la misma, en las narraciones que quisieron adoptar con los nombres de San Mateo y San Lucas. Aquí destruye también el Evangelio con su inmutable y augusta sencillez todas las hipótesis del racionalismo. La genealogía de Jesus debía ser una de las que mejor se conservaran de todas las genealogías judías, puesto que representaba, por una parte, la descendencia real de David, y por otra, tocaba á la raza sacerdotal, por la afinidad de María con Isabel, descendiente de Aaron. Pero Jesucristo ofrecía en su persona divina, á los genealogistas hebreos un tipo sin precedente en la historia: pasaba legalmente por hijo de Josef de Nazareth, siendo en realidad hijo de María, y no teniendo padre entre los hijos de los hombres. Hé aquí por qué tiene Jesucristo dos genealogías: la una por Joseph, ascendiendo á Salomon y David, y ésta es la de San Mateo; y la otra por María, hija de Heli ó Joakim, subiendo á David por Nathan, y ésta es la de San Lucas. Y nótese bien, que no se encuentra el nombre de María al principio de la genealogía de San Lucas, el cual no hubiera dejado de inscribir un apócrifo extraño ó ignorante de las costumbres judaicas. Para evitar este lazo era absolutamente necesario que se hallase el Evangelista perfecta-

mente al corriente de los usos hebráicos. Y en efecto, nunca figuraba la mujer en las genealogías de los Hebreos, á no recordar su nombre un origen extranjero, ó un enlace ilegal en el principio, pero regularizado despues por circunstancias escepcionales. Por eso la genealogía de San Mateo menciona á Tamar, cuya union con Juda, el hijo mayor de Jacob, recordaba un episodio famoso. Asimismo, inscribe los nombres de Rahab, la heroína de Jericó, á quien su adhesión nacionalizó en Israel; el de Ruth la Moabita, y en fin el de Bethsabée, esposa de Uriás que llegó á ser madre de Salomón en las circunstancias que todos recuerdan. Fuera de estas uniones estrañas ó escepcionales, no nombra mujer alguna la genealogía de San Mateo, no obstante abrazar un período de tres mil años. Esto consiste en que segun la raíz misma de la palabra hebrea (*Nssim*) ¹, eran siempre pasadas en silencio las mujeres. Solo el hombre (*Zhar*) ², tenia el privilegio de perpetuar los recuerdos, así como la raza. Desde el día en que fue legalmente María esposa de Josef, debían substituir los genealogistas el nombre de Josef al de María; de suerte que segun la espresión de un moderno exegeta, «hay en la genealogía de San Lucas precisamente lo que debía haber. Hállase velada la mujer; no se habla de ella, aun con perjuicio de la divinidad del Cristo. Se ha puesto sobre esta línea genealógica el sello de una robusta autenticidad.»

36. Y ahora ¿teníamos razón en decir que aunque reunieran todas las academias del mundo sus luces y los datos históricos de que pueden disponer en el día, no conseguirían rehacer las dos genealogías de San Mateo y San Lucas, si llegaran á perderse estos dos monumentos? ¿Qué significa el «trabajo popular verificado sobre diversos puntos,» al que el racionalismo quiere hacer el honor de semejante resultado? El Evangelio es un milagro vivo de exactitud, de realidad verdadera y de patente autenticidad. Parece que haya tomado á empeño la Providencia multiplicar alrededor de este monumento divino las mas incontestables garantías. Jerusalem será borrada del cuadro de las naciones en cuanto haya sido registrada en el libro eterno la genealogía de Cristo. Y no bien se haya desplegado la flor patriarcal del Antiguo Testamento, perderán los Hebreos la memoria de sus antepasados. No se sabrá añadir una coma por

¹ *Nssim* (olvidar). — ² *Zhar* (Acordarse).

mano alguna, en el libro del Cordero, sellado hasta la consumacion de los siglos. ¡Y se pretende arrancar al mundo la fe en el Evangelio! Pero inténtese someter á una comprobacion tan minuciosa, á un exámen tan severo, á una critica tan exagerada, el historiador mas acreditado, y es seguro que no resistirá ninguno á ellas. Ni una página de Tito Livio tomada al acaso en los catorce ó quince volúmenes de sus obras, podria soportar sin duros descalabros semejante prueba. Y no obstante, se halla en pie el Evangelio. Orígenes lo explicaba al filósofo Celso: San Justino lo explicaba al judío Tryphon: San Ireneo á los Gnósticos; San Agustín á los discípulos de Manés. Keplero, Leibnitz, Newton, Bossuet, los genios mas grandes que ha conocido el mundo caian arrodillados ante la maravilla del Evangelio. Y nosotros que apenas balbuceamos las primeras letras de una ciencia, todos cuyos secretos poseen estos grandes hombres ¿no hemos de tener derecho de adorar en su manifestacion evangélica la radiante divinidad de Jesucristo? ¡Pobrezas sofisticas, algunos retazos de erudicion contradictoria usurpados al través de los siglos á heregías muertas mil veces, hé aquí lo que opone el racionalismo decrepito de la última hora, á la tradicion católica, á dos mil años de luz, de gloria y de fe! Para ahogar y hacer que se olviden estos miserables acentos, basta que repita la voz del sacerdote en el ángulo del altar la página primera del Evangelio: *Liber generationis Jesu Christi*. La historia entera se conmueve: todos los muertos del Antiguo Testamento resucitan y vienen á adorar al hijo de María, en la cuna de Belén. Adán, «que fue de Dios» reconoce el gérmen prometido que ha de quebrantar la cabeza de la serpiente. Noé saluda el arca nueva de la alianza, que no sumergirá nunca el diluvio de la impiedad; Abraham ve al hijo, en quien serán bendecidas todas las naciones; Isaac, á la víctima verdadera del monte Moria; Jacob, al león salido de Judá que recobra el cetro; Rahab, la Cananea se felicita de haber transmitido su sangre al héroe divino, ante quien caerán las murallas de la intiel Jericó; Ruth, la Mohabita, se inclina ante la garba recogida en los campos de Booz; Jessé ante la flor abierta en la copa del árbol antiguo, David vuelve á pulsar su kinnor, en presencia del rey inmortal que le inspiró sus cánticos proféticos; la que fue esposa de Urías, ha merecido por su arrepentimiento, la gloria de que se la cuente en el número de las abuelas del Redentor; Salomón inclina la magestad de su diade-

ma ante el esposo de su Cántico; saluda á la Virgen Inmaculada, «bella como el astro de las noches, radiante como el sol, formidable como un ejército formado en batalla.» Reconoce Achaz la señal que pedia á Isaias. «Hé aquí que una Virgen ha dado á luz un niño cuyo nombre es Emmanuel (Dios con nosotros).» Los hermanos de la trasmigracion de Babilonia descuelgan las arpas colgadas de los sauces de la ribera. Comprenden que en adelante resonarán en todas las playas los cánticos de Sion, porque tiene el Dios del universo el mundo entero por morada. No echa de menos ya Zorobabel los suntuosos edificios de Salomon. El huésped divino que acaba de cubrir con su gloria la magestad del segundo Templo, disipa todas las sombras, reemplaza todas las figuras, cumple todas las profecías, consume todos los sacrificios y reconcilia al hombre con Dios. Hé aquí las magnificencias que hace resplandecer la genealogía evangélica en el pesebre de Belen. Al leer esta página el humilde cristiano, hermano del Cristo, toca con una mano la aurora de los dias; llega con la otra al período final de los tiempos; únense las dos vertientes de la humanidad en la persona de Jesus, principio y fin de todas las cosas; y la forma bajo la que van á aparecérsenos estas inefables maravillas es «un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.»

CAPITULO III.

DIVINA INFANCIA.

SUMARIO.

§ I. LA NATIVIDAD.

- 1.—Narracion evangélica de la Navidad.—2. Las divinas Magnificencias del Establo.—3. El racionalismo moderno quiere que naciese Jesucristo en Nazareth.—4. Pruebas intrínsecas de la verdad del relato evangélico El *Primogenitus*, entre los Hebreos.—5. *Invenietis infantem positum in præsepio*.—6. Pruebas estrínsecas de la narracion evangélica. Antigüedad de la peregrinacion de Belen.—7. Testimonios históricos. Conclusion.

§ II. CIRCUNCISION. PRESENTACION EN EL TEMPLO.

- 8.—Los ritos hebraicos de la Circuncision.—9. El Nombre.—10. Purificacion de Maria en el Templo de Jerusalen. El anciano Simeon. La profetisa Ana.—11. Ceremonias rituales de la Purificacion.—12. Milagro de autenticidad de la narracion evangélica. El séquito del Dios niño, en el Templo de Jerusalem.

§ III. LOS MAGOS, HUIDA A EGIPTO.

- 13.—Adoracion de los Magos. Partida de la Santa Familia para Egipto.—14. Denegaciones racionalistas.—15. La Estrella de los Magos esperada por todo el universo, en la época del nacimiento de Jesucristo.—16. ¿Donde ha nacido el nuevo rey de los Judios!—17. Realidad de la narracion evangélica.—18. Conclusion.

§ IV. DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.

- 19.—Política de Herodes relativamente á los Magos.—20. Degollacion de los niños de Belen.—21. *Salvete, flores Martyrum!*

§ V. LA VUELTA DE EGIPTO.

- 22.—Ultimas crueldades y muerte de Herodes.—23. Testamento y funerales de Herodes.—24. El Angel del regreso. Advenimiento de Arquelaos en Judea.—25. Rebelion en el Templo de Jerusalem durante las solemnidades de Pascua.—26. Regreso de la santa Familia á Nazareth.

§ VI. REDUCCION DE LA JUDEA EN PROVINCIA ROMANA.

- 27.—Reparticion de Palestina entre los hijos de Herodes, por Augusto.—28. Deposition de Arquelaos por Augusto. Reduccion de la Judea á provincia romana.—29. Empadronamiento definitivo de la Judea por Quirinio.

§ VII. JESUS EN MEDIO DE LOS DOCTORES.

30.—El niño Jesus perdido y hallado en el Templo. La educacion de Jesus segun los racionalistas.—31. Pretendidos hermanos y hermanas de Jesus.—32. Imposibilidad de introducir en la narracion evangélica, los pretendidos hermanos y hermanas de Jesus.—33. ¿Eran hijos de María los hermanos de Jesus nombrados en el Evangelio?—34. Sentido de la palabra «hermano» en estilo hebraico.—35. Los hermanos oscuros de Jesus.

§ I. LA NATIVIDAD.

1. Habia gran muchedumbre en las cercanías de Belen, porque acudian á ellas todos los individuos de la descendencia real que habia en los diversos puntos de la Judea á empadronarse, segun el tenor del decreto imperial. «Habíase cumplido el tiempo en que María debia dar á luz; y parió á su hijo primogénito y envolvióle en pañales y recostóle en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el meson. Y habia en aquellos contornos unos pastores que velaban y hacian centinela de noche sobre su ganado. Cuando de improviso apareció delante de ellos un Angel del Señor, y cercólos con su resplandor una luz celestial, lo cual les llenó de grande espanto. Y el Angel les dijo: no temais nada, porque mirad que os anuncio una gran nueva, que llenará de gozo á todo el pueblo. Y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo Señor. Y hé aquí la señal por qué le conoceréis: hallareis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.—Y súbitamente se unieron al Angel multitud de espíritus celestiales que cantaban las alabanzas del Señor diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.—Y luego que se alejaron de ellos los coros angélicos para volar al cielo, decian entre sí los pastores: Vamos hasta Belen y veamos este suceso prodigioso que acaba de succder y que el Señor nos ha hecho anunciar.—Y dándose prisa, fueron y hallaron á María y Josef y al Niño reclinado en un pesebre. Y viéndole, reconocieron la verdad de las palabras del Angel y entendieron cuanto se les habia dicho de este Niño. Y todos los que lo oyeron, quedaron admirados de las maravillas que los pastores les contaban. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazon. Y los pastores se volvieron glorificando y alabando á Dios por todo lo que

habian oido y visto, como se les habia revelado por los Angeles ¹.»

2. El mundo entero ha seguido á los pastores al establo de Belen. Prostrnado ante el pesebre, regando con lágrimas el humilde

¹ Lucas II, 6-20. *El Dies Natalis Domini*, tan elocuentemente celebrado por todos los padres de la Iglesia griega y latina, se ha transformado en nuestra lengua en el de *Natividad* (traducción de la expresión romana *Natal*). Para lo relativo á la admirable liturgia de Natividad, conviene estudiar el capítulo que se le dedica en el *Rational* de Durand de Mende, verdadero monumento de erudición y de piedad, cuyo estudio descuidado por tanto tiempo, principia en fin á tener favor, y que debería ser familiar á todos los sacerdotes (*Rational*, trad. de M. C. Barthelemy, tom. III, p. 217, París, Vivés, 1854. —(N. de M. Darras.)

Jesucristo vino al mundo cuando el reinado de la luz comienza á vencer las tinieblas de la naturaleza, en el día del solsticio de invierno, cuando llegando el sol al signo de Capricornio, comienza á levantarse sobre el punto solsticial, y á subir de nuevo hácia la primavera, época notable en que apenas puede la humanidad creer á sus ojos, y duda en cierto modo, si es esto efecto de una ilusión óptica. Así, los antiguos habian establecido doce días característicos desde aquel en que el sol vuelve á principiar su brillante carrera, ó bien segun los fastos romanos, desde el 25 de diciembre al 6 de enero. La antigüedad celebraba este espacio de tiempo, como las doce noches santas del año. A estos días misteriosos suceden inmediatamente la Epifanía ó el día de la manifestación. En efecto, en este momento ha pasado el sol realmente el punto solsticial, y este día de la naturaleza que se creia perdido, vuelve á aparecer por fin. Cesa el luto y luce y se ostenta una alegría universal que se manifiesta, en la antigüedad, por medio de fiestas religiosas. Los romanos celebraban el 24 de diciembre con juegos públicos el nacimiento del Invencible, es decir, del sol (*natalis Invicti*), y el principio de año nuevo. Los egipcios, al contrario, principiaban el año el 6 de enero, y solemnizaban este día con grandes demostraciones de júbilo. Porque era en efecto la época en que habian cesado las inundaciones del Nilo, en que la naturaleza se engalana con sus mas bellos atavíos y en que reaparece la primavera.

Toda la cristiandad celebra la Encarnación del Verbo el 25 de marzo, en esta época tan importante para la naturaleza, en que la creación recibe por decirlo así, un nuevo soplo de vida y se rejuvenece á los rayos mas ardientes del sol. Debemos, pues, contar doscientos setenta y cinco días desde el momento de la Encarnación hasta el del Nacimiento: de suerte que esto coincide con la época en que comienza el sol una nueva carrera. Y en la antigüedad, los persas, adoradores de Mithra celebraban el nacimiento del sol el 24 de diciembre, en el solsticio de invierno; y se halla un recuerdo de esta fiesta en muchos de sus sepulcros, donde se representa el sol con una aureola de rayos en la cabeza, rodeado de los animales sagrados de Ormuzd, tendido en una gruta y recibiendo los homenajes y los dones de los magos. Estas representaciones tienen una grande analogía con las de los primeros siglos cristianos, tales como se ven en las catacumbas. Por otra parte, los egipcios solemnizaban tambien el 24 de diciembre, como el día en que nació de Isis el sol, con el nombre de Harpocrates; y en esta festividad esclamaban los sacerdotes: «Regocijaos: ya lo hemos encontrado.» El sol niño ó naciente se representa en este pueblo con el nombre y la imagen de Horo, naciente y reposando en el seno de la Virgen celestial, con la cabeza circundada de una aureola. Lo mismo es respecto del Christna indio. Cristo es, pues, propiamente el sol de justicia, la luz que se eleva para los que habitan en la sombra de la muerte y para el pueblo que camina en las tinieblas, como dice Isaías (IX, 2). Era, pues, conveniente que apareciese en la tierra en la época en que principia á nacer el sol.

El Nacimiento de Cristo coincide con el período histórico, en que segun el cálculo

lecho donde descansa un Dios, se anonada el hombre en un éxtasis de amor, de adoracion y de reconocimiento. ¡Así era en efecto como debía nacer un Dios! Si la miserable vanidad humana hubiera

de todos los pueblos, termina el año de Dios, compuesto de cuatro mil trescientos veinte de nuestros años lunares. Coincide con la época en que la grande estrella de los orientales, prometida hacia tanto tiempo, apareció en el cielo acompañada de una conjuncion general de los planetas. Esta época era un día de fiesta para la historia y para el firmamento; debía, pues, ser tambien un día de fiesta para la tierra. En el nacimiento del Salvador, en efecto, celebra esta el gran misterio de su renovacion; entonces es cuando despues de haber terminado su carrera, vuelve á comenzar otra nueva.

Por la misma analogía, tuvo lugar la glorificacion del Salvador en la época en que el sol, en medio de su carrera, había llegado al grado mas alto de su esplendor, y salió del sepulcro con los primeros resplandores de la aurora. De suerte, que en su vida se aunan y se penetran mutuamente los misterios de la naturaleza y los de la mitología, ó la revelacion natural y la revelacion divina.

La naturaleza, en efecto, tal como fue producida al principio por el Verbo eterno, no es mas que una revelacion escrita en caracteres mas toscos. ¿Deberemos, pues, admirarnos, de que se armonice tan perfectamente el orden de la naturaleza en todo el curso del año, con el orden de las fiestas de la Iglesia y del firmamento? La Iglesia misma ha reconocido desde los primeros siglos esta relacion, y ha entendido en estos dos sentidos las palabras de San Juan: Es preciso que él crezca y que yo disminuya (San Juan, III, 30.) San Juan Bautista nació en el solsticio de estío, en que principian á disminuir los días; Cristo, al contrario, nació en el solsticio de invierno, en que principian los días á crecer.

Esta celebracion del nacimiento del Señor el 25 de diciembre, se encuentra no solo entre los cristianos de Occidente, sino tambien en los de Oriente, segun espone el doctor Sepp en su *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*; parte 1.^a cap. VIII, de quien tomamos estas noticias.

Los Griegos llaman el día del nacimiento de Cristo el día de *las luces*, los Alemanes al contrario, lo llaman la *noche sagrada*. Despues de la transposicion del calendario judío al calendario juliano, se llamó este día, *noche santa*. La Iglesia de Oriente llama al domingo antes y despues de Navidad: *domingo antes de las luces*, y *domingo despues de las luces*. Asimismo, los antiguos paganos llamaban á nuestra época de Navidad, es decir, el tiempo que transcurre desde el 25 de diciembre al 6 de enero, las *doce noches santas* en que celebraban los judíos la festividad de la dedicacion del Templo, del 25 de cisleu hasta el 1.^o de tebeth. En efecto, ciento sesenta y cuatro años antesde nuestra era, el día 25 del noveno mes del año eclesiástico de los judíos, Judas Macabeo, despues de una memorable victoria sobre los Sirios, consagró de nuevo el altar en el mismo día en que tres años antes, había sido profanado el templo por vez primera por el rey Antiocho. Despues de haber buscado en el templo aceite de la época anterior á la profanacion, se encontró lo suficiente para un día; pero este aceite duró por milagro de Dios, por espacio de ocho días enteros como una luz sagrada. De aquí provino el uso entre los judíos de solemnizar durante ocho días la dedicacion del templo. Y durante las ocho noches de esta santa semana, entonando aleluyas y cánticos de alabanza, se encendia en todas las casas, no solo de Jerusalem, sino tambien de la Judea, y donde quiera que habia Judíos, un gran número de luces, como hacemos actualmente en la festividad de la Candelaria; lo cual causaba un gran regocijo en todo el país. De este uso tomó la festividad de la dedicacion el nombre de fiesta de las *luminarias*, y se llamaron las ocho noches de esta festividad, las *Noches Sagradas*, ó el tiempo de la santa noche.

Así, por una particular providencia, Jesús, la luz del mundo, el fundador de la nueva

tenido que escoger su cuna, la hubiera sin duda colocado sobre las gradas de un trono; la hubiera rodeado de todos los cuidados y de todo el celo de una multitud servil; hubiese despertado el estrépito de las trompas sonoras los ecos lejanos, anunciando á la tierra el nacimiento de un nuevo Señor, y se hubiera estremecido la cabaña al oír la señal esperada del palacio. ¡Cuán pobres son las magestades de este mundo ante Dios! ¡qué silencioso les parece el estampido de nuestros truenos! ¡cuán nada nuestras grandezas! Lo que llamamos riqueza solo es un manto prestado para cubrir nuestras miserias reales; lo que se adorna con el nombre de poder, solo es una muestra de una servidumbre mas patente; al descender pues Dios á este mundo, no podia enlazarse con nuestras falaces pompas. «Pero el bucy del establo reconoció á su Criador, y el asno supo distinguir el pesebre de su Dios ¹.» Los Angeles visitaron las campiñas de la Natividad, como en los dias en que Job apacentaba en ellas sus ganados. «Los pueblos sentados en las tinieblas, en la sombra de la muerte,» inclinados bajo un yugo de hierro en el *Ergastulo* romano, «vieron elevarse la luz ².» Hánse verificado los decretos de salvacion, registrados desde la eternidad en los consejos de la Providencia. «El Verbo se ha hecho carne. Gloria á Dios en los esplendores del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Los pastores son los primeros adoradores del Rey inmortal de la paz, que acaba de nacer; las primicias del divino Pastor que va á reunir los rebaños de las generaciones humanas, en el redil de su Iglesia ³. Maria, la Virgen Inmaculada, los introduce

alianza, nació en medio de las alcuvas del cielo y de la tierra, en la santa noche, el 25 eisleu, en el dia en que se consagró el altar y se purificó el templo de los Judios, ocho dias antes de la nueva luna de tebeth, en medio de las fiestas de las luces y de los esplendores del firmamento iluminado para celebrar su nacimiento. Cuando mas adelante se substituyó el calendario judío con el romano, se trasladó el 25 eisleu al 25 de diciembre que le correspondia, de suerte que la fiesta de Navidad coincidía con la fiesta pagana del sol y las saturnales de los Romanos y con el dia 25 del noveno mes de los Egipcios.

Jesus, vino pues, al mundo, anunciado por el coro de los planetas, todos los cuales solemnizaban unánimes su semana jubilar. Nació mientras se hallaba su estrella profética en el signo de los Peces; nació como Salvador del mundo, en medio de los cánticos de todos los coros celestiales (V. Sepp., part. 2.^a, cap. VI).—(N. del T.)

¹ Isaías, cap. I, 3.—² Isaías, IX, 2.

³ Háse objetado contra la manifestacion de los Pastores en Belen, el ser en el tiempo del año en que nació Jesucristo las noches muy frias y estar los caminos en muy mal estado para que pudieran guardar los pastores por la noche sus rebaños. Pero á esta dificultad se ha contestado muy sencillamente. En Palestina imposibilitaban dos estacio-

cerca del Niño, á quien han envuelto sus manos en pañales; á quien tiene derecho de llamar hijo suyo y el deber de adorar como á su Dios. José, el heredero de David, contempla con ellos al jefe prometido de Israel, cuyo reinado no tendrá fin. La narracion de los pastores circula entre la multitud atraida á Belen por el edicto de Augusto: y se despierta la admiracion sobre el pesebre donde reposa un niño. Solo convenian tales pompas al Verbo encarnado; pues resalta mas su divinidad en la desnudez del establo y en la humildad del pesebre.

3. Pero estudiemos bajo el punto de vista de la autenticidad his-

nes el pasturage á causa de las lluvias. Las primeras lluvias caian comunmente por tres veces distintas en el mes de noviembre, y las últimas en el de marzo. Hacia primeros de marzo, dejaban los ganados las soledades de Judá y los pastos de Siria para volver á los apriscos; y volvian en las Pascuas á los pastos que les ofrecian en Palestina los desiertos de Mahon, Engaddi y Jericó. Pero el Evangelio no se refiere á esta clase de pasturage en que se reunian rebaños inmensos, sino solo á los pastores que guardaban sus rebaños en las praderas cercanas á Belen. No ignoran, pues, los viajeros, que en estas comarcas á fines de diciembre, despues de la lluvia, vuelven á aparecer ya las flores. Sabido es tambien, que en ellas existe una gran diferencia de temperatura entre estos dos inviernos. Los Arabes, despues de las lluvias de diciembre, acostumbran á descender de las montañas con sus rebaños para apacentarlos en las llanuras, y esto es lo que hicieron los pastores de Belen. «Vamos hasta Belen,» dijeron. Esta costumbre existia tambien, segun el testimonio de Ciceron, entre los pastores árabes, los de Cilicia y de Frigia. El Génesis (XXXI, 40) nos da á entender que lo mismo sucedia en Mesopotamia. No podia ser de otra suerte en la tierra prometida, cercana á estos países, y de un clima mas cálido que los nuestros. Si hoy es de otra suerte, debe atribuirse á la maldicion, que pesa desde la muerte del Hombre Dios sobre el pueblo judío y sobre el suelo que habitó en otro tiempo.

Además, en la campiña de Belen se hallaba tambien aquella torre en que se abrigan los pastores de la comarca y de que habla el profeta Miqueas (IV, 8). «Torre nebulosa de la hija de Sion, donde se abrigan los rebaños, hasta ti vendrá la antigua dominacion, el reino de la hija de Jerusalem.» Esta torre se halla cerca de Belen, donde habia levantado en otro tiempo Israel sus tiendas, torre donde se abrigan los ganados durante la noche, y de la cual se lee en el *Targum* de Jonathan en el Genesis (XXV). «Mas allá de la torre de Eder, que es el sitio de donde se manifestará el Rey Mesías al fin de los dias.» Podemos decir, pues, sustituyendo lo pasado á lo futuro, «que es el lugar ó sitio, donde nació el Mesías.» Existian esta clase de torres de observacion en las campiñas y en las alturas, como en los viñedos de que se habla en San Marcos (XI, 1), y en el dia son necesarias á los Arabes para evitar los ataques de los Beduinos. Pero habia además de esto algo particular respecto de las campiñas situadas entre Jerusalem y Belen, porque en ellas era donde se apacentaban los rebaños de corderos, de ovejas y de becerros, destinados para los sacrificios diarios del templo. Los pastores que tributaron los primeros homenajes al Salvador del mundo, guardaban esta clase de rebaños; y velaban reunidos alrededor de hogueras, cuyas veladas comprendian, entre los Griegos y Romanos, la cuarta parte de toda la noche y entre los Hebreos la tercera, alternándose cada tres horas en verano, y cada cuatro en invierno: D. Sepp., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, parte 1.^a, cap. 8.—(N. del T.)

tórica, la narracion de este maravilloso nacimiento. Al par del encanto divino que causa el texto sagrado en los corazones, hay en él, en cada pormenor, un perfume de verdad que conviene manifestar por medio de un sério análisis, en un tiempo en que parece haberlo invadido todo la negacion. La Europa entera ha leído en estos últimos dias una *Vida de Jesus*, que principia con estas palabras: «Jesus nació en Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, que no tuvo anteriormente celebridad alguna ¹.» Si bastara escribir una paradoja para hacerla creer, permaneceria Nazareth investida del honor inesperado de haber sido la cuna de Jesucristo. Pero la historia no procede por medio de afirmaciones, sino que exige pruebas. Cuando se trata de saber en qué lugar nació Augusto, se recoge el testimonio de Suetonio, de Tácito, de Dion y de los autores que nos transmitieron la vida de este príncipe. Como todos están unánimes en decir que nació Augusto en Roma, tendríamos lástima de oír afirmar á un escritor, alejado por diez y nueve siglos de los hechos

¹ *Vida de Jesus*, pág. 19. El autor cita en apoyo de su asercion: «Math. XIII, 54 y siguientes; Marc. VI y siguientes; Juan I, 45, 46.» Segun su modo habitual, solo pone por nota los números de los versículos evangélicos, sin reproducir el texto. Asi pues, nadie duda que «Mateo XIII, 54; Marc. VI, 1; Juan I, 45, 46,» afirman positivamente que Jesus nació en Nazareth. Pues bien, ninguno de estos tres Evangelistas en los pasajes indicados, dice una palabra sobre ellos, lo cual es sorprendente é increíble, ¡pero así es! Los padres de Jesucristo moraban en Nazareth de Galilea, habiendo pasado el Salvador toda su infancia y su juventud en esta poblacion. La patria de Jesucristo era pues, para los Judíos sus contemporáneos, así como para nosotros, el lugar donde se le había visto crecer y residir el mismo, sin interrupcion hasta la edad de treinta años. Así, la inscripcion que se pondrá mas adelante en la cruz del Calvario será esta: *Jesus Nazareno, rey de los Judíos*. Así pues, no hablan San Mat. XIII, 54; San Marc. VI, 1; San Juan, I, 45, 46 en manera alguna del lugar del nacimiento de Jesucristo. Hé aquí sus mismas palabras: «Al volver á su patria Jesus, les enseñaba en las sinagogas.» *Veniens in patriam suam docebat eos in sinagogis eorum* (Mat. XIII, 54). «Y habiendo vuelto Jesus á su patria, le siguieron todos sus discípulos.» *Et egressus inde abiit in patriam suam, et sequebantur eum discipuli sui* (Marc. VI, 1). El lugar de residencia y el lugar del nacimiento son dos cosas distintas aun en el día. Cuando hablan, pues, San Mateo y San Marcos del lugar de residencia de Jesucristo, da á entender el racionalismo que hablaron del lugar de su nacimiento. Es fácil que los lectores vulgares no adviertan el equívoco; pero los lectores graves y formales condenaran semejante táctica. ¿Qué nombre daremos á un autor que escribe; que «Juan, I, 45, 46,» hace nacer á Jesus en Nazareth? Hé aquí el texto de San Juan: «Encontró Felipe á Nathanael y le dijo: Hemos hallado al Cristo anunciado por Moisés y los Profetas; es Jesus, hijo de Josef de Nazareth: *Invenit Philippus Nathanael, et dicit ei: Quem scripsit Moyses in lege, et propheta, invenimus Jesus filium Joseph a Nazareth* (Joan. I, 45). Aquí no era posible el miserable equívoco sobre el lugar de residencia y el lugar de nacimiento de Jesucristo puesto que no hay duda que se refiere á Josef la localidad de Nazareth. — (N. de M. D.)

Debe advertirse tambien acerca de los textos de San Mateo y de San Marcos, en que se usa de la palabra *patria*, respecto de Nazareth, y en especial, el de San Mateo.

de que habla, que este emperador nació en Mesina. Pues bien, la historia de Jesucristo interesa al mundo con mejor título que la de Augusto. De los cuatro Evangelistas que nos la han trasmitido, ninguno coloca el nacimiento del Salvador en Nazareth, sino que proclaman que Jesus nació en Belen. Además de su texto formal, hemos citado testimonios irrecusables que consignan el mismo hecho; por consiguiente, tiene derecho el lector de contestar con un solemne desprecio á la afirmacion exenta de pruebas que acaba de esponsorarse. En los siglos en que era el Evangelio un testo popular, y se hallaba grabado en todas las memorias y era perfectamente comprendido por todas las inteligencias, se hubiera juzgado la reciente exégesis con una solemne carcajada. No queremos hacer á nuestra época la injuria de tomar por lo sério los nuevos sofismas; pero permítasenos al menos que espongamos sobre este punto lo que sabian todos nuestros padres, y lo que es de temer que hayan olvidado ge-

que no pueden prevalecer ni destruir la fuerza del texto del mismo Evangelista. (Capítulo 3, v. 3, 4, 5 y 6), en que dice circunstanciada y terminantemente que «*habiendo nacido Jesus en Belen de Judá, en los dias del rey Herodes vinieron del Oriente á Jerusalen unos magos;*» ni asimismo, el texto en que refiere el nacimiento de Jesus en Belen, el cumplimiento de la profecía de Miqueas, que ocupaba y dominaba todas las almas, sobre que Jesus naceria en *Belen*, espresando circunstanciada y positivamente el anuncio hecho á Herodes por los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo de que debía nacer Cristo en *Belen*; el hecho de enviar este rey á Belen á los magos que venian de Oriente, siguiendo la estrella que les habia de designar el sitio en que habia de nacer Jesus, y el de haber encontrado éstos y adorado efectivamente al niño recién nacido en *Belen*, Asi, pues, aunque quisiera hallarse contradiccion entre la palabra fugitiva *patria*, usada en el capítulo XIII, v. 54, y el relato del cap. II, v. 1 y siguientes, no podria aquella palabra destruir la fuerza de este texto, porque afirmando y repitiendo San Mateo en una narracion seguida y terminante que nació Jesus en *Belen*, preciso es dar á lo que dice como de paso de Nazaret una interpretacion que deja en pie aquel testimonio.

El texto de San Lucas sobre que Jesus fue *criado* en Nazaret se halla tambien explicado y suplido, digámoslo así, por el texto del capítulo II, v. 1 y siguientes, en que traza este Evangelista el admirable relato del viaje de Maria y de Josef á *Belen* para empadronarse; *el nacimiento de Jesus en Belen* en el pesebre que le sirve de cuna, «y estando allí (en Belen) se cumplió el tiempo en que habia de parir y *parió* á su hijo primogénito (v. 6 y 7);» la aparicion milagrosa de los ángeles á los pastores que guardaban sus rebaños, y la adoracion del recién nacido con el título del Salvador por estos humildes pastores en presencia de Maria y de Josef, que admiran meditando las maravillas que oyen referir. Este relato es de gran exactitud, y coincide confirmándolo, con el de San Mateo. San Lucas usa de una espresion mas suave en el primer texto, que la de San Mateo, puesto que dice que Jesus *fue criado* en Nazaret, pero tanto el uno como el otro evangelista, declaran terminantemente que *Jesus nació en Belen*. (Segunda pastoral de M. Plantier, obispo de Nimes, contra el libro intitulado *Vida de Jesus*, por Ernesto Renan, pág. 94 y siguientes).—(Y. del T.)

neralmente sus hijos, al aprender, por otra parte, otras muchas cosas. El texto de San Lucas relativo al nacimiento de Jesucristo en Belén no se apoya únicamente en la inspiración divina del Evangelista. Este título de credibilidad, el más grande para un alma cristiana, no hubiera tenido valor alguno, como es fácil concebir, respecto de los paganos, á quienes era necesario convertir; no lo tiene tampoco por desgracia relativamente á la incredulidad moderna, que quiere pruebas humanas, para someterse á la palabra de Dios. Pues bien, superabundan las pruebas humanas; la más directa y la más perceptible es la que resulta del exámen mismo de la narración del Evangelio.

4. María, dice San Lucas, «dió á luz á su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le reclinó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón.» Estas sencillas palabras no podían escribirse ni por un falsario cristiano, ni por un autor que no conociera las costumbres judaicas; solo pudieron serlo por un contemporáneo, que conociera perfectamente la disposición de los sitios de que habla, y que supiese de un modo práctico, muy por menor la constitución judía. El supuesto apócrifo no se hubiera valido de la expresión: «su hijo primogénito.» Por una parte, le hubiera parecido una redundancia enteramente inútil y una candidez sin objeto, cuando acababa de referir los pormenores de la Anunciación angélica hecha á la Virgen María, el sueño de Josef y las ansiedades del Patriarca. En tales circunstancias, era bastante claro que el Hijo de María solo podía ser un primogénito, y nunca hubiera pensado un autor común en mencionar nuevamente esta particularidad. Por otra parte, un falsario cristiano hubiera evitado cuidadosamente este término, de que podían prevalerse los paganos para deducir de él la existencia posterior de otros hijos de la Santísima Virgen. Aun en el día, no ha desaprovechado el racionalismo una ocasión, al parecer tan favorable ¹; porque en efecto, en nuestros idiomas y hábitos modernos, así como entre los mismos paganos, la palabra «primogénito» no tiene otra acepción que la de mayor. Así

¹ «La familia, bien proviniera de uno ó de muchos matrimonios, era bastante numerosa. Jesús tenía hermanos y hermanas, de los cuales parece haber sido el mayor.» (*Vida de Jesús*, pág. 23). Para justificar este título de mayor, remite el autor naturalmente á San Mateo, I, 25; *Peperit filium suum primogenitum*. Aquí solo contestamos á la falsa interpretación de la palabra *Primogenitus*. En los números 26, 27 y 28 de este capítulo, se hallará tratada con toda extensión la cuestión de la Virginitad de María.

desde el siglo IV, es decir, desde la ruina de Jerusalem, cuando se hallaban olvidadas las tradiciones judáicas, un hereje latino, Helvidio, en su ignorancia, se apoyaba en la palabra del Evangelista, para sostener que María tuvo otros hijos despues de Jesucristo. Pues bien, lo que no hubiera imaginado quizá un apócrifo, lo que se hubiera guardado bien de afirmar un escritor vulgar, lo espresa San Lucas de un modo formal, y lo repite San Mateo en los mismos términos. Los dos Evangelistas, que han referido el nacimiento del Salvador, se valen de la misma espresion: «Dió á luz á su hijo primogénito ¹» y no obstante, ambos acababan de dar á María el nombre de Virgen. Esto consiste en que la palabra *Primogenitus*, era entre los Judíos un título jurídico, que tenia un significado especial, que no tuvo analogía en ninguna otra sociedad, pues la palabra «mayor» no equivale á ésta. La ley de Moisés daba el nombre de «primogénito» hasta á un hijo único, confiriéndolo desde el instante del nacimiento á todo niño varon que abria la carrera bendita de la maternidad á una mujer de Israel. Segun nuestros usos, seria absurdo llamar «mayor» á un hijo que no tiene todavia hermanos ni hermanas, no pudiendo aplicársele esta calificacion hasta mas adelante, en el caso de que nacieran otros hijos. Y por esto precisamente, si fuera el texto evangélico obra de un apócrifo, no leeríamos el título de *Primogenitus* en la narracion de la Natividad del Salvador. Pero segun el estilo hebreico, hallábase investido Jesus, hijo de la Virgen María, desde el momento en que nacia en el establo de Belen, de la prerogativa y de las cargas de la primogenitura. «Todo lo que nazca primero entre los hijos de Israel, dice el Señor á Moisés, me pertenece en propiedad y queda marcado con el sello de mi santidad.—Separareis para hacer mi porcion todos los hijos varones que tengan el carácter de la primogenitura, y me los consagrareis ².» Tal era en un principio la devolucion legal que ponia á todos los primogénitos del pueblo judío en una clase aparte, que formaba el dominio propio y esclusivo de Jehovah y de su Templo. Sabido es que esta disposicion particular á la nacionalidad de los Hebreos, se referia directamente al gran acontecimiento de la salida de Egipto; cuando todos los primogénitos de Mesraim «desde el heredero de Faraon hasta el hijo de la servidora em-

¹ Matht. I, 25; Luc., II, 7.—² Exod. XIII, 2.

pleada en dar vueltas á la muela ¹ fueron muertos en una sola noche ². Estamos muy lejos, fácil es comprenderlo, de nuestras ideas modernas, sobre el título y el derecho de primogenitura. En compensacion de los primogénitos de los Hebreos, cuyo número hubiera escedido pronto de las necesidades del ministerio sacerdotal, y de los demás servicios religiosos, se habia reservado Jehovah, como propia suya toda la tribu de Leví ³; pero con la condicion espresa de que se presentarían en el Templo todos los primogénitos y serian rescatados con una compensacion individual en dinero ⁴. Hé aquí lo que significa la palabra *Primogenitum*, empleada por los Evangelistas. En otro tiempo, sabia esto el último escolar de Europa, no solamente de las universidades católicas, sino del seno del mismo protestantismo. Grocio no creia que valiera la pena de insistir por mas tiempo sobre este hecho. «La espresion de primogénito, dice, se refiere á las dignidades y á las prerogativas que, en todos tiempos, y aun antes de la ley de Moisés, se atribuian á los hijos varones, ya fuesen únicos ó ya hubiese menores ⁵.» No está menos terminante Calvino, cuyo testimonio no puede ser sospechoso. «A pretesto de este pasaje ⁶, dice, suscitó Helvidio en su tiempo grandes turbulencias en la Iglesia, por intentar sostener con él que María no fue Virgen, sino hasta que dió á luz á Jesus, porque despues tuvo otros hijos. Bástanos, pues, decir que esto no viene á propósito de lo que dice el Evangelista, y que es una locura querer deducir de este pasaje lo que sucedió despues del nacimiento de Cristo. Llámasele primogénito, mas no por otra razon, sino á fin de que sepamos que nació de una madre Virgen, y que jamás habia tenido hijo alguno... Sabido es que segun el uso comun de la Escritura, deben entenderse asi estas locuciones. Verdaderamente este es un punto sobre el cual no moverá disputa jamás hombre alguno, sino es algun porfiado y zumbon ⁷.»

5. *El Primogenitum* evangélico es, pues, por sí solo una demostracion, puesto que supone todo un orden de doctrinas y de hechos que solo podia ser familiar á un autor contemporáneo: que implica

¹ *Ibid.* 12.—² *Exod.* XI, 5; *Exod.* XIII, 14.—³ *Num.* X, 13.—⁴ *Exod.* XIII, 13.—⁵ Grocio, *Annotat. in Math. Oper., Theolog.*, tom. II, vol. I, pág. 15.

⁶ *Math.* I, 25. Advertirán los lectores que este pasaje es exactamente el mismo que cita el autor de la *Vida de Jesus*, en apoyo de un error refutado hace mil seiscientos años.

⁷ Calvino. *Comentarios sobre la armonia Evangélica*, pág. 11.

un estado social, una constitucion, leyes, usos, que si bien era posible conocer con posterioridad á ellos, puesto que hoy los sabemos por medio de un estudio retrospectivo, sin embargo, un escritor estraño no hubiera tenido jamás la idea de recordar, en una circunstancia en que podia la agregacion de esta palabra parecer no solo supérflua, sino tambien evidentemente peligrosa por la abusiva interpretacion á que podia prestarse. Los Evangelistas no han cedido á ninguna preocupacion de este género, sino que han consignado un hecho de la manera y con las condiciones de existencia con que se habia verificado. Ni mas ni menos; y por poco que se reflexione sériamente, se verá, que este proceder da aquí á sus palabras un carácter de autenticidad verdaderamente incontestable. La continuacion del relato de San Lucas nos suministra una prueba del mismo género. Despues de haber dado á luz á su hijo primogénito, «le envolvió María en pañales, y le reclinó en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el meson.» Trasládese la escena á otro punto distinto del de la Judea y del Oriente en general, y pierden su sentido estas indicaciones tan exactas, pareciendo incoherentes. Nuestra palabra «meson» que es la que mas se acerca al término empleado por el Evangelista, está sin embargo, muy lejos de traducir esto con exactitud, siendo la idea que presenta al entendimiento completamente estraña á la realidad histórica. No habia «meson» alguno, segun el sentido actual de esta palabra, ni en Bellen, ni en el resto de la Palestina. Aun hoy mismo, los pocos establecimientos de esta clase que se encuentran allí, son importaciones europeas, que no frecuentan los indígenas. Entre los Judíos, era la hospitalidad una ley sagrada para cada familia. La casa del rico tenia un local destinado para la recepcion de los huéspedes; el techo del pobre ó la tienda de los pastores se partian generalmente con el forastero que se presentaba en ellos, habiéndose conservado la costumbre del tiempo de Abraham de lavar los pies al viajero. Pero á la entrada de cada aldea, se habia establecido para las caravanas que no querian hospedarse ó que eran demasiado numerosos para recurrir á la hospitalidad privada, un abrigo para los hombres y para las mercancías; y esto es positivamente lo que designa San Lucas con la espresion griega *καταλύμα*. (Sitio para descargar los fardos). En este lugar tenia cada viajero que proveer por sí mismo y como le parecia, á sus propias necesidades. Al lado de la caravanera, por-

que este término oriental pinta mejor las costumbres del Oriente, tenían los animales el *Præsepium*, donde podían descansar, y sustentarse con lo que sus dueños les distribuían. Estas nociones preliminares nos permiten apreciar perfectamente el conjunto y cada uno de los pormenores evangélicos. Llegan Josef y María por la noche al término de su viaje, y encuentran lleno Belén de la gente que acude á empadronarse allí; tan cierto es que no se había extinguido la familia de David, una de las mas numerosas y mas importantes de las de Judá. Todas las casas de la poblacion se hallan ocupadas, como lo prueba el hallarse obstruida de gente la misma caravana; los ilustres viajeros se retiran al *Præsepium*, abrigo provisional de que participan realmente con los animales. Allí nace Jesucristo, el hijo de Dios, el Verbo hecho carne; y el Angel, el primer Evangelista de esta buena nueva, dice á los pastores: «Hé aquí la señal en que reconocereis al Salvador, el Cristo que acaba de nacer. Hallareis un niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre.» Esta indicacion, segun nuestras costumbres actuales, seria sumamente vaga; porque ¿dónde encontrar á media noche, en una de nuestras aldeas, la casa que contuviera el dichoso pesebre? Pero los pastores saben lo que es el *Præsepium* de Belén. Lo conocen por experiencia; allí es donde van ellos mismos, cuando es necesario, á encerrar sus ganados. Así, no vacilan un instante; corren á él, y encuentran «á María, á Josef y al Niño reclinado en el pesebre.» La indicacion del Angel es para ellos tan circunstanciada como seria vaga en una poblacion moderna. El abrigo que habian impuesto á la Santa Familia circunstancias escepcionales era provisional. Y en efecto, cuando vayan los Magos á adorar al Hijo de Dios, no le encontrarán ya en el *Præsepium*, pues lo habian dejado Josef y María para habitar una casa de Belén. «Entrando en la casa, dice el Evangelio, encontraron al Niño y á María. No se habla ya aquí, añade San Epifanio, del *Præsepium*, ni de la gruta, sino de la morada hospitalaria que habia sustituido al abrigo provisional ¹.»

6. Cuanto mas se estudia la letra del Evangelio, mas se descubre en ella pruebas intrínsecas de autenticidad. Aunque no tuviéramos otro monumento que el texto sagrado, bastaria por sí solo para destruir todos los esfuerzos del racionalismo. Mas paralelos á

¹ San Epifanio., *Advers. hæres. LI Patrol. græc.*, tom. XLI, col. 906.

su narracion, poseemos toda una serie de testimonios que importa dar á conocer. El *Præsepium* de Belen atrajo desde la aurora de los siglos cristianos, la piadosa veneracion de los fieles y la persecucion del paganismo romano. San Justino siguió las huellas de los pastores, yendo á reconocer el sitio donde nació Jesucristo. «Vése á la puerta de Belen, dice, una gruta natural; allí es donde se vió obligado á retirarse Josef, por no haber hallado lugar en el *Diversorium* ¹.» Orígenes, decia al filósofo Celso, casi en el mismo tiempo: «Si no basta para convencer á los incrédulos la profecía de Miqueas y su admirable concordancia con la narracion evangélica; si se quiere una prueba mas decisiva de la realidad del nacimiento de Jesucristo en Belen, reflexiónese bien que hoy se enseña en Belen mismo la gruta donde nació, y en esta gruta, el pesebre en que fue envuelto en pañales. Allí están los monumentos en perfecta conformidad con la narracion evangélica. El hecho es público y notorio en toda la comarca; se halla atestiguado, aun entre los enemigos de nuestra fe, los cuales están unánimes en proclamar que, en esta gruta nació Jesus, á quien veneran y adoran los cristianos ².» Estas declaraciones del año 200 de la E. C., aun sin atender á su valor exegético, sobre el cual volveremos en breve, tienen, bajo el punto de vista dogmático, una trascendencia é importancia, que no haremos mas que indicar. Diariamente oímos á los protestantes acusar de supersticion y hasta de idolatría el respeto con que rodea la Iglesia y la piedad de los peregrinos católicos los Santos Lugares. No es raro hallar en Palestina, hombres que adoran á Jesucristo como á Dios, y que se ruborizarian de descubrirse la cabeza ó de prosternarse ante la gruta de Belen, donde fue envuelto en pañales Jesus al nacer, ante la piedra del sepulcro, donde fue envuelto el cuerpo de Jesus, descendido de la cruz, con las fajas y ligaduras de la muerte. Estos hombres pretenden mantener en su pu-

¹ *Dialog. cum Tryphone*, 78. *Patrol. græc.*, loc. cit.—² Orig. *Contra Celsum*, lib. I, cap. LI; *Patrol. græc.*, tom. XI, col. 755.

Encuéntanse vestigios del nacimiento de Cristo en la gruta de Belen en el *Midrasch Eca*, 48, 3, citado por Lightfoot, donde da un árabe noticia á un judío de haber nacido el Mesías en *Berat' Arbá*, cerca de Belen de Judá. Y añade Lightfoot: *Gratias plurimas promerebitur qui dixerit, quid sit Berat Arbá?* Cassel lo traduce por *gruta del pastor*, puesto que *bera* equivale á *fosa, caverna, gruta*, y *Arabo* se dice por *nómada ó pastor*. (*La Vida de Jesu*, romance de Ernesto Renan, preso ad exame da Giuseppe Ghirghello. Torino, 1861, pág. 272, nota 7).—(N. del T.).

reza la fe y el culto de los primeros siglos, alterados, dicen, por el catolicismo. Pues bien, en tiempo de Orígenes y de San Justino se veneraba la gruta de Belén, como la veneramos en el día. ¿Protestarán contra la piedad de la primitiva Iglesia tan solemnemente atestiguada por ilustres contemporáneos? ¿Acaso San Justino, Orígenes, y mas adelante San Gerónimo, eran culpables de idolatría por venerar el pesebre de Belén? Ni mas ni menos que no lo son los católicos del siglo XIX, al vanagloriarse de seguir, segun se lo permiten sus fuerzas, los grandes ejemplos de sus padres en la fe.

7. Para detener en su vuelo, la piedad de los primeros cristianos que les llevaba en tropel á la gruta de Belén, hizo profanar este augusto monumento el emperador Adriano, en el año 138 de nuestra Era, mandando erigir una estatua de Adonis en el lugar mismo donde hizo oír Jesus los primeros vagidos de la infancia; y las colonias paganas trasladadas por el César romano al suelo de Judea, iban á celebrar sus misterios impuros á estas campiñas que habian resonado en otro tiempo con el cántico de los Angeles ¹. «La profanacion, dice M. de Vogué, lejos de borrar el recuerdo de la Natividad, segun los Paganos, contribuyó á fijar su tradicion ².» Orígenes, en el pasaje que acabamos de citar, se apoyaba, en efecto, en el testimonio de las poblaciones paganas, establecidas entonces durante medio siglo en Belén, para consignar de un modo indestructible la autenticidad de la tradicion evangélica ³. En vista de hechos tan patentes, de significacion tan clara, precisa é irrefragable, ha sido realmente necesario especular con la ligereza que caracteriza nuestra época, y con un olvido lamentable de toda la historia religiosa, para atreverse á escribir sin temer sublevar la conciencia popular, la increíble afirmacion: «Jesus nació en Nazareth, pequeña ciudad de la Judea, sin celebridad alguna anteriormente.» Los anales del mundo no ofrecen, en su conjunto, un hecho más sólidamente consignado que el del nacimiento de Jesucristo en Belén. El suelo mismo, aun cuando faltaran los demás monumentos, protestaria de la verdad de las tradiciones. No se ha olvidado un descubrimiento reciente debido á la casualidad de una feliz investigacion. En 1859 se encontraron las

¹ San Hieron. *Epist. LVIII, ad Paulinum*; *Patrol. lat.* tom. XXII, col. 581. — ² M. de Vogué, *Iglesias de la Tierra Santa*, pág. 51, nota.

³ A los testimonios de San Justino y de Orígenes que dan al *Præsepium* de Belén el nombre de Σπηλαιον (gruta), podemos añadir los de Eusebio de Cesárea, de San Epifa-

ruinas de un monasterio fundado en tiempo de San Gerónimo y de Santa Paula, en el sitio en que se apareció el Ángel á los pastores ¹. Tan cierto es, que en nuestra época, turbada por la incredulidad racionalista, adquieren voz las mismas piedras para proclamar la autenticidad de los relatos evangélicos. Y ahora, desviando el pensamiento de estas miserables objeciones, adoremos las divinas maravillas del pesebre, diciendo con San Epifanio: «El establo de Belén es el cielo entero que ha bajado á la tierra. Las gerarquías angélicas rodean la cuna del Verbo hecho carne. Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad ².» — «¡Oh milagros! ¡Oh, prodigios! ¡Oh, misterios! esclama San Agustín. Háse suspendido el orden de la naturaleza: Dios nace hombre; una Virgen se hace fecunda, conservando su virginidad inmaculada;

nio, de San Gerónimo, todos los cuales lo llaman lo mismo. *In hoc parvo terræ foramine celorum conditor natus est* (S. Hieronym., Epist. XLVI; *Patrol. lat.*, tom. XXII, col. 490.) Esta designación tan parecida á la de la narración evangélica y al aspecto mismo de los lugares, nos permite fijar completamente las ideas sobre el *Diversorium* y el *Præsepium* de Belén. «El suelo de la Palestina, dice el doctor Sepp, se compone en gran parte de tierra calcárea, y por consiguiente, está lleno de grutas naturales.» Desde el principio se aprovecharon estas excavaciones naturales para procurar en ellas guaridas ó abrigos para los hombres y los animales, siendo de esta clase la caravenera de Belén. La parte destinada á los animales forma una gruta especial, pequeña, baja, y cuya área tiene dos pies menos que la gruta principal, sobre la que se abre á niano derecha hacia el fondo: y este es el pesebre ó *Præsepium*. La parte dispuesta para uso de los hombres, el *Karalyma* de San Lucas, el *Diversorium* de la Vulgata es una pieza irregular de forma trapezoide, que tiene 38 pies de largo, 11 de ancho y 9 de alto (*Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, por el doctor Sepp, tom. I, pág. 232; *Historia Evangélica*, por D. Pezron, tom. I, pág. 63; de Sauley, *Dict. de las Antig. bíblicas*, col. 140-141.)

¹ Hé aquí como se expresa sobre este asunto una carta dirigida de Jerusalem con fecha 17 de febrero de 1859: «Acaba de hacerse un descubrimiento de grande importancia hace apenas algunos dias en las cercanías de Beith-Lehm, en el sitio conocido por la aparición de los Angeles á los pastores. Al Este de Beit-Lehm, á igual distancia del santuario tradicional de la Aparición del Ángel á los pastores, al hacer una excavación de muchos metros en tierra, se acaba de encontrar las interesantes ruinas de un inmenso convento, de la época de S. Gerónimo y de Santa Paula, en el que se reconocen excavaciones posteriores, hechas por los Cruzados. Las cisternas son inmensas, regulares y en perfecto estado de conservación. Se ha descubierto ya el pavimento de mosaico de muchas estancias, y se está descubriendo el pavimento de mármol de la Iglesia, así como de la entrada de los subterráneos. El entusiasmo que ha ocasionado este descubrimiento es tal, que acuden á trabajar á él gratuitamente del pueblo de Beth-Sakur (de los Pastores). El sitio de estas ruinas es conocido por los árabes con el nombre de *Sior-el-Ganem* (Paseo de las Ovejas). Rodéanle considerable número de grutas muy profundas, donde acudían hasta hoy á guarecerse los pastores con sus rebaños. Muy cerca de estas grutas se halla una gran cisterna hebráica. (De Sauley. *Dict. de las Antig. bibl.* col. 805.)

² S. Epiph. *Oratio de Deipara*; *Patrol. græc.*, tom. XLIII, col. 499.

¡inefable alianza de la palabra de Dios con aquella que no conoce varon! Una madre permanece virgen: la maternidad no altera la flor de Israel. Dios, Aquel que es, y que era Criador, se hace criatura; lo inmenso se reduce, para que lo abarquen nuestros brazos: hácese pobre la riqueza eterna, revístese de carne lo incorporeal: se ve lo invisible; se toca lo impalpable: se mide lo inconmensurable; aquel á quien bendicen cielos y tierra está reclinado en el estrecho espacio de un pesebre ¹ .»

§ II. CIRCUNCISION.—PRESENTACION EN EL TEMPLO.

8. «Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el Niño, dice San Lucas, le fue puesto por nombre Jesus, que es el que el Angel le puso antes que fuese concebido ² .» La época en que debían recibir los hijos de los Hebreos la dolorosa marca del Sacramento de la Antigua Alianza, no se dejaba á discrecion de los padres. El mismo Jehovah la habia fijado diciendo á Abraham: «Cuando tenga el Niño ocho dias será circuncidado ³ .» La ley mosaica renovó el precepto. «En el octavo día recibirá la circuncision el recién nacido ⁴ .» Hállase, pues, aquí el texto evangélico en perfecta conformidad con la legislacion judía. El Hijo de Dios, que venia en su persona á consumir toda la ley, comienza en el pesebre su mision de victima sangrienta, que solo terminará en el Calvario. En el *Præsepium* de Belen, fue, pues, en efecto, donde el Cristo «que era antes de Abraham» y «cuyo nacimiento habia descado ver» el padre de los creyentes, recibió por medio de la circuncision la marca de los hijos de Abraham. Hásenos conservado por el Talmud los ritos que se usaban en esta ceremonia legal, siendo el modo de practicarlos casi el mismo en el seno del judaismo actual ⁵ . En la mañana del día octavo debían reunirse diez personas por lo menos alrededor del recién nacido. Ya hemos dicho que la operacion no era *Mohel*, se elegia, y aun se elige en la actualidad indistintamente, entre todas las clases de la poblacion judía; su habilidad es el único

¹ S. August. De *Nativit.* serm IX, citado por Cornelio á Lápide, *Comment. in Luc.* edit. Vives, tom XVI, pág. 61.—² Lucas, II, 21.—³ Genes. XVII, 12.—⁴ Levitic. XII, 3.

⁵ Leon de Módena, *Ceremonias y costumbres que se observan en el día entre los judíos, traducidas del italiano de Leon de Módena, rabino de Venecia, por el señor de Simonville.* París, 1710, en 12, pág. 412, 147; Buxfor, De la *Sinagoga judía*, cap. II; Adisson, *Del Estado presente de los judíos en Barbaria*, cap. VII.

título que le recomienda á las familias. El padre pronunciaba la oración siguiente: «Bendito sea el Señor nuestro Dios, que ha impreso su ley en nuestra carne y que marca sus hijos con el signo de su santa alianza para hacerles participantes de las bendiciones de Abraham, nuestro padre.» «Había colocadas dos sillas de honor, la una para el padrino, y la otra quedaba vacía para presentársela al niño, al cual se le dirigian al mismo tiempo estas palabras: Hé aquí la silla del profeta Elías ¹.» En todos los puntos del universo en que se hallan actualmente dispersos los hijos de Israel, observan también esta costumbre simbólica, atestiguando así su fe en la venida del precursor que debía abrir los caminos al Mesías. Mas para ellos, la silla de Elías permanece siempre vacía; háse sentado en ella Juan Bautista, y Jesucristo, el divino niño de Belén, ha enseñado al mundo de lo alto de una cátedra mas augusta que la de Moisés.

9. Después de haber verificado el sangriento rito, recitaba el *Mohel* esta bendición: Adonai, Dios de nuestros antepasados, fortifica y conserva este niño para su padre y su madre. Que se le llame..... (*Aquí se pronunciaba el nombre elegido para el niño*), y sea la alegría del padre que le engendró y de la madre que le dió á luz ². En tales circunstancias, fue ³, pues, como el nombre de Jesús proclamado en el establo de Belén, resonó en presencia de los últimos descendientes de la familia de David, reunidos en el pueblecillo originario, en virtud de la orden de Augusto. ¿Comprendieron entonces los testigos de la ceremonia legal, el sentido del nombre divino, ante el cual «se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos?» Concíbese fácilmente que los pastores instruidos por los Angeles, que la multitud, entre la que había circulado la narración de las maravillas del pesebre, debieron saludar, como un

¹ Sepp., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. I, pág. 236-237. Hállanse los mas amplios pormenores sobre esta materia en el *Racional* de Durand de Mende, edit. Vives, tom. III, pág. 429-436.

² *Racional*, tom. III, nota 7, pág. 434.

³ El carácter esencialmente tradicional del pueblo judío no permite dudar de la antigüedad de los ritos para la circuncisión, cuyo uso ha conservado. Aunque no entra el Evangelio en ningún pormenor particular sobre este punto, indica, no obstante, de un modo absoluto, que se cumplieron todas las prescripciones de la ley: *Perfecerunt omnia secundum legem Domini* (Luc., II, 39.) Es, pues, muy probable que se verificó la circuncisión de Jesucristo con las formalidades ordinarias, y que así, las circunstancias fueron semejantes á las que referimos aquí, conforme á la costumbre ritual de los Hebreos.

del ministerio de los Levitas, y menos aun, del Pontífice Supremo. Al colocar la iconografía moderna comunmente el teatro de la circuncision en el templo, dándole al Gran Sacerdote por ministro, comete, pues, una falta contra la verdad histórica. El ministro ó feliz presagio, el nombre de Jesus (Salvador), que se dió al vástago de la raza real, tanto tiempo hacia decaida. Este nombre apareció por primera vez en los anales de los Hebreos, recordando la conquista de la Tierra Prometida y las victorias de Josué. Mas adelante, en tiempo de Zorobabel, marcó el nombre de Jesus llevado por un Gran Sacerdote, el término de la cautividad de Babilonia y la inauguracion del segundo Templo. Por último, en una época reciente, el nombre de Jesus, autor del libro del *Eclesiástico*, llegó á ser como sinónimo de la sabiduría descendida del cielo para instruir á los hombres. No era, pues; el nombre de Jesus, como afecta creer el racionalismo, «un nombre muy comun ¹.» La tradicion histórica de los Hebreos le atribuia un papel importante. Cuando se dió este nombre al divino hijo de María, se persuadieron los asistentes, sin duda, que el descendiente de David, cuya cuna rodeaban, seria en algun dia un guerrero poderoso como Josué; restaurador del culto mosáico, como el gran Sacerdote Jesus, hijo de Josedech; sabio, como Jesus, hijo de Sirach. No se elevaban á mas las esperanzas de los Judíos. El yugo del cuarto imperio, el imperio de hierro, predicho por Daniel, pesaba sobre sus cabezas. Roma los anonadaba por mano de Herodes. Pero habian llegado los tiempos marcados por la profecía de Jacob; habíase cumplido el período final de las setenta semanas de años. Todos los Judíos es-

¹ «El nombre de Jesus que se le dió, dicen los racionalistas, es una alteracion de *Josué*. Era un nombre muy comun; pero naturalmente, se buscaron misterios en él mas adelante y una alusion á su papel de Salvador. Tal vez, él mismo, como todos los místicos, se exaltaba sobre este particular.» *Vida de Jesus*, pág. 2.) Esta última insinuacion en que se atrinchera la impiedad al abrigo de un *tal vez*, tiene el mismo valor científico que el *naturalmente* que la precede. Pero no se debe contestar á conjeturas. El Evangelio, cuyo texto reproducimos íntegro, no es una obra imaginaria, y basta su lectura para condenar los sueños de nuestros literatos. Pero bajo el punto de vista filosófico, escribir que *Jesus* es una alteracion de *Josué*, es esponerse voluntariamente y á sabiendas á la risa del público sensato, por tener la fútil ventaja de engañar por un instante al vulgo de los lectores. La espresion hebrea *Jehoruah*, y por abreviacion *Jesuah*, ha sido traducida en griego con la palabra *Jesus* (Setenta, Philon, Josepho.) La primera version latina del Antiguo Testamento, la traducía con la palabra *Josué*. Esto lo sabia tan bien como nosotros el autor de la *Historia de las lenguas semíticas*, cuando formulaba, para uso de la multitud, esta ridicula afirmacion: *El nombre de Jesus es una alteracion de Josué*.

peraban al conquistador salido de David que habia de fundar en Jerusalem un trono en adelante inmortal. Solo dos personas no participaron de estas ilusiones nacionales; estas fueron María, que conservaba en su corazon los misterios divinos, y Joseph, á quien habia dicho el Angel: «Pondreis al niño por nombre Jesus, porque es el que ha de librar al pueblo de sus pecados.» En cada página del Evangelio aparece la preocupacion hebráica sobre el carácter enteramente material del imperio de Cristo, debiendo ser tal su persistencia, que todavía esperan en este momento los Judíos un Mesías, un Hijo de la Estrella, cuya espada, saliendo en Jerusalem, ha de hacer de la Judea el centro de la dominacion universal del mundo.

10. «Cumplido el tiempo de la purificacion de la Virgen madre, segun la ley de Moisés, continúa San Lucas, María y Joseph llevaron al niño á Jerusalem para presentarle al Señor, conforme á lo que está escrito en la ley del Señor, que «todo varon que nazca el primero será consagrado al Señor,» y para presentar la ofrenda legal de dos tórtolas ó dos pichones. Habia á la sazón en Jerusalem un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, que esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba con él, y le habia revelado que no moriria hasta ver al Cristo del Señor. Y guiado de la inspiracion divina, vino al templo á la hora en que entraban en él con el Niño Jesus sus padres á cumplir las ceremonias legales; Simeon le tomó en sus brazos y bendijo á Dios, diciendo: «Ahora es Señor cuando sacarás en paz de este mundo á tu siervo segun tu palabra, porque ya han visto mis ojos al Salvador que tú nos has dado; al cual tienes destinado para que, espuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los Gentiles, y la gloria de tu pueblo de Israel.—Y el Padre y la Madre de Jesus estaban admirados de las cosas que decian de él: Y Simeon bendijo á entrambos, y dijo á María, madre de Jesus: Hé aquí que éste ha sido puesto para la ruina y para la resurreccion de muchos en Israel y como blanco de la contradiccion de los hombres. (Y aun tu misma alma será traspasada de espada para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones.) Y habia una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era ésta de edad muy avanzada, y habia vivido siete años con su marido, con quien se casó, siendo ella joven. Y habia perseverado viuda hasta la

edad de ochenta y cuatro años; y no salia del templo, sirviendo en él á Dios noche y dia, en ayunos y oraciones. Y ésta, habiendo sobrevenido á la misma hora, alababa igualmente al Señor, y hablaba de él á todos los que esperaban la redencion de Israel ¹ .

11. Los signos intrínsecos de autenticidad que hemos observado anteriormente en el texto evangélico, se manifiestan aquí con el mismo carácter de evidencia. La hipótesis racionalista que atribuye á algun apócrifo del siglo segundo ó tercero esta página de San Lucas, es mas y mas insostenible. ¿Qué era la purificacion legal? ¿Cuántos dias debian pasar para la jóven madre entre los regocijos de la maternidad y el piadoso deber de la presentacion del primogénito en el Templo? Nadie lo sabia, de los Romanos ni de los Griegos, entre los cuales debió haber escrito el supuesto falsario. El autor, sin embargo, no piensa aclarar estos problemas, y continúa su narracion, absolutamente como si hablara á una generacion instruida en todas las prescripciones y observancias de la ley judía. A no admitir que hubiera tratado de escribir una coleccion de enigmas indescifrables para sus lectores, no podia el apócrifo emplear tal procedimiento. Manifiestamente, la sobriedad de los pormenores del Evangelio en esta circunstancia prueba que en la época en que se compuso, eran públicas y notorias en Judea las costumbres á que alude, y que constituian la vida y la práctica sociales de los Hebreos. Hágase intervenir la ruina de Jerusalem y la dispersion del pueblo judío, con anterioridad á la fecha en que se escribió esta página del Evangelio, y se pondrá inmediatamente al autor en la necesidad, si quiere que se le entienda, de explicar mil pormenores, que solo hubiera tenido que notar de paso un contemporáneo. Esta observacion general tiene una inmensa trascendencia para apreciar la veracidad del texto evangélico, y todos los sofismas de la incredulidad se estrellarán contra esta ley de la historia. Pero todavía aparece mas palpable la demostracion, estudiando los hechos en particular. Asi, cada palabra del relato de la Purificacion evoca todo un orden de ideas estrañas al genio griego y romano y que solo han tenido aplicacion en la ley mosáica. El señor habia dicho á Moisés: «La mujer que dé á luz á un hijo permanecerá los siete primeros dias, en un estado de impureza legal ab-

¹ Lucas, II, 22-28.

soluta ¹ ; y pasará los treinta y tres dias siguientes sin tocar nada que esté santificado y sin poder entrar en el Templo. Si dió á luz una hija, durará la impureza legal dos semanas, y la interdiccion religiosa sesenta y seis dias. Cuando se cumpla el término de la purificacion, ofrecerá, tanto por un hijo como por una hija á la puerta del Templo de la Alianza, un cordero de un año que se quemará en holocausto, y una tórtola ó un pichon que se ofrecerán en sacrificio por el pecado. Los pondrá en manos del sacerdote que los presentará al Señor y rogará por ella. Asi quedará purificada. Tal es la ley de todas las madres que hayan dado al mundo un hijo ó una hija. Sino puede ofrecer la mujer un cordero, tomará dos tórtolas ó dos pichones, uno de los cuales servirá para el holocausto, y el otro para el sacrificio del pecado. El sacerdote rogará por ella y quedará purificada ² . » Refiriendo estos textos de la ley á la narracion evangélica, nos hacen comprender todo lo que en ella se sobreentiende: el Antiguo Testamento proyecta sobre la cuna de Jesucristo sus últimos rayos de luz, como la antorcha que viene á confundir sus fuegos moribundos en los esplendores de la aurora.

12. Asi, cuarenta dias despues del nacimiento de un Hijo en Israel, se verificaba la purificacion de la madre con un holocausto y un sacrificio por el pecado. La heredera de la casa real de David, la Virgen Inmaculada, bendita entre todas las mujeres, llevando en sus brazos al Cordero de Dios, que debia borrar los pecados del mundo, era demasiado pobre para llevar al templo el cordero del holocausto. Su ofrenda fue la de la indigencia: sustituyóse á la rica ofrenda de las mujeres de Israel, dos tórtolas ó dos pichones presentados por su mano al sacerdote que llenaba en este dia las funciones de sacrificador. ¡ Divina pobreza y emblema conmovedor de la pureza de María, caracterizado por la inocencia de la paloma! El sacerdote, descendiente de Aaron rogó por la madre del Hijo de Dios: y se verificó la purificacion legal en la persona de la Virgen sin mancha. Pero esta no era mas que una de las obligaciones impuestas á María. El Niño divino era un primogénito, y como tal, perte-

¹ El término de siete dias fijado para la duracion de la impureza legal, despues que habia dado á luz á un hijo una mujer judía, hace comprender por qué no era posible verificarse hasta el dia octavo la ceremonia de la circuncision, puesto que no hubieran podido comunicarse con la madre los testigos y los asistentes, sin contraer ellos mismos la impureza absoluta que á ella le afectaba durante los siete primeros dias.

² Levit. XII, 2 ad fin.

necia al Señor y debía ser rescatado por dinero. Hé aquí por qué añade el Evangelista que debía presentarse al Niño en el Templo. Ya hemos tenido ocasion de insistir sobre esta condicion de la primogenitura en Israel, sobre lo cual se halla tambien patente la conformidad de la narracion de San Lucas con las prescripciones legales. ¡Dígame cuanto se quiera sobre que ha imaginado un apócrifo todas estas narraciones despues del suceso, y que ha podido medir un falsario de tal suerte sus palabras, y con tan perfecta sencillez, que no se encuentra una sola que falle! El racionalismo supondria asi un milagro mas sorprendente que los del Evangelio que repudia. ¡Pues bien, sí! Toda esta historia se halla dominada por el milagro, y á ser de otra suerte, seria todavia pagano el universo. ¡Qué figuras, en el siglo de Augusto, en un tiempo en que el mundo se embriagaba con los deleites, se abismaba en el epicurismo, se saciaba de placeres y de sangre! ¡Qué figuras las del justo Simcon «esperando el consuelo prometido á Israel» y la de la profetisa Ana, consumiendo una vida entera «en la oracion y el ayuno» en el Templo de Jerusalem! ¿Dónde se habian refugiado la verdadera grandeza, la nobleza de alma, la piedad y la virtud? Preguntad á los poetas, á los historiadores, á los oradores, á los filósofos de Roma, si conocian ni aun de nombre estas grandes cosas. ¡Ayunos á esos bellos ingenios que se alistaban elegantemente en la grey de Epicuro! ¡Oraciones á esos esclavos del inflexible *Fatum*! Verdaderamente que se pensaba mucho en esto en los festines de Apicio, y bajo el *Velum* perfumado del circo en que se asesinaban con gracia los gladiadores! ¿Quién no ve que era necesario oponer á prodigios de corrupcion, prodigios de santidad; que no podia vencerse la increíble perversidad del paganismo sino por la divinidad de los milagros evangélicos; finalmente, que el único séquito del Verbo hecho carne, la única corte donde debiera parecer el Dios de toda pureza, se hallaban en el Templo de Jerusalem, donde se personificaban en tales representantes las tradiciones de los patriarcas, de los justos y de los profetas?

§ III. LOS MAGOS.—HUIDA A EGIPTO.

13. «Habiendo, pues, nacido Jesus en Belen de Judá en los dias del rey Herodes, vinieron del Oriente á Jerusalem unos magos, di-

ciendo: ¿Dónde está el rey de los Judíos que acaba de nacer? Porque vimos en Oriente su estrella, y hemos venido á adorarle.—Y oyendo esto el rey Herodes, se turbó, y todo Jerusalem con él. Y convocando á todos los príncipes de los sacerdotes y á los Escribas del pueblo, les preguntaba en dónde habia de nacer el Cristo.—A lo cual ellos respondieron: En Belen de Judá, porque así está escrito en el Profeta: Y tú Belen, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de tí es de donde ha de salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel ¹.—Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que se les habia aparecido la estrella. Y los envió á Belen, diciendo: Id, é informaros puntualmente de lo que hay de ese Niño, y en habiéndole hallado, dadme noticia para ir yo también á adorarle.—Los Magos, habiendo oído al rey, se marcharon. Y hé aquí que la estrella que habian visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el Niño, se paró. Y viendo nuevamente los Magos la estrella, se regocijaron por extremo. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su madre, y postrándose, le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños aviso de que no volvieran á Herodes, regresaron á su país por otro camino. Despues que marcharon los Magos, hé aquí que un Angel del Señor se apareció en sueños á Josef, diciéndole: Levántate y toma al Niño y su Madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle.—Levantándose, pues, Josef, tomó al Niño y á su Madre por la noche, y se retiró á Egipto ².

¹ Miqueas, V, 2.

² Math., II, 1-14: La adoracion de los Magos no precedió á la Purificacion. Inmediatamente despues de marchar los ilustres extranjeros, partió la Santa Familia, en aquella misma noche para Egipto. Los lectores que deseen estudiar á fondo esta cuestion de cronologia evangélica, hallarán todos los elementos reunidos por el padre Papebrock (*Acta Sanctorum*, tom. I, April.) y el padre Patrizzi (*De Evangel.* lib. III, disert. XX, tom. II, pág. 277, edit. Frib. Brig. 1853). Créese generalmente que la adoracion de los Magos se verificó un año despues del nacimiento de Jesucristo: tales al menos el parecer de los doctos Bollandistas. En cuanto á la permanencia de la Sagrada Familia en Belen, durante tan largo intervalo, no tiene nada de extraño, si se consideran todos los datos que nos da el texto sagrado. 1.º El Evangelio nos dice que habitaba la Santísima Virgen en Nazareth, antes de su nacimiento (Luc. I, 27): pero no nos dice absolutamente nada de que se estableciera allí San Joseph. 2.º Lejos de atribuir esta residencia, aun intencional á San Joseph, antes de la época en que recibió la mision sublime de ser el custodio de María

14. Magos que acuden del centro del Oriente á adorar la monarquía en su cuna del Dios del establo; una estrella, parándose sobre la morada en que tiene María á su hijo en sus brazos; el anciano Herodes temblando en su trono; Jerusalem conmovida al soplo mesiánico que llega á ella desde los confines de la Arabia; el Sanhedrin judío, los Scribas dando una interpretacion del texto de Miqueas, tan clara, tan terminante, tan positiva, que parece historia la profecía: ¡tantos milagros sublevan á nuestros modernos racionalistas! Si hubiera sido Jesucristo el hijo de Augusto, no parecería extraordinario que se hubiera agitado el mundo en torno de su cuna. Pero Jesucristo es el hijo de Dios, y no se quiere que hayan rodeado su advenimiento signos divinos. La magestad del cielo no sabe elegirse una corte; los racionalistas solo se lo permiten á las magestades de la tierra. Así ¡con qué desden hablan de la «leyenda, fruto de una gran conspiracion enteramente espontánea que se tramaba alrededor de Jesus aun en vida suya! Ya, tal vez, dicen, circulaba sobre su infancia, mas de una anécdota, concebida con el fin de mostrar en su biografia, el cumplimiento del ideal mesiánico; ó por mejor decir, de las profecías que referia al Mesías la exégesis alegórica de la época. Otras veces, se le creaba desde la cuna relaciones con los hombres célebres, Juan Bautista, Simeon y Ana, que habian dejado recuerdos de elevada santidad: Herodes el Grande; astrólogos Caldeos, que se dice, hicieron por este tiempo un viaje á Jerusalem ¹.» Estas pocas líneas representan por sí solas, en el Evangelio racionalista, toda la narracion del nacimiento de San Juan Bautista, de la Anunciacion, de la Natividad divina en Belen, de la Circuncision, de la Presentacion en el Templo y de la Adoracion de los Magos. ¡Qué! ¡tantos hechos de notoriedad universal, en el seno de nuestras sociedades cristianas, en tan pocas palabras! Todo un conjunto de relatos que han convertido al mundo, iluminado y tras-

Inmaculada, y el padre putativo de Jesus, el Evangelio supone precisamente lo contrario. En efecto, cuando avisada por el Angel la Sacra Familia, deja el Egipto para volver á Palestina, no se propone Joseph volver á Galilea donde estaba situado Nazareth, sino á la tribu de Judá (*in Judæa*) donde estaba situada Belen. El temor á Arquelao, hijo de Herodes que reinaba en Judea, y un aviso divino es lo único que le determinan á volver á Nazareth; y el historiador sagrado advierte este incidente como una circunstancia preparada providencialmente, contra todas las probabilidades humanas. *Ut adimpleretur quod dictum est per prophetas: Quoniam Nazareus vocabitur* (Math. II, 23).

¹ Vida de Jesus, pág. 241-242.

formado millones de almas, inspirado á tantos genios, consolado tantas aflicciones y creado en la tierra un arte nuevo; la crítica moderna tiene la pretension de resumir concienzudamente todo esto, en una rápida pretericion, y de suprimirlo, sin discusion ni pruebas, con «¡un tal vez!» Asi es sobrado cierto. Hé aquí por qué la ciencia, digna de este nombre, ha respondido con una esplosion de desprecio á estos frívolos clamores. Pero la multitud ha recogido ávidamente los nuevos sofismas. ¡Ah! ¡el alma se conmueve con un sentimiento de inefable compasion por la muchedumbre caída, á la cual se arranca despiadadamente el pan de la palabra divina; y es lícito repetir la conmovedora exclamacion del Salvador: *Misereor super turbam* !!

15. La verdad de la historia domina todas las miserables argucias de los retóricos. ¿No admitís que fulgure una estrella sobre la cuna del Rey de los Cielos? Pues esplicad por qué los Seudo-Mesías que trataron de usurpar en esta época el papel de libertadores, eligieron el nombre consagrado de *Hijo de la Estrella*. No significa otra cosa *Barcoquebas*, y sabido es que el famoso impostor judío que organizó con este título la última insurreccion hebráica contra Roma (135), tomaba todas sus inspiraciones en la ciencia del rabino Akiba. Era, pues, constante, en el seno del judaismo, que indicaria una estrella el advenimiento del Mesías. ¿Cuántas veces no piden los Fariseos á Jesucristo un signo en los cielos para confirmar la veracidad de su mision? El Talmud de Babilonia nos enseña que hácia la época del nacimiento del Salvador, acudió á Jerusalem «un gran número de gentes» para ver levantarse la estrella de Jacob¹. Asi, la espectacion provocada por los oráculos proféticos habia salvado los límites de la Judea é invadido el mundo. Esplíquese ¿por qué cantaba Virgilio en Roma, la vuelta de *Astreo*, la Virgen Celestial, precisamente en el tiempo en que el *Logos* del texto Evangélico acudia á guiar á los Magos á Belen²? ¿Por qué afirma el libro persa titulado *Oráculos mágicos* «que en una época poco remota dará á luz una Virgen un Santo, cuya aparicion anunciará una estrella³»? ¿Por qué, finalmente hablando la Sibila Caldea de los

¹ Marc. VIII, 2.

² *Talmud babylon.*, *Sanhedr.*, cap. II. Este pasaje ha sido citado por primera vez por don Juan José Heydeck, rabino converso, en su obra titulada: *Defensa de la Religión cristiana*, tom. II, pág. 79, Madrid 1798.

³ Virgil., *Eglog.*, cap. IV, 6.—⁴ H. J. Schmitt. *Redencion del género humano*, pag. 66.

síntomas que debían preceder al advenimiento de una religion mas pura, anunciaba «una lucha de astros, el triunfo de una nueva estrella, y la caida del sabeismo de los Magos ¹⁹». Los Cristianos no han podido influir sobre las inspiraciones de Virgilio; sobre los pensamientos del rabino Akiba y de los autores del Talmud; sobre el seudo Zoroastro, que escribió los *Oráculos mágicos*. Supóngase, pues, que estas tradiciones, conmoviendo al mundo, de Oriente á Occidente, en los últimos dias de Herodes, no hubieran sido notorias entre el vulgo, y no tiene ya sentido la narracion evangélica. Si vinieran en el día tres extranjeros á una de nuestras capitales europeas á hablarnos de una estrella que hubiera aparecido en el fondo del Asia, y á anunciarnos el nacimiento de un Niño-Rey, no conmoveria su palabra seguramente á ningun soberano en su trono; la opinion pública permaneceria impasible y continuarían su camino los tres visionarios sin causar la menor emocion en torno suyo. Era, pues, necesario circunstancias escepcionales para que agitase como agitó la llegada de los Magos á Jerusalem, al anciano Herodes, al Sanhedrin, á los Escribas y á toda Jerusalem. Pero el Evangelista no nos explica estas circunstancias escepcionales. Luego se escribió el Evangelio en una época en que se conservaba aun su recuerdo en el seno de una generacion contemporánea. Luego por todas partes resplandece esa luminosa autenticidad del texto evangélico que la incredulidad quisiera cubrir con un velo de nubes.

16. ¿Dónde está el rey de los Judíos que acaba de nacer? preguntan los Magos. Porque vimos en Oriente su estrella, y hemos venido á adorarle. No obtendria tal pregunta apoyada en semejante relato, y arrojada en medio de nuestras civilizaciones actuales, ni aun el honor de una respuesta. Pero en el mundo entero, y sobre todo en Jerusalem, en la época en que aquella se hacia, preocupábanse unánimemente los espíritus del nacimiento de un Rey, y del advenimiento de un nuevo Imperio. Herodes, el tirano Idumeo, seguia con ansiosa mirada, las diversas manifestaciones de la esperanza popular. Al punto va á hacer degollar á los niños de Belen, y querrá hacer degollar en el hipódromo de Jericó á todos los jefes de las familias principales, sin duda para extinguir en arroyos de sangre las aspiraciones nacionales. Concíbese, pues, la turbacion que debió

¹ Münter, *Sinnbilder der Alten Christ.* 2 heft. Altona, 1825.

causar la palabra de los Magos en el ánimo receloso del monarca, y la emocion que escitó en sentido inverso entre la multitud de los Hebreos. Pero ni Herodes ni sus súbditos se admiran de la aparición de una estrella y de la relacion que podia existir entre semejante fenómeno y el nacimiento de un nuevo rey de los Judíos. «Se levantará una estrella de Jacob ¹,» habia dicho el hijo de Beor. Esta profecía, consignada en los libros de Moisés, llevada por la emigracion á Babilonia, á Persia, á Caldea, no habia cesado de fijar las miradas de Israel. Una estrella, el Mesías, eran dos términos que dilataban todos los pechos y hacian palpar todos los corazones de los hijos de Judá. Cuando fueron á decir á Jerusalem los Magos, esto es, los herederos Caldeos ó Persas de la antigua ciencia de los astros: «Hemos visto una estrella, ¿dónde está el rey de los Judíos?» fueron tan naturales y tan inteligibles sus palabras, como si preguntara un extranjero en nuestros dias, al oir el estampido del cañon anunciando el nacimiento del heredero de un trono; ¿dónde está el palacio del Rey que acaba de nacer? Porque oigo la señal de su venida al mundo.—No se habia interpretado la profecía de Balaam en sentido alegórico, pues no se prestaba por otra parte á ello su texto, sino que se habia tomado al pie de la letra y estudiándose con tal perseverancia, que habian llegado los Judíos á fijar la época de su cumplimiento. Léese en el Talmud, que debia verificarse la venida del Mesías en la conjuncion de Saturno y de Júpiter en el signo de Piscis: pues bien, segun ha demostrado Keplero, esta conjuncion se verificó el año 747 de Roma, año que cae en el del nacimiento de Jesucristo. Hallábanse tan persuadidos los Fariseos de la exactitud de este cálculo astronómico que no temieron predecir al mismo Herodes, segun atestigua Josefo, la próxima caída de su trono. Finalmente, era tan general y tan uniforme á un mismo tiempo la creencia sobre este punto, que Filon, que entonces vivia en Alejandria, predijo, conforme á un fenómeno celeste observado por él, que iban á reunirse los judíos de todos los puntos del mundo, para inaugurar el imperio de la paz.

17. Tantos testimonios concordes y terminantes recaen como un peso abrumador sobre la pobreza racionalista de datos que nos entretiene con «anécdotas y leyendas elaboradas espontáneamente.» El Evangelio es un monumento que tiene sus raices en la historia y

¹ Númer. XXIV, 17.

su cima en los cielos. Es, pues, cierto que apareció en Oriente una estrella que guió á los Magos á la cuna de Jesucristo. Si no hubiera iluminado el signo celestial la casa de Belen, no creeria aun hoy el mundo en la divinidad del Verbo hecho carne. Esto es tan exacto, que no solamente Barcoquebas, sino ni el profeta de la Meca, el mismo Mahoma, no pudieron atraer á su causa las convicciones de los orientales, sino haciéndose preceder por la aparicion extraordinaria de una estrella. Todos saben que el meteoro conocido en el dia con el nombre de cometa de Halle, se aproximó á la tierra en el año 612, y que comenzando entonces Mahoma su vida pública, se aprovechó de esta circunstancia para responder á las exigencias de la profecía, y anunció este fenómeno como la señal de su pretendida mision. No es lo que mas admira al historiador el milagro de una estrella anunciando á los Magos el nacimiento de Cristo, sino la increíble ligereza del racionalismo que se desliza sobre semejantes hechos sin sospechar siquiera su importancia. En la Biblioteca Imperial de París se conserva un *fac-simile* de una inscripcion descubierta en China, en Syn-gnan-fu, y que se remonta al año 550 de nuestra era, siendo apenas dos ó tres siglos anterior al zodiaco de Denderah, que forma parte del mismo depósito, y que atribuia la ciencia incrédula libremente á una época ante-histórica. En la inscripcion de Syn-gnan-fu se leen estas palabras textuales: «La Pérsia contemplando el esplendor del Mesías, vino á pagar el tributo.» ¿Querrá decirnos el escépticismo contemporáneo por qué no ha creado respecto de la inscripcion china la celebridad facticia con que dotó poco antes al mármol famoso de Denherah? Sobrado lo sabemos. La conspiracion del silencio es á veces tan hábil como la de las famas en comandita. Pero ¿qué nos importan estos artificios de la mala fe premeditada? No se ha esperado al descubrimiento del monumento chino para creer en el Evangelio. No era la inscripcion de Syn-gnan-fu la que dictaba al filósofo Platónico Calcidio, en el año 250, estas otras palabras: «Háse aparecido á Caldeos ilustres por su ciencia y habilidad en la astronomía, una estrella, anunciando, no ya muertes ó calamidades, sino la bajada de un Dios á la tierra. A vista de este nuevo astro, se determinaron á dejar su patria para ir en busca del Dios. Cuando le encontraron, le rindieron los homenajes debidos á la Magestad divina, velada bajo la figura de un niño ¹.» Un siglo antes

¹ Calcidio, *In Plat. Timæum Comm.* pars. II, cap. VIII. § 125, p. 219.

de Calcidio, Celso, el enemigo jurado del nombre cristiano, no sospechaba ni aun la posibilidad de negar un hecho tan notorio como la llegada de los Magos á Jerusalem, despues de la aparicion de una estrella extraordinaria ¹. Hacia el año 103, Justino, educado en el seno del paganismo, recogia en Siquem las tradiciones casi contemporáneas de la historia de Jesucristo. Conservábase todavia el recuerdo de los Magos y de la estrella de Belen, segun lo proclama Justino, en su diálogo con el judío Tryfon, sin que sueñe su interlocutor un instante en poner en duda la autenticidad de una narracion que se habia conservado por todos en la memoria ².

18. Hé aquí como se apoya el texto Evangélico en las mas positivas realidades. A la hora en que escribimos estas líneas, se enseñan aun, en el camino de Belen, una fuente llamada Fuente de los Magos; y la tradicion nos manifiesta que se apareció de nuevo en este sitio la estrella milagrosa á los viajeros. ¿Qué monumentos opone el racionalismo moderno á tantas tradiciones positivas? ¡Pues qué! ¡un oscuro apócrifo habrá tenido la fortuna de inventar una leyenda, cada una de cuyas palabras se hallará confirmada por la historia contemporánea, por las profecías anteriores, por las tradiciones universales, por los recuerdos de todas las generaciones, en todos los puntos de la tierra! ¿Os parece muy natural semejante apariencia de verdad respecto de una leyenda? ¿Y os basta para explicársela la casualidad? Pues bien; un literato que no es sin embargo oscuro para ser apócrifo; que disponia de todos los recursos de la filología, de la ciencia histórica y crítica, acaba de escribir la *Vida de Jesus* en 459 páginas. Explicad cómo es que le haya favorecido tan poco la casualidad, tan complaciente con los apócrifos, que no se encuentre en su obra una sola línea que no esté desmentida por todos los monumentos, por todos los testimonios, por todo el conjunto y por cada pormenor de la civilacion contemporánea de Jesucristo!

§ IV. DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.

19. Los ilustres adoradores que enviaba el Oriente á la cuna de Belen, eran estraños á las pasiones que agitaban entonces la Judea, desde el trono del viejo Herodes hasta la tienda del pastor. Aun

¹ Origen. *Contra Celsum*, lib. I, cap. LVIII; *Patrol. græc.* tom. XI, col. 768.

² Justin. . *Dialog. cum Tryph.*; *Patrol. græc.* tom. VI, col. 657.

cuando no nos dijera el Evangelista que llegaban de una region lejana, la confianza con que se esplican, sin pensar en qué pudieran despertar toda la cólera de un tirano, bastaria para probarlo. Su buena fe es tan evidente para nosotros, como lo fue para el mismo Herodes; y forma, respecto de la narracion evangélica una garantía de autenticidad incontestable. Los judíos, víctimas hacia treinta años de la inexorable crueldad del rey Idumeo, debieron temblar por la vida de los nobles estranjeros; mezclándose sin duda este sentimiento á la emocion que escitó, bajo el punto de vista de las esperanzas nacionales, la llegada de los Magos, entre los habitantes de Jerusalem. La conducta de Herodes, en esta circunstancia, concuerda con todo lo que nos dice la historia sobre su insidiosa política, su profundo disimulo y su astuta sagacidad. Tenia el mas vivo interés en conocer el pensamiento íntimo del Sanhedrin, de los Sacerdotes y de los Escribas sobre el misterioso rey, esperado por toda la Judea. Presentábanse á los ojos del monarca las tradiciones mesiánicas, familiares á los Hebreos de raza, educados en el estudio de la Ley y de los Profetas, bajo un aspecto muy diferente de la realidad. Ya hemos dicho mas arriba que habia soñado Herodes en explotarlas, en beneficio de su poder, y que sus cortesanos, con el nombre de Herodianos, aplicaban á la monarquía de su señor los caracteres proféticos del imperio de Cristo. Esta lisonja, atestiguada por Josefo, suponía en Herodes una ignorancia absoluta de los pormenores tradicionales, relativos al advenimiento del Mesías. Asi se comprende la premura con que explota en beneficio propio, la llegada de los Magos, para enterarse oficialmente de la trascendencia de las esperanzas nacionales. La convocacion de los Sacerdotes y de los Escribas era una medida doblemente hábil; por una parte enseñaba á Herodes el punto preciso que tendria que vigilar su tiranía en lo sucesivo, y por otra, ofrecia á su carácter desconfiado la ocasion de medir, por las respuestas individuales de cada doctor, el grado de importancia que daba á las profecías, y por consiguiente, el interés mas ó menos sincero que le inspiraba el régimen actual. Esta política servia mucho mejor los proyectos del tirano que lo que los hubiera servido una severidad prematura. Hé aquí por qué afecta para con los Magos un sistema de hipócrita simpatía. «Id, les dice, y preguntad á todos los que puedan daros noticias sobre el Niño, y cuando le hayais encontrado, volved á decírmelo para ir yo tambien

á adorarle. Los nobles extranjeros hubieran ido sin saberlo, á aumentar la policía del viejo rey. El *Interrogate diligenter* de Herodes es un rasgo maestro de doblez y de perfidia. Para desbaratar esta pérfida táctica, no bien hayan tributado los Magos á los pies de Jesus recién nacido los productos simbólicos de su patria, el oro de la monarquía, el incienso de la divinidad, y la mirra de la humanidad mortal¹, se volverán á su país por otro camino. El Hijo de Maria será llevado al Egipto, y los sanguinarios proyectos del tirano se realizarán demasiado tarde.

20. «Viéndose Herodes burlado de los Magos, continúa San Mateo², se irritó mucho, y enviando ministros, hizo matar todos los niños que habia en Belén y en todos sus contornos, desde la edad de dos años abajo, segun el tiempo de la aparicion de la estrella que le habian indicado los Magos. Entonces se cumplió lo que dijo el Profeta Jeremías. Un clamor ha resonado en Rama entre llantos y alaridos. ¡Es Raquel que llora á sus hijos y rehusa todo consuelo porque no existen³! Hallábase resuelta por Herodes la degollacion de las inocentes víctimas de Belén desde el día en que llamó la atención del tirano la respuesta del Sanhedrin, sobre la ciudad real designada por los Profetas, como la cuna futura del Mesías. La sangrienta ejecucion debió seguir próximamente á la partida de los Magos, siendo uno de los hechos históricos mejor consignados por los testimonios estrictos. Nadie ignora las palabras de Augusto sobre este suceso. La noticia de la degollacion de Belén llegó á la corte del Emperador al mismo tiempo que la de la ejecucion de Antipater, hijo mayor de Herodes. Al saber, dice Macrobio, que acababa de hacer degollar el rey de los Judíos, en Siria, á todos los niños de dos años abajo, y que habia sido muer-

¹ Es sumamente bella y fecunda la idea de algunos Santos Padres que representan á los Reyes Magos dando al recién nacido testimonios de su fe por medio de los regalos que le ofrecen: segun ellos, los Magos reconocian su Régia estirpe y su reinado con el oro que le presentaban; su Divinidad, con el incienso, y su Humanidad con la mirra, de que se hace uso para embalsamar los cadáveres; puesto que Jesucristo debia morir como Hombre, resucitar como Dios y juzgar al mundo y reinar eternamente como Rey. La Iglesia consagra estos símbolos, viendo en el oro la imagen de la limosna, en el incienso, la de la oracion, y en la mirra la de la mortificacion de la carne y de la voluntad, mortificacion preciosa, aunque amarga. (V. M. de Sacy. Trad. del Ant. y del N. Testam. y la Historia de Nuestro Señor Jesucristo, del conde de Stolberg, cap. III). —(N. del T).

² Math. II, 16-18. — ³ Jeremías XXXI, 15.

to su propio hijo por la órden paternal, exclamó Augusto: «Mas vale ser puereo de Herodes que hijo suyo ¹.» Semejante crueldad subleva la delicadeza de nuestros modernos racionalistas, pues no creen ni en los milagros del poder divino, ni en los monstruosos estravíos de la ambicion humana. Y no obstante, la bárbara medida aplicada por el tirano Idumeo á solo los niños de Belen, habia sido decretada cincuenta años antes por el Senado de Roma, contra todos los que nacieran en el año fatídico, en que, debía «dar á luz la naturaleza un rey,» segun los oráculos sibilinos.—No lo ignoraba Augusto, porque este decreto, sancionado por la feroz exaltacion de los senadores republicanos, pero repudiado por la conciencia del pueblo, se habia dado en el año mismo que precedió al nacimiento de este emperador. Asi, no hay en su irónica esclamacion sombra de censura sobre la cruel política de Herodes; no hay ni un acento de piedad en favor de las tiernas víctimas y de las lágrimas de sus madres. A los ojos de Augusto, ha obrado Herodes con prudencia, segando csas tiernas flores; su única falta es haber muerto á su propio hijo, de la cual bastará para absolverle el dicho imperial. ¡Hé aquí lo que era la humanidad en manos del despotismo de Roma y de los agentes coronados que sostenia el Capitolio en todas las provincias! Vespasiano hacia buscar, al dia siguiente de la toma de Jerusalem, todos los miembros de la familia real de David, haciéndolos degollar, á sangre fria, para ahogar en su origen la persistencia de las aspiraciones populares que se obstinaban en esperar un libertador salido del tronco de la familia de Jessé ². ¡Tan cierto es que los Romanos «pensaron largo tiempo que existia en torno suyo algun representante de la antigua dinastía ³» judía! ¡Tan cierto es que el advenimiento del Salvador, prometido en las puertas del Eden, predicho por los profetas y esperado por el mundo oprimido, turbaba el sueño de los opresores y hacia temblar el imperio de Satanás, erigido en todos los tronos!

21. Las lamentaciones de Raquel que se escuchaban en este dia en las campiñas de Roma, resonarán hasta el fin de los siglos, como testimonio acusador de la ferocidad verdaderamente diabólica á que vino Jesus á arrancar el universo. El sepulcro de Raquel está

¹ Macrob. *Saturnal.*, lib. II, cap. IV.—² Euseb. *Histor. eccles.*, lib. III, cap. X II; *Patrol. græc.* tom. XX, col. 215.—³ *Vida de Jesus*, pág: 239;

á algunos pasos del *Præsepium*, donde quiso tener su cuna el Niño-Dios. Las ruinas de Roma coronan sus alturas. Muéstrase en los flancos de la montaña una gruta, donde segun nos enseña la tradicion local, buscaron un refugio muchas madres perseguidas por los soldados de Herodes, y fueron degolladas con los niños á quienes cubrian con sus brazos. ¿Qué ha llegado á ser, por tanto, el reinado sanguinario de Herodes? ¿Quién es el soberano que reina hoy en el Capitolio en el sitio en que creia la justicia imperial de Augusto castigar suficientemente, con un frívolo juego de palabras, el atentado de Belen y al autor coronado de tal carnicería? El Vicario de Jesucristo está sentado en el trono de Augusto, que ha llegado á ser la silla de la paternidad santa que irradia sobre el mundo. Desde allí envia á las márgenes de los rios de la China, á recoger millares de niños que abandona todos los años la barbarie idolátrica, sin piedad y sin remordimientos. ¡Cuántas víctimas arrancadas á la muerte en el nombre del Niño Dios, que escapó de la cólera de Herodes! ¡Cuántas almas rescatadas para el cielo, en nombre de los Inocentes degollados en Belen¹ van á acrecentar diariamente el séquito del Cordero! La humanidad entera tiene, pues, el derecho de repetir el cántico de la Iglesia: «Salve, flores de los mártires que ha segado en el mismo umbral de la vida el perseguidor de Cristo, como troncha la tempestad las rosas nacientes! Primicias de la inmolacion de Jesus, tierno rebaño de víctimas: vuestras manos inocentes juegan al pie del altar con las palmas y las coronas².»

§ V. LA VUELTA Á EGIPTO.

22. La degollacion de los Santos Inocentes no fue mas que un episodio de la cruel persecucion que señaló los últimos dias de Herodes. «Este príncipe, dice Josefo, tenia setenta años. Atacado por

¹ No puede fijarse de un modo absoluto el número de niños muertos en Belen en esta circunstancia. Hé aquí las apreciaciones del Doctor Sepp sobre este particular. «Sabido es que Belen era la ciudad mas pequeña de Judá; su poblacion y la de las cercanías debia ascender á dos ó tres mil almas, puesto que aun en el dia, en que es bastante numerosa, apenas asciende á dos mil. Pues bien, para cada mil habitantes, se puede contar que nacen mas de quince á veinte varones. No pueden, pues, elevarse á mas de sesenta á setenta las víctimas degolladas por Herodes, no comprendiendo los padres y las madres.» (Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. I, pág. 139).

² *Hymn. in fest. SS. Innocentium.*

una enfermedad, que le quitaba toda esperanza de curacion, adquirió un humor tan sombrío, que no podia soportarse á sí mismo. El horror que inspiraba á sus súbditos, la persuasion de que se esperaba su muerte como una liberacion ó un bien, redoblaban su rabia. En esta coyuntura estalló una sedicion, suministrándole un pretexto para saciar su furor ¹. Con desprecio de la ley de Moisés, habia hecho colocar sobre la portada del Templo una águila de oro, simbolo de la dominacion romana ². Judas, hijo de Saripheo, y Matias, hijo de Margalotha, dos doctores cuyo celo, elocuencia y adhesion profunda á las instituciones nacionales habian hecho su nombre querido á toda la juventud de Jerusalem, dejaron estallar toda su indignacion. La resistencia de los Fariseos que acababan de negarse al empadronamiento mandado por César, habia arrojado en el pueblo fermentos de rebellion. El nuevo ultraje hecho á la religion mosaica, con la exhibicion en el santuario de Jehová de una escultura prohibida formalmente por la ley judía, acabó de exasperar los ánimos. Arrancóse de los pórticos del Templo el águila de oro, con aplauso de la multitud; rompióse á hachazos este emblema de la servidumbre de Israel, hollándose sus despojos. El viejo Herodes, que supo este atentado en su lecho de dolor, tuvo aun bastante vida y poder para hacer quemar vivos á Matías y todos sus cómplices. Algunos dias despues, se hacia trasladar, por consejo de los médicos, á las aguas bituminosas de Callirhoe, á algunos estadios de Jericó. — Hé aquí los términos en que describe Josefo los padecimientos del tirano: Consumiáse hasta la médula de los huesos una calentura lenta, cuyo fuego parecia enteramente concentrado en su interior; obligábale una hambre insaciable á devorar de continuo alimentos que no le nutrian: roíanle las entrañas úlceras purulentas, arrancándole gritos de dolor; hinchados los pies y las coyunturas por la hidropesía, hallábanse aun cubiertos por una piel trasluciente, devorando la parte viva del busto los gusanos. Agregabáse á este horrible suplicio el de un olor fetido é insoportable: hallábanse todos los nervios contraidos, y la respiracion era corta y quejumbrosa. Los médicos que le curaban proclamaban unánimes que ha-

¹ Josefo, *Antiq. Jud.*, lib. XVII, cap. VIII.

² Recordárase las aserciones del racionalismo sobre el inviolable dominio de los Herodes, al que se hubieran guardado bien de tocar los Romanos. Por todas partes viene á acusar la historia, la ignorancia ó la mala fe de las teorías racionalistas.

bia caído sobre él la venganza divina en castigo de sus inauditas crueldades ¹. Tal era el cadáver viviente que se sumergia en Callirhoe en una tina de betun y de aceite tibios. No bien entró en ella el enfermo, cuando pareció disolverse su cuerpo, cerrándose á la luz sus ojos moribundos. Volvió á conducirsele á su lecho, principiando no obstante á divulgarse la noticia de su muerte. A este falso rumor, manifiestan su gozo los Judíos. Lo sabe Herodes al volver de su letargo, y manda traer á Jericó todos los miembros de las principales familias de este pueblo esclavo, y les hace encerrar en el Hipódromo. «¡En el momento que haya espirado, dice á Salomé, manda á mis arqueros que maten á flechazos toda esta multitud, para que se vea obligada la Judea á llorar mi muerte!» Pidió después, para apagar su ardiente sed, una manzana, y quiso cortarla él mismo. Diósele este gusto, pero aprovechándose de un momento en que se creía libre, intentó traspasarse el corazón con el cuchillo que tenia en la mano. Su sobrino Achiab, dando un grito de terror, se precipitó sobre él y detuvo su brazo suicida. El ruido que produjo este acontecimiento alarmó el palacio: la noticia de que habia muerto el tirano voló por segunda vez por toda la ciudad, llegando hasta la prision donde estaba detenido Antipater, su hijo. El joven príncipe que la esperaba con impaciencia, se entregó al enagenamiento de una alegría desnaturalizada, y suplicó á los guardias que le pusieran en libertad. Fué á avisárselo á Herodes, el cual mas furioso por la alegría de Antipater, que por la misma proximidad de su muerte, envió soldados á degollarle en su prision, y cinco dias después, espiró él mismo, llevando al sepulcro la maldicion de los Judíos y la mancha de la sangre inocente, derramada á raudales durante un reinado de treinta y siete años ².

23. Salomé, no bien murió su hermano, hizo poner en libertad á los desgraciados presos del hipódromo, esperando crearse, con este acto de clemencia para lo sucesivo, una popularidad que coadyuvase á sus ambiciosos proyectos. Leyóse el testamento de Herodes en el anfiteatro de Jericó, en presencia de los soldados y de la

¹ Joseph., *Antiq. Jud.* lib. XVII, cap. VIII.

² Herodes reinó treinta y siete años, después de su coronacion en el Capitolio, y treinta y cuatro años solamente desde la caída de Antigono. La narracion de las últimas crueldades de la muerte de Herodes que damos aquí, es un fiel analisis de los capítulos VIII, IX y X, del lib. XVII de las *Antiq.* de Josefo.

multitud reunida. El viejo rey «declaraba en términos formales, que no tuvieran efecto sus disposiciones testamentarias hasta que las hubiese confirmado Augusto ¹.» En seguida legaba á César todos los vasos de oro y de plata y los objetos artísticos mas preciosos de sus palacios con una suma de 10.000,000 de plata acuñada, y á la emperatriz Livia 5.000,000. Estas liberalidades póstumas debian coadyuvar poderosamente á obtener la ratificacion imperial de las demás partes del testamento que investian á Arquelao con el título de rey de Judea; que daban á Antipas las tetrarquias de Galilea y de Perea; á Filipo, las de la Traconitida de la Gaulanita y de Batanea, y finalmente á Salomé, tia de los tres jóvenes príncipes y hermana del difunto rey, las ciudades de Jamnia, Azoth y Phasaelis ². El pueblo respondió á esta comunicacion con gritos de: ¡Viva el rey Arquelao! y se celebraron los funerales del tirano con una pompa hasta entonces inusitada entre los Hebreos. El cuerpo revestido con las insignias reales, con una corona de oro en la cabeza y el cetro en la mano, fue conducido por espacio de doscientos estadios, en una litera de oro, enriquecida de pedrería, desde Jericó hasta Herodion, sitio designado para la sepultura. Abria la marcha la guardia real, compuesta de Francos, Germanos y Galos ³. No se ha comprobado lo suficiente, bajo el punto de vista de los orígenes nacionales de los Francos, la particularidad de la presencia de las cohortes galas en Judea en la época del Evangelio. Hemos consignado ya que el hecho se remonta al tiempo de las relaciones de Herodes con la famosa Cleopatra. Estos hijos de la Galia á sueldo del rey de los judíos; estos compatriotas de Vercingetorix, trasladados á Jerusalem, oyeron la relacion de los Magos, fueron testigos de la agitacion de los Hebreos á la noticia de haber aparecido en Oriente la Estrella del Mesías, y oyeron resonar á sus oídos los gritos desgarradores de las ma-

¹ Josefo, *Antiq. Jud.*, lib. XVII, cap. X. Hé aquí rotundamente desmentida la teoria de la independencia y de la inviolabilidad del dominio de los Herodes.

² Phasaelis fue edificada por Herodes que le dió el nombre de su hermano Phasael. Estaba situada en el valle de Jericó, al Norte de esta ciudad, (Roland, *Palæstin. illustr.* tom. II, pág. 953).

³ Josef., *Antiq. Jud.*, lib. XVII, cap. X. Para prevenir el equivoco que podria resultar del término griego *Γαλαται*, y determinar su verdadero sentido, es decir, la *Galía* y no la *Galatia*, basta compararlo con una espresion de Josefo que designa la ciudad de Viena, capital de los Alobroges, con el título de *Πολιτις Ταραντις*. Josefo, *Antiq. Jud.*, lib. XVII, cap. XII.

dres de Belen. Tal vez algunos de ellos viesan mas adelante los milagros que sembraba á su paso el divino Hijo de María. Por lo menos, no puede ponerse en duda la autenticidad del hecho atestiguado por Josefo. No era un nombre desconocido de los judios la Galia, á la época del nacimiento de Jesucristo, y recíprocamente, era el nombre de Jerusalem familiar á los guerreros de la Galia y de la Germania. Estas relaciones oficiales entre los dos paises preparaban para la era apostólica la evangelizacion de la Francia. Sea de esto lo que quiera, el cortejo fúnebre, ostentándose con magnífica pompa, se detenía á cada milla (ocho estadios). Quemábase incienso y perfumes alrededor de la litera real, y mientras lloraban las Plañideras la muerte del Tirano, los coros de los músicos cantaban sus alabanzas. En medio de estas demostraciones de un fingido duelo, fue depositado Herodes en la tumba que él mismo se habia erigido.

24. «Muerto Herodes, dice San Mateo, hé aquí que el Angel del Señor se apareció en sueños á Josef en Egipto, diciéndole: Levántate y toma al Niño y á su madre, y vé á la tierra de Israel, porque ya han muerto los que atentaban á la vida del niño.—Levantándose Josef tomó al Niño y á su madre, y vino á tierra de Israel. Y oyendo que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y avisado en sueños, se retiró al pais de Galilea. Y llegando allí, habitó en Nazareth para que se cumpliera lo que dijeron los profetas: «Que será llamado Nazareno¹.» La narracion evangélica en su sencilla y natural brevedad, va á amoldarse con admirable precision á los pormenores de los acontecimientos políticos referidos por el historiador Josefo. El súbito recelo que invadió el ánimo del patriarca al llegar á las fronteras de Judá, estaba suficientemente justificado por las turbaciones que siguieron á la muerte de Herodes. Despues de haber tributado los últimos deberes á su padre Arquelao, esplotando, como hábil político, una costumbre

¹ Matth., II, 19-23. La profecía á que alude aqui San Mateo, va á suministrarnos una nueva prueba de la autenticidad de la narracion evangélica. En el versículo de Isaías (cap. XI, 1), que ha traducido la Vulgata con esta frase latina: *Egredietur virga de radice Jesse et flos de radice ejus ascendet*, se leía la palabra *flos*, en hebreo *Netsur*, que era el mismo nombre de Nazareth (San Gerónimo, *Comment. in Is.* cap. XI, 1). Esta palabra hebrea *Netsur* (Nazareno), es exactamente la que se inscribió en el título de la cruz del Salvador. Es pues, evidentísimo, que jamás hubiera podido imaginar un apócrifo, ignorando la lengua hebrea y la interpretacion de las profecías judaicas sobre el Mesías, semejante correlacion entre el texto de Isaías y el hecho de la residencia de Jesucristo en Nazareth.

nacional de los Hebreros, dió al pueblo el festin de los funerales con una suntuosidad verdaderamente régia. Toda la ciudad de Jerusalem resonaba con gritos de júbilo; y cuando subió al Templo el jóven príncipe y fué á sentarse en el trono de oro que se le habia preparado, no conoció ya límites el entusiasmo de la muchedumbre. Tomando Arquelao la palabra, acabó de conquistarse todos los corazones con la modestia afectada de su lenguaje; y dió gracias á la multitud del interés de que le daba pruebas en aquel momento, diciendo: «Debo agradecerlo tanto mas, cuanto que el recuerdo de los actos rigurosos del rey mi padre, podia predisponeros menos favorablemente para con su hijo. En adelante, pues, podeis contar con todo mi reconocimiento.» A esto añadió, que no tomaria aun oficialmente el título de rey. «He rehusado, decia, la diadema que quiso colocar en mis sienes el ejército en Jericó. Solo César tiene el poder de concederme la corona. En cuanto la reciba de su mano, os probará mi conducta hasta qué punto me sois queridos, pues todos mis esfuerzos se dirigiran á reparar las desgracias del reinado precedente y á aseguraros en el porvenir, la prosperidad, la paz y la dicha.»

25. La muchedumbre tomó á la letra este discurso de feliz advenimiento. Unos pidieron al jóven príncipe la disminucion de los tributos impuestos por Herodes, y la entera abolicion de ciertos derechos de peage y de aduana, mas particularmente vejatorios; otros reclamaron que se pusiera en libertad á los presos que yacian en los calabozos del difunto rey. Accedióse á todas estas súplicas, pues Arquelao necesitaba el favor popular como una circunstancia favorable para determinar la ratificacion imperial. Asi compraba en Jerusalem, con sacrificios de que se prometia resarcirse, el sufragio omnipotente de Roma. Pero esta interesada condescendencia no hizo mas que dar aliento á las pretensiones de sus nuevos súbditos. Las llamas de la pira que devoraron poco tiempo hacia á los ilustres doctores Judas de Sarifeo y Matías con un número considerable de jóvenes de las primeras familias, habian encendido en todos los corazones un ardiente deseo de venganza. En breve se exaltaron los espíritus. La proximidad de las fiestas de Pascuas y la afluencia de los Judíos que acudieron á la solemnidad de todos los puntos de mundo, agravaron la situacion. Presentóse una comision á suplicar

Arquelao que reparase la anterior injusticia, y que condenara

á muerte á los consejeros de Herodes que designaba la animadversion pública como autores de la condena de Judas de Sarifeo. El jóven príncipe echó mano de todo para aplacar á los facciosos: representóles que semejante medida escedia su poder, pues hasta que le hubiera confirmado César en la posesion del trono de Judea, no podia tomar la responsabilidad de una decision de tal importancia. Mas adelante, cuando se afirmara el cetro en sus manos, prometia resolver este asunto, con toda la madurez y la prudencia que exigia. —Esta respuesta fue acogida con clamores sediciosos. Los Fariseos, instigadores secretos de la sedicion, lo habian preparado todo para un levantamiento. Muchos de ellos no habian dejado los átrios sagrados, ni aun de noche, mendigando un pedazo de pan del primero que pasaba, para no cesar en sus furibundas declamaciones. Habíase reunido en el Templo una multitud inmensa: atemorizado Arquelao, envió uno de sus oficiales á la cabeza de una cohorte á reprimir la insolencia de los facciosos. El pueblo se arrojó sobre los soldados, degollando á todos los que pudo alcanzar, y cubierto el oficial de heridas, tuvo que huir para librarse de una muerte cierta. Siendo preciso obrar en tal situacion, hizo Arquelao cercar el Templo por todo su ejército, dando orden á la caballería de matar á todos los que intentaran salir de los átrios y rechazar á todos los que manifestaran desde fuera la intencion de penetrar en ellos para auxiliar á los rebeldes. Esta medida convirtió en consternacion el furor de los Judios. Al ver á la caballería que iba á situarse en cada salida, se lanzó en desórden la multitud para adelantársele. Gran número consiguió tomar la fuga, hallando guarida en los montes cercanos. Los demás fueron degollados desapiadadamente, obstruyendo tres mil cadáveres los pórticos del Templo. Mandóse cesar por aquel año la celebracion de las solemnidades pascales; los extranjeros tuvieron que abandonar al punto la Ciudad Santa, habiéndose publicado aquella misma noche el decreto de Arquelao que notificaba esta orden ¹.

26. Tal era la situacion de Jerusalem cuando, dejando la santa Familia el suelo hospitalario del Egipto, llegaba á las fronteras de Juda. Fácil es, pues, de comprender por qué «temió San Josef penetrar mas adelante en este pais ².» Cotejando la historia profana

¹ Josefo, *Antiq. Jud.*, lib. XVII. cap. X y XII. — ² Matth., II. 22.

con el texto evangélico, constituye un luminoso comentario de éste. No fue, pues, porque era hijo de Herodes el nuevo rey Arquelao, por lo que no se atrevió Josef á entrar en su territorio. El tetrarca de Galilea Antipas¹ era también hijo de Herodes, y no temió Josef por esta circunstancia establecerse en Nazareth. «Los que atentaban á la vida del niño han muerto²» habia dicho al Angel: Este celestial mensaje tranquilizaba completamente al esposo de María sobre las intenciones de los nuevos príncipes. Arquelao y Antipas no pensaban, pues, en efecto, en volver á comenzar las sangrientas pesquisas de Belen. Estos dos hermanos secretamente rivales, tenían un solo pensamiento, pero contradictorio. Arquelao queria hacer confirmar por la potestad imperial, el testamento que le llamaba al trono. Antipas, aconsejado por Salomé, su tia, esperaba tener bastante influencia en la corte de Augusto, para hacerse sustituir á su hermano, como rey de Jerusalem, á lo cual le daba derecho un testamento anterior de Herodes. Para hacer triunfar sus pretensiones, necesitaba cada competidor atraerse el favor del pueblo. Esta necesidad predisponia á los dos jóvenes príncipes á proceder con dulzura y clemencia por el momento. Habia sido necesaria toda la obstinacion de los facciosos para provocar la represion que acababa de ensangrentar el Templo de Jerusalem. Pero este incidente que hubiera querido prevenir Arquelao, y cuya esplosion imprevista era un verdadero contratiempo para sus proyectos, creaba un peligro real á la santa Familia. Lanzados bruscamente y huyendo de la Ciudad santa los extranjeros que habian acudido á la festividad de la Pascua, divulgaron la noticia de la degollacion por todas las fronteras. Concluese, pues, que participara del temor general San Josef que se dirigia á la misma Jerusalem. Además, ocasionábale motivos particulares de temor, el sentimiento de su responsabilidad respecto del divino depósito confiado á su guarda. Siguiendo, pues, la costa marítima de la Palestina, llegaron á Galilea los ilustres viajeros, volviendo á ver la Virgen María su morada de Nazareth, cuyo humilde techo tuvo la gloria de abrigar la infancia y la juventud del Hombre-Dios.

¹ Este príncipe, llamado Herodes Antipas, para distinguirlo de Herodes el Grande ó el Idumeo, su padre, es el mismo que figura en la historia de la Pasión del Salvador.

² Matth., II, 20,

§ VI. PEDUCCION DE LA JUDEA Y PROVINCIA ROMANA.

27. Entre tanto Arquelao y Antipas, seguidos en breve de Filipo, su tercer hermano, de Salomé, su tia, y de toda la familia de Herodes, se embarcaban en Joppé, para ir á solicitar á la corte de Augusto el fallo de la sucesion en litigio. El verdadero rey de los judíos y del mundo crecia en la oscuridad de Nazareth, mientras que Roma se dividia entre las intrigas rivales de los pretendientes al trono de Jerusalem. Durante las deliberaciones ocurrió un episodio significativo. Augusto habia enviado á su intendente Sabino á Judea á hacerse cargo inmediatamente de las cantidades considerables legadas al emperador por el viejo Herodes. Esta cláusula del testamento se habia considerado como inviolable, no admitiendo su ejecucion próroga alguna; ¡hasta tal punto era en la época del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo «el dominio de Herodes» un principado feudal é independiente! La presencia de Sabino en Jerusalem y el carácter vejatorio de sus inquisiciones fiscales sublevaron toda la poblacion. Bajo pretexto de buscar los tesoros que habia dejado Herodes, ocupó Sabino militarmente las principales fortalezas del reino. Esto hizo estallar una formidable insurreccion en la Ciudad santa, en la festividad de Pentecostés, que en breve se propagó por todos los puntos de la Judea. El gobernador romano de Syria, el famoso Varo, cuyos desastres en Germania debian, algunos años mas adelante, arrancar lágrimas de desesperacion al emperador, fue bastante feliz en estas circunstancias para librar á Sabino, que estaba sitiado en el palacio de Jerusalem, y extinguir la sedicion en todo el pais. Para dar una apariencia de satisfaccion á los descontentos, autorizó Varo á los judíos para diputar cincuenta de sus jefes principales á la corte de Augusto, con el fin de suplicar al emperador que anexionara pura y simplemente la Judea á la provincia romana de Syria y los desembarazase para siempre de la dinastia de Herodes. «Ha sido tal la crueldad de este príncipe, dijeron, que si una fiera pudiese obtener el gobierno de un pueblo, no obraria con mas inhumanidad. A la muerte de este monstruo, añadieron, esperábamos de su hijo Arquelao una conducta prudente y templada. Con esta ilusion, consentimos en honrar con un luto público los funerales de Herodes, y proclamamos el advenimiento del joven prin-

cipe. Mas este ha correspondido á nuestras esperanzas degollando tres mil Hebreos en el recinto del Templo de Jerusalem ¹. No fue tan decisivo como hubiera podido creerse el efecto de esta protesta apoyada por los ocho mil judíos establecidos entonces en Roma. Augusto, despues de muchos dias de reflexiones, dió á Arquelao las provincias de Judea, de Samaria y de Idumea, con el título de etnarca, prometiéndole concederle mas adelante el título de rey, si se mostraba digno de llevarlo por su moderacion y su virtud. Antipas fue tetrarca de la Galilea y de la Perea; Filipo recibió con el mismo título la investidura de la Batanea, de la Traconítida y de la Auranita. Salomé fue confirmada en la posesion de las ciudades que le habia legado su hermano. Asi se ratificó el último testamento de Herodes, salvo la importante modificacion que suprimia provisionalmente el título de rey de los judíos y la anexion de las ciudades de Gaza, Hippo ² y Gadara á la provincia romana de Siria ³.

28. La estincion del título de rey, y la promesa condicional de restablecerle en la persona del etnarca de Jerusalem, si se hacia digno de él con su conducta, eran á un mismo tiempo un aviso á Arquelao y una hábil concesion que se hacia á los Judíos. Aquí se muestra la política romana fiel á sus constantes tradiciones. Por todas partes trataba de sembrar la sedicion entre los soberanos y los pueblos, humillando á los primeros, sin exaltar demasiado á los segundos, con el objeto de recoger el fruto de la irritacion de los unos, y de los padecimientos de los otros, haciendo desear su propia dominacion como un beneficio para su libertad. Habiendo vuelto á entrar Arquelao en sus Estados, no comprendió la gravedad de la situacion. Ejerció, pues, su tiranía con tanto mas rigor, cuanto era mas profundo su resentimiento. Destituido sin motivo el Gran Sacerdote Joazar, fue reemplazado por Eleazar, hijo de Simon. Al siguiente año, hubo otra nueva destitucion, revistiendo las insignias de supremo sacrificador, Josué, hijo de Sia, para entregarlas algunos meses despues al ex-gran sacerdote Joazar. Los Judíos demostraron en un principio su descontento con murmullos, á los cuales respondió Arquelao con crueldades. Conociendo, no obstante la

¹ Josefo, *Antiq. Jud.*, lib. XVII, cap. XII.

² A treinta estadios de Tiberiades (Reiland, *Palæst. Illustr.*, tom. II, pág. 821).

³ Josefo, *Antiq. Heb.*, lib. XVII, cap. XII. XIII: *De Bell. Jud.*, lib. II, cap. VII, VIII y IX.

necesidad de crearse alianzas, pensaba casarse con la hija del Rey de Capadocia, Glafira, viuda de primeras nupcias del joven príncipe Asmoneo Alejandro, hijo de la infortunada Mariana, y en segundas, del rey de Mauritania, Juba. La ley mosaica prohibía la union del cuñado con la cuñada que habia tenido hijos de su primer esposo. Además de esta irregularidad, tuvo Arquelao, para contraer con Glafira la alianza que meditaba, que repudiar á su mujer legítima, á quien queria el pueblo por sus virtudes. Apenas habia transcurrido un año desde el nuevo matrimonio, cuando murió Glafira repentinamente, viendo los Judíos en este acontecimiento un castigo divino. Exasperado Arquelao, dió desde entonces libre rienda á sus venganzas. La nacion entera se quejó de su tiranía al tribunal del César. Dion Casio añade á la narracion de Josefo la particularidad de haberse unido á los diputados hebreos, los dos tetrarcas Antipas y Filipo, para acusar á su hermano. Como quiera que sea, Augusto pronunció la deposicion de Arquelao. La Judea, la Samaria y la Idumea fueron declaradas provincias romanas, y administradas por un gobernador procedente del gobierno de Syria. El desgraciado Arquelao fue desterrado á Viena, capital de los Alobrojes, en las Galias, donde terminó miserablemente su vida (año 10 de Jesucristo).

29. Quirinio ó Cirino, preceptor de los dos jóvenes príncipes Cayo y Lucio César, fue encargado por Augusto de hacerse cargo, en beneficio de la corona imperial, de los dominios de Arquelao. El empadronamiento principiado diez años antes, se terminó esta vez sin gran dificultad. Habíase borrado de tal suerte en los ánimos el sentimiento de la nacionalidad judía, que se habia aceptado la dominacion romana aun antes de su establecimiento oficial. La palabra que habia de resonar en el pretorio de Pilatos, la profesion de fe política de los Hebreos: *¡Non habemus regem nisi Cæsarem!* se hallaba ya en todos los corazones, en el momento en que dejaba Arquelao por última vez, el palacio Antonia. En vano el doctor fariseo Sadoc, movió á un jefe de partido, Judas el Galonita, para obrar en nombre del principio mosaico, sobre el espíritu de la multitud. Sus esfuerzos ocasionaron en un principio algunas turbulencias parciales, valiéndose de la divisa: «Nuestro único rey es Jehovah,» consiguieron reunir bajo su bandera partidas sediciosas, habituadas á vivir del saqueo y la rapiña: pero no to-

maron parte en el movimiento el gran sacerdote Joazar, ni las personas inteligentes de la nacion. Joazar, especialmente, predicaba en alta voz la sumision al nuevo poder, comprometiéndose en estas circunstancias hasta tal punto, que el gobernador romano Quirinio creyó deber sacrificarle á la animadversion popular. Cuando se restableció la tranquilidad y se redujo la faccion de Judas el Galonita á una secta inofensiva, pasó el cargo de gran sacrificador á manos del pontífice Anás, suegro de Caifás. En la época de la Pasion de Jesucristo volveremos á encontrar estas dos figuras sacerdotales.

§ VII. JESÚS EN MEDIO DE LOS DOCTORES.

30. «El Niño, dice el Evangelista, iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en él. Y sus padres iban todos los años á Jerusalem por la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el Niño ya de doce años, habiendo ellos subido ¹ á Jerusalem, segun solian en aquella solemnidad. Acabados aquellos dias, cuando ya se volvian, se quedó en Jerusalem el niño Jesus sin que sus padres lo advirtieran, antes bien persuadidos de que iba entre los de su comitiva de viaje, anduvieron la jornada entera, y por la noche le buscaron entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron á Jerusalem en busca suya. Y al cabo de tres dias, le hallaron en el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y cuantos le oian, se admiraban de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle sus padres quedaron maravillados y su madre le dijo: «Hijo ¿por qué te has portado asi con nosotros? He aquí que tu padre y yo te hemos ido buscando llenos de afliccion.» Y él les respondió: «¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabeis que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?»— Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida

¹ Seria imposible insistir sobre todas las espresiones del Evangelio que llevan consigo una prueba de autenticidad. Para decir que fueron de Nazareth á Jerusalem, ateniéndose tan solo á las nociones geográficas, un autor que no hubiera conocido prácticamente los lugares, no hubiera podido servirse de la espresion *subir*. En efecto, Nazareth se halla á la altura del lago de Tiberiades, que atraviesa el Jordan para bajar, siguiendo una línea paralela, en direccion á Jerusalem. El término de que se sirve el Evangelista era la espresion usada entre los Hebreos, explicándola suficientemente la elevacion del llano donde está edificada la ciudad santa, y cuya exactitud han confirmado todos los peregrinos.

se fué con ellos y vino á Nazareth y les estaba sumiso. Y su madre conservaba en su corazon todas estas cosas. Y Jesus crecia en sabiduría, en edad y en gracia, delante de Dios y de los hombres ¹. Tales son los únicos pormenores que nos ha trasmitido el Evangelio sobre la divina infancia y toda la juventud del Verbo hecho carne. Supliendo el silencio del texto sagrado, se atreve á inventar el racionalismo todo un capítulo titulado: «Educación de Jesus» con aserciones como esta: «Aprendió á leer y á escribir, sin duda segun el método del Oriente que consistia en poner en manos del niño un libro que lee cadenciosamente con sus compañeros, hasta que lo aprende de memoria ².» Para apoyar esta suposición gratuita gratuita, pone al pie de la página una cita concebida en estos términos: «Juan, VIII, 6,» y se admira el lector de cómo es que hasta ahora ninguno habia sabido encontrar en el Evangelio de San Juan la prueba de que Jesus aprendió á leer y á escribir, como todos los demás niños. Pues bien, en el capítulo VIII, versículo 6 de su Evangelio, refiere San Juan el conmovedor episodio de la mujer adúltera. Los Fariseos llevan á esta desgraciada á los pies del Salvador: «Señor, dicen, esta mujer es culpable de adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrearla. ¿Qué dices tú sobre ello? Y esto lo decian para sorprender en los labios de Jesus una palabra que pudiese servir de base á una acusación. Pero Jesus, inclinándose hácia el suelo, se puso á escribir con el dedo en tierra:» Hé aquí el texto de San Juan que prueba que Jesus aprendió á leer y á escribir. Jamás ha llegado á tal esceso, en nombre de la ciencia, el desprecio de sí mismo, del público y de la verdad. La página precedente de San Juan ofrece este significativo versículo: «Los judíos permanecian admirados, escuchando la doctrina de Jesus, y decian entre sí: ¿Cómo sabe las letras, él que jamás las ha estudiado ³?» ¿A quién esperaba, pues, engañar el nuevo exegeta con un procedimiento tan irrisorio? No nos tomaremos la molestia de comprobar cada uno de sus errores voluntarios. Quien tenga la paciencia de cotejar sus aserciones con el texto del Evangelio, no tardará en participar del sentimiento de profunda compasión que nos inspira la nueva obra. No se discuten seriamente semejantes fantasías. Sin embargo, queremos llamar aquí la atención sobre otro orden de ideas, tomado

¹ Lucas, II, 40-52. — ² *Vida de Jesus*, pag. 30. — ³ Juan, VII, 15.

por los racionalistas y los 'protestantes de nuestros dias á la añeja heregia de Helvidio.

31. Trátase de un punto capital en la historia Evangélica, de un dogma católico por escelencia, enseñado, creído y ensalzado por la tradicion de todos los Padres y de todos los Doctores de la Iglesia Griega y Latina, desde San Clemente, sucesor de San Pedro, hasta el soberano Pontífice Pio IX, gloriosamente sentado en la silla apostólica. El protestantismo actual dirige sus ataques contra la virginidad de Maria; habiéndose concentrado, segun parece, la propaganda hostil con encarnizamiento sobre este objeto particular, por lo cual, conviene ponerlo muy en claro. «La familia era bastante numerosa, se dice, ya proviniera de uno ó de muchos matrimonios. Jesus tenia hermanos y hermanas, de los cuales parece haber sido el mayor. Todos llevaron una vida oscura; puesto que segun parece, los cuatro personajes que se suponen ser hermanos suyos, y uno de los cuales, por lo menos, Santiago, adquirió una grande importancia en los primeros años en que se desarrolló el Cristianismo, eran primos hermanos suyos. Maria, en efecto, tenia una hermana llamada tambien Maria, que se casó con un tal Alfeo ó Cleofas (porque con estos dos nombres parece se designaba á una misma persona) y fue madre de muchos hijos, que hicieron un papel importante entre los primeros discípulos de Jesus. Estos primos hermanos que se adhirieron al jóven Maestro, mientras se le oponian sus verdaderos hermanos, tomaron el título de hermanos del Señor. Los verdaderos hermanos de Jesus no tuvieron importancia, asi como su madre, hasta despues de su muerte; y aun entonces no parece que fueran tan considerados como sus primos, cuya conversion habia sido mas espontánea, y cuyo carácter parecia haber tenido mas originalidad. Su nombre era desconocido hasta el punto de que cuando pone el Evangelista en boca de las gentes de Nazareth la enumeracion de los hermanos, segun la naturaleza, le ocurren desde luego los nombres de los hijos de Cleofas. Sus hermanas se casaron en Nazareth¹.»

32. Hé aquí, en su forma contradictoria y casi ininteligible á la primera lectura, la objecion renovada de Helvidio por el racionalismo moderno. Antes de examinarla mas atentamente, consideremos la

¹ *Vida de Jesus*, pág. 23-25.

idea general, á saber, que Jesus tenia bastantes hermanos y hermanas uterinos, y veamos de correlacionar este dato con la narracion Evangélica. Josef y Maria se habian refugiado á Egipto para sustraer á Jesus á la persecucion de Herodes. En Egipto debieron permanecer bastante tiempo, y segun creia San Epifanio, duró dos años este destierro. ¿Tuvieron hijos en este intervalo? No. El Evangelio está terminante. Cuando el Enviado celestial anunció á Josef la muerte del tirano, no se habia aumentado la santa Familia, puesto que constaba de los mismos miembros que la componian á la hora de la partida de Belen. La palabra del Angel mandando el regreso al pais de Israel, ofrece completa analogía con la que habia determinado la huida á Egipto. «Levántate, toma al niño y su madre, y huye á Egipto,» habia dicho la primera vez. «Levántate, toma al niño y su madre, y vuelve al pais de Israel,» dice la vez segunda. «Y levantándose Josef, tomó al niño y su madre, y volvió al pais de Israel.» No hay, pues, lugar aquí para ningun otro niño mas que Jesus. Despues del regreso á Nazareth, transcurren nueve años hasta el episodio del viaje á Jerusalem en la festividad de la Pascua. Si hubieran nacido hermanas y hermanos uterinos en este intervalo, deberíamos descubrir algun indicio de ello. La misma naturaleza del incidente referido por el Evangelista con tantos pormenores, se presta admirablemente á la investigacion que nos ocupa. «El niño crecia y se fortifica en espíritu, la gracia de Dios estaba en él.» Asi dice la narracion de San Lucas. No se hace mencion alguna de hermanos ni de hermanas segundas sobre quienes hubiera influido el encanto de esta divina infancia. Solo se ve á Jesus en primer término; María y Josef, concentrando todos sus cuidados, su adoracion y su amor sobre este tesoro de bendiciones y de gracias: la trinidad terrestre de Belen, del destierro á Egipto y del regreso á la patria, hé aquí el cuadro Evangélico de la santa Familia, preparándose á dejar á Nazareth para ir á celebrar la solemnidad pascual á la Ciudad santa. El viaje no tiene nada insólito. Desde el año en que fue ensangrentada la festividad de la Pascua con la degollacion de las tres mil víctimas de Arquelao, se habian conformado Josef y María á las prescripciones de la ley mosaica. Es probable que Jesus les hubiese ya acompañado anteriormente. En todo caso, si hubiera tenido María niños que hubieran exigido sus cuidados maternos, hubiera sido imposible verificar esta piadosa peregrinacion. Además, en la hipó-

tesis racionalista, debían crear un obstáculo permanente los frecuentes nacimientos que es necesario admitir para constituir una familia numerosa. Sin embargo, el Evangelista atestigua que « todos los años » *omnes annos* « iban el padre y la madre á celebrar la Pascua á Jerusalem. » Reflexiónese sobre el valor de esta palabra: *Omnes annos*, aplicada, sin escepcion, á un intervalo de nueve años, y se comprenderá todo el valor de nuestro raciocinio. Pero no es esto todo. El niño Jesus permanece en Jerusalem, al volver sus padres á Nazareth, despues de la solemnidad pascual. Verifícase esta separacion sin suscitar la menor inquietud en Josef y Maria: los grupos de los peregrinos se dividen para el viaje en dos coros de hombres y mujeres, que marchaban precedidos de los niños, y cantando los salmos de David. Hizose, pues, la primer jornada del camino con toda tranquilidad, creyendo Josef y Maria que iba Jesus con los demás compañeros de viaje; *In comitatu*, dice San Lucas. Si hubiera tenido Jesus hermanos y hermanas, es evidente que hubieren pensado sus padres que estaba con ellos. Mas cuando al acampar por la noche, inquieren Josef y Maria acerca de Jesus, no preguntan por él á sus hermanos ni á sus hermanas, sino « á sus parientes y á sus conocidos. » *Requirebant eum inter cognatos et notos*. En semejante caso, hubieran debido dirigir su primer pregunta á los hijos segundos de la familia, habiéndoles preguntado Maria: ¿Dónde está vuestro hermano? ¿Dónde le habeis dejado? ¿Cuándo se ha separado de vosotros?—Así se lo hubiera dictado á todas las madres su propio corazon. No tenia, pues, Jesus hermanos ni hermanas á quienes poder dirigirse para adquirir noticias de él. Téngase en cuenta y medítese bien aquí, cada pormenor del relato Evangélico. O los pretendidos hermanos y hermanas de Jesus iban en aquel viaje, ó se habian quedado en Nazareth. En una y en otra hipótesis, seria inesplicable la conducta de Maria y de Josef tal como nos la da á conocer el Evangelista. Si permanecieron en Nazareth ¿quién cuidó de ellos en la humilde morada del carpintero? Si se quedaron en Nazareth, necesita volver á verlos el corazon de sus padres. La permanencia de Jesus en Jerusalem hubiera producido el efecto de separar á los dos esposos: el uno hubiera vuelto á Jerusalem á buscar el hijo mayor de la familia, mientras lleno de ansiedad el otro, hubiese corrido á abrazar á sus demás hijos. ¿Es así como obran Josef y Maria en el Evangelio? No; no se encuentra

Jesus entre los parientes y amigos de la familia al acampar por la noche, y Josef y María consideran haberlo perdido todo. No se opone á su determinacion ningun otro afecto. Sin recomendar á nadie pretendidos hijos que no existen, sin llevárselos consigo, como hubiesen hecho á haber ido con ellos en el viaje, vuelven María y Josef á Jerusalem. Llegan allí, encuentran á Jesus en el átrio del Templo, sentado entre los discípulos de los Doctores, interrogando á éstos últimos, y respondiendo á sus preguntas con una prudencia y una sabiduria que admiran á los asistentes. Pero Josef y María están solos; no tienen consigo otros hijos. La afligida madre, no dice á Jesus. Hé aquí que tu padre, tus hermanos y yo, te buscábamos desconsolados. Jesus no tiene hermanos ni hermanas. María lo encuentra todo al hallar á su hijo unigénito y primogénito. Cuando vuelven á Nazareth, está allí solo Jesus, sumiso á sus padres: él es el único que llena el corazon de María, que conserva todas sus palabras, en una meditacion celestial. Jesus es el único hijo suyo que se halla en el banquete de las bodas de Caná. María á su vez se encontrará sola al pie de la cruz donde espira Jesus. No quedará ningun otro hijo para consolar á la Madre dolorosa ¡Ah! si hubiera tenido María hijos ó hijas, le hubiese dicho Jesus al morir, indicando á San Juan: «¡Hé ahí á tu hijo!» y á San Juan, designando á María: «¡He ahí á tu Madre!» Puede destruirse todas las páginas del Evangelio; puede mancharse con blasfemias cada una de las palabras de este libro divino; pero jamás se conseguirá introducir en el contexto de su narracion, otro hijo, nacido de la Virgen María, distinto del divino Niño de Belen.

33. Sin embargo, oiremos mas adelante á la muchedumbre agrupada en torno del Salvador, esclamar, al admirarse de los milagros que obra y de la doctrina que sale de sus labios: «¿Qué ¿no es éste el artesano, hijo de María, hermano de Santiago, de Josef, de Judas y de Simon ¹?» La exclamacion referida por San Marcos se halla en iguales términos en el Evangelio de San Mateo: «¿No es este el hijo de un artesano? ¿No se llama María su Madre, y sus hermanos Santiago, Josef, Simon y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas con nosotros ²?» En otra ocasion, estando Jesus enseñando al pueblo en una casa de Cafarnaum, fueron á decirle:

¹ Marc., VI, 3. — ² Math., XII, 55-56.

«Mira que tu Madre y tus hermanos están fuera buscándote. — ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos, respondió Jesus. Y estendiendo la mano hacia sus discípulos, dijo: Hé aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi Madre ¹.» Finalmente, San Juan añade que muchos de los hermanos de Jesus no creían en él ².» Estos textos son terminantes, dicen los protestantes de nuestros días que los reproducen con afectación, en mil folletos destinados á la propaganda popular. ¿No veis, añaden, que puesto que llama el Evangelista á Santiago, José, Simon y Judas hermanos de Jesus, es una invención de la idolatría católica la perpétua virginidad de María? Hé aquí la objeción en toda su fuerza. Sin embargo, solo prueba una cosa, la decadencia, en el seno del protestantismo actual, de la ciencia escrituraria. En otro tiempo se expresaba Calvino de esta suerte: «Ya hemos dicho en otro lugar, que segun costumbre de los Hebreos, se llamaba hermanos á todos los parientes. Por tanto, aparece Helvicio sobrado ignorante al decir que tuvo María muchos hijos, porque se hace mención en algunos pasajes de los hermanos de Cristo ³.» También Grocio desmentiría á los modernos intérpretes: «Los que llama hermanos de Cristo el Evangelio, dice, eran primos suyos. Esta locución familiar entre los Hebreos se hallaba en uso entre los Griegos y entre los mismos Romanos ⁴.» Es de sentir, en verdad, que se hallen hoy los protestantes menos familiarizados con el estudio de los libros sagrados, que lo estaban sus antepasados Calvino y Grocio. Pero esto es de cuenta suya. Lo que importa decir, es, que la Iglesia ha leído desde hace dos mil años el Evangelio tal como lo vemos en el día. Cualquiera que lo abra, encontrará en él con palabras claras y terminantes, que «María, Madre de Santiago y de Josef, esposa de Cleofas, era hermana de la Madre de Jesus ⁵.» Iguales palabras consignan San Mateo, San Marcos y San Juan. Hé aquí, pues, que San Judas, en el versículo I de su Epístola Católica, se llama él mismo: «Hermano de Santiago ⁶.» Era, pues, su padre Cleofas, y su madre la hermana de la Santísima Virgen. Finalmente, Simon, segundo obispo de Jerusalem, sucedió, dice Eusebio, á su hermano

¹ Math., XII, 47-50. — ² Joan., VII, 5. — ³ Calvín. *Comentar. sobre la Armonía evangel.*, pág. 285. — ⁴ Grotius, *Annot. in Math.*, pág. 115. — ⁵ Joan., XIX, 25; Math., XXVII, 56; Marc., 10. — ⁶ *Jud. Epist. catholic.*, 1.

Santiago en esta silla episcopal ¹. Si os ocurre negar el valor del testimonio de Eusebio en esta circunstancia, este mismo historiador tomará la precaucion de advertiros, que escribió esta particularidad Hegesipo, contemporáneo de Simon, y judío de nacimiento, habiéndola tomado él de este testigo ocular.

34. Es, pues, indudable que Santiago, Josef, Judas y Simon, enumerados en los pasajes de San Mateo y de San Marcos, citados mas arriba, no eran hermanos del Salvador, en el sentido que damos hoy á esta palabra, sino que eran solamente sus primos hermanos. La misma critica racionalista lo reconoce asi: «Parece, dice, que los cuatro personajes que se supone ser hermanos de Jesus y uno de los cuales al menos, Santiago, llegó á obtener una grande importancia en los primeros años en que se desarrolló el Cristianismo, eran primos hermanos suyos ².» Esta confesion nos dispensa de insistir mas. Entre los Hebreos, la palabra «hermano,» (*Akh*) tenia dos significaciones, la una general, que indicaba simplemente el parentesco en todos los grados, tales como los de primo, tio, sobrino, etc.; la otra limitada y precisa, idéntica á nuestro sentido actual. Loth era sobrino de Abraham, lo que no impedia que dijera el escritor sagrado: «Habiendo sabido Abraham el cautiverio de Loth, su hermano, armó á sus servidores para librarle, y volvió á traer á Loth, con todas sus riquezas ³.» Labán era tio de Jacob, y no obstante, habla así á su sobrino. «Se dirá que porque eres mi hermano, me has de servir gratuitamente ⁴.» El jóven Tobías y su esposa Sara eran primos en un grado muy remoto, y Tobías la llama hermana suya ⁵. Son estos modos de hablar sabidos de todos los que han estudiado la antigüedad sagrada y profana, porque se hallan fórmulas absolutamente idénticas en todos los autores griegos y latinos. ⁶ Se-

¹ Euseb., *Hist. eccl.*, lib. VII, cap. II. — ² *Vida de Jesus*, pág. 23-24. — ³ *Genes.* XIV, 14-16. — ⁴ *Genes.* XXXI, 15. — ⁵ *Tob.*, VIII, 9.

⁶ Preciso es ignorar todo estudio lingüístico, dice el abate Freppel en su *Examen crítico de la Vida de Jesus*, de M. Renan, para no saber que la palabra latina *frater*, la griega *adelphos*, y la hebrea *akh*, se usan con mucha frecuencia para designar los primos hermanos, los sobrinos y los parientes en general. Entre los hebreos, tiene la palabra hermano, segun Gesenio y otros filólogos no menos distinguidos, una significacion muy estensa que se refiere, no solo á los primos, sino á los individuos de la misma tribu, segun se ve en el Antiguo Testamento (V. *Genes.* VII, 4; VIII, 9; XI, 27; XIII, 8; XIV, 16). Si consultamos el Nuevo Testamento, hallamos la palabra hermano, usada trescientas sesenta veces en cuatro acepciones diversas, para designar el hijo de un mismo padre, los miembros de una misma familia, los habitantes de un mismo

ria ya tiempo de que volviera el protestantisimo á adquirir un poco mas de ciencia ó una poco menos de mala fe.

35. En cuanto á la imaginacion que despliega el moderno racionalismo para dar á María hijos é hijas que vivieron oscurecidos, y «cuya consideracion no parece haber sido igual á la de sus primos ¹,» es uno de esos sueños que nada justifica y que no puede adoptarse. El milagro por el cual se halla sustituido el nombre de estos desconocidos, «en boca de las gentes de Nazareth por los nombres de los hijos de Cleofas ², permanecerá inesplicable á todas las comisiones de sabios que quisieran tomarse la molestia de examinarlo. Solo hay un punto en esta excursion al pais de las quimeras, accesible á cualquier controversia.» Las hermanas de Jesus, se dice, se casaron en Nazareth ³. Hé aquí al menos, una afirmacion que tiene cuerpo: Se la puede coger y tocar tanto mejor cuanto que la apoya el exegeta en una nota concebida en estos términos: «Marc., VI, 3.» Abrimos, pues, el Evangelio, para buscar en él la esplicacion alegada, y leemos las palabras siguientes, que no aluden próxima ni remotamente á un matrimonio. «¿No es este un artesano, hijo de María, hermano de Santiago, de Josef, de Judas y de Simon? ¿Y sus hermanas no están aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él ⁴.» Para ver en este texto la indicacion de un matrimonio, se necesita hacer una interpretacion estensiva que traspasa todas las leyes ordinarias de la lógica y del sentido comun. Pero tal vez dispone acaso el racionalismo de una dialéctica estra-natural.

pais, y los hombres reunidos por una misma fe y un afecto. No debe, pues, parecer extraño que llamaran hermanos los judios á los primos de Jesus, porque esta denominacion es un puro hebraismo. Respecto de los Griegos y Romanos, bastará decir con la autoridad de Grocio: *Quem Jesu FRATREM id est CONSORINUM, loquendi genere etiam Græcis et Romanis nolo*. Finalmente, segun observa Augusto Nicolás en su obra titulada: *la Divinidad de Jesucristo*, cap. XV, hoy mismo no existe en Rusia nombre para designar al primo y al primo hermano, etc., llamándose *hermanos* á todos los próximos parientes, y *hermanos de padre*, á los hermanos propiamente dichos, para distinguirlos de los primos. V. lo que dice el autor M. Darras sobre este importante punto en el capitulo VIII, § I. Véase tambien la obra titulada: *Jesucristo*, respuesta á M. Renan, escrita por M. Gratry, cap. II. — (*N. del T.*)

¹ *Vida de Jesus*, loc. cit. — ² *Vida de Jesus*, pág. 25. — ³ *Ibid.* — ⁴ Marc., VI, 3.

CAPITULO IV.

PREPARACION AL APOSTOLADO.

SUMARIO.

§ I. DIEZ Y OCHO AÑOS DE VIDA OSCURA EN NAZARETH.

1. Vida oculta de Jesucristo. Fecundidad divina de esta inaccion aparente.—2. Sucesion de los gobernadores romanos en Jerusalem. Muerte de Augusto. El emperador Tiberio. Anás y Caifás. Poncio Pilatos.—3. Muerte de San Josef.

§ II. PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

4. El Precursor.—5. Autenticidad del relato Evangélico. Synchronismo.—6. Discursos de San Juan Bautista.—7. Diputacion de los Fariseos de Jerusalem á San Juan Bautista. Recibe Jesus el bautismo en las aguas del Jordan.—8. Testimonios de la historia profana relativos á San Juan Bautista.

§ III. AYUNO Y TENTACION.

9. Relato evangélico de la Tentacion de Jesucristo en el desierto.—10. Ayuno de Jesucristo.—11. Pretendida rehabilitacion de Satanás por el racionalismo moderno.—12. Verdadero carácter de la Tentacion de Jesus. El hombre no vive solamente de pan.—13. Paralelismo de la Tentacion de Jesucristo con la del Eden.

§ IV. PRIMERA VOCACION DE LOS APÓSTOLES.

14. Andrés, Juan, hijos de Zebedeo, y Simon, hijo de Jonás, ven por vez primera á Jesucristo.—15. Los pescadores, Apóstoles futuros.—16. Felipe y Nathanael.—17. Caracteres milagrosos de la vocacion de Nathanael.

§ V. LAS BODAS DE CANÁ.

18. Narracion evangélica de la bodas de Caná.—19. Intervencion de Maria en la primer manifestacion de la divinidad de Jesus.—20. El *Architrictinio*.—21. Carácter patente del milagro de Caná.—22. Sentido divino del milagro.

§ I. DIEZ Y OCHO AÑOS DE VIDA OSCURA EN NAZARETH.

1. Desde el incidente del viaje á Jerusalem hasta la manifestacion de Jesucristo, transcurren diez y ocho años de silencio y de vida en la oscuridad de Nazareth. Una palabra resume toda la obra divina durante este intervalo. «Estaba sumiso á ellos.» Esta inaccion parece larga á nuestra humana impaciencia. Y sin embargo, bastarán tres años de vida pública al Verbo encarnado para fundar

el edificio inmortal de la Iglesia, para arrancar el inando á la tiranía de Satanás y renovar la faz de la tierra. Mas pasará diez y ocho años enseñándonos, con su ejemplo, la práctica y el amor á la humanidad y á la sumision. Si pues, concentrados en nosotros mismos y sondeando el abismo de nuestras miserias, queremos reflexionar en la grandeza de semejante obra, comprenderemos en breve, que no hay actividad alguna, comparada con esta inaccion aparente, que pueda ser mas fecunda. La oscuridad de Nazareth parece ser el prolongamiento de la humillacion del pesebre; la sumision en la morada del carpintero es el comentario en accion del cántico de los Angeles: «¡Gloria á Dios en las alturas del cielo y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Al descender el Verbo al mundo, no vino á cambiar las condiciones fundamentales de existencia de la humanidad decaida. No vino á suprimir el padecimiento, el trabajo, las relaciones gerárquicas de dependencia y de superioridad, de riqueza y de indigencia, de poder y de subordinacion: vino á abrazarlas en su persona para divinizarlas. Asi, pues, se emplean diez y ocho años de la vida de Jesus, que será por siempre el modelo de toda vida, en enseñarnos estas grandes cosas. El Verbo enseña al mundo, esclavo de todas las pasiones, la pasion divina del padecimiento, del trabajo oscuro, de la sumision, en un corazon perfecto. Desciende la paz al taller, al fondo de los *ergastulos*, á los calabozos, á las minas, donde quiera que trabaje y padezca generosamente una alma arrepentida, uniendo sus dolores á los del Hombre-Dios. En estos diez y ocho años, crea Jesus el trabajo cristiano. «La obra del Padre celestial» llama á los mas oscuros artesanos, solicita los trabajos mas humildes, eleva, engrandece, diviniza todo cuanto existe miserable y desdeñado por el orgullo humano. Asi es como podemos comprender la respuesta que dió á Maria Jesus, sentado entre los doctores, y la admirable condescendencia con que les estaba sometido.

2. Entre tanto se desarrollaban, siguiendo el curso ordinario de las cosas humanas, alrededor de la soledad de Nazareth, los acontecimientos que atraen las miradas de la política vulgar y fijan la atencion de los mortales. Sucedianse en Jerusalem los gobernadores romanos segun la voluntad imperial. Coponio fue el primero, despues del empadronamiento definitivo de Quirinio, que llevó este título oficial. Habíase apaciguado prontamente la resistencia provocada por

Judas el Galonita, sin que comprometiera la seguridad general ningun accidente sensible. Sin embargo, debemos citar aquí un rasgo característico del odio inveterado de los Samaritanos contra el Templo de Jerusalem. En la Pascua que siguió á la de la narracion evangélica, se introdujeron secretamente algunos samaritanos, con la multitud de peregrinos, en los pórticos, sagrados, que se acostumbraba abrir á media noche, para la solemnidad de los Azymos. Estos extranjeros sembraron, á favor de la oscuridad, las galerías de huesos de cadáveres, logrando tambien arrojarlos en el interior del Templo. Segun las prescripciones mosaicas, era este acto una profanacion que producía la impureza legal. El historiador Josefo, al trasmitirnos este pormenor, confirma así, anticipadamente la verdad del texto evangélico, que en breve nos mostrará, viva y obstinada, la antipatía de los Judíos y de los Samaritanos. Coponio fue reemplazado al año siguiente por Ambibuco, bajo cuyo gobierno murió la hermana de Herodes, el Idumeo, la intrigante Salomé. Acababa Augusto de asociar al imperio á su hijo adoptivo Tiberio ¹, (año 16 de la edad de J. C., 12 de la E. V.); el mundo romano iba á inclinarse bajo el despotismo caprichoso y sangriento de un monstruo. Tres años despues, era nombrado Anio Rufo gobernador de Judea, y en breve murió el mismo Augusto á la edad de setenta y cinco años (año 18 de la edad de J. C., 14 de la E. V). Envióse á Jerusalem un nuevo gobernador escogido por Tiberio, que fue Valerio Grato, el cual notició á los Judíos el feliz advenimiento de un tirano al trono del mundo, y el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, se apresuró á dar á la antigua Sephoris, que acababa de reedificar, el nombre glorioso de Tiberiades. El lago de Genesareth, á las orillas del cual se elevaba la ciudad, tomó tambien el sobrenombre impuesto á la misma por una adulacion servil. El tetrarca de Iturea, Filipo, no menos celoso de merecer las gracias imperiales, dedicó tambien en honor de Tiberio César, la ciudad de Paneas que acababa de reedificar en el nacimiento del Jordan, dándola por nombre Cesarea de Filipo. De esta suerte invadía la historia romana la Judea, y solo la necedad de un racionalista podía formular esta asercion estraña: «Jesus no tuvo idea alguna exacta del poder ro-

¹ El hecho de la asociacion de Tiberio al imperio, viviendo Augusto, se halla atestado por todos los historiadores. Tácit. *Anna.*, lib. I, cap. III.—Sueton. *Tiberii Vita*, cap. XX.—Veleyo Patere., lib. II, c. DXI.

mano ¹; pues toda la Palestina llevaba en tiempo de Nuestro Señor la librea de Tiberio. Uno de los primeros actos de Valerio Grato en Jerusalem, fue despojar al pontífice Anás de la dignidad de sacrificador, para investir con ella á un sacerdote oscuro, Ismael, hijo de Fabi. Algunos meses despues, era sumergido en el olvido este Ismael, por la misma mano que acababa de sacarle de él. Eleazar, hijo del gran sacerdote Anás, se revestia con las sagradas insignias de Aaron, volviendo á entregarlas al año siguiente á Simon, hijo de Kamith. Josefo consigna todos estos cambios, sin acompañarlos de una sola razon como historiador, ni de una sola queja como judío. El motivo era sin duda la avaricia de los gobernadores, que ponian á pública *subhasta* esta sagrada dignidad. Además, hubiera sido inútil la queja, porque si bien era el Pontificado Supremo, en su institucion, un cargo hereditario ¿tenian ya los Judíos el poder de revindicar uno solo de sus privilegios? Valerio Grato ejerció por once años, bajo el nombre de Tiberio, su autoridad despótica en Jerusalem. Cuando recobró la gracia del Emperador, quiso beneficiarse otra vez con la venta del Pontificado Supremo, y lo confirió á Cai-fás, yerno del ex-gran sacerdote Anás. El sucesor de Grato fue Poncio Pilatos (año 30 de la edad de J. C. 26 de la E. V).

3. Asi trae la historia profana al teatro de la Judea los futuros culpables de un deicidio. En esta época San Josef, el virginal esposo de Maria, el padre putativo de Jesus, el humilde carpintero de Nazareth, habia terminado su vida mortal. A la manera que el patriarca, cuyo nombre llevaba, habia distribuido el pan al verdadero Israel ², al Niño de Belen, bastante fuerte para luchar, en nombre de la humanidad decaida, contra la justicia de Dios. Háblale visto el Egipto, como en otro tiempo á su antepasado, prestar el apoyo de su brazo al verdadero rey del mundo. En tiempos pasados murió el hijo de Jacob en tierra extranjera; San Josef muere lo mismo en el umbral de la historia evangélica, antes que se consumara la redencion del mundo. Al dejar Moisés el Egipto, á la cabeza de los Hebreos que habian recobrado la libertad, se llevó piadosamente los despojos del antiguo ministro de Faraon, que depositó Jossué en el suelo de la Tierra Prometida. Asi Jesucristo, vencedor de la muerte, introdujo en el reino de su Padre celestial el alma santa y

¹ *Vida de Jesus*, pág. 38. — ² Israel significa: *Fuerte contra Dios*.

amadísimas de aquel que fue su padre adoptivo en la tierra, y el reinato que ejerció el hijo de Jacob en Egipto, lo ejercerá San Josef en los cielos, al lado del trono de María, participando en proporcion relativa de la omnipotencia suplicante de la Santísima Virgen. San Josef es el lazo que une al mundo patriarcal y al Antiguo Testamento con el mundo cristiano y el Testamento Nuevo. Sin decirnos el Evangelio la época exacta de su muerte, nos indica suficientemente que precedió á los años de la vida pública del Salvador. Si se quiere una prueba decisiva de ello, la encontraremos en las mismas palabras de los Judíos, que enumeran toda la parentela de Jesus: «Tenemos, dicen, entre nosotros, su madre, sus hermanos y sus hermanas.» Y no hay duda que si hubiera vivido aun San Josef en aquella época, no hubiera sido omitido en esta enumeracion, y no se hubieran limitado á recordar solo su memoria. Admirados los Judíos de las maravillas del Hombre-Dios, manifiestan toda su sorpresa al verlas verificadas por aquel á quien llaman «el hijo del carpintero Josef.» ; Glorioso sobrenombre del esposo de la Virgen María! Josef fue en efecto el artesano, hasta cierto punto de la salvacion del mundo, pues cooperó con admirable docilidad á la obra de la Redencion. El Padre celestial le trasmitia sus órdenes por la voz de los Angeles, y el humilde carpintero, sucesor en tiempo de Herodes, de los derechos desconocidos de David, tuvo la gloria de representar al Padre en la terrestre trinidad de la Sacra Familia. Cuando murió en brazos de Jesus y de su Madre, y se reunió á sus abuelos, terminaba el período de oscuridad y de silencio del Verbo encarnado. Habíase cumplido la obra de Josef, quien habia guardado fielmente los dos depósitos confiados á su vigilante ternura: la infancia del Hijo de Dios y la virginidad de María ¹. Iba á comenzar la obra pública de Jesucristo, y ya el precursor Juan Bautista, nuevo Elias, preparaba el camino al Redentor del mundo.

§ II. PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

4. «En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, dice San Lucas, siendo gobernador de la Judea Poncio Pilatos y tetrarca de Galilea, Herodes, y tetrarca de Iturea y de la provincia de Tracónitis, Filipo, su hermano, y tetrarca de Abilina Lisaniás: bajo

¹ Véase para todo lo concerniente al culto de San Josef, las *Acta Sanctorum*, 19 de marzo.

los Sumos Pontífices Anás y Caifás, hizo el Señor oír su palabra en el desierto á Juan, hijo de Zacarías; el cual fue por toda la comarca del Jordan, predicando el bautismo de la penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro de las profecías de Isaías: «Se oirá la voz de uno que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas. Y todos los valles serán terraplenados, y todos los montes y collados serán allanados, y asilos caminos torcidos se harán rectos, y los escabrosos serán igualados, y todos los hombres verán al Salvador que Dios envía ¹.» — «Este es, dice San Marcos, el principio del Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios. Conforme á lo que se halla escrito en el libro de Isaías; hé aquí, yo envié á mi Angel ante tu presencia, el cual irá delante de tí preparándote el camino. Este precursor fue Juan que bautizaba en el desierto, predicando el bautismo de la penitencia para la remision de los pecados. Y acudia á él todo el pais de Judea y todas las gentes de Jerusalem, y recibian de él el bautismo en el Jordan, confesando sus pecados. Y este mismo iba vestido con un saco de pelos de camello, y traia un ceñidor de cuero á la cintura, sustentándose de langostas y miel silvestre.» Y predicaba diciendo: «Va á venir uno mas poderoso que yo, y á quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: yo os bautizo en el agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo ².» Igual lenguaje usan los otros dos Evangelistas. La era de la Redencion del mundo se abre con la imponente figura de Juan Bautista.

5. La fecha se halla marcada solemnemente: los pormenores se diferencian de todos los incidentes de una historia vulgar. Jamás se produjo un hecho análogo anteriormente ni despues. Es, pues, imposible que sea inventado. ¡Búsquese fuera de la Judea un escritor que imagine un personaje legendario que se mantenga con langostas! ¿Qué no han dicho los incrédulos del siglo XVIII sobre esta clase de alimento, inaudito en nuestras costumbres y en nuestros climas septentrionales? Y sin embargo hoy nos hacen sonreír la observacion y el estudio de las ineptias volterrianas sobre este punto, puesto que se llevan actualmente estas langostas á los mercados árabes, cociéndolas como los cangrejos, ó asándolas simplemente al fuego. Algunas tienen doce á quince centímetros de largo. Cuan-

¹ Lucas, III, 1-6. — ² Marc., I, 1-8. — Mat., III, 1-4. — Juan I.

do descienden á bandadas á los campos, con el rocío de la mañana, es fácil hacer gran caza de ellas. Los historiadores profanos nos hablan de poblaciones acridofagas¹. Moisés distingue en el Levítico cuatro especies de insectos: el atelabe, el atacio, el ofiomaco y la langosta propiamente dicha, cuyo uso como alimento permite á la nacion judía². Cuanto mas se alejan estas particularidades de nuestras costumbres, mas testifican la autenticidad del Evangelio. Las indicaciones cronológicas de San Lucas tienen el mismo carácter. Compréndese, despues de lo que hemos dicho mas arriba sobre las perpetuas vicisitudes del Soberano Pontifice en Jerusalem, que era preciso estar profundamente versado en la historia judáica para consignar tan rotundamente los nombres de Anás y Caifás, como principes de los sacerdotes, en la época de la predicacion de Juan Bautista. La simultaneidad de los dos Pontífices era contraria á la legislacion de Moisés, lo cual hubiera llamado la atencion de un autor póstumo, haciéndole guardarse bien de incurrir en este error aparente. Pero San Lucas sabia que Caifás, investido recientemente con la gran dignidad de sacrificador, era yerno del ex-gran sacerdote Anás, que la habia ejercido tambien por mas de quince años. Anás, que era por su crédito y riqueza uno de los personajes mas notables de la Judea, consiguió por su influencia con los gobernadores romanos, hacer que pasara sucesivamente esta dignidad á su hijo Eleazar y á su yerno Caifás. Era, pues, realmente el jefe del sacerdocio, cuyo poder nominal tenia Caifás. Y esto es lo que sabia el Evangelista y lo que nota con admirable precision³. Hállase tambien inscrito en su fecha oficial el nombre del gobernador romano Poncio Pilatos. La emocion general causada en toda la Palestina por la predicacion de San Juan Bautista, la afluencia de la muchedumbre que vá á buscar al Precursor al desierto, fueron preparadas por un acto irreflexivo del nuevo representante de Tiberio. Aun antes de llegar á Jerusalem, envió Poncio Pilatos á la Ciudad Santa las águilas de sus legiones y los estandartes que llevaban la efigie del emperador, con órden de enarbolarlos sobre el palacio Antonia. Esto era

¹ Comedores de langostas: de las dos palabras griegas: *Ακρίδες* (langostas), *Φάγειν* (comer).

² *Levit*, XI, 22.

³ No podemos entrar en todos los pormenores exegéticos del pasaje de San Lucas, cuyos mas sabios comentarios pueden verse en la obra de M. Wallon, titulada: *De la creencia que se debe al Evangelio*, cap. IV y V.

herir el sentimiento nacional que habian respetado hasta entonces sus predecesores. Ninguno de ellos habia cometido este acto que consideraban como impío todos los Hebreos, pues no debia ser espuesta en la ciudad de Jehovah la imagen de un hombre, aunque fuera el Señor del mundo. El águila romana fijada por Herodes en los pórticos del Templo, suscitó una sedicion. A vista de estos emblemas de idolatría, creyó el pueblo que se aproximaba el fin de los tiempos y que habia entrado en el Templo la abominacion de la desolacion. Saliendo la multitud en masa de Jerusalem, fué á encontrar á Pilatos á Cesárea. Arrodillada durante seis dias en el hipódromo, ante el tribunal del gobernador, suplicóle que retirase la orden dada anteriormente. En vano la amenazó Pilatos con la espada de sus legiones; cada judío se tenia por feliz en morir por la ley de Moisés, antes que sufrir semejante profanacion. El romano tuvo que ceder á sus instancias, y fueron quitadas las imágenes.

6. Conmovida la muchedumbre con la súbita aparicion de Juan Bautista, en tales circunstancias, esperando que iba á aparecer el Mesías, el Libertador, se precipitaban á las orillas del Jordan. «Haced penitencia, les decia, porque está próximo el reino de los cielos.» Otras veces, airándose contra los crímenes y los desórdenes de los Judíos, tomaba el tono amenazador de los antiguos profetas: «Razas de víboras, decia, ¿quién os ha enseñado que así podreis huir de la ira que os amenaza? Haced, pues, ahora frutos dignos de penitencia, y no repitais con ciega confianza: Tenemos por padre á Abraham; porque os digo, Dios es poderoso para hacer nacer de estas piedras hijos de Abraham. Porque ya está puesta el hacha á la raiz de los árboles; y así, todo árbol que no dé buen fruto, será cortado y arrojado al fuego.—Y el pueblo le preguntaba: ¿Qué debemos, pues, hacer?—Y él les respondia, diciendo: El que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene ninguna, y el que tiene pan, pártalo con sus hermanos indigentes.—Y vinieron asimismo publicanos á ser bautizados, y le dijeron: Maestro ¿y nosotros qué debemos hacer para salvarnos?—Y él les dijo: No cobreis mas de lo que os está ordenado.—Y los soldados tambien le preguntaban: Y nosotros ¿qué debemos hacer? Y les dijo. No trateis mal á nadie, ni le calumniéis, y contentaos con vuestra sueldada.—Y como el pueblo estuviese suspenso y pensasen todos en sus corazones si acaso Juan seria el Cristo, dijo Juan á todos: Yo á la verdad os bautizo con

agua, pero vendrá otro mas poderoso que yo, á quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: éste os bautizará con el Espíritu Santo y con el fuego de la caridad. Tiene en la mano su bieldo y limpiará su era, y juntará el trigo en su granero, mas la paja la quemará en un fuego que nunca se apaga. Otras muchas cosas decia Juan al pueblo cuando en sus exhortaciones le anunciaba la palabra de Dios ¹.» Asi habla San Lucas. A la hora en que resonaba en las orillas del Jordan esta elocuencia divina, recordando el estilo de los Profetas, decia Pilatos tal vez entre sí, que Ciceron habia dado algunos años antes al arte oratoria su última fórmula. El cortesano de Tiberio no podia menos de deplorar la ceguedad de estas colonias bárbaras que iban al desierto á oír la voz de un orador vestido de pelos de camello, debiendo redoblarse la admiracion del romano, cuando oía hablar de la muchedumbre que confesaba sus pecados: *Confitentes peccata sua* ², y que recibia el bautismo de la penitencia en las aguas del Jordan: *Baptizabantur ab illo in Jordanis flumine* ³. La Roma de Tiberio cometia toda clase de crímenes, pero no los confesaba; contraia toda clase de manchas, pero se cuidaba poco de lavarlas en las aguas de la penitencia. Quién se equivocaba ¿el desdeñ irónico de Pilatos ó la fe de los Hebreos? No era nueva la confesion y el bautismo entre los Judíos, puesto que en la fiesta solemne de las expiaciones, hacia el Gran Sacerdote en nombre de Israel, confesion general de todos los pecados del pueblo, y que todos los dias recibian los sacerdotes en el Templo, en nombre del Señor, la confesion de las culpas particulares, y ofrecian por el culpable un sacrificio á Jehovah. Toda clase de impurezas ilegales se purificaban por las abluciones ceremoniales, bautismo permanente que entrañaba en cada pormenor de la vida hebráica. Cuando fueron al Sinai los hijos de Jacob, huyendo de la tiranía de Faraon, á recibir la ley divina «habian sido bautizados antes, dice San Pablo, en la nube luminosa y en las aguas del Mar Rojo ⁴.» Asi fueron purificados del contacto de los Egipcios, poniendo despues la ley del bautismo ó de la ablucion, una barrera entre ellos y las naciones extranjeras. Hé aquí por qué habia aceptado toda la Judea la confesion de los pecados y el bautismo de penitencia, predicados por San Juan, como la viva espresion y la esencia misma de la ley judáica. Pilatos podia

¹ Lucas, III, 6-15. — ² Marc. I, 5. — ³ Id. *ibid.* — ⁴ Cor. X, 2.

burlarse de esto, puesto que en nuestros dias hemos oido á un literato comparar á Juan Bautista «con un *Yogui* de la India, muy semejante á los *Gurus* del Bramismo,» y bien valia el escepticismo del Romano la pedanteria del retórico moderno, pues tan inteligentes son el uno como el otro. Pero los hijos de Abraham, los herederos de las promesas eternas habituados á la voz de los Profetas, abrumados por la dominacion del cesarismo y por las desgracias del tiempo, ansiosos de ver realizarse las esperanzas nacionales, en la época precisa que les estaba señalada hacia dos mil años, los Judíos, en fin, no podian engañarse. Habia llegado la hora de la liberacion, en que Cristo debia aparecer, y todos creyeron que Juan era Cristo.

7. «Enviaron, pues, de Jerusalem, continúa el texto sagrado, sacerdotes y levitas que le preguntasen: «¿Quién eres tú? Juan, sin vacilacion ni subterfugio alguno, contestó: No soy yo el Cristo. Preguntáronle. ¿Pues qué, eres Elías? Respondió: No lo soy: ¿Eres el Profeta? Y respondió: No. Dijéronle ellos: ¿Pues quién eres, para llevar la respuesta á los que nos enviaron? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías. Y los que habian sido enviados eran fariseos ¹. Y le preguntaron de nuevo. Pues ¿por qué bautizas, sino eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondióles Juan diciendo: Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno á quien no conoceis. Ese es el que ha de venir despues de mí, el cual ha sido preferido á mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. — Estas cosas pasaron en Bethania ² del otro lado del Jordan, donde bautizaba Juan ³.» No era, pues, posible dudar que Juan no era el Cristo, sino que le precedia, como precede la escolta encargada de abrir el camino al paso del soberano. «Entonces Jesus vino de Galilea al Jordan para ser bautizado por Juan. Este le vió venir y dijo: Hé aqui el cordero de Dios;

¹ Esta observacion del Evangelista, hace comprender inmediatamente el reducido formalismo de la objecion que va á seguir. Tranquilizada la conciencia farisaica con las declaraciones positivas de Juan que protesta no ser el Cristo, ni Elías ni Profeta, va á acusar ó declarar su mision. A cada linea del Evangelio tendríamos que indicar observaciones de esta clase, si quisiéramos hacer notar todos los caracteres de autenticidad intrinseca de este Libro divino. Los lectores suplirán lo que nos obliga á omitir la ley de la brevedad.

² Bethabara, segun los antiguos manuseritos citados por Orígenes.

³ Joan., I, 19-28.

¡hé aquí el que borra los pecados del mundo! Este es aquel de quien yo hablaba al decir: Un varon vendrá después de mí y que es antes que yo. No le conocia personalmente, pero yo he venido á bautizar en el agua del Jordan para manifestarle á los ojos de Israel.»—Y Jesus pidió el bautismo, y Juan le dijo: «¡Yo debo ser bautizado por tí; y tú vienes á mí! Y respondiendo Jesus, le dijo: Deja por ahora, porque asies como conviene, que nosotros cumplamos toda justicia.»—Entonces Juan condescendió, y bautizó á Jesus en el Jordan. Y despues que Jesus fue bautizado, inmediatamente salió del agua, y se puso á orar, y hé aquí que se abrieron los cielos, y vió al Espíritu de Dios descender en forma de paloma y posar sobre él. Y oyóse una voz del cielo que decia: «Este es mi hijo querido, en quien yo he puesto todas mis complacencias ¹.» Juan por su parté decia á la multitud. «Aquel que me ha enviado á bautizar con el agua, me ha dicho: Aquel sobre quien vieses descender y reposar al Espíritu en figura de paloma, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. Le he visto actualmente, y por eso doy testimonio de que él es el Hijo de Dios. Y entonces entraba Jesus en la edad de treinta años y pasaba por ser el hijo de Josef ².»

8. El testimonio de Juan Bautista convirtió el universo. El César romano murió en Caprea ¿quién piensa ya en la divinidad efímera de este monstruo, cuya imágen queria colocar Pilatos en el recinto del Templo de Jehovah? Y por el contrario, ¿qué region por remota que sea no ve en este momento prosternarse adoradores ante la imágen de Jesucristo? Es verdaderamente el Hijo de Dios que proclamó Juan Bautista, y á quien adoramos. ¡En verdad el racionalismo moderno es digno de lástima al hablarnos de un *yogui* de la India y de un *guru* del Bramismo! Siéntale bien disfrazar esta sublime historia evangélica y hablarnos «de los dos jóvenes maestros que luchan ante el público en recíprocas deferencias ³.» Este análisis del texto sagrado es tan fiel como la traduccion del griego de San Papias. ¿Qué diremos tambien de la adición unida ingeniosamente al relato, con la que se pretende que Jesus «fue bautista á su vez, y vió tambien preferido su bautismo?» En breve daremos íntegro lo que sigue del Evangelio, y en que no se encuentra

¹ Math., III, 13 *ad ultim.* — ² Luc., III, 23; Joan., I, 32-34. — ³ *Vida de Jesus*, pág. 105.

una sola palabra que justifique esta irrisoria invencion. Opongamos á estas fantasías de la infedulidad, los testimonios de la historia. Hé aquí cómo habla Josefo de San Juan Bautista: «Fue un hombre eminente en santidad, que llamaba á los Judíos á la virtud, á la justicia, á la piedad hácia Dios, y que les mandaba reunirse para recibir el bautismo. El bautismo, decia, no es agradable á Dios sino cuando va acompañado del propósito de no pecar. Solo puede ser saludable la purificacion del cuerpo despues de haber purificado el alma por medio de la justicia. Agrupábase á su lado un concurso inmenso, y la multitud estaba ansiosa de oirle ¹.» El bautismo hace un gran papel en las tradiciones rabínicas. «Los justos y los hombres piadosos, dice el Zohar, se regocijaban con la solemnidad de la efusion del agua, porque era una figura del favor que concederá el Altísimo, cuando borre de la tierra la impureza de la serpiente ².» El Koran da á Juan Bautista el nombre de el Profeta Santo ³, y á la hora en que escribimos estas líneas, existe aun, en las cercanías de Bassora una secta llamada *Mende-Jahiu* (discípulos de Juan) que adora al hijo de Zacarías, los cuales tienen un texto sagrado á que llaman *Divan*, y del que existe un ejemplar con el título de *Codex Nazaræorum* en la Biblioteca romana de la Propaganda ⁴. Asi es como los sueños del racionalismo moderno caen, uno tras otro, ante los hechos reales de la historia.

§ III. AYUNO Y TENTACION.

9. «Jesus, lleno del Espiritu Santo, volvió del Jordan, y fue llevado por el Espíritu al desierto, para que fuese tentado por el diablo. Cuarenta dias y cuarenta noches permaneció en la soledad, sin tomar ningun alimento, y despues de este ayuno, tuvo hambre. Y acercandose á él el tentador, le dijo: «Si eres el Hijo de Dios, dí á esta piedra que se convierta en pan. Y Jesus le respondió: Está escrito que el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra de Dios ⁵. Entonces el diablo le llevó á Jerusalem y le puso sobre el pináculo del Templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito que Jehovah ha mandado á sus ángeles

¹ Joseph., *Antiq. Jud.*, lib. XVIII, cap. VII.—² Zohar., *Sobre el Génesis*, col. 70, —³ Koran.—⁴ Rosignol, *Cartas sobre Jesucristo*, tom. II, pág. 96, 97.—⁵ Deuter., VIII, 3.



que tengan cuidado de guardarte, y que te lleven en sus manos para que tu pie no tropiece contra alguna piedra ¹. Y respondiendo Jesus, le dijo: Está escrito; no tentarás al Señor tu Dios ². Entonces el diablo le condujo á un elevado monte y le puso á la vista en un instante ³ todos los reinos del mundo con su magnificencia, y le dijo: Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque se me han dado á mí, y yo los doy á quien quiero; si tú quieres, pues, adorarme serán todos tuyos. Y respondiendo Jesus, le dijo: Retírate, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás ⁴. Y en aquel instante el diablo se apartó de él, y acercándose los Angeles á Jesus, le sirvieron ⁵.

10. Un diálogo con Satanás abre la historia de la humanidad caída, un diálogo con Satanás abre la historia de la humanidad redimida. Al salir de las aguas bautismales, á las que acababa Jesus de comunicar la gracia regeneradora, el Hombre-Dios halla en el desierto la viva imágen de la maldicion que hirió al primer hombre, despues que abandonó las fuentes de agua viva de la verdad y de la inocencia. En los primeros dias de la creacion, paseaba Adan su monarquía suprema, bajo las deliciosas arboledas del Eden, en medio de una naturaleza obediente y solícita por satisfacer sus menores deseos. En el desierto de la Cuarentena, que van á visitar todos los peregrinos, no lejos de Jericó, en la escabrosidad de estas áridas rocas, solo encuentra Jesus animales salvajes que huyen del hombre que se aproxima: el orgullo y la concupiscencia habian seducido al primer hombre; el acto esencial de la humildad, la oracion, la protesta mas solemne contra todo género de concupiscencia, el ayuno, serán las dos grandes leyes de la rehabilitacion. Cuarenta dias de retiro en el monte Sinaí habian preparado á Moisés para su mision de legislador. Cuarenta años de privaciones y padecimientos en el desierto habian preludiado, para la nacion santa, la conquista de la Tierra prometida. Cuarenta dias de soledad en el monte Horeb, habian completado la santificacion del profeta Elias. Nínive, á la voz de Jonás, habia tenido sus cuarenta dias de penitencia y de ayuno, bajo la ceniza y el cilicio. El racionalismo moderno rechaza todas estas enseñanzas de mortificacion corporal.

¹ Salm. XCI, 11. — ² Deuter., VI, 16. — ³ *In momento temporis* (Luc., IV, 5). — ⁴ Deut., VI, 13; X, 20. — ⁵ Math., IV, 1, 12. Marc., I, 12, 13; Luc., IV, 1, 13.

¿Cómo no ve que los hombres no inventan tales cosas? Cuando un literato intenta trazarse el ideal de un fundador de religion, no deja de pintarlo con los rasgos de «un jóven maestro que se complace en asistir á las bodas, á los festines de los ricos, á las ovaciones populares, en una fiesta perpetua ¹.» No procedió Mahoma de otro modo. Pero instituir el ayuno, y comenzar practicándolo; instituir el bautismo y comenzar recibéndolo, son actos de un espíritu sacerdotal, cuya mezquindad deplora el racionalismo. Y no obstante, tales son los dos primeros actos de la vida pública de Jesucristo, como deben ser, hasta la consumacion de los siglos, los de toda vida humana regenerada. El sensualismo ha perdido á la humanidad en la cuna; y solo puede rehabilitarla renunciando á él. Contrá los apetitos de los goces materiales, y la concupiscencia de la carne, origen de todas las tiranías sociales, de todas las rebeliones, de todas las agitaciones del mundo, trae el Salvador un remedio divino, pero que solo producirá efecto con la condicion de ser individual y aplicarse á cada hombre en particular, para su propia restauracion. La mortificacion llegará á ser el único medio de salvacion para cada uno de los hijos de Adán redimidos por Jesucristo. Semejante programa, repito, es superior á las concepciones de todos los legisladores, de todos los filósofos, de todos los genios humanos. Su aparente sencillez supone realmente una fuerza divina. Reformar el mundo respetando el libre albedrío del hombre y las leyes fundamentales de las sociedades humanas, es una obra imposible siempre á todas las teorías de los sabios. Solo un Dios podia hacer amar la privacion, abrazar el sufrimiento, y decir á la carne que tiene hambre y sed: ¡Serás dichosa ayunando, mortificándote, macerándote! ¡Cuán ciego es quien no ve que era un milagro divino la ley de la privacion, en la época en que se producía en la sagrada persona del Salvador, en el monte de la Santa Cuarentena! Las rosas con que Horacio coronaba su frente, en voluptuosos festines, eran recogidas por Ovidio y Tibulo. Roma era el *pandemonium* de todas las irracionalidades, y todas las corrupciones de la carne. Gigantesca *Gula* (para tomar á su lenguaje una palabra que el cristianismo ha matado) abriase desencajada, tragándose mil vidas, en beneficio de una sola, á cada dentellada. Sin que esto impidiera á los filósofos, como Séneca, es-

¹ *Vida de Jesuc*, pág. 188, 190.

cribir con pluma de oro, magníficas sentencias sobre la divisa estóica: *Sustine et abstine* ¹. ¡Retóricos! ¿Cuál es, pues, la influencia de cualquier período en la reforma del género humano? Los discursos son allí impotentes, los preceptos estériles, las frases superfluas. Hace allí falta el poder creador, uniendo el ejemplo al precepto. Hé aquí por qué ayunó Jesucristo, el Verbo encarnado, cuarenta dias y cuarenta noches en el desierto, y hé aquí por qué tiene el mundo cristiano, hace dos mil años, hambre y sed de mortificación, de ayunos y austeridades, hasta tal punto que, á pesar de vuestros sofismas, á pesar de vuestras escitaciones al deleite, al bienestar material, á los goces del sensualismo, no volverán á verse nunca en nuestra tierra los desenfrenos de la Roma pagana.

11. Los apetitos de la naturaleza degradada fueron vencidos por el ayuno de Jesucristo en el desierto. Asi lo experimentará quien quiera ensayarlo en sí mismo, en nombre del Salvador, y precisamente esta esperiencia, emprendida con valor y sostenida con perseverancia, es la que ha dotado con tal riqueza nuestro mundo con una legion de hombres nuevos, que permanecieron desconocidos de toda la antigüedad profana, y á quienes se llama Santos. Pero este gérmen profundo de la concupiscencia, depositado en nuestro corazon con la vida, esta arma con que nos herimos nosotros mismos, está en manos de un enemigo. Desde el dia en que engañó Satanás la credulidad de la mujer, y por ella, la ciega confianza de nuestro primer padre, no ha cesado y no cesará jamás de estender su imperio sobre los desgraciados hijos de Eva. Es curioso estudiar los esfuerzos del racionalismo actual para rehabilitar á Satanás. Parece que se oye la defensa de una causa de familia. «De todos los seres maldecidos en otro tiempo á quienes ha librado la tolerancia de nuestro siglo de su anatema, dicen, es sin contradiccion Satanás el que mas ha ganado con el progreso de las luces de la civilizacion universal. Háse dulcificado poco á poco en su largo viaje desde su caida hasta nosotros, y se ha despojado de toda su malignidad de Ahrimanes. La edad media que no entendia nada de tolerancia, le pintó á su gusto, feo, maligno, atormentado, y para colmo de desgracia, ridículo. Milton comprendió, en fin, á esta pobre criatura calumniada, y comenzó la metamorfosis que

¹ Padece y abstente.

debía terminar la elevada imparcialidad de nuestra época. Un siglo tan fecundo en rehabilitaciones de toda clase, no podía carecer de razones para escusar á un revolucionario desgraciado, á quien arroja la necesidad de obrar en empresas atrevidas. Podría alegarse para atenuar su falta una multitud de motivos respecto de los cuales no tendríamos derecho de ser severos ¹. » ¿Salvará, la alegación de circunstancias atenuantes en favor de Satanás, al mundo, de su imperio? ¿Resonará menos su voz, aun dulcificada por la elocuencia de los sofistas, en las conciencias humanas? El «pobre calumniado» que se hizo adorar en el universo durante cuarenta siglos, que se hizo sacrificar víctimas humanas á millares, que devoró la inocencia, el pudor, la virtud de las generaciones, sin decir jamás: ¡Basta! «este revolucionario desgraciado» que se hizo padre de toda clase de revoluciones, instigador de todas las rebeliones, consejero de todo género de crímenes, artífice de toda clase de errores, seducciones y mentiras, ¿creeis que se halla muy lejos de vosotros? Guardad silencio y escuchad el grito de las pasiones, el rumor del orgullo que suena sordamente al oído del corazón, el rugido de la voluptuosidad, el estertor de la avaricia. Es el llamamiento de Satanás, al fondo de las almas, ayer, hoy, mañana, bajo todos los cielos, en todas las latitudes, en cada punto del espacio y del tiempo. La empresa de su rehabilitación, si pudiera conseguirse, equivaldría al aniquilamiento de la virtud en la humanidad. Felizmente sobrepuja esta obra al poder, no solamente de la literatura ligera, sino de los genios mas fuertes. El Hijo de Dios venció á Satanás, y es verdaderamente notable que tenga el demonio, despues del Evangelio, tantos enemigos como tenía adoradores en la antigüedad pagana. ¡Satanás no podría ofrecer hoy á nadie, como lo propuso al Salvador, la dominación universal del mundo ¡tanto ha debilitado su infernal energía la lucha que se atrevió á sostener contra el Verbo encarnado!

12. Y no obstante, desplegó en este desafío todos los recursos que habían triunfado tan fácilmente en el Paraíso Terrenal. «Si eres Hijo de Dios, manda á estas piedras que se conviertan en pan.» El nombre de Hijo de Dios, recogido de los labios de Juan y proclamado por una voz celestial en las orillas del Jordán, turbaba la segu-

¹ E. Renan. *Estudios de historia religiosa*. IV edic., pág. 427, 428.

ridad de Satanás. Roma era suya; gobernábala con el nombre de Tiberio, y tal señor dado al mundo por Satanás con sus propias manos, le aseguraba el imperio universal. Pero hé aquí que á las orillas de un pequeño rio de Judea, se anuncia el advenimiento del Hijo de Dios, es decir, la caída de Satanás. Herodes creyó procurar la estabilidad de su trono, amenazado por el nacimiento del verdadero rey de los Judíos, haciendo degollar á los niños de Belen. Satanás no puede nada contra la vida del Hijo de Dios; pero va á háberselas con él, y á experimentar si se verifica realmente en la persona del Hijo de María, el misterio de la misericordia que habia oido proclamar en el umbral del Eden. Nada prueba mejor la completa union del Verbo encarnado con la naturaleza humana, que la facultad que se dejó al seductor de intentar semejante prueba. Apelamos tambien aquí de ello á la conciencia de cada lector; si hubieran escrito los Evangelistas una leyenda, jamás hubieran imaginado, para hacer creer en la divinidad de Jesucristo, el mostrarlo, ni por un solo instante, sometido á este poder infernal, que le persigue en el desierto, le trasporta á su placer á la cúpula del Templo ó á la cima de una montaña. Pero lo que no hubieran inventado los hombres, se nos aparece, á la luz del Evangelio, como una parte esencial de la obra de nuestra liberacion. «La forma de esclavo» con que se dignó revestirse Jesucristo, llega á ser para nosotros una prenda de libertad. El tirano soberbio, el terrible dominador que enlazaba al mundo con las cadenas del pecado, va á ver fijarse sobre su cabeza el pie vencedor que derrocará su imperio. Al hombre que tiene hambre, ofrece Satanás, despues de cuarenta dias de ayuno en el desierto, una piedra de la roca: «Dí una palabra, y se convertirá en sabroso pan esta piedra.» Todos los dias obra el poder creador por medio de las leyes naturales de la vegetacion una trasformacion análoga. El calcáreo pulverizado suministra al grano de trigo un lecho en que fermenta, y hace brotar un tallo que recibe la savia de la tierra; crece la planta, aspirando el aire con sus hojas y recibiendo la influencia del rocío y del sol; desarróllase la espiga, se madura, cae al golpe de la hoz, y se convierte en el pan que alimenta al hombre. El Hijo de Dios, tiene ciertamente el poder de abreviar el tiempo y de suplir la lenta elaboracion de la naturaleza. Y en efecto, con una palabra, podia convertir en pan la piedra de la montaña, asi como transustancia el pan eucarístico en su propia carne. Pero

Jesucristo lleva al mundo otro alimento distinto del pan material, manteniendo con la palabra de Dios, hasta la consumacion de los siglos, la muchedumbre hambrienta de verdad y de vida espiritual. «Está escrito, responde Jesus: El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» Hé aquí el nuevo alimento que viene á distribuir á la tierra el Salvador. Desde la época en que grabó Moisés esta sentencia en la ley, permaneció como una piedra saliente para juntar á ella el porvenir. Los Judíos, ávidos de los goces y de las riquezas materiales, no la comprendieron ni aplicaron. Desde que Jesucristo, el Verbo de Dios, nos reveló su misterio, practicándola él mismo, y nos dió fuerza para verificarlo, ha llegado á ser la palabra de Dios el pan de las inteligencias y el alimento de las almas.

13. El sensualismo, el arma mas mortífera de Satanás, fue vencido en la primera tentacion; Satanás va á dirigirse á la presuncion y al orgullo. Traslada á Jesus encima del Templo, probablemente á las almenas de la torre Antonia, que se alza sobre el valle de Tiropeon, á tal altura, que no se podia, dice Josefo, echar sobre él una mirada sin desvanecerse ó sentir vértigos. «Si eres Hijo de Dios, arrojate abajo, porque está escrito: Jehovah te ha confiado á la guarda de sus Angeles, para que no tropieces con el pie en las piedras.» Este título de Hijo de Dios, es el único pensamiento del tentador. Satanás provoca á hacer milagros al adversario, cuyo verdadero nombre quiere saber. La primera vez, le contestó Jesus con una palabra de la Biblia. Lucifer parodia tambien un texto del Libro Sagrado. Satanás sabe la Biblia para disfrazarla ó desvirtuarla, pero Jesus la conoce para esplicar su sentido divino. Estas dos opuestas corrientes de interpretacion bíblica durarán tanto tiempo como el mundo. Pero la respuesta de Jesucristo no cesará de ser la regla de las inteligencias rectas y puras. «Está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios.» Hasta aquí la táctica del seductor, con respecto á Jesus, ha producido exactamente y con un paralelismo riguroso la tentacion primitiva del Eden. El fruto prohibido del Paraíso terrenal, cuyo aspecto deleitable, escitaba el apetito de Eva, se ve reemplazado por el pan que debe reanimar las fuerzas del Hijo de María. «Sercis como dioses, habia dicho la serpiente, al pie del árbol de la ciencia del bien y del mal, y no morireis.» Lo mismo razona el Tentador con Jesucristo. «Si cres Hijo de Dios, precipitate al aire

y no morirás.» En la tercera prueba aparece tambien el último carácter de similitud entre la historia de la caída y la de la rehabilitación. La serpiente habia ostentado á los ojos de nuestros primeros padres, la dominación universal de la ciencia como el resultado de su privación. Aquí el tentador ofrece á Jesucristo el imperio universal, los reinos del mundo, con toda su gloria. Pero aquí el Salvador manifiesta su poder, y el tentador va á conocer en fin á Aquel cuya voz impera al cielo, á la tierra y á los infiernos. «¡Retírate, Satanás!» dice Jesus. Basta que caiga una palabra de los labios del Salvador para aniquilar todos los prestigios de Lucifer. El Hijo de Dios se ha manifestado haciendo desde este momento su nombre invocado por los Cristianos huir á las legiones de la mentira. «Los Angeles, acercándose á su Señor, le servirán» como sirven aun hoy á las almas fieles, libres de las asechanzas de Satanás. Todo esto hace sonreír al racionalista incrédulo hasta el momento en que tocando la gracia su corazón, le incline al pie de una cruz, y le revele las fuerzas divinas con que reviste el nombre de Cristo á sus adoradores.

§ IV. PRIMERA VOCACION DE LOS APÓSTOLES.

14. Juan Bautista continuaba preparando los caminos al Hijo de Dios. «Habiendo vuelto Jesus á las riberas del Jordan, Juan que estaba con dos de sus discípulos, le vió de lejos, y dijo: Hé aquí el Cordero de Dios. Y al oír los dos discípulos hablar así á su Maestro, fueron en pos de Jesus. Y volviéndose Jesus, y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Dijéronle ellos: Rabi (que quiere decir, Maestro) ¿dónde habitais?—Respondióles Jesus: Venid y lo vereis. Fueron ellos y vieron donde habitaba, y se quedaron con él aquel día. Y era casi la hora décima (las cuatro de la tarde). Y uno de los dos que habian oído á Juan Bautista y seguido á Jesus, era Andrés, hermano de Simon Pedro. El primero á quien éste halló, fue á su hermano Simon, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que quiere decir, el Cristo), y le llevó á Jesus. Y Jesus, fijos los ojos en él, le dijo: Tú eres Simon, hijo de Jonás ó Juan¹; tú serás llamado Cefas, que quiere decir en hebreo Pedro, Piedra². Tal es, en su

¹ Bar-Jonas, significa Hijo de Juan.

(N. del T.)

² Joan., I, 35-42.

admirable sencillez, la narracion del Evangelista San Juan. El segundo discípulo, que no se nombra aquí y que sigue con Andrés los pasos de Jesus, es el mismo Juan. Siendo él mismo historiador de estos solemnes pormenores, tiene la delicadeza de quedarse retirado y de velar su persona con una admirable modestia. Haber seguido las huellas de Jesus en las riberas del Jordan; haber oido de boca del Precursor esta sacramental designacion: «He aquí el Cordero de Dios;» haber pasado las últimas horas del día con el Cristo, cuando era aun desconocido, son privilegios que se envidiarán hasta el fin del mundo. San Juan Evangelista no quiere revestir su nombre con tantos honores. Asi es que disimula su personalidad y solo deja ver á Andrés, hermano de Pedro; bástale haber tenido esta dicha, y no reivindica su gloria; pero nos le hace adivinar un rasgo que se le escapa como á pesar suyo. «Era, dice, la hora décima.» Porque en efecto, la hora en que por primera vez encuentra una alma á Jesus y se adhiere á él, es la hora mas memorable de todas. No se la olvida jamás, y el anciano de Efeso, habiendo llegado al término de su carrera apostólica, al escribir su Evangelio, tenia presente en su pensamiento esta hora bendita en que le habia mostrado el Precursor al Cordero de Dios. Léase las memorias que han dejado los amigos de los héroes de este mundo, y búsquese en ellas una impersonalidad igual con tal emocion. Bajo otro punto de vista, preguntémosnos, por qué, estando aun ausente Pedro, se halla indicado tan cuidadosamente, á propósito de su hermano Andrés. Jesus no ha visto aun á Pedro, y no obstante ocupa Pedro el primer término. Cuando se eclipsa de una escena en que era actor el evangelista Juan, dirige la atencion sobre Pedro. Cuando se conduce ante Jesus á ese extranjero, que no es aun su discípulo «fija sobre él su mirada» el Salvador: *Intuitus eum*. «Tú eres Simon, hijo de Jonás, le dice, pero en adelante te llamarás Pedro.» ¿Comprenden toda la trascendencia de estos testimonios los protestantes, los cismáticos, que leen el Evangelio y lo reconocen como la regla de la fe?

15. Entre tanto Juan, Andrés y Simon, hijo de Jonás, no permanecen con Jesus mas que algunas horas. Solo han querido saber donde vivia. ¡*Rabi*! ¡Señor! tal es el primer título que le dan; ¡con qué alegría le darán mas adelante el nombre de Señor! Despues de algunos instantes de conversacion, han reconocido en él Andrés y Juan al Mesías, el Cristo. Simon Pedro se ha unido á ellos, pero

ninguno piensa aun en dejarlo todo, para unirse exclusivamente á este guia. Volverán á oírle, puesto que le conocen; pero esta esperanza les basta, y no quieren nada mas. Esto consiste en que no han oído aun la palabra potente de Jesucristo que les llama. Sin esta divina vocacion nadie tiene la fuerza para renunciar y sacrificarse que supone el apostolado. Vuelven, pues, estos pescadores del lago de Genesareth á sus barcas y á sus redes; pero ahora conocen á Cristo, y cuando se digne llamarles á sí, estarán prontos á seguirle. Simon, hijo de Jonas, y Andrés, su hermano, habian nacido en la ciudad de Bethsaida ¹, á algunos estadios del extremo del lago de Genesareth en la parte occidental ²; pero habitaban en la ciudad vecina de Cafarnaum ³, donde volveremos á hallar mas adelante á Simon, en casa de su suegra. El mismo Juan, hijo de Zebedeo, era de Cafarnaum ⁴. Segun observa el doctor Sepp, su oficio les habia llevado con frecuencia á las riberas del Jordan, donde tenian relaciones de negocios con los pescadores de Betania. Parece tambien que al aproximarse las grandes festividades, llevaban á vender sus peces á Jerusalem. Asi es como probablemente, habiendo tenido el evangelista San Juan ocasion de ir á casa de Caifás, fue conocido por la criada, que dejó entrar por recomendacion suya á San Pedro, en el vestíbulo, cuando fue llevado Jesus ante el Gran Sacerdote ⁵. Como quiera que sea, dos pescadores han querido ver donde moraba Jesus, aquel que les habia designado Juan Bautista, como «Cordero de Dios.» Jesus les dijo: «¡Venid y ved!» Despues de haber pasado algunas horas en compañía del nuevo Maestro, reconocieron á Cristo, el Mesías; y llevaron ante él á Pedro, pescador como ellos. Estos son los primeros elementos de la Iglesia inmortal, fundada por Jesucristo. El racionalismo halla todo esto sencillo; á los ojos de quien quiera reflexionar en ello, es el medio escogido tan desproporcionado con el efecto, que tenemos derecho para afirmar, sin necesidad de otra prueba, que la Iglesia es divina.

16. «Al dia siguiente queriendo Jesus encaminarse á Galilea, encontró á Felipe y le dijo: Sigueme. Era Felipe de Bethsaida, patria de

¹ Joan., I, 44. — ² Reland, *Palæst. illustr.*, tom. II, pág. 654.

³ La vecindad de Bethsaida y de Cafarnaum se halla atestiguada por San Epifanio, *Advers. hæres.*, lib. II (Reland, *Palæst. illustr.*, pág. 654).

⁴ Marc., I, 19-21. — ⁵ Joan, XVIII, 15, 16: Dr. Sepp, *Vida de de N. S. Jesucristo*, traducida por M. C. Sainte Foy, t. I, pág. 307.

Andrés y de Pedro. Felipe halló á Nathanael, y le dijo: Hemos encontrado á Jesus, hijo de Josef de Nazareth, de quien escribió Moisés en el Libro de la Ley ¹, y que fue anunciado por los profetas.² Y díjole Nathanael: ¿Puede salir de Nazareth cosa buena?—Díjole, Felipe: Ven y lo verás. Vió Jesus venir hácia sí á Nathanael, y dijo de él: Hé aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez.—Preguntóle Nathanael: ¿De qué me conoces?—Respondióle Jesus: Antes que Felipe te llamara, te ví yo, cuando estabas debajo de la higuera.—Al oír esto Nathanael, exclamó: ¡Oh! ¡Maestro mio! tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel.—Respondióle Jesus: Has creído porque te dije que te ví debajo de la higuera. Tú verás cosas mucho mayores todavía.—Y añadió: en verdad, en verdad os digo: Vereis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre ³.

17. Hé aquí cómo traducen los racionalistas modernos esta admirable narracion del Evangelio. «Algunas veces, dicen se valia Jesus de un inocente artificio, que empleó tambien Juana de Arco, el de fingir que sabia alguna cosa íntima de la persona á quien queria ganarse, ó el recordarle una circunstancia querida de su corazon. Asi es como se atrajo á Nathanael ⁴.» Si hay algo que cause sensacion en el texto sagrado que acabamos de reproducir, es precisamente la falta de todo aparato escénico y de toda «ficción.» Jesus va á tomar de nuevo el camino de Galilea, y se atrae á Felipe con una sola palabra. «¡Sígueme!» y Felipe le sigue. Espliquémosnos si es posible, el predominio de semejante palabra, en boca de quien la pronuncia, y la obediencia espontánea de aquel á quien se dirige. No solamente sigue Felipe á Jesus, sino que reconoce Felipe en él al Mesías prometido por Moisés y predicho por los Profetas. Felipe hace en favor de Nathanael lo que habian hecho Andrés y Juan la víspera en favor de Simon: corre á informarle de este gran advenimiento de Cristo. «¡Ha venido el Mesías: es Jesus, hijo de Josef de Nazareth!» Felipe no sabe todavía, sobre el origen y la patria de Jesus, mas que lo que refiere el vulgo. Admirase Nathanael de que pueda salir el Mesías de Nazareth, cuando han señalado los Profetas á Belen como la ciudad en donde debe nacer Cristo. Y hace de bue-

¹ Génes., XLIX, 10; *Deuter.*, XVIII, 18.—² Isa., XL, 10; XLV, 8; Jerem., XXIII, 5; *Ezech.*, XXXIV, 23; XXXVII, 24; *Dan.*, IX, etc.—³ Joan., I, 43 *ad ultim.*—

⁴ *Vida de Jesus*, pág. 102.

na fe esta observacion. No tiene nada que contestar á esta objecion Felipe, y sin embargo persiste en su creencia, no dudando que participe de ella en breve Nathanael, si quiere solamente seguirle. «Ven y velo» le contesta. Ver á Jesus y ser visto de él bastaba para inducir á la fe. ¡Qué poder sobrehumano habia pues ejercido en el espíritu de este discípulo, á quien solo habia dirigido una palabra Jesus: «¡Sígueme!» Despues del rápido diálogo entablado aparte en el campo entre los dos amigos, corren hácia Jesus. El divino Maestro en el momento en que se acerca Nathanael, le dice: «Hé aquí un verdadero hijo de Israel, en quien no hay doblez.» Segun observaba oportunamente un intérprete, esta palabra era mas que una respuesta á la objecion formulada por Nathanael, sobre el lugar del nacimiento del Mesías, puesto que le probaba la divinidad misma de Jesus, que habia oido, aunque ausente, la conversacion secreta, y que leia realmente la objecion del recién llegado en su propio pensamiento¹. Para comprender bien el sentido de la alusion, es necesario recordar el significado hebraico del nombre de Israel; «Fuerte contra Dios» que se dió al patriarca Jacob, despues de la vision de la Escala misteriosa. Este término de Israelita; Fuerte contra Dios, empleado en esta circunstancia, era por sí solo una revelacion. Otro que no hubiera sido judío, no lo hubiera comprendido, pero Nathanael no podia equivocarse sobre esto. Conoce que penetra la mirada de Jesus en lo mas profundo de su conciencia, y esclama: «¿De qué me conoces?» La mencion de la higuera, bajo la cual estaba sentado antes que le llamara Felipe, y donde le habia seguido Jesus con sus ojos divinos al través de la distancia, esta particularidad íntima de que nadie habia sido testigo, acaba de llevar la fe á su alma: «Rabi (Maestro), dice, tú eres el hijo de Dios, el rey de Israel;» y Jesus, continuando la alusion á la historia del patriarca Jacob, apellidado divinamente Israel, replica: «Tú, verdadero israelita, verás subir y bajar los Angeles de Dios sobre la cabeza del Hijo del Hombre.» Hé aquí en su incomparable sencillez y despojada de todo

¹ «Jesus Cristo no se detiene en probar á Nathanael que no era de Nazareth, sino de Belen, segun habian predicho los santos Profetas. Porque podia ser de Belen, como tantos otros, y no ser, sin embargo el Cristo. Pero toma otro camino mucho mas seguro para que pueda conocer su divinidad, puesto que le hace ver, que se habia hallado presente en medio de ellos cuando ereian estar hablando solos.» (Le Maître de Sacy. *Comment sobre el Evangelio de San Juan*, cap. I, 17).

aparato de «artificio» el misterio de esta vocacion de Nathanael ¹. El racionalismo no parece ni aun sospechar los caracteres intrínsecos de autenticidad, de buena fe y de poder divino que hay en este texto evangélico, y el comentario que de él da se reduce á una presuntuosa pasquinada.

§ V. LAS BODAS DE CANÁ.

18. «Jesus volvió á Galilea, dice el Evangelio, estendiéndose su fama por todo aquel pais ². Tres dias despues, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea ³, y la Madre de Jesus estaba en ellas. Y fue tambien convidado á estas bodas Jesus y sus discípulos. Y faltando el vino, la Madre de Jesus le dijo: No tienen vino. Y Jesus contestó: Mujer, ¿qué hay de comun entre tú y yo ⁴? Aun no es lle-

¹ Algunos intérpretes creen que Nathanael es el mismo que San Bartolomé (Véase *Cornelio á Lapide*, edit. Vivés, tom. XVI, pág. 322) contra el parecer de San Agustin, que coloca solamente á Nathanael entre los discípulos del Salvador (San August., *Tractat. Sup. Joan.*, XVII, cap. 1; Baronius. t. 1, pág. 67, edit. de Venecia, 1600).

² Luc., IV, 14.

³ La villa de Caná estaba á una legua al Nordeste de Sephoris, á dos leguas al Norte de Nazareth.

⁴ Háse traducido en la Vulgata la respuesta de Nuestro Señor Jesucristo con estas palabras: *Quid mihi et tibi est, mulier?* Nuestra lengua acusa aun mas su rigor: Mujer ¿qué hay de comun entre tú y yo? El texto griego de San Juan está mucho mas acentuado *Τί μοι καὶ σοὶ;* texto que podria traducirse literalmente con estas palabras: Mujer ¿qué importa eso á tí y á mí? Confesamos que nos inclináramos á esta interpretacion por nuestra parte, sino tuviéramos en cuenta la unanimidad con que los Doctores y los Padres de la Iglesia latina han entendido estas palabras en su acepcion mas rigurosa. Hállase, es cierto, en la Iglesia griega, una corriente de exégesis que parece favorable á la opinion contraria; pero está lejos de ser unánime, como han avanzado algunos escritores modernos. Solo alegaremos en prueba, la disertacion del libro de las *Preguntas y respuestas*, atribuido á Teodoreto, donde se propone el autor exaninar esta dificultad. «¿Tuvo intencion Jesus de afligir con estas palabras á María cuando la honraba con un milagro tan patente?» La sola enunciacion de esta tesis supone que se habia divulgado la objecion, tanto en la Iglesia griega como en la latina. Asi, pues, creemos deber conservar en este versículo la traduccion consagrada por el uso, sometiéndonos por otra parte sin reserva y anticipadamente, al juicio definitivo que podria intervenir ulteriormente sobre este punto. Seria supérfluo insistir por otra parte en la verdadera significacion de la palabra «Mujer,» que usa aquí el Salvador. Sabido es que entre los Judios no tenia en manera alguna el sentido desdenoso que afecta en nuestra lengua.

Hasta aquí la nota de M. Darras al texto de San Juan. Por nuestra parte creemos conveniente esponer la version que hacen de este pasaje nuestros intérpretes Scio, Amat y Petite. El padre Scio traduce el versículo 4 de San Juan con estas palabras: «Mujer ¿qué nos va á mí y á tí? y cuya traduccion explica con esta nota: «Como estaba para hacer una obra que era propia de Dios, parece da muestras de desconocer á la Madre que le

gada mi hora.—Sin embargo, dirigiéndose la Madre de Jesus á los que le servian, les dijo: Haced todo lo que ellos diga. Y habia allí seis hidrias de piedra destinadas para las purificaciones de los judios, cada una de las cuales cabia dos ó tres metretas ¹. Jesus dijo á los servidores: Llenad de agua las hidrias; y las llenaron hasta arriba. Entonces añadió Jesus: Sacad ahora y llevad al Maestresala (ó presidente del festin), y ellos la llevaron. Apenas el Maestresala probó el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde era este vino (aunque lo sabian los sirvientes que habian sacado el agua), llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido á su satisfaccion, sacan el inferior; pero tú has reservado el buen vino para lo último. Este fue el primer

habia engendrado segun la carne; para que por aquí entendiesen todos, que además de aquello que se descubria en su exterior, habia en él otra cosa que no aparecia y á la que debia estenderse la fe de sus discipulos. La prueba de esta verdad, esto es, del ser divino que se ocultaba en Jesucristo, debia ser la prodigiosa conversion del agua en vino.» El padre Amat traduce el versículo de San Juan: «Mujer ¿qué nos va á mí y á tí?» sin esplanar su traduccion con nota alguna. El padre Petite traduce: «Mujer ¿qué tengo yo que ver contigo?» y esplanar su traduccion con esta nota: «Estas no son palabras de reprension, sino de enseñanza, con que Jesus instruia á sus discipulos, de que en el cumplimiento de las funciones de su ministerio, no debian tener respeto á la carne ni á la sangre, así como él no atendia á la peticion de su Madre para un milagro que era obra de la divinidad (Duham. Natal. Alex)»

Véase, pues, que nuestros intérpretes no traducen el pasaje de San Juan en el sentido rígido que M. Darras, sino por el contrario, en un sentido suave y favorable á la Virgen Madre. Grocio adopta tambien esta interpretacion, observando, que si estas palabras *Quid mihi et tibi est* se toman en el sentido recibido entre los Latinos, llevan consigo una acepcion de menosprecio y significan: ¿*Quid tibi mecum est?* pero que en la locucion hebraica que San Juan ha empleado en su Evangelio significan otra cosa, á saber: ¿*Cur mihi negotium exhibes?* ¿*Por qué me hablas de esto?* (¿Qué tiene esto de común á tí y á mí?) Esto es lo que se ve claramente en muchos pasajes de los Libros Santos, donde se emplea esta misma locucion, como, II, Samuel, XVI, 10.—II, Paralipom., XXXV, 21.—Joel, III, 4.—Y en el mismo Evangelio, Matth., VIII, 29. Por el contrario, Augusto Nicolás interpreta este pasaje de San Juan, en el mismo rígido sentido que M. Darras, alegando para esta interpretacion luminosas y muy atendibles observaciones. Véase el cap. XVII de su obra titulada: *La Virgen Maria segun el Evangelio*.—(N. del T.)

¹ Μετρηάς δύο ή τρεις (Joan, II, 6). Créese generalmente que la metreta ó medida indicada aquí, era el Bath hebreo, de un valor que se aproximaba á veinte y siete litros. Segun el padre Mariana (*lib. de pond. et mens.*), era una medida que cabria veinte y dos azumbres y media, y así cada tinaja cabria al pie de seis á nueve arrobas. El padre Scio dice, que era una medida ática que corresponde al *ado* de los Hebreos, mayor que la *anfora* romana que pesaba como unas cincuenta y seis libras, por lo que cada hidria contenia por lo menos de cinco á siete arrobas. El padre Amat cree que correspondia la metreta á veinte y dos azumbres y media, ó dos arrobas y trece diez y seis avos.

—(N. del T.)

milagro de Jesucristo en Caná de Galilea; así fue como manifestó su gloria y sus discípulos creyeron mas en él ¹.

19. El milagro de Caná es el complemento de la primera vocacion de los discípulos. El Evangelio deja sobreentender muchas cosas con una delicadeza y un encanto que nos tomaríamos la libertad de llamar esquisitos, sino fueran divinos. Tres dias antes, no se habia resuelto directamente la objecion de Nathanael concerniente al lugar del nacimiento de Jesucristo. Pero en Caná, asistia la Madre de Jesus á la ceremonia nupcial, y las festividades del matrimonio duraban siete dias, entre los Judíos; así, pudo darle María las enseñanzas que no se habia atrevido á pedir el nuevo discípulo al Rabi. La Virgen habia conservado en su corazon las palabras de los pastores en el *Præsepium* de Belen; la prediccion de Simeon en el Templo; el gran misterio de la adoracion de los Magos; las angustias de la huida á Egipto, y la respuesta de Dios, su hijo, sentado entre los doctores. ¿Puede comprenderse que no se aprovecharan durante siete dias, Nathanael y los demás discípulos de la presencia de María, para oir de sus labios la narracion de esta historia maravillosa? El Evangelista lo indica, sin afirmarlo positivamente, con estas sencillas palabras: «La Madre de Jesus estaba allí ²,» y mas adelante: «Los discípulos creyeron en él.» Es imposible no reconocer aquí que preside María á la manifestacion de Jesus en Caná, como habia presidido á la de Belen, en favor de los Magos ³, siendo para los discípulos la introductora en el sendero de la fe. Así, mas adelante, los Padres del concilio de Efeso repetirán en honor suyo, esta gloriosa aclamacion: «¡Dios te salve, María, Madre de Dios y siempre Virgen! Por mediacion tuya ha evangelizado al mundo el colegio apostólico ⁴.» La duda de Nathanael se disipó ante el testimonio de la Virgen Madre, así como se disipó la sospecha de San Josef ante la proclamacion evangélica de la Virginidad Inmaculada. Así, pues,

¹ Joan., II, 1-11.

² *Erat mater Jesu ibi* (Joan., II, 1). Mediten y pesen bien los protestantes esta expresion, que por otra parte es comun á todos los Evangelistas. (Matth., II, 13-20, 21; XIII, 55; Marc., II, 31; Luc., II, 31; Joan., II, 1-3; XIX, 25-27). María no tiene otro nombre que el de *Madre de Jesus*. Salomé la llama la Madre de Santiago y de Juan; María tiene por único título *Madre de Jesus*, porque es Madre de un solo hijo unigénito y primogénito. Jesus.

³ Matth., II, 11.

⁴ Conul. Ephes. (431). (*Homil. S. Cyrilli ad Patres*; Labbe, *Concil.*, tom. III. páginas 584, 585).

ha destruido María bajo su pie sin mancha, los gérmenes de todos los errores anti-cristianos. Hé aquí por qué le dirige la liturgia católica este insigne elogio: «Bienaventurada Virgen, tú sola has destruido todas las heregias en el universo ¹.» Hay mas; así como esperó el Hijo de Dios que espresara su voluntad María para descender á la tierra, y que precediera el *Fiat* virginal á la obra de redencion, como habia precedido el *Fiat* del primer día á la creacion, así es la voluntad de María la que adelanta la hora de la manifestacion de Jesucristo. Parece que el mismo divino Maestro se queja de la violencia poderosa de su Madre. «Mujer, ¿qué hay de comun entre tí y yo? dice. Aun no ha llegado mi hora.» — «¿Qué hay de comun entre Vos y Ella? ; Oh Dios mio! esclama San Bernardo. Hay entre Vos y Ella todo lo que hay de comun entre una madre y su hijo. ¿Y para qué preguntar lo que hay de comun entre un Hijo divino y las entrañas que le han llevado, entre los labios que han mamado la leche, y el seno virginal que los ha lactado ²? «Esta palabra evangélica es una de las que mas han sublevado, bajo diversos puntos de vista, á los herejes de todas épocas. En el siglo de San Agustin, creian encontrar en ella los sectarios de Manés la prueba de que no era Jesus realmente el Hijo de María y que la maternidad divina habia tenido solo una apariencia fantástica ³. En nuestros dias, no deja de citar el racionalismo esta respuesta, para justificar su famosa asercion: «La familia de Jesus no parece que le amase, y hay momentos en que se encuentra á Jesus duro con ella ⁴.» Las dos conclusiones, maniquea y racionalista, son tan erróneas una como otra. Hé aquí lo que contestaba el gran obispo de Hipona á la primera: «Nuestro Señor Jesucristo, dice, era á un mismo tiempo Dios y hombre; en cuanto Dios, no tenia madre; en cuanto hombre, tenia una; tal era la madre de su humanidad, de la flaca naturaleza con que quiso revestirse por nosotros. Pues bien, el milagro que iba á verificar debia ser obra de la divinidad, y no de la débil carne; iba á obrar como Dios, sin que tuviera nada de comun con la debilidad de un hombre, nacido de la mujer. Pero la debilidad de

¹ *Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo* (Breviar. Rom., *In fest. B. M. V.*, 3 Noct. Antiphon I). — ² San Bernardo, *Epiphan.*, serm. II; *Patrol. lat.*; Bernardo, tom. II, col. 160. — ³ San Agust., *In Joan. Evangel.*, tract. VIII, cap. II; *Patrol. lat.*, tom. LV, col. 1455.

⁴ *Vida de Jesus*, pág. 42. El crítico remite en una nota á la cita: «Juan, II, 4: que precisamente contiene el *Quid mihi et mihi est, mulier*, del Evangelio.»

Dios es mas fuerte que todo nuestro poder. Sin embargo, la madre exigia un milagro; Jesus le contesta como si desconociese las entrañas humanas, cuando iba á realizar las obras divinas. Su contestacion equivale á ésta: «Yo no he recibido de tí el poder que obra el milagro. No has engendrado tú mi divinidad ¹.» Asi hablaba San Agustin á los racionalistas de su tiempo. Los del nuestro aprenderán de este ilustre doctor, que solo el Hijo de Dios podia dar semejante respuesta á su madre, asi como solo Maria podia tener sobre el Hijo de Dios el poder de exigir un milagro; de suerte, que cuanto mas rigurosa parezca la respuesta de Jesus, mas lleva el sello de la autenticidad intrínseca de que nos ha dado tantos ejemplos el Evangelio.

20. «No tienen vino,» dice la Madre á su Hijo. No es esto una súplica, ni siquiera un ruego; María se contenta con indicar el embarazo de una familia por quien se interesa su corazon. «Cuando eran pobres los esposos, dice el doctor Sepp, llevaban los convidados consigo vino, tortas y diversas provisiones, como se hace en el dia en muchos lugares. Pero Jesus y sus discípulos no habian llevado nada consigo de Nazareth. Por esto dice María á su Hijo: No tienen vino, y temiendo que se abochornaran los esposos, insinúa á Jesus la idea de acudir en su auxilio ². ¿Habia entre los convidados de Caná muchos, escepto los discípulos, que hubieran apreciado el honor de tener en medio de ellos, un huésped divino? Nadie parece sospecharlo. Pero «allí está la Madre de Jesus;» y parece que tenga prisa de manifestar á todos estos indiferentes la divinidad de su hijo. «Aun no habia llegado, sin embargo, la hora,» pero la intervencion de María tiene el poder de adelantar la hora de la gracia; la hora de María llegará á ser la hora de Dios. «Haced todo lo que él os diga, dice á los sirvientes;» tan segura está la Virgen María de que acceda á ello Jesus. Ella sabia «que le era sumiso ³.» Por orden de Jesus, van los sirvientes á tomar agua, y llenan hasta el borde seis grandes hidrias dispuestas para las abluciones de todos los convidados. No son, pues, los discípulos del Salvador los que ejecutan la orden de su Señor, como hace observar un intérprete moderno. No hay duda de que los convidados de Caná no formaban una

¹ San Agust., loc. cit.—² Sepp., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, lib. I. pág. 332,

³ *Et erat subditus illis* (Luc., II, 51).

comision científica con las condiciones que querría un retórico exigente, y sin embargo, no estarán menos exentas de toda sospecha las circunstancias del milagro. Manos estrañas y completamente desinteresadas toman el agua en la fuente próxima, y la vierten en las hidrias que habia en el *Atrium*. Jesus no se ha separado de la mesa del festin, y cuando van á decirle los sirvientes que están ejecutadas sus órdenes, les contesta: «Sacad ahora, y llevad al Presidente del banquete;» vuelven los sirvientes, introducen las copas en las hidrias que llenaron de agua un momento antes y colorea el vino á la sazón la copa del symposiarca ¹, del *Architriclino* ², como le llama el texto sagrado, representando con este término, con maravillosa exactitud, la observancia de las dos costumbres hebráica y romana en la civilizacion de la Judea, en aquella época. El *Triclinio*, lecho de descanso, en que se tendian los convidados, apoyado el codo izquierdo sobre cогines, era una importacion romana. Josefo la hace notar como una de las magnificencias del palacio de Herodes. Semejante lujo contrastaba singularmente con la institucion mosaica que prescribia á los Hebreos que comiesen el Cordero Pascual, en pie, ceñidos los riñones, calzados los pies con las sandalias de viaje y con el báculo en la mano ³. Sin embargo, estendióse en breve en Palestina, y lo encontraremos usado en todas partes, en la serie de la historia evangélica ⁴. El nombre de *Architriclinus* procedió indudablemente del *Triclinium* romano; la espresion era nueva, pero la funcion que designaba era mucho mas antigua entre los Judíos ⁵. El capitulo XXXIII del Eclesiástico está consagrado enteramente á trazar las reglas de conducta para uso de los symposiarcas ó presidentes de los festines ⁶, que servian el vino á los convidados. Todo el mundo sabe las sublimes metáforas que tomaron de esta costumbre nacional David é Isaías en sus cantos popu-

¹ Véase el comentario de Cornelio á Lápide sobre el versículo 1.º del cap. XXXII del *Eclesiástico*, edit. Vivés, tom. X, pág. 141-156.

² El texto griego de San Juan trae, como el latín, la espresion *Ἀρχιτρικλινος* (Joan., *Εὐαγγέλιον*, II, 9).

³ *Exod.*, XII, 11.—⁴ *Marc.*, XIV, 3; *Matth.*, XXVI, 7; *Luc.*, XXII, 27; *Joan.*, XIII, 12.—⁵ Cf. Walchii, *Disertatio de Architriclino*.

⁶ Tenemos sobre el mismo asunto un famoso tratado de Plutarco, titulado: *Los Symposiarcas*. Notemos de paso, que la soberanía tradicional de los festines antiguos, con su eleccion remitida ordinariamente á los caprichos de la suerte, se ha conservado hasta nuestros dias en el banquete de los Reyes (Véase la sabia y curiosa disertacion de M. del'Hervillers: *La Festividad de los Reyes y sus usos*, París, 1862).

lares. Jehovah es el gran symposiarca del mundo. «Tiene en la mano, dice el salmista, la gran copa del vino de sus venganzas, la ha inclinado á derecha é izquierda, para hacer que beban en ella las naciones, pero aun no se han agotado las heces, y todos los prevariadores de la tierra llevarán á ella sus labios ¹.» — Levántate Jerusalen, dice el profeta Isaias. La mano de Jehovah ha derramado sobre tus labios la copa de su cólera, tú has agotado hasta el fondo el cáliz del adormecimiento, y lo has apurado hasta las heces ². Los Hebreos tenian, pues, en sus festines, un symposiarca, un «architriclino» encargado de la presidencia del convite. Mas adelante veremos que se disputaban tal honor, muy solicitado especialmente por los Fariseos ³. En las bodas de Caná, se ejercia tal vez esta funcion por el Paraninfo ⁴, es decir, por el que dirigia la comitiva de la novia. El elogio que dirige al esposo en esta circunstancia, parece hacerlo sospechar asi.

21. Como quiera que sea, el agua que tomaron en la fuente los servidores y que echaron en las seis hidrias lustrales, y despues en la copa del architriclino, sin que la tocaran Jesus ó sus discípulos, se convierte en un vino excelente, que provoca la admiracion del Symposiarca. Prueba este licor é interpela al esposo. Cada pormenor del texto evangélico adquiere aqui una importancia capital. Los antiguos usaban, en la economía de sus banquetes, un sistema completamente contrario al nuestro. Las palabras del architriclino al esposo, marcan claramente esta diferencia. «Todo hombre dice, sirve primero el vino bueno, y despues que han bebido bien, saca el que es inferior, mas tú has guardado hasta ahora el vino bueno ⁵.» Pero

¹ Psalm. LXXIV, 9. Igual alusion se encuentra en el versículo 5 del salmo XV: *Dominus pars hereditatis meae et calicis mei* (Véase á Cornelio á Lápide, loc. cit., página 142.

² Isa, II, 17.— ³ Luc., XIV, 8.

⁴ Véase, respecto del Paraninfo, en los matrimonios judios, el capitulo siguiente, núm. 9.

⁵ Wetstein y otros intérpretes alemanes han pretendido que el *Architriclino* de Caná no era el Symposiarca, sino el director de los sirvientes, ó lo que llamaríamos en nuestro lenguaje moderno, mayordomo ó maestresala. Mas salta á los ojos la inverosimilitud de esta opinion, porque un sirviente no hubiera interpelado á su amo como se ha dicho. Para hablar de tal suerte, era preciso ser uno de los convidados y tratar con el esposo, con un tono de familiar igualdad que recuerda las funciones del Paraninfo «encargado, dice el doctor Sepp, de la presidencia de las fiestas nupciales» (Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. I, pág. 329. Cf. Nota del editor literario de Cornelio á Lápide, edit. Vivès, tom. XVI, pág. 331).

la feliz reforma que han vulgarizado los principios cristianos, aun sin noticia nuestra, en las sociedades modernas, hace resaltar mejor con su contraste, la admiracion que debió causar al esposo de Caná esta inesperada interpelacion. El esposo sabia que se habia agotado el vino de sus odres, é ignoraba aun que hubieran renovado en favor suyo la indicacion de María y el poder divino de Jesus, el milagro de Elías en Sarepta. En un principio, pudo temer que fuese una ironía la palabra del architriclino, que agravara el embarazo de su situacion; pero no duró mucho su ansiedad. En breve brilló el vino milagroso en la copa de los convidados y justificó el elogio del symposiarca. Entonces cambió de objeto la sorpresa, haciéndose general, de particular que era. ¿De dónde venia esta provision inesperada de un vino excelente, que no solo bastó para terminar el banquete, sino que llenó abundantemente las hidrias lustrales, para los siete dias consagrados en los usos hebráicos á las nupciales fiestas? El Salvador que no habia llevado nada consigo ni sus discípulos, al aceptar el convite del esposo de Caná, pagaba divinamente su hospitalidad. No es difícil representarse la emocion de los convidados, cuando supieron todas las particularidades del milagro. Supóngase que refiere tal hecho un historiador comun. El pasmo del esposo, sus preguntas á los sirvientes, la admiracion de los convidados, cuando se presentó á sus ojos la realidad del milagro, cada una de estas circunstancias seria notada con la mayor escrupulosidad. Mas el Evangelio se contenta con decir una palabra. «Así fue como manifestó su gloria Jesus, y sus discípulos creyeron mas en él.» La sencillez divina de semejante narracion es tan milagrosa como el mismo milagro.

22. «Así, pues, dice el obispo de Hipona, ¿quién se admirará de que Nuestro Señor Jesucristo haya convertido el agua en vino cuando se sabe que es Dios quien obra por sí mismo? Dios verifica en las bodas de Caná, en las seis hidrias llenas de agua, lo que hace cada año en la cepa de nuestras viñas. Conviértese en vino por su poder el agua echada en ellas por los sirvientes, así como el agua vertida por las nubes y que cae en lluvia en nuestros collados. No nos admiramos de esta última trasformacion, porque se verifica cada año á nuestra vista, y la frecuencia y el hábito de verla impide la admiracion. Y no obstante mereceria este hecho que se atendiera mas á él que al mismo milagro de Caná. Cuando se reflexiona en la economía

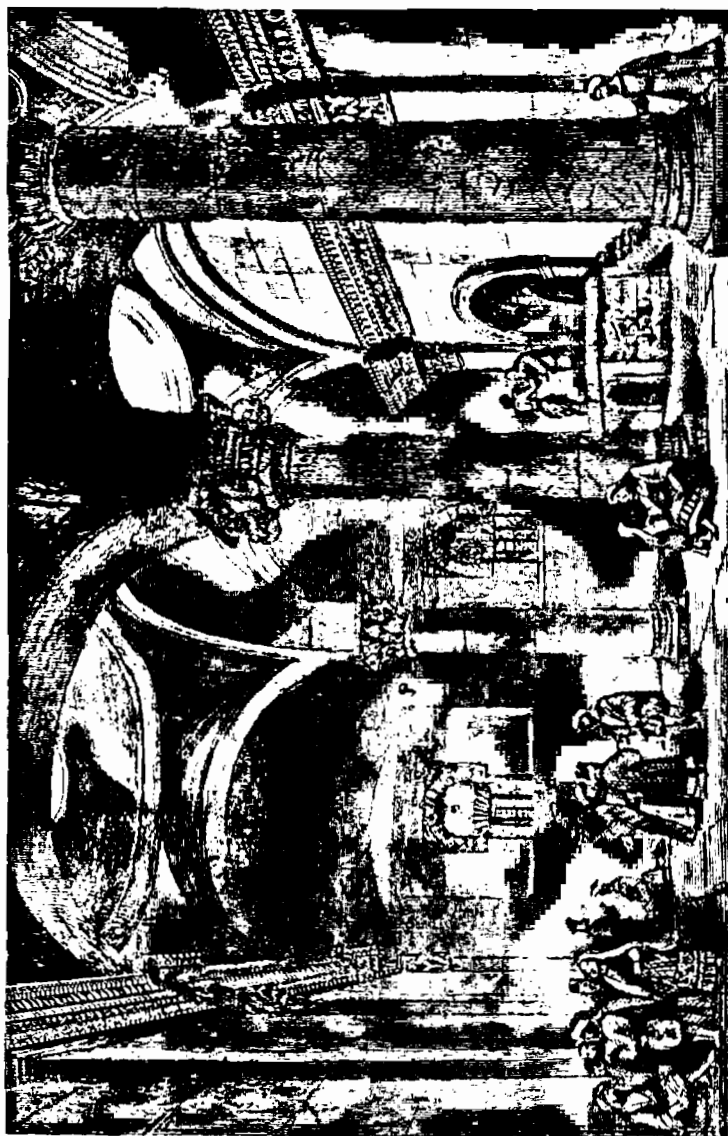
divina que preside al gobierno del universo, se para el entendimiento, sobrecogido de admiracion, y abrumado por todas partes con el peso de los milagros. Pero los hombres desvian sus pensamientos de la meditacion de las obras de Dios, y no piensan en bendecir cada dia su munificencia creadora. Hé aquí por qué se ha reservado Dios como golpes de estado y maravillas inusitadas, que les dispertan de su adormecimiento y les vuelven á su olvidado culto. Los Judíos todos admirarán la resurreccion de un muerto obrada por Jesucristo, y sin embargo, nacen millares de hombres cada dia, y nadie piensa en admirarse ¹. Pero segun el sentir de San Agustin y de los Padres de la Iglesia, el milagro de las bodas de Caná, tenia una significacion mas elevada todavia. El agua que llenaba las hidrias destinadas á las abluciones prescritas por la antigua ley, este elemento de una purificacion enteramente material se convierte en el vino del Nuevo Testamento, que hace germinar las Vírgenes, en una generacion espiritual y pura. El Evangelio era el vino escelente que tenia en reserva para la última hora el celestial Esposo ². «Asistiendo con su Madre á las bodas de Caná, dice San Cirilo de Alejandría, quiso Jesus consagrar el principio de las generaciones humanas, asi como habia santificado anteriormente el agua bautismal con su contacto divino. Para levantar la naturaleza decaida y volverla á su primitiva santidad, no bastaba que bendijera el Salvador á los hombres que ya habian nacido, era necesario, para el porvenir, que estableciera en las fuentes de la vida, la gracia que debia estenderse á toda la posteridad humana y santificar el origen de todos los nacimientos.» Asi, lo mismo que en las puertas del Eden se nos aparecieron Adan y Eva como los primeros padres de una raza culpable, asi, en las bodas de Caná, presiden, Jesucristo, el nuevo Adan, y María, la Eva rehabilitada, á la generacion espiritual de los hijos de la gracia. El matrimonio cristiano será uno de los sacramentos del Nuevo Testamento. El milagro de las bodas de Caná inaugura la institucion divina de la familia, reconstituida en Jesucristo. Hé aquí lo que se sabia en nuestra Europa, despues que fue regenerada por el Evangelio. ¿Cree la exégesis racionalista haber tocado siquiera estas grandes cosas que han convertido al mun-

¹ San Agust., *In Joan.*, Tractat. VIII; *Patrol. latín.*, tom. XXXV, col. 1450.

² San Agust., *In Joan.*, Tractat. IX, tom. cit. col. 1458-1466.

do, el día en que se permitió esta apreciación: «El primer milagro de Jesús se hizo para regocijar una boda de aldea '?» ¡Este milagro hubiera obtenido sin duda el favor de una mención mas formal si se hubiera verificado en las bodas de Agripina, para distraer de sus iras al César Tiberio!

† *Vida de Jesús*, pág. 188.



CAPITULO V.

PRIMER AÑO DEL MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

§ I. LA PRIMERA PASCUA.

1. Arroja Jesus á los vendedores del Templo.—2. El tráfico en el Templo de Jerusalem.—3. Autenticidad de la narracion evangélica.—4. Las necesidades exegéticas de nuestra época.—5. Conversacion de Jesucristo con Nicodemo.—6. Preocupaciones nacionales de los doctores de la ley.—7. Verdadero reino del Mesías.—8. Testimonio de San Juan Bautista. El amigo del Esposo.—9. Interpretacion de las palabras de San Juan Bautista. Costumbres judías. Humildad del Precursor.

§ II. LA SAMARITANA.

10. Narracion evangélica de la conversacion de la Samaritana.—11. Jesus fatigado del camino.—12. Jesus, el divino solicitador de las almas.—13. *¡Si scires domum Dei!*—14. La primera confesion en el brocal del pozo de Jacob.—15. El alma convertida.—16. Milagro de la profecía.—17. Milagro de la doctrina.—18. Conclusion.

§ III. VOCACION DEFINITIVA DE PEDRO.

19. El Hijo del oficial real de Cafarnaum.—20 Vocacion definitiva de Pedro, Andrés' Santiago y Juan.—21. La pesca milagrosa.

§ IV. PRISION DE SAN JUAN BAUTISTA.

22. Herodes Antipas se desposa con Herodias, su sobrina.—23. Es encarcelado Juan Bautista por Herodes Antipas en Maqueronta.

§ V. JESUS EN CAFARNAUM.

24. Autoridad de la enseñanza de Jesus.—25. El día del sábado en Cafarnaum. El endemoniado de la Sinagoga.—26. Exposicion sumaria de los principios teológicos relativos á los poseidos del demonio.—27. Teoría racionalista.—28. Discusion del milagro evangélico obrado sobre el demoníaco de Cafarnaum.—29. Inanidad de la hipótesis racionalista.—30. Curacion de la suegra de Simon.—31. La tarde del sábado en Cafarnaum.

§ VI. JESUS EN NAZARETH.

32. Relato evangélico de la predicacion de Jesus en Nazareth.—33. Las sinagogas judías en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo.—34. «Nadie es profeta en su patria.»—35. Realizacion de la profecía de Isaías en la persona de Jesucristo.—36. La primera homilía cristiana.

§ VII. SERMON DE LA MONTAÑA.

37. Las ocho bienaventuranzas.—38. La ley antigua y la nueva.—39. La ley del juramento. La ley del talion. Amor á los enemigos.—40. Limosna y buenas obras. Oración dominical.—41. Ayuno. El Lis de los campos. La Providencia.—42. La viga y la paja. Los falsos profetas. Las palabras y las obras.—43. Idea general del Sermon de la Montaña.

§ VIII. MILAGROS EN CAFARNAUM.

44. El leproso de Cafarnaum.—45. El paralítico en casa de Simon-Pedro.—46. «Vuestros pecados os son perdonados.»—47. Vocación de San Mateo. La comida en casa del Publicano. Murmuraciones de los Fariseos y de los Doctores de la ley.—48. La hemorroisa. Resurrección de la hija de Jairo.—49. Doble carácter de autenticidad y de perpetuidad de los milagros del Evangelio.

§ I. LA PRIMERA PASCUA.

1. «Después del milagro de Caná, dice el Evangelio, bajó Jesús á Cafarnaum con su madre, sus hermanos (ó parientes) y sus discípulos, donde permanecieron pocos días, porque estaba próxima la Pascua de los Judíos. Jesús subió á Jerusalem, donde halló el Templo obstruido de mercaderes que vendían bueyes, y ovejas y palomas, y de cambistas sentados junto á sus mesas. Y habiendo formado Jesús como un látigo de cordeles, los echó á todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y echó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y dijo á los que vendían palomas: Quitad eso de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de tráfico.—Al verle proceder de esta suerte sus discípulos, se acordaron que está escrito: El celo de tu casa me tiene consumido ¹. Entre tanto, interpelando los Judíos á Jesús, le preguntaron ¿con qué señal ó prodigio nos manifestarás que tienes autoridad para hacer estas cosas?—Respondió Jesús y les dijo: Destruid este Templo, y yo le reedificaré en tres días.—Dijéronle los judíos. Cuarenta y seis años se han empleado en edificar este Templo, ¿y tú le has de restablecer en tres días? Pero Jesús hablaba del templo de su cuerpo. Así, después que resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que lo dijo por esto, y creyeron (con mas fe) en la Sagrada Escritura ² y en las palabras que

¹ Psalm., LXVIII, 10.

² La alusión que se hace aquí á la Escritura, se refiere á estas palabras del Profeta-rey: *Ego dormivi, et soporatus sum, et exturrexi. quia Dominus suscepit me* (Psalm. III, 6). *Exsurgam diluculo* (Psalm. LVI, 9).

Jesús había dicho. Y mientras Jesús estaba en Jerusalén por la fiesta de la Pascua, viendo muchos los prodigios que hacía, creyeron en su nombre. Mas Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía á todos, y no necesitaba de que nadie le diese testimonio de ningún hombre, porque conocía por sí mismo el secreto de todos los corazones ¹.

2. Creyendo un retórico escribir la historia de Jesús, se ha atrevido á decir: «Aborrecía el Templo, y nada fue menos sacerdotal que su vida.» El primer acto de Jesús en Jerusalén es un acto de respeto al Templo. Su primera afirmación tiene por objeto declarar que «el Templo es la casa de su padre.» Testigos de la indignación verdaderamente sacerdotal que se apodera de él, al entrar en los pórticos del Lugar Santo, profanados por un tráfico innoble, le aplican sus discípulos la palabra de David: «Señor, el cielo de tu casa me ha devorado.» Por lo demás, era imposible en semejantes circunstancias aplicar con más exactitud la cita del salmista. Los discípulos debieron estremecerse pensando en el tumulto que iba á promover la conducta de su maestro. Y en verdad, no era en lo interior del Templo, ni aun en el Atrio de los Judíos, donde se había constituido el mercado público en que los prosélitos que acudían de Egipto, de la alta Siria, de la Caldea y de Roma, en la época pascual, hallaban provisión de víctimas para los holocaustos, corderos para el festín de la Pascua, y palomas para el rescate de los primogénitos. El Atrio de los Gentiles, (*Atrium gentium*) estaba consagrado desde el tiempo de Herodes á estas transacciones que parecía haber legitimado el uso. El Talmud de Jerusalén refiere que un famoso rabino, Bava, hijo de Bota, y que gozaba de gran crédito para con Herodes, había tratado de establecer en los pórticos mismos del Templo, un mercado, donde había vendido desde luego tres mil corderos de Cedar ². La especulación había sido lucrativa, y le imitaron los mercaderes de bueyes y de palomas. En breve to-

¹ Joan., II, 12 ad ultim.

² Hé aquí el texto del Talmud de Jerusalén: «Un día Bava Ben Bota, llegando al recinto del Templo, lo encontró vacío» y exclamó: «¡Hállase tan desierta la casa de los que han hecho que esté vacía la casa del Señor!»—Después envió al punto á buscar tres mil corderos del Cedar, los registró para asegurarse de que estaban sin tacha, y los hizo llevar al Templo. «Y ahora, hijos de Jacob, hermanos míos, dice, que aquellos de vosotros que quieren ofrecer holocaustos ó sacrificios, compren é inmolen» (Talmud, Hierosol., *Jom-Tob.*, fol. 61, col. 3).

das las sinagogas de la Judea se convirtieron en lugares de tráfico. El carácter venal y avaro del pueblo Judío se prestaba á tentativas de este género, y á pesar de las prescripciones formales de la ley, llegó á ser el servicio del Templo, pretexto de un verdadero comercio. La policía de Herodes hallaba en esto tambien ventaja, puesto que nadie reclamaba contra un abuso de que la mayor parte trataba de aprovecharse. El Talmud cita á un rabino, Elcazar ben Sadoc, que ganaba con el cambio, cada año sumas enormes. A los dos lados de la puerta oriental habia constantemente tiendas y mesas fijas que llegaban hasta los pórticos de Salomon. Cuando sucedió la dominacion romana á la de Arquelao, no se alteró en nada este orden de cosas; solo se vió tomar puesto al lado de los mercaderes, plateros y cambiadores con el doble objeto de facilitar las transacciones cambiando las monedas, y de especular sobre el impuesto sagrado de medio-siclo que debia pagar cada israelita en la festividad de Pascua para la conservacion del Templo ¹.

3. Tal era la situacion á que se dirigia Jesucristo con un látigo en mano, en presencia de sus discípulos atónitos. Trasládese la escena á otro teatro distinto del de la civilizacion judía; apártese de la persona divina de Jesus la aureola con que le habia rodeado el testimonio de Juan Bautista, y el hecho de la espulsion de los vendedores del Templo tomará á los ojos de los espectadores, el carácter de un atentado contra el orden establecido; la multitud turbada en el ejercicio de un derecho en apariencia legítimo, desconcertada en sus hábitos, y sobre todo en sus intereses mercantiles, se apoderará del perturbador del reposo público, y se tomará la justicia por sí misma, ó por lo menos entregará al culpable á los agentes de la autoridad romana. Asi hubiera sucedido en cualquier otra parte. Pero todos los habitantes de Jerusalem habian oido algunos meses antes, de labios de Juan Bautista, la gran nueva de que acababa de hacer su advenimiento en Judea el Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo, el Dominador, el Maestro esperado, el Hijo en quien habia puesto Dios todas sus complacencias. Todos sabian que se habia rendido á Jesucristo este testimonio á orillas del Jordan, y oian á los discípulos del Salvador darle públicamente el título de Hijo de Dios, y referir los milagros obrados por su poder. En el momento,

¹ Sepp, *Vida de Jesus*, tom. I, pág. 381, 385. (Cf. Talmud *Shekalim*, cap. I).

pues, en que el Mesías proclamado, aparece por vez primera con esta notoriedad en el Templo, y arroja de él á los vendedores que trasforman la casa de su Padre en un lugar de vil tráfico, los testigos de este acto insólito miran cual obra, sin que ninguno piense en impedirselo, porque conoce cada uno en su conciencia la justicia de aquel acto, y se limitan los Judíos á pedir á Jesus un milagro que les convenza de la divinidad de su mision. Todas las circunstancias de la narracion evangélica llevan, pues, el sello de una autenticidad fundada en las entrañas mismas del hecho. No recordaremos aquí la perfecta concordancia de la fecha de cuarenta y seis años, indicada como la de la reconstruccion del Templo, pues ya tuvimos ocasion de señalarla en la historia de Herodes ¹. La empresa que comenzó este príncipe veinte años antes de la E. V. se prolongó aun mas allá del período evangélico. Veinte y seis años de nuestra era habian transcurrido, en la época de la solemnidad Pascual, en que espulsó Jesus á los mercaderes del Atrio de los extranjeros; de manera que tenian una exactitud matemática los cuarenta y seis años citados por los Judíos.

4. Lejos estamos en verdad, de atribuir á esta confirmacion del Evangelio por medio de pruebas internas ó esternas, el predominio sobre el carácter divino que se revela, independientemente de toda preocupacion científica, á la simple lectura ó á consecuencia de una meditacion piadosa. ¡Cuán preferible no seria elevar nuestros corazones y nuestras inteligencias con el estudio esclusivo de los misterios de amor, de verdad y de vida, cuya constante manifestacion es la historia de Dios! Pero el indigno disfraz que ha osado presentar la incredulidad en estos últimos tiempos contra el texto sagrado, nos impone la dura necesidad de arrancarnos de los divinos encantos de una contemplacion que arrebatava al genio de Bossuet. En las épocas de postracion y decadencia intelectuales, son necesarias enseñanzas proporcionadas al estado de los espíritus. En un siglo que se deja seducir por el eco de los añejos sofismas de Celso y de Porfirio, es preciso recordar los elementos de la catequística. ¡Ojalá nos den aun nuevos Agustines, para uso del nuevo racionalismo, tratados semejantes á los que el gran obispo de Hipona dirigia á los catecúmenos de su tiempo, con un título verdadera-

¹ Alude aquí el autor á su Historia general de la Iglesia. — (N. del T.)

mente apropiado á las necesidades actuales : ¡ *De catechizandis rudibus!* Continuemos, entre tanto, recogiendo las enseñanzas que se desprenden de los libros del divino Maestro.

5. «Había entonces en Jerusalem, dice San Juan, un doctor fariseo, llamado Nicodemo, hombre principal entre los Judíos, el cual fué de noche á buscar á Jesus, y le dijo: Maestro, sabemos que eres un doctor enviado de Dios, porque nadie puede hacer los prodigios que tú haces, si Dios no está con él.—Respondió Jesus, y le dijo: ¡En verdad, en verdad te digo, que ninguno puede ver el reino de Dios, sino nace de nuevo!—Pero ¿cómo puede nacer de nuevo un anciano? dijo Nicodemo. ¿Cómo puede volver otra vez al seno de su madre para renacer?—En verdad, en verdad te digo, respondió Jesus, nadie puede entrar en el reino de Dios, sino renaciere (por el bautismo) del agua y (la gracia) del Espíritu, Santo. Lo que ha nacido de la carne, carne es; mas lo que ha nacido del espíritu es espíritu. No estrañes, pues, que te haya dicho: Es necesario que vosotros nazcais otra vez. El espíritu sopla donde quiere y tú oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni á dónde vá: lo mismo sucede respecto de todo aquel que ha nacido del espíritu.—¿Cómo se puede hacer esto? preguntó Nicodemo.—¿Eres doctor en Israel, respondió Jesus, é ignoras estas cosas? En verdad, en verdad, te digo, que nosotros hablamos lo que sabemos bien y no átestiguamos sino lo que hemos visto, y no obstante, vosotros no admitís nuestro testimonio. Si no me creéis, habiéndoos hablado cosas terrenas, ¿cómo me creereis si os hablo de cosas celestiales? Ello es así que nadie subió al cielo, sino aquel que bajó del cielo (á saber) el Hijo del hombre que está en el cielo. Al modo que Moisés levantó en alto la serpiente de bronce en el desierto, así conviene que sea levantado en alto el Hijo del hombre, para que todo aquel que crea en él no perezca, sino que logre la vida eterna; porque amó Dios tanto al mundo que le dió á su Hijo unigénito, á fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que vivan la vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por su medio. Quien cree en él, no es condenado, mas el que no cree, ya tiene hecha la condena, por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Y la causa de esta condenacion consiste en que habiendo venido al mundo la luz, amaron los hombres mas las tinieblas que la

luz, por cuanto sus obras eran malas. Porque todo aquel que obra mal, aborrece la luz y no se arrima á ella para que no sean reprendidas sus obras; mas el que obra segun la verdad, se acerca á la luz, para que se vea que sus obras son hechas segun Dios ¹.

6. Si fuera permitido aplicar á los divinos misterios del Evangelio denominaciones tomadas del orden terrestre y de nuestros usos vulgares, se podria decir que este diálogo secreto de Jesucristo con Nicodemo es enteramente el programa de la Redencion verificada en favor de las almas por el Verbo encarnado. ¿Quién era este doctor ilustre en Israel que venia á encontrar por la noche al nuevo Rabi, cuyos milagros impresionaban á la multitud? Un discípulo de la escuela de Hillel, responden las tradiciones Talmúdicas; un hombre opulento, que hacia tender á sus plantas, cuando entraba en la Sinagoga, alfombras que abandonaba á los pobres. El Evangelio nos dice solamente que era uno de los miembros principales de Sanhedrin, y que se convirtió secretamente á las doctrinas del Salvador, sin atreverse á declararse en público por miedo á los Judios ². La riqueza de Nicodemo, que llamó la atencion de los Talmudistas, no causa impresion alguna en el Evangelista; pero fijan particularmente la atencion de San Juan, su título de doctor en Israel y el conocimiento de las Escrituras que este supone. Todo el diálogo de Jesus con este tímido prosélito tiene por base la Escritura. El Antiguo Testamento era como la raiz del Evangelio; pero era precisa la revelacion del Verbo para fecundizar este antiguo tronco. ¿Cuántas veces no habian anunciado los Profetas que Dios crearia una nueva generacion, nuevos cielos y una tierra nueva? Nicodemo conocia sin duda estos textos sagrados, pero cuando oye la solemne afirmacion de la necesidad de un segundo nacimiento, no comprende nada de este misterio, cuya sola enunciacion provoca por su parte la objecion del mas repugnante materialismo. Sin embargo, habia leído las palabras de Jeremias, mandando de parte de Jehovah la circuncision del corazon ³ y la célebre profecia de Ezequiel: «Os quitaré vuestro corazon de piedra para sustituirlo con otro de carne ⁴.» Tal vez llevaba, como fariseo escrupuloso, bordada en la orla de su vestidura, la oracion de David: ¡Oh Dios!

¹ San Juan, III. 1-21.

² *Eo quod esset discipulus Jesu, occultus autem propter metum Judæorum* (Joan.), XIX, 35.—³ Jerem, IV, 1.—⁴ Ezech., XI, 19.

¡cread en mí un corazón nuevo !' «Por lo menos, era fiel observante de las prescripciones legales, respecto de las abluciones frecuentes. Pero bajo la letra de la ley, no sabía discernir la purificación espiritual, de que eran figura los ritos Mosáicos. El bautismo legal en el agua, para borrar las impurezas corporales; el bautismo legal en la carne, por medio de la circuncision, para imprimir el sello de la adopcion de los hijos de Abraham; tales eran á los ojos del Fariseo, los únicos elementos de santificacion. Hé aquí por qué no comprende nada de la regeneracion de las almas que acaba de verificar el Hijo de Dios. Para él, así como para todo el judaismo, debe ser el Mesías un poderoso dominador, un fundador de imperio: subyúgale la idea de ver realizarse esta esperanza en la persona de Jesucristo; viene por la noche á llevar á los pies del Salvador el testimonio de toda su secta. «Rabí, dice, sabemos que vienes de parte de Dios, segun nos lo prueban tus milagros.» Si le hubiera contestado el divino Maestro: «Dentro de dos años volverá á levantarse el trono de David, Jerusalem eclipsará á la Roma del César, y los hijos de Abraham serán los soberanos del mundo,» hubiera comprendido Nicodemo este lenguaje y aplaudido esta revelacion.

7. Pero Jesus dice por lo contrario: «No ha enviado Dios á su único Hijo para juzgar al mundo; le ha enviado para llevar la salvacion á las almas por medio de la fe. El Hijo del hombre será elevado como la serpiente de bronce levantada por Moisés en el desierto. Lo atracrará todo á sí de lo alto de una cruz.» Tal es el trono que acaba de buscar en la tierra el Hijo único de Dios que ha bajado del cielo. Su revelacion es luz, verdad y obras de vida. El nuevo reino que acaba de fundar es una regeneracion espiritual, cuya puerta es el bautismo del agua y del Espíritu Santo; este bautismo, figurado por la circuncision da una vida nueva, un segundo nacimiento á las almas. Iluminados hoy por el Evangelio, comprendemos cada una de las palabras del discurso de Jesus, pero el doctor de Israel las oyó sin penetrar su sentido. El soplo del viento lleva un eco á nuestros oidos, sin que sepamos ni de dónde viene ni á dónde vá; tal era exactamente la situacion del fariseo, al escuchar esta revelacion inesperada. Al proseguir el estudio de la narracion

evangélica, va á desarrollarse sucesivamente á nuestros ojos, la admirable economía del renacimiento de las almas en la tierra por la gracia de los Sacramentos, por la fe en el nombre del Hijo de Dios, y el cumplimiento de las obras de verdad. Pero podemos apreciar desde ahora, por la admiracion de uno de los mas ilustres doctores de Israel, los obstáculos que deberá encontrar tal doctrina, antes de subyugar las inteligencias. La profundidad de las tinieblas que cubrian la humanidad, opondrá á la luz divina una resistencia tanto mas obstinada, cuanto que son las tinieblas un cómodo manto para ocultar todas las obras del pecado. Y si era ya tan difícil hacer comprender la generacion espiritual de santidad que traia el Salvador á la tierra ¿cuánto mas no lo será hacer que acepten las inteligencias el adorable misterio de la Encarnacion del Verbo, Hijo único de Dios, que descendió del cielo por amor nuestro? El Doctor de Jerusalem comprendió mas adelante cuál era el trono de que habia hablado el Hijo del hombre, cuando le fue entregado en sus manos por Pilatos el cuerpo inanimado del Salvador, elevado en la cruz, como en otro tiempo la serpiente de bronce en el desierto.

8. El bautismo en el agua y el Espíritu Santo, era, pues, el principio de la regeneracion del mundo. Asi lo habia anunciado el Precursor, preparando de esta suerte realmente y al pie de la letra «los caminos ante el Señor.» Es preciso cerrar voluntariamente los ojos á la luz para no sentirse impresionado por la magnífica correspondencia que existe entre la mision preparatoria de Juan Bautista y la accion suprema de Jesus. Sin embargo, la incredulidad moderna no parece ni aun sospecharla. Pero olvidemos las sacrilegas interpretaciones de la exégesis racionalista ¹, pues caen por su peso ante la magestuosa sencillez del Evangelio. «Despues de la festividad de Pascua, continúa el escritor sagrado, Jesus, seguido de sus discípulos, volvió á la campaña de Judá, próxima á Jerusalem ²;

¹ «Parece, dice el racionalismo, que á pesar de su profunda originalidad, fue Jesus por algunas semanas, el imitador de Juan. El bautismo habia sido puesto en gran favor por Juan: se creyó obligado á hacer como el, y bautizó y tambien sus discípulos. Inclínose, pues, por un momento al bautismo, por una especie de concesion» *Vida de Jesus*, pág. 107-115). Basta oponer á esta teoria la última palabra de Jesus á sus Apóstoles antes de la Ascension: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» ¿Significa esto que haya Jesus renunciado nunca «al bautismo,» como quisiera hacer creer el moderno escritor?

² *In terram Judæam* (Joan., III, 22). Es decir, en la campaña de Judá, por oposicion á la ciudad de Judá (Jerusalén). Las expresiones griegas *Γῆ ἡ Ἰουδα*, se emplean comun-

donde vivía y bautizaba por el ministerio de sus discípulos, que conferían el bautismo en su nombre ¹. Entonces se hallaba Jesús en las riberas del torrente de Ennom junto á Salim ², donde había agua abundante y profunda. Y acudían muchos y eran bautizados, porque en aquella época aun no había sido Juan encarcelado, como lo fue á poco por Herodes Antipas. Habiéndose suscitado una disputa entre los discípulos de Juan y algunos judíos sobre el bautismo de su Maestro, acudieron á Juan sus discípulos, y le dijeron: Maestro, aquel que estaba contigo, á la otra parte del Jordán, de quien tú diste testimonio, sábetelo que se ha puesto á bautizar, y todos van á él. — Respondió Juan, y dijo: el hombre no puede atribuirse cosa alguna sino le es dada del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: No soy yo el Cristo, sino que he sido enviado delante de él (como precursor suyo). ¿Quién es el esposo, sino aquel en cuyas manos se entrega la esposa? En cuanto al amigo del esposo, que está para asistirle, se regocija en extremo de oír la voz del esposo. Mi gozo es, pues, ahora completo. Conviene que Jesús crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior á todos. Y atestiguo los mis-

mente en este sentido en el estilo hebreico (Cf. Jos., VIII, 1; Act. X, 39). El país de Judea de que habla aquí el Evangelista, representa la parte principal de la antigua etnarquía de Arquelao, es decir, la comarca del medio día de Jerusalén, entre esta ciudad, el valle de Betsabé, el mar Muerto y el Mediterráneo.

¹ *El baptizabat* (Joan., III, 22) *Quamquam Jesus non baptizaret, sed discipuli ejus* (Joan., IV, 2). Aproximando estos dos versículos que se explican el uno por el otro, se hubiera evitado el racionalismo un error de hecho en su apreciación sobre el papel de Jesucristo, como «bautista por imitación». Digamos, no obstante, con San Agustín, que el Salvador bautizó de su mano á sus primeros Apóstoles, para servirse después de su ministerio para conferir á los demás el sacramento de la regeneración. Administrase el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; fórmula que en su misma enunciación supone la delegación del ministro. Hé aquí por qué bautizaba Jesús por mano de sus discípulos en la campaña de Jerusalén, así como bautiza hoy á las naciones por mano de los ministros del Sacramento. Tal es el parecer de toda la antigüedad cristiana (Cf. Clemente de Alejandría, *Hypotyposes*, lib. V; Mosco, *Prat. Spirit.* cap. CLXXXI; Ambros., in *Lucam, Comment.*, VIII; Hilar. Pictav., in *Matth.*, XX, 10). No sucede lo mismo respecto de una opinión reciente, que hace bautizar la Santísima Virgen por su divino Hijo. Esta tradición no se eleva más allá del siglo X.

² El Ennom es un torrente que viene de la Batanea y se arroja en el Jordán, cerca de dos leguas más abajo del lago de Genezareth. Su nombre moderno es Iarmuk. La ciudad de Salim, llamada hoy Selim, hace frente á la embocadura del Ennom, á una legua de distancia, del lado de Samaria. «Se observará, dice el doctor Sepp, que Juan no podía bautizar sino en los sitios donde había mucha agua, porque bautizaba siempre por inmersión. Por el contrario, puede deducirse de las palabras del Evangelista, que Jesús, ó más bien sus Apóstoles, bautizaban indistintamente ya por inmersión, ya en la forma actual, lo cual les permitía conferir el bautismo en todas partes» (Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. I, pág. 399).

terios divinos que vió y oyó, y no obstante, nadie recibe su testimonio. Mas quien recibe su testimonio, testifica que Dios es verdadero; porque éste, á quien Dios ha enviado, habla palabras de Dios, porque Dios no le ha dado su espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas. El que cree en el Hijo (de Dios), tiene la vida eterna; pero quien no da crédito al Hijo de Dios, caerá en la muerte, bajo el peso de la ira de Dios ¹.

9. En las riberas del Ennom, se espresa Juan Bautista, respecto de la divinidad de Jesucristo, absolutamente en el mismo sentido que lo hacia há poco el Salvador con el doctor fariseo. Se indigna contra la incredulidad de sus propios discípulos que rehusan ir á Jesus y escuchar la palabra del Hijo de Dios. Pero hay en el acento del Precursor una emocion, una respetuosa ternura, una profunda humildad, que se ocultaban tal vez al entendimiento de los lectores poco familiarizados con las costumbres judáicas, y cuyo admirable carácter conviene hacer resaltar. La alusion que hace aquí San Juan Bautista á las pompas nupciales de los Hebreos, merece fijar toda nuestra atencion. La prometida esposa judía, engalanada con los adornos que le habia enviado aquella mañana el esposo ², dejaba la casa paterna de noche, al son de los instrumentos de música á la luz de las lámparas. Formaban su séquito diez Vírgenes con sus lámparas encendidas, á quienes precedia la jóven esposa, llevada por el paraninfo. El esposo, ungido de perfumes, ceñida la frente con una corona, venia á recibirla, precedido de diez jóvenes, á cuya cabeza iba el amigo del esposo. Designábase su llegada, que esperaban las jóvenes Vírgenes por la gozosa aclamacion que nos ha conservado una parábola evangélica: «Hé aquí al esposo, salid á su encuentro ³.» Entonces se reunian las dos comitivas, y presentaba el paraninfo la esposa á su futuro esposo. Estos porrinenores, tomados de las costumbres tradicionales de los Judíos, nos dan el senti-

¹ Joan., III, 23 ad ultim.

² En la mañana del día de las bodas, dice el doctor Sepp, enviaba el esposo á casa de su suegro los adornos de su novia, con vasos de ungüentos y perfumes, frutos y toda clase de objetos preciosos. Un vaso de esta clase fue el que derramó María Magdalena á los pies de Jesus (Marc., XIV, 3). La esposa, por su parte, enviaba á su esposo la túnica que debía servirle un día de sudario, y que debía guardar y llevarla todos los años en día de año nuevo y en la fiesta de las Expiaciones; así como la esposa llevaba tambien la suya en estas dos solemnidades, para tener siempre presente en su memoria la idea de la muerte (Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. I, pág. 329).

³ *Ecce sponsus venit, exite obviam ei* (Math., XXV, 6.)

do de la comparacion que emplea el Precursor. ¿Quién es el esposo? dice. ¿Es el que se adelanta el primero á la cabeza del séquito nupcial? No, es aquel en cuyas manos será entregada la esposa. Pero allí está á su lado el amigo del esposo, gozando de la dicha de aquel á quien ama, oyendo su voz conmovida y participando de su felicidad. Asi, segun la espresion de San Juan Bautista, la Encarnacion del Hijo de Dios era la solemne alianza del Verbo con la humanidad: En esta grande epopeya nupcial, que proyectó su brillo sobre las tinieblas de una noche de cuatro mil años, no se atrevió el Precursor ni aun á atribuirse el papel del paraninfo, del que conducia á la esposa para ofrecerla al esposo. «Y no obstante, parece, dice San Juan Crisóstomo, que tal fue en realidad la mision de San Juan Bautista. Puso, pues, en mano del esposo celestial la mano de la Iglesia, su esposa, y fue el lazo de union entre las almas y el Verbo encarnado.» Pero el humilde Hijo de Isabel no se permitió tan elevados pensamientos respecto de su persona. Ya habia dicho una vez, que en presencia de Cristo, Hijo de Dios, se tenia por indigno de desatar las correas de sus sandalias. «Hoy, á punto de terminar su carrera de Precursor, cuando da el testimonio de haber dispensado fielmente el depósito de la verdad confiado á su ministerio, deja escapar una palabra de enternecimiento que revela todo el secreto de su alma apasionada. Se dice el amigo del esposo bajado del cielo para desposarse con la humanidad. Y ;qué suavidad de lenguaje en su comparacion con el fiel amigo que oye la voz del esposo, permanece en silencio para gozar mejor de sus acentos, y se estremece en la plenitud de la alegría, contemplando el gozo de aquel á quien ama! Hé aquí perfectamente marcado el carácter del amor divino, cuya inmortal llama vino Jesucristo á encender en los corazones. Juan Bautista no aspira á ningun otro poder, á ningun otro privilegio, á ninguna otra grandeza. Y es, que en efecto, el Verbo encarnado, el Esposo que vino á contraer en persona estas bodas espirituales, no recibió de nadie mas que de sí mismo, su esposa amadisima. Es el Verbo de Dios que creó al hombre inocente; es el Verbo de Dios que dejó caer una palabra de consuelo, de misericordia y de esperanza sobre el hombre culpable; es el Verbo de Dios que llamó á Abraham y constituyó en la progenie de los patriarcas, la herencia de las promesas de salvacion; hizo oír su voz en el Sinaí, y dictó sus leyes á la nacion escogida; inspiró las pro-

fecias en la serie de las edades, y dirigió las esperanzas de los justos. Nadie, pues, tuvo que darle su esposa, el día en que se presentó el mismo para su mística union: Juan Bautista le precedió tan solo, gritando al Judaismo: «¡Hé aquí viene el esposo, corred á su encuentro!»

§. II. LA SAMARITANA.

10. Despues de la profesion de fe tan esplicita del Precursor, acudió la muchedumbre, con un ardor nuevo, al lado de Jesus. Los Fariseos y los doctores de la ley, prevenidos ya contra Juan Bautista, cuyo bautismo afectaban rechazar ¹, no se mostraron menos hostiles á la influencia del Salvador. «Habiendo, pues, sabido con furiosos celos que Jesus hacia mas discipulos y bautizaba mas que Juan, dice el Evangelista, conociendo Jesus sus malos designios, dejó la Judea y se fué otra vez á Galilea, para lo que le era necesario pasar por Samaria. Llegó, pues, á una ciudad de este pais llamada Sicar, próxima á la heredad que habia dado Jacob á su hijo Josef, y donde estaba el pozo llamado la Fuente de Jacob. Fatigado Jesus del camino, se sentó en el brocal del pozo. Era ya cerca de la hora de sexta ². Y habiendo venido una Samaritana á sacar agua, le dijo Jesus: Dame de beber, (porque sus discipulos habian ido á la ciudad próxima á comprar de comer.) Y la Samaritana le dijo: ¿cómo, siendo tú Judío, me pides de beber á mí que soy Samaritana? ¿por qué los Judíos no comunican con los Samaritanos?—Respondió Jesus y le dijo: si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice, dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido á él y te hubiera dado agua viva.—Señor, respondió ella, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo. ¿Dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro Padre Jacob, que nos dió este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados? Respondió Jesus y le dijo: Todo el que bebe de esta agua, volverá á tener sed; mas el que beba del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; antes el agua que yo le daré vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna.—¡Ah! Señor, exclamó la Samaritana, dame de esa agua, para que no

¹ *Pharisæi autem et legieriti consilium Dei spreverunt in semetipsos, non baptizati ab eo* (Joan. Luc. XVII, 30).

² Mediodía.

tenga yo mas sed ni haya de venir aquí á sacarla.—Pero Jesus le dijo: Vé y llama á tu marido y vuelve con él.—Respondióle la mujer: Yo no tengo marido.—Y Jesus añadió: Bien has dicho, que no tienes marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes, no es tu marido; en esto dijiste la verdad.—La mujer respondió: Señor, veo que tú eres profeta; instrúyeme sobre este punto. Nuestros padres adoraron á Jehovah en este monte, y vosotros los Judíos decís que el lugar donde se debe adorar es Jerusalem.—Mujer ¹, respondió Jesus, créeme á mí: ya llegó el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalem adoreis al Padre. Vosotros los Samaritanos adorais lo que no conocéis, pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud (ó el Salvador) procede de los Judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo, los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad.—Ya sé, replicó la Samaritana que está para venir el Mesías (que quiere decir Cristo). Cuando venga, pues, él nos lo declarará todo.—Y Jesus le respondió: Ese soy yo, que hablo contigo. A este tiempo llegaron sus discípulos y se admiraban de que estuviese hablando con una mujer. No obstante, ninguno le dijo ¿qué le preguntas, ó qué hablas con ella?—Con esto, la mujer dejó su cántaro y fué á la ciudad y dijo á aquella gente: Venid á ver un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida. ¿Será éste, por ventura el Cristo!—Salieron ellos de la ciudad y vinieron á verle.—Entre tanto, habian servido los discípulos la comida, y rogaban á Jesus diciendo: Maestro, come.—Y él les respondió: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabeis. Y los discípulos se preguntaban unos á otros. ¿Acaso le habrá traído alguno que comer durante nuestra ausencia?—Pero Jesus respondió: Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió y cumplir su obra. ¿No decís vosotros que aun faltan cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo. Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas y á punto de segarse. Aquel que siega recibe su jornal y recoge el fruto para la vida eterna, para que así haya contento tanto para el que siembra como para el que siega.

¹ Se puede referir esta palabra *Texas*, á la expresion idéntica referida en el capítulo anterior, núm. 18; *Nota*.

Porque en esto es verdadero el refran de que, uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he enviado á vosotros á segar lo que no sembrásteis; otros hicieron la labranza, y vosotros habeis entrado en sus labores. Asi habló Jesus. Y muchos Samaritanos de aquella ciudad creyeron en Jesus por la relacion de la mujer que aseguraba que le habia revelado todos los secretos de su vida.—Y habiendo venido los Samaritanos á encontrarle, le pidieron que se quedase allí, y se quedó dos dias. Y creyeron en él muchos mas, por haber oido sus discursos. Y decian á la mujer: ya no creemos por tu relacion, sino porque nosotros mismos le hemos oido, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo ¹.

11. En cada pormenor de este episodio evangélico brilla la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo con una sencilla y dulce magestad, que eclipsa todo comentario. A la sesta hora del dia, cuando devoran los rayos del sol del medio dia la campiña abrasada, el Salvador, fatigado del camino vá á sentarse en el brocal del pozo de Jacob. «No sin un misterio de amor, dice San Agustin, Jesus, la fuerza de Dios, el que viene á reparar todos los desfallecimientos y flaquezas, se somete á la fatiga del camino. ¿Hay poder mas supremo que el del Verbo creando el mundo sin esfuerzo? Pero admírese este milagro de debilidad; ¡el Verbo se hizo carne y habitó con nosotros! La fuerza de Cristo nos creó, y la debilidad de Cristo nos regeneró! ¡La fuerza llama á la vida lo que no existia aun; la debilidad preserva lo que es de una perdicion universal; la fuerza nos ha creado, la debilidad nos salva.» Habia sonado la sexta hora de los siglos para el género humano, que marchaba al través de las seis edades de la historia antigua. ¿Qué áspero camino no ha señalado desde el umbral del Eden hasta bajo el azote de Tiberio? Nadie ha aplacado la sed de este viajero que iba errante por los áridos arenales del paganismo, suspirando por las fuentes de agua viva, pidiendo la verdad á todos los sabios, inclinándose hácia todas las doctrinas, y recayendo finalmente á la pesada impresion de la luz y del calor en una sombría desesperacion. ¡Oh Jesus, esposo divino de la humanidad, á vos que abrazásteis sus fatigas, sus miserias y sus flaquezas, toda mi alma os adora, en esta fuente de Jacob, abierta en otro tiempo por el Patriarca, y de

¹ Juan . IV , 1-41.

donde van á brotar á vuestra voz torrentes de gracia, de refrigerio y de paz! Los discípulos, en su afecto enteramente humano, han ido á la ciudad de Sicar á comprar las modestas provisiones que quieren ofrecer á su maestro para su alimento. Mas Jesus tiene una hambre y una sed desconocidas, ¡tiene sed de almas, tiene hambre de esa mies espiritual cuyas maduras espigas blanquean entre las naciones: está hambriento de la salvacion del mundo!

12. Pero ¿quién podrá comprender nunca las infinitas ternuras y las divinas condescendencias que se juntan en su corazon, con esta hambre y esta sed inconmensurables? «Dame de beber,» dice á la Samaritana, que baja con su cántaro á tomar la agua viva. Tal es aun, tal será hasta el fin de los siglos la súplica de Jesus. Divino solicitante de las almas, dirige á cada una de ellas la misma palabra. Asi, dice á Felipe: «Sígueme,» muestra á Nathanael los cielos abiertos y subiendo y bajando del cielo los Angeles sobre el Hijo del hombre: descubre á Nicodemo esa exaltacion de la cruz que ha de levantar al mundo con un impulso divino; á los convidados de Caná, ofrece el excelente vino del Evangelio, reemplazando el agua degenerada con que llenan los Fariseos la copa doctoral; pero pide á cada uno su alma, y repite como á la Samaritana: «dame de beber.» La extranjera «ignora el don de Dios,» á la manera que todas las almas extraviadas y pecadoras que han oido y que oirán aun la palabra del divino Maestro. Levántanse abismos de separacion entre la Samaritana y el Judío desconocido que le dirige esta súplica. El anatema del Sanhedrin condenaba á todo judío que se atrevia á comunicar con un Samaritano, escepto únicamente cuando se trataba de relaciones comerciales. Por lo demás, el sacerdote de Jerusalem que acogia para el Templo la ofrenda de un pagano, rechazaba con horror la de un hijo de Samaria. Asi, al través de abismos, de preocupaciones, de errores y de odios, llama diariamente la voz de Jesucristo á la puerta de las conciencias, que le responden como la mujer de Sicar: «¿Cómo siendo tú Judío me pides de beber á mí que soy Samaritana? Porque los Judíos no comunican con los Samaritanos.» Asi se rechaza la súplica del Dios desconocido que tiene sed de almas; se aparta á este solicitante omnipotente, como un importuno, como un enemigo. En la historia de una conversion en el brocal del pozo de Jacob, tenemos la historia de todas las conversiones. La Samaritana atribuia sin duda á la casualidad el encuentro del divino

extranjero; asimismo, parece que es la casualidad la que pone una conciencia humana en frente de la divinidad olvidada ó desconocida del Salvador. Pero en realidad, Jesus esperaba á la Samaritana en el pozo de Sicar, así como espera siempre, y prepara la ocasion de esperar al pecador en las fuentes de la Penitencia. Las resistencias del alma que lucha bajo el golpe victorioso de la gracia, las objeciones de la incredulidad, del racionalismo, de la falsa ciencia, son exactamente las de la Samaritana «¿De dónde sacas esta agua viva? Tú no tienes en qué sacarla, y el pozo es profundo. ¿Eres, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob que nos abrió este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y ganados?» El pozo de Jacob tenía mas de treinta metros de profundidad ¹. El agua viva que encerraba, llamada así en oposicion á los depósitos estancados de aguas pluviales que se recogen en Palestina en las cisternas, era el único recurso de la comarca. Hé aquí lo que le opuso la Samaritana, interpretando las palabras de Jesus en sentido material.

13. Y no obstante habia dicho Jesus: «Si conocieras el don de Dios, si supieses quién es el que te habla y te dice: Dame de beber, tal vez le hubieras tú hecho la misma súplica y te hubiera dado agua viva.» La Samaritana ignoraba que hubiera venido el Verbo encarnado á darse á sí mismo al mundo, y que hubiera trasportado á la tierra, por medio de esta divina liberalidad, toda la riqueza de los cielos. Cuatro mil años de indigencia, de miserias y de desnudez pesaron sobre la humanidad hasta la hora en que trasformó el don de Dios la pobreza en un tesoro inagotable, el padecimiento en un manantial de eternos regocijos. Así sucede también aun respecto de las almas. El mayor obstáculo entre la accion reparadora del Salvador, y una conciencia extraviada es la ignorancia del don de Dios. Ceguedad fatal que sumerge al alma en las tinieblas palpables del materialismo. Esta fuente de verdad y de vida que promete Jesus al pecador, la desdeña éste y niega su existencia. ¿Pues qué, dice, no ocultan la verdad y la vida sus secretos á inesploradas profundidades? El pozo de la sabiduria y de la virtud es un abismo. ¿Cuáles son, pues, los medios que emplea Cristo para hacerlas surtir?

¹ *Prope civitatem Sichem, quæ nunc Neapolis dicitur, Ecclesia quadrifida est, hoc est in modum crucis facta, in cujus medio fons Jacob habetur, quadraginta cubitos altus, de quo Dominus aquas à Samaritana muliere petere dignatus est.* (Beda, *De Locis sanctis*, cap. XV. Cf. Baronius. *Annales Eccles.*, tom. I. pág. 73).

Los mas grandes genios de la humanidad ¿abrieron con sus trabajos manantiales que basten á saciar las inteligencias? ¿Es por ventura Cristo mas grande que ellos?—Tal es la obstinada respuesta del orgullo humano que no conoce el don de Dios, y Jesus no se cansa de hacer su misteriosa invitacion: «Todo el que bebe del agua de vuestros pozos volverá á tener sed; mas el que beba del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; porque el agua que yo le daré será para él una fuente de agua que salte hasta la vida eterna.» El agua del pozo de Sicar, continúa San Agustin, «es el deleite oculto en las tenebrosas profundidades donde van á tomarle los hombres en el cántaro de las pasiones, inclinándose hácia el abismo para recoger en él algunas gotas de deleite y bañar con él sus labios.» Pero lejos de apagar la sed esta bebida, enciende en los corazones llamas inestinguibles. Si prometiera Jesus á los que están gastados por los placeres y los goces de este mundo el agua de un deleite siempre renaciente y siempre satisfecho, responderian tambien con la Samaritana: «¡Ah! ¡Señor! ¡dame de esa agua!» Pero los torrentes de agua viva que abre Jesus en las almas, no son de esta naturaleza. La mujer de Samaria va á verificar en breve esta esperiencia y á abjurar su error.

14. Hasta aquí se ha sostenido el diálogo en un paralelismo riguroso, entre las preocupaciones enteramente materiales de la extranjera y las alturas divinas á donde la eleva cada respuesta de Jesus. Los Samaritanos, dice el doctor Sepp, creian que una multitud de manantiales que descendian de la montaña santa de Garizim atravesaban la llanura en su corriente subterránea, é iban á formar á algunos estadios un torrente que llevaba sus ondas al Jordan. La mujer de Sicar se persuadió que iba su interlocutor á abrir uno de esos manantiales ocultos, haciéndoles surtir á cielo abierto. Imbuida de esta idea exclama: «Señor, dame de esa agua para no tener sed ni venir aquí á sacarla, á tanta profundidad.» Y todavía pudo imaginarse, por último, en su cándida interpretacion, que necesitaba auxilios el desconocido para hacer escavaciones y dirigir hácia la ciudad de Sicar una fuente de agua viva. Este fue tal vez el sentido que dió desde luego á la palabra de Jesus: «Vé y llama á tu marido y vuelve con él.» Tal es tambien la intimacion divina que dirige Jesus á las almas á quienes quiere someter á su imperio. La inteligencia humana no tiene mas que un esposo legítimo, la verdad;

pero ¿cuántas uniones adúlteras no contraen con las pasiones el error y los sentidos pervertidos? Hé aquí por qué le manda Jesus que apele á su tribunal y pase revista á todos los tiranos, cuyas cadenas ha aceptado, ha roto y vuelto á tomar sucesivamente, como la Samaritana. La mujer de Sicar vivia en medio de un pueblo en que habian llegado á ser la ley general el divorcio y la poligamia: habíase abandonado el espíritu de la institucion mosaica, y no se respetaba ya la santidad del matrimonio. Cuando le habla el Salvador de su marido, responde la Samaritana: «Yo no tengo marido.» Igualmente el alma pecadora esclama en su confusion y su arrepentimiento: «No tengo marido.» He prostituido mi amor á pasiones ignominiosas, á todos los errores, á todos los desórdenes, á todos los vilipendios. Estos tiranos me han dejado en mi soledad y en mi desesperacion uno en pos de otro. He paseado mi esclavitud por todas las regiones de la mentira; no he abrazado mas que ilusiones, no he hallado mas que remordimientos; es, pues, sobrado cierto que soy una adúltera y que no tengo esposo. Hé aquí la confesion del alma penitente, semejante en todo á la confesion de la Samaritana, en el brocal del pozo de Jacob. La confesion es la expiacion, y la gracia, abriendo las fuentes de agua viva del arrepentimiento, hace brotar la verdad, como á torrentes. «¡Veol!» esclama la Samaritana. «¡Veol!» dice el pecador arrepentido. A entrambos ilumina y transforma el rayo de la fe: «¡Señor, veo que tú eres un profeta!»

15. Desde este momento supremo en que el alma subyugada ha encontrado al Esposo celestial, desaparecen las preocupaciones materiales que la dominaban. Abandona la copa de las pasiones, asi como dejó la Samaritana el cántaro en el brocal del pozo de Jacob; y comienza una nueva vida, teniendo por guia á Jesus. No basta la fe, debiendo agregarse á ella las obras, y las obras mismas requieren una direccion. «Nuestros padres adoraron en esta montaña, dice la pecadora convertida, y vosotros decís que Jerusalem es el lugar en que se debe adorar.» Tal era realmente el punto capital que constituia el cisma de los samaritanos. El monte Garizim era para ellos la montaña de Sion, el cual oponian al Templo, y del que esperaban la salvacion: creian que debia nacer el Mesías de la raza de Efraim su abuelo, y pareciales la luminosa profecía que Jacob al morir habia dirigido á Judá, menos significativa que la bendicion que habia dado el Patriarca al segundo hijo de Josef. Asi desviaban en

el sentido de sus preocupaciones y de sus errores, la Escritura, palabra divina entregada á los caprichos de la interpretacion privada. ¡Ay! lo mismo verifican todas las inteligencias que se abrogan el derecho del libre exámen, y rehusan someterse á la autoridad divinamente constituida, con la mision de explicar el verdadero sentido de la Revelacion divina. Bajo el Antiguo Testamento residia esta autoridad en los Profetas, el Sacerdocio y los doctores Judíos. Por esto respondió Jesus á la Samaritana: «En cuanto á vosotros, adorais lo que no conocéis, pero nosotros los Judíos, adoramos lo que conocemos; porque la salud viene de Judea.» Es decir: la interpretacion de los Judíos es la única verdadera ó exacta; la salvacion, el Mesías, Cristo vienen de Belen-Ephrata, como ellos afirman. No dice Jesus: Vendrá; sino, «viene» *Venit*. Porque, en efecto, el tronco de Jessé habia producido ya su vástago divino, y en aquel momento el Mesías que habia nacido en Belen se hallaba sentado en el brocal del pozo de Jacob. ¡Cuántas veces la Iglesia católica, establecida divinamente bajo el Nuevo Testamento, para guardar el depósito de las Sagradas Escrituras, ha repetido las mismas palabras á las almas extraviadas en los senderos del cisma ó de la heregía! ¡Cuántas Samaritanas han vuelto á pedirle en la serie de los tiempos, las fuentes de agua viva, desde las olvidadas sectas de Saturnino, de Manes y de Arrio, hasta las de Lutero y Calvino! El cisma, la heregía no prescriben nunca contra su maternal autoridad. Sentada siempre como su divino Esposo en el brocal del pozo de Jacob, espera la Iglesia á las almas sedientas de verdad, para abrirles las fuentes que saltan hasta la vida eterna.

16. Pero ¿con qué magestad acaba el Salvador de disipar las nubes en el alma convertida? «Mujer, créeme, dice á la Samaritana, viene el tiempo, y es ahora, en que no adorareis al Padre ni en la montaña, ni en Jerusalem. Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque Dios es Espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad.» Hay en estas palabras una profecía y una doctrina. La profecía, en el momento en que se pronunció, escede á todas las conjeturas del género humano, constituye un milagro de primer orden, y transporta la inteligencia á las mas elevadas esferas de lo sobrenatural. Hallámonos aquí en presencia de un hecho incontestable, cuyos datos son positivos: la incredulidad puede palpar el milagro, tocar con el dedo lo sobrenatural, y poner

la mano, como Santo Tomás, en la divinidad. Todas las objeciones accesorias contra la autenticidad, la veracidad, la credibilidad evangélicas no tienen nada que ver en esto. La cuestion se eleva sobre todos los incidentes, se formula en términos claros y precisos. ¿Podía afirmar en aquella época, con la menor apariencia de probabilidad, un hombre que hablase á la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob, que «habia llegado la hora en que los verdaderos adoradores no adorarían á Jehovah, ni en Jerusalem ni en la montaña de Garizim?» Bien se atribuya esta palabra al mismo Jesucristo, bien se honre con ella á su historiador, no varía la cuestion; permanece siendo el mismo el milagro, y no subsiste menos la profecía. En efecto, era de toda imposibilidad á la intuicion del genio mas sublime, probar, predecir y afirmar como inminente esta gran revolucion religiosa. Verificada hoy, nadie piensa en negarla. Pero entonces, cuando acudían los Judíos de todos los puntos del mundo á Jerusalem, á la solemnidad de la Pascua; cuando habian pasado por el universo toda clase de trastornos políticos, sin alterar ni modificar su creencia y su culto; cuando no se habian acabado aun todas las suntuosas construcciones del Templo, comenzadas por Herodes; cuando los hijos de Israel, establecidos en todas las comarcas del Imperio romano, apartaban de sus riquezas el tributo anual que enviaban á Jehovah, invocando tres veces al dia, vuelto el semblante hácia el lado de Jerusalem, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ¿se hubiera atrevido á decir un hombre: «Viene el tiempo y es ahora, en que los verdaderos adoradores no adorarán ya al Padre en Jerusalem?» La raza judía es inmortal; reflexiónese bien en esto: es la única de las razas humanas que jamás se ha extinguido: en este momento, se halla en todas partes; pero hace diez y ocho siglos que «los verdaderos adoradores no adoran ya al Padre,» ni en las alturas de Sion, ni en las montañas de Garizim. El racionalismo que quiere consignar milagros por medio de comisiones de sabios, de historiadores y de químicos, puede hacer, si le place, comprobar el milagro permanente de esta profecía.

17. Podrá tambien agregar á él el milagro de la doctrina, porque toda la historia de Jesucristo se mueve en lo sobrenatural, como en una atmósfera divina. A la hora en que hablaba el Mesias con la Samaritana, en este diálogo que se renueva á todos los instantes del dia y en todos los puntos del espacio para las almas arrepenti-

das, era el sacrificio sangriento la ley universal de todos los cultos. Enrojecían los templos arroyos de sangre; las coronas de flores no ahogaban los mugidos de las sagradas víctimas; el César Tiberio, Pontífice Supremo de Roma, registraba con sus manos las entrañas palpitantes; los bueyes con sus testas doradas, las ovejas y las terneras suministraban su grasa para los holocaustos y su carne para las hecatombes. Inmolación en toda la historia antigua es sinónimo de adoración. Derramábase sangre para adorar á Dios. Sangre en los altares de Egipto, de Fenicia, de Caldea, de Babilonia, de la India y del Asia Menor; sangre bajo las columnas del Partenon en Atenas; bajo la cúpula del Panteon en Roma; bajo la piedra de los Druidas en las Galias y bajo el espeso follaje de los bosques de la Germania. ¡Sangre por todas partes! El Samaritano inmolaba en las alturas del Garizim, mientras verificaba el sacerdote de Jerusalem los sacrificios mosaicos á la puerta del Templo. Tal era el aspecto religioso del mundo, cuando dijo Jesucristo á la Samaritana: «Viene el tiempo y es ahora, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.» No ya, añade un intérprete, en las sombras de las víctimas ensangrentadas, sino en la verdad del sacrificio de Jesucristo, sacerdote y víctima; no ya segun los ritos toscos y carnales de los cultos figurativos, sino segun el Espíritu divino, que bajó á la tierra para renovar su faz, y en la verdad del Verbo encarnado, que realizó todas las figuras y dió cumplimiento en el Calvario al sacrificio verdaderamente expiatorio, de que no eran los demás sino el preludio. Arrojad ahora una mirada sobre el mundo. ¿Dónde están los sacrificios sangrientos? ¿Quién creeria hoy adorar á Dios degollando un animal inofensivo? El cuchillo sagrado ha caído de las manos del sacerdote; todos nuestros altares están puros, y ya no los enrojece la sangre de los toros y de las terneras. Pero, segun lo habia predicho el Profeta: «Desde donde sale la aurora hasta el Occidente, es grande entre las naciones el nombre del Señor. En todos los puntos de la tierra se le ofrece en sacrificio una oblación inmaculada, y su gloria se estende de un polo al otro¹.» El altar Eucarístico, el sacrificio sangriento en que se inmola cada día, «en espíritu y en verdad, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo,» hé aquí la forma divina de adoración que traía Jesus

¹ Malaq., XI, 11.

al mundo. Revela su misterio á la Samaritana, como lo verifica diariamente al alma arrepentida. Una y otra son convidadas á este banquete delicioso que hace olvidar la copa de las pasiones y su emponzoñada bebida. Y el Mesías habla siempre al pecador como á la Samaritana: «Yo soy el Cristo que hablo contigo.»

18. Tal es el sentido del divino diálogo de Jesus con la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob; diálogo siempre vivo, siempre nuevo, siempre inmortal. Al volver los discípulos se admiran de ver á su Maestro conversar con esta extranjera é infringir sin escrúpulo las rigurosas prescripciones relativas á una raza cismática. ¡Cuántas admiraciones de este género ha procurado á la Iglesia la gracia victoriosa de Jesucristo, desde que ha llegado á ser el modelo de todas las conversiones la conversion de la mujer de Sicar! Los discípulos no comprenden aun la mision del Salvador del mundo, y Jesus se la esplica en la magnífica parábola del Sembrador, abriendo á sus ojos el horizonte del porvenir. Ya no hay distincion de nacimiento, de razas ni de cultos. Las naciones maduras para la divina siega son garbas espirituales que irán á recoger los Apóstoles y á llevar á los graneros del Padre de familias. Y como para darles á un tiempo mismo el ejemplo y el precepto, recolecta por sí á su paso, la mies de las almas que deposita á sus pies la nueva conversa. La Samaritana no puede contener los impulsos de su ardor y de su fe; corre á Sicar, habla á todos los habitantes de su felicidad, de las maravillas de gracia de que ha sido objeto. «Venid, dice, á ver un hombre que me ha revelado todos los secretos de mi vida.» ¡Y vienen, y oyen la palabra de Jesus, y creen y proclaman su nueva fe, esclamando: «¡Hé aquí el Salvador del mundo!» La historia de la Iglesia y sus triunfos se halla enteramente en la narracion evangélica de Jesus en el brocal del pozo de Jacob.

§ III. VOCACION DEFINITIVA DE PEDRO.

19. «Después de haber pasado dos dias con los habitantes de Sicar, dice el Evangelista, dejó Jesus este lugar y se dirigió hácia Galilea. No quiso detenerse en Nazareth ¹. Ningun profeta es venerado en supatria, decia, aplicándose á sí mismo este testimonio. Habiendo,

¹ *Relicta civitate Nazareth* (Math., IV, 13).

pues, llegado á Galilea, le recibieron bien los Galileos, porque habian visto todas las cosas que habia hecho en Jerusalem durante la fiesta; pues tambien ellos habian concurrido á celebrarla. Fue, pues, Jesus nuevamente á Caná, la ciudad de Galilea, donde habia convertido el agua en vino. Y habia allí un oficial real ¹, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Este oficial, habiendo oido que venia Jesus de la Judea á Galilea, fué á estar con él y le pidió que bajara á Cafarnaum ² á curar á su hijo que estaba muriéndose.—Pero Jesus le respondió: Vosotros, si no veis milagros y prodigios, no creéis.—Mas el padre replicó: Señor, ven antes que muera mi hijo.—Anda, le dijo Jesus, que tu hijo está sano.—Creyó el oficial lo que le dijo Jesus, y marchó. Y cuando iba ya por el camino, le salieron al encuentro sus criados y le dijeron que su hijo estaba ya bueno.—Preguntóles por la hora precisa en que se habia sentido mejor, y le dijeron: Ayer á la hora sétima ³ le dejó la fiebre.—Conoció por aquí el padre que ésta era la hora en que le dijo Jesus: Tu hijo está sano, y creyó él y toda su familia. Este fue el segundo milagro que hizo Jesus despues de haber vuelto de Judea á Galilea ⁴. Los racionalistas modernos no creen como el oficial de Cafarnaum. ¡Qué! dicen, ¿habia de haber vuelto la vida Jesus con una sola palabra á los labios moribundos de un jóven que se hallaba distante y que no podia experimentar la influencia del contacto, ni de la mirada, ni de una enérgica voluntad! ¿Puede la súplica de un padre desesperado interrumpir el orden inmutable de las leyes de la naturaleza? Hé aquí lo que dicen. Pero el oficial de Cafarnaum creyó por sí y

¹ El *Regulus* de la Vulgata se halla designado en el texto griego de San Juan, con la espresion: βασιλικός (oficial real). Tal es, como lo da á entender la version siríaca claramente, la verdadera interpretacion de esta palabra. La ciudad de Cafarnaum, en las orillas del lago de Genezaret, á distancia de cerca de veinte y dos kilómetros al Oriente de Caná, dependia de la tetarquía de la Iturea y de la Traconitida, entonces bajo la dominacion de Filipo, hijo de Herodes el grande y hermano de Herodes Antipas.

A esta observacion de M. Darras, creemos deber añadir que tanto el padre Scio como el padre Amat, traducen aquella palabra, por un «señor de la corte», explicando esta interpretacion el padre Scio con la siguiente nota: El griego βασιλικός puede traducirse «un cortesano ó principal de la corte» del rey Herodes. Este, aunque era solo tetrarca, era llamado rey por el pueblo. Algunos manuscritos griegos leen βασιλισσός, que es á la letra la espresion de la Vulgata *Regulus*.—El padre Petite traduce, «un ministro del rey.»—(N. del T.)

² Hé aquí todavía una de esas espresiones que llevan en sí un sello irrecusable de autenticidad. Caná se hallaba situada en la cumbre de las montañas de Galilea, á un nivel mucho mas elevado que la ciudad de Cafarnaum, fundada en las orillas del lago de Tiberiades.—³ Una hora despues del mediodia.—⁴ San Juan, IV, 46 ad ultim.

toda su familia, y su testimonio resiste á todas las negaciones. El Rey de la naturaleza, el soberano Señor de la vida no conoce otras leyes que aquellas de que es autor él mismo. Cuando se dignó descender entre nosotros y revestirse con nuestra débil carne, se hizo visible lo sobrenatural y llegó á ser su única ley.

20. «Caminando un dia Jesus por la ribera del mar de Galilea, continúa el Evangelista, vió á dos hermanos, Simon, que se llamó Pedro, y Andrés, su hermano, echando sus redes en las aguas del mar (pues eran pescadores), y les dijo: Seguidme, y yo haré que seais pescadores de hombres.—Y ellos dejando al punto sus redes le siguieron. Y marchando un poco mas adelante, vió á otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en una barca con su padre Zebedeo, componiendo sus redes, y les llamó. Y ellos dejando al punto las redes, condujeron la barca á la ribera, dejaron á Zebedeo con los criados que tenia á su costa, y abandonando las redes, siguieron á Jesus¹.» La incredulidad que rehusa al Salvador la omnipotencia en el órden natural, se ve aquí obligada á reconocerla en el órden moral. ¡Explíquese cómo estos pescadores abandonan á su anciano padre, sus redes y su barca á un simple llamamiento de Jesus! Todos los dias somos testigos de los esfuerzos, de las seducciones y medios de propaganda que emplean los doctores de la mentira para hacer penetrar su enseñanza en algunas almas. ¿Qué piden sin embargo á sus adeptos? Un simple acto de adhesion que en nada cambia los hábitos anteriores de la vida, que no turba de ningun modo los intereses, las relaciones comerciales, los deberes de familia. Pero ¡hé aquí que dice Jesus una sola palabra á cuatro pescadores, y al punto abandonan á sus padres, intereses y familia para seguir á Jesus! Cuanta mas ignorancia y sencillez se suponga en estos cuatro galileos, mas se acrecentará el milagro. Porque la aficion á las cosas de la tierra está en razon inversa del grado de cultura de los entendimientos. Cuanto mas estrecho es el horizonte que rodea al aldeano y al pobre, mas querido les es este horizonte. Y por otra parte, estos cuatro pescadores galileos son las cuatro primeras columnas del edificio inmortal de la Iglesia. Cuanto mas se repita que Simon, por sobrenombre Pedro, era un simple pescador sin cultura y sin letras, mas se agrandará

¹ Math., IV, 18-22; Marc., I, 20-22; Luc., V, 2.

el milagro permanente de la Iglesia Católica, asilo de las mas elevadas inteligencias, foco de luz y de verdad, fundada en esta piedra de Galilea que fue Simon. ¿No ha llegado á ser el pescador de Tiberiades y no permanecia siendo en la persona de sus sucesores, el pescador divino de las almas? ¿Cómo se ha cumplido esta profecía? ¿Cómo se ha realizado esta trasformacion? ¿No es evidente que aqui domina lo sobrenatural todos los sofismas? Que haya llegado á ser un pescador de Nazareth el conquistador del mundo, es un milagro tan manifiesto, tan patente é irrecusable como la pesca maravillosa por la que se dignó confirmar el Salvador la vocacion de Pedro.

24. «Hallándose Jesus cerca del lago de Genesareth, continúa el texto sagrado, las gentes se agolpaban alrededor de él, ansiosas de oir la palabra de Dios. Y vió Jesus dos barcas á la orilla del lago, cuyos pescadores habian bajado y estaban lavando las redes. Y subiendo á una de estas barcas, la cual era de Simon, pidióle que la desviase un poco de tierra, y sentándose dentro, predicaba desde la barca al pueblo. Acabada la plática, dijo á Simon: «Entrad en alta mar y echad vuestras redes para pescar. Y respondiendo Simon, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido; no obstante, sobre tu palabra, echaré la red. Y habiéndolo hecho, cogieron tan gran cantidad de peces, que se rompía la red. Por lo que hicieron seña á sus compañeros que estaban en la otra barca para que vinieran á ayudarles. Y vinieron y llenaron tanto de peces las dos barcas que casi se sumergian. Viendo lo cual, Simon Pedro se arrojó á los pies de Jesus, diciendo: Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador.—Porque la pesca que acababan de hacer le habia llenado de asombro, tanto á él como á todos los demás que con él estaban. Lo mismo sucedia á Santiago y á Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simon. Entonces Jesus dijo á Simon: No temas, de hoy en adelante serás pescador de hombres¹.» La pesca milagrosa del lago de Genesaret pasma á Simon. Pero Pedro no se admira ya al dia siguiente de Pentecostés, cuando segun la enérgica espresion del texto sagrado, «cayeron á sus pies tres mil almas².» La última pesca en la barca de Tiberiades figuraba la primera pesca en la barca de la Iglesia. El mundo entero debia entrar en las redes de Pedro, así como los

¹ Luc., V, 1-10. — ² *Appositæ sunt in die illa animæ circiter tria millia* (Act., II, 41).

peces en las de Simon. La historia evangélica se halla, según ya hemos dicho tantas veces, tan viva en el día como en la época en que se desarrolló en Judea. La vida del Dios que vino á habitar entre nosotros, no concluirá sino con la consumacion de los siglos, pues continúa entrando siempre la multitud en las redes de Pedro. A veces parece también que se van á romper estas redes y sumergirse la barca; así acontece cuando se revelan las muchedumbres contra la autoridad del Pescador apostólico. Pero entonces hace señas Pedro á sus compañeros que han quedado en la ribera: llama á sus hermanos, los obispos, sucesores de los Apóstoles. Sobre las olas turbadas, en medio de la agitacion y del tumulto de las herejías, todos los compañeros de Pedro reunidos alrededor de su jefe, en las grandes asambleas de los concilios, vienen á reparar las redes, á socorrer la barca que se halla en peligro, y continúa Jesús enseñando al mundo de lo alto de la barca de Pedro.

§ IV. PRISION DE SAN JUAN BAUTISTA.

22. Mientras Nuestro Señor llamaba á su divina mision á sus primeros Apóstoles, sabia la Judea estremecida que acababa de ser encarcelado Juan Bautista por Herodes Antipas en la fortaleza de Maqueronta. El Tetrarca de Galilea era un príncipe débil, tan incapaz de resistir á sus propias pasiones como á las de los que le rodeaban. El año precedente habia ido á Roma á ofrecer un homenaje al César Tiberio y asegurar en su cabeza la proteccion imperial que le hacia rey ¹. En estas circunstancias fue, dice Josefo, cuando encontró Herodes Antipas por vez primera á su sobrina Herodías ², mujer cruel é intrigante, cuyo nombre mancillado por la historia, llevará hasta el fin de los siglos la mancha de la sangre inocente. Herodías se habia casado con Filipo, hijo de Herodes el Grande y hermano materno de Antipater ³. Este Filipo, que no debe confundirse con el príncipe del mismo nombre que reinaba en Iturea y la Traconi-

¹ Joseph., *Antiq. jud.*, lib. XVIII, cap. III y cap. VII. Cf. Pezron, *Historia evangél.*, tom. I, pág. 227-229.

² Herodías, era hija del joven príncipe Aristobulo, descendiente de la union de Herodes el Idumeo con la desgraciada Mariana.

³ Recuérdese la muerte de Antipater, que dió lugar, juntamente con la degollacion de los Inocentes, al famoso dicho de Augusto: *Melius est Herodia esse porcum quam filium.*

tida, habia sido desheredado en el testamento paterno y vivia en la condicion privada ¹. Herodías sobrado ambiciosa para contentarse con semejante papel, aspiraba á reinar. Habia tenido de Filippo, su esposo, una hija llamada Salomé, la célebre bailarina; pero ni el sagrado nombre de esposa ni el de madre valian á sus ojos el título de reina. Supo engañar á Herodes Antipas y hacer que le prometiera que se casaria con ella á su regreso de Roma. Estas nupcias incestuosas se celebraron con gran pompa, cuando habiendo vuelto de su viaje el Tetrarca y colmado de nuevos favores por el emperador, hizo la dedicacion solemne de la capital de Galilea, bajo el nombre de Tiberiades. Este enlace causó grande escándalo entre los Judíos, pues jamás se habia visto en los peores dias del reinado de Herodes el Idumeo arrancar un hermano á su hermano una esposa legítima. Para colmo de ignominia, la jóven Salomé habia seguido á su madre, y cambiado la inocente oscuridad del hogar doméstico por los esplendores de una corte disoluta.

23. Era entonces el tiempo en que predicaba Juan Bautista en las orillas del Ennom, y habiendo ido á encontrar á Herodes, dice el texto sagrado, le recordó la santidad de las leyes ultrajadas por un incesto público. «No te es lícito, le decia, tener por mujer á la que lo es de tu hermano ².» Herodes temia la influencia de Juan sobre la multitud que le veneraba como á un profeta ³. Por otra parte no podia dejar de reconocer la justicia y la santidad del Precursor ⁴. Mas de una vez obró por su consejo, y le oyó con gusto ⁵. Pero Herodías se hizo la Jezabel del nuevo Elías; habia jurado la perdicion de Juan Bautista, y no pudiendo arrancar una sentencia de muerte contra él á su marido, recurrió á los ardides y artificios ⁶. Los fariseos y los doctores de la ley habian protestado siempre contra el bautismo de Juan, desde que les declaró el hombre de Dios que no era Elías ni profeta ⁷. No solamente habian rehusado ir con la multitud á recibir de él la purificacion bautismal en las aguas del Jordan, sino que declaraban en alta voz que Juan estaba endemoniado y que obraba bajo el imperio del espíritu de Satanás ⁸. Herodías halló en ellos cómplices dispuestos á auxiliarle en sus proyectos de venganza, los cuales se encargaron de todo lo odioso de la trai-

¹ Pezron, *Hist. evangel.*, tom. I, pág. 270; Tillemont, *Memorias para servir á la Historia eclesiástica*, tom. I, art. VII. — ² Marc., VI, 18. — ³ Math., XIV, 5. — ⁴ Marc., VI, 20. — ⁵ *Ibid.*, *Ibid.* — ⁶ Id., VI, 19. — ⁷ Luc., VII, 30. Cf. Joan. I, 19, 28. — ⁸ Luc., VII, 33.

cion ¹, y para conseguir sus criminales designios ², denunciaron á Juan Bautista á Herodes, como un sedicioso que sublevaba al pueblo contra su régia autoridad. Con este pretexto se determinó en fin el Tetrarca á hacer prender al Precursor ³, que fue conducido, cargado de cadenas á la fortaleza de Maqueronta ⁴. Mas no hallándose aun satisfecha la crueldad de Herodías, no le bastó la prision del hombre de Dios, y quiso su cabeza. Pero el débil Antipas, temiendo mas que nunca que se rebelase el pueblo, resistió por el momento á las solicitudes de esta mujer sanguinaria, y aun fingiendo por el ilustre cautivo un especial interés ⁵, permitió á sus discípulos que le visitaran en su prision ⁶, y se aprovechó él mismo de su permanencia en Maqueronta para mantener con él relaciones benévolas, según atestiguan los Evangelistas.

§ V. JESUS EN CAFARNAUM.

24. El historiador Josefo, acorde con el texto sagrado, ha registrado en sus anales la prision de Juan Bautista como uno de los acontecimientos mas notables del reinado de Herodes Antipas. La impresion que produjo en Judea fue tanto mas sensible cuanto era mas profunda y mas universal la veneracion que inspiraba el Santo Precursor. Hallábase Jesus en Caná cuando llegó á Galilea la noticia de este acto tiránico. — «Bajó entonces, de Nazareth dice el Evangelista, y fué á habitar á Cafarnaum, ciudad marítima, situada á orillas del lago de Genesareth y en los confines de Zabulon y Neftali. Para que se cumpliera lo que dijo el profeta Isaias: Tierra de Zabulon y de Neftali, camino de la mar, á la otra parte del Jordan, Galilea de los gentiles, tu pueblo, sentado en las tinieblas, ha visto lucir los esplendores celestiales. Háse elevado una luz sobre las naciones sumergidas en las sombras de la muerte ⁷.» — «Haced penitencia, decia, porque se acerca el reino de los cielos ⁸. Asi principió á predicar el Evangelio de Dios. Y los sábados iba á la sinagoga y dirigia su enseñanza á la multitud. Todos se pasmaban de la sublimidad de su doctrina, y les enseñaba como quien tenia potestad, y no como los Escribas y doctores ⁹.» Para comprender

¹ La expresion se halla en el texto griego de San Mateo (IV, 12); *Ιουρνης παριδοση*. — ² Math., XVII, 12. — ³ Joseph., *Antiq. jud.*, lib. XVIII, cap. VII. — ⁴ Marc., VI, 17; Joseph., loc. cit. — ⁵ Marc., VI, 20. — ⁶ Luc., VII, 19, 19. — ⁷ Isa., IX, 1; Math., IV, 13-16. — ⁸ Math., IV, 17. — ⁹ Marc., I, 21-23; Luc., IV, 31, 32.

bien el sentido de la profecía y la exactitud de su realización, es preciso recordar, que el camino de Siria, desde Damasco hasta el puerto de Tolemaida, atravesaba precisamente á Cafarnaum, situada en el lago de Tiberiades, en los confines de los dos antiguos territorios de Zabulon y de Neftali. Casi todo el comercio del alto Oriente seguía este «camino de la mar,» como le llama el Evangelio. La frecuencia de las comunicaciones y el tránsito por caravanas de las mercancías de Babilonia y de Caldea, habían favorecido en esta comarca el establecimiento de una población mixta compuesta de Fenicios, de Arabes, de Egipcios y de Syriacos. Todos los cultos así como todas las nacionalidades se habían dado cita en este territorio que habían llamado los Judíos: «Galilea de las naciones.» Así brilló realmente la luz del Verbo encarnado entre estos pueblos, sentados en las sombras de la ignorancia ó de las supersticiones politeístas. Allí fue donde, sin distinción de origen, de razas y de patria, anunció Jesús por primera vez á las turbas la Buena Nueva, el Evangelio de Dios, destinado á salvar todas las naciones, todas las razas, y á no tener otros límites que los del universo. Enseñaba «como quien tenía potestad,» observación de San Mateo ¹ que es un testimonio implícito de la divinidad del Salvador. Los Escribas y los doctores Judíos comentaban los libros del Antiguo Testamento; su doctrina no era más que una tradición, su palabra un reflejo. Pero Jesús en la Sinagoga, en día de sábado, en presencia de la multitud congregada para oír la lectura de la Ley, dirige á los habitantes de Cafarnaum una palabra que no proviene sino de él mismo, una enseñanza que se apoya en su propia autoridad. Jehovah, pues, era el único doctor en Israel; los Scribas aspiraban únicamente al honor de ser sus intérpretes. El Salvador afirmaba, pues, su divinidad á los ojos de los Judíos, del modo más claro y más formal. «Hablaba como quien tiene potestad» y experimentaban la omnipotencia de su palabra los mismos demonios.

25. «Había en esta sinagoga, dice el Evangelista, un hombre poseído del espíritu inmundo, el cual exclamó diciendo: ¡Déjanos! ¡Jesús Nazareno! ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo? ¡Yo sé quién eres! ¡Eres el Santo de Dios! ¿Has venido á perdernos?—Mas Jesús con tono amenazador, dijo al espíritu impuro: Enmudece y

¹ Math., VII, 29.

sal de ese hombre.—Entonces el espíritu inmundo, agitándole con violentas convulsiones, le arrojó en medio de la asamblea y dando grandes gritos, salió del cuerpo de su víctima sin querer hacerle mal alguno. Quedaron todos atónitos, y en su espanto, se preguntaban unos á otros: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta, llena de poder y autoridad? Porque él manda tambien con imperio á los espíritus inmundos, y le obedecen. Y en breve se divulgó el rumor de este milagro y creció la fama de Jesus en todo el país de Galilea ¹. La primer posesion del hombre por Satanás remonta hasta el Eden. Al pie del árbol de la ciencia del bien y del mal, llegó á ser el demonio realmente «el príncipe del mundo ²». Por mano del fratricida Cain, imprimió en sangrientos caracteres el sello de su tiranía en sus nuevos súbditos. Desde entonces se desarrolló la accion diabólica, en toda la serie de la historia, paralelamente al plan divino seguido de edad en edad para preparar la redencion. El mundo antidiluviano se habia dividido entre el Hijo de Dios y los hijos de Satanás, hasta el dia en que, tomando el mal proporciones gigantescas que no volveremos á ver mas, atrajo sobre nuestro globo el último cataclismo universal. El imperio de Satanás se perpetuó en la raza postdiluviana, procedente de Noé. Cam volvió á tomar al salir del arca con menos odiosas condiciones, el papel de Cain, en el umbral del Paraiso Terrenal. El demonio recibió bajo todos los nombres divinizados por el politeismo, los homenajes de la tierra, dió oráculos, se posesionó de las pitonisas, y las agitó con estrañas convulsiones, sobre la trípode de Apolo, bajo las encinas de Dodona, en los antros de Cumas, al pie de los dolmanes y de los menhires de las Galias. La posesion del mundo antiguo por Satanás, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Asi es notable que en los primeros dias de la Iglesia llegará á ser la espulsion de los demonios en nombre de Cristo, para los mismos paganos, uno de los signos perentorios de la divinidad del Evangelio. El poder infernal, deificado por sus adoradores, se gozaba en su vasto imperio, y tenia manifestaciones sobrenaturales, de que nadie dudaba, porque todo el mundo era testigo de ellas. Hé aquí lo que escribia Tertuliano en su *Apologética*: hará bien nuestro siglo en me-

¹ Marc., I, 23-28; Luc., IV, 33-37.

² *Princeps hujus mundi* (Joan., XIII, 31). Tal es el título que da nuestro mismo Señor Jesucristo al espíritu del mal. Cf. Joan., XIV, 30; XVI, 31.

ditar estas palabras á las cuales han dado toda su autenticidad las recientes invasiones del espíritu de mentira. «Vuestros mágicos, dice, evocan fantasmas, interpelan las almas de los muertos en apariciones sacrílegas, hacen dar oráculos por labios de un niño, obran maravillas girando en un círculo lleno de prestigios y sumergen á su placer sus víctimas en sueños. Hé aquí lo que pueden hacer por intervencion de los demonios, y de esta suerte se les ve practicar el arte de la adivinacion en torno de sus mesas. Pero que se presente en el tribunal de vuestros magistrados uno de esos hombres notoriamente conocidos como inspirados por una divinidad, segun dicen. El primer cristiano que allí se encuentre, interpelará al espíritu que le hace operar, y este espíritu que se proclama Dios en vuestros templos, se verá obligado á confesar que es realmente el demonio. Preséntese uno de esos infelices á quienes creéis atormentados por una divinidad, que se hallan investidos súbitamente por una potestad oculta á los pies de vuestros altares, que se agitan hasta perder el aliento y predicen el porvenir, en medio de horribles convulsiones. ¡Vosotros creéis que manifiestan su voluntad por su medio, Juno, Esculapio ó cualquier otro de vuestros dioses; pues bien, sino les obliga el cristiano que les interpele á confesar delante de vosotros que son demonios, apresad al cristiano y entregadle á vuestros verdugos!» Todos los Padres de la Iglesia, desde Tertuliano hasta San Bernardo, han usado el mismo lenguaje. Jamás soñaron ni Porfirio, ni Celso, ni Juliano el Apóstata, en negar la realidad del fenómeno de las posesiones del diablo, y es muy de notar que en el momento en que trataba de ponerlas en duda el racionalismo moderno, asistía el mundo estremecido á una de las mas estrañas manifestaciones de las potestades ocultas.

26. Importa, pues, consignar con toda claridad los principios teológicos que dominan esta gran cuestion ¹. Primitivamente recibió de Dios el hombre la soberanía sobre la materia. Pero separán-

¹No recomendaremos demasiado sobre este punto el estudio del notable tratado del doctor aleman Bisping, titulado: *Erklärung des Evangeliums nach Matthæus*, Munster, 1964. En esta obra que quisiéramos ver traducida, elucida el sabio profesor de exégesis de la Academia católica de Munster, con un raro talento y un conocimiento profundo de la teología patristica, todas las graves cuestiones tan indignamente disfrazadas por un sofista francés. La esposicion sumaria que damos aquí se halla estrañada en gran parte de este notable libro (Cf. Bisping, *Erklärung des Evangeliums nach Matthæus*, kup. VIII, pág. 196-206).

dose del Criador por la caída, perdió Adán su poder supremo y pasó realmente el cetro de la naturaleza al demonio que se hizo desde entonces «príncipe de este mundo,» usurpando así el poder que habia perdido el hombre. Desde el pecado original se halla toda la naturaleza sometida mas ó menos directamente al imperio de Satanás y á sus perversas influencias. Hé aquí por qué pronuncia la Iglesia exorcismos y bendiciones sobre todos los objetos que toma para su uso á la naturaleza material; porque necesita primero purificarlos de la influencia diabólica, antes de santificarlos. El exorcismo y la bendicion son en el mundo de los cuerpos lo que son en el mundo espiritual, la justificacion y la santificacion. En el dia postrero, cuando haya participado definitivamente la humanidad, en la proporcion fijada previamente por los decretos providenciales, de los beneficios de la redencion de Jesucristo, entonces se verá libre la misma naturaleza de la dominacion de Satanás, bajo la cual, como dice el Apostol, «gime toda criatura y sufre á la hora presente¹.» Pero como el principio corporal en el hombre está tomado á la naturaleza, tiene Satanás sobre él un poder inmediato y directo que se manifiesta visiblemente en ciertas circunstancias y en límites determinados por la suprema voluntad de Dios. Así las posesiones corporales del hombre por Satanás, son hechos positivos que ha consignado por otra parte la observacion de todos los siglos, habiendo dado el Evangelio á estas manifestaciones sobrenaturales el nombre de endemoniados². Verificanse bajo el imperio de ciertas circunstancias particulares, es decir, que los hábitos corporales ó espirituales del hombre le predisponen mas ó menos á experimentar la influencia del espíritu del mal. Los vicios cuyo carácter propio es la degradacion del ser humano y su identificacion con la materia, las pasiones de la concupiscencia carnal que extinguen el sentido íntimo de la conciencia para sumergir á sus víctimas en la vida animal mas grosera, tienen evidentemente por resultado dos desórdenes, en el organismo y en el sistema nervioso por una parte, en las facultades intelectuales por otra. Pero viciados el organismo y el sistema nervioso por hábitos perversos, turbados por la invasion desordenada de las pasiones animales, son instrumentos materiales, sobre los que tiene el demonio un imperio directo y que puede po-

¹ Rom., VIII, 22, 23. — ² *Ἀπορριζόμενοι*.

seer algunas veces de una manera absoluta. Abandonado á la energia de la naturaleza, llega á ser el hombre esclavo del tirano de la naturaleza. Esto es lo que se entiende por la posesion corporal, muy diferente de la tentacion propiamente dicha, que se ejerce sobre el espíritu y el corazon del hombre. Asi nos enseña el Evangelio, que «entró Satanás en el corazon de Judas ¹» cuando vendió este apóstol á su divino Maestro; y no obstante, Judas no fue un «endemoniado.» El Evangelio no le da este nombre en parte alguna.

27. Tal es, pues, en su origen y en sus lamentables consecuencias el imperio de Satanás sobre los hombres. Jesucristo venia á destruirlo; iba á libertar al mundo del yugo infernal, accion divina que espresa maravillosamente la palabra Redencion. No se trata solamente, en efecto, de una liberacion entendida en sentido espiritual y moral, sino de una liberacion propiamente dicha, de la eviccion real, manifiesta y sensible de la potestad diabólica en el mundo redimido. Hé aquí por qué antes de dejar la tierra el Salvador, da á la Iglesia, como señal irrecusable de su mision, el poder de lanzar los demonios: *In nomine meo demonia ejicient* ². Nos hallamos aquí en presencia de la exégesis racionalista que niega positivamente toda esta doctrina, y no ve en los hechos de posesion diabólica referidos por el Evangelio sino casos de locura, hábitos mórbidos, fenómenos de enagenacion mental, á los cuales Jesus, por no chocar contra las preocupaciones universales de su tiempo, dejaba dar el nombre de estados demoniacos y que curaba ya por una virtud superior, ya por los secretos de un arte desconocido. «Uno de los géneros de curaciones que verifica Jesus con mas frecuencia, dicen los nuevos críticos, es la espulsion de los demonios. Una facilidad estraña de creer en los demonios reinaba en todos los espíritus. Era una opinion universal, no solo en Judea, sino en el mundo entero, que los demonios se apoderan del cuerpo de ciertas personas, haciéndolas obrar de un modo contrario á su voluntad. La epilepsia, las enfermedades mentales y nerviosas que parece posesionarse del paciente, las dolencias cuya causa es desconocida, como la sordera, la mudez, se esplicaban del mismo modo. Suponíase que habia procedimientos mas ó menos eficaces para espeler los demonios; el estado de exorcista era una profesion ordinaria como la de médico. No es

¹ Joan., XIII, 27.—² Marc., XVI, 17.

dudoso que Jesus tuvo en vida la reputacion de poseer los últimos secretos de este arte. Referianse respecto de sus curaciones mil historias singulares, en que se ostentaba toda la credulidad de la época. Pero no debe tampoco exagerarse las dificultades acerca de esto. Los desórdenes que se esplicaban por posesiones demoniacas, eran frecuentemente muy ligeros. A veces bastó una palabra suave para lanzar al demonio ¹. Esta teoría ya añeja en Alemania ² no tendrá gran éxito en Francia, á pesar de la novedad que trata de dársele. Hé aquí la causa. El Evangelio nombra la epilepsia, las enagenaciones mentales, las afecciones nerviosas, absolutamente como las llamamos en el dia, y las distingue perfectamente de las posesiones demoniacas. «Presentaron á Jesus, dice San Mateo, toda clase de enfermos, gentes acometidas de varias enfermedades, poseidos del demonio, lunáticos y paralíticos, y los curó ³.» Asi no confunde en manera alguna San Mateo los locos ni los epilépticos, sobre cuyo estado mórbido ejercen las fases lunares una influencia no esplicada hasta aquí, con los endemoniados. «El estado de exorcista» era desconocido en toda la antigüedad judía y pagana, no obstante hallarse endemoniados en todas las épocas de la historia. El ministerio solemne y públicamente ejercido de arrojar los demonios por medio del exorcismo, solo aparece con Jesucristo; perpetúase en el seno de la Iglesia Católica, depositaria de la potestad libertadora del Redentor. Este ministerio, que constituye un orden especial en la gerarquía eclesiástica, no dispone ni de un arte oculto, ni de secretos desconocidos. Su fórmula es la misma hoy que lo era en Efeso, cuando los Judíos, testigos de los exorcismos de San Pablo, quisieron imitarlos con algunos endemoniados. «En el nombre de Jesus que anuncia Pablo, decian ellos al espíritu infernal, yo te conjuro que salgas de este hombre.» Y contestaba el espíritu: «¿Conozco á Jesus y sé quien es Pablo! Mas vosotros ¿quién sois ⁴?»

28. Las posesiones demoniacas de que habla el Evangelio eran, pues, completamente distintas de las afecciones patológicas con que se queria confundirlas. Basta por otra parte examinar con una poca atencion los pormenores del texto sagrado para convencerse de ello. El poseso de Cafarnaum no es un enfermo, puesto que vá á la sinagoga el dia de sábadó ⁵. Tiene, pues, la nocion sana y clara del

¹ *Vida de Jesus*, pág. 261-264. — ² Bisping, *Erklärung des Evangeliums*, pág. 199. —

³ *Math.*, IV, 24. — ⁴ *Act.*, XIX, 13-15. — ⁵ *Marc.*, I, 21.

deber que prescribe la ley, y la voluntad personal de someterse á las observancias de la ley mosaica. No obstante se sabe entre la multitud que es endemoniado. El Evangelista lo dice formalmente: «Habia en este tiempo en la sinagoga un hombre poseido del espíritu impuro¹.» Semejante notoriedad supone necesariamente en el público el conocimiento de los caracteres propios á los poseidos del demonio. Para que pudiera discernirse este estado sobrenatural de las enagenaciones mentales de las demás afecciones mórbidas enumeradas por San Mateo, era preciso que se revelara la posesion por signos particulares y fenómenos de un género aparte. ¿De qué naturaleza eran estos fenómenos? El Evangelio nos lo dice. El poseso de Cafarnaum no conocia al Salvador que iba por primera vez á esta ciudad, y no obstante, no bien le apercibe, esclama: «Déjanos, Jesus de Nazareth. ¿Qué hay de comun entre tí y nosotros?» ¿Dónde, pues, habia oido el energúmeno el nombre del doctor desconocido que encuentra en la sinagoga? Si se supone que se habia divulgado rápidamente por la ciudad el nombre del Salvador y que pudo haberlo sabido el endemoniado por el rumor público, no se hace mas que aumentar la dificultad. El milagro de la curacion verificada en favor del hijo del oficial real de Cafarnaum habia predispuerto ciertamente la opinion á no ver en el taumaturgo mas que una potestad bienhechora, y no obstante esclama el endemoniado: «¿Vienes acaso á perdernos?» Pero tal vez se dirá, esta era una de esas palabras incoherentes que no tienen sentido racional, y tales como pueden salir de los labios de un alucinado. ¿Por qué, pues, responderemos nosotros, este alucinado, este frenético, inconsciente de su propio pensamiento, sigue tan lógicamente y con tan admirable verdad, la idea satánica de que es órgano? «Retírate, Jesus de Nazareno. ¿Qué hay de comun entre tí y nosotros? ¿Has venido á perdernos?» Si habló el demonio, no pudo usar otro lenguaje. Si son estas las exclamaciones de un loco, ¿por qué tienen ese carácter tan manifesto de lógica demoniacal? Y finalmente, ¿cómo referir á un loco el último rasgo que termina esta estraña interpelacion: «Sé quién eres: eres el santo de Dios» cuándo es manifestamente la expresion mas clara y mas precisa, y mas inesperada de la verdad? Toda la ciudad de Cafarnaum ignoraba la verdadera naturaleza de Jesucristo. Mirá-

¹ Marc., i, 23.

basele como un profeta, como un taumaturgo; pero ninguno sabia que fuese el Hijo de Dios. Reflexiónese sobre el valor de esta palabra: «¡El santo de Jehovah!» segun los Judíos, y se comprenderá que la asociacion de la divinidad incommunicable, de la magestad inaccesible con una personalidad humana cualquiera, era esencialmente estraña al genio hebráico. Cuando dice á Jesus el poseso de Cafarnaum: «¡Tú eres el santo de Dios!» articula una verdad que ninguno habia podido revelarle en el centro en que vivia. Esta es una de esas revelaciones de cosas ocultas y de misterios desconocidos á los mortales, que constituye uno de los caracteres propios á los poseidos por el demonio. Ninguna enfermedad, ningun estado patológico, observado hasta nuestros dias, ha ofrecido semejante fenómeno.

29. Segun el sistema racionalista, debió contestar Jesus con una «suave palabra» á las injurias del iluminado, y calmar su furor con alguna aplicacion medicinal, ó empleando los «poderosos secretos del exorcismo,» cuyo arte poseia en grado tan superior. Y precisamente se verificó lo contrario. «Jesus se dirigió al espíritu con tono amenazador: «Calla, le dice, y sal de ese hombre.» ¡Singular dulzura! ¡Estraño modo de fascinar á un enfermo con el magnetismo de una mirada seductora! Todo el mundo sabe que la amenaza es un medio de exasperar el furor de un frenético, y de impulsarle hasta los últimos límites del paroxismo. Sin embargo, Jesus emplea como curativo el procedimiento que en cualquiera otra parte seria el estimulante mas enérgico de las locuras ordinarias; y este medio irritante, cuyo efecto es tan opuesto al fin que se propone, se convierte en un remedio eficaz. No existia, pues, en este caso una enfermedad, una afeccion nerviosa, un estado mórbido del organismo. No se dice á una enfermedad: «Calla.» No se «amenaza» á un sistema nervioso, ó á un organismo alterado. Por otra parte, el demoniaco no invoca su curacion, sino que parece temerla; y este espíritu de mentira confiesa, blasfemando, que ve en Jesus «al santo de Dios.» A medida que se estudia este episodio evangélico, se desprende de él una luz terrible que traspasa los discretos velos con que querria el racionalismo sofocar la realidad sobrenatural. Jesus mandó al demonio que callara. Supóngase que el poseso de Cafarnaum hubiera estado simplemente enagenado; entonces en vez de provocar esta órden la obediencia, hubiera sido motivo de una nueva esplosion de injurias; sin embargo, calla el demonio; le man-

da la voz suprema que guarde silencio, y lo guarda. Pero se revela su rabia por los nuevos tormentos que hace sufrir á su víctima. «El espíritu inmundo agitando á este hombre con violentas convulsiones, dice el Evangelista, le arrojó en medio de la asamblea, y lanzando un gran grito salió del cuerpo de su víctima sin hacerle daño alguno¹.» Aquí tenemos el segundo carácter de las posesiones demoniacas: el trastorno de las leyes físicas de equilibrio, de ponderabilidad y de sensibilidad en los cuerpos. El demonio levantó á este hombre en medio de la sinagoga y le lanzó violentamente al suelo, sin hacerle daño alguno. No se necesita sabios ni químicos para consignar que semejante fenómeno se halla fuera de las reglas ordinarias de la naturaleza, y que si se tratara medicinalmente á un enagenado por este sistema, se mataría seguramente al enfermo. Así, no se engañaron los habitantes de Cafarnaum. Aun cuando hubiese habido entre ellos uno de nuestros racionalistas modernos y les hubiera dicho: «Estos ligeros desórdenes merecen poca atencion;» no deben exagerarse las dificultades; una palabra suave basta para espeler al demonio,» esta teoría les hubiera parecido lo que es realmente, es decir, una puerilidad miserable en comparacion del espectáculo sobrenatural de que acababan de ser testigos.

30. «Entre tanto, habiendo salido Jesus de la sinagoga, fué á casa de Simon y Andrés con Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. Y estaba la suegra de Simon² en cama con calentura, y luego le hablaron de ella. Los discípulos rogaron á Jesus que la curase; llegándose, pues, á ella, la tomó por la mano y la levantó, y al instante la dejó la calentura y se puso á servirles»³. Cuando eligió Jesus sus Apóstoles, dos ó tres de ellos estaban ya casados⁴. Simon

¹ Marc., I, 26; Luc., IV, 35.

² San Pedro se habia casado en Cafarnaum (Epiphan, *Hæres.* LI, cap. XV). Sin embargo, dice San Jerónimo, dejó á su mujer, sus redes y su barca para seguir á Jesus (Hieron, *Epist.* XCII, antes XXXIV, edit. Martian., tom. IV, col. 752). Porque segun la espresion de Clemente de Alejandria, los Apóstoles trataron á sus esposas como á hermanas, despues de su divina vocacion. Οὐχ' ὡς γυναῖκας, ἀλλ' ὡς ἀδελφὰς περιήγον τὰς γυναῖκας, σπουδαιοῦς ἰσομίας πρὸς τὰς οἰκουρὸν γυναῖκας. La tradicion da á la mujer de San Pedro el nombre de Concordia. Clem. Alex. (*Stromat.* lib. III, cap. VI; *Patrol. græc.*, tom. VIII, col. 1.157), nos dice que fue martirizada en Roma, á vista del principe de los Apóstoles.

³ Marc., I, 29-31; Luc., IV, 38, 39.

⁴ Además de San Pedro, que se habia casado con una mujer de Cafarnaum, Tadeo (San Judas), se hallaba ligado con los lazos del matrimonio, apareciendo sus nietos en la historia bajo Domiciano. Eusebio cree que se hallaba en el mismo caso el Apóstol

era el uno; pero le reservaba Jesus otra esposa, la Iglesia. Cuando entró mas adelante en Roma el pescador de Galilea con el nombre de Pedro, para contraer sus nupcias espirituales con el mundo romano, la madre de su esposa, Roma idólatra era presa de toda clase de errores, de todas las febriles enfermedades de las pasiones. Y no obstante, se levantó la enferma á la voz de Jesus y sirvió al Apóstol. Asi sucede durante diez y ocho siglos. El mundo se halla siempre enfermo; Jesus le cura siempre, y «cuando cesa la calentura, se levanta el mundo y sirve á la Iglesia.»

31. «Habiendo llegado la tarde, continúa el Evangelista, despues de ponerse el sol, presentaron á Jesus una multitud de enfermos acometidos de varios males y dolores, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y toda la ciudad estaba reunida á la puerta de Simon. Jesus imponiendo las manos sobre los enfermos los curaba: arrojaba con una sola palabra á los demonios, y al salir los espíritus impuros del cuerpo de sus víctimas lanzaban gritos y decian: «Tú eres el Hijo de Dios,» porque le reconocian por el Cristo. Pero Jesus con tono amenazador les imponia silencio. Volvió, pues, la salud á todos estos enfermos, cumpliéndose las palabras del profeta Isafas: «El mismo ha cargado con nuestras dolencias y ha tomado sobre sí nuestras enfermedades ¹.» Durante todo este dia de sábado, los Judíos de Cafarnaum no se atreven, á pesar de su impaciencia, á infringir el precepto del sagrado reposo. Obsérvanle con todo el rigor de la interpretacion farisáica, pues creerian incurrir en el anatema legal, si prestasen una mano caritativa á sus hermanos enfermos, para llevarlos al Médico celestial. Pero el sábado terminaba con la luz del sol ², porque los Hebreos contaban los dias de una tarde á otra. Compréndese, pues, la premura de la multitud que sitia la casa del pescador galileo, no bien ha desaparecido el sol del horizonte y ha cesado el descanso sabático. Pero ¿qué comision científica explicará nunca la instantaneidad de estas curaciones milagrosas verificadas en una multitud de enfermos á los ojos de toda una ciudad, por la sencilla interposicion de manos ó por

Felipe; pero parece que confundió á este Apóstol con el diácono del mismo nombre, de que se habla en los *Actos* (XXXI, 9). Cf. Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. I, pág. 34.

¹ Isa., LIII, 4, Marc., I, 32-34; Math., IV, 24; VIII, 16, 17; Luc., IV, 40.—² *A vespera usque ad vesperam celebrabilis sabbata vestra* (Levit., XXIII, 32).

una sola palabra de Jesus? Semejante efecto escede á todas las causas naturales conocidas, desafia todas las interpretaciones del racionalismo é impone la fe.

§ VI. JESUS EN NAZARETH.

32. «Al dia siguiente al despuntar la aurora, dejó Jesus la casa de Simon, y se retiró á un lugar solitario, y se puso á orar. Y Simon y los que estaban con él fueron en su seguimiento, y habiéndole hallado, le dijeron: Todos te andan buscando; pero Jesus les contestó: Vamos á las aldeas y ciudades vecinas para predicar yo tambien en ellas el Evangelio, porque para eso he venido á la tierra. —Recorrió, pues, Jesus toda la Galilca, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino de Dios, curando en medio de los pueblos todas las dolencias y enfermedades ¹. Y habiendo ido á Nazareth, donde habia pasado su infancia, entró en la sinagoga, segun su costumbre el dia del sábado. Y habiéndose levantado para encargarse de la leyenda é interpretacion, fuéle dado el libro de las Profecias de Isaias, y luego que lo desplegó, halló el lugar donde estaba escrito: «El Espíritu de Jehovah reposó sobre mí, por lo cual me ha consagrado con su uncion divina y me ha enviado á predicar el Evangelio á los pobres, á curar á los que tienen el corazon contrito, á anunciar á los cautivos la libertad, á dar á los ciegos la vista, á soltar á los que están oprimidos, á publicar el año de las misericordias del Señor y el dia de la retribucion divina ².» Despues de haber leído esta profecía, arrolló ó cerró el libro y lo entregó al ministro y se sentó; y todos los que estaban en la sinagoga tenian fijos en él los ojos. Y él empezó á decirles: «Hoy se ha cumplido esta sentencia de la Escritura que acabais de oir. —En seguida continuó explicándoles la Escritura, y todos le daban elogios y estaban pasmados de las palabras de gracia que salian de sus labios, y decian: ¿No es este el hijo de Josef?—Mas Jesus replicó: Sin duda que me aplicareis vosotros este proverbio: Médico, cúrate á tí mismo; haz aquí en tu patria las maravillas que hemos oido hiciste en Cafarnaum. Mas añadió luego: En verdad os digo, que ningun profeta es bien recibido en su patria. Por cierto os digo, que en tiempo de

¹ Marc., I, 35-38; Luc., IV, 42, 43; Matth., IV, 23, 24. — ² Isa., LXI, 1, 2.

Elías, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses y el azote del hambre assolaba toda la tierra, habia en Israel muchas viudas y á ninguna de ellas fue enviado Elías, sino á una mujer viuda de Sarepta, ciudad del territorio de Sidon ¹. Tambien habia muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Elías, y ninguno de ellos fue curado, sino Naaman, natural de Siria ². Al oir estas cosas en la sinagoga, montaron en cólera, y levantándose alborotados, le arrojaron fuera de la ciudad, y le persiguieron hasta la cima del monte sobre que estaba edificada la ciudad de Nazareth, con ánimo de despeñarle; pero Jesus, pasando por medio de ellos, prosiguió tranquilamente su camino y bajó á Cafarnaum, ciudad de Galilea, donde enseñaba al pueblo en los dias de sábado ³.

33. El incidente de Nazareth ofrece un ejemplo patente de lo que llamamos los caracteres de autenticidad intrínseca de la narracion evangélica. Cada una de las poblaciones algo importantes de Palestina tenia una sinagoga, donde se reunian los Judíos el dia de sábado, para hacer en comun las oraciones rituales y oir leer é interpretar un pasaje de los libros sagrados. El *chazan* (arquisinagogo), escogido ordinariamente entre los ancianos de la ciudad, era el presidente espiritual de esta reunion. Esta dignidad no se ejercia por un sacerdote, sino en las poblaciones sacerdotales. Las sinagogas eran oratorios sencillos, donde no se ofrecia sacrificio alguno. Solamente el Templo de Jerusalem tenia el privilegio de ser «el sitio de la oracion.» Allí solamente era permitido inmolar víctimas á la magestad de Jehovah ante el Santo de los Santos, que habia reemplazado al Arca de la Alianza, desde la época de la gran cautividad de Babilonia. Cada año, en tiempo de la solemnidad pascual, ó para la presentacion de un primogénito, iban al Templo los hijos de Jacob y ofrecian en él sus víctimas. Fuera de estas peregrinaciones obligatorias en estas dos circunstancias, pero renovadas mas frecuentemente, segun la inspiracion de la piedad individual, las familias lejanas de la Ciudad Santa, no ofrecian sacrificios. Por eso hoy los Israelitas dispersos por todos los puntos del mundo, no inmolan víctimas en sus sinagogas, sino que esperan la reconstruccion del Templo de Jerusalem, considerándose hasta entonces

¹ III Reg., XVII, 9 y siguientes. — ² IV Reg., V, 1, 27. — ³ Luc., IV, 16-31,

como desterrados, y siendo para ellos su situacion religiosa análoga á la de sus padres en las regiones idólatras de Nínive y Babilonia. El arquisinagogo encargado de pronunciar las fórmulas de la oracion pública, no hacia jamás por sí mismo la lectura del Libro Sagrado. Este honor pertenecia de derecho á un sacerdote, si lo habia allí; á un levita, á falta de sacerdote, y en su ausencia, á los cinco ancianos de la comunidad designados por el presidente, segun su clase, los dias de sábado. Finalmente, no podia hacerse la interpretacion del texto bíblico sino por un rabí, es decir, un doctor ó maestro de Israel. La antigua lengua hebraica en que estaba escrita la Biblia, no se usaba en el lenguaje comun, habiéndola sustituido dos idiomas mas recientes; el siro-caldeo ó lengua aramea y el griego, que llegó á ser desde la época de Antioco Epifanes de uso casi general en Palestina. Asi Nuestro Señor en sus viajes y en sus conversaciones con los Helenistas (como se llamaban entonces los Judíos que hablaban griego) debió servirse de su idioma como de una segunda lengua materna. Pero el hebreo primitivo habia quedado siendo la lengua sagrada por escelencia. Las lecturas bíblicas en la sinagoga se hacian entonces como en el dia, esclusivamente en hebreo, y solo el lector traducia literalmente cada versiculo en lengua vulgar. El Libro Sagrado estaba confiado en cada sinanoga, á la guarda del *Azanim*, palabra hebrea que interpreta San Epifanio en el sentido de *Διάκονοι* (*Diáconos* ó *Sirvientes*). Los Azanim presentaban al lector ó al rabí bajo la direccion de Arquisinagogo, el pergamino rollado en un cilindro de madera, que contenia el texto sagrado.

34. Con el auxilio de estos detalles preliminares, es fácil darse cuenta exactamente de la predicacion de Jesus en la sinagoga de Nazareth. El Salvador, cuya infancia y primer juventud se habian pasado trabajando oscuramente, bajo el humilde techo de un artesano, entraba en su patria, precedido de la fama de sus milagros y de los brillantes testimonios rendidos á su mision por Juan Bautista. Los Nazarenos solo conocian de la divina historia de Jesus aquello de que habian sido ellos mismos testigos. María, que permanecia en medio de ellos, hubiera podido enseñarles el resto; pero la Virgen «conservaba todos sus recuerdos como tesoros y los encerraba en su corazon.» El orgullo materno, el mas legítimo pero el menos discreto de todos, no alcanzó jamás á esta alma inmaculada; pues se

habia eclipsado ante la humildad de «la sierva del Señor.» Asi no era Jesus para los habitantes de Nazareth, como en el dia para los racionalistas, mas que «el hijo de Josef.» ¿Con qué derecho, pues, venia á eclipsar á tantos jóvenes contemporáneos suyos, mas ricos y mas considerados que él? La simpatía supone la falta de toda competencia personal: por lo tanto, las medianías celosas ven siempre en un compatriota ilustre un usurpador ó un rival. Hé aquí por qué se cierran todos los corazones á Jesus, en la ciudad donde cada cual se cree superior á él por el nacimiento, la fortuna ó la educacion. Pero la curiosidad se despierta tanto sobre el nuevo Rabí, cuanto mas general es la malevolencia. Asi, todos los ojos se fijan en él cuando el Arquisinagogo, honrando oficialmente «al Doctor de Israel,» pero esperando quizá en el fondo de su corazon, una derrota pública, da órden al Azanim para presentar á Jesus el Libro Sagrado. ¡Todas estas miserables agitaciones del amor propio humano, en torno de Jesus! ¡Tanta baja al lado de la Suprema Grandeza! ¡Tanta ignominia en frente de la magestad del Verbo, Hijo de Dios! ¡Ay! asi será hasta el Calvario, y hasta la consumacion de los siglos. Desconocido por sus compatriotas de Nazareth, fue perseguido Jesus por el odio de los Judíos; todavía es ultrajado hoy su nombre por los hombres que le deben su nombre y su patria y su verdadera gloria. Los Evangelios están lejos de disimular el triste episodio de Nazareth. Los historiadores vulgares hubieran creido acrecentar la fama de Jesus, suprimiendo este pormenor ó sustituyendo una ovacion á los limitados y mezquinos celos que acogen aquí al divino Maestro. Mas maravilloso hubiera sido sin contradiccion hacer aclamar la divinidad del Salvador en el mismo teatro donde se habia deslizado su infancia, segun no hubiera dejado de hacer un autor apócrifo. ¡Pero no es tal la historia del Dios que quiso nacer en un establo, y cuyos labios empapados de hiel y de vinagre, dejarán escapar como un testimonio supremo, una palabra de perdon para sus verdugos!

35. A la ardiente y celosa curiosidad de sus compatriotas, responde Jesus, como lo hace todavía á los sofistas actuales. Afirmase á sí mismo, valiéndose de la gran voz de los profetas que anunciaban su divinidad. El ministro de la sinagoga le presenta el volumen de Isaias. Una prescripcion que se ha perpetuado en el Talmud, mandaba al lector que se pusiera en pie en señal de respeto á la pa-

labra de Dios. Jesus se pone en pie. En las lecturas de familia, no se debia leer nunca en alta voz menos de veinte y un versículos de los profetas. Pero en la lectura pública del sábado, se acortaba este número, en razon de los ejercicios religiosos de este dia, y sin que pudiera esceder de un llmite que variaba, segun el contexto, de dos á siete. Jesus desarrolla el pergamino, y lee en alta voz, los dos primeros versículos del capítulo LXI de Isaías ¹. La forma de los volúmenes hebreos rollados en un cilindro, de modo que los dos primeros capítulos estaban rollados bajo numerosas vueltas, y los últimos se ofrecian desde luego á la vista, nos hace concebir muy bien que el Salvador no desplegó mas que el plicgue superior del pergamino y «encontró al abrir el libro,» como dice San Lucas, este pasaje sacado de uno de los últimos capítulos del Profeta, y leyó este texto hebreo. Esta circunstancia destruye enteramente la teoría de los racionalistas modernos que se han atrevido á decir: «Es dudoso que comprendiera bien los escritos hebreos en su lengua original ².» Pero ¿qué importan estas falaces apreciaciones, en que compite lo ridículo con lo sacrílego? Jesus responde á los sofistas de Nazareth con las palabras de Isaías: «El Espíritu de Jehovah reposa sobre mí y me ha conferido la unción Santa.» Todos los oyentes sabian que en las riberas del Jordan, habia reposado en la cabeza de Jesus el espíritu de Dios, en figura de paloma, y que el carácter propio del Mesías, del Cristo á quien se esperaba, seria, como lo indica la misma etimología del nombre, la unción por el Espíritu de Dios, semejante á la unción real de David por el óleo santo. «El Señor me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curar los corazones quebrantados, á anunciar la redención á los cautivos, á dar vista á los ciegos, á libertar á los esclavos, á publicar el año de Jehovah y el dia de la retribucion divina.» La Galilea entera resonaba pues con la predicacion del reino de Dios, evangelizado para los pobres; la tiranía de Satanás bajo que gemia el mundo, se veia obligada á abandonar sus víctimas; todos los atacados de las enfermedades y de las pasiones humanas; todos los corazones destrozados por los padecimientos físicos y morales eran consolados y curados; los ojos del ciego se abrian á la luz del dia, mientras la luz divina pro-

¹ La Profecía de Isaías solo tiene sesenta y seis capítulos.

² *Vida de Jesus*, pág. 30.

yectaba su claridad en las tinieblas espirituales de la humanidad. Habíase proclamado el reino de Dios. Comenzaba en fin el «año de Jubileo de Jehovah, en que iban todos los desterrados del cielo á volver á emprender el camino de la patria; en que todos los desheredados volverian á entrar en posesion de los campos paternos. «Habia lucido en el mundo el dia de la retribucion divina,» la infinita misericordia iba á llenar abismos de miseria, y á responder con un diluvio de gracias, al torrente secular de iniquidades, de vicios y de infamias. Cuando hubo terminado el Salvador la lectura, se sentó, segun una costumbre judáica, pues si bien se hacia en pie la lectura de la palabra de Dios, el Doctor de Israel se sentaba para hacer su comentario, palabra humana que se inclinaba ante la magestad de la Revelacion.

36. Tal fue el texto de la primera homilía cristiana. La Iglesia Católica, por voz de sus ministros, predica hoy como el Salvador en la sinagoga de Nazareth. Toma á las Sagradas Escrituras, y á una lengua desconocida de la multitud, el texto divino, del cual hace brotar fuentes de agua viva para saciar las almas. Puede decir, pues, hoy mejor que en Nazareth: «Hánse cumplido todas las profecías.» Esta señal divina cuya aureola resplandecia en la frente de Jesus, brilla siempre en la frente de la Iglesia. La multitud ingrata y celosa lanzó al divino Maestro de la sinagoga de Nazareth, y los clamores y los tumultos de la muchedumbre son todavia los mismos. ¿Hay siglo ó pais alguno en que no se haya tratado tambien de desterrar á la Iglesia? Nazareth desconocia al Dios de quien se creia ser patria. La libertad de lenguaje, la austeridad de la enseñanza de Jesus, sublevan á los oyentes indóciles. Se le quiere precipitar de lo alto de las rocas que dominan la ciudad de Galilea; pero Jesus pasa por medio de esta turba furiosa, y como él, la Iglesia cuenta sus triunfos por el número de ataques inpotentes que se dirigen contra su inmortalidad.

§ VII. EL SERMON DE LA MONTAÑA.

57 Cuando recorria de esta suerte Jesus la Galilea, se hallaba Herodes Antipas con toda su corte en Maqueronta, en la orilla occidental del mar Muerto, lo que revela la libertad que tenia el Salvador para proseguir sus predicaciones. «Acudia la multitud de la

Decapolis ¹, de Jerusalem, de la Judea entera, de las provincias de Siria y de los confines marítimos de Tiro y Sidon, á oír su palabra y obtener la curacion de las enfermedades corporales. Y todos procuraban tocarle, porque salia de él una virtud divina que daba la salud á todos ². Viendo Jesus esta multitud inmensa, se dirigió al monte próximo de Cafarnaum, sentóse en él, rodeado de sus discipulos, y alzando los ojos al cielo, dijo: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra! ¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos! ¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia! ¡Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios! ¡Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios! ¡Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos! Dichosos sereis cuando los hombres por causa mia os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira todo mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos entonces, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los ciclos, pues asi persiguieron á los profetas que hubo antes de vosotros. Vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal pierde su sabor ¿con qué cosa se hará salada? Para nada vale despues sino para ser arrojada y pisada de las gentes. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad edificada en un monte no puede ocultarse á los ojos del viajero. Ni se enciende la luz para ponerla debajo del celemin, sino sobre un candelero, á fin de que alumbré á todos los que están en la casa. Brille asi vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos ³.»

38. «No penseis que vine á destruir la doctrina de la Ley ó de los Profetas; no vine á destruirla, sino á darle su cumplimiento y perfeccionarla. Porque en verdad os digo que antes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley hasta una sola jota ó ápice de ella. Y asi, el que vio-

¹ «Algunos autores designan con este nombre las diez ciudades siguientes: Cesárea de Filipo, Azor, Cedes, Nephtali, Sepheth, Corozain, Cafarnaum, Betsaida, Jotapata, Tiberiades y Bethsan ó Scythopolis» (De Saley, *Dict. de las Antig. bibl.*, pág. 202.)

² Luc., VI, 17-19; Math., IV, 24, 25.— ³ Math., V, 1, 16.

lare uno de estos mandamientos, aunque parezca el menor, y enseñare á los hombres á violarlo, será tenido por el mas pequeño en el reino de los cielos; pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos. Porque os digo, que si vuestra justicia no es mas llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en este divino reino. Se os ha enseñado el precepto impuesto á vuestros padres, á quienes se dijo: «No matarás, y el que matare será castigado de muerte por el Sanhedrin. Pero yo os digo mas: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá ser castigado con las penas que impone el Sanhedrin; y el que llamare *raca* á su hermano merecerá que le condene el Concilio; mas quien le llamase *fátuo*, será reo del fuego del infierno¹. Si, pues, al ir á llevar tu ofrenda al altar, te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja tu ofrenda al pie del altar y vé antes á reconciliarte con tu hermano, y despues volverás á presentar tu ofrenda al Señor. Compite pronto con tu contrario cuando estés con él en el camino, no sea que el contrario te delate al juez y el juez te entregue al ministro y te pongan en la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de allí

¹ Los Hebreos tenían dos clases de tribunales. El primero se componia de veinte y tres personas: los Judíos modernos le llaman el Pequeño Sanhedrin; se hallaba establecido en todas las ciudades algo notables de la Judea, y conocia de todos los delitos ordinarios. A este tribunal alude Nuestro Señor con el nombre de *Consejo*. El segundo se componia de setenta jueces y de un presidente. Era el tribunal supremo que entendia de las causas mayores ó mas graves. Los Judíos le llamaban Concilio ó Grán Sanhedrin (*Συνδριον*). Los Escribas, es decir, los doctores de la ley y los Fariseos, muy numerosos en Judea, pretendian que el *homicidio* era el único crimen, propiamente dicho, de que pudiera hacerse un hombre culpable, considerando las otras faltas como simples delitos. Su moral era, pues, bastante semejante á la del Indiferentismo moderno, que pide una patente de honor á quien no ha matado ni robado. Pero la doctrina de Jesucristo es muy diferente. Cualquiera que se abandona á un impulso de cólera sobre su prójimo, es culpable ante Dios, y comete una falta, cuya gravedad es del mismo género que la de los delitos ordinarios sometidos á la represion del *Consejo* ó *Pequeño Sanhedrin* (*Τὸ πικρον*). Si agrega á la cólera el desprecio, demostrado con el término ofensivo *raca* (hombre despreciable), se agrava su falta y adquiere las proporciones de las que tenia que castigar el gran Sanhedrin (*Τὸ συνδριον*). Finalmente, si agregaba al desprecio el ultraje demostrado entre los Judíos con la palabra *Fátuo* (*Μῦρος*), tomada en el sentido de impío, llegaba la falta á su último limite, como las que castigaba el Sanhedrin con el suplicio del fuego. En la interpretacion de este pasaje, hemos seguido el texto griego de San Mateo. La traduccion de la Vulgata se prestaria mas á una confusion de las dos jurisdicciones establecidas entre los Judíos. Como quiera que sea, aquí se indica por Nuestro Señor Jesucristo claramente la gradacion entre las faltas espirituales, apreciándose, midiéndose y juzgándose su grado de culpabilidad. Hé aquí por qué tiene por todas partes la Iglesia tribunales en que se juzgan y gradúan los pecados de los hombres.

hasta que pagues el último óbolo ¹. Habeis oido tambien que se dijo á vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo mas: Cualquiera que mirare á una mujer con mal deseo ácia ella, ya adulteró en su corazon. Que si tu ojo derecho ó tu mano derecha te sirve de escándalo ó incita á pecar, sácate el uno y córtate la otra y arrójalos lejos de tí ². Porque mas te importa que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Tambien se dijo á los antiguos: Cualquiera que despidiese á su mujer, déle carta de repudio ³; pero yo os digo, que todo aquel que repudiare á su mujer, sino es por causa de adulterio, la espone á ser adúltera, y el que se casare con la repudiada, comete adulterio ⁴.

39. «Tambien habeis oido que se dijo á vuestros mayores: No jurarás en falso por el nombre de Jehovah ⁵, autes bien cumplirás

¹ *Quadrantem* (Κοδράντη), moneda que valia la cuarta parte de un As romano. El As, en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, valia cerca de cinco céntimos de nuestra moneda actual. Los lectores que hayan tomado seriamente la afirmacion de un sofista moderno: «Jesus no sabia el latin,» quedarán sin duda grandemente admirados al hallar una espresion tan exactamente latina en el sermón de la Montaña.

² Ponemos en nota las esplicaciones exegéticas, para no interrumpir el admirable contexto del sermón de la Montaña. No debe separarse del contexto la fórmula: «Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo; si tu mano derecha te escandaliza, córtatela.» El Salvador habla aquí de la pasion mas tiránica, cuya violencia era imposible pintar de una manera nias perceptible. El ojo, la mano, ¿que es esto para el desgraciado esclavo que sacrificaria mil vidas al objeto de su ciego y criminal ardor? Hé aquí por qué, el Dios que sabia el barro de que habia formado el corazon del hombre, se sirve de este eucrónico lenguaje. Oponer al furor de las pasiones, el heroismo del sacrificio y á las llamas de la voluptuosidad, que conducen á las del infierno, el fuego de una generosa y santa mortificacion.

³ Deuter., XXIV, 1.

⁴ Math., V, 16-32. El repudio entre los Judíos, habia sido escrito en la ley por una condescendencia divina: *Ad duritiam cordis*, como dijo en otra parte el mismo Jesucristo (Math., XIX, 9). No fue asi en su origen; *Ab initio autem non fuit sic* (Id. Ibid). El Salvador estableció, pues, aquí la indisolubilidad del matrimonio, exactamente en los mismos términos con que la Iglesia Católica lo ha sostenido siempre, á pesar de todas las ciegas recriminaciones de las pasiones humanas. La cláusula de escepcion formulada por Jesucristo, se conserva hoy por la Iglesia, aunque no se encuentra ya en nuestros códigos. Quien desee meditar seriamente este asunto que ha fljado la atencion de los mas grandes legisladores, no tardará en convencerse de la profunda sabiduria de la cláusula escepcional. No se puede añadir ni quitar nada al Evangelio, sin precipitarse en abismos.

⁵ Exod., XX, 7; Levit., XIX, 12; Deuter., V, 14. Los Escribas y los Fariseos habian abusado del mandamiento mosaico: «No tomarás el nombre de Dios en vano,» hasta el punto de enseñar *ex professo*, que era permitido engañar á los extranjeros con toda clase de juramentos, con tal que no se prestaran bajo el nombre sagrado de Jehovah. Asi, sostenian que no obligaba absolutamente á nada jurar por el Templo de Jerusalem, por

tus juramentos hechos al Señor. Y os digo mas: que de ningun modo jureis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios ¹; ni por la tierra, porque es la peana de sus pies ²; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey ³. Ni tampoco jurareis por vuestra cabeza, porque no está en vuestra mano hacer blanco ó negro un solo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar: sí, sí; ó no, no; porque lo que pasa de esto, de mal principio proviene ⁴. Habeis oido tambien que se dijo: ojo por ojo y diente por diente ⁵. Pero yo os digo que no hagais resistencia al agravio, antes bien, si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale tambien la izquierda. Y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale tambien la capa. Y al que te embargare (ó requiriere) ⁶ para ir cargado una milla ⁷, vé con él otras dos. Da al que te pide y no tuerzas el rostro al que pretende de tí algun préstamo. Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo ⁸. Pero yo os digo mas: Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os

el Altar de los holocaustos, por la tierra ó por el cielo. Sabido es cuál era en la antigüedad la religion del juramento. La interpretacion farisáica de la ley, restringiendo á solo el nombre de Jehovah la obligacion absoluta de sostener una promesa, suministraba á los Judíos un pretexto muy cómodo para violar todos sus empeños. Asi es, que tenian, como tienen actualmente, una marcada inclinacion por la prediccion mosáica: «Abrumarás al extranjero con el peso de la usura» *Fœneratis gentibus* (Deuteron., XV, 6; XXIII, 19; XXVIII, 12). Asi tenian en el mayor aprecio una doctrina que los ponía de acuerdo con su conciencia, autorizándoles para prodigar, respecto de los Romanos, de los Griegos y de todos los paganos en general, las fórmulas de juramento mas terribles y mas explicitas. Estos, al oír jurar á un judío por el Templo de Jerusalem, se creían asegurados suficientemente, y el hijo de Jacob especulaba con su credulidad, aplaudiéndose de sus farisáicos subterfugios.

¹ *Cælum sedes mea* (Isa., LXVI, 3). — ² *Terra autem scabellum pedum tuorum* (Id., ibid.) — ³ *Civitas regis magni* (Psalm., I, XLVI 3). — ⁴ Jac., V, 12. — ⁵ *Exod.*, XXI, 24; *Levit.*, XXIV, 20; *Deuteron.*, XIX, 21.

⁶ *Quicumque te angariaverit*. Esta espresion está tomada del derecho romano, por el que se hallaba entonces administrada la Palestina. El requerimiento del magistrado romano no admitía dilacion ni excusa. Se requería al viajero, al extranjero, al pasajero para un servicio público, ó simplemente por capricho de una autoridad. Y era forzoso someterse. Un requerimiento de esta clase valió á Simon de Cirene el honor de participar con Cristo del peso de la cruz redentora.

⁷ Otra espresion latina en boca de Jesus, que segun se dice, no sabia latin. Los caninos romanos que surcaban el mundo, estaban divididos por limites *miliarios*, colocados por intermedios de cerca de mil pasos. El valor exacto del millar romano, con relacion á nuestras medidas actuales, era de 1,491 = 75.

⁸ *Diliges amicum tuum sicut teipsum* (Levit., XIX, 18). De este precepto de amar á sus amigos, había deducido la glosa farisáica, naturalmente, la obligacion de odiar á sus enemigos.

maldicen ¹, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Porque ¿qué mérito haceis en amar á los que os aman? Por ventura, ¿no hacen esto tambien los publicanos ²? Y si no saludais á otros que á vuestros hermanos ¿qué tiene eso de particular? Por ventura, ¿no hacen otro tanto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, asi como vuestro Padre celestial es perfecto ³.»

40. «Cuidad de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres, con el fin de que os vean, porque no recibireis su galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y asi, cuando des limosna no quieras publicarla á son de trompeta, como hacen los hipócritas que distribuyen sus prodigalidades en las sinagogas y en las plazas públicas para ser honrados de los hombres ⁴; pues en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas cuando tu des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre que ve lo oculto te recompensará. Y cuando oreis, no habeis de ser como los hipócritas que gustan de orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres ⁵, porque en verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Antes por el contrario, cuando hubierdes de orar, entra en tu cuarto mas retirado, y cerrada la puerta,

¹ Luc., VI, 29. *Benedicite maledicentibus vobis*. Este pasaje no está en la version de San Mateo segun la Vulgata, pero se halla en el texto griego.

² Véase en el n.º 46, el sentido de la palabra *Publicano*.

³ Math., V, 33 ad ultim.

⁴ Los Fariseos ricos, al ir á la sinagoga, distribuian públicamente sus limosnas en las calles porque atravesaban. Nuestro Señor compara esta ostentacion con el brillo ruidoso de las representaciones teatrales. La palabra: *ἐκτραπαι* significa en su sentido literal: «Cómicos.» Herodes habia multiplicado los teatros en las ciudades de Judea, anunciándose las representaciones escénicas al ruido de trompetas recorriendo todas las calles. El Salvador alude á este uso, como lo prueba por otra parte la otra espresion griega: *Πρὸς τὸ θεῖον* que emplea para caracterizar el orgullo farisaico que gustaba ostentarse en espectáculo.

⁵ Tales costumbres eran desconocidas en todas partes, menos en Judea. Los Fariseos que llevaban en la orla de su manto anchos *filacterios*, donde estaban escritas las sentencias de la ley, se paraban en las plazas públicas y en las esquinas de las calles á meditarlas, exagerando de esta suerte las palabras del Deuteronomio: *Meditaberis in eis sedens in domo tua, et ambulans in itinere* (Deuteron., VI, 7). Al recomendar Jesus á sus discípulos el silencio respecto de sus buenas obras, les da un precepto de que él mismo les servirá de ejemplo. Asi el divino Maestro, á cada milagro que hace, manda siempre que guarden secreto.

ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que lee en el secreto de las almas te recompensará. Y cuando oreis, no afecteis hablar mucho como hacen los gentiles, que se imaginan que de esta suerte es su súplica mas eficaz á fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo. Vosotros, pues, orareis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal, amen.—Porque si perdonareis á los hombres vuestras ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial vuestros pecados; pero sino perdonareis á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados ¹.

41. «Cuando ayuneis, no os pongáis tristes como los hipócritas, que desfiguran su rostro para mostrar á los hombres que ayunan (ó su fidelidad en observar la ley.) Porque en verdad os digo que recibieron ya su recompensa. Mas tú cuando ayunares, perfuma tu cabeza y lávate el rostro ²; para que no conozcan los hombres que ayunas; sino únicamente tu Padre, á quien no se oculta nada, y tu Padre que ve lo que pasa en secreto, te recompensará. No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban. Atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren ni roben ³. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.—La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo estará lúcido; pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará oscuro. Pues si lo que debe ser luz en sí, es tinieblas,

¹ Math., VI, 1-15.

² Los Judíos en los ayunos solemnes se cubrían la cabeza con ceniza, poniéndose un cilicio, ó se cubrían con el sayal de la penitencia. El rigorismo fariséico habia encaecido estas observancias. El orgulloso fariseo ayunaba dos veces á la semana. *Jejuno bis in sabato* (Luc., XVIII, 12) el lunes y el jueves; y queria que la afectada palidez de su semblante revelara claramente sus austeridades. Jesus, por el contrario, ordena á sus discípulos, que cuando ayunen se perfumen la cabeza, pues era castumbre en Palestina, segun dice San Gerónimo, usar perfumes en los dias festivos. *Ubi diebus festis solent ungere capita* (Hierón., *In Math. Commentar.*, cap. VI, 17).

³ Fácilmente se comprenderá, que en la época de la invasion romana en Judea, fue muy frecuente el uso de esconder en tierra los tesoros entre los hijos de Jacob.

las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán? Lo mismo, pues, si la luz interior de la conciencia se oscurece en tí, ¿cuáles no serán las tinieblas del alma?—Ninguno puede servir á dos señores, porque, ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó sufrirá al uno y despreciará al otro. No podeis, pues, servir á un mismo tiempo á Dios y á Mammon (ó las riquezas). Por tanto os digo, que no esteis solícitos por lo que toca á vuestra vida, sobre lo que habeis de comer, ni, por lo que toca á vuestro cuerpo, sobre con qué os habeis de vestir. Por ventura ¿la vida no vale mas que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni entrojan; y vuestro Padre celestial las mantiene. Por ventura, ¿no valeis vosotros mucho mas que ellas? ¿Y quién de vosotros puede con sus pensamientos añadir un codo á su estatura? ¿Y por qué os inquietais acerca del vestido? Mirad como crecen los lirios del campo; no labran ni hilan, y yo os digo que ni Salomon con toda su gloria estaba tan bien vestido como uno de estos lirios. Pues si Dios viste así al heno del campo, que hoy es, y mañana se echa en el horno ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No vayais, pues, diciendo acongojados: ¿Tendremos que comer, beber ó vestir? como hacen los gentiles, los cuales andan ansiosos tras todas estas cosas materiales; pues bien sabe vuestro Padre celestial la necesidad que de ellas teneis. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No andeis, pues, acongojados por el día de mañana, porque el día de mañana harto cuidado traerá por sí, bástale ya á cada día su propio afán¹. Pedid y se os dará; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá. ¿Qué hombre hay entre vosotros que dé una piedra á su hijo cuando le pide pan, ó que le dé una serpiente, si le pide un pez? Si pues vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas cosas á vuestros hijos ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas á los que se las piden²?

42. «No juzgueis á los demás, si quereis no ser juzgados; no condeneis para no ser condenados. Perdonad para que se os perdo-

¹ Math., VI, 17-34.

² Math., VII, 7-11. Unimos aquí estos dos pasajes relativos á la súplica, aunque se hallan separados en el texto, porque la mayor parte de los comentadores suponen que es accidental esta inversion; la serie de las ideas induce á creer que se pronunciaron por el Salvador en el orden en que las restablecemos.

ne, dad y se os dará. Porque con el mismo juicio que juzgareis á vuestro hermano, y con la misma medida con que le hubiéreis medido, sereis medidos vosotros. Mas tú ¿con qué cara te pones á mirar una paja en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que está dentro del tuyo? O ¿cómo dices á tu hermano: deja que saque esa paja de tu ojo, mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces tendrás vista para quitar la paja del ojo de tu hermano. Por lo tanto, haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseais que hagan ellos con vosotros, porque esto es la ley y los profetas. Entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen á la perdicion, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que conduce á la vida y que pocos los que atinan con ella! Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, pero interiormente son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis. Por ventura ¿se cogen uvas de las espinas ó higos de los abrojos? Asi, todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. Todo árbol que no dé buen fruto, será arrancado y echado al fuego. Por los frutos, pues, conoceréis las doctrinas. No todo aquel que me dice: «¡Señor! ¡Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, éste entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en el dia solemne del juicio: ¡Señor! ¡Señor! por ventura ¿no hemos profetizado nosotros en tu nombre y lanzado los demonios en tu nombre y hecho muchos milagros en tu nombre? Pero entonces yo les responderé: Nunca os he conocido por míos; apartaos de mí, operarios de iniquidad. Por tanto, todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, será semejante á un hombre cuerdo que edificó su casa sobre piedra, y cayeron las lluvias y los rios salieron de madre, y vinieron los torrentes y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, y no cayó, porque estaba fundada sobre piedra. Y todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, será semejante á un hombre loco que edificó su casa sobre arena; pues cayeron las lluvias, y los rios salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fue grande.—Y al fin, habiendo Jesus concluido este razonamiento, admiraban la sublimidad de su doctrina las gentes que le oían; porque les enseñaba con

cierta autoridad soberana, y no como sus Escribas y Fariseos ¹.

43. Era en efecto la autoridad del mismo Dios la que iba á cumplir en la montaña de Cafarnaum la ley dada en el Sinaí. No queremos debilitar con un estéril comentario, la virtud divina que se exhala de cada una de las palabras del Sermon de la Montaña. Todo el Evangelio forma su desarrollo ulterior, pues solo Jesus podia explicar su palabra. Por tanto, nos bastará esponer su rigurosa trabazon y su serie lógica. El Verbo de Dios lleva á la humanidad con cuyas miserias vino á desposarse, un tesoro de felicidad que nadie sospechaba anteriormente. La pobreza voluntaria; la dulzura; las lágrimas; el hambre y la sed de justicia; la práctica de las obras de misericordia; la pureza del corazon; el amor de la paz; la paciencia en la persecucion; tales son las ocho bienaventuranzas que predica el Salvador á un mundo donde la riqueza y el lujo habian adquirido proporciones casi sobrehumanas: en una época en que era la ley suprema la violencia y en que el sensualismo romano era mas emperador que Tiberio; en que la misericordia consistia en abreviar con el puñal del confector los tormentos de los gladiadores heridos; en que reinaba únicamente la voluptuosidad en las conciencias; en que la paz era sinónimo de esclavitud universal; en que la persecucion no tenia mas límites que los del universo. ¡Algunos retóricos han pretendido hacer de Jesus un demócrata con miras exclusivas y mezquinas; disfrazándole de no sé qué revolucionario impotente que quiso sacudir las cadenas de la humanidad sin tener fuerza para realizar sus sueños de independencia! Se necesita en verdad toda la ignorancia ó la mala fe de un sistema prévio para atreverse á sentar en nuestra época teorías tan manifiestamente insensatas. Vuélvase á leer el Sermon de la Montaña, que es el programa de la doctrina evangélica. En vano se buscará en él el llamamiento á las armas de un Espartaco, ó la escitacion á la rebelion de un jefe demócrata. ¡Oh Jesus! Dios del pesebre y del Calvario, víctima de Tiberio y de Herodes, Cordero de Dios, inmolado por los pecados del mundo, ¿será verdad que estaba reservada á vuestra faz augusta esa última bofetada y que hubiera una mano, como en otro tiempo la de un criado de Pilatos, en el baradero del moderno socialismo para haceros semejante ultraje? Pero ¿qué importa? No se alterará por eso una

¹ Math, VII, integr.

sola tilde al Evangelio y el Evangelio no habla como los sofistas actuales. Jesus no procede ni de la democracia antigua ni moderna, ni de las profecías pasadas ó presentes. La base de su enseñanza es la ley hebráica, elevada á la perfeccion cristiana. La sancion de sus preceptos está mas alta que todas las esperanzas, todas las aspiraciones y las solicitudes de este mundo. El reino de los cielos es su reino; el juez supremo es el Padre celestial, cuya Providencia en el mundo vela sobre sus hijos con igual ternura, hasta el dia de la retribucion definitiva, en que el bien y el mal serán premiados y castigados. En verdad ¿qué tiene, pues, de comun esta doctrina con los aforismos de Séneca, que redondean en periodos declamatorios un elogio académico de la pobreza sobre una mesa de oro macizo, y bajo los restos del fastuoso palacio de Neron? ¿Qué similitud hay entre la abnegacion, la adhesion, el sacrificio personal, la mortificacion interior y exterior, impuestos como deberes absolutos por el divino Maestro, y las escitaciones apasionadas, los impulsos de la concupiscencia, del orgullo y de la sangre, suscitados por las demagogias?

§ VIII. MILAGROS EN CAFARNAUM.

44. «Habiendo bajado Jesus del monte, le fue siguiendo una gran muchedumbre de gentes. Y al aproximarse á Cafarnaum, vino á su encuentro un leproso, y se postró ante él para adorarle diciendo: Señor, si tú quieres me puedes curar.—Jesus, movido por su ruego, estendió la mano y le tocó diciendo: Quiero; queda limpio. Y al instante quedó curado de la lepra. Y Jesus le dijo: Mira que á nadie lo digas; pero vé á presentarte al sacerdote y haz la ofrenda que mandó Moisés para la purificacion de la lepra: asi atestiguarás tu curacion.—Pero el leproso en su reconocimiento publicó por todas partes el favor de que acababa de ser objeto. En breve se divulgó el rumor de este milagro, y las gentes que se estrechaban alrededor de Jesus, no le permitieron entrar en la ciudad. Y él se retiraba al desierto y hacia oracion en la soledad; pero el pueblo iba á encontrarle á todas partes para oir su palabra y obtener la curacion de todas las enfermedades ¹.» Si hubo jamás dolencia alguna respecto de la cual

¹ Math, VIII, 1-4; Marc., I, 40-45; Luc., V, 12-15.

sean completamente impotentes «la palabra mas dulce ó el contacto mas simpático,» como dice el racionalismo, es sin duda alguna la lepra, esa horrorosa enfermedad sobrado comun aun en el dia en Oriente, en la que hinchándose y poniéndose azulada la carne, se desprende en enormes costras, dejando en vivo la llaga ensangrentada y devorando á su víctima hasta los huesos. El solo contacto de un objeto sobre el que se posa la mano del leproso, la ráfaga de viento que cruza por entre él, comunica la lepra. Asi, la multitud que baja de la montaña y rodea al divino Maestro, se desvia á la vista del leproso de Cafarnaum. La incredulidad pide una comision científica para consignar la realidad de las enfermedades que curó Jesus; pues bien, en la historia del leproso se satisface completamente esta exigencia. En Jerusalem residia una comision de sacerdotes establecida permanentemente por la ley mosaica para consignar todos los casos de lepra que ocurrian en la poblacion judía ¹. Despues de un atento exámen, todos cuyos pormenores consignados en el Levítico son de tal naturaleza que bastan para satisfacer á los espíritus mas meticulosos, cuando se habia reconocido oficialmente la lepra, se prohibia al desgraciado que era atacado de ella entrar en los lugares habitados ², debiendo retirarse á las campiñas desiertas ³, y siendo arrasada su casa, cuyas piedras mismas eran sometidas á la accion de una hoguera encendida, á donde se arrojaba todo lo que habia usado personalmente el leproso. Para prevenir los encuentros fortuitos que podian llegar á ser fatales al viajero, al transeunte, al extranjero, solo llevaba el leproso vestidos descosidos ⁴ por cuyas aberturas veia cada cual sus horribles úlceras. Estábase prohibido por la misma razon cubrirse la cabeza ⁵; pero debia taparse la boca con la ropa ⁶, no fuese que comunicase el contagio el aire pestífero de su aliento; finalmente, estaba obligado á avisar de lejos á los que encontraba en el camino, gritando: ¡Huid del leproso ⁷!—Al leer esto, nos preguntamos si seria posible en las sociedades modernas donde ha llegado á sus últimos límites el lujo de reglamentarlo todo, imaginar una organizacion mas apropiada, á un tiempo mismo, á las necesidades del clima, al respeto de la libertad individual y al interés general de

¹ Levit., XIII, 1, 2.—² *Ad arbitrium ejus separabitur* (Id., ibid., 3).—³ *Solus habitabit extra castra* (Ibid., 46).—⁴ *Habebit vestimenta dissuta* (Ibid., 45).—⁵ *Caput nudum* (Ibid).—⁶ *Os veste contextum* (Ibid).—⁷ *Contaminatum ac sordidum se clamabit* (Ibid).

la seguridad pública. Pero si se rodeaba de tantas garantías la consignación de la lepra, la curación misma se hallaba también sometida para reconocer que había sido efectiva, á formalidades que excluían toda posibilidad de sorpresa ó fraude. Cuando dijo Jesús al leproso ya curado: «Anda, y á nadie lo digas, pero vé á presentarte al sacerdote,» hace alusión el Salvador á esas formalidades legales que todo el mundo conocía en Judea. El mismo apela á la prueba jurídica que reclaman nuestros racionalistas modernos. Quiere que se consigne oficialmente el milagro, no á los ojos de la multitud que no necesitaba otro testimonio, sino, según el pensamiento de San Agustín, á los ojos de la posteridad, esta gran enferma á quien la lepra de las pasiones ó de la incredulidad devora siempre y que no cesará nunca de curar la palabra del Hijo de Dios. Pues bien, hé aquí cuáles eran las formalidades prescritas por Moisés para que el leproso, curado por cualquier causa accidental, ó por solo los recursos de la naturaleza, fuese relevado del entredicho que sufría, y reintegrado en la sociedad de sus semejantes. Debía presentarse á los sacerdotes que habían mandado su secuestro, pues solo eran admitidos los jueces de su enfermedad pasada á pronunciar sobre la realidad de su curación. Cualquiera que conoce el corazón humano y los refinamientos de amor propio de las corporaciones constituidas, conocerá la importancia de semejante garantía, y estará lejos de sospechar que este tribunal procediera con exagerada benevolencia. Después del exámen minucioso al cual se sometía al requirente, si había desaparecido la lepra y no veían los jueces señal alguna de que existiera, se procedía á la purificación legal. El antiguo leproso ofrecía en el Templo dos pájaros vivos y un palo de cedro, un trozo de grana ó de lana teñida de escarlata y un ramo de hisopo. La mano del leproso tocaba cada una de estas ofrendas, y sabido es los terribles efectos del contacto de una mano de leproso. El sacerdote inmolaba uno de los pájaros en una vasija de barro sobre agua viva, á fin de hacer desaparecer todas las consecuencias de semejante contacto. Recogíase la sangre del pájaro degollado en una vasija de barro, sumergíase en ella el palo de cedro, la grana y el hisopo, con los cuales se rociaba al otro pájaro que se ponía inmediatamente en libertad. Después se hacían siete aspersiones sucesivas, con la misma sangre sobre el presunto curado. Tal era la primera prueba. Es evidente que si existía aún en estado latente el virus de la lepra, de-

bia comunicarse al pájaro puesto en libertad, y sobre todo al paciente mismo sometido á estas reiteradas aspersiones. Entonces se raia todos los pelos del cuerpo del leproso; se le metia en un baño, y despues de haber lavado todos sus vestidos, se le dejaba durante siete dias bajo la influencia de esta primer prueba. Si en este intervalo, sobreescitada la sangre por la accion de raerla, y atraida á todos los poros por el agua tibia del baño, circulaba libremente, sin formar en la piel ninguna de esas manchas lívidas que son los síntomas ordinarios de la lepra, se podia creer en la realidad de la curacion. Entonces el leproso ofrecia en el Templo dos corderos, uno de los cuales era inmolado en sacrificio de propiciacion, y el otro quemado en el altar de los holocaustos. Se renovaban las aspersiones, y si esta segunda prueba no ocasionaba recaida, era declarado al dia siguiente puro el leproso y volvia á entrar en el comercio de los hombres ¹. Tal fue la suerte del leproso de Cafarnaum, y tal es el sentido real de la palabra de Jesus: *Vade, ostende te sacerdoti et offer pro emundatione tua, sicut præcepit Moyses, in testimonium illis*. ¿Haria mas una comision cientifica que se nombrara hoy por la Academia de Paris ó de Berlin?

45. La fama de Jesus iba aumentándose. Los Escribas y los Fariseos de Jerusalem se preocuparon del concurso inmenso que se formaba en torno del nuevo doctor, y quisieron darse cuenta de los sucesos que conmovian á toda Galilea. «Entre tanto, dice el Evangelista, lejos de buscar la multitud, Jesus huia al desierto para orar en libertad. Pero un dia que habia invadido la multitud la casa de Simon donde se hallaba Jesus, se sentó allí y enseñaba al pueblo. Estaban asimismo sentados allí varios Fariseos y Doctores de la ley que habian acudido de todos los puntos de Galilea, de toda la Judea y de Jerusalem. El poder del Señor se manifestaba en numerosas curaciones. Y hé aquí que varios hombres que conducian un paralítico, tendido en una camilla, trataban de penetrar por entre el gentío para poner el enfermo á los pies de Jesus. Y no hallando por donde introducirle á causa de la mucha gente, subieron sobre el terrado de la casa, y haciendo una abertura en el techo, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico, hasta el sitio en que se hallaba Jesus. Y viendo cuán grande era la fe de aquellos hombres, dijo

¹ Levit., XIV, integr.

Jesús al paralítico: ¡Oh hombre! tus pecados te son perdonados.—A estas palabras los Escribas y los Fariseos decían entre sí: ¿Cómo puede blasfemar de esta suerte? ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios?—Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué se abandona vuestro corazón á malas sospechas? ¿Qué es mas fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, ó decir, levántate, toma tu camilla y anda? Pues bien, para que sepais que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados, levántate, dijo al paralítico: Yo te lo mando; carga con tu camilla y véte á tu casa.—Y levantándose al punto el enfermo, cargó con su camilla y dando gloria á Dios, tomó el camino de su casa. Apoderóse de todos los asistentes el espanto, y proclamaban el poder de Jesús, diciendo en su admiración: ¡Nunca hemos visto maravilla semejante ¹.»

46. El poder de perdonar los pecados proclamado tan altamente por el divino Maestro, causa hoy el escándalo de los racionalistas y de los protestantes, absolutamente lo mismo que sublevaba en Cafarnaüm á los Escribas y Doctores de la ley. La Iglesia Católica, heredera de las enseñanzas y de la potestad de Jesús, no ha cesado ni cesará nunca de remitir los pecados. ¿Qué hacen, no obstante, los doctores de la razón ó del libre exámen? ¿qué hacen de este texto evangélico tan claro y tan preciso? ¿No es evidente que en él se manifiesta claramente Jesucristo como el Hijo de Dios que tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados? ¡No hay duda alguna de que semejante prerogativa solo pertenece á la Divinidad, y cuando hacen esta observación los Fariseos, dicen bien! Pero cuanto mas fundada es su objeción, mas hace resaltar el carácter divino, el título de Dios que se atribuye Jesucristo, sin vacilación y sin subterfugio alguno. La curación instantánea del paralítico, y el poder que supone en el orden de la naturaleza, son á un mismo tiempo el símbolo y la confirmación de las curaciones espirituales y del poder que suponen en el orden de la gracia. Las circunstancias del milagro obrado en favor del paralítico, son tan patentes como pudiera exigir la crítica mas hostil. Los testigos, Escribas, Doctores de la ley y los Fariseos están lejos de ser favorables, y solo se someterán á la evidencia. El enfermo ha descendido con el auxilio de cuerdas por

¹ Math., IX, 1-9; Marc., II, 1-12; Luc., V, 17-26.

una abertura practicada en el techo de la casa. Si el Salvador no es mas que un médico hábil que tiene á su disposicion los secretos de un arte desconocido al vulgo, ¿por qué dirige á este enfermo palabras, al parecer tan estrañas á su enfermedad? Porque le dice: «¡Tus pecados te son perdonados!» Por mas que se haga, es imposible quitar á la historia evangélica su carácter propio, su fisonomía particular. Quien obra, quien habla y se mueve y vive y respira en esta admirable narracion no es un médico, ni un filósofo, ni un legislador, ni un héroe humano. Es un Dios.

47. «Despues de este milagro, continúa el texto sagrado, salió Jesus de Cafarnaum; y al pasar, vió sentado al banco ó mesa de los tributos á un publicano llamado Leví, y por sobrenombre Mateo, y le dijo: «Sígueme, y levantándose el publicano al instante, lo dejó todo y le siguió. Y sucedió despues que estando Jesus á la mesa en la casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y gente de mala vida, y se pusieron á la mesa con Jesus y sus discípulos. Mas los Escribas y Fariseos murmuraban de esta conducta y dirigiéndose á los discípulos de Jesus, les dijeron: ¿Por qué come vuestro Maestro con publicanos y pecadores? Jesus tomó la palabra, y respondiendo á sus secretos pensamientos: No son los que están sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos. Yo no vine á llamar á penitencia (ó convertir) á los justos, sino á los pecadores.—Los Fariseos replicaron: ¿Por qué razon ayunando los discípulos de Juan y los de los Fariseos, no ayunan tus discípulos? Y Jesus les dijo: ¿cómo es posible que los compañeros del esposo en las bodas ayunen y anden afligidos, mientras está con ellos el esposo? Pero vendrá tiempo en que les quitarán al esposo, y entonces ayunarán.—Despues les dijo esta parábola: Nadie de vosotros echa vino nuevo en cueros viejos, porque los hace reventar la fuerza del vino y se derrama el vino y se pierde. Por tanto el vino nuevo debe echarse en pellejos nuevos para que uno y otros se conserven. Asimismo, nadie cose un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, pues el remiendo nuevo rasga lo viejo, y se hace mayor la rotura ¹.» Bajo esta forma parabólica, daba el Salvador al mundo la leccion mas sublime. Necesitábanse para la doctrina celestial del Verbo encarnado, inteligencias y corazones capaces de recibirla. El mundo antiguo resquebrajado,

¹ Math. IX, 9-17; Marc. II, 13-22; Luc. V, 27-39.

abierto y podrido hubiera reventado como una odre vieja, con el fermento divino de este nuevo licor. El giron gastado de las civilizaciones paganas, no podia soportar el pedazo que iba á coser en él el Salvador con las espinas de su corona y con los clavos de su cruz. ¿Comprendieron entonces estos Escribas y Fariseos el sentido maravilloso de la parábola? Tenemos motivo para dudarlo. Hasta la hora en que el mundo cristiano se puso en lo alto de las hogueras, ante las garras de los leones, en la arena ensangrentada de los circos, en frente de la tiranía del mundo pagano, llegó á ser incomprensible la respuesta de Jesus. Los publicanos, estos parias de la Judea, enviados por el César romano á percibir un impuesto odioso, y á inscribir sobre sus tablillas el nombre de los ciudadanos rebeldes ó rezagados, que por indocilidad ó por impotencia, no habian pagado el *Numisma census*, á la hora prescripta, continuaron experimentando el desprecio y los ultrajes de los orgullosos Fariseos. ¿Qué debia hacerse con estos alcabaleros, vendidos al poder de Roma, con estos tabeliones, cuyo solo nombre era una injuria? No hay duda que estaba bien á Jesus aceptar un sitio en su mesa y elegir entre ellos los apóstoles de su nueva doctrina. Y por tanto el publicano Leví, llamado Mateo, este oscuro cobrador de tributos, que abandonó un dia, á la voz de Jesus de Nazareth, el cobrador, en que recibia algunas miserables monedas para transmitir las al fisco del César Tiberio, llegó á ser uno de los doce que convirtieron el mundo, y sustituyeron la cruz de su Maestro á las águilas que dominaban el Capitolio. No tardaron en llegar los dias predichos por el Salvador, en que reemplazaria el ayuno, los banquetes. La sociedad cristiana de las Catacumbas tuvo tres siglos de lutos y de mártires, en compensacion de la mesa de Cafarnaum que escandalizaba á los Escribas y á los Doctores. Hoy lo sabemos ya, y el sentido de la parábola evangélica no es ya un enigma para nadie. Pero ¿nos habia de impedir la realizacion de la profecía consignar el milagro de la profecía misma?

48. «Mientras Jesus les hablaba de estas cosas, añade San Mateo, llegó á postrarse á sus pies el jefe de la Sinanoga, llamado Jairo, diciendo: «Señor, mi hija, mi única hija, acaba de morir; pero ven y pon tu mano sobre ella para que viva. La niña que acababa de morir tenia doce años. Jesus se levantó y le siguió con sus discipulos. Durante el camino, se precipitaba la

multitud á su paso, de suerte que apenas podia andar. Y hé aquí que una mujer que padecía flujo de sangre hacia doce años, se llegó por detrás á Jesus y tocó la orla de su vestido, porque decia en su interior: Si toco solamente la orla de su vestido quedaré sana.—Y no bien hubo llevado la mano á ella, cesó el flujo de sangre. ¿Quién me ha tocado? preguntó Jesus.—Los discípulos que le rodeaban se escusaron, afirmando que ninguno de ellos lo habia hecho. Entonces hablando Pedro en nombre de todos, le dijo: Maestro, te rodea y oprime la multitud por todas partes ¿cómo dices, pues, quién me ha tocado?—Alguien me ha tocado, respondió Jesus. Lo sé, y una virtud divina ha salido de mí.—Comprendiendo la mujer que no habia podido sustraerse á la atencion del Señor, se acercó temblando, se arrojó á sus pies, y en presencia de toda la multitud esplicó la causa por qué le habia tocado y cómo al momento habia quedado sana. Hija mia, ten confianza, le dijo Jesus, tu fe te ha salvado. Vete en paz.—En aquel momento atravesó el gentío un hombre, y acercándose al jefe de la sinagoga, le dijo: Ha muerto tu hija ¿á qué fatigar al Maestro?—Pero oyendo Jesus estas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: «No temas; ten fe solamente, y tu hija vivirá».—En la puerta de la casa hallaron reunidos á los tañedores de flautas que hacian oir sus sonidos lúgubres, y á las plañideras que deploraban con sus lamentaciones la muerte de la niña.—¿Por qué esos lloros y esa desesperacion? dijo Jesus. Retiraos: la niña no está muerta, sino dormida.—Al oir estas palabras se burlaban de él, porque sabian bien que estaba muerta la jóven. Jesus, tomando consigo á Pedro, Santiago y Juan, asi como al padre y á la madre de la niña, prohibió á todos los demás que le siguieran, y entró en la estancia mortuoria; y tomando la mano á la niña, dijo en alta voz: *Talitha Cumi*. Niña, levántate, yo te lo mando.—Al punto volvió su alma al cadáver, y se puso en pie la niña, y Jesus mandó que la dieran de comer. Los padres quedaron llenos de asombro. Jesus les mandó que guardaran silencio sobre lo que acababa de suceder; pero el gentío que rodeaba la casa, supo en breve el hecho, y la nueva de este suceso se divulgó por todo aquel pais ¹.

49. De todas las páginas del Evangelio se desborda el milagro. No se verifica en la vida del Salvador, como en la de los taumaturgos

¹ Math., IX, 18-38; Marc., V, 22-43; Luc., VIII, 41-56.

del Antiguo Testamento, con los caracteres escepcionales que marcan los fenómenos raros y extraordinarios. El milagro parece la esencia misma de Jesus; emana naturalmente de su persona como de una fuente siempre llena, y estalla y relumbra casi sin advertirlo el divino Maestro. La hemorroisa, consigue en medio de la multitud tocar la orla del vestido de Jesus. Imágen viva de la humanidad que perdía su sangre hacia cuarenta siglos, con la herida de las pasiones y la opresion de toda clase de concupiscencias. Nadie habia notado esta mujer; Jesucristo no le habia dirigido ni una palabra ni una mirada; y no obstante, en el momento mismo, cesa el flujo de sangre, y dice el Salvador á sus discípulos: «Una virtud divina ha salido de mí. ¿Quién me ha tocado?»—La hemorroisa se prosterna en presencia de tantos testigos, y cuando en cualquier otra circunstancia se hubiera avergonzado de revelarles el secreto de su dolencia, espone toda la verdad; pues el reconocimiento acalla en ella todos los demás sentimientos, y le responde el Salvador con inefable mansedumbre: «Hija mia, ten confianza; tu fe te ha salvado. Vete en paz.»—;Cuántas veces ha repetido la Iglesia Católica esta palabra sobre frentes en que la gracia de Jesus, milagrosamente difundida, habia hecho reaparecer la inocencia! ; Cuántas veces estos prodigios de curacion espiritual se han renovado, por medio del arrepentimiento y de la confesion, á vista de Pedro y de los ministros del Evangelio, pasmados ellos mismos de los prodigios verificados «por la virtud divina que sale sin cesar de Jesus!» Todos los pormenores de los milagros evangélicos tienen dos caracteres: una publicidad tal, en el momento de verificarse, que no podria ser su autenticidad objeto de una duda seria; y una significacion particular tan profunda, que estos milagros no bien se han obrado una vez en Judea, se renuevan sin medida, sin límites ni linderos en todos los puntos del mundo á donde ha llevado la Iglesia el nombre de Jesucristo. ¿Qué cosa mejor consignada que la muerte de la hija de Jairo? Su padre, anegado en llanto, vá á llevar la noticia á Jesus en presencia de los Escribas y Fariseos, en medio de la comida que les da el publicano Leví. «Señor, mi hija ha muerto. Ven á resucitarla.» El corazon de un padre no equivoca un desmayo con el último suspiro de su hija. Toda la pequeña ciudad de Cafarnaum sabe ya el golpe terrible que acaba de herir al jefe de la sinagoga. La multitud obstruye la casa del publicano, y, cuando se levanta

Jesús para seguir á Jairo, se ve rodeado de un séquito inmenso. El incidente de la hemorroisa retarda algunos instantes la marcha del Salvador. Se adivina la impaciencia del desgraciado padre y la esperanza que hace renacer en su alma esta curación, inesperada sin duda. Sus criados, temiendo tal vez la sensación que puede causarle esta decepción sobrado amarga, y sabiendo que se iba á conducir á la joven difunta al sepulcro de su familia, penetran por entre la multitud y le dicen: «¡Ay! ¡tu hija ha muerto! ¿para qué fatigar inútilmente al Maestro?» La multitud oye estas palabras, como ella oye la respuesta del Salvador: «Cree ó ten fe solamente, y vivirá tu hija.» Jesús iba, pues, á encontrar seguramente la muerte en la casa del jefe de la sinagoga. Ya el séquito de costumbre que llevaba en pos de sí la muerte entre los Hebreos, había tomado posesión de la morada. Además de los coros de músicos, cuya presencia en los funerales judíos se halla atestiguada, no solo por el Evangelio, sino aun por los testimonios formales de Josefo, las plañideras, lamentadoras oficiales que marchaban á la cabeza del convoy, habían comenzado sus lamentaciones. Y efectivamente, los Hebreos no podían guardar un muerto en sus moradas, de suerte, que no bien exhalaba el postrer suspiro, y para evitar que se multiplicaran las ocasiones de impurificación legal, era trasladado el cadáver al sepulcro de los antepasados, donde recibía de mano de los padres los piadosos y supremos deberes de la sepultura. Los sepulcros, grutas artificiales abiertas en los flancos de las montañas, fuera de las poblaciones, tenían un vestíbulo bastante grande, y durante los siete primeros días que seguían á una muerte, iba á ellas la familia á llorar al lado de los restos queridos de aquellos cuya pérdida habían experimentado. Estas costumbres judías tan diferentes de las nuestras, forman en la narración evangélica un cuadro de que no puede aislárselas, y una especie de comentario perpétuo de que se desprende una irresistible evidencia. Ibase, pues, á trasladar á la hija de Jairo fuera de la casa paterna, toda cuya felicidad y júbilo había labrado esta niña durante doce años. Los tañedores de flautas y las plañideras saben que la joven doncella está realmente muerta: oyen, burlándose, las palabras del divino Maestro: «Retiraos; la niña solo está dormida.» Pero ¿quién podrá comprender jamás la emoción, la terrible ansiedad del padre y de la madre, cuando Jesús, en pie al lado del lecho fúnebre, toma la mano de

la jóven muerta? El jefe de la sinagoga habia leído en el libro de los reyes de Israel la resurreccion del hijo de la viuda de Sarepta, por Elías ; y la del hijo de la Sunamita , por Eliseo. Elías habia orado á Jehovah. «Volvedme este hijo» habia dicho el profeta en una larga oracion en que el hombre de Dios se dirigia al Dueño de la vida. Eliseo habia hecho lo mismo. Mas Jesus no intercede , sino que obra y habla cual Dios. «Hija mia, levántate,» y la jóven doncella se levanta. Y ¡cuántas almas muertas se han despertado desde este dia , entre los tañedores de flautas y el tumulto del mundo, á la voz de Jesus, para marchar por los senderos de la inocencia, de la mortificacion y del pudor cristianos ! ¡ Cuántas hijas de Jairo resucitadas formarán la inmortal corona de la Iglesia Católica !

CAPITULO VI.

SEGUNDO AÑO DE MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

§ I. SEGUNDO VIAJE Á JERUSALEN.

1. Los dos ciegos. El mudo poseido del demonio.—2. Explicacion racionalista de los milagros del Salvador.—3. La medicina científica en Judea. Sistema irrisorio de los racionalistas.—4. El paralítico curado en la piscina Probática.—5. Topografía de la piscina Probática.—6. Testimonios históricos relativos á la piscina Probática.—7. La piscina Probática y la enseñanza de la Iglesia.—8. Pruebas intrínsecas de la realidad del milagro obrado en el paralítico.—9. Discursos de Jesus á los Judíos de Jerusalem.—10. Revelacion teológica que contienen los discursos de Jesus.—11. Proclama Jesus su divinidad —12. Economía divina del misterio de la Encarnacion.

§ II. REGRESO A GALILEA.

13. Caracteres intrínsecos de autenticidad de la narracion evangélica.—14. Los discipulos de Jesus en un campo de trigo granado.—15. El sábado segundo-primero.—16. Curacion en dia de sábado del hombre de la mano seca.

§ III. VOCACION DE LOS DOCE APÓSTOLES.

17. Vocacion de los doce.—18. Instrucciones de Jesucristo á sus Apóstoles. Mision divina.—19. Perpetuidad, en el seno de la Iglesia, de la enseñanza y de las instituciones de Jesucristo.—20. La Extrema-Uncion.

§ IV. CAFARNAUM.

21. El sermón de Jesus en el llano. Desfallecimiento de Jesus en Cafarnaum.—22. El Hijo del Hombre.—23. El Hijo de Dios.—24. El criado del Centurion.

§ V. ESCURSION EN GALILEA.

25. Resurreccion del hijo de la viuda de Naim.—26. Autenticidad intrínseca de la narracion Evangélica.—27. El racionalismo y el resucitado de Naim.—28. Los discipulos del Precursor enviados á Jesus. Elogio de San Juan Bautista por el Salvador.—29. Nadie fue mas grande que San Juan Bautista entre los hijos de las mujeres.—30. Las ciudades malditas.—31. Cumplimiento de la profecia del Salvador relativa á las ciudades malditas.—32. Eleccion de los setenta y dos discipulos.—33. El sacerdocio en la Iglesia. El yugo del Evangelio.—34. La pecadora en casa del fariseo Simon. Las santas mujeres.—35. Identidad de la pecadora del Evangelio con Maria Magdalena.—36. Curacion del demoniaco mudo. Parábola del valiente armado.—37. La lucha entre el Verbo encarnado y Satanás, príncipe del mundo.—38. El signo de Jonás. Prediccion de la muerte y de la resurreccion del Hijo del hombre.

§ VI. LAS PARABOLAS.

39. Parábola del sembrador.—40. Interpretacion dada por el Salvador á esta parábola.—41. Parábola de la cizaña.—42. Parábola de la mies y los trabajadores.—43. Parábola del grano de mostaza.—44. Parábolas de la levadura, del tesoro oculto, de la perla y de la red.—45. Carácter divino de las parábolas.—46. La tempestad calmada en el lago de Tiberiades.—47. La barca de la Iglesia y las tempestades sociales.

§ VII. MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA.

48. El festin ensangrentado. La bailarina Salomé. La festividad de San Juan Bautista.—49. Caracteres intrínsecos de verdad de la narracion Evangélica. Pormenores tradicionales.

§ I. SEGUNDO VIAJE Á JERUSALEN.

1. «Estando proxima una de las fiestas de los Judíos, dice el Evangelista, fué Jesus á Jerusalem¹. Dos ciegos, que iban con el gentío, le seguian clamando y diciendo: Hijo de David, ten misericordia de nosotros.—Y habiéndose detenido Jesus en una casa, le presentaron los ciegos, y Jesus les dijo: ¿Creeis que puedo yo curaros?—Sí, Señor, respondieron ellos.—Entonces tocó sus ojos, diciendo: Hágase con vosotros, segun vuestra fe.—Y al instante se abrieron sus ojos. Y Jesus les dijo: No digais á nadie lo que acaba de aconteceros.—Sin embargo, al salir de allí, lo publicaron por toda la comarca. Y hé aqui que habiendo ellos salido, le presentaron un hombre mudo que estaba endemoniado. Jesus lanzó el inmundo espíritu, y habló el mudo, y admirándose las gentes dijeron: Jamás se ha visto cosa como ésta en Israel.—Pero los Fariseos decian:—¡Lanza á los espíritus impuros por la virtud de Belzebú, príncipe de los demonios!—Y Jesus iba recorriendo todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y viendo la mucha gente que se agrupaba á su tránsito, tuvo compasion de ella, porque estaban mal parados y decaidos, como ovejas sin pastor. Entonces dijo á sus discípulos: «La mies, á la verdad, es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe á su mies operarios².»

¹ Juan, V, 1. No entraremos en la discusion suscitada sobre el sentido de la expresion: Fiesta de los Judíos, empleada por el Evangelista. Unos pretenden que esta fiesta era la Pascua; otros creen que era la solemnidad de los *Purim*. Adoptamos gustosos la primera opinion, sin poder esponer aquí la serie de consideraciones que nos determinan á ello.

² Matth., IX, 27-34.

2. Es imposible equivocarse sobre el carácter de los milagros de Jesucristo. No son el objeto de su mision, sino su signo exterior, y su patente y triunfal confirmacion. «¿Creeis en mi poder? pregunta el Salvador. Es decir: ¿creeis en mi divinidad?» Los dos ciegos le comprenden perfectamente, y el sentido de su respuesta nos es atestiguado por las palabras de Nuestro Señor: «¡Hágase con vosotros, segun vuestra fe!» La iluminacion de los ojos del cuerpo sigue inmediatamente á la del corazon. Los ciegos ven; y sin tener en cuenta la recomendacion que les habia hecho Jesus de guardar silencio, mezclan los acentos de su reconocimiento á los gritos aclamatorios del gentío; y van á publicar por todo el pais, que habia sido testigo por tanto tiempo de su dolencia, la maravilla de su curacion. Confirmada su palabra por el milagro visible de que han sido objeto, provoca la ansiedad y la esperanza. Presentan un endemoniado mudo al Señor, y Jesus lanza al demonio, y da el uso de la palabra á este desdichado. No carece de interés esponer las violentas esplicaciones de los milagros evangélicos que han tratado de presentar los racionalistas en estos últimos tiempos. Los modernos exégetas suponen gratuitamente un sistema de connivencia establecido de modo que simulara las apariencias de curacion. Esta hipótesis podria tener un lado especioso, si se tratara de algunos fenómenos aislados, que se verificaran ante un corto número de testigos, en un sitio elegido anticipadamente y preparado con esmero para una manifestacion amañada. Pero Jesus vuelve la salud á infinidad de enfermos con una sola palabra, con una señal, al aire libre, en medio de un gran gentío, que no le abandona jamás, que le sigue en sus viajes, y se interpone en todos sus pasos; en medio de comarcas que atraviesa por la primera vez, y donde por consiguiente, no tiene relacion alguna anterior. Los dos ciegos no conocen al Salvador; oyen á la muchedumbre proclamar la divinidad del Hijo de David; siguen á la multitud hasta el momento en que les sea permitido acercarse al médico celestial. No era posible en las campiñas de Galilea, donde se encontraba Jesus, presentar ciegos fingidos, sin que se descubriera inmediatamente el fraude, puesto que se conocian entre sí los habitantes de cada una de estas pequeñas localidades, absolutamente lo mismo que se conocen los habitantes de nuestras aldeas. Ciegos, condenados por su dolencia misma á vivir en un radio muy limitado, y á recorrer, para dar el menor paso, á la caritativa asistencia de un

vecino, de un amigo, del primer pasajero, son en breve objeto de una notoriedad general en su país. En presencia de estos hechos reales, no merece ni aun el honor de discutirse la hipótesis de convivencia alguna entre los ciegos fingidos y un hábil impostor. Así es que el racionalismo moderno trata de colocarse en otro terreno. «La medicina científica, fundada hacia cinco siglos por Grecia, dice, era en la época de Jesús desconocida de los Judíos de Palestina. En tal estado de conocimientos, la presencia de un hombre superior, que trate al enfermo con dulzura, dándole por medio de algunas señales sensibles la seguridad de su restablecimiento, es á veces un remedio decisivo. ¿Quién se atreverá á decir que en muchos casos, y exceptuadas las lesiones enteramente caracterizadas, no vale el contacto de una persona predilecta los recursos de la farmacia? El solo placer de verla, cura. Ella da lo que puede, una sonrisa, una esperanza, y esto no es en vano ¹. En aquellos tiempos se consideraba el curar como una cosa moral; y Jesús, que conocia su fuerza moral, debia creerse dotado especialmente para curar. Convencido de que el contacto de su túnica ó vestidura, la imposición de sus manos producía bien á los enfermos, se hubiese mostrado duro, si hubiera rehusado á los que padecían, un alivio que estaba en su poder concederles ².»

3. Lejos de ser «la medicina científica» desconocida en Palestina, en la época de Jesús, era muy honrada en ella. Sabido son los esfuerzos de los médicos para combatir la cruel enfermedad de Herodes. ³ Las aguas termales eran de un uso frecuente, y se tomaban prescribiéndolas los médicos. En breve veremos que no faltaban enfermos indigentes en la Piscina Probática, en el Templo de Jerusalén, y todos saben que la hemorroisa, curada milagrosamente por el Salvador, habia gastado durante doce años, todos sus recursos en consultas de médicos ⁴. La profesion médica, mencionada ya por los libros hebráicos en la época de los Patriarcas ⁵, habia sido objeto de prescripciones particulares en la época de Moisés ⁶. Volveremos á encontrarla ejerciéndose en tiempo de David ⁷, y el autor de los Paralipómenos reprende al rey Asa el haber puesto toda su esperanza en el arte de los médicos, sin contar con la misericor-

¹ *Vida de Jesús*, pág. 260. — ² *Vida de Jesús*, pág. 261. — ³ Véanse los capítulos de esta obra titulados, *Herodes*, núm. 11, y *Divina Infancia*, núm. 22. — ⁴ Luc., VIII, 43; Marc. V, 26. — ⁵ *Génes.*, I, 2. — ⁶ *Exod.*, XXI, 19. — ⁷ *Psalms*. LXXXVII. 11.

dia divina ¹. Hállase consagrado un capítulo del *Eclesiástico* á elogiarse la ciencia y la profesion médicas ². Ya hemos oído á Nuestro Señor citar á sus compatriotas de Nazareth el proverbio divulgado entonces por toda la Judea: «Médico, cúrate á tí mismo ³.» Y responder á los murmullos de los Fariseos, en casa del publicano Leví, con estas otras palabras: «No son los hombres sanos los que necesitan médicos ⁴.» Era, pues, la medicina científica, conocida, practicada y honrada por los Judíos de Palestina, en la época del Evangelio. El racionalismo que querría inventar una historia nueva para su uso, no ha salido airoso en esta tentativa. Pero ¿qué diremos de su teoría patológica, y de las enfermedades para las que son remedios decisivos «el contacto de una persona predilecta, la presencia de un hombre superior, una sonrisa, una esperanza?» ¿De las enfermedades que cura radicalmente, «el placer de ver á un grande hombre?» ¡Refirámonos sobre esto á todas las comisiones de físicos, de doctores y de químicos! ¡Organícese, según este sistema, verdaderamente muy económico, el servicio de nuestros hospitales, de las casas de curacion, de los asilos de sordo-mudos y de ciegos! No será difícil encontrar «algunos hombres superiores,» «algunas naturalezas privilegiadas,» «algunas personas predilectas.» Suplíqueseles, pues, que se dejen tocar y ver por esa inmensa familia de moribundos y dolientes; y entonces se podrá afirmar que «su contacto ó sus miradas valen los recursos de la farmacia, y que esto no es vano.» ¡No parece sino que la Judea fue en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo teatro de una epidemia de enfermedades imaginarias! O mas bien, parece que en nuestros dias, para ofrecer al público semejantes pequeñeces, se ha contado con una epidemia de ceguera intelectual.

4. «Había en Jerusalem, continúa el sagrado texto, cerca de la puerta del Ganado ⁵, una piscina, llamada en hebreo Bethesda ⁶, á

¹ Paralip., XVI, 12. — ² Eccli., XXXVIII, 1-16. — ³ Luc., IV, 23. Véase el capítulo precedente, núm. 32. — ⁴ Matth. IX, 12; Marc., II, 17; Luc., V, 31. Véase el capítulo precedente, número 47.

⁵ Traducimos según el texto griego: Ἐστὶ δὲ ἐν τοῖς Ἱεροσολύμοις, ἐκτὲρ τῇ Προβατικῇ πύλῃ, ἡ ἐκκληματινὴ Ἑβραϊστὶ Βηθεσδα.

⁶ La palabra latina de la Vulgata *Bethsaida* corresponde lo suficiente á la pronunciaci3n hebreaica; conviene, no obstante, no confundirla con la ciudad galilea del mismo nombre, patria del ap3stol San Pedro. Hé aquí por qué conservamos en nuestra traducci3n la misma expresi3n del original. Por lo demás, la etimología y la significaci3n de los dos términos son muy diferentes. *Betsaida* quiere decir: Ciudad de pescadores. *Bethes-*

cuyo alrededor se habian construido cinco pórticos cubiertos, en los cuales yacia gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que estaban esperando que se moviese el agua, porque el Angel del Señor ¹ descendia de tiempo en tiempo á la piscina y agitaba las aguas. Y el primero que, despues de movida el agua, entraba en la piscina, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviese. Y habia allí un paralítico que hacia treinta y ocho años que estaba enfermo. Viéndole Jesus tendido en un lecho y conociendo ser de edad avanzada y que ya tenia mucho tiempo de enfermo ², le dijo: «¿Quiéres ser curado?—Respondióle el enfermo: Señor, no tengo á nadie que me sumerja en la piscina cuando se mueve el agua, por lo cual, mientras que yo voy, ya ha bajado á ella otro.—Díjole Jesus: Levántate, coge tu camilla y anda.—Y al instante quedó sano el paralítico, y tomó su camilla y empezó á andar. Y era sábado aquel dia. Y los Judíos decian al que habia sido curado: Hoy es sábado: no te es lícito llevar la camilla. Respondióles él: Aquel que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla y anda.—Preguntáronle ellos: ¿Quién es ese hombre que te dijo: Toma tu camilla y anda?—Pero el que habia sido curado no sabia quién era, porque Jesus se habia retirado del tropel de gentes que allí habia inmediatamente despues del suceso. Algunas horas despues le encontró Jesus en el Templo, y le dijo: Bien ves cómo has quedado sano; no peques en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor.—Este hombre dijo entonces á los Judíos: Hé aquí al que me ha curado ³.»

5. Cada uno de los pormenores evangélicos merece aquí una atencion particular, bajo el punto de vista de la autenticidad intrínseca que resulta de su exámen. La «puerta del Ganado» ó «puerta

da significa: *Casa de Misericordia*. (Nota de M. Darras).—Segun el padre Amat se llamaba así por la misericordia que usaba allí Dios con los enfermos. Tambien se llamaba, segun el mismo Padre; *Casa de efusion*, por recogerse allí las aguas pluviales de muchas calles y casas inmediatas.—(N. del T.)

¹ La Vulgata dice terminantemente: *Angelus Domini*; pero el texto original menos esplicito es este: Ἀγγέλως γὰρ ἀνὰ καιρὸν, u. v. λ.

² El abate Darras traduce, «que estaba allí hacia mucho tiempo;» pero los PP. Amat y Petite hacen la traduccion que hemos adoptado arriba, apoyándola en las versiones antiguas arábiga y siriaca. El Evangelista, dicen, quiso espresar dos circunstancias que hicieron milagrosa la curacion, y son: la de que el mal estaba ya arraigado y las pocas fuerzas del enfermo por ser ya anciano.—(N. del T.)

³ Juan, V, 2-15.

Probática, » al Este del palacio Antonia, habia sido construida bajo Nehemias, por los cuidados del pontífice Eliacib ¹. Abriase sobre la calle de los Mercaderes y de los Plateros ², en el interior de la ciudad, y daba paso al Templo, del que se consideraba como una de las puertas exteriores. Bajo este título, habia recibido una consagracion solemne ³. La mencion que hace de ella el texto sagrado, es pues de una rigurosa exactitud; no lo es menos la indicacion del monumento, designado con el nombre de piscina de Bethesda ó piscina Probática. En tiempo de Eusebio de Cesárea, existia aun esta piscina en su forma primitiva, no obstante haberse arruinado los cinco pórticos cubiertos, cuando devastaron el Templo los soldados de Tito. «Al lado de un lago natural, alimentado por las lluvias del invierno, dice Eusebio, se ve aun una piscina de construccion muy antigua, cuyas aguas estraordinariamente rojas, son de color de sangre ⁴.» En el dia se conoce esta piscina en Jerusalem con el nombre de Bezetha, derivado evidentemente del Bethesda del Evangelio ⁵. En cuanto á los caracteres de antigüedad que llamaron la atencion de Eusebio, son notados por los viajeros modernos. «Al Este del palacio Antonia, dice monseñor Mislin, en medio de un vasto edificio arruinado, se halla la piscina Bethsaida ⁶. En ella se advierte la misma fábrica que en los estanques de Salomon, mas allá de Belen, con un baño de piedra clariza, como en los pozos de Salomon, cerca de Tyro, y el mismo barnizado en lo exterior. Sus dimensiones exactas son de ciento cincuenta pies de largo sobre cuarenta de ancho, y en cuanto á su profundidad seria muy difícil medirla en el dia, aunque ha debido ser muy considerable ⁷.» A principios de este siglo, en la época en que la visitó Chateaubriand, estaba ya medio cegada. «Esta piscina, dice el ilustre viajero, se halla actualmente seca, creciendo en ella granados y una especie de tamarintos silvestres de

¹ II Esdr. III, 1-38; XII, 38. Esta puerta se llamaba en hebreo: *Sahar-Hatzon* (*Porta Pecoris*). La mayor parte de los traductores han adoptado la espresion de «Puerta de las Ovejas.» Esta interpretacion es inexacta, como hace observar Pezron. El sentido verdadero es: «Puerta del Ganado.» Es verosímil que se llamara así, añade el docto comentador, porque servia para introducir en Jerusalem toda clase de ganados, llevados para el servicio del Templo ó para los usos domésticos. (Pezron, *Historia Evangelii*, tom. I, pág. 317.—² II Esdr., III, 31.—³ II Esdr., III, 1.)

⁴ Eusebii, *Onomasticon*, traduccion de San Gerónimo, bajo el título de: *Liber de Situ et Nominibus locorum hebraicorum* (*Patrol. lat.*, tom. XXIII, col. 884, 885).

⁵ De Sauley, *Dict. de las Antig. bibl.*, pág. 153, 154.—⁶ Monseñor Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 412.—⁷ Id., id., tom. II, pág. 414.

un verde azulado; el ángulo del Oeste se halla lleno de nópalos ¹. El deterioro de este célebre monumento ha hecho nuevos progresos en estos últimos años. «Véase todavía, dice monseñor Mislin ², algunos arbustos y algunos troncos de nópalos en el ángulo del Oeste; pero el otro lado se ciega mas y mas, desde que se amontonan en él los escombros provenientes de las ruinas de la iglesia de Santa Ana, que está en frente ³.» A pesar de los estragos del tiempo, agravados por la notoria falta de inteligencia de la administracion local, reconócese todavía la piscina Probática, subsistiendo en nuestros dias, como un testigo lapidario, que afirma durante diez y nueve siglos, la veracidad de las indicaciones topográficas del Evangelio. La mayor parte de los arqueólogos reconocen con Broccard ⁴ que esta piscina es de construccion Salomónica. Los Nathinenses ó servidores del Templo, iban á ella á lavar las víctimas que presentaban á los sacerdotes para los sacrificios ⁵. Los cinco pórticos de que estaba rodeada, en tiempo de Nuestro Señor, suponen una disposicion particular, estudiada recientemente por M. de Saulcy. «La columnata no era, dice, de forma circular. La disposicion del terreno que conozco perfectamente, no me permite adoptar esta idea, siendo una razon perentoria que entonces el pórtico colocado alrededor de la piscina hubiera conducido ó dado paso al Templo por el lado de la ciudad, mientras que este foso lleno de agua, aunque necesario á los usos del Templo, le servia tambien de defensa por el lado del Norte.*Pero en el interior del edificio sagrado, servia un inmenso pórtico sostenido por cuatro filas de columnas, para dar abrigo á los sacrificadores que iban á lavar las víctimas al inmenso lago de Bezetha. Tal es la esplicacion natural de los términos del Evangelista ⁶.» Estas inducciones de la ciencia moderna nos hacen comprender perfectamente la relacion que existia entre la piscina de Bethesda y los átrios del Templo, en que se halla Nuestro Señor algunos instantes despues de la curacion del paralítico. La topogra-

¹ Chateaubriand, *Itinerario de París á Jerusalem*, tom. II, pág. 59.—² Monseñor Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 413.

³ «No hay ya una gota de agua en la piscina Probática. Actualmente se arrojan en ella las inmundicias de la barriada. Tajar-Baja, que era gobernador de la Palestina hace pocos años, habiendo hecho desembarazar las ruinas la Iglesia de Santa Ana, que está en frente, hizo arrojar todos los escombros en esta piscina.» (Monseñor Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 413.)—⁴ Broccard, *Itiner.* cap. VI.

⁵ Monseñor Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 413, 414.—⁶ De Saulcy, *Dicc. de las Antig. Bibl.*, pág. 153, 151.

fia del Evangelio es, pues, aquí de tan rigurosa precision que formaria por sí sola una prueba de autenticidad incontestable. Solo un testigo ocular ha podido suministrar con tanta sencillez en el estilo, pormenores de semejante exactitud. No se inventa de esta suerte, y nada se presta menos á la imaginacion de las leyendas, que la disposicion real de los lugares y de los monumentos históricos ¹.

6. Estas consideraciones no detienen al racionalismo moderno. La piscina Probática existe todavía, y tiene en su misma construccion y en los materiales que la componen, todos los caracteres de antigüedad que la recomendarian al estudio de los arqueólogos, si se tratase de un *balneum* romano ó de un hipocausto de la época de los Césares. ¿Pero merecia siquiera un instante de atencion un monumento descrito por el Evangelio y que asciende tal vez á la era salomónica? ; Los sabios tienen otras ocupaciones! Mas en adelante, por mas que traten de eludir la contestacion, ha llegado la hora en que la ciencia atrincherada sobrado tiempo en su desden sistemático, se verá obligada á abdicar su papel oficial ó á consentir finalmente en ocuparse de lo que agita en este momento todas las inteligencias. La cuestion que apasiona al mundo es la de la divinidad de Jesucristo; todas las demás se eclipsan ante ella; los esfuerzos de la incredulidad no han conseguido mas que fijar mejor en los entendimientos esta cuestion de una importancia capital. Trátase, pues, de justificar cada línea, cada coma del Evangelio, y cuando los dos únicos grandes descubrimientos de la filología moderna, la interpretacion de los geroglíficos por el ilustre Champollion y la de la escritura cuneiforme, por M. Oppert ², han venido espontáneamente á confirmar todos los datos del Antiguo Testamento, en vano se trataria de eludir el exámen científico del Testamento Nuevo. Habia, pues, en las dependencias del Templo, en tiempo del Salvador, un

¹ La puerta Probática, dice el doctor Sepp, era una de las doce puertas de Jerusalem en tiempo de Nuestro Señor. El manantial surtia del Sudeste, y al pie de la montaña del Templo, siendo recogidas al punto sus aguas en un estanque ó depósito. De este hecho y del de la curacion del ciego de nacimiento en la piscina de Siloe, podremos deducir, que Jesus subia comunmente al Templo, y bajaba de él por la parte del Mediodia y de la puerta llamada *Hulda*, porque era mas suave la pendiente y mas fácil de bajar por este lado: mientras que por el del Norte era muy escarpada.» (Doctor Sepp, *Vita de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 17.)

² Sabido es que en el mes de agosto de 1863, se ha adjudicado el gran premio biennial, por todas las Academias reunidas, á M. J. Oppert, por su magnífico descubrimiento de la interpretacion de los monumentos cuneiformes.

manantial, cuya virtud curativa se halla atestiguada por su mismo nombre: Piscina de Misericordia. No carece de importancia hacer observar, que el Evangelio de San Juan, muy posterior en verdad á la ruina de Jerusalem por Tito, menciona esta piscina como existiendo todavía ¹, de suerte que la virtud maravillosa de las aguas de Bethesda sobrevivió á la catástrofe de que fue víctima la Ciudad Santa. Tenemos además, respecto de las propiedades particulares de los manantiales que proveian al Templo, un testimonio irrefragable. Josefo habla con admiracion de las aguas de Siloe, cercanas á la piscina de Bethesda y tal vez alimentadas por el mismo manantial subterráneo ². La Palestina se hallaba abundantemente provista de aguas termales, cuya eficacia atestiguan todos los historiadores. La reputacion de las aguas de Callirhoe, en tiempo de Herodes, era universal. La tradicion nos habla tambien de la fuente de Mirjam, cerca dell go de Tiberiades, y menciona la fuente de Eliseo, cerca de Jericó, que brota al pie del monte de la Quarentena, y se llama hoy entre ios Arabes *Ain-el-Sultan*, ó Fuente del Rey ³.

7. La exégesis católica se ha preocupado vivamente de estos hechos, al estudiar la narracion de la piscina de Bethesda. Háse producido en estos últimos tiempos un nuevo sistema de interpretacion, que presenta ciertos caracteres de verosimilitud, pero á los cuales faltará siempre la consagracion de la autoridad de los Padres y la tradicion eclesiástica. «La fuente que surtia la piscina, dice el doctor Allioli, existe todavía. Su agua es salada; tiene virtud medicinal y ofrece la singular particularidad de que solo hierve y está caliente de tres á seis horas de la mañana. Despues, fluye poco á poco, y durante el resto del dia, deja seca su taza. Tal es el relato de Scholtz que ha estudiado recientemente el fenómeno en su sitio ⁴.» Partiendo de este dato exclusivamente fisico el doctor Sepp, se espresa de esta suerte: «Los que padecian alguna enfermedad rodeaban

¹ Juan, V, 2.

² El nivel de la fuente de Siloe está cerca de doscientos pies mas bajo. (Monseñor Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 513.) Concíbese que esta disposicion de los lugares no impedia, que surtiera el mismo manantial subterráneo á las dos fuentes. Creemos, pues, que Calmet pudo decir sin cometer error que «la piscina Probática se llenaba con las aguas de Siloe.»

³ Sepp, *La Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 14.

⁴ Allioli, *Nuevo comentario sobre todos los Libros de las divinas Escrituras*, edicion Vi-vés, tom. VIII, pág. 497-498. Monseñor Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 413; Scholtz, *Traduccion y explicacion del Nuevo Testamento*, Juan V, 2.

la fuente, y no bien hervia, entraban en el agua, á la que comunicaba el movimiento y la agitacion una nueva energía. Este movimiento, producido sin duda por el desprendimiento subterráneo del calórico, tal como se observa en ciertas épocas determinadas, en muchas fuentes minerales, se atribuia por el pueblo á la operacion de un Angel, y el Evangelista confirma esta creencia en su narracion. En esta piscina hallaban un remedio eficaz muchas enfermedades, y entre otras, la gota, el reumatismo, la parálisis y la tisis, con tal que los enfermos pudieran bajar á ella y sumergirse en sus aguas antes que se hubiera disipado la saturacion mineral, y que hubiera perdido el agua su calor benéfico ¹. » Admitimos gustosos con el doctor aleman, las propiedades medicinales de la piscina de Bethesda; pero no podríamos adoptar igualmente su comentario del texto sagrado relativo á la intervencion del Angel. No solamente se ha prestado San Juan á la creencia popular de la Judea, sino que ha dado la medida y la regla de la fe en todos tiempos. Seria disminuir singularmente la autoridad de las palabras del Evangelio, adoptarlas de esta suerte á las preocupaciones vulgares. El Evangelio es á un tiempo mismo una historia y una doctrina. Bajo el punto de vista doctrinal, importa, pues, mantenerlo en su integridad divina y en los términos exactos de su interpretacion tradicional. Santo Tomás de Aquino ha resumido la verdad en estas palabras demasiado olvidadas en nuestros dias. «Toda la naturaleza está regida por los Angeles. Este principio se halla admitido, no solamente por los doctores, sino por todos los filósofos que han reconocido la existencia

¹ Doctor Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 15. Se ve que esta explicacion no tiene nada de comun con los sistemas naturalistas del siglo precedente. Los criticos del tiempo de Voltaire entendian la palabra griega ἄγγελος, no como significando un Angel, «sino segun dice M. L. Paris, un sacerdote ó levita que iba del Templo situado no lejos de allí, á agitar el agua en que se habia lavado recientemente las victimas degolladas. Estas aguas, mezcladas con la sangre y con la grasa de los animales, no bien se calentaban, podian causar en los humores de los enfermos una sensible mejoría. Pero ¿se puede explicar con este raciocinio la curacion de los ciegos, de los tullidos, de los paralíticos de nacimiento? Mas valdria decir que Dios es grande, y confesar el poder que tiene de imprimir á las aguas de la piscina, la virtud sobrenatural de que se trata.» (L. Paris, *Telas pintadas y Tapicerías de la ciudad de Reims*, en 4.º, 1863, tomo I, pág. 148, 149.) Añadamos que la expresion ἄγγελος, sin artículo y aun sin la adiccion determinativa de Κυρίου, que no se halla en el texto original, segun hemos observado, no deja en el estilo de la Escritura, de tener la significacion precisa de un Angel. No se hallará en toda la Biblia un ejemplo contrario, pues jamás se toma en ella el término ἄγγελος en el sentido vago de un enviado ó mensajero ordinario.

de los espíritus ¹. En un siglo de materialismo como el nuestro, no se insistiría lo suficiente en estos principios, que son los del Evangelio y de la tradicion entera. ¿Qué sabríamos nosotros del mundo sobrenatural, sin la revelacion del Verbo encarnado? inaccesible á nuestros sentidos, la gerarquía de los espíritus se revela á veces de una manera inusitada. Si los ángeles malos ejercen una fatal influencia sobre el hombre y sobre la naturaleza que de él depende, es cierto que Dios comunica á los Angeles buenos un poder directo sobre el mundo. Hé aquí por qué entendemos, con todos los Padres, el texto de San Juan, relativo al Angel de Bethesda, en un sentido natural y obvio ².

8. Como quiera que sea, la eficacia extraordinaria de las aguas de la piscina Probática era tan conocida en tiempo de Nuestro Señor, que no se admiran en modo alguno los Judíos al ver á un enfermo durante treinta años súbitamente curado. Su primer sensacion al encontrar al paralítico á quien habian visto tendido por tanto tiempo junto á la fuente de Bethesda, no es la de extrañarse de su curacion, puesto que diariamente se realizaban á su vista hechos de esta clase. En su limitado y mezquino farisismo, no piensan mas que en la violacion del descanso sabático, cometida en los átrios mismos del Templo, por un desgraciado que lleva en sus hombros la camilla en que ha sufrido por tantos años. Vanamente se buscaria en otra parte que entre los Hebreos, ejemplos de este rigorismo exagerado, que nos dará mas de una ocasion de señalar la historia evangélica. Por lo demás, el mismo paralítico reconoce la infraccion legal de que acaba de hacerse culpable, y apela para justificarse á la autoridad del que le curó. Solamente entonces principian sus interlocutores

¹ *Omnia corporalia reguntur per Angelos. Et hoc non solum a sanctis doctoribus ponitur, sed etiam ab omnibus philosophis qui incorporeas substantias possuerunt.* (Summ. Teol., par. I, qui. CX, C.)

² Tambien deduce el doctor Allioli lo siguiente: «El agua que entonces podia tener una virtud medicinal, dice, como podia tenerla aun en nuestros dias, la recibia de un Angel, que en cierto tiempo, pero al parecer, en momentos indeterminados y desconocidos, la ponía en movimiento y le comunicaba la singular virtud de librar de sus enfermedades, cualesquiera que fuesen, á los enfermos que bajaban á ella, inmediatamente despues que era agitada. Podia distinguirse el movimiento del agua, porque arrojaba un surtidor mas fuerte y mas abundante que de costumbre, durante el cual acrecentaba el Angel la virtud saludable. Esta propiedad existia durante el movimiento, é inmediatamente despues; pero cesaba en seguida. Por lo demás, todos los Santos Padres consideran el hecho de que se trata como milagroso.» (Allioli, *Nuevo comentario de todos los Libros de las divinas Escrituras*, tom. VIII, pág. 498.)

á admirarse de la curacion misma, que les parecia hasta entonces muy natural. «¿Quién es este hombre? preguntan. ¿Cómo ha podido decir: Toma tu camilla y anda?»—Todos estos pormenores tan conformes á las costumbres judías, serian ininteligibles en cualquier otra historia. Si hubiera sido curado el paralítico por las aguas de la piscina, hubiera dejado en los pórticos la esterilla que le servia de cama, hasta ponerse el sol, y no se la hubiera llevado sino á la hora ritual en que cesaba la obligacion del descanso sabático. Mientras tanto se hubiera ido al Templo á dar gracias á Dios por el favor de que acababa de ser objeto. Pero como le ha curado la poderosa palabra de un desconocido, diciéndole: «Levántate, toma tu camilla y anda,» se apresura, con riesgo de infringir materialmente la ley, á obedecer la órden suprema que acababa de mandar en su persona á la naturaleza, relajando sus leyes. En breve le lleva su reconocimiento al pie de los altares; vuelve al Templo; reconoce al Salvador, y señalándosele á los Judíos, les dice: «¡Vedleahí, esc es quien me ha curado!»

9. «Por eso perseguian á Jesus los Judíos, continúa el texto sagrado, porque hacia estas cosas en sábado. — Y Jesus les dijo: Mi Padre no cesa jamás de hacer obras, y yo tambien las hago.—Mas por esto mismo, con mayor empeño andaban tramando los Judíos el quitarle la vida, porque no solamente violaba el sábado, sino que tambien decia que Dios era padre suyo, haciéndose igual á Dios. Por lo cual, tomando la palabra, les dijo Jesus: «En verdad, en verdad os digo, que no puede el Hijo hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo. Y es que como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace, y aun le manifestará obras mayores que estas, tanto que os admirareis. Porque asi como el Padre resucita á los muertos y les da vida, asi tambien el Hijo da vida á los que quiere. Ni el Padre juzga visiblemente á nadie, sino que dió al Hijo todo el poder de juzgar; para que todos honren al Hijo, de la manera que honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene la vida eterna, y no incurre en sentencia de condenacion sino que ha pasado ya de la muerte á la vida. En verdad, en verdad os digo, que viene tiempo, y es éste, en que los muertos oirán la palabra del Hijo de

Dios, y aquellos que la escucharen, revivirán. Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también dió al Hijo el tener la vida en sí mismo. Y le dió la potestad de juzgar en cuanto es Hijo del hombre. No os admireis de esto, porque vendrá tiempo en que todas las que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hubieren hecho obras buenas, resucitarán para la vida, mas los que las hubieran hecho malas, resucitarán para la condenación. No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Juzgo según oigo de mi Padre, y mi sentencia es justa, porque no pretendo hacer propia mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es idóneo. Mas otro es el que da testimonio de mí, y yo sé que es idóneo el testimonio que da de mí. Vosotros enviásteis á preguntar á Juan, y él dió testimonio á la verdad. Bien que yo no he menester testimonio de hombre, sino que digo esto para vuestra salvación. Juan era una antorcha que ardía y brillaba, y vosotros quisisteis por un breve tiempo mostrar regocijo á vista de su luz, pero yo tengo á mi favor un testimonio superior al testimonio de Juan, porque las obras que mi Padre me puso en las manos para que las ejecutase, estas mismas obras (maravillosas) que yo hago á vuestra vista, dan testimonio en mi favor de que el Padre me envió. Y el Padre mismo que me envió ha dado testimonio de mí. Vosotros empero no habeis oído jamás su voz, ni visto su semblante, ni reconocido su magestad. Y no teneis impresa su palabra dentro de vosotros, pues no creéis en Aquel que me envió. Registrad las Escrituras, puesto que creéis hallar en ellas la vida eterna, y ellas son las que están dando testimonio de mí. Y con todo, no quereis venir á mí para alcanzar la vida. No es que busque yo la gloria humana, pero yo os conozco, y sé que el amor de Dios no habita en vosotros. Pues yo vine en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniere de su propia autoridad, á aquel le recibireis. Y cómo es posible que tengais fe vosotros que andais mendigando la gloria que se dan los hombres entre sí y desdenáis la gloria verdadera que procede de solo Dios? No penseis que yo os tengo de acusar ante el Padre; vuestro acusador es Moisés mismo, en quien vosotros confiais. Porque si creyérais á Moisés, acaso me creeríais también á mí; porque él escribió de mí. Pero sino creéis lo que él escribió cómo habeis de creer lo que yo digo ¹?

¹ Juan, V, 16, *ad ultim.*

10. El milagro de curacion obrado en la piscina Probática, este hecho tan patente, cuya noticia llega á los átrios del Templo, por medio del paralítico, de que ha sido él mismo objeto, hubiera impresionado todos los ánimos en cualquier otra parte que en Jerusalem. Colóquese la narracion evangélica en otro concurso social, y es inesplicable. Pero en medio del pueblo judío, entre esta raza escepcional, cuya historia y existencia mismas eran una serie de milagros, no tenia acceso en los corazones ningun género de admiracion ni ninguna de las preocupaciones ordinarias. Habíase dicho á este pueblo: «Acuérdate de santificar el dia de sábado ¹,» añadiendo la misma autoridad legisladora, la de Jehovah, por boca de Moisés: «Si obra un profeta prodigios y viene á decirnos: Vamos á rendir homenaje á los dioses agenos, dad inuerte á este profeta y habreis hecho desaparecer el mal del medio de vosotros ².» Ciertamente, que Nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, no predicaba á los Judíos el culto de una divinidad estraña; lejos de violar el precepto sabático, venia á cumplirlo, en el sentido mas elevado; habia santificado el dia del descanso con el sello del milagro. Sin embargo, el espíritu de la legislacion mosaica, ahogado en los absurdos comentarios de los Fariseos, habia desaparecido para dar lugar á prácticas serviles, requeridas por un egoismo descontentadizo, y vigiladas por los celos orgullosos de una secta. Moisés habia prohibido trabajar el dia de sábado. ¿Trabajó acaso el paralítico volviendo á su morada y llevando en sus hombros su camilla? ¿Trabajó el divino Maestro, volviéndole con una palabra al libre ejercicio de sus miembros? Sin embargo, para estos enfermos espirituales, para estos paralíticos del farisaismo, como les llama San Agustin, el milagro verificado en sábado constituia una violacion del descanso sabático. El acto de llevar en sus hombros la camilla donde habia yacido tantos años, les parecia como un crimen. Tales aberraciones, repito, no podian hallarse sino en un pueblo dominado por el rigorismo farisaico, y esclavizado por las minuciosas formalidades de una hipócrita observancia ³. Asi ¿cuál no fue

¹ Numer., XV, 32-41. — ² Deuteron., XIII, 1-5.

³ A medida que nos presente la narracion Evangélica á Nuestro Señor Jesucristo en frente de los errores y de las preocupaciones de los sectarios fariseos, saduceos, herodianos, etc., podrá admirar el lector la buena fe con que se ha tenido el atrevimiento de decir que «Jesus no conoció las diversas escuelas judías.» *Vida de Jesus*, p. 34, 335.

la esplosion de violencias y de odio cuando pronunció el Salvador estas palabras: «Mi Padre no cesa jamás de obrar.» La accion conservadora de la Providencia es incesante y no conoce interrupcion sabática. ¿Qué seria del mundo si le abandonara un solo instante la mano que le dirige? «Hé aquí por qué obro yo tambien,» y la medida y la regla de mi accion no son diferentes de las de Dios. — No podia ser mas rotunda la afirmacion de su propia divinidad hecha por Jesucristo. Asi es que no se equivocan los Judíos sobre ello. «Estos ciegos, dice tambien San Agustin, estos futuros verdugos del Cristo, comprenden lo que los Arrianos ¹ de nuestro tiempo no quieren comprender. Irritanse, no de oir á Jesus dar á Dios el nombre de padre, pues ¿no decimos todos nosotros: Padre nuestro que estás en los cielos? ² ¿y no leian los Judíos diariamente la oracion de Isaías: Señor, vos sois nuestro padre y nuestro Redentor ³? Lo que escita su cólera es que da Jesus á su filiacion divina un sentido real y absoluto, tal como no podria corresponder á hombre alguno. Rebélanse porque se hace Jesus igual á Dios ⁴.» Esto es para ellos una blasfemia, un crimen nacional, previsto por su ley y penado de muerte. Hé aquí por qué la multitud amotinada y tumultuosa, «trataba, dice el Evangelista, de hacerle morir, no solamente porque violaba el sábado, sino porque llamaba á Dios padre suyo, haciéndose él mismo igual á Dios.»

11. Queda, pues, fijada la cuestion tan claramente como pueden desealarlo los racionalistas. Los Judíos han interpretado la respuesta de Jesus en el sentido de una afirmacion de su divinidad personal, y resuenan bajo los pórticos del Templo gritos de muerte contra el blasfemo. Si se hubieran engañado los Judíos en su interpretacion, podia el Salvador deshacer la equivocacion con una palabra y restablecer la calma en los espíritus. Pero los Judíos habian comprendido perfectamente el sentido de las palabras del Salvador, y elevando Jesucristo su ensenanza á la altura de una revelacion divina, espone ante ellos el misterio de la Encarnacion. El Hijo de Dios ha sido

¹ Los Arrianos modernos no han hecho adelantar un solo paso á su exégesis, y las palabras del grande obispo de Hipona no han perdido su actualidad. «Jesus, dicen ellos, no enuncia ni por un momento la idea sacrilega de que sea Dios.» — «No puede dudarse que jamás pensó Jesus en hacerse pasar por una encarnacion de Dios mismo.» (*Vida de Jesus*, pág. 75-242.)

² Math.; VI, 9. — ³ Isa. LXIII, 16, y LXIV, 9. — ⁴ S. August. In Joan. Comment.; *Patrol. lat.*, tom. XXXV, col. 1535.

enviado á los hombres para traerles la salvacion. El Hijo es igual al Padre en poder, «lo que hace el uno lo hace el otro igualmente.» El manantial de vida que hay en el primero, lo hay enteramente en el segundo. Rehusar la fe, el honor y la adoracion al Hijo, es rehusarlas al Padre. Tal es la teología del Evangelio que ha constituido el dogma católico de la Encarnacion, con todos sus magníficos desenvolvimientos ¹. En esta igualdad de naturaleza, de poder y de divinidad entre el Padre y el Hijo, hay no obstante, una relacion gerárquica que les une sin confundirlos, porque «el Hijo no hace mas que lo que ve hacer al Padre. El Padre es quien revela al Hijo todas sus obras y quien le ha dado el poder supremo de juzgar.» La palabra del Hijo es un instrumento de regeneracion, que produce directamente la vida eterna de las almas. Esta vida divina, la trae Jesucristo á la tierra. Todos los muertos espirituales que mató el paganismo, que los demonios de la carne, del sensualismo y del orgullo codicioso, han sepultado en la region de las sombras de la muerte, van á oir la voz del Hijo de Dios y á resucitar á la vida de la fe, de la gracia y del amor. «Ha llegado la hora.» Pero esta resurreccion de las almas no será mas que un prelude, y como el primer acto de la gran resurreccion universal. Cuando la Iglesia Católica en su símbolo, ha inscrito este dogma solemne: «Creo en la resurreccion de los muertos y en la vida perdurable ²,» no ha hecho mas que traducir en su profesion de fe la palabra del mismo Jesucristo: «Llegará la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo, y se levantarán los que hayan obrado bien para la resurreccion de la vida; y los que hayan obrado mal para la resurreccion del castigo.»

12. La voz que resonará al fin de los siglos sobre los sepulcros abiertos en el tribunal del grande y formidable juicio, será «la voz del Hijo,» pero este Hijo único de Dios será al mismo tiempo el «Hijo del hombre.» Tal es, en efecto, esta sublime revelacion del Salvador, tan formal en los términos, como sencilla en la esposicion. Como Verbo, Jesucristo es «el Hijo de Dios;» como Verbo encarna-

¹ Basta indicar aquí, para justificar esto, las afirmaciones de los nuevos exégetas: «Jesus, dicen, es el creador del culto puro. Ha fundado la religion absoluta, no excluyendo nada, no determinando nada, sino es el sentimiento, una religion sin teología ni símbolo. En vano se buscaria en el Evangelio una proposicion teológica recomendada por Jesus.» *Vida de Jesus*, pág. 440.

² *Especto resurrectionem mortuorum, et vitam venturi sæculi.* (Symbol. Nicæn.)

do, es «Hijo del hombre.» Y estas dos naturalezas, divina y humana, se hallan unidas por un misterio inefable en la persona de Jesus. Como Verbo es consubstancial al Padre; como Verbo encarnado representa esencialmente la naturaleza humana y lleva un nombre que solo á él pertenece. Se llama: «Hijo del hombre,» Salvador de la humanidad con quien se ha desposado, debe ser su juez. Ha comprado con el precio de sus abatimientos, el derecho de ser su árbitro supremo. «El Padre le ha dado el poder de juzgar, porque es el Hijo del hombre.» Hé aquí por qué repite hoy la Iglesia, en su Símbolo, la afirmacion que indignaba á los Fariseos, en el pórtico del Templo. «Jesucristo, dice ella, vendrá por segunda vez, en su gloria, á juzgar á los vivos y á los muertos ¹.» Toda la teología católica está en este admirable discurso, que resume, con una autoridad divina, el conjunto de la revelacion evangélica. Jesucristo, Hijo de Dios, cura los enfermos, resucita los muertos y manda á la naturaleza, de que es creador. Jesucristo, Hijo del hombre, sufre todas las dolencias y achaques humanos; nace en la indigencia; huye ante un tirano vulgar; crece trabajando en un taller; es desconocido de los suyos, perseguido en su patria, ultrajado, contradicho, calumniado, hasta el dia en que muera en una cruz. Si el Hijo de Dios halla un Thabor, el Hijo del hombre hallará un Calvario. ¿Qué es todo esto sino el comentario en accion del discurso del Templo? Pero las humillaciones y los padecimientos del hombre no son mas que el manto que vuelve á cubrir, sin eclipsarla, la divina omnipotencia. Juan Bautista es el ángel del testimonio, enviado para preparar el camino á los pasos del Dios encarnado. Moisés y el Antiguo Testamento han predicho sus glorias y sus oprobios. Espérale lo pasado, y las obras maravillosas que verifica proclaman su advenimiento. Retórico, que has osado decir: «No se hallará en el Evangelio una sola proposicion teológica ¿has leído el Evangelio?»

§ II. REGRESO Á GALILEA.

13. La exasperacion de los Fariseos contra el divino Maestro, no les impidió escuchar, sin interrumpirle, esta esposicion doctrinal. Este es todavía un rasgo que no se toma la pena de notar el Evangelista, y que constituye uno de los caracteres intrínsecos de evi-

¹ *Et iterum venturus est cum gloriâ judicare vivos et mortuos* (Symbol. Nicæn.)

dencia, de que está lleno el texto sagrado. Representémonos en Atenas ó en Roma una muchedumbre tumultuosa, dando gritos de muera contra Sócrates ó Ciceron, y persiguiendo, bajo las columnatas del Agora ó del Foro, el objeto de sus furores. Ni la filosofía, ni el orador, cualquiera que haya sido la seducción de su elocuencia, hubieran podido obtener un momento de atencion para hacerse escuchar. Las pasiones populares tienen sacudidas análogas á las del fluido eléctrico y precipitaciones parecidas á las de la rabia. Pero en Jerusalem, bajo los pórticos del Templo de Jehovah, aunque fueran las mismas las pasiones, estaba modificada su manifestacion por un cúmulo de costumbres y de leyes completamente desconocidas en otra parte. Daniel, un jóven de veinte años, habia contenido en nombre de Jehovah á la insensata muchedumbre que llevaba á la inocente Susana al suplicio. Un profeta debia ser siempre escuchado en Israel, y siendo Jesucristo un profeta á los ojos de los Jerosolimitanos, necesitaron mucho tiempo los Escribas y los Fariseos para inducir al pueblo á saciar su animosidad, y á no ver en Jesus mas que un blasfemo, cuya obstinacion merecia la muerte segun los términos de la ley. La actitud de los Judíos en esta circunstancia es tal, que no solamente atestigua la persistencia de la tradicion mosaica en el seno de la multitud, sino que confirma plenamente la autenticidad del milagro de la piscina Probática. Si no hubiera sido evidente el milagro, nada hubiera impedido á la muchedumbre precipitarse sobre Jesus que acababa de violar la ley sabática, en el sentido grosero ó material en que la interpretaba el farisismo, y que habia añadido á este escándalo aparente el de afirmar su divinidad. Usurpar el nombre incommunicable que ni siquiera se atrevian á pronunciar los hijos de Jacob, era en Jerusalem un crimen de lesa magestad divina y nacional. En breve hubieran vengado todas las piedras de los pórticos exteriores dispuestas para la construccion, arrebatadas por el pueblo enfurecido, con el suplicio legal de la lapidacion, el ultraje hecho á las instituciones mosaicas. ¿Por qué se detienen, pues, por sí mismos los brazos levantados contra el Señor? ¿Por qué se aplacan los gritos de muerte por la palabra tranquila y solemne de Jesus? Suprimiendo el milagro de la piscina Probática, es inesplicable la escena. Es, pues, preciso admitir, de toda necesidad, el prodigio si se quiere comprender como salió Jesus sano y salvo del Templo.

14. «Después de estas cosas, fué Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el lago de Tiberiades: y le seguía gran muchedumbre de gente, porque veían los milagros que hacía con los que estaban enfermos ¹.—Y sucedió, que en el sábado llamado Segundo-Primero, pasando Jesús por junto á un campo de trigo, arrancaron sus discípulos algunas espigas, y estregándolas entre las manos, comían los granos. Y algunos de los Fariseos, les decían: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado?—Y dirigiéndose á Jesús: Hé aquí, le dijeron, que tus discípulos violan la ley del sábado.—Y Jesús les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David un día que él y los que le acompañaban tuvieron hambre? ¿Cómo entró David en la casa de Dios y tomando los panes de proposición, comió y dio de ellos á sus compañeros, siendo así que á nadie es lícito el comerlos sino á solos los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley, cómo los sacerdotes trabajan en sábado en el servicio del Templo y con todo eso no pecan? Pues yo os digo, que hay aquí alguno que es mayor que el Templo. Que si vosotros supiéreis lo que significa la palabra de la Escritura: «Mas quiero la misericordia que no el sacrificio,» jamás hubierais condenado á los inocentes.—Después añadió: «El sábado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Por esto el Hijo del hombre es también Señor del sábado ².»

Toda esta narración evangélica lleva en sí misma las señales de autenticidad que desafían la crítica mas audaz. En cualquier otro punto distinto de Judea, hubiera consistido la culpabilidad del acto de los discípulos en el perjuicio causado al prójimo, cuya propiedad violaban. El campo ageno entre los Romanos, así como entre nosotros, era protegido por la ley. *Res clamat domino*, decían los legisladores del tiempo de Augusto, así como lo repetimos nosotros en el día. A cielo descubierto en medio del campo, los frutos de la tierra, los racimos suspendidos de las cepas, pertenecen exclusivamente al viñador, á cuyos sudores deben servir de recompensa. ¿No existía acaso la propiedad entre los Hebreos? se dirá. Por el contrario; era mas sagrada que en ninguna civilización conocida, pero sus condiciones de existencia, su principio, su base fundamental no ofrecen analogía con ningún otro estado social. En el seno de la

¹ Juan, VI, 1, 2.—² Matth. XII, 1-10; Luc. VI, 1.

Tierra Prometida, solo habia un propietario real y absoluto: Jehovah: «Todos vosotros sois mis colonos,» habia dicho el Señor á los hijos de Israel. Esta delegacion teocrática daba por una parte al derecho del propietario la sancion mas inviolable, y por otra permitia establecer la propiedad misma con condiciones de caridad y de benevolencia sociales, cuyo tipo ya olvidado, buscamos ¡ay! vanamente en nuestros dias. Asi, era de tal suerte inenaguable entre los Hebreos el derecho del propietario, que cada siete años, en el período sabático, y cada cincuenta, al volver el gran período del jubileo, quedaban estinguidas las deudas que se habian contraido en este intervalo, los embargos de inmuebles, las hipotecas sobre bienes raices; cesaban de pleno derecho las evicciones, y volvian á entrar los antiguos propietarios en su dominio patrimonial. En compensacion de estas ventajas inauditas, habia estipulado la legislacion de Moisés, en beneficio de los pobres, condiciones de una prevision y de una solicitud verdaderamente paternales. Asi, cada año sabático, pertenecian á los indigentes todos los productos espontáneos de la tierra; asi tambien habia consignado el *Deuteronomio* esta ley llena de mansedumbre: «Cuando entres en la viña de tu prójimo, te es permitido comer los racimos que quieras, pero no llevarte ni uno solo. Si cruzas por un campo de trigo, puedes arrancar algunas espigas, y desgranarlas en la mano, pero no cortarlas con la hoz ¹.» Hé aquí por qué no cometian ninguna infraccion los discípulos del Salvador, contra el derecho de propiedad, tal como se hallaba constituido entre los Hebreos, cuando atravesando por campos de trigo en sazón, intentaban, arrancando algunas espigas, mas bien entretenir que satisfacer el hambre que les atormentaba ².

¹ *Deuteronomio*, XXIII, 24, 25. Nos es imposible entrar aquí en todos los pormenores que necesitaria un estudio profundo del derecho de propiedad entre los Hebreos. Digamos solamente, para prevenir las objeciones de los espíritus habituados á juzgar de lo pasado por lo presente, que la sociedad judía estaba dedicada por su constitucion, casi exclusivamente á la agricultura y á la vida pastoril. Las grandes aglomeraciones en las ciudades populosas eran en ella raras, por no decir desconocidas. Los inconvenientes de una ley tan vasta como la del *Deuteronomio*, en las cercanías de París, por ejemplo, saltan desde luego á los ojos. Pero Jerusalem no era París, y la constitucion social de los Hebreos no tenia nada de comun con la nuestra.

² Puede ponerse en cotejo de esta pobreza evangélica, las increíbles trivialidades del racionalismo moderno. «Jesus no huía del regocijo. Recorria la Galilea en medio de una fiesta perpetua. Deteniase en las aldeas y en las grandes granjas, donde recibia una esmerada hospitalidad » (*Vida de Jesus*, pág. 189-190.)

15. Asi no es esto objeto de la indignacion de los Fasiseos. No ocurre á su mente la idea tan natural en cualquier otro pueblo, de reprobear la violacion del derecho de propiedad. Pero era dia del sabado llamado Segundo-Primero. Todavía otro término esencialmente judío que hubiera sido imposible inventar despues del suceso. Cuando caia un dia de Pascua en sábado, contaban de esta suerte los Hebreos los sábados siguientes hasta la fiesta de Pentecostés que entonces caia exactamente en el sétimo sábado ¹. Asi, pues, viene á interponerse aquí, como en Jerusalem, la prescripcion del descanso sabático, entendida con el rigorismo de una secta implacable, como una barrera entre el judaismo mezquino de los Hebreos y la doctrina misericordiosa del Verbo encarnado. Agreguemos á esto, que todos los actos lícitos en un sábado habian sido enumerados minuciosamente por los Doctores y los Escribas. Asi, estaba permitido, y el Talinud ha conservado esta indicacion, hacer una jornada de dos mil codos, sin infringir el precepto. El hecho de la presencia de los fariseos, siguiendo al divino Maestro, en esta circunstancia, nos prueba suficientemente que la jornada del Salvador y de susdiscipulos no escedió el límite tradicional. De otra suerte, lo hubieran notado los fariseos, y se hubieran separado de los viajeros. Pero su escrupulosa crítica halló en el acto de desgranar algunas espigas, un nuevo motivo de escándalo. La respuesta de Nuestro Señor es el modelo divino de un comentario sobre la Sagrada Escritura. Cuando proclama la Iglesia católica que el Antiguo Testamento no era mas que la figura del Nuevo, cuando erige en principio, con San Pablo, que «el fin de la ley era el Cristo,» es su palabra el eco fiel de la revelacion evangélica, habiendo recibido directamente esta doctrina del Salvador. El Tabernáculo de Jeho-

¹ *Σάββατο δεύτερον*. (Luc., VI, 1.) Esta última espresion no se halla en el Mss. Sinaitico, cuyo texto dice así: *Εγιστο δε εν σαββατο διακομισθαι, κ. τ. λ.* (Nov. Testamento Sinaitic. membrana 33.) Sin embargo, se halla en la version árabe del Nuevo Testamento. Mencionánla San Epifanio, Teofilactes y todos los Padres: finalmente, un pasaje de San Gerónimo prueba la dificultad que ofrecia, para interpretarse bien, esta palabra ya en el siglo IV, cuando se iban borrando de la memoria las tradiciones judaicas. «Un día, dice San Gerónimo, rogué á Gregorio Nacianceno, mi maestro, que me explicase el sentido del *sabado Segundo Primero* de San Lucas, y me respondió con graciosa malicia: Te daré esta explicacion, en mi próxima homilía, en plena Iglesia: y tendrás que saber lo que ignoras, en medio de todo el pueblo que me aclamará. Y si no aplaudes con todo el mundo, no hay que dudar que toda la multitud se desencadenará contra tu obstinacion.» (Hieronym., *Epist. ad Nepotian.*; *Patrol. lat.*, tom. XXII.)

vah tenia en la institucion mosáica, un carácter sagrado que dominaba todo lo demás. Llamabásele el Santo de los Santos. Cada sábado, debia poner un sacerdote en la mesa de proposicion, doce panes, seis á cada lado, que representaban el número de las tribus de Israel, y que llamaban los Hebreos: Panes de la faz de Jehovah. Hacíase quemar á su alrededor incienso de agradable fragancia, y permanecian asi toda la semana en el lugar santo, recordando á los hijos de Jacob que Dios queria alimentarles por sí mismo. Durante mil quinientos años permaneció este emblema eucaristico, ante la faz del Señor, hasta que vino la realidad á sustituir á la figura y que sustituyó el pan que descendió de los cielos al pan de proposicion. Estaba, pues, prohibido bajo pena de sacrilegio, á quien no fuera miembro de la raza sacerdotal, consumir los panes de proposicion, despues que se les habia retirado de la Mesa de oro, en la mañana del sábado. Hé aquí, por qué recuerda Nuestro Señor á los Fariseos el tan conocido episodio de la historia de David, cuando desterrado de la corte de Saul, huyendo del furor de un rey insensato, se presentó el héroe, rendido de hambre y de fatiga, ante el gran sacerdote Aquimelech y Abiathar, su hijo, en Nobé, donde se hallaba entonces depositada el Arca Santa. No obstante la santidad inviolable de los panes de proposicion, como constituian el único recurso alimenticio que tenia el Pontífice á mano en este momento, no vaciló Aquimelech en dárselos á David, que los repartió con los que le acompañaban. Este hecho anómalo en sí, encontraba su justificacion para los Fariseos, menos aun en la necesidad absoluta en que estaba David, que en la autorizacion implícita que resultaba de la presencia misma del Santo de los Santos. Los Fariseos no se atrevian á poner en duda la legitimidad de lo que habia permitido la magestad del Tabernáculo. Por la misma razon admitian fácilmente que la violacion del descanso sabático no constituia falta alguna legal respecto de los sacerdotes que funcionaban en el Templo. Hé aquí por qué añade Nuestro Señor Jesucristo, para justificar á sus discípulos: «Yo os digo que hay aquí alguno mayor que el Templo.» Pero ¿qué podia haber allí que fuese mayor que el Templo, á los ojos de los Fariseos, sino Dios mismo, cuya morada era el Templo? Con esto hacia, pues, Jesus una afirmacion esplicita y solemne de su propia divinidad. Asi, termina diciendo el divino Maestro: «El Hijo del Hombre es tambien señor del sábado.» Templo, ritos,

observancias, ley mosaica, todo lo pasado del pueblo santo es el preludio, la figura y como la profecía en accion del Verbo encarnado.

16. «Otro dia de sábado, entró Jesus en una sinagoga é instruía al pueblo. Y habia allí un hombre que tenia seca una mano. Los Escribas y los Fariseos observaban á Jesus para ver si verificaba una curacion en dia de sábado, á fin de tener un pretesto para acusarle. Pero Jesus conocia sus pensamientos, y acercándose al hombre que tenia la mano seca, le dijo: Levántate y ponte en medio del concurso.—El hombre obedeció. Jesus dijo entonces á los Fariseos: Hé aquí la cuestion que os propongo. ¿Es permitido hacer bien en sábado, ó es permitido hacer mal? ¿Salvar la vida ó quitarla? Mas los Fariseos callaban, y Jesus continuó: ¿Quién habrá de vosotros, que teniendo una oveja, si cae en una fosa en dia de sábado, vacile en socorrerla y sacarla de allí? ¿Cuánto mas vale un hombre que una oveja! Luego es lícito hacer bien en dia de sábado. Y mirádoles atentamente Jesus, indignado y contristado de la ceguedad de su corazon, dijo al hombre: Estiende tu mano; y la estendió y quedó tan sana como la otra. Los fariseos, redoblando su odio, se preguntaban al salir de la sinagoga, de qué medio se valdrian para perderle. Y se concertaron con este objeto con los Herodianos. Mas Jesus, penetrando sus proyectos, se retiró á orillas del lago de Tiberiades con sus discípulos. Seguíale una multitud inmensa de la Galilea, de la Judea y de Jerusalem, de la Idumea y de las provincias situadas mas allá del Jordan, y los habitantes del contorno de Tiro y Sidon, acudian á la fama de las maravillas que obraba. Jesus mandó á sus discípulos que pusieran á su disposicion una barca para que no le comprimiese la multitud de los que le seguian, porque como sanaba á muchos, todos los que padecian algun mal se precipitaban sobre él para tocarle, y él los curaba á todos. Y los espíritus impuros se postraban ante él cuando le veian y clamaban diciendo: Tú eres el hijo de Dios. Y él les prevenia fuertemente que no le descubriesen, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaias: Hé aquí el hijo de mi eleccion, el bien amado, en quien reposan todas mis complacencias. Mi espíritu será sobre él, y él anunciará la verdad á los pueblos. Y no contendrá con nadie, ni levantará clamores, ni se hará oír su voz en las plazas públicas. No quebrará la caña cascada, ni acabará de apagar la mecha que aun humea, hasta que ha-

ya asegurado el triunfo de la justicia. Y en su nombre pondrán las naciones su esperanza ¹. » ¿Puede compararse este cuadro evangélico de la real mansedumbre y de la humildad divina de Jesucristo, con las fantásticas descripciones de una democracia fogosa y soberbia, paseando por Galilea su tiránica usurpacion, é inaugurando en las orillas del lago de Genezareth, las declamaciones furibundas de un revolucionarismo trascendental? ¡ Ensayarése, si se quiere, el aplicar á esta efusion de milagros, que se producen alrededor de Jesucristo, los irrisorios comentarios del racionalismo y las propiedades escepcionalmente curativas «del placer de ver á una persona predilecta!» No tenemos valor de hacerlo por nosotros mismos. La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo nos arrastra en pos de sí, con la muchedumbre del lago de Tiberiades; subyuga nuestro corazon y nuestra inteligencia, y no nos quedan fuerzas sino para adorarle.

§ III. VOCACION DE LOS DOCE APÓSTOLES.

17. «Y habiendo llegado la noche, continúa el Evangelista, subió Jesus á un monte y pasó la noche en oracion con Dios. Asi que fue de dia, llamó á sus discípulos, y escogió doce de entre ellos, á quienes llamó Apóstoles para enviarlos á predicar el Evangelio. Y les dió el poder de curar las enfermedades y de espeler á los demonios. Simon, á quien puso el sobrenombre de Pedro, y Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago, á quienes puso el sobrenombre de *Boanerges*, que quiere decir, hijos del trueno; y Andrés, y Felipe, y Bartolomé, y Mateo, y Tomás y Santiago, hijo de Alfeo; y Tadeo, y Judas, y Simon Cananeo, llamado el Zelador, y Judas Iscariote, que fue el que le entregó ². » Hé aquí, en pocas líneas, la primer piedra del edificio inmortal de la Iglesia, colocada por mano de Jesucristo. Va á posesionarse del mundo todo un orden nuevo de hechos, de ideas y de doctrina. El número de los discípulos que seguian á Nuestro Señor, era ya tan considerable, que los designa San Lucas con esta espresion: *Turba Discipulorum* ³. La igualdad que han pretendido establecer los Heresiarcas modernos entre todos los fieles; la supresion del orden gerárquico en la Iglesia; el derecho reivindicado para cada conciencia de ser por sí misma su guia, su pastor y su sacerdote;

¹ Matth., XII, 9-19; Marc., III, 1-12; Luc., VI, 6-12. — ² Marc., III, 13-19; Luc., VI, 12-16. — ³ Luc., VI, 17.

la concentracion de todo el cristianismo en el estudio individual de un libro llamado *Palabra de Dios*, y arbitrariamente interpretado segun los caprichos del libre exámen; la supresion de toda práctica religiosa, de toda subordinacion, de todo acto exterior, para colocar la salvacion únicamente en una fe estéril; en una palabra, el sistema protestante en su conjunto, no podria ponerse delante de una condena mas perentoria que la que resulta del texto mismo Evangélico. Nuestro Señor pasa «la noche en oracion.» ¿Dónde está en el seno del protestantismo la práctica de la oracion nocturna? ¿Han conservado los discípulos de Lutero y de Calvino esta tradicion evangélica? ¿Qué han hecho con este ejemplo del Salvador que nos ha dicho de sí mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida?» ¿Continúan marchando por ese camino real que principia por los cuarenta dias de ayuno en el desierto; que continúa por entre una série no interrumpida de oraciones constantes (porque «es preciso orar sin cesar, decia en otro tiempo el divino Maestro, y no cesar un instante») y que termina en fin, en la Pascua cristiana, en que nos da Jesus el pan y el vino bajados del cielo, diciendo: «¡Esto es mi cuerpo!» «¡Esto es mi sangre!» El protestantismo responde á Jesucristo: «¡No mas ayunos, obispos, ni sacerdotes! ¡No mas oraciones! ¡No mas pan ni vino eucarísticos!» Pero la Iglesia, heredera de las tradiciones del Evangelio, continúa, como su Esposo celestial, pasando las noches en oracion. Ha guardado, y guardará hasta el fin del mundo, sus *Nocturnos*, espresion tomada al texto mismo del Libro sagrado: *Erat pernoctans in oratione Dei*. En todos los pueblos del mundo tiene almas fervientes que están en la montaña de la oracion y pasan la noche en oracion con Dios. La Iglesia Católica ha conservado la eleccion y la vocacion de los pastores, sucesores de los Apóstoles. Jesus elige aun en su seno; «entre la multitud de los discípulos, los que quiere llamar á sí.» La fe no basta, la ciencia no basta; el celo no basta. Es preciso que Jesus mismo llame: «*Vocavit ad se quos voluit ipse*. Es preciso que Jesus «escoja:» *Elegit*. ¿Pues qué? ¿Habrá una vocacion diferente para el obispo, para el sacerdote y para el simple fiel? ¿Será cierto que establezca el Evangelio estas distinciones radicales? ¿No son estas, arbitrarias adiciones hechas á la obra de Jesucristo? Sí, es verdad, y el Evangelio lo atestigua, que el divino Maestro eligió por una vocacion especial, y separó del medio de la «multitud de los discípulos á doce hombres, á quienes llamó Apóstolo-

les: » *Apostolos nominavit*; y que les confirió á ellos y no á otros, el poder de evangelizar el reino de Dios y de curar las dolencias espirituales y corporales. Mas adelante, le veremos establecer á Pedro con el poder supremo de confirmar á sus hermanos en la fe, sobre todo el colegio apostólico; verémosle, en fin, constituir bajo esta gerarquía del Papa y de los obispos, los simples sacerdotes representados por los setenta y dos discípulos. Cuando reune, pues, la Iglesia Católica los jóvenes levitas, á la sombra de los altares, y les da el nombre de *Clérigos*¹ (escogidos), conserva, para aplicárselo, el término del Evangelio: *Elegit*². Cuando todos los odios del mundo, que ha vuelto á hacerse pagano, persiguen al nombre *clerical*, ¿quién piensa siquiera, en este siglo de suprema ignorancia, que un nombre tan ultrajado es de origen evangélico, y que los que se glorían hoy de llevarlo, recuerdan la promesa de Jesucristo? «Bienaventurados de vosotros cuando se os maldiga, se os persiga y seais objeto de las mas falaces calumnias por causa mia.» ¿Qué espíritu fuerte, entre los incrédulos, sabe una palabra de estas cosas divinas? Bástale repetir los absurdos de los racionalistas. «Jamás hubo nadie menos sacerdote que Jesus; ningun cuidado de ayunos, ninguna teología, ninguna práctica religiosa, nada sacerdotal³.»

18. Hé aquí, no obstante, las instrucciones que dió Jesus á los doce apóstoles: «No vayais ahora á tierra de gentiles, les dijo, ni tampoco á poblaciones de samaritanos; mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel⁴. Y por do quiera que vayais, predicad y anunciad la buena nueva, diciendo que se acerca el reino de los cielos. Curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos, lanzad los demonios⁵. De balde habeis recibido estos dones, dadlos de balde. No lleveis oro ni plata, ni dinero en vuestros bolsillos. Ni alforja para el viaje, ni mas de una túnica, y un

¹ *Κληρος*, *eleccion*. — ² Luc., VI, 13. — ³ *Vida de Jesus*, pág. 89, 224, 225.

⁴ Al pueblo judío, á la nacion escogida fue á quien se hicieron, en la persona de Abraham (*Genes.*, XVII, 1-4) las promesas de salvacion. No debían los Gentiles, segun la palabra de los profetas (Rom., III, IV, V), llegar á la fe sino por medio de los Judíos, herederos directos de las esperanzas del Antiguo Testamento. Hé aquí por qué quiso Nuestro Señor Jesucristo circunscribir su mision y la que confió á los apóstoles en esta circunstancia, á solo los hijos de Abraham. «Solo he sido enviado, decia, á las ovejas descarriadas de la casa de Israel.» (Joan., X, 3; Matth. X, 6; XV, 24.)

⁵ Hé aquí otra prueba de que las posesiones de los demonios eran enteramente distintas de las enfermedades ordinarias, y de que el racionalismo no explica nada, cuando trata de confundir unas y otras.

calzado, ni tampoco báculo, porque el que trabaja, merece que le sustenten. Y cuando entreis en alguna ciudad ó aldea, preguntad quién hay en ella hombre de bien, para alojaros y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Y cuando entreis en la casa, saludadla, diciendo: La paz sea en esta casa. Que la si casa lo merece, vendrá vuestra paz á ella; pero sino lo merece, vuestra paz se volverá con vosotros. Caso que no quisiera recibirlos, ni escuchare vuestras palabras, saliendo fuera de la tal casa ó ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio de su incredulidad. En verdad, os digo, que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio que aquella ciudad. Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos ¹. Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Recataos empero de tales hombres, porque os delatarán á sus tribunales, y os azotarán en sus sinagogas. Y por mi causa sereis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio ² de mí á ellos y á las naciones. Y cuando os hicieren comparecer así ante los magistrados, no os dé cuidado el cómo ó lo que habeis de hablar, porque en aquella hora se os inspirará lo que hayais de decir; puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros. Entonces el hermano entregará á la muerte á su hermano, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y los harán morir. Y vosotros sereis odiados de todos, por causa de mi nombre, pero quien perseverase hasta el fin, éste se salvará. Y cuando os persigan en una ciudad, huid á otra. En verdad, os digo, que no acabareis de convertir á las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre. No es el discípulo mas que su maestro, ni el siervo mas que su amo. Bástale al discípulo ser tratado como su maestro, y al criado como su amo. Si al padre de familias osaron llamar Beelzebub ¿cuánto mas ultrajarán á sus domésticos? Pero por eso, no tengais miedo, porque nada está cubierto que no se haya de descubrir algun día, ni secreto que no se haya de saber. Lo

¹ San Clemente, en su *Epístola II á los Corintios*, menciona aquí un hecho tradicional, que conviene recordar. «Cuando pronunció el Señor estas palabras, dice, le preguntó Pedro: ¿Y si los lobos devoran las ovejas?—Y Jesus respondió: Cuando ha muerto el cordero, no teme al lobo. Asimismo, no temais á los que pueden matar al lobo, y cuyo poder no alcanza á mas.» (San Clemente; *Epístola II á los Corintios*, cap. V, *Patrol. græc.*, tom. I, col. 335.)

² Matth., X, 19. Tal es el origen de la palabra cristiana de *mártir*.

que os digo en las tinieblas, decidlo á la luz del dia, y lo que os digo al oido, predicadlo desde los terrados. Y no temais á los que matan al cuerpo, pero no pueden matar al alma, sino temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno. ¿Acaso no se venden por un cuarto dos pájaros, y no obstante, ninguno de ellos cae en tierra, sin que lo disponga la voluntad de vuestro Padre celestial? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Y asi, no tengais miedo; valeis vosotros mas que muchos pájaros. En suma: á todo aquel que me reconociere y confesare por Mesías delante de los hombres, yo tambien le reconoceré y me declararé por él delante de mi Padre, que está en los cielos. Mas al que me negase delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos. No penseis que vine á traer la paz á la tierra; no vine á traer paz, sino guerra. Porque vine á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra. Y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. Quien ama al padre ó á la madre mas que á mí, no es digno de mí; y quien ama al hijo ó á la hija mas que á mí, tampoco merece ser mio. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. Quien (á costa de su alma) conserva su vida, la perderá, y quien perdiere su vida por causa mia, la salvará. Quien os recibe á vosotros, me recibe á mí, y quien á mi me recibe, recibe á aquel que me envió. El que hospeda á un profeta en atencion á que es profeta, recibirá la recompensa del profeta, y el que hospeda á un justo en atencion á que es justo, recibirán la recompensa del justo. Y cualquiera que diese de beber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca en atencion á que es discípulo mio, os doy mi palabra de que no perderá su recompensa ¹.

19. Tales son aun las instrucciones que repite la Iglesia Católica á aquellos de sus hijos, á quienes la eleccion de Jesus llama al ministerio de las almas. ¿Cómo no admirarse de la unidad de lenguaje, de instituciones y de doctrinas que principió en la montaña de Tiberiades y se prolongó sin interrupcion hasta nosotros? Los nombres de *Mártires*, de *Confesores*, estos términos desconocidos del mundo pagano, salen por primera vez de boca del Salvador, en una oscura provincia de Judea. Acógenlos doce pescadores trasformados

¹ Matth., IX, X, XI; Marc., VI; Luc. VIII, IX.

en Apóstoles; y en el día, estos nombres han conquistado el mundo. Háse realizado la profecía del divino Maestro en toda la série de las edades. Se ha hecho comparecer á los testigos de Jesucristo, los confesores de su divinidad, ante todos los tribunales, á presencia de todas las jurisdicciones, á los pies de todas las soberanías de la tierra: así será hasta la consumacion de los siglos. Nunca terminarán los suplicios, triunfando de ellos el testimonio, la confesion y el martirio. El hecho solo, independientemente de toda profecía anterior, constituiria un fenómeno sobrenatural. La prediccion precediendo al acontecimiento, y éste confirmando la prediccion, se enlazan con tan divina magestad, que es preciso abjurar de toda razon para no reconocer el milagro. La constitucion de la Iglesia se halla enteramente en las admirables palabras de Jesucristo. El Señor envia pobres á llevar gratuitamente al mundo el beneficio de la regeneracion que han recibido gratuitamente tambien ellos; sin que deban pensar en la solicitud material, ni en los medios de proveer á su subsistencia. Pero hé aquí la maravilla. En esta pobreza, independiente y absoluta, hallarán en abundancia lo que no buscaban; porque los que les recibieren, recibirán á Jesucristo, los que les den sea el óbolo de la viuda, sea el tesoro del rico, sea el vaso de agua de la mas pobre hospitalidad, lo habrán dado al mismo Jesucristo y adquirido un derecho inenagenable á las celestiales recompensas. Todo el poder temporal de la Iglesia se halla en estas palabras que salieron de los labios del Salvador. A los siglos de persecucion que solo tendrán cadalsos para los testigos de Jesus, sucederán los siglos de fe que santificarán sus riquezas, poniéndolas á los pies de los discípulos de Jesus. O mas bien, no se marcará ni se dividirá así por épocas esta diferencia de conducta; los siglos de persecucion tendrán sus ejemplos de generosidad. Al lado de Nerón, que crucificará á San Pedro, el senador Pudens hará sentar á San Pedro en su silla curul, y echará en manos del Apóstol los tesoros acumulados por veinte generaciones de padres conscritos. Desarrollaránse persecuciones y afectos y contemplaciones en línea paralela hasta el fin de las edades. La pobreza evangélica y la riqueza de la Iglesia se mantendrán en este equilibrio divino, constituido por Jesucristo en despecho de todos los odios y de todos los furores de los hombres.

20. «Después de haberles dado estas instrucciones, dice el Evan-

gelio, empezó Jesus á enviarlos de dos en dos á predicar á todas las ciudades y lugares, á donde él mismo habia de ir. Y les dió el poder de lanzar los demonios. Y marcharon, pues, de un lugar á otro, predicando el Evangelio y la obligacion de hacer penitencia; y untaban con aceite á muchos enfermos y los sanaban ^{1.} ¿Qué ha venido á ser en el seno del protestantismo esta uncion de aceite á los enfermos? ¿Qué significan entre nuestros hermanos estraviados estas acusaciones mil veces repetidas de supersticion idolátrica, á propósito del sacramento de la Estrema-Uncion? Parece verdaderamente que á fuerza de leer el Evangelio, haya llegado el protestantismo á no comprender una sola palabra del texto sagrado. Ya vemos en efecto, pasar á nuestra vista, por el orden de la narracion evangélica, todas y cada una de las instituciones actuales de la Iglesia. La tradicion apostólica ha reproducido, mantenido y perpetuado la vida y el apostolado de Jesucristo en la tierra, sin quitarle nada, sin añadirle nada; desarrollando, con la expansion misma de la obra, el espíritu de su divino fundador. Jesus, en la Iglesia, enseña, bendice, ruega, ofrece su sacrificio, da la uncion á los enfermos, lanza á los demonios, obra milagros y resucita los muertos, actualmente lo mismo que durante los tres años de su ministerio público.

§ IV. CAFARNAUM.

21. «Y bajando Jesus de la montaña acompañado de sus discípulos y de un gran gentío, se paró en una llanura, y levantando Jesus los ojos hácia sus discípulos, dijo: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios: Bienaventurados los que ahora teneis hambre, porque sereis saciados: Bienaventurados los que ahora llorais, porque reireis: Bienaventurados sereis cuando los hombres os aborrezcan y cuando os desecharen y os afrentaren, y despreciaren como infame vuestro nombre por causa del Hijo del hombre. Alegraos entonces y saltad de gozo, porque os está reservada en el cielo una gran recompensa, pues así trataban sus padres á los profetas. Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya teneis vuestro consuelo en el mundo! ¡Ay de vosotros los que hoy estais hartos,

¹ Matth. X, 1; Marc, VII, 7-13; Luc., X, 1.

porque tendreis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque dia vendrá en que os lamentareis y llorareis! Despues dijo á sus discípulos: ¡Ay de vosotros cuando los hombres mundanos os aplaudieren, porque asi lo hacian sus padres con los falsos profetas! Pero á vosotros, que me escuchais, os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Y dad á los que os piden y tratad á los hombres de la misma manera que quisiérais que ellos os traten¹.» Despues de haber hablado asi Jesus, se volvió á Cafarnaum², y entró en una casa de la ciudad³. Precipitóse en ella tal tropel de gentes, que ni siquiera podian tomar allí alimento Jesus ni sus discípulos. Y cayó en desfallecimiento: los discípulos quisieron penetrar por entre la multitud para socorrerle, y se esparció el rumor de que habia perdido el uso de los sentidos⁴. Y los Doctores y los Fariseos que le seguian desde Jerusalem, y que se habian juntado con la multitud, exclamaron: «¿no veis que se halla poseido de Belcebub, y lanza los demonios por arte del príncipe de los demonios? —Entonces Jesus hizo acercarse á los Escribas y les dijo en parábolas: ¿Cómo puede Satanás lanzar á Satanás? Si un reino se divide en partidos contrarios, no puede subsistir. Y si una familia está dividida contra sí misma, no puede subsistir. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, está dividido y no podrá subsistir, sino que su poder vacilante tendria bien pronto fin. Nadie puede entrar

¹ Luc., VI, 17-31. Este discurso ofrece mucha analogía con el sermón de la Montaña, reproducido mas explicitamente por San Mateo. Hemos tomado, pues, de San Lucas algunas sentencias particulares que no se hallan en el otro Evangelista.

² Lucas VIII.—³ Marcos, III, 20.

⁴ Este es el sentido propio del texto griego *Ἐκστασις*. *Animi deliquium passus est*. Despues de las fatigas del dia anterior y la de la noche pasada en oraciones, no permitió la multitud tomar al Salvador alimento alguno. Sintió, pues, Jesus desmayo; porque el Hijo del hombre tomó toda la flaqueza de la naturaleza humana. Los Escribas que habia entre la multitud se aprovecharon de esta circunstancia para decir que Jesus acababa de caer bajo la posesion del demonio. Entonces brilla la divinidad, y el Hijo de Dios confunde á estos hipócritas doctores. (Hasta aquí la nota de M. Darras. Los Padres Amat y Petit traducen «ha perdido el juicio», poniendo por nota el último: La expresion latina de la Vulgata dice: *In furorem versus est*, lo que unos traducen: *está furioso*; otros: *está fuera de sí*; otros: *ha perdido el juicio*. Todo viene á significar una misma cosa. El Padre Scio traduce: «Se ha puesto enagenado;» y en una nota dice lo siguiente: El *in furorem versus* de la Vulgata, en el texto griego, es *ἔκστασις*, *extra se est*, como si dijera: *está estático*, engenado y olvidado de sí, hasta de tomar alimento, por el fervor y aplicacion á las cosas del Evangelio. A esta esposicion convienen todas las circunstancias.)—(N. del T.)

en la casa de un valiente armado para robarle sus alhajas, sino atando primero al valiente, para robar despues su casa. En verdad os digo, que todos los pecados serán perdonados á los hijos de los hombres, y aun las blasfemias que hubieran proferido. Pero el que hubiere blasfemado contra el Espíritu Santo, no tendrá jamás perdon, sino que será reo de eterno juicio (ó condenacion ¹.) «Habla- ba Jesus asi, para responder á la acusacion que acababan de hacerle, diciendo:» ¡Está poseido del demonio!—En este momento, vinieron la Madre de Jesus y sus hermanos (ó parientes), y quedándose fuera, enviaron á llamarle. Y la gente que estaba alrededor de él, le dijeron: Mira que tu Madre y tus hermanos te buscan ahí fuera. Y respondiéndoles, dijo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando atentamente á los que estaban sentados alrededor de él, dijo: Hé aquí mi madre y mis hermanos; porque el que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre ².»

22. Aquí se manifiestan la humanidad del Hijo del hombre y la divinidad del Hijo de Dios, en la persona sagrada de Jesus, con patentes caracteres. Todo el dia anterior, en aquel sábado en que fue curado el hombre de la mano seca de la sinagoga, se pasó en huir

¹ Esto es, será sumamente difícil su arrepentimiento. (Padre Amat.) El Padre Scío en su nota al vers. 32 del cap. XII del Evangelio de San Mateo, que dice lo mismo que este texto de San Marcos, expone lo siguiente. «Los Fariseos veian los milagros de Cristo hechos en beneficio de los hombres, conocian la fuerza de estas gracias del Espíritu Santo, y sin embargo, contra su propia conciencia, los atribuian al poder del demonio. La misma luz del sol, los cegaba, y su mismo ardor los endurecia. Ciegos pues, obstinados y blasfemos contra el Espíritu Santo, no parece les quedaban ya medios para su arrepentimiento y perdon. Por esto añade el Señor, que *este pecado no se perdonará ni en este siglo, ni en el otro*; no quiere decir que sea absolutamente irremisible, sino que casi jamás se perdona, porque esta misma ceguedad y dureza es por sí misma el castigo del orgullo y de la envidia diabólica que es su verdadero principio; y asi se ve, que empezó á castigarlos acá abajo, entregándolos á un réprobo sentido. Hubieran podido conseguir el perdon, si hubieran hecho penitencia; pero el fruto ordinario de su pecado era un espíritu de impenitencia. Lo que inclinó á San Agustín, de *Verb. Dom. Serm. XI, nov. edít. 71, Cap. XII, núm. 20*, á entender por esta blasfemia contra el Espíritu Santo, la impenitencia final, que va acompañada de la desesperacion de la misericordia de Dios. Tal es la esplicacion de este texto difícil, conforme á la doctrina de los Padres en especial de San Atanasio, San Agustín y Santo Tomás.—El P. Petite dice sobre el mismo versículo. *La blasfemia contra el Espíritu Santo* es cuando se atribuyen al diablo las obras que manifestamente son del Espíritu Santo, como lo explican San Atanasio, San Hilario y San Juan Crisóstomo. Y aunque absolutamente, no hay pecado alguno irremisible, con todo eso, dice Jesucristo, que éste no se perdonará, para dar á entender que se perdonará con mas dificultad que los otros, porque se opone derechamente á la fuente de las gracias. (S. Juan Crisóst. *Hom. 42 in Matheo*.—(N. del T.)

² Marcos, III, 20 ad ultím.

el divino Maestro del odio de los Fariseos, que seguian sus pasos. La aglomeracion de la multitud, á orillas del lago de Genesareth, no le permitió pensar en tomar el menor alimento. Prodígase por la salvacion de todos, y solo se olvida de sí mismo y de sus propias necesidades, en su mision de divina caridad, y cuando sobreviene la noche, la pasa orando en la montaña. Al llegar el dia, elige á sus apóstoles, á quienes da sus instrucciones; desciende con ellos á la llanura, y dirige al pueblo palabras de consuelo, de misericordia y de paz. De regreso á Cafarnaum, entra en una casa amiga; pero le precede la multitud y no le deja tiempo de romper el pan de la hospitalidad. La humanidad desfallece á consecuencia de tantas privaciones, fatigas y abstinencia. Hé aquí cómo ha osado traducir esto el racionalismo moderno con este impío comentario. «Su vida en Galilea era una fiesta perpetua.» Fariscos del siglo XIX, blasfemadores del Espíritu Santo, venid, pues, á considerar al Hijo del hombre, estenuado de inanicion y desmayado de debilidad, en la casa de Cafarnaum. ¡Oh, Jesus! perdónales, porque no saben lo que se dicen. ¿Y lo sabian los mismos Escribas que seguian al divino Maestro, desde su partida de Jerusalem, espiando la ocasion de calumniar todos sus actos, de acriminar todas sus intenciones y de sublevar al pueblo contra él? El accidente que acaba de verificarse es sabido en breve por la muchedumbre. «Ha caido en desmayo,» se dice, y se apoderan los Fariseos de este pretexto para hacer circular su sacrilega interpretacion. ¿No veis, esclaman, que está poseido, que se ha apoderado de él Belcebub y que arroja los espíritus malignos en nombre del príncipe de los demonios? Cada espresion es aquí de tal modo hebraica, que destruye con su autenticidad intrínseca, toda sospecha de leyenda ó de interpolacion apócrifa. Belcebub, el príncipe del aire, es un nombre esencialmente bíblico, que no se encuentra en ninguna de las literaturas griega ó romana. Para hallarle es necesario ascender hasta el tiempo de Ochozias, rey de Israel, cuando este príncipe apóstata, enfermó por haber caido de lo alto de una terraza de su palacio de Samaria, y sintiendo acercarse la muerte, envió á consultar el oráculo de Belcebub, dios fenicio que tenia su templo en Accaron ¹. El nombre de esta divinidad extraña habia sobrevivido á su culto, y se habia perpetuado en los re-

¹ IV, Reg., I, 2. Cf. Cornelius a Lapide. *Comment.*, tom. IV, p. 3.

cuerdos del pueblo judío, como sinónimo de Satanás, jefe de los ángeles rebeldes. Había, pues, de parte de los Fariseos, al atribuir los milagros de Nuestro Señor á la potestad de Belzebub, un cálculo de odio profundo y de calumniadora habilidad; porque era dirigir contra Jesus la acusacion mas directa de idolatría, y entregarle á la pena capital, impuesta por la ley mosaica contra todos los adoradores de los falsos dioses.

23. Pero la humanidad que acababa de desmayar en la humilde casa de Cafarnaum, da lugar á la suprema accion del Verbo encarnado. El Hijo del hombre se manifiesta en desmayo; el Hijo de Dios va á revelarse en su fuerza. Desaparecen súbitamente la estenuacion y la fatiga y se levanta Jesus, lleno de una divina energía. Llama á los Fariseos y lanza sobre su frente culpable el anatema irremisible que ha de alcanzar á todos los blasfemos del Espíritu Santo. ¿Qué es, pues, el pecado contra el Espíritu Santo, pregunta el obispo de Hipona para que desconcierte la onnipotente misericordia de Jesus, y no pueda perdonarse, ni en este ni el otro mundo por el Dios del perdon? Habrian podido borrarse la apostasia de Judas y el estigma de su traicion, por una sincera penitencia; la blasfemia contra el Espíritu Santo, no será jamás perdonada. Hallámonos, pues, aquí tambien con una de esas espresiones que llevan en sí mismas un carácter incontestable de autenticidad. Para comprenderlas es preciso remontarse á la tradicion hebráica, cuya indeleble marca conservan. El Espíritu Santo, segun la noción judía era la verdad de Dios mismo. El Espíritu Santo era el sopro de Dios que habia inspirado á Moisés y á los Profetas, cumplido todas las maravillas de la ley antigua, y producido los actos de santidad, de piedad y de virtud de los patriarcas y de los justos de Israel. Así, blasfemar del Espíritu Santo, era blasfemar de la verdad conocida, ultrajar la magestad visible y manifiesta de Jehovah. «Contristar el Espíritu Santo ¹» — «apagarlo en su corazon²» — «ultrajar al Espíritu de gracia ³» son otras tantas locuciones hebráicas, cuyo significado es el de pecar contra Dios. Pero la inclinacion del hombre hácia el mal, la debilidad de nuestra flaca ó decaida naturaleza, los ciegos impulsos de las pasiones nos solicitan sin cesar al pecado. ¡Acaso Jesucristo, que venia á desposarse con

¹ Isa, LXIII, 10. — ² Thessal., V, 19. — ³ Hebr., X, 29.

nuestras flaquezas para curarlas, cerrará á las almas la puerta de la penitencia! No. Nació, padeció, y murió por los pecadores por todos en general, y por cada uno en particular. El cielo se abre para el ladron convertido á la última hora, asi como para el justo que ha perseverado desde su infancia en los senderos de sus mandamientos. «Blasfemar del Espíritu Santo,» es el crimen, no ya del hombre, sino de Satanás. Solo el ángel caido pudo llamar á Jehovah el dios del mal; dar á la luz el nombre de tinieblas; cerrar los ojos á los esplendores de lo verdadero para erigir un trono al error, y adorarlo como la divinidad suprema. ¡Tiemblen, pues, esos genios soberbios que tiene por adversarios implacables la verdad conocida; esos Escribas de nuestros modernos Cafarnaum, á los ojos de los cuales el Hijo de Dios es un hábil impostor, un magnetizador, un em pírico ó un poseido! Semejantes á esos Fariseos á quienes irritaba la luz sin iluminarles, entran en el camino de Satanás. Como ellos tambien, son libres de abandonar la ruta del abismo, antes de la hora en que la impenitencia final haya cerrado para siempre su eterno destino. Estos doctores de la mentira han dicho: «Jesus detestaba á su familia que le correspondia lo mismo.» Hé aquí por qué, sin duda, María, la tierna madre, informada por el rumor público del accidente sobrevenido a su divino Hijo, en la casa de Cafarnaum, se apresura á volar en su auxilio. Hé aquí por qué, los hermanos de Jesus, es decir, como ya se ha visto, sus primos, los hijos de Cleofas, intentan penetrar por entre la multitud para librarle del peligro y prodigarle los cuidados del mas vivo afecto. Pero el Hijo de Dios que inspira semejantes sacrificios, no los necesita. Su madre y sus hermanos son todos los desgraciados; inmensa familia que abraza la humanidad entera, con quien vino á desposarse, á quien vino á consolar y á curar.

24. «Un centurion de Cafarnaum, continúa el Evangelio, tenia enfermo y casi á la muerte un criado á quien estimaba mucho. Y habiendo oido hablar de Jesus, le envió algunos ancianos de los judíos, pidiéndole que fuese á sanar á su criado. Y ellos habiendo ido á buscar á Jesus, se lo pedian con instancia, diciendo: Es digno de que hagas esto por él; porque ama nuestra nacion y nos ha edificado una sinagoga. Y Jesus respondió: Yo iré y le curaré. E iba Jesus con ellos, y cuando estaba cerca de la casa, el centurion con algunos de sus amigos salió á su encuentro y le dijo: Señor, no soy

digno de que entres en mi casa; pero di solamente una palabra, y mi criado quedará sano. Pues aun yo que estoy subordinado á otros, tengo soldados á mi mando, y digo á uno: Vé, y vá; y á otro: ven, y viene; y si digo á mi criado: haz esto, lo hace.—Oyendo esto Jesus, se admiró, y dirigiéndose á las gentes que le seguian, dijo: En verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado fe tan grande. Asi, os declaro que vendrán muchos (gentiles) de Oriente y Occidente, y estarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Mientras que los hijos del reino (los judíos) serán arrojados á las tinieblas exteriores; y allí será el llanto y el crujir de dientes.—Y en seguida, dijo Jesus al centurion: Véte, y sucédate, conforme has creído; y en aquella hora quedó sano el criado ¹.» El soldado romano en frente de la divinidad de Jesucristo, es uno de los rasgos mas admirables del Evangelio. Este centurion, que habia tal vez cruzado las Galias y la Germania con las legiones de Varo, vino á acabar sus últimos dias en Judea. Tiene toda la bondad del veterano, y toda la disciplina del legionario. Edifica una sinagoga á sus administrados galileos, y manda á sus subalternos con la altivez y el laconismo de un hijo de Rómulo: «Vé,» les dice; y van; «ven,» y vienen. El mandato breve y preciso de César ha pasado al lenguaje militar de Roma. Pero bajo esta ruda corteza ¡qué elevacion de pensamiento, qué delicadeza de sentimiento! El mismo Jesus admira la fe de este Romano. Jamás, en efecto, se espresó mas solemnemente la afirmacion de la divinidad del Salvador. Parece que se ha unido en el corazon del soldado la ternura del mas ferviente apóstol á la energía del carácter nacional. «Señor, dice, no soy digno de que entres en mi casa; pero di solamente una palabra, y quedará sano mi criado.» La naturaleza obedece á vuestras leyes, pues que vos sois su Dios. Yo mismo, oficial de un grado inferior en los ejércitos del César Tiberio, no tengo mas que decir una palabra, y mis soldados ejecutan mis órdenes. Vos, Señor supremo, hablad, y los elementos dóciles obedecerán á vuestra voz.—Tal es el sentido de estas enérgicas palabras; y la fe del centurion es oida. Que busque el racionalismo por qué maravilla de contacto lejano, un criado moribundo, que «no tuvo el placer de ver á una persona predilecta,» fue curado al instante mismo.

¹ Lucas, VII, 1-10; Matth VIII, 5-13.

§ V. ESCURSION Á GALILEA.

25. «Jesus recorrió despues las ciudades de Galilea, dice San Mateo, predicando el reino de Dios y enseñando á los pueblos ¹. Y sucedió que iba Jesus á la ciudad de Nain, é iban con él sus discipulos y gran multitud de gentes. Y quando estaba cerca de la ciudad, hé aquí que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre, que era viuda, á la cual acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido á compasion, la dijo: No llores. Y se acercó y tocó el féretro, y los que le llevaban se pararon; y dijo entonces: Mancebo, levántate, yo te lo mando.—Y luego al punto se incorporó el que estaba muerto, y empezó á hablar. Y Jesus le entregó á su madre. Y todos se llenaron de temor, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.—Y la fama de este milagro se extendió por toda la Judea y las provincias comarcanas ².»

26. El racionalista moderno siente que no se haya cuidado una Academia de Roma ó de Atenas, de enviar una comision científica á Nain, pequeña ciudad de la tribu de Issachar, al pie del monte Thabor, para comprobar la realidad del milagro en el momento en que lo verificó Nuestro Señor. ¿Qué hacian, pues, los sabios encargados de ejercer de oficio la soberanía de las inteligencias, en la época del César Tiberio? Es inconcebible su negligencia; sin embargo, se podría invocar en descargo suyo algunas circunstancias atenuantes. Jesucristo no habia ni publicado previamente, ni convocado á los sabios para que fueran á examinar el gran espectáculo de la resurreccion de un muerto, á las puertas de Nain. Y no obstante, no faltarán testigos á la manifestacion divina, y cuando menos se haya concertado el acontecimiento, mas patente será la realidad del prodigio. La casualidad del encuentro, para dar este nombre enteramente humano á la disposicion de la Providencia, que llevaba á las puertas de Nain la comitiva fúnebre, con el numeroso séquito de la madre desconsolada, en el mismo instante en que iba á entrar en la ciudad el Salvador, rodeado tambien de una inmensa multitud, basta para alejar toda idea de connivencia ó de preparacion alguna con

¹ Matth., XI, 1: —² Lucas, VII, 11-17.

el objeto de impresionar las imaginaciones. La viuda de Nain habia perdido realmente á su hijo único, esperanza de su vejez y único apoyo de su aislamiento. No se escapan, pues, de su destrozado corazon lágrimas convencionales ni sollozos facticios, al acompañar al sepulcro de familia, el cuerpo inanimado de su hijo, para enterrarle al lado de los restos queridos de un esposo. La ciudad entera, simpática á este dolor maternal, le forma su comitiva; y Jesucristo que debia ser tambien objeto para el corazon de Maria de un desconsuelo semejante, el Dios-Hombre que bajó á la tierra para participar de todos los dolores humanos, se conmueve de misericordia. Toca el féretro descubierto donde reposa el jóven difunto. Aquí, como siempre, cada pormenor de la narracion evangélica tiene un carácter de incontestable veracidad. Los cadáveres eran transportados entre los Hebreos, con el rostro descubierto, en una especie de féretro sin cerrar. Los sepulcros no podian estar en el interior de las poblaciones, donde hubieran sido permanentemente causa de impureza legal. Sin embargo, debian estar bastante próximos á las poblaciones, para que no escediera su distancia del intervalo que era permitido salvar un sábado, pues así se podia, sin violar el descanso sabático, no dejar que permaneciera el cadáver en la casa mortuoria, y conducirle inmediatamente al sepulcro, donde se hallaba dispuesta una estancia para los últimos cuidados de la sepultura. Estos usos eran esclusivamente propios de la nacion judía. Los Egipcios, por ejemplo, tenian costumbres diferentes. Guardaban por mucho tiempo los cadáveres, transportándolos definitivamente al sepulcro, en ataúdes ó féretros herméticamente cerrados, que semejaban la forma de las mismas momias. Los Romanos que practicaban la exhumacion de los cuerpos, no se servian de ataúdes, sino que llevaban los cadáveres adornados como para una gran fiesta, á la pira, en una ostentosa litera. Así pues, la narracion del Evangelio es en su divina sencillez, de una verdad local que desesperará siempre á los racionalistas futuros.

27. Y ahora se concibe sin dificultad, cómo pudo levantarse en pie el muerto que resucitó la voz poderosa de Jesus, sin desclavar el féretro ó sin levantar una cubierta que no existia. Concibese que pudiera salir, sin auxilio alguno, del féretro, y que se lo entregase Jesus á su madre sin necesidad de quitarle las ligaduras ó sudario con que no se le habia todavía envuelto. Pero espíquese, si se puede,

por todos los artificios del racionalismo moderno, cómo, á vista de una ciudad entera, en presencia de dos comitivas, la que salia de Nain siguiendo el fúnebre convoy, y la que entraba en ella siguiendo al divino Maestro, esplíquese cómo resucita tan súbitamente ese muerto tan llorado á la palabra de Jesus: ¡Jóven, levántate, yo te lo mando!» ¡Una letargia curada súbitamente por las dos corrientes de la multitud que se dirigia en sentido inverso! Háse dicho esto, porque era necesario decir algo; pero ¿por qué está corriente no obró sino en el momento en que habló Jesus? ¡Qué prodigiosa casualidad mas increíble que todos los milagros! ¡La conmocion se produjo por el eco de la voz que resonó en el silencio general! Se ha dicho tambien esto. Pero precedian al fúnebre cortejo, cantando, las plañideras y los coros de músicos. No reinaba el silencio de la muerte como entre nosotros, alrededor del cadáver. ¿Pues qué? ¿Es muy difícil de reconocer que si no hubiera hecho milagros Jesucristo, si no hubiera resucitado á los muertos, no hubiera convertido jamás al mundo pagano, y nunca hubiese resucitado una sola alma? El hijo de la viuda de Nain, este jóven, á quien volvió el Salvador á la vida y entregó á su madre, fue un instrumento de resurreccion espiritual, y un testigo irrecusable de la divinidad de Jesucristo. Hé aquí cómo se espresa Quadrato, en su Apología dirigida al emperador Adriano en el año 131 de nuestra era: «Los milagros de Nuestro Salvador se verificaron siempre en público, porque eran verdaderos. Asi, los enfermos que curó, los muertos que resucitó, fueron vistos por todo el mundo, no solamente en la época misma del prodigio, sino largo tiempo despues. Pudo interrogárseles durante el periodo que pasó Jesus en la tierra, y despues de su Ascension, á la cual sobrevivieron. Algunos de ellos viven aun en nuestros dias ¹.» ¡Desembarácese como pueda el racionalismo moderno de semejantes testimonios!

28. El milagro de Nain resonó considerablemente. Tal vez deben referirse á esta época de la vida del Salvador las relaciones que quiso mantener con él un jefe de tribus árabes, Abgar. La tradicion ha conservado el nombre de este extranjero, y todo induce á creer

¹ Τοῦ δὲ Σωτῆρος ἡμῶν τὰ ἔργα αἱ παρὴν Ἀληθῆ γὰρ ἦν· οἱ θεραπευθέντες, οἱ ἀναστάντες ἐκ νεκρῶν, ὃ οὐκ ἔφθασαν μόνον θεραπευόμενοι, καὶ ἀναστάμενοι, ἀλλὰ καὶ αἱ παρόντες· οὐδὲ ἐπιδημοῦντες μόνον τοῦ Σωτῆρος, ἀλλὰ καὶ ἀπαλλαγίτου, ἦσαν ἐπὶ χρόνον ἰσαὶόν, ὥστε καὶ εἰς τοὺς ἡμετέρους χρόνους τινὲς αὐτῶν ἀφίκοντο. (Quadrat., *Apológ. ad Adrian.*, Euseb., *Hist. eccles.*, lib. IV, cap. III, *Patrol. græc.*, tom. XX, col. 309.)

que si los testos conocidos actualmente con el título de *Cartas de Abgar*, son de origen ó de traduccion mas recientes, el hecho mismo de haber enviado á Jesucristo este príncipe una diputacion, es histórico. Como quiera que sea, los discípulos de Juan vacilaban aun en venir á ponerse bajo la direccion de Aquel á quien habia llamado su maestro: el Cordero de Dios. El Precursor continuaba detenido en la fortaleza de Maqueronta. Herodes Antipas habia resistido hasta entonces á las sollicitaciones de una esposa ambiciosa y cruel; retrocedia ante un crimen, menos tal vez por un sentimiento de justicia, que por temor de una conmocion popular. El ilustre cautivo se aprovechó de los últimos instantes que le dejaba la moderacion ó la pusilanimidad del tetrarca, y haciendo llamar á dos de sus discípulos mas fieles, les dirigió directamente á Jesus. «Nos envia á tí Juan Bautista, dijeron al Salvador. ¿Eres el Mesías que ha de venir, ó debemos esperar á otro?—Hallábase en aquel momento Jesus rodeado de un gran gentio, y en presencia de los discípulos de Juan, curó á los enfermos de sus enfermedades, libró del espíritu maligno á los endemoniados, y volvió la vista á los ciegos. Usando despues de la palabra, respondió á los enviados: Id á contar á Juan lo que habeis oido y lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, resucitan los muertos, es anunciado el Evangelio á los pobres, y bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasion de escándalo.—Luego que se fueron los enviados, empezó Jesus á hablar de Juan al pueblo que le rodeaba. ¿Qué es lo que salisteis á ver en el desierto? ¿Una caña que á todo viento se conmueve? ¿Pero qué salisteis á ver? ¿Un hombre vestido con lujo y afeminacion? Los que llevan vestidos suntuosos y viven en delicias, están en los palacios de los reyes. En fin, ¿qué salisteis, pues, á ver? ¿A algun profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y mas que profeta. Porque él es de quien está escrito: Hé aquí que yo envio mi Angel ante tu presencia, el cual irá delante de tí para prepararte el camino. En verdad os digo: No ha salido entre los nacidos de mujer, alguno mayor que Juan Bautista; si bien el menor en el reino de los cielos, es mayor que él. Y desde la aparicion de Juan Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece violencia (ó se alcanza á viva fuerza) y los que se la hacen (á sí mismos) son los que lo arrebatan. Porque todos los Profetas y la Ley hasta Juan, profetizaron lo porvenir. Y si quereis entenderlo, el mismo Juan es aquel

Elías que ha de venir ¹. El que tiene oídos para entender, entiéndalo ².

29. El elogio del Precursor en boca del divino Maestro, es el elogio del Evangelio mismo. ¿De dónde viene la superioridad tan altamente señalada á Juan Bautista? ¿En qué es mas grande ó mayor que Moisés, Elías, Isaías ó Daniel? Si Jesucristo no es Dios, si su reino no es el de el Emmanuel, si no es el término á que van á parar las figuras, las profecías, los ritos y las observancias del Antiguo Testamento, no tendrá Juan Bautista ningun título particular para tomar un rango superior á las personalidades mas gloriosas de la historia humana. Pasó su vida en el desierto. Lo mismo hicieron Moisés y Elías. Predicó penitencia al pueblo. Jonás hizo lo mismo antes que él. Bautizó á la multitud en el agua del Jordan. Moisés habia bautizado á la raza judia en la nube luminosa y en las aguas del Mar Rojo. Cada dia, bautizaban los sacerdotes de Jerusalem á los prosélitos en el agua de la Piscina Probática, ó en las cisternas de Siloe. Pero Juan Bautista no renovó los milagros de Moisés, los de Elías, de Isaías y de los demás profetas. ¿En qué consiste, pues, respecto de él, esta grandeza escepcional, que ningun nacido de mujer alcanzó ni alcanzará nunca? En que fue el Angel del Mesías y el Precursor terrestre del Verbo encarnado. Hé aquí su prerrogativa incommunicable. El dia cuya aurora deseó ver Abraham; la cstrella de Jacob, cuyos rayos quiso contemplar Moisés de las alturas de Phasga; el verdadero rey de Israel que debia acabar la obra de Elías, destruyendo los altares de los falsos profetas; el Hijo de una Virgen madre, cuya cuna habia saludado de lejos Isaías; el Cristo jefe; el Hijo del hombre, sentado en el trono del Anciano de los dias, que proclamaba en su éxtasis Daniel, le vió Juan Bautista con sus ojos mortales, le designó con el dedo, proclamando su adve-

¹ Esto es, Juan es Elías, en el oficio de precursor de la primera venida de Jesucristo, asi como Elías lo será de la segunda. (V. San Gregorio, Hom. 7, in Evang. «Algunos son de sentir, con San Gerónimo, dice el padre Scio, en su nota á este versículo, que el Señor dió el nombre de Elías al Bautista, porque asi como este en la segunda venida de Jesucristo, vendrá á anunciar que este Señor ha de venir como Juez del mismo modo, en la primera, San Juan fue el precursor que anunció que debia de venir en calidad de Redentor. (V. la profecía de Malaquias, IV, 5 y 6.)) No debe, pues, entenderse que el texto citado quiere decir que Juan era Elías en la persona, pues este es un error de los herejes que creen que el alma de Elías pasó al Bautista, error que impugnó ya San Gerónimo en su Epistola á los Algas. Quæst. I.—(N. del T.)

² Matth., XI, 1-15; Lucas, 19-29.

nimiento. Toda la gloria del Precursor consiste en esto. No fue en el desierto, la caña agitada que vacila á todo viento. Su voz no repitió mas que una sola palabra: ¡Ha venido el Cordero!—Igual lenguaje emplea con los Escribas de Jerusalem, con la multitud que se agolpa en las orillas del rio de la Judea, con sus discípulos en la prision de Maqueronta. Ni los favores del tetrarca, ni las seducciones de una córte voluptuosa, ostentando, con desprecio de la ley mosaica, un lujo extraño y corrompido, han hecho doblegarse su grande alma. Va á morir, víctima de las pasiones de una mujer; pero lega á Jesus los discípulos de su última hora. Toda la historia del Antiguo Testamento se concentra y se resume en la persona de Juan Bautista, que refleja sobre el autor del Nuevo Testamento los esplendores y las magnificencias de un pasado de cuatro mil años.

30. «Y todo el pueblo que oia á Jesus, continúa el Evangelista, y los publicanos que habian recibido el bautismo de Juan, dieron gloria á Dios. Pero los Fariseos y los Doctores de la ley que no habian sido bautizados por él, despreciaron, en daño de sí mismos, los designios de Dios (ó murmuraban de las palabras de Jesus, y acogian con desden la revelacion de Dios). Y entonces dijo el Señor: ¿A quién compararé esta raza de hombres? ¿Y á quién son ellos semejantes? Son semejantes á los muchachos sentados en la plaza pública, que hablan unos con otros, diciendo: Os hemos entonado cantares alegres y no habeis bailado, cantares lúgubres y no habeis llorado. Asi es que vino Juan Bautista que casi no comia ni bebia y dijisteis: Está endemoniado. Vino el Hijo del Hombre que come y bebe, y decís: Es un hombre voraz y bebedor y amigo de publicanos y pecadores.—Entonces Jesus empezó á reconvenir á las ciudades donde se habian hecho muchos de sus milagros, porque no habian hecho penitencia: ¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidon se hubieran hecho los milagros que se hicieron en vosotras, hace mucho tiempo que, cubiertas de cilicio y ceniza, habrian hecho penitencia. Por tanto os digo, que á Tiro y Sidon se las tratara en el dia del juicio menos rigurosamente que á vosotras. Y tú Cafarnaum, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? Serás, sí, abatida, hasta el infierno, porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se hicieron en tí, acaso subsistiria aun esta ciudad en el dia. Por eso te digo que á la tierra de los Sodo-

mitas se la tratará en el día del juicio menos rigurosamente que á tí ¹.

51. En el día se busca en las orillas del lago de Tiberiades, en la Decápolis antigua, el sitio de Cafarnaum, de Corozain y de Betsaida. «Cafarnaum no existe ya, dice el doctor Sepp ². En estas ciudades ingratas, reinan la soledad y el silencio. Palmeras solamente que crecen en medio de las ruinas, y vestigios de un puerto en el lago, son los únicos monumentos de la ciudad galilea. Corozain y Betsaida han desaparecido enteramente, ignorándose hasta su situación. La deliciosa comarca de Genezareth está habitada en el día por los Arabes del desierto que viven medio desnudos bajo sus tiendas. La palmera, signo de victoria que constituía en otro tiempo el ornato de todas estas campiñas, ha desaparecido enteramente de un país que ha entregado Dios, como una presa, á todos los pueblos de la tierra, no quedando ni una sola del célebre bosque que rodeaba en otro tiempo á Jericó. Una torre construida en tiempo de las cruzadas, y algunas barracas árabes indican de un modo bastante dudoso, el sitio donde estuvo situada esta ciudad, famosa por su anfiteatro y por los palacios que hizo construir allí Herodes. Solo se ven acá y acullá cipreses que dan sombra á los sepulcros de un pueblo extranjero. Los espinos y escaramujos han reemplazado al arbusto que suministraba en otro tiempo un bálsamo famoso á todo el universo. Háse verificado, pues, al pie de la letra la maldición de Jesucristo. Los racionalistas de Galilea que insultaban al Salvador, despreciaron sin duda, como exageraciones sin valor alguno, el anatema que dirigía Jesús contra su patria. Eran poderosos, ricos y en gran número; la abundancia del suelo, la dulzura del clima, la importancia de sus relaciones comerciales, el desarrollo de su industria, todo esto parecía una prenda para el porvenir; y no se dignaron ocuparse en la condenación solemne que acababa de caer sobre ellos. ¡Ay! los racionalistas de todos los tiempos se parecen, siendo su ceguera la misma. La gracia divina se agota contra su obstinación. La trompeta de los jubileos de misericordia no les lleva á la fiestas del Señor; las lamentaciones y los gritos de alarma no les despiertan de su letargo. ¡Así llegan sobre las sociedades los azotes de la justicia; así pasa sobre las naciones el rasero de la venganza celestial!

52. Sin embargo, la incredulidad de una raza, de una comarca ó

¹ Matth., XI, 16-24; Lucas, VII, 29-35. — ² Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 150, 151.

de una época, no detendrá jamás el impulso de la palabra divina; el carro del Evangelio es el de la vision de Ezequiel; marcha siempre adelante, aplanando las resistencias y llevando su luz á nuevas playas. «El Señor, dice San Lucas, escogió setenta y dos discípulos suyos, y los envió delante de él, de dos en dos, á recorrer las ciudades y los lugares que él mismo habia de visitar, y decia: mucha es á la verdad la mies, y pocos los operarios; rogad, pues, al dueño del campo que envíe operarios á su mies. Id y curad á los enfermos y decidles: se acerca el reino de Dios. Y cuando entreis en alguna ciudad y no os recibiesen, salid á sus calles y decid: hasta el polvo que se nos apegó de vuestra ciudad sacudimos contra vosotros; no obstante sabed que el reino de Dios está cerca.—Así, vosotros me rendireis testimonio. El que os escucha á vosotros, á mí me escucha, y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia, y quien á mí me desprecia, desprecia á aquel que me envió. Los setenta y dos discípulos partieron, pues, y regresaron muy alegres, diciendo: Señor, hasta los mismos demonios se sujetan á nosotros por la virtud de tu nombre.—Y Jesus les respondió: Veia yo á Satanás caer del cielo á manera de relámpago. Vosotros veis que os he dado la potestad de hollar las serpientes y los escorpiones y todo el poder del enemigo, de suerte que nada podrá haceros daño. Con todo eso, no tanto habeis de gozaros porque se os rinden los espíritus inmundos, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los ciclos.—En aquel mismo momento, Jesus manifestó un estraordinario gozo al impulso del Espíritu Santo, y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas á los sabios y prudentes del siglo, y descubírtolas á los humildes y pequeñuelos. Así es, oh Padre, porque así fue de tu agrado. El Padre ha puesto en mis manos todas las cosas, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelárselo.—Y volviéndose á sus discípulos, les dijo: ¡Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oir lo que oís y no lo oyeron. Venid á mí todos los que andais agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el descanso para vuestras almas¹.

¹ Lucas, X, 1-24.—Matth., XI, 25 ad ultim.

33. Prosiguese en el contexto de la narracion evangélica la divina constitucion de la Iglesia, conforme á la unidad de miras de su fundador. Despues de los apóstoles, los discípulos; los primeros menos numerosos, porque tienen el encargo de la vigilancia y ocupan un término superior en la gerarquía; los segundos en número mas considerable, para que alcance el ministerio de salvacion á todas las necesidades, á todos los achaques del cuerpo social; pero los unos y los otros superiores á la multitud de los fieles; separados del resto de los hermanos por la eleccion divina, y por la investidura de un poder que solo pertenece á ellos. El ejército del sacerdocio católico, colocado hoy bajo la direccion de los obispos, sucesores de los apóstoles, y sometidos ellos mismos á la autoridad del sucesor de Pedro, «encargado de apacentar las ovejas y los corderos, y de confirmar á sus hermanos en la fe,» ¿es otra cosa que la institucion del mismo Jesucristo, perpetuada hasta nosotros por un fenómeno de inmortalidad que constituye un milagro de primer orden? Las obras de los hombres son laboriosas. ¡Cuántas pesquisas, combinaciones y tentativas, para establecer la menor constitucion social, y procurarle algunos años de estabilidad y de vida! ¡Nuestro Señor Jesucristo constituye su Iglesia sobre una roca que desafiará perpétuamente todas las tempestades, y esta obra no le cuesta mas que una sola palabra! Esto es que se ha entregado el poder universal al Hijo del hombre por el Padre; que cada palabra del Verbo encarnado es á un tiempo mismo una creacion y una enseñanza. En las épocas de expansion de la fe cristiana, todos los poderes, todas las autoridades, todas las fuerzas sociales se concentraron en manos de la Iglesia «esposa de Dios» á quien se dieron todas las cosas por el Padre. «En las épocas de hostilidad contra Cristo y su Iglesia, se arrojará á los apóstoles y á los discípulos, se les enviará á las catacumbas; pero no será por eso menos patente el triunfo de Jesucristo y de la Iglesia. Jesus es quien da á las almas, asi como á las sociedades, el reposo y la paz, en el yugo suave del Evangelio. La guerra contra Cristo es el primer castigo de los que la hacen. Cuando los hombres, en su orgullo, creen haber matado á la Iglesia, no han hecho mas que suicidarse, y las generaciones maceradas y ensangrentadas, no tardan en volver á pedir el yugo del Evangelio. La espresion: Yugo de la ley, era familiar á los Judíos, considerando los *Theophilim* ó cintas que se ceñían en torno de la cabeza y de los bra-

zos, como las ligaduras de ese yugo por el cual queria unir á sí Dios la raza de Abraham. La palabra de Nuestro Señor hace alusion á esta fórmula hebráica, y le atribuye una significacion profunda que debió escitar la indignacion de los doctores judíos. ¿Cómo se atrevió Jesus á llevar al mundo otro yugo que el de la ley mosaica? ¿Cómo podia tener la pretension de llamar «su yugo suave y su carga ligera,» en oposicion al yugo del Sinai? Estas afirmaciones solo las podia hacer un Dios; pero sobre todo, eran misterios inesfables de gracia y de misericordia que permanecieron ocultos «á los sabios y á los prudentes» de todos los racionalismos. ;Cuántos humildes de corazon, pequeños y pobres han encontrado y hallarán, hasta el fin de los tiempos, el descanso de sus almas, en la suavidad del yugo de Jesucristo!

34. «Un fariseo llamado Simon, continúa el Evangelio, rogó al Señor que fuera á comer con él; y habiendo entrado Jesus en su casa, se puso á la mesa. Y hé aquí que una mujer pecadora que habia en la ciudad, luego que supo que Jesus estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de bálsamo ó perfume. Y poniéndose detrás de él á sus pies, comenzó á regárselos con sus lágrimas, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba con respeto y derramaba sobre ellos el bálsamo perfumado. Y viendo esto el fariseo que le habia convidado, dijo en su interior. Si este hombre fuera profeta conoceria sin duda quién y qué tal es la mujer que le toca, y no ignoraria que es una pecadora.—Y respondiendo Jesus á su pensamiento: Simon, tengo que decirte una cosa. Dí, Maestro, respondió el fariseo.—Un acreedor tenia dos deudores; el uno le debia quinientos denarios, y el otro cincuenta. Como ellos no tuviesen con qué pagarle, perdonó á entrambos la deuda. ¿Quién de los dos amaria mas al generoso acreedor?—Respondiendo Simon, dijo: Juzgo que aquel á quien mas perdonó.—Y Jesus le dijo: Has juzgado bien.—Y volviéndose hácia la mujer, dijo á Simon: ¿Ves á esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me diste agua para lavarme los pies, y ella me los ha bañado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de hospitalidad, y ella desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ella ungió con bálsamo perfumado mis pies. Por lo cual te digo que se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquel á

quien menos se perdona.—Y dirigiéndose entonces á la mujer, la dijo: Tus pecados te son perdonados.—Y los que estaban con él á la mesa, se decían interiormente: ¿Quién es éste que perdona tambien los pecados?—Y Jesus dijo á la mujer: tu fe te ha salvado; véte en paz¹.—Desde entonces, cuando recorria Jesus las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el reino de Dios, en compañía de los doce, seguíanle algunas mujeres á quienes habia curado de sus enfermedades y á quienes habia librado del espíritu maligno: entre otras, María, llamada Magdalena, de quien habian salido siete demonios; y Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes, y Susana, y otras muchas que le asistían con sus bienes².

35. El nombre de la pecadora que recibió la absolucion del divino maestro, en la casa del Fariseo, no está positivamente inscrito en el texto de San Lucas, que se acaba de leer. Déjase, sin embargo, entrever claramente en lo proximos que coloca el Evangelista el episodio de la comida en casa de Simon y la mencion de las mujeres adictas que siguieron desde entonces á Nuestro Señor Jesucristo en sus viajes. Nombra en primer lugar á María Magdalena, con la particularidad significativa de que el Salvador la habia librado de siete demonios, es decir, segun la idea de San Gregorio el Grande, la habia arrancado del imperio de las costumbres viciosas en que habia vivido hasta entonces la pecadora. Sin embargo, se concibe que esta induccion no es bastante exacta ni precisa para determinar por sí sola la identidad de la pecadora y de María Magdalena. Pero el Evangelio de San Juan contiene una designacion mucho mas esplicita. «María, hermana de Marta y de Lázaro, era, dice, la mujer que ungió al Señor con bálsamo perfumado y enjugó sus pies con sus cabellos³.» Hállase, pues, indicado por San Juan el nombre de la pecadora, el cual pasa en silencio San Lucas en su narracion. La pecadora era María, hermana de Marta y de Lázaro. Luego María la pecadora, hermana de Marta y de Lázaro, es realmente María Magdalena, porque el evangelista San Marcos se espresa así: «Habiendo resucitado Jesus la mañana del primer dia de la semana (ó domingo), apareció primeramente á María Magdalena, de la cual habia lanzado siete demonios⁴.» Hé aquí

¹ Lucas, VII, 36 ad ultim. — ² Lucas, VIII; 1-3. — ³ Juan, XI, 1.

⁴ Marcos, XVI, 9. Véase el desarrollo completo de la cuestion, y la demostracion

por su orden lógico los datos tomados al texto mismo de los Evangelios, que consignan claramente la identidad de la pecadora con María Magdalena. Esta exégesis tiene á su favor la unanimidad moral de la tradicion griega y latina, que la confirma. Aquí es preciso entender bien el valor que tiene la tradicion en la Iglesia. Fuera del carácter de autoridad divina que recibió la Iglesia de la promesa formulada por Nuestro Señor, cuando dijo: «Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos» tiene una inmensa trascendencia la tradicion católica, bajo el solo punto de vista de la crítica humana. La Iglesia no se fundó como la institucion mosaica, en la esplicacion de un texto escrito, sino que procedió de una enseñanza verbal: «Id, dijo Jesucristo, enseñad á las naciones á observar todo lo que yo mismo os he recomendado.» En estas palabras se encuentra toda la vitalidad de la Iglesia Católica. La Iglesia, depositaria de la enseñanza oral del divino Maestro, la trasmite por tradicion. La tradicion es la Iglesia misma. En una sociedad asi constituida, suponer que durante diez y ocho siglos, la unanimidad de los Padres y de los Doctores, la suprema autoridad del sucesor de San Pedro, encargado de confirmar á sus hermanos en la fe, pudieron engañarse en un punto de hecho concerniente á la historia evangélica misma, es no solamente una heregia bajo el punto de vista teológico, sino el mas completo olvido de todas las leyes del sentido comun. ¿Sabian San Pedro y los Apóstoles el nombre de la pecadora del Evangelio? Sí, ciertamente. ¿Lo dijeron á sus sucesores y á sus discípulos? No puede dudarse, puesto que Tertuliano que escribió en Roma cien años despues de la muerte de San Pedro, nos da el nombre de la pecadora y la llama María Magdalena. ¿De quién supo Tertuliano, nuevamente convertido á la fe cristiana, este nombre, sino de los sucesores de los Apóstoles? Y si se objeta que Tertuliano inventaba una esplicacion del Evangelio, sin raiz en la tradicion ni en la historia, sin mas tradicion que la suya propia, se encuentra tal objeccion con la insuperable dificultad de que el dia en que el genio de Tertuliano, extraviado por las pretensiones del orgullo individual, vino á sostener una doctrina contraria á la tradicion apostólica, Tertuliano, á pesar del prestigio de su nombre y de un talento inmenso, fue al instante mismo escluido de la comunión católica. ¿Por qué por

del hecho llevada hasta la evidencia en la obra de M. Faillon intitulada: *Monumentos inéditos sobre el apostolado de Santa María Magdalena*, tom. I, pág. 1-336.

otra parte, Clemente de Alejandría, Ammonio, Eusebio de Cesárea, estos doctores de la Iglesia griega, enseñan exactamente, como Tertuliano, que la pecadora del Evangelio era María Magdalena? ¿Por qué San Agustín, San Gerónimo, todos los Padres de la Iglesia latina, hasta San Bernardo, hablan el mismo lenguaje? ¡Qué! se admite en historia, las tradiciones de familia y de nacionalidad se cuenta seriamente con las noticias ó investigaciones transmitidas de generacion en generacion, en el seno de una estirpe régia y ¿se querria que la Iglesia católica, fundada en la tradicion, perpetuada por la tradicion, y ofreciendo el único espectáculo en los anales del mundo, de una cadena no interrumpida, al través de las edades, de testimonios idénticos ¿se querria, en nombre de la razon y del sentido comun, descartar *a priori* la enseñanza de la tradicion en la Iglesia? La lógica mas vulgar, repito, se halla conforme con la teología, para reprobar semejante abuso de la razon humana. Asi, pues, decimos con la Iglesia romana, madre y señora de todas las demás, que la pecadora y María Magdalena no son dos personalidades distintas, en la historia evangélica. El apóstol San Pedro, que murió por la fe de Jesucristo, no pudo inducir en error á los fieles de Roma sobre un hecho de que habia sido testigo. El evangelista San Juan, el apóstol del Asia no pudo implantar en el seno de la Iglesia griega, una tradicion errónea sobre un punto tan fácil de aclarar como el de un nombre propio. Y cuando las dos corrientes de la tradicion griega y latina se reunen para atestiguar la misma verdad y confirmar la misma enseñanza ¿quién se atreverá, á tachar de falso semejante testimonio, en nombre de no sé qué animosidad sistemática ó de pretension de secta? No hace todavía mucho tiempo que se tuvo en Francia la pretension de comprobar así, con una lamentable independencia, la enseñanza de la Iglesia romana¹. Permittiéronse, bajo la fe de algunos críticos exagerados, borrar de la santa liturgia nombres que desagradaban ó fechas que se repudiaba. Asi desapareció el nombre de María Magdalena de una célebre prosa, reemplazándosele con la vaga desig-

¹ Conviene, no obstante, que no se ignore que el 1.º de diciembre de 1521, protestó la facultad de París, por unanimidad de sus miembros, contra las tendencias de los novadores respecto de María Magdalena. Puede leerse esta protesta con el título de *Determinatio sacre Facultatis Theologie Parisiensis de unica Magdalena*, Faillon, *Monum. inedit.*, tom. I, pág. 226-230.

nacion de *pecadora* ¹, y se creyó haber estinguido para siempre la verdad tradicional: como si la tradicion de la Iglesia universal, las promesas de infalibilidad doctrinal dadas á Pedro y á sus sucesores, hubieran sido súbitamente trasladadas á los siglos XVII y XVIII, en cabeza de algunos novadores hostiles á la autoridad de la Iglesia, y á la de los Papas.

36. Al salir de la casa del Fariseo, continúa el Evangelista «presentaron á Jesus un endemoniado que era ciego y mudo. Jesus lanzó al demonio y el mudo habló. Y todas las gentes se asombraron á vista de este prodigio, y decian: «¿Si será acaso este el hijo de David? Pero oyéndolo los Escribas y Fariseos, que le seguian de Jerusalem, dijeron: Este no lanza los demonios sino por el poder de Belzebub, príncipe de los demonios. Otros para tentarle, le pedian un prodigio en el cielo. Y conociendo Jesus sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en facciones contrarias, será desolado; y toda casa dividida en bandos, no podrá subsistir. Y si Satanás lanza á Satanás, ó está dividido contra sí mismo ¿cómo, ha de subsistir su reino? ¿Cómo podeis, pues, decir que yo lanzo los demonios por el poder de Belcebub? y si fuera por poder de Belzebub ¿en nombre de quién los lanzarian vuestros propios hijos, mis discipulos? Por tanto ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si yo lanzo los demonios en virtud del espíritu de Dios, sin duda ha venido á vosotros el reino de Dios. Cuando un hombre valiente y bien armado guarda la entrada de su casa, todo lo que posee está en seguridad. Pero si viene uno mas poderoso que el, que triunfa de su resistencia, y asaltándole, le vence y se apodera de todas sus armas en que el vencido ponía su confianza, podrá saquearle la casa, y repartir sus despojos entre sus compañeros. El que no está por mí, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos, buscando sitio donde reposar, y no hallándole, dice: Volveré

¹ *Qui Mariam absolvisi,
El latronem exaudisti,
Mihi quoque spem dedisti.*

Pros. rom. del Oficio de los Muertos.

Las liturgias galicanas del siglo XVIII, suprimieron el nombre de María en el primer versículo, y lo reemplazaron así:

Peccatricem absolvisi.

á mi primer morada. Y al llegar á ella, la halla barrida y bien adornada. Entonces vá y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta casa, fijan en ella su morada; con lo que el último estado de este hombre es peor que el primero.—Y sucedió que estando diciendo estas palabras, levantando la voz una mujer de en medio del pueblo, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron. Pero Jesus replicó: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios y la observan ¹.

37. En la parábola del fuerte armado que vela por la seguridad de sus dominios, todos los asistentes familiarizados con las ideas y las doctrinas judías, comprendieron perfectamente que Jesus anunciaba la gran derrota del imperio de Satanás. Desde el pecado original, reinaba el principio del mal en el mundo. El Verbo encarnado viene á destruir esta tiranía secular; distribuirá los despojos del paganismo vencido á sus discípulos, y la humanidad regenerada se adornará bajo la influencia cristiana, de maravillas de santidad y de virtudes desconocidas al paganismo. Pero la humanidad permanecerá libre de repudiar los beneficios de la Redencion y de volver á pedir la servidumbre de Satanás. Entonces recaerá en una degradacion mas espantosa que la primera. El racionalismo no parece sospechar esta terrible verdad, cuya realizacion absoluta seria la muerte de nuestras sociedades modernas. ¿Se ha interrogado alguna vez á sí mismo, si será por casualidad el auxiliar que llama en su socorro el genio del mal vencido por Jesucristo, para reconquistar su dominio perdido? La cuestion vale, sin embargo, la pena de proponerse, en medio de nuestras perpetuas agitaciones, de nuestras decadencias morales y del abatimiento universal. A la vista están el reino de Jesucristo y el reino de Satanás. Hecha está la esperiencia de los beneficios del uno y de los desastres del otro. Dios quiera que, en fin, cansada la humanidad de tantos errores, de estériles trastornos y de revoluciones sin fin, esclame con Jesucristo: «¡Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan como el tesoro mas precioso!»

38. «Entre tanto, continúa el Evangelio, se habia aumentado la multitud en torno de Jesus. Los Escribas y Fariseos redoblaban

¹ Matth. XII, 23-31; Marc., III, 23-28; Lucas, XI, 14-26.

sus instancias. Maestro, decian, quisiéramos verte hacer algun milagro ¹.—Entonces dijo Jesus: Esta raza mala y adúltera busca un milagro, pero no se le dará mas milagro que el prodigio del profeta Jonás. Porque asi como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, asi el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra ². Porque asi como Jonás fue un milagro para los Ninivitas, asi el Hijo del hombre lo será para los de esta nacion infiel é incrédula. Los Ninivitas se levantarán en el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán; por cuanto ellos hicieron penitencia á la prediccion de Jonás; y mirad que aquí hay uno que es mas que Jonás. La reina del Mediodia se levantará en el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará; porque vino de los extremos de la tierra á oir la sabiduría de Salomon, y con todo mirad que hay quien es mas que Salomon. Ninguno enciende una lámpara y la pone en lugar escondido ó debajo de un celemin, sino sobre un candelero para iluminar á los que entran. La lámpara de tu cuerpo son sus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será lúcido; pero si fuere malo, tambien tu cuerpo estará oscuro. Cuida, pues, de que la luz que hay en tí no sea tinieblas. Pues si todo tu cuerpo estuviere iluminado, sin tener parte alguna tenebrosa, todo lo demás estará luminoso como en la casa donde resplandece la claridad de la lámpara ³. El signo de Jonás, la resurreccion de Jesucristo, la luz evangélica, este esplendor divino que ha brillado en las tinieblas del antiguo mundo, son en el dia hechos patentes, cuya notoriedad es universal. Sin embargo, el actual racionalismo se coloca aun en el terreno del racionalismo farisáico, persistiendo en poner la luz debajo del celemin, y en sellar el Dios resucitado en la tumba. ¡Maravillosa perseverancia del hombre en engañarse á sí mismo y en envolverse en una atmósfera de tinieblas palpables y de falaces ilusiones! El divino Maestro agotó, para combatir esta funesta inclinacion hácia el mal buscado voluntariamente y conservado con obstinacion por las conciencias culpables, todas las solicitudes de una misericordia verdaderamente maternal. Porque queria tratar con contemplaciones la independencia del libre alvedrío humano, y dar á su doctrina, á sus milagros, á su vida entera, bastante brilló para convencer á las

¹ Matth., XII, 39.—² Ibid. 40.—³ Lucas, XI, 29-36.

almas rectas y puras, sin imponer á los espíritus obstinados y soberbios una evidencia irresistible que hubiese subyugado desde luego todas las rebeliones de la inteligencia y del corazon. Tal se nos va á aparecer en una serie de parábolas, la economía divina de la Redencion.

§ IV. LAS PARÁBOLAS.

39. «Habiendo salido Jesus de la casa, dice el Evangelista, se juntaron á él muchas gentes, que acudian de todas las poblaciones cercanas. Dirigióse, pues, á la orilla del lago, y para librarse de la opresion de la multitud, entró en una barca que habia en la ribera. Y habiéndose sentado, hablaba en parábolas y enseñaba al pueblo que se quedó á la orilla. Escuchad, dijo. Salió una vcz cierto sembrador á sembrar. Y á medida que iba sembrando, unos granos cayeron cerca del camino y fueron pisados, y acudiendo las aves del cielo, se los comieron, y otros cayeron en lugares pedregosos, en donde habia poca tierra, y luego nacieron por no poder profundizar en tierra; mas calentando el sol, se abrasaron, y como carecia el tallo de savia y no tenia raiz, se secaron. Y otros cayeron en medio de las espinas, y creciendo las espinas los ahogaron. Y otros, en fin, cayeron en buena tierra y dieron fruto, donde ciento por uno, donde sesenta y donde treinta. — Y habiendo hablado asi, levantó la voz, diciendo: El que tiene oidos para oir, escuche. Acercándose despues los discípulos que estaban con él, le preguntaron: ¿Por qué les hablas en parábolas, y cuál es el sentido de ésta? — Respondiendo Jesus, les dijo: Porque á vosotros se os ha dado el privilegio de conocer los misterios del reino de los cielos, y á ellos no se les ha dado; pues respecto de los estraños ó incrédulos debe manifestárseles todo en parábolas, á fin de que, viendo con sus ojos, no vean, y oyendo con sus oidos, no oigan ni comprendan; por temor de llegar á convertirse y de que se les perdonen sus pecados ¹. Porque al que tiene lo que debe tener, se le dará aun mas y estará en la

¹ El sentido de esta parábola se halla suficientemente explicado por la doctrina relativa al libre alvedrio humano, que hemos tenido tantas veces ocasion de consignar. El jansenismo hallaba, segun Lutero, en esta espresion, la justificacion de la teoria del siervo alvedrio, de la condenacion fatal, y de la predestinacion absoluta de ciertas almas al infierno.

abundancia ; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Hé aqui por qué hablo á estos incrédulos en parábolas. Asi se verifica en ellos la profecía de Isaías, que dice: Oireis con los oidos, y no entendereis, y por mas que mireis con vuestros ojos, no vereis. Porque ha endurecido este pueblo su corazon y ha cerrado sus oidos y tapado sus ojos á la luz, á fin de no ver con los ojos, ni oir con los oidos, ni entender con el corazon, por miedo de que convirtíendose, yo le dé la salud ¹. Dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oidos porque oyen ².»

40. «¿No sabeis, pues, añadió Jesus, el sentido de esta parábola? ¿Cómo podreis entonces comprender las demás? Escuchad, pues, la significacion. La semilla es la palabra de Dios. El sembrador es el ministro de la palabra. La que cae en el camino es la figura de aquellos hombres que oyen la palabra, pero que se la dejan sacar de su corazon por el demonio, para que no crean ni se salven. La semilla que cae en la piedra representa la palabra que acogen desde luego con gozo los hombres inconstantes. Pero no echa raices en ellos, y asi creen por una temporada, y al tiempo de venir la tentacion, se vuelven atrás, y luego que viene alguna tribulacion ó persecucion por causa de la palabra de Dios, al instante se rinden. Siendo efímera su fe, se retiran al tiempo de la prueba. El grano que cae entre espinas, es la figura de aquellos que escuchan la palabra; pero despues la dejan sofocar con los cuidados y las riquezas y las delicias de la vida, y asi nunca llega á dar fruto. La que se siembra en buena tierra, representa á los que reciben la palabra con un corazon lleno de rectitud y de sinceridad, y la conservan con cuidado y la hacen fructificar con la perseverancia ³.» Asi hablaba el Salvador. Por esto sin duda el racionalismo moderno, examinando cada una de sus palabras, no encuentra en ellas nada teológico, ni sobre todo, nada que se parezca á una doctrina sacerdotal.

41. «Jesus, continúa el Evangelio, propuso en seguida esta otra parábola al pueblo: El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero mientras los criados estaban durmiendo, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo y se fué. Estando ya el trigo en yerba, y apuntando

¹ Isa. VI, 9-10. — ² Matth., XIII, 1-16; Marc., IV, 1-13; Luc., VIII, 4-8. — ³ Mateo, XIII, 19-23; Marc., 13-25; Lucas, VIII, 9-15.

la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Y yendo los criados del padre de familias á encontrarle, le dijeron: Señor ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña?—Y él les contestó: Algun enemigo mio la habrá sembrado.—Y los criados le replicaron: ¿Quiéres que vayamos y la arranquemos?—No, dijo él, no sea que arrancando la cizaña, arranqueis tambien con ella el trigo. Dejad crecer uno y otra hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y recoged el trigo para mi granero ¹. »

42. «Jesus decia tambien. El reino de Dios viene á ser á manera de un hombre que siembra su heredad; y ya duerma ó vele noche y dia, la simiente va brotando y creciendo, sin que el hombre lo advierta. Porque la tierra produce de suyo, primero el trigo en yerba, luego la espiga, y por último el grano lleno en la espiga. Y despues que está el fruto maduro, se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega ². »

43. «¿A qué compararé yo tambien el reino de Dios? Con otra imágen os lo representaré. El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre, y le sembró en su campo. El cual es á la verdad menudísimo entre todas las semillas; pero en creciendo, viene á ser mayor que las demás plantas que se cultivan, y hácese árbol, que estiende sus ramas, de forma que vienen las aves del cielo y anidan en ellas ³. »

44. «El reino de los cielos es semejante á la levadura que mezcla una mujer en tres sats ó celemines de harina, hasta que ha fermentado toda la masa.—Es semejante á un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre de nuevo y gozoso del hallazgo, vá y vende cuanto tiene y compra aquel campo.—Tambien es semejante á un mercader que trata en perlas finas, y viniéndole á las manos una de gran valor, vá y vende todo cuanto tiene y la compra.—O bien es asimismo semejante á una red barrera, que echada en el mar, allega todo género de peces; la cual, en estando llena, sacándola los pescadores y sentándose en la orilla, van escogiendo los buenos y los meten en cestos, y arrojan los de mala calidad. Asi sucederá en el fin del siglo; vendrán los Angeles y separarán los malos de en medio de los justos, para pre-

¹ Math, XIII, 24-30.—² Marcos, IV, 26-29.—³ Matth, XIII, 31-32; Marc., IV, 30-32.

cipitarlos en el horno de fuego: y allí será el llanto y el crugir de dientes. ¿Habeis entendido bien todas estas cosas?—Sí, Señor, dijeron ellos.—Y él entonces añadió: Por eso todo doctor instruido en lo que mira al reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que va sacando de su repuesto cosas nuevas y cosas antiguas, segun conviene ¹. »

45. «Tales fueron las numerosas parábolas que dirigió Jesus á la multitud, adaptando sus discursos á la inteligencia de los oyentes. Porque solo hablaba al pueblo en parábolas; bien es verdad que aparte, se lo descifraba á sus discípulos ². Por eso le preguntaron: Esplicanos la parábola de la cizaña del campo. Y respondiéndoles él, les dijo: El que siembra las buenas simientes es el Hijo del hombre. Su campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino, la cizaña son los hijos del maligno espíritu.—El hombre enemigo que siembra la cizaña es el diablo. La época de la siega es el fin del mundo. Y los segadores son los Angeles. Asi, pues, como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, asi sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre á sus ángeles y quitarán de su reino todos los escándalos y á aquellos que cometan la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crugir de dientes. Entonces resplandecerán los justos como el sol en el reino de su Padre ³. »—La profecía y la doctrina se aunan, en estos símiles pronunciados en el lago de Tiberiades, en la altura del pensamiento y en la sencillez del lenguaje. Jamás habló de esta suerte mortal alguno. ¿No ha llegado á ser el grano de mostaza de la predicacion evangélica, el árbol inmenso de la Iglesia, donde hallan las almas un abrigo durante veinte siglos? Y nótese de paso esta significativa particularidad que da á la parábola como un sello de su origen. La mostaza no llega en nuestras comarcas á las proporciones del arbusto mas débil. Pero en los climas cálidos, como en Judea y aun en España, se desarrollan sus ramas con un vigor desconocido en Francia. Las campiñas que recorria el Salvador estaban llenas de estos arbustos, pues sabido es que en Egipto tenia la mostaza una reputacion especial entre los antiguos. Aprovechándose los Galileos de las ventajas de un terreno regado por las aguas del lago, habian introducido este cultivo renumerador en su pais. Todos

¹ Matth., XIII, 33, 44, 52.—² Marcos, IV, 33-34.—³ Matth., XIII, 36-43.

los demás términos de comparacion empleados por el divino Maestro en sus parábolas, se toman asimismo de los objetos con que se hallaban mas familiarizados sus oyentes. Las redes de los pescadores, la levadura que comunica la fermentacion á la masa, eran de uso cotidiano. Entre los Galileos, se revelaban las rivalidades y los odios locales con un acto de venganza criminal. Sembrábase de cizaña el campo de un enemigo, al favor de las tinieblas, ó bien en la hora mas calurosa del dia, cuando habia que interrumpir necesariamente el trabajo. El divino Maestro hace alusion á esa cobarde y pérvida costumbre, y desarrolla, con el auxilio de esta comparacion, la admirable economía de la Providencia en el gobierno del mundo. En una época en que eran turbadas sin cesar las relaciones sociales, de una parte por las invasiones de Roma y la avaricia de los procónsules, y de otra por las incursiones de los Arabes, era muy comun enterrar sus tesoros para ponerlos al abrigo de la rapacidad ó aidez del fisco y de los azares de la guerra. La muerte, la cautividad, el destierro, todos los incidentes de una vida amenazada sin cesar, hacian desaparecer al depositario. Asi, pues, tenia una aplicacion frecuente la parábola del tesoro escondido, en las costumbres de aquel tiempo. Pero Jesus eleva el pensamiento de sus oyentes hacia un tesoro mil veces mas precioso; el de la verdad, de la vida sobrenatural, y de la salvacion por medio del Evangelio. Finalmente, los caminos de Galilea se hallaban sin cesar cruzados por las caravanas que iban á buscar al Oriente las perlas con que se adornaban las matronas romanas. Y el Salvador habla á los Judíos de la perla inestimable, cuya posesion asegura la felicidad eterna.

46. Volviendo á las orillas del lago, donde dirigió estas palabras á la multitud, «Jesus, continúa San Lucas, dijo á los discípulos: Vamos á la mar de Galilea para pasar á la otra orilla. — Y cuando iban por el camino, se llegó á él un Escriba, y le dijo: Señor, yo te seguiré á donde quiera que fueres. Y Jesus le respondió: Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza. — Otro que se hallaba entre los discípulos, le dijo: Señor, permíteme antes de seguirte, que vaya primero á dar sepultura á mi padre. Y Jesus le dijo: Sígueme, y deja que los muertos (ó gentes que no tienen la vida de la fe) entierren á sus muertos. — Y otro dijo: Señor, yo te seguiré, pero déjame primero ir á despedirme de mi familia. — Respon-

dióle Jesus: Ninguno que despues de haber puesto su mano al arado, mira hácia atrás, es apto para el Reino de Dios ¹. La pobreza soportada valerosamente, el despego de las preocupaciones domésticas y de los intereses de familia, tales son aun las condiciones del apostolado. Este heroismo ha llegado á ser en la Iglesia un fenómeno tan ordinario, que apenas se le advierte. ¿Es por esto menos sobrenatural, y se hace menos milagrosa su permanencia? «Siendo ya tarde, continúa el Evangelio, dijo Jesus á sus discípulos. Pásemos á la otra orilla del lago. Y habiendo éstos despedido al pueblo, pusieron la barca en movimiento, sin que Jesus se moviese del sitio en que se hallaba sentado. Ibanles acompañando tambien otros barcos, y mientras navegaban, se durmió Jesus, y se levantó en el mar una tormenta tan recia de viento, que arrojaba las olas en la barca, de manera que ésta se llenaba de agua, y ellos estaban en peligro. Y llegándose á él sus discípulos, le despertaron, diciendo: Maestro, sálvanos, que perecemos. ¿Te inquieta tan poco nuestra vida?—Y Jesus les dijo: ¿Qué teneis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, mandó á los vientos y á la tempestad. Y dijo al mar: Calla, y sósíégate. Y al instante se calmó el viento y sobrevino una gran bonanza. Y dijo entonces Jesus á sus discípulos: ¿Por qué teneis miedo? Cómo ¿no teneis fe todavía? Entre tanto se hallaban ellos sobrecogidos de grande espanto, diciéndose unos á otros: ¿Quién pensais que sea este hombre? ¡Manda á la mar y á los vientos, y los vientos y la mar le obedecen ²!—; Asi fue cómo cruzaron el lago y llegaron á la otra orilla, al territorio de los Gerasenos, situado en frente de Galilea ³.»

47. La voz que mandaba á los vientos en el lago de Tiberiades, no ha cesado de dominar las borrascas políticas y las tempestades sociales. Hay una barca que atraviesa hace diez y ocho siglos las olas movedizas de las generaciones humanas. Esta barca lleva á Jesus y su doctrina. Los sucesores de los bateleros Galileos son sus pilotos y marineros. Por do quiera se levanta el viento en furiosos torbellinos; todas las pasiones desencadenadas agitan el débil esqui-fe; la noche llega á ser profunda en las conciencias, y no se apercibe mas, á la claridad de los siniestros relámpagos, que la cima espumosa de las olas prontas á sumergir la nave. El terror hiela todos

¹ Matth., VIII, 19-21; Luc., IX, 57-62.— ² Matth., VIII, 23-28; Marcos, IV, 35 ad ultim.; Lucas, VIII, 22-25. ³ Marcos, V, 1.

los ánimos. Solo responden gritos de angustia y de aflicción al estrépito de la tormenta, y no obstante, duerme Jesús.—¡Qué! Señor, le dicen aun los tímidos. ¿Es así como os cuidais de nuestra vida? La tempestad se ha llevado ya las velas y las jarcias; no somos mas que restos flotantes. ¡Un esfuerzo postrero de la tempestad va á tragárenos para siempre!—; Cuántas veces no se ha dicho estas palabras del desaliento y de la pusilanimidad! No es esto lo que espera el Maestro. Espera que se acerquen á él, como en otro tiempo los discípulos. Espera la súplica humilde y confiada de las almas fieles. Entonces se despierta y se levanta en su divina magestad sobre la popa de la barca azotada por las olas. Manda á los acontecimientos y á los hombres: «Callad, entrad en calma,» dice á las pasiones sublevadas. Y al punto se calma el viento y reina en el Océano humano la tranquilidad mas completa.

§ VII. MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA.

48. Entonces se verificaba un crimen en Maqueronta, en medio de las fiestas celebradas en la corte de Antipas. Habíase resuelto por Herodías la muerte de Juan Bautista. Esta mujer esperaba la ocasión de consumar, en fin, su venganza. «Presentóse un día favorable, dice el Evangelio. Con motivo del aniversario de su nacimiento, dió Herodes un gran festin á los grandes de su corte, primeros capitanes de sus tropas, y á la gente principal de Galilea. La hija de Herodías, la joven Salomé entró en la sala del festin, y ejecutó delante de los convidados un baile que cautivó el corazón del monarca y de todos los asistentes. El rey dijo á la joven: Pídemelo lo que quieras y te lo daré al punto. Y en seguida juró solemnemente: ¡Te se concederá todo lo que me pidas aunque sea la mitad de mi reino!—Habiendo salido Salomé, fué á buscar á su madre, y le dijo: ¿Qué pediré?—La cabeza de Juan Bautista, respondió Herodías.—La bailarina volvió á entrar precipitadamente en la sala del festin, y dijo al rey: Quiero que me hagais traer luego en una fuente la cabeza de Juan Bautista.—El rey se contristó á esta demanda. Sin embargo, en consideración al juramento que acababa de hacer y á los convidados que lo habian oido, no quiso disgustar á la joven con una negativa, sino que enviando á uno de sus guardias, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El guardia, pues, le

cortó la cabeza en la cárcel, y trajóla en una fuente y se la dió á la jóven, que se la entregó á su madre. A esta horrible noticia, acudieron los discípulos de Juan, y obtuvieron que les dejaran llevar el cuerpo de su maestro, al cual pusieron en un sepulcro ¹.

49. La indignacion que suscitó en el seno de la nacion judía la muerte del santo Precursor, se halla atestiguada por el historiador Josefo. Todo el pueblo consideró como el castigo divino de este crimen inaudito la sangrienta derrota causada algun tiempo despues al tetrarca por las tropas de un jefe árabe llamado Aretas. La jóven Salomé, á quien acababa de asociar á semejante crimen la crueldad maternal, estaba en aquel momento desposada con el tetrarca de Iturea, Filipo. Tal vez asistia su futuro esposo á este sangriento festin. Cuando oyó á Herodes Antipas jurar, segun la usanza judía, que concederia á la elegante bailarina hasta la mitad de su reino, se lisonjeó sin duda con que se iba á aumentar considerablemente la dote de la jóven. Como quiera que sea, toda la narracion evangélica del festin de Antipas, se halla en conformidad perfecta con el estado de las costumbres hebreas, tales como las habia formado en esta época la mezcla de la civilizacion romana. En tiempo de Augusto se habia introducido en la córte de los grandes, en todo el imperio romano, la costumbre, largo tiempo usada entre los Griegos, de terminar los festines suntuosos con danzas mímicas y con escenas sacadas de los poetas dramáticos. Un histrion judío de nacimiento obtuvo este género de triunfos en la córte de Neron, hasta el punto de proceder la emperatriz Popea con él, como Herodes Antipas con Salomé, diciéndole públicamente que le pidiera la recompensa que queria obtener. Tal era el carácter de esta danza escepcional, ejecutada por la hija de Herodías, en presencia de convidados escitados ya por los vapores del vino. A la par de esta importacion extranjera, se revela un rasgo esclusivamente judío. Las mujeres dejaban la mesa del festin cuando se prolongaba la comida, amenazando degenerar en orgía. El antiguo paganismo del Oriente, del Egipto, de Atenas y de Roma, no conoció jamás esta reserva, que nos hace comprender cómo Salomé para ejecutar su danza mímica fue obligada á entrar en la sala del festin, y cómo debió salir de ella para ir á consultar á su madre sobre la peticion que debia formular al rey.

¹ Matth. XIV, 6-12; Marc., VI, 21-29.

San Gerónimo nos ha conservado un recuerdo tradicional que se reficre á este horrible episodio y que pinta todo el furor vengativo de Herodías. «Lo que se atrevió á hacer Fulvia con la cabeza ensangrentada de Ciceron, lo hizo Herodías con la de Juan Bautista. En odio á la verdad, estas dos mujeres picaron con sus agujas de oro la lengua elocuente del uno, y la lengua inspirada del otro que les habia dicho intrépidamente la verdad ¹.» Segun el testimonio de Nicéforo Calisto, los discípulos del Precursor obtuvieron el permiso de trasladar su cuerpo á Sebaste, la antigua Samaria, para sustraerle á los últimos ultrajes que podia reservar aun á sus restos sagrados el resentimiento de Herodías. Sabido es, en efecto, que Sebaste no pertenecia ya á la dominacion de Antipas, y que formaba parte de la provincia romana de Judea. Como quiera que sea, Herodías y su débil esposo expiaron mas tarde su crimen. Despojados de sus Estados por Cayo, sucesor de Tiberio, fueron desde luego desterrados á Lyon en las Galias, y relegados despues á España, donde arrastraron en la miseria los últimos dias de una existencia maldita ². Estos pormenores, de una autenticidad incontestable, nos los suministra el historiador Josefo. El matrimonio de la bailarina con Filipo, el tetrarca, no fue dichoso. Filipo murió prematuramente, sin haber tenido posteridad, y su viuda se desposó en segundas nupcias con Aristóbulo, rey de Cálcida, primo herinano suyo ³. Tales son las espresiones de Josefo. No ofrece las mismas garantías de autenticidad la narracion del fin trágico de la bailarina, tal como lo ha consignado Nicéforo. Cruzando un dia un rio medio helado, dice Nicéforo, se rompió el hielo á sus pies, y se hundió hasta el cuello, encontrándola sus criados asi aprisionada, y dominando con la cabeza su prision de hielo ⁴.

¹ Hieronym. *In Rufin*, *Apolog.* lib. II, cap. XLII; *Patrol. latin.*, tom. XXIII, sol. 488.

—² *Antig. jud.*, lib. XVIII, cap. IX; *De Bell. jud.* lib. II, cap. 26.—³ Joseph. *Antig. jud.*, lib. XVIII, cap. VII.—⁴ Niceph. Callist. *Histor.* lib. I, cap. XX.

CAPITULO VII.

TERCER AÑO DE MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

§ I. LOS GERASENOS.

1. Los endemoniados de Gadara.—2. Autenticidad de la narracion evangélica. Pormenores topográficos.—3. Particularidades de la narracion evangélica.—4. Caracteres de las posesiones demoniacas.—5. Imposibilidad material de connivencia previa.—6. La lógica de Satanás y la lógica de Jesucristo.—7. El endemoniado de Gadará, figura del mundo pagano.

§ II. EL PAN DEL CIELO.

8. Primera multiplicacion de los panes.—9. Autenticidad del milagro.—10. Jesus anda sobre las olas. Siguele Pedro.—11. La primacia de Pedro.—12. El pan eucarístico.—13. Caracteres de autenticidad intrínseca de la narracion evangélica. El pan bajado del cielo.

§ III. LOS FARISEOS.

14. La ablucion farisáica de las manos antes de la comida.—15. Las observancias farisáicas.—16. Las maldiciones contra los Fariseos y los Escribas.—17. Juramentos farisáicos.—18. La señal en el cielo. Segunda multiplicacion de los panes. La levadura de los Fariseos.

§ IV. ESCURSION A FENICIA.

19. Herodes Antipas.—20. Un tumulto en Jerusalem. La torre de Siloe.—21. La Cananea.—22. Los hijos de la Cananea. La fe entre los Gentiles.

§ V. REGRESO A LA DECAPOLIS.

23. El sordo-mudo de la Decápolis y el ciego de Bethsaida.—24. La administracion del bautismo en la Iglesia Católica.—25. *Tu est Petrus*.—26. La confesion de San Pedro.—27. Jesus predice su pasion y su muerte.

§ VI. LA TRANSFIGURACION.

28. Narracion evangélica de la transfiguracion.—29. La primacia y la humildad de Pedro.—30. La transfiguracion permanente.—31. El racionalismo y el milagro de la transfiguracion.—32. Identificacion de la montaña de la Transfiguracion con el Thabor.—33. El endemoniado de *Dabiréh*.—34. La teoría evangélica del milagro.

§ VII. ULTIMO VIAJE A CAFARNAUM.

35. El didracma para el Templo de Jerusalem.—36. El racionalismo y el milagro.—37. La infancia evangélica.—38. *Quasimodo geniti infantes*.—39. Los concilios.—40. Congregaciones y conventos.—41. Parábola del acreedor implacable.—42. Los servidores inútiles.

§ I. LOS GERASENOS.

1. La muerte del Precursor cerraba el cielo del Antiguo Testamento é inauguraba la era cristiana para el martirio. Durante la

tempestad del lago de Tiberiades, perecia el Precursor, víctima de las pasiones humanas. Asi se perpetuaba la lucha entre los dos reinos de la verdad y del error, entre los Angeles de Dios y los espíritus del mal mandados por Satanás, en un campode batalla, vasto como el mundo y tan duradero como él. El divino Maestro quiso revelar claramente en el Evangelio el carácter de este antagonismo de los espíritus. «El príncipe del mundo debe ser lanzado de su dominio.» Cuando hablaba Nuestro Señor este lenguaje en Judea, resonaban los Templos paganos con estas unánimes lamentaciones: «¡Los dioses se van! ¡Pan ha muerto! ¡Los oráculos callan!» Hay, pues, mas allá de los límites de la naturaleza visible á nuestros ojos, y perceptible á nuestros sentidos, un mundo que llamamos sobrenatural, con relacion á nuestra limitada inteligencia, como dice Santo Tomás de Aquino, pero que constituye, en el conjunto de la creacion, un escalon superior á la humanidad, para servir de intermedio entre el hombre y Dios. «Apenas desembarcó Jesus y puso el pie en el territorio de los Gerasenos ¹, dice el Evangelio, le salieron al encuentro dos endemoniados. El uno de estos hombres hacia largo tiempo que habia dejado los lugares habitados; no llevaba vestidos y tenia su morada en las cuevas sepulcrales de las montañas. Era imposible refrenarle ni aun con cadenas. Porque habiéndole aherrojado los pies y las manos muchas veces con cadenas y grillos, habia roto las cadenas y hecho trozos los grillos, sin que nadie pudiera domarle. Y vagaba dia y noche por los sepulcros y por los montes, gritando y macerándose con agudas piedras. Y viendo de lejos á Jesus, corrió á él y prosternándose, le adoró. Y clamando en voz alta, dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesus, hijo del Altísimo? ¿Has venido con el fin de ator-

¹ Gadará se hallaba situada al Norte, en los límites de la Perea, y en la orilla del rio llamado Larnuck, á ocho millas romanas de Tiberiades, y al Este del lago de Genesareth. El camino de Scythopolis á Damasco pasaba por Gadará, Josefo (*De Bello jud.*, lib. I, cap. V) nos dice que la poblacion de esta ciudad era muy rica. Un poco mas alto, al Sud, se hallaba Gerasa. Estas dos ciudades formaban parte de la Decápolis, y estaban, segun Josefo, casi enteramente habitadas por familias paganas. Gadará, fundada primitivamente por los Cananeos y los Fenicios; despues arruinada por los Asmoncos, habia sido reedificada por el general romano Pompeyo, á ruegos de Demetrio de Gadará, su liberto. Era patria de muchos filósofos conocidos en la historia, tales como Enomaus el cínico, Apsines, Philodemo el epicureo, Meleagro, Menipo y Teodoro el retórico, que habia sido preceptor de Augusto. Gerasa era, segun su etimologia, la Lutecia ó la ciudad de *lodo* de la Palestina. Su nombre le provenia de su tierra cenagosa y de las pingües praderas en medio de las cuales se hallaba situada (Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 81, 82.)

mentarnos antes de tiempo? ¡Por Dios te conjuro que no me atormentes!—Porque Jesus habia ya mandado al espíritu inmundo, y le decia: ¡Sal de ese hombre! Despues le interrogó y le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Mi nombre es Legion, porque somos muchos. Y suplicaba con instancia al Señor que no le echara fuera de aquel pais y no le obligara á volver al abismo. Y habia allí paciendiendo en la falda del monte vecino una gran piara de puercos. Y los espíritus infernales rogaban á Jesus diciendo: Envíanos á los puercos para que entremos y estemos dentro de ellos.—Y Jesus se lo permitió. Y saliendo al instante de aquel hombre los espíritus inmundos, entraron en los puercos. Y toda la piara que era hasta de dos mil, corrió á precipitarse impetuosamente en la mar, en donde se anegaron todos. Y los que los guardaban huyeron llenos de terror á la ciudad y á las alquerías y cortijos á que pertenecian los puercos, refiriendo lo que habia sucedido. Y acudió gran muchedumbre de todas las poblaciones cercanas. Y fueron á donde estaba Jesus y encontraron sentado á sus pies al hombre que habia sido librado del demonio, vestido y en su sano juicio; y se llenaron de temor. Y temiendo nuevas pérdidas, comenzaron á rogar á Jesus que se retirase de su pais. El Señor subió entonces en su barca, y mandó hacerse mar adentro. Pero en el momento en que ponía el pie en la barca, le suplicó el endemoniado á quien habia librado del demonio que le llevase en su compañía. Pero Jesus no lo consintió, sino que le dijo: Véte á tu casa con tus parientes, y anúnciales la gran merced que el Señor te ha hecho, y cómo ha tenido misericordia de tí. Y fué y empezó á publicar en la Decápolis las maravillas que habia obrado Jesus en él. Y todos quedaron pasmados ¹.

2. Hallámonos aquí en presencia de una manifestacion solemne de los espíritus del mal. Cuanto mas extraordinarios son los pormenores, mas completa es para nosotros la revelacion que de ellos resalta. El episodio del endemoniado de Gadará nos da la clave de todo el mundo sobrenatural. La importancia de este hecho en la narracion evangélica, nos es suficientemente atestiguado por la mencion simultánea de los tres sinópticos. Todas las objeciones que pudieran imaginarse contra la realidad del suceso mismo caen ante estos tres testimonios. No faltaban racionalistas en tiempo de Nues-

¹ Matth. VIII, 28-33; Marc., V, 1-20; Luc., VIII, 26-39.

tro Señor y de los Apóstoles, como no faltan en el día. Las circunstancias de la manifestación diabólica tienen aquí un carácter que debió parecer entonces tan extraño como puede parecerlo á nuestros modernos escépticos. Ha sido, pues, preciso que fuera incontestable el hecho, para que San Mateo, San Marcos y San Lucas, á riesgo de chocar contra todas las preocupaciones de su época y de sublevar la incredulidad de todas las edades, lo inscribiesen en el Libro sagrado que encierra el conjunto de todo el dogma católico y la regla de fe de todos los siglos. Por otra parte, el suceso de Gadará tuvo una notoriedad inmensa. Esta ciudad, situada en la orilla derecha del lago de Tiberiades, era la capital de la Perea. Hallábase poblada de Siriacos que mantenían en aquel con las tribus árabes un comercio considerable. La extensión de sus ruinas, que han designado todos los viajeros modernos, confirma su importancia en la época evangélica. La reputación de sus aguas termales, que existen aun en el día con el nombre de *Hammam-el-Scheik*, y que se dice ser superiores en propiedades curativas á las de Tiberiades, atraía entonces allí una gran concurrencia de extranjeros. Sus alturas estaban coronadas en tiempo de Nuestro Señor, de esos bosques de encinas tan famosas en la Escritura con el nombre de encinas de Basan. Tal era, en efecto, el antiguo nombre de la comarca habitada por los Gerasenos. Antes de las erupciones volcánicas y de los terremotos ¹,

¹ La historia ha registrado la fecha de los principales terremotos que han agitado sucesivamente el suelo de Palestina, y que han modificado tan profundamente su naturaleza y su aspecto. Antes de la Era cristiana solo se cuentan dos: el que ocurrió en tiempo de Elías, 900 años antes de J. C. (III Reg. XIX, 11), y el del reinado de Ozías, 750 años antes de J. C. Este último fue tan terrible, que se cita como formando época, por los profetas (Amós, I, 1; Zacar., XIV, 5.) Después de la Era cristiana, además del terremoto acontecido á la muerte de Nuestro Señor (33), se multiplicaron estos azotes con estragos hasta entonces inauditos. El primero ocurrió el año 419, bajo el consulado de Monaxio y de Plinta. Hé aquí los testimonios históricos que atestiguan su intensidad y sus terribles resultados: *Terræ motus magni de orientilibus nuntiantur; nonnullæ magnæ repentinis collapsæ sunt ruinis civitates. Territi apud Jerosolymam qui inerat Judæi, pagani, catechumeni omnes sunt baptizati. Dicuntur fortasse baptizati septem millia hominum. Signum Christi in vestibus Judæorum baptizatorum apparuit. Relatu fratrum fidelium constantissimo ista nuntiantur. Siliensis elian civitas gravissimo terræ motu concussa est, ut omnes forte quinque diebus in agris manerent, et ibi baptizata dicuntur fere duo millia hominum.* (S. August., serm. XIX, núm. 6; *Patrol. lat.*, tom. XXXVIII, col. 136, 137.) *Monaxio et Plinta Coss. (anno Christi CDXIX.) Multæ Palestinæ civitates villæque terræ motu collapsæ. Multæ tunc utriusque sexus vicinarum gentium nationes, tam visu quam auditu perterritæ, atque credulæ, sacro Christi fonte ablutæ sunt.* (Marcellinus Comes, *Chronica*, *Patrol. lat.*, tom. LI, col. 924.) Así, el terremoto del año 419 duró por espacio de siete días, destruyó ciudades notables en Judea, y se sintió hasta en la costa de Africa, don-

que trasformaron la Galilea en una árida soledad, las orillas del lago con las diez ciudades que formaban su animado y risueño cenador, con el nombre de la Decápolis, eran uno de los puntos mas poblados del Oriente. No puede, pues, invocarse aquí el ser poco conocido el teatro en que se verificó el prodigio. El Evangelista habla de muchedumbres que acudieron de todos los lugares circunvecinos á la noticia de un acontecimiento extraordinario, que interesaba hasta tal punto al pais. Habia, en efecto, en aquel sitio una poblacion numerosa, activa y comerciante, á quien no podia menos de causar sensacion el hecho. Todos los geógrafos antiguos confirman aquí el testimonio de los historiadores sagrados. Las numerosas piaras de puercos cebados en los bosques de encinas de este pais, formaban uno de los ramos mas importantes del comercio local. Los Gerasenos no eran judios de origen, como pretende la incredulidad del siglo XVIII. Eran Sirciacos y se aprovechaban precisamente de la impureza legal que afectaba en Judea á un animal declarado inmundo por Moisés, para fomentar su cria en grande escala y vender á las guarniciones romanas y á las ciudades interiores de la Siria una carne muy estimada y de un producto considerable. Finalmente, lo que corta á nuestros ojos todas las objeciones de detalle que se ha querido suscitar contra la autenticidad del hecho mismo, es que en el año 295, recorriendo Eusebio de Cesarea la Palestina, fué á Gadará y le mostraron los habitantes las rocas, desde lo alto de las cuales se habian precipitado las piaras de puercos en el lago de Tiberiades. Pues bien, en el año 295 de nuestra era, apenas hacia medio siglo que se atrevia alguno á llamarse allí cristiano. Sin embargo, la tradicion local era fija y exacta. Habíase conservado el hecho evangélico en todas las memorias; habiéndose inscrito en el mismo suelo. «Muéstrase aun en el dia, dice Eusebio, una pequeña aldea llamada Gergesa, situada en las rocas de la cima desde la que se precipitó la piara de puercos en las olas del lago de Tiberiades ¹.»

de arruinó á Setif. El de 1169 cubrió de ruinas toda la Siria. (Guillelm. Tyr. *Histor.* libro XX, cap. XIX; *Patrol. latin.*, tom. CCI, col. 796). El 20 de mayo de 1202, destruyó otro sacudimiento no menos terrible casi todas las ciudades situadas en la costa del mar, en los valles del Líbano y en Galilea. Finalmente, el terremoto del mes de agosto de 1522 se ensañó particularmente en la frontera de Syria, y destruyó la ciudad de Alepo. (M. Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. III, pág. 416.)

¹ Euseb. Pamphil., lib. *De situ et nomin. hebraic.*, trad. Hieron., *Patrolog. lati.*, tomo XXII, col. 903.)

3. La autenticidad nos domina, pues, aquí de todas partes, y brilla á nuestra vista, como brilló ante los mismos Evangelistas. Pero no son menos patentes los caracteres de posesion demoniaca. La escuela mítica, desesperando destruir la veracidad del hecho, se arroja en otro tiempo en brazos de un sistema de interpretacion naturalista sumamente curioso. Es incontestable, se decia, que Jesus calmó con el encanto de su palabra ó con los secretos de una ciencia oculta, el frenesí de un alucinado en el territorio de los Gerasenos. Un médico hábil hubiera podido hacerlo; pero las prodigiosas circunstancias con que se complació en recargar el relato la imaginacion de los historiadores, se esplican en realidad muy naturalmente. Los pastores que guardaban las pjaras en la montaña se espantaron de la carrera desordenada del frenético, cuando fué á precipitarse á los pies de Jesus. Viendo á aquel furioso loco, terror de la comarca hacia largo tiempo, cruzar desnudo y lanzando horribles gritos, sus parques y sus pasturages, se apresuraron á recoger sus animales para tenerlos á mano. La agitacion insólita, la turbacion accidental que produjo el acontecimiento entre los pastores, se comunicaron á los mismos animales, y cuande se oyó el formidable grito del alucinado, prosternado ante Cristo, se apoderó un terror pánico de las pjaras, que huyeron sin direccion y se arrojaron en el lago. Tal es la esplicacion muy natural que se atrevieron á proclamar espíritus serios en Alemania y en Francia, sin que viniera á traerles una solemne carcajada á esta ley fatal del realismo, que se impone por sí misma, y que destruye todas las teorías preconcebidas. El animal inundo que pone aquí en escena el Evangelio, tiene instintos particulares que ha observado todo el mundo y que destruyen todas las teorías del naturalismo. Los puercos que se precipitaron en el lago de Tiberiades eran dos mil, y no podian estar dos mil puercos bajo la guarda de un solo pastor. Basta haber visto en nuestras campiñas una piara de estos animales, cuyos hábitos no han cambiado, para convencerse de ello. Asi nos dicen los Evangelistas, que los numerosos pastores que velaban en la guarda de los puercos de Gadará, corrieron á la ciudad, á las alquerías y granjas cercanas ¹, á anunciar el suceso. Por consiguiente, no fue una sola piara la poseida de vértigo. En efecto, nada es menos imitador, nada tiene modos de andar menos unifor-

¹ Math., VIII, 33; Marc., V, 14; Luc., VIII, 34.

mes que una de estas piaras. El carnero sigue el cayado del pastor, aun antes que le provoque ó le gruñe el perro. Pero el puerco es indisciplinado por naturaleza; sus movimientos son bruscos, espontáneos, de una irregularidad característica. Manifiéstase en él el instinto animal por medio de saltos desenfrenados que conocen todos nuestros cazadores, y que hacen proverbialmente temible el ataque del jabalí. Cuando está domesticado, el puerco se familiariza hasta cierto punto con el dueño que le alimenta; soporta la compañía de su semejante, pero en muy reducidos límites, y bajo este concepto, pueden en el día los bosques de Lorena darnos una idea de lo que pasaba en los encinares de Basan. Piaras aisladas y diseminadas por las faldas de la montaña, separadas por distintas manadas, no podían ser dirigidas de un modo uniforme por una voz humana, por formidable que se la suponga. Los mismos pastores á la distancia en que se hallaban colocados unos de otros, á consecuencia de la misma dispersion de las manadas que conducian, no hubieran podido, á no ser por un milagro, ser afectados por un fenómeno que no pudo verse sino de un solo punto. Ahora bien, una montaña arbolada, y piaras de puercos escalonadas en pendientes, segun las desigualdades del terreno y los accidentes del paisaje, se oponen absolutamente á la hipótesis naturalista, que se ha intentado hacer prevalecer. El milagro que se quiere evitar se multiplicaria aquí con todas las imposibilidades físicas, tales como el poderse ver á cierta distancia y por entre cuerpos opacos, y el poder oirse simultáneamente, en un radio demasiado estenso para que pudieran penetrarlo los sonidos mas agudos.

4. El sentido comun suplirá aquí todas las comisiones científicas, ó mas bien, la experiencia diaria, de que se sirve la ciencia como punto de partida para todos los experimentos, se halla completamente conforme con el sentido comun. La fuerza de expansion de la voz humana se desarrolla con condiciones que no pueden modificar las academias. El radio visual de un ser humano no puede prolongarse mas allá de las proporciones conocidas, ni sobre todo traspasar el obstáculo de una montaña interpuesta entre la vista y el objeto mismo. Por consiguiente, es absurda la hipótesis naturalista. Desbórdase lo sobrenatural en la narracion evangélica, tratando en vano de impedirlo con mano impotente; porque se escapa por todas las junturas, rompiendo las barreras con que se quiere aprisionársele.

Así rompía el endemoniado de Gadará los grillos y las cadenas de hierro que sujetaban sus pies y sus manos. En nuestros días existe la camisola de fuerza para los locos furiosos; y no pueden desasirse de ella. ¿Acaso eran las cadenas de hierro en tiempo de los Césares menos sólidas que el giron de lienzo con que agarrotamos en el día á los locos? El Evangelista nos dice que se había puesto repetidas veces grillos en los pies y esposas en las manos al endemoniado de Gadará y que las había quebrantado del primer salto. Si se quiere ensayar con un loco del día este sistema de compresion, será fácil convencerse de que no es mas elástico hoy el hierro que lo era entonces. Había, pues, otra cosa que la sobreescitacion de las fuerzas físicas, en el poseido de Gadará. Había uno de los caracteres exclusivamente propios del estado de endemoniado, á saber: una potestad de accion sobre la materia en evidente desproporcion con el aparato nervioso y el sistema muscular de cualquier organismo. Los cuerpos suspendidos en el espacio fuera de todas las leyes de equilibrio ó de atraccion; los fenómenos de violencia exterior que consisten en romper, sin esfuerzo, los objetos mas duros, ó en sufrir su choque, sin experimentar lesion alguna, son hechos de posesion que ha consignado la historia, que sobreviven á las negaciones del escepticismo, y que desconciertan todas las esplicaciones fundadas en el órden de la naturaleza, tanto mas, cuanto que la manifestacion de estos hechos estraños es siempre irregular, caprichosa, desordenada, y sobre todo, sin aplicacion útil. El espiritismo ha presentado en nuestros días muchos fenómenos de este género. En un principio se hizo la ilusion de creer en el descubrimiento de un agente natural, hasta entonces ignorado. Pero las causas naturales producen efectos continuados con precision y regularidad. El fluido eléctrico es una fuerza natural, por lo que se halla sometido á leyes físicas. Sus mismas variaciones, como las del aguja del iman ó imantada, se hallan previstas y vuelven á entrar en la disciplina general á que están sometidos estos agentes. Es, pues, preciso reconocer una fuerza estraña á la naturaleza, que obra á veces sobre la naturaleza y que nunca regirán todos los progresos de la ciencia. Cuando el endemoniado de Gadará se golpeaba el pecho con piedras, parecia hallarse estinguida en él la sensibilidad nerviosa, sin que consiguiera herirle la rabia, con que él mismo se golpeaba con una mano que rompía las cadenas de hierro. Otro tanto hacian los con-

vulsionarios en el sepulcro del diácono París: todas las comisiones académicas del siglo de Luis XIV, consignaron el hecho sin conseguir explicarlo con razones sacadas del orden natural.

5. En el endemoniado de Gadará volvemos á encontrar los demás signos de posesion diabólica observados ya en el de Cafarnaum. Era la primera vez que desembarcaba Jesus en las riberas de los Gerasenos. El endemoniado no podia, pues, conocerle. Sin embargo, se habia divulgado por la comarca la reputacion del Salvador, segun nos lo demuestra suficientemente la respetuosa súplica que dirigieron los habitantes del pais á Jesus. Pero el poseido vivia hacia muchos años secuestrado de todo trato con los hombres, por consiguiente, no podia ni aun haber oido el nombre del Salvador; y no obstante, apenas toca tierra la barca galilea, se precipita de lo alto de la montaña, se prosterna y esclama: «¿Qué te he hecho, Jesus, Hijo del Altísimo?» No solamente llama el poseido con su nombre á este extranjero, á este desconocido, á este visitador que aparecia por primera vez, sino que le da su verdadero título: «Hijo del Altísimo,» ó mas bien, segun el estilo hebreico: Hijo de Jehovah. ¿De dónde viene esta admirable lucidez, que escedia á la del espíritu mas sano, á este alucinado, á este loco furioso, como quisiera considerarle la crítica moderna? El habitante mas perspicaz de esta comarca en que era personalmente desconocido el Salvador, no hubiera podido saber el verdadero nombre del personaje que llegaba en aquel momento á vista de Gadara. El racionalista mas hábil del pais no hubiera adivinado jamás que el desconocido que desembarcaba con algunos pescadores en la orilla era el Hijo de Jehovah. Sobre todo, se hubiera guardado bien de decirlo. Pero el endemoniado obraba y hablaba bajo el impulso de un espíritu que no era el suyo. Su lógica, asi como la del poseido de Cafarnaum, sigue un orden de ideas manifiestamente satánico. «¿Por qué vienes á atormentarnos antes de tiempo? ¡En nombre del Altísimo, te suplico que no nos atormentes asi! ¡Mi nombre es Legion, porque somos muchos. No nos arrojes de este pais. No nos mandes volver al abismo!» Para comprender bien estas palabras, es necesario compararlas con la palabras de Jesucristo. «Cuando el espíritu impuro es espulsado de un hombre, anda vagando por lugares áridos, buscando otra morada ¹.» Hay, pues, sobre nosotros y entre los principados

¹ Matth., XII, 43.

del aire, segun la espresion de San Pablo, espíritus que tratan sin cesar de seducir y engañar á los hombres. Este poder data, respecto de ellos, desde el dia en que les dió el pecado original una accion directa y un imperio inmediato sobre la raza humana. En el ejercicio de este ministerio de depravacion encuentran alegrías infernales que mitigan en ellos el eterno tormento á que están condenados. Por esto nos enseñan San Pedro y San Judas, instruidos de las verdades del mundo sobrenatural en la escuela del divino Maestro, «que los ángeles rebeldes están reservados para el dia del juicio final, en que será completo su suplicio ¹.» En el mismo sentido decia San Pablo á los Corintios: «Ya sabeis que nosotros hemos de juzgar hasta á los ángeles ².» La lógica de Satanás es, pues, manifiesta en este diálogo con el Salvador. El espíritu del mal no quiere ser, antes de tiempo, antes del juicio final, lanzado de su dominio y vuelto á sumergir en el abismo eterno.

6. Pero si el demonio tiene su lógica infernal, la Redencion divina de las almas tiene la suya. Es preciso que el tirano que por tanto tiempo ha dominado el mundo bajo su imperio, sea en fin desmascarado, y que aparezca su dominacion en todo su horror. El espíritu de Satanás es esencialmente el del mal; la destruccion es su triunfo; el ódio que tiene al hombre, se estiende á todo el dominio del hombre y á la naturaleza misma. Los racionalistas de la era evangélica negaban la existencia de los espíritus. Nuestros modernos Saduceos no han inventado nada, y Jesucristo tuvo durante los dias de su vida mortal que combatir doctrinas exactamente semejantes á las que se manifiestan en nuestros dias. Háse dicho: La obra maestra de Satanás es hacer negar su propia existencia; pero la obra divina de Nuestro Señor ha sido dar á conocer á Satanás, para aniquilar su poder. Cuando decian los demonios al Salvador: «Permitidnos entrar en el cuerpo de esos puercos,» preveia su malicia infernal que el desastre que iban á causar en toda la comarca tendria por resultado atemorizar á sus habitantes y alejarles de Jesus. El interés material es uno de los auxiliares mas eficaces del imperio de Satanás. El divino Maestro oye, no obstante, esta súplica hipócrita; porque la fe del mundo entero debia compensar la pusilánime defeccion de los Gerasenos. Sondéese, en efecto, á la luz del

¹ II Petr., II, 4; Jud. 6. — ² I Cor., VI, 3.

Evangelio, las profundidades del mundo demoniaco en sus relaciones con nuestro mundo visible, y se adquirirá el convencimiento de que este episodio es una completa revelacion, fuera de la cual seria tan peligroso permanecer, como seria temerario querer avanzar mas. El poder del demonio, terrible en su naturaleza, en su manifestacion y en sus afectos, se halla, no obstante, sometido á la suprema voluntad de Dios. El ángel de las tinieblas, Satanás, solo obra con el permiso de su Criador y de su juez. Asi se comprende que se doble toda rodilla, al nombre de Jesus, aun en los abismos del infierno ¹. La súplica dirigida al Salvador por boca del endemoniado, nos revela la ley del mundo infernal. El principio sobrenatural de la gracia falta á esta súplica, que no constituye ni un acto de esperanza ni un acto de caridad. Es la sorda imprecacion del esclavo, mordiendo la cadena que le amarra, sin poder romperla. Pero es un acto de fe, el único de que son capaces los demonios, porque dice San Jacobo: «Los demonios creen ².» La subordinacion absoluta de lo potestad satánica á la voluntad de Dios, tranquiliza nuestras almas contra los terrores escesivos, y nos coloca entre un temor legítimo y una esperanza segura, en el camino de la salvacion. Cuanto mas perversas intenciones oculta la súplica de Satanás, mas tesoros de misericordia encierra la voluntad de Jesus. Lo que el demonio pretende hacer que sirva de destruccion y de ruina, Jesus lo convierte en beneficio de la santificacion de las almas; y aunque el mismo Satanás trabaje en extinguir la fe en los corazones, no conseguirá mas que arraigarla en ellos para siempre.

7. «Id, dice el Señor, á la legion diabólica, como si dijera: Mos-trad vosotros mismos á vuestros adoradores, á qué dueño servís. Jamás comprenderia el hombre, sino es por vosotros, vuestro poder infernal, y la ignominia de los dioses que él se ha dado. ¡Id pues! Esos puercos que escogeis para manifestar vuestro poder ¿valen mas que el rebaño de Epicúreo cuyos reyes sois?—Al instante se precipitan los animales inmundos de todos los puntos de la montaña y van á ahogarse en las olas. No podia ser mas solemne la afirmacion del poder demoniaco. Nieguen, si les place, la existencia de los espíritus, los Saduceos judíos, los sofistas de Grecia y Roma, ó los racionalistas de nuestro tiempo. Los Gerasenos no la negaron, y su

¹ Philipp., II, 10.—² Jacob., II, 19.

interés personal nos garantiza la veracidad de su testimonio. A la noticia del desastre que acaba de ocasionarse en su fortuna, á los gritos de los pastores espantados, acuden presurosos, y el primer objeto que hiere sus miradas es el endemoniado, libre á la sazón, sentado á los pies del Salvador, escuchando modestamente las lecciones de la sabiduría divina, con la tranquilidad de una inteligencia que ha recobrado la salud. Este hombre, terror de todo el país, ha vuelto á tomar sus vestidos; está tendido como un tímido cordero, á los pies del supremo Pastor. A este espectáculo inesperado, los Gerasenos, sobrecogidos de terror, olvidan sus propios intereses y la pérdida que acaban de sufrir. Refiérense todos los pormenores del prodigio, pues los pastores solo les habian informado del accidente que sobrevino á las pías, y ahora completan la narración los testigos del milagro. La multitud reunida de todo el país, ve á Jesús; se espanta de este poder inaudito, y suplica al divino Maestro que se aleje de sus fronteras. Esta conducta de los Gerasenos es la prueba mas irrefragable de la autenticidad del milagro. ¿Qué motivo retiene el brazo de la multitud exasperada, que habia perdido sus ganados? ¿Por qué no abrumaron con una lluvia de piedras al extranjero que se designaba como autor del desastre? Si los habitantes de Gadará no hubieran tenido á la vista al endemoniado curado; si no hubiesen contemplado este milagro viviente, nada hubiera detenido sus instintos de venganza. Pero, al contrario, se prosternan ante el Salvador; le suplican que se aleje de su territorio; y cuando Jesús, cediendo á sus instancias, vuelve á subir á la barca, cada cual se apresuró, sin duda, á sacar de las aguas los restos del naufragio. Sin embargo, el divino Maestro deja en medio de ellos al endemoniado ya libre, para que la persistencia de su curación y el relato que él mismo haga de ella, fueran otras tantas señales incontestables de la potestad y de la misericordia divinas. Tal es la significación del episodio de Gadara. Desde entonces, ¡cuántas almas arrancadas del poder de Satanás por la virtud redentora! Esta piara inmundada, precipitada en las aguas del lago de Tiberiades, figuraba la espulsion de Satanás á quien iba á lanzar la cruz de todos los puntos de la tierra. El reinado de Jesucristo debia establecerse sobre las ruinas del imperio demoníaco.

§ II. EL PAN DEL CIELO.

8. «Habiendo vuelto á subir á la barca Jesus, continúa el Evangelista, pasó á la otra orilla del lago ¹. El pueblo le recibió con júbilo ², porque esperaba su regreso. Los discípulos de Juan Bautista, despues de haber sepultado á su maestro, fueron á encontrar á Jesus para decirle lo que habia pasado ³; y en adelante le siguieron. Los Apóstoles, despues de su primera escursion á Galilea, se reunieron para volverse con Jesus, y le contaron todo lo que habian hecho y enseñado ⁴.» La noticia de la muerte de Juan Bautista debió interrumpir la mision de los Apóstoles. Podia temerse de parte de Herodes Antipas un sistema de persecucion que se estendiera á los discípulos de Jesus, despues de haberse ensañado contra el Precursor. La sangre llama á la sangre bajo el poder de las tiranías sombrías y débiles que se han dejado arrastrar una vez al crimen. «Estaba próxima la festividad de la Pascua,» pero Jesus no fué á Jerusalem á la solemnidad. «Venid, dijo á los Apóstoles, á descansar conmigo en el desierto.—Porque la multitud se estrechaba siempre alrededor de ellos, sin dejarles tiempo para comer.—Habiendo, pues, subido en una barca, se retiraron á la próxima soledad de Bethsaida, á la otra orilla del lago. Al verles el pueblo alejarse, adivinó su direccion y les siguió á pie, costeando la mar de Tiberiades. La muchedumbre se aumentaba por el camino con la afluencia de los habitantes del pais, los cuales se le agregaban, de suerte, que al bajar Jesus de la barca, fue movido á compasion, y acogién-dola con bondad, le comunicó sus enseñanzas y curó á todos los enfermos. Despues subió á la montaña y se sentó rodeado de sus discípulos. Entre tanto era ya avanzada la hora, y los Apóstoles se acercaron á Jesus y le dijeron: Este lugar es desierto y empieza á caer el dia: despacha esas gentes para que vayan á las ciudades, alquerías y aldeas circunvecinas á comprar qué comer.—No tienen necesidad de ir, respondió Jesus: dadles vosotros de comer.—Pero apenas bastarian doscientos denarios, replicaron los Apóstoles, para comprar lo preciso para tanta gente.—Entonces Jesus alzó sus ojos, y viendo aquella inmensa muchedumbre que venia á él, dijo á Felipe:

¹ Luc., VIII, 37.—² Ibid., 40.—³ Matth., XIV, 12, 13.—⁴ Marcos, VI, 30.

¿Dónde compraremos pan para que coma tanta gente? Mas esto lo decia para probar la fe de Felipe, porque Jesus sabia bien el prodigio que iba á obrar. Sin embargo, Felipe respondió: Doscientos denarios de pan no bastan para dar á cada uno un bocado.—Preguntóle Jesus: ¿Cuántos panes teneis? Id y vedlo. Hiciéronlo asi, y uno de ellos, Andrés, hermano de Simon Pedro, volvió diciendo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente?—Habia, en efecto, cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.—Y dijo Jesus á los Apóstoles: Hacedlos sentar. Estaban en un valle cubierto de yerba. Sentóse la muchedumbre en la verde yerba por cuadrillas ó ranchos, unos de ciento y otros de cincuenta, segun la vecindad y el parentesco. Entonces tomó Jesus los cinco panes, levantó los ojos al cielo, y habiendo dado gracias á su Padre, los bendijo; los partió despues, y los distribuyó á los discípulos para que se los distribuyesen á la muchedumbre. Lo mismo hizo con los peces, y cada cual comió cuanto quiso. Luego que todos se hubieron saciado, dijo á los Apóstoles: Recoged las sobras para que no se pierdan.—Hiciéronlo asi, y llenaron doce canastos de los pedazos de pan y de los peces que habian quedado de los cinco panes de cebada y dos peces, despues que todos hubieron comido. La muchedumbre que acababa de ser á un tiempo mismo testigo y objeto del milagro, exclamó: «Verdaderamente es este el Mesías cuyo advenimiento estaba prometido al mundo.—Y querian apoderarse de Jesus para proclamarle rey. Pero el Señor, penetrando sus pensamientos, huyó solo á la montaña, mandando á sus Apóstoles que ganaran la mar y pasasen sin él el lago de Tiberiades ¹.»

9. ¿Qué hubieran hecho todas las comisiones científicas del racionalismo, si hubiesen contemplado el prodigio de la multiplicacion de los panes? Aquí no hay lugar para ilusiones ó supercherías. Jesus cruza el lago en una barca de pescador. Suponiendo que toda la cabida del débil esquife se hubiera llenado secretamente de provisiones, no seria menos evidente la insuficiencia de los víveres para aquella muchedumbre de gente. Por otra parte, cinco mil hombres escalonados en las faldas de la montaña, desde la orilla del lago hasta la cima en que estaba sentado el divino Maestro, hubieran vis-

¹ Matth., XIV, 13-21; Marc., VI, 31-44; Luc, IX, 10-17; Juan, VI, 1-15.

to pasar las cestas llenas de panes y de peces, que habria sido preciso necesariamente sacar de la barca, y nadie hubiera pensado en ver la menor apariencia de milagro en un hecho tan sencillo. Todas las circunstancias de la narracion evangélica se prestan una fuerza mutua y resisten á los esfuerzos de la incredulidad. En tiempos comunes, no hubiera llegado la multitud que se agolpaba alrededor de Jesus, al número de cuatro á cinco mil hombres. Pero el Evangelista marca la fecha y nos da la razon de esta traslacion en masa. «Estaba cercana la festividad de la Pascua,» y en su consecuencia, comenzaba en Galilea la peregrinacion anual á Jerusalem. Se viajaba por grupos de familias y de localidades. Y por esto hicieron los Apóstoles que se colocara la muchedumbre, en el orden acostumbrado, para la comida de la tarde: *secundum contubernia*. Cuando condujeron Jesus y Maria al Niño Dios, de edad de doce años, á la Ciudad Santa, se verificó el trayecto con las mismas condiciones. Esta vez esperaba sin duda la multitud que Nuestro Señor iria él mismo á la solemnidad; queria escoltarle, como el año anterior y seguir cada uno de aquellos pasos marcados con nuevas gracias y bendiciones. La reunion de los cuatro á cinco mil hombres que los Apóstoles hacen sentar en el verde valle de Bethsaida, solo podia verificarse en Palestina, y en la época señalada por el Evangelista. Asi, pues, se demuestra y se afirma por sí misma la autenticidad de la narracion con caracteres irrecusables de evidencia. Como para consignar mejor el prodigio, manda Jesus á los Apóstoles informarse de la cantidad de víveres que se hallan á disposicion de todo el pueblo. Los Judíos tenian la costumbre de llevar consigo cuando iban de viaje, un cesto ó canastillo en que ponian las sobras de la comida anterior, y un poco heno que les servia de almohada por la noche, Juvenal se burlaba elegantemente de esta pobreza de los Hebreos, «cuyo equipo se compone de un cesto de junco y un puñado de paja, decia ¹.» Lo que hubiere admirado el sátirico en un estóico, lo despreciaba en un pueblo detestado por su intorcerancia religiosa ². Porque no se perdonaba á la raza judía que permaneciera exclusivamente fiel al culto del verdadero Dios, como no se perdona á la Iglesia de Jesucristo, su adhesion completa á la revelacion

¹ *Judæis quorum cophinus, fœnumque supelles.*

(Juvenal. *Sátir.* III, vers. 14.)

² Filostrato, *Vida de Apolonia de Tyanea*, lib. IV, cap. XXXIII.

Evangélica. Como quiera que sea, los doce cestos llenos con los pedazos que sobran á la muchedumbre, despues de la milagrosa comida, son tambien un pormenor característico. Su presencia en el teatro del prodigio no se esplicaria naturalmente en ninguna otra parte. En vano se buscaria en nuestras comarcas, entre la muchedumbre que se agolpa en nuestras fiestas públicas, doce cestos de que se pudiera disponer inmediatamente. Pero sabidas las costumbres de los Judíos, debia abundar entre ellos lo que no se encontraria entre nosotros. Sin embargo, no se halla en medio de tal afluencia, mas que cinco panes de cebada y dos peccs. El Evangelio nos da, pues, indirectamente la razon de esta penuria, cual era que se hallaban en la comarca mas rica y mas fértil de Palestina, á las orillas de un lago abundante en peces, en medio de aldeas y poblaciones que podian proveer con abundancia á todos los recursos de la vida. No habian tenido, pues, los peregrinos que encargarse de provisiones. Proponen los Apóstoles al Salvador, ó enviarles á ellos mismos á comprar en las cercanías la cantidad de pan necesario, ó despachar al pueblo, el cual hallaria en las aldeas vecinas el sustento de la tarde. Pero cuanto mas se conforman estos pormenores multiplicados y exactos con las circunstancias de tiempo y de lugar en medio de los cuales se verifica el suceso, mas atestiguan la realidad del milagro. ¿Saben ó no, cinco mil hombres, si tienen ó no consigo que comer? ¿Pueden equivocarse cinco mil hombres, al contar cinco panes de cebada y dos peces? Finalmente, ¿es admisible su testimonio, cuando declaran haberse saciado con los panes y los peces multiplicados milagrosamente? La prueba de cada una de las fases del prodigio, se halla evidentemente al alcance de todos. Atestíguase la falta de provisiones suficientes por la inquietud de los Apóstoles, por su informacion entre la muchedumbre y por las respuestas de Felipe y de Andrés, hermano de Simon Pedro. El jóven viajero que lleva los cinco panes de cebada y los dos peces que guarda de reserva, no podia haberse encargado, al partir, de la inmensa cantidad de víveres que supone una comida de cinco mil hombres. Finalmente, cuando toda la muchedumbre saciada con el pan milagroso, como en otro tiempo los Hebreos con el maná del desierto, quiere apoderarse de Jesucristo para hacerle rey, proclama la realidad del milagro con una energia que no disminuirá nunca el racionalismo. Si no ha sido testigo de un prodigio la multitud, ¿por qué

estalla en entusiasmo por el divino Maestro con tal espontaneidad? ¡Si rechazais el milagro de la multiplicacion de los panes en la montaña de Bethsaida, volveis á caer en el milagro del delirio inesplicable que se apodera, sin el menor pretesto plausible, de una muchedumbre de cinco mil hombres! Por todas partes se desborda el prodigio. Háse cambiado el pan milagroso del desierto en el pan milagroso de la Eucaristía. En breve el divino Maestro va á desarrollarnos por sí mismo este misterio de amor, de que era preludio el episodio de Bethsaida.

10. «Habiendo llegado la tarde, continúa el Evangelio, los discípulos, obedeciendo la orden del Señor, subieron á la barca y cruzaron el lago, dirigiéndose hácia Cafarnaum. Y ya se habia hecho de noche y Jesus aun no se habia juntado con ellos. Y el mar empezaba á encrespase á causa de un gran viento que soplabá. Los discípulos se pusieron á remar por espacio de veinte y cinco ó treinta estadios, con grande esfuerzo, porque les era contrario el viento. Entre tanto habia permanecido Jesus solo en la ribera. La barca agitada por las olas oscilaba en medio del lago. Y cerca ya de la cuarta vigilia de la noche, llega á ellos el Señor, andando sobre el mar. Viéronle sobre las olas, acercarse á la barca, y continuar su camino, como si quisiera pasar adelante. Al verle, creyeron que era algun fantasma, y en su terror, gritaron á un mismo tiempo. ¡Es un espectro! porque todos le habian visto. Pero Jesus les habló al punto, diciendo: Tened confianza. Soy yo. ¡No temais nada!—Entonces dijo Pedro: Señor, si eres tú, mándame ir hácia tí sobre las aguas.—Y él le dijo: Ven. Y bajando Pedro de la barca, andaba sobre el agua para ir á Jesus. Pero sintiendo en aquel momento un viento fuerte, se atemorizó, y habiendo empezado á hundirse, dió voces diciendo: Señor, sálvame. Y al instante, estendiendo Jesus la mano, le cogió y le dijo: Hombre de poca fe ¿por qué has dudado?—Los discípulos le rogaron entonces que subiese á la barca; lo hizo así, y al instante calmó el viento. Y los que estaban en la barca, se acercaron á él y le adoraron, diciendo: ¡Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios!—Un instante despues llegaba la barca á Genezareth ¹.»

11. Pedro hace aquí, segun la espresion de San Juan Crisóstomo,

¹ Matth., XIV, 22-23; Marc, VI, 45-52; Juan, VI, 16-21,

el aprendizaje de la fe indefectible de que ha de tener el privilegio. «Asi como el pajarillo, dice, que se ensaya en volar fuera del nido, y á quien no sostienen aun sus alas, necesita del auxilio maternal para sostener su vuelo, asi el divino Maestro viene á sostener la debilidad de su Apóstol.» La primacia de Pedro, el impulso de su fe y de su invencible valor, se afirman en este episodio con un maravilloso carácter. Todos los demás discípulos han oído la voz de Jesucristo, y han reconocido esa personalidad divina que manda á los vientos y á las olas. Cada uno de ellos ve á Jesus andar sobre las aguas como sobre una playa lisa. Y no se admiran, porque saben que es Dios. Pero la fe de Pedro avanza mas. Oigamos á San Agustin desarrollar este misterio é interpretar la exclamacion del Apóstol, cuando dice á Jesus: «¡Si eres tú, mándame ir hácia tí sobre las aguas!» — «No me admiro que se allanen las olas bajo tus pies, para hacerles camino. ¿No debe estar la criatura sometida á su autor? No; esto, no es para mí un motivo de admiracion.—Si quieres admirarme, comunica el mismo poder á Pedro, y mándale ir hácia tí por el mismo camino. Tú eres Dios, pero yo no soy mas que un hombre. Tú has querido tomar la flaqueza de mi naturaleza; dame el poder de la tuya, y llévenme las olas como á tí. Manda, Señor, que vaya hácia tí sobre las aguas. La mar se convertirá para mí en un camino practicable, si tú lo quieres, tú que has venido para ser nuestro camino ¹. Solo Pedro, el primero en la gerarquía apostólica se atreve á usar este lenguaje, porque es el primero por su adhesion y su amor ².» La embarcacion en que se hallaban los discípulos era una de esas barcas pescadoras, cuyo número se elevaba, segun nos dice Josefo, en su tiempo, á cerca de cuatro mil, en el lago de Tiberiades. En la época de la ruina de Jerusalem, se atrevieron los Galileos con esta ligera escuadra á empeñar un combate naval contra los triremes de Vespasiano y de Tito. Concíbese que San Pedro pudiera saltar fácilmente la barca y descender al mar para ir hácia Jesus. Pero lo que sobrepujará siempre la inteligencia del racionalismo, es que el agua permaneciese firme bajo sus pies. La fe del príncipe de los Apóstoles obtiene un prodigio; sin embargo, esta fe no está aun confirmada en su inmutable estabilidad. El viento

¹ Serm. XIV; *Cornelius a Lapide* edit. Vivés, tom. XV, pág. 346; *Patrol. lat.*, tomo XXXIX, col. 1996.—² San Agustin, serm. LXXVI; *Patrol. lat.*, tom. XXXVIII, col. 479.

amontonó las olas, como montañas líquidas, y Pedro tiembla. «¡Señor, sálvame!» grita. Dia llegará también en que la borrasca de la persecución conmoverá el valor de Pedro, el cual debe aprender por experiencia que en el gobierno de la Iglesia, el hombre no es nada y Dios lo es todo. Jesús en las olas del lago de Genesareth, y Jesús en el tribunal del Gran Sacerdote, será por un momento abandonado. Pero también ¡qué formidables circunstancias! Pedro vacilando, es levantado por mano de Jesús en las aguas del lago, como será levantado en el pretorio por una mirada de Jesús. Después de estas dos caídas que han llegado á ser la roca de nuestra fe, dice San Agustín, no vacilará ya más Pedro, sino que se lanzará al través de las olas y de las borrascas del océano humano. La barca vacilará siempre; no cesará de soplar el viento; á veces se apoderarán del piloto y lo arrojarán en el mar; pero Jesús le levantará siempre, y Pedro conducirá siempre el esquife de la Iglesia inmortal á las riberas de la eternidad.

12. «Habiendo sabido los habitantes de Genesareth, continúa el Evangelio, que acababa de desembarcar Jesús en su territorio, empezaron á llevar los enfermos en camillas, poniéndolas á sus pies. Y donde quiera que entraba, en los lugares, en las granjas ó en las ciudades, esponían los enfermos en las calles, y le suplicaban que á lo menos les dejase tocar la orla de su vestidura, y todos los que la tocaban quedaban sanos¹. Entre tanto la muchedumbre, alimentada con el pan milagroso, había pasado la noche al pie de la montaña. Al día siguiente, no viendo ya la única barca que estaba sujeta en la ribera, y sabiendo que Jesús había dejado partir á los discípulos sin acompañarles, se puso á buscarle. Y no habiéndole hallado, cruzó la muchedumbre el lago en las barcas de los pescadores de Tiberiades, y fué á Cafarnaüm á buscar á Jesús. Y habiéndole hallado, le dijo: Maestro, ¿cuándo viniste aquí? Respondióles Jesús, y dijo: En verdad, en verdad, os digo: Vosotros me buskais, no porque visteis los milagros, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad para obtener, no tanto el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os dará el Hijo del hombre, pues en éste imprimió su sello (ó imagen) el Padre que es Dios.—Entonces le preguntaron: ¿Qué hemos de hacer

¹ Marc., VI, 54 ad ultim.

para ejercitarnos en obras del agrado de Dios? Respondió Jesus; la obra agradable á Dios consiste en que creais en aquel que él os ha enviado. Pero, respondieron ellos: ¿pues qué milagro haces tú para que veamos y creamos? ¿Qué cosas extraordinarias haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, segun las palabras de la Escritura: «Moisés les dió á comer el pan del cielo.»—En verdad, en verdad os digo, respondió Jesus, no fue Moisés quien dió el pan del cielo; mi Padre es quien os da en este momento el verdadero pan celestial. Porque el pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo.—Señor, exclamaron ellos, danos siempre este pan maravilloso.—Y Jesus les dijo: Yo soy el pan de vida; quien quiera que viene á mí, no tendrá ya hambre, y el que cree en mí, no tendrá sed jamás. Pero ya os he dicho que vosotros me habeis visto obrar milagros y no creéis aun en mí. Todos los que me da el Padre vendrán á mí, y al que viniere á mí, no le echaré fuera; porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. Y la voluntad del Padre que me envió es que yo no pierda ninguno de los que me dió, sino que los resucite en el último dia. Por tanto la voluntad de mi Padre que me envió es, que todo aquel que ve ó conoce al Hijo y cree en él, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.—Los Judíos entonces comenzaron á murmurar de él porque habia dicho: yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Y decian: Por ventura, ¿no es este Jesus, hijo de Josef, cuyo padre y madre conocemos? Pues ¿cómo dice él que ha bajado del cielo?—Respondióles Jesus: no murmureis entre vosotros. Ninguno puede venir á mí, si el Padre que me envió no le atrae (con su gracia), y yo le resucitaré en el último dia. Escrito está en los Profetas: «Todos serán enseñados de Dios.» Y en efecto, todos aquellos que han oido al Padre y aprendido su doctrina, vienen á mí. No porque alguno haya visto al Padre, sino solo aquel que ha nacido de Dios, éste ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo; el que cree en mí, tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan bajado del cielo para que el que come de él no muera. Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo. Quien comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré por la vida (ó salvacion del mundo) es mi carne.—Entonces los Judíos dejaron estallar su indignacion, diciendo entre sí. ¿Cómo

puede darnos á comer su propia carne?—Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo: Si no comiéreis la carne del Hijo del Hombre y bebiéreis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia. Porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente es bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Asi como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, asi el que me come, tambien él vivirá por mí y de mi propia vida. Este es el pan que bajó del cielo: no como el maná que comieron vuestros padres y murieron. El que come este pan, vivirá eternamente.—Jesus dijo estas cosas enseñando en la sinagoga de Cafarnaum. Y muchos de sus discípulos, oyéndolas, dijeron: Dura es esta doctrina, ¿y quién es el que puede admitirla? Y Jesus, conociendo en sí mismo que sus discípulos murmuraban de sus palabras, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué será si viérais al Hijo del hombre subir á donde estaba antes? El Espíritu es el que vivifica: la carne (ó el sentido carnal) de nada sirve para entender este misterio. Las palabras que os he hablado son espíritu y vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen.—Porque en efecto, sabia Jesus desde el principio quiénes eran los que no creian, y quién le habia de entregar. Asi, pues, añadió: Por eso os dije que ninguno puede venir á mí, si mi Padre no se lo concediere.—Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle, y ya no andaban con él. Entonces dijo Jesus á los doce: ¿Queréis tambien vosotros retiraros?—Señor, respondió Simon Pedro, ¿a quién hemos de ir? tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, Hijo de Dios.—Díjoles Jesus: ¿Por ventura, no soy yo quien os escogí á todos doce? Y no obstante, uno de vosotros es un hijo de Satanás.—Y hablaba asi de Judas Iscariote, hijo de Simon, porque éste le habia de entregar, aunque era uno de los doce ¹.

13. La multiplicacion de los panes en la montaña, este prodigio que hubiese arrastrado la fe de cualquier otro pueblo, no es suficiente para los Judíos, quienes lo juzgan inferior al de Moisés; porque, en fin, Jesus no ha multiplicado mas que los panes de cebada y la carne de algunos peces para una sola comida y para una muche-

¹ Matth., XIV, 32 ad ultim.; Márc., VI, 53 ad ultim.; Juan, VI, 22-72.

dumbre limitada. Mas al contrario, Moisés había hecho descender el maná del cielo durante cuarenta años, alimentando así millones de hombres. Para hacer esta objecion y para manifestar semejante exigencia, era preciso ser Hebreo. Jamás un Esparciata ó un Romano hubiera hablado así. Pero los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob estaban familiarizados con el milagro. Elías había multiplicado el aceite en vino en los vasos de la viuda de Sarepta. Este prodigio no superaba al de Moisés, y cuando se anuncia Nuestro Señor como el Mesías predicho por Moisés, se le piden milagros mas prodigiosos que los de Moisés, de Elías y los demás profetas. La actitud del pueblo es tal como se podia esperar de su pasado histórico. Bajo este respecto, el Antiguo y el Nuevo Testamento se prestan uno á otro un testimonio solemne de autenticidad. Es, pues, preciso que alimente el divino Maestro con un pan milagroso, no ya una muchedumbre hambrienta en el desierto de Bethsaida, sino generaciones enteras. Es preciso que este pan baje del cielo y no sea la reproduccion de un alimento terrestre. Es preciso, en fin, que no sea el prodigio un fenómeno aislado y transitorio; sino que tenga, como el maná de Moisés, los dos caracteres de la universalidad y de la duracion. Pero el Salvador va mas allá que las exigencias de la raza judía, y la maravilla permanente cuya institucion anuncia, va á espantar á la misma incredulidad. El cuerpo y la sangre de Jesucristo serán por siempre el pan y la vida de la inmortalidad. Aquí no hay figura ni simbolo, ni metáfora. «Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. El que me coma á mí, vivirá tambien por mí.» Es imposible equivocarse sobre la realidad positiva de esta palabra. Los Judíos se indignan al oirla. «¿Cómo, dicen ellos, puede éste darnos á comer su carne?» Esta palabra subleva á gran número de discípulos hasta entonces fieles, y abandonan á su maestro, exclamando: «¡Semejante lenguaje es intolerable!» Y sin embargo, ¿qué era este lenguaje del Salvador, sino el dogma de la transustanciacion eucarística, milagro permanente del pan de vida bajado del cielo, que se ha multiplicado sin límite y sin medida para alimentar generaciones de almas? Actualmente se verifica, como en Bethsaida, la multiplicacion de los panes, del uno al otro polo. En nada varían el lenguaje de Nuestro Señor la incredulidad judía y la desercion de los discípulos espantados; en nada templa su fórmula para

calmar la indignacion de sus oyentes. Supóngase un instante que hubiera sido este el pensamiento del divino Maestro: os daré á comer un pan comun ú ordinario que será la figura de mi cuerpo; os daré á beber un vino semejante á aquel del que usais todos los dias, y que será la figura de mi sangre. Esta hipótesis es la del protestantismo. ¿Quién, pues, hubiera impedido al Salvador acallar súbitamente toda clase de murmullos, y retener á su lado la multitud de discípulos incrédulos? Una sola palabra explicatoria que hubieran pronunciado sus labios, hubiese hecho cesar la agitacion que produjo un discurso interpretado desde un principio en un sentido absoluto. Pero Jesucristo redobla sus afirmaciones á medida que se aumenta el tumulto, y repite invariablemente: «Os daré á comer mi carne y á beber mi sangre. Si no comeis la carne del Hijo del hombre, y si no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. ¿Os escandaliza este lenguaje? Esperad el dia en que habeis de ver al Hijo del hombre volver á subir al cielo, de donde ha descendido. El Espíritu lo vivifica todo y los sentidos no tienen nada que ver aquí con esto» ¡Oh Jesus de la Eucaristía, pan vivo bajado del cielo, millares de adoradores vuestros han reemplazado y reemplazarán hasta el fin de los tiempos á los discípulos incrédulos que os abandonaron en Cafarnaum! Si hay aun Judíos carnales, para cuyos oidos es duro este lenguaje, la Iglesia Católica os repite diariamente al pie de vuestros tabernáculos la protesta de San Pedro: «Señor, nosotros no huiremos, porque tú tienes palabras de vida eterna.»

§ III. LOS FARISEOS.

14. Habíase verificado en Jerusalem la solemnidad de la Pascua, sin que hubiera ido á la Ciudad Santa el divino Maestro. «Recorria la Galilea, dice el Evangelista, y no quiso penetrar en Judea, donde le buscaban para matarle ^{1.}» Volviendo, pues, los Escribas y Fariseos de Jerusalem, se juntaron á la muchedumbre que le seguia. Y viendo que algunos de sus discípulos rompian el pan para la comida, sin haber practicado la ablucion legal de las manos, les vituperaron. Porque los Fariseos y todo el pueblo judío no comen jamás sin lavarse á menudo las manos. Y si han estado en la plaza,

¹ Juan, VII, 1.

no se ponen á comer sin lavarse primero, y observan muy particularmente otras muchas ceremonias que han recibido por tradicion como las purificaciones ó lavatorios de los vasos, de las jarras, de los utensilios de metal y de los lechos. Los Fariseos, pues, y los Escribas le preguntaron con este motivo, diciendo: ¿Por qué tus discípulos no siguen la tradicion de los antiguos, sino que comen sin lavarse las manos antes de romper el pan, á la manera que los gentiles?—Jesus les respondió: ¿Y por qué vosotros, quebrantais el mandamiento de Dios á pretesto de seguir vuestra tradicion? Porque Dios dijo: Honra á tu padre y á tu madre. Y tambien añadió: El que maldijere al padre ó á la madre, sea condenado á muerte. Pero vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre ó á la madre reducidos á indigencia: hubiera podido socorreros, pero declaró, *Corban*, que he consagrado á Dios todos los recursos de que hubiera podido disponer en favor vuestro, este hombre está dispensado de socorrer la vejez de su padre y de su madre. Asi es como quebrantais el mandamiento de Dios, burlándoos de su palabra con una tradicion que vosotros mismos habeis inventado. ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazon está lejos de mí. Y en vano me dan culto enseñando doctrinas y observancias frívolas inventadas á su gusto ¹. En efecto, de esta suerte abandonais el mandamiento de Dios por tradiciones humanas y purificaciones de jarros y de vasos y otras prácticas semejantes á estas. Hé aquí como á pretesto de vuestras tradiciones destruis el precepto de Dios.—Despues, dirigiéndose al pueblo, le dijo: Escuchadme todos y entendedlo bien. No es lo que entra en la boca del hombre lo que le hace sin mancha ó puro, sino lo que sale de su boca es lo que deja mácula en el hombre. Si alguno tiene oidos para oír, entiéndalo.—En aquel momento se acercaron á él los discípulos, y le dijeron: ¿Sabes que los Fariseos se han escandalizado de tus palabras? Pero respondiendo Jesus, dijo: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial, será arrancada de raiz. Dejad á esos hombres; son ciegos y guias de ciegos. Y si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el abismo.—Despues que se hubo retirado de la gente, y entrado en la casa, desearon sus discípulos saber el sentido de esta parábola, y le dijo Pedro: Señor,

¹ Isa., XXIX, 13.

interpretáanos la palabra que has pronunciado. —Y él les dijo: ¿Qué? ¿Tambien vosotros teneis tan poca inteligencia? ¿No comprendéis que los alimentos que introduce el hombre en su boca y que circulan por su cuerpo, no pueden manchar su alma? Lo que hace al hombre impuro son las palabras culpables que salen de un corazon corrompido. Del interior del corazon, en efecto, es de donde proceden los malos pensamientos, los designios adúlteros, los actos ignominiosos, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las malicias, los fraudes, las torpezas, la envidia, la blasfemia, la soberbia y la sinrazon. Todos estos vicios proceden del interior. Y esos son los que manchan al hombre. Mas el comer sin lavarse las manos, eso no mancha al hombre ¹.

15. Para formarse una idea exacta de las ridículas observancias del Fariseismo y de sus increíbles pretensiones doctrinales, es preciso buscar sus huellas en el Talmud, donde se fijaron despues. El uso de las abluciones, tan comun entre los orientales, se funda en las necesidades del clima. La legislacion de Moisés lo habia consagrado regulándolo en los límites propios para custodiar los intereses higiénicos del pueblo hebreo, sin recargarle de obligaciones escesivas ². La ley de las abluciones se hallaba restringida á casos de impureza material, especificados por el divino Legislador, tales como el contacto de cadáveres de animales inmundos. En un pais y en un clima en que causaba la lepra tan terribles estragos, constituian estas precauciones una necesidad social de primer orden. Pero la reserva de Moisés habia desaparecido para dar lugar á la invasion de los ritos supersticiosos del Fariseismo. Ningun Israelita podia comer un pedazo de pan, si no se habia lavado antes las manos, levantándolas á la altura de la cabeza; y aun los mas celosos afectaban durante la comida lavarse la punta de los dedos. Finalmente, cuando acababan de comer, practicaban la última ablucion, teniendo las manos bajas y observando cuidadosamente que no llegase jamás el agua mas arriba de las muñecas. No era permitido sumergir enteramente el brazo en el agua, sino para la comida de los sacrificios; ritos superticiosos cuya inviolabilidad conservaban los Fariseos, aun cuando fuera preciso, ir á buscar el agua á distancia de cuatro millas. El judío que los infringia, era declarado tan criminal como

¹ Matth., XV, 1-20; Marc., VII, 2-23. —² Véase el *Levit.*, XI, 31 y siguientes; Cf. Cornelius a Lapide, *Comment, in hunc locum*.

un homicida, y por el contrario, el que los observaba estrictamente, estaba seguro de la salvacion eterna y de tener un sitio en el banquete del reino de los cielos. El Talmud registra veinte y seis prescripciones relativas á la manera de practicar cada mañana la ablucion manual ¹. Compréndese, pues, el escándalo de los Fariseos y de los Escribas, cuando rompiendo el divino Maestro el haz de sus absurdas tradiciones, les vuelve á llamar al verdadero espíritu de la ley mosaica y proclama el gran principio de la pureza del corazon. La escuela rabínica de Hillel y de Schammai que habia ajustado recientemente estas observancias al precepto positivo de la ley, pretendia darles un valor doctrinal superior al del texto de Moisés. «Las palabras de los sabios en la Escritura, dice el Talmud, prevalecieron sobre las de la ley y de los profetas. El que estudia con la Mischna merece recompensa; pero el que se entrega al estudio de la Gemara hace la accion mas meritoria ².» La aplicacion de este principio habia sancionado el odioso abuso que reprobó Nuestro Señor con tanta severidad. La lengua hebrea llamaba: *Corban*, todo lo que se consagraba al Señor. Hállase esta espresion en los libros de Moisés para designar las ovejas, las cabras, las terneras de los holocaustos y de los sacrificios espiatorios ó pacíficos ³. Por estension, se dió en lo sucesivo este nombre al *Gazophilatium*, especie de tronco ó cepillo dispuesto en el átrio del Templo para recibir las ofrendas del pueblo ⁴. La palabra *Corban* habia llegado á ser sacramental en el lenguaje comun, para significar todo lo que de hecho ó intencionalmente era dedicado al Señor, de suerte que bastaba pronunciar ésta palabra: *Corban*, para atajar toda revindicacion aun legítima sobre cualquier objeto, el cual se hallaba investido por esto mismo de la inviolabilidad de una cosa sagrada, perteneciente al Templo, y cubierta por la magestad de Jehovah. Tal era el subterfugio que se empleaba por los hijos ingratos para sustraerse á las obligaciones de la piedad filial. ¡*Corban*! decian al anciano que tendia la mano, para comer en la mesa de un hijo desnaturalizado. Y los Escribas y los Fariseos enseñaban que no solamente era legítima esta accion, sino que el hijo no podia ya, sin hacerse culpable de sacrilegio, desdecirse de la fórmula sacramental. Hé aquí verdaderamente la doctrina mas monstruosa, que pudieron hacer que aceptase á un pueblo, espíritus

¹ Talmud, tratado *Schilchan-Aruc*.—² Talmud, tratado *Bava Metzia*; Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. III, págs. 40-41.—³ *Levit.* I, II, III.—⁴ *Matth.*, XXVII, 6.

ambiciosos y soberbios en nombre de una ley divina. Pero además, cotéjese con estos pormenores esclusivamente locales y en cualquier otra parte ininteligibles, la teoría que supone haberse compuesto el Evangelio en Roma ó en Antioquía, de un trabajo popular, verificado de lejos, en un centro donde se desconocían los usos judíos, y se verá brillar como un rayo luminoso la autenticidad del libro divino.

16. El escándalo de los doctores judíos llegaba á su colmo; pues buscaban todas las ocasiones de sublevar al pueblo contra Jesus, en nombre de sus costumbres y de sus tradiciones ultrajadas. «Un Fariseo, continúa el Evangelio, convidó al Señor á comer con él, y habiendo entrado Jesus en su casa, se puso á la mesa. Y el Fariseo discurrendo consigo mismo, decia: ¿Por qué no se habrá lavado antes de comer? Y el Señor, le dijo: Vosotros los Fariseos, limpiáis el exterior de la copa y del plato, mas el interior de vuestro corazon está lleno de rapifias y de maldad. ¡Necios! ¿por ventura, el que creó la naturaleza exterior, no creó asimismo el corazon? Ciegos, limpiad por dentro la copa y el plato, si quereis que lo de afuera sea limpio. Sobre todo haced limosna, y todo estará purificado en vosotros. Pero ¡ay de vosotros, Fariseos y Doctores que llevais al Templo el diezmo de la yerba buena, y del comino y del heneldo y de la ruda y de las menores legumbres de vuestras huertas, mientras que despreciais los preceptos mas graves de la ley, la justicia y la misericordia, la fe y la caridad divina! Estas son las cosas que debíais practicar sin omitir aquellas. Guias ciegos que colais un mosquito y tragais un camello. ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, que amais tener los primeros asientos en las sinagogas y ser saludados en público! ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que devorais la herencia de las viudas, prolongando vuestras falaces oraciones! Por este crimen, sufrireis vuestro juicio y sentencia. ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, porque recorreis la tierra y los mares para ganar un prosélito á vuestra fe, y cuando lo habeis encontrado, haceis de él un hijo del infierno, dos veces mas malo que vosotros. ¡Ay de vosotros ciegos, que decís: Jurar por el Templo no obliga á nada; pero el que jura por el oro del Templo, queda obligado á cumplir su juramento! ¡Insensatos! ¿Qué es, pues, mas sagrado, el oro ó el Templo que santifica el oro? Tambien decís: Jurar por el altar, no

obliga á nada, pero quien jure por la víctima puesta en el altar deberá cumplir su juramento. ¡Ciegos! ¿Qué es, pues, mas sagrado, la oblacion ó el altar que la santifica? El que jura por el altar, jura igualmente por todo lo que se pone en el altar. El que jura por el Templo, jura por el Dios Omnipotente que lo habita. Finalmente, el que jura por el cielo, jura por el trono del Señor, y por el Señor mismo, cuya magestad reposa allí. ¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros que están encubiertos y son desconocidos de los hombres que pasan por encima de ellos, y que comunican su suciedad al viajero sin saberlo! ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas, que os semejais á los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos á los hombres, mas por dentro contienen en realidad la corrupcion y los despojos de la muerte. Asi es tambien como vosotros en el exterior os mostrais, á la verdad, justos á los hombres, pero por dentro estais llenos de hipocresía y de iniquidad.—Entonces uno de los doctores de la ley, le dijo: Maestro, hablando de esta suerte, tambien nos afrentas á nosotros.—Y Jesus le respondió: ¡Ay de vosotros tambien, maestros de la ley, que imponéis á los hombres cargas que no pueden soportar, y vosotros ni con un dedo las tocais! ¡Ay de vosotros, que fabricais sepulcros á los profetas y adornais los monumentos de los justos, despues que vuestros mismos padres los mataron! Decís, sin embargo: Si nosotros hubiéramos vivido en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices en la muerte de los profetas. Pero esto son hipócritas protestas, pues ciertamente testificais que aprobais lo que vuestros padres hicieron, porque ellos los mataron, y vosotros les edificais sepulcros y colmais la medida de las impiedades paternas. ¡Serpientes! raza de víboras; ¿será posible que eviteis el ser condenados al fuego del infierno? La sabiduría de Dios ha celebrado ya vuestro juicio. «Yo os he enviado, dice la Escritura, profetas, apóstoles, sabios y doctores, y de ellos degollareis á unos, crucificareis a otros, á otros azotareis en vuestras sinagogas, y vuestro odio les perseguirá de ciudades en ciudades» para que recaiga sobre vosotros cada gota de la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra y que os pida cuenta de ella la justicia divina, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarias, hijo de Barachias, á quien matásteis entre el Templo y el altar. En verdad, os digo, que todas estas cosas vendrán á caer sobre la generacion presente.

¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os habeis reservado la llave de la ciencia (de la salud) que cerrais á vuestros hermanos la puerta de los cielos. ¡Vosotros mismos no habeis entrado, y aun á los que iban á entrar, se lo habeis impedido! Despues de estos terribles discursos, los Escribas y Fariseos redoblaron las persecuciones y trataban de ahogar la voz de Jesus, armándole asechanzas y maquinando sublevar la muchedumbre contra su doctrina ¹.»

17. En el momento en que el divino Maestro confundia asi, bajo el peso de los anatemas, el orgullo y la ambicion de estos sectarios, acababa de entregarles un escándalo público al desprecio del mundo entero. El historiador Josefo nos dice que un judio de Roma, auxiliado por algunos doctores Fariseos, convirtió al mosaismo á una noble señora, llamada Fulvia, y la persuadió que legase al Templo de Jerusalem toda su fortuna, que representaba un valor enorme. El legado fue recogido por los hipócritas doctores; pero no entrégaron un óbolo al Templo, y se repartieron en su totalidad los despojos arrancados por su avaricia á la buena fe de una extranjera. El hecho produjo una impresion inmensa: Tiberio dió un decreto que espulsaba á todos los Judíos del recinto de Roma ². Tal era este avariento proselitismo á que alude Nuestro Señor. Sin duda los Fariseos, para persuadir á su victima, habian jurado por el Templo de Jerusalem á la matrona Fulvia, ejecutar religiosamente su última voluntad. Pero en el estilo farisáico, no obligaba á nada jurar por el Templo. Tampoco tenian valor los juramentos por el altar y por el cielo mismo. Los discípulos de Hillel, armados con las distinciones de su maestro, iban, pucs, recorriendo los continentes y los mares, para buscar, no tanto prosélitos, como tesoros, y entregar á la maldicion de los gentiles el nombre sagrado de Jehovah. El farisaismo, anatematizado por el Salvador, no tiene en el dia las formas altivas y dominadoras de que se habia revestido en Judea; pero se atrinchera en las argucias de los sofistas. ¡Cuántas veces no habeis oido al racionalismo moderno desnaturalizar las palabras que el divino Maestro empleaba para abatir la hipocresía de los doctores de la Ley! ¿Para qué dicen los Escribas actuales, imponernos ayunos, cuando ha declarado Jesus que no puede manchar al hombre el alimento que toma el hombre? Miserable equívocacion, que notamos aquí,

¹ Luc., XI, 37-54; Matth., XXIII, 25-37.— ² Joseph., *Antiq. jud.*, lib. XVIII, capítulo III.

porque es popular. Sí, no hay duda alguna que el alimento es intrínsecamente una cosa muy indiferente. Pero el fundamento de la santificación consiste en seguir á Jesus y llevar su cruz. Jesus ayunó y previno á los Fariseos, que sus discípulos deberian ayunar tambien. La vida de Nuestro Señor fue una mortificación continua, viéndosele caer en desmayo, á consecuencia de sus prolongados ayunos. El convite milagroso que sirve á la muchedumbre en la montaña, consiste en pan de cebada y en pez salado. Pero Jesucristo es el modelo de todos los cristianos; es el camino fuera del cual no podemos llegar al reino de los cielos. La Iglesia, pues, esposa de Jesucristo y madre de los cristianos, ha debido prescribir mortificaciones corporales y abstinencias obligatorias. Rehusar seguirla en un camino, todos cuyos rigores ha mitigado su ternura maternal, hasta el punto de hacer que se ruborice nuestra debilidad, es rebelarse contra la autoridad del mismo Jesucristo, es negarse á caminar algunos dias por el camino real de la cruz, donde pasó el divino Maestro los treinta y tres años de su vida mortal. Hé aquí lo que mancha las almas y lo que renueva el orgullo farisaico de los doctores de Judea.

18. «Los Fariseos y los Saduceos reunidos, volvieron á tentar á Jesus, continúa el Evangelio, y le pidieron con instancia que les manifestase un prodigio en el cielo. Pero respondiéndoles él, les dijo: Cuando va llegando la noche, decís á veces: Mañana hará buen tiempo, porque está el cielo arrebolado. Y á la mañana, mirais al Oriente, y decís: Hoy habrá tempestad, porque el cielo está cubierto. Cuando veis una nube que se levanta al ocaso, al instante decís: tendremos lluvia y se realiza el pronóstico; y cuando veis que sopla el viento de Mediodia, decís: Tendremos calor, y asi sucede. Hipócritas, si sabeis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra, ¿cómo no conocéis este tiempo del Mesías, ó cómo, por lo que pasa en vosotros mismos no discernís lo que es justo que hagais ahora? En aquel momento lanzó un profundo suspiro, y añadió: ¿Por qué pedirá esta raza de hombres un prodigio? En verdad, os digo, que á esta gente no se le dará otro milagro que el de Jonás.—Habiendo hablado asi, dejó á los Fariseos, y se alejó ¹.» A pesar de todas las escitaciones de esta pérfida secta, seguia siempre la muchedumbre los pasos del Salvador.

¹ Matth., XVI, 1-4; Marc. VIII, 11, 12; Luc., XII, 54, 57.

Era la época en que volvian los peregrinos de Jerusalem, despues de la solemnidad pascual; y se juntó nuevamente la multitud á oírle: «Jesús dijo á sus discípulos: Tengo compasion de esta gente, porque ya hace tres dias que perseveran en mi compañía, y no tienen qué comer, y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino, porque algunos han venido de lejos.—Y los discípulos le dijeron: ¿Cómo podremos hallar en este lugar desierto bastantes panes para saciar á tanta gente? ¿Cuántos panes teneis? preguntó Jesus.—Y ellos respondieron: Siete y algunos pececillos. Y él mandó á la gente que se sentase en tierra. Y tomando los siete panes y los peces, los bendijo, dando gracias á Dios y los distribuyó á sus discípulos, que los dieron al pueblo. Y todos comieron y quedaron satisfechos; y de los pedazos que quedaron, llenaron siete canastas. Los que habian comido eran cuatro mil hombres sin contar los niños y las mujeres. E inmediatamente, subiendo Jesus á una barca con sus discípulos, fué al pais de Dalmanutha, que recorrió, asi como los confines de Magdala ¹. Un dia que se habian olvidado sus discípulos de llevar la provision de pan para la jornada, les dijo Jesus: Estad alerta y guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Sadúceos y de la levadura de Herodes. Mas discurriendo entre sí, se decian uno á otro los discípulos admirados. Esto lo dice, porque no hemos traído pan.—Y conociendo Jesus sus pensamientos, replicó: ¿En que pensais, hombres de poca fé? ¿Os inquietais porque no habeis traído pan? ¿Todavía estais sin conocimiento ni inteligencia? ¿Aun está oscurecido vuestro corazon? ¿Tendreis siempre los oidos sin ver y los ojos sin percibir? ¿Ni os acordais ya de cuando repartí cinco panes de cebada entre cinco mil hombres? ¿Cuántos cestos llenos de las sobras recogisteis entonces?—Dijéronle: Doce.—Y cuando repartí siete panes entre cuatro mil personas, ¿cuántos cestos de pedazos recogisteis?—Dijéronle: Siete cestos.—¿Comprendeis, pues, que no he querido hablaros del pan material, al deciros: Guardaos de la levadura de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes? Entonces comprendieron los discípulos que por la levadura entendia el Señor la doctrina de los Fariseos y de los Saduceos ².

¹ Matth., XV, 32, 39; Marc., VIII, 1-10. ² Matth., XVI, 5-12. Marc., VIII, 13-21.

§ IV. ESCURSION Á FENICIA.

19. El odio de estos orgullosos sectarios acababa de encontrar un apoyo en el tetrarca Herodes Antipas. «Al saber este príncipe los milagros verificados por Jesus, dijo á sus servidores: Este es Juan Bautista, que ha resucitado de entre los muertos y que obra todos estos milagros ¹.—Y otros decían: Es Elías; y otros: Es un nuevo profeta ó alguno de los antiguos profetas que ha resucitado. —Pero el Tetrarca continuaba diciendo: Juan, á quien yo mandé cortar la cabeza, ha resucitado de entre los muertos ².—Y deseaba ver á Jesus ³.» Una circunstancia que nos refiere Josefo, aumentaba el terror del matador. Acababa de experimentar una sangrienta derrota, en las fronteras meridionales de la Perea, en un choque con un jefe árabe, Aretas. Habíase dado la batalla bajos los muros de Maqueronta, al pie de la fortaleza en que fue sacrificado el Precursor á la venganza de una bailarina. Herodes, vendido por algunos tráfugas, súbditos de Filipo, su hermano, habia visto la derrota de todo el ejército. Este desastre se consideró por los Hebreos, dice Josefo, como el castigo del crimen cometido en la persona del hombre de Dios. Compréndese, pues, la ansiedad del tetrarca, á medida que le llevaba la fama la noticia de los prodigios obrados por el Salvador. A los remordimientos de una conciencia culpable, á la humillacion del rey vencido, se agregaba el temor de una sublevacion popular. Sin embargo, Herodes podia interrogar en su propia corte á los discípulos del Salvador, que le hubiesen tranquilizado sobre este punto. De este número eran Chusa, intendente del palacio, gobernador de Cafarnaum; Juana, su mujer, y Manahem, compañero de infancia y amigo del tetrarca; pero tal vez, como acontece á los tiranos recelosos y débiles, desconfiaba Herodes tanto mas de sus servidores mas fieles, cuanto que los consideraba mas capaces de decir la verdad. Como quiera que sea, su deseo de ver á Jesus no procedia ciertamente de un sentimiento simpático. «Algunos Fariseos, menos hostiles que los demás, fueron á decir al Señor: Aléjate y sal de aquí, porque Herodes quiere matarte.—Jesus les respondió: Id y decid de mi parte á aquella raposa:

¹ Matth., XIV, 1, 2.—² Marc., VI, 15, 16 —³ Luc., IX, 9.

Sabe que aun tengo que lanzar demonios y sanar enfermos el dia de hoy y mañana ; mas al tercer dia me darán muerte. No obstante, conviène que yo camine hoy y mañana y pasado mañana , hasta llegar á la ciudad , porque no cabe que un profeta pierda la vida fuera de Jerusalem ¹. » Necesitábanse tres dias , dice el doctor Sepp , para ir de Galilea á Jerusalem. Nuestro Señor toma este término de comparacion para designar el tiempo que debia durar su vida pública , hasta que muriese por la redencion del mundo. Aquí se toman sus dias por años , y por consiguiente , circunscribe el tiempo de su mision evangélica á un intervalo de tres años y medio. Igualmente determina la época y el lugar de su Pasion , que debia verificarse despues de su tercer viaje á Jerusalem , por la festividad Pascual ². Tales eran las circunstancias en que decia el divino Maestro á sus discípulos : «Guardaos de la levadura de los Fariseos , de los Saduceos y de Herodes.» Si se estrañase la poco inteligente interpretacion que se dió en un principio á sus palabras , no debe olvidarse en manera alguna , que nos ha sido trasmitida por los mismos discípulos. La personalidad de los Evangelistas se eclipsa ante la verdad , con una abnegacion tan sobrehumana , que este solo hecho constituiria , para todo espíritu imparcial , la mas solemne garantía de autenticidad.

20. La solemnidad Pascual en Jerusalem , habia dado ocasion á turbulencias extraordinarias y á sangrientos tumultos. «A su regreso , refirieron á Jesus algunos peregrinos lo que habia sucedido á unos Galileos , cuya sangre habia mezclado Pilatos con la de las víctimas inmoladas en el altar de los sacrificios. Y él les respondió: ¿Pensais que estos Galileos fuesen entre todos los demás de Galilea los mayores pecadores porque fueron tratados de esta suerte? Os aseguro que no ; pero vosotros mismos , si no haceis penitencia , todos perecereis del mismo modo. ¿Pensais tambien que aquellos diez y ocho desgraciados sobre los cuales cayó la torre de Siloe y á quienes mató , fuesen los mas culpables de todos los moradores de Jerusalem? Os aseguro que no. Mas si vosotros no hiciéreis penitencia , todos perecereis igualmente.—En seguida les propuso esta parábola. Un hombre tenia plantada una higuera en su viña , y vino á buscar fruto en ella y no le halló : y dijo al viñador : Ya ves que

¹ Luc., XIII, 31-33.—² Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 120-121.

hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no le hallo nunca: córtala, pues: ¿para qué ha de ocupar terreno en valde?—Señor, respondió el viñador: déjala todavía este año, y cavaré al rededor de ella, y le echaré estiercol: tal vez así dé fruto, y sino, la harás costar ¹.

Los acontecimientos á que alude aquí el Evangelio se nos han transmitido por la historia. «Pilatos, despues del incidente de las efigies de Tiberio, que quiso introducir en Jerusalem, dice Josefo, manifestó la pretension de tomar del tesoro del Templo, las cantidades necesarias para construir un acueducto de doscientos estadios, que proveyera á las necesidades de la Ciudad Santa. El pueblo se rebeló á la idea de este despojo. Formáronse grupos sediciosos, en número de muchos millares de hombres, y cercaron el palacio del gobernador, dando voces mezcladas de ultrajes contra la misma persona de Pilatos. Este hizo disfrazar cierto número de soldados que ocultaron sus armas bajo sus vestidos y rodearon silenciosamente al pueblo. En el momento en que eran mas furiosos los gritos, dió Pilatos la señal convenida, y se lanzaron aquellos sobre el pueblo desarmado, matando ó hiriendo á muchos y poniendo en fuga á los demás ².» No por esto, prosiguió menos Pilatos sus proyectos sobre la construccion del acueducto. Así, pues, hizo levantar en la piscina de Siloe arcadas para sostener el acueducto que debía atravesar la ciudad por encima del valle situado entre el monte Moría y las montañas de Sion. Entonces fue cuando aconteció el accidente de que habla el Evangelio, desplomándose uno de los pilares que se estaban construyendo y aplanando bajo sus ruinas á diez y ocho pobres operarios de los arrabales de Jerusalem ³.

21. «Entre tanto, dejó Jesus la Galilea, dice el Evangelio, y se retiró con sus discípulos á los confines de Tiro y de Sidon. Y habiendo entrado en una casa, deseaba permanecer desconocido, pero no pudo substraerse á su fama. Porque una mujer cananea que habitaba en el pais, habiendo sabido que se hallaba allí, acudió á él dando voces: Señor, hijo de David, tén lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio.—Jesus no le respondió palabra.—Y llegándose á él sus discípulos, intercedían diciendo: Concédele lo que pide, á fin de que se vaya, porque viene clamando

¹ Luc., XIII, 1-9. —² Joseph., *Antiq. jud.*, libr. XVIII, cap. IV; *De Bell. jud.*, lib. II, cap. VII. —³ Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 155.

tras nosotros. Pero respondiendo él, dijo: Yo no soy enviado sino á las ovejas descarriadas de la casa de Israel.—Sin embargo, la mujer penetró en la casa y se postró á sus pies. Esta mujer de raza siro-fenicia ¹, era idólatra. Despues de haber adorado á Jesus, le dijo: Señor, dignate ampararme. Y le suplicaba que lanzase de su hija al demonio, que la atormentaba.—Jesus le respondió: Deja primero que se sacien los hijos de la casa, porque no es justo tomar el pan de los hijos para echarlo á los perros.—Asi es, respondió la mujer, pero Señor, tambien los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos.—Jesus le dijo entonces: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase segun deseas. Véte en paz. En premio de lo que has dicho, ya salió de tu hija el demonio.—Y en efecto, en aquella misma hora fue curada su hija, habiéndola encontrado la Cananea, al volver á su casa, reposando apaciblemente en su cama, y libre del demonio ².

22. La Cananea á los pies del Salvador, es el mundo pagano implorandosu libertad y suplicando á Jesus que quebrantara en fin la cadena de Satanás. Todos nosotros, hijos convertidos de las razas idólatras, estábamos representados en la pobre casa de Sarepta, á las puertas de Tiro, por la humilde mujer que solicitaba el favor de lamer las migajas que caian del banquete del Padre de familia, á que fue convidado desde luego el judaismo. «¡Oh mujer, dice el Señor, tu fe es grande!» La mirada del divino Maestro contemplaba en el porvenir esas innumerables generacionos de almas á que debia preceder la extranjera en el camino del reino de los cielos. Asi, todas las circunstancias de este episodio se hallan marcadas con una solemnidad característica. La Cananea hace resonar el grito de socorro: «Señor, hijo de David, tened piedad de mí» Jamás hasta entonces habia permanecido el corazon de Jesus insensible á la súplica del sufrimiento y de la fe. Habíasele visto enternecerse con el espectáculo de los dolores maternos de la viuda de Nain, y volverle un hijo único, aun antes que hubiese invocado su poderosa

¹ La provincia romana de Siria comprendia la Judea, la Fenicia, la Galilea, la Siria propiamente dicha, etc., Habíase modificado la lengua para expresar el nuevo estado de cosas. De aquí las palabras compuestas *siro-fenicios*, *siro-judíos*, etc. De esta suerte lleva cada palabra del Evangelio un sello particular de autenticidad. El nombre de *Cananea*, que se da tambien á esta mujer era esencialmente hebreico. La Fenicia era un distrito del pais de Canaan, cuya conquista no habian podido acabar los Israelitas.

² Matth. XV, 21-23; Marc., VII, 24-30.

misericordia. En las plazas públicas de las ciudades de la Decápolis, bastaba á los enfermos tocar la orla de su vestidura, para obtener su curacion. Aquí, parece sordo el Señor á las súplicas de la mujer idólatra. «No responde una sola palabra.» Esto era que deseaba que los Apóstoles, estos segadores destinados á recolectar mas adelante innumerables gavillas en las campiñas del paganismo, tuvieran las primicias de esta siega de almas. Espera, pues, á que intercedan en favor de la idólatra fenicia. «Señor, dicen ellos, despáchala, porque nos persigue con sus clamores.» Todavía no los atiende Jesus, porque quiere hacerles entender lo que costará la redencion del mundo al Hijo del hombre. «La mision del Verbo encarnado es solo para las ovejas descarriadas de la casa de Israel.» Cuando el rebaño rebelado del judaismo haya herido al divino Pastor, y asumido la responsabilidad de la sangre de un Dios, entonces se abrirán al mundo pagano las puertas de la redencion, y se encargarán los Apóstoles de reunir, en el redil de la Iglesia, el inmenso rebaño de las naciones. Los Judíos daban á todos los Gentiles el injurioso sobrenombre de perros. Nuestro Señor, para probar la fe de la Cananea y hacerla resaltar mas á los ojos de los Apóstoles, parece conformarse en un principio con esta costumbre nacional. Pero, cuando la extranjera, en su respuesta, modelo de resignacion, de humildad y de santa esperanza, ha dado la medida de lo que el paganismo convertido será capaz de hacer un dia por el nombre de Jesus, entonces hace el Salvador el elogio de esta heroica fe, y abandona el demonio á su víctima.

§ V. REGRESO Á LA DECÁPOLIS.

23. Parece que Jesucristo en su escursion fuera del territorio hebreo, quiso solamente consagrar con este prodigio, la grande obra de la conversion de los gentiles. «Salió, pues, dice el Evangelio, de los confines de Tiro, y se fue por Sidon hácia el mar de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. Y presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que pusiese su mano sobre él para curarle. Y apartándole Jesus de la gente, puso los dedos en los oídos del doliente y le tocó la lengua con saliva. Despues alzando los ojos al cielo, arrojó un suspiro, y le dijo: *Ephphtha*, que quiere decir, ¡ábrete! Y en el mismo instante se le abrieron los oídos, y

se desató el impedimento de su lengua y habló claramente. Y les mandó Jesus que á nadie lo dijeran. Pero cuanto mas se lo mandaba, con mayor empeño lo publicaban, y tanto mas se admiraban, diciendo: Siembra milagros á sus pasos: hace oír á los sordos y hablar á los mudos ¹. Jesus fué entonces á sentarse á la vertiente de un monte vecino. Y se llegaron á él muchas gentes trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, baldados y otros muchos dolientes, y los pusieron á sus pies, y los curó; por manera que las gentes se admiraban, viendo hablar á los mudos, andar á los cojos y con vista á los ciegos, y glorificaban al Dios de Israel ².—Y fueron despues á Betsaida y le trajeron un ciego y le pedian que le tocara. Y él, cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea, y echándole saliva en los ojos, puestas sobre él las manos, le preguntó si veia algo. Y el ciego, abriendo los ojos, dijo: Veo andar á unos hombres, que me parecen como árboles.—Y alzando Jesus sus miradas al cielo, volvió á poner las manos sobre los ojos del ciego, y empezó á ver mejor; y finalmente recobró la vista del todo, de suerte, que veia claramente todos los objetos. Y Jesus le envió á su casa, diciendo: Vuelve á tu morada, y no digas á nadie este suceso ³.

24. La esplosion de los milagros en la montaña, en favor de la muchedumbre que deposita sus enfermos á los pies de Jesus, unida á las circunstancias escepcionales que acompañan la curacion del sordo-mudo de la Decápolis y la del ciego de Betsaida, forma un contraste que ha fijado la atencion de la antigüedad cristiana. ¿Para qué, por una parte, las precauciones y cómo los esfuerzos del Salvador que lleva al ciego á un sitio apartado, le pone el dedo en los órganos afectados, le moja la lengua con saliva, eleva las miradas al cielo y lanza un profundo suspiro, mientras que le basta á Jesus para los demás milagros una palabra? ¿Sufria acaso el poder del Verbo encarnado desmayos y á manera de eclipses? Y no obstante, cura una palabra definitivamente al sordo-mudo. Al punto que el divino Maestro ha pronunciado la palabra hebrea: Ephphtha ⁴, se abren los oidos del enfermo y se desata su lengua. Pero, dicen los

¹ Marc., VII, 31 ad ultim.—² Matth., XV, 29-31.—³ Marc., VIII, 22-26.

⁴ No se habrá olvidado la declaracion del racionalismo, atestigüando que «Jesus no sabia el hebreo.» Pues bien, la palabra *ephphetha*, פתח, es el imperativo pasivo *níphal* del verbo פתח, que significa *abrir*. La Iglesia Católica ha consagrado esta palabra, empleándola en la administracion del bautismo. No es necesario ser ni aun hebraizante para conocer el origen de esta palabra que saben todos los niños de las escuelas.

Padres, cuando obra así el Salvador, respecto del sordo-mudo de la Decápolis, continúa respecto de sus discípulos la instrucción práctica, que principió á las puertas de Tiro. La Cananea era el símbolo de la gentilidad, preparada ya á la gracia del Evangelio por la fe. El sordo-mudo y el ciego son la figura de la humanidad no regenerada, cuyo oído está cerrado á la palabra de salvación; sus labios á los acentos de la súplica y sus ojos á la revelación divina. Llévaseles á Jesús, pero no se postran, como la mujer idólatra, á adorar al Salvador. No le imploran, ni con la voz, ni con el ademán. Los que los presentan no dicen, con el impulso de una irresistible confianza: «Hijo de David, cúralos.» No llega su fe hasta este punto. Piden á Jesús que les imponga las manos, que se esfuerce en curarlos, «si tiene este poder.» Tal es, antes de la regeneración espiritual, el estado de los hijos de Adán. Cada día, en todos los puntos del mundo, se lleva á la Iglesia Católica sordo-mudos y ciegos espirituales, para introducirlos en el reino de los cielos. Fiel á la tradición de su divino Maestro, el ministro de Jesucristo, impone las manos en la cabeza del niño. «Omnipotente y eterno Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, dignate echar una mirada sobre tu siervo, á quien te has dignado llamar al privilegio de la fe; y espele las tinieblas que ciegan su corazón ¹.» —Después humedece el sacerdote el dedo con saliva, y toca los oídos y las narices del niño, diciendo: *Ephphtha*, ábriles á la suave fragancia de los perfumes del Evangelio. «Huye, Satanás, porque se acerca el juicio de Dios ².» Así habla y obra, desde la era evangélica la Iglesia fundada por Jesucristo, reproduciendo sobre los sordo-mudos y los ciegos espirituales que se presentan al bautismo, los actos simbólicos verificados por Nuestro Señor sobre el sordo-mudo de la Decápolis y el ciego de Bethsaida. Pueden consignarlo el farisismo protestante y el racionalismo sadoceo. La tradición Católica descende del Salvador y vuelve á subir á él por una cadena no interrumpida. La puerta de salvación,

¹ *Omnipotens, sempiternus Deus, Pater Domini nostri Jesu Christi, respicere dignare super hunc famulum tuum N. quem ad rudimenta fidei vocare dignatus es; omnem cæcitatem cordis ab eo expelle. (Ritual. roman., de Sacram. Baptism., edit., Mechlin, en 8.º, 1950, página 16.)*

² *Postea sacerdos digito accipiat de saliva oris sui, et tangat aures et nares infantis; tangendo vero aurem dexteram et sinistram, dicat: ΕΡΗΡΗΘΗ, quod est, Adaperire; deinde tangit nares, dicens: In odorem suavitatis. Tu autem effugare, diabole: appropinquabit enim iudicium Dei. (Ritual. rom., ibid., pág. 20.)*

cuyas llaves fueron entregadas á Pedro, se abre en el día, despues de pasados diez y nueve siglos, exactamente con las mismas condiciones, con la misma fórmula y los mismos ritos que en las orillas del lago de Tiberiades, cuando Nuestro Señor iluminaba los ojos de los ciegos y daba oído á los sordos. Que se haya podido desconocer el signo divino de semejante unidad, que las pasiones y las preocupaciones de secta, que el sistema ó partido prévio de la incredulidad no hayan apreciado este carácter de inmanencia y de perpetuidad, impresos en la obra redentora, á pesar de las variaciones de la edad, las revoluciones sociales, los giros contrarios de la ciencia, de la filosofía y de la literatura humanas, es verdaderamente uno de los milagros de ceguedad que solo tiene poder de producir el espíritu del mal, el príncipe de este mundo.

25. «Jesus, dice el Evangelista, partió entonces al pais de Cesárea de Filipo ¹. Despues de haber orado solo, tomó consigo á sus discípulos, y recorrió las aldeas comarcanas. Y en el camino preguntó á sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?—Los discípulos respondieron: Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías, y aun hay quienes pretenden que eres uno de los antiguos Profetas, que ha resucitado en estos tiempos.—Pero vosotros, replicó Jesus, ¿quién decís que soy?—Respondiendo Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.—Respondiendo Jesus, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás (ó Juan), porque no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos ².»

26. Bajo la cúpula del Vaticano, en este sitio conocido del mundo entero, hay un augusto monumento que se llama la Confesion de San Pedro. El genio de Miguel Angel lo ha coronado con una media naranja tan vasta como el panteon de la Augusta Roma. Una inscripcion colocada entre la tierra y el cielo, traza las palabras

¹ La antigua Pancade, situada en las fuentes del Jordan. El tetrarca Filipo la habia hecho reconstruir, y la habia dado el nombre de Cesarea, en honor del César Tiberio.

² Matth., XVI, 13-20; Marc., VIII, 27-30; Luc., IX, 8-21.

pronunciadas por Jesucristo en el sendero, desierto en el día que atravesaba el territorio de Cesárea de Filipo. El tetrarca de la Iturea ha muerto, sin haber dejado rastro su principado, y hasta su nombre mismo, si no fuera por el Evangelio, estaría sepultado en las catacumbas de la historia. La ciudad nueva que dedicaba á la eternidad del César Tiberio, deja apenas adivinar su solar al celo de los arqueólogos. Los hijos de nuestra Europa van á interrogar la soledad; separan la arena y encuentran difícilmente, sepultados hace siglos, fragmentos lapidarios, testigos de una gloria eclipsada. Ha caído la corona de la frente de los Césares; el nombre de Tiberio, que hacia temblar al mundo, es mancillado por la maldición del mundo. Entre tanto la Confesion de San Pedro, siempre viva, conserva el privilegio de su inmortal juventud. Ha llegado á ser el principio de un reinado que no muere, de un imperio que sobrevive á todos los demás y que nadie podría aniquilar. *Tu est Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.* ¡Qué! fundar así con una sola palabra obras eternas; con una palabra, dirigida á un oscuro pescador de Galilea, levantar un edificio que no pueden derribar las pasiones conjuradas, todas las fuerzas del genio, de la ciencia, de los ejércitos y de la política ¿seria un fenómeno vulgar, y que no supera al alcance de un hombre? Es necesaria, pues, tanta perspicacia para descubrir que la duración es un elemento refractario á todos los esfuerzos humanos. Pasan los conquistadores; echan cimientos que dispersa el soplo de la muerte sobre su sepulcro. Pasan los genios; su aparición ilumina la historia como un meteoro; quieren prolongar, en el porvenir, sus gloriosos rayos; llega la muerte, y se olvidan todos sus proyectos. Sin embargo ¿qué no hacen los hombres para asegurar la duración á sus obras? Si se pudiese calcular todo lo que han costado al mundo los sueños de un porvenir ambicioso, desde los Faraones del antiguo Egipto y las dinastías olvidadas de Babilonia hasta nuestros modernos conquistadores, retrocederia espantada la imaginación á vista de tantos esfuerzos gigantescos por una parte, y de tanta impotencia por otra. No pueden conseguir los héroes la duración. El signo divino de la Iglesia es, pues, su inmortalidad, fundada en la confesion de Simon, hijo de Jonás. Y no se diga que es equívoco este signo; que hay otras confesiones rivales y otras pretensiones á la duración. ¿Dónde está Pedro entre los cismáticos del Norte, del Oriente y del

Mediodía? ¿Dónde está Pedro en las confesiones del protestantismo? Sin embargo, á él solo se dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ¹ del infierno no prevalecerán contra ella.»

27. «Entonces Jesus, dice el Evangelista, comenzó á manifestar á sus discípulos que convenia que fuese á Jerusalem el Hijo del hombre, para que allí padeciese muchos tormentos y fuese condenado por los Ancianos y por los príncipes de los Sacerdotes y por los Escribas, y que fuese muerto, y que resucitase al tercero dia. Y hablaba de esto muy claramente. Pedro entonces, tomándole á parte, principió á decirle.—No quiera Dios que sea asi. Señor, eso no sucederá. Pero Jesus vuelto contra él y mirando á sus discípulos, para que atendiesen bien á la correccion, reprendió ásperamente á Pedro, diciendo: Quítate de delante Satanás, que me sirves de escándalo, porque no tienes gusto en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.—Despues, dirigiéndose á todos sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame. Porque quien quisiere salvar su vida, obrando contra mí, la perderá, mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿Con qué cambio podrá el hombre rescatarla una vez perdida? Ello es que quien se avergonzase de mí y de mis doctrinas, en medio de esta nacion adúltera y pecadora, igualmente se avergonzará de él tambien el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre, acompañado de los ángeles santos. Despues añadió: En verdad os digo, que algunos de los que están aquí, no morirán hasta que vean la llegada del reino de Dios en su magestad, (ó el Hijo del Hombre en su gloria) ².»

¹ Seria supérfluo insistir sobre el carácter esencialmente local de la palabra *Puerta*. En Oriente, servia en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo para designar el poder, el *imperium*. Por esta razon se da en nuestros dias al gobierno de Constantinopla el nombre de Puerta Otomana. Es, pues, indudable la autenticidad de esta palabra. Jamás hubiera usado un legendario griego ó romano, semejante locucion. En cuanto á la explicacion del racionalismo, se limita á decir que «Jesus sobresalia en extremo en el arte del equivoco.» Un equivoco que funda un imperio inmortal admirará á todos los espiritus razonables en despecho de todos los racionalistas.

² Matth., XVI, 21-28; Marc., VIII, 31-39; Luc., IX, 22-27.

§ VI LA TRANSFIGURACION.

28. «Cerca de ocho dias despues, tomó Jesus consigo á Pedro y Santiago, y Juan y los llevó separadamente á un monte muy alto, y se puso á orar; y estando en la oracion, se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Y viéronse de repente dos personajes que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías, y hablaban de la salida de Jesus del mundo, la cual estaba para verificarse en Jerusalem. Y Pedro dijo entonces á Jesus: Señor; bien estamos aquí. Si gustas, hagamos tres tiendas ó pabellones, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías. Pedro hablaba asi, no sabiendo lo que se decia, por estar todos sobrecogidos de pasmo. Y estando todavía hablando, hé aquí que una nube resplandeciente vino á cubrirlos con su sombra y redobló su terror, y al mismo instante, resonó desde la nube una voz que decia: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: á él habeis de escuchar. Y al oir esta voz los discípulos cayeron con el rostro en tierra, y quedaron poseidos de un grande espanto. Pero acercándose á ellos Jesus, los tocó y les dijo: Levantaos y no temais. Y habiéndose levantado y mirado á su alrededor, á nadie vieron, sino á solo Jesus. Y cuando bajaron del monte, les dió Jesus esta orden: A ninguno conteis lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos. Y ellos guardaron, en efecto, silencio, y no dijeron á nadie en aquellos dias lo que acababan de ver, reservando para sí solos el secreto de esta maravilla, bien que andaban discurriendo entre sí, qué habia querido decir Jesus con estas palabras: hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. Sin embargo, preguntaron al Señor, y le dijeron: ¿Por qué, pues, dicen los Doctores y los Fariseos de la ley que debe volver Elías antes del advenimiento del Hijo del hombre?—Jesus les respondió: Vendrá, en efecto, antes de mi segunda venida, y restablecerá entonces todas las cosas; y padecerá mucho, y será vilipendiado, como está escrito que ha de suceder al Hijo del hombre. Mas os digo, que Elías ha venido ya en la persona del Bautista; pero no le conocieron y ejercieron con él su crueldad, segun se habia predicho por los profetas, ¡Así, tambien harán ellos padecer al Hijo del hombre!

Entonces entendieron los discípulos que les habia hablado de Juan Bautista ¹.

29. El Tabor es el punto culminante en que resplandece la divinidad de Jesucristo á los ojos del mundo entero, asi como el Calvario será la cumbre donde ha de afirmarse su humildad, con el escaso del padecimiento y de la ignominia. Estas dos montañas son los dos polos de la redencion del género humano. Investido Pedro con la primacia suprema de la Iglesia, se rebela á la idea de los tormentos, de la muerte y de la resurreccion de su divino Maestro. ¿Puede padecer y morir un Dios? Pedro ha confesado en el ardor de su fé, que Jesus era el Cristo, Hijo de Dios vivo. Luego Cristo no puede morir. Va por fin á fundar ese Imperio que esperan los judíos y que debia volver á levantar, en beneficio de Jerusalem, el cetro de la dominacion del universo. Tales eran aun en aquel momento las esperanzas de los mismos discípulos. Entre tanto Jesus les habla de los oprobios y de la dolorosa pasion que debe sufrir en breve en Jerusalem. Desarrolla á sus ojos la serie lamentable de los tormentos que le están reservados. Será condenado por el Sanhedrin, por el tribunal del Gran Sacerdote, por el testimonio de los Escribas. Padecerá el último suplicio; morirá, mas para resucitar al tercer dia. No es ya esto eventualidades á que quiera sustraerse: «Es preciso» que él mismo vaya á Jerusalem, é irá allí voluntariamente, para apurar, hasta la última gota, este cáliz de amargura. El jefe de los Apóstoles se alarma á este solo pensamiento, y Jesus le rechaza con indignacion, reprendiéndole su celo puramente humano, que no sabe comprender las cosas de Dios: Retírate Satanás, eres para mí motivo de escándalo.» Tal era la divina educacion de Pedro, á quien elevaba Jesucristo, gradualmente, á esta sublime altura, en que no debian aparecérselle las cosas de la tierra sino al través del espejo de las cosas del cielo. Esta dura palabra la dicta el mismo Pedro á su discípulo San Marcos, en su Evangelio, á fin de que perpetúe de edad en edad, la memoria de su humillacion. Pedro tiene cuidado de hacer inscribir todos los errores, todas las debilidades, todas las faltas porque ha de pasar sucesivamente hasta que se cumpla la promesa de infalibilidad que el Salvador le hizo. «Yo he orado para que no decaiga tu fe; asi cuando seas realzado, ten-

¹ Luc., IX, 28-36; Matth., XVII, 1-9; Marc., IX, 1-9.

drás el privilegio de afirmar en ella á tus hermanos.» El Evangelio de San Marcos es el que nos dice, en el relato de la Transfiguracion. «Pedro no sabia lo que decia por estar sobrecogido de temor.» San Mateo y San Lucas no consignan esta reflexion. Lo mismo tendremos ocasion de notar en la historia de la Pasion. El Evangelio escrito, dictándolo San Pedro, es una confesion continua de las faltas de San Pedro, y por un sentimiento de inefable humildad, todo lo que podria realzar la grandeza personal del príncipe de los Apóstoles, se pasa en él en silencio.

30. Al contrario, los demás Evangelistas dan siempre á Pedro la primacia en la fe, en la adhesion, y en el privilegio glorioso con que le invistió su divino Maestro. Asi, la marcha gloriosa de San Pedro por las aguas del lago de Tiberiades nos la dice San Mateo, al paso que San Marcos, que no omite ningun pormenor de la aparicion de Jesucristo sobre las aguas, no habla de ella. El glorioso elogio de la fe del príncipe de los Apóstoles, y las inmortales palabras que le son dirigidas: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» se halla inscrito por San Mateo y por San Lucas, al paso que San Marcos se detiene precisamente en este punto, y guarda silencio sobre la respuesta de Nuestro Señor. Hé aquí los caracteres de autenticidad que superarán siempre la influencia de todas las obras humanas; pues al paso que los alardes de amor propio son como la firma de las obras de los historiadores profanos, el Evangelio es un monumento de humildad divina, en el que no se notan las huellas de su autor, sino por su ausencia. No se ha tenido rubor de afirmar en estos últimos tiempos, que San Pedro carecia de grandeza y que era inferior á toda admiracion la vulgaridad del pescador galileo. Verdaderamente, sienta bien á un siglo que ha llevado la idolatría de sí mismo al punto en que la vemos, atreverse á tener semejante lenguaje. Pero no se conseguirá borrar del relato evangélico, los ilustres testimonios rendidos al sublime carácter del príncipe de los Apóstoles. El es á quien designa primero el divino Maestro, con Santiago y Juan, para asistir á la Transfiguracion. El es el único que sabe dominar el terror de semejante espectáculo, al ver la manifestacion del Hijo del hombre en su gloria: «Señor, bueno es que permanezcamos aquí. Si gustas, levantemos tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías.» Esta exclamacion del príncipe de los Apóstoles la ha realizado en el día la

Iglesia. La ley judaica, las profecias del Antiguo Testamento, la revelacion del Evangelio, son las tres tiendas, bajo las cuales se guarecerán hasta el fin de los siglos, las generaciones cristianas. El Arca del Tabernáculo no ha sobrevivido á los desastres de la invasion babilónica: las tablas de piedra del Decálogo, la vara florida de Aaron, y el vaso lleno de maná del desierto, han desaparecido, despues del saqueo del Templo, bajo Nabucodonosor; pero las tres tiendas que queria levantar la mano de Pedro en medio de las naciones, subsisten en el dia. Estas tiendas han resistido toda la fuerza de las tempestades; renuévase la superficie del mundo; cada siglo trae con inesperados progresos, situaciones diversas; los tabernáculos de San Pedro bastan á las ambiciones y á las necesidades de todas las épocas; todo envejece á su alrededor; caen los gobiernos, sucédense las formas sociales; las legislaciones humanas, heridas de una caducidad nativa, se desploman unas sobre otras. Pero las generaciones nuevas se transfiguran siempre bajo las tiendas de Pedro, y encuentran en esta divina atmósfera un elemento de juventud y de vida inmortal. La Transfiguracion en el Tabor ha llegado á ser un fenómeno de todos los instantes, en el seno de la Iglesia Católica, cuya cabeza es Pedro.

31. ¡Qué importan las negaciones del racionalismo! Ha tratado de reducir el milagro á las proporciones vulgares de un efecto de óptica. En las cimas del Pambamarca, en la América Meridional, fue testigo un viajero español de un fenómeno que quisiera asimilar la ciencia incrédula al prodigio de la Transfiguracion de Nuestro Señor. Dejemos la palabra al sabio Antonio de Ulloa que ha consignado, en su diario de viaje ¹, este interesante episodio. «Hallábase, dice, al amanecer, en el *Pambamarca*, con seis de mis compañeros: hallábase todo el cerro de la montaña envuelto en nubes muy densas, las que, con la salida del sol se fueron disipando, y quedaron solamente unos vapores tan ténues, que no los distinguia la vista; al lado opuesto por donde el sol salia en la misma montaña, á cosa de diez toesas distante de donde estábamos, se veia como en un espejo, representada la imagen de cada uno de nosotros, y haciendo centro en su cabeza tres iris concéntricos, cuyos últimos colores ó los mas exteriores del uno, tocaban á los primeros del

¹ Antonio de Ulloa. *Relacion del viaje á la América Meridional*, 1770. Lib. VI, capítulo IX, núm. 1012.

siguiente; y exterior á todos algo distante de ellos, se veia un cuarto arco formado de un solo color blanco; todos ellos estaban perpendiculares al horizonte; y asi como el sugeto se movia de un lado para otro, el fenómeno le acompañaba enteramente en la misma disposicion y órden; pero lo mas reparable era, que hallándonos allí cuasi juntas seis ó siete personas, cada una veia el fenómeno en sí, y no lo percibia en los otros; la magnitud del diámetro de estos arcos variaba sucesivamente, á proporcion que el sol se elevaba sobre el horizonte; al mismo tiempo se desvanecian todos los colores, y haciéndose imperceptible la imágen del cuerpo, al cabo de un buen rato, desaparecia el fenómeno totalmente. Cuando empezaba el fenómeno, parecian los arcos en figura oval, y despues se perfeccionaban hasta quedar perfectamente circulares. » Tal es la narracion de este ilustre viajero. Podria agregarse hechos análogos, que ha observado la ciencia moderna, en las alturas del Brocken, ó en las aguas transparentes de Nápoles y de Sicilia. Pero, en verdad, el racionalismo que cree descubrir en ellos los elementos de una asimilacion con el prodigio del Tabor ¿olvida que el Oriente es la patria de la refraccion? En las aguas del lago de Genesareth, donde conducian sus barcas Pedro, Santiago y Juan, habian sido veinte veces testigos de este fenómeno natural, que tienen ocasion de consignar aun en el dia todas nuestras caravanas. La reproduccion á cierta distancia de los objetos en el espejo fulgurante del aire ó de las aguas, no pasa nunca por un hecho sobrenatural. Los espectros refractados de esta suerte, no tienen voz; no hablan unos con otros en un lenguaje perceptible. Son lo que es la sombra de una persona en un espejo, siguiendo sus menores movimientos. Supóngase el fenómeno del Pambamarca en el Tabor, los cuatro espectadores, á saber: Jesucristo, Pedro, Santiago y Juan, formarán cuatro imágenes representadas á cierta distancia, y si se apura la comparacion, solamente visibles cada una de por sí para cada uno de ellos. Esto no constituye una transfiguracion. Los siete colores del arco iris ó del espectro, no tienen nada de comun con el rostro de Jesus, quien durante su oracion, se puso resplandeciente como el sol. Las degradaciones del color encarnado, del de naranja, del amarillo y del verde, en nada se parecen á la blancura de la nieve que resplandeció en los vestidos del Salvador. Finalmente, la voz que salió de la nube diciendo: «Este es mi Hijo amadísimo, en quien he puesto

todas mis complacencias; escuchadle.» ¿por qué ilusion de acústica resonó en las cimas de la montaña esta voz distinta de la de los tres interlocutores, y que hace caer sobre su rostro á los Apóstoles espantados?

32. La refraccion del racionalismo se halla por otra parte en frente de un hecho mas elocuente que todo raciocinio. Pedro, Santiago y Juan, han padecido el martirio por atestiguar la divinidad de Jesucristo. Nadie muere en una cruz; no se deja nadie decapitar ni sumergir en una caldera de aceite hirviendo, por honrar al físico mas hábil. La transfiguracion de los pescadores de Galilea en Apóstoles, es tan milagrosa como la transfiguracion del mismo Jesucristo, y la transformacion del mundo verificada por el Evangelio no pasará jamás por una ilusion de óptica ó una refraccion de los rayos luminosos en una nube. Aquí tambien se han grabado los recuerdos evangélicos sobre monumentos que les dan un cuerpo. El texto sagrado no designa, con su nombre, la montaña que fue el teatro de este gran suceso. Sin embargo, la tradicion ha suplido este silencio. San Cirilo, obispo de Jerusalem en 350; Eusebio de Cesárea hácia la misma época, saben el sitio exacto del milagro. Asi, llaman al Tabor, el *Itabirion* de los Griegos, el *Djebel-Nur* (Montaña de luz) de los Arabes modernos ¹. La emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande, hizo construir una basilica en el mismo sitio en que fue transfigurado Jesus. Desde entonces, todos los peregrinos que visitan la Palestina, han ido á postrar su frente en el sitio donde «cayeron sobre su rostro» Pedro, Santiago y Juan. Hé aquí la descripcion que nos suministra uno de ellos. «La cumbre del Tabor es una esplanada de media legua de circunferencia, ligeramente inclinada al Oeste, cubierta toda de verdes encinas, de hiedra, de odoríferos bosquecillos, de antiguas ruinas y de recuerdos. En la parte Sudeste de la llanura, marcan el sitio en que apareció Jesus escoltado de Moisés y de Elías, tres altares resguardados por pequeñas bóvedas. La parte Meridional de la montaña se estiende á lo lejos hácia el Sud, al través de las montañas de Gelboe, sobre las azuladas cadenas de Judá y de Efraim: las alturas mas sombrías del Carmelo detienen la vista en el Poniente; en el Norte se estiende la

¹ Véase la respuesta á las dificultades propuestas contra esta identificacion de la montaña designada por el Evangelio con el monte de Tabor. (M. Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. III, pág. 406-410.)

vista sobre la Galilea totalmente surcada por las huellas y los milagros del Salvador, y desciende á la sombra de sus valles para dirigirse en seguida á la cima mas alta del Anti-Libano, el gran Hermon, antiguo asilo de leones y de leopardos,¹ coronada casi siempre de nieves: despues vienen los desiertos del Horán, el lago de Tiberiades, el valle del Jordán con su rio sagrado, donde se abieron los cielos, como en el Thabor, para dejar descender las complacencias del Altísimo sobre el Hijo de una Virgen de Nazareth. La inmensa llanura de Esdrelon, donde los guerreros de todas las naciones que respiran debajo del cielo, han plantado sus tiendas en la serie de las edades, se despliega como una brillante alfombra de oro, digna de los esplendores de semejante sitio. Al contemplar esta magnificencia, donde nos sentimos sobrecogidos de un santo entusiasmo, se cree ver aun la nube luminosa, y oir la voz del Eterno. El cristiano que ha visto las maravillas del Thabor cree poder decir con el príncipe de los Apóstoles²: «No hemos dado á conocer la potestad y el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, siguiendo ficciones ingeniosas; sino que despues de haber sido por nosotros mismos espectadores de su magestad, hemos oido esta voz que venia del cielo, cuando estábamos con él en la Montaña Santa³.»

33. «Al dia siguiente, dice el Evangelio, Jesus y los tres discipulos bajaron de la montaña⁴. Habiendo llegado á donde le esperaban los otros discipulos, los encontraron rodeados de gran multitud de gente, y á los Escribas disputando con ellos. Y todo el pueblo, luego que vió á Jesus, guardó silencio.—Y él les preguntó: ¿Sobre qué altercábais?—Entonces salió un hombre de entre la muchedumbre, y fué á postrarse á sus pies, diciendo: Maestro, te he traído un hijo mio, que es el único que tengo, y se halla poseído de un espíritu mudo. Yo te ruego le mires con ojos de piedad. Es lunático y padece mucho, pues muy á menudo cae en el fuego, y frecuentemente en el agua. Y cuando se apodera de él el espíritu del mal, le tira con furia contra el suelo y le hace dar alaridos, y le agita con violentas convulsiones, hasta hacerle arrojar espuma por la boca

¹ *Cántic. de los Cántic.*, IV, 9.—² II Petr., I, 16-18.

³ M. Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. III, pág. 404-406.

⁴ La tradicion designa como el teatro de este episodio evangélico, la pequeña aldea de *Dabereh* ó *Dabarith*, llamada asi en memoria de Débora, al pie de la montaña del Thabor, en el sitio mismo donde obtuvieron la célebre victoria los Israelitas contra Sisara. (M. Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. III, pág. 402.)

y crugir los dientes; y con dificultad se aparta de él, despues de desgarrarle sus carnes. Y le presenté á tus discípulos, suplicándoles que le libaran del demonio, y no han podido sanarle. Y respondiendo Jesus, dijo: ¡Oh generacion incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tengo de estar con vosotros y sufiros? Traédmele á mí.—Y se lo llevaron. Y apenas vió á Jesus, cuando el espíritu principió á agitarle con violencia, y le tiró en tierra, donde se revolcaba, echando espuma por la boca. Y preguntó Jesus á su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él respondió: Desde la infancia. Y le ha arrojado muchas veces el demonio en el fuego y en el agua para acabar con él; pero si tú puedes algo, compadécete de nosotros y socórrenos. A lo que Jesus le dijo: Si tú puedes creer, todo es posible para el que cree. Y entonces, bañado en lágrimas el padre del jóven, exclamó, diciendo: Creo, Señor; ayúdame en mi incredulidad.—Y viendo Jesus el tropel de gente que iba acudiendo, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de ese mancebo, y no vuelvas á entrar en él.—Entonces lanzando un gran grito, y agitándole con violencia, salió del mozo el demonio, dejándole como muerto, de suerte que muchos decian: Está muerto. Pero Jesus, cogiéndole de la mano, le ayudó á levantar, y se levantó sano, y lo volvió á su padre. La multitud espantada, admiraba el gran poder de Dios. Y habiendo entrado despues Jesus en la casa donde moraba, le preguntaban á solas sus discípulos. ¿Por qué nosotros no pudimos lanzarle? Díjoles Jesus. Porque teneis poca fe.—Señor, dijeron ellos, aumentad en nosotros la fe.—Respondió Jesus: Si tuviéreis fe como un grano de mostaza, diriais á este monte: Trasládate de aquí allí, y se trasladaria la montaña. Diriais á este moral: Desarráigate y ve á plantarte en la mar, y os obedeceria. Mas esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oracion y el ayuno¹.

34. Diga lo que quiera el racionalismo, no solamente obra prodigios Jesus, sino que da á sus Apóstoles la teoría del milagro. ¡Cosa notable! En el dia la Iglesia Católica, así como los Apóstoles al pie de Thabor, se halla investida de este poder sobrenatural. Jamás ha dejado de resplandecer esta señal divina en su frente. A la hora en que escribimos estas líneas, una comision permanente, estableci-

¹ Matth. XVII, 14-20; Luc., IX, 37-45; Marc., IX, 13-26.

da en Roma para examinar jurídicamente y consignar las maravillas obradas por los siervos de Jesucristo, registra milagros que tienen todos los caracteres de la autenticidad mas escrupulosa. Hace apenas dos años, que se daba cita el mundo cristiano en la Confesion de San Pedro, para asistir á la solemne canonizacion de treinta y dos santos, cada uno de los cuales habia obrado milagros. La fe que traslada las montañas ó que desarraiga árboles es omnipotente en el dia, como en la época evangélica. Los santos, estos héroes de la fe, se transmiten de edad en edad, el imperio sobre la naturaleza que legó á los Apóstoles el divino Maestro. Su poder no es un arte mágico, ni un poder oculto. El único secreto de los taumaturgos, desde Moisés hasta San Vicente de Paul, se halla encerrado en esta revelacion del Verbo encarnado. «Todo es posible á quien cree.» Pero ¡qué magnifica unidad del Antiguo Testamento con el Nuevo, en la atmósfera de lo sobrenatural! ¡Qué expansion de la potestad humana, regenerada por el amor de Dios, en la serie de maravillas que principia en los patriarcas, atraviesa el Horeb y el Sinaí, pasma al Egipto de los Faraones, conmueve las cumbres de Seir y los bosques del Cedar, rechaza las olas del Mar Rojo, suspende el curso del Jordan, arranca con Elías víctimas á la muerte, truena con Daniel bajo las bóvedas de los palacios babilónicos, para ir á parar á la efusion de los prodigios de la historia evangélica, y á la perpetuidad del milagro, en el seno de la Iglesia de Jesucristo!

§ VII. ÚLTIMO VIAJE Á CAFARNAUM.

35. «Mientras admiraban los pueblos las obras de Jesus, continúa el texto sagrado, dijo el Señor á sus discípulos: En cuanto á vosotros, grabad en vuestro corazon lo que voy á deciros: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida, y despues de muerto, resucitará al tercero dia.—Mas ellos no podian comprender esta revelacion, cuyo sentido les estaba oculto, y no se atrevian á preguntárselo y guardaban silencio tristementè ¹. Y habiendo llegado á Cafarnaum, se acercaron á Pedro los recaudadores del tributo del didracma ² para el Templo de Jerusalem, y

¹ Marc., IX, 29-31; Luc., IX, 44-45.—² Doble dracma ó medio siclo, que vale qujos seis reales de nuestra moneda.

le dijeron: ¿Qué, no paga vuestro maestro las dos dracmas? Si, por cierto, respondió él. Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesus y dijo; ¿Qué te parece Simon? Los reyes de la tierra ¿de quién reciben tributo ó censo, de sus mismos hijos ó de los estraños?—Y él le dijo: de los estraños. Y replicó Jesus: Luego los hijos están exentos. Con todo, para no escandalizar á esos hombres, vé al mar y hecha el anzuelo, y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca hallarás un estater¹: tómale y dáselo por mí y por tí².

36. Todo israelita, de edad de mas de veinte y cinco años, debia pagar anualmente un didracma, (medio siclo), para la conservacion del Templo. «Quien quiera que lleva un nombre en Israel, habia dicho Moisés, ofrecerá la mitad de un siclo, segun la medida del Templo. Y se deberá este impuesto desde los veinte y cinco años³.» Este cánón ó censo nacional se pagaba por todos los Judíos que tenian por un honor, dice el historiador Josefo, enviarlo de todos los puntos del mundo, en la época de la solemnidad Pascual, cuando no podian llevarlo ellos mismos⁴. El Salvador no habia ido este año á Jerusalem, y no habia pagado personalmente esta

¹ Esta palabra en boca de Jesus, es una prueba de la futilidad del supuesto de Mr. Renan, sobre que Jesus ignorase la lengua griega, y el argumento con que supone que fuera un privilegio de las altas clases de la sociedad, el uso del griego, y que no se hablase en otras partes que en las ciudades habitadas por los paganos; pero que esta lengua, asi como la cultura griega, no habia penetrado en las pequeñas poblaciones, como Nazareth. (*Vida de Jesus*, pág. 32 y 33). Prueban lo contrario, la inscripcion trilingüe, puesta en la cruz, y asimismo la audiencia que pidieron á Cristo por medio de los Apóstoles, varios gentiles. (Joan., XII, 20-23) y el uso de los nombres de monedas provenientes de Grecia, como el stater. (V. Johan. XXII, 15) y el usar del epíteto de *εὐπρεπας*, bienhechores, que solia darse á los potentados. (V. Schlensner, *Lexicon* N. T. ad voc.), usándolo irónicamente (Luc., XXII, 25). Además, Jesucristo no podia carecer de los dones con que fueron agraciados los Apóstoles (AA. II, 1-12), algunos de los cuales, no solo hablaron, sino que escribieron el griego; ni podia ser estraño ningun género de saber á quién leia en los corazones y penetraba los mas recónditos secretos. (Math., IX, 4; XII, 25, XVI, 9; XXII, 18, Marc., XII, 15; Luc., VI, 8; VII, 39, 40; IX, 47; XI, 17; Joan., II, 24, 25; VI, 62-65; XIII, 11-18; XVIII, 4), leyendo con sus miradas el mas remoto porvenir (Math., XIV). Pero ¿á qué cansarnos, cuando el mismo M. Renan dice, que Jesucristo simpatizaba especialmente con los Helenistas, esto es, con los Judíos que hablaban el griego? (Ob. cit., pág. 230-276). V. G. Ghiringhelli, ob. cit., pág. 46, nota 1.^a, y CAVEDONI, *Confutazione degli errori di Ernesto Renan, nella sua vita di Gesù*, Modena 1963, pág. 30-31.—(N. del T.)

El estater era una moneda de plata que valia catorce reales de nuestra moneda.

² Matth., XVII, 21-25.—³ Exod., XXX, 13, 14.—⁴ Josefo *De Bell. jud.*, lib. VII, cap. XXVI; *Antiq. jud.*, lib. XVIII, cap. XII.

deuda sagrada: hé aquí por qué se dirigian á Pedro, jefe de los Apóstoles, los que cobraban el impuesto para reclamárselo. Su respuesta nos atestigua que en los años precedentes se habia conformado el divino Maestro en este punto á las prescripciones rituales. «Jesus no vino á destruir la ley, sino á darla cumplimiento, elevándola á la perfeccion ¹.» Esta actitud de sumision á los reglamentos y á los poderes establecidos, se halla poco conforme con el retrato de fantasía que nos le representa como «un demócrata fogoso, en rebelion contra todas las autoridades locales, detestando el Templo y anunciando á sus discípulos reyertas con la policía, sin pensar un momento en que esto causa rubor ².» Verdaderamente si hay que ruborizarse de algo, es de la ignorancia de un siglo en que es necesario reparar semejantes ineptias. La narracion evangélica que se acaba de leer, es una de aquellas cuyos caracteres de autenticidad intrínseca son mas patentes. Manifiéstase desde luego la primacía de Pedro por un detalle tanto mas significativo cuanto que es menos concertado. El colector del diezmo sagrado se dirige á Pedro. No queriendo importunar al Maestro con una reclamacion poco importante, cree mas natural trasmitirla por medio del jefe de los discípulos. Pero, segun el sistema de sublime delicadeza que hemos notado anteriormente, el Evangelio de San Marcos, escrito bajo la inspiracion del príncipe de los Apóstoles guarda silencio sobre este punto. Por todas partes donde la ambicion humana hubiera encontrado ocasion legítima de poner su nombre, eclipsa San Pedro el suyo. Trátase del didracma ó medio siclo mosaico. Los Judíos tenian dos especies de moneda en tiempo de Nuestro Señor. La dominacion de los Césares les habia traído el sistema monetario de Roma, el *as*, con sus múltiplos: el *dipondio* (dos ases), el *denario* (diez ases), etc., y los sub-múltiplos: el *quadrans* (cuarta parte de un as), etc. Todos estos nombres se hallan en los Evangelistas. Usábanse las evaluaciones en monedas romanas para los negocios, el comercio, los salarios y las transacciones de todo género. Mas por una distincion en la que se retrata todo el carácter hebreo, no bien se trataba del impuesto nacional para el Templo y de los diezmos sagrados establecidos por Moisés, era repudiado el lenguaje romano, empleándose solamente las evaluaciones del antiguo sistema monetario de la

¹ Matth., V, 17.— ² *Vida de Jesus*, pág. 117.

Grecia, establecido en Judca desde Alejandro el Grande. Asi es como se reclama al Salvador el didracma oficial, y como hace entregar para el tesoro del Templo un estater ó doble didracma, por sí mismo y por Pedro. En este lenguaje habia como una protesta implicita del pueblo judío, que mantenía inviolable sobre su cabeza la soberanía suprema de Jehovah. Entrando Nuestro Señor en este órden de ideas, hace brotar de ellas una admirable afirmacion de su propia divinidad. Los reyes de la tierra, dice, no exigen de sus hijos ni el tributo (impuestos indirectos), ni el censo (capitacion). Para ellos es de derecho la inmunidad. Asimismo, el hijo de Dios no tiene que pagar el impuesto para el Templo, que es el palacio de su Padre.—Lo pagará sin embargo, pero lo pagará como Dios. Pedro, el pescador futuro de las almas, es enviado á las orillas del lago, á una nueva pesca milagrosa. Merece citarse la explicacion de los racionalistas, á propósito de este hecho. «El pez en cuya boca encontré, segun se dice, Pedro el didracma con que pagó el tributo del Templo, fue meramente un pez que se apresuró á coger, á llevar al mercado y á venderlo por precio de un estater.» ¿No valia mas verdaderamente hacer echar las redes de lo alto de la barca é intentar una pesca mas productiva y mas segura que la del anzuelo? ¿Cómo saber anticipadamente que tendiendo una caña sacará de seguro Pedro un pez; que este pez será de tal tamaño que pueda llevarse solo al mercado, y que valga exactamente un estater? Tal serie de eventualidades, predicha por el Salvador y fielmente realizada, no seria menos prodigiosa que el mismo milagro evangélico. Y ¿no se vé que nunca hubiera ido Pedro á echar el anzuelo en medio de Roma, para coger al mundo entero como una presa, si no hubiera hecho en Galilea, bajo la direccion de su divino Maestro, el aprendizaje de sus pescas milagrosas?

37. Todo se encadena en esta historia divina y se afirma con nudos que no podrá romper nunca el sofisma. Si los discípulos á quienes acababa de predecir formalmente el Salvador su pasion y su muerte próximas, no hubieran vivido en medio de una atmósfera de milagros, sino hubiesen tenido á la vista mas que el espectáculo de un justo, de un sabio, espuesto á ser el blanco del odio conjurado de los Fariseos, de los Saduceos y de Herodes, no teniendo otras armas contra tantos enemigos que la resignacion y la paciencia de un oprimido, no se hubieran ciertamente mecido con la quimérica

esperanza de verle en breve sentarse en un trono. No hubiera ocurrido á ninguno de ellos la idea de solicitar el primer sitio en su futuro imperio. Sin embargo, tales eran en aquel momento sussecretas disposiciones. Creían, pues, imposible á todo el poder de los hombres un atentado contra Aquel á quien veían mandar á toda la naturaleza, aplacar con una palabra las tempestades, lanzar los demonios y resucitar los muertos. Este sentimiento persistirá en su alma, á pesar de las predicciones del mismo Salvador, hasta en el Calvario; y su última palabra, antes de que haya disipado en fin este error la resurreccion de su divino Maestro, será esta: «¡Ay! ¡habíamos creído que restablecería el reino de Israel!»—«Los discípulos, continúa el texto Sagrado, estaban preocupados por saber quién de ellos sería el mayor en el reino de su Maestro. Y altercaban entre sí por el camino sobre esto. Y Jesus conocía sus pensamientos. Cuando llegaron á la casa, les dijo: ¿De qué hablabais durante el camino?—Los discípulos guardaban silencio.—Y habiéndose sentado el Señor, llamó á los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos, y el que á todos sirva. Y tomando entonces á un niño¹, se colocó en medio de ellos, y habiéndole abrazado, les dijo: En verdad, os digo, sino os volveis y haceis semejantes á los niños (en la sencillez é inocencia), no entrareis en el reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillase como este niño, ese será el mayor en el reino de los Cielos. Y el que acogiere á un niño semejante, en nombre mio, á mí me acoge, y quien me recibe á mí, no me recibe á mí, sino á aquel que me envió. Quien fuere, pues, el mas pequeño entre vosotros, aquel es el mas grande. Mirad que no desprecieis á alguno de estos pequeñitos, porque os digo que sus ángeles (de la guarda) contemplan continuamente en los cielos la magestad de mi Padre celestial. Y además, el Hijo del hombre vino á salvar lo que se habia perdido. ¿Qué os parece? El pastor que tiene cien ovejas, si una se descarria ¿no deja las noventa y nueve en los montes y va en busca de la que se ha descarriado? Y si llega á encontrarla, en verdad, os digo que siente mas regocijo por aquella que por las noventa y nueve que no se

¹ La tradicion nos ha conservado el nombre del dichoso niño, á quien puso Jesus en sus rodillas, á quien abrazó y presentó como un modelo á sus Apóstoles. Este niño fue mas adelante el ilustre mártir y obispo de Antioquia, San Ignacio, sobrellamado *Theophoro* (Llevado por Dios), en memoria de este episodio evangélico.

estraviaron. Asi, la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, es que no perezca ninguno de estos pequeñitos. Y al que escandalizare á alguno de estos parvulillos que creen en mí, le tendria mas cuenta que le atasen al cuello una piedra de molino y le echasen al fondo del mar. ¡Ay, del mundo por los escándalos! Porque si bien es forzoso que haya escándalos; sin embargo, ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo!—Despues que hubo hablado el Señor de esta suerte, le dijo Juan: «Maestro, hemos visto á un hombre lanzar los demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros en tu seguimiento. Y Jesus dijo: No se lo impidais, porque no hay alguno que haga milagros en mi nombre y pueda hablar inmediatamente mal de mí. Porque el que no está contra vosotros, está por vosotros; y cualquiera que os diere de beber un vaso de agua en mi nombre ó porque sois (discípulos) de Cristo, en verdad os digo que no perderá su recompensa ¹.»

38. El camino abierto al paso de la humanidad para elevarse al reino de los cielos, sigue una línea opuesta á la que conduce á los honores y al poder terrestres. Ya el divino Maestro habia puesto el fundamento de la vida cristiana, diciendo al doctor de Jerusalem: «Quien no fuere regenerado por un nacimiento nuevo, no puede entrar en el reino de los cielos.» Tal habia sido el lenguaje del Salvador, en la época de la primera Pascua. Al aproximarse la Pascua última, pone Jesucristo en accion esta doctrina sobrenatural, en presencia de sus Apóstoles para grabarla por siempre en su corazon. No la olvidarán ya, y se sucederán generaciones de almas en la Iglesia, tomando por tipo de la perfeccion evangélica la infancia espiritual, de que habla el Salvador. «A la manera de los niños recién nacidos, dirá San Pablo, no tengais ambicion sino por la leche blanca y pura de la enseñanza divina.» La blanca túnica de los niños llegará á ser el símbolo de la inocencia bautismal que debe conservar el cristiano sin mancha ó renovarla por medio de la penitencia, para presentarla inmaculada en el tribunal de Cristo. «Los niños pequeños, dice San Hilario, siguen á su padre paso á paso, aman á su madre, y no piensan tampoco en querer mal al prógimo: no les afecta el afan ó cuidado de las riquezas, no son propios de su edad el orgullo, el odio y la mentira; creen en la palabra que se les dirige,

¹ Matth., XVIII; Marc., IX; Luc., IX, XVII.

admitiendo naturalmente la verdad. Tal es la sencillez de la infancia, á la que debemos volver, si queremos llevar en nosotros la imagen de la humildad del Salvador.» Esta ley afecta á todas las almas fieles, desde el príncipe de los Pastores, el Pontífice Supremo que tiene en sus manos las llaves del reino de los cielos, que se entregaron á Simon Pedro, hasta la mas oscura de las ovejas del rebaño. Tal fue la eficacia divina de la palabra de Jesucristo, que al mismo tiempo que dió el precepto, confirió la gracia necesaria para cumplirle. Así se verán las diversas gerarquías de la Iglesia rodeadas de un respeto, de una veneracion, de un amor inviolables, porque la ley de su autoridad es la humildad, la dulzura, la sencillez, el candor de la infancia. Los poderes de la tierra se imponen con el fausto de la dominacion; sírveseles sin amarlos; teméseles sin respetarlos; derribáseles; ¡ay! por un capricho popular. Si el racionalismo deseara conocer un soberano que fuese amado sin reserva, y con una adhesion sin límites por millones de hombres esparcidos por todo el mundo, le designaríamos al sucesor de Pedro, al jefe de la Iglesia Católica, que se llama el Siervo de los Siervos de Dios. Y esto sucede hace cerca de dos mil años. Este fenómeno, en el orden moral, valdria, por tanto, la pena de ser estudiado mas seriamente que lo hacen nuestros sofistas.

39. Reunidos los doce Apóstoles al rededor del divino Maestro, en la casa de Cafarnaum, formaban en cierto modo el primer Concilio de la Iglesia naciente. «Jesus continuó, dice el Evangelio, hablándoles en estos términos: Si tu hermano pecare contra tí, vé á encontrarle, y si se arrepiente, perdónale; si te hubiere ofendido siete veces en el dia y te dijere: Estoy arrepentido; perdónale. Repréndele entre tí y él solos; y si te oyere, habrás ganado á tu hermano. Mas si no te oyere, lleva contigo uno ó dos testigos para que toda palabra se apoye en un testimonio legal. Y si no les oyere, dilo á la Iglesia; mas si ni á la Iglesia oyere, que sea para tí como un pagano y un publicano.» La enseñanza farisáica, tal como la encontramos, aun en el Talmud ¹, pretendia que se podia perdonar á su hermano tres veces, pero que no podia llegarse mas allá. Tal era la doctrina rigorista á que aludia el Salvador, al establecer la gran ley de la misericordia evangélica, sin medida y sin límites, sobre

¹ *Talm. Babylon . Yoma*, fól. LXXXVI, 2.

las ruinas de estas falaces tradiciones. El número siete espresaba entre los Hebreos el superlativo en general. El período septenario, durante el cual «habia verificado todas sus obras» Jehovah ¹, tenia naturalmente para los Judíos la idea de universalidad. Hé aquí por qué emplea Nuestro Señor esta espresion, en el sentido indeterminado que tenia para sus oyentes. Pero la misericordia debe conciliarse con la justicia, lo mismo en el seno de la Iglesia que en el gobierno del mismo Dios. Para conciliar estos dos términos que parecen escluirse, háse agotado el genio de los legisladores humanos en combinaciones siempre defectuosas. No dejará Jesucristo á su Iglesia desarmada, y manteniendo la gran ley de la misericordia, sabrá asegurar la inviolabilidad de los derechos de la justicia. La regla llena de mansedumbre que ha sentado, háse aplicado á todos los enemigos de la Iglesia, desde Arrio hasta Lutero. Cuando desgarran hijos ingratos el seno maternal de la esposa de Cristo, la queja caritativa y tierna del Pontífice supremo se dirige á su corazon para despertar en él el sentimiento filial. Si no es oida esta voz, vienen los dos ó tres testigos que exigia la ley de Moisés para toda prueba legal ², á emplear los esfuerzos de su celo para con el culpable que se obstina en su orgullo. Si tienen el dolor de ser rechazados, es denunciado el rebelde á toda la Iglesia, reunida en solemne tribunal, en la persona de los obispos, sucesores de los Apóstoles. Pronuncia la sentencia el concilio universal, y anatematizado el genio del error, llega á ser para los fieles como un pagano y un publicano.

40. Tal es, en efecto, el poder que conferia el divino Maestro solemnemente á sus Apóstoles. «En verdad os digo, continúa el Evangelista, todo lo que atareis sobre la tierra, será atado tambien en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado en el cielo. Os digo mas; que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos. Porque donde se hallan dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos³.» Los concilios, las asociaciones para orar, las congregaciones religiosas, esos *conventos*, para llamarlos con un nombre, que ha querido manchar un odio ciego, se derivan, pues, directamente del Evangelio. Si *duo consenserint. Ubi duo vel tres congregati in nomine meo*. Tales son las

¹ *Completitque Deus die septimo opus suum quod fecerat.* (Génes., II, 2.)

² Deuteron., XIX, 5.—³ Matth., XVIII, 18-20.

mismas espresiones de Jesucristo. Solamente la Iglesia Católica puede mostrar vivas hoy en su seno, estas obras, desconocidas de la antigüedad, cuyos fundamentos poseia Nuestro Señor Jesucristo en Cafarnaum, en medio de doce pescadores. Sin embargo, Pedro que debia presidir al desarrollo de estas nuevas instituciones, reflexionaba en el precepto de misericordia que habia dado el divino Maestro. Quería penetrar toda su estension y comprender la significacion exacta de este número siete que habia empleado Jesucristo, y cuyo sentido podia prestarse á equivocaciones entre los Judíos.

41. «Señor, le dijo: Cuando mi hermano pecare contra mí, debo perdonarle ¿pero ha de ser solamente hasta siete veces? Respondió Jesus: No te digo yo hasta siete veces solamente, sino hasta setenta veces siete.» Es decir, segun el estilo hebraico, de una manera ilimitada, y en número inconmensurable. «El Señor añadió: Por eso el reino de los cielos viene á ser semejante á un rey que quiso tomar cuenta á sus criados. Y se le presentó uno de ellos que le debia mil talentos ¹. Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él y su mujer y sus hijos con toda su hacienda, y se pagase asi la deuda. Entonces el criado echándose á sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Y el rey, movido á compasion de aquel criado, le dió por libre y le perdonó la deuda. Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró á uno de sus compañeros que le debia cien denarios ², y agarrándole por la garganta, le ahogaba diciendo: Págame al momento lo que me debes. El compañero, arrojándose á sus pies, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. Mas sin querer oirle este acreedor implacable, le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debia. Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron por extremo y fueron á contar á su señor todo lo que habia sucedido. Entonces el rey llamó á este ingrato, y le dijo: ¡Oh criado infuero! yo te perdoné toda tu deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú tambien tuvieses compasion de tu compañero como yo la tuve de tí? Y el rey indignado le entregó en manos de los verdu-

¹ Cerca de doscientos millones de reales, de nuestra moneda actual. Elige Nuestro Señor esta enorme suma para representar mejor la inmensidad de la deuda del pecador hácia Dios.

² Cerca de doscientos reales.

gos para ser atormentado hasta tanto que satisficiera la deuda por entero. Asi, de esta manera, se portará tambien mi Padre celestial con vosotros, sino perdona de corazon cada uno de vosotros á su hermano ¹. »

42. Tal es la ley evangélica de la caridad fraternal. Los Apóstoles, destinados á promulgarla en la tierra, hubieran podido vanagloriarse de tal mision, que superaba á todo lo que pudieron imaginar los sabios y los filósofos, de grandeza moral. Pero Nuestro Señor les precavió contra esta tentacion. «¿Quién hay entre vosotros que teniendo un criado de labranza ó pastor, luego que vuelve del campo, le diga: Ven, pónete á la mesa; y que al contrario, no le diga: Disponme la cena, cíñete y sírreme, mientras que yo como y bebo, y despues comerás tú y beberás? Y luego que el criado ha hecho lo que el señor le mandó ¿le queda, por ventura el señor obligado? No por cierto. Asi tambien vosotros, despues que hubiéseis hecho todo lo que se os ha mandado, habeis de decir: Somos siervos inútiles; no hemos hecho mas que lo que ya teníamos obligacion de hacer ². »

¹ Matth. XVIII, 23 ad ultim.—² Luc., XVII, 7-10.

CAPITULO VIII.

JERUSALEN.

SUMARIO.

§ I. SALIDA DE GALILEA.

1. Los *hermanos* de Jesus y la fiesta de los Tabernáculos.—2. Argumentacion del racionalismo á propósito de los «hermanos oscuros» de Jesus.—3. Refutacion.—4. La incredulidad de Nazareth y la divinidad del Salvador. Los descendientes de los *hermanos de Jesus* en presencia de Domiciano.—5. El divino: «Es preciso» de la pasion de Jesucristo.—6. Los diez leprosos en el territorio de Samaria.—7. Autenticidad del milagro.

§ II. LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS.

- Discurso de Jesus en el Templo.—9. Lógica del discurso de Jesus.—10. Carácter divino de las palabras del Salvador.—11. Carácter profético.—12. El Sanhedrin envia soldados á apoderarse de Jesus.—13. Las fuentes de agua viva abiertas por Jesucristo. El agua de la piscina de Siloe.—14. El Sanhedrin y Nicodemo.—15. Belen y Nazareth.—16. El huerto de los olivos y la oracion.—17. Juicio de la mujer adúltera.—18. El rigorismo humano ante la misericordia de Jesucristo.—19. Autenticidad de la narracion evangélica.—20. «Yo soy la luz del mundo.»—21. Esplicacion de esta palabra por San Agustin.—22. «Yo soy antes que Abraham fuese.»—23. Milagro de la divina profundidad del discurso de Jesus.—24. La verdad y la libertad.

§ III. EL CIEGO DE NACIMIENTO.

25. Narracion evangélica de la curacion del ciego de nacimiento.—26. El capítulo de los milagros en el Evangelio del racionalismo.—27. Carácter intrínsecos de autenticidad de la narracion evangélica.—28. El racionalismo y la lógica aristotélica.—29. La lógica del ciego de nacimiento.

§ IV. PARABOLAS.

30. Parábola del Buen Pastor.—31. Un solo redil, un solo pastor.—32. Parábola del buen Samaritano.—33. Creacion evangélica de la idea y del término de «Pródigo.»—34. El *reguero de sangre* en el camino de Jerusalem á Jericó.—35. La herencia entre dos hermanos. Parábolas de los servidores vigilantes y del Mayordomo infiel.—36. El reino dado por Dios á la Iglesia.—37. Pormenores de costumbres locales.

§ V. LA FIESTA DE LOS INCENSOS.

38. Narracion evangélica.—39. Nombre y origen de la fiesta de las Encenias.—40. El pórtico de Salomon.—41. Armonía de la narracion evangélica con las costumbres y las leyes judaicas.

§ I. PARTIDA DE GALILEA.

1. «Estando próxima, dice el Evangelista, la fiesta de los Judíos, llamada de los Tabernáculos, los hermanos de Jesus le dijeron: Sal de aquí y sube con nosotros á Judea para que vean tambien los discípulos que tienes allí, las maravillas que haces. Porque ninguno hace las cosas en secreto cuando quiere ser conocido en público. Ya que obras maravillas, dâte á conocer al mundo.—Habla-

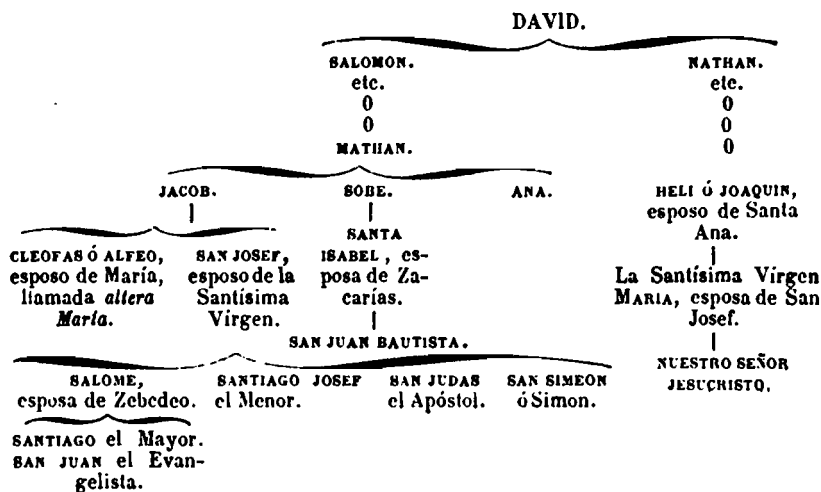
ban sus hermanos de esta suerte, porque muchos de ellos no creían en él. — Jesús les respondió: Mi tiempo no ha llegado todavía, pero vuestro tiempo siempre está á punto. A vosotros no puede aborreceros el mundo; mas á mí me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Id vosotros á esa fiesta; yo no voy á ella porque mi tiempo no se ha cumplido. Habiendo dicho esto, se quedó él en Galilea. Pero algunos dias despues que marcharon sus hermanos, él tambien se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto ¹.

2. Tal es el pasaje del Evangelista que ha inspirado al racionalismo moderno la teoría de los «hermanos oscuros de Jesús, los cuales le hacían la oposicion ²». No era en verdad muy temible la oposicion de parte de estos hombres que incitan al Salvador á que elija, para manifestarse al mundo, un teatro mas vasto y mas brillante. No se hallaba todavía elevada sin duda su fe á la perfeccion divina, cuyo carácter tardaron tanto tiempo en conocer los mismos Apóstoles. Sin embargo, bajo el punto de vista puramente humano, ¿hay uno solo de los mas ilustres racionalistas cuyo amor propio no acogiese con afán semejante homenaje? Si fueran á decirle: ¡No basta á vuestra gloria brillar en el estrecho círculo de vuestra patria; el mundo entero os reclama y os espera! dudamos que se hubiera ofendido mucho de tal lenguaje y que lo hubiera tomado por una declaracion de guerra. La pretendida oposicion de los «hermanos» del Salvador es, pues, una oposicion quimérica. Pero insiste el racionalismo. «El nombre de «hermanos» es realmente la expresion que emplea el Evangelio; y no pudiendo ser los «hermanos» de Jesús, designados aquí, ni Santiago el Mayor y Juan, hijos de Zebedeo, ni Santiago el Menor y Judas ó Tadeo, hijos de Cleofas, primos hermanos de Jesús, puesto que los cuatro formaban parte del Colegio Apostólico y creían en su Maestro, mientras que los hermanos de que se trata en este pasaje «no creían en él,» es claro que Jesucristo tuvo realmente hermanos. Es imposible saber, por falta de noticias, si procedían del lado paterno ó del materno. En el primer caso, sería la virginidad de José, y en el segundo la de María, una invencion apócrifa. Todo lo que se puede afirmar legítimamente, es la existencia de «hermanos oscuros» de Jesús, cuyo nombre no nos ha conservado la historia.» Tal es, en toda su fuerza,

¹ Joan. VII, 1-10. — ² Vida de Jesús, p. 24.

la objecion de los críticos modernos; la cual tiene el privilegio de la novedad; pues jamás la encontró en su camino la exégesis antigua. Desgraciadamente para la jóven escuela racionalista, supone esta famosa objecion una absoluta ignorancia de los primeros elementos de la historia evangélica. Nuestro siglo ha vuelto á emprender con un ardor y un celo que le honran, el estudio sério y profundo de todas las genealogías, por tanto tiempo olvidadas de los Faraones del Egipto, de los Sargonides de Asiria, de los Maharadjas de la India, de los Hijos del cielo del imperio chino. Hoy sabemos el nombre de todos los hermanos y de todos los primos de Sesostris ó de Salmanasar, y nadie tributa mas justicia que nosotros á los progresos verificados en este género por la filología moderna, la cual ha restablecido numerosos anillos de la cadena de los tiempos, por lo que hará justicia el porvenir á sus esfuerzos. Pero cuanto mas derecho tenemos de energullecernos con estas gloriosas conquistas, mayor es el deber que tenemos de conservar los resultados positivos, obtenidos por la exégesis de los siglos anteriores en el campo de la historia evangélica. La ciencia profana no podria por ningun título hacer olvidar la ciencia sagrada. Pues bien; la línea genealógica de Nuestro Señor Jesucristo ha sido una de las mas esclarecidas de toda la historia del mundo ¹. Hace solamente un siglo que era su noto-

¹ El siguiente cuadro resume, dice Cornelio á Lapide, toda la enseñanza de los Padres y de los doctores de la Iglesia, y hace comprender la verdadera relacion de los parientes ó *hermanos de Jesus* con el Salvador.



riedad universal en la Europa católica, y ningún escritor hubiera imaginado hablar de los «hermanos oscuros de Belén;» porque la sacrilega simpleza de semejante invención era entonces imposible.

3. Hé aquí por qué: Sabíase en esta época que eran seis los primos hermanos del Salvador, hijos de Cleofas y de la hermana por afinidad de la Santísima Virgen. Cuatro de ellos habían sido llamados al apostolado por el divino Maestro; los otros dos, Josef y Simeon ó Simon, no figuraban aun ni entre los Apóstoles ni entre los discípulos. Es notable, en efecto, que no se encuentre su nombre en la lista, por otra parte incompleta, de los setenta y dos discípulos, conservada por San Epifanio y Eusebio de Cesárea. Hé aquí esta lista: Esteban, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas, Nicolás, Matías, Marcos, Lucas, Justo, Bernabé, Apeles, Rufo, Niger, Sostenes, Cefas ¹, Aristion, Juan el Anciano, Andronico, Junias, Lúcio de Cirene, Barsabas, Silas y Manahem. Por muy restringida que se halle esta nomenclatura, es evidente que si los dos primos-hermanos del Salvador Josef y Simon, hubieran formado parte, desde entonces, de los setenta y dos discípulos, hubieran ocupado el primer lugar en esta lista. Tenía tal importancia desde los primeros siglos de la Iglesia el título de parientes de Jesús, que siempre se les atribuye. Hegesipo, en el año 40 de nuestra era, los designa como hijos de Cleofas, hermano de San Josef ². El mismo texto de Hegesipo, inserto por Eusebio de Cesárea en su *Historia eclesiástica*, es de una autenticidad incontestable. Hegesipo atestigua que la afinidad de Simon con el Salvador fue una de las razones que hicieron elegirle por unanimidad para suceder á Santiago, su hermano, en la silla de Jerusalem. Sobre esto no hay la menor oscuridad en el texto del Evangelio. Cuando nos habla San Juan de los «hermanos de Jesús que no creían en él» y que invitaban al Salvador á acompañarles á Jerusalem, en la peregrinación emprendida en comun para la fiesta nacional de los Tabernáculos, emplea exactamente la misma expresión que San Mateo, en una circunstancia análoga ³. Toda la antigüedad cristiana ha sabido el nombre de estos pretendidos «hermanos oscuros,» como lo sabemos aun en el día ⁴.

¹ Este discípulo, Cefas, es distinto del Apóstol San Pedro.—² Heggesipp., citat. ab Euseb. *Historia Eclesiast.* Patol. Græc. tom. XX, col. 245, 427, 281, 293, 377, 390.

³ Matth. XIII, 55, 56. V. el cap. III de esta historia, núms. 32, 34 y 35.

⁴ Puede agregarse al testimonio de Hegesipo, los de Clemente de Alejandría, Orige-

Lo menos oscuro de todo esto es la decadencia de los estudios exegéticos en nuestra patria.

4. La incredulidad de Nazareth se habia modificado desde el dia en que los habitantes de esta ciudad ingrata habian querido precipitar al Salvador de lo alto de sus rocas. Por todas partes repetian los ecos de la Galilea la noticia de los prodigios de salvacion y gracia obrados por un compatriota, cuya divina aureola ofendia á su envidia. Ante estos testimonios positivos, en presencia de hechos numerosos, constantes y probados, no era ya posible el escepticismo absoluto. Pero la envidia personal, con su baja y mezquina ruindad, no deja nunca las armas. «Vé á Judea, dicen los Nazarenos al Salvador, para que vean tambien los discípulos que tienes allí, las obras que haces.» Jesus hacia, pues, obras dignas de fijar la atencion de la Judea. Asi lo confiesan ellos; pero, entonces ¿por qué no son tambien los primeros en proclamar su augusto carácter? «Ya que haces maravillas, manifiéstate al mundo.» ¡Irrisorios y pérfidos consejos del odio! ¡Al paso que afectan un pérfido interés por la gloria y la reputacion del Salvador, tienen la audacia de ensayar contra el Verbo encarnado la tentacion mas vulgar, la del amor propio humano! Envian á Jesus á Jerusalem como un actor á un teatro. Sin embargo, saben que la venganza de los Fariseos y de los doctores de la ley, que la tiranía turbulenta de Herodes Antipas esperan su víctima; esta es sin duda la odiosa esperanza que disimulan con el lenguaje de la fraternidad. En estos rasgos característicos conocemos la naturaleza decaida en su verdadera fealdad. Hé aquí los procederes tortuosos de la envidia humana, tales como ha podido observarlos cada uno. Nada de todo esto se parece á la cólera artificial ni á las tempestades imaginarias con que quisiera rodear á Jesus el racionalismo moderno. Desarróllase la accion evangélica en un concurso viviente, sin ninguna exageracion romántica, sin calculada reticencia. Los que rodean al Hombre-Dios son hombres, con todas sus flaquezas, sus pasiones, sus intrigas y sus sordas rivalidades. Pero hé aquí el milagro. Cincuenta años mas adelante, dos de estos «hermanos» de Jesus vivian todavía. «Domiciano les hizo venir á Roma, dice Hegesipo, y les interrogó sobre el advenimiento de Cristo.—¿Sois verdaderamente de la raza de David? les dijo.—

nes, Eusebio de Cesárea, San Gerónimo, Theodorato, Isidoro de Sevilla, San Agustín. (Cf. Bisping. *Erklärung des Evang. nach. Matthaus*, XIII, 53.)

Y confesaron que lo eran.—¿En qué consisten vuestros bienes y vuestra fortuna?—Poseemos cerca de valor de nueve mil denarios ¹, respondieron.—No tenemos esta suma en dinero, sino en propiedades rústicas, de estension de treinta y nueve fanegas ². Las cultivamos nosotros mismos, sirviéndonos su producto para pagar los impuestos y proveer á nuestra existencia. Hablando así, enseñaban sus manos encallecidas, en las cuales habia marcado sus huéllas un trabajo incesante. Por fin, Domiciano les habló del Cristo.—¿De qué naturaleza será su reino? preguntó. ¿En dónde debe comenzar?—Este imperio no es el imperio de la tierra y de este mundo, respondieron ellos. Es el reino angélico y celestial, que vendrá á la consumacion de los siglos, cuando aparezca el Cristo en su gloria para juzgar vivos y muertos, y dar á cada uno segun sus obras ³.—La gloriosa confesion de los hijos reparará la incredulidad momentánea de los padres. Nazareth adoró al crucificado del Gólgota, cuya divina aureola habia repudiado por un instante.

5. Al negarse á ir á Jerusalem, seguido de la multitud de Galileos que hacian entonces esta peregrinacion, Nuestro Señor se reservó partir «cuando hubiera llegado su hora.» Hora solemne que marcó el principio del gran periodo de la Redencion por la Cruz. Era preciso que Cristo padeciese, que muriese y que resucitase. Este divino: «era preciso» paralelo al que pronunciaba Jesus, algunos dias antes, á propósito del escándalo que no debe desaparecer completamente de este mundo, se refiere á toda la economía providencial de la salvacion. En la limitada esfera de nuestras miras humanas, tenemos dificultad en comprender estas terribles necesidades; y exclamaríamos gustosos como Pedro: «¡No quiera Dios que padezcas y que mueras!» Seríamos tentados á decir á Jesus, como los judíos en el Gólgota: ¡Desciende de esa infame cruz; rompe los clavos de tus pies y de tus manos; aparece ante la culpable ciudad en la magestad de tu gloria! Y sin embaago, si se hubiera verificado la Redencion á fuerza de truenos, si el esplendor del Tabor no hubiera cesado de circundar la persona del Verbo encar-

¹ Tomando el denario por 16 ases, y el as romano por un valor de 5 céntimos de nuestra moneda, resulta la suma de 28,800 reales, como representando la fortuna de estos dos hermanos.

² La fanega romana valia 1257 m. 53 c.

³ Hegesip, cit. ab Eusebio. *Historia Ecclesiast.*, lib. III, cap. XX, Patrol. Græc., tomo XX, col. 252, 253.

nado, hubiera sido suprimida la libertad humana y aniquilada la cooperacion individual de la conciencia en la obra de la salvacion, este divino privilegio comunicado á las almas por la sangre redentora. Para permanecer por siempre libre de creer ó no creer, de adorar ó de ultrajar á su Salvador, era preciso que llevase el hombre el abuso de su libertad á este exceso del crimen, cuyo horror se resume enteramente en una sola palabra: ¡Deicidio! Era preciso, por una razon inversa que se entregara á sí mismo Jesucristo, á la hora que hubiera escogido, como el Isaías del Nuevo Testamento, disponiendo su holocausto, llevando la leña del sacrificio; pero esta vez, deteniendo el brazo de los Angeles, dispuesto á herir á sus ciegos verdugos.

6. «Jesus volvió á Jerusalem, despues de partir sus hermanos, dice el Evangelio, pero evitando las manifestaciones exteriores, y como en secreto. Atravesando la Samaria ¹ al entrar un dia en una aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales, parándose á lo lejos, levantaron la voz, diciendo: Jesus, Maestro, ten compasion de nosotros. Luego que Jesus los vió, les dijo: Id, y mostraos á los sacerdotes; y cuando iban, quedaron curados de la lepra. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio de la lepra, volvió atrás, glorificando á Dios á grandes voces, y se postró á los pies de Jesus, pecho por tierra, dándole gracias, y este era Samaritano. Jesus dijo entonces: ¿Por ventura, no fueron curados todos diez? ¿Dónde están, pues, los otros nueve? Ninguno ha vuelto á dar gloria á Dios, sino este extranjero. Despues le dijo: Levántate y véte, porque tu fe te ha salvado ².»

7. Todavía se encuentran en Palestina leprosos viajando por bandas y asociando su miseria comun para librarse del suplicio del aislamiento, no menos terrible que su misma enfermedad ³. La

¹ Aun en el dia siguen las caravanas esta ruta de Galilea á Jerusalem, la cual atraviesa Ginea y Naplusa, la antigua Siquem, y requiere tres ó cuatro dias de camino.

² Luc. XVII, 11-19.

³ «El 30 de abril de 1962, no bien llegamos á Naplusa, la Siquem bíblica, fijamos nuestro campamento hácia una de las puertas de la ciudad, en medio de un bosquecillo de sicomoros y adelfas. Algunos instantes despues, vino una banda, lo menos de treinta leprosos á sitiar nuestras tiendas, pidiendo el *bacisch* á nuestros intérpretes, amenazándoles con castigar una negativa por medio de peligrosos contactos. Tuvimos, pues, que darles limosna, látigo en mano, único medio de evitar accidentes irreparables.» (Nota extractada de un *Diario de Viaje á Oriente*, comunicado por el señor principe E. de Bauffremont-Courtenay.)

lepra ha sobrevivido á todos los progresos modernos; evádese del arte de nuestros médicos y desconcierta los esfuerzos de la ciencia. La curacion de los diez leprosos de Samaria ofrece la particularidad característica de obrarse el prodigio de lejos, cuando no puede el divino Maestro obrar con la voz ni con el ademan ni con la mirada sobre los desgraciados que han implorado su auxilio. «Id, les dice, y mostraos á los sacerdotes.» Tal es la palabra que debia salvar al género humano, este leproso secular á quien debian anunciar la buena nueva los sacerdotes de Jesucristo. Cuando recorran la tierra los Apóstoles para predicar en ella el nombre de Jesus, habrá desaparecido el divino Maestro en los esplendores de su gloriosa Ascension. Su adorable persona no será ya visible á nuestras miradas mortales. Será por tanto, necesario, bajo pena de incurrir en la condenacion eterna «mostrarse á los sacerdotes.» La docilidad del mundo, en despecho de pasiones rebeldes y de preocupaciones hostiles, será el milagro permanente de la Iglesia, asi como la docilidad de los diez leprosos constituye por sí sola un prodigio manifiesto. Todavía no están curados; continúa siendo devorada su carne por esas implacables úlceras que penetran hasta la médula de los huesos, y no obstante, no vacilan á la palabra del Señor. Sin dilacion, sin tergiversacion alguna, de unánime concierto, toman el camino de Jerusalem para ir á hacer consignar por los sacerdotes de Moisés, una curacion que aun no se ha realizado, pero de la que no dudan un instante. Les ha hablado Jesus, y esto basta á su fe. Ensaye aquí el racionalismo la aplicacion de sus teorías de curacion por medio de la vista ó del contacto de una persona predilecta. Sobre todo, que diga como, si no hubiera obrado jamás Nuestro Señor milagros, hubieran podido los leprosos creer súbitamente en la eficacia de una simple palabra, cuyo resultado no aparecia todavía. Diez leprosos á quienes manda Nuestro Señor que vayan á mostrarse á los sacerdotes de Jerusalem, van allí con toda confianza. Luego sabian de ciencia cierta, que Jesucristo obraba prodigios. Su fe manda á la nuestra, y su docilidad, en esta circunstancia, explica aquella cuyo magnífico espectáculo nos dará en breve el universo. En el camino desaparece su lepra, admirándoles tan poco este fenómeno, que solo uno vuelve atrás, para dar gracias al médico celestial. Los demás continúan su camino; pero el Samaritano curado olvida las fiestas de Jerusalem, y la alegría que le espera en

una rehabilitacion oficial, en que su familia, sus hijos, su anciano padre y su madre, van tal vez á serle devueltos. El reconocimiento vence en su corazon todos los demás sentimientos. Acorre á Jesus, y se postra á sus pies, cubriéndolos de besos y lágrimas. El Evangelio nos ofrece á cada página ejemplos de esta postracion de los hombres ante el Verbo encarnado. Hay, pues, en el mundo una magestad visible que representa á nuestros ojos la invisible magestad de Jesucristo. El sucesor de San Pedro es el Vicario del Hombre-Dios. Hé aquí por qué nos postramos nosotros á sus pies besándolos con amor. ¡Idolatría! dicen nuestros hermanos disidentes. ¿Era, pues, idólatra el Samaritano del Evangelio? ¿Magdalena la pecadora, cuyo amor ardiente mereció el elogio del Salvador, era acaso idólatra? ¿Y no se vé que para nosotros, leprosos purificados con la sangre del Cordero, pecadores agraciados por la inefable misericordia de Jesucristo, es una alegría mas bien que un derecho ó un deber postrarnos ante su representante en la tierra y ofrecer á su Vicario en el mundo los homenajes con que quisiéramos circundarle á él mismo, si nos fuese dado contemplarle con nuestros ojos y tocarle con nuestras manos? Cesemos, pues, de medir, á proporcion del orgullo humano, los respetos con que conviene rodear al Dios de la Eucaristía y á su augusto representante. ¡Cuántas veces, ante los tabernáculos donde reposa Jesucristo no hemos gemido sobre la lamentable obstinacion con que el Jansenismo, este hermano mayor del Protestantismo, pretendia regatear al Hijo de Dios el honor que le tributaban el leproso de Samaria ó el endemoniado de Gadará, con indecible dicha, en las riberas del lago de Tiberiades ó en los caminos polvorosos de Siquem! ¡Creer que se halla Jesucristo real y sustancialmente presente en la Eucaristía, y rehusar doblar la rodilla ante el tabernáculo de este Dios oculto, hé aquí uno de los fenómenos de aberracion que solo puede producir el infierno, y que debe colmar de alegría el corazon de Satanás!

§ II. LA FIESTA DE LOS TABERNACULOS.

8. Los leprosos curados llevaron sin duda á Jerusalem la noticia de la próxima llegada del Salvador. Los Fariseos no habian cesado de presentarle al pueblo como un violador de la ley del sábado. El milagro obrado el año anterior en la Piscina Probática era á sus

ojos, un crimen de lesa magestad divina. Afectaban no ver en esto mas que una sacrilega infraccion de la ley del reposo sabático, encontrando asi un pretesto plausible para suscitar el odio popular. No hay duda que es difícil apreciar su verdadero pensamiento sobre este punto. El espíritu limitado y el formalismo supersticioso con que aprisionaban á la nacion judía, no eran en manos de estos ambiciosos, sino medios de asegurar su propia dominacion. Complacianse en gravar á los demás con cargas que no hubieran ellos querido tocar ni aun con el dedo. «Los Judíos buscaban á Jesus, dice el Evangelista, en los dias de la solemnidad de los Tabernáculos ¹ y se preguntaban unos á otros. ¿Dónde está aquel? Y se hablaba mucho de él entre el pueblo. Porque unos decian: «Sin duda es hombre de bien. Y otros al contrario: No, que trae engañado al pueblo.—Pero nadie osaba declararse públicamente á favor suyo por temor de los Judíos. Y en el cuarto dia de la solemnidad ², subió Jesus al Templo y se puso á enseñar al pueblo. Y maravillándose los Judíos de su doctrina decian: ¿Cómo sabe éste las letras sagradas, no habiéndolas aprendido nunca?—Respondióles Jesus: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo. Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria, mas el que busca únicamente la gloria del que le envia, ese habla en nombre de la verdad, y no hay en él injusticia ó fraude. Por ventura ¿no os dió Moisés la ley? y con todo eso, ninguno de vosotros la cumple. Pues ¿por qué buscáis la ocasion de matarme?—Respondió el pueblo y dijo: Tú estás endemoniado: ¿Quién procura matarte?—Jesus continuó diciendo: Yo hice solo un prodi-

¹ Sabido es que esta fiesta duraba ocho dias, durante los cuales habitaba en tiendas el pueblo judío, en memoria de los cuarenta años que pasó conducido por Moisés en el desierto. (Exod., XXIII, 16.)

² Traducimos así el texto de San Juan: *Jam autem die festo mediante*, para darle su verdadero sentido que los traductores franceses no dan á entender bien con estas palabras: *Hacia la mitad de la fiesta*. La solemnidad de los Tabernáculos duraba ocho dias; así, pues, fue el cuarto cuando pareció Nuestro Señor en Jerusalem. En la expresion que emplea el Evangelista tenemos un carácter de autenticidad intrínseca que debemos hacer resaltar, por medio de una interpretacion mas libre, en que se sacrifica la letra al sentido. De otra suerte, nuestros usos modernos enteramente distintos de las costumbres hebraicas, se prestarian á un equivoco que no está en el texto ni en la mente del historiador sagrado. (Nuestros intérpretes españoles traducen, el P. Scio: «al medio de la fiesta;» el P. Amat: «hacia la mitad de la fiesta;» y el P. Petite: «estando ya la fiesta á la mitad de los dias.»—(N. del T.)

gio en dia de sábado, y todos lo habeis estrañado; mientras que Moisés, que os trasmitió el precepto de la circuncision, dadó antes de él á vuestros padres por los patriarcas, os permitió practicar la circuncision en dia de sábado. Si podeis, pues, circuncidar á un hombre sin violar el reposo sabático, ¿por qué os indignais contra mí porque he curado enteramente á un hombre en dia de sábado? No juzgueis, pues, segun las apariencias, sino juzgad segun la justicia. — Oyéndole hablar asi, comenzaron á decir algunos de Jerusalem: ¿No es éste á quien buscan para darle muerte? Y con todo, vedle que enseña públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros príncipes (de los sacerdotes y los senadores) han conocido ser este el Cristo? Mas éste sabemos de dónde es; pero cuando venga el Cristo, ninguno sabrá su origen. Entre tanto, prosiguiendo Jesus en instruirlos, decia en alta voz en el Templo: ¡Vosotros pensais que me conoceis y que sabeis de dónde vengo! Mas yo no he venido de mí mismo, sino que á quien me ha enviado, aquel que es la verdad, no le conoceis vosotros. Yo sí que le conozco, porque he nacido de él, y él es quien me ha enviado. — Al oir esto entonces, buscaban cómo prenderle, mas nadie puso en él las manos, porque aun no era llegada su hora. No obstante, muchos del pueblo creyeron en él: «Cuando venga el Cristo, decian, ¿hará por ventura mas milagros que los que hace éste 1?»

9. ¿Sabrian esplicarnos los racionalistas modernos por qué concentraba de esta suerte la multitud de los Hebreos reunidos en Jerusalem para la fiesta de los Tabernáculos, sus preocupaciones sobre el Hijo de María? «Jamás, dicen ellos, hizo Jesus milagros.» ¿Cómo, pues, todo este pueblo buscaba á Jesus ausente, y se entregaba á las mas ardientes discusiones sobre su persona? No faltan actualmente literatos, eruditos, filósofos, cuyo nombre sea conocido, y sin embargo, jamás ocurriria á nadie agitar en una fiesta pública seriamente la cuestion de si tal literato ó tal sofista de crédito, se dignó honrar con su presencia la reunion popular. Jesus tenia, pues, á los ojos de los Judíos, una actitud y una personalidad mil veces superiores á las de una celebridad vulgar. O estaban locos todos los Hebreos reunidos en los pórticos del Templo, ó está convencido el mismo racionalismo moderno de la mas monstruosa aberracion de

espíritu. No es menos significativo el diálogo que se sostiene entre el divino Maestro y sus interlocutores. La pretension de hacerlo componer un siglo mas adelante en Italia ó en Grecia por un apócrifo extraño á las costumbres y á la civilizacion de Jerusalem, suscita una imposibilidad manifiesta en todo género. «¿Cómo, dicen los Judíos, puede saber letras él que nunca las ha aprendido?» Esta exclamacion hubiera tenido en Roma ó en Atenas, un sentido completamente diferente del que espresaba bajo los pórticos del Templo. Las letras Griegas y Latinas representaban el conjunto de la literatura poética, oratoria, filosófica é histórica, desde Homero, Hesiodo y Pindaro, hasta Platon, Aristóteles, Demóstenes, Tucídides y Xenofonte, en el Atica; desde Ennio y Plauto hasta Virgilio, Tito Livio y Ciceron, en Roma. Pero en Jerusalem, esta espresion tan elástica en cualquiera otra parte, se hallaba circunscrita á un solo libro, á una sola literatura divina, que contenia la Ley y los Profetas. Las *Letras* para un Hebreo eran el Antiguo Testamento. Saber las letras era poseer la ciencia tradicional de la *Ley*, tal como la enseñaban las diversas escuelas. Asi, los Judíos tienen derecho de admirarse de que Jesus, no habiendo frecuentado ninguna escuela ni habiéndose afiliado á ningun doctor, pueda enseñar con una autoridad desconocida. El divino Maestro se digna responder á su objecion, y lo hace con una lógica perfectamente conforme á los procedimientos de la mas rigurosa dialéctica. Se nos perdonará esta observacion, indigna verdaderamente de la magestad del Evangelio, pero puesto que los sofistas modernos han osado escribir esta blasfemia: «La argumentacion de Jesus, juzgada segun las reglas de la lógica Aristotélica, es muy débil¹;» la exégesis católica tiene el sensible deber de bajarse á recoger tales ultrajes, y hacer que se manifieste su profunda ineptia. Si hubiera contestado Nuestro Señor á los Judíos: Yo no he aprendido las Letras en ninguna de vuestras escuelas, y sin embargo, la meditacion, el estudio particular que he hecho de ellas, la inspiracion divina me las han revelado, y la prueba de que las conozco es que me oís enseñarlas: si tal hubiera sido su lenguaje, se mostraria probablemente satisfecho el racionalismo moderno. Apreciaria claramente la correlacion entre la objecion y la respuesta, y concederia al Salvador un diploma de

¹ *Vida de Jesus*, pág. 345.

lógico, según las reglas de Aristóteles. Pero la primer regla de toda dialéctica es comprender exactamente el sentido de una objecion y resolverla según el orden de ideas que la provoca. Pues bien; los Judíos se admiraban de ver enseñar á Jesus la Ley divina, sin haber recibido la tradicion escolástica de los Doctores y de los Escribas, porque nadie podia en Israel establecer como en nuestros tiempos, una cátedra de enseñanza independiente y libre. La constitucion Mosáica, promulgada divinamente en el Sinaí, formaba con los Profetas y los libros del Cánón sagrado, un conjunto de dogmas y de revelacion inmutable, cuyo depósito se hallaba confiado á un cuerpo docente, en el seno del cual se perpetuaban las tradiciones nacionales. Toda doctrina que se manifestaba fuera de estas inflexibles condiciones, debía, para obtener derecho de ciudadanía, presentar una garantía irrecusable de inspiracion divina. La mayor parte de los antiguos Profetas habian tenido que luchar contra el mismo obstáculo, habian opuesto á la escepcion de incontestacion que dirige aun el pueblo de Jerusalem al divino Maestro, el poder de los milagros y la realizacion de sus profecías, como dos signos de autenticidad celestial.

10. Tal es la preocupacion esclusivamente local que tenia que combatir Jesucristo. Verificalo con una autoridad suprema, y afirmando rotundamente su derecho de legislador, que emana de su divinidad. «Mi doctrina, responde, es la del mismo Dios, que me ha enviado.» Imagine el racionalismo una palabra mas concisa y mas espresiva á un mismo tiempo, para establecer con una sola palabra la infinita superioridad que queria dar Jesus á su enseñanza, presentándola como procediendo directamente del mismo Dios. No es menos sobrenatural el segundo carácter que invoca el Salvador á favor de su doctrina. «Quien quiera hacer la voluntad de mi Padre, añade, reconocerá por su propia esperiencia, que mi doctrina es la de Dios.» Toda la economía de la redencion del mundo se halla contenida en esta frase, tan sencilla al parecer. La eficacia de la gracia y de la enseñanza traídas al género humano por el Verbo encarnado, no podria obrar sola y sin la cooperacion de la voluntad individual. El hombre se perdió, haciéndose colaborador de Satanás, y no puede salvarse, sino haciéndose cooperador del Hombre-Dios. La esperiencia personal que pide Jesus á los Judíos, la pide tambien la Iglesia, y la exigirá de un modo absoluto, de cada una de las almas

que quieran aprovecharse de los misericordiosos tesoros de la Redencion. ¡ Libres son los espíritus indóciles y soberbios de desear una condicion que subleva su altivez! El Hijo de Dios, que les amó hasta morir por ellos, ha preferido derramar la última gota de su sangre, antes que coartar ese libre alvedrío, de que hacen un uso tan deplorable. Pero no por eso deja de ser, en lo mas mínimo, la palabra de Jesucristo una verdad práctica que triunfa de todas las hostilidades y sobrevive á todos los siglos. « Quien quiera resolverse á cumplir en sí mismo la voluntad de Dios, reconocerá la verdad de la doctrina de Jesucristo. » Pregúntese á todos los convertidos del Evangelio si les faltó nunca esta luz interior, mas brillante que el sol, esta evidencia de la fe, esta efusion de calor y de vida divinas. ¡ Poder maravilloso de la doctrina evangélica, cuya expansion debe trasformar al individuo en lo mas íntimo de su personalidad, combatir todas las malas pasiones, llevar el hierro y el fuego á las llagas ignominiosas del corazon y triunfar del hombre con el concurso de la voluntad humana! Cuanto mas se quiera reflexionar en ello, mas se conocerá que para conquistar el mundo entero, ha sido absolutamente preciso que fuese divino el Evangelio ¹. Jesucristo lo afirma otra vez, con una exactitud que no deja lugar á ningun subterfugio. La ley de Moisés era á los ojos de todos los Judíos, una ley divina. El Salvador la toma como término de comparacion respecto de su propia ley. Moisés, les dice, os dió la ley del descanso sabático, al renovar el precepto de la circuncision impuesto á los Patriarcas ². Pues bien, vosotros practicais sin escrúpulo en dia de

¹ En la imposibilidad de comentar cada una de las palabras del Salvador con la extension que exigiria, nos vemos obligados á omitir una multitud de pormenores interesantes. Sin embargo, no podemos pasar en silencio esta reflexion de *Cornelio á Lápide*: « Cuando, dice, pronuncia el Señor esta palabra: « Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria; mas el que únicamente busca la gloria del que le envió, ese es digno de fe, » hace un verdadero silogismo, cuyas tres proposiciones son estas: El que habla de sí mismo, busca su propia gloria; es así que yo, Jesus, no busco mi propia gloria, sino la de mi Padre, como lo proclaman todos mis actos y todos mis discursos; luego no soy yo quien habla, sino mi Padre, cuya gloria trato de propagar. Al espresarse así, hace tres siglos el ilustre comentador, ¿previó tal vez que habia de escribir un sofista que «es muy débil la argumentacion de Jesus juzgada segun las reglas de la lógica aristotélica? »

² El texto de la ley Mosáica, relativo á la circuncision, era este: « El Niño será circuncidado en el dia octavo despues de su nacimiento. » (Génes. XVII, 12; *Levit.*, XII, 3.) Cuando, pues, nacia en sábado un hijo de Israel, se le conferia la circuncision en el sábado siguiente, sin que prevaleciese la ley del descanso sabático, en este caso. Era, pues, evidente, que sino se infringia el precepto sabático por una operacion tan grave

sábado, la circuncision, ese acto de purificacion parcial. ¿Cómo, pues, intentais matarme por haber purificado y sanado el cuerpo de un paralítico, en un dia de sábado? Tal es el argumento de Nuestro Señor en el Templo de Jerusalem. Para considerarlo «muy débil juzgándolo segun las reglas de la lógica Aristotélica,» es preciso no haber comprendido ni á Aristóteles ni al Evangelio. El texto sagrado tiene profundidades que no exploraron completamente el genio de San Agustin ni el de Bossuet, despues de una vida entera de piadosas meditaciones. El Océano oculta tambien en el secreto de sus abismos, regiones que desafian la sonda del nauta y el ojo de la ciencia. La nueva crítica, despues de leerlo superficial y ligeramente, no se ha avergonzado de lanzar el insulto contra el infinito divino del océano Evangélico, donde se dilatan los horizontes á los pasos de la humanidad, conforme se les recorre, y donde se han velado las dimensiones del Verbo Eterno, bajo la sencillez de una humilde palabra humana, como encubre abismos sin fondo el azul de una agua límpida y serena.

11. «¿Por qué intentais matarme?» pregunta el divino Maestro. Esta interrogacion que sale de los labios de Jesus irrita á esas conciencias culpables. ¿Quién habia dicho, pues, á Jesus el complot tramado contra su vida? Jesus acaba de llegar de la Galilea; habíanse pasado sin que él estuviera presente los cuatro primeros dias de la solemnidad de los Tabernáculos. Sin embargo, no se equivoca respecto de las verdaderas intenciones del Farisaismo para con él. «¿Por qué intentais matarme?» dice con aquella voz soberana que revela toda verdad. — «¡Estás poseido del demonio!» replica la multitud irritada, como si dijese: Semejante inspiracion solo puede provenir del espíritu de la mentira. «Porque en fin ¿quién intenta matarte?» No se hizo esperar la respuesta á esta denegacion, y ni aun siquiera tuvo que pronunciarla el mismo Salvador. Pasando por los pórticos un grupo de algunos habitantes de Jerusalem, y viendo á Jesus, dijeron: «¿No es éste á quien buscan para darle muerte los príncipes de los sacerdotes? Pues vedle que habla en público, sin que nadie le inquiete. ¿Si será que nuestros príncipes (de los sacerdotes y senadores) han reconocido que es verdaderamente el Cristo?

y tan complicada, no podia constituir, aun á los ojos del Judío mas meticoloso, la simple palabra pronunciada por el Divino Maestro, al curar al paralítico de Bethesda, una infraccion de la ley del descanso sabático.

Sin embargo, de éste sabemos de dónde es; mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su origen.» Estas reflexiones que espresan oscuros habitantes de Jerusalem al ver al Salvador, nos hacen comprender á un tiempo mismo la animosidad del Sanhedrin y la actitud perpleja de la muchedumbre solicitada por una parte por los enemigos de Jesus, atraida por otra, por la extraordinaria reputacion y la aureola sobrehumana que circundaban al divino Hijo de María. El nombre de Cristo, este nombre que resume la esperanza de cuarenta siglos, y debe completar la mision histórica del pueblo Hebreo, sale de todos los labios, no bien aparece Jesus. ¿Es el Mesías proclamado por Jacob al morir, prometido por Moisés, cantado por David, señalado por Isaias y todos los Profetas? ¿Han reconocido en fin los príncipes de Israel al Mesías tan deseado en los rasgos de Jesus de Nazareth? Pero Isaias dijo hablando del Cristo: «Nadie podrá esplicar su generacion ¹.» Miqueas se espresó mas categóricamente: «Será engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad ².» No era menos formal la profecía mesiánica de David: «Contigo, decia, está el principado en el dia de su poderío, en medio de los resplandores de la santidad; de mis entrañas te engendré antes de existir el lucero de la mañana. Tú eres el Sacerdote eterno, segun el orden de Melquisedech ³.» Cada uno de estos rayos luminosos que hoy nos es tan fácil referir á la inmortal corona de Jesucristo, eran para los Judíos otros tantos problemas que resolver. Cristo debia aparecer en medio de las edades, como la figura patriarcal de Melquisedech, á cuyo padre nadie conocia. Los Judíos creian conocer al padre de Jesus, y le llamaban Josef. Nuestros racionalistas modernos saben tanto como ellos sobre este punto. La generacion del Mesías debia ser desconocida á los mortales, y no obstante, los Judíos creian saber positivamente que Jesus era hijo de Josef y de María. El origen del Mesías debia remontarse mas allá de los tiempos, y perderse en los esplendores de los santos, y los Judíos creian poder afirmar que Jesus saldria de la humilde casa de un carpintero de Nazareth. Tal era esta situacion llena de dudas y de incertidumbres, cual no se vió jamás en otra parte que en Jerusalem. Hé aquí por qué alzando la voz Jesus, en medio del Templo de su Padre, responde con una afirmacion directa de su divinidad.

¹ Isaias, LIII, 8.— ² Mich., V, 2.— ³ Salm. CIX, 4, 5.

«¡Vosotros creéis saber quién soy y de dónde vengo! ¡Pero yo no procedo de mí mismo; quien me ha enviado, y á quien no conocéis, éste es la verdad! Yo le conozco, porque procedo de él, que es quien me ha enviado.» Proceder de la verdad, es decir, de Jehovah era descender de Dios mismo. La muchedumbre no se equivoca como los sofistas de nuestros dias, sobre la trascendencia de esta palabra; así es que se subleva contra aquel á quien cree blasfemo; pero no ha llegado aun la hora de Jesus y se paraliza el esfuerzo de tantos brazos hostiles por un poder supremo. Sin embargo, gran número de Judíos se convierten á la fe. «¿Podría el mismo Cristo, dicen, hacer mas milagros que este hombre?» La evidencia de los milagros anunciados como la designacion divina del Mesías, quita á sus ojos todas las dificultades, y produce la convicción en sus almas.

12. «Habiendo oido, continúa el texto sagrado, los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes, lo que el pueblo decia acerca de Jesus, enviaron ministros para prenderle. Pero Jesus dijo á estos: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y despues volveré á Aquel que me envió. Vosotros me buscareis entonces y no me hallareis, y donde yo voy á estar, vosotros no podeis venir. Oyéndole hablar así los Judíos, dijeron entre sí: ¿A dónde irá que no le podamos hallar? ¿Por ventura irá á las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: Me buscareis y no me hallareis, y á donde yo voy á estar no podeis venir vosotros?¹. Los ministros de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Fariseos, no se atrevieron á ejecutar la orden que habian recibido. Al acercarse al Salvador le hallaron instruido de su mision, como si hubiera estado presente al conciliábulo que acababa de reunirse contra él. Y no obstante, Jesus no habia abandonado el átrio del Templo, y no habia interrumpido su predicacion al pueblo. Así, pues, apóyase la narracion evangélica en un *Substratum* continuo de milagros, los mas frecuentes, de los cuales son á veces los menos advertidos. El racionalismo no parece haber sospechado ni aun esto. Háse desembarazado de los prodigios de curacion con la famosa teoría «del contacto de una persona predilecta.» Pero pasa en silencio este fenómeno, bastante notable sin embargo, de las guardias apostadas por los Prín-

¹ Joan., VII, 30, 31.

cipes de los Sacerdotes y los Fariseos, cuyo brazo levantado ya, se detiene súbitamente á la voz de Jesus. «No habia llegado su hora,» dice el Evangelista. ¿Hubiera parecido tal vez este argumento á nuestros sofistas, conforme «con las reglas de la lógica aristotélica?» Pues qué; ¿era Jesus dueño del tiempo y rey de las horas y de los siglos? El Evangelio lo afirma y la Iglesia Católica lo cree. Pero el racionalismo moderno pretende lo contrario. Que nos explique, pues, cómo era que leía Jesus en lo mas íntimo de los corazones, y penetraba de lejos por entre las puertas cerradas del Sanhedrin, todos los consejos de furor y de odio dirigidos contra su persona. Que nos diga, por qué se detienen los guardias ante la magestad desarmada del Salvador? Finalmente, que nos dé una razon natural de esta prediccion, que se ha realizado actualmente, del Salvador á los Judíos: «Me buscareis y no me encontrareis ya.» Durante mil ochocientos años están buscando los hijos de Jacob al Mesías en todas las playas del universo. ¿Le han encontrado? ¿Le encontrarán nunca sino es en Jesus de Nazareth, á quien crucificaron?

13. «En el último dia de la fiesta de los Tabernáculos, que es el mas solemne, continúa el Evangelista, estaba Jesus en pie en los pórticos del Templo, y decia en alta voz: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Quien cree en mí, verá manar de su seno fuentes de agua viva, segun la espresion de la Escritura.—Y esto lo decia del Espíritu Santo que habian de recibir los que creyesen en él; pues aun no se habia comunicado á los fieles el Espíritu Santo, porque Jesus no estaba todavía en su gloria ¹.» En el dia octavo de la solemnidad de los Tabernáculos, todos los Hebreos dejaban las tiendas de follaje, á cuya sombra iban á pasar la semana, en memoria de la peregrinacion de sus abuelos en el desierto debajo de las tiendas de Moisés. Reunida toda la multitud en los pórticos del Templo, asistia al sacrificio de la mañana; en este dia á nadie le era dado, á no ser judío, tomar parte en la solemnidad, permaneciendo vacío el átrio de los Gentiles. Despues de la inmolacion de las víctimas en el altar, un sacerdote, designado para este oficio, iba á la fuente de Siloe, donde cogia tres medidas de agua viva, en una copa de oro. Precedido de los Levitas, volvía al Templo por la puerta del Agua, la misma por donde hizo su entrada triunfal Nuestro Señor. Recibía-

¹ Joan., VII, 37, 39.

sele al son de las trompetas sagradas, y subia al altar, en cuyos dos ángulos se hallaban dispuestas dos copas de plata, la una vacía y la otra llena de vino. Echábase el agua de la copa de oro en la copa vacía, mezclándola despues con el vino de la tercera. Entretanto, el pueblo, llevando en la mano palmas y ramas de mirto y de higuera, desfilaba en procesion al rededor del altar, cantando los himnos de liberacion. Al oirse la Alleluya, que terminaba cada una de las estrofas alternadas por dos coros de músicos, se agitaban todos los ramos y se elevaban al aire, con gozosas aclamaciones. Despues de haber desfilado, ofrecia el sacerdote una libacion en el altar del Señor, con el agua de Siloe mezclada con vino; y reunido el pueblo, cantaba á una voz estas palabras del Profeta Isaías: «Sacareis agua con gozo de las fuentes del Salvador¹.» Tal era la solemne ceremonia que recordaba á los Judíos las fuentes milagrosas abiertas por Moisés en el desierto; las fuentes y las palmeras de Elim; los tabernáculos de Israel y las tiendas de Jacob, saludadas en otro tiempo por los hijos de Beor; y finalmente, los racimos de uvas traídos por los enviados del Gran Profeta, en testimonio de la fecundidad de la Tierra Prometida, donde debian cambiar los hijos de Abraham el agua de los torrentes por el vino que regocija el corazon del hombre. La época de la fiesta de los Tabernáculos era aquella en que se venia á recoger el fruto de la viña en las colinas de Engadd y de Jericó. Asi se unia el reconocimiento por las bendiciones del Altísimo á las tradiciones seculares de la historia nacional. Cada uno de los hijos de Abraham llevaba á su morada y conservaba todo el año los *Lulabim*, ó ramos de la fiesta de los Tabernáculos. Tales fueron las circunstancias, en medio de las cuales el divino Maestro, haciendo alusion al agua de Siloe, ofrecida en el altar del Templo, y á las palabras proféticas de Isaías, exclamaba: «Quien cree en mí, verá surtir de su seno fuentes de agua viva.» Aquí sirven, pues, de comentario al Evangelio los usos y las ceremonias hebraicas.

14. «Muchas de aquellas gentes habiendo oido estos discursos de Jesus, continúa San Juan, decian: Este es verdaderamente un Profeta. Otros decian: Este es el Cristo. Mas algunos replicaban: ¿Por ventura, el Cristo ha de venir de Galilea? ¿No dice claramente la Escritura que el Cristo ha de venir del linaje de David y del lugar

¹ Isaías, XII, 12.

de Belen, de donde era David? Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su persona. Y algunos de ellos querian prenderle; pero nadie se atrevió á echar la mano sobre él. Y asi, los guardias enviados por los Pontífices y por los Fariseos, volvieron á ellos, quienes les dijeron: ¿Por qué no le habeis traído?—Respondieron los soldados: Jamás habló hombre alguno con el poder que este hombre.—Dijéronles los Fariseos: ¿Qué, tambien vosotros habeis sido engañados? ¿Acaso ha creído en él uno solo de los príncipes de Israel ó de los Doctores? ¡Sino solo ese populacho que no sabe la ley y es gente maldita!—Entonces, Nicodemo, aquel mismo que habia ido anteriormente por la noche á hablar con Jesus y que asistia á esta reunion de Fariseos, les dijo: ¿Por ventura, nuestra Ley condena á nadie, sin haberle oído primero y examinado imparcialmente su proceder? Los Fariseos indignados, le respondieron: ¿Eres tú como el Galileo? Examina bien las Escrituras y verás como no debe salir profeta alguno de Galilea.—En seguida se levantó el consejo y se retiró cada uno á su casa ¹.

15. La preocupacion universal de los Judíos, la del próximo advenimiento de Cristo y el estudio de todos los caracteres mesiánicos indicados por el Antiguo Testamento, se manifiestan con una notable energía en estos diálogos del Sanhedrin y del pueblo. La multitud, á quien los Doctores acusan de ignorancia, sabe no obstante, á no poder dudar, que el Cristo prometido por los Profetas debe venir de Belen. El texto de Miqueas ha vulgarizado esta noción que se ha revestido en todos los espíritus con el carácter de una certidumbre dogmática ². Los Fariseos, á pesar de sus afectados desdenes, no tienen otra creencia sobre este punto. Asi es, que remiten á Nicodemo á las Escrituras, para convencerse de que no debe venir de Galilea el *Profeta*. Pero la discusion que se suscita entre la multitud, tiene un aspecto mas particularmente interesante, bajo el punto de vista de la crítica moderna. ¿Cómo, dicen los racionalistas, podia suscitarse la objeccion sobre Belen si hubiera sido público y notorio que nació Jesus en esta ciudad? La polémica empeñada por los Judíos sobre este punto, prueba perentoriamente que la narracion evangélica del nacimiento en Belen, es una interpolacion apócrifa, inventada despues del suceso, por requerirlo asi el asunto.—Este es uno de los argumentos predilectos de la escuela de nuestros sofis-

¹ Joan., VII, 40 ad ultim.— ² Mich., V, 2.

tas. Ya lo hemos hallado á propósito de la vocacion de Nathanael, y lo volveremos á encontrar, con ocasion del título de la Cruz, inscrito por Pilatos. Importa, pues, discutir sobre él aquí, haciendo resaltar, por medio del mismo texto del Evangelio, su increíble inanidad. La muchedumbre que rodeaba á Nuestro Señor en el Templo, se componia de Judíos, que habian venido de todos los puntos del globo á asistir á la fiesta nacional. Componíase asimismo de los habitantes de Jerusalem; de los Hebreos que se habian establecido en tierra de Palestina; de los peregrinos de origen judío, fijados en las demás comarcas del universo, y comprendidos bajo la dominacion oficial de Judíos de la dispersion; finalmente, de los prosélitos, es decir, de los extranjeros convertidos á la fe mosaica. Pues bien; evidentemente esta multitud, de procedencias y de patrias tan diversas, no podia saber los pormenores particulares del nacimiento de Jesucristo en Belen. Nuestros retóricos hacen aquí el parallogismo que censuran con justo título en los historiadores del siglo de Luis XIV, los cuales nos representan la corte de Clodoveo con los rasgos de la de Versailles. Raciocinan como si hubieran podido los Hebreos, reunidos en los pórticos del Templo para la fiesta de los Tabernáculos, leer desde aquel momento el Evangelio de San Mateo y de San Lucas, y aprender en él que Jesucristo habia nacido en Belen. Realmente el episodio de Belen, que en el dia es de notoriedad universal, no lo sabian aun sino un corto número de testigos. Subitamente surgia en el seno del pueblo judío un profeta que reunia en su persona los caracteres mesiánicos de poder sobrenatural y de enseñanza divina. Sin embargo, salia de Nazareth á Galilea, despues de treinta años de oscuridad, en las tareas de una condicion, en la que habia ganado con el sudor de su rostro el pan de cada dia. La Galilea, patria de su adolescencia, no era el lugar en que habia nacido. Pero, ¿quién podia saberlo á escepcion de sus parientes? Habia trascurrido un cuarto de siglo despues de la muerte de Herodes. La misma época del nacimiento de Jesucristo en el *Præsepium* de Belen no hubiera sido notada por la nacion sin la llegada de los Magos á Jerusalem. La degollacion de los Inocentes que la siguió de cerca, debió hacer perder completamente todas las esperanzas suscitadas por este incidente extraordinario. Veinte y cinco años de silencio son algo en la vida de un pueblo; y cuando el Salvador, dejando el taller del carpintero Josef, se manifestó en

las orillas del Jordan y del lago de Tiberiades, nadie podía leer en la frente del divino artesano de Nazareth, á no ser por alguna revelacion particular: Este ha nacido en Belen. Para comprender bien el absurdo de la hipótesis racionalista, basta, pues, colocarse con ella en el terreno que ha elegido. ¿Cómo el pueblo judío que habia visto deslizarse en Nazareth los veinte y cinco primeros años de la vida de Jesus, habia de haber podido, á no ser milagrosamente, dar á Jesus otro nombre que el de Nazareno? ¿Cómo, en el silencio y la oscuridad de esta vida oculta, hubiera podido el pueblo Judío, sino era por medio de un milagro, adivinar la realidad divina? ¿Cómo finalmente, cuando toda la Galilea hablaba de su compatriota Jesus de Nazareth, hubiera podido el pueblo judío, á no ser por un fenómeno de increíble perspicacia, saber que no era Galileo Jesus? El error de los Judíos era, digámoslo, muy natural por una parte, y verdaderamente providencial por otra. Era preciso que fuera condenado á muerte Jesucristo: los Profetas lo habian anunciado. Pero como dice San Pablo, «jamás hubieran crucificado los Judíos al Rey de la gloria,» si hubieran distinguido todos claramente la aureola divina que le circundaba. La mezcla de luz y de oscuridad que notamos aquí, es el rasgo mas característico de la obra de nuestra redencion, tanto que desconocerlo, seria trastornar toda la economía de la salvacion; y sin embargo, ¿por qué se suscita una discusion entre el pueblo? Si no hubiera habido en el Templo de Jerusalem testigos que afirmasen el nacimiento de Jesus en Belen, hubiera sido imposible la controversia. Nadie hubiera podido, segun las profecias mesiánicas, pensar en atribuir al Salvador el nombre de Cristo. Y no obstante, el texto evangélico es formal. «Gran número creyeron en él,» dice San Juan. Por consiguiente, un número considerable de testigos refirieron que el Galileo Jesus habia nacido bajo el imperio de circunstancias escepcionales, en la ciudad de David, y dieron razon de esta aparente anomalía entre el texto formal de las profecias y el título de Nazareno, atribuido universalmente á Jesus. Reprodújose en los pórticos del Templo lo que hizo María en las bodas de Caná en favor de Nathanael y de los primeros discípulos, brillando así la maravillosa unidad de la historia evangélica al través de todos los sofismas y de todas las argucias bajo que se pretendia sofocarla.

16. El último dia de la fiesta de los Tabernáculos, el pueblo que habia pasado la semana bajo sus tiendas de follaje, volvia á entrar

despues del sacrificio de la tarde, en el interior de las casas. El texto sagrado alude á este uso nacional, cuando dice: «Volvió cada uno á su casa.» Pero el divino Maestro, como él mismo decia, «no tenia donde apoyar su cabeza.» Salió, pues, de Jerusalem, y pasó la noche en el monte de los Olivos. Esta colina se elevaba á una media legua de la Ciudad Santa, en medio del valle del Cedron, con sus bosques de limoneros, granados, higueras y palmeras. Desde la cumbre, domina la vista la ciudad de David y las campiñas de Hebron. Allí, bajo un ramillete de olivos, se hallaba situada la gruta de Getsemani, á algunos pasos del pueblecillo de Bēthphagé. Tal era el asilo donde acostumbraba pasar Nuestro Señor las noches en oracion. La hospitalidad que habia rehusado Belen al Dios del pesebre, la habia negado igualmente la orgullosa Jerusalem al Dios del Calvario. «Jesus se retiró, pues, al monte de los olivos, dice el Evangelista.» — Luego que hubo terminado su oracion, le hizo esta pregunta uno de sus discípulos: «Señor, enséñame á orar, como enseñó tambien Juan á sus discípulos.» Entonces le recordó Jesus las palabras de la Oracion Dominical, segun la fórmula que habia dado precedentemente en el sermón de la montaña, y añadió: «Si alguno de vosotros tuviese un amigo, y fuere á llamar á su puerta á media noche, gritando: Amigo, préstame al punto tres panes, porque acaba de llegar de viaje á mi casa otro amigo mio y no tengo nada que darle; y aquel respondiere de adentro: No me molestes; la puerta está ya cerrada, y mis criados están acostados como yo, y no puedo levantarme á dárte los. Si no obstante, el primero porfiare en llamar, os aseguro que cuando no se levantara á dárselos por razon de su amistad, á lo menos por librarse de su impertinencia, se levantará al fin y le dará todos los que necesite. Asi os digo yo: Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá. Cuando alguno de vosotros pide pan á su padre ¿le dará acaso éste una piedra? ó si le pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una sierpe? ó si le pide un huevo, por ventura, ¿le dará un escorpion? Pues si vosotros, siendo malos, como sois, sabeis dar cosas buenas á vuestros hijos; ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará el espíritu bueno á los que se le pidan ?»

1 Luc., XI, 13.

17. «Al día siguiente, al romper el día, volvió Jesus al Templo, y concurrió á él todo el pueblo, y sentándose, se puso á enseñarles. Cuando hé aquí que los Escribas y Fariseos le trajeron á una mujer cogida en adulterio, y poniéndola en medio, dijeron á Jesus: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Moisés nos manda en la Ley castigar tal crimen con el suplicio de la lapidacion. ¿Qué dices tú sobre esto? Lo cual preguntaban para tentarle y hallar un pretesto para acusarle. Pero Jesus, inclinándose hácia el suelo, se puso á escribir con el dedo en tierra. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera piedra. Y volviendo á inclinarse otra vez, continuaba escribiendo en el suelo. Mas oida tal respuesta, se fueron saliendo uno tras otro, desde los mas viejos hasta los mas jóvenes, hasta que dejaron solo á Jesus y á la mujer que estaba en medio. Entonces levantándose Jesus, le dijo: Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?—Ella respondió: Ninguno, Señor. Y Jesus le dijo: Pues tampoco yo te condenaré. ¡Anda y no peques ya mas ¹.»

18. Las tres pecadoras del Evangelio, convertidas y rehabilitadas por el divino Maestro son la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob, Magdalena en la casa del Fariseo y la mujer adúltera en el Templo de Jerusalén. ¡Singular obstinacion de la humanidad degradada! Cada uno de estos actos de misericordia suprema ha sido objeto de las mas ásperas recriminaciones de la heregía. Es visible que se ha esforzado Satanás en desheredar al mundo de la esperanza, borrando hasta la última huella de las absoluciones pronunciadas por el Salvador sobre las frentes culpables. Los Catalinistas del siglo décimo de la Iglesia, estos antepasados del puritanismo moderno, pretendian que habia sido calumniada la memoria de la Samaritana, y que se habia interpretado siempre en sentido contrario la palabra de Nuestro Señor: «Has tenido cinco maridos, y aquel con quien vives ahora no lo es tuyo.» El jansenismo lanzaba gritos de horror, oyendo aplicar á María Magdalena el epíteto de pecadora. Finalmente, el episodio de la mujer adúltera, sublevaba la delicadeza de los herejes de los primeros siglos, hasta el punto de creer que debian suprimirlo en los ejemplares de sus Evangelios. «Estos hom-

¹ Joan., VIII, 1.

bres de poca fe, ó mas bien, estos enemigos de la fe verdadera, dice San Agustin, profesan con los paganos, un sentimiento de indignacion suprema contra esta historia. Imagínanse sin duda que la indulgencia del Salvador tendria por resultado alentar á las esposas en el camino del crimen, asegurándoles la impunidad. Asi, pues, han hecho desaparecer este relato de sus códices. ¡Como si Jesus hubiese autorizado el desórden, cuando dice al contrario á esta mujer: ¡Vé, y no peques ya mas! ¡Como si el Médico celestial hubiera debido abstenerse de purificar una alma manchada, por deferencia á los insensatos que en ello encontrasen un motivo de escándalo! ¹. La pretension de poner un límite á la bondad suprema, y de hacer prevalecer la exageracion de un rigorismo implacable sobre las misericordiosas condescendencias de la gracia divina, es uno de los mas estraños contrastes que han podido producirse en el seno de la humanidad. ¡Qué! En medio de nuestra debilidad y de nuestra flaqueza nativa, en este abismo de ignominia en que se agita una raza decayida, entre estos misterios de vergüenza, que abrasan de rubor todos los rostros y que atormentan en secreto las conciencias, se hallan hipócritas de virtud, de justicia y de pudor, bastante audaces para decir al perdon de Jesucristo: ¡No llegarás hasta mí! ¡Insultas mi dignidad!—Asi es, no obstante; y se ostentan á la luz del medio dia todas las inconsecuencias mas monstruosas, en cuanto se trata de combatir la doctrina de salvacion traída al mundo por el Verbo encarnado.

19. Sin embargo, ninguna de las páginas del Evangelio, se halla marcada con caracteres de autenticidad mas evidentes que el episodio de la mujer adúltera. La ley de Moisés castigaba un crimen de esta clase con la lapidacion ². Los Fariseos y los Doctores de la Ley, cuyos desórdenes é inmoralidad eran entonces tan escandalosos que el mismo Talmud los condena con una energía que desafía toda traduccion, habian dejado poco á poco caer en desuso los rigores de

¹ Sed hoc videlicet infidelium sensus abhorret, (nenipe reconciliari mulieri per penitentiam emendatæ) ita ut nonnulli modicæ fidei vel potius inimici veræ fidei, credo meluentes peccandi impunitatem dari mulieribus suis, illud quod de adulteræ indulgentia Dominus fecit, auferrent de codicibus suis: quasi permissionem peccandi tribuerit qui dixit: Jam deinceps noli peccare, aut ideo non debuerit mulier a medico Deo illius peccati remissione sanari, ne offensetur insani. (S. Agustin. *De conjug. adulter.*, lib. II, Patrol. Latín, tom. IV, pág. 474.)

² Levit., XX, 10; Deuter., XXII, 24.

la legislacion mosaica sobre esta materia. Mas no por ser inexorable dejaba de subsistir el mismo texto de la ley, ni dejaba de leerse en las sinagogas. La prueba á que someten al Salvador, les ofrecia, pues, un pretesto imaginado maravillosamente para fundar toda base de acusacion. Si respondia Jesucristo que era preciso lapidar á esta desgraciada, comprometia con su popularidad la reputacion de condescendencia, de dulzura y de misericordia, de que gozaba con el pueblo. Asumia, pues, toda la odiosidad de un juicio que la tolerancia interesada de los Fariseos habia hecho desterrar hacia largo tiempo de las costumbres sociales. Si se inclinaba, al contrario, hacia la clemencia, pronunciaba una palabra de absolucion y violaba abiertamente la ley santa. De esta suerte, se confirmaban las acusaciones análogas que se le habian dirigido, á propósito de las prescripciones sabáticas; declarábase en rebelion contra las instituciones nacionales; confesaba altamente la intencion de destruirlas, y llegaba á ser manifestamente culpable de lesa magestad divina. Estos cálculos, tan profundamente hostiles, no podian tener lugar sino entre Judíos: en Roma ó en Atenas no hubieran obtenido la menor probabilidad de buen éxito. Cada pormenor del texto sagrado lleva aquí el sello esclusivo de la civilizacion hebráica. Entre los Judíos era regla absoluta consultar á los Doctores mas famosos en los casos extraordinarios en que presentaba la esplicacion de una ley dificultades formales. No habia, pues, nada insólito en el paso dado por los Escribas y los Fariseos, al dirigirse á Jesus para un asunto tan grave. Todo el pueblo rendia homenaje á la sabiduría y á la prudencia del Rabbi Galileo. Maravillábase el pueblo de que tuviera un conocimiento tan perfecto de la ley, cuando era público y notorio que no la habia estudiado nunca. Finalmente, por una coincidencia muy notable, el dia mismo en que llevaron á su presencia á la mujer adúltera, dia siguiente á la clausura de la solemnidad de los Tabernáculos, era precisamente en el que celebraba la multitud la Fiesta de la Ley. Asi, pues, debian prepararse todos los espíritus con las impresiones religiosas de este dia á exaltarse en favor de la ley nacional, si, como suponian los Fariseos, era una sentencia absolutoria la del divino Maestro. Pero Jesus, sin responder á la capciosa interrogacion de los Escribas, se inclina y traza con el dedo caracteres en el suelo del Templo. Cuando una mujer, acusada de esta suerte, era conducida ante el sacerdote, tomaba éste una poca tierra del

pavimento, y escribia en el libro de las maldiciones el crimen que se la imputaba. Mezclando despues la tierra con el agua de una copa, sobre la que pronunciaba el anatema legal, hacia beber este brevaie á la acusada. Tales eran las formas prescritas por Moisés para esta clase de juicios de Dios. Si la mujer era inocente, no le hacia daño alguno la pocion maldita. En caso contrario, se veia vacilar á esta desgraciada, desmayarse y espirar entre horribles convulsiones. Hé aquí por qué Nuestro Señor, imitando las ceremonias exteriores del juicio sacerdotal, en lo que podia practicarse inmediatamente, se inclina á tierra y escribe con el dedo en el polvo del pavimento del átrio. Los Fariseos debieron creer que Jesus trazaba en el suelo la fórmula de la maldicion, y en esta inteligencia, redoblan sus instancias para obtener la respuesta que esperan. Pero el Salvador se endereza y les dice: «¡El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella la primera piedra!» Asi habla el Hijo de Dios, leyendo en el secreto de estas conciencias manchadas; y el pueblo, testigo del desórden de las infamias diarias de estos hombres, sigue con la vista la turbacion que ocasiona semejante sentencia entre la muchedumbre impura. Los acusadores debian, conforme á la ley judía, arrojar la primera piedra al culpable condenado por su testimonio. La respuesta de Nuestro Señor toma á esta disposicion legal un carácter enteramente particular de energia y de verdad terrible. Los Hebreos no conocian la institucion moderna del verdugo. «Si se comete un crimen en Israel, habia dicho Moisés, se apresara al culpable que será juzgado en presencia de la asamblea, llevándole el pueblo fuera de la ciudad y lapidándole, pero los testigos que hayan visto y denunciado el atentado, arrojarán la primer piedra. Asi estirpareis el mal de entre vosotros.» El juicio de la mujer adúltera tiene, pues, el grado mas elevado de los caracteres de autenticidad intrínseca. En cualquiera otra parte que no fuera Jerusalem, hubiera sido absolutamente imposible que se verificara.

20. «Otra vez, continúa el Evangelista, se dirigió tambien Jesus al pueblo, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.—Los Fariseos le replicaron entonces: Tú das testimonio de tí mismo, y asi tu testimonio no es idóneo.—Respondióles Jesus: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fe, porque yo sé

de dónde he venido y á dónde voy; mas vosotros no sabeis de dónde vengo ni á dónde voy. Vosotros juzgais de mí segun la carne, pero yo no juzgo asi de nadie. Y cuando yo juzgo, mi juicio es idóneo, porque no soy solo (el que da el testimonio) sino yo y el Padre que me envió. Y está escrito en vuestra ley, que el testimonio de dos personas fija la verdad. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y además el Padre que me envió da testimonio de mí. Preguntáronle ellos: ¿En dónde está tu Padre? Respondió Jesus: Vosotros no me conocéis á mí ni á mi Padre. Si me conociérais á mí, conoceríais tambien á mi Padre. Estas palabras habló Jesus en el átrio del tesoro, enseñando en el Templo, y nadie le prendió, porque aun no habia llegado su hora ¹.

El racionalismo moderno no parece haber comprendido una palabra de estos diálogos evangélicos, sostenidos en el Templo de Jerusalem entre el Salvador y los Fariseos, enemigos suyos. ¿Estos discursos rígidos y desaliñados, dice, cuyo tono es con tanta frecuencia impropio y desigual, no los podria soportar un hombre de gusto ².» ¡Se ha tenido la osadía, en verdad, de inscribir esta afirmacion, sin temer que viniera el genio de San Agustin, de Santo Tomás ó de Bossuet á arrojar esta innoble injuria al rostro de quien la lanzó, revelando toda la radical ignorancia ó intrépida mala fe que supone el gusto de un hombre del siglo XIX, capaz de firmar semejante blasfemia! Retórico: os parece rígida y desaliñada esta afirmacion del Verbo encarnado: «¡Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida!» ¿Cuál es, por tanto, á la hora presente el sol del mundo intelectual y moral, cuyo rayo ha ofuscado vuestra mirada hasta el punto de obligaros á la lucha impla, con cuya escandalosa responsabilidad cargais? En este momento está por do quiera la luz de Jesucristo; la habeis hallado en la historia de lo pasado, en el desarrollo de nuestra civilizacion actual, en las leyes, las costumbres, las tradiciones y las glorias en medio de las cuales vivís. No podeis dar un paso, sin tropezar con ella; y la mejor prueba de que esta luz es brillante y

¹ Joan., VIII, 12-20. *El Gazaphylacium* ó Tesoro del Templo, segun Josefo (Bell. Jud. V, 5, 3), se hallaba colocado en el Atrio de las Mujeres. El Talmud dice que se habian puesto allí cepillos destinados á recibir las ofrendas voluntarias y la contribucion anual del didracma, para conservar el edificio sagrado y para la subsistencia de los pobres.

² *Vida de Jesus*, Introd., pág. XXIII, XXIV.

soberana, es el ataque tan violento que la habeis dirigido ; pues nadie piensa en ensañarse contra un cadáver. Decidnos ahora , ¿ cómo ha podido verificarse con tan maravillosa exactitud la afirmacion de Jesucristo en el Templo de Jerusalem? ¿ Por qué es hoy Jesucristo en realidad la luz del mundo? Los Fariseos y los Escribas no vieron en esta solemne profecía mas que una exageracion de vanidad personal. Pero en fin , los Fariseos y los Escribas no tenian á la vista un pasado de diez y ocho siglos , iluminado por la aureola del Cristo Redentor. No podian penetrar el velo del porvenir y contemplar los prodigios de verdad , de vida y de esplendor divinos , derramados sobre el universo por el Verbo Encarnado. Hé aquí , por qué rogó Jesus por ellos , « porque no sabian lo que hacian. » Este secreto que desconocieron , es hoy tan manifiesto , tan público , tan notorio como la evidencia misma. Hállase por do quiera la luz de Jesucristo , bastando enunciar el hecho para consignarlo , y ¡ juzgais esto una « actitud tirante y desaliñada ! » ¡ Y juzgais que esto « no lo podria tolerar un hombre de gusto ! » ¿ Y formais empeño en oscurecer esta luz inmortal , que os hiere? Daos , pues , antes una explicacion satisfactoria de la famosa concordancia de la historia con la palabra de Jesucristo en el Templo de Jerusalem. El Salvador dijo algunos meses antes de espirar en un infame madero : « ¡ Yo soy la luz del mundo ! » y hoy todo el mundo civilizado proclama que Jesucristo es su luz. Si se ha profetizado por la casualidad , y si la casualidad ha realizado la profecía , vuestra casualidad es tan poderosa como Dios mismo , y lo sobrenatural que negais , os envuelve aun , al través de la malla de vuestra escéptica terminologia.

21. La palabra de Jesucristo á los Judíos equivalia á una solemne afirmacion de su propia divinidad. Es imposible equivocarse sobre esto. « Los discipulos de Manes , dice San Agustin , han dado , no obstante , una explicacion que raya en locura. Pretenden que el Cristo es el sol visible , cuya luz brilla á nuestros ojos mortales é ilumina este mundo terrestre. No , el Cristo no es el sol , es el Dios que ha hecho el sol. Amemos este esplendor increado que dió el ser á todas las criaturas ; apliquemos toda nuestra inteligencia en comprenderlo ; tengamos sed de él para que nos sea dado un dia venir á él y obtener asi la vida. Por ella ha sido encendida la antorcha del sol. La luz que creó al sol , quiso por amor nuestro habitar en esta tierra , á la luz del sol , obra suya. No ultrajeis , pues , bajo la nube de

la carne con que se ha revestido, al divino sol de las almas, pues que se envuelve con esta nube, no para desaparecer enteramente, sino para mitigar su brillo. Luz eterna, luz de sabiduría y de ciencia, dice á los hombres, bajo el velo eterno de que se halla rodeado: «Yo soy la luz del mundo ¹.» ¿Humillaremos acaso á nuestros racionalistas enviándoles á la escuela del gran obispo de Hipona? Como quiera que sea, necesitan todavía aprender el sentido real de la objecion de los Fariseos. «Das testimonio de tí mismo, decian los Escribas, luego tu testimonio es nulo.» Este es uno de esos argumentos fundados en la ley judía, cuya lógica serian tentados á desconocer nuestros sofistas. Toda declaracion debia, para tener carácter oficial, segun la ley de Moisés, apoyarse á lo menos en dos testigos. Tal es el sentido real de la objecion Farisáica; y el divino Maestro entra en el fondo de la cuestion, invocando la declaracion, conforme á aquella ley, hecha por su Padre en tiempo de Juan Bautista, en las riberas del Jordan.—¿Dónde está tu Padre? preguntaban los Escribas,—Y Jesus renueva la afirmacion de su divinidad replicando: «Si me conociérais á mí, conoceríais tambien á mi Padre.» Despues de esto, ¡dejaremos al racionalismo moderno aplicar á la argumentacion de Jesus las reglas de la «lógica aristotélica!»

22. «Dijoles Jesus en otra ocasion, continúa el texto sagrado. Yo me voy y vosotros me buscareis, pero morireis en vuestro pecado. A donde yo voy, no podeis venir vosotros.—A esto decian los Judíos. ¿Si querrá matarse á sí mismo, y por eso dice: A donde yo voy, no podeis venir vosotros?—Y Jesus proseguia diciéndoles: Vosotros sois de acá abajo, yo soy de lo alto: vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Por eso os dije que morireis en vuestro pecado, porque si no creyéreis ser yo lo que soy, morireis en vuestro pecado. Preguntáronle ellos: Pues ¿quién eres tú? Respondióles Jesus: Yo soy el principio de todas las cosas, el mismo que os estoy hablando. Muchas cosas tengo que decir y que condenar en cuanto á vosotros: como quiera, yo solo hablo en el mundo las cosas que oí al Padre que me ha enviado, que es la verdad misma. Ellos no comprendieron que asi decia que Dios era su Padre. Dijoles, pues, Jesus: Cuando hubiéreis levantado en alto (ó crucifi-

¹ Cf. Cornel. á Lápide, tom. XVI, pág. 435.

cado) al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy yo, y que no hago nada de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado. Y el que me ha enviado está siempre conmigo, y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que es de su agrado.— Al oírle espresarse de esta suerte, muchos creyeron en él. Entonces dijo Jesús á los Judíos que creían en él. Si permanecéis en la fe de mis palabras, sereis verdaderamente discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.—Respondiéronle ellos: Nosotros somos descendientes de Abraham, y jamás hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo, pues, dices tú, que vendremos á ser libres? Replicóles Jesús: En verdad, en verdad, os digo, que todo aquel que cometa pecado, es esclavo del pecado. Es así que el esclavo no mora para siempre en la casa, el hijo sí que permanece siempre en ella; luego si el hijo os da libertad, sereis verdaderamente libres. Yo sé que sois hijos de Abraham, pero (también sé que) tratais de matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. Yo hablo lo que he visto en mi Padre; vosotros haceis lo que habeis visto en vuestro padre. Respondiéronle ellos diciendo: Nuestro padre es Abraham. Díjoles Jesús: Si fuérais hijos de Abraham obraríais como Abraham. Mas ahora, pretendéis quitarme la vida, siendo yo un hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios; no hizo eso Abraham. Vosotros haceis las obras de vuestro verdadero padre, y este padre no se llama Abraham. Ellos le replicaron: Nosotros no somos hijos de adulterio; tenemos un solo padre que es Dios. A lo cual les dijo Jesús: Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais á mí, pues yo nací de Dios y he venido de parte de Dios; pues no he venido de mí mismo, sino que él me ha enviado. ¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? ¿Es porque no podeis sufrir mi doctrina? Vosotros sois, pues, hijos del diablo, porque quereis satisfacer los deseos de vuestro padre: él fue homicida desde el principio, y no perseveraré en la verdad; y así, no hay verdad en él: cuando dice mentira, habla como quien es, porque es la mentira su esencia, y él es padre de la mentira. Hé aquí por qué no me creéis cuando os digo la verdad. ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Pues si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios.—A esto le interrumpieron los Judíos irritados: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un Sama-

ritano y que estás endemoniado?—Jesus les respondió: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí. Mas yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo: que quien observare mi doctrina, no morirá para siempre.—Dijeron los Judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseído de algun demonio. Abraham murió y murieron tambien los profetas, y tú te atreves á decir: Quien observase mi doctrina no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y que los profetas que asimismo murieron? ¿Por quién te tienes tú?—Respondió Jesus: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria direis, no vale nada; pero es mi Padre el que me glorifica, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios; vosotros, empero, no le habeis conocido: yo sí que le conozco. Y si dijere que no le conozco, seria como vosotros, un mentiroso. Pero le conozco bien, y observo sus palabras. Abraham, vuestro Padre, ardió en deseos de ver este dia mio, vióle y se llenó de gozo.—Los Judíos le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y viste á Abraham?—Respondióles Jesus: en verdad, en verdad, os digo, que yo soy antes que Abraham fuese criado. Al oir esto, cogieron piedras para tirárselas; mas Jesus se ocultó milagrosamente y salió del Templo ¹.

23. ¿Dónde habia, pues, preguntaban los críticos del siglo último en los pórticos del Templo, una provision de piedras suficiente para armar los brazos de la multitud? El racionalismo actual no se atreveria á renovar esta añeja objecion. Todos saben hoy que la construccion de los átrios, comenzada por Herodes el Idumeo, se prolongó muchos años aun despues de la Pasion de Nuestro Señor. El incidente referido aquí por el Evangelio es, pues, una de las mil pruebas de autenticidad intrínseca que brotan de cada palabra del texto sagrado. Las piedras amontonadas en los patios del Templo eran tantas, que despues de terminadas completamente las obras, hubo con las sobrantes para empedrar las calles de Jerusalem. Pero sí se desprende con una maravillosa claridad la verdad histórica del Evangelio de todas las investigaciones de que es objeto, no se manifiesta en ellas con menos esplendor el carácter divino de Jesucristo. Los sofistas modernos pretenden que se ajusten los discursos

¹ Joan., VIII, 21ad ultim.

del divino Maestro á las reglas de la lógica aristotélica; insistiendo para que se les señale en el Evangelio alguna enseñanza teológica, un solo pasaje que se parezca á un dogma. Nada mas fácil que satisfacerles. «Yo me voy, dice Jesus á los Judíos: vosotros me buscareis y no me hallareis, y vendreis á morir en vuestro pecado. A donde yo voy, no podeis venir vosotros.» No hay duda que se puede seguir á un ser humano por donde quiera que vaya. Es tambien indudable que no hay hombre alguno cuyo seguimiento interese á la salvacion de la humanidad hasta el punto de que quien le abandone un instante, se entregue á la muerte por el pecado, es decir, á la muerte eterna. Por consiguiente, Jesus establece aquí solemnemente, como un dogma absoluto, la necesidad de creer en su divinidad, de adherirse á ella y de seguirla, para obtener la vida. Pero esto es solo uno de los aspectos de esta palabra, llena de profundidad y de luz, y la cual contiene dos profecias, cuya realizacion, que ha llegado á ser manifiesta para nosotros, debia parecer entonces imposible á los Judíos. ¿Cómo creer que un dia buscarian ardientemente, sin poderle encontrar, á aquel á quien en su ceguedad querian matar? Sin embargo, hace diez y ocho siglos que buscan los Judíos al Cristo; que esperan su aparicion; que imploran su dichoso advenimiento sin encontrarle nunca. Por otra parte, Jesus predice solemnemente su propia muerte; pero la predice como Dios. «Me voy,» dice, como si tuviera en su mano soberana las llaves de las puertas de la vida, abriéndolas y cerrándolas á su voluntad. No dice: En breve me hareis espirar en los mas crueles tormentos. La animosidad de los Fariseos y de los Escribas hacia bastante probable semejante eventualidad; pero declara que se encamina el mismo, segun le place, á la hora que ha marcado para este viaje supremo. Este magestuoso lenguaje asombra de tal suerte á sus interlocutores, que suponen en él intencion de suicidarse. «¿Si querrá matarse?» dicen. No nos rebelemos demasiado contra esta absurda interpretacion de los Judíos. En estos últimos tiempos la ha acogido un retórico sacrílego, imaginándose haber hecho un descubrimiento; y ha escrito con sangre fria esta blasfemia: «Tentacion da de creer que viendo Jesus en su muerte un medio de fundar su reino, concibió de propósito deliberado el designio de hacerse matar.» ¡Tal es la lógica del Evangelio del racionalismo!

24. Si hubiera desaparecido del mundo la dialéctica aristotélica,

no debería irse á buscarla en la escuela de semejantes sofistas. El discurso de Nuestro Señor en el Templo de Jerusalem, se desenvuelve con la unidad de doctrina y la solemnidad de enseñanza que convenian al Dios oculto, resuelto á salvar al mundo por la fe y las obras individuales. «Yo soy el principio, dice Jesus. Yo desciendo del cielo y vosotros sois de la tierra; hé aquí por qué no gustais de mi palabra, y así morireis en la impenitencia.» ¿Comprenden los racionalistas modernos lo que es el principio? ó se verían tentados á repetir al divino Maestro la pregunta: ¿Qué es la verdad?—«Desde el día en que el hombre se distinguió del animal,» pasan por las conciencias humanas á modo de fantasmas los nombres de principio y de verdad, vacíos de sentido, pero llenos de terrores. ¡Sería tan cómodo suprimir el Principio, que es Dios; y la Verdad que es la raíz de todos los deberes! ¿No se sabría romper este antiguo yugo que pesa sobre las almas, y emancipar el mundo, proclamando que no hay ni pasado ni porvenir, que el ser moral es una quimera, y que la única ley se llama: Licencia? Tal es el programa de la religion natural. El racionalismo no cree en el milagro. ¿Pues bien? Despues de otros muchos que han hecho pasar sus teorías á nuestra vista sin apercibirse de ello, hé aquí uno nuevo, mas evidente que la luz del medio día. Todos los instintos sensuales y bajos, todas las inclinaciones perversas y corrompidas, todas las pasiones del corazón humano, se hallan sumamente interesadas en hacer adoptar un símbolo que significa en política: No mas autoridad; en religion: No mas Dios; en práctica: No mas leyes, tribunales ni jueces; en moral: No mas deberes; en conciencia: No mas freno. Borrar de una plumada el altar y el sacerdote, el soberano y el gendarme; todas las instituciones, todas las leyes, todo lo que sirve de obstáculo al desenvolvimiento de las fuerzas brutales, y todo cuanto retiene á la humanidad en la pendiente del crimen, es una de las obras maestras del poder de Satanás. Pues bien; há poco hemos oído proclamar, en nombre de la ciencia, semejante constitucion, rodeada de todos los honores oficiales, aclamada por todos los ecos, y llevada en todas las alas de la fama. ¿Cómo es, pues, que no ha conquistado un solo adepto formal? ¿Cómo ha permanecido estéril? ¿Cómo una religion tan suave, una moral tan fácil, un código tan complaciente, no han podido elevar un solo altar, convertir una sola alma ni fundar un solo tribu-

nal? ¡Insensatos! ¿No hay en vosotros y sobre vosotros una lógica mas poderosa que todas vuestras sinrazones? El día que triunfaran vuestras doctrinas, seria aquel en que se acostaria la humanidad en la muerte. La libertad, este nombre divino, usurpado desgraciadamente en favor de tantas utiopías, fue definido por Jesucristo en el Templo de Jerusalem, cuando dijo: «La verdad os hará libres.» Verdad, Libertad, tales son los dos términos juntos inseparablemente, cuya union resolverá todos los problemas, ante los cuales vacilan las sociedades como un hombre ébrio. Fuera de este programa del Salvador, que ha venido á romper la esclavitud de las pasiones, desaparece la verdad bajo el sofisma, y resbala la libertad en la sangre y el desórden.

§ IV. EL CIEGO DE NACIMIENTO.

25. «Jesus, dice el Evangelista, vió á un hombre ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: Maestro: ¿Qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego, los suyos, ó los de sus padres?—Respondió Jesus: Ni los suyos ni los de sus padres, sino para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado, mientras dura el día. Viene la noche, en la cual ninguno puede obrar. Mientras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo. Asi que hubo dicho esto, escupió en la tierra, y formó barro con la saliva, y aplicó á los ojos del ciego, y dijo: Anda y lávate en la piscina de Siloe. Fuese, pues, y lavóse allí y volvió con vista. Por lo cual, los vecinos y los que le habian visto pedir limosna, decian: ¿No es este, el que sentado en el camino, pedia limosna? Este es, respondian algunos. Y otros decian: no es él, sino alguno que se le parece. Pero él decia: Sí que soy yo. Preguntábanle, pues, ¿cómo se te han abierto los ojos? Respondió él: Aquel hombre que se llama Jesus, hizo un poco barro y le aplicó á mis ojos, y me dijo: Vé á la piscina de Siloe y lávate allí. Yo fui, me lavé y veo.—Preguntáronle: ¿Dónde está ese? Respondió: No lo sé.—Llevaron, pues, á los Fariseos al que antes estaba ciego.—Es de advertir que cuando Jesus formó el barro y le abrió los ojos, era día de sábado. Nuevamente, pues, los Fariseos le preguntaban tambien, como habia logrado la vista. El les respondió: Puso barro sobre mis ojos, me lavé, y veo.

—Sobre lo que decían algunos de los Fariseos: No es enviado de Dios este hombre, pues no guarda el sábado. Y otros decían: ¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales milagros? Y había discusión entre ellos sobre esto. Y preguntaron de nuevo al ciego. ¿Qué dices tú de aquel que te abrió los ojos? Respondió él: Que es un Profeta. Pero los Judíos no creyeron que hubiese sido ciego y recibido la vista, hasta que llamaron á sus padres, y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? Pues ¿cómo vé ahora?—Sus padres le respondieron diciendo: Sabemos que este es hijo nuestro y que nació ciego; pero cómo ahora ve, no lo sabemos; ni tampoco sabemos quien le ha abierto los ojos; preguntádselo á él: edad tiene; él dará razón de sí.—Dijeron esto sus padres, temiendo la cólera de los Judíos, porque ya estos habían resuelto echar de la Sinagoga á quien confesase que Jesús era el Cristo. Por eso dijeron sus padres: edad tiene, preguntádselo á él.—Llamaron, pues, los Fariseos otra vez al hombre que había sido ciego, y dijéronle: Da gloria á Dios; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. Mas él les respondió: Si es pecador, yo no lo sé; solo sé que yo antes era ciego, y ahora veo.—Replicáronle: ¿Qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?—Respondióle: Os lo he dicho ya, y lo habeis oído: ¿á qué fin quereis oírlo de nuevo? ¿Si será que también vosotros quereis haceros discípulos suyos?—Entonces le llenaron de maldiciones, y le dijeron: Tú serás su discípulo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que á Moisés le habló Dios; mas éste no sabemos de dónde es.—Respondió aquel hombre, y les dijo: Aquí está la maravilla, que vosotros no sabeis de dónde es éste, y con todo ha abierto mis ojos. Lo que sabemos es que Dios no oye á los pecadores, sino que aquel que honra á Dios y hace su voluntad, éste es á quien Dios oye. Desde que el mundo es mundo, no se ha oído jamás que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuese enviado de Dios, no podría hacer tales prodigios. Los Fariseos le respondieron: Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados y ¿tú nos das lecciones? Y le arrojaron fuera de la Sinagoga. Oyó Jesús que le habían echado fuera, y haciéndose contradizo con él, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?—Respondióle él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él?—Dijole Jesús: Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo.—Entonces dijo él: Creo, Señor. Y postrándose á

sus pies, le adoró.—Y añadió Jesus: Yo vine á este mundo para el juicio del mundo, á fin de abrir los ojos á los que no ven, y que los que ven queden ciegos.—Oyeron esto algunos Fariseos que estaban con él y le dijeron: ¿Pues qué, nosotros somos tambien ciegos?—Respondióles Jesus: Si fuérais ciegos, no tendríais pecado; pero por lo mismo que decís: nosotros vemos, por eso, vuestro pecado persevera en vosotros ¹.»

26. No se leerá sin interés, á continuacion de esta página evangélica, los ensayos que para explicarla ha aventurado el racionalismo acosado. «La diferencia de los tiempos, ha cambiado, dice, en algo para nosotros humillante lo que hizo el poder del gran fundador, y si se debilita alguna vez el culto de Jesus en la humanidad, será justamente á causa de los actos que han hecho creer en él. La crítica no experimenta embarazo alguno ante esta clase de fenómenos históricos. Un taumaturgo de nuestros dias es odioso, á no tener una extrema candidez, como se verifica respecto de ciertas estigmatizadas de Alemania; porque hace milagros sin creer en ellos, y es un charlatan. Pero tomemos un Francisco de Asis, y la cuestion varía ya de aspecto; y lejos de estrañarnos el ciclo milagroso del nacimiento del orden de San Francisco, nos causa un verdadero placer. Los fundadores del cristianismo vivian en una especie de poética ignorancia, al menos tan completa como Santa Clara y los *tres socii*. Parecíales muy sencillo que tuviera su Maestro entrevistas con Moisés y Elías; que mandase á los elementos, que curase los enfermos. Tal es la debilidad del espíritu humano, que generalmente las mejores causas se ganan con malas razones. ¿Quién sabe si la celebridad de Jesus, como exorcista, no se divulgó casi sin saberlo él mismo? Las personas que residen en Oriente, sorpréndense á veces de encontrarse, al cabo de algun tiempo, en posesion de una gran fama de médico, de hechicero, de zahorí, sin que puedan darse cuenta de los hechos que dieron ocasion á estas estrañas imaginaciones. Muchas circunstancias parecen indicar que no fue Jesus taumaturgo, sino tarde y contra su voluntad: muchas veces no ejecuta sus milagros sino despues de haberse hecho rogar, con una especie de mal humor, y echando en cara á los que se los piden, la tosquedad de su entendimiento. Puede, pues,

¹ Joan., IX, integr.

creerse, que se le impuso su reputacion de taumaturgo; que no se resistió mucho á ella, pero que no hizo tampoco nada para auxiliarla, y que en todo caso, experimentaba la vanidad de la opinion sobre este particular. Es imposible, entre los relatos maravillosos, cuya fatigadora enumeracion contienen los evangelios, distinguir los milagros que se han atribuido á Jesus por la opinion, de los en que ha consentido en representar un papel activo. Es imposible sobre todo saber si las estrañas circunstancias de esfuerzos, estremecimientos y otros rasgos propios de un juglar, son verdaderamente históricas, ó bien fruto de la creencia de los redactores, en extremo preocupados de la theurgia, y viviendo bajo este respecto en un mundo análogo al de los espiritas de nuestros dias. Sin embargo, seria faltar al buen método histórico hacer demasiado caso aquí de nuestras repugnancias, y para sustraernos á las objeciones que podría haber tentacion de suscitar contra el carácter de Jesus, suprimir hechos que á los ojos de sus contemporáneos, ocuparon el primer término. Seria cómodo decir, que estos son adiciones de discípulos muy inferiores á su Maestro, que, no pudiendo concebir su verdadera grandeza, trataron de realzarla con prestigios indignos de él. Pero los cuatro narradores de la vida de Jesus están unánimes en elogiar estos milagros; uno de ellos, Marcos, intérprete del Apóstol Pedro, insiste de tal suerte sobre este punto, que si se trazara únicamente el carácter de Cristo, segun su evangelio, se le representaria como un exorcista poseido de encantamientos de rara eficacia, como un poderoso hechicero que infunde temor y de que se quiere desembarazarse. Admitimos, pues, sin vacilar, que han tenido lugar en la vida de Jesus actos que en el dia se considerarian como de ilusion ó de locura. ¿Deberá sacrificarse á esta parte ingrata la parte sublime de tal vida? Guardémonos de ello. Además el problema se presenta de la misma manera respecto de todos los santos y de los fundadores de religiones. Casi hasta nuestros dias, los hombres que han hecho mas en beneficio de sus semejantes (¡el mismo escelente Vicente de Paul!) han sido, quieras que no, taumaturgos ¹.

27. Tal es la actitud del racionalismo, en vista de los milagros evangélicos. «No experimenta, dice, ningun embarazo.» Esta afirmacion preliminar se parece á la patente de valor que se otorga á

¹ *Vida de Jesus*, 257, 258, 265-267.

sí mismo un cobarde en frente del enemigo. Infunde siempre desconfianza un valor que necesita atestiguarle á sí mismo. Bajo este punto de vista, nada es menos hábil que la precaucion oratoria del moderno retórico. Necesitaba mostrarse fuerte sin preocuparse de parecerlo anteriormente. Pues bien; el capítulo de la *Vida de Jesus* intitulado: *Milagros*, de donde hemos estractado los pasajes que se acaban de leer, es ciertamente el menos atrevido y osado de toda la obra. Permitasenos invocar tambien nosotros las reglas de la lógica aristotélica: no podrá quejarse de ello el racionalismo, y por otra parte, quíeralo ó no, la máxima cristiana: «Con la misma vara que midieres serás medido,» ha prevalecido en nuestras civilizaciones modernas. Ensayemos, pues, aplicar la nueva teoría del milagro á la narracion evangélica de la curacion del ciego de nacimiento. Pasando por el camino, encuentra el divino Maestro á este infeliz. Nadie solicita en su favor la poderosa intervencion del Verbo encarnado. El mismo ciego no levanta su voz, contentándose con esponer á los ojos de los pasajeros el espectáculo de su miseria, y calla. Rabbi, preguntan los discípulos, ¿qué pecados son causa de que este haya nacido ciego, los suyos ó los de sus padres? Semejante pregunta haria asomar sin duda una sonrisa en los labios de nuestros sofistas. Pero habia en Jerusalem dos opiniones sobre la preexistencia de las almas, segun nos ha conservado el historiador Josefo ¹. Los doctores Fariseos admitian la metempsicósis pitagórica, creyendo que habian participado los seres humanos, que existian á la sazón, de una vida anterior capaz de mérito ó de demérito. En este sentido fue en el que podia temer Herodes Antipas que hubiera pasado el alma de Juan Bautista á la persona de Jesus de Nazareth, despues del crimen de Maqueronta. La segunda opinion consistia en decir, que en el dia de la creacion, habian recibido el ser sumultáneamente todas las almas, las cuales, esperando ir á ocupar un cuerpo, permanecian, dice el Talmud, en el trono de la gloria celestial. La pregunta de los discípulos está perfectamente de acuerdo con las preocupaciones locales y la sociedad contemporánea. O el alma del ciego de nacimiento preexistente al cuerpo, habia podido contraer, en una vida anterior, manchas que espiaba á la sazón, y en este caso, era culpable el doliente; ó bien, en vez de ser la culpa per-

¹ Joseph., De Bello Judaic., lib. II, cap. VIII.

sonal, debía imputarse á los padres de este desgraciado, segun la expresion igualmente farisáica del texto de la Escritura: «Yo soy Jehovah, el Señor, Dios tuyo, el Fuerte, el Celoso, que castigó la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion de mis enemigos ¹.» Asi, la pregunta que hicieron los discipulos no se eleva sobre el nivel de las preocupaciones vulgares, sino que es la expresion espontánea y verdadera de las costumbres de la época. Libres son nuestros espíritus fuertes de compadecerse de ella, y no obstante, ¿qué saben ellos sobre la cuestion del alma? Pero es imposible desconocer su carácter de evidente autenticidad. «Ni los pecados de este hombre ni los de sus padres, responde Jesus, son causa de su ceguera; sino que es ciego para que se manifiesten en él las obras del poder de Dios. Yo soy la luz del mundo.» Y lo prueba el Salvador dando vista al ciego de nacimiento. Y «no se hace rogar,» ni es posible notar en su semblante la menor apariencia de «mal humor;» ni «hecha en cara á ninguno de sus interlocutores» la tosquedad de su entendimiento. Pero es preciso confesar que hace intervenir en la accion inesperada y libre de su voluntad suprema, «una circunstancia chocante.» Con la saliva de su boca hace con tierra un poco barro que aplica á los párpados del ciego. Ni el espiritismo, ni la medicina científica, ni «los encantos de rara eficacia del mas potente hechicero,» han tenido jamás nada análogo á este barro que va á volver la vista á un ciego. ¿Y qué delicada organizacion podria soportar la idea de un remedio tan repugnante imaginado como de adrede en contradiccion con el objeto á que se dirige, puesto que seria á propósito para cegar á un hombre de buena vista? Pero el dedo que petrificó la arcilla de que fue formado el hombre, es precisamente el que forma un poco barro para el ciego de Jerusalem: la mano que trasformó el barro primitivo en esta admirable estructura de nuestro cuerpo, es la única que tiene el secreto de transformar en un órgano perfectamente constituido el barro que aplica á los ojos apagados. Pues qué; ¿Seria Jesucristo el Dios Criador? ¿Es esta realmente la lógica del Evangelio?

28. ¿Sí á la verdad? y esta conclusion resalta invenciblemente de cada una de las expresiones del Libro Sagrado. Decís: «Jesus no hizo milagros;» y añadís, no obstante, «todos los historiadores

¹ Exod., XX, 5.

están unánimes en elogiar sus milagros.» Decís «que da tentacion, con respecto al carácter de Jesus, de suprimir hechos que fueron colocados en primer término á los ojos de los contemporáneos,» y añadís «que tuvieron un gran lugar en la vida de Jesus actos que ahora se consideran como de ilusion ó de locura.» Finalmente afirmáis que «no experimenta la crítica ante esta clase de fenómenos históricos embarazo alguno,» y añadís que «Marcos,» el historiador de Jesus mas autorizado á vuestros ojos, «lo representa como un poderoso hechicero que infunde temor y de que se quiere desembarazarse.» Id, pues, si podeis, á aplicar estas flagrantes contradicciones á la inflexible medida de la «lógica aristotelica.» El dia en que sean reconocidos el sí y el nó, la afirmacion y la negacion, el ser y el no ser como términos idénticos por el género humano, este dia habreis encontrado la misma lógica que pueda justificar vuestra teoria. Entre tanto, estais condenados á repetir sin cesar con la seguridad de la desesperacion: «La crítica no encuentra embarazo alguno en vista de esta clase de fenómenos históricos.»

29. Los Fariseos fueron menos afortunados: y su conducta respecto al ciego de nacimiento, acusa el mas terrible embarazo. Escupir en tierra y aplicar con el dedo un poco barro á los párpados de un ciego ¿era un trabajo prohibido por la ley del descanso sabático? Para creerlo asi, era preciso una gran fe. Y no obstante, se ven obligados los Fariseos á atrincherarse detrás de esta miserable argucia. ¿No les hubiera sido mas cómodo negar el milagro mismo? Asi cortaban de raiz la dificultad. Pero ¿cómo persuadir á un ciego de nacimiento, que ve por primera vez la luz del dia, que se engaña sobre un hecho tan íntimamente personal? ¿Qué contestar á un padre, á una madre que dicen: «¿Este es nuestro hijo: nació ciego, y ahora ve?» Si los doctores Judíos hubieran sido mas versados en la medicina, les hubiera hecho impresion una circunstancia que no podemos omitir. Cuando la cirugía moderna practica con buen éxito la operacion de una catarata, se guarda bien de esponer inmediatamente el órgano del ojo á los rayos luminosos, porque una imprudencia de este género produciria una ceguera mas terrible que la primera. Solo con el tiempo y con una gradacion calculada prudentemente, puede verificarse sin peligro la transicion de las tinieblas á la luz. Pero no se pone en práctica ninguna precaucion de este género respecto del ciego de Jerusalem. Va á lavar sus ojos á la piscina

de Siloe, y vuelve curado. La brillante luz del cielo de Oriente, percibida por primera vez, no ofende ni hiere su mirada no acostumbrada á ella. «Yo soy,» dice este mendigo á los vecinos que encuentra, cuya voz amiga conoce y cuyo semblante y facciones distingue al presente. La luz exterior que le inunda con sus acariciadores esfluvios, no hace que pierda su alma en lo mas mínimo sus esplendores internos. La dialéctica del ciego de nacimiento no debe causar envidia á nuestros racionalistas. «¡Qué! dice ¿no sabeis de quién procede el que me ha curado? Pero puesto que obra de esta suerte, es claro que procede de Dios.» Destierre la Sinagoga á este lógico importuno; pronuncie sobre él el anatema legal; envíelo ignominiosamente al rebaño de los Gentiles, á quienes el judaismo lanzaba el epíteto de perros; todo esto solo sirve para atestiguar mas solemnemente el milagro. Aquí no hacen falta las comisiones oficiales; han sido oídos los testigos; han sido renovadas las interrogaciones del Sanhedrin con toda la insistencia y la solemnidad apetecibles. Háse afirmado la ciencia legal en Jerusalem, con el tono irónico y punzante que la caracteriza siempre; háse mezclado hábilmente la instruccion con preguntas capciosas, con calculada intimidacion, con profesiones de fe-energicas. ¿Qué mas hubiera hecho un tribunal presidido por el menos embarazado de nuestros actuales racionalistas?

§ V. PARÁBOLAS.

30. A pesar de la excomunion del ciego de nacimiento, á pesar del odio siempre creciente de los Fariseos, continúa Jesus enseñando en el Templo. Las piedras con que se habian armado todos algunos dias antes contra el Hijo de Dios, permanecen actualmente amontonadas en los pórticos, y son impotentes los Escribas para desencadenar sobre esta augusta cabeza, una de esas borrascas populares que dirigen á su voluntad. El Evangelista no dice una palabra del contraste tan manifiesto entre las tempestades de la vispera y la calma del dia siguiente, siendo inexplicable semejante cambio en los espíritus, sino se hubiera verificado el milagro de la piscina de Siloe. Hallábase, pues, el Divino Maestro en la casa de su Padre; veia entrar por la Puerta Probática, las ovejas y los corderos destinados á los sacrificios, y dijo á los Judíos: «En verdad, en verdad, os digo; que

quien no entra por la puerta del aprisco de las ovejas, sino que se introduce por otra parte, es un ladron y salteador. Mas el que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A este le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz, y llama á cada una de sus ovejas por su propio nombre, y las saca afuera para conducir las á los pastos. Y despues de sacar fuera sus propias ovejas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.—Mas á un extraño no le siguen, sino que huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños.—Tal fue la parábola que les propuso Jesus, pero no entendieron lo que les decia. Y asi volvió Jesus á decirles: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta del aprisco de las ovejas: todos los que hasta ahora han venido, han sido ladrones ó salteadores, y asi las ovejas no los han escuchado. Yo soy la puerta. El que por mí entrare, se salvará, y entrará y saldrá y hallará pastos. El ladron no viene sino para robar y matar y hacer estragos: mas yo he venido para que las ovejas tengan vida y la tengan superabundante. Yo soy el buen Pastor; el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas; pero el mercenario y el que no es el propio pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebatá y dispersa el rebaño. El mercenario huye, por la razon de que es asalariado, y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor y conozco mis ovejas y las ovejas me conocen á mí. Asi como el Padre me conoce á mí, asi yo conozco al Padre y doy mi vida por mis ovejas. Tengo tambien otras ovejas que no son de este aprisco; las cuales debo yo recoger, y oiran mi voz, y de todas se hará un solo rebaño y un solo pastor; por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida por mis ovejas, bien que para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla; tal es la mision que recibí de mi Padre.—Este discurso escitó una nueva division entre los Judíos. Decian muchos de ellos: Está poseido del demonio, y ha perdido el juicio ¿por qué le escuchais?—Otros al contrario, decian: No son palabras estas de quien está endemoniado, ¿por ventura puede el demonio abrir los ojos de los ciegos ¹?

34. La imagen del buen Pastor es la que se halla con mas fre-

¹ Joan., X, 1-2 .

cuencia en las pinturas de las Catacumbas ¹. El rebaño perseguido de las ovejas de Cristo gustaba contemplar los rasgos del divino Pastor. Es, pues, incontestable que los primeros fieles, reunidos en Roma bajo la dirección de Pedro y sus sucesores, oían la parábola evangélica en el sentido que le da el Catolicismo aun en el día. Consientan nuestros hermanos separados en estudiar en su sencillez y en su admirable energía la palabra del Salvador: «No habrá mas que un solo rebaño y un solo pastor. Yo soy este Pastor, siempre visible, obrando siempre, cuya voz no cesarán jamás de oír las ovejas.» La alegoría empleada por Nuestro Señor en esta circunstancia, era familiar hacia largo tiempo á los Judíos, á quienes designa la Escritura con el nombre de: «Ovejas escogidas del rebaño de Jehovah.» Los pastores que dirigian el rebaño, eran los Doctores de la ley, los Escribas y los Fariseos, que acababan de escluir de su seno al ciego curado milagrosamente. Igual excomunión amenazaba á quien quiera que confesara, como él en lo futuro, la divinidad del Salvador. Hé aquí por qué dice Jesus al pueblo: «Yo soy la verdadera puerta del redil de las ovejas. Yo soy el buen Pastor.» Todos los pormenores de la Parábola están tomados de los usos y costumbres del Oriente. Los rebaños que formaban la principal riqueza agrícola de la Palestina, tenían que temer sin cesar las incursiones de las bandas de salteadores árabes y el ataque de las fieras. No era menos temible el pillaje de las tribus nómadas que las garras de las fieras del desierto. Hé aquí por qué reunían por la noche los pastores de cada comarca sus diferentes rebaños en un inmenso parque, cercado de setos, de empalizadas, y aun de tapias de piedra. Guardaba la entrada de este redil común un portero, no dejando entrar en él sino á los pastores. El que entraba por otra parte, es decir, escalaba el cercado para librarse de la vigilancia del portero, era, pues, como dice Jesus, un ladrón y un salteador. Por la mañana iban los pastores á recoger sus ovejas para llevarlas á los pastos. Reconociendo entonces cada rebaño la voz de su pastor, se agrupaba en torno suyo, sin equivocarse ni acercarse á un pastor que no fuera el propio. «Las ovejas no siguen á otro pastor, dice Jesus, apartándose de él, porque no conocen su voz, sino que siguen los pasos

¹ Fu dessa ai primi fideli tanto cara e familiare che ad ogni passo la si vede espressa ne' cubicoli cimiteriali. (Mozzoni *Tavola della storia della Chiesa universale*. Secol. 1.^o, pág. 11)

de su pastor.» En este punto de la parábola es completa la alegoría, y el Salvador hace su aplicación inmediata. Los Escribas y los Fariseos son los ladrones y los salteadores del rebaño de las almas. «Yo soy, añade, la puerta del redil. El que por mí entrare se salvará; entrará como entran por la noche los rebaños á descansar con sosiego; saldrá como salen por la mañana los rebaños para ir á los pastos. Porque yo he venido para que tengan vida mis ovejas, y una vida superabundante.» Sin embargo, el Hijo de Dios no ha agotado aun las divinas instrucciones, cuyo texto le suministra esta graciosa imagen de las costumbres pastoriles. Los pastores se dividían en Judea, como entre nosotros, en dos clases; á los unos pertenecía el rebaño en propiedad; los otros eran mercenarios ó criados, que recibían el salario del dueño. Jesús continúa, pues: «Yo soy el buen Pastor, el propietario verdadero del rebaño. Un mercenario huye al acercarse el lobo rapaz; pero el buen Pastor da su vida por sus ovejas.» Finalmente, los inmensos rebaños que pacían en las campiñas de Palestina, se hallaban repartidos entre gran número de pastores y diferentes apriscos. Pero Jesús, el Pastor supremo de los hombres, va á llamar bajo su cayado y á reunir todas las generaciones de almas en el mundo entero. «Habrá un solo rebaño y un solo pastor.» La unidad de gobierno en la unidad de la Iglesia, abrazando la universalidad de tiempos y lugares, tal es la inmensa perspectiva que presenta la palabra del Salvador á los ojos de los Judíos. No se sabe qué debe admirarse mas, si la magestad de la profecía, ó la grandeza de la institución, ó la sencillez de la imagen. Trasfórmase la palabra humana en los labios del Verbo encarnado, proyectando rayos de luz espiritual en los mas remotos horizontes, á la manera que se trasformaba há poco el barro por el dedo divino, para abrir los ojos del ciego de nacimiento. Pero vélanse súbitamente los rayos del Verbo hecho carne, bajo la nube de la muerte. «Voy á dar mi vida para tomarla otra vez, añade Nuestro Señor; ó mas bien, segun la energía del texto original, voy á depositar mi alma. Nadie podría arrebatármela. La depositaré por mí mismo, porque tengo el poder de dejarla, como tengo el poder de recobrarla.» Afirmación solemne de la divinidad, que se atestigua á sí misma, en la calma y la serenidad de una fuerza insuperable. Jamás, objetan nuestros racionalistas modernos, predijo Jesús claramente su futura resurrección. La única profecía de esta clase que

se haya pensado en atribuirle despues del suceso, se funda en un equívoco. «Destruid este templo, habia dicho, y lo reedificaré en tres dias.»—Asi hablan estos retóricos; pero cuando dice el Salvador á los Judíos: «Voy á depositar mi alma para recobrarla despues,» no hay en su lenguaje, ni equívoco, ni interpretacion violenta, ni juego de palabras desviado del sentido obvio por una exégesis póstuma. Cuado dijo en el camino de Cesárea á los Apóstoles: «Es necesario que vaya á Jerusalem el Hijo del hombre para padecer allí los mas crueles tormentos, y sufrir la condenacion de los ancianos, de los Grandes Sacerdotes y de los Escribas, y ser muerto y resucitar al tercer dia;» cuando añadió, despues de la transfiguracion en el Tabor: «Guardad silencio sobre este suceso hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos,» ¿hay en este discurso sombra alguna de anfibia, ni apariencia alguna de contradiccion ni de equívoco? «¡Oh gloria! ¡Oh poder del Crucificado! dice Bossuet. ¿A quién otro vemos dormirse tan precisamente cuando quiere, como murió Jesus cuando le plugo? ¿Qué hombre que medite un viaje, señala con tal exactitud la hora de su partida como señaló Jesus la hora de su muerte?» El Hijo de Dios va á dar su vida por los hombres, y su Padre «le ama por esto.» Parece que el amor eterno sin límites y sin medida, que tiene en el seno de la Trinidad el Padre al Verbo, se haya dilatado aun, cuando el Verbo consintió en morir por nosotros. «Porque el Padre ama tanto al mundo que dió por él su Hijo único.»

32. «Hé aquí que se levantó de en medio de la multitud un Doctor de la Ley, continúa el Evangelio, y dijo á Jesus, para tentarle: Maestro ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?—Y Jesus le respondió: ¿Qué es lo que se halla escrito en la ley? ¿qué es lo que en ella lees?—Respondió el Doctor: La Ley se espresa asi: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon y con toda tu alma y con toda tus fuerzas y con toda tu voluntad, y á tu prójimo como á tí mismo¹. Y Jesus le dijo: Bien has respondido: haz eso y vivirás.—Mas él, queriendo dar á entender que era justo, preguntó á Jesus: ¿Y quién es mi prójimo?—Entonces Jesus, tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron de

¹ Deuter., VI, 5.

todo, y habiéndole hecho muchas heridas, se fueron, dejándole medio muerto en el camino. Y sucedió que vino por allí un Sacerdote, y aunque le vió, pasó de largo; y de la misma suerte un Levita que llegó cerca de aquel paraje, habiéndole visto, pasó adelante; pero un Samaritano que iba de camino, llegóse á donde estaba, y viéndole, movióse á compasion; y acercándose, viendo sus heridas, bañándolas con aceite y vino, y subiéndole á su cabalgadura, le condujo á una caravanera ¹, donde tuvo cuidado de él. Al dia siguiente, al partir, sacó dos denarios, y dióselos al encargado de la caravanera, diciendo: Ten cuidado de este hombre, y todo lo que gastares de mas yo te lo abonaré á mi vuelta. Jesus preguntó al Doctor: ¿Quién de estos tres, el Sacerdote, el Levita ó el Samaritano, te parece haber sido el prójimo del herido?—El Samaritano, que usó de misericordia con él, respondió el Doctor. Pues anda, dijo Jesus, y obra tú de la misma suerte ².

33. Para apreciar el verdadero sentido de la parábola, es necesario tener un conocimiento exacto del término «prójimo,» entre los

¹ Nos tomamos la libertad de sustituir esta espresion al término comun de hostelería «ó meson» que se halla generalmente en las traducciones. La palabra latina del Evangelio es *stabulum*, y en griego Πεδυχίον, (estacion de las caravanas). Si el lector tiene á bien recordar todos los pormenores en que nos ha sido preciso entrar, á propósito del establo de Belen, comprenderá la razon de esta variante. Al pasar el texto del Evangelio á todas nuestras lenguas modernas, ha sufrido interpretaciones adaptadas al genio de cada idioma. La parábola del buen Samaritano es conocida en el último de nuestros lugarejos. La espresion «hostal ó meson» no escita en nosotros ninguna otra idea que la de un establecimiento de hospitalidad, sostenido por particulares que albergan á los viajeros, mediante cierta retribucion. El *stabulum* ó caravanera evangélica es enteramente extraño á esta institucion completamente moderna. Habia, como hemos dicho, á la puerta de cada pueblo, un abrigo para los hombres y para los animales. La hospitalidad que en él se recibia por una noche, era gratuita, pero no comprendia exactamente mas que el techado, debiendo los viajeros proveer por sí mismos á su subsistencia y á la de las bestias de carga. Hé aqui por qué el buen Samaritano, al llegar á la caravanera, tona por sí mismo cuidado del herido. En el nias modesto de nuestros mesones actuales, hubiera encontrado por lo menos el auxilio de una criada. Mas en la época evangélica, no habia en el camino de Jerusalem á Jericó nada parecido á esto. Sin embargo, habitaba la caravanera un encargado, sostenido á costa de la ciudad, para dar á los viajeros las instrucciones necesarias, y ponerles en relacion con los habitantes, para procurarse á su costa y riesgo las provisiones de que podian necesitar. Este sistema primitivo de hospitalidad oriental vuelve á encontrarse aun en nuestros dias, en algunas comarcas de España. Por eso, á la mañana siguiente de su llegada, el buen Samaritano, dispuesto á continuar su camino, deja el abrigo hospitalario, sin pagar nada por su hospedaje personal, pero entrega al encargado de la caravanera dos denarios para empeñarle á cuidar del herido, y le promete tener en cuenta á su regreso el exceso de los gastos que podrian originarse ulteriormente.

² Luc., X, 25-37.

Judíos. La idea que espresa es hoy de una notoriedad universal en las civilizaciones procedentes del cristianismo. Hemos aprendido del Verbo encarnado, que todos los hombres son prójimos y hermanos nuestros, por el origen comun, por la vocacion á la misma patria y la participacion de la misma sangre redentora. Esta efusion del espiritu de fraternidad en el mundo es entre nosotros un hecho tan familiar, que no pensamos ni aun en dar gracias de ello á su divino Autor. Parece imposible que no haya sido semejante doctrina la de todas las épocas y todos los paises. Sin embargo, era desconocida á la antigüedad. Ni la idea ni la palabra existen en las lenguas llamadas clásicas. El *Proximus* de Ciceron, el *πλησιος* de los Griegos significaban únicamente los lazos de parentesco. Habíase admirado, con un esfuerzo sublime de la filosofía especulativa, la famosa palabra de un autor romano: «Yo soy hombre, y no me es extraño nada de cuanto se refiere á la humanidad.» Pero permanecia el axioma en estado de abstraccion puramente teórica. La realidad era la esclavitud, erigida en principio social; y el desdeñoso epíteto de *Bárbaro*, dado por un ciudadano del *Agora* ó del *Foro*, á todo lo que no era Griego ni Romano. Entre los Judíos no se hallaba menos marcado ni era menos extraño este exclusivismo, habiéndose revestido con las formas rigoristas de la secta farisáica. Hé aquí cómo raciocinan sobre este punto los Doctores de la Ley. Moisés habia escrito en el Levítico estas palabras legales: «Amarás á tu hermano.» La palabra hebrea *Rea* se puede entender en el sentido general de hermano, ó en el mas restringido de amigo, habiendo prevalecido esta última interpretacion en la Sinagoga. Se nos manda amar á nuestros amigos, decian los Rabinos; luego por razon inversa, se nos prescribe odiar á nuestros enemigos. En su consecuencia, el nombre de *Gentiles*, dado indistintamente por los Judíos á todas las razas extranjeras, espresaba en su boca un sentimiento de desprecio idéntico al que encerraba la palabra de Bárbaro entre los Romanos y los Griegos. Un hebreo profesaba, esceptuada la descendencia de Abraham, á todo el resto del género humano, un horror invencible. Además, habia de Judío á Judío una distincion sofistica, cuya clave nos da el Fariseo del Evangelio. Un verdadero servidor de Jehovah no consideraba como *Rea*, ó prójimo, sino á un hombre por lo menos tan justo como él mismo. Fijada asi, bajo la base del egoismo, la medida de afecto fraternal de un Fariseo, resultaba no

aplicarse jamás en hecho á nadie. Tal es el sentido real del diálogo sostenido entre el divino Maestro y el Doctor de la Ley. Este hipócrita principia por profesar que ama á Jehovah «con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y todo su entendimiento.» ¿Quién, pues, será el prójimo de un adorador tan fiel, de un discípulo tan perfecto de Moisés, de un hijo tan virtuoso de Abraham? Evidentemente, dirigiendo esta pregunta á Jesus el Doctor de la Ley «hacia ostentacion de su justicia,» como dice el Evangelio; pero formulaba al mismo tiempo una interrogacion capciosa. Si respondia el Salvador que todos los Judíos eran el prójimo de semejante justo, suministraba un pretesto plausible para renovar contra él la acusacion de que adulaba á los pecadores, con la idea vulgar de captarse popularidad. Si respondia que el prójimo de un justo no podia ser sino un justo semejante á él, perdía su reputacion de benevolencia y de caridad misericordiosa, que le atraia las bendiciones de la muchedumbre.

34. El Verbo encarnado echa por tierra enteramente este aparato de limitada y vengativa perfidia. En el desierto que separaba á Jerusalem de Jericó, cerca de cuatro leguas distante de esta última ciudad, se hallaba un desfiladero tristemente famoso por las desgracias de que habia sido teatro. Llamábasele *Adommim* ó «Subida de la Sangre.» Las rocas que le rodeaban ofrecian un retiro inespugnable á las bandas de salteadores que caian sobre los viajeros aislados, y renovaban cada dia sus impunes atentados. Los Romanos levantaron mas adelante en este lugar una fortaleza ó un cuerpo de guardia que velaba por la seguridad pública. Allí es donde trasladó el Salvador la imaginacion de sus oyentes, en la parábola del buen Samaritano. No es menos significativa la eleccion de un hijo de Samaria, que ejercia la misericordia con un Judío herido. Entre un hijo de Abraham y un pagano, era aun posible que hubiera cierto roce. El Templo de Jerusalem recibia las ofrendas de los Gentiles, pero rechazaba absolutamente la de un Samaritano. Tal es el prójimo que da Jesus á este Doctor de la Ley, tan orgulloso de su virtud, tan profundamente atrincherado en sus odios de secta y en sus antipatías nacionales. Desde que podia ser un Samaritano el prójimo de un Judío, y recíprocamente, quedaban rotas todas las murallas que separaban las razas. La caridad universal, esta palabra y esta idea tan desconocidas entonces, aproximaba todas las

distancias, reunia todas las almas y fundaba en la tierra el reino del amor de los hombres en Dios. «Auda y obra de la misma suerte,» dijo Jesus al Fariseo. Recorre el mundo y solo encontrarás hermanos. Lleva la efusion de una misericordia universal á la comunidad de miserias de aquí bajo. El género humano era verdaderamente este herido de Jericó, abandonado en el camino de los siglos, cubierto de heridas por la violencia de Satanás. Jesus venia á curar sus heridas con el óleo de su gracia y el vino fortificador de su sangre redentora. Y por tanto, Jesus no era á los ojos de los Judíos mas que un Samaritano, un escomulgado, un maldito. ¡Cuántas veces no habian repetido al Hijo del hombre las injurias denominaciones de Samaritano y de Denoniaco! Hé aquí por qué, sin duda, quiso el divino Maestro representarse él mismo bajo los rasgos del buen Samaritano.

35. «Entonces dijo á Jesus uno del auditorio, continúa el texto sagrado: Maestro, dñe á mi hermano que me dé la parte que me toca de mi herencia.—Pero Jesus le respondió: ¡Oh hombre! ¿quién me ha constituido á mí juez ó partidior entre vosotros? Con esta ocasion les dijo: Estad alerta y guardaos de toda avaricia; porque no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que él posee. Y en seguida les propuso esta parábola: Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad, y discurria para consigo diciendo: ¿Qué haré que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Al fin dijo: Haré esto: Derribaré mis graneros y construiré otros mayores, donde almacenaré todo el producto de mis campos y cuanto poseo. Con lo que diré á mi alma: ¡Oh alma mia! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe y regálale. Pero Dios le dijo: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de tí la entrega de tu alma: ¿de quién sera cuanto has almacenado? Tal es la imágen del avaro que atesora para sí y no es rico segun Dios.—Y despues dijo á sus discípulos: Por eso os digo á vosotros: No andeis afanados por lo que habeis de comer para sustentar vuestra vida, ni con qué habeis de vestir vuestro cuerpo. La vida es mas que el sustento, y el cuerpo mas que el vestido. Reparad en los cuervos, que no siembran ni siegan ni tienen dispensa ni granero; y sin embargo, Dios los alimenta. Ahora bien; ¿cuánto mas valcis vosotros que ellos? Y ¿quién de vosotros, por mucho que discurra, puede acre-

centar á su estatura un solo codo? Pues si ni aun para las cosas mas pequeñas teneis poder ¿á qué fin inquietaros por las demás? Contemplad los lirios de los valles cómo crecen: no trabajan ni hilan; y no obstante, os aseguro que ni Salomon con toda su magnificencia, se vestia como una de estas flores. Pues si así viste y adorna Dios á una planta que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno ¿cuánto mas ciudado tendrá de vosotros, hombres de poca fe? Así que no esteis acongojados cuando buskais de comer ó de beber, ni tengais suspenso ó inquieto vuestro ánimo. Los paganos y las gentes del mundo son los que van afanados tras de esas cosas. Bien sabe vuestro Padre que de ellas necesitais. Por tanto, buscad primero el reino de Dios y su justicia; que todo lo demás se os dará por añadidura. No temais, pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de vuestro Padre (celestial) daros el reino (eterno). Vended, si es necesario, lo que poseeis, y dad limosna. Hacedos bolsas que no destruye el tiempo; reunid tesoros imperecederos para el cielo, á donde no llegan los ladrones ni roe la polilla; porque donde está vuestro tesoro, allí tambien estará vuestro corazón. Estad con vuestras ropas ceñidas á la cintura, y tened en vuestras manos las antorchas ya encendidas y prontas á servir á vuestro Señor. Sed semejantes á los criados que aguardan á su amo cuando vuelve de las bodas, á fin de abrirle prontamente luego que llegue y llame á la puerta. Dichosos aquellos siervos á los cuales el amo al venir encuentra así velando. En verdad os digo, que ciñéndose el mismo Señor, los hará sentar á la mesa y se pondrá á servirles. Y si viene á la segunda vela ó viene á la tercera, y los halla así prontos, dichosos son tales criados vigilantes. Y sabed, que si el padre de familias supiera á qué hora habia de venir el ladron, estaria ciertamente velando, y no dejaria que le invadiesen su casa. Así vosotros estad siempre prevenidos, porque á la hora que menos penseis, vendrá el Hijo del hombre.—Preguntóle entonces Pedro: «Señor, ¿dices por nosotros esta parábola ó por todos igualmente?»—Respondióle el Señor: «¿Quién pensais que es (sino un criado vigilante) aquel administrador fiel y prudente á quien su amo constituyó mayordomo de su familia para distribuir á cada uno á su tiempo la medida de trigo ó el alimento correspondiente? Dichoso el tal siervo si su amo á la vuelta le halla ejecutando así su deber. En verdad os digo, que le hará administrador de todo lo que posee. Mas si el infiel

criado dijere en su corazon: Mi amo no piensa en venir tan presto; y empezaré á maltratar á los criados y á las criadas y á comer y beber y á embriagarse, vendrá el Señor de este siervo en el dia que menos le espera y en la hora que él no sabe, y le echará de su casa, y darle há el pago debido á los criados infieles. Los que hayan recibido directamente las instruccioues del amo, serán flagelados mas rigurosamente. Los otros á quienes no habia trasmitido el amo directamente sus órdenes, y cuya conducta haya sido reprehensible, serán castigados, pero con menos severidad. Porque se pedirá cuenta de mucho á aquel á quien se le entregó mucho; y á quien se le han confiado muchas cosas, mas cuenta se le pedirá. Yo he venido á poner fuego en la tierra, ¿y qué hé de querer sino que arda? Con un bautismo de sangre tengo de ser yo bautizado. ¡Oh! y ¡cómo traigo en prensa el corazon mientras que no lo veo cumplido! ¿Pensais que he venido á poner paz en la tierra? Os digo que no, sino division. De suerte que desde ahora en adelante, en una familia de cinco miembros, estarán desunidos tres contra dos y dos contra tres: el padre estará contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra ¹.

36. No hemos querido cortar con reflexiones inoportunas esta página evangélica. Seria necesario hacerse cargo de cada palabra, si se quisiera notar todos los rasgos de costumbres locales que atestiguan su autenticidad. La ley hereditaria era entre el pueblo Judío eminentemente protectora de la familia. Las propiedades territoriales, como se diria en el dia, no se repartian casi nunca, sino que se devolvian al hijo mayor, el cual tenia además derecho á la mitad de los bienes muebles. La civilizacion hebráica, cuya fuerza excepcional y cuya persistencia verdaderamente extraordinaria admiran á nuestros jurisconsultos modernos, debió mucho á este principio eminentemente conservador. Poco importa que tengamos sobre este punto ideas diametralmente opuestas, porque no tenemos derecho de rehacer lo pasado á nuestra talla. Por lo demás, un brazo de mar separa aquí las dos naciones mas poderosas de Europa, y si hubiéramos de juzgar los dos sistemas contradictorios por los resultados ¿gestaria la ventaja social de nuestra parte? Como quiera que sea, Jesus se des-

¹ Luc., XII, 13-53; Math., XXIV, 42-46.

entendió del Israelita que queria hacerle su juez, y la Iglesia Católica, heredera de la autoridad de su divino Esposo, deja á las legislaciones civilizadas toda latitud respecto á esto. Los bienes que trae al mundo el Verbo encarnado no son de esta naturaleza. El Salvador vino á distribuir á los hombres la herencia de los cielos, dejándoles que se disputen á su fantasía las heredades de la tierra. ¡Insensatos, que piensan agrandar sus moradas, en la misma noche en que va Dios á pedirles su alma! Sin embargo, el Verbo encarnado no entiendo escluir á su Iglesia del dominio de las cosas del mundo. Hace largo tiempo que explota el sofisma esta preocupacion, y que aspira en nombre de Jesus mismo á despojar á la divina esposa del Cristo. El Salvador ha refutado anticipadamente estas falaces doctrinas. «No temais pequeño rebaño, dice, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros un reino.» ¿Qué no se ha hecho durante diez y ocho siglos, para arrancar á la Iglesia su reino? ¿Qué no se ha dicho, para relegar al Sacerdote á su confesonario, al Obispo á la sacristía, y al Papa á las catacumbas? «No temais, pequeño rebaño, porque ha sido del agrado de vuestro Padre daros un reino.» Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.» Jamás se ha realizado mas manifestamente profecía alguna, y jamás se ha mantenido mas solemnemente, á despecho de todas las codicias humanas. Es preciso repetirlo en nuestro siglo, como se decia en tiempo de Federico II ó de Enrique IV de Alemania. Háse verificado la esperiencia en la mas vasta escala que puede imaginar ninguna comision científica. Cada tiranía vulgar ha querido destronar á la Iglesia, despojarla, y reemplazar el cetro que lleva en la mano con el báculo del mendigo. Mas de una vez hallaron las pretensiones de esta clase, por cómplice, la potestad mas elevada de este mundo, el genio. Semejante situacion vale la pena de examinarse seriamente. La Iglesia es siempre el *pusillus grex*, de que habla el Salvador. Fáltale la fuerza material, pudiendo el hombre de Estado mas diminuto tener el gusto de insultar esta debilidad y de hollarla á los pies. Pero hé aquí el milagro. La Iglesia destronada, vencida, aniquilada en apariencia, vuelve á levantarse siempre, con la diadema en la frente y el cetro en la mano. ¡Dichosa cuando le es dado bendecir el sepulcro de su perseguidor arrepentido! La solidaridad divina entre el gobierno del cielo y el de la Iglesia, es un hecho atestiguado por el testimonio

mas incontestable, el de la historia. La Iglesia de Jesucristo es hoy el reino mas antiguo de Europa, preexistiendo á todos los demás, como ha sobrevivido á todos los que han caido. A no negar la evidencia, esto no podia desconocerse. La Iglesia tiene sobre los demás reinos la inmensa ventaja de creer con una fe divina en su propia inmortalidad. ¿Por qué, pues, todo aquello que quiere vivir, todo lo que aspira á la duracion no comprende la absoluta necesidad de apoyarse en la única fuerza que no acabará nunca?

37. Sin embargo, el reinado de la Iglesia es el único que no conoce reposo, ni tregua, ni transaccion con las pasiones conjuradas. Los demás poderes viven por los tratados; pero Jesus ha fundado su edificio inmortal en el principio opuesto. ¿Pensais que he venido á traer paz á la tierra? Os digo que no, sino desunion. ¡Estraño proceder de gobierno! Sin embargo, la Iglesia está en pie. Reflexiónese, pues, en fin sobre ello, y aunque solo sea bajo el punto de vista del interés político, concédase á este fenómeno sin ejemplo, el honor de una atencion menos superficial. El Evangelio ha inaugurado en el mundo una lucha, que comienza en el corazon de cada individuo, se pronuncia en cada familia y estalla en el seno de todas las sociedades. Lucha inmortal de la verdad contra la mentira, de la virtud contra el crimen, de la adhesion y el sacrificio contra la molicie y la sensualidad, del orden contra el desorden, del deber contra la licencia, del espíritu contra la carne, de Dios contra Satanás. La historia, despues de Jesucristo, no es mas que el campo abierto de este gran desafio. ¡Quién podrá enumerar todos los enemigos cuya espada, genio ó pluma se han mellado ó gastado contra la armadura invencible de la Iglesia! Hé aquí por qué decia Nuestro Señor á sus Apóstoles: «*Estad con vuestras ropas ceñidas á la cintura.*» La túnica oriental ancha y flotante tenia que levantarse hasta el talle, y que ceñirse á la cintura para prestarse á la actividad de un ministerio vigilante y laborioso. Tal será hasta el fin de los tiempos la actitud de la Iglesia. Pedro, que debe ser su jefe visible, quiere conocer exactamente la estension de la responsabilidad que le incumbirá. ¿Son él y los Apóstoles solamente los que tengan que velar y combatir? El divino Maestro le responde con una alegoría tomada de la economía doméstica de aquel tiempo. Los ricos propietarios establecidos en Judea, despues de la invasion romana, empleaban numerosos esclavos en el cultivo de sus campos.

Estas explotaciones rurales, verdaderas colonias serviles, eran vigiladas por un encargado que dirigia los trabajos y distribuia cada mes¹ en nombre del dueño, la provision de trigo correspondiente á las necesidades de las diversas familias. Este encargado era tambien un esclavo; si daba muestra de celo y de una verdadera capacidad, podia llegar á ser administrador general, y este dia veia romperse sus cadenas, dándole libertad la manumision. A esto aludia la palabra del Salvador: «¡Dichoso el esclavo á quien encuentre su Señor fiel á sus deberes! En verdad os digo; el amo le confiará la administracion de todos sus bienes.» Pero por lo comun no se aprovechaban estos esclavos de su elevacion, sino para entregarse al instinto brutal y á groseros apetitos que la esclavitud desarrolla en las almas, haciendo pesar su autoridad sobre sus compañeros. «El amo no volverá en mucho tiempo, dicen ellos; y abruma á golpes á criados y criadas, pasando los dias en comer, beber y embriagarse.» Sin embargo, el amo volvia al fin. Juez supremo en su tierra, teniendo el derecho de vida ó muerte sobre todos sus esclavos, reservaba para el encargado infiel los rigores mas duros del *ergastulum* y la flagelacion mas repetida; lo cual no le impedia castigar los delitos de los demás esclavos, pero con menos severidad, porque dice Nuestro Señor: «Se exige mucho de aquel á quien se ha dado mucho, y se pide mas á aquel á quien mas se ha confiado.» Asi, pues, la responsabilidad en el gobierno de la Iglesia es proporcionada á la magnitud de las funciones. El Señor á quien se sirve es Dios, cuya mirada nadie puede engañar, ni sorprender su vigilancia, ni torcer su justicia. Hé aquí por qué se frustrarán siempre las tentativas de influencia ó de corrupcion humana, ante los sucesores de Pedro, á quien se dijo: «¿De qué servirá al hombre ganar el universo si pierde su alma?» Vendrá el Señor á la hora menos pensada; juzgará al servidor culpable, y le impondrá suplicios tanto mayores, cuanto era mas eminente la administracion que tenia á su cargo.

§ V. LA FIESTA DE LAS ENCENIAS.

38. «Celebrábase, continúa el Evangelista, la fiesta de las Encenias (ó dedicacion del Templo) en Jerusalem, fiesta que era en in-

¹ La espresion latina *Mensura*, derivada de *Mensis*, «mes,» se refiere etimológicamente á las distribuciones mensuales de víveres, que se hacian á los esclavos. El *De-*

vierno. Y Jesus se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomon. Rodeáronle, pues, los Judíos, y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de tener suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.—Respondióles Jesus: Os lo estoy diciendo y no lo creéis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas están dando testimonio de mí; mas vosotros no creéis, porque no sois mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen; y yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues lo que mi Padre me ha dado, todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlo de las manos de mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa.—Al oír esto los Judíos, cogieron piedras para apedrearle.—Díjoles Jesus: Muchas obras buenas he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais?—Respondieronle los Judíos: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por una blasfemia, y porque siendo tú como eres un hombre, te proclamas Dios.—Replicóles Jesus: ¿No está escrito en vuestra ley: «Yo dije: Vosotros sois dioses?» Pues si llamó dioses á aquellos á quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo á mí, á quien ha santificado el Padre y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: Soy hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, cuando no queráis darme crédito á mí, dádselo á mis obras, á fin de que conozcais y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre.—Quisieron entonces prenderle los Judíos, pero él se escapó de sus manos, y saliendo de Jerusalem se dirigió á las fronteras de Judea, para ganar la otra ribera del Jordán ².

39. El relato evangélico se halla estrechamente ligado á los detalles mas íntimos de la historia judía. El Antiguo Testamento constituye una especie de comentario perpétuo que ilustra el Testamento Nuevo. Esta connexion entre lo pasado de Israel y los hechos de la época mesiánica, es una de las pruebas mas manifiestas de la autenticidad del Evangelio. Hé aquí por qué es absolutamente indispensable volver á hacer hoy el estudio descuidado en demasía de la historia bíblica. La generacion actual en Francia (y en España) solo cono-

mensum, medida legal, equivalente á cerca de cinco fanegas, representaba la cantidad de trigo que se suministraba mensualmente á cada esclavo.

¹ Salm., LXXXI, 6.—² Joan., X, 22-39; Math., XIX.

ce el Antiguo Testamento por los manuales llamados «clásicos,» que en realidad son compendios de compendios. No parece sino que la revelacion divina ha infundido temor á nuestro siglo; puesto que se la ha reducido á dósis infinitesimales, como esos venenos activos que una ciencia reciente ha encontrado el secreto de resolver en gránulos casi imponderables. La verdad se borra en las inteligencias, por medio de estas diluciones sistemáticas, habiéndose hecho desaparecer de esta suerte las pruebas mas directamente apreciables de la autenticidad de los Evangelios. Pregúntese á uno de esos millares de jóvenes literatos, que salen cada año de nuestras escuelas, lo que era en Jerusalem la fiesta de las Encenias, y ninguno de ellos sabrá siquiera su nombre. ¡Dichoso de él si no se gloria en su ignorancia, y si no acoge con una sonrisa de desprecio un término tan evidentemente legendario como el de Encenias! Tiempo es ya de que salgan las almas, redimidas por la sangre de Jesucristo, de esta pedagogia reducida é incompleta. Cuando una época se muestra tan orgullosa de su propia ciencia, no le es permitido permanecer asi tan profundamente cstraña á la única ciencia indispensable, la de la salvacion. La solemnidad de las Encenias recordaba á los Judíos una fecha memorable de su existencia religiosa y nacional. La persecucion de Antioco-Epifanes habia desterrado á Jehovah de su Templo. El culto Mosáico habia cesado en la Ciudad Santa, y se sacrificaba á Júpiter y á Vénus en el altar del Dios vivo. Degollados los sacerdotes, reducidos á esclavitud los Hebreos fieles, prohibido el nombre mismo de la Ley como un grito de rebelion; toda clase de opresiones, de violencias y atrocidades, habian llenado la Judea de terror y de lágrimas. En medio de la defeccion ó del desaliento general, se levantó un héroe en las rocas de Modein. Con un puñado de valientes, se atrevió Judas Macabeo á levantar la bandera proscrita de Jehovah. Sus afiliados, sin esperanza humana, sin otro apoyo en la tierra que su gran corazon y una espada puesta al servicio de una causa santa, luchó contra el poder triunfante de un monarca que reinaba sobre las tres cuartas partes del Asia. Tres años, dia por dia, despues de haberse ofrecido el primer sacrificio idolátrico á Júpiter Olímpico en el altar de los holocaustos, el 25 del mes de *Casleu* (27 de noviembre), Judas Macabeo, vencedor del tirano de su patria, borraba los rastros de las impías profanaciones de que habia sido teatro el Templo. Todos los Judíos fieles llenaban los átrios. Al cántico de los himnos

santos, á los sonidos armoniosos del kinnor, de la lira y de los címbalos, fue consagrado el nuevo altar. Verificáronse el holocausto y los sacrificios, segun el ceremonial mosáico. La multitud prosternada adoraba al Señor. Elevábanse hasta el cielo cánticos de júbilo y de reconocimiento ¹. Prolongáronse las fiestas durante ocho dias, y esta renovacion tan súbita y tan inesperada tomó al lenguaje mismo que habian introducido los Sirios helenistas en Palestina su nombre significativo de *Encenias* (‘ *Εγνανια* ‘Renovacion,’ en hebreo: *Hanucca*). El enemigo no habia tenido tiempo de consumir en honor de los idolos, toda la provision de aceite que tenia de reserva para los usos del Templo. Esta circunstancia habia redoblado los trasportes de la alegría nacional. Durante los ocho dias de la fiesta, fue permanente la iluminacion del sagrado edificio. La ciudad entera quiso asociarse á esta piadosa demostracion, y ardieron dia y noche antorchas encendidas en las fachadas de todas las casas. De aquí el nombre de *Fiesta de las Luces*, que se dió tambien á la solemnidad de las *Encenias*. Judas Macabeo y sus hermanos, reunidos en asamblea nacional con los descendientes de Aaron, ordenaron que en lo sucesivo celebrase Israel, durante ocho dias, este sagrado aniversario. Tal era esta Dedicacion del Templo de Jerusalem, imagen de la Dedicacion de las Iglesias cristianas, celebrada actualmente en todo el universo.

40. Cada palabra del Evangelio es un rasgo de autenticidad. «Era invierno,» dice el texto santo. En efecto, la estacion de las lluvias comienza en Palestina á mediados de noviembre ². «Jesus

¹ Mach, IV, 36 ad ultimum. Ya hemos reproducido, al tratar del origen de la fiesta de las Encenias y de la descripcion del pórtico de Salomon, los pormenores que dimos anteriormente en la *Historia general de la Iglesia*, tomo III, página 664-666, y tomo IV, 117-118.

² Los Judíos dividian el año, dice el doctor Sepp, en seis estaciones; «la siega» (abril y mayo); «el estio» época de los grandes calores (junio, julio y agosto); «las siembras» (setiembre y octubre); «el invierno» ó meses de las lluvias, desde el 15 de Casleu (noviembre), hasta el 15 de Sebeth, (enero); finalmente, «la estacion de los frios secos» (febrero y marzo). Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 191. Por lo demás, he aquí el cuadro de los meses hebraicos del año santo.

1 Nisan ó Abid. 30 dias.—Marzo.	7 Tisri. 30 dias.—Setiembre.
2 Ijar. 29 id.—Abril.	8 Markesvan. . . . 26 id.—Octubre.
3 Sivan. 30 id.—Mayo.	9 Casleu. 30 id.—Noviembre.
4 Tamnus. 29 id.—Junio.	10 Tebeth. 29 id.—Diciembre.
5 Ab. 30 id.—Julio.	11 Sebeth. 39 id.—Enero.
6 Elul. 29 id.—Agosto.	12 Adar. 29 id.—Febrero.

Cada tres años tenia el año trece meses. El mes suplemental era de trece dias, y se llamaba *Ve-Adar*, ó segundo Adar.

se paseaba en el pórtico de Salomon.» Hé aquí, según el historiador Josefo, la descripción de los átrios levantados por Herodes alrededor del Templo de Jerusalem. Es un testigo ocular un sacerdote judío, que nos vuelve á trazar las magnificencias de un monumento que fue la cuna de su infancia, el asilo respetado de su juventud, y cuyo recuerdo, sobreviviendo á los desastres de la ruina, arrancaba lágrimas á su vejez. «Los pórticos del Templo, dice, fueron la obra mas admirable de que han oído hablar jamás los hombres. Las puertas exteriores, abriéndose sobre los átrios, formaban grandes y magníficos arcos triunfales, de los que habia colgados tapices de seda, decorados con flores bordadas en púrpura y con columnas figuradas en el tejido. Por encima de las cornisas corría una vid de oro macizo, cuyos racimos pendientes maravillaban al espectador, mas aun por su admirable trabajo que por la riqueza de la materia. Todo el perímetro del sagrado recinto se hallaba cercado por un muro de piedra tallada, sosteniendo en la fachada oriental un doble pórtico, tan largo como el muro, y dando frente á la puerta de entrada del Templo, en cuyo eje formaban radio todos los átrios exteriores. El lado Sudeste servía de apoyo al Pórtico de Salomon, que era triple y se extendía á todo lo ancho del valle del Tyrapeon. El muro de cuatrocientos codos de altura (216 metros), que sostenía este Pórtico, habia sido construido por Salomon. Hé aquí por qué se conservó el nombre de este príncipe al nuevo edificio construido por Herodes. Desde aquel punto se sumergía la vista en un verdadero precipicio. A esta altura natural, ya tan considerable, añadió Herodes la espantosa sobreelevación del átrio; de suerte que si de la plataforma superior se quería medir con la vista su total profundidad, se desvanecía la cabeza¹. De un extremo á otro del pórtico de Salomon se ostentaban cuatro columnas paralelas. El diámetro de cada columna era tal, que se necesitaban tres hombres para abarcarlo; su elevación era de veinte y siete pies, y su cuerpo coronado de chapiteles corintios, tenía hacia la base, una doble espiral. Estas columnas llegaban al número de ciento sesenta y dos. En razón del paralelismo de las columnas dispuestas de cuatro en

¹ El Evangelio llama *Pinaculum Templi*, la cúpula del Pórtico de Salomon, sobre el cual llevó Satanás al divino Maestro, proponiéndole que se precipitara sin temor, porque estaba escrito: «Jehovah ha dado orden á sus ángeles para que te sostengan sobre sus alas.»

cuatro, era triple el pórtico; las dos arcadas laterales eran de proporciones semejantes, teniendo cada una treinta pies de ancho y un estadio ¹ de largo, y mas de cincuenta pies de alto. La arcada central tenia el doble de alto y de ancho, de suerte que dominaba completamente las otras dos. El remate se hallaba adornado de esculturas en madera, de alto relieve y de variados dibujos. El de la bovedilla ó techo del centro era muy elevado; las paredes superiores estaban cortadas por el arquitrave, y divididas por columnas embotradas; siendo el conjunto de una arquitectura tan maravillosa, que los que no han visto este edificio no pueden creer lo que de él se refiere; mientras que los que lo han visto, hallan todas sus descripciones inferiores á la realidad. El suelo se hallaba enteramente cubierto de mosaicos ².

41. Ahora comprendemos por qué el pórtico de Salomon, en la esposicion Sudeste del Templo, se hallaba frecuentado preferentemente por los Judíos en la estacion de invierno. Asi se adaptan maravillosamente al cuadro de la historia las menores particularidades del texto sagrado, resaltando manifestamente la imposibilidad absoluta de suponer apócrifo el Evangelio, de la armonía perpétua de conjunto y de pormenores entre el relato del Escritor sagrado y las realidades contemporáneas de la civilizacion hebráica. No es menos significativa la actitud mas y mas embarazada de los Judíos, en presencia de la personalidad augusta del divino Maestro. Segun la teoría del racionalismo moderno, no hizo Jesus ningun milagro. Asi, la pasmosa curacion del ciego de nacimiento no alteró entonces la opinion de los habitantes de Jerusalem. No tuvieron pretesto alguno los Fariseos y los Príncipes de los Sacerdotes, para manifestar sus temores y sus antipatías, respecto del Salvador. ¿Cómo, pues, se estrechan los Judíos en el pórtico de Salomon, rodeando á Jesus, y diciendo: «¿Hasta cuándo tendrás nuestro espíritu en incertidumbre? ¡Si eres Cristo, dínoslo sin rodeos!» El Cristo que esperaban los Judíos debia hacer milagros; pues asi lo habian anunciado los Profetas: «Jesucristo, vuestro Dios, vendrá en persona, habia dicho Isaias, y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos; y

¹ El estadio olímpico, de que habla aquí Josefo, representaba en nuestro sistema métrico actual, 194 m. 95 c. La medida codo-hebráico valia 20 pulgadas ó 0,540 milímetros de nuestras medidas actuales.

² Josefo, *Antiq. Judai.*, lib. XV, cap. XIV.

oirán los oídos de los sordos; y el cojo saltará como el ciervo; y se desatará la lengua de los mudos; y se convertirán los rescatados por el Señor ¹.» Tal era la designación profética del Mesías. Todo el mundo lo sabía en Jerusalén. Si, pues, Jesús no hubiese hecho ningún milagro; si no hubiera abierto los ojos del ciego de nacimiento; si no hubiera obrado uno solo de los prodigios de misericordia, cuyo relato contiene el Evangelio, nadie hubiera pensado en ver en él al Cristo tan deseado. Sin embargo, los mismos Profetas habían sido taumaturgos, no siendo en su consecuencia la señal del milagro la única en que debiera reconocerse al Mesías. La descripción de los esplendores del reinado del Hijo de David, tan elocuentemente trazada con anterioridad por los escritores inspirados, se avenía muy poco entonces con la humildad del Hijo del hombre, que no tenía sobre qué reclinarse su cabeza. Así, pues, vacilaban los Judíos, y decían: «¿Hasta cuándo prolongarás nuestra ansiedad y nuestra incertidumbre? ¿Si eres realmente el Cristo, decláralo abiertamente!» Jesús responde á esta pregunta categórica con una magestad suprema, afirmando, por la vigésima vez, su divinidad. Pero los Judíos querían un Cristo, hijo de David, y no querían un Cristo, Hijo de Dios. Todavía repiten hoy los hijos de Jacob, como dirigiendo una acusación de idolatría contra los Cristianos, la palabra de Moisés: «Oye, Israel. Jehovah, nuestro Dios, el Señor, es uno ².» Permanece, pues, encubierto á sus miradas, como lo estaba á las de sus antepasados, el misterio de la unidad divina, en los fecundos esplendores de la Trinidad. «¡Qué! ¡Sois un hombre y osáis proclamaros Dios!» esclaman, y se arman todos con piedras para lapidar al blasfemo. Pues bien; Jerusalén era el único lugar del mundo en que se considerase la apoteosis como un crimen. Roma, Atenas, Alejandría, todas las ciudades del Oriente y del Occidente, desde Antioquía hasta la *Lugdunum* de los Galos, se hallaban pobladas de altares erigidos en honor del dios Tiberio. César, asesinado por su propio hijo, era dios; Augusto era dios; Livia era diosa; ¡haced, pues, que se componga el Evangelio por un autor extraño á las leyes y á las costumbres judaicas! ¡Imaginad, para los relatos evangélicos, otro teatro distinto del de Judca; otros actores que los hijos de Abraham; otro centro que la civilización mosaica!

¹ Isai., XXV, 4, 6, 10.

² Deuterón., VI, 4.

CAPITULO IX.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

§ I. VIAJE DE JESUS Á LA PEREA.

1. Marta y María. La accion y la contemplacion.—2. La mujer encorvada durante diez y ocho años.—3. Comida en casa de un jefe de los Fariseos. El hidrópico. El banquete de los pobres. Parábola de la cena ofrecida por el padre de familia.—4. Exposicion del milagro verificado en el hidrópico.—5. Los primeros sitios en el festin.—6. La caridad cristiana.—7. Del número de los escogidos.—8. Parábolas de la Torre y del rey que emprende una guerra.—9. Sentido de las dos parábolas.—10. El buen pastor. La dracma perdida.—11. El hijo pródigo.—12. Explicacion de la parábola.—13. Parábola del administrador infiel.—14. El racionalismo y la parábola evangélica.—15. El Evangelio sustituido á la ley y á los profetas.—16. Pregunta de los Fariseos sobre el divorcio.—17. Milagrosa potestad de la doctrina de Jesus.—18. Jesus y los niños.—19. Un jóven noble y rico á los pies de Jesus.—20. Los tres consejos evangélicos.—21. La pregunta ambiciosa de los hijos de Zebedeo y de su madre.—22. Interrogacion de los Fariseos relativamente al advenimiento del reino de Dios.—23. Primera interpretacion de la respuesta del Salvador.—24. Segunda interpretacion.—25. La pobre viuda y el mal juez. El Fariseo y el Publicano.—26. Parábola de los viñadores y del padre de familia.—27. Pormenores de costumbres locales.—28. Parábola del rico avariento y del pobre Lázaro.—29. Aplicacion histórica de la parábola.

§ II. RESURRECCION DE LÁZARO.

30. Enfermedad y muerte de Lázaro en Bethania. Mensaje de las dos hermanas á Jesus.—31. Lúgubre comedia inventada por Woolston y reproducida por el racionalismo actual.—32. Imposibilidades materiales.—33. Imposibilidades morales.—34. Llegada de Jesus á Bethania. Las dos hermanas de Lázaro.—35. Los funerales y el luto entre los Judíos.—36. La hipótesis racionalista y las realidades evangélicas.—37. Resurreccion de Lázaro. *Jam/álet*.—38. Monumentos y tradiciones.

§ III. ESCOMUNION.

39. Sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrin contra Jesus.—40. El reino de Jesus.—41. La excomunion entre los Judíos.—42. La ley de purificacion antes de la Pascua.

§ IV. REGRESO Á JERUSALEN.

43. La ciudad inhospitalaria.—44. Jesus predice por tercera vez su muerte y su resurreccion.—45. Zaqueo.—46. Parábola de las diez minas de plata.—47. La parábola y la historia judaica.—48. Aplicacion de la parábola.—49. Bartimeo, el ciego de Jericó.—50. El festin de Bethania. Maria Magdalena y el vaso de alabastro.—51. Pruebas de autenticidad intrínseca.—52. Excomunion de Lázaro por el Sanhedrin.—53. Entrada triunfal de Jesus en Jerusalem.

§ I. VIAJE DE JESUS A LA PEREA.

1. Jesus abandonó la ciudad ingrata; queriendo mostrar á los Apóstoles el camino que debian seguir ellos mismos, y la multitud

de las naciones llamada á ocupar en el reino de Dios, el sitio repudiado por los hijos de Abraham. «Sucedió, pues, dice el Evangelio, que prosiguiendo Jesus su viaje, entró en cierta aldea, donde una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa. Tenia ésta una hermana, llamada María, la cual, sentándose á los pies del Señor, estaba oyendo su palabra. Mientras tanto Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era necesario, por lo cual, se presentó á Jesus, y dijo: Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile, pues, que me ayude.—Pero el Señor le dió esta respuesta: Marta, Marta, tú te afanas y te inquietas distraida en muchas cosas, y á la verdad, una sola cosa es necesaria (que es la salvacion eterna). María ha escogido la mejor parte, de que jamás se verá privada ¹. Puede creerse que la aldea hospitalaria, cuyo nombre no ha inscrito San Lucas, era la de Bethania, á 15 estadios, ó cerca de 2 millas romanas ² de Jerusalem, sobre la vertiente oriental del monte de los Olivos. Atravesábala en todo rigor el camino que conducia de la Ciudad Santa á Jericó. Tal vez habia acompañado María al divino Maestro en el viaje. Recordárase, sobre esto, las palabras del Evangelio que hemos reproducido ya: «Cuando Jesus recorria las ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, acompañado de los doce, seguíanle algunas mujeres que habian sido libradas de los espíritus malignos y curadas de varias enfermedades: María, por sobrenombre Magdalena, de la cual habia echado siete demonios; Juana, mujer de Chusa, mayordomo del rey Herodes; Susana y muchas otras que le servian y proveian á sus necesidades con sus bienes ³.» En esta enumeracion no aparce, pues, Marta; la cual guardaba el hogar doméstico de su hermano Lázaro, por lo que tuvo el honor de abrir su casa al divino Huésped, que se dignó descansar en él un dia. Como quiera que sea, Marta y María representan los dos tipos de la vida nueva que trae el Salvador al mundo. Las almas cristianas podrán escoger entre dos vias, cuyo término y objeto es igualmente la caridad. La accion, es decir, el ministerio exterior del amor de

¹ Luc., X, 39-42. No sabemos por qué dicen unánimes las traducciones francesas del Evangelio: «María eligió la *mejor* parte,» puesto que no se halla el comparativo ni en el texto griego: *Μαρία δὲ τὴν ἀγαθὴν μερίδα ἐκλεξάτο*; ni en el latín de la Vulgata: *María optimam partem elegit*.

² La milla romana equivalia á 1491 m. 75 cent.

³ Luc., VIII, 1-3. Cf. capit. VI, de esta *Historia*, núm. 34.

Dios y del prójimo, con sus trabajos, sus fatigas, su adhesión sin medida y sin límites: la contemplación, es decir, la elevación de una alma humana aproximándose cada día más al foco divino del amor, haciéndose en cierto modo la mediadora de los torrentes de gracia que rebosan del corazón de Jesús, y colocándose entre el mundo divino y el mundo terrestre, como el ideal de la más elevada perfección del uno, y el más poderoso intercesor cerca del otro. El silencio de María Magdalena, sentada á los pies de Jesús, se parece algún tanto al silencio de María, Madre de Jesús, «que conservaba, meditándolas en su corazón, todas las palabras de su Hijo.» ¡Qué impulso no han hecho tomar á las almas estos nobles ejemplos, en el espacio de diez y nueve siglos! ¡Qué divina profecía en la respuesta del Salvador! «¡Marta, Marta! ¡tú te afanas é inquietas distraída en muchas cosas, y á la verdad una sola es necesaria! ¡María ha escogido la mejor suerte de que jamás se verá privada!» ¡Cuántas tentativas, no obstante, para arrancar á María y á las almas que se le asemejan, á la contemplación de Jesús; á la meditación solitaria de la verdad; al retiro de los claustros; á la vida silenciosa de un amor sin partición, y de una oración que no cesa de día ni de noche! ¡Cosa extraña! Los siglos y los países que necesitan socorros de arriba, son los que menos comprenden la necesidad de semejante intercesión para con Dios. La manifestación exterior, el movimiento activo y visible de la caridad cristiana conservan sus atractivos, aun en las épocas más turbadas; pero la noción de la caridad en su forma excelente, la actitud de Moisés orando sobre la montaña durante el combate, ó de María Magdalena sentada á los pies del Salvador, el sacrificio de la individualidad en su potestad más elevada, la continuación por las almas privilegiadas de la inmolación del Gólgota, no son comprendidas por la multitud. ¡Como si la obra de nuestra redención hubiese sido completa por las obras de misericordia exterior del divino Maestro! ¡Como si en la agonía de la cruz no hubiera conquistado Jesús más almas que dando vista á los ciegos ó salud á los enfermos! La debilidad de nuestras concepciones humanas ó las mudanzas de la opinión, no más que la violencia de las pasiones desencadenadas ó los deseos de los instintos ávidos, en nada cambiarán la divina constitución dada por Jesucristo á su reino. En la hora presente la acción y la contemplación, Marta y María, se hallan aun, la una sentada y la otra afanada y

laboriosa, alrededor del divino Maestro. Son hermanas y en la union del amor, trabajan y ruegan por la salvacion del mundo.

2. «Enseñando Jesus un dia de sábado en la sinagoga, continúa el Evangelio, hé aquí que vino allí una mujer que hacia diez y ocho años padecia una enfermedad causada por un espíritu maligno, y andaba encorvada sin poder mirar poco ni mucho hácia arriba. Como la viese Jesus, llamóla á sí, y le dijo: Mujer, libre quedas de tu enfermedad. Y puso sobre ella las manos, y al instante la mujer se enderezó y daba gracias y alabanzas á Dios.—El jefe de la sinagoga, indignado de que Jesus hiciera en sábado esta curacion, dijo al pueblo: Seis dias hay destinados al trabajo: en esos podeis venir á curaros, y no en dia de sábado.—Mas el Señor, dirigiéndole á él la palabra, dijo: ¡Hipócritas! ¿cada uno de vosotros no desata su buey ó su asno del pesebre, aunque sea sábado, y los lleva á abreviar? Pues, ¿por qué á esta hija de Abraham, á quien tenia atada Satanás diez y ochos años hace, no debia ser permitido desatarla de este lazo en dia de sábado?—A estas palabras, quedaron avergonzados todos sus adversarios; y todo el pueblo se regocijaba de las obras gloriosas que él hacia ¹.» La máscara cómica con que afectaba cubrirse el rostro el Fariseo, para revindicar las prerrogativas de la ley sabática, no puede sostenerse un momento ante la superior lógica de Jesus. Encorvada la raza de Abraham durante diez y ocho siglos bajo los terrores de la ley sináitica, exagerados por la ambiciosa tradicion de los Escribas y Doctores, no podia levantar la cabeza, para contemplar en las alturas celestiales, la misericordia del Dios de Moisés y de los Patriarcas. Un judío desataba en dia de sábado, sin escrúpulo alguno, el buey ó el asno del establo, para llevarlo al abrevadero. ¡Y Jesus, enderezando por medio de una simple imposicion de manos á la infeliz mujer encorvada por una enfermedad de diez y ocho años, era culpable de una infraccion irremisible! La penosa operacion de sacar del establo al buey ó al asno, los dos animales que constituian la riqueza de un hebreo, y de llevarlos del cabestro hasta la fuente pública, no constituia un delito contra una ley que hacia elástica el interés sabático. ¡Pero, curar con una palabra ó un gesto, á una hija de Abraham era un crimen! ¡Diez y ocho años de enfermedad padecidos por una

¹ Luc., XIII, 10-17.

mujer no admitian comparacion con una hora de sed, sufrida por un animal irracional! Tal era la locura del rigorismo farisáico. Habia llegado la hora en que la humanidad, encorvada hácia tierra bajo el yugo de Satanás, y no atreviéndose á levantar los ojos al cielo, iba á responder al llamamiento de Jesus: «¡Mujer, libre estás de tu enfermedad!» ¡Cuántas almas perdidas en el fango del vicio se han enderezado á esta palabra suprema! La obra de la salvacion de las almas es por excelencia la obra del sábado. Hé aquí por qué elegia el Redentor con preferencia, para sus milagrosas curaciones, este dia privilegiado. Desde que Dios ha reposado, despues del prodigio de la creacion, parece haberse concentrado su omnipotencia entera en el trabajo de la Redencion. El *Archisynagoga* trastorna toda la economía providencial, diciendo: «Teneis seis dias de la semana en que es permitido trabajar y en que podeis haceros curar!»—Y precisamente el sétimo dia, es el dia de Dios y el de la curacion de las almas. No insistimos mas sobre el sentido mas directo de la exclamacion del jefe de la sinagoga. No obstante, el racionalismo haria bien en meditarla. ¿Cómo, si no hubiera hecho milagros Jesucristo, hubiera podido hacer al pueblo semejante intimacion? Asi, pues, cada palabra del Evangelio supone en la vida del Salvador, una verdadera efusion de prodigios, de los que solo ha referido los principales el escritor sagrado, y los que ofrecian un carácter particular de permanencia en el mundo regenerado por Jesucristo.

3. «Sucedió, continúa el Evangelista, que habiendo entrado Jesus en casa de uno de los principales Fariseos á comer en un dia de sábado, le estaban éstos acechando. Y hé aquí que se puso delante de él un hombre hidrópico. Y Jesus, dirigiéndose á los Doctores de la Ley y á los Fariseos, les preguntó: ¿Es lícito curar en dia de sábado?—Mas ellos callaron. Y Jesus, tomando con la mano al hidrópico, con solo tocarle, le curó y le despachó. Y dirigiéndose despues á ellos, les dijo: ¿Quién de vosotros, si su asno ó su buey cae en algun pozo, no le sacará luego ¹, aunque sea dia de sábado?—Y no sabian qué responder á esto.—Notando entonces que los con-

¹ Abriase para los riegos rurales, pozos cuyo brocal se hallaba á flor de tierra. El accidente á que alude el divino Maestro en muchos pasajes del Evangelio, era, pues, mucho mas frecuente de lo que seria en nuestro clima y segun nuestros hábitos sociales.

vidados iban escogiendo los primeros puestos en la mesa, les propuso esta parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado á algunas bodas, no te pongas en el sitio preferente ó lecho de honor ¹, no sea que haya otro convidado de mas distincion que tú; y viniendo el que á ti y á él os convidó, te diga: Amigo; cede ese lugar á éste, y entonces tengas el sonrojo de verte precisado á ponerte el último: antes bien, cuando fueres convidado, véte á poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba, lo que te granjeará honor en presencia de los demás convidados ². Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.—Dirigiéndose entonces al Fariseo que le habia convidado, le dijo Jesus: Cuando des alguna comida ó cena, no convides á tus amigos ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á los vecinos que son ricos: para que no suceda que te conviden tambien ellos á ti, y esto te sirva de recompensa, de lo que recibieron de ti: sino que cuando tuvieres algun banquete, convida á los pobres, y á los tullidos, y á los cojos, y á los ciegos; y serás afortunado, porque no pueden recompensarte, y asi serás recompensado en la resurreccion de los justos.—Habiendo oido esto uno de los convidados, le dijo: ¡Bienaventurado aquel que tuviere parte en el convite del reino de Dios!—Mas Jesus le respondió: Un hombre dispuso una gran cena y convidó á mucha gente: A la hora de cenar, envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y empezaron

¹ Nos tomamos la libertad de parafrasear asi el *Discumbas* de la Vulgata. Las traducciones francesas callan demasiado el uso del *triclinio*, admitido generalmente en Judea, en la época evangélica. Con semejante sistema, llegan á ser ininteligibles para el vulgo un gran número de hechos; por ejemplo, la escena del acto de derramar el bálsamo perfumado en los pies del Salvador por detrás, sin que apercibiese Jesus á la Magdalena, mientras que el Fariseo que está en frente, sigue todos los movimientos de la ilustre penitente, parece inexplicable al lector habituado á creer que los Judios se sentaban en sus festines del mismo modo que en los nuestros. Se ha prescindido sobrado tiempo, entre nosotros, de esta clase de pormenores. Y verdaderamente no ha contribuido poco esta negligencia al fácil y favorable éxito del Evangelio del racionalismo. Conviene mas que nunca, hacer en los catecismos y en las homilias estas sencillas y familiares esplicaciones del texto Sagrado, bajo el punto de vista de la verdad local. Nuestros padres sabian todo esto; debe, pues, hacerse que lo aprendan nuestros hijos. Por otra parte, el texto original se halla tan esplotado como la Vulgata: *Μη κατακλιθῇς τις την πρωταλισίαν.*

² Alude aqui Nuestro Señor á esta máxima del libro de los Proverbios: *Ne gloriosus appareas coram rege, et in loco magnorum ne steteris. Melius est enim ut dicatur tibi: Ascende huc, quam ut humilieris coram principe.* (Proverb., XXV, 6.)

todos, como de concierto, á escusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y necesito salir á verla; ruégote que me des por escusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlas; ruégote que me tengas por escusado. Otro dijo: acabo de casarme, y así no puedo ir allá.» Habiendo vuelto el criado, refirió todas estas escusas á su señor. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: Sal luego por las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos y cojos hallares.—El criado ejecutó las órdenes de su señor, y volvió á decir á su amo: Señor; he hecho lo que mandaste y aun sobra lugar.—Respondióle el amo: Sal á los caminos y cercados é impele á los que halles á que vengan para que se llene mi casa; pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena ¹.

4. El hidrópico, introducido en la sala del banquete, lo fue verdaderamente por un cálculo de hipocresía farisáica. ¿Qué haría Jesús al ver á este enfermo? ¿Osaría curarle en un día de sábado? Los convidados se guardan bien de solicitar semejante favor para el enfermo. A sus ojos, es el milagro un trabajo que prohibirian al mismo Dios, en virtud del precepto sabático, impuesto por Jehovah. La argumentacion del racionalismo moderno es exactamente idéntica. El Criador ha dado á su obra leyes que los nuevos sofistas pretenden, en adelante y por siempre ser superiores á su voluntad creadora. De suerte que la esencia divina, al crear el mundo, hubiera producido una obra superior al artifice, un resultado mas poderoso que la causa, un efecto mayor que el principio. La inanidad de este paralogismo en el orden puramente natural en que se colocan los racionalistas, no es menos evidente que en el orden de la revelacion mosaica, en que se acantonaban los Fariseos. Como quiera que sea, el divino Maestro parece salir al encuentro de las objeciones de sus enemigos. «¿Es permitido curar en día de sábado?» Esta cuestion clara y terminante habia sido resuelta anteriormente por los doctores de la Ley, en el sentido negativo mas absoluto. Sin embargo, ninguno de los convidados se atreve en esta circunstancia á formular semejante respuesta. A la vista de un enfermo á quien puede volver la salud una sola palabra que salga de los labios de Jesús,

¹ Luc., XIV, 1-24.

nadie quiere echar sobre sí la responsabilidad de tan cruel prohibicion, asi, que todos se abisman en el silencio. Verdaderamente que si no hubiera hecho jamás milagros Jesucristo, hubiera sido muy distinta la actitud de los Fariseos. ¡Cuan unánimemente hubieran desafiado al Salvador á obrar la curacion mas sencilla, el menor prodigio, no tan solo en dia de sábadó, sino en cualquiera otro dia de la semana ó del año! El silencio de los Fariseos en aquel momento, y su sistema habitual de ataque, concentrado en la interpretacion rigorista de la ley sabática, son otras tantas pruebas perentorias que establecen la notoriedad universal de los milagros verificados por Jesus. De otra suerte, hubieran espresado sus labios una negacion, con invencible seguridad. No, hubieran dicho á un impostor vulgar, ¡tú no haces milagros! Jamás has hecho ni uno solo. ¡Cura, pues, á este hidrópico que está ahí á tu vista! Tal hubiera sido necesariamente la disposicion de los espíritus en la hipótesis racionalista. Asi pues, lo sobrenatural forma el fondo del Evangelio. «Ha salvado á otros y no puede salvarse á sí mismo, esclamaban los Judíos en el Gólgota ¹.»

5. No solamente se muestra taumaturgo el Salvador en el episodio del banquete en casa del Fariseo, si no que viene á curar á la humanidad de enfermedades mas inveteradas y mas peligrosas que las del cuerpo. Las enfermedades morales de que es el mundo presa, requieren un médico supremo. El orgullo farisáico, disputándose los primeros sitios de preferencia en un banquete, es una de las manifestaciones mas espontáneas de este espíritu de limitado individualismo y de odioso egoismo que dominaba entonces al mundo. Se lee en el Talmud, que un dia el príncipe asmoneo, Alejandro Jannée, dando un festin en su palacio de Jerusalem á los embajadores persas, el rabino Simeon Ben-Shetah, que era del número de los convidados, fué á tomar sitio entre el rey y la reina. Este acto presuntuoso escitó un movimiento de sorpresa, y el rabino se justificó con una palabra todavía mas orgullosa: «Está escrito, dijo: Ensalza la sabiduría y ella te ensalzará y ceñirá tus sienes con esclarecida diadema ².» La nacionalidad judía entera reivindicaba de las razas extranjeras la superioridad que se arrogaban estos doctores sobre los Hebreos. El banquete de la vida, á que ha-

¹ Matth., XXVII, 42.—² Proverb., IV, 8, 9.

bia convidado el Padre de familias celestial á la humanidad, era pues invadido por esos hambrientos de la gloria y de las vanidades terrestres. Tal es el sentido profundo de la parábola evangélica. La humildad, virtud desconocida del mundo antiguo, va á ser la base de las sociedades cristianas, pues un hombre humilde, antes de Jesucristo, hubicra pasado por un cobarde. El Verbo encarnado echa por tierra con una palabra el aparato de cuarenta siglos de orgullo satánico. «Quien se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.» Esta palabra ha tomado en la actualidad de tal manera posesion del mundo moral, que el orgullo humano se ve obligado á disimularse, con tanto cuidado como el que tenia entonces para ostentar sus pretensiones, y que los ambiciosos mas furibundos se ven obligados á hacerse los hipócritas de la humildad.

6. A pesar de la decadencia del verdadero espíritu de la ley mosaica, en el seno del pueblo hebreo, conservaba aun la civilizacion judía preciosos vestigios de su divino origen. Asi, era uso en casi todos los festines suntuosos, tener una mesa para los pobres. Cuando Judas Iscariote se queja de la profusion con que derramaba María Magdalena á los pies del divino Maestro un perfume precioso, tiene cuidado de añadir, que hubiera sido mejor empleado este dinero improductivo en socorrer á los pobres. Las tradiciones de hospitalidad que ascendian hasta los patriarcas, habian sobrevivido á todas las revoluciones. Tobías, cautivo en las riberas de Babilonia, llamaba á su mesa á sus hermanos indigentes. Tal vez el hidrópico que acababa de curar Jesus era uno de los convidados pobres admitidos aquel dia en casa del Fariseo. En Judea eran casi los dos únicos medios de existencia los trabajos de la arquitectura y de la vida pastoril, por lo que reducía infaliblemente á la indigencia una enfermedad crónica á la clase media. Hé aquí por qué se encuentra tan frecuentemente en el Evangelio esta enumeracion, «de pobres, tullidos, cojos y ciegos.» El divino Maestro toma de las costumbres y de los usos nacionales dos admirables parábolas. En la una resuelve, con el principio nuevo de la caridad, la cuestion del pauperismo, este problema que ha desconcertado á todos los legisladores humanos, y que en el dia conmueve las sociedades incrédulas. Sin comprometer el derecho imprescriptible é inviolable de la propiedad, abre á la indigencia tesoros inagotables. «¡Afortunados sereis por haber dado á quien no puede compensaros, porque se encargará el mismo Dios

de su deuda, y os recompensará en la resurreccion de los justos! Tal es el contrato que propone Jesucristo á la avidez, á la avaricia, á la riqueza egoista y sin entrañas. Empeño esencialmente voluntario, cuyo registro no se verificará en este mundo, cuyo juez será solo Dios, cuya penalidad se remite á mas allá de los límites de esta vida. Pero ¿quién era pues este legislador para estipular asi, con condiciones que esceden al poder humano? El racionalismo moderno obraria con prudencia estudiando atentamente esta palabra evangélica. Jesucristo asume la responsabilidad de pagar centuplicadas todas las deudas de reconocimiento, contraídas por el pauperismo insolvente. Y esta promesa ha cambiado la faz del mundo. Si hay en nuestros dias un fenómeno que atraiga todas las miradas, es seguramente el de la caridad cristiana, libre, espontánea, perseverante, multiplicando la adhesion en proporcion de la miseria, sosteniendo los sacrificios al nivel de los padecimientos, y honrándose en socorrer, en la persona de los pobres, á los representantes de que se ha constituido fiador el mismo Jesucristo. Ciertamente que para ejercer semejante influencia, para dominar de esta suerte el interés, y acrecentar la caridad en una tierra que habia secado y esterilizado la sed del oro, era preciso ser mas que un sabio, mas que un filósofo, mas que un genio; era preciso ser Dios. Asi, en la segunda parábola, ofrece Jesus como modelo y tipo supremo de la caridad humana, la caridad del mismo Dios. Dios es el verdadero Padre de familias que prepara desde el umbral del Eden, el banquete á que convida á todas las naciones. Desde luego fue convidado el pueblo judío; pero cuando llegó la hora, desdeñó tal honor este convidado privilegiado, absorto por el amor del lucro, las preocupaciones de la codicia y los goces sensuales. Entonces saldrán los predicadores del Evangelio del recinto del judaismo, y salvarán la muralla de separacion levantada por los Escribas, recorrerán el universo, é implearán á las almas á venir á sentarse en el banquete divino. «Impeledles á entrar,» dice el Padre de familias, *compelle intrare*. Suave y benéfica violencia, pero eficaz y enérgica, de que dirá mas adelante San Pablo: «Nuestra predicacion del Evangelio entre vosotros, no fue solamente la obra de la palabra, si no la del poder, en el Espíritu Santo, y en la plenitud de una fuerza invencible ¹.

¹ 1 Thessalon, I, 5.

7. «Jesus, dice el Evangelista, recorría las ciudades y aldeas enseñando á la muchedumbre. Y uno le preguntó: Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan? Y él en respuesta dijo á los oyentes: Esforzaos á entrar por la puerta angosta, porque os aseguro que muchos buscarán cómo entrar y no podrán. Y despues que el Padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, empezareis, estando fuera, á llamar á la puerta, diciendo: Señor, ábrenos; y él os responderá: No os conozco, ni sé de dónde sois. Entonces alegareis á favor vuestro: Nosotros hemos comido y bebido contigo, y tú predicaste en nuestras plazas. Y él os repetirá: No os conozco ni sé de dónde sois: apartaos lejos de mí, todos vosotros, artífices de iniquidad. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veais á Abraham y á Isaac y á Jacob, y á todos los profetas, en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán tambien gentes del Oriente y del Occidente, del Norte y del Mediodia, y se pondrán á la mesa en el convite del reino de Dios. Y ved aquí que los que son (ahora) los últimos, serán (entonces) los primeros, y los que son primeros, serán (entonces) los últimos¹.» ¡Sentencia terrible pronunciada contra la obstinacion judía! Su realizacion, visible desde este mundo, es uno de los hechos mejor consignados de la historia. Cada página del Evangelio es así, ó un milagro de profecía ó un milagro de poder, ó un milagro de revelacion divina.

8. «Sucedió que yendo con Jesus gran multitud de gentes, se volvió hácia ellas, y les dijo: Si alguno viene á mí, y me prefiere² á su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos, sus

¹ Luc., XIII, 22-30.

² La espresion griega *μισω*, traducida literalmente por el verbo *odierit* de la Vulgata, significa odiar. Así, todas las traducciones francesas se espresan de esta suerte: «Si alguno viene á mí, y no odia á su padre y á su madre, á su mujer y sus hijos, sus hermanos y hermanas y hasta su misma alma, no puede ser mi discípulo.» La fidelidad literal de esta version es de suma inexactitud en cuanto al sentido. Así es que todos los intérpretes cuidan de indicarlo en la nota que acostumbra agregar á este pasaje. Y es que en efecto, en el estilo hebraico, la espresion que corresponde á nuestra palabra de odio, no tiene el sentido absoluto que en nuestro idioma. Como dice perfectamente el abate Glair, *odiar* significa con suma frecuencia en el idioma biblico, *amar menos*. En este sentido se lee en la Escritura: *Jacob dilexi, Esau autem odio habui* (Malaquía, 1, 2, 3. Rom. IX, 13). Los salmos nos ofrecen numerosos ejemplos de esta locucion, familiar al genio de la lengua judía. Si pudiera caber alguna duda sobre este punto en algunos entendimientos siempre dispuestos á creer que los comentadores inventan sistemas de interpretacion segun lo requiere su causa, bastaria volver á leer en

hermanas, y aun á su misma vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva acuestas su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. Por qué ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, en su viña¹, no echa primero despacio sus cuentas para ver si tiene el caudal necesario con qué acabarla, no sea que despues de haber echado los cimientos, y no pudiendo concluirla, todos los que lo vean, comiencen á burlarse de él, diciendo: ¡Ved ahí un hombre que comenzó á edificar y no pudo acabar! ¿O cuál es el rey que habiendo de hacer guerra contra otro rey, no considera primero despacio, si podrá con diez mil hombres hacer frente al que viene contra él con veinte mil? ¿Y si no puede, le envia embajadores cuando aun está lejos, pidiéndole la paz? Asi, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. La sal es buena, mas si la sal se desvirtúa ó hace insípida ¿con qué será sa-

el Evangelio de San Mateo la misma palabra de Nuestro Señor, traducida de esta suerte: «El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí.» (Math. X, 37. Cf. en esta *Historia*: cap. VI, núm. 18). Es, pues, imposible la equivocacion para quien tiene la menor nocion del estilo hebraico y del texto concordado de los Evangelios. Esto no impide á un literato racionalista escribir. «Las exigencias de Jesus no tenían limites; despreciando los sanos limites de la naturaleza del hombre, queria que solo se existiera para él, que solo á él se le amase. Si alguno viene á mí, decia, y no aborrece á su padre, á su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos, sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. Diríase que en estos momentos de guerra contra las necesidades mas legítimas del corazon, habia olvidado el placer de vivir, de amar, de ver y de sentir.» *Vida de Jesus*, pág. 312, 313.

¹ Luc., XIV, 25 ad ultimum. Los Judíos levantaban torres en sus viñas para defenderlas contra el enemigo. El suelo, naturalmente pedregoso, de las colinas de Palestina, suministraba materiales abundantes, por lo que sobre todo la mano de obra hacia costosas esta clase de construcciones. Para formarse una idea exacta de la explotacion vitícola, tal como se practicaba entre los Judíos, conviene referirse á la parábola de la viña por el profeta Isaías: «Cantaré á mi bien amado, dice, el cántico de mi pariente, sobre su viña predilecta. Mi muy amado plantó su viña en la vertiente de un collado muy fértil, á la sombra protectora de un plantío de olivos. Cercóla de setos y desembarazó el suelo de las piedras que la secaban y la plantó de cepas escogidas; y edificó en medio de ella una torre para defenderla, y construyó en ella un lagar para esprimir su dulce licor. Y esperó á que diese racimos ópimos, y solo dió uvas silvestres. Ahora, pues, habitantes de Jerusalem, y vosotros ¡oh varones de Judá, sed jueces entre mí y mi viña! ¿Qué es lo que debí hacer y que no haya hecho por mi viña? ¿Podia acaso esperar, que en lugar de fragantes racimos, diera uvas agraças? Pues ahora os diré claramente lo que voy á hacer con mi viña: arrancaré la cerea que la protege y vendrán los pasajeros á talarla; derribaré la torre que la defiende, y será hollada. Y la dejaré que se convierta en un erial, y no podará sus cepas en la primavera mano alguna, ni cavará su árida tierra, y crecerán en ella zarzales y abrojos, y mandaré á las nubes que pasen por encima de ella sin derramar su lluvia bienhechora.» (Isaí., V, 1-6. Cf. *Hist. Gener. de la Igles.*, tom. III, pág. 10.) Tal es la clase de construcciones de uso universal entre los Judíos, á que alude Nuestro Señor, en este pasaje del Evangelio.

zonada? Nada vale, ni para la tierra, ni para servir de abono; así es, que se arroja fuera, como inútil. ¡Quién tiene oídos para escuchar, atienda (bien á esto)!»

9. Tales son las rigurosas condiciones del apostolado, formuladas por el Salvador, y que escitan la indignacion de los racionalistas. «Entonces habia en las palabras de Jesus, dicen ellos, algo mas que humano y extraño; parecia como un fuego que devoraba la vida en su raiz, reduciéndolo todo á un horrible desierto. El áspero y triste sentimiento de disgusto hácia el mundo, de violenta abnegacion que caracteriza la perfeccion cristiana, tuvo por fundador, no al sutil y festivo moralista de los primeros dias, sino al gigante sombrío, á quien arrojaba mas y mas fuera de la humanidad una especie de presentimiento grandioso ¹.» La distincion indicada por la crítica entre la doctrina de los primeros dias del ministerio de Jesucristo y la de los últimos, es aquí tan marcada, que tenemos el deber de censurarla con energía. No existe tal distincion, y es verdaderamente preciso haber especulado con la ligereza de nuestro siglo para afirmarlo así. Desde el año segundo de su predicacion pública, desde el momento en que agrupó Nuestro Señor en torno de su divina persona el colegio de los doce apóstoles, les dijo: «Quien ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí, y quien ama á su hijo ó á su hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí ².» Así hablaba el Salvador, en la montaña de Galilea, á los Apóstoles reunidos para recibir la investidura del ministerio evangélico. ¿Hay en esta enseñanza sombra siquiera de la menor diferencia respecto del lenguaje del divino Maestro, en los últimos meses de su predicacion? ¿Qué significa, pues, la sacrilega antítesis entre «el sutil y festivo moralista de los primeros dias y el gigante sombrío de los últimos?» ¿En qué se funda? Porque en fin, si no es permitido, ni á un novelista, disfamar sin pruebas una memoria que ha dejado representantes y vengadores en la tierra, ¿qué diremos de la temeraria pretension de un historiador que sustituye su calumniadora fantasía á los mas terminantes textos, y prodiga gratuitamente injurias á un nombre ante el cual doblan la rodilla trescientos millones de hombres? ¡Retóricos! ¿No compren-

¹ *Vida de Jesus*, pág. 312.—² Math., X, 37. Cf. cap. IV de esta *Historia*, núm. 19.

deis que haya impuesto Jesus sus condiciones á los apóstoles encargados de edificar la torre inmortal de la Iglesia, que ni vuestros antepasados, ni vuestros sucesores en la interminable genealogía del sofisma, han conseguido ni conseguirán derribar nunca? ¿No comprendéis que haya definido claramente Jesus el carácter de la lucha que iba á empeñarse, en la hora solemne en que sus soldados, sin otras armas que las de su fe, sin otro poder que el de la Iglesia santa, trabaran contra el Príncipe del mundo una guerra en que se comprara cada victoria con el martirio? Es verdad, que tales provisiones esceden los alcances de un genio humano. Para echar una mirada tan penetrante sobre el porvenir, era necesario ser Dios. Pero habla un Dios y toma en su mano como Dios las conciencias y los corazones. Todos los afectos legítimos, aun el que se halla mas arraigado y que es mas indestructible en el ser humano, el amor de la propia vida, deben subordinarse por el discípulo de Jesucristo al amor divino, centro nuevo de las almas, foco sobrenatural de toda existencia. Concebir el pensamiento de semejante dislocación del polo moral de la humanidad, escede ya los alcances de una inteligencia humana; realizarlo, como hizo Jesucristo, es una obra eminentemente divina. Diez y ocho siglos hace que mueren generaciones enteras por Jesus, y le sacrifican todos los intereses, todos los afectos, todos los goces terrestres, todos, sin restriccion. Y es necesario que asi sea. Esta vida se sostiene y se renueva sin cesar en el mundo á despecho de las pasiones, de los sofismas y de los odios conjurados. El amor de Jesucristo es el único divino que impide la corrupcion general de la tierra. «Quien tiene oídos para oír que entienda.»

10. «Solian los publicanos y pecadores acercarse á Jesus para oírle. Y los Fariseos y Escribas murmuraban de esto, diciendo: Mirad como se familiariza con los pecadores y come con ellos. Entonces les propuso esta parábola: ¿Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa, y no vaya en busca de la que se perdió hasta encontrarla? Y en hallándola, se la pone sobre sus hombros muy gustoso, y llegando á casa, convoca á sus amigos y vecinos, diciéndoles: Regoeijaos conmigo, porque he hallado la oveja mia, que se me habia perdido. De este modo os digo, que habrá en el cielo mayor júbilo por un pecador que se arrepintiese, que por noventa y

nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. O ¿qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una, no enciende la luz y barre bien la casa, y lo registra todo, hasta dar con ella? Y en hallándola, convoca á sus amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo, que ya he hallado la dracma que habia perdido. Tal será el gozo que habrá entre los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia ¹.

Los Fariseos, verdaderos puritanos del Judaismo, afectaban huir del contacto de los publicanos, estos agentes del fisco de Roma, á quienes ponian los deberes de su religion en relaciones diarias con los Gentiles. Bajo el pretesto de un respeto escrupuloso por las menores observancias relativas á las impurezas legales, se ocultaba en realidad un cálculo de ambicion política, fácil de discernir. La dominacion extranjera ajaba profundamente el instinto nacional. Los Fariseos se aseguraban, pues, el favor de la propiedad, rehusando comunicar con los agentes de un poder odioso. Por otra parte, coloreando su falta de comunicacion con un motivo religioso, desarmaban á los gobiernos romanos. Sabido es, en efecto, que el principio de la dominacion universal, aplicado por la Roma antigua, dejaba entera libertad á los vencidos para conservar su religion, sus leyes y hasta su administracion interior. Esta ancha política tan opuesta al sistema estrecho ó limitado de los conquistadores modernos, fue precisamente la que hizo posible, en dilatados siglos, la concentracion del mundo bajo una sola mano. Como quiera que sea, los Fariseos podian, sin ser inquietados por los gobiernos romanos, negarse á dar la mano á un agente del fisco, y escluirle de su mesa. Con tal que se pagara el impuesto, se mostraba Roma tolerante. Pero cuando trataba Jesus públicamente con una caridad divina á estos escomulgados del rigorismo farisaico; cuando se veia rodeado de pecadores, es decir, de una multitud de gentes que no se cuidaban absolutamente de las abluciones de la muñeca ó de la mano, ni de otras tradiciones impuestas por los Doctores y los Escribas, debian redoblar contra él los murmullos y el odio de los ambiciosos sectarios. El Verbo encarnado que descendió á la tierra en busca de las ovejas descarriadas de la humanidad, nos dice el precio de una alma. El mismo se representa bajo la figura del Buen Pastor, que

¹ Luc., XV, 1-10. En el cap. VII, núm. 36, se ha dado la valuacion en moneda actual, de la dracma.

carga en sus hombros la oveja perdida ó descarriada para volverla al redil. Como si no bastara aun esta conmovedora imágen para pintar la sed de almas de que se halla devorado, emplea otra alegoría no menos significativa. Una pobre judía tenía diez dracmas, fruto del trabajo de toda la familia. Tal vez habia destinado esta suma á pagar el tributo anual. Mas se le pierde una moneda ¿cómo satisfacer las exigencias del fisco? ¡Mañana será invadida su humilde casa por los soldados! La mujer consternada barre todos los rincones de su morada, hasta que vuelve á encontrar la dracma perdida, causándole este hallazgo un regocijo igual á su ansiedad anterior. Pues bien; el alma extraviada representa el precio de los trabajos, de los padecimientos y de la muerte del Hombre-Dios. «¡Así, os digo, que será el gozo de los ángeles del cielo por un pecador que haga penitencia!»

11. «Jesus añadió tambien. Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el mas mozo dijo á su padre: Padre, dame la parte de la herencia que debe tocarme; y el padre repartió entre los dos la hacienda. Y pocos dias despues, habiendo reunido el hijo mas jóven todo cuanto poseia, partió para un pais extranjero y remoto, y allí dispó toda su hacienda, viviendo disolutamente. Y despues que lo consumió todo, sobrevino una gran hambre en aquel pais, y comenzó á padecer necesidad. De resultas, púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar puercos. Allí deseaba llenar su estómago de las garrobas¹ que

¹ La palabra griega *Kaparía* reproduce con suma exactitud la espresion siríaca *Carruba*, que es verdaderamente la del Evangelio. Así, pues, la restablecemos en nuestra traduccion. El sentido vago é indefinido del *Siliqua* de la Vulgata se presta en nuestra lengua, á interpretaciones que quitan al texto uno de sus caracteres de verdad local. «Los que creen, dice el padre Pezron que los *sílicos* eran fundas de legumbres, como guisantes y habas, se equivocan, pues eran las cáscaras ó vainas de un árbol llamado algarrobo ó garrofo, con que se alimentaba á los puercos en Jonia y en Siria. La version siríaca del Evangelio trae en efecto la palabra *Carruba*, traducida fielmente en griego por *Kaparía*.» El *garrobo* (*ceratonia siliqua*) dicen los botánicos modernos, es un árbol de hoja persistente, de la familia de las Leguminosas, tribu de las Cespalinias. Crece en Oriente y en el Mediodía de Europa, sobre todo en las cercanías del Mediterráneo. Su elevacion es de ocho á diez metros. Y su aspecto ofrece alguna analogia con el de nuestros manzanos. Sus hojas coriáceas ó correosas y lucentes son de un verde azulado; las flores, dispuestas en forma de racimos, son de un color purpúreo oscuro; el fruto es una funda ó vaina larga de mas de veinte centímetros, que encierra una pulpa rojiza y azucarada, de que se estrae en la actualidad bastante buen aguardiente, y un jarabe astringente. En España y en Italia sirve esta pulpa, todavía verde, para mantener á las bestias de carga y demás ganados, á quienes nutre rápidamente.

comian los puercos, y nadie se las daba. Y volviendo en sí y recapacitando en su interior, dijo: ¿Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí pereciendo de hambre? Me levantaré é iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra tí. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros. Con esta resolucion se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía lejos, avistóle su padre, y enterneciéronsele las entrañas, y corriendo á su encuentro, le echó los brazos al cuello, y le dió mil besos. Y díjole el hijo: Padre, yo he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre, por respuesta, dijo á sus criados: Presto, traed aquí el vestido de honor que llevaba en otro tiempo, y revestídsle. Ponedle un anillo en el dedo y calzadle las sandalias. Id á la dehesa y traed un ternero cebado, matadle y comamos y celebremos un banquete; pues que éste mi hijo estaba muerto y ha resucitado; habíase perdido y ha sido hallado. Y con eso dieron principio al banquete. Hallábase á la sazón el hijo mayor en el campo, y á la vuelta, estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile, y llamó á uno de los criados, y preguntóle qué venia á ser aquello; el cual le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, por haberlo recobrado en buena salud y regocijarse de su feliz regreso. Al oír esto el hijo mayor, indignóse, y no queria entrar. Salió, pues, su padre afuera, y empezó á instarle con ruegos; pero él le replicó, diciendo: Es bueno que tantos años há que te sirvo, sin haberte desobedecido en cosa alguna que me hayas mandado, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos; y ¿ahora que ha venido este hijo tuyo, el cual ha consumido su hacienda en la disolucion, luego has hecho matar para él un becerro cebado?—Hijo mio, respondió el padre, tú siempre estás conmigo, y todos los bienes míos son tuyos; mas era muy justo tener un banquete y regocijarnos, por cuanto éste tu hermano habia muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido encontrado¹.

(A esta nota de M. Darras debemos añadir, que en la version Siriaca, segun dice el padre Amat, se lee *kerubæ*, esto es, garrobas. La partícula *al* se añadiría por los árabes.)—(N. del T.)

¹ Luc., XV, ad ultimum.

12. Esta vez se revela la misericordia de Dios á favor del alma pecadora, bajo los rasgos del amor paternal. Los hijos mayores del judaismo, los orgullosos Fariseos se indignan de ver á los publicanos y prevaricadores llegar á ser objeto de las complacencias de Jesus. Rehusan, como el hermano mayor de la parábola seguir al Verbo encarnado, y entrar con él en la casa del festin, abierta al Hijo Pródigo. ¡Qué lenguaje el del Salvador! El Dios del Sinaí, cuya palabra temian oir los hijos de Israel y contemplar su magestad, es un Padre que sufre, sin quejarse, la ingratitud y el abandono de sus hijos. Les ve alejarse de su ternura, abandonar el hogar donde los reanimaba en su corazon, la mesa en que les alimentaba con su pan. No profiere su boca una amenaza: parte con ellos los tesoros de sabiduría, de verdad y de ciencia divina, que estos insensatos, ricos con sus dones, y que no poseen otros tesoros que los que reciben de su munificencia, van á disipar en las regiones extranjeras del vicio y de la mentira. El Padre los ve, padece y calla. Sin embargo, reina una hambre eterna en estas desoladas regiones en que consumen estos pródigos en locos excesos las riquezas de la inteligencia y del corazon. Semejantes á aquellos animales inmundos, cuyas manadas cubrian las colinas de los Gerasenos ¹, y que eran cebados con los algarrobos de las orillas del lago de Tiberiades, para los mercados de la Fenicia y del alto Oriente, son insaciables sus pasiones, abriendo en las almas abismos de voracidad sin fondo. Un dia, disputando los hambrientos pródigos su pasto á los puercos, pensaron en los goces sin mezcla alguna del hogar paterno, en las delicias del banquete divino. No les resta de su antiguo esplendor, de su felicidad perdida, mas que un amargo recuerdo. La túnica de inocencia ha quedado á girones en las espinas del camino. El anillo de la santa y noble alianza con el cielo, ha desaparecido hace largo tiempo. Sus pies destrozados, ensangrentados en todas las piedras del camino, ya no son protegidos por el calzado que preparaba la ternura maternal por sí misma. La desnudez del pródigo, tal como lo pinta la Parábola, era en la época evangélica, cual la de los esclavos. El esclavo no llevaba sandalias, sino que andaba con los pies desnudos. La túnica flotante, «este primer vestido» de que habla el Evangelio, se hallaba reservada esclusivamente para los hombres

¹ Cf. Cap. VII de esta *Historia*, § 1.

libres. El esclavo llevaba una túnica estrecha y corta, ajustada á la cintura con un ceñidor. Finalmente, el anillo era señal distintiva de nobleza. Sabido es que todos los caballeros romanos lo llevaban entonces; pero su uso se remontaba en Palestina, hasta la época patriarcal. Cada uno de estos pormenores, en perfecta armonía con las costumbres del tiempo, encierra un simbolismo divino. Sin embargo, el esclavo de las pasiones, el pródigo hambriento, vuelve en sí mismo. Levántase en su miseria y desnudez; vuelve á emprender el camino de la patria; y quiere arrojarse á las rodillas de su padre, y decirle llorando: ¡He pecado! Conforme se acerca, se dividen su alma el pensamiento de su ingratitud, la confusion y el temor. ¿Tendrá valor para volver á este padre, á este juez tan cruelmente ofendido? El Padre lo ha previsto. El padre es quien corre á encontrar á este hijo ingrato, quien le estrecha contra su torazon, le presenta á los criados fieles, le hace volver la túnica de honor, y el anillo de la alianza, y el calzado de los hombres libres. El Padre es quien manda el banquete de los regocijos celestiales, donde el pecador arrepentido come el pan de vida, y bebe la sangre de la redencion. Misterio inefable de las ternuras de Dios para el hombre, que escederá por siempre á la medida de todas nuestras iniquidades y de todas nuestras ingratitudes. El amor divino, que descendió del cielo á la tierra, y que vuelve á ascender de la tierra al cielo, hé aquí todo el Evangelio.

13. «Decia tambien Jesus á sus discípulos. Habia un hombre rico que tenia un mayordomo; y este fue acusado delante de él, de que le habia disipado sus bienes. Llamóle, pues, y díjole: ¿Qué es esto que oigo de tí? Dame cuenta de tu administracion, porque ya no quiero que en adelante cuides de mi hacienda. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué hare, pues mi amo me quita la administracion de sus bienes? Yo no soy bueno para cavar; y mendigar, me cuesta vergüenza. Pero ya sé lo que he de hacer, para que, cuando sea removido de mi mayordomía, halle yo personas que me reciban en su casa. Llamando, pues, á los deudores de su amo, uno á uno, dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi amo?—Respondió: Cien *baths* ó barriles de aceite ¹. Díjole el mayordomo.

¹ Conservamos escrupulosamente en nuestra traduccion el término mismo del original griego: *ἑκατὸν βάτους ἑλαιου*. El *Bath*, medida hebráica de líquidos, de un valor que varia de veinte y siete á treinta y ocho litros, segun se dé por base la *metreta* antigua

Toma tu obligacion, sientate, y haz al instante otra de cincuenta.— Dijo despues á otro: ¿Y tú cuánto debes? Respondió. Cien coros¹ ó cargas de trigo. Díjole: Toma tu obligacion y escribe otra de ochenta. Y habiéndolo sabido el amo, alabó á este mayordomo infiel (no por su infidelidad) sino porque hubiese sabido portarse sagazmente, porque los hijos de este siglo (ó amadores del mundo) son en sus negocios mas sagaces que los hijos de la luz. Asi, os digo yo á vosotros: Granjeaos amigos con el Mammon² de la iniquidad (ó con las riquezas injustas, manantial de iniquidad, para que cuando falleciéreis, seais recibidos en las moradas eternas³.)

14. «Algunas veces, dicen nuestros racionalistas, Jesucristo, mas versado en las cosas del cielo que en las de la tierra, enseñaba una economía política sumamente singular. En una estraña parábola, es elogiado un mayordomo por hacerse amigos entre los pobres, á costa de su amo, para que los pobres le introduzcan á su vez en el reino del cielo. Debiendo ser, en efecto, los pobres, los dispensadores de este reino, no recibirán en él mas que á los que á ellos les hayan dado limosna. Asi, pues, un hombre previsor y que piense en el porvenir, debe tratar de ganárselos⁴.» Lo único «estra-

ó la medida siriaca, era de un uso universal entre los Judíos. En nuestro concepto, debe respetarse estos nombres extranjeros aun en las traducciones á la lengua vulgar; pues de otra suerte, un legista que lea el Evangelio en una version de Lemaistre de Sacy, se creará con derecho para afirmar, que no sabia hebreo Jesucristo. Cien *baths* de aceite representaban, ya sea 2,700, ya 3,900 litros.

¹ El *Chomer* (Levit. XXVII, 16), llamado igualmente *Cor* (Ezech. XLV, 11-14), y en el texto original de San Lucas: *ἑξαὶς κόπους οἶνον*, era la medida hebraica de los sólidos. Valia diez *baths*, ó sea aproximadamente 27 decálitros, tomando la capacidad del *bath* sobre el pie de 27 litros, ó 38 decálitros, dando al *bath* el valor de 38 litros. Cien *cori* de trigo representaban de esta suerte, en la primera hipótesis, 270 hectólitros, y en la segunda, 390. La enormidad de esta deuda, con relacion á la del primer deudor, da á comprender al punto, por qué el administrador infiel rebaja la obligacion en menor proporcion. Por una parte, el deudor ganaba ya desmesuradamente en ello, y por otra, el dueño, que debia verdaderamente contar con una fuerte suma por parte de este arrendatario, no advertiria tan pronto el déficit, reducido tan solo de ciento á ochenta.

² El término de *Mammon*, conservado en el *Manmona* de la Vulgata, es tambien una expresion enteramente hebraica. *Matmon*, ó por una elision familiar á los idiomas caldeos, *Mammon*, significa «oculto.» Recordárase lo que hemos temido anteriormente ocasion de decir, con motivo del cuidado con que enterraban los Judíos los tesoros, para ponerlos al abrigo de las eventualidades de una invasion ó de las exigencias del fisco.

³ Luc., XVI, 1-10. *Cum defeceritis*, sobreentendido *e vita*; en griego: *ὅταν ἀλειτουργῇς*, sobreentendido *τοῦ βίου*, «á la hora de la muerte.» Hemos conservado la traduccion francesa, porque la expresion «llegar á faltar» conserva aun entre nosotros el sentido de «morir.»

⁴ *Vida de Jesus*, pág. 174.

ño y singular» que hay en esto, es el yerro voluntario de nuestros literatos. ¿Cómo se atreven á trasformar en un plan de economía política, que enseñase *ex profeso* el Salvador, ofreciéndolo como tipo de moralidad cristiana, la conducta de este mayordomo, cuya accion culpable tiene cuidado Jesus de censurar tres veces? Es un mayordomo «infiel» que «ha disipado los bienes confiados á su custodia.» Es un «hijo del siglo,» es decir, segun la fuerza de esta locucion enteramente hebraica, un hombre de iniquidad, de desórdenes y rapiñas, cuya activa pero odiosa sagacidad, se pone en contraposicion con la sencillez de los «hijos de la luz.» El amo no aprueba el injusto procedimiento de este prevaricador, sino que reconoce únicamente su sutil astucia. El sentido de la parábola es, pues, este: Todos nosotros somos los mayordomos y administradores de los bienes que Dios nos ha confiado. Talentos, poderes, riquezas, todo aquello de que disponen los hombres en este mundo, no es mas que una granja arrendada, cuyo propietario pleno es Dios. ¡Cuántos administradores infieles hay en este mundo! ¡Cuán grande es el número de los que disipan los tesoros de inteligencia, de actividad, de virtud, de riquezas propiamente dichas, confiadas á sus manos! ¿El capital social, dado por Dios, no se trasformará con una proporcion espantosa, en un *Mammon* de iniquidad? Y no obstante, acércase la hora en que diga á cada uno de estos depositarios infieles el juez supremo, el propietario divino: «¡Dad cuenta de vuestra administracion!» Y ¿hay uno solo de los administradores de Dios que haya pensado en aplicar, en beneficio de su alma, los cálculos personales del administrador prevaricador del Evangelio, esta industria culpable que roba al amo en beneficio del administrador? Todos «los hijos del siglo,» absortos en un cargo, cuya responsabilidad ignoran, preocupados únicamente de gozar sin cuidado alguno de la cuenta que hay que dar, dejan llegar la última hora, la de la eternidad, que les sorprende en medio de su carrera; y el capital gastado ignominiosamente en la tierra, se pierde á un tiempo mismo, para los intereses de este mundo y para los del cielo. Hé aquí el plan de economía divina que espone Jesucristo á sus discipulos. La «política» de aquí bajo ó del mundo, solo sirve en él como término de comparacion. La culpable habilidad de los «hijos del siglo» sirve de estímulo á la indoleucia de los «hijos de la luz.» El Salvador toma su alegoría en un orden de

hechos que la civilizacion mista de la Judea habia hecho familiares á todos sus oyentes. La infidelidad de los agentes, que empleaban entonces los grandes propietarios romanos para la administracion de sus dominios, era proverbial. El procedimiento del administrador infiel, que se hace despedir de una casa para ser recibido á título de reconocimiento en otra, era público y notorio en aquel tiempo. No hubo, pues, «singularidad ni estrañeza» de parte del divino Maestro, en tomar de aquí esta admirable parábola que revela un conocimiento tan profundo de las «cosas de la tierra,» así como «de las cosas del cielo.» Y para marcar aun mejor la culpabilidad de las malversaciones del ecónomo de que habla Jesus, añade: «Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, tambien lo es en lo mucho. Si no habeis sido pues fieles, respecto del Mammon de la iniquidad (ó en las falsas ó injustas riquezas), ¿quién os fiará las verdaderas? Y si en lo ageno no fuisteis fieles, ¿quién pondrá en vuestras manos lo propio vuestro?» La humanidad en su condicion presente, es una jóven menor de edad bajo la tutela de Dios. La palabra de Jesus dilata los horizontes de la vida futura, y nos revela en el porvenir responsabilidades de honor y de gloria, proporcionadas á la rigurosa fidelidad que hayamos tenido en este mundo. «Hay en la casa de mi Padre, dice en otras partes, muchas habitaciones ¹.» Un dia comprenderemos todo el sentido de esta revelacion, cuyos términos esceden á los alcances de nuestra mortalidad. Entre los millares de globos luminosos que sigue la mirada de la ciencia en los espacios del eter, hay tal vez una escala gerárquica, cada uno de cuyos peldaños está ocupado por inteligencias bienaventuradas. Circunscrito en los estrechos límites de la materia el espíritu del hombre, no hace mas que deletrear el libro de los mundos. El Verbo encarnado nos enseña, que las pruebas de esta vida son el aprendizaje de las grandes responsabilidades de la vida inmortal. Esto es todo lo que podia soportar nuestra limitada inteligencia; porque el peso infinito de gloria que nos espera en los cielos, aplanaria en este momento nuestra debilidad. Ahora nos basta practicar este otro precepto del Salvador: «Nadie puede servir á dos amos, porque ó aborrecerá al uno ó amará al otro: ó se aficionará al primero y no hará caso del segundo: no podeis

¹ Luc. XVI, 10-12.—² Joan., XIV, 2.

servir al mismo tiempo á Dios y á Mammon (ó á las riquezas ¹).»

15. Asi se substituia tambien el desprendimiento evangélico á la vida material y á los goces de este mundo, de que se habian hecho los Fariseos una especie de Paraiso terrenal, á la sombra de la ley mosaica, interpretada por un sensualismo grosero. «Eran avarientos,» continúa el Evangelio, y al oir estas palabras se burlaron de Jesus. Entonces él les dijo: «Vosotros afectais ser justos delante de los hombres, pero Dios conoce el fondo de vuestros corazones; porque sucede á menudo que lo que parece sublime á los ojos humanos, es abominable á los de Dios. La ley y los Profetas han subsistido hasta Juan Bautista; desde entonces acá ya el reino de Dios es anunciado claramente; y todos se hacen fuerza (ó mortifican sus pasiones) para entrar en él. Mas fácil es que el cielo y la tierra perezcan (ó acaben), que el que deje de cumplirse un solo apice de la Ley ².» Imposible es imaginar una afirmacion mas clara y mas exacta del carácter sobrenatural y divino del Evangelio. La ley mosaica fue su preparacion en la serie de las edades; los Profetas anunciaban su advenimiento; Juan Bautista era su precursor. La flor del Antiguo Testamento es el Mesías, el Cristo, que da su perfeccion á la Ley, su cumplimiento á las profecías, su realizacion á las esperanzas del mundo. No se equivocan los Fariseos sobre la trascendencia de esta doctrina, y aceptan claramente todas las consecuencias que van á deducirse de ella. Jesucristo se erige en legislador soberano, y proclama su derecho imprescriptible de completar la ley Mosáica y de trasformarla en un código universal, que será la regla de todas las generaciones humanas. Para consignarlo mejor, y tal vez con la esperanza de suscitar la indignacion popular contra el Salvador, le proponen una cuestion que dividia durante cuarenta años sus escuelas, y á la cual daba el reciente divorcio de Herodes Antipas una peligrosa actualidad. Los discipulos de Schammai pretendian que la autorizacion del divorcio, concedida por Moisés, debia limitarse esclusivamente al caso de adulterio. Los discipulos de Hillel daban á esta facultad una estension general y absoluta. La controversia versaba sobre este texto del Deuteronomio: «Si un hombre tomare una mujer, y despues de haber cohabitado con ella, viniere á ser mal vista de él por algun

Luc., XVI, 13-14. —² Luc., XVI, 14-17.

vicio notable ó falta grave, hará una escritura de repudio y la pondrá en manos de la mujer, y la despedirá de su casa ¹. La Ley no definía la gravedad del vicio ó falta alegada; las dos escuelas interpretaban á su fantasía la cláusula restrictiva, y permanecía siendo imposible la solución del problema. Parecía, pues, perfectamente inspirado el odio de los Fariseos al elegir una cuestión de esta naturaleza. Jesucristo anunciaba su poder de legislador supremo, debiendo en su consecuencia resolver todas las dificultades legales; pero si se pronunciaba en favor de la doctrina rigorista de Schammai, incurria en todas las cóleras oficiales de los partidarios de Herodes Antipas, y perdía, á los ojos de la multitud, el prestigio que le granjeaban su misericordia y su indulgencia, tan elogiadas. Si por el contrario, adoptaba los principios relajados de Hillel, era un corruptor de la moral pública, un ambicioso vulgar, que acariciaba los instintos degradados y perversos del corazón humano, y sacrificaba la verdad, la justicia y la ley á su deseo de popularidad.

16. «Llegáronse, pues, á él los Fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito á un hombre repudiar á su mujer por cualquiera causa? Respondiendo Jesus, les dijo: ¿Qué os mandó Moisés sobre esto? Ellos dijeron: Moisés permitió repudiarla, precediendo escritura legal del repudio ².—Jesus replicó: ¿No habeis leído que aquel que al principio crió al linaje humano, crió un solo hombre y una sola mujer, y que dijo: ¿Dejará el hombre á su padre y á su madre, y unirse há con su mujer, y serán dos en una sola carne? Así, que ya no son dos, sino una sola carne ³. Lo que Dios, pues, ha unido, no lo desuna el hombre.—Pero ¿por qué, replicaron ellos, nos autorizó Moisés para dar á la mujer libelo de repudio y despedirla? Respondió Jesus: A causa de la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar á vuestras mujeres; pero no fue así desde el principio. Así, pues, os declaro, que cualquiera que repudia á su mujer y se casa con otra, comete adulterio ⁴; y comételo tam-

¹ Deuter., XXIV, 1.

² Los Fariseos tienen gran cuidado de eludir la dificultad real, por lo que, suprimen de propósito en su respuesta, la cláusula: *Ob aliquam fœditatem*, inserta en el texto de la ley, y sobre que recaía toda la discusión entre los discípulos de Schammai y los de Hillel. XXIV, 1.

³ Génes. I, 27, II, 24.

⁴ Reproducimos aquí la palabra de Nuestro Señor, tal cual la escribió San Lucas: *Omnis qui dimittit uxorem suam et alteram ducit, mœchatur.* (Luc., XVI, 18), la cual es-

bien, el que se casa con la repudiada por su marido.—Y cuando hubo entrado en casa, volvieron á preguntarle sus discípulos sobre esto mismo. Y él les inculcó: Cualquiera que despidiera á su mujer y se casare con otra, comete adulterio contra la primera, y si la mujer se aparta de su marido y se casa con otro, es adúltera. Los discípulos le dijeron entonces: Si tal es la condicion del hombre con respecto á su mujer, no le tiene cuenta el casarse.—Jesus les respondió: No todos son capaces de esta resolucion sino aquellos á quienes ha sido dado de lo alto. Porque hay eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; hay eunucos que llegaron á serlo

presa claramente el pensamiento del divino Maestro. Un hebraismo que se encuentra en la misma palabra formulada por San Mateo, ha dado lugar á la errónea interpretacion del protestantismo y del cisma griego. Hé aquí el texto de San Mateo: «Cualquiera que despidiere á su mujer, por otra causa que la de adulterio, y se casare con otra, comete adulterio, y el que se casa con una mujer repudiada, comete adulterio.» (Math., XIX, 9.) Los protestantes y los cismáticos griegos, han deducido de esta palabra, entendida en el sentido de las traducciones, y aislada de su contexto, que Jesucristo permitió contraer un nuevo enlace, despues de romperse otro anterior por el adulterio de la mujer. Mas lo único que permite el Salvador en este caso, es despedir á la mujer culpable, pero no casarse con otra, puesto que añade inmediatamente y en términos absolutos. «El que se casa con una mujer repudiada, comete adulterio.» Es, pues, indudable, que la respuesta del Salvador, tal cual la da San Mateo, responde á estos dos pensamientos muy distintos comprendidos en la pregunta de los Fariseos: Jesus declara: 1.º que no es permitida la separacion sino en el solo caso de adulterio; 2.º que la separacion, aun en este caso, no lleva consigo la facultad de contraer otro enlace. Si hubiera tenido otro sentido la respuesta del Salvador, no hubiera chocado en manera alguna á los discípulos; no hubiera provocado de parte suya esta queja que espresan un poco mas adelante. «Si es asi, dicen sencillamente, si es tal la condicion del hombre que se casa con una mujer, ¿no es conveniente casarse!» Jamás hubieran manifestado los discípulos semejante extrañeza, si les hubiera dicho su maestro: «Es permitido casarse con otra mujer despues de la separacion por causa de adulterio.» Esta contestacion hubiera sido exactamente conforme á la doctrina de Schammai, que no extrañaba á nadie, y que se gloriaban de observar todos los hebreos mas fieles. Finalmente, esta respuesta no hubiera alterado en nada la ley mosaica, ni el *libellus repudií*, concedido temporalmente *ad duritiam cordis*. A no querer, pues, disfrazar á capricho el Evangelio, no se puede desconocer la ley de indisolubilidad del lazo conyugal, aun despues de la separacion, impuesta espresamente por Jesucristo. La enseñanza de San Pablo no es mas que un eco fiel de ella. *Præcipio, non ego, sed Dominus, quod si discesserit, manere inuptam.* (I Cor. VI, 11). El concilio de Trento ha resumido, pues, sobre este punto, toda la doctrina del divino Maestro, recogida por la tradicion católica: «Si alguno dijere que la Iglesia yerra cuando ha enseñado y enseña aun, segun la doctrina del Evangelio y de los apóstoles, que el matrimonio no puede disolverse por causa de adulterio, sea anatematizado.» (Concil. Trid. Sess. XXIV, Can. VII.) La Iglesia conserva, pues, la causa de separacion tal como la estableció el Salvador, pero proclama, aun en este caso, la indisolubilidad del lazo conyugal. Las legislaciones humanas que quisieran ir mas allá de este limite, serian siempre defectuosas. La indisolubilidad del matrimonio es la piedra angular de las familias y de las sociedades.

por obra de los hombres, y otros lo son por su propio acto por amor del reino de los cielos. Entiéndalo el que pueda ¹.

17. La respuesta al capcioso interrogatorio de los Fariseos burla todas sus esperanzas y sirve de tema al divino Maestro para establecer las sociedades cristianas en las dos bases del matrimonio indisoluble, al cual es llamado el mayor número, y el celibato religioso, patrimonio de las almas escogidas, á quienes es concedida por los cielos esta vocacion. ¡Cosa estraña! Los filósofos, los sabios, los grandes legisladores necesitan meditaciones solitarias, recogimiento, estudio y silencio para elaborar sus doctrinas, sus teorías ó sus constituciones. El génio humano se preocupa ante todo, de reunir sus ideas y de coordinarlas en una serie lógica, de esponerlas con método, como los anillos estrechamente soldados de una cadena continua. Interrúmpase el trabajo, cámbiese el curso del pensamiento, córtese el hilo delicado que une los detalles al conjunto, y se destruirá toda la obra. Jesus procede de distinto modo, y esto es, si se quiere reflexionar un instante, una prueba palpable de su divinidad. De sus labios brotan las mas sublimes instituciones, como al acaso, de la conversacion ó de la controversia. Los principios en que descansa todo el órden moral, se manifiestan y brillan como por accidente, sin que el Maestro parezca provocar la ocasion de ponerlos en evidencia. Esto consiste en que los hombres solo tienen chispas de verdad que reunen y cobijan con esfuerzo, mientras que Jesus es el foco de toda la verdad; los hombres tienen reflejos de luz, y Jesus es la luz misma que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. ¡La indisolubilidad absoluta del lazo conyugal! ¿Quién pensaba en ella en la época en que vino Nuestro Señor á decretarla con su autoridad suprema? Ignorábala el judaismo; Roma, largo tiempo avezada á la servidumbre, se hubiera sublevado contra el César que se hubiese atrevido á dar semejante ley. Pero los Césares no pensaban casi en esto. El asombro, próximo á la indignacion, que los mismos discípulos no pueden menos de manifestar, nos da la exacta medida de lo que era entonces el mundo. Su lenguaje ha tenido repetidos ecos al través de los siglos. Todas las pasiones han protestado como ellos, y no obstante, hállase hoy la indisolubilidad del lazo conyugal, admitida en dere-

¹ Math., XIX, 3-12. Marc., X, 2-13. Luc., XVI, 18.

cho, sino respetada en hecho por todas las naciones civilizadas. Esto consiste en que no se ha establecido el matrimonio únicamente para el individuo, sino principalmente para la especie, para la conservacion física y moral del género humano. El matrimonio de uno solo con una sola, ha emancipado á la mujer de la esclavitud, á que la condenaban y condenan aun los ignominiosos caprichos de las naciones paganas. Ha constituido y mantiene la familia, el derecho de la infancia, el respeto filial, el honor de la sucesion y del hogar. El sensualismo idólatra desconocia todas estas cosas. El deleite brutal era para él la única ley de la vida. ¿Hubiera creído posible Tiberio, al resplandor de las lámparas perfumadas que iluminaban sus orgías nocturnas en la isla de Caprea, la próxima esplosion de una doctrina que habia de hacer brotar millares de hombres castos, de vírgenes inmaculadas y de esposos fieles? Este milagro del mundo moral se halla por todas partes hoy á nuestra vista. ¿Quién lo ha verificado?

18. «En esta sazon, continúa el Evangelio, presentaron á Jesus unos niños para que pusiera sobre ellos las manos y orase. Los discípulos creyendo que le importunaban, les reñian. Mas Jesus reprobó su conducta, diciendo: Dejad en paz á los niños y no les estorbeis venir á mí; porque de los que se asemejen á ellos es el reino de los cielos. En verdad os digo, que quien no recibiere el Evangelio del reino de Dios como un niño, no entrará en él.—Y habiendo abrazado á estos niños, les impuso las manos y los bendijo ¹.» ¿No acababa de crear, en efecto, por la fecundidad de su palabra divina, una doble paternidad, en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, para estos niños hasta entonces tan desamparados? ¡Cuántas veces al encontrar en medio de nuestras sociedades tan profundamente turbadas por el egoismo de la sensualidad, las humildes vírgenes de Jesucristo, que se constituyen en madres de los que no tienen madres; las modestas maestras de la infancia, que se hacen los padres de toda una generacion de almas jóvenes; cuántas veces no hemos repetido la palabra del divino Maestro: «Dejad venir á mí los niños!» ¡Qué prodigio permanente de sacrificios sin gloria, de trabajos oscuros, de adhesiones desconocidas, verificadas por la influencia del consejo evangélico de la

¹ Math., XIX, 13-15. Marc., X, 13-16. Luc., XVII, 15-17.

virginidad cristiana! Nuestra civilizacion, de que se muestran tan envanecidos nuestros literatos, vive, á despecho del racionalismo, de los beneficios del Evangelio, del pan que le distribuye cada dia el Salvador. Si cerrase Jesus su mano para tantos ingratos que le maldicen, se moriria el mundo de hambre.

19. «Jesus continuó su camino, dice el Evangelio, y hé aquí que acercándosele un hombre jóven, le dijo: Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna? Y Jesus le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Dios solo es el bueno. Por lo demás, si quieres entrar en la vida eterna, guarda sus mandamientos. Díjole él: ¿Qué mandamientos?—Respondió Jesus: No matarás: No cometerás adulterio: No hurtarás: No levantarás falso testimonio: Honra á tu padre y á tu madre; y ama á tu prójimo como á tí mismo.—Señor, replicó el jóven: todos esos los he guardado desde mi mocedad: ¿qué mas me falta?—Al oir Jesus estas palabras, miróle de hito en hito, y mostrando quedar prendado de él, le dijo: Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo: ven despues y sígueme. Habiendo oido el jóven estas palabras, se retiró entristecido, y era que tenia muchas posesiones. Jesus, viéndole tan afligido, se volvió hácia sus discípulos, y les dijo: En verdad os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos.—Los discípulos enmudecidos de admiracion no respondieron, y Jesus añadió: ¡Ay! hijitos míos, ¡cuán difícil cosa es, que los que ponen su confianza en las riquezas, entren en el reino de Dios!—Mas fácil es pasar un cable por el ojo de una aguja, que el entrar un rico semejante en el reino de Dios.—Oyendo esto los discípulos, decian llenos de admiracion: ¿Pues quién podrá salvarse? Pero Jesus, fijando en ellos la vista, les dijo: A los hombres es esto imposible, mas no á Dios; pues para Dios todas las cosas son posibles.—Aquí Pedro, tomando la palabra, le dijo: Por lo que hace á nosotros bien ves que hemos renunciado todas las cosas por seguirte; ¿cuál será, pues, nuestra recompensa?—Jesus le respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en el dia de la regeneracion (ó resurreccion universal), cuando el Hijo del hombre se sienta en el solio de su magestad, vosotros tambien os sentareis sobre doce sillas, y juzgareis á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que habrá dejado casa ó hermanos ó hermanas, ó padre ó esposa,

hijos ó heredades por causa de mi nombre, recibirá cien veces mas por equivalente de casas y hermanos y hermanas, de madres, de hijos y heredades, y en el siglo venidero la vida eterna ¹.»

20. Hé aquí en boca del divino Maestro, el complemento de la institucion de los tres votos de castidad, de pobreza y de obediencia que coronan el edificio de la perfeccion evangélica, y forman la cúpula de las sociedades cristianas. No puede desconocerse el carácter esencialmente libre, voluntario, y especialmente privilegiado de estas tres instituciones que han cambiado la faz del mundo. El celibato eclesiástico y religioso, armado de su adhesion, fuerte con sus propios sacrificios, aparecc en el Evangelio, rodeado de una aureola luminosa. «Hay quienes renuncian al matrimonio, dice Jesus, por el reino de los cielos.» Los Apóstoles lo habian hecho ya, puesto que replica en su nombre Pedro, el jefe del colegio apostólico: «Nosotros lo hemos dejado todo por seguirte.» Y el divino Maestro, en la enumeracion detallada de cada una de las renunciaciones verificadas por su gloria, menciona formalmente esta: «Quien quiera que abandone su mujer, por el Evangelio y por mí.» Hé aquí, pues, el celibato, este voto sublime de castidad, instituido divinamente por el Salvador. No temais que se destruya por este principio la economía del mundo, ó que se vea amenazado el género humano de verse despoblado. «No todos comprenden esta palabra, dice Jesus, sino solamente aquellos á quienes se ha concedido de lo alto este privilegio.» ¿Qué no se ha intentado en nombre de las pasiones rebeladas, de codicias ignominiosas contra semejante institucion? Y sin embargo, se halla en pie: y subsiste á despecho de todos los odios exteriores, y lo que es indudablemente mas milagroso, domina, radiante, las debilidades y la corrupcion nativas de los hombres que la perpetúan. Háse trasmitido hasta nosotros la antorcha divina de la virginidad cristiana, y atravesará los siglos, luz angélica, llevada siempre en vasos de arcilla, y triunfando siempre de las debilidades de la carne y de las luchas contra la naturaleza y el mundo. ¡Explíquenos el racionalismo cómo no ha costado á Jesucristo mas que una sola palabra esta inmensa revolucion moral, cuya perseverancia es un hecho constante y visible! Todo efecto debe ser proporcionado á su causa; y es manifesto que aquí escede el

¹ Math., XIX, 13-30. Marc., X, 16-31. Luc. XVIII, 19-30.

efecto á todo el poder humano. Y no obstante, lo ha producido una sola palabra; por tanto, esta palabra no era la de un hombre. Pero el racionalismo se ha creado para su uso una interpretacion del Evangelio, tan fuera del mismo Evangelio, que debemos insistir sobre cada palabra del texto sagrado, para restablecer su verdadero sentido. Por ejemplo, han escrito nuestros literatos, en estos últimos tiempos, la siguiente afirmacion: «La doctrina de Jesus fue el puro *ebionismo*, es decir, la doctrina de que solo se salvarán los pobres (*ebionim*). Se entrevé sin dificultad que no podia ser duradero este gusto exagerado de pobreza, siendo uno de esos elementos de utopía, que siempre se mezclan en las grandes fundaciones, y que juzga el tiempo. Transportado al vasto centro de la sociedad humana, debia un dia consentir muy fácilmente el cristianismo en poscer á los ricos en su seno ¹.» Tal es la nueva exégesis. Habia, pues, ricos que seguian al Salvador en el curso de sus predicaciones. María Magdalena era rica. Lázaro, el amigo á quien resucitará en breve Jesus, era rico. Juana, mujer de Chusa, mayordomo de Herodes Antipas, era rica; Josef de Arimatea era rico. Y ¿mandó acaso el divino Maestro á Lázaro que vendiera la casa de Bethania y distribuyese su precio entre los pobres? ¿Mandó á Josef de Arimatea que enagenase el sepulcro de sus padres en la falda de la colina del Gólgota, en que debia recibir una hospitalidad de tres dias el cuerpo del Hombre-Dios? ¿Mandó á la Magdalena que vendiera los perfumes que derramó á los pies del Verbo encarnado, para distribuirlos á los pobres? ¿Ordenó á las santas mujeres que subvenian sus propias necesidades, y que compraron cien libras de aromas preciosos para su sepultura, que vendieran sus bienes y que se desprendieran de sus tesoros? ¿Cuál era, pues, la verdadera doctrina del Salvador, respecto de la riqueza? Héla aquí: Un jóven israelita que pertenecia á una familia principal, *princeps*, que poseia cuantiosos bienes, se llegó á él y se postró á sus pies, llamándole: «¡Bien Maestro!» Dobló la rodilla: asi nos lo dice el Evangelio; de manera que el protestantismo seria tentado de acusar á este jóven de idolatria. «¿Qué debo hacer para obtener la vida eterna?» pregunta el adolescente.—«Guarda los mandamientos,» responde el Salvador; y enumera todos los artículos del Decálogo. Hé aquí,

¹ *Vida de Jesus*, pág. 179-182.

pues, lo que debe hacerse para obtener la vida eterna. Pero el jóven se cree llamado á una vocacion mas elevada. Aspira á la perfeccion. «Ya he hecho todo eso desde mi adolescencia, dice el jóven ¿qué mas me falta?—Si quieres ser perfecto, replica Jesus, vende todos tus bienes, da su precio á los pobres, y ven entonces y sígueme.» No se considera ya, pues, aquí como bastando rigurosamente la vida comun, en que se observa simplemente la ley, para obtener la vida eterna. Esprésase claramente la distincion: «Si quieres ser perfecto,» solo te falta una cosa, el voto de pobreza y de obediencia absoluta, «anda y vende todos tus bienes; y ven entonces y sígueme.» Admirase el racionalismo al ver salir de cada palabra del Evangelio una teología ya formada. Jamás presentan los libros escritos por los hombres esta rigurosa aplicacion de la fórmula á la práctica, reinando en ellos cierta elasticidad entre la teoría y la accion, porque la palabra humana es una palabra incierta que no tiene eficacia en sí, y que necesita resucitar en cada inteligencia y trasformarse de cierto modo por la asimilacion individual. La palabra del Verbo no experimenta estos desmayos ni esta debilidad de origen. El dia en que anunciaba Jesucristo al mundo la maravilla de la virginidad voluntaria, de la pobreza perfecta y de la obediencia absoluta, pasaban estas tres ideas al estado de fuerzas sociales, y se hacian vivas, activas y fecundas. Abrazábanlas los Apóstoles como la ley de suprema perfeccion, y despues de mil ochocientos años de revoluciones, de trastornos políticos, de vicisitudes de todo género, se hallan estas instituciones tan vigorosas como en el primer dia. ¿Si no es Dios Jesucristo, dígasenos como pudo tener su palabra esta potestad creadora? «Las obras, como repetia él mismo, dan testimonio del operario.»

21. «Entonces, continúa el Evangelio, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, juntamente con su madre, se acercaron á Jesus. Su madre se postró á sus pies adorándole. Entre tanto, sus hijos dijeron al Señor: Maestro, quisieramos que nos concedieses todo cuanto te pidamos. ¿Qué deseais que os conceda? dijo Jesus.—Y su madre respondió: Dispon que estos dos hijos míos tengan su asiento en tu reino; el uno á tu derecha y el otro á tu izquierda.—Mas Jesus les dió por respuesta: No sabeis lo que os pedís. ¿Podeis beber el cáliz que yo tengo de beber, ó ser bautizados con mi bautismo?—Dijéronle ellos: Si podemos.—En efecto, replicó Jesus, beberéis mi

cáliz, y sereis bautizados con mi bautismo; pero el asiento á mi diestra ó á mi siniestra no me toca concederlo á vosotros, sino que será para aquellos á quienes lo ha destinado mi Padre.—Y oyendo esto los otros diez Apóstoles, se indignaron contra los dos hermanos.—Mas Jesus los llamó a sí, y les dijo: No ignorais que los príncipes de las naciones avasallan á sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros; sino que quien aspirase á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo; al modo que el Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino á servir y á dar su vida para la redencion de muchos ².

El programa de la autoridad cristiana en este mundo y de la vida eterna en el otro, se encierra enteramente en esta página del Evangelio. El primer lugar en el cielo y en la tierra, en el reino de Jesucristo, no se dará á la carne ni á la sangre. Los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, eran primos hermanos del Salvador. Su madre Salomé, era cuñada de la Santísima Virgen, por lo que, se comprende hasta cierto punto, la ambicion materna que determina á la esposa de Zebedeo á dar este paso. ¿Cuántas solicitudes de esta naturaleza se encuentran en la historia de la Iglesia? ¿No comprenderán, en fin, los hombres la respuesta de Jesucristo: «El primer sitio pertenece á aquellos á quienes lo ha destinado mi Padre?» Ciertamente, tenia el divino Maestro un amor predilecto á San Juan, cuyo fundamento era mas elevado que el de una relacion de parentesco humano. El discípulo virgen, á quien fue dada por madre la Virgen María, el Aguila del colegio apostólico, cuya mirada penetró en las profundidades de la Santísima Trinidad, podia con justo título enorgullecer á su madre. Sin embargo, se indignan los Apóstoles de una peticion en que tenia tanta parte la personalidad. El Espíritu Santo que dirige la Iglesia, no permite á la carne y á la sangre, á la ambicion y á la vanidad, introducirse subrepticamente en la sagrada gerarquía. ¡Desdichados los que entrasen

² Math., XX, 20-26. Marc., X, 35-36. «En el gran consejo de Jerusalem, los dos principales miembros, despues del *Nasí*, ó príncipe del Sanhedrin, se llamaban, el uno el *Padre* ó el *Anciano*, y el otro el *Sabio*; y se sentaban á derecha é izquierda del príncipe. Estos eran los dos sitios que habia querido obtener Salomé para sus hijos, al lado de Cristo, en el reino que iba á fundar en breve ó en el Sanhedrin celestial.» (Dr. Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 210.)

por esta puerta! ¡Desgraciado el rebaño que cayese en manos de tales mercenarios! Aquellos á quienes llama verdaderamente Jesus, son los que jamás solicitaron este formidable honor. Asi, Pedro no habia pedido nada, y fue escogido. La vocacion divina es independiente del rango, de las influencias ó de las riquezas de este mundo. Cuando se manifiesta en favor de un escogido, llena su alma de espanto. Lejos de buscar la responsabilidad del gobierno de las almas, huye de ella; lejos de aspirar á la gloria humana, tiembla ante los juicios de Dios. El sucesor de San Pedro lleva el título de «siervo de los siervos.» Porque «el mas grande en el reino de Jesucristo es, en realidad, el ministro y el siervo de todos los demás.»

22. «Los Fariseos preguntaron entonces á Jesus: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios?—Y respondió Jesus: El reino de Dios no ha de venir con muestras de aparato, ni se dirá: Véle aquí ó véle allí; porque el reino de Dios (ó el Mesías) está ya en medio de vosotros. Tiempo vendrá en que deseareis ver uno de los dias del Hijo del hombre, y no le vereis. Entonces os dirán: Véle aquí y véle allí; pero no vayais tras ellos, ni sigais estas vanas indicaciones, porque como el relámpago brilla y se deja ver de un cabo del cielo al otro, iluminando la atmósfera, asi se dejará ver el Hijo del hombre en el dia suyo (ó de su gloria). Pero antes es necesario que sufra una passion dolorosa, y sea desechado de este pueblo ¹. Lo que acaeció en tiempo de Noé, igualmente acaecerá en el dia del Hijo del hombre. En los dias que precedieron al diluvio, los hombres comian y bebían, casábanse y celebraban bodas, hasta el dia en que Noé entró en el arca, y sobrevino entonces el diluvio de improviso y acabó con todos. Como tambien lo que sucedió en los dias de Lot. Se comia y se bebia; se compraba y se vendia; se hacian plantíos y se edificaban casas; mas en el dia que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre que los abrasó á todos: lo mismo será en el dia en que aparezca el Hijo del hombre. En aquella hora, quien se hallare en el terrado y tuviese tambien sus muebles dentro de casa, no entre á sacarlos, y el que estuviere en el campo, no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo aquel que quisiere salvar su vida (abandonando la fe) la perderá (eternamente); y quien la per-

¹ Luc., XVII, 20 ad ultim. Math., XXIV, 37-42.

diere (por defenderla), la salvará. Os digo que en aquella noche, dos estarán en un mismo lecho, el uno será tomado (ó libertado), y el otro dejado (ó abandonado): estarán dos mujeres moliendo grano juntas, y una será libertada y otra abandonada; dos hombres en el mismo campo, el uno será tomado y el otro dejado. Preguntáronle los discípulos: ¿Dónde será esto, señor? Jesus les respondió: Do quiera que esté el cuerpo (ó cadáver) allí acudirán las águilas ¹.

23. Segun la idea de los Fariseos, y conforme á las preocupaciones populares en Judea, el reino de Dios inaugurado por el Mesías, debía ser un quinto imperio, sucediendo á los de los Babilonios, de los Persas, de los Griegos y de los Romanos, teniendo por capital á Jerusalem, á un hijo de David por rey, y al mundo entero por tributario. Cuando los hijos de Zebedeo hacen pedir al Salvador los primeros sitios de su reino, no tenian aun ellos mismos otras ideas que las de sus compatriotas. Santiago y Juan pretendian ser en el nuevo imperio lo que habian sido en Babilonia Daniel, ministro de Nabucodonosor ó Mardoqueo, ministro del Asuero ² de la Escritura. Hé aquí por qué dirigen al Señor los Fariseos esta pregunta: ¿en qué época vendrá el reino de Dios? «Puesto que Jesus proclamaba en alta voz su título de Mesías, debía saber el momento preciso en que se realizaria la espectacion de Israel. Asi, pues, ocultaba la pregunta farisáica en su aparente sencillez, una idea hostil preconcebida y un supuesto capcioso. Si era evasiva é indeterminada la respuesta, seria fácil deducir de ella que ignoraba Jesus el término fijado por los decretos providenciales para la liberacion del mundo, y que su título de Mesías era una impostura. Al contrario, si asignaba un tiempo limitado, si indicaba una fecha, se encargarian los mismos acontecimientos contemporáneos de darle un solemne mentís. Era entonces tan formidable el poder de Roma, que no podia la prevision humana señalar la caida. La contestacion de Jesus echa por tierra todo este aparato de ardidés y de odios. «El advenimiento del reino de Dios se verificará sin aparato ó brillo exterior. En este momento está en medio de vosotros.» Con esta tranquila y solemne declaracion, afirmaba claramente Jesus su divinidad; porque, al cabo la única apa-

¹ Luc., XVII, 20-37. Marc., XXIV, 37-42.

² La identidad del Asuero de nuestros Libros Sagrados con el Xerxes de la historia profana, ha sido en nuestros dias consignada perentoriamente por nuestro ilustre asi-riólogo M. J. Oppert. (Cf. *Historia general de la Iglesia*; tom. III, pág. 491.)

ricion real y efectiva que se hubiera verificado entonces, en medio de la Judea, era la del mismo Jesus. Si, pues, se halla establecido por este solo hecho el reino de Dios á los ojos de los Fariseos, es que el divino Rey prometido á la descendencia de Abraham, de Isaac y de Jacob, no es otro que Jesus. Sin embargo, ¡qué radical diferencia entre el cetro que él reivindica y el cetro que quisieran ver en su mano los Judíos! «Es necesario que antes sufra el Hijo del hombre una pasion dolorosa y que sea desechado por esta nacion (ó generacion).» Jamás separa el Salvador la idea de su reino de la de sus ignominias ó ultrajes. Hállase en accion el contraste entre el nombre de «Hijo de Dios» y el de «Hijo del hombre» en todo el curso de su ministerio público. «Es preciso que dé el buen Pastor la vida por sus ovejas,» y temiendo que haga olvidar su divinidad la perspectiva de sus futuras humillaciones, de sus padecimientos y de su muerte, traslada á sus oyentes al dia del juicio final, del último advenimiento en la gloria, cuando fije para siempre la sentencia pronunciada por el Hijo del hombre el destino de las generaciones humanas reunidas, respecto de la vida ó de la muerte eternas. El conmovedor espectáculo de este gran juicio, cuya hora es desconocida, y cuya instantaneidad ha de sorprender á los mortales, provoca un sentimiento de curiosidad respecto de los discípulos. «¿Dónde será el teatro de este juicio supremo?» preguntan ellos. Otra pregunta que prueba las preocupaciones de un grosero materialismo. El Divino Maestro responde con un proverbio judío, cuya aplicacion, en estas circunstancias, destruye todas las ideas mezquinas y limitadas que se formaban los Hebreos respecto de la resurreccion de los muertos. «Donde quiera que haya un cadáver, acudirán las águilas,» es decir, donde quiera que haya un culpable, vendrá tambien el juez supremo, con su séquito de ángeles y de santos.

24. En otro sentido, «el reino de Dios es el reino de su ley. Ahora bien; la ley de Dios debe reinar en cada hombre individualmente, y en la sociedad en general; en cada hombre para reglar su amor y sus actos; en la sociedad, para que, constituida segun el orden verdadero, sea lo que Dios quiso, una familia sin hermanos, bajo una direccion paternal; y que, marchando así por los caminos de una justicia de cada vez mas perfecta, de una caridad de cada vez mas viva, la humanidad llegue á su fin. Con relacion al indivi-

duo, el reino de Dios no viene, de modo que atraiga las miradas; «hállase dentro de cada uno,» puesto que no es mas que la sumision interior á la ley, la pureza del corazon, la rectitud de la voluntad, de donde nacen, por la fidelidad de los deberes, todas estas santas y oscuras virtudes que nadie advierte, y sin las cuales, no obstante, pereceria el mundo entregado al mal. Pero, con respecto á la sociedad, debia verificarse el establecimiento del reino de Dios, el reinado del Hijo del hombre, en medio de violentas conmociones, las cuales lo trastornan y destruyen todo á la hora en que menos lo esperaban los hombres. En la víspera compraban y vendian, plantaban y edificaban; y hé aquí que súbitamente tiembla la tierra; relampaguea el cielo; cúbreanse los caminos de gentes que van huyendo, y por do quiera solo se ve inundacion y fuego, como en tiempo de Lot y de Noé. Jesus anuncia estas cosas á sus discípulos para que no se sorprendan cuando acontezcan. Y ¿qué es lo que les recomienda? Que salgan al punto, que salgan sin llevar nada de la casa que se desploma, del campo que va á ser devastado. Este campo, esta casa es la vieja sociedad condenada á morir, lo que no tiene ya en sí el soplo que anima, lo que debe desaparecer para siempre. No lleveis nada de ella ¿qué haríais de esos restos de lo pasado? ¿Qué uso habíais de hacer de ellos en el nuevo orden de cosas próximas á nacer? ¿Para qué os servirían? ¿Acaso germina en los sepulcros la vida? ¿Acaso se forman los jóvenes seres de trozos de cadáveres? Entrad, sin mirar atrás, en el mundo de los vivos, y dejad á los muertos que sepulten á sus muertos ¹.

25. «Velad, pues, y orad, decia el Salvador. Y añadió esta parábola para hacer ver á sus discípulos que conviene orar perseverantemente y no desfallecer nunca. En cierta ciudad habia un juez, que ni tenia temor de Dios, ni respeto á hombre alguno. Vivía en la misma ciudad una viuda, la cual solia ir á él diciendo: Hazme justicia de mi contrario. Mas el juez en mucho tiempo no quiso hacérsela. Pero despues dijo para consigo: Aunque yo no temo á Dios, ni respeto á hombre alguno, con todo, para que me deje en paz esta viuda, le haré justicia, á fin de que no venga mas á abrumarme con sus continuas instancias.—Ved, añadió el Señor, lo que dijo ese juez inicuo; y ¿creéis que Dios dejará de hacer justicia á sus

¹ Lamennais. *Los Evangelios*, 3 edit., pág. 255-256.

escogidos que claman á él dia y noche y que ha de sufrir siempre que se les oprima? Os aseguro que no tardará en hacerles justicia. Mas pensais que cuando viniere el Hijo del hombre hallará fe sobre la tierra?—Y propuso tambien esta parábola á ciertos hombres que presumian de justos y que despreciaban á los demás. Dos hombres subieron al Templo á orar, uno fariseo, y publicano ó alcaballero el otro. El fariseo puesto en pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano, pues ayuno dos veces á la semana, y pago los diezmos de todo lo que poseo.—El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo; sino que se daba golpes de pecho, diciendo: ¡Dios mio, ten misericordia de mí que soy un pecador!—Os declaro, pues, que éste volvió á su casa justificado, mas no el otro; porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado¹.» La perseverancia en la oracion, en la humildad de corazon, tales son, pues, las dos grandes leyes de la vida cristiana. El abismo de nuestras miserias solicita la infinita misericordia del Dios, que perdona á los humildes y castiga nuestro orgullo rebelado.

26. La parábola siguiente nos da, en cierto modo, la medida de la inconmensurable ternura de Dios, que escede á todas las proporciones relativas de que puede nuestra inteligencia formarse una idea, y que se armoniza con la justicia infinita, á una altura que no puede alcanzar mirada mortal. «El reino de los cielos, dijo Nuestro Señor, es semejante á un padre de familias que á la primer hora del dia² salió á tomar jornaleros para su viña; y ajustándose con ellos por un denario por dia, los envió á su viña. Saliendo despues cerca de la hora tercera (ó de tercia), se encontró con otros que estaban mano sobre mano en la plaza, y les dijo: Id tambien vosotros á mi viña y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Y habiendo vuelto á salir cerca de la hora de sesta y de la hora de nona, el padre de familias hizo lo mismo. Finalmente, salio cerca

¹ Luc., XVIII, 1-14.

² La *primera* hora del dia entre los Judíos correspondia, en nuestra actual division del tiempo, á las seis de la mañana. La *tercera hora* representaba lo que llamamos las nueve de la mañana: la *hora sexta*, el medio dia; la *nona*, las tres despues del medio dia; la *undécima*, las cinco de la tarde.

de la hora undécima, y les dijo: ¿Cómo os estais aquí ociosos todo el día?—Porque nadie nos ha tomado á jornal, respondieron.—Y él les dijo: Pues id tambien vosotros á mi viña. Y habiendo llegado la tarde, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores y págales el jornal, empezando desde los postreros, y acabando en los primeros que vinieron. Viniendo, pues, los que habian ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les darian mas; pero no obstante, no recibió cada uno sino un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no han trabajado mas que una hora y los has igualado con nosotros que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él por respuesta, dijo á uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio; ¿no te ajustáste conmigo en un denario? Toma, pues, lo que es tuyo y véte; yo quiero dar á éste, aunque sea el último, tanto como á tí. ¿Acaso no puedo yo hacer de lo mio lo que quiera? O ¿há de ser tu ojo malo ¹, porque yo soy bueno?—Así, los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros; porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos ².

27. Esta parábola incarna en el hecho y dibuja con admirable claridad los hábitos sociales de los Judíos. Como en tiempo del anciano Tobías, se situaban en la plaza pública ó en la puerta de la ciudad los jornaleros sin trabajo, los servidores disponibles, ofreciendo sus brazos á quien los necesitaba, y esperando á que vinieran el viñador, el labrador, el ganadero á emplearles en los trabajos de la vida agrícola ó pastoril. Ajustábase amistosamente y con anticipacion el precio de todo el día ó de la parte del día, que se dedicaba al trabajo, y cada tarde se distribuía fielmente el salario á estos artesanos libres, que era preciso agregar como suplentes á los servidores ó esclavos de jornal ú ocupacion fija, para los trabajos urgentes. El precepto de Moisés era formal sobre este punto. «No negarás el jornal á tu hermano menesteroso y pobre, ó al forastero que mora contigo en la tierra y dentro de tus ciudades, sino que le pagarás en el mismo día, antes de ponerse el sol, el salario de su tra-

¹ El *ojo malo* es una locucion hebráica que significa el ojo envidioso, los celos. Hállasela algunas veces usada en este sentido en los autores griegos y latinos. El *ojo bueno* denota, por el contrario, la generosidad, y como diríamos en nuestros días, la liberalidad.

² Math., XX, 1-16.

bajo, porque es un pobre, y con eso sustenta su vida, no sea que clame contra tí al Señor, y se te impute á pecado ¹.» El precio de un jornal de trabajo que comenzaba á las seis de la mañana, y que concluía á las seis de la tarde, era en la época evangélica un denario ó diez y seis ases romanos, que representaban cerca de 0,80 c. de nuestra moneda actual. Deben tenerse aquí en cuenta dos elementos que modifican el resultado de la comparacion que se quisiera hacer entre la exigüedad de semejante remuneracion y el precio actual de la mano de obra entre nosotros. Por una parte, los géneros de primera necesidad eran proporcionalmente menos caros, pues sabido es que lo que eleva el precio de todas las mercancías, es la abundancia de valores de oro y de plata. Por otra parte, se trata aquí de un trabajo campesino, menos retribuido en todas partes que el de una industria propiamente dicha, que supone un aprendizaje preparatorio, y que se ejerce por lo comun en medio de las ciudades, en las que todo lo que se refiere á la vida material exige gastos mas considerables. No há mucho tiempo aun que en Francia, en las provincias vinícolas, las bandas de trabajadores que cubren las colinas en la época de las vendimias, recibían por todo un dia de trabajo, un jornal inferior al de los viñadores del Evangelio. Tal es, pues, la explicacion literal de la parábola. Es una escena familiar de la vida de ~~los~~ campos que espone Nuestro Señor Jesucristo en su real y viva sencillez. Es una página que no podia escribirse por un apócrifo Griego ó Romano. Pero sobre la autenticidad, por decirlo así, flagrante del texto sagrado, ¡qué profundidad de la revelacion divina! El Padre de familias, es Dios; la viña, la Iglesia; los operarios, son los hombres que están situados, antes de la vocacion divina, en la plaza pública del mundo, en la ociosidad espiritual. El mayordomo del Padre de familias es el mismo Jesucristo, y el denario, la vida eterna. En todas las horas de la historia humana, desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta los tiempos de Abraham, desde Abraham á Moisés, desde Moisés á Jesucristo, desde Jesucristo hasta nosotros, no ha cesado Dios de enviar operarios á su viña. Todo el trabajo social de la humanidad se ha verificado bajo esta accion providencial. La misma ley se aplica á las individualidades; unas son llamadas desde la aurora de la vida, otras en la época de la adolescencia ó de

¹ Deuteron., XXIV, 14-15. Levit., XIX, 13. Tob., IV, 15.

la edad madura; otras tambien al declinar el dia, en los últimos límites de la vejez, en las puertas de la muerte. A todos da por jornal el mayordomo del Padre de familias el mismo denario de la vida eterna, porque Dios es bueno, de una bondad excelente é infinita, que no podrian vencer la ingratitud, la rebelion y la pereza de los hombres. Pero la misericordia de Dios en nada amengua la justicia infinita, y hé aquí la alianza cuyo misterio contempla nuestra vista, en los esplendores de la radiante eternidad. Despues de la parábola de la misericordia, oigamos la de la justicia.

28. «Hubo cierto hombre muy rico, que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y tenia cada dia espléndidos banquetes. A su puerta yacia un mendigo cubierto de llagas, llamado Lázaro, el cual deseaba alimentarse con las migajas que caian de la mesa del rico; mas nadie se las daba, y solo los perros venian á lamerle sus llagas. Sucedió, pues, que murió este mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fue sepultado en el infierno. Y cuando estaba en el fondo del abismo ¹ (ó en los tormentos), levantando los ojos, vió á lo lejos á Abraham y á Lázaro en su seno ², y clamó diciendo: Padre mio, Abraham, compadécete de mí, y envíame á Lázaro, para que mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas.—Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario, males, y asi, éste ahora es consolado y tú atormentado; además de que entre nosotros y vosotros hay de por medio un abismo insondable, de suerte que los que aquí quisieran pasar á vosotros, no podrian, ni tampoco de ahí pasar acá.—Entonces dijo el rico: Ruégote, pues, ¡oh Padre! que envíes al menos á Lázaro á casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos para que les advierta de esto, y no les suceda el venir tambien á este lugar de tormentos.—Replicóle Abraham: Tie-

¹ Traducimos estas palabras, segun el término griego: Καὶ ἐν τῷ ᾧ ἐπάρας τοὺς ὀφθαλμοὺς.

² El «seno de Abraham» es una espresion figurada, cuyo verdadero sentido conviene hacer conocer. La beatitud eterna es comparada muchas veces por el divino Maestro á un festin celestial. «En los festines judíos, dice un moderno exégeta, en que se hallaban los convidados tendidos en divanes y apoyados sobre el codo izquierdo, estaba el segundo sitio á la derecha del que presidia; el convidado que ocupaba este lugar venia á estar como *reclinado sobre su seno*.» Tal es, pues, el significado de la palabra evangélica. Mas adelante tendremos ocasion de notar el mismo hecho en la última cena, en que el discípulo amadísimo reposó sobre el corazon de Jesus.

nen á Moisés y los Profetas; escúchenlos.—No basta esto, dijo él, ¡oh Padre Abraham! pero si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia.—Respondióle Abraham: sino escuchan á Moisés ni á los Profetas, aun cuando resucite uno de los muertos, tampoco le darán crédito. ^{1.}

29. El nombre de Lázaro es en hebreo el mismo que el de Eliezer, el siervo de Abraham, enviado en otro tiempo á Mesopotamia para pedir la mano de Rebeca, futura esposa de Isaac. Este nombre era igualmente el del hermano de Marta y de María Magdalena, á quien iba el Señor á resucitar de entre los muertos. Aproximábase la hora en que presenciando la obstinacion farisáica una resurreccion, debía persistir en la incredulidad. La parábola del pobre Lázaro y del rico avariento ofrece, con la historia de Lázaro resucitado, analogías que es imposible desconocer, y que notaron hace largo tiempo San Cirilo, San Ambrosio y San Gerónimo. Mas adelante veremos, que despues del milagro evidente de Bethania, pronunció el gran sacerdote Caifás contra el resucitado, la escomunion solemne, lo cual segun las costumbres judías, era reducirle á la miserable condicion del mendigo, que yacia á la puerta y solicitaba, sin poderlo obtener, las migajas que caian de la mesa inhospitalaria. Solamente los perros osaron acariciar al proscrito y lamer sus llagas. El Farisaismo imponia el epíteto de «perros,» segun ya hemos advertido á propósito de la Cananea, á quien vivia fuera de la ley judía. La conducta del rico avariento relativamente al Lázaro de la parábola, es, pues, exactamente la de Caifás, con relacion al hermano de Marta y de María. Lázaro resucitado será excluido de la sociedad judía; sin que ninguno de sus compatriotas se atreva á acercarse á él, teniendo solamente los perros este valor. Mas no es esto todo; los cinco hermanos del rico avariento han permanecido en la tierra, y el condenado implora para ellos el favor de que se les avise por un medio extraordinario, para que les preserve del mismo suplicio. Pues bien, Caifás tenia cinco cuñados, hijos del gran sacerdote Anás, cuyos nombres nos ha trasmitido el historiador Josefo; tales son: Eleazar, Jonatás, Teófilo, Matías y Anano. Todos ellos persistieron en los errores paternos. Eran tan estrechos los lazos de familia en esta casa sacerdotal, que se habia visto al gran Pontífice Anás

¹ Luc., XVI, 19-31.

hacer pasar su dignidad suprema por primera vez á su hijo mayor Eleazar, y por segunda, á su yerno Caifás. Si se piensa en los sacrificios de dinero que imponia la codicia de los gobiernos romanos en cada nueva investidura, se comprenderá la energía del sentimiento que unia entre sí á todos los miembros de esta raza, y hacia predominar su ambicion sobre el interés pecuniario. Hé aquí por qué sobrevivió el amor paternal en el condenado de la parábola, aun en medio de los odios infernales. Como quiera que sea, esta parte histórica de la alegoría del rico avariento, será siempre muy inferior á la revelacion que de ella se desprende. Dos mundos eternos, separados uno de otro por un abismo insondable se hallan á la vista, habiéndose interpuesto entre ellos el gran caos *magnum chaos*, por el poder divino. Nadie sabria pasar, pues, por este camino. La eternidad de los goces celestiales está paralela á la eternidad de los tormentos en las llamas. En nada cambiarán esta ley inmutable de la eternidad, la delicadeza de nuestros racionalismos humanos, la exageracion de nuestra sensibilidad afectada. Háse dicho que no convenia ya hablar del infierno en este siglo de progreso, en que se dulcifican las costumbres y se halla proscrito todo rigor, como vestigio de una añeja barbarie. Háse dicho esto en nombre de la filantropía, en nombre de la civilizacion, en nombre de la misma caridad evangélica, porque no se han avergonzado de disfrazar así el Evangelio de Jesucristo. ¡Sépase, pues! No son ni los sacerdotes, ni los monjes, ni los concilios, ni los papas, ni los inquisidores, ni lo que se ha convenido en llamar ignorancia de la edad media, los que han inventado, á la manera de un espanta-pájaros, el dogma de la eternidad de las penas. Hállase escrito en caracteres indelebles, en el Evangelio de Jesucristo. ¿Me atreveré á decirlo? Seria inconcebible la bondad de Dios, tal como nos la representa la parábola de los viñadores y del Padre de familia, sin el colorario de la justicia absoluta, cuya imagen nos ofrece la parábola del rico avariento. Cada uno de los atributos divinos es inmenso é infinito. La alianza, en Dios, de la justicia y de la misericordia eternas, solo puede espresarse con las dos eternidades del cielo y del infierno.

§ II. RESURRECCION DE LÁZARO.

30. Despues de la festividad de las Encenias y la partida de Jerusalem, no dejó nuestro Señor la ribera oriental del Jordan y la provincia de Perea. «Allí, dice el Evangelio, en el lugar donde habia comenzado Juan á bautizar, permaneció durante este intervalo, á donde le siguieron gran muchedumbre de gentes, y curó allí á sus enfermos, y se puso á enseñarles segun su costumbre. Entre tanto decia la multitud: Es cierto que Juan no hizo milagro alguno; mas todas cuantas cosas dijo Juan de éste, han salido verdaderas. Y muchos creyeron en Jesus ¹.

»Por este tiempo se hallaba enfermo Lázaro en Bethania, donde vivian María y Marta, hermanas suyas ². Esta María era aque-

¹ Math. X:1, 1, 2. Marc. X, 1. Joann., X, 40-42.

² En la ribera oriental del Jordan habia un lugar con nombre idéntico, de que habia hablado ya San Juan, á propósito del bautismo de Nuestro Señor: *Hæc in Bethania facta sunt trans Jordanem, ubi Joannes erat baptizans.* (Joan., I, 28.) Para evitar, pues, toda confusion entre la Bethania de Perea y la aldea del mismo nombre, situada á quince estadios de Jerusalem, añade el Evangelista la designacion terminante de «aldea de María y de Marta.» La mayor parte de los comentadores hacen esta observacion, que es de una exactitud innegable, y que no obstante, parece haberse escapado á M. Sauley, cuya ciencia biblica, talento y erudicion, son por otra parte superiores á todo elogio. «Jamás se ha conocido, dice, Bethania alguna mas allá del Jordan. Hace mucho tiempo que hizo Suidas una correccion en el texto de San Juan, maleado de esta suerte por algunos copistas. El sitio de que habla San Gerónimo, y en que bautizaba el precursor de Cristo, es *Bethabara*, que se ha tomado por *Bethania*. Seria importante hacer esta correccion, al menos por medio de una nota en las ediciones latinas del Evangelista San Juan. Las ediciones griegas, y especialmente la de Elzevir de 1659 de Amsterdam, traen *Βηθαβάρη*. Es verdad que el error se cometió en los ejemplares griegos que la Vulgata no hizo mas que traducir.» El error notado por Suidas, á fines del siglo X de la era cristiana, no se halla probado; y este incidente va á proporcionarnos una nueva prueba de la sabiduría de la Iglesia Católica, que conserva el texto del Evangelio en su integridad, sin permitir aun al celo mas benévolo de los eruditos de cada época, introducir en él el menor cambio. Despues que M. de Sauley escribió estas líneas, vino á confirmar el deseubrimiento del manuscrito sinaitico del Evangelio, la exactitud de la version de San Gerónimo. Léese en él, en efecto, las dos menciones de una Bethania mas allá del Jordan, y de otra Bethania, mansion de María y de Marta. Habia, pues, verdaderamente en la época evangélica, dos poblaciones de este nombre. Si se tratase de un error de copista, que hubiera escrito *Bethabara* por *Bethania*, (Juan, I, 28), como no habia mas que una sola *Bethabara* en Palestina, hubiera sido inútil designar especialmente este nombre con la cláusula «mas allá del Jordan.» Y asimismo, como en la hipótesis que examinamos, no hubiera habido mas que una sola Bethania (Joan, XI, 1), el Evangelista no hubiera tenido necesidad, al hablar de esta poblacion (Joan., XI, 1), de especificarla mas particularmente. Si nos tomamos la molestia de examinar las otras menciones geográficas que hacen los Evangelistas, quedaremos convencidos de la ver-

lla que ungió al Señor con el ungüento perfumado y le enjugó los pies con sus cabellos, de la cual era hermano el Lázaro que estaba enfermo. Las dos hermanas enviaron, pues, á decir á Jesus: Señor, mira que aquel á quien amas está enfermo. Oyendo lo cual Jesus, dijo: Esta enfermedad no es mortal, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.—Jesus tenia particular afecto á Marta y á su hermana María, y á Lázaro. Despues de la noticia de la enfermedad de éste, permaneció aun dos dias en el mismo lugar, al otro lado del Jordan. Despues dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á la Judea. Los discípulos le dijeron: Maestro, hace poco que los Judíos querian apedrearte, y ¿quieres volver á su pais?—Jesus les respondió: Pues qué ¿no son doce las horas del dia? El que anda de dia no tropieza, porque ve la luz de este mundo; al contrario, quien anda de noche tropieza, porque no tiene luz.—Asi dijo, y añadióles despues: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas yo voy á despertarle del sueño. A lo que dijeron los discípulos: Señor, si duerme sanará.—Mas Jesus habia hablado del sueño de la muerte, y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entonces les dijo Jesus claramente: Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, á fin de que creais; pero vamos á él. Entonces Tomás, por otro nombre Didimo, dijo á los otros discípulos: Vamos tambien nosotros, y muramos con él ¹.

31. El racionalismo anticristiano de todas las épocas ha concentrado preferentemente sus esfuerzos hostiles sobre el hecho evangélico de la resurreccion de Lázaro. Sabido es cómo ha desnaturalizado una reciente exégesis esta narracion. Pero lo que no parece sospecharse, es que haya reproducido el critico moderno, sin tener el menor mérito de invencion, la teoría formulada en 1729 por el escéptico inglés Woolston, y plagiada despues por Strauss, con no menos discrecion en el plagiado. ¡Cosa estraña! Es tal la impotencia de los adversarios del Evangelio, que basta un siglo para hacer olvidar sus mas ruidosas blasfemias, pudiendo los últimos que

dad de esta observacion. (Cf. Tischendorf. *Novum Testamentum Sinaiticum*, en 4.º Lipsiæ, 1863. Fol. 48, col. 3. Líneas 39 y 40. Fol. 55. Colum. 1. Lin. 19-21.) La antigua *Bethabara* ó *Bethania* del libro de los Jueces (VII, 24), llevaba, pues, en la época evangélica, el nombre de *Bethania*. Hé aqui todo lo que es permitido deducir de este incidente, sin que necesite el texto de San Juan correccion alguna, ni en el original griego, ni en la Vulgata.

¹ Joan., XI. 1-16.

llegan al camino de la incredulidad recoger del suelo los enmohecidos sofismas que duermen al lado de los vencidos. El arma ha cambiado de manos, y parece siempre nueva. «Ocurrió en Bethania, dice Woolston, una escena de fingida comedia, cuyos papeles se repartieron Lázaro y sus dos hermanas para acrecentar la popularidad del Cristo¹.» — «Creemos, dicen hoy nuestros literatos, que aconteció en Bethania algo que se tuvo por una resurreccion. La familia de Lázaro pudo ser inducida, casi sin advertirlo, al acto importante que se deseaba. Tal vez el ardiente desco de cerrar la boca á los que negaban injuriosamente la mision divina de su amigo, arrastró á estas personas apasionadas mas allá de todo límite².» — «Un solo Evangelista³, decia Woolston, ha hablado de la resurreccion de Lá-

¹ Woolston hanc resuscitationem nihil aliud fuisse commiscitur, quam fraudulentam comediam a Lazaro ac hujus sororibus Mariâ et Marthâ ex conducto adornatam, ut sic Christo specialem favorem exhiberent, aut eidem eximiam æstimationem et auctoritatem conciliarent tanquam viro thaumaturgo, qui hominem jam quatuor diebus mortuum ad vitam revocasset. (Veith. *Scriptura Sacra contra incredulos propugnata*, 1760, Pars VII, Sectio III, Quæstio XXI, núm. 85.)

² *Vida de Jesus*, pág. 360, 361.

³ Acerca del silencio de los demás Evangelistas sobre el milagro de la resurreccion de Lázaro, se han dado varias esplicaciones. Segun Lucke, los autores de los Evangelios sinópticos habrian ignorado este milagro, cuyo recuerdo se hubiera perdido en medio de tantos otros hechos semejantes. Segun Meyer, los sinópticos no querian contar mas que los hechos que habian pasado en Galilea. Grocio, Herder, Oshaussen suponen que estos tres escritores quisieron guardar consideraciones á la familia de Lázaro, que vivia á las puertas de Jerusalem, y á quien hubiera espuesto la relacion pública de este milagro á la venganza del Sanhedrin, todavia omnipotente. Comp. XII, 10. *Los principales sacrificadores deliberaban hacer morir tambien á Lázaro*. Hengstenberg admite que la resurreccion de Lázaro formaba parte de un círculo de relatos mas profundos, que no habian constituido parte de la tradicion y que se habian reservado á Juan instintivamente. Mas otros intérpretes respetables esplican este silencio, esponiendo las siguientes consideraciones. Ante todo, debe partirse del hecho de qué ningun rasgo particular del ministerio de Jesus, aun el mas palpable de todos, tenia en la mente de los apóstoles la importancia capital que puede atribuírsele tal vez en el dia. El punto de vista en que se colocaban los apóstoles en su predicacion, era completamente distinto de aquel en que nos hallamos nosotros cuando hacemos de su ensenanza el objeto de un estudio critico. Los Apóstoles trabajaban en fundar la Iglesia y en salvar el mundo; nosotros queremos reconstruir la historia. No es de extrañar, pues, que encierren para nosotros insolubles enigmas narraciones escritas bajo el primero de estos conceptos. Acontecimientos decisivos é incomparablemente mas importantes bajo el punto de vista religioso, que la resurreccion de Lázaro, la muerte y la resurreccion del mismo Jesucristo, habian seguido á este milagro y debieron eclipsarle por algun tiempo, asi como todos los demás milagros particulares del ministerio de Jesus. La predicacion apostólica se limitó en su primera fase, á proclamar y demostrar este hecho supremo; ha resucitado Jesus. Este fue el cimiento sobre el que edificaron los Apóstoles la Iglesia. No era entonces tiempo de referir anécdotas. Sin duda se recordará la milagrosa actividad del Señor en general, segun vemos por los discursos de los Apóstoles en el libro de los Ac-

zaro. Solo Juan la inserta en su relato, después que habían muerto todos los testigos que hubieran podido reclamar contra la falsedad de

tos (II, 22; X, 38); pero por entonces eran relegados al olvido los relatos particulares. Si los pormenores del ministerio de Jesús representaban un papel durante esta primera fase de la enseñanza cristiana, era en las conversaciones particulares. La gran proclamación oficial no encontraba nada que poner al lado de la muerte y de la resurrección de Jesús, estos dos grandes hechos en los cuales se había consumado la salvación del mundo. Así es que se habían concentrado sobre este punto de su historia las enseñanzas de Jesús después de su resurrección. (Luc., XXIV, 26-45-47.)

Solamente más adelante, cuando comenzó á debilitarse el primer aliento, se pusieron á exhumar los antiguos recuerdos. Bajo la influencia de la predicación apostólica, que fundaba las Iglesias, nació y se desarrolló el ministerio de los catequistas que tenían el encargo de edificarlas, trazando los diversos hechos de la vida del Señor. Púsose en circulación por los mismos apóstoles una parte de estos relatos, los cuales fueron los que constituyeron el fondo permanente y universal de la evangelización oral, y los que pasaron de un modo bastante uniforme á la tradición escrita, á nuestros sinópticos. Otros los hacían circular los miembros de la Iglesia que habían sido objeto de ellos ó testigos de los hechos; fijándose en la tradición oral en cuanto era posible, bajo la forma que les había dado el primer narrador, y llegando más ó menos accidentalmente á conocimiento de los escritores evangélicos, formaron el tesoro propio de cada uno de nuestros sinópticos. Otros terceros, finalmente, fueron sustraídos de propósito, y desde luego, de la narración pública, ó no fueron confiados á ella sino con ciertas reticencias relativamente á los hombres ó á las cosas: reserva que era requerida por consideraciones de diversa naturaleza, debidas á los que habían representado un papel en estos hechos.

¿Podemos suponer que existía algún motivo de reserva particular en cuanto á los relatos, acerca de la familia de Betania? Ya hemos indicado ciertas circunstancias propias para hacerlo presumir. Así San Lucas (X, 38 y siguientes), aunque habla de las dos hermanas y las designa con sus nombres, omite el nombre de la población en que habitaban: *Jesucristo en cierta aldea*, sea porque ignorase él mismo el nombre del lugar, por no haberlo sabido por la tradición, sea porque lo suprimiese de propósito. Por el contrario, San Mateo (XXVI, 6 y siguientes) y San Marcos (XIV, 3 y siguientes), nombran á Bethania, pero callan los nombres de las dos hermanas: «*vino una mujer*,» dicen, al referir la unción de María. ¿Que motivo imponía á la tradición primitiva estas reticencias? Indudablemente el principal motivo era la seguridad de Lázaro y de sus hermanas, el temor del brazo vengador del Sanhedrin que podía extenderse tan fácilmente de Jerusalem á Bethania. Así solo al fin del último siglo apostólico, cuando ya estaba fundada la Iglesia, y cuando ya habían desaparecido casi todos los interesados, creyó Juan poder volver á abrir las puertas de este santuario, que habían estado cerradas hasta su tiempo.

En todo caso, la mención ó la omisión de un milagro particular de Jesús, cualquiera que sea, es un hecho sobrado secundario, bajo el punto de vista de la predicación apostólica en general, y al mismo tiempo demasiado accidental é incalculable, bajo el punto de vista de las circunstancias que nosotros desconocemos que pudieron ocasionarlo, para que se deje jamás arrastrar una crítica juiciosa y realmente dueña de sí misma, á hacer que prevalezca el silencio de uno, dos ó aun tres de nuestros documentos, sobre el testimonio claro, circunstanciado y positivo del cuarto. Lea y medite el lector sin preocupación alguna extraña al asunto, y se formará espontánea é irresistiblemente en él una convicción indestructible, y aceptara sencillamente el hecho por el testimonio de este relato, cada una de cuyas palabras lleva el sello interno de la autenticidad.—(N. del T.)

tal invencion. Es evidente su artificio¹. — «A la distancia en que nos hallamos del suceso, repite la jóven crítica, y en vista de un solo texto que ofrece señales evidentes de haberse ideado artificiosamente, es imposible decidir, si es todo ficcion en el suceso de que se trata, ó si aconteció en Belen un hecho real y efectivo que sirviera de base á los rumores divulgados².» Es, pues, «un hecho muy real en el presente caso» el paralelismo entre los dos lenguajes, y podria, sin la menor apariencia de milagro, «considerarse como una resurreccion.»

32. Sin embargo, interesa muy poco conocer el verdadero autor de esta rancia exégesis, pero importa demostrar claramente su absurdo. El divino Maestro se hallaba hacia dos meses en la otra ribera del Jordan, separado de Bethania por una distancia de doce horas de camino, cuando cayó enfermo Lázaro. Marta y María no habian abandonado á su hermano, continuando ambas prodigándole los cuidados de su ternura. Sin embargo, el mal hace progresos; los dos tienen el mismo deseo, que es el de participárselo á Jesus. Pero ¿por qué ésta prisa? Jesus tenia, pues, el poder de curar, puesto que le llama tan instantáneamente una familia desconsolada para que vaya al lado de un enfermo que le es querido. Ambas hermanas envian á decirle: «Señor, mira que aquel á quien amas, está enfermo.» El mensaje no es nada misterioso, y es de un laconismo que no deja recurso alguno á la imaginacion de los racionalistas. ¿Cómo introducir en una fórmula tan sencilla todo un plan de una comedia ejecutada de comun acuerdo? Por otra parte, Jesus recibe este aviso al aire libre, en medio de la multitud que le rodea, y no se retira á un lado para hablar apartadamente con el mensajero. Hállanse presentes la inmensa multitud que le rodean sin cesar, los Apóstoles y los discípulos que jamás le abandonan. Oyen el mensaje millares de testigos: y no es menos instantánea ni menos pública la respuesta que da el divino Maestro. «Esta enfermedad no es mortal, dice, sino

¹ Instat Woolston, ac quæstionem movet cur Matthæus, Marcus et Lucas de miraculo resuscitati a morte Lazari altum sileant. Numquid hic fraus laet, dum tacentibus prioribus Evangelistis de resurrectione Lazari, solus Joannes, et in extremâ senectute suâ et post mortem eorum qui hujus resurrectionis testes esse potuerunt, eandem publicavit? (Veith. *Ibid.*, núm. 56.) La sabia obra de Weith que contiene la respuesta de todas las objeciones presentadas como nuevas por nuestros sofistas, se hallará en el *Curso completo de la Sagrada Escritura*, tom. IV.

² *Vida de Jesus*, pág. 360.

para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.» La profecía que contiene estas palabras destruye toda la tésis del racionalismo. Si por imposible hubiera existido entre la familia de Bethania y Jesus la combinacion anteriormente elaborada de una estratagema, no se hubieran concebido en estos términos ni el mensaje ni la respuesta. ¡Si se hubiera preparado de antemano la escena del sepulcro de Lázaro, el enviado hubiera ido á decir á Jesus: Aquel á quien tanto amas ha muerto!—Y aun admitiendo que, para usar de suavidad en las transiciones, se hubiera comenzado por avisar tan solo de la enfermedad, para preparar el desenlace trágico, se hubiera guardado bien de responder un impostor: «Esta enfermedad no es mortal.» En la hipótesis de una escena amañada, sabiendo Jesus que debia terminar la enfermedad con la muerte, se hubiera guardado bien de contestar oficialmente: «Esta enfermedad no es mortal.» Estas inverosimilitudes morales son patentes; no lo es menos la imposibilidad material. Bethania distaba solamente cinco estadios, es decir, una legua de Jerusalem, y Lázaro y sus hermanas tenian por su condicion y por el estado de su fortuna, numerosas relaciones en esta capital. ¿Puede imaginarse un teatro peor escogido para la escena que se prepara? Cuando se medita una impostura de un género tan extraordinario como esta, ¿le ocurrirá al entendimiento mas limitado, ponerse á la puerta de una gran ciudad, á donde acude cada dia una multitud de curiosos, de ociosos, de indiferentes, que pueden comprometerlo todo con una sola mirada indiscreta? ¿Qué precauciones de toda clase, qué artificios y disimulos no exigiria el sitio en que habia de representarse la comedia que suponen nuestros literatos? «Los amigos de Jesus, dicen, deseaban un gran milagro que afectase vivamente la incredulidad jerosolimitana, debiendo parecer lo mas convincente la resurreccion de un hombre conocido en Jerusalem¹.» Pero por lo menos hubiera sido necesario que hubiese estado Jesus en Bethania; y hacia dos meses que habia pasado Jesus el Jordan, siendo verosímil que ignorase el mensajero que se le enviaba en qué region de la Perea le encontraria. ¡Estraño modo de confabularse, separándose por el tiempo y por el espacio! La Judea no tenia muchos de los medios de comunicacion actuales, no conociéndose entonces el vapor y el telé-

¹ *Vida de Jesus*, pág. 359.

grafo. En aquel pais, era un verdadero viaje doce horas de marcha; y Jesus que jamás se sirvió de «una mula de ojos negros¹,» sino que recorría á pie todas las provincias de Palestina, se hallaba tan lejos de Marta y de María en esta circunstancia, como París lo está en el día de Londres. Pero aun hay mas. Si se hallara á peso de oro un malvado que quisiera consentir en hacerse encerrar en un feretro y en dejarse sepultar vivo, para la mayor gloria de un charlatan de baja estofa, lo mas que de él se podría conseguir, sería que se prestase por algunas horas á esta fúnebre farsa. Pero inténtese que se preste á permanecer cuatro días envuelto en su sudario, y por consiguiente, sin poder tomar alimento, bajo la losa de un sepulcro, y harán resonar sus gritos de furor todos los ecos del contorno, antes que haya terminado el primer acto de esta comedia. Así, pues, ¿es posible creer que hiciera de buena voluntad y como por vía de juego, Lázaró, que era uno de los hombres mas ricos de Bethania, uno de los hombres mas conocidos de Jerusalén, lo que no hubiera hecho entre nosotros el mas miserable de esos seres desgraciados que populan en los grados inferiores de nuestra civilización moderna? Entre nosotros el sudario funeral es un tejido muy elástico, que no intercepta el aire respirable, y que permitiría, en caso necesario, ciertos movimientos indispensables para vivir; pero entre los Judíos estaba herméticamente cubierta con el sudario la cabeza del muerto; y sus miembros ligados con fajas muy apretadas que paralizaban todos sus movimientos, reduciendo el cuerpo al estado de una momia. Si Lázaró, lleno de vida, se hubiese dejado agarrotar de esta suerte, no hubiera indudablemente vivido una hora; y no obstante, según vuestra hipótesis, ¿había de haber aceptado Lázaró voluntariamente, por espacio de cuatro días, este horrible suplicio, habiendo sobrevivido á él? Cualquiera que tenga sentido común comprenderá, que si hubiera podido concebir Lázaró la idea de semejante impostura, hubiese esperado para comenzarla, á que hubiera entrado su resucitador en Bethania, dispuesto á sacarle de tan arriesgada posición.

53. Sin embargo, Jesus permaneció dos días al otro lado del Jordán, después de haber recibido el mensaje. ¿Han pensado los racionalistas en la significación de estos dos días, perdidos entera-

¹ Ibid., pág. 190.

mente en una circunstancia tan grave, por el pretendido impostor? ¡Cómo! ¿Va á permanecer dos dias en su sepulcro el comparsa de Bethania, que representa un papel tan peligroso? ¿No teme el especulador, á cuyo beneficio se prepara la escena, que se canse la paciencia del segundo actor durante dos dias y que vengan á desenlazar toda combinacion y á hacer traslucir el secreto un encuentro casual ó una indiscrecion subalterna? Pásanse dos dias en la Perea. A la mañana del tercero, dice Jesus á sus discípulos: «Volvamos á Judea.»—Al oir esto, se apodera de ellos el espanto. «Señor, esclaman: ¿No ha mucho te buscaban los Judíos para apedrearte, y vas á volver á su pais? Cotejese esta exclamacion con la hipótesis racionalista: «¡*Los amigos de Jesus* deseaban un gran milagro!» ¡Estos amigos de Jesus que deseaban un gran milagro no tienen prisa de ver cumplidos sus deseos! Cuando deberian contar las horas y los minutos y apresurar la partida, se oponen, por el contrario, con todas sus fuerzas al paso confabulado. Sin embargo, cada segundo que éste se retrase, puede ocasionar las consecuencias mas desastrosas. Necesitábase todavía un dia de camino para llegar á Bethania, y hasta el dia siguiente no podria librarse de su cárcel sepulcral al muerto fingido. Sin embargo, los Apóstoles no piensan en esto, y suplican á su Maestro que renuncie á este viaje. En vano les tranquiliza Jesus con esa divina magestad que se presenta aquí á nuestra consideracion. «¿No tiene el dia doce horas?» dice: El que camina de dia, no tropieza contra ningun obstáculo, porque ve la luz del mundo.» El Salvador emplea esta locucion para calmar la inquietud de los Apóstoles. Asi como nadie puede prolongar ni abreviar las horas del dia, asi no está en manos de los hombres abreviar ó alargar la carrera del Mesías, sol divino del mundo. «Nuestro amigo Lázaro duerme, añade, y voy á despertarle.» Todos los idiomas de la antigüedad tenian una fórmula eufémica, para encubrir el terrible nombre de la muerte. Los Romanos decian: «Ha vivido;» los Arabes: «Ha partido;» los Hebreos: «Duerme.» Los Apóstoles conocian perfectamente esta expresion familiar, pero en su terror quieren hacerse ilusion y responden con el proverbio judío: ¡Pues que duerme, sanará!» El sueño, aun en el dia, es un síntoma favorable en la mayor parte de enfermedades. «Lázaro duerme,» es, pues, inútil ir á encontrarle; curará, pero sin que sea necesario esponernos al furor de los Judíos. Entonces Jesus deshace su error. «Lázaro ha

muerto, dice; este acontecimiento, ocurrido durante mi ausencia, confirmará vuestra fe.» ¿Quién, pues, habia dicho á Jesus que habia muerto Lázaro? No habia llegado mensajero alguno, hacia dos dias, á llevarle tal noticia. Sin embargo, los discípulos no se admiran de esta perspicacia de su Maestro, como no se maravillaban de oirle decir de un enfermo que se hallaba á doce leguas de distancia: «¡Duerme!» Por mas que se haga, el Evangelio es un tejido de milagros.

34. «Llegó, pues, Jesus á Bethania, continúa San Juan, y halló que hacia ya cuatro dias que Lázaro estaba sepultado. Bethania estaba situada ¹ como á unos quince estadios de Jerusalem. Y habian ido muchos Judíos á consolar á Marta y María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesus venia, le salió á recibir, y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta á Jesus: «Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero sin embargo, sé que aun ahora te concederá Dios todo lo que le pidieres. Díjole Jesus: Tu hermano resucitará. Bien sé que resucitará, respondióle Marta, en la resurreccion universal, que será el último dia. Jesus replicó: Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? ¡Oh! Señor, dijo ella, sí que lo creo, y que tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.—Y habiendo dicho esto, volvió á su casa y llamó secretamente á María, su hermana, diciéndole: Ha llegado el Maestro, y te llama. Apenas ella oyó esto, se levantó apresuradamente, y fué á encontrarle; porque Jesus no habia entrado todavía en la aldea, sino que aun estaba en aquel mismo sitio en que Marta le habia salido á recibir. Y los Judíos que estaban con María en la casa, consolándola, al ver á María levantarse tan pronto, y que salia, la siguieron diciendo: Esta va al sepulcro á llorar.—María, pues, habiendo llegado á donde estaba Jesus, luego que le vió, se echó á sus pies, y le dijo: ¡Señor! ¡Si hubieses estado aquí, no biera muerto mi hermano!—Jesus al verla llorar, y llorar tambien los Judíos que habian venido con ella, estremeciósese en su alma, y

¹ *Erat autem Bethania* (Joan., XI, 19.) «El Evangelista usa del verbo en el tiempo pasado. Y es que en efecto la aldea de Bethania fue destruida por una conmocion, casi veinte años antes de la época en que escribia San Juan su Evangelio, y antes de la ruina total de la Judea » (Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 212).

conturbóse á sí mismo, y dijo: ¿Dónde le pusisteis?—Respondieronle: Ven, Señor, y lo veras. Entonces se le arrasaron los ojos en lágrimas á Jesus. En vista de lo cual, dijeron los Judíos: ¡Mirad como le amaba! Mas algunos de ellos dijeron: Pues este que abrió los ojos de un ciego de nacimiento ¿no podia hacer que Lázaro no muriese? ¹.

35. Háse podido advertir anteriormente, que los Judíos no conservaban, como nosotros, por uno ó dos dias, los restos de un difunto en la casa mortuoria ²; pues no bien era llevado el cadáver al sepulcro, lo cual se verificaba tres horas despues de la muerte, se sacaban todas las sillas y lechos para evitar las impurezas legales que podria ocasionar el contacto de estos objetos. Al volver de la fúnebre ceremonia, sentábanse en tierra todos los miembros de la familia, cubierta la cabeza con un velo y con los pies desnudos; los parientes, amigos y vecinos formaban círculo á su alrededor, y respondian á sus quejas con palabras consolatorias. Durante los tres primeros dias, se iba al sepulcro á visitar el cadáver. «Los Judíos, dice Sepp, creian que revoloteaba el alma durante tres dias alrededor de su despojo mortal, para volver á entrar en él; pero que lo abandonaba definitivamente, cuando comenzaban á manifestarse las señales de descomposicion ³.» Esta creencia, fruto de la leyenda, no es otra cosa, segun la observacion del doctor Iahn, que la traduccion en lenguaje popular, de la admirable legislacion de Moisés relativa á los funerales. Para evitar las horribles consecuencias de las inhumaciones precipitadas, dejando á salvo el interés general de la salud pública, en un clima en que son tan peligrosas las emanaciones pútridas, estaba prohibido que pudiera permanecer el cadáver en lugar habitado; pero debia visitarse durante los tres primeros dias el sepulcro de familia, donde se le trasladaba inmediatamente despues de la muerte; y no se sellaba definitivamente la piedra, hasta que se consignaba la muerte por las dos señales menos e quivocas, la descomposicion cadavérica y su olor fétido. Al finar el tercer dia, se cerraba, pues, para no volverla á abrir, la entrada del monumento fúnebre. Pero se prolongaba el luto de la familia todavía por cuatro dias, durante los cuales se acudia á orar y á llorar

¹ Joan., XI, 17-37. — ² Véase, tom. I de esta Historia, pág. 451. — ³ Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 214.

á la puerta del sepulcro. Todos estos pormenores, tomados de la civilizacion judía, nos hacen comprender cada palabra del relato evangélico. El dia tercero, despues de la muerte de Lázaro, se habia verificado, respecto de las dos hermanas, esta separacion final que acaba de romper todos los lazos, al arrancar á la ternura de los que sobreviven los restos de una persona querida. Maria Magdalena y Marta se hallan sentadas en tierra, en la casa de Bethania, continuando el gran duelo que no debe concluir hasta el sétimo dia. Rodeálas un círculo de amigos que habian venido de Jerusalem, mientras ellas dejan correr bajo sus largos velos sus lágrimas en silencio. Habíales faltado el único consuelo que habian esperado tanto, la presencia de Jesus. ¡Cuántas veces debieron decirse, durante la agonía de su hermano, y despues de su muerte, y en las visitas al sepulcro todavia abierto: «Si hubiera estado aquí el Señor, Lázaro no habria muerto!» Asi, pues, no habia venido el divino Maestro, avisado por un mensaje.

36. Tales son las realidades históricas, al través de cuyo tejido quisiera introducir el racionalismo su ficcion de una comedia representada por las dos hermanas. En estos hechos resalta con manifiesta evidencia la imposibilidad de una combinacion de este género. Marta y Maria no están solas ni un instante para confabularse, pues la amistad judía habia observado los hábitos de la época patriarcal, rodeando el dolor de sus parientes, como en tiempo de Job, cuyos tres amigos vienen á participar de su afliccion y permanecen sentados en tierra siete dias y siete noches, sin interrumpir su quebranto. Hé aquí, pues, estas dos mujeres cubiertas con sus velos, sin sandalias en los pies, que pasan el dia sentadas en tierra en la casa mortuoria, y cada una de cuyas visitas al sepulcro de su hermano se verifica en medio de un séquito de parientes y de amigos. Díganos, pues, el racionalismo ¿por qué don misterioso de invisibilidad podrán sustraerse á tantas miradas para llevar á Lázaro los alimentos de que necesita en su prision sepulcral? Despues de cada visita pública hecha al sepulcro, durante los tres primeros dias, volvía á ponerse en su lugar la piedra del monumento. Esta piedra no podian levantarla débiles mñjeres. Cuando vayan mas adelante al sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, pensarán en esta circunstancia: «¿Quién nos desviará la piedra de la entrada del monumento?» dirán. Pero en sus visitas al sepulcro de su her-

mano, no tenían que cuidarse de esto, porque los hombres que las acompañaban se encargaban de este cuidado: al llegar, levantaban la piedra y la apartaban; y al partir, volvían á ponerla en su sitio. Entre tanto, ¿cómo podía vivir Lázaro envuelto en fajas y privado de aire en este sombrío calabozo? ¿Supondráse que volvía mas tarde un afiliado á abrir la puerta sepulcral? Pero los sepulcros estaban situados entre los Judíos, en la orilla del camino. No faltaban transeúntes en el camino de Jerusalem á Jericó, uno de los mas frecuentados de la Palestina, los cuales hubieran notado fácilmente esta maniobra; y por otra parte, ¿quién podía responder de la discrecion del mismo afiliado? Pero no es esto todo. En la hipótesis de una escena de impostura preparada de esta suerte, es inexplicable la conducta de los pretendidos actores. Llega Jesus á las puertas de Bethania; sabe que hace cuatro dias que está Lázaro en el sepulcro; debe, pues, tener prisa de abreviar el suplicio voluntario de su cómplice. En este caso, es precioso cada momento, y el menor retraso puede hacer abortar todo el complot. Sin embargo, en vez de entrar en el pueblo, de dirigirse á la casa de las dos hermanas, de hacerse conducir sin dilacion al sitio de la sepultura, se detiene el divino Maestro á alguna distancia de la aldea. Esto no nos lo dice solamente el Evangelio; muéstrase aun en el dia en una altura cercana á Bethania, la piedra en que estaba sentado Nuestro Señor Jesucristo cuando llegó á recibirle Marta.¹ Un impostor no hubiera pensado siquiera en sentarse en semejante caso. Pero tal vez Jesus avisó á las dos hermanas para que viniesen inmediatamente á recibirle, con personas crédulas elegidas anticipadamente como testigos del futuro milagro. No. Solo es avisada Marta de la llegada de Jesus. Solo ella sale á recibirle; y su primer palabra echa por tierra todo el aparato de la invencion racionalista: «¡Señor, dice, si hubiéras estado aquí, no hubieses muerto mi hermano!» Una farsante hubiera dicho, deshaciéndose en lágrimas: ¡Señor, ven, pues, al fin á resucitar á mi hermano! Marta conoce tan poco el espíritu de su pretendido papel, que ni siquiera comprende el sentido de la respuesta que le da Jesus: «Tu hermano resucitará, dice;» y Marta,

¹ Llámase la *Piedra del Coloquio* ó de Santa Marta. Muy cerca de allí, hay una cisterna llamada tambien *cisterna de Santa Marta*. Créese que estaba vecina á ella la casa de las dos hermanas. (M. Mislin. *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 485-486.)

lejos de aprovecharse de esta indicacion para ostentar su esperanza, replica: «Ya sé que resucitará en la resurreccion universal del último dia.» ¡Estraños actores que dicen lo contrario que su estudiado papel! Es preciso que Jesus verifique antes, respectó de ellos mismos, el milagro de conversion que va á efectuar en todo un pueblo. Marta que deberia saber el secreto de esta comedia, rehusa crcer en el desenlace que, segun la hipótesis, habria preparado ella misma. Jesus le afirma, pues, reiteradamente su propio poder. «Yo soy, dice, la resurreccion y la vida. El que cree en mí, aunque hubiese muerto, vivirá: ¿crees tu eso?» Entonces Marta esclama: «Si, Señor, creo que eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.» Marta cree en el Hijo de Dios, pero no cree aun en la próxima resurreccion de su hermano. En breve lo veremos. Sin embargo, vuelve á la casa á avisar á su hermana María Magdalena. Hé aquí, pues, que van á hallarse reunidos todos los actores de la escena concertada. ¡Cuánto tiempo perdido en pasos inútiles! Marta llega sola; vuelve á la casa á buscar á su hermana; deberá tambien volver con ella al lado de Jesus, para ir juntas al sepulcro. ¡Y es posible creer, que si hubiera sido encerrado vivo Lázaro en el sepulcro por las dos hermanas, no se hubiera visto, en vez de esta calma y de esta actitud desconsolada, pero tranquila, todas las señales de la impaciencia mas febril, de la mas inquieta premura? Finalmente, Marta habla á su hermana, pero en vez de escitar la curiosidad de la asamblea reunida en la casa mortuoria, y de llamar testigos al teatro en que va á manifestarse el desenlace, previene Marta á María «en voz baja, *silentio*, que ha llegado el Maestro y que la llama.» María va á reparar tal vez el olvido de su hermana, y á decir algunas palabras significativas á los asistentes. No: levántase con precipitacion y sale, sin proferir una palabra. «Va á llorar al sepulcro,» dicen los Judíos, y la siguen. Búsquese alguna «señal de artificio ó preparacion» en este relato divino del Evangelio, y nunca se la encontrará. María prorrumpe á los pies de Jesus en sollozos, y los amigos que la han acompañado no pueden contener sus lágrimas, en vista de esta nueva efusion de su dolor: «¡Señor, dice ella, si hubieras estado aquí, no hubiese muerto mi hermano! Y Jesus sintió arrasados sus ojos en lágrimas.—¡Mirad cuanto le amaba! dicen los Judíos. ¿No podia impedir que muriera Lázaro, el que abrió los ojos de un ciego de

nacimiento?» Entre tanto, el divino Maestro se hace conducir al sepulcro.

37. «Finalmente, prorumpiendo Jesus en nuevos sollozos que le salian del corazon, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una gran piedra.—Dijo Jesus: Quitad la piedra.—Respondióle Marta, hermana del difunto: Señor, mira que ya hiede, pues hace ya cuatro dias que está ahí.—Dijole Jesus: ¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?—Quitaron, pues, la piedra, y Jesus, levantando los ojos al cielo, dijo: ¡Oh Padre! gracias te doy, porque me has oído. Bien es verdad que yo bien sé que siempre me oyes, mas lo he dicho por razon de este pueblo, que está alrededor de mí, para que crean que tú eres el que me has enviado.—Habiendo dicho esto, gritó con voz muy alta: ¡Lázaro, sal afuera!—Y al instante, el que habia muerto salió fuera, ligado de pies y manos con fajas, y cubierto el rostro con un sudario. Díjoles Jesus: desatadle y dejadle ir¹.»

Apenas tenemos valor para proseguir por mas tiempo el examen de la sacrilega teoría del racionalismo. La piedra del sepulcro estaba definitivamente cerrada. Cuando pide Jesus que se la quite, como se habia practicado durante los tres primeros dias de la sepultura, Marta, preocupada únicamente del lamentable espectáculo de la descomposicion del cadáver, esclama: «¡Señor, ya hiede!» Este *Jam factet* del Evangelio ha espantado al moderno crítico, pues no deja que se trasluzca este pormenor en su relato. Oigamos al nuevo exégeta: «Parece, dice, que Lázaro estaba enfermo, y que Jesus dejó la Perea en virtud de un mensaje de las dos hermanas alarmadas. El gozo de su llegada pudo volver á Lázaro á la vida. ¡Tal vez Lázaro, todavía pálido de su enfermedad, se hizo ligar con fajas como un cadáver, y encerrar en su sepulcro de familia. Estos sepulcros eran grandes estancias abiertas en la roca, donde se penetraba por una tronera cuadrada que cerraba una enorme losa. Marta y María salieron al encuentro de Jesus, y sin dejarle entrar en Bethania, le condujeron á la gruta. La emocion que experimentó Jesus junto al sepulcro de su amigo, á quien creia muerto, pudo considerarse por los asistentes por esa turbacion, por ese estremecimiento que acompañaba á los milagros; queriendo la opinion popular que

¹ Joan., XI, 39-45.

fuera en el hombre la virtud divina como un principio epiléptico y convulsivo. Jesús deseó ver también otra vez á aquel á quien habia amado, y habiéndose apartado la piedra, salió Lázaro ligado con sus fajas, cubierta la cabeza con un sudario. Esta aparicion debió considerarse naturalmente por todo el mundo como una resurreccion ¹. » ¿Qué se ha hecho, en esta narracion cercenada y dificultosa, del *Jam factet* del Evangelista? Quanto mas habeis tratado de ocultarlo, mas queremos verlo. ¿Acaso heria vuestra delicadeza esta circunstancia? ¿Habeis temido la susceptibilidad de un siglo sobrado impresionable para soportar semejantes espectáculos? Sin embargo, segun vuestra hipótesis, ha debido llenarse la tumba en que estuviera Lázaro encerrado durante cuatro dias, de un olor tan fétido, que Marta, en beneficio de los asistentes, y por un sentimiento de respetuosa ternura por el mismo muerto, se oponc á que se quite la piedra sepulcral. ¿Se comprende la posibilidad de vivir durante cuatro dias en una atmósfera tan infecta? Hasta que se dé una explicacion satisfactoria sobre el *Jam factet*, ante el cual han retrocedido vuestra pluma y vuestra imaginacion, no habeis hecho nada contra el texto evangélico. Por lo demás, no se hallan mejor aclarados los otros puntos que toca el racionalismo. ¿Qué decir, por ejemplo, de la «opinion popular, que quiere que la virtud divina fuera en el hombre como un principio epiléptico y convulsivo?» Las afecciones del sistema nervioso son bastante frecuentes entre nosotros para que puedan estudiarlas todas las «comisiones de físicos y de químicos.» Aun no hemos oido decir que haya hecho el menor milagro la epilepsia. ¿Dónde encontrar, por otra parte, la apariencia de una «convulsion» en la actitud de Jesucristo en la tumba de Lázaro? El divino Maestro «lloró.» Lo advierte el Evangelio, porque Jesús, á quien jamás se vió reir ², lloró dos veces solamente. La primera vez lloró la muerte individual de un hombre á quien iba á resucitar; la segunda, lloró ante la ceguedad de un pueblo y de una ciudad que corrian á la muerte. No haber reido una vez, y haber llorado dos veces solamente, en treinta y tres años de vida, parece á nuestros racionalistas, síntoma evidente de una constitucion tan nerviosa y de un organismo tan debilitado, que reconocen en él todas las se-

¹ *Vida de Jesús*, pág. 361-362.

² Esta observacion se ha escapado sin duda al moderno racionalismo, puesto que nos dice: «La *Vida de Jesús* era una fiesta perpetua.» (*Vida de Jesús*, pág. 189.)

ñales características de la «epilepsia.» Aquí la sinrazon corre parejas con el sacrilegio. Jesus «se estremeció en su alma, y conturbóse á sí mismo,» dice el Evangelista. Esta circunstancia era tan impropia de la actitud tranquila y soberana de Jesus, que su historiador la señala con admiracion. «¡Se conturbó á sí mismo!» ¡Tanto habia acostumbrado á los discípulos á verle mantener su alma en la magestad inmutable que conviene á Dios! Al ver á la Magdalena prorumpir en sollozos y á los Judíos que no pueden contener sus lágrimas, «lloró Jesus.» Lloraba en la muerte de Lázaro, dice San Agustin, los desastres de la muerte, hija del infierno y del pecado, cuyo imperio venia á arruinar. «Lloró,» pero se admiran de ello los Judíos; tan alta era la idea que tenian todos de la superioridad moral y del poder sobrehumano de Jesus. «¡Mirad cómo le amaba! dicen.» ¿No podia, él que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriese? Cada palabra del Evangelista es un rayo de luz divina. ¡Qué! ¿Creian estos Judíos que Jesus habia podido impedir que muriera Lázaro? ¿Conocen los hombres á alguno, cuyo poder milagroso se proclame de esta suerte? «Lázaro, añaden nuestros literatos, salió ligado con las fajas, y la cabeza cubierta con un sudario, y naturalmente debió considerarse esta aparicion como una resurreccion.» Verdaderamente, aun cuando todas las comisiones de químicos, de físicos y de filólogos de nuestras modernas academias hubiesen estado allí y presenciándolo, hubieran gritado tambien: ¡Milagro! El retórico no parece sospechar lo que eran esas famosas fajas «con que salió naturalmente Lázaro del sepulcro.» El «natural» de la aparicion es una palabra de una candidez esquisita. Las fajas, que hacen en la presente exégesis un papel tan acomodaticio, no se prestaban en manera alguna á la superchería. Ceñíase alrededor del cuerpo una faja de lienzo de dos dedos de ancha, envolviendo los pliegues del sudario, que cubria enteramente el rostro, sujetando los brazos al pecho y juntando los pies uno con otro, de suerte que el cadáver se hallaba exactamente en la posicion en que lo vemos en las momias de Egipto. Inténtese, pues, con todos los medios de electricidad y de galvanismo de que disponemos en el día, hacer que se ponga en pie por sí mismo, no un cadáver, sino un hombre vivo, cuyo cuerpo se halle agarrotado de la cabeza á los pies de esta suerte. ¡Hé aquí, no obstante, lo que halla «muy natural» un racionalista!

38. Esto es insistir demasiado sobre miserables sofismas. Los monumentos que forman una guardia solemne alrededor del texto evangélico, bastan para desbaratar tales puerilidades. El pueblo de Bethania, destruido veinte años despues de este suceso, dejó lugar á un pueblo que existe todavía y que lleva el nombre árabe de *El Azarieh*, aldea de Lázaro. Enseñáse en él la tumba que volvió á la voz del Hijo de Dios, un muerto á la luz. «Es, dice monseñor Mislin, una cavidad abierta en la roca, y revestida en parte de mampostería. Bájase á ella por seis gradas; está cubierta con una piedra puesta horizontalmente, y que cierra la entrada; lo cual es perfectamente conforme con las palabras del Evangelio: «Era una gruta, sobre la cual habia colocada una piedra. *Erat autem spelunca, et lapis superpositus erat ei.*» Aunque se diferencia de la forma afectada en el Santo Sepulcro, se asemeja, no obstante, á otras tumbas de la misma época, que se encuentran aun en el dia, y en las que no se ponía á los muertos en nichos separados, sino en una sola gruta que podia contener muchos cuerpos. Antes de llegar al sepulcro propiamente dicho, se baja por una escalera de veinte y cinco gradas á un subterráneo que sirve de vestibulo ¹.» Si no hubo una resurreccion en Bethania, dígasenos ¿por qué este pueblo destruido por los Romanos, y que sobrevivió á esta primer ruina, ha cambiado su nombre histórico para llamarse: «Aldea de Lázaro?» ¿Por qué, si el Evangelio no es mas que una leyenda, ha conservado la tradicion con tal cuidado la memoria de Lázaro, y especialmente, por qué conserva el mismo sepulcro en este momento, despues de tantos siglos de revoluciones, la forma exacta y precisa que le da el historiador sagrado? Los apócrifos, los escritores legendarios pueden inventar narraciones, pero no podrian crear ni monumentos, ni tradiciones locales.

§ III. ESCOMUNION. RETIRADA Á EFREN.

39. «Con esto, continúa el Evangelista, muchos de los Judíos que habian venido á visitar á María y á Marta y habian visto el milagro verificado por Jesus, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron á los Fariseos, y les contaron lo que Jesus habia

¹ M. Mislin. *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 483, 484.

hecho. Entonces los Pontífices y Fariseos juntaron el Consejo y dijeron: ¿Qué haccmos? Este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los Romanos y arruinarán nuestra ciudad y la nacion.—En esto, uno de ellos llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendeis nada de esto, ni reflexionais que os conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion.—Pero esto no lo dijo de propio movimiento, sino que, como era el Sumo Pontífice en aquel año, profetizó ¹ que Jesus habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion judía, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios, que estaban dispersos. Y así, desde aquel día, no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesus no se dejaba ver en público entre los Judíos, antes bien se retiró á un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Efren, donde moraba con sus discípulos. Y como estaba próxima la Pascua de los Judíos, muchos de aquel distrito fueron á Jerusalem antes de la Pascua, para purificarse. Los cuales iban en busca de Jesus; y se decian en el Templo unos á otros: ¿Qué será que aun no ha venido á la fiesta? Pero los Pontífices y Fariseos tenian ya dada orden de que si alguno sabia dónde estaba Jesus, le denunciase, para hacerle prender ².

40. Los miembros del Sanhedrin, bajo la presidencia de Caifás, consignan la realidad del milagro obrado en Bethania y del poder taumatúrgico de que daba el Señor á cada instante nuevas pruebas. «¡Hé aquí, dicen, que este hombre obra multitud de prodigios! ¡Van á creer todos en él! Esta última palabra en boca de los Doctores Fariseos, tiene una significacion determinada que debe comprenderse. Muy poco importaria actualmente, en nuestras civilizaciones modernas, que tomando partido la opinion pública por tal ó cual doctor, se pronunciase, por ejemplo, en favor de la homeopatía contra la alopatía; en favor de la doctrina de las generaciones regulares contra la de las generaciones espontáneas. Si se inventase entre nosotros un sistema completo de astronomía que partiera de una base diametralmente opuesta á la de Galileo, y que tuviese la pretension de esplicar todos los fenómenos celestes, aun cuando por

¹ Sin saberlo.—² Joan., XI, 45 ad ultim.

falta de reflexion ó por amor á la novedad, se declarase unánimemente la multitud á favor de la teoría nueva, se preocuparia de ello muy poco la política de los hombres de Estado, dejando á los sabios directamente interesados en la cuestion, el cuidado de defender sus preocupaciones de corporacion, sus precedentes oficiales y su amor propio comprometido. «Si dejamos obrar á Jesus, dicen los hombres de Estado de Jerusalem, todos creerán en él, y vendrán los Romanos á destruir nuestra ciudad y nuestra nacion.» Para que la fe de Jesus pudiese hacerles temer tales consecuencias políticas, era preciso que fuera esta fe muy diferente de la adhesión que se podria dar en nuestros dias á abstracciones del dominio de la filosofía ó de la ciencia. En efecto, «creer en Jesus» significaba para los Judíos, creer que era Jesus el Mesías, el Cristo rey, heredero del cetro de Judá y del trono de David, fundador de un imperio universal, cuya duracion no tendria fin. Desde la resurreccion de Lázaro se aplica por todos los labios á Jesus y se escapa de todos los pechos el título de Rey de los Judíos. Pero un reinado tan aclamado por el pueblo debia hacer sombra al poder romano, que habia reducido la Judea á provincia. No se abria fácilmente la mano de los Césares para soltar su presa. Bajo el limitado punto de vista de los políticos del gran Consejo de Jerusalem, era, pues, perfectamente natural aquel recelo ó temor, puesto que les cegaban las ideas materiales y toscas que formaban del reinado y del imperio del Mesías. Si hubieran visto al divino Maestro rodeado de un ejército aguerrido y numeroso, estendiendo ya su cetro sobre el Oriente, por do quiera vencedor de las formidables legiones romanas, cuya marcha conmovia la tierra, conquistador glorioso y coronado, amenazando en el Templo de Jerusalem las tribus del universo sometido, hubieran convertido sus gritos de muerte en aclamaciones triunfales. Pero el Hijo del hombre que acababa de resucitar á Lázaro, no tenia una piedra donde reclinar su cabeza. Eran sus Apóstoles doce pescadores de Galilea; en vez de combatir y de vencer á las potencias de este mundo, predicaba la guerra contra las pasiones, el triunfo de sí mismo, el desprecio de las riquezas, el amor á las humillaciones y el advenimiento del reino de Dios á las almas. Sin duda, nada de todo esto merecia la muerte; era evidente la inocencia de semejante doctrina; pero no lo era menos el peligro político del reinado de la magestad real, que el pueblo adjudicaba á Jesus.

Hé aquí por qué el Gran Sacerdote Caifás, profeta sin saberlo, órgano inconsciente del último oráculo de Jehová, dado por un sucesor de Aaron, formula la decision en estos términos: «¡No reflexionais que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion!» Caifás no advertia siquiera que proclamaba en el Sanhedrin el decreto dado en los Consejos eternos para la Redencion del mundo.

41. «Los Pontífices y los Fariscos dieron, pues, la órden de que si alguno supiese donde estaba Jesus, le denunciase, para hacerle prender.» Las tradiciones rabínicas del Talmud dan á este texto del Evangelio una confirmacion tanto mas manifiesta cuanto que es de un odio inveterado. Refiérese, pues, que fue escomulgado solemnemente el Hijo de María por las cuatrocientas trompetas, es decir, por los jefes de las cuatrocientas sinagogas de la Palestina; que fue denunciado públicamente cuarenta dias antes de su muerte, y condenado al suplicio de la cruz, como mago y seductor del pueblo. La Iglesia judía tenia tres clases de censuras: la exclusion temporal, que imponia á los culpables un entredicho de treinta dias, durante los cuales no podia acercarse el condenado ni aun á los miembros de su familia, sino á distancia de cuatro codos; la maldicion ó destierro perpétuo de la sociedad judía; y finalmente, la escomunion mayor, que llevaba consigo la pena de muerte respecto del culpable y de los que le dieran asilo ó abrazaran su partido. Esta última era proclamada al son de las trompetas. Tal fue la penalidad suprema que lanzó contra Jesus el Sanhedrin. El divino Maestro «se retiró, pues,» á un territorio vecino al desierto, en una ciudad llamada Efren, donde permaneció con sus discípulos. «Efren ó Efrain era una pequeña ciudad del antiguo reino de Samaria, no lejos de Bethel, cerca de ocho leguas del Norte de Jerusalem. En el dia se halla situada en el sitio que ésta ocupó la ciudad árabe llamada *El-Taybieh*. Fácilmente se comprenderá, que esta poblacion, habitada en gran parte por samaritanos, enemigos declarados de los Judíos, pudo ofrecer un asilo al divino escomulgado. Por otra parte, Efren se hallaba situada en la raya de las áridas y montuosas soledades que se extienden desde Bethaven y Scitópolis, hasta el mar Muerto. Esta region, designada por el Evangelista, con el nombre de «Desierto» habia servido en los tiempos antiguos, de retiro al profeta Elías. En ella se habia pasado la juventud de San

Juan Bautista en la austeridad del ayuno y las delicias de la oracion. El Hijo de Dios, desconocido de los hombres, á quienes venia á redimir, desterrado de un mundo al que llevaba la luz y la vida, quiso pasar, en medio de estas rocas salvajes, los últimos dias de una vida cuyo término debia él solo elegir. Ni el furor de sus enemigos, ni la sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrin, ni á órden de denuncia proclamada en las Sinagogas podian adelantar ni por un minuto, la hora solemne de la Redencion por la cruz. Los habitantes de Jerusalem ven afluir, al aproximarse la solemnidad Pascual, las caravanas de peregrinos que venian de la parte de Efren, esperando que se habia agregado Jesus á alguna de ellas. Pero el Salvador vendrá ostensiblemente en el dia que ha fijado; por que «él es quien ha de dar por sí mismo su vida, sin que pueda nadie arrebatársela contra su voluntad.»

42. El Evangelio nota aquí un pormenor que se refiere á toda la civilizacion judáica, y ofrece uno de los caracteres de autenticidad intrínseca, de que hemos visto ya tantos ejemplos. «Muchos judíos, dice, subieron á Jerusalem, antes de la Pascua, para purificarse.» La inmolacion y la manducacion del cordero Pascual en Jerusalem, exigian una purificacion prévia, á la que se preparaban, no por medio de la santificacion espiritual que prescribe la Iglesia Católica á sus hijos con el divino banquete de la verdadera Pascua, sino por medio de abluciones y sacrificios rituales. Ningun israelita afectado de impureza legal podia tomar parte en la festividad. Asi, el contacto de un muerto debia ser purificado durante siete dias con la aspersión de agua mezclada con las cenizas de una vaca roja, ofrecida en holocausto. Quien quiera que llevaba en sus sandalias polvo de paises habitados por paganos, debia sufrir una purificacion especial. Lo mismo era respecto de un hebreo que salia recientemente de la cárcel, ó á quien se alzaba por el Sanhedrin una sentencia de escomunion. Por último, todos los Judíos indistintamente, debian, en los siete dias precedentes, cortarse los cabellos y lavarse los vestidos. Las prescripciones simbólicas de la ley de Moisés se han transformado en el seno de la Iglesia de Jesucristo en la realidad del verdadero Cordero Pascual, y de la purificacion espiritual de las almas, que precede á la Pascua Eucarística,

§ IV. REGRESO Á JERUSALEN.

43. «Estando para cumplirse, dice el Evangelista, el tiempo en que Jesus habia de salir del mundo, se puso en camino, mostrando un semblante resuelto para ir á Jerusalem. Y envió delante de sí algunos de sus discípulos, que habiendo partido, entraron en una ciudad de Samaritanos á prepararle hospedaje. Mas los habitantes no quisieron recibirle, porque daba á conocer que iba á Jerusalem. Y viendo esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: ¿Quiéres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore?—Pero Jesus vuelto á ellos, les respondió, diciendo: No sabeis á qué espíritu perteneceis. El Hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos. Y con esto se fueron á otra aldea ¹.» El odio de los Samaritanos contra Jerusalem estalla aquí en toda su violencia. Niégase á Jesus la hospitalidad, únicamente porque se dirige hácia esta ciudad aborrecida. Los sentimientos de indignacion de los Apóstoles se traducen en un lenguaje que debe admirar singularmente á nuestros racionalistas modernos. ¡Qué estraña proposicion la de Santiago y de Juan! ¿Se concebiría, si no hubieran sido mil veces testigos de los prodigios obrados por su Maestro, que pudieran racionalmente dirigirle semejante palabra? Sin embargo, el buen Pastor que iba á dar su vida por sus ovejas, les atrae al verdadero espíritu de su vocacion. «No he venido á perder las almas, sino á salvarlas.» La muchedumbre del divino Maestro absuelve á ta ciudad inhospitalaria; y en vez de tomar Jesus su camino por el territorio Samaritano, cambia de direccion y se vuelve á Jerusalem por el camino de Jericó, es decir, que arrostra ostensiblemente el peligro que le ha creado el reciente decreto del Sanhedrin, pues en el camino que recorre, podrán darle muerte legalmente todos los judíos, á él y á sus discípulos.

44. «Continuaron, pues, dice el Evangelista, el camino que sube á Jerusalem, y Jesus se les adelantaba, y estaban los discípulos como atónitos, y le seguian llenos de temor. Y tomando aparte de nuevo á los doce, comenzó á repetirles lo que habia de sucederle. Nosotros, como veis, les dijo, vamos á Jerusalem, donde

¹ Luc., IX, 51-56.

el Hijo del hombre será entregado á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Escribas y Ancianos, que le condenarán á muerte y le entregarán á los Gentiles, y le escarnecerán y le escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida, y al tercer dia resucitará.—Pero los doce no comprendieron ninguna de estas cosas, antes era un lenguaje desconocido para ellos, ni entendian la significacion de las palabras dichas ¹. Era la tercera vez que el Salvador del mundo revelaba tan esplicitamente á los Apóstoles el misterio de su pasion, de su muerte y de su resurreccion. Sin embargo, á pesar de la claridad de semejante lenguaje, á pesar de la gravedad de las circunstancias en que se encontraban, persuadidos mas y mas los Apóstoles de la divinidad de su Maestro, rehusan creer en la posibilidad de tantas humillaciones é ignominiosos suplicios. Obsérvese bien, ellos mismos son los que nos confiesan la obstinacion de su credulidad sobre este punto. *Sequentes timebant*. La animosidad de los Judíos les consterna, respecto de sí mismos; pero en lo concerniente á Jesucristo, no solo no imaginan tener el menor cuidado, sino que no comprenden ni aun la sencilla, clara y circunstanciada profecía que les dirige. ¿Qué idea tenian, pues, de Jesus los Apóstoles? Evidentemente, si no hubieran tenido la fe mas firme y mas indestructible en su divinidad, hubieran comprendido demasiado su prediccion.

45. Entre tanto, la multitud de peregrinos que se dirigia hácia Jerusalem, se les reunió en breve, y rodeó al Salvador. «En esto, dice el Evangelista, llegaron á Jericó. Y habiendo entrado allí, atravesaba Jesus la ciudad. Y hé aquí que un hombre llamado Zaqueo, jefe entre los publicanos, hacia diligencias para conocer á Jesus de vista, y no pudiendo conseguirlo á causa del gentío, por ser de muy pequeña estatura, se adelantó corriendo y subióse á un sicomoro para verle, porque habia de pasar por allí. Y habiendo llegado Jesus á aquel lugar, alzando los ojos le vió, y díjole: Zaqueo, baja luego, porque importa que yo me hospede hoy en tu casa. El bajó á toda prisa y le recibió gozoso. Y todos, al ver esto, murmuraban, diciendo, que se habia ido á hospedar á casa de un hombre pecador ó de mala vida. Pero Zaqueo, puesto en pie, en presencia del Señor, le dijo: Señor, yo doy la mitad de mis bienes á los po-

¹ Math., XX, 17-19. Marc., X, 32-37. Luc., XVIII, 31-34.

bres, y si he defraudado en algo á alguno, le voy á restituir cuatro tantos mas.—Jesus le respondió: Ciertamente que el día de hoy ha sido de salvacion para esta casa, pues que tambien este es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre ha venido á buscar y á salvar lo que habia perecido ¹.

«El jefe de los publicanos» *Princeps publicanorum*, es decir, el encargado de las aduanas y de la percepcion de los tributos, tasas y peajes de Jericó, para el fisco de César, era á los ojos de los Judíos un escomulgado, un gentil, cuyo solo contacto hacia adquirir la mancha de impureza legal. Tal es el sentido de los murmullos de la multitud. Jesus no teme, al volver á Jerusalem para la festividad de la Pascua, adquirir públicamente esta mancha que evitaban con tanto cuidado sus compatriotas. Ellos, que se purificaban por medio de multiplicadas abluciones, únicamente por haber conservado sus sandalias el polvo de las regiones idólatras que habian atravesado durante la peregrinacion, no conciben que pueda ir Jesus á Jerusalem á comer el Cordero Pascual, despues de haber comunicado en el camino con «un hombre pecador.» Hállase en el empadronamiento de Zorobabel, al regreso de la cautividad de Babilonia, una familia judía llamada *Zachai*, ya muy importante entonces, puesto que se elevaban los miembros de esta casa al número de seiscientos sesenta ². El Talmud ha conservado igualmente la memoria de esta antigua familia ³. Hay, pues, motivo para creer que el Zacarías del Evangelio era de origen hebreo. Pero al aceptar la desacreditada funcion de agente del fisco, habia descendido de su clase y condicion, segun el reglamento farisáico, considerándose desde entonces deshonorado un Judío, en mantener con él otras relaciones que las puramente oficiales. Hé aquí por qué rehabilita Jesus al publicano, diciendo: «Este hombre es tambien un hijo de Abraham.» El salvador no habia encontrado nunca á Zaqueo, y no obstante, le conoce sin que nadie le nombre; le llama por su nombre al verle en el sicomoro, á donde habia subido el Publicano para dar mas altura á su poca talla. Asi buscó la humanidad elevarse hasta Dios sobre los sicomoros de las religiones antiguas, sin poder llegar á las alturas celestiales. Era preciso que el Verbo Eucar-

¹ Luc., XIX, 1-10.—² I Esdr., II, 9. II Esdr., VII, 14.—³ Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 228.

nado se bajase él mismo, y viniera á decir al orgullo humano: ¡Zaqueo, baja pronto, porque pienso hoy hospedarme en tu casa! Recibir á Jesus, es recibir, con la gracia de conversion, la fuerza de hacer bien. El humilde Zaqueo se eleva un instante por la fe, al heroismo de la virtud. La tradicion judáica habia fijado en un quinto de la renta anual la suma de las limosnas de un Hebreo infiel. Nadie estaba obligado á hacer mas. El Publicano se ofrece á distribuir á los pobres la mitad de sus bienes, y á dar el cuádruplo á aquellos á quienes hubiera podido defraudar. ¡Verdaderamente, si en la víspera era el Zaqueo «un pecador» como le echaba en cara la multitud, es á la sazón un modelo de caridad, de abnegacion y de fe!

46. «Jesus, dice el Evangelista, añadió en seguida esta parábola, atento á que se hallaba vecino á Jerusalem, y las gentes creían que luego se habia de manifestar el reino de Dios. Dijo, pues: Un hombre de ilustre nacimiento marchóse á una region remota para recibir la investidura del reino, y volver con ella. Con cuyo motivo, habiendo convocado á diez de sus criados, dióles diez minas¹, diciéndoles. Negociad con ellas hasta mi vuelta.—Es de saber, que sus naturales le aborrecian; y así, despacharon tras de él embajadores, diciendo: No queremos á ese por nuestro rey.—Mas habiendo tomado posesion del reino, volvió é hizo llamar los criados á quienes habia dado su dinero, para informarse de lo que habia negociado cada uno.—Vino, pues, el primero y dijo: Señor, tu mina ha adquirido diez minas. Y el Señor le dijo: Bien está, buen criado, ya que en esto poco has sido fiel, tendrás mando sobre diez ciudades. Llegó el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha dado cinco minas. Dijo asimismo á éste: Tú tendrás tambien el gobierno de cinco ciudades. Vino otro y dijo: Señor, aquí tienes tu mina que he guardado envuelta en un pañuelo; porque tuve miedo de tí, por cuanto eres hombre de un natural duro y austero, tomas lo que no has depositado, y siegas lo que no has sembrado.—El príncipe respondió: ¡oh mal siervo! por tu propia boca te condeno: sabias que yo soy un hombre duro y austero, que me llevo lo que no deposité, y siego lo que no he sembrado: ¿pues cómo no pusiste mi dinero en el banco para que yo en volviendo lo recobrase con los intereses? Por lo que, dijo á los que estaban presentes: Quitadle la mina

¹ La mina hebraica, segun Josefo, valia sesenta sicles, unos 7,20 reales de nuestra moneda.

y dádsela al que tiene diez minas.—Pero, Señor, exclamaron, ¿si tiene ya diez minas! Respondió el Señor: Dígoos, que á todo aquel que tiene, dársele há, y se hará rico; pero al que no tiene, aun lo que parece que tiene se le ha de quitar. Pero en orden á aquellos enemigos míos que no me han querido por rey, conducidlos acá y quitadles la vida en mi presencia ¹. »

47. «De cada rasgo de los discursos mas auténticos de Jesus resulta, que no tuvo conocimiento alguno del estado general del mundo, escribía há poco un literato. Parece que ignoraba el nuevo estado de sociedad que inauguraba su siglo. No tuvo idea alguna del poder romano, habiendo llegado solamente á él el nombre de «César ².» Esto es correcto como una leccion de profesor á un escolar de vigésimo orden; el cinismo del sacrilegio afecta aquí los aires del pedantismo mas estirado, en su proverbial ignorancia. Perdónesenos por esta vez la esplosion de un sentimiento que hemos podido comprimir hasta aquí, en ciertos límites. Pero si es permitido á un retórico ultrajar así al Dios de los cristianos y al hombre mas grande de la historia para los mismos racionalistas, debe permitirse la indignacion á un cristiano que adora á Jesus como Dios, y que le encuentra, como hombre, superior á todo cuanto puede concebir la humanidad. Y ahora, diremos al sofista, ¿habeis leído por acaso la parábola de las diez Minas de plata? ¿La habeis comprendido? ¿Que inverosimilitud en el tema evangélico! Parte un pretendiente á recibir la corona en una region extranjera, y le envian los habitantes mismos del pais una embajada encargada de decirle: «¿No queremos que este hombre reine sobre nosotros!» El nuevo emperador de Méjico parte en este momento para sus remotos Estados, ¿cómo imaginar que alarmada la Germania, le haga seguir á su futura capital de una diputacion que le diga: la Alemania no quiere que el archiduque Maximiliano suba hoy al trono de Viena? No es posible que cupiera semejante concepcion politica en la cabeza de un demente. Tal es, no obstante, dicen los racionalistas, la idea de la Parábola. Los compatriotas del pretendiente del Evangelio son realmente los que protestan contra él, cuando deberian, por el contrario juzgarse sobrado felices en verse desembarazados de su odiosa presencia. Es inesplicable el paso que dan; y no obstante, el pre-

¹ Luc., XIX, 11 27.—² *Vida de Jesus*, pág. 38.

tendiente coronado vuelve á ejercer su tiranía en su propio pais, y quita la vida á los desgraciados que se han permitido combatir sus ambiciosos designios. ¡Cómo hallar en todo esto la apariencia de alguna noción de política! Indudablemente, pues, «Jesus no tenia conocimiento alguno del estado general del mundo; y juzgada su argumentacion segun las reglas de la lógica aristotélica, era muy débil.» Pues bien, esta parábola inverosímil, incoherente, ininteligible, es la historia verdadera, exacta y luminosa de las relaciones políticas de la Judea con el poder romano en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo. «El hombre de noble raza que parte á una region lejana á recibir la régia investidura,» tenia para todos los oyentes de la Parábola, un nombre muy conocido. Su tiranía, impuesta en un principio, y quebrantada en seguida por el poder del César, era para los Judíos uno de los acontecimientos mas importantes de su historia contemporánea, habiendo sido su resultado la pérdida de su independencia nacional, la estincion de la monarquía jerosolimitana, y la reduccion de la Palestina á provincia romana. Aquí se alude á Arquelao, hijo de Herodes, el Idumeo, que debió embarcarse en Joppé, y volver á Italia á solicitar del emperador Augusto la confirmacion del testamento paterno y la investidura del reino de Judea ¹. Ya hemos trazado mas arriba este episodio. Las circunstancias eran críticas. La degollacion de los tres mil Hebreos bajo los Pórticos del Templo, mandada por Arquelao, habia levantado un grito de indignacion en toda la Palestina. Por todas partes se hallaba armado el pueblo. Arquelao, antes de su partida, habia confiado sus tierras, sus bienes muebles y los tesoros de su padre á algunos amigos y servidores fieles, entre los cuales nombra Josefo al oficial Filipo, que defendió, durante la ausencia del principe, con riesgo de su vida, las sumas que se le habian entregado, contra la rapacidad de Sabino, gobernador de Siria ². Estos pormenores históricos son el comentario vivo de las palabras del Evangelio: «Habiendo llamado á diez de sus criados, entregó á cada uno una mina, diciendo: negociad con ellas hasta que yo vuelva.» Sin embargo, una diputacion de cincuenta Judíos habia seguido á Arquelao á Roma. Agregaron á ella los ocho mil Hebreos fijados en la capital del mundo, y todos juntos se postraron á los pies de Augusto, su-

¹ Véase el tomo I de esta *Historia*, 274-279. — ² Joseph. *Antiq. jud.*, lib. XVII, capítulo XI.

plicándole que les desembarazase para siempre de la dinastía de Herodes. «Herodes, dijeron ellos, no fue un rey, sino un monstruo. Si pudiera reinar sobre los hombres una fiera, seria menos cruel. Esperábamos de su hijo Arquelao una conducta mas prudente y moderada, y ha respondido á nuestra esperanza con la degollacion de tres mil Hebreos, en el recinto del Templo de Jerusalem¹.» Tal es el discurso que pone el historiador Josefo en boca de los embajadores judíos. La Parábola lo resume en una fórmula mas concisa y no menos enérgica: «No queremos que reine este hombre sobre nosotros.» Sabido es que la política imperial, sin consideracion á la protesta de todo un pueblo, confirió al pretendiente el título de Etnarca de la Judea. Arquelao volvió, pues, como señor irritado, á un país que entregaba á su tiranía la investidura concedida por César. Sació de riquezas y de honores á todas sus hechuras, haciendo caer sobre el partido de la oposicion todo el peso de su resentimiento y de sus venganzas, hasta que acarreó la misma exageracion de sus crueldades su propia ruina y la de la nacionalidad hebráica. Por eso en la Parábola le hace decir el Salvador: «¡Tú sabias que yo soy un Señor implacable que tomo lo que no he depositado, y que siego lo que no he sembrado!»

48. Hé aquí cómo «no tuvo Jesus conocimiento alguno del estado general del mundo, ni idea alguna exacta del poder romano.» Es manifiesta la aplicacion de la Parábola al reinado del Salvador. El Hijo de Dios descendia del cielo para venir á buscar en esta region lejana y terrestre, una régia investidura. Iba á Jerusalem á oir los gritos de reprobacion de una multitud ciega. «No queremos, dijeron los Judíos, que reine este hombre sobre nosotros.» Su trono será una cruz; su diadema una corona de espinas; su advenimiento la muerte. Y no obstante, vendrá un dia con el aparato de la magestad suprema, y pedirá una severa cuenta á los que hayan recibido el depósito de sus enseñanzas, de su doctrina y de sus luces. La mina de plata de la Parábola evangélica, es el don de la fe, confiado por el divino Maestro á la responsabilidad de cada conciencia. Es preciso que fructifique el sagrado depósito en nuestras manos. ¡Desdichado el mandatario negligente é infiel que haya enterrado su tesoro, durante la ausencia del monarca! Al regreso,

¹ Joseph. *Antiq. jud.*, lib. XVII, cap. XII, Cf., tom. I de esta *Historia*, pág. 275 Sepp, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 231.

le abrumará el Juez supremo con su cólera, así como vengará en sus enemigos su sediciosa oposicion. Al *Nolumus hunc regnare super nos*, responderá la sentencia que ha de entregar á los malditos al eterno imperio de Satanás.

49. «Al salir de Jericó Jesus y sus discípulos, seguidos de una multitud inmensa, dice el Evangelista, un ciego llamado Bartimeo (hijo de Timeo) se hallaba sentado junto al camino pidiendo limosna. Y sintiendo el tropel de la gente, preguntó qué novedad era aquella. Dijéronle que Jesus Nazareno pasaba por allí de camino. Y al punto se puso á gritar: Jesus, hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban delante, le reprendian para que callase. Pero él levantaba mucho mas el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Paróse entonces Jesus y mandó traerle á su presencia. Llamaron, pues, al ciego, diciéndole: Ea, ten confianza, levántate que te llama. A estas palabras, arrojando al suelo su capa al instante, se puso en pie y vino á Jesus. Cuando Jesus le tuvo ya cerca, le dijo: ¿Qué quieres que te haga?—El ciego le respondió: Señor, haz que yo vea. Y Jesus le dijo: Anda, que tu fe te ha salvado. Y el ciego vió al momento, y se puso á seguir á Jesus por el camino, dando gloria á Dios. Y todo el pueblo, testigo del milagro, alabó al Todo Poderoso¹.» Nuestros literatos se lisonjean de haber resumido imparcialmente este hecho evangélico en las tres líneas siguientes: «Al salir de la ciudad el mendigo Bartimeo le dió sumo gusto, llamándole obstinadamente «Hijo de David,» no obstante intimársele que callara².»

50. El divino Maestro prosiguió su camino á Jerusalem en medio de ovaciones triunfales y sembrando milagros á su paso. La escomunion del Sanhedrin fue impotente ante el entusiasmo popular, y las precauciones que quisieron tomar los discípulos desde luego contra manifestaciones que comprometian, tales como los clamores del mendigo Bartimeo, llegaban á ser inútiles. Todos debieron creer que se iba camino de un trono. Solo Jesus sabia que iba al Gólgota. «Seis dias antes de la Pascua³, continúa el Evangelista, volvió Jesus á Bethania, donde habia muerto Lázaro, á quien resucitó Jesus. Durante su permanencia allí, le dispusieron una cena en casa de Simon el Leproso. Marta servia y Lázaro era uno de los

¹ Math., XX, 29-34. Marc., X, 46-52. Luc., XVIII, 35-43.—² *Vida de Jesus*, pág. 358

—³ Es decir, el viernes, 7.º dia del mes de nisan. ú 9 de abril.

que estaban á la mesa. Y durante la cena, María, llevando en la mano un vaso de alabastro lleno de un perfume precioso de ungüento de nardo puro¹, se acercó al triclinio en que estaba reclinado Jesus, quebró el vaso de alabastro y derramó el perfume sobre la cabeza de Jesus, ungiendo tambien sus pies, que enjugó con sus cabellos, y se llenó la casa de la fragancia del perfume. Indignáronse algunos de sus discípulos de esta profusion, y Judas Iscariote, uno de los doce Apóstoles, aquel que habia de entregar á su Maestro, dijo: ¿Para qué esta prodigalidad de un perfume que se hubiera podido vender en mas de trescientos denarios para limosna de los pobres? Esto dijo, no porque él pasase algun cuidado por los pobres, sino porque era ladron; y teniendo la bolsa, quitaba el dinero que entraba en ella. Pero Jesus, conociendo estos murmullos, les dijo: ¿Por qué censurais á esta mujer? La obra que ha hecho conmigo, es buena y laudable; porque á los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podeis hacerles bien (ó darles limosna) cuando quisiéreis; mas á mí no me tendreis siempre. Al verter sobre mí este perfume, se ha anticipado á embalsamar mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que do quiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, se contará tambien en memoria ó alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer².

51. Hay en la narracion del festin de Bethania supuestos tales como nos ha suministrado en gran número el estudio del sagrado texto y que son otras tantas pruebas intrínsecas de autenticidad. La *Cæna*, es decir, la comida de la noche, es ofrecida con gran pompa al divino viajero. Jesus llegaba á Bethania el sexto dia antes de la Pascua, es decir, el 7.º del mes de Nisan (8 de abril) que caia aquel año en viernes. Pues bien; la cena de la noche del viernes, conforme á la costumbre judaica que contaba los dias de

¹ El Evangelio de San Gerónimo, llama este perfume: *Unguentum nardi pistici*, *Νάρδος πιστικός*; «aceite de nardo verdadero ó puro» y San Marcos le llama: *Unguentum nardi spicati* «aceite de nardo de espiga.» El primer nombre se refiere á la esencia y á la base del perfume, y el otro concierne á su cualidad. La planta de que se componia era el *nardus indica*, el nardo de las Indias. Esta planta, además de sus hojas, tenia espigas, que se llaman *nardi spicae*, espigas de nardo, y de las que se sacaba el aceite mas exquisito. Cuando era puro y verdadero el nardo de espiga, se le llamaba *Nardum pisticum*, es decir, *sincrum*, puro y verdadero, como le llama Plinio, para distinguirlo del nardo simulado, y se mezclaba con nardo céltico, ó con alguna otra especie menos estimada. (Pezron. *Histor. Evangel.*, tom. II, pág. 174.)

² Math. XXVI, 6-13. Marc., XIV, 3-9. Joan., XII, 1-9.

una puesta del sol á otra, se llamaba la Cena del Sábado, y era siempre mas solemne que las demás. Ocho dias despues, se ofrecia únicamente por alimento al Hijo del hombre la hiel y el vinagre del Gólgota. La pequeña ciudad quiere obsequiar dignamente en esta ocasion la llegada del Salvador. El Evangelista lo da á comprender suficientemente, indicando que fue la cena obra de los habitantes. *Fecerunt autem ei cœnam ibi*. Pero ¿por qué este universal afan? Si como pretenden los racionalistas, no hubiera sido mas que una farsa de familia, representada hábilmente por Marta y María, es evidente que se hubiera sospechado algo en aquella pequeña poblacion. Habia en Bethania, como en cada una de nuestras aldeas, entendimientos perspicaces y rebeldes á la seduccion, que hubieran adivinado el fraude, y en tal caso se hubiera dejado á la familia que se jactaba de haber sido objeto del pseudo milagro, el honor muy equivoco de ofrecer la hospitalidad al pretendido taumaturgo. Mas, por el contrario, la aldea de Bethania procura una ovacion al Salvador. *Fecerunt autem ei cœnam ibi*. Elígese la casa mas considerable de la poblacion, la de Simon el Leproso. ¿Quién era Simon el Leproso? Si recordamos las rigurosas prescripciones de la ley mosaica, relativamente á la lepra, hay motivo para creer que habia sido invadido de esta horrible enfermedad. Habia, pues, sido leproso, pero no lo era ya; y segun la tradicion de todos los Padres, debia su curacion á la omnipotencia de Jesus. Uno de los convidados es Lázaro, el resucitado. Marta, su hermana, quiere servir por sí misma, y María derrama sobre la cabeza del Salvador un vaso de alabastro, lleno de un perfume de nardo, de valor de mas de trescientos denarios¹. Si no hubo resurreccion en Bethania, si jamás curó Jesus leprosos, ni verificó un solo milagro, todo esto es ininteligible. Sin embargo, el texto del Evangelio lleva en cada línea un testimonio irrecusable de veracidad. Supóngase que se quiere ofrecer hoy un festin á un huesped distinguido; ¿quién pensaria nunca en derramar sobre su cabeza, en medio de la comida, un ungüento perfumado? Entre los Judíos era costumbre en los banquetes solemnes, ungir de esta suerte la cabeza del Rabbi que los presidia. María Magdalena celebra la llegada del divino Maestro como el acontecimiento mas feliz. La accion espontánea de Magda-

¹ Novecientos sesenta reales de nuestra moneda actual.

lena se explica, pues, por las costumbres locales. Pero ¿por qué romper el vaso de alabastro en vez de abrirlo solamente para derramar su contenido? El alabastro era entre los antiguos, así como entre nosotros, una materia preciosa, que no se prodigaba inútilmente. En aquel tiempo lo monopolizaba la ciudad de Tiro, pues según dice Plinio el naturalista, tallábase allí y se hacían vasos que tenían la propiedad de conservar admirablemente los perfumes¹. Sin embargo, María Magdalena quiebra el vaso precioso: *Fracto alabastro*. Era costumbre judaica en los festines suntuosos, romper un vaso de valor; acción simbólica que debía recordar á los convidados la fragilidad humana y la corta duración de los goces ó alegrías de la vida². En esta circunstancia, la copa quebrada en Bethania tenía una significación que determina aun más el mismo Jesús. Mientras murmura Judas, el ladrón y el traidor, de esta prodigalidad, llama el Salvador la atención de los oyentes sobre su muerte próxima. Anuncia que María no podrá tributarle otros deberes sepulcrales que este embalsamamiento anticipado: y añade, que no perderá jamás el mundo la memoria de este acto de adicta y respetuosa ternura. Profecía doble, que se verifica en su primer parte con ocho días de intervalo, y en su segunda parte se efectúa aun á nuestra vista, y no ha cesado de realizarse en un período de diez y ocho siglos. La Iglesia Católica celebra la piedad de Magdalena, la perpetúa en su seno, y no cesa de derramar preciosos perfumes á los pies del Dios de la Eucaristía.

52. El día siguiente, sábado, permaneció Jesús en Bethania. Sabiendo una multitud de Judíos que estaba allí, dice el Evangelio, vinieron, no solo por Jesús, sino también por ver á Lázaro, á quien había resucitado de entre los muertos. Por eso los Príncipes de los Sacerdotes deliberaron quitar también la vida á Lázaro, visto que muchos de los Judíos, por su causa, se apartaban de ellos, y creían en Jesús³. «Tal fue la sentencia de excomunión pronunciada por el Sanhedrin contra Lázaro. El Talmud refiere, dice el doctor Sepp, que al día siguiente de la llegada de Jesús á Bethania, habiéndose divulgado esta noticia por Jerusalén, envió allí el Gran Consejo á dos de sus miembros, Ananías y Azarías, con el fin de tenderle

¹ *Lapidem alabastriten vocant, quem cavant ad vasa unguentaria, quoniam optime serrare incorrupta dicitur.* (Plin. *Histor. Natur.*, lib. XXXVI, cap. VIII.)—² Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. I, pág. 459.—³ Joan., XII, 9-11.

algun lazo. Estos dos emisarios llegaron hasta Nobé, poblacion sacerdotal, situada al Oeste y muy próxima á Bethania, pues es verosímil que no se atrevieran á entrar en una poblacion en que se aclamaba al Salvador. Es digno de notarse que la antigua aldea de Nobé, en cuyo solar todavia subsisten algunas cabañas, lleva aun hoy entre los Arabes el nombre de *Villa de Jesus*, sin que se encuentre nada en el Evangelio que pueda ilustrarnos sobre el origen de este nombre ¹.

53. «Al dia siguiente², dice el Evangelista, acercándose Jesus y sus discípulos á Jerusalem, luego que llegaron á la vista de Bethphagé al pie del Monte de los Olivos, despachó Jesus á sus discípulos, diciéndoles: Id á esa aldea que se ve en frente de vosotros, y á la entrada encontrareis un jumentillo en el cual nadie ha montado hasta ahora, atado junto á su madre. Desatadlos y traédme los. Y si alguno os pregunta ¿por qué le desatais? contestad: El Señor lo há menester; y al instante se os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Profeta: Decid á la hija de Sion: mira que viene á tí tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino³.» Los dos discípulos hicieron lo que Jesus les mandó, y hallaron el pollino atado junto á su madre ante la puerta de Bethphagé en la confluencia de dos caminos; y estando desatándole, algunos de los que estaban allí, les dijeron: ¿Qué haceis? ¿Por qué desatais ese pollino? Lo necesita el Maestro, contestaron los discípulos, conforme á lo que Jesus les habia mandado, y se lo dejaron llevar. Y trajeron el pollino á Jesus seguido de su madre, y habiéndolos aparejado con los vestidos de ellos, montó Jesus en él ⁴. Entre tanto la multitud que acudia de Jerusalem para la fiesta de Pascua, habiendo sabido que llegaba Jesus, salió de la ciudad llevando ramos de palmas en las manos, y fueron á su encuentro, exclamando: ¡*Hosanna* al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! Y las gentes tendian sus vestidos por el camino y corta-

¹ Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 237.

² Es decir, al dia siguiente al sábado, que correspondia exactamente á nuestro Domingo de Ramos.

³ Isaí. LXII, 11; Zachar., IX, 9.

⁴ Esta es la única vez que el Hijo del Hombre «que no tenia donde recostar la cabeza», quiso servirse de una cabalgadura. Esto no impide á nuestros racionalistas decir: «Jesus recorria la Galilea en medio de una fiesta perpétua. Servíase de una mula, cabalgadura tan buena y tan segura en Oriente, y cuyos grandes ojos negros, sombreados por largas cejas, tienen suma dulzura.» (*Vida de Jesus*, pág. 189, 190.)

ban ramas ú hojas de los árboles, y las esparcian por donde habia de pasar. Y estando ya cercano á la bajada del Monte de los Olivos, todos los discípulos en gran número comenzaron á alabar á Dios en alta voz por todos los prodigios que habian visto, diciendo: ¡Bendito sea el rey que viene en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en las alturas del firmamento! Y las gentes, tanto las que iban delante como las que iban detrás, clamaban diciendo: ¡*Hosanna* al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David que vemos llegar ¡*Hosanna*! en lo mas alto de los cielos!—Algunos de los Fariseos que iban entre la gente, dijeron á Jesus: ¡Maestro, haz callar á tus discípulos!—Respondióles él: En verdad os digo, que si estos callan, las mismas piedras prorumpirán en aclamaciones.—Al llegar cerca de Jerusalem, poniéndose á mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Jerusalen! ¡Jerusalen! que matas á los profetas y apedreas á los que á ti son enviados; cuantas veces quise recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has querido¹. ¡Ah! si por lo menos conocieses en este dia que se te ha dado lo que puede atraerte la paz ó felicidad; mas ahora, está todo ello oculto á tus ojos. ¡Porque vendrá para ti un tiempo en que tus enemigos, te circunvalarán, y te rodearán de contramuro, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre

¹ La palabra *Hosanna* se compone de *Hosia* (Salud) y de *Na*, abreviacion de *Anna*, (Yo os ruego.) Los Judios hicieron de ella, con sus aclamaciones ordinarias, una especie de interjeccion nacional, que significa: ¡*Salve, paz y gloria!* El sétimo dia de la fiesta de los Tabernáculos, se llama en su calendario *Hosanna rabba*, es decir, el *gran Hosanna*. (Pezron. *Historia Evangelica*, tom. II, pág. 191.) Los ramos de follaje ó *Lulabim*, que llevaban en las manos los Judios en esta triunfal ovacion, eran palmas: *Ramos palmarum*. En cuanto á las ramas que cortaron de los árboles y tendieron por el camino, debieron ser de diversas especies. El monte, llamado de los olivos, debió ofrecer naturalmente ramos de olivos al entusiasmo de la multitud. El torrente Cedron, que fue preciso atravesar, se halla cercado de sauces; finalmente, hallábanse escalonados mirtos y limoneros en la montaña de Sion. Es, pues, probable que cada uno de estos arbustos suministrase su contingente al triunfo del hijo de David. La costumbre de tender vestidos por el camino por donde debia pasar un personaje notable, se ha conservado hasta nuestros dias en Oriente. «En 1934, pasando por Belen el consul inglés de Damasco, M. Farran, vió venir á su encuentro centenares de hombres y de mujeres, que, de repente, y como por una súbita inspiracion, tendieron sus vestidos por tierra, delante de su caballo, suplicándole que intercediese por ellos con el virey de Egipto, en cuya cólera habian incurrido, revelándose contra él.» (Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pag. 240 y 241.)

² Math. XXIII, 37.

piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado¹!—Después de haber hablado así, continuó su camino. Entrado que hubo en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad, diciendo muchos: ¿Quién es éste?—A lo que respondían las gentes: ¡Este es el Profeta Galileo, Jesus de Nazareth!—Así fue como hizo el Señor su entrada en el Templo. Y al llegar á él, echó fuera á todos los que vendían allí y compraban, y derribó las mesas de los banqueros ó cambiantes y las sillas de los que vendían palomas, y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones.—Al mismo tiempo le fueron conducidos varios cojos y ciegos que estaban en los pórticos del Templo, y los curó. Los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas buscaban el medio de perderle, pero temían atacarle, porque le demostraba su admiración la multitud. Testigos, pues, de las maravillas que hacía y oyendo á los mismos niños aclamarle en el Templo, diciendo: ¡*Hosanna* al Hijo de David, le dijeron: ¿Oyes estas aclamaciones? Jesus les respondió: Sí, por cierto. Pues ¿qué no habeis leído jamás la profecía: De la boca de los infantes y niños de pecho es de donde sacaste la mas perfecta alabanza²? «Si estos niños callaran las mismas piedras hablarían.—Y siendo ya tarde, salió Jesus de la ciudad de Bethania³.»

¹ Math., XXI, 1-9. Marc., XI, 1-9. Luc., XIX, 29-44. Joan., XII, 12-19.—² Psalm., VIII, 3.—³ Math., XXI, 10-15. Marc., XI, 11. Luc., XIX, 45-47.

CAPITULO X.

LA SEMANA SANTA.

SUMARIO.

§ I. LUNES SANTO.

1. Situación de los espíritus en Jerusalem.—2. Vuelta de Jesús al Templo. Solicitan hablarle varios extranjeros.—3. ¿Quiénes eran estos extranjeros?—4. Respuesta de Eusebio á esta pregunta.—5. La narración de Eusebio es desechada como apócrifa por la crítica moderna.—6. Descubrimiento de un monumento que confirma la autenticidad del relato de Eusebio.—7. Texto de la *Historia de Armenia*, por Moisés de Corene. La tradición victoriosa de los argumentos de la crítica moderna.

§ II. MARTES SANTO.

8. La higuera maldita en el camino de Bethania. Objeciones del racionalismo.—9. La estación de los higos.—10. Sentido de la parábola en acción, de la higuera maldita.—11. Origen del poder de Jesús. Parábola de los dos hijos.—12. Parábola de los viñadores y del Padre de familia.—13. Parábola del festín nupcial.—14. «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.»—15. Falta de inteligencia de la exégesis racionalista.—16. Los saduceos y la resurrección de los muertos.—17. El mandamiento mayor.—18. Último anatema contra los Escribas y los Fariseos. El cepillo de las ofrendas. La pobre viuda.—19. Profecía de la ruina de Jerusalem.—20. Autenticidad de la profecía evangélica.—21. El fin del mundo.—22. Parábola de las diez vírgenes.—23. Juicio final.

§ III. MIÉRCOLES SANTO.

24. La higuera maldita en la víspera, queda completamente estéril.—25. El conciliábulo del Sanhedrin. Judas Iscariote vende á su Maestro.

§ IV. JUEVES SANTO.

26. Preparación de la última Pascua. El *Parasceve*. El Cenáculo. Jesús lava los pies á los Apóstoles.—27. La Cena Pascual según el ritual judaico.—28. Institución de la Eucaristía.—29. Jesús revela á los Apóstoles la traición de Judas y designa al traidor á San Pedro y á San Juan.—30. Confirmación de la primacía conferida á San Pedro.—31. Predicción de la caída de San Pedro. Promesa de enviar el Espíritu Santo á los Apóstoles.—32. Salida del Cenáculo. La verdadera viña. Últimas enseñanzas. Acto de fe de los Apóstoles.—33. El torrente Cedron. Oración de Jesús.

§ I. EL LUNES SANTO.

1. La entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalem había deslindado claramente las posiciones. El Sanhedrin y el pueblo se hallaban á la sazón divididos. Por una parte, la sentencia de excomunión, y por otra, la ovación popular; la muerte que meditaba el

Gran consejo el reino de David, que aclamaba la multitud de gentes, tales eran los dos elementos contradictorios que resumían el estado de los espíritus. El Evangelista representa claramente la situación con estas palabras. «La multitud de gentes que estaban con Jesús cuando llamó á Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio del milagro. Por esta causa salió tanta gente á recibir á Jesús; por haber oído que había hecho este milagro. En vista de lo cual, dijéronse unos á otros los Fariseos. ¿Ves cómo no adelantamos nada? Hé aquí que todo el mundo se va en pos de él ¹.» La resurrección de Lázaro había sido, pues, para la multitud, la última y solemne demostración de la divinidad de Jesús. Después de este prodigio patente é irresistible, desaparecen todas las anteriores vacilaciones. ¡Jesús es el Mesías, el heredero del trono de David, el verdadero rey de Israel! Sin embargo, no era Lázaro el único á quien hubiera resucitado de entre los muertos el divino Maestro. La hija de Jairo ², el hijo de la viuda de Nain ³, vueltos á la vida con una palabra del Salvador, habían demostrado hacia largo tiempo á toda Judea el divino poder de Jesús. Pero las circunstancias de las dos anteriores resurrecciones, el sitio en que se habían verificado, las personas que habían sido su objeto, no ofrecían igual notoriedad ni el mismo carácter solemne. La hija del oficial de Cafarnaüm se hallaba aun en el lecho de muerte en que acababa de exhalar el último suspiro, cuando la reanimó la voz omnipotente de Jesús. El hijo de la viuda de Nain no había entrado todavía en posesión de su tumba, «de la casa de su eternidad,» como decían los Judíos, cuando se levantó del féretro á la orden de Nuestro Señor. Ya hemos dicho que los Hebreos creían, que el alma revoloteaba durante tres días alrededor de sus mortales despojos, para volver á entrar en ellos, y que los abandonaba definitivamente cuando comenzaban á manifestarse señales de descomposición en el cadáver. La consignación oficial de la muerte requería, pues, tres días; hé aquí por qué no se cerraba sin remisión el monumento fúnebre hasta que trascurría este plazo. Por esta misma razón quiso sin duda el Salvador del mundo resucitar el mismo día tercero después de su muerte. Verdaderamente las condiciones bajo las cuales se verificó la resurrección de Lázaro realzaron á los ojos de los Judíos lo pas-

¹ Joan., XII, 17-19.—² Véase el capítulo V de esta *Historia*, § VII, núms. 4^o, 49.
—³ Cap. VI, § V, núms. 25-27.

moso del prodigio. El teatro del acontecimiento, su fecha, la persona respecto de la cual se verificaba, todo desafiaba aquí la crítica mas recelosa ó suspicaz. Jerusalem se hallaba, al aproximarse las Pascuas, invadida de una multitud de gentes que acudían de todos los puntos del universo. Bethania estaba á las puertas de Jerusalem, y el mismo Lázaro era conocido de toda la capital. La enfermedad, la muerte, la sepultura y la resurrección de Lázaro no habían podido quedar ignoradas. Una inmensa publicidad cercaba estos hechos. Los Príncipes de los Sacerdotes mismos no intentan ponerlos en duda, y solo se lamentan de ver al pueblo correr hácia Jesus. Escomulgan á Lázaro y quisieran darle muerte, para desembarazarse de un testigo vivo, cuya sola presencia decia mas, sobre la divinidad de Jesus, que todos los razonamientos y discursos. Durante la noche, deliberan sobre los medios de verificar su obra de odio y de venganza. Entre tanto, Jesus se retira segun su costumbre al Monte de los Olivos á orar por el mundo que iba á redimir con su sangre ¹.

2. Al día siguiente (lunes) volvió al Templo. «Entre la multitud de gentes reunida bajo los pórticos, dice el Evangelista, habia algunos Gentiles, de los que habian venido para adorar á Dios en la solemnidad pascual. Estos se llegaron á Felipe, natural de Betsaida en Galilea, y le hicieron esta súplica: Señor, deseamos ver á Jesus. Felipe se lo dijo á Andrés, y Andrés y Felipe juntos se lo dijeron á Jesus. Jesus les respondió diciendo: Ha llegado la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, despues de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. Asi, el que ama su vida (desordenadamente) la perderá, mas el que la aborrece (ó la mortifica) en este mundo, la conserva para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame, y donde yo estoy, allí estará tambien el que me sirve, y á quien me sirviere, le honrará mi Padre. Pero ahora mi alma está agitada ó conturbada ². ¿Y que diré? ¡Oh Padre, librame de esta hora! Mas no; que para esa misma

¹ *Erat autem diebus do:ens in templo, noctibus vero exiens morabatur in monte qui vocatur Oliveti* (Luc. XXI, 37.)

² La espresion griega: *Η ψυχὴ μου ταρασσεται*, es la misma que la de la frase precedente: *Ὁ φιλῶν τὴν ψυχὴν αὐτοῦ ἀπολίσσει αὐτήν*. «Quien ama su alma (su vida) la perderá.» Creemos, pues, que el sentido es este: «En este momento, está amenazada mi vida.» Sin embargo, conservamos la traducción admitida.

hora he venido al mundo. ¡Oh Padre! glorifica tu nombre. Entonces se oyó una voz del cielo que decía: ¡Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía mas!—La gente que allí estaba y oyó esta voz, decía que habia dado un trueno. Otros decían: Un Angel le ha hablado. Pero Jesus les respondió y dijo: Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora mismo va á ser juzgado el mundo: ahora el príncipe de este mundo va á ser lanzado fuera. Y cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí. (Esto lo decía para dar á entender de qué muerte habia de morir.) Respondióle el pueblo. Nosotros sabemos por la Ley ¹, que el Cristo debe vivir eternamente ¿pues cómo dices que debe ser levantado en alto (ó crucificado) el Hijo del hombre? ¿Quién es ese Hijo del hombre de quien hablas?—Respondióles Jesus. La luz aun está entre vosotros por un poco tiempo. Caminad, pues, mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, que quien anda entre tinieblas no sabe á dónde va. Mientras teneis luz, creed en la luz para que seais hijos de la luz. Mas con haber hecho Jesus tantos milagros delante de ellos, no creían en él, de suerte que vinieron á cumplirse las palabras que dijo el profeta Isaías: ¡Oh Señor! ¿quién ha creído lo que oyó de nosotros? ¿y quién reconoció el poder de vuestro brazo? ². Por eso no podían creer, y su obstinacion realizaba esta otra prediccion de Isaías: El Señor cegó sus ojos y endureció su corazon, para que con los ojos no vean y no perciban en su corazon, por temor de convertirse y de que yo los cure ³! Esto dijo Isaías cuando vió anticipadamente la gloria del Cristo, y predijo su advenimiento. No obstante, hubo aun de los magnates que creyeron en él; mas por temor de los Fariseos no lo confesaban, para que no los echasen de la Sinagoga. Y es que amaron mas la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Jesus, pues, alzó la voz y dijo: Quien cree en mí, no cree solamente en mí, sino en aquel que me ha enviado; y el que á mí me ve, ve al que me envió. Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que quien cree en mí, no permanezca entre las tinieblas. Que si alguno oye mis palabras y no las observa, yo no le doy la sentencia, pues no he venido (ahora) á juzgar al mundo, sino á salvarle. Quien me menosprecia y no recibe mis palabras, ya tiene juez que le juzgue; la palabra que yo

¹ Is. XL, 8. — ² Is. LIII, 1. — ³ Is. VI, 10.

he predicado, esa será la que le juzgue en el último día. Puesto que yo no he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió, él mismo me ordenó lo que debo decir, y cómo he de hablar. Y yo sé que lo que me ha mandado enseñar es lo que conduce á la vida eterna. Las cosas, pues, que yo hablo, las digo como el Padre me las ha dicho ¹.—Después de haber hablado así, habiéndose hecho tarde, los dejó, y saliendo de la ciudad se fué á Bethania con los doce ². »

3. Sabido es que la solemnidad nacional de la Pascua atraía una multitud de Judíos dispersos por toda la haz del imperio romano. Gran número de extranjeros debían trasladarse naturalmente á Jerusalem, en esta circunstancia, ya con una intencion piadosa, (porque la religion romana era cosmopolita y no tenia el menor escrúpulo en adorar á los dioses de las naciones extranjeras) ya por los intereses del comercio, ó aun por simple atractivo de curiosidad, y únicamente para ver el Templo, una de las siete maravillas del mundo, en el brillo y esplendor no acostumbrados que le daban la reunion de tantos fieles y las pompas de la festividad pascual. Pero aquí nos revela el Evangelio un hecho significativo. Entre «los Gentiles ó Helenos,» como los llama San Juan, que acudieron en este año á Jerusalem, tienen algunos otro objeto: «Quieren ver á Jesus.» La reputacion del Salvador habia, pues, salvado los límites de la Judea. La fama de sus milagros se habia divulgado, segun atestiguan espresamente San Mateo ³ y San Marcos ⁴ por la Fenicia, la Siria y las provincias Arabes. Pero, ¿por qué, puesto que se halla á la sazón el divino Maestro en el Templo, por qué tienen estos extranjeros necesidad de recurrir á la intervencion de Felipe, uno de los Apóstoles? Este por menor, que nota de paso un escritor sagrado, es tambien una prueba de autenticidad intrínseca. Los «extranjeros» no podian traspasar el recinto del Atrio, llamado con su nombre «Atrio de los Gentiles» ⁵. » Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo enseñaba entonces á la multitud en el «Atrio de los Judíos,» á donde no podian entrar los extranjeros. Los «Helenos» se dirigen, pues, al Apóstol Felipe para obtener el favor de «ver á Jesus.» La

¹ Joan. XII, 20 ad ultim.—² Math. XXI, 17. Marc. XI, 19.—³ Math. IV, 24. *Et abiit opinio ejus in totam Syriam.*—⁴ Marc. III, 8. *Et ab Idumæa et trans Jordanem, et qui circa Tyrum et Sydonem, multitudo, magna audientes quæ faciebat venerunt ad eum.*—⁵ Cf. *Histor. gener. de la Iglesia*, tom. II, pág. 466, y tom. IV, pág. 149.

palabra *Helenos*, en lengua judía, se aplicaba, desde el imperio de Alejandro el Grande, y sobre todo desde el reinado de Antioco Epifanes, no solamente á los Griegos propiamente dichos, sino á la universalidad de las naciones Orientales, sometidas á la influencia de la civilizacion griega. «¿Cuál fue, dice el doctor Sepp, el objeto preciso de la entrevista que deseaban obtener del Salvador estos extranjeros? No nos lo indica el Evangelio, pero suplen este silencio dos documentos de una importancia capital ¹ que vamos á reproducir íntegros.

4. Eusebio de Cesarea, en su *Historia Eclesiástica*, se expresaba así en el año 315 de la Era cristiana: «Manifestándose la Divinidad de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo por obras tan prodigiosas, atraía de las comarcas extranjeras mas remotas de la Palestina una multitud innumerable de enfermos y lisiados que esperaban que los curase. El rey Agbar, que gobernaba entonces, y no sin gloria, las naciones situadas mas allá del Éufrates, se hallaba afectado de una enfermedad que habia declarado incurable la medicina humana. Al saber los pasmosos milagros obrados por Jesus, cuyo nombre se hallaba entonces en todos los labios, y cuyo poder era atestiguado unánimemente, le dirigió, por medio de su secretario, cartas en que le suplicaba fuera á Edessa á curarle. Pero Jesus no fué á esta invitacion. Sin embargo, no se desdeñó de contestarle por medio de una carta en que le prometia enviarle un discípulo suyo que le haria recobrar la salud á él mismo, y que salvaria cuanto le rodeaba. No tardó mucho tiempo en realizarse esta promesa. En efecto, despues de la Resurreccion de Cristo y de su Ascension al cielo, Tomás, uno de los doce Apóstoles, obedeciendo á una inspiracion divina, envió á Tadeo, uno de los setenta y dos discipulos, á Edessa, á predicar el Evangelio. Tenemos la prueba solemne de esto en los archivos de esta ciudad, donde reinaba entonces Agbar, puesto que se han conservado hasta nuestros dias las actas públicas que contenian la historia antigua de Edessa, las cuales hemos recorrido, habiéndonos parecido importante transcribir aquí las dos cartas, tales como las hemos sacado de estos Archivos, traduciéndolas fielmente del siríaco:

«Ejemplar de la carta escrita por Agbar á Jesus, y enviada á Jerusalem con el correo Ananías.

¹ Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 250.

«Agbar, toparcá de Edessa, á Jesus, el Salvador escelente, que ha aparecido en la region de Jerusalem, salud. He oido hablar de vos y de las curaciones que obráis, sin medicamentos ni plantas medicinales. Se dice que volveis la vista á los ciegos; que haceis andar á los cojos; que purificais de la lepra; que espulsais á los demonios y á los espíritus impuros; que curais á los enfermos de las dolencias mas inveteradas; y finalmente, que resucitais á los muertos. Al saber de vos todas estas maravillas, me he persuadido ó de que sois el mismo Dios que ha descendido del cielo, ó ciertamente el Hijo de Dios. Asi, he querido escribiros, para que os digneis visitarnos, y curarme de la enfermedad que padezco. He sabido que en efecto os persiguen los Judíos, formando contra vos tramas hostiles. La ciudad en que reino es pequeña, pero bastante bien adornada, y bastará para los dos.

«Tal es esta carta escrita por Agbar, en una época en que el rayo de la luz divina no le iluminaba aun mas que débilmente. Hé aquí ahora la respuesta que le envió Jesus, por el mismo secretario. Es corta, pero llena de fuerza y eficacia.

«Contestacion de Jesus á Agbar el toparca, llevada por el correo Ananías.

¡Agbar, sois dichoso en haber creído en mí sin haberme visto! Porque está escrito de mí: «Los que me verán, no creerán en mí, á fin de que los que no me vean, tengan fe y recobren la vida eterna¹. Me escribís para que vaya á vuestra córte. Pero tengo que cumplir aquí todas las cosas para que he sido enviado; y despues que sean cumplidas debo volver á Aquel que me envió. Cuando haya subido á su lado, os enviaré uno de mis discípulos para que os cure de vuestra enfermedad y abra para vos y para los que os rodean el camino de la vida².»

5. Este pasaje de Eusebio de Cesárea, citado con elogio por San Jerónimo y conocido de toda la tradicion, fue recibido como auténtico durante mas de mil años. La crítica del siglo XVII lo relegó con tantos otros, entre los relatos legendarios y las producciones apócrifas. ¿Quién era este *Abgar* ó *Agbar*? se preguntaban. «Reinó no sin gloria en la Armenia,» dice Eusebio; y no obstante, no se encuentra su nombre en parte alguna. ¿Qué autoridad es la de

¹ Isai., VI, 9-10.—² Eusebio Cesariens. *Histor. Eccl.*, libro I, capítulo XII. *Patrol. Græc.*, tom. XX, col. 120-123.

Ananías, el *cursor* real? Agbar no es nombre Armenio, sino un nombre Arabe. Y por otra parte ¡qué inverosimilitud en este relato! ¿Cómo suponer que no hubiera dejado rastros semejante mensaje en el Evangelio? Sin embargo, ninguno de los historiadores sagrados dice una palabra sobre él. Finalmente, añaden los críticos, se sabe que Jesus no escribió nunca mas que los sagrados caracteres que trazó con el dedo en el pavimento del Templo, en el juicio de la mujer adúltera. Y hé aquí que Eusebio se atreve á decir: «¡Jesus no se desdendió de contestar á una carta escrita por Agbar!» Este último argumento sobre todo, parecia perentorio, puesto que se apoya en la tradicion inmemorial de la Iglesia Católica, y por consiguiente, de una verdad absoluta, á saber, que Jesus no dejó en el mundo un solo monumento escrito. Sin embargo, si Eusebio en plena paz, en el reinado de Constantino el Grande, pudo engañar á uno de los siglos mas ilustrados de la historia, hablando de los Archivos de Edessa que habia visto y en los que tradujo de los mismos originales, del siriaco al griego, dos actos de tanto valor; si pudo inventar todo este relato y legar semejante fábula á la posteridad ¿cuál será el testimonio histórico cuya autenticidad pueda asegurarse nunca? Eusebio de Cesárea, uno de los prelados mas célebres de su tiempo, el historiador mas exacto y mas verídico en todo lo demás, quedará á sabiendas y voluntariamente deshonorado, por una impostura que ni siquiera tenia objeto; porque en fin, acababa de subir al Capitolio la cruz triunfante. No habia, pues, necesidad alguna de consolidar, por medio de una mentira oficial pública y peligrosa, una religion que acababa de conquistar al sucesor de los Césares. Tales serian, por tanto, las circunstancias, en medio de las cuales habria dicho el historiador: He encontrado en los Archivos de Edessa dos documentos escritos en siriaco. Todos pueden consultar, si gustan, los originales que han quedado allí. Hé aquí una traduccion literal que he hecho de ellos, con la fidelidad mas escrupulosa. Semejante invencion atribuida á Eusebio, era absurda. Sin embargo, la crítica mantuvo obstinadamente su negativa, y á la hora presente, preciso es que lo digamos, se halla formada sobre este punto la opinion pública en Francia. Tal vez se habrá preguntado ya el lector: ¿Se habla sériamente cuando se dice que son apócrifas las cartas de Agbar y que éste es un ser fabuloso?

6. Sin embargo, háse presentado en este intervalo un documen-

to inesperado, perfectamente auténtico, y que justifica la tradicion de la Iglesia, al paso que da incontestablemente razon á Eusebio de Cesárea contra sus detractores. Nos referimos al texto siriaco de la *Historia de Armenia*, escrita por Moisés de Corene (370-450). Publicado por primera vez en Lóndres, en 1736, con una traduccion latina y notas, por Whiston, este texto ha sido reproducido en 1841, en Venecia, con una traduccion francesa por Le Vaillant y Florival. ¡Cosa estraña! ¡Toda la Francia parece ignorar su existencia, aun hoy dia! ¡Hasta tal punto gusta el error acreditado y oficial organizar la conspiracion del silencio, en torno de monumentos que podrian turbar su quietud y destruir sus tésis sistemáticas! Moisés de Corene, Arzobispo de Pakrevan, componia en siriaco su *Historia de Armenia*, en la época misma en que Eusebio de Cesárea reunia todos los documentos oficiales sobre la vida del Salvador, que traducia en griego é insertaba en su *Historia Eclesiástica*. Moisés de Corene se habia hecho el historiador de su nacion, mientras que Eusebio llegaba á ser el de la Iglesia universal. Ambos autores no tienen nada de comun, ni en el objeto ni en el fin que se propusieron. Asi, de diversa patria y de distinto idioma, el uno escribe los anales de su pais en el idioma nacional, el otro reúne los elementos de una historia de los orígenes cristianos en el idioma científico de su tiempo. El éxito de ambas obras fue en razon directa de su importancia recíproca. La *Historia Eclesiástica* de Eusebio se conquistó desde luego un lugar entre los monumentos inmortales, habiéndola conocido y estudiado todas las generaciones cristianas. La *Historia de Armenia*, por Moisés de Corene, se eclipsó en medio de los desastres del Oriente, y fue completamente olvidada hasta 1736. Desde entonces, su reaparicion, casi desapercibida en Francia¹, no cesó de preocupar el mundo sabio en Italia, en Inglaterra y en Alemania.

7. Pues bien, todas las incógnitas que dejó oscuras el texto de Eusebio, se hallan despejadas por el autor armenio, que consagra siete capítulos de su historia al reinado de Agbar. El nombre siriaco de este príncipe era *Avagair*, que los Griegos y los Latinos, dice

¹ Moses Chorenensis. *Historiæ Armeniacæ libri III*. Armeniace ediderunt, Latine verterunt, notis illustrarunt Guillelmus et Gorgius Gul. Whistoni Filii. Londini. Whistoni, 1736, en 4.º Tal es el título exacto de la edicion *princeps*, que ha llegado á ser muy rara en el dia. Hacemos votos para que esta importante obra pueda hallar lugar en la Patrologia publicada por el ilustre editor católico, el abate Migne.

Moisés de Corene, para evitar la dificultad de la pronunciacion, transformaron en el de Agbar ó Abgar. Célebre en todo el Oriente por su clemencia, su moderacion, su justicia y las largas prosperidades de su reinado, Avagair, hijo de Arsames, rey de Armenia, subió al trono en la época en que nacia el Salvador en Belen. En esta fecha se hizo la Armenia tributaria de los Romanos. «Acababa de mandar César Augusto el empadronamiento del universo. En consecuencia de este edicto, fueron enviados á Armenia procuradores romanos, con efigies de César Augusto, las que colocaron en todos los Templos¹.» Avagair reconoció el dominio eminente de Roma, pero conservó su independencia relativamente á las pretensiones de Herodes el Idumeo, y mas adelante, de Herodes el Tetrarca, á los cuales hizo la guerra con buen éxito. Unido su ejército al de Aretas, hizo sufrir al matador de San Juan Bautista la sangrienta derrota de Maqueronta. En una expedicion á Persia, restableció en el trono de este pais al rey Artases, á quien querian sus hermanos arrebatara la herencia paterna. Esta intervencion acrecentó su influjo. Herodes Antipas, el mismo Pilatos, en cualidad de gobernador de Judea, acriminaron la conducta de Avagair. Sus acusaciones, llevadas á la corte de Tiberio, presentaban al rey de Armenia como un ambicioso, dispuesto á sacudir el yugo imperial, y apoyando en los estados vecinos una política hostil á los intereses de Roma. «En aquel tiempo, dice Moisés de Corene, gobernaba la Fenicia, la Palestina, la Siria y la Mesopotamia el tribuno de César Marino². Avagair diputó á su lado dos de sus oficiales, Marihab, gobernador de Alznia³, y Samsagram, príncipe de la Apahunia⁴, á los cuales agregó su fiel Anano. Estos diputados debian esponer al Procónsul los verdaderos motivos de la expedicion de Persia, y entregarle una copia del tratado verificado entre Artases y sus hermanos. Los embajadores

¹ Puede agregarse este testimonio del historiador de Armenia á los que hemos citado anteriormente, para consignar la realidad del *Empadronamiento del Imperio*, en la época del nacimiento de Jesucristo (Cap. 2.º de esta *Historia*). Hé aquí la traduccion latina literal del texto siríaco: *Imperaverat enim Cæsar Augustus, ut in Lucæ Evangelio narratur, per universum orbem censum institui; eaque de re romani procuratores in Armeniam missi sunt qui Cæsaris Augusti effigiem attulerunt et in omnibus sanis collocarum.* (Moses Chorenens. — *Hist. Arm.*, lib. II, cap. XXV.)

² Tácito (*Hist.*, lib. VI, cap. X) nos dice, en efecto, que en esta época, habiendo sido nombrado pro-cónsul de Siria Elio Lamia, no pudo ir á esta provincia, enviándose en su lugar á Julio Marino.

³ Provincia de Armenia. — ⁴ It.

encontraron á Marino en Eleutheropolis, habiendo obtenido de él la mas favorable acogida. El procónsul hizo contestar á Avagair que se tranquilizara respecto de las acusaciones trasmitidas á César, asegurándole que no tendrian ninguna consecuencia desfavorable, con tal que se mostrase fiel en pagar el tributo fijado anteriormente. A su regreso, pasaron los tres diputados por Jerusalem, y quisieron ver á Cristo, cuyos milagros publicaba á la sazón la fama. Ellos mismos fueron testigos de los prodigios que obraba, refiriéndoselos á Avagair, de regreso á su patria. Al oírlos este príncipe, manifestó su admiracion. «¡Eso es superior al poder humano! exclamó. ¡Solo un Dios puede resucitar á los muertos!» Hallábase entonces el rey atacado de una enfermedad que habia contraído siete años antes en su expedicion á Persia, y que resistia todos los esfuerzos de los médicos. En su consecuencia, escribió á Jesus, suplicándole fuese á Edessa y le volviera la salud. Hé aquí el texto de esta misiva.

«Carta de Avagair al Cristo Salvador.

«Avagair, hijo de Arsamés, príncipe de Armenia, á Jesus el Salvador bienhechor, que ha aparecido en el país de Jerusalem. He oído hablar de vos y de las curaciones obradas por vuestras manos. Dicese que volveis la vista á los ciegos; que haceis andar á los cojos; que purificais de la lepra; que curais á los que sufren enfermedades inveteradas y hasta que resucitais á los muertos. Al saber todas estas maravillas he comprendido, ó que erais Dios bajado del cielo ó el Hijo de Dios. Por tanto, os escribo, suplicándoos que vengais á mi lado y me cureis la enfermedad que padezco. Sé tambien que los Judíos braman de furor contra vos, y que tratan de perseguiros. Pues bien; yo tengo una ciudad, pequeña es cierto, pero agradable, y que nos bastará á los dos.»

Los que debían entregar esta carta á Jesus le encontraron en Jerusalem. El Evangelio ha mencionado el hecho en estos términos: «Algunos Gentiles de los que habian venido al Templo, á adorar en el día de la fiesta, se llegaron á Felipe de Betsaida en Galilea, y le hicieron esta súplica: Señor, deseamos ver á Jesus. Felipe fué y lo dijo á Andrés, y Andrés y Felipe juntos se lo dijeron á Jesus¹.» El Salvador, pues en esta época y en las circunstancias en que se hallaba, rehusó acceder á la invitacion del rey, pero se dignó contestarle en estos términos:

¹ Joan., XII, 20-22.

»Respuesta á la carta de Avagair á Jesus, escrita por Tomás, el Apóstol, de orden del Salvador.

»Bienaventurado es quien cree en mí, aunque no me vea; porque se ha escrito de mí: «Los que me ven, no creerán en mí, y los que no me verán, creerán y vivirán:» Me habeis escrito para que vaya á vuestro lado; pero me es preciso cumplir aquí todas las cosas para las que he sido enviado á Jerusalem. Cuando las halla consumado, subiré hácia Aquel que me envió, y despues que haya subido á él, os enviaré á uno de mis discípulos que os curará de vuestra enfermedad, y os dará la vida, y asimismo á vuestros súbditos ¹.

»Anano, el *cursor* de Avagair, llevó esta carta, con la imagen del Salvador que existe hoy en Edessa. Consérvense tambien las dos cartas en los Archivos públicos de esta ciudad ².»

Hemos reproducido sin reparar en su repeticion el texto de las dos cartas citado por Moisés Corenense. Este texto es completamente idéntico al de Eusebio, y sin embargo, no se han copiado los dos escritores, como lo prueban superabundantemente las diferencias que presenta su contexto. Pero ¿qué confirmacion mas fuerte no se halla en favor del historiador griego, en el descubrimiento del manuscrito del autor siriaco! Agbar, este desconocido, casi fabuloso, de nombre evidentemente árabe, decia la antigua crítica, es actualmente, con su nombre verdadero de Avagair, uno de los soberanos mas ilustres de Armenia. El Evangelio ha aludido positivamente á las relaciones de este principe con el Salvador ³. Finalmente, la tradicion que atestigua que jamás escribió nada Jesus, se halla confirmada de un modo admirable por el texto de Moisés de Corene. Anteriormente, los defensores de Eusebio respondian á la objecion de los adversarios con una conjetura muy plausible, diciendo: Nada hay en la contestacion á Agbar, reproducida por el Obispo de Cesárea, que pruebe que se trata de una carta autógrafa.

¹ Moses Chorenensis. *Historia Armeniæ*, lib. II, cap. XXIX, pág. 132.—² Id., *Ibid.*, pág. 139-140.

³ Además del pasaje de San Juan, citado por Moisés de Corene, como refiriéndose al hecho del mensaje de Agbar, nos dicen San Mateo y San Marcos que se habia divulgado la fama de Jesus por toda la Siria. *Et abiit opinio ejus in totam Syriam, et obliuerunt ei omnes male habentes.* (Math., IV, 24). *Et ab eo Idumæa et trans Jordanem, et qui circa Tyrum et Sidonem multitudo magna, audientes quæ faciebat, venerunt ad eum.* (Marcos, III, 8).

Es perfectamente admisible que uno de los Apóstoles escribiese este mensaje, dictándoselo el Salvador. Tal era su argumentacion; pero tenia el defecto de apoyarse en una base enteramente hipotética. Oponíase teoría á teoría, siendo así interminable la controversia. Mas el monumeto siriaco ha cortado la dificultad, puesto que no es el mismo Salvador quien trazó los caracteres de la carta á Agbar, sino que fueron escritos, dictándola el Señor, «por el Apóstol Tomás.» Hé aquí cómo cada descubrimiento en el dominio de la historia, de la arqueología y de las literaturas antiguas, viene á demostrar los errores de otra edad, á corroborar la tradicion de la Iglesia é iluminar con un rayo de autenticidad palpable cada palabra del Evangelio.

§ II. MARTES SANTO.

8. «Habiendo salido Jesus á la mañana siguiente (martes) de Bethania con sus discípulos, volvió á la Ciudad Santa. Durante el viaje tuvo hambre. Y habiendo visto de lejos una higuera plantada junto al camino, se acercó á ella por ver si encontraba algun fruto, pero no hallando sino solamente follaje, porque no era la estacion de los higos, dirigiéndose al árbol estéril, pronunció estas palabras: ¡Nunca jamás nazca de tí fruto! Y al instante quedó seca la higuera. Y los discípulos oyeron estas palabras ¹.»

El historiador sagrado deja traslucir mas bien que no lo expresa, la admiracion de los discípulos en esta circunstancia. A la mañana siguiente, viendo seca hasta las raices la higuera maldita, preguntaron á su Maestro. Hasta aquí han guardado un silencio respetuoso, que no tratan de imitar los racionalistas modernos; pues hé aquí lo que se atreven á escribir: «A veces se hubiera dicho que se turbaba la razon de Jesus. Y parecia haberle abandonado su natural dulzura; era algunas veces duro y escéntrico: los discípulos no le comprendian ya, y experimentaban ante él una especie de temor. Su mal humor contra toda resistencia, le arrastraba aun á actos inesplicables y al parecer absurdos ².» La nueva crí-

¹ Math., XXI, 18-19. Marc., XI, 12-14.

² *Vida de Jesus*, pág. 319-319. El autor justifica su asercion con la nota siguiente: «Mar., XI, 12-14.» La cita indicada nos lleva precisamente al episodio de la higuera maldita.

tica se cree suficientemente autorizada para formular en nombre de la ciencia, estas generalidades blasfematorias, sin tomarse el trabajo de justificarlas. Es, pues, evidente para ella, que buscar fruto en una higuera, cuando no es la estacion de los higos, es «un acto absurdo,» y que «el mal humor de Jesus contra toda resistencia, le arrastraba á inesplicables estrañezas.» Pero, puesto que se secó la higuera maldita á las palabras de Jesus, puesto que los discipulos fueron testigos de este fenómeno, no nos hallamos ya solos en presencia de un «acto absurdo ó de un arrebato causado por mal humor.» Cada dia acontece á un carácter irritable y violento proferir una maldicion contra un objeto inanimado, el árbol de un jardin, los zarzales de un sendero ó la rama incómoda que estorba el paso. Sin embargo, el árbol, la zarza, la rama importuna siguen como antes; solo se han perdido en tales casos las palabras vanas, arrancadas por la cólera al «pasajero de mal humor.» Llégaselas el viento, y nadie se acuerda de ellas. El Salvador siente hambre en el camino de Bethania á Jerusalem. Ve de lejos una higuera. Se acerca á ella con serenidad, y sin que revele su paso precipitacion alguna, y no halla en ella mas que hojas. Entonces, sin dar golpes al árbol estéril con vara alguna, sin proferir ninguna queja, dice: «¡Nunca jamás nazca de tí fruto!» y al instante se seca la higuera. Hé aquí un milagro de primer orden. No se trata ya de una curacion «obrada por una palabra suave en una organizacion nerviosa y agitada, ni sobre una imaginacion crédula.» Jamás se conmoverán el sistema nervioso de un árbol, la cándida credulidad de una higuera «á la vista de un hombre predilecto ó de una naturaleza privilegiada.» Asi, pues, en este relato evangélico domina soberanamente el milagro. El racionalismo ha podido lisonjearse de hacerlo desaparecer y de engañar á los lectores, apoyándose sobre la apariencia de un «acto absurdo é inesplicable.» Pero admitamos por un instante su hipótesis. Supongamos que la conducta de Jesus hubiera sido entonces tan falta de razon como querria el racionalismo; concedámosle el estraño «capricho,» la repugnante dureza de un «mal humor que se irrita contra toda clase de obstáculos.» Esto es evidentemente pasiones, violencias y arrebatos de un hombre. ¿Cómo, pues, los Apóstoles, los discipulos, testigos oculares de estas pretendidas estravagancias, se han dejado degollar por afirmar que este hombre «duro y caprichoso y escéntrico,»

cuya razon se turbaba y cuyo mal humor rayaba en delirio, era Dios? Cuanto mas se rebaja el carácter de Jesus viviendo, mas se agranda el milagro de la fe en Jesus resucitado. No es necesario ser filólogo, académico, ni literato para distinguir un acto de locura, de una accion dictada por la razon. Si Jesus no hubiera sido mas que un loco, hubieran permanecido en Tiberiades ó en Cafarnaum sus discípulos, siendo pescadores de peces, y no hubieran llegado á ser pescadores de hombres.

9. Hay, pues, en la maldicion de la higuera del camino de Bethania, un hecho de un carácter eminentemente sobrenatural; un prodigio manifesto, sobre el que debemos insistir tanto mas, cuanto que parece mas dispuesto á desconocerlo el racionalismo. «Saliedo por la mañana de Bethania con sus discípulos, dice el texto sagrado, volvió Jesus á la Ciudad Santa, y en el camino tuvo hambre.» La distancia de Bethania á Jerusalem no era mas que de cerca de cuatro kilómetros. Segun nuestros hábitos modernos, se explicaria dificilmente que un viajero que hubiera tomado el alimento de la mañana antes de ponerse en camino, pudiese sentir hambre en tan corto intervalo. Estos pormenores parecerian tal vez indiferentes y demasiado rebuscados y minuciosos á ciertos entendimientos. Por nuestra parte, declaramos que en este siglo en que es universal la ignorancia de las costumbres judías y de la civilizacion bíblica, el único medio de hacer palpar el absurdo de los ataques que se dirigen contra nuestros Libros Santos, es precisamente aclarar cada pormenor y hacer brotar de él, como de una fuente inagotable, oleadas de luz y de autenticidad. Pues bien; los Hebreos no tomaban alimento alguno antes de la hora del sacrificio de la mañana ó de la oracion. Por esto, al salir de Bethania Jesus, con intencion de llegar á Jerusalem á la hora del sacrificio, tuvo hambre. El Dios no habia absorbido en su persona sagrada al hombre, asi como el hombre no habia hecho desaparecer al Dios. La primer comida de los Judíos se verificaba hácia la hora cuarta, ó las diez de la mañana. Asi, oiremos al Apóstol San Pedro decir á los Judíos el dia de Pentecostés: «Estas gentes no están ébrias, como suponeis, porque no es mas que la hora tercia del dia¹.» Semejante argumento no tendria absolutamente valor en París, en Lóndres ó en Berlin. Pero en Jeru-

¹ Act. Apost., II, 15.

salen que no conocia por dicha suya lo que se llamó progresos de la civilizacion moderna, no se comia ni bebia antes de la hora cuarta del dia. Asi, pues, «Jesus tuvo hambre.» Sin embargo, se dice, es incomprensible que teniendo hambre buscase el fruto de una higuera en estacion que no era de los higos. Pues es seguro que á nadie le ocurriria buscar fruta en un manzano de Normandia en el mes de marzo, cuando comienza este árbol á cubrirse con las primeras flores. Pero la higuera del Oriente, en general, y la de la Judea, en particular, no se parecen en manera alguna á los manzanos de Normandia. El invierno, menos riguroso en estos climas, permite madurar en el árbol los higos de otoño, que se recolectan en la primavera. La higuera cultivada entre nosotros presentaria exactamente el mismo fenómeno, sino se opusiera el frio al desarrollo de los frutos tardíos. Quien haya visto un arbusto de esta clase despojado en la primavera de la cubierta protectora con que nos vemos obligados á abrigarle contra las heladas, ha podido ver fruta verde en sus ramas. Esta fruta tardía, madurada por el sol de Palestina, era la que buscaba Jesus en la higuera del camino de Bethania. Asi lo observa espresamente el Evangelista, designando con claridad la clase de fruta que deseaba el Salvador, al decir que no era aun «la estacion de los higos,» es decir, en el mes de agosto, época en que se verifica la gran recoleccion de esta fruta, que nos suministran los paises cálidos, despues de disecarlos para llevarlos á paises remotos y hacer un objeto de comercio muy lucrativo. Asi, en lugar de una contradiccion ó de un absurdo, es la observacion del historiador sagrado, un nuevo rasgo de verdad local y de incontestable autenticidad.

10. Y ahora en este terreno de las realidades Evangélicas en que ha pretendido sentar el racionalismo su irónica exégesis, diremos á los sofistas: Cuando Jesus seca con una palabra un árbol lleno de vida ¿nos hablais sériamente de un acto de arrebató absurdo é inesplicable? Lo que es aquí verdaderamente inesplicable es vuestro lenguaje. La higuera quedó seca: luego os hallais con una intervencion divina. ¡Guardaos de que el absurdo que osais hacer remontar á Dios, no recaiga, como un rayo, sobre vuestras cabezas! Los Angeles protectores de Jerusalem habian dicho, como el viñador de la Parábola: «Maestro, deja en pie por este año aun la higuera estéril: yo cavaré la tierra á su pie; y abonaré sus raices:

puede que al fin dé fruto.» El Maestro habia esperado; esperaba en vano durante diez y ocho siglos. En la primera edad de la nacion judía, habia aparecido Moisés para guiar al pueblo escogido á la verdadera tierra prometida. En la segunda edad, habian recordado los Profetas las promesas y las amenazas del Omnipotente. En la tercera edad, viene el mismo Hijo de Dios, y agota toda la solicitud y las inefables invenciones de una ternura maternal. Tiene hambre de la salvacion de estas almas que disputa á su amor el farisaismo estéril. Ha sonado la hora de la justicia inexorable. La higuera maldita se seca para siempre: igual golpe sufrirá el Judaismo, con la diferencia, sin embargo, de que Jesus espera hasta el fin, en el árbol de la muerte, sin cansarse jamás, las conversiones individuales. Tal es la adorable misericordia de este Dios, en el gobierno de las naciones y de las almas. El brazo de la justicia no hiere hasta la hora suprema. La higuera permanece estéril por años enteros, durante siglos. Jesus espera. El Salvador previene al Juez hasta el último momento: pues es preciso que el pecador haya cansado la misericordia eterna antes de caer bajo la eterna justicia.

11. «Habiendo llegado á Jerusalem, continúa el escritor sagrado, entró Jesus en el Templo, y paseándose bajo los pórticos, enseñaba y evangelizaba al pueblo. Reuniéndose los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos del pueblo, le preguntaron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado tal potestad?—Respondióles Jesus: Yo tambien quiero haceros una pregunta, y si me respondeis á ella, os diré luego con que autoridad hago estas cosas. ¿De dónde procedia el bautismo de Juan, del cielo ó de los hombres? Respondedme.—Mas ellos discurrían para consigo, diciendo: Si respondemos, del cielo, nos dirá: Pues ¿por qué no habeis creído en él? Si respondemos, de los hombres, tenemos que temer al pueblo; porque todos miraban á Juan como un profeta. Por tanto, contestaron á Jesus, diciendo: No lo sabemos. Y Jesus replicó en seguida: Pues ni yo tampoco os diré á vosotros con qué autoridad hago estas cosas.—Entonces les dijo esta parábola: ¿Qué os parece de este hecho? Un hombre tenia dos hijos, y llamando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy á trabajar á mi viña.—Y él respondió: No quiero; pero despues, arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo, y aunque él respondió: Voy Señor, no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? El pri-

mero, dijeron ellos. Y Jesus prosiguió. En verdad, os digo, que los publicanos y las ramera os precederán y entrarán en el reino de Dios. Por cuanto vino Juan á vosotros por las sendas de la justicia, y no le creísteis, al mismo tiempo que los publicanos y las ramera le creyeron; mas vosotros, ni con ver esto os movísteis despues á penitencia para creer en él ¹.

12. «Escuchad esta otra parábola: Hubo un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando, hizo en ella un lagar, y edificó una torre y arrendóla despues á ciertos labradores, y se ausentó á un pais lejano. Venida ya la sazón de los frutos, envió á los renteros un criado, para que percibiese el fruto de ella. Mas los labradores, apoderándose de él, le apalearon y le enviaron con las manos vacías. Segunda vez, el padre de familias les envió otro criado, á quien ellos lanzaron á pedradas. Entonces dijo entre sí el dueño de la viña. ¿Qué haré? Voy á enviarles mi hijo amadísimó: tal vez al verle, le respeten; pero los labradores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos alzaremos con su herencia. Y echándole la mano, le arrojaron fuera de la viña y le mataron. Ahora bien; ¿en volviendo el dueño de la viña, qué hará con estos labradores?—Hará, dijeron los Judíos, que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen los frutos á sus tiempos.—Sí, replicó Jesus, vendrá el dueño de la viña y perderá á estos colonos, y dará su viña á otros.—Espantados los Judíos del tono con que pronunciaba esta sentencia, exclamaron: ¡No lo permita Dios!—Pero Jesus clavando los ojos en ellos, les dijo: Pues no habeis leído jamás las palabras de la Escritura: «¿La piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo? Esto lo ha hecho el Señor, y es una cosa admirable á nuestros ojos². Por eso os digo que se os quitará el reino de Dios, y se dará á una gente que dé sus frutos. Y el que cayese sobre esta piedra, se hará pedazos, pero á aquel sobre quien ella cayere, le reducirá á polvo. Y habiendo oido los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos estas parábolas de Jesus, comprendieron que hablaba por ellos, y queriendo prenderle, tuvieron miedo al pueblo; porque le tenia por un profeta³ .»

¹ Math. XXI, 23-32. Marc., XI, 27-33. Luc., XX, 1-9.—² Salm., CXVII, 22-23. —

³ Math. XXI, 33-46; Marc., XII, 1-12; Luc., XX, 9-19.

Lo que comprendieron los enemigos del Salvador, bajo el punto de su amor propio personal, lo contemplamos hoy nosotros en la radiación de la historia y en las realidades de lo presente. La transformación del mundo por el Evangelio; el edificio de la nueva humanidad descansando sobre la piedra angular desechada por los arquitectos de lo pasado; la ruina de la infiel Jerusalem; la perpetuidad de la Iglesia, esta roca que quebranta durante diez y ocho siglos todas las manos hostiles; el reino de Dios trasferido á la multitud de las naciones, son otros tantos hechos consumados! ¡Con qué serena y suprema magestad no anuncia estas cosas Jesus, rodeado de los Príncipes, de los Sacerdotes y de los Escribas que van á crucificarle dentro de tres dias! «Indudablemente, pues, dice un célebre escritor, tiene Jesucristo la intuición del globo y de la historia y del obstáculo y de la lucha. Quiere lo que es, y dice lo que debe ser, con una certidumbre inmediata y una divina serenidad. Jamás rey alguno vió su imperio, ni general de ejército su campo de batalla, ni labrador sus campos, como ve Jesus el globo, y sobre el globo la lucha de las fuerzas. Jesus está perfectamente seguro de lo que quiere, de lo que puede, y de lo que hará. Lo ve, lo dice y lo hace. ¡Si se comprendiera tan solo lo que implica esta declaración; que el punto de la historia en que habla es el momento de la gran crisis del mundo! Esta es la profecía mas clara del hecho mas divino. Lo que reconocemos hoy todos, despues de dos mil años, como siendo la gran crisis de la historia, el punto preciso en que cesa la antigüedad y en que comienza el mundo nuevo, este punto del tiempo es el mismo en que pronunciaba Jesus estas palabras: «Ahora es la crisis (ó juicio) de este mundo ¹.»

13. Estendiendo á todo el universo el beneficio de la vocación divina, la misericordia del Salvador reserva los derechos de la justicia eterna. «El reino de los cielos, replicó Jesus, es semejante á un rey que quiso celebrar las bodas de su hijo. Y envió sus criados á llamar á los convidados á las bodas, mas éstos no quisieron venir. Segunda vez envió otros criados con orden de decir de su parte á los convidados: Tengo dispuesto el banquete, he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está á punto: venid, pues, á las bodas. Mas ellos no hicieron caso, antes bien se marcha-

¹ A Graty. *Los sofistas* in 8, pág. 342. Joán, XII, 31.

ron, quién á su granja, quién á su negocio, y los demás prendieron á los criados, y despues de haberlos abrumado de ultrajes, los mataron. Lo cual, oido por el rey, montó en cólera, y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y entregó la ciudad á las llamas. Despues dijo á sus criados. Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los convidados no eran dignos de asistir á ellas: id, pues, á las salidas de los caminos, y á todos los que hallareis, llamadlos á las bodas. Al punto los criados, saliendo á los caminos, reunieron á cuantos hallaron, malos y buenos, de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron á la mesa. Entrando despues el rey á ver los convidados, reparó allí en un hombre que no iba con vestido de boda. Y dijole: Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? Pero él enmudeció. Entonces, dijo el rey á sus ministros (de justicia). Atado de pies y manos, arrojadle fuera á las tinieblas donde no habrá sino llanto y crujir de dientes! Tan cierto es que muchos son los llamados y pocos los escogidos ¹.

En nuestros dias, un salón de festin en que se hiciera entrar en el acto pobres, mendigos, desconocidos, reunidos precipitadamente y cual se hubieran hallado en el camino, presentaria mas de un convidado que no tuviera el traje de boda. Por tanto, esta parábola Evangélica alude tambien á costumbres que no son las nuestras. Los reyes de Oriente, dice el doctor Allioli, acostumbraban enviar á aquellos á quienes convidaban á su mesa los vestidos de fiesta con que debian presentarse á su vista ². Al introducir los servidores á los convidados al festin parabólico, habían tenido cuidado de ofrecer á cada uno de ellos la túnica de honor ó «traje nupcial.» El desdichado que se descuidaba de revestirse con ella, insultaba voluntariamente la noble hospitalidad que se le ofrecia. Hé aquí por qué le hace el rey «arrojar á las tinieblas exteriores.» Ya hemos tenido ocasion de observar, que el festin nupcial en Judea se verificaba durante la noche, á la luz de lámparas encendidas ³. «Las tinieblas exteriores» de la parábola, se refieren, pues, á la brusca transicion que hace pasar al convidado, espulsado de esta suerte, de las luminosas claridades del salon del festin, á la sombría noche que reina en lo exterior. Pero bajo el sentido literal de

¹ Math., XXII, 1-14. — ² Allioli. *Nuevo comentario sobre las Divinas Escrituras*. Edit. Vives. tomo VIII, página 150. — ³ Cap. IV, de esta *Historia*, § V; Allioli. *Loc. cit.*

esta página Evangélica ¡qué revelacion tan formidable! El Rey de los cielos envia sus Apóstoles á todos los puntos del mundo á convidar á los hombres á su banquete divino. Al fin de los siglos pasará revista á los convidados. En aquel dia, último de los dias mortales, no habrá mas luz que en la sala del festin eterno. «Las tinieblas exteriores,» el infierno, con su horror y su irremediable desesperacion, es lo que espera á los desdichados que no se hayan revestido con la «túnica nupcial.»

14. «Entonces los Fariseos, continúa el Evangelio, se retiraron á tratar entre sí cómo podrian sorprenderle en lo que hablase. Y como solo buscaban la ocasion de perderle, le enviaron espías ¹, que hiciesen de los hombres de bien ó justos para cogerle en falta en sus respuestas, á fin de entregarle al Sanhedrin y al tribunal del Gobernador. Eligieron, pues, algunos Fariseos discípulos suyos con algunos Herodianos. Estos dirigieron á Jesus esta pregunta: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de la ley de Dios conforme á la pura verdad, sin respeto á nadie, porque no miras á la calidad de las personas: dínos, pues, qué te parece de esto: ¿es ó no lícito á los Judíos pagar tributo al César?—A lo cual Jesus, conociendo su pérfido ardid, respondió: ¿Por qué me tentais, hipócritas? enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesus les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripcion?—De César, respondieron ellos.—Dad, pues, al César lo que es del César, dijo, y á Dios lo que es de Dios. —Y no pudiendo censurar esta respuesta delante del pueblo, antes bien, admirados de ella, guardaron silencio y se retiraron ².»

15. Merece fijar la atencion el papel de los espías apostados por el Sanhedrin. «Debían, dice el Evangelio, fingirse *Justos*. Esta palabra tiene en estas circunstancias un significado particular. Desde el empadronamiento de la Judea, en tiempo de Augusto, debían todos los Hebreos pagar el impuesto de la capitacion, ó, segun la espresion romana, el «censo.» Pero nada era tan odioso á la nacion

¹ «¿Quién no se sorprenderá, dice M. Dupin, de encontrar aquí el odioso empleo de los espías ó *agentes provocadores*? Reprobados en los tiempos modernos, es mancillarlos mas referir su origen al proceso de Cristo. Se puede juzgar por el mismo texto del Evangelio, si he empleado la palabra propia, calificando de agentes provocadores á los emisari «que despacharon los Principes de los Sacerdotes alrededor de Jesus.» (Dupin. *Jesus ante Caifás y Pilatos*, § 1.

² Math., XXII, 15-22. Marc., XII, 12-17. Luc., XX, 20-26.

como este tributo. La ley Mosáica, tan fuertemente impregnada en todos los corazones, habia inscrito, como un principio fundamental, este texto de la libertad de Israel. «¡No tendreis mas que un solo rey, Jehovah!» Asi, fueron muy frecuentes las rebeliones contra César, contándose hasta diez en el intervalo de treinta años. Ahogadas siempre en la sangre de sus autores las asonadas, se reproducian sin cesar. Los que tomaban parte en ellas se llamaban *Zelotes*, «Zelosos de la Ley» ó «Justos.» Tenian á su favor la conciencia popular. Animábanles en secreto los Fariseos, los Escribas, los Grandes Sacerdotes, los cuales permanecian, no obstante, relativamente á los gobernadores romanos, en una actitud de respetuosa y oficial sumision. Semejante estado de los espíritus nos da á conocer suficientemente la astuta táctica del Sanhedrin. No se trata ya aqui de acriminar á Jesus, á propósito de doctrinas teológicas. El titulo de «Hijo de Dios,» que ha tomado ostensiblemente, y que escitaba toda la cólera del Farisaismo, no podrá formar ya la base de una acusacion capital. El pueblo que veia á Jesus obrar como Dios, le aclamaba como Cristo. Habitudo el Gobernador romano á toda clase de apoteosis, apenas se hallaba dispuesto á castigar con muerte á una nueva divinidad. Era preciso llevar la cuestion á toda costa, al terreno de la política, y hacer de Jesus un criminal de lesa-majestad Cesárea. Si se lograba arrancar de sus labios una declaracion contra la legitimidad del tributo que se pagaba á Tiberio, enviaria el gobernador romano Pilatos al suplicio al sedicioso doctor. Si por el contrario, proclamaba Jesus el derecho del César y la legitimidad del censo, ultrajaba el sentimiento nacional, y perdía á los ojos de la multitud, todo el prestigio de su carácter de Mesías; entregaba su patria al extranjero, en vez de volver á levantar el trono y el estandarte de David. No fueron escogidos con menos habilidad los emisarios del Sanhedrin encargados de plantear esta peligrosa pregunta. Debían hacerse pasar por «Zelotes» ó «Justos,» pero iban acompañados de cierto número de «Herodianos.» Acababa de llegar á Jerusalem Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, para asistir en ella á la solemnidad pascual. Habiendo este principe recibido de César su corona, no dejarían los oficiales que formaban su séquito, designados con el nombre de «Herodianos,» de deferir al gobernador romano la respuesta del Salvador, si era contraria á la legitimidad del censo. Asimismo, los falsos Zelotes ó Justos se encargarían

de sublevar al pueblo contra Jesus, si recomendaba el pago del impuesto. Tal fue el arma de dos filos que pusieron los Príncipes de los Sacerdotes en manos de sus espías. «¿Es permitido ó no pagar el tributo al César?» La afirmativa debe sublevar contra el Rabí galileo todo el furor de la multitud. La negativa le atraerá una sentencia de muerte, pronunciada por el representante de César. Basta una palabra al Divino Maestro para romper todos los artificios de esta trama urdida maravillosamente. En vista de tan apremiante peligro, no se advierte la menor sombra de vacilacion, de turbacion ni de inquietud. «Mostradme la moneda que exige el censo.» Sobre esta pregunta del Salvador hace un literato una observacion que ha debido creer profunda. «Establecer en principio, dice, que la señal para reconocer el poder legitimo es mirar la moneda, era favorecer toda clase de tiranía¹.» Tratemos de hacer resaltar la increíble candidez que hay en esta interpretacion racionalista. Supongamos que hoy fuese la tasa de la capitacion, ó como se diria en lenguaje fiscal, la cuota personal de cada francés un franco. Si pasase en París la escena Evangélica, y quisiera ver Jesus una moneda de este valor, podria suceder que se le presentara una moneda con la efigie de un monarca extranjero, de un soberano decaido, ó de alguna república enterrada. No seria, pues, exacto entre nosotros el raciocinio que queria basar Jesus en el *Numisma census*, sino con la condicion de hallar casualmente una moneda acuñada con la efigie del soberano actual; y como la política inconstante multiplica desgraciadamente en nuestro pais los cambios de gobierno, no significa nada la efigie de la moneda, sino que lo es todo el valor intrínseco del metal. No era así en Jerusalem en la época Evangélica. El fisco romano no aceptaba en pago del impuesto mas que la moneda romana, mientras que los Judíos no se servian para sus transacciones privadas, y para la tasa ó tarifa del Templo, mas que de la moneda nacional. Hé aquí por qué volvemos á hallar en cada página del Evangelio la mencion de los cambiantes que especulaban á un tiempo mismo con el fisco romano y con la patriótica preocupacion de los Hebreos. El signo de la decadencia, la señal de la servidumbre judía era, pues, realmente entonces la efigie de César, que imponia á los hijos de Jacob su moneda y el censo. Asi, pues,

¹ *Vida de Jesus*, pág. 122.

el divino Maestro halla en el denario que se le presenta esta imagen y este nombre detestados. Si se le hubiera presentado un dracma judío que tenia el mismo valor, no hubiera sido el *Numisma census* exigido por el fisco. Ahora, pues, ¿á qué viene á parar la ridícula afirmacion del literato racionalista? ¿Dónde encontrar el pretendido «principio establecido por Jesus de que la señal para reconocer la legitimidad del poder es mirar la moneda?» Jesus consigna en presencia de los espías del Farisaismo, un hecho consumado que tenia para los Hebreos una significacion inmensa. Muéstrales, en la moneda de que están obligados á servirse, la imagen y el nombre de un rey extranjero; esta era la flagrante realizacion de la antigua Profecía: «Cuando caiga el cetro de las manos de Judá, hará su advenimiento el Deseado de las naciones, el Enviado celestial.» Y para definir el carácter del reino espiritual que viene á fundar en el mundo él, que es el Cristo, el Mesías, pronuncia esta palabra: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» El Enviado de las colinas eternas, el Deseado de las naciones, el Dios hecho hombre, no viene á conmovier los tronos de la tierra, ni á levantar la bandera de la rebelion; viene á salvar á las almas, y á enseñar á todos los pueblos el respeto á los poderes, asi como á todos los poderes y á todos los pueblos la sumision á Dios. Las mas contradictorias pasiones políticas se han apoderado alternativamente de esta divina palabra, para amoldarla conforme al sentido de sus exageraciones ó de sus caprichos. Mas á pesar de tantos impotentes esfuerzos, conserva la magestad inalterable; es el asilo y la salvaguardia de las conciencias, el fundamento de todas las sociedades humanas: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.»

16. «Aquel mismo dia, continúa el Evangelio, vinieron los Saduceos que niegan el dogma de la resurreccion, y se acercaron á Jesus á proponerle este caso: Maestro, Moisés escribió este precepto en la ley: «Si un israelita que tiene mujer muere sin hijos, el hermano del muerto cáese con la viuda para dar sucesion á su hermano ¹.» Es el caso que habia entre nosotros una familia compuesta de siete hermanos. El primero, ó mayor, tomó mujer, y murió sin hijos: casó con ella el segundo y murió tambien sin hijos: la tomó el tercero, y asi todos siete, y todos murieron sin dejar sucesion. En fin,

¹ Deuteron. XXV, 5.

murió la mujer despues de todos. ¿De cuál, pues, de los siete, será esposa en el día de la resurreccion, puesto que lo fue de todos?—A lo que Jesus les respondió. Estais en un error, por no entender el texto de las Escrituras, ni el poder de Dios. Los hijos de este siglo se casan; pero cuando resuciten de entre los muertos, no contraerán enlaces ni tomarán esposas, sino que serán como los Angeles, los hijos de Dios en el cielo. En cuanto al dogma de la Resurreccion de los muertos, ¿no habeis leído en el libro de Moisés, cómo Dios hablando con él en la zarza ardiendo, le dijo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob ¹? Y en verdad que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven. Luego estais vosotros en un grande error. Algunos Escribas, habiéndole oído hablar así, le dijeron: Has respondido bien, Maestro. Y el pueblo estaba asombrado de su doctrina ².

Los Saduceos formaban desde el año 270 antes de Jesucristo una secta que luchó con buen éxito, bajo los reyes Asmoneos, contra la política del Farisaismo. En la época Evangélica, se hallaba este último predominante. Menos influyentes, y menos numerosos los Saduceos veían con despecho la popularidad de sus rivales. El paso que dan al lado de Jesucristo no es una páfida maniobra. Esperan que el divino Maestro, perseguido por el odio Farisáico, se inclinará hácia su propia doctrina, y se aprovechará de esta ocasión para crearse, en tan graves circunstancias, un cuerpo de auxiliares y defensores. Los Saduceos, verdaderos Epicúreos del Judaismo, eran los discípulos de un famoso Rabí, llamado Sadoc. Negaban la existencia de los espíritus, y la inmortalidad del alma; abriendo así la puerta á las mas degradantes teorías. Segun ellos, el alma humana moria con el cuerpo, quedando de esta suerte des- embarazada la conciencia de los terrores de la otra vida; los premios y las penas despues de la muerte, el dogma de la resurreccion eran quimeras, de que no se encontraba rastro alguno, decian, en los escritos de Moisés ³. Así, el Pentateuco era el único libro de la Escritura, cuya inspiracion admitiesen, desechando todos los demás. El pasaje del Deuteronomio que invocaban en favor de su grosero materialismo, les parecia decisivo. El divino Maestro reconocia su buena fe. Así que, no les dice, como á los Fariseos: «Hipó-

¹ Exod., III, 6, 15, 16. —² Math. XXII, 23-33. Mar., XII, 18-27. Luc. XX, 27, 39.
—³ Cf. *Historia general de la Iglesia*, tom. III, pág. 604-605.

critas; ¿por qué me tentais?» sino que les contesta dos veces con misericordiosa dulzura: «Os engañais.» «Etais en un profundo error.» Y refuta su estraña doctrina con el mismo texto de Moisés. «Dios no es el Dios de los muertos. No es digno de él, dice Bosuet, no hacer mas que como los hombres, acompañar á sus amigos hasta la tumba, sin dejarles ninguna esperanza mas allá, y seria para él un oprobio llamarse con tanta fuerza el Dios de Abraham, si no hubiera fundado en el cielo una ciudad eterna donde pudiesen vivir dichosos Abraham y sus hijos.» Jesus les revela el estado glorioso de los cuerpos resucitados para la vida, en la que no podrá alcanzarles ninguno de los groseros goces, y donde ninguna de las dolencias de nuestra mortal condicion podrá afectarles. «Semejantes á los Angeles, serán los Hijos de Dios.» Asi se hallan claramente definidas por el divino Maestro, la existencia de los Angeles, la inmortalidad de las almas, la resurreccion de los muertos, este dogma capital del cristianismo¹, como lo llama San Agustin; Abraham, Isaac, y Jacob, los patriarcas de la Antigua Ley, viven ante Dios. Su vida, sin medida y sin limites en la felicidad, no les hace olvidar en manera alguna á los descendientes que dejaron en la tierra. En este sentido, se llama Jehovah, á punto de sellar su alianza con el pueblo hebreo «el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.» La intercesion de los Santos, es, pues, aun un dogma Evangélico. Y cuando los implora un cristiano, del medio de este valle de lágrimas ¿qué es lo que hace, sino repetir la exclamacion de la Parábola: «¡Padre Abraham, tened piedad de mí!»

17. «Pero los Fariseos, continúa el Evangelio, informados de que habia hecho callar Jesus á los Saduceos, se mancomunaron, y uno de ellos, doctor de la Ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de toda la Ley? Respondióle Jesus: El primero de todos los mandamientos es este: Escucha, Israel, el Señor Dios tuyo, es el solo Dios. Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazon y con toda tu alma y con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y principal mandamiento. El segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. No hay otro mandamiento que sea mayor que éstos. En

¹ *Resurrectio mortuorum præcipua fides Christianorum.* San Agust. Serm. 150, número 2. — ² Luc., XVI, 19.

estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los Profetas. Y el Escriba le dijo entonces: Maestro, has dicho bien y con toda verdad que Dios es uno solo y no hay otro fuera de él. Y que el amarle de todo corazon y con todo el espíritu y con toda el alma y con todas las fuerzas, y al prójimo como á sí mismo, vale mas que todos los holocaustos y sacrificios.—Viendo Jesus que habia respondido sabiamente, díjole: No estás lejos del reino de Dios. Y ya nadie osaba hacerle mas preguntas. Jesus se dirigió, pues, á los Fariseos que estaban reunidos, y les preguntó: ¿Qué os parece á vosotros del Cristo? ¿De quién es hijo?—De David, respondieron.—¿Pues cómo, replicó Jesus, pueden decir los Doctores de la Ley que Cristo debe ser hijo de David, cuando el mismo David, inspirado por el Espíritu Santo, habla en el libro de los Salmos de esta suerte: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra, mientras tanto que yo pongo á tus enemigos por peana de tus pies ¹? Pues si David llama á Cristo su Señor, ¿cómo puede ser Cristo hijo de David? A lo cual nadie pudo responderle una palabra; ni hubo ya quien desde aquel dia osase hacerle mas preguntas. Y el numeroso auditorio le oía con gusto ². La última prueba de los Fariseos para «tentar» á Jesus, despues que le oyeron rechazar las proposiciones de una secta rival, ofrece el mismo carácter de perfidia y malignidad que marcaba sus interrogaciones precedentes. La primera y la mas grande enseñanza de la revelacion á los ojos de todos los Judíos, era ésta: «Escucha, Israel, Jehovah, Dios tuyo, es el solo Dios.» Esta palabra se hallaba inscrita en los filacterios que llevaban los Hebreos en las sinagogas, en la frente y en la mano izquierda ³, sin que la

¹ Salm., CIX, 1.—² Math. XXII, 34 ad ultim. Marc, XII, 28, 35. Luc., XX, 40-44

³ Moisés (Exod., XIII, 9; Deuteron., XII, 9, XI, 18) habia dicho: «Fijarás estas palabras (el resumen de la ley) como un memorial en tu mano, y las llevarás entre tus dos ojos.» Para ejecutar este precepto, en todo el rigor de las palabras, llevaban los Judíos en sus sinagogas, en la mano izquierda y en la frente, tiras de pergamino, sobre las cuales se hallaban reproducidos integramente los tres pasajes de la ley, tan formalmente recomendados á su atencion por el mismo legislador. El primero, relativo á la solemnidad nacional de la Pascua y á la consagracion de todos los primogénitos al Señor, contenia diez y siete versículos del capítulo XIII del Exodo, desde el 3 hasta el 19. El segundo contenia los seis versículos del cap. VI del Deuteronomio, desde el 4 hasta el 16. Este era precisamente el texto tan querido á los Judíos: «Escucha, Israel, Jehovah, tu Dios, es uno. Amarás al Señor, tu Dios, etc.» Finalmente, el tercero comprendia todas las bendiciones consignadas para la fiel observancia de la Ley y contenia los diez versículos del capítulo XI del Deuteronomio, desde el 13 hasta el 22.

ignorase un solo hijo de Jacob. Pues bien; ¿no violaba Jesus el dogma sagrado, universal, inmutable de la unidad divina, afirmando su propia divinidad? Si el Salvador aceptaba el principio supremo, sentado por la revelacion mosáica, debia renunciar á llamarse Dios. Si lo desechaba, toda la multitud lapidaria al sacrilego. Hé aquí por qué admirado el Escriba de la respuesta afirmativa que se le dirige, insiste con tanta complacencia en hacer su elogio á los ojos del pueblo. Si es el solo Dios el Dios de Israel, Jesus no podia ser Dios. El Salvador no deja á los Fariseos tiempo para triunfar de lo que creen ser una contradiccion. «No estás lejos del reino de Dios,» responde; como si hubiese dicho á este Doctor de la Ley: Un solo punto te separa de la verdad Evangélica. Vosotros no admitís en la unidad de la esencia divina, la distincion de las personas. No admitís que Cristo sea Dios. Oid, pues, la palabra inspirada de David.—Y entonces comenta el magnífico salmo CIX, en que describe el rey Profeta la generacion eterna de Cristo. «Jehovah ha dicho á mi Señor: Siéntate á mi diestra hasta que haya reducido á tus enemigos á servirte de peana. Contigo está el principado en el dia de tu poder creador en los esplendores de los santos, De mis entrañas te engendré antes de existir el lucero de la mañana.» Con esta afirmacion solemne de su divinidad, predicha por David, cierra Jesus la boca á estos hipócritas doctores.

18. «Entonces, dirigiendo Jesus su palabra al pueblo y á sus discípulos, les dijo: Los Escribas y los Fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. Observad, pues, y practicad todo lo que os dijeren, pero no arregleis vuestra conducta por la suya, porque ellos dicen lo que se debe hacer, y no lo hacen. Porque van liando cargas pesadas é insoportables y las ponen sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni aplicar la punta del dedo para moverlas. Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres; y devoran las casas de las viudas, recitando oraciones interminables. Afectan pasearse con vestidos rozagantes, ensanchan

Las tiras de pergamino escritas de esta suerte, estaban pegadas á una correa de cuero negro, en cuyas puntas habia dos cordones de seda, con los que se ataba el flacterio. (Φυλακτήριον, *Conseruatorium legis*) á la frente y á la mano izquierda. Aun en el día. Llevan los Judios estos flacterios ó *Tephillin*, mirándolos como preservativos contra la accion de los espíritus impuros. Y ¡no obstante ha pretendido, negar el racionalismo la autenticidad de los libros de Moisés ante un pueblo tan tradicional que lleva, durante cuatro mil años, las palabras de Moisés escritas al rededor de su muñeca!

sus filacterios ¹ y multiplican las orlas de su manto ². Gustan de ser saludados públicamente á su paso; quieren las primeras sillas en las sinagogas, los primeros asientos en los banquetes y que los hombres les den el título de Maestros. Vosotros por el contrario, no habeis de querer ser saludados como Maestros, porque uno solo es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco debeis llamar á nadie sobre la tierra vuestro padre, pues uno solo es vuestro verdadero Padre, el cual está en los cielos. Que el mayor de entre vosotros, sea ministro ó criado vuestro.—Habiendo hablado así Jesus, se sentó frente al arca de las ofrendas (*Gazophylacium* ³), y observaba cómo la gente echaba en ella sus ofrendas. Muchos ricos echaban muchas monedas de plata. Vino tambien una viuda pobre, la cual echó solamente dos pequeñas monedas de cobre, de valor de un cuarto de as; y entonces, convocando á sus discipulos, les dijo: En verdad os digo, que esta pobre viuda ha echado mas en el arca que todos los otros. Por cuanto los demás, han echado algo de lo que les sobraba, pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenia, y el único recurso que le quedaba.—Después de haber hablado así, salió del Templo ⁴.

19. Jesus no debía pasar ya el recinto de los Atrios Sagrados. Habia comenzado su ministerio público por una visita al Templo, y lo terminaba otra visita postrera al Templo. Por esto, sin duda, di-

¹ Los Fariseos y los Escribas no se contentaban con las tres citas oficiales de que hemos hablado en la nota precedente, sino que alargaban los filacterios y escribían en ellos otros textos de la Ley para hacer ostentación de una fidelidad exagerada.

² Hé aquí el texto de la ley Mosáica, relativo á las franjas que debían llevar los Israelitas en su manto: «Habla con los hijos de Israel, y les dirás que se hagan unas franjas en los remates de sus mantos, poniendo en ellos cintas ó listones de color de jacinto.» (Núm. XV. 38). El manto de Nuestro Señor tenia un bordado de este género. «Con solo que toque la orla de su manto, decía la hemorroisa de la Escritura, será curada.» Los Fariseos habían introducido la costumbre de fijar en esta orla los *Zizith* ó *Cedlim*, pequeñas tiras de pergamino en las que había trazados algunos versículos de la Ley. De esta suerte creían conformarse al sentido del Legislador, que había explicado en estos términos el simbolismo de las orlas y de las cintas de color de jacinto. «Este adorno recordará á los hijos de Israel que están sujetos á la ley de Jehovah, y que no deben dejar estraviar sus pensamientos ni sus miradas hacia las pompas de los cultos extranjeros. (Núm. XV, 39).

³ Los cepillos puestos en los átrios del Templo para recibir las ofrendas, eran en número de trece, teniendo cada uno su destino particular. El *Gazophylacium*, de que aquí se trata, estaba destinado verosimilmente á recibir las ofrendas voluntarias para los sacrificios públicos de la Pascua.

⁴ Math., XXIII. 1-2. Marc., XII. 38-44. Luc., XX. 45 ad ultim. 1-1.

cen hoy los racionalistas: «Jesus amaba poco el Templo¹.» Tal es la fórmula que resume, según ellos, con una rigurosa fidelidad, todo el relato Evangélico, y cuando hace el Salvador un elogio tan conmovedor de la pobre viuda que deposita el óbolo de su indigencia en el *Gazophylacium*, esclaman los racionalistas, siempre con la misma suerte en su interpretacion: «¡Era enemigo mortal de las prácticas de los devotos²!» Mientras el divino Maestro descendia por última vez las gradas de la Montaña Santa, le mostraban sus discípulos, continúa el Evangelio, la magnificencia de la fábrica. ¡Qué piedras tan preciosas! ¡Qué riqueza de adornos! decian.— Maestro, dijo uno de ellos, mira qué enormes piedras y qué fábrica tan asombrosa. Jesus le dió por respuesta: ¿Veis toda esa gran fábrica? ¡Pues en verdad os digo, que llegará día en que de tal modo será destruida, que no quedará de ella piedra sobre piedra!—Después, habiendo llegado al Monte de los Olivos, se sentó en frente del Templo, y le preguntaron aparte Pedro y Santiago y Juan y Andrés: Maestro, ¿cuándo sucederá esa ruina y cuáles serán las señales precursoras?—Jesus respondió: Oireis rumores de guerra y el tumulto de sediciones y el estrépito de las armas: no hay que turbaros por eso; que si bien han de acaecer estas cosas, no serán todavía el fin. Es verdad que se levantará nacion contra nacion y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos en varias partes, y pestes y hambres y terror por do quiera y siniestros presagios. Empero todo esto aun no será mas que el principio de los dolores. Pero antes se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán á las sinagogas, y os encerrarán en las cárceles, y os llevarán por fuerza á los tribunales para ser puestos en los tormentos; y sereis presentados por causa de mí ante los gobernadores y los reyes, lo cual os servirá de ocasion para dar testimonio de mí. Por tanto; gravad esto en vuestros corazones. Cuando os lleven á sus tribunales, no debeis discurrir de antemano lo que habreis de responder, sino hablad lo que os será inspirado en aquel trance, pues yo pondré en vuestros labios una elocuencia y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. Porque no sereis entonces vosotros los que hableis, sino el Espíritu Santo. Entonces el hermano hará traicion á su hermano; y el padre á su

¹ *Vida de Jesus*, pág. 214.—² *Ibid.*, pág. 224.

hijo; y los hijos se levantarán contra los padres y les quitarán la vida. Padres, hermanos, parientes, amigos, todos os venderán y os abrumarán de ultrajes y os entregarán al suplicio; de suerte que sereis odiados de todo el mundo por causa de mi nombre. Con lo que muchos padecerán escándalo y se harán traicion unos á otros y se odiarán recíprocamente. Y aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán á mucha gente, y por la inundacion de los vicios se resfriará la caridad de muchos. No obstante, ni un solo cabello de nuestra cabeza se perderá, y el que perseverare hasta el fin, se salvará. Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas. Cuando viéreis á Jerusalem cercada por un ejército, entonces tened por cierto que su ruina está cerca. Cuando la «abominacion de la desolacion» que predijo el Profeta Daniel¹ haya invadido el Lugar Santo (el que lea esto nótele bien), entonces los que moran en Judea huyan á los montes, y los habitantes abandonen este pais, y los de las regiones extranjeras no traten de entrar en él. Porque aquellos dias serán los de la venganza, y todas las palabras del Profeta se cumplirán. Ay de las mujeres que estén en cinta ó criando en aquellos dias. Rogad, pues, á Dios que vuestra huida no sea en invierno ó en sábado (en que se puede caminar poco); porque será tan terrible la tribulacion entonces cual no la hubo ni habrá jamás semejante. Pues este pais se verá en grandes angustias, y la ira de Dios descargará sobre este pueblo. Parte morirán al filo de espada; parte serán llevados cautivos á todas las naciones; y Jerusalem será hollada por los Gentiles hasta tanto que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse. Si el Señor no hubiese abreviado aquellos dias, nadie se salvaria de este desastre; mas en gracia de los escogidos que él eligió, Dios los ha abreviado *.

20. En este discurso Evangélico estalla y brilla el milagro de la profecía con el estampido del trueno y el resplandor del relámpago. Mas adelante describirá Josefo las conmociones de la Palestina, de la Siria, de todo el Oriente, al aproximarse los ejércitos de Vespasiano y de Tito. Describirá los horrores de la peste, del hambre y los terremotos que se tragarán ciudades enteras de treinta mil almas. Notará las siniestras voces que repetian durante siete años: «¡Ay del Templo! ¡Ay de Jerusalem!» Referirá las escenas de carnicería de

¹ Dan., XI, 27. Math., XXIV, 1-22. Marc., XIII, 4-20. Luc. XXI, 5-24.

que será teatro el Lugar Santo cuando llenen el santuario de Jehovah los cadáveres de los Judíos degollados por los Zelotes. «La abominacion de la desolacion» será tal, «que si hubieran diferido los Romanos castigar tantos horrores, hubiera debido perecer Jerusalem por un nuevo diluvio ó por una lluvia de fuego, como Sodoma y Gomorra.» Son las mismas palabras de Josefo, quien no dejará que ignoremos ningun pormenor de este famoso sitio. La muralla de circunvalacion predicha por el Salvador, será levantada por los soldados romanos, con una energía y una perseverancia increíbles. Veráse á las infelices madres degollar á su hijo de pecho, hacerlo asar y devorar el fruto de sus entrañas. En el dia en que entre el vencedor en la ciudad, serán pasados al filo de la espada 1.100,000 Judíos. Se pasará la reja del arado sobre los escombros humeantes de Jerusalem. Los hijos de Jacob serán dispersos entre las naciones, y la Ciudad Santa será hollada por los Gentiles. En vano el racionalismo querria desgarrar del libro del Evangelio esta página profética. «Hásela añadido, dice, despues del suceso ¹.» Hé aquí por qué refiere, sin duda, Eusebio, «que al acercarse Tito y sus legiones, todos los cristianos que habitaban la Palestina, guiados por el oráculo divino, abandonaron en masa este pais, y se refugiaron mas allá del Jordán, en las montañas de Galaad ².» Hay por otra parte en esta profecía, rasgos que no hubiera podido añadir una mano apócrifa. ¿Quién hubiera podido describir, despues de la ruina de Jerusalem por Tito, que los Judíos no volverian á constituir nunca su nacionalidad en el suelo de su patria, que permanecerian dispersos entre todos los pueblos; y que la ciudad de Dios «seria aplanada por el talon ³ de las razas extranjeras hasta que se completara la era de las naciones ⁴?» Sin embargo, así es. La planta de los hijos de Mahoma aplanó hoy día á Jerusalem; otros cien vencedores han precedido á los actuales tiranos, y les sucederán tal vez. Jamás han vuelto ni volverán á entrar los Judíos como señores en la tierra de sus abuelos.

¹ *Vida de Jesus*. Introdect., pág. XVI y XXXIX.

² Euseb. *Hist. Eccles.*, lib. III, cap. V, Patrol. Græc., tom. XX, col. 222.

³ Tal es la traduccion literal del *calcabitur* de la Vulgata.

⁴ Es decir, «hasta el fin del mundo.» Así, segun la divina profecía de Jesucristo, no entrarán nunca los Judíos en posesion de su ciudad y de su Templo «Afirmamos con toda seguridad, dice Origenes, que jamás serán restablecidos. *Confidenter dicimus eos nunquam esse restituendos.* (Orig. contra Celsum).

21. La ruina de Jerusalem y del Templo, la estincion de la nacionalidad judía, tan claramente predichas por el Salvador, estaban en contradiccion formal con la idea que se formaban entonces los mismos Apóstoles, del imperio del Mesías. Segun la idea del pueblo Hebreo, debian durar la Ciudad Santa y el Templo de Jehovah tanto como el mundo, y llegar á ser el centro del reino inmortal fundado por Cristo, hijo de David. Cada nacionalidad ha soñado que su duracion seria perpétua. A pesar de la inconstancia y movilidad de las cosas humanas, es en el dia esta preocupacion tan viva en nosotros como pudo serlo nunca en Tebas, en Ninive ó en Cartago. Pero entre los Judíos no era tan solo un sentimiento de orgullo patriótico, sino que constituia una religion verdadera. Por eso no comprenden ya Pedro y los tres Apóstoles cómo podrá fundarse nunca el reino de Cristo, en cuanto les anuncia Jesus la próxima ruina del Templo de la ciudad de David y de la nacionalidad hebrea. Señor, preguntan, ¿cuál será la señal precursora de tu venida y del fin del mundo?—Jesus les respondió: Tened cuidado que nadie os seduzca. Se presentarán muchos en mi nombre, y dirán: Yo soy el Cristo. Porque aparecerán falsos Cristos y falsos Profetas que seducirán á la multitud. Y harán alarde de milagros y prodigios tan pasmosos, que los mismos escogidos, si fuese posible, caerian en error. No los sigais, pues, sino estad prevenidos, acordándoos que anticipadamente os predije todas estas cosas. Asi, aunque os digan: «Hé aquí al Mesías que está en el desierto,» no vayais allá, ó bien: «¡Mirad que acaba de entrar en esta casa!» no lo creais; porque, como el relámpago sale del Oriente y se deja ver en un instante hácia el Occidente, asi será el advenimiento del Hijo del hombre. Veránse antes fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas, y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas. Los hombres se secarán de temor y de sobresalto, en la espectacion de la catástrofe que amenazará al universo. Y luego, despues de la tribulacion de aquellos dias, el sol se oscurecerá, la luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo y las potestades de los cielos temblarán. Y entonces aparecerá en el cielo la enseña del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos, y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo, con gran poder y magestad. El cual enviará sus Angeles, que á son de trompeta y con una voz

formidable congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro. Asi, pues, cuando veais las señales precursoras de estas cosas, abrid los ojos y alzad la cabeza, porque vuestra redencion se acerca.—En seguida, les propuso esta comparacion: Reparad en la higuera y en los demás árboles, dijo. Cuando sus ramas están ya tiernas y brotan sus hojas y aparece el fruto, decís: Ya está cerca el verano; pues asi tambien, cuando vosotros veais todas estas cosas, tened por cierto que Cristo está para llegar, que está ya á la puerta, y que el reino de Dios se adelanta. Lo que os aseguro es, que no se acabará esta generacion ¹ hasta que se cumpla todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán ².

22. «Mas en orden al dia y á la hora, nadie lo sabe, ni aun los Angeles del cielo, ni el Hijo ³, sino solo mi Padre. Estad, pues, alerta, velad y orad, ya que no sabeis cuando será el tiempo. Velad, pues, sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones (ó entendimientos) con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel dia, que será como un lazo que sorprenderá á todos los que moran sobre la superficie de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo, á fin de merecer el evitar todos los males venideros, y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre. Acontecerá como al padre de familia, que estando para emprender un largo viaje, confió su casa á sus criados, y mandó al portero que velase. Velad, pues, tambien vosotros, porque ignorais cuando vendrá el dueño, si á la tarde ó á la media noche, si al canto del gallo ó al amanecer, no

¹ La raza judía que no debe convertirse, y por consiguiente dejar de ser una raza aparte, sino hasta el fin de los tiempos y en visperas del juicio final, segun la palabra de San Pablo en la epístola á los Romanos. «No quiero, hermanos, que ignoreis este misterio, y es, que una parte de Israel ha caído en la obcecacion hasta tanto que la plenitud de las naciones (Gentiles) haya entrado en la Iglesia, y que se salve así todo Israel» (Rom., XI, 25-26).

² Math., XXIV, 23-35. Marc., XIII, 21-31. Luc. XXI, 25-33.

³ El Hijo del Hombre, en cuanto hombre, no sabe, para revelarla á los mortales, esta hora terrible. Como Hijo de Dios, la conoce, en el secreto inviolable en que quiere conservarla la Divinidad. Este es el pensamiento de San Gregorio el Grande: *la natura quidem humanitatis novit diem et horam, non ex natura humanitatis novit; ideo scientiam, quam ex natura humana non habuit in qua cum angelis creatura fuit, hanc se cum angelis habere denegavit.* (Gregor., lib. VIII, Epist. col. 42). Esto no desanima los espíritus inquietos y temerarios que de siglo en siglo se atribuian la mision de predicar la época del fin del mundo y del juicio final.

sea que viniendo de repente, os encuentre dormidos. En fin; lo que á vosotros os digo, á todos lo digo: Velad. Porque el reino de los cielos es semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa ¹. De las cuales cinco eran necias y cinco prudentes; pero las cinco necias, al coger sus lámparas, no se proveyeron de aceite; al contrario, las prudentes, junto con las lámparas, llevaron aceite en sus vasijas. Como el esposo tardase en venir, se adormecieron todas, y al fin se quedaron profundamente dormidas. Mas llegada la media noche, se oyó una voz que gritaba: Mirad que viene el esposo, salidle al encuentro. Al punto se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Entonces las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que este que tenemos no baste para nosotras y para vosotras, mejor es que vayais á los que lo venden y compreis el que os falta. Mientras iban estas á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al cabo vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor! ¡Señor! abrenos. Pero el esposo les respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco. Así que, velad vosotros, porque no sabeis ni el día ni la hora ².

23. «Cuando venga, pues, el Hijo del hombre con toda su magestad y acompañado de todos sus Angeles, sentarse há entonces en el trono de su gloria, y hará comparecer delante de él á todas las naciones, y separará á los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: poniendo las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entonces, cual rey supremo, dirá á los que estén á su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino (celestial) que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedásteis; estando desnudo me vestisteis; enfermo y me visitásteis; encarcelado y vinisteis á verme (y consolarme)! A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento para que te hayamos dado de comer; sediento para que te hayamos dado de

¹ Véase para la inteligencia de esta parábola, los pormenores relativos á las ceremonias del matrimonio entre los Judíos. Cap. IV, §. V. de esta *Historia*.

² Math, XXIV, 36-38, XXV, 1-13. Marc., XIII, 32-37. Luc., XXI, 34-36.

beber? ¿Cuándo te vimos peregrino para que te hayamos hospedado; desnudo para que te hayamos vestido; enfermo ó en la cárcel para que te hayamos visitado? Y el rey en respuesta, les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis mas pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. Despues dirá á los que están á su izquierda: ¡Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno que fue destinado para el diablo y sus ángeles ó ministros: porque tuve hambre y no me disteis de comer; sed y no me disteis de beber; era peregrino y no me recogisteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitasteis! A lo que replicaron tambien los malos: ¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado, y dejamos de asistirte? Entonces les responderá: En verdad os digo: siempre que dejásteis de hacerlo con alguno de estos (mis) pequeños (hermanos), dejásteis de hacerlo conmigo. Y en consecuencia, irán estos al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna¹.

El libro del Evangelio que se abre antes de la aurora de los tiempos en los esplendores de la generacion del Verbo, se cierra por mas allá de todos los tiempos, en la eternidad del suplicio ó en la eternidad del triunfo.

§ III. MIÉRCOLES SANTO.

24. Jesus no entró en Jerusalem en aquel dia, sino que lo pasó en el Monte de los Olivos. Los discípulos, dice el Evangelio, reparando al pasar que la higuera maldecida en la víspera se habia secado de raiz, quedaron pasmados, y dijeron entre sí: ¿Cuán seca está? Recordando Pedro las palabras de Jesus, le dijo: Maestro, mira como se ha secado la higuera que maldijiste. Y Jesus, tomando la palabra, le respondió en estos términos: ¡Tened confianza en Dios! En verdad os digo, que si teneis fe sin incertidumbre ni vacilacion, no solamente hareis esto de la higuera, sino que aun cuando digais á este monte: Arráncate de ahí y échate en el mar, así lo hará. Cualquiera que cree sin vacilacion que todo lo que dijere sucederá, lo verá cumplirse. Por eso os digo; cuantas cosas pidiéreis en la oracion, creed que las recibireis y os serán concedidas. Y cuando os

¹ Math., XXV, 31-46.

pusiéreis á orar, si teneis alguna cosa contra alguno, perdonadle el agravio, á fin de que vuestro Padre que está en los cielos, tambien os perdone vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonáreis, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras culpas ¹.»

Tal es el lenguaje de Jesus dos dias antes de su muerte. Enseña á Pedro, jefe futuro de la Iglesia y custodio de la fe el poder infinito del tesoro cuyo sagrado depósito tendrá en sus manos.

25. «Entre tanto, continúa el Evangelio, se aproximaba el dia solemne de los Azymos, llamado la Pascua. Luego, pues, que concluyó Jesus estos razonamientos, dijo á sus discípulos: Bien sabeis que de aquí á dos dias debe celebrarse la Pascua, y que el Hijo del hombre será entregado á muerte de cruz.—En efecto, al mismo tiempo los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas andaban trazando cómo hacer morir á Jesus. Reunidos los Ancianos en el atrio del Sumo Pontífice, llamado Caifás, tuvieron consejo para hallar medio como apoderarse con maña de Jesus y hacerle morir; mas temiendo que se alborotara el pueblo, decian: No conviene que se haga esto durante la fiesta.—Entre tanto Satanás se apoderó del corazon de Judas, llamado Iscariote ², uno de los doce Apóstoles, el cual se fué á encontrar á los Príncipes de los Sacerdotes, ofreciéndoles entregarles á Jesus. Y se puso á tratar con ellos y con los magistrados del Templo sobre la manera de entregarle. ¿Qué queréis darme y yo le pondré en vuestras manos?—A estas palabras se colmaron de alegría y se convinieron con él en darle mas adelante cierta suma de dinero, entregándole desde luego treinta monedas

¹ Math., XXI, 20-23. Marc., XI, 59-26,

² Judas era natural de Cariot ó de Kerieth, pequeña villa no lejos de la antigua Gomorra, en la ribera oriental del Mar Muerto, en la tribu de Judá, de la cual habla el libro de Josué (XV, 25), y Josefo en sus *Antigüedades Judáicas*. Por esto se llamó Iscariote, es decir, el hombre de Kerieth. Pero este nombre encerraba en este tiempo un presagio funesto para el que lo llevaba; porque puede significar á un tiempo mismo *el hombre de usura, de mentira, el traidor, el hombre del cinto de cuero*, es decir, el que lleva el bolsillo. Segun San Gerónimo significa: *Aquí está su recompensa*. Puede significar tambien *el ahorcado*. Todas estas significaciones, contenidas en una sola palabra, son ciertamente características. Hay en este nombre algo místico y profético, que por lo demás, se reproduce en todas las circunstancias de la vida de Jesucristo. La version siríaca de Filoxenes, codex 69 y 124, en el capítulo VI de San Juan, versículo 72, indica al márgen el significado principal y propio de esta palabra, á saber: El hombre de Cariot. Tal vez tenia algo ultrajante esta clase de calificaciones, puesto que el nombre de Magdalena se formó tambien del lugar de su nacimiento (Sepp., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, parte 2.^a, secc. 3, cap. III).—(N. del T.)

de plata. Obligóse Judas, y buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto y sin que lo supiera el pueblo ¹.

El odio del Sanhedrin no trata ya ni aun de guardar las formas de la justicia. Por dolo, *dolo*; por medio de soborno; sin que lo sepa el pueblo, y en su consecuencia, contra todos los principios de la legislacion mosaica; por medio de traicion, de venalidad, en las tinieblas de un conciliábulo, donde se ciernen el terror y el remordimiento prematuro, cual vengadoras visiones, es como se verifica el trato ó venta deicida. Un rasgo esencialmente judío y que no se ha notado lo suficiente, es el hecho de prometer al traidor una cantidad de dinero, una suma indeterminada, pero en relacion proporcionada con el servicio que va á prestar, y con el gozo que escita su proposicion en la asamblea: *Promiserunt ei pecuniam se daturos* ¹. Sin embargo, no le entregan anticipadamente mas que treinta monedas de plata. *Constituerunt ei triginta argenteos* ², cerca de doscientos reales de nuestra moneda. Apenas era el precio de un esclavo fuera de edad. Y esta fue la suma que en otro tiempo recibieron los hermanos de Josef. No impedía el odio á los ancianos del Sanhedrin calcular sus intereses, así que especulaban con la codicia del traidor, y bajo un doble punto de vista, creyeron que era buen negocio para ellos.

§ IV. JUEVES SANTO.

26. «Habiendo llegado, continúa el Evangelio, el primer día de los Azymos, en que la ley mandaba sacrificar el Cordero pascual, dijo Jesus á Pedro y á Juan: Id á prepararnos lo necesario para celebrar la Pascua. Dijeron ellos: ¿Dónde quieres que lo dispongamos? Respondióles: Id á la ciudad, y así que en ella encontráreis un hombre que llevará un cántaro de agua seguidle hasta la casa en que entre; y direis al padre de familias de ella: El Maestro te envía á decir: Mi tiempo se acerca, voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. ¿Dónde está la sala en que he de celebrarla? Entonces os mostrará un gran cenáculo bien amueblado: preparad allí lo necesario. — Fueron, pues, los discípulos, y llegando á la ciudad, hallaron todo lo que les habia dicho, y dispusie-

¹ Math., XXVI, 1-5, 14-16. Marc., XIV, 1-2, 10-11. Luc., XXII, 1-6. — ² Marcos, XIV, 11.

ron las cosas pa ra la Pascua.—Puesto ya el sol, fué Jesus allí con los doce¹. Sabiendo Jesus que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado á los suyos que vivian en el mundo, los amo hasta el fin. Cuando estuvo dispuesta la cena pascual², aquel en cuyas manos habia puesto el Padre

¹ Math., XXVI, 11.

² Math., XXVI, 17-19. Marc., XIV, 12-16. Luc., XXII, 7-13.

El padre Scio traduce este versículo 2 de San Juan: «Acabada la cena;» esponiendo en nota: «Antes de la institucion de la Eucaristía.» Por lo que aquí se refiere y se lee tambien en los otros Evangelistas, se ve, que el Señor, acabada la cena legal, lavó los pies á sus discípulos, como una señal de la pureza y preparacion con que habian de recibir la Eucaristía, que instituyó despues y les dió. Igual traduccion hacen de este versículo los padres Petite y Amat. Otros espositores entienden las palabras griegas de este versículo *δειπνον γενομενον* como diciendo: «Habiéndose verificado una cena, y refiriéndose en su consecuencia esta expresion á la cena legal, que celebraron antes de la institucion del Sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, ó de la cena Eucaristica que se celebró despues; y critican la interpretacion arriba espuesta: «acabada la cena» entendiendo que para tal interpretacion seria necesario, ó que precediese el artículo á la palabra *δειπνον*, ó que indicase claramente el contexto que se trata aqui de la cena por excelencia, la cena Pascual, siendo asi que las primeras palabras del v. 1: «Antes de la fiesta de Pascua,» son á propósito para hacer concebir la idea primeramente enunciada. Segun la leccion alejandrina (*γενομενον*), el sentido verdadero seria este. «En el momento en que comenzaba una cena ó la cena.» Aunque aprobada por Tischendorf y Meyer esta leccion podria considerarse como una correccion que tuviera por objeto colocar, como parece natural, el lavatorio de los pies al principio de la cena. Muchos comentadores modernos, entre ellos Lange y Hengstenberg, admiten que la ablucion de los pies no se verificó segun debiera, al principio de la cena, porque no habia allí esclavo alguno para hacer este oficio, y ninguno de los discípulos se habia ofrecido voluntariamente á ello. Hengstenberg supone que Pedro ó algún otro habia lavado los pies á Jesus, y que despues se colocó entre sus demás colegas, esperando que le prestara á él igual servicio uno de los discípulos de rango inferior. Esto es lo que habria provocado la contienda de que habla San Lucas (XXII, 24), y que coloca al fin de la cena, sobre cuál de ellos parecia ser el mayor; á la que puso fin Jesus, levantándose él mismo y desempeñando el oficio del esclavo de que se desdénaban los discípulos. Todo esto habria acontecido naturalmente antes de principiar la cena. Las expresiones *δειπνον γενομενον* «habándose verificado una cena» (v. 2) y «se levantó de la mesa» (propia- mente, «de la cena,» sin contradecir positivamente esta explicacion, no son, sin embargo, favorables á ella, pues inducen mas bien á pensar que habia principiado ya la cena, y aun que estaba próxima á su fin. Por otra parte, si tal hubiera sido la ocasion ó motivo de la contienda citada por San Lucas, el objeto de la discusion hubiera sido, no: ¿quién era el mayor? sino: ¿quién era el mas pequeño? ¿Quién era el que debia encargarse de ejercer con los demás aquel humilde oficio? No parece; pues, dudoso que la contienda de que habla San Lucas fue la que dió ocasion al lavatorio de los pies; asi aparece casi necesariamente de las palabras de Jesus en San Lucas: «*Los reyes de las naciones dominan sobre ellas; no sea así entre vosotros... porque ¿quién es el mayor, el que está á la mesa ó el que sirve?... Yo estoy en medio de vosotros como un sirviente.*» Pero en este caso, este acto debe colocarse, asi como la misma contienda, segun San Lucas, al fin de la cena; y este es tambien el sentido natural del texto de San Juan. Por otra parte, observa Schweizer con razon, que si se hubiera lavado ya una vez los pies á los convidados al principio de la cena, el acto de Jesus, no respondiendo á ninguna necesidad,

todas las cosas, que habia salido de Dios y estaba á punto de volver á Dios, levantóse de la mesa, y dejó su manto, y habiendo tomado una tohalla, se la ciñó, echó despues agua en un lebrillo y empezó á lavar los pies de sus discípulos y á enjugarlos con la tohalla con que estaba ceñido. Vino, pues, á Simon Pedro, el cual exclamó: ¡Señor, jamás me lavarás tú á mí los pies! Respondióle Jesus: Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo.—Pedro replicó: Señor, no solamente los pies, sino tambien las manos y la cabeza.—Dijole Jesus: El que está purificado, no necesita sino de lavar los pies, estando como está limpio todo lo demás. En cuanto á vosotros, limpios estais, pero no todos.—Porque sabia quién era el que le habia de entregar; por eso dijo: no todos estais limpios. Despues, en fin, que les hubo lavado los pies, y tomó otra vez su manto, habiéndose puesto de nuevo á la mesa, les dijo: ¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo que soy el Maestro y Señor, os he lavado los pies, tambien vosotros debeis lavaros los pies unos á otros. Porque os he dado el ejemplo, para que conforme yo lo hice con vosotros, asi lo hagais vosotros tambien. En verdad, en verdad os digo, que no es mayor el siervo que su amo, ni el apóstol es mayor que aquel que le ha enviado. Si comprendéis estas cosas, sereis bien aventurados como las practiquéis ¹.

tendria un carácter artificial, y como dice Weisse, teatral. Asi, pues, nos inclinamos á creer, que se omitió enteramente el lavatorio de los pies al principio de la cena, porque no era una astringencia u obligacion legal (Luc., VII, 44), y porque no se habia ofrecido voluntariamente ningun discípulo á ejecutar este oficio para con su Maestro y sus hermanos. Jesus dejó pasar en un principio, sin decir una palabra, esta falta de consideracion (como en el caso que refiere San Luc., VII); pero cuando en el curso de la cena, revela á las claras una contienda sensible para su corazon los pensamientos mundanos de que se hallan aun dominados sus discípulos, se aprovecha entouces de la circunstancia de haberse omitido la ablucion, para darles la leccion que necesitan, supliendo este vacío. De todos modos, cualquiera que sea la interpretacion que se adopte, de las que llevamos espuestas, deberá entenderse, que el lavatorio de los pies se verificó antes de la cena Eucarística ó de la institucion del Sacramento de la Eucaristía, ya precediera solamente á la cena Eucarística, como se ve en la mayor parte de los historiadores de la vida de Nuestro Señor Jesucristo (V. la Historia escrita por el señor Roca y Cornet, cap. LXXX), ya precediese á ésta y á la cena legal ó de Pascua, segun el rito judaico, como se nota en la presente obra de M. Darraz: pues asi se cumple el objeto que indica en su nota citada el padre Scio, de que sirviera este lavatorio de señal de la pureza y preparacion con que debe recibirse la Eucaristía.—(N. del T.)

¹ Joann., XIII, 1-17.

La Cena pascual comenzaba entre los Judíos al salir las estrellas el día catorce del mes de Nisan, en memoria de la última comida que tuvieron en la tierra del cautiverio los hijos de Jacob, en la noche en que el Angel del Señor «paso» (*Phase*; *Pascha*; *Passage*) por las casas de los Egipcios, desde el palacio de Faraon hasta la última choza del esclavo, hiriendo de muerte á todos los primogénitos. El día que la precedía, llevaba el nombre de *Paresceve*, «Preparacion» ó de *Primer día de los Azymos*, porque se debía preparar el Cordero pascual y los panes sin levadura (*Azymos*), cuya manducacion se permitia solamente durante la solemnidad. El día catorce del mes de Nisan caia este año en viernes, y segun la manera hebráica de contar los dias, de una puesta á otra de sol, era el viernes por la noche cuando debian comer los Judíos la santa víctima. Pero el divino Maestro «sabia que habia llegado su hora, y que iba á dejar este mundo para volver á su Padre.» El viernes por la noche, cuando se siente el pueblo deicida al banquete nacional, será consumado el gran sacrificio, y será muerto el Cordero de Dios para borrar los pecados del mundo. Hé aquí por qué anticipa Nuestro Señor un día la celebracion de la Pascua. Pedro y Juan dicen por su parte al huésped que debe prestar su morada: «Ha llegado mi tiempo; voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos.» Pedro y Juan, la Fe y el Amor, el Moisés y el Aaron del Nuevo Testamento, van á poner fin, con una inmolacion suprema, á los sacrificios figurativos del Antiguo Testamento. Por última vez va á dar la ley Mosáica la hospitalidad al Verbo hecho carne. Todas las moradas de Jerusalem estaban á disposicion de los peregrinos, durante los dias de la solemnidad pascual. El banquete conmemorativo debia tomarse en comun por cada familia, ó por cada grupo de parientes y de amigos, en número por lo menos de diez personas y en el interior de una casa. Cada grupo podia establecerse por do quiera que habia lugar; los habitantes de la ciudad suministraban la sala del festin, sin que el huésped pudiera recibir, en indemnizacion, mas que la piel del Cordero pascual. El racionalismo moderno, en su ignorancia de las costumbres judáicas, supone aquí inútilmente que Jesus empleó todo un sistema de superchería para producir efecto en la imaginacion de los Apóstoles. Este modo Evangélico de preparar un alojamiento seria impracticable entre nosotros. Pero en Jerusalem y en aquella circunstancia no tenia nada de extraordinario; y este es

todavía uno de los rasgos de autenticidad del libro de Daniel. Lo que debemos admirar aquí es el amor de un Dios que se baja hasta lavar los pies de los hombres á quienes viene á salvar. Entre los Judíos, eran los esclavos los que lavaban los pies de los convidados; ¡pero «Jesus quiere ocupar el lugar de un esclavo! En su admiracion, Pedro, el Jefe futuro de la Iglesia rehusa tal honor.» ¡Señor, exclama, jamás permitiré que me laves los pies!» Pedro ignora aun la pureza inmaculada que requiere la manducacion del Cordero Eucarístico. No sabe que Dios debe purificar primeramente el corazon en que debe descender. Jesus se lo dice, y añade: «Os he dado el ejemplo, á fin de que hagais con los demás lo que yo he hecho con vosotros!» Desde aquella hora los ministros de Jesucristo lavan los pies de todos los pecadores antes de admitirlos al banquete del Cordero.

27. «Habiéndose puesto Jesus á la mesa con los doce apóstoles, continúa el Evangelio, les dijo: Ardientemente he deseado comer este Cordero pascual (ó celebrar esta Pascua) con vosotros, antes de mi pasion. Porque yo os digo que ya no le comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el reino de Dios. Y tomando entonces el cáliz, dió gracias, y dijo: Tomad y distribuidle entre vosotros, porque os aseguro que ya no beberé el zumo de la vid hasta el dia en que lo beba con vosotros, bajo una forma nueva en el reino de mi Padre ¹.»

La primera Pascua en tierra de Egipto se habia celebrado en pie, ceñidos los riñones y con el báculo en la mano. Pero al poner Israel el pie en la Tierra prometida, habia dejado de ser viajero. Desde entonces, comió sentado el régio festin de la Pascua, y cuando se introdujo el uso del triclinio ó de los divanes, se sirvieron de ellos para esta circunstancia. Tal fue, pues, la actitud de Nuestro Señor en esta noche solemne. Tendido en un triclinio, apoyado el brazo izquierdo en uno de sus cogenes, tenia á su derecha á San Juan, el discípulo amadísimo, y á su izquierda á San Pedro ².

¹ Luc., XXII, 14-15.

² Pedro y Juan estaban, pues, igualmente cerca del Salvador. El primero, no obstante, ocupaba el sitio de honor, como siempre. Porque en este caso, el primer lugar, entre los Hebreos, estaba á la izquierda, es decir, á la cabeza del huésped que ocupaba el centro de la mesa. No obstante, Juan estaba mejor situado para hablar al divino Maestro. Los pintores han abusado de la espresion del apóstol San Juan, cuando dice: «Que reposaba sobre el pecho de Jesus;» locucion oriental para designar que estaba recostado cerca del pecho del Salvador. Así, pues, los pintores colocan al discípulo del amor sobre el seno de Nuestro Señor, de suerte que Jesus no hubiera podido

Los doce Apóstoles estaban en semicírculo á su alrededor. El otro lado de la mesa ó el hemiciclo quedaba libre para los que le servían.

Cuando los Judíos comían la Pascua, se levantaba el amo de la casa, tomaba con la mano derecha una copa llena de vino tinto, memoria de la sangre egipcia derramada en el día de la liberación, y pronunciaba la bendición en estos términos: «Este es el signode la libertad, y la conmemoración de la salida de Egipto. ¡Bendito sea el Señor, que ha criado el fruto de la vid!» Después bebía del vino contenido en la copa, la cual pasaba en seguida á los demás convidados. Este primer acto del banquete pascual, se llamaba entre los Judíos: *Eulogia*: «Bendición»; «asi como llevaba el Cordero sacramental el nombre de *Eucaristia*:» «Acción de gracias:» expresiones ambas que encontraremos en el lenguaje de la Iglesia. Cuando el Divino Maestro «tomando la copa, y dando gracias» la da á los Apóstoles, cumple el rito oficial de la Eulogia ¹. Pero no lleva los labios á la bebida mosaica, y variando la fórmula ordinaria, anuncia el fin de la Ley Antigua y el advenimiento de la Nueva. «En verdad os digo, no beberé mas de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba con vosotros, bajo una forma nueva, en el reino de Dios.» Después de la Eulogia de la copa, el presidente del festín pascual tomaba, según el precepto de la ley, las lechugas silvestres que mojaba en vinagre, y teniéndolas en alto con la mano derecha, decía: «Comemos estas amargas legumbres, en memoria de la amargura con que llenó Egipto la vida de los Israelitas nuestros abuelos!» Entonces comía como el tamaño de una oliva, dice el Talmud, de este desabrido alimento, imitándole todos los convidados. En seguida se traía una nueva copa de vino, dos panes azymos y el Cordero pascual. El presidente de la comida tomaba uno de los panes con la mano derecha ², y decía: «Comemos este pan sin levadura, en memoria de

ni respirar ni moverse, mientras que es lo cierto que Cristo y los Apóstoles estaban todos recostados del mismo modo, quedándoles libre la mano derecha.» (Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 349).

¹ Recordamos aquí para memoria, y á fin de consignar mejor la falta de inteligencia ó la mala fe del racionalismo, las odiosas palabras que ya se han leído. «Las comidas habían llegado á ser para la comunidad naciente, para la festiva y vagabunda compañía, uno de los monumentos mas dulces. Cuando murió Jesús, la forma bajo la cual se aparecía al piadoso recuerdo de sus discípulos era la de un místico banquete. Es probable que fuese este uno de los hábitos de su vida, y que en este momento estuviese particularmente amable y enternecido. (*Vida de Jesús*, pág. 167, 302, 303.)

² Este pan, símbolo de la libertad, fue sobre el que pronunció Jesús las palabras Eucarísticas: «Esto es mi cuerpo.»

que no tuvieron tiempo nuestros padres en Egipto en el día de su libertad, de dejar que fermentara la masa. ¡Alabemos á Jehovah, Dios de Israel! ¡Decid *Alleluia*! ¡Esclavos, bendecid al Señor!» Entonces recitaban los asistentes el salmo: *In exitu Israel de Egipto*. Partia el presidente el segundo pan en tantos trozos como eran los convidados, y bendiciéndole y diciendo: «¡Tal fue el pan de miseria que comieron nuestros abuelos en Egipto: quien tenga hambre, venga y coma; acérquese el indigente y celebre la Pascua! ¡Bendito sea Jehovah que produce el pan de la tierra,» respondian los convidados: «Amen» Tomaba el presidente cada uno de los trozos, lo envolvía en las lechugas silvestres y lo mojaba en una salsa especial llamada *Charoseth*, especie de pudding, compuesta de almen dras cocidas en vino, con higos, nueces, zumo de limon y aceitunas.» ¡Bendito sea, decía, Jehovah, Dios de nuestros padres, que nos ha santificado con sus preceptos, y nos ha mandado que comamos el pan azymo con yerbas amargas! «Entonces tomaba cada convidado uno de los trozos, ó lo recibía directamente de mano del jefe de la familia, que servía entonces el Cordero pascual. Antes de repartirlo, pronunciaba la fórmula de la Eucaristía judáica, en estos términos: «Sed bendito, Jehovah, Dios de nuestros padres, porque nos habeis santificado con vuestra ley, y nos habeis mandado que comamos el Cordero Pascual. Esta es la Pascua que comemos en memoria de que el Angel exterminador pasó sin herirles por delante de la casa de nuestros abuelos, en la tierra de Egipto.» Despues de la manducacion del Cordero Pascual, el cabeza de familia ofrecia á los convidados la tercera copa de vino; despues se recitaba el himno de accion de gracias, compuesto de los salmos CXV y CXVIII¹. Todos estos pormenores del ceremonial judáico forman en el relato Evangélico un cuadro de autenticidad que nos dispensará de mas amplios comentarios. Al vino de la liberacion y al pan de la amargura, va á sustituir Jesus «el pan de los Angeles y el vino que hace germinar las vírgenes.»

28. «Mientras estaban cenando, dice el texto sagrado, tomó Jesus el pan, dió gracias, lo bendijo y partió, y dióselo á sus discip-

¹ *Credidi propter quod locutus sum* (Salm., CXV). *Beati Immaculati in via* (Salm CXVIII). Véase respecto de todos los pormenores de la cena Pascual: Pezron. *Historia Evangélica*, tom. II, pág. 229-240. Sepp., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, página 449-360).

pulos, diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mia. Del mismo modo, tomó el cáliz, despues que hubo cenado, dió gracias y se lo dió, diciendo: Tomad y bebed todos de él. Esta es mi sangre, la sangre del Nuevo Testamento, la cual será derramada por vosotros y por muchos para la remision de los pecados ¹. »

Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre. No ya su figura, su imagen, su memoria ó signo, sino la realidad verdadera del «cuerpo que se ha dado por vosotros, de la sangre que será derramada» hasta la última gota. El tránsito del Señor por Egipto estaba figurado por el Cordero Pascual. El tránsito de Jesucristo, Hijo de Dios, por la tierra, se halla eternizado en el pan que se convierte en su cuerpo, en el vino que se convierte en su sangre. El Nuevo Testamento comienza con este inmortal legado. De la antigua Pascua, de la sangre del Cordero que preservó las casas de Israel en Egipto, del pan de la indigencia, del vino de los cautivos, no queda mas que un recuerdo. Mas establécese el sacrificio universal; todos deberán comer la carne adorable y la sangre divina que se han ofrecido «por la remision de los pecados.» Constitúyese el Sacerdocio nuevo al lado del nuevo sacrificio: y el Testamento del amor de Dios por el mundo, es sellado en la institucion de la Eucaristía cristiana.

29. «En aquel momento, dice el Evangelio, se turbó Jesus en su corazon, y dijo: Conozco á los que he elegido, pero es preciso que se cumpla la palabra de la Escritura: «El hombre que come de mi pan, ha urdido una gran traicion contra mí ². Hé aquí, en efecto, que se halla en esta mesa la mano del traidor. En verdad os digo, que uno de vosotros, uno de los doce que lleva conmigo la mano al plato ³ me hará traicion. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, segun está escrito de él. Pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡Mas le valdria no haber nacido! Los Apóstoles afligidos sobre manerá, empezaron cada uno de por sí á preguntar: ¡Señor! ¿soy yo acaso? Inmediatamente comenzaron á preguntarse unos á otros, quien de ellos podria ser el que tal hiciere. Estaba uno de ellos, al cual Jesus amaba, recostado en la mesa, cerca del seno de Jesus. A este discípulo, pues, le hizo

¹ Math., XXVI, 26-28. Marc., XIV, 22-24. Luc., XXII, 19-20. — ² Salm., XL, 10.

³ Esta palabra se pronunció en el momento en que llevaba cada convidado la mano al plato para tomar el trozo de pan mojado en el *Charazeth*.

Simon Pedro una seña para que preguntase quien seria. El entonces, inclinándose mas sobre el corazon de Jesus, le dijo en voz baja: Señor, ¿quién es? Jesus le respondió: Es aquel á quien voy á dar pan mojado ¹.—Judas, el traidor, preguntaba en aquel momento: ¿Soy yo acaso? Maestro.—Jesus respondió de modo que lo oyera solo Juan: Tú lo has dicho.—Despues, mojando un pedazo de pan, se lo dió á Judas, hijo de Simon Iscariote, del cual, despues que tomó este bocado, se apoderó Satanás. Y Jesus le dijo en alta voz: Lo que piensas hacer, házlo cuanto antes. Pero ninguno de los que estaban á la mesa entendió á qué fin se lo dijo: porque como Judas tenia la bolsa, pensaban algunos que Jesus queria decirle: Compra pronto lo que necesitamos para la fiesta ², ó que diese algo á los pobres.—Judas, luego que tomó el bocado, se salió; y era ya de noche ³.

30. «Despues que hubo salido Judas, dijo Jesus: Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él. Y si Dios queda glorificado en él, Dios igualmente le glorificará á él en sí mismo, y le glorificará muy presto ⁴.» Los Apóstoles comprendieron esta palabra en el sentido del advenimiento inmediato de Jesucristo. «¿Quién será el mayor en el nuevo reino? preguntaron entre sí.—Jesus va á contestarles, y al confirmar por segunda vez el nombramiento hecho anteriormente ⁵ del jefe futuro de la Iglesia, les recuerda las condiciones de la autoridad cristiana. «Los reyes de las naciones las tratan con imperio, dice; los que tienen autoridad sobre ellas se hacen dar títulos lisonjeros. No habeis de ser vosotros asi: antes bien el mayor de entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierna sea como el que sirve. Porque ¿quién es mayor, el que está á la mesa ó el que sirve? ¿No es claro que quien está á la mesa? No obstante, yo que presido á esta mesa estoy entre vos-

¹ Todas las manos se habian retirado del plato sacramental cuando anunció Jesus la traicion de uno de los doce. Hé aquí por qué tuvo que hacer la distribucion el divino Maestro por sí mismo.

² Sabido es que los Judios no compraban ni vendian nunca los sábados ni los dias de fiesta. Cada cual tenia, pues, cuidado de hacer provisiones anticipadamente de todas las cosas necesarias para la vida. «La víspera de Pascua, dice el Doctor Sepp, permanecian abiertas toda la noche las tiendas de los mercaderes. En cuanto á los pobres, pedian á los peregrinos y á los extranjeros compasivos alguna limosna, para subvenir á sus necesidades y á los gastos del sacrificio pascual.»

³ Math., XXVI, 21-25; Marc., XIV, 18-21; Luc., XXII, 21-23; Joan., XIII, 21-30. Joann., XIII, 31-32.—⁴ Juan, XIII, 31-32.—⁵ Cf. Cap. VII de esta *Historia*, núms. 25 y 26.

otros como un sirviente. Vosotros sois los que constantemente habéis perseverado conmigo en mis tribulaciones; por eso yo os preparo el reino (celestial) como mi Padre me lo preparó á mí, para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos, para juzgar á las doce tribus de Israel.—Después, dirigiéndose el Señor á Pedro, le dijo: Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para cribaros como trigo, mas yo he rogado por tí á fin de que tu fe no perezca; y tú una vez convertido, confirma en ella á tus hermanos.»—Tales la institucion de la cátedra de San Pedro, custodia de una fe indefectible sobre las sillas del Episcopado, en que juzgan los sucesores de los Apóstoles á todas las naciones del mundo. «Hijitos míos, continúa Jesus, aun estoy con vosotros por un poco de tiempo. Vosotros me buscareis, y así como dije á los Judíos: «A donde yo voy no podeis venir vosotros,» yo os doy un nuevo mandamiento: que os améis unos á otros, y que del modo que yo os he amado á vosotros, así tambien os améis recíprocamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os teneis tal amor unos á otros¹.»

54. «Dijole Simon Pedro: Señor, ¿á dónde te vas?—Respondió Jesus: A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás, sí, después².—Pedro le dijo: ¿Por qué no puedo seguirte al presente?—Entonces le dijo Jesus: Todos vosotros padecereis escándalo, y me abandonareis, por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño³.» Mas en resucitando, yo os precederé á Galilea. Pedro, respondiendo, le dijo: Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo, ni te abandonaré; yo daré por tí mi vida: Señor, estoy pronto á ir contigo á la cárcel y á la muerte.—Replicóle Jesus: ¿Tú darás la vida por mí? ¡En verdad, en verdad te digo: esta noche antes de que cante el gallo me habrás negado tres veces! El, no obstante, se afirmaba mas y mas en lo dicho, diciendo: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré nunca.—Eso mismo protestaron todos los discípulos. Jesus les dijo: En aquel tiempo en que os envié sin bolsillo, sin alforja y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?—Nada, respondieron ellos. Pues ahora, prosiguió Jesus, el que tiene bolsillo llévele, y tambien alforja, y el que no tiene espada, ven-

¹ Luc., XXII, 24-32. Joann., XIII, 13-35.—² San Pedro debía morir, como su divino Maestro, en suplicio de cruz.—³ Zachar., XIII, 7.

da su túnica para comprarla. Os hablo así porque va á cumplirse en mí la Profecía escrita: «El ha sido contado entre los malhechores ¹.» «Se acerca mi fin.»—Los Apóstoles comprendieron entonces que estaba á punto de empeñarse una lucha terrible. «Señor, exclamaron, hé aquí dos espadas.—Basta, respondió Jesus ².» En efecto, en manos de la Iglesia han bastado las dos espadas del poder espiritual y del temporal, para conquistar al mundo. Pero no debían emplearse una ni otra, á la manera que los conquistadores humanos: por eso reprime Jesus el belicoso ardor de los Apóstoles. «No se turbe vuestro corazon: pues creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas: voy á preparar lugar para vosotros. Despues, volveré y os llevaré conmigo, para que donde yo estuviere esteis también vosotros. Que ya sabéis á dónde voy, y sabéis asimismo el camino.—Díjole Tomás: Señor, no sabemos á donde vas; ¿cómo podemos saber el camino?—Respondióle Jesus: Yo soy el camino y la verdad y la vida: nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubiérais conocido á mí, hubiérais sin duda conocido á mi Padre; pero le conoceréis luego, y ya le habeis visto (en cierto modo).—Señor, preguntó Felipe; muéstranos al Padre y eso nos basta. Respondióle Jesus: Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y ¿aun no me habeis conocido? Felipe, quien me ve á mí, vé también al Padre. Pues como dices tú, ¿muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre, y que el Padre está en mí? El Padre que está en mí, él mismo hace conmigo las obras que yo hago. Creed en las obras que habeis visto. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese mismo hará las obras que yo hago, y las hará todavía mayores; porque yo voy al Padre, y haré todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre. Si me amais, observad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os enviará otro *Paraclito* ³ (consolador) para que esté con vosotros eternamente; á saber, el Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos; yo volveré á vosotros. Aun resta un poco de tiempo, despues del cual el

¹ Isai., LIII, 12.—² Math., XXVI, 31-35. Marc., XIV, 27-31. Luc., XXII, 38, 39. Joan., XIII, 36-39.

³ *Alium Paraclitum*. Hé aquí la tercera persona de la Santísima Trinidad, que debe, con el Padre y el Hijo, acabar la obra de la Redención del mundo.

mundo ya no me verá; pero vosotros me vereis, porque yo vivo y vosotros vivireis de mi propia vida. Entonces conoceréis vosotros que yo estoy en el Padre, y que vosotros estais en mí y yo en vosotros.—Señor, preguntó Tadeo, sobrellamado Judas (no el Iscario-te). ¿Qué causa hay para que te hayas de manifestar (claramente) á nosotros y no al mundo? Los Apóstoles esperaban siempre el reino de Cristo, en el esplendor y la gloria de una manifestacion omnipotente que inclinase al mundo bajo el cetro de Jesus. Tal es el sentido de la pregunta de Tadeo. Pero el mundo debe permanecer en libertad de aceptar ó rechazar el beneficio de la redencion: de seguir al Salvador ó de crucificarle. Hé aqui por qué responde el divino Maestro: «Quien quiera que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre me amará, y vendremos á él, y haremos mansion dentro de él. Pero el que no me ama, no guarda mis palabras. Os he dicho estas cosas mientras estoy con vosotros. Mas el Espiritu Santo, (el Paraclito el consolador) que mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os tengo dicho. Yo os dejo la paz; yo os doy mi paz; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazon ni se acobarde. Yo me voy, pero vuelvo á vosotros. Si me amaseis, os alegraríais sin duda de que el Hijo del hombre vuelva á su Padre; porque el Padre es mayor que yo ¹. En adelante no hablaré mucho con vosotros; porque viene el Príncipe de este mundo; en mí no tiene cosa alguna; pero es preciso que sepa el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha mandado. Levantaos y salgamos de aquí ².»

52. «Habiendo, pues, recitado el himno Pascual ³, dejaron el Cenáculo, dirigiéndose hácia el Monte de los Olivos ⁴.» Por el camino, mientras iban cruzando collados cubiertos de vides, continuó el divino Maestro hablándoles en estos términos: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo cortará, y todo el que diere fruto lo podará para

¹ Como Dios, Jesus es igual al Padre; así lo indica claramente y en repetidas ocasiones: «El Padre y yo somos uno.»—«Todo lo que es del Padre, es mio; todo cuanto yo tengo es del Padre, etc.» Pero como Hijo del hombre, bajo este título especial, Jesus es menor que el Padre. Tal es el sentido de la palabra Evangélica.

² Joann., XIV, ^o 1 ad ultim.

³ El himno de accion de gracias despues de la Pascua, se componía, como hemos visto mas arriba, de los salmos CXV y CXVIII.

⁴ Math., XXVI, 26. Marc., XIV, 30.

que dé mas fruto. Ya vosotros estais limpios en virtud de la doctrina que os he predicado. Permaneced en mí y yo en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto sino está unido con la vid, asi tampoco vosotros sino permanecéis en mí. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y en quien yo permanezco, da mucho fruto, porque sin mí nada podeis hacer. Mas el que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá. Como mi Padre me ha amado, asi os he amado yo. Permaneced en mi amor. Tal es mi precepto: amaos unos á otros, como yo os he amado á vosotros; que nadie tiene amor mas grande que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no es sabedor de lo que hace su amo. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he enseñado cuantas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros á mí, sino que yo soy el que os he elegido á vosotros y destinado para que vayais y hagais fruto, y vuestro fruto sea duradero. Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros, me aborreció á mí. Si fuérais del mundo, el mundo os amaria como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os saqué yo del mundo, con mi eleccion, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que ya os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido á mí, os perseguirán tambien á vosotros: como han practicado mi doctrina, del mismo modo practicarán la vuestra. Va á venir tiempo en que quien os matare, se persuada á hacer un obsequio á Dios ¹. Ahora me voy á Aquel que me envió. Y ninguno de vosotros me pregunta á dónde voy. Esta palabra de separacion ha llenado vuestro corazon de tristeza. Mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Espíritu consolador no vendrá á vosotros; pero si me voy, os le enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de estas tres grandes verdades: el pecado, la justicia y el juicio.

¹ ¡Qué magestad en esta historia profética de la Iglesia! El racionalismo moderno escribe, á proposito de estos pasajes, frases tales como estas: «Arrastrado por el espantoso progreso de su entusiasmo, impulsado por las exigencias de una pretension mas y mas exaltada, no era Jesus libre, sino esclavo de su papel.» (*Vida de Jesus*, pág. 318.) «Juan pone en boca de Jesus discursos llenos de sequedad y desaliño, cuyo tono, con frecuencia afectado y desigual, no podria soportar un hombre de gusto.» (*Ibid.* Introd., página XXIII y XXIV.)

Aun tengo otras muchas cosas que deciros, mas, por ahora, no podreis comprenderlas. Pero cuando venga el espíritu de verdad, os enseñará toda verdad ¹; os repito, pues, que llorareis y plañireis, y el mundo se alegrará. Os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer en los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le llegó su hora; mas una vez que ha dado á luz un niño, ya no se acuerda de su angustia con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo. Asi vosotros, al presente, padeceis tristeza, pero yo volveré á visitaros, y vuestro corazón saltará de un gozo que nadie os podrá arrebatár. En verdad, en verdad, os digo, que cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os lo concederá. Hasta ahora nada le habeis pedido en mi nombre: pedidle y recibireis para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de parábolas. Ha llegado el tiempo en que os hablaré claramente del Padre. Entonces le pedireis en mi nombre, y no os digo que yo intercederé con mi Padre por vosotros; siendo cierto que el mismo Padre os ama, porque vosotros me habeis amado y creído que yo he salido de Dios. Salí del Padre y vine al mundo, y otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre.—Dijéronle sus discípulos. Ahora sí que hablas claro, y no por medio de parábolas: ahora conocemos que tú lo sabes todo, y creemos que has salido de Dios.—Respondióles Jesus: ¿Creeis ahora en efecto? Mirad que viene la hora, en que cada uno de vosotros se irá por su lado y me dejareis solo, pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Os he dicho estas cosas para que halleis la paz en mí. En el mundo tendreis grandes tribulaciones, pero tened confianza; yo he venido al mundo ².

33. Hablando así, habia llegado Jesus á las orillas del Cedron. Este torrente que habia visto pasar al desgraciado David; cuyas impetuosas aguas habian bañado las víctimas ofrecidas á Moloc; cuya orilla estaba teñida con la sangre del profeta Isaias, se nos aparece aquí como el límite de ambos mundos. La Ley antigua no avanzará mas. Va á nacer el mundo nuevo, la Iglesia católica. El Salvador, en este discurso que debió hacer derramar tantas lágrimas, ha resumido todos los dogmas, toda la historia, todos los com-

¹ ¿Qué ha llegado á ser, en el protestantismo la incesante accion del Espíritu Santo, que debe completar la enseñanza de Jesus?

² Joann., XV y XVI, integr.

bates, todos los triunfos de la Iglesia. «Jesus, continúa el escritor sagrado, levantó los ojos al cielo, y dijo: ¡Padre, la hora es llegada, glorifica á tu Hijo, para que tu hijo te glorifique á tí! Pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna á todos los que le has señalado. Y la vida eterna consiste en conocerte á tí, solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien tu enviaste. Yo por mí te he glorificado en la tierra. Acabé la obra cuya ejecucion me encomendaste. Ahora, pues, glorificame tú, Padre, con aquella gloria que tuve en tí, antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu nombre á los hombres que me diste, del medio del mundo. Tuyos eran, y me los diste, y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de tí, porque yo les dí las palabras ó doctrina que tú me diste, y ellos las han recibido y han reconocido verdaderamente que yo salí de tí, y han creído que tú eres el que me ha enviado. Por ellos ruego yo ahora: no ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos; y todas mis cosas son tuyas, y todas las tuyas son mías, y en ellos he sido glorificado. En breve no estaré ya en el mundo, pero estos quedan en él, y yo voy á tí. ¡Oh Padre santo, guarda por tu nombre á estos que tú me has dado, para que sean una misma cosa (por la caridad) así como nosotros lo somos (por la naturaleza)! Mientras estuve yo con ellos, les conservé en tu nombre. Guardé los que me diste, y ninguno de ellos se perdió sino el hijo de perdicion (Judas) cumpliéndose así la Escritura. Digo esto á punto de ir á tí, estando todavía en el mundo, á fin de que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo yo. Yo les he comunicado tu doctrina, y el mundo los ha aborrecido, porque no son del mundo, así como yo tampoco soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Santificalos en la verdad. La palabra tuya es la verdad misma. Así como tú me has enviado al mundo, así yo los he enviado también á ellos al mundo. No ruego solamente por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicacion. Que sean todos una misma cosa, y que como tú, oh Padre, estás en mí, y yo en tí, así ellos sean una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que los has amado como me amaste á mí. ¡Oh Padre! yo deseo que aquellos

que tú me has dado estén conmigo donde yo estoy, para que contemplen mi gloria, cual tú me la has dado, porque tú me amaste desde antes de la creacion del mundo. ¡Oh Padre justo! el mundo no te ha conocido; yo sí que te he conocido, y estos han conocido que tú no me enviaste. Y yo les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que me has amado en ellos esté, y yo mismo esté en ellos ¹.» Habiendo hablado así, en un lenguaje que solo podía usar el Verbo encarnado, y que bastará hasta el fin de las edades para la felicidad de nuestra tierra «atravesó Jesus con sus discípulos el torrente Cedron ².»

¹ Joann., XVII, integr.—² Joann, XVIII, 1.



CAPITULO XI.

PASION.

SUMARIO.

§ I. EL SUDOR DE SANGRE.

1. La agonía y el sudor de sangre. —2. Divinidad de Jesus. —3. Una palabra de Bossuet sobre la agonía del Salvador.

§ II. EL BESO DE JUDAS ISCARIOTE.

4. Judas en el huerto de Gethsemani. —5. Ensayo de rehabilitacion de Judas y del Sanhedrin por el racionalismo. —6. Refutacion. —7. Papel de Judas Iscariote en el arresto de Jesus.

§ III. ANAS Y CAIFAS.

8. Arresto de Jesus. El joven discípulo. —9. Jesus ante Anás. Primera reunion de los Sacerdotes y de los Ancianos en casa de Caifás. —10. La sentencia de Caifás y el racionalismo moderno. —11. Las tres negaciones de San Pedro.

§ IV. PONCIO PILATOS.

12. Segunda reunion del Sanhedrin en casa de Caifás. Es conducido Jesus al pretorio de Pilatos. —13. Suicidio de Judas Iscariote. —14. Las turbas ante el pretorio de Pilatos. —15. Primer interrogatorio de Jesus por Poncio Pilatos. —16. Jesus ante Herodes. —17. Barrabás. —18. Claudia Prócula, mujer de Poncio Pilatos. Flagelacion. *Ecce Homo*. —19. Ultimo interrogatorio de Jesus por Poncio Pilatos —20. Pilatos se lava las manos y pronuncia la sentencia de muerte.

§ V. VIA-CRUCIS.

21. Primeras estaciones de la Via Dolorosa.

§ VI. LA CRUZ DEL GOLGOTHA.

22. La crucifixion. —23. Las siete palabras de Jesus en la cruz. La muerte. —24. Prodigios acaecidos en la muerte de Jesus. —25. Confirmacion de la narracion Evangélica por la historia profana.

§ VII. EL SEPULCRO. LA SEPULTURA.

26. El *Crurifragium*. La herida del Corazon de Jesus. —27. La sepultura por Josef de Arimatea y Nicodemo. —28. El sello de los Pontífices en el sepulcro de Jesus.

§ I. EL SUDOR DE SANGRE.

1. «Jesus se fué, segun costumbre, dice el Evangelio, hácia el monte de los Olivos. Seguiantle los once Apóstoles. En esto llegaron

á la granja de Getsemaní ¹, donde habia un huerto perfectamente conocido del traidor Judas, porque el Señor solia retirarse muchas veces á él con sus discípulos. Jesús entró, pues, en él, y dijo á los Apóstoles. Sentaos aquí mientras yo voy mas allá y hago oracion. Orad vosotros tambien para no caer en tentacion. Y llevándose consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, empezó á entristecerse y á angustiarse; y les dijo entonces: Mi alma está en una tristeza mortal: aguardad aquí, y velad conmigo. Y apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, hincadas las rodillas, hacia oracion y decia: ¡Padre mio, si es posible, aparta de mí este cáliz; no obstante, hágase tu voluntad y no la mia! En esto se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y Jesus, postrándose en tierra, caido sobre su rostro, cayó en una verdadera agonía, y oraba con mayor intension: *Abba*, ¡Padre mio! decia, todas las cosas te son posibles; aparta de mí este cáliz, quítame esta copa de amargura, mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú.—Y en aquel momento fue cubierto de un sudor como de gotas de sangre que caia hasta el suelo. Y levántándose de la oracion, y viniendo á sus discípulos, hallólos dormidos por causa de la tristeza. Y díjoles: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad para no caer en tentacion; que si bien el espíritu es esforzado, mas la carne es flaca! Y dirigiéndose á Pedro, le dijo: Simon, ¿duermes? Es posible que no hayas podido velar una hora conmigo! Volvióse de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: ¡Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.—Volviendo despues á sus discípulos, encontrólos dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño, y no sabian qué responderle. Y dejándolos, se retiró aun á orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió á sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad: hé aquí que lle-

¹ *Getsemaní*. «Lagar de olivas.» Era muy natural que hubiese al pie del monte llamado de los Olivos, un sitio destinado á este objeto y con este nombre. Sabido es que los lagares de los antiguos, abiertos en tierra y barnizados con una capa de cemento, se hallaban situados ya en la viña, ya en el campo de los olivos, cuyos racimos y frutos, estrujados con el pie, ó chafados con un lienzo con la mano, despedían el líquido en el reservatorio dispuesto artificialmente. Estos hábitos locales nos hacen comprender las espresiones bíblicas. *¿Quis est iste qui venit de Edom, linctis vestibus de Bosra? Torcular calcavi solus*. Is. LXIII, 1-3). *Fodit in eá torcular* (Math. XXI, 33). Pero ¿por qué divino símbolo Jesucristo, fruto del Antiguo Testamento, eligió para su agonía y su sudor de sangre el *Getsemaní* del monte de los Olivos? ¡El mismo se puso en el lagar, y cada gota de sangre representa la Redencion del mundo!

gó ya la hora, y el Hijo del hombre va luego á ser entregado en manos de los pecadores ¹.

2. Tertuliano, Orígenes, San Epifanio, primeros apologistas del dogma cristiano, invocaban esta página del Evangelio para convencer á los discípulos de Marcion de que Jesucristo era realmente un hombre, y que la Divinidad no habia absorbido en su augusta persona el elemento humano. El apologista actual debe retorcer la tésis, y probar á nuestros sofistas modernos que la agonía del Salvador en Getsemaní, es la de un Dios. ¡Un sudor de sangre! ¿Cuántas veces se ha declarado este fenómeno completamente imposible, en nombre de la ciencia fisiológica? Pero en el día, numerosos ejemplos, patentes y auténticos, han venido á probar que en ciertos casos de terror extremo, de angustias terribles y de peligro inminente, contrayéndose el corazón, sacude con violencia la sangre hasta las arterias capilares, de donde trasuda por los poros, y se forma sangre y aparece en la piel en gotillas semejantes á las de una traspiración ordinaria. El racionalismo no niega, pues, como físicamente imposible, el sudor de sangre del Hijo del hombre. Pero se detiene ante esta suprema manifestación «de terror, de disgusto, de tristeza y de angustia,» y exclama: ¿Es esto un Dios? ¡Un Dios que teme; un Dios que tiembla; un Dios que lucha con la agonía de una debilidad inefable, en presencia de la muerte! ¿No es humano todo en los terrores, la turbación y la amargura del huerto de los Olivos?—¿Pero debe contestarse verdaderamente á estas argucias? ¡En lugar de hundir la frente en el polvo regado con la sangre redentora; en vez de llorar el peso de los pecados y de las culpas de la naturaleza humana, bajo cuyo peso gemía la víctima inocente, debemos probar á este siglo incrédulo que es Dios el Jesus de Getsemaní! Pues bien, sí, hasta este exceso de amor ha llevado el Hombre Dios su ternura para con nosotros. ¿Cómo no se ve desde luego y de una sola mirada, que el padecimiento lleva aquí eminentemente el carácter de la divinidad? Entre los mortales no es ni puede ser la agonía un fenómeno producido voluntariamente y cuya hora puedan fijar por sí mismos. Cuando llegue á cada uno de nosotros, la sufriremos después de una larga y dolorosa enfermedad; impondránse como la precursora de la muerte, sin dejarnos la

¹ Math. XXVI, 36-46. Marc. XIV, 32-42. Luc. XXII, 39-46. Joann. XVIII, 1.

facultad de retardarla, ni la fuerza de vencerla. Pero Jesus elige espontáneamente la hora de su agonía. La llama á sí, lleno de salud, de juventud y de vigor. Quiere beberla, como un cáliz cada una de cuyas gotas envenenará sus labios. Nosotros tememos anticipadamente esta hora formidable, y cuando llega, es tal nuestra debilidad, que ni aun podemos comprenderla. Jesucristo, el Dios hecho hombre mide hasta el fondo todos los dolores de la humanidad. Sale del Cenáculo, y lleno de vida, sondea los misteriosos espantos de la muerte. ¡Cuán terrible es esta hija del pecado, producida bajo el árbol del Paraíso terrenal, y luchando con el nuevo Adán en el jardín de Getsemaní! Jesus la verá de mas cerca sobre la cruz; pero como es Dios, morirá en toda su fuerza, lanzando «un gran grito.» Asimismo, porque es Dios, elige la hora de su agonía, la adelanta á su voluntad, y la interrumpe tres veces para ir á ver á sus Apóstoles. Háse derramado su sangre en un trasudor que moja la tierra; y no han perdido sus miembros nada de su elasticidad, de su flexibilidad y de su energía. Racionalistas ¿os parece esto enteramente natural? ¿Qué capacidad de fe no supone vuestra incredulidad? Si es en alguna parte el milagro visible, manifiesto y palpable, indudablemente es en el huerto de Getsemaní. Los Apóstoles, á pesar de tantas predicciones, creen tan poco en el peligro, que se duermen. Solo Jesucristo vela y hace oracion, esperando al traidor. El Hombre Dios, que lo sabe todo, que lo revela todo y que lee al través de las tinieblas de la noche, como en los pliegues mas ocultos del corazon, sigue todos los movimientos de la gente que va en busca suya; ve venir al traidor Judas; cuenta cada uno de sus pasos por el camino, y espera! Pero si hubiera sido Jesus un hombre débil, tímido y cobarde como os atreveis á creer, ¿hubiera esperado acaso? De sus doce defensores, uno le ha vendido, los demás duermen, ¡y no huye Jesus! ¿Quién le retiene, pues? Protéjale la oscuridad. Sus enemigos se han visto obligados á encender linternas y hachas. Esta circunstancia se presta indudablemente á una evasion. Podrá ocultarse fácilmente en la sombra de los olivos que cubren la montaña, y protegen contra toda clase de pesquisas. A la otra vertiente está el «Desierto de Jericó.» Nadie podrá encontrarle en esta soledad. Al dia siguiente será la víspera de la Pascua, y ocupados los Judíos con la inmolacion del Cordero místico, no podrán continuar persiguiéndole, de suerte que el fugitivo tendrá durante los

ocho dias de la fiesta, tiempo suficiente para ganar la Galilea, cruzar el lago de Tiberiades, é ir, si le place, á pedir al rey de Edessa el asilo que ha poco le ofrecia. Y no obstante, ¡no huye Jesus! Hace oracion durante una hora; suda sangre; padece agonía, ¡pero no huye! ¿Dónde se ve al hombre en todo esto? ¿Creeis por acaso, que despues de diez y nueve siglos, durante los cuales no ha cesado Jesus de ser adorado como Dios, no se haya reflexionado en cada una de estas circunstancias? Antes de postrarse ante el Hijo del hombre, era Tertuliano idólatra, Epifanio judío, Agustin discípulo de Manés. Sabian lo que es el hombre estos grandes genios, y adoraron como nosotros cual Dios suyo al agonizante de Getsemaní.

3. «¡Cuán infinitamente diferente fue esta agonía, dice Bossuet, de la que vemos en los demás hombres! En la del hombre una alma que se esfuerza en no separarse del cuerpo, y que es arrancada de él violentamente; y en esta una alma pronta á salir del cuerpo y que es retenida en él por una autoridad. El alma combate en los moribundos para no dejar esta carne que ella ama; cuando ha ganado ya la muerte los extremos, se retira la vida á lo interior; impulsada por todas partes, se atrinchera, en fin, en el corazon, y allí se sostiene y se defiende, y lucha con la muerte, que la arroja al fin con un golpe final. Y hé aquí, que por lo contrario, en nuestro Salvador, habiéndose turbado la armonía del cuerpo, y desconcertándose todo orden, y relajándose todo vigor hasta perder rios de sangre, se detiene el alma por una orden espresa y por una fuerza superior. ¡Vivid, pues, oh pobre Jesus! ¡Vivid para otros tormentos que os esperan! ¡Reservad algo de vida á los Judíos que se avanzan y al traidor Judas que marcha á su cabeza! ¡Basta con haber mostrado á los pecadores que era suficiente solo el pecado para daros el último golpe mortal!»

4. «Aun no habia acabado de hablar Jesus, continúa el Evangelista, cuando llegó Judas, uno de los doce, seguido de una cohorte y de varios ministros, y de gran multitud de gentes armadas con palos y con linternas y hachas, que venian enviadas por los Príncipes de los sacerdotes, por los Escribas y Ancianos del pueblo. El traidor les habia dado esta seña: Aquel á quien yo besare, ese es; prendedle y conducidle con cautela. Judas iba, pues, delante de esta escolta, y acercándose á Jesus, le dijo: Dios te guarde,

¹ Bossuet, III sermon para el Viernes Santo. *Sobre la Pasion de Nuestro Señor Jesu-cristo.*

Maestro. Y le besó. Dijo le Jesus: ¡Oh amigo! ¿á qué has venido aquí? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre? Jesus, que sabia todas las cosas que iban á sobrevenir, salió al encuentro de los satélites y les dijo: ¿A quién buskais? Respondieron. A Jesus Nazareno.—Yo soy, dijo Jesus.—Apenas hubo pronunciado estas palabras, retrocedieron todos y cayeron en tierra sobre su rostro. Jesus les preguntó por segunda vez. ¿A quién buskais? Y ellos respondieron: A Jesus Nazareno. Replicó Jesus: Ya os he dicho que yo soy.—Y señalando á los Apóstoles, añadió: Ahora bien, si me buskais á mí, dejad ir á éstos en libertad. Para que se cumpliese la palabra que habia dicho: ¡Oh Padre! ninguno he perdido de los que tú me diste ¹. Entonces ellos le ccharon las manos y le aseguraron. Y los Apóstoles que le rodeaban, le dijeron: «Señor ¿heriremos á estos hombres con la espada? Simon Pedro, sin esperar la respuesta, desenvainando la espada, hirió á un criado del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco (Malck, «Rey.») Deteneos, dijo Jesus á los Apóstoles.—Despues, dirigiéndose á Pedro, le dijo: Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que se sirviesen de la espada (por su propia autoridad) á espada morirán. ¿He de dejar yo de beber el cáliz que me ha dado mi Padre? ¿Piensas acaso que no puedo rogar á mi Padre, y pondrá en el momento á mi disposicion mas de doce legiones de Angeles? Mas entonces, ¿cómo se cumplirian las Escrituras, segun las cuales conviene que suceda asi? En seguida dijo á aquella multitud, entre la que se hallaban los principes de los Sacerdotes, los ministros del Templo y los Ancianos: ¡Habeis salido con espadas y con palos á prenderme, como si fuérais en busca de un ladron! Cada dia estaba sentado entre vosotros, enseñando al pueblo en el Templo, y nunca me prendisteis. Mas esta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas. Y todo esto ha sucedido asi para que se cumplan las palabras de los Profetas ².

5. La narracion Evangélica pasa en silencio, con inefable misericordia, todos los pasos de Judas Iscariote, desde que salió del Cenáculo, á las nueve de la noche, hasta su llegada al huerto de los Olivos, hácia la media noche. El velo de una caridad silenciosa se estiende sobre el traidor, y cubre todos los pormenores de la

¹ Joann., XVII, 12. Cf. el capítulo precedente, núm. 33.

² Math. XXVI, 47-49. Marc. XIV, 43, 49. Luc., XXII, 47, 49. Joa., XVIII, 3-11

traicion. Asi se muestra la mano que ha escrito el Evangelio fiel al Dios que dejó caer una sentencia de perdon sobre los verdugos. Nuestros modernos literatos no sospechan siquiera la divina delicadeza del texto sagrado. Solo llama su atencion en todo esto «el odio particular que demuestra Juan contra Judas, y el celo con que los antiguos amigos del traidor divulgan por el mundo el rumor de su infamia ¹.» ¡Tales son las alturas á que se eleva la inteligencia del racionalismo contemporáneo! Con tan feliz comprension histórica, resume la escena del arresto del Salvador en estos términos. «A todas estas medidas presidió un gran sentimiento de orden y de policia conservadora. Tratábase de evitar un escándalo. Como la fiesta de Pascua, que comenzaba este año en la noche del viernes, daba ocasion á grande aglomeracion de gente y á la exaltacion de los ánimos, se resolvió adelantar el dia del arresto, pues Jesus tenia mucha popularidad, y se temió una sedicion. Fijóse, pues, el arresto para el jueves, resolviéndose tambien no apoderarse de Jesus en el Templo, á donde iba todos los dias, sino espiar sus hábitos para prenderle en algun sitio secreto. Los agentes de los sacerdotes sondearon á los discípulos, esperando obtener de su debilidad é sencillez noticias útiles, y hallaron lo que buscaban en Judas de Kerioth. Este desgraciado por motivos que es imposible explicar, vendió á su maestro, dió todas las noticias necesarias, y se encargó él mismo (aunque tal estremo de depravacion sea apenas creible) á guiar la partida que debia verificar el arresto. La memoria de horror que la necesidad ó la ruindad de este hombre dejó en la tradicion cristiana, debió ser causa de que se introdujera en esto alguna exageracion ², Judas, por un contratiempo comun en las funciones activas de cajero, prefirió acrecentar los intereses de la caja, con perjuicio de la obra misma á que estaba destinada, y el administrador mató al Apóstol. Creemos, pues, que son algun tanto injustas las maldiciones con que se le abruma ³. La marcha que resolvieron seguir los sacerdotes era muy conforme al derecho establecido. La emboscada judicial formaba parte esencial entre los Judíos de la instruccion criminal ⁴.»

6. Perdónesenos esta larga cita; pero la piadosa Verónica no hizo distincion alguna entre las salivas que cubrirán en breve la ado-

¹ *Vida de Jesus*, pág. 381 y 438.—² *Vida de Jesus*, pág. 380.—³ *Ibid*, pág. 381-382.

—⁴ *Ibid*, pág. 393.

nable faz del divino Maestro, en el Pretorio de Caifás, sino que las enjugó todas, puesto que las habia sufrido todas el Salvador. Esta del racionalismo moderno, la saliva de la última hora y todas cuantas la seguirán hasta la consumacion de los siglos, estaba anticipadamente comprendida en el beso de Judas. ¡Qué! Jesus, «ese gigante sombrío, que despreciaba los sanos límites de la naturaleza¹, como dicen nuestros racionalistas, y cuya extrema elevacion rechazaba todo enternecimiento personal²,» era en el hábito de la vida, un maestro que se dejaba besar por sus discípulos. El traidor Judas se felicitó de hallar á tan poca costa, una señal que comprendiera el populacho. Parece que los Rabi de Israel no se prestaban ya en su tiempo, á esta tierna familiaridad, mas que se prestaria hoy un profesor de hebreo del colegio de Francia. Pero Jesus no era ni de la generacion de los Escribas, ni de la raza de los Doctores oficiales. Era el amor divino, encarnado para la salvacion del mundo. ¡Oh, Jesus! ¡Víctima sagrada! ¡En efecto presidió una gran medida de policia conservadora al arresto que os habeis dignado sufrir! Tal fue el decreto eterno de la conservacion del género humano, dado en los consejos de la augusta Trinidad. Pero los Príncipes de los Sacerdotes que ordenaron el arresto del Hijo del Hombre, violaban la ley de Moisés y todas las leyes conocidas. En ninguna parte la justicia humana, que tiene conciencia de sí misma, ejecuta los arrestos en la sombra de la noche. Jamás, y entre los Judíos menos que en ninguna otra nacion, podia un juez delegar su mandato á un vil denunciador. ¿Era Judas Iscariote, bajo título alguno un agente público? Por último, ¿qué puede tener de comun con la justicia, esa turba armada de espadas y palos? Y ¡ha habido atrevimiento de escribir en un siglo que rehoa en formalismo: «A todas las medidas de arresto presidió un gran sentimiento de orden y de policia conservadora!» ¡Oh, Dios! ¡perdonadles, porque no saben lo que dicen! ¿No les defiende lo suficiente su ignorancia, cuando añaden estas palabras: «Como la fiesta de Pascua que comenzaba aquel año en viernes, daba ocasion á una grande aglomeracion de gente y á exaltacion en los ánimos, se resolvió adelantar el dia del arresto, pues gozando Jesus de popularidad, se temió una sedicion: asi, pues, se fijó para el arresto el jueves?» Desde que se lee y

¹ *Vida de Jesus*, pág. 310-312.—² *Ibid.*, pág. 422.

medita el Evangelio, es decir, durante mil ochocientos años, no se ha imaginado nada tan completamente falto de sentido sobre este grave asunto. La reflexion de nuestros literatos seria á lo mas aceptable, si se tratase de una fiesta en las cercanías de París, en Nanterre ó en Saint-Cloud; porque en efecto, en estas poblaciones no comienza el movimiento de aglomeracion y de exaltacion hasta el dia mismo de la fiesta, no embarazando en lo mas mínimo á la policia de estas pacíficas poblaciones el gentío en la víspera ni en la antevíspera, y pudiéndose proceder en estos dias, sin comprometer la tranquilidad pública, á un arresto legal. Pero en Jerusalem era la aglomeracion de gente tan grande la víspera de Pascua como el dia mismo de la festividad. Ya hemos visto que los peregrinos llegaban durante la semana anterior á verificar en su persona las purificaciones preliminares. Acudiendo de todas las sinagogas del mundo, era inmensa la multitud. Pues bien, la víspera de Pascua, el dia de la Preparacion, *Parasceve*, esta innumerable multitud que habia podido acamparse hasta entonces fuera de la Ciudad Santa, se veia obligada desde la mañana á innolar el Cordero en el interior de las murallas, despues de haber empleado toda la noche en comprar, en las tiendas de los mercaderes que habia abiertas, los objetos necesarios para mantenerse durante el grande é inviolable reposo que iba á seguir. Asi, pues, se verificó el arresto del Salvador, precisamente en el momento en que reinaban en Jerusalem la mayor «aglomeracion de gente» y la mayor «exaltacion.» ¡Hé aquí los milagros de ciencia exegetica, cuya increíble exhibicion no teme ofrecer á la Europa el racionalismo francés! Há largo tiempo, que para honra de la verdadera ciencia, han notado todos los intérpretes la inconsecuencia del Sanhedrin, en las medidas en que tan cándidamente admiran nuestros literatos del dia «un gran sentimiento de orden y de policia conservadora.» Los Principes de los Sacerdotes, en un conciliábulo precedente, «buscaban los medios de apoderarse de Jesus por dolo, y de matarle ¹.» Esta delibera-

¹ *Ut Jesum dolo tenerent et occiderent* (Math. XXVI, 5). «En la lengua latina, dice M. Dupin, lengua perfectamente formada en todo lo relativo á los términos de derecho, jamás se han usado la palabra *occidere* ni *interficere* para espresar la accion de condenar á muerte, sino solo para denotar la *muerte* ó el *asesinato*. Este *dolo*, con el auxilio del cual, debian apoderarse de Jesus, no fue otra cosa que el pacto de los sacerdotes judios con Judas.» (Dupin. *Jesus ante Caifás y Pilatos ó Proceso de Jesucristo*, cap. III, § 11. *Corrupcion y traicion de Judas.*)

cion no sirvió mas que para demostrar su cobardía é impotencia. «¡Temian al pueblo y decian: «Que no sea durante la solemnidad¹, no sea que el pueblo se subleve!» En su terror, lejos de tratar de «adelantar» el arresto, pensaban en retrasarlo, para despues de la semana de Pascua, cuando comenzaran á alejarse de Jerusalem las caravanas de los peregrinos. «Pero, dice Cornelio á Lapide, resumiendo con una sola palabra la enseñanza de los Padres y la exégesis de todos los siglos, el Consejo de Dios habia decretado que muriese Cristo durante la Pascua, para que el tipo divino, la víctima augusta de que era figura el Cordero pascual, fuese inmolada en el dia de la verdadera liberacion del mundo de que eran símbolos la Pascua y la libertad de Israel².» El Nuevo Testamento se fundaba en la sangre del Testamento Antiguo. La historia entera se concentraba en torno de la cruz redentora.

7. Asi, la policia conservadora del Sanhedrin no tuvo ni aun el ignoble valor de fijar el dia en que habia de satisfacer su odio. Quería retardarlo, y se adelantó; temia «la aglomeracion de gente y la exaltacion» de la solemnidad Pascual, y fue obligada á sufrirlas. En cuanto aparece Judas, es él quien se apodera del papel principal; el terror del Gran Consejo se esconde en el manto del traidor. Judas ha oido al Salvador decir á los Judíos: «Yo me voy, y vosotros no podeis seguirme. Dentro de poco tiempo, ya no me vereis mas.» «Se halló presente cuando mandó Jesus á Pedro y á Juan que anticiparan la hora de la preparacion de la Cena, «porque su tiempo estaba cerca.» Oyó esta otra significativa exclamacion: «He deseado ardientemente comer con vosotros esta última Pascua. En verdad os digo, que ya no la celebraré con vosotros sino en el reino de Dios.» Judas temió que se le escapara su víctima, y que inmediatamente despues de la comida del Cenáculo, dejara definitivamente á Jerusalem: en tal caso fracasaria el complot urdido por el traidor. Hé aquí por qué se avanzó la hora del crimen. El Iscariote corrió á encontrar á los Príncipes de los Sacerdotes, á los Fariseos que le habian prometido el precio de la sangre. El Evangelio pasa en silencio lo que les dijo en esta postrer entrevista; pero nos es fácil con-

¹ Μῆς ἐν τῇ εὐχῇ. La fiesta pascual duraba ocho dias. Por esto los sacerdotes judios se sirven de la expresion general de «solemnidad.» Nuestros literatos deberian saber bastante griego para no confundir toda una semana con un dia en particular.

² Cornel. a Lapide. *Comment. in Scrip. Sacr.* Edit. Vives., tom. XV, pág. 544.

jeturarlo. Jesus acaba de celebrar la Pascua. Hace dos dias que no ha entrado en Jerusalem. Sin duda va á alejarse aun con sus Apóstoles, en cuanto haya cumplido el rito solemne de la Ley. ¿Dónde volver á encontrarle ó apoderarse de él despues de su partida? Es, pues, preciso aprovecharse de esta circunstancia suprema; darse prisa, porque si no, se perderá la ocasion para siempre. Tal debió ser el lenguaje de Judas. Requíerese al punto á algunos soldados romanos, puestos á disposicion del Gran Sacerdote por el Gobernador Pilatos para conservar el órden, en medio de tantos extranjeros. Unenseles los criados de los Pontífices, los satélites del Gran Concejó, y esa horda innominada que se halla en todas las grandes aglomeraciones al servicio de quien quiera alquilarla. ¿Cuál será al dia siguiente la actitud del verdadero pueblo de Jerusalem, en vista de este atentado? Nadie puede preverlo; pero no hay tiempo para pensar en ello. Va á escapárseles la victima á sus verdugos: el tiempo urge. Es preciso precipitarse en su busca. Los Escribas y los Ancianos tienen toda la noche para concertar el medio de asegurar su venganza, preparar la opinion popular, y en caso necesario, hacer recaer sobre Pilatos la responsabilidad del hecho que ejecutan. Pero es necesario apoderarse del fugitivo. Enciéndense linternas y hachas; ármanse de espadas, de palos, y de cuanto les viene á la mano; y corre esta ignoble multitud, guiada por un traidor, en persecucion del Dios que la espera. Hé aquí los «grandes sentimientos de órden y de policia conservadora,» que saluda la admiracion retrospectiva de nuestros literatos! Hé aquí lo que ha mancillado la execracion de los siglos con el nombre de «beso de Judas.»

§ III. ANÁS Y CAIFÁS.

8. «La cohorte, el tribuno que la mandaba y los satélites Judíos, continúa el Evangelio, prendieron á Jesus y le ataron. Entonces todos los Apóstoles, abandonándole, huyeron. Pero cierto mancebo le iba siguiendo, envuelto solamente con una sábana ó lienzo sobre sus carnes, y los soldados le cogieron; mas él soltando la sábana, huyó desnudo y se escapó de ellos¹.» Dispertado tal vez por el ruido de la multitud, dice el doctor Sepp, este jóven discípulo, al

¹ Math., XXVI, 56; Marc., XIV, 50-52; Joann., XVIII, 12.

saber el objeto de la expedición nocturna, habia dejado la cama en que dormia, cubriéndose apresuradamente con el lienzo que protegía su sueño y que los Arabes llaman aun en el día *heik*. Como San Marcos es el único Evangelista que refiere esta circunstancia, han deducido los Padres de la Iglesia que es él mismo el joven de quien hace mencion. Y en efecto, la madre de Marcos tenia en este arrabal de Jerusalem una casa en que vivia con su hijo y donde se reunieron los Apóstoles y los discípulos, despues de la muerte del Salvador ¹. «Como quiera que sea, la tentativa de los soldados para apoderarse de este joven, prueba que les habian mandado los Sacerdotes prender á los Apóstoles. Los Evangelistas ni siquiera se cuidan de mencionar esta circunstancia que atenuaria su fuga. San Marcos escribe, dictándole Pedro: «Entonces le abandonaron todos los discípulos y huyeron,» sin tomarse cuidado alguno de atenuar á los ojos del universo, con una palabra explicatoria, este acto de cobardía. ¿Conoce el racionalismo muchos ejemplos de un sentimiento semejante de impersonalidad entre los escritores?

9. «Atado Jesus por los soldados, continúa el sagrado texto, fue conducido primeramente á casa de Anás, porque era suegro de Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año. Anás dió orden de llevarle á casa de su yerno Caifás, donde estaban congregados todos los Sacerdotes, los Escribas y los Ancianos. Iban siguiendo de lejos á Jesus Pedro y Juan ², el cual era conocido del Pontífice, y así pudo entrar con Jesus en el átrio; pero Pedro tuvo que quedarse fuera, mas Juan salió á la puerta y habló á la portera, que franqueó á Pedro la entrada al patio del Gran Sacerdote. Los criados y ministros estaban allí á la lumbre, porque hacia frio, y Pedro asimismo estaba con ellos, calentándose. Entre tanto el Pontífice se puso á interrogar á Jesus sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesus: Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; he enseñado constantemente en las Sinagogas y en el Templo á donde concurren todos los Judíos, y no he pronunciado una sola palabra de enseñanza en secreto. ¿Para qué me preguntas á mí? Pregunta á los que han oído lo que yo les he enseñado, pues esos saben las cosas que yo les he dicho. Y habiendo Jesus dicho esto, uno de los ministros asistentes dió una bofetada á Jesus, diciendo: ¿Así respondes

¹ Sepp. *La Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 388. — ² Joann., XVIII. 13.

tú al Pontífice? Díjole Jesus. Si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?—Los príncipes de los sacerdotes y todos los miembros del Consejo andaban buscando algun falso testimonio contra Jesus para condenarle á muerte; pero no le hallaban aunque se presentaron muchos falsos testigos, pues se contradecian los falsos testimonios. Por último aparecieron dos falsos testigos; el primero declaró en estos términos. Le hemos oído decir: Yo puedo destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres dias. El segundo habló así: Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho de mano de los hombres, y en tres dias fabricaré otro sin obra de mano alguna.—Mas estos dos testimonios no estaban acordes entre sí. Entonces el Sumo Sacerdote, levantándose en medio de la asamblea, interrogó á Jesus diciéndole: ¿No repóndes nada á estos cargos? Mas Jesus callaba y nada respondió. Interrogóle nuevamente el Sumo Sacerdote, y le dijo: ¡Yo te conjuro en nombre de Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo, hijo de Dios!—Respondióle Jesus: Tú lo has dicho, yo soy, y aun declaro, que vereis despues á este Hijo del hombre sentado á la derecha de la magestad de Dios venir sobre las nubes del cielo.—A estas palabras, el Gran Sacerdote desgarró sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? ¡Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia que han pronunciado sus labios! ¿Qué os parece? A lo que respondieron ellos: ¡Reo es de muerte! Luego empezaron los criados á escupirle en la cara y á maltratarle á puñadas, y otros, despues de haberle vendado los ojos, le daban bofetadas, diciendo. ¡Cristo, profetízanos, adivina quién te ha herido! Y repetian otros muchos dictérios, blasfemando contra él.¹

10. «¡Hé aquí el gran sentimiento de orden y de policía conservadora que prosidió á todas las medidas!» En vano se busca sombra de justicia alguna en este hipócrita aparato del tribunal en que son violadas injuriosamente todas las prescripciones del código judío y todas las nociones de la jurisprudencia general. ¿Por qué este primer descanso de la via dolorosa en casa de Anás? ¿Con qué derecho se hace llevar la augusta víctima ese suegro del Gran Sacerdote que habia pagado á los Romanos para transmitir á su yerno Caifás la púrpura de Aaron? El testo del Evangelio dice mas, en su divi-

¹ Math. XXVI, 59-64. Marc., XIV, 53-65.

na sencillez que todos los comentarios. «Lleváronle á casa de Anás, porque Anás era suegro de Caifás.» ¡Motivo singular para hacer comparecer ante él á un acusado! La ley mosaica no era mas que un negocio de familia, y el proceso de Jesus comienza por una irrisión. Pero era preciso dar tiempo á los Escribas, para que reunieran sus famosos testigos en el palacio del Gran Sacerdote. La casa de Anás estaba situada en la montaña de Sion, á la entrada de la ciudad, á una milla del huerto de Getsemaní. Para llegar á ella, tuvo que bajar Nuestro Señor al valle de Josafat; atravesar el Cedron¹, en frente del sepulcro de Absalon; subir la colina del Templo, y penetrar en la ciudad por la puerta Sterquilina. Habian trascurrido cuatro dias desde su entrada triunfal, y apenas habian podido marchitarse las palmas con que se habia alfombrado el camino. Al *hosanna* del pueblo habian sucedido los gritos de muerte de una horda infame. Sin embargo, era siempre un rey el que entraba en Jerusalem, sin que disminuyeran su poder las espesas con que se habian cargado sus manos. ¡Qué rayo de magestad divina brilla súbitamente en el tribunal de Caifás! «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo. ¡Me vereis un dia sentado á la derecha de Jehová, descender en las nubes del cielo!» Hé aquí el rayo que surca las tinieblas de esta horrible noche, retumbando en la conciencia de los mismos jueces. Há poco escribia un literato: «Jamás tuvo Jesus la idea de presentarse á los Judios como Dios. Su mal humor contra el Templo, que habia detestado siempre, le inspiró una imprudente palabra que figuró entre los considerandos de su sentencia de muerte.» ¿Ha leído realmente el Evangelio el literato que usa este lenguaje? La «imprudente palabra contra el Templo» no figura «en los considerandos de la sentencia de muerte.» Jesus habia dicho á los Judios: «Destruid el Templo, y yo lo reedificaré en tres dias.» Y añade el Evangelista: «Jesus queria hablar del Templo de su cuerpo².» Falsos testigos tratan de desnaturalizar esta palabra. El

¹ «Una tradicion local refiere, que atravesando Nuestro Salvador el Cedron, cayó sobre una piedra que conservó la señal de sus rodillas.» (M. Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 199.) La impresion de estos vestigios se distingue poco en el dia; pero se ha conservado el lugar mismo de la caída en la memoria de los habitantes, los cuales lo enseñan aun á los peregrinos. Esta circunstancia tradicional recuerda á la memoria la profecía de David: *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput.*—Una Iglesia perteneciente á los Armenios ocupa hoy el solar de la casa de Anás.

² Joann., II, 21.

uno la disfrazaba en estos términos: «Yo arruinaré el Templo.» Jesús no había pronunciado esta afirmación amenazadora, sino que había dicho hipotéticamente: «Destruid este Templo.» Llega después el segundo testigo, y su declaración manifiesta claramente que el Salvador hablaba de otro Templo distinto del de Jerusalén, puesto que había dicho: «Reedificaré otro que no será obra de mano del hombre.¹» Esta doble declaración falaz y contradictoria, fue desechada. El Evangelio lo dice en términos formales: *Non erat conveniens testimonium illorum*. Caifás proclama un instante después su nulidad: *¿Quid adhuc egemus testibus?* ¿Dónde, pues, ha encontrado el racionalista moderno monumentos desconocidos que atestigüen que figuró «la palabra imprudente» contra el Templo entre los considerandos de la sentencia de muerte? Lo que está en el Evangelio tan patente como la luz del Sol, es la solemne declaración de Jesús: «Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo.» El Salvador ha guardado silencio mientras se ha tratado de acusaciones calumniosas, ó de declaraciones contradictorias puestas en labios venales de testigos falsos. En este acusado que calla, no ven nuestros retóricos mas que un hombre. Un hombre ante este tribunal inícuo hubiera protestado contra un juicio tan ilegal. Hubiera invocado los textos mosaicos que prohibían instruir un proceso criminal por la noche, que prohibían absolutamente toda sesión de este género durante la solemnidad pascual; hubiera recusado sobre todo, como juez á este Caifás, que se había constituido anteriormente en acusador suyo. Cuando le echa en cara un testigo el haber conspirado para destruir el Templo, calla Jesús. Pero, ¿se conoce bien el valor de semejante acusación en el pueblo judío? El Templo de Jehová era toda la nacionalidad hebráica; la ley divina y humana reunidas en un monumento que todos los hijos de Abraham creían eterno. Para defender este Templo imperecedero contra las legiones romanas, se habían hecho degollar 1.100,000 judíos. Si se hubiese probado que había pensado tan solo Jesús en destruir el Templo, le hubieran degollado al punto los testigos, los jueces, satélites y criados. Sin embargo, Jesús guardó silencio. Con una sola palabra hubiera podido deshacer la equivocación y restablecer el verdadero sentido de las palabras de que se le acriminaba falsamente. Mas sus labios no

¹ Esta observación juiciosísima, es de M. Dupin: *Proceso de Jesucristo*, edit. en 32, pág. 54-55.

pronuncian esta palabra. Cuando abra la boca, será para afirmar su divinidad, que no ha cesado de proclamar durante los tres años de su ministerio público. Es preciso que sepa el Sanhedrin el nombre de su víctima: «Soy Cristo, Hijo de Dios vivo. Un día me vereis sentado á la diestra del Todopoderoso descender en las nubes del cielo. ¡Ahora puede ya Caifás desgarrar su túnica de gran sacerdote, pues nunca volverá á ser cosida! Con ella ha desaparecido á girones el sacerdocio de Aaron. Los Escribas han juzgado á un Dios; le han condenado como Dios; el único «considerando que figura en la sentencia de muerte» es el título de Dios que se atribuye Jesus en voz alta. Despues de esta manifestacion de la divinidad, se entrega el Hijo del hombre á los ultrajes de la horda que le rodea. Todavía continúan, y el divino Maestro no cesa de presentar la mejilla á quien quiere abofetearla ó escupirla. ¡En esta señal se reconoce siempre al Hombre Dios!

44. «Pedro estaba sentado fuera en el átrio, dice el Evangelista, entre los criados y los satélites que estaban calentándose alrededor del brasero encendido. La criada del Gran Sacerdote que le habia hecho entrar, clavando los ojos en él al resplandor del fuego que daba en su rostro, exclamó: ¡Este tambien se hallaba con Jesus!—Y dirigiéndose á Pedro, ¿no eres tú, le dijo, uno de los discípulos del Galileo? No: contestó el Apóstol, delante de todos estos testigos: ¡No le conozco! No sé lo que quieres decir. Y saliendo Pedro fuera del vestibulo, cantó el gallo. Otra criada le reconoció tambien y dijo á los criados. Este hombre se hallaba tambien con Jesus Nazareno. Pedro habia vuelto junto al brasero, y estando allí en pie calentándose, le dijeron ellos: ¿No eres tú uno de sus discípulos? Pedro lo negó segunda vez, afirmando con juramento: ¡No conozco á tal hombre!—Cerca de una hora despues, uno de los criados del Gran Sacerdote, pariente de aquel á quien habia cortado la oreja Pedro en Gethsemani, le reconoció tambien y exclamó: ¡No hay duda, éste estaba tambien con él, porque se ve que es igualmente de Galilea.—Y dirigiéndose á Pedro, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él?—No sé qué es lo que quieres decir, contestó Pedro.—Seguramente, replicaron los asistentes, tú eres uno de sus discípulos; pues eres tambien Galileo, segun revela tu lenguaje. Entonces empezó á echar imprecaciones y á jurar que no habia conocido á tal hombre. Y al momento cantó el gallo por segunda vez.

Con lo que se acordó Pedro de la palabra que le habia dicho Jesus en el Cenáculo: Antes de cantar el gallo por segunda vez, me has de negar tres veces. Y saliendo afuera, lloró amargamente ¹.

Marcos, el discípulo de San Pedro, es el que consigna con mas pormenores las circunstancias de estas tres negaciones. Los otros Evangelistas indican brevemente el hecho. Pero la mano que guia el Principe de los Apóstoles, insiste en la caída, nota todos sus incidentes, inscribe cada una de sus fases. Cuando se trata de las prerogativas de la soberanía dadas á Pedro; cuando se trata de los actos de adhesion, de impulsos de amor ó de raptos de afecto cuya iniciativa habia tomado Pedro durante tres años, en medio del colegio Apostólico, se detiene bruscamente el relato de Marcos. Pero aquí se acusa Pedro por boca de su discípulo. Jamás se agotarán las lágrimas que comenzó á derramar en aquella noche, pues segun nos dice la tradicion, araron sobre su rostro un surco que siempre estaba húmedo. Así le vió Roma en la silla curul del senador Pudens; y cuando se le preguntaba por qué se habian convertido sus ojos en una fuente de lágrimas, respondia contando la historia de su caída. Pedro llora siempre en la Iglesia; mas no por eso es menos el jefe supremo de la Iglesia. Necesitábamos, dice San Crisóstomo, un jefe que supiera por la esperiencia de una caída personal, templar en la misericordia y la paciencia el rigor de sus justas sentencias. ¡La voz de una criada hizo caer al primer Papa; y ni el estruendo de las batallas, ni la amenaza de los conquistadores han podido conmover á uno solo de sus sucesores! Tal fue el divino poder de una mirada fijada en Pedro, cuando los criados de Caifás, cansados de golpear á su victima, condujeron á Jesus al calabozo del palacio pontifical, para poder descansar ellos mismos basta la mañana siguiente.

§ IV. PONCIO PILATOS.

12. No podia pronunciarse de noche una sentencia capital, por prohibirlo la ley Judía. Sin embargo, el odio del Sanhedrin no se habia detenido ante este obstáculo, habiéndose pronunciado contra Jesus la sentencia de muerte clandestinamente y en la sombra. Cai-

¹ Math., XXVI, 69 ad ultim. Marc., XIV, 66 ad ultim. Luc., XXII, 54-62. Joann., XVIII, 25-27.

fás y sus Escribas quisieron aprovechar las últimas horas de la noche para consumir su atentado; pero libres para juzgar y condenar, no tenían el poder jurídico de hacer caer una sola cabeza. Habiendo dominado Roma á todo el mundo con la espada, se habia reservado por todas partes el dominio supremo de la espada. Era, pues, preciso ratificar por medio del pretor romano, Pilatos, la condena de Jesus. Segun, pues, el derecho romano, no podia pronunciarse sentencia alguna antes de la aurora. «Luego que fue de dia, continúa el Evangelista, todos los príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos del pueblo, los Escribas y el Sanhedrin, tuvieron consejo contra Jesus para hacerle morir ¹. Sin embargo, uno de los ancianos, el senador Josef de Arimatea, varon virtuoso y justo, que era de los que esperaban el reino de Dios, rehusó concurrir á sus deliberaciones y al designio de los demás ². Fue llevado Jesus á la sala del consejo y le dijeron los jueces: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Respondióles Jesus: Si os lo dijere, no me creereis, y si yo os hiciese alguna pregunta, no me respondereis ni me dejareis ir. Mas despues de ahora, el Hijo del hombre estará sentado á la diestra del poder de Dios. Dijéronle entonces todos: Luego tú eres el Hijo de Dios. Respondióles él: Asi es que yo soy como vosotros decís. A estas palabras exclamaron ellos: ¡Qué necesitamos ya buscar otros testigos, cuando nosotros mismos lo hemos oido de su propia boca! ¡Reo es, pues, de muerte ³!» En esta ratificacion sumaria de la sentencia precedente, ya no hay testigos ni forma alguna juridica, manifestándose únicamente el odio y la venganza. La ley judía prohibia condenar á un hombre, aun por su propia confesion, si no tenia otros testigos del crimen. No podian verificarse las reuniones legales del gran Consejo sino despues del sacrificio de la mañana, entre las ocho ó las nueve, á fin de que pudiera asistir todo el pueblo á la instruccion del proceso, conocer la acusacion y apreciar la justicia de la sentencia. Finalmente, no podia pronunciarse condenacion alguna á pena capital, sino hasta tres dias despues del juicio ⁴. Pero el

¹ La asamblea precedente, que se habia celebrado á media noche en casa de Caifás, no se componia mas que del colegio de los Sacerdotes, es decir, del Consejo de los veinte y tres. Ahora, el Sanhedrin ó Gran Consejo de los setenta y dos, compuesto de los tres Estados en Israel, va á confirmar la primer sentencia, para dar mas peso al tribunal de Pilatos.» (Sepp. *La Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tomo II, pág. 400.)

² Luc., XXIII, 50-51.—³ Marc., XV, 42. Luc., XXIII, 51.

⁴ M. Dupin ha resumido perfectamente las reglas fundamentales y la práctica de la

Sanhedrin «se reunió; dice el Evangelio para condenar á Jesus á muerte.» No son, pues, ya jueces, sino verdugos los que pronuncian el fallo. Su considerando es siempre el mismo. Jesus, atado como un criminal vulgar, ajado el semblante con las bofetadas y sa-

jurisprudencia criminal entre los Judíos: «En el dia del juicio, hacian comparecer los alguaciles al acusado. A los pies de los ancianos estaban sentados ciertos hombres, que con el nombre de auditores ó de candidatos, seguian bajo ciertas reglas las sesiones del Consejo. Despues de verificada la lectura del proceso, se hacia entrar uno despues de otro, á los testigos. El presidente dirigia á cada uno esta exhortacion: «No te exijimos que nos digas lo que sepas por conjeturas, ni por rumor público; piensa que va á pesar sobre tí una responsabilidad muy grave; que el negocio de que se trata no versa sobre intereses en que es posible reparar el daño; que si por tu testimonio llegara á condenarse injustamente al acusado, su sangre, y aun la de toda su posteridad, de que privaste al mundo, recaeria sobre tí; que Dios te pedirá cuenta, como se la pidió á Cain por la sangre de Abel. ¡Habla!» La declaracion sola de un individuo contra sí mismo, la de un profeta, por famoso que fuese, jamás determinaban una condenacion. «Ninguno debe obrar en perjuicio de sí mismo, decian los doctores. Si alguno se acusa ante la justicia, no debe creérsele, á menos que el hecho esté comprobado por otros dos testigos; siendo digno de notar á este propósito, que la muerte inferida á Hacan en tiempo de Josué, fue una escepcion ocasionada por la naturaleza de las circunstancias; porque nuestra ley jamás condena por la simple confesion del acusado, ni por el dicho de un solo profeta...» Despues del exámen de las pruebas, los jueces que estaban por la inocencia del acusado, esponian sus motivos, y los que le creian culpable, hablaban en seguida con la mayor moderacion. Uno de los auditores ó candidatos, encargado, sea directamente, sea de oficio, de la defensa, tomaba lugar en un estrado y arengaba á los jueces y al pueblo. Cuando queria hablar el mismo acusado, se le prestaba la mayor atencion. Acabados los debates, se hacia alejar á los asistentes, y trasferian los votos dos escribas, el uno los favorables, y el otro los condenatorios... Si absolvía la mayoría de los votos, se ponía al punto en libertad al acusado; si era preciso castigarle, diferían los jueces hasta el tercer dia siguiente el pronunciamiento de la sentencia. En la mañana del dia tercero, volvían los jueces á ocupar las sillas del tribunal, y volvía á votarse. Los que habían absuelto en la primera votacion, no podían ya votar condenando; pero al contrario, el que había condenado la primera vez, podía absolver en esta nueva sesion. Si condenaba la mayoría, acompañaban dos magistrados al momento al condenado al suplicio. Los Ancianos no bajaban de sus asientos; colocaban á la entrada del tribunal un preboste, que tenía en su mano una banderola, y otro preboste seguía á caballo al sentenciado, volviendo incesantemente la vista hácia el punto de partida. Si en el entre tanto, venía alguno á anunciar á los Ancianos nuevas pruebas favorables, el primer preboste agitaba su banderola, y el otro, no bien lo observaba, conducía al condenado. Durante el tránsito de la comitiva, decía un heraldo en voz alta, el nombre de éste, el de los testigos, y el motivo de la condenacion, añadiendo: «¡Si alguno tiene noticias que dar en favor suyo, apresúrese á hacerlo!» Fundado en este principio, fue como el jóven Daniel hizo retroceder la comitiva que conducía á Susana al suplicio. Sino ocurría incidente alguno de este género, se apremiaba al condenado por última vez á confesar su crimen, se le hacía beber un narcótico, para que le fuera menos terrible la consideracion de la proximidad del suplicio, y se ejecutaba la sentencia.» (Dupin. *Proceso de Jesus*, pág. 15-22.) Si tenemos el derecho de admirar semejante legislacion, no se nos podrá rehusar el de consignar que fue indignamente violada, con respecto al divino condenado, Jesucristo.

livas de una turba infame, se ha proclamado el Cristo, Hijo de Dios vivo. Léese en la primer página del Evangelio: «El Verbo se hizo carne.» Toda la vida de Jesucristo, desde el pesebre de Belen hasta la sentencia de muerte, no ha sido mas que el comentario definitivo de esta divina revelacion: «¡Yo soy el Cristo, Hijo de Dios vivo!»

13. «La multitud, continúa el historiador sagrado, se precipitó sobre Jesus. Cargósele de cadenas y le llevaron tumultuosamente desde casa de Caifás hasta el pretorio del gobernador Poncio Pilatos¹. Era muy de mañana, y los Judíos no quisieron entrar en el pretorio por no contraer la impureza legal que les hubiera imposibilitado comer la Pascua. Asi es que estaban á la puerta exterior del tribunal. En aquel momento, el traidor Judas, viendo que era condenado Jesus, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata que habia recibido, á los Principes de los Sacerdotes, diciendo: ¡Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente del Justo!—A lo que dijeron ellos: ¿A nosotros qué nos importa? Allá te las hayas. Mas él, arrojando el dinero en el Templo, se fué, y echándose un lazo, desesperado, se ahorcó. En las angustias de su agonía, reventó por medio, quedando esparcidas por tierra todas sus entrañas². Los Principes de los Sacerdotes, habiendo recogido las monedas, dijeron: No es lícito depositarlas en el «Corban»³ (*Gazophylacium*) ó Tesoro Sagrado porque son precio de sangre.—Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros, por lo cual se llama este campo aun en el dia *Haceldama*⁴, esto es, «campo de sangre» con lo que vino á cumplirse lo que predijo el profeta Zacarías, que dice: «Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto

¹ Pilatos habitaba el palacio situado en el ángulo Nordeste del gran cercado exterior del Templo, junto á la torre Antonia. El sitio donde administraba justicia, el pretorio, se hallaba hácia la parte oriental del palacio. Esta es la primera estacion del camino de la cruz. El palacio de Pilatos se habia convertido en iglesia por la piedad de los fieles; hoy pertenece todo entero á los musulmanes, y en él se encuentra un cuartel, cuadras y ruinas.

² Act., I, 18.

³ *Corban*, significa en hebreo: *don*. En otra parte hemos tenido ocasion de notar que esta palabra habia llegado á ser sacramental para espresar un don que se hacia al Señor. El escrúpulo de los Principes de los Sacerdotes es un nuevo rasgo de hipocresía, digno de su farisaismo.

⁴ *Haceldama*, «el campo de sangre» se halla situado al Sur de Jerusalem, en la confluencia de los tres valles, en la cima. En él se encuentra una arcilla blanquecina, propia para hacer pucheros, de que se usa aun en el dia. Toda esta eminencia se halla cubierta de antiguos sepulcros. (M. Mistlin *Los Santos Lugares*, tom. III, pág. 206, 504.)

en venta, segun que fue valuado por los hijos de Israel, y empleáronlas en la compra del campo de un alfarero. Tal es la revelación que me ha hecho Jehovah¹.» El escrúpulo de los Judíos que acababan de condenar á un inocente, y que no se atreven á entrar en el pretorio de Pilatos, por temor de contraer una impureza legal, es un rasgo de costumbres farisáicas, que basta hacer notar. La desesperacion y el suicidio de Judas Iscariote, referidos tan claramente por el Evangelista, nos recuerdan otros escrúpulos que ha concebido há poco la conciencia de nuestros literatos. Simpáticos á este desdichado cajero, no pueden admitir tan triste fin los racionalistas modernos. «Tal vez, dicen, retirado á su campo de Hakeldama, llevó Judas una vida pacífica y oscura, mientras sus antiguos compañeros conquistaban el mundo, divulgando por él la noticia de su infamia².» No hay duda, que despues de haber tenido el valor de vender á su Maestro, y con mayor razon, á su Dios, por treinta monedas de plata, hay derecho para esperar una muerte pacífica y tranquila, como un propietario que se retira al campo. Sin embargo, esta hipótesis idílica no tranquiliza completamente á nuestros literatos, sobre el destino del infortunado Iscariote. «Tal vez tambien, dicen, la espantosa odiosidad que pesó sobre su cabeza, fue á parar á actos violentos, en que se vió el dedo del ciclo³.» ¡Una acusacion de asesinato, lanzada á la faz del siglo apostólico, que solo tuvo mártires! ¡Sófista, permítenos pensar que cuando pusiste este punto de interrogacion sobre tantas famas ilustres, comprendiste lo que hacias!

14. «Entre tanto, continúa el Evangelio, el gentío se agitaba tumultuosamente á la puerta del pretorio. Pilatos salió, pues, afuera, y dijo: ¿Qué acusacion traeis contra este hombre?—Respondieronle y dijeron: ¡Si este no fuera malhechor, no le hubiéramos puesto en tus manos! Replicóles Pilatos: Pues tomadle vosotros y juzgadle segun vuestra ley.—Pero respondieron los Judíos: A nosotros no nos es permitido condenar á nadie á muerte. Con lo que vino á cumplirse lo que dijo Jesus que moriria por mano de los

¹ Zachar., XI, 12. Math., XXVII, 1-10. Marc., XV, 1. Luc., XXIII, 1. Joann., XVIII, 28.

² *Vida de Jesus*, pág. 439.

³ *Vida de Jesus*, pág. 439. Con sumo pesar consignamos esta palabra deplorable. El racionalismo futuro podrá mostrarse mas instruido, mas formal, y sobre todo mas lógico; pero le será siempre imposible emplear mas mala fe.

Gentiles. Entonces comenzaron á acusarle ante Pilatos, diciendo: Le hemos hallado pervirtiendo á nuestra nacion, y prohibiendo pagar los tributos á César, y diciendo que él es el Cristo-rey ¹.»

Poncio Pilatos, hechura de Seyano, habia recibido de este favorito de Tiberio el gobierno de la provincia *presidial* de Judea. Llamábanse así las provincias que provenian directamente del emperador, para distinguirlas de las provincias *senatoriales*, cuyos titulares eran nombrados por el Senado. Este pormenor de administracion romana nos hace comprender la exactitud jurídica del título de *Præses*, que da el Evangelio á Poncio Pilatos. Aunque simple pretor, tenia Pilatos el derecho de vida y muerte en la provincia *presidial*. Este derecho de la espada que le habia concedido Tiberio, podia herir á la misma mano que lo ejercia, pues segun las circunstancias, era tan peligroso hacer uso de él, como dejarlo dormir. Los Judíos, siempre rebeldes á la dominacion del extranjero, habian dado ya á Pilatos mas de un ejemplo de su obstinacion. El gobernador romano los despreciaba y los temia á un mismo tiempo. En vista de esta multitud sediciosa, trata de desembarazarse del juicio que se lleva á su tribunal: sospecha que se trata de un asunto esencialmente judío, en que solo se hallan en juego las pasiones de esta nacion, y por eso contesta: «Encargaos de él vosotros mismos, y juzgad á este hombre segun vuestra ley.» Pero los Príncipes de los Sacerdotes no quieren cargar con la responsabilidad que él les devuelve, y dan esta razon: «Nosotros no tenemos potestad para condenar á nadie á muerte.» Así, pues, no hay duda que piden la pena de muerte contra Jesus. Sin embargo, el Sanhedrin podia pronunciar la pena de muerte en los asuntos puramente eclesiásticos; ratificándose siempre una sentencia de esta clase. Pilatos reconoce aquí en ellos este derecho, el cual ejercieron todavía por mucho tiempo, segun nos lo prueba el martirio de San Estéban; si bien en este caso era el suplicio, de lapidacion. La sentencia debia sancionarse y ejecutarse por el pueblo mismo. Pues bien; el juicio previo, en virtud del cual debia deferirse á Pilatos el divino acusado, se habia celebrado en la sombra, á puerta cerrada, sin que hubiera tomado parte en él el pueblo; puesto que no era el pueblo la gente de servicio que habian desencadenado los Sacerdotes y los

¹ Joann., XVIII, 29-32. Luc., XXIII, 2.

Escribas. Habia comenzado la grande octava de la santa solemnidad, llegando á ser imposible, durante ocho dias, toda ejecucion capital por mano de los Hebreos. Era, pues, preciso, á toda costa, que se erigieran en verdugos Pilatos y los soldados romanos. Hé aquí por qué exclamaban los Sacerdotes: «Os traemos un sedicioso que se niega á pagar el tributo á César.» Pues bien; dos dias antes habia formulado Jesus esta doctrina solemne: «Dad al César lo que es del César.» Pero ¿qué importaba una nueva mentira á estos perjurios? Prohibir pagar el tributo al César, cuando el César se llama Tiberio, es un crimen que basta enunciar, para entregar un inocente á la muerte. «Se dice el Cristo-rey,» añaden. Proclamar una pretension al trono cuyo monopolio tiene Tiberio; sublevar al pueblo contra Tiberio, y prohibir pagar el impuesto; hé aquí tres acusaciones capitales, con las que no podia transigir Pilatos sin jugarse él mismo la cabeza. No se trata ya por los Judíos del «blasfemo que se ha llamado Hijo de Dios.» Olvidánse de la acusacion de lesa magestad divina; y la trasforman en acusacion de lesa magestad Cesárea; y Pilatos que se hubiera desdeñado de la primera, se ve obligado á considerar la segunda seriamente.

15. «Pilatos entró de nuevo en el pretorio, continúa el Evangelio, é hizo comparecer á Jesus. El Señor compareció en pie ante el gobernador, que le interrogó en estos términos: ¿Eres tú el rey de los Judíos? Respondió Jesus: ¿Dices tú eso de tí mismo, ó te lo han dicho de mí otros? Replicóle Pilatos: ¿Acaso soy yo judío? Tu nacion y los Pontífices te han entregado á mí, ¿qué has hecho tú? Respondió Jesus: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, claro está que mis gentes me habrian defendido para que no cayera en manos de los Judíos; mas ahora ¹, mi reino no es de aquí.—¿Luego tú eres rey? le replicó Pilatos. Respondió Jesus: Así es, como dices: yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que está por la verdad, escucha mi voz. ¿La verdad? dijo Pilatos. ¿Qué es la verdad?—Y diciendo esto, sin esperar la respuesta, salió segunda vez á los Judíos, y les dijo: Yo ningun delito hallo en este

¹ *Nunc autem regnum meum non est hinc.* Los enemigos del reino de la Iglesia tienen cuidado, al citar este texto, de suprimir el *Nunc*, «al presente» que sirve de obstáculo á sus teorías. (V. el P. Scio cuya traduccion igual á la de Mr. Darras, hemos adoptado aqui).—(N. del T.)

hombre.—Entonces los Ancianos y los Sacerdotes volvieron á multiplicar sus acusaciones: Jesus guardó silencio. Por lo que Pilatos le dijo: ¿No oyes de cuántas cosas te acusan? ¿Nada tienes que contestar? Pero Jesus nada mas contestó; por manera que el presidente quedó maravillado en extremo.—Sin embargo, los Judíos insistían mas y mas, diciendo: Tiene alborotado el pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde la Galilea, donde comenzó, hasta aquí.—Oyendo pronunciar Pilatos la palabra Galilea, preguntó si aquel hombre era Galileo, y cuando se aseguró de ello, como el acusado, siendo Galileo, dependía de la jurisdicción de Herodes, envió Pilatos, pues, á Jesus al Tetrarca que estaba en Jerusalem hacia algunos dias ¹.

Se llegaba al pretorio por una escalera de mármol blanco de veinte y ocho gradas, y es la *Scala Santa* que se llevó mas adelante á Roma por Constantino el Grande. Nuestro Señor la subió tres veces durante su Pasion ². La han subido tambien de rodillas todas las generaciones cristianas de los peregrinos. Cuando «salió Pilatos á hablar á los Judíos, como dice el Evangelio, se paró en lo alto de esta escalera.» Asi, el escrúpulo de los Príncipes de los sacerdotes fue respetado, y conservaron intacta la pureza legal, que no les impedía mancharse «con la sangre del Justo.»

Solo los soldados romanos escoltaron al divino Maestro, cuando tuvo que subir la escalera pretoriana y que comparecer en el tribunal del gobernador. El interrogatorio fue segun la fórmula breve é irónica que afectaba la justicia de Roma para el universo vencido. «¿Acaso soy yo judío, pregunta Pilatos, para creer en el reinado de un Cristo? ¿Qué has hecho?—¿Eres, pues, tú rey?»—Y cuando habla Jesus á este romano que administra justicia en nombre de Tiberio, de «un reino que no es de este mundo,» de un cetro que «no es actualmente de aquí bajo;» Pilatos se encoge de hombros. Hasta mas tarde no conocerá Roma este doble reinado espiritual y temporal, que ha de asegurarle el imperio inmortal de la verdad. Pero en

¹ Joaun., XVIII, 33-39. Math., XV, 2 y sig. Marc., XV, 2-5. Luc., XXIII, 2-7.

² «La primer vez para su interrogatorio; la segunda, [al volver ante Herodes, y la tercera despues de la flagelación. Esta escalera, regada con la sangre de Jesucristo, se ha conservado en una capilla, cerca de la basilica de San Juan de Letran. Se halla tan gastada de arrodillarse los fieles, que ha sido preciso revestirla con recias tablas de madera de nogal, que se han renovado varias veces.» (M. Mislin, *Los Santos Lugares*, tom. III, pág. 207.)

aquel momento, Pilatos, representante de la filosofía de Roma pagana, hace con una sola palabra su profesion de fe. «¿Qué es la verdad?»—«No pide respuesta, dice un autor ilustre, estaba seguro de que no la obtendría ¹.» Busca en el acusado crímenes, y solo encuentra ideas cuya espresion, tendencias y trascendencias reales no comprende, pero cuya inocencia es incontestable. Despues vuelve á decir á los Judíos: «No he encontrado crimen en este hombre.» Juez competente, anula la sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrin. Si Pilatos hubiera sostenido como era deber suyo, la inviolabilidad de la sentencia absolutoria; si hubiera resistido á los clamores de la multitud deicida, no hubiera sido entregado su nombre á una infamia eterna. Pero no tiene el valor de la justicia, y se deja intimidar por las vociferaciones de los Judíos. Tal vez es tan poca cosa la vida de un inocente para este romano que no quiere tomarse la pena de defenderla. ¿Qué es una víctima mas en el reinado de Tiberio? Como quiera que sea, Jesus de Nazareth depende de la jurisdiccion del tetrarca Herodes, y Pilatos remite la causa á su príncipe natural ².

16. «Herodes, dice el historiador sagrado, holgóse sobremanera de ver á Jesus, porque hacia mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que habia oido de él, y con esta ocasion esperaba verle hacer algun milagro. Hizole, pues, muchas preguntas, pero él no le respondió palabra. Entre tanto, los Príncipes de los Sacerdotes y los Escribas (que no temian ya contraer la impureza legal en el palacio de un príncipe judío) estaban en pie junto al trono de Herodes, y persistian obstinadamente en acusarle. Mas Herodes con todo su séquito, le despreció, y para burlarse de él le hizo vestir de una ropa blanca (como se hacia con los locos), y le volvió á enviar á Pilatos. Y desde aquel dia se reconciliaron Herodes y Pilatos que estaban enemistados ³.»

El matador de Juan Bautista temió en otro tiempo que su víctima, resucitando de entre los muertos, hubiera tomado la forma de Jesus de Nazareth; pero se disipa su terror al ver una figura que en

¹ L. Veuillot. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, pág. 432.

² El palacio de Herodes se hallaba solo á una pequeña distancia del pretorio, en la colina de Acra. El sitio donde compareció Nuestro Señor ante el tetrarca, se habia convertido en una Iglesia; pero hoy está arruinada, así como el resto del palacio.

³ Luc., XXII, 8-12.

nada se parece á la del encarcelado de Maqueronta. El silencio del divino acusado provoca las burlas del príncipe y sus cortesanos. Por ventura ¿no se sospecha siempre que la inocencia que calla, ante las potestades de este mundo, es rebelde ó loca?

17. Jesus fue, pues, vuelto á conducir al Pretorio. «Pilatos, continúa el Evangelio, dijo á los Príncipes de los Sacerdotes, á los Ancianos y al pueblo reunidos: Vosotros me habeis presentado este hombre como alborotador del pueblo, y hé aquí que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningun delito he hallado en él de los de que le acusais. Pero ni Herodes le halló, puesto que os remití á él, y por el hecho se ve que no le juzgó digno de muerte; y así soltárele despues de algun castigo ¹.» ¿Castigo por qué? puesto que es inocente. Hé aquí la justicia sumaria de Pilatos. Y no obstante, nos vemos obligados á añadir, que el inlcuo espediente del gobernador romano, era en realidad un acto de clemencia, si se compara con el odio obstinado de los Sacerdotes. Todos los castigos que podrá imponerse á Jesus, no satisfarán su rabia; porque quieren su muerte. La proposicion de Pilatos no fue aceptada. «Acostumbraban los presidentes ó gobernadores romanos, continúa el Evangelio, conceder por razon de la fiesta de Pascua la libertad de un reo á eleccion del pueblo, y teniendo á la sazón en la cárcel á un ladrón muy famoso llamado Barrabás, culpable de robo, de sedicion y asesinato, preguntó Pilatos á los que habian concurrido: Os repito que no hallo delito alguno en el hombre que me habeis traído á mi tribunal; mas ya que teneis costumbre de que os suelte un reo por la Pascua, ¿quereis que os ponga en libertad al Rey de los Judíos? ¿A quién elegís de Barrabás ó Jesus, que es llamado el Cristo?—Pilatos hacia esta nueva proposicion al pueblo y no á los Príncipes de los Sacerdotes, cuyo odio personal á Jesus era conocido. Y estando el gobernador sentado en su tribunal, le envió á decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa.—Pilatos esperaba que el pueblo seria mas compasivo que los Príncipes de los Sacerdotes, pero éstos, de concierto con los Ancianos y con los Escribas, indujeron al pueblo á que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesus. Así es, que preguntándoles el presidente otra vez, y dicen-

¹ Luc., XXIII, 13-17.

do: ¿A quién de los dos quereis que os suelte? respondió el pueblo á una voz: Desembarázanos de Jesus y dános á Barrabás.—Replícole Pilatos: ¿Pues qué he de hacer de Jesus, llamado el Cristo?—Esclamaron todos: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Por tercera vez replícoles Pilatos, diciendo: Pues ¿qué mal ha hecho? Yo no hallo en él causa alguna de muerte.—Mas ellos sin escucharle, redoblaron sus gritos: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! y la gritería era mas amenazadora.—Pilatos dijo al fin: Voy á hacerle azotar y le soltaré despues ¹.

18. Segun testifica la tradicion, la mujer de Pilatos se llamaba Claudia Prócula. Es probable que fuera una liberta de la familia *Claudia*, de que procedia el mismo emperador Tiberio. Habia acompañado á su esposo á la Judea ². Sabida es la importancia que los antiguos daban á los sueños. La oncirocricia ó adivinacion por sueños, habia recorrido el mundo pagano. Del palacio de los Faraones pasó á los de Nínive, de Babilonia y de Persépolis; reinó en la Grecia y dominó á los Romanos, dueños del universo. Calpurnia, aterrada por un sueño, quiso impedir á Julio César que fuera al Senado el dia en que debia ser asesinado el héroe. Claudia Prócula quiso sin mejor éxito evitar á Pilatos la mancha que iba á caer en su nombre. El gobernador ó presidente intentó, no obstante, disputar la vida de la augusta víctima al furor de sus enemigos. Contaba con que la vista de la sangre inocente que iba á correr á oleadas al azote de los soldados, enterneceria á los Judíos. Mas esta cruel concesion debia ser mas funesta al acusado que una sentencia capital, pues en lugar de un suplicio, iba á sufrir dos Jesus. La flagelacion era un tormento equivalente á la muerte, con que terminaba con frecuencia. El paciente, medio encorbado y metidas ambas manos en un anillo de hierro sujeto á una columna, era despojado de sus vestidos hasta la cintura. Azotábanle cuatro soldados sin contar los golpes, con correas de cuero armadas de bolillas de plomo y garfios de hierro. •Pilatos, dice el Evangelista, mandó azotar á Jesus. Los soldados

¹ Math., XXVII, 15-23. Marc., XV, 6-14. Luc., XXIII, 17-23. Joan, XVIII, 39-40.

² El emperador Augusto habia confirmado la antigua ley *Oppia*, que prohibia á los gobernadores llevar consigo á sus mujeres á las provincias, cuyo mando tenian. Esta medida fue derogada en tiempo de Tiberio. Concedióse formalmente esta autorizacion á los gobernadores, pero haciéndoles personalmente responsables de los desórdenes y turbulencias, que pudiera ocasionar la presencia de sus mujeres. (Cf. Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. III, pág. 417-419.)

le llevaron entonces fuera del pretorio ¹, y despues de ejecutar esta orden, le volvieron al vestibulo. Reunida allí toda la cohorte, le vistieron un manto de escarlata y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas ² y una caña ³ en la mano derecha, y se arrimaban á él, y doblando la rodilla, postrándose ante él, le escarnecian diciendo: ¡Salve, oh rey de los Judíos! y dábanle de bófetadas. Al mismo tiempo heríanle con la caña que habian puesto en sus manos atadas y le cubrian de salivas ⁴.» Asi, pues, comenzó á correr en la pasion la sangre del Redentor al azote de un soldado romano. Un soldado romano fue quien coronó de espinas al Rey de los Judíos y del mundo. ¡Con cuántas lágrimas de amor no ha rescatado la Roma cristiana estos atentados de la Roma de Tiberio! Entre tanto Pilatos volvió á tomar al divino flagelado, y salió con él del palacio. Y salió juntamente con Jesus á lo alto de una arcada que cruzaba la calle, y dominaba á toda la multitud; «Jesus, dice el Evangelista, llevaba la corona de espinas en la cabeza y el manto de escarlata en los hombros. Hé aquí, dijo Pilatos, que os lo saco fuera para que reconozcais que yo no hallo en él delito alguno. Despues, enseñándoselo con el dedo, añadió: ¡Ved aquí al Hombre! Luego que los Pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! ⁵» El pueblo en-

¹ «Era costumbre azotar á los malhechores fuera del recinto de palacio. El sitio de la flagelacion está al lado opuesto al en que se situaba la multitud delante de la escalera del pretorio, cuyo sitio marca una pequeña iglesia restaurada en 1838 por la municipalidad del duque Maximiliano de Baviera. Todavía subsisten dos columnas llamadas «de la flagelacion»; la una en Jerusalem, en la Iglesia del Santo Sepulcro, y la otra en Roma, en la basilica de Santa Práxedes. Créese comunmente que la primera es la del pretorio, y la segunda la de la casa de Caifás.» M. Mislin. *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 211-214.

² Sabido es que la corona de espinas, que llevó la emperatriz Elena á Constantinopla, y que compró en 1239 á Boduin II San Luis, habiendo sido depositada hasta la Revolucion francesa en la Santa Capilla, se conserva hoy en Nuestra Señora de Paris, donde se espone todos los años el Viernes Santo, á la veneracion de los fieles.

³ La caña que se puso en manos del Salvador, no era uno de esos frágiles gramineos que crecen en nuestros estanques, y desconocidos en Palestina; sino un *arundo donax*, de la familia de los bambús, cuyo junco, mas recio que el dedo pulgar, tiene por lo comun de largo cerca de dos metros. (Cf. Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. III, pág. 4.)

⁴ Math., XXVII, 26-30. Marc., XV, 16-19. Joan., XIX, 1-3. En la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem, se conserva, en la capilla llamada del *Improprio* (*Impropiorum*), un trozo de la columna de mármol jaspeado, que habia en el pretorio, y al pie de la cual estaba sentado Nuestro Señor, cuando le llenaron de ultrajes los soldados de Pilatos.

⁵ Joann., XIX, 4-6. «A unos cien pasos del pretorio, siguiendo la via dolorosa

ternecido callaba. La divina víctima chorreando sangre, habia desarmado por un instante, con el espectáculo de sus padecimientos, la ferocidad de la multitud. Pero el odio de las gentes del Templo era implacable, y en breve el pueblo va á imitar su furor. «Dijo Pilatos. Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo crimen en él.—Nosotros tenemos una ley, respondieron los Judíos, y segun esta ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.—Cuando oyó Pilatos esta acusacion, se llenó mas de temor¹.»

19, Mientras los Judíos solo habian articulado contra Jesus agravios políticos, evidentemente imaginarios, se habia cuidado poco de ello Pilatos; una simple ojeada habia bastado al Romano para convencerse de que el cetro de Tiberio no podia verse amenazado seriamente por semejante competidor. «¡Ved aquí al hombre!» dijo el presidente, mostrando á la víctima agobiada, cubierta de sangre y de heridas. Sí, era el hombre tal cual lo habia puesto el pecado. Pero el pretor no piensa en los misterios de gracia y de amor divino que oculta su irónica interjeccion, esperando desarmar, con el espectáculo de tantos dolores, el odio de los Judíos. Por un momento creyó haberlo logrado, pues la multitud hasta entonces encarnizada, guardaba silencio. Solo los Sacerdotes y sus ministros; *Pontifices et ministri*, prorumpen de nuevo en gritos de muerte. Pilatos les contesta: «Tomadle vosotros mismos y crucificadle,» porque sabia muy bien que, aun dándoles este permiso, no querrian aprovecharse de él, durante la solemnidad pascual que habia ya principiado. Como quiera que sea, esta concesion es un segundo paso en el camino de iniquidad en que se empeña el gobernador vergonzosamente. En breve el furor de los Judíos reanimado con las escitaciones de los Sacerdotes, le arrancara una sentencia de muerte. «Nosotros tenemos nuestra ley, dicen ellos, y segun esta ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.» En estas palabras aperci-be Pilatos tumultos, rebeliones y nuevas guerras, semejantes á las que despues de treinta años no habian cesado de suscitar en Pales-

dice M. Mislin, se nota una galería cubierta con dos balcones y que pasa por encima de la calle. Desde esta arcada fue desde donde mostró Pilatos Jesus al pueblo, diciendo: «Hé aquí al hombre.» La galería se halla hoy habitada por no sé qué *dervís* musulman. Está prohibido entrar en ella á los cristianos, pero fácil es de comprender la emocion con que se postran debajo de ella, y cuán vivamente se representan esta desgarradora escena de la Pasion.» (*Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 213.)

¹ Joan. XIX, 7-9.

tina las pasiones religiosas. «Redóblanse sus temores,» dice el Evangelio: *Pilatus magis timuit*. Ya no es mas que un instrumento ciego en manos de los Sacerdotes. Su acusacion de lesa magestad cesárea no ha producido el resultado que esperaban, mas ahora van á triunfar en nombre de su ley, cuya inviolabilidad ha garantizado Roma, con la perspectiva de un levantamiento nacional. Sin embargo, Pilatos quiere interrogar aun otra vez al acusado. «Y volviendo á entrar en el pretorio, continúa el Evangelista, dijo á Jesus: ¿De dónde eres tú? Mas Jesus no le respondió palabra. Por lo que Pilatos le dijo: ¿Rehusas hablarme? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte ó para soltarte? Entonces, respondió Jesus. No tendrias poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por eso, quien á tí me entregó, tiene mayor pecado. Desde entonces buscaba Pilatos mas aun, cómo libertarle; pero los Judíos daban voces diciendo: Si sueltas á ese, no eres amigo de César, puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César ¹.»

20. La amenaza de denunciarle al tribunal de Tiberio, despues de haberle amenazado con un levantamiento nacional, debia atemorizar á Pilatos. La perfidia de los Sacerdotes sigue, en la manifestacion popular que dirigen, una gradacion sabiamente calculada. Pilatos sabe que puede costarle la vida una sospecha de infidelidad, transmitida á Tiberio por el último espía, y no es hombre que se arriesgue á semejante peligro, por salvar á un inocente. «Hizo, pues, salir á Jesus fuera del pretorio, continúa el Evangelio, y sentóse en su tribunal, en el lugar llamado en griego *Lithostrotos*, y en hebreo *Gabbatha* ². Era entonces cerca de la hora sexta ³ del dia de la *Parasceve* (Preparacion) de la Pascua. Pilatos dijo á los Judíos: Aquí teneis á vuestro Rey. Mas ellos clamaban: ¡Quítale, quítale de enmedio, crucifícale! Dijoles Pilatos: ¿A vuestro Rey tengo yo de crucificar? Respondieron los Pontífices: No tenemos otro rey que el

¹ Joan. XIX, 9-12.

² Los Romanos habian importado en las ciudades sometidas á su cetro, algunas de sus costumbres militares. Sabido es que César, en medio de su campo hacia embaldosar de mosaico el sitio donde colocaba su tribunal. Los gobernadores imitaron este lujo en las ciudades en que gobernaban. Los *Lithostrotos* (Sitio embaldosado de piedras), en hebreo *Gabbatha* (Sitio elevado), era el *Xystum*, desde donde pronunciaba Pilatos, de lo alto de su tribunal, las sentencias de muerte. Este lugar se hallaba situado al Nordeste de la ciudadela del Templo, delante del palacio Antonia, residencia del gobernador.

³ Cerca del Mediodia.

César.—Con lo que viendo Pilatos que nada adelantaba, antes bien, que cada vez crecía el tumulto, mandó traer agua y se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo: vosotros sereis responsables de ella.—A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Y al fin Pilatos, deseando contentar al pueblo, les soltó á Barrabás, y les entregó á Jesus para que fuese crucificado ¹.

«¡Lava tus manos, Pilatos, porque están teñidas en sangre inocente! ¡La has concedido por debilidad, y no eres menos culpable que si la hubieras sacrificado por malevolencia! Las generaciones han repetido hasta nosotros: Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos: *Passus est sub Pontio Pilato* ².

§ IV. VIA CRUCIS.

21. Habiéndose pronunciado la sentencia por la autoridad romana, la ejecutaron los soldados romanos. «Tomando á Jesus, dice el Evangelista, volvieron á ultrajarle, y despues de estos nuevos insultos, le arrancaron el manto de escarlata con que le habian cubierto, le pusieron sus vestidos, y cargando la cruz en sus hombros, le llevaron al Calvario, llamado en hebreo Gólgotha ³.» Aquí comienza el Camino de la Cruz, todos cuyos pasos han sido y no cesarán de ser regados con lágrimas por la piedad cristiana. La

¹ Joann., XIX, 13-16. Math., XXVII, 24-26. Marc., XV, 15. Luc., XXIII, 24-25.

² Dupin. *Proceso de Jesucristo*, pág. 108. Hé aquí, segun una antigua tradicion, cual debió ser la fórmula de la sentencia de muerte pronunciada por Pilatos: *Jesum Nazarenum, seductorem gentis, contemptorem Cesaris, et falsum Messiam, ut majorum suar gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum, et cum ludibriis regie majestatis in medio duorum latronum cruci affigite. I, lictor, expedi cruce*. Tácito ha consignado el nombre de Pilatos, casi en los mismos términos con que figura en el *Credo*. El historiador romano ha escrito: *Tiberio imperitante, per procuratorem Pontium Pilatum Christus supplicio affectus erat*. (Tácit. *Annal.*, lib. XV, cap. XXXXIV.) Sabido es que despues de la muerte del Salvador, fue destituido Pilatos por Vitelio, entonces gobernador de Siria, y fue enviado á Roma para justificarse ante el emperador de muchos actos de crueldad que habia cometido. Desterrado por Calígula á Viena, en las Galias, se suicidó de desesperacion. Segun una leyenda helvética, se ahogó cerca del monte Pilatos, en el canton de Lucerna.

³ *Golgotha*, espresion caldaica, formada del hebreo *Golgoth*, significa *Craneo*. La palabra *Calvario*, es, pues, su traduccion exacta.

primera estacion se hace en el tribunal de Pilatos, cuando se lava el pretor las manos, creyendo borrar la mancha de sangre divina que mancillara por siempre su memoria. Del pretorio al Calvario, se cuentan cerca de mil trescientos veinte pasos. Jesus, arrastrado por sus verdugos, escoltado por los soldados, y seguido del populacho judío, pasó primeramente por debajo de la arcada donde se le habia mostrado á la multitud despues de su flagelacion. La calle que es de longitud de doscientos pasos, está en declive, y baja hasta encontrar la calle de Efrain, actualmente, calle de Damasco. «Bajando hácia la izquierda, dice M. Mislin, se halla el sitio donde la Santísima Virgen, que se habia situado cerca del pretorio, durante esta cruel mañana, y que queria ver otra vez á su divino Hijo, se colocó á su tránsito, y se desmayó al encontrarse con sus miradas.» El Evangelio no ha notado este rasgo del dolor maternal. La espada predicha por Simeon, heria el corazon de María; pero no parece sino que la humilde Virgen quiso ocultar sus padecimientos, con el mismo cuidado con que veló sus gozos y sus grandezas. Sin embargo, todos los Padres nos han conservado esta tradicion, que ha consignado la Iglesia Católica. Al fin de esta calle, abrumado con el peso de su cruel carga, cayó Jesus por vez primera. Este sitio se ha indicado á la piedad de los peregrinos de Jesusalen con una columna de mármol rojo, medio enterrada en el suelo. «Los soldados que le conducian, continúa el Evangelio, encontraron en aquel sitio á un hombre natural de Cirene, llamado Simon, que volvia de su granja y que era padre de Alejandro y de Rufo ¹. Los soldados requiriéndole en nombre de la ley romana, le cargaron la cruz en los hombros y le obligaron á llevarla detrás de Jesus ².» Ya hemos dicho que el requerimiento del magistrado ó del oficial romano, no admitia dilacion ni excusa. Este africano, nacido en Libia y establecido en Jerusalem, era verosímilmente el *prosélito* ó «convertido» del Judaismo, que volvemos á encontrar en los Actos de los Apóstoles, con el nombre de Simon el Negro, al lado de Lucio de Cire-

¹ Alejandro y Rufo se hicieron cristianos. Rufo estaba en Roma, cuando escribió allí Marcos su Evangelio (Rom., XVI, 13.)

² Math. XXVII, 31, Marc., XV, 20-21. Luc., XXIII, 26. Segun la ley romana, los condenados al suplicio de cruz, debian llevar esta por sí mismos, cuando no se habia establecido este cadalso en un punto fijo, al lugar de la ejecucion: por esto se les llamaba *cruciferi* «porta cruz» ó *furciferi* «porta cadalso.»

ne ¹. Las tres partes del mundo conocido de los antiguos, Europa, Asia y Africa; las tres grandes razas de la humanidad, debían hallarse representadas en el divino sacrificio que reconcilió al cielo con la tierra. Antes de llegar á la puerta de Efrain, subió la comitiva por una calle bastante pendiente. Allí fue donde el divino Maestro, agobiado de fatiga y de padecimientos, y por la pérdida de sangre que corría de sus heridas, cayó por segunda vez. «Seguíale una gran muchedumbre de pueblo, dice el Evangelista, y de mujeres, las cuales se deshacían en llantos y lamentaciones ².» Una de ellas tuvo valor para penetrar por entre las apiñadas filas de los soldados, y con un pañuelo que llevaba en la mano, enjugó la sangre, el sudor y las salivas que cubrían la faz del Salvador; y la efígie del divino rostro quedó impresa en sangrientos rasgos, en el lienzo de la piadosa Verónica ³. «Jesus, volviéndose hácia el grupo de las piadosas mujeres, les dijo: ¡Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos! Porque presto vendrán días en que se diga: ¡Dichosas las estériles, y dichosas las entrañas que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar! Entonces comenzarán á decir á los montes: ¡Caed sobre nosotros! y á los collados: Sepultadnos. Pues si al árbol verde le tratan de esta manera ¿qué se hará con el seco? ⁴.» En lo alto de la calle se hallaba la *Puerta Judiciaria*, que era en la que terminaba la ciudad, en tiempo de Nuestro Señor ⁵. Otra tercer caída marcó el último paso de Jesus por el suelo de la ingrata ciudad. Quiso Jesus caer tres veces, como Pedro el Jefe de su Iglesia, para espiar nuestras multiplicadas caídas, y para enseñarnos á levantarnos, y á llevar con valor nuestra cruz. Al lado de la Puerta Judiciaria, se abría el campo de las ejecuciones capitales, conocido con el nombre de Gólgota.

¹ Act., XIII, 1.—² Luc., XXIII, 27.

² La faz de Nuestro Señor, impresa en un lienzo, se conserva en San Pedro de Roma, con el nombre de *Volto Santo*. De ella existen muchas copias. Véase sobre la verdadera efígie: *Acta Sanctorum*, Maii., tom. VII, pág. 356, y las *Notas* de Chastelain, sobre el *Martirol. Rom.*, pág. 201. (M. Mislin. *Los Santos Lugares*, tom. II, pág. 219.

³ Luc., XXIII, 28-31.

⁵ Actualmente se halla contenido este espacio en la ciudad y cubierto de casas; por esto no pueden seguir los peregrinos el resto de la Via Dolorosa. La parte mas elevada del Calvario y todos los sitios adyacentes están comprendidos en la Iglesia del Santo Sepulcro.

§ VI. LA CRUZ DEL GÓLGOTHA.

22. «Eran tambien conducidos con Jesus, continúa el Evangelista, dos ladrones que debian ser crucificados al mismo tiempo que él. Llegados al lugar llamado Gólgottha ó Calvario, le presentaron vino mezclado con mirra y hiel; mas él habiéndolo probado, no quiso beberlo. Era la hora sexta (medio dia). Los soldados le clavarón en la cruz ¹, y los dos ladrones fueron crucificados uno á su derecha y otro á su izquierda. Y la cruz del Señor quedó en medio, cumpliéndose asi las palabras de la Escritura: «Y fue puesto en la clase de los facinerosos ².» Entre tanto Jesus decia: «Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Pilatos habia escrito la inscripcion que debia ponerse encima de la cruz. Los soldados fijaron este *Titulo*, que enunciaba la causa del suplicio, en la cruz, encima de la cabeza de Jesus. En él estaba escrito en hebreo, en griego y en latin: «*Jesus Nazareno, Rey de los Judios.*» Este rótulo lo leyeron muchos de los Judíos, porque el lugar en que fue Jesus crucificado estaba contiguo á la ciudad. Con esto los Pontífices de los Judíos dijeron á Pilatos: No has de escribir: *Rey de los Judios*, sino: *que se titula* Rey de los Judíos. Mas Pilatos respondió: Lo escrito escrito ³.—Entre tanto los soldados, despues de haber cru-

¹ Consérvase en Roma, en el monasterio de Santa Cruz de Jerusalem, con el leño de la cruz, uno de los clavos que sirvieron para clavar en él al divino Maestro. La raiz del clavo está formada de un trozo de hierro cuadrado con agudas esquinas. Su longitud primitiva debió ser de 15 centímetros, pero la punta, que es de cerca de 3 centímetros, está quebrada, debiendo haberse efectuado la fractura con un violento martillazo, porque está lisa y tersa. Lo recio del clavo en su parte superior, es de 1 centímetro por cada lado. La cabeza es redonda, con un remate plano de 11 centímetros de circunferencia. Consérvanse otros dos clavos en la catedral de Nuestra Señora de París.

² Isaí., LIII, 12.

³ En las ejecuciones capitales, se inscribia siempre en una placa el nombre del criminal, y el crimen por qué era condenado. Este uso del derecho romano se perpetuó entre nosotros en el pilori. La tablilla de la inscripcion se llamaba *Titulo*, ó bien *Tabla dealbata*, porque se inscribian en una tabla blanca las sentencias condenatorias, asi como las leyes. Estaba mandado á los Judíos, sepultar con el ejecutado los instrumentos de su muerte. *Lapis quo quis lapidatur, lignum in quo suspenditur, gladius quo desollatur, et sudarium quo strangulatur, simul cum eo vel prope eum sepelitur.* (Sanhedr., fol. 45-2.) Esta prescripcion del Talmud nos da á comprender cómo volvió á encontrar la emperatriz Elena el leño de la verdadera cruz, los clavos y el *Titulo* ó inscripcion, sepultados en el Calvario. Los Judíos, que no habian podido enterrar el cuerpo de la augusta víctima, enterraron, segun costumbre, los instrumentos del suplicio. La ins-

cificado á Jesus, tomaron sus vestidos, de que hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y se los repartieron. Pero reservaron la túnica, la cual era sin costura y de un solo tejido de arriba abajo; por lo que dijeron entre sí: no la dividamos; mas echemos suertes para ver de quien será¹. Con lo que se cumplió la palabra de la Escritura: Repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi

cripcion de la cruz se conserva hoy en Roma en la basilica de Santa Cruz de Jerusalem. Hállase enteramente borrada la inscripcion hebraica, si bien el Padre Drach la podido restablecer del modo siguiente sus caracteres: *Ieschuah Notari Melek Yehudaya. Jesus Nazarenus, Rex Judærum*. La tosca forma de la inscripcion en griego y en latin hace sospechar con razon, que se trazaria todo el título en los tres idiomas por la misma mano, probablemente por un Judío, adicto al proconsulado. Considerando el hebreo como el texto principal, y el griego y el latin como traducciones, escribió estos dos últimos idiomas de derecha á izquierda, á fin de que se hallase bajo cada palabra hebrea, sus dos traducciones. Como quiera que sea, el Dios que iba á morir, debia hacer inmortales los tres idiomas que anunciaban su muerte al universo. (Siendo el hebreo la lengua nacional, el griego la lengua mas generalmente comprendida, y el latin la del soberano, fue proclamado rey Jesus, cuando se hallaba en el grado mayor del abatimiento, en la lengua de los tres pueblos mas grandes del mundo.)—(N. del T.)

¹ La ley romana de *bonis damnatorum* adjudicaba á los ejecutores los vestidos de los condenados á muerte. El destacamento se componia ordinariamente de cuatro hombres (Philon, in *Flaccum*, pág. 981; Act. XII, 4). Los soldados hicieron dos operaciones. Repartieron entre si las diversas piezas del vestido ó traje, tales como el ceñidor, las prendas exteriores, las sandalias, etc. Despues, como el vestido propiamente dicho, la túnica, era una pieza muy importante para figurar en una de estas cuatro partes, echaron suertes sobre esta prenda. Esta túnica estaba tejida en toda su estension ó á lo largo, como el vestido de los sacerdotes, segun Josefo. Por esta razon hubiera sido imposible repartírsela (V. 24), y fue preciso echar suertes sobre ella. Asi se realizó, hasta el último punto de la letra, lo que habia escrito el salmista al trazar el cuadro del rey de Israel en el colmo de su padecimiento. Es cierto que la critica pretende que los dos miembros del versículo citado (Salm. XXII, 19), son completamente sinónimos, y que Juan ha sido juguete de su imaginacion al querer hacer distincion, ya entre los verbos *repartir* y *echar suerte*, ya entre los sustantivos *ἱματία* y *ἱματισμός*. Pero un estudio mas profundo del paralelismo, en la poesia hebraica, hace ver que el segundo miembro completa siempre, con una diferencia ó una idea nueva, el sentido de la primera proposicion. ¿No seria una tautología intolerable la repeticion pura y simple de la misma idea? Asi, en este versículo, la oposicion entre el plural פְּקִידִים y el singular לְבִישׁ es manifiesta. El primer término designa las diversas piezas que componen el vestido exterior, y el segundo, el vestido propiamente dicho, quitado el cual, se está enteramente desnudo, la túnica. El pasaje de Job, XXIV, 7, 10, confirma plenamente esta distincion. La gradacion de los dos verbos no es menos real. David habia contemplado en espíritu estas dos gradaciones, y Juan hace observar, que en el suplicio de Jesus se han reproducido literalmente una y otra, y esto por el ministerio de los agentes mas toscos y mas ciegos. Ciertamente que no hicieron esto los soldados romanos, sino que aqui se ve la mano de Dios. San Juan al concluir el relato de esta escena, hace resaltar la idea de haberse echado suertes sobre la túnica, con estas palabras: *Hé aquí, pues, lo que hicieron los soldados*. El gobernador romano habia proclamado á Jesus, rey de los Judíos; los soldados romanos, le designaron, sin quererlo, como el segundo David.

(N. del T.)

túnica¹. Y esto es lo que hicieron los soldados. Y habiéndose sentado junto á él, le guardaban. Y los Judíos que pasaban por allí le blasfemaban, y meneando la cabeza, decian: ¡Oh! tú que derribas el Templo de Dios y en tres dias lo reedificas, sálvate á tí mismo; si eres el Hijo de Dios, descende de la cruz. Y el pueblo lo estaba mirando todo, y hacia befa de él. Y de la misma manera los Principes de los Sacerdotes y los Escribas y los Ancianos, acudieron tambien á ultrajarle: Ha salvado á otros, decian, y no puede salvarse á sí mismo. Si es el Rey de Israel, el Cristo elegido por Dios, que baje ahora de la cruz para que seamos testigos de vista y creamos en él. El pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama tanto, libbrele ahora, ya que él mismo decia: Yo soy el Hijo de Dios.—Insultábanle no menos los soldados, los cuales se arrimaban á él, y presentándole una esponja empapada en vinagre, le decian: Si eres el rey de los Judíos, ponte en salvo².

La mirra ofrecida por los Magos en Belen, vuelve á encontrarse en los crueles presentes del Gólgatha. Los soldados romanos no quieren desgarrar la túnica sin costura del Hombre-Dios. ¡No sabian entonces estos cuatro pretorianos de Tiberio, al repartirse al pie de la cruz los despojos de un crucificado judío, qué manos mas poderosas intentarían vanamente en toda la serie de los siglos, desgarrar la túnica inmaculada de Jesucristo! El Judaismo, insultando la cruz que salvó al mundo, completa este cuadro deicida. La cobardía del ultraje escede, si es posible, al frenesí de los clamores que resonaban há poco en el pretorio: «¡Que recaiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!» Todos los años, el dia de Viernes Santo, pone esta oracion la Iglesia Católica en los labios de sus ministros. «Dios omnipotente y eterno, cuya misericordia no rechaza ni aun la

¹ Salmo XXI, 19. *Tunica de N. S. J., quæ eidem in Passione sublata est, et à militibus qui eum custodiebant est sortita, inventa est, prodente Simone, filio Jacobi, qui per duas hebdomadas multis cruciatibus affectus, tandem proficitur ipsam tunicam in ciuitate Zafad (Joppe), procul à Hierosolyma, in arca marmorea positam esse.* (Le Quien. *Oriens Christianus*, tom. III, pág. 243.) El traje de los Hebreos se componia de muchas prendas. Llevaban una capa, *simla*: una túnica exterior, *chetoneth*, y una túnica interior, *sadán*. Todavía se venera en el dia, en Tréveris y en Argenteuil, una túnica y un vestido que probablemente son el *sadán* y la *chetoneth*. (M. Mislin. *Los Santos Lugares*, tom. II, página 257.—Cf. Marx. *Historia del traje de Jesucristo, conservado en la catedral de Tréveris*; y Guerin: *La Santa Túnica, Investigaciones sobre esta reliquia y sobre el peregrinaje de Argenteuil*.)

² Math. XXVII, 33-43. Marc., XV, 22-32. Luc., XXIII, 32-39. Joann., XIX, 17-25.

perfidia del Judaismo, oye las oraciones que te dirigimos por este pueblo ciego. Que reconozca la luz de tu verdad, al Cristo, y se disipen por fin sus tinieblas ¹.

23. «Uno de los ladrones crucificados con Jesus, continúa el Evangelio, blasfemaba contra él, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros.—Mas el otro le reprendia, diciendo: ¿Cómo? ¿ni aun tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Y nosotros á la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero este ningun mal ha hecho.—Y dirigiéndose á Jesus: ¡Señor, le dijo, acuérdate de mí cuando hayas llegado á tu reino!—Jesus le respondió: En verdad te digo, que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso ².» La fe de este ladron conquista el cielo. ¿Quién dirá nunca la magestad divina que habia en el crucificado del Gólgottha, para que descubriera el buen ladron en él un Rey que partia á la conquista de un imperio inmortal? La segunda palabra de Jesus en la cruz abre el cielo á un ladron; la primera habia solicitado el perdon celestial para los verdugos. La tercera va á dar por madre á todos los hombres á la Reina del cielo. «Estaban al mismo tiempo en pie, junto á la cruz de Jesus, su Madre con María, mujer de Cleofás, María Magdalena y Juan, el discípulo que Jesus amaba. Jesus mirándoles, dijo á su Madre: Mujer, ahí tienes á tu hijo; y al discípulo: Ahí tienes á tu Madre.—Y desde aquel punto, tomó el discípulo á María por madre suya ³.» Lo mismo ha hecho la humanidad. La Eva del Paraíso Terrenal, aceptó la muerte para todos sus hijos al pie del árbol del bien y del mal. Al pie del árbol de la cruz, en que abre Jesus el Paraíso terrestre al arrepentimiento, llega á ser María la madre de la salvacion, el refugio y la esperanza de los pecadores. «Entre tanto, dice el texto sagrado, desde la hora sexta hasta la hora de nona (tres horas de la tarde), quedó toda la tierra cubierta de tinieblas, y el sol se oscureció. Y cerca de la hora nona, exclamó Jesus con una gran voz, diciendo: *Eli, Eli, lamma sabacthani* ⁴,

¹ *Semana Santa*. Oficio del Viernes Santo.—² San Luc., XXIII, 39-43.—³ Joann., XIX, 25-27.

⁴ «La palabra *Eli* no pertenece propiamente á la lengua siríaca, aunque la expresión siguiente *sabacthani* pertenezca al dialecto que se hablaba entonces en Palestina. En lugar de estas palabras: *Eli, Eli*, decían los siríacos: *Mari, Mari*. Por esto se comprendió mal la exclamación del Salvador, y creyeron los asistentes que llamaba al profeta Elias.» (Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. III, pág. 39.)

es decir: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Estas palabras, pronunciadas en hebreo, no fueron comprendidas por algunos judíos helenistas que las oyeron; los cuales decían: «¡Llama al Profeta Elías!¹ Elías, el gran taumaturgo del Antiguo Testamento, había sido llamado por los Judíos el Ángel de la alianza, recurriendo á su intercesión en los peligros urgentes. El Talmud refiere que este Profeta, invocado del fondo de los calabozos por los Hebreos fieles, se apareció con frecuencia á los encarcelados, bajo una forma visible, é hizo caer sus cadenas. Aun en el día, durante la noche de Pascua, esperan los hijos de Jacob la venida del Mesías, que debe librar á su pueblo del yugo de los *Goim* (Gentiles²). Estas tradiciones hebráicas son el comentario exacto de la palabra de los Judíos al pie de la cruz. «¡Llama á Elías!» decían. Pero no era tal el sentido de la exclamación del Salvador. Después que Dios, muriendo entre dos malvados, legó el perdón á sus verdugos, el cielo al arrepentimiento, y su propia madre á todos los mortales, el nuevo Adán, el hombre que expía las culpas de la humanidad entera, vuelve á encontrarse en frente de la justicia eterna. Entonces hace oír Jesús las primeras palabras del salmo profético, en que resume David anticipadamente los tormentos del Gólgota. «Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? No soy un hombre, sino un gusano; he venido á ser oprobio de los humanos y objeto de risa. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza; vociferan blasfemias, diciendo: ¡En el Señor esperaba; que le liberte; sálvele ya que tanto le ama! Mi sangre ha corrido como el agua; se han agotado mis fuerzas, y mi lengua se ha pegado al paladar: han contado todos mis huesos uno por uno; repartieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica³.» Hé aquí lo que decía Jesús en su divina agonía, relacionando las profecías de Israel con las realidades del Calvario, y recitando el primero este breviario de la cruz que repetirán sin cesar los sacerdotes de la Igle-

¹ Math., XXVII, 44-47. Marc., XV, 33-35. Luc., XXIII, 44.—² Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 39.

³ *Deus, Deus meus, quare me dereliquisti? Ego autem sum vermis et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis. Omnes videntes me deriserunt me; locuti sunt labiis et moverunt caput. Speravit in Domino, eripiat eum, saluum faciat eum quoniam vult eum. Sicut aqua effusus sum. Aruit tamquam testa virtus mea, et lingua adhesit faucibus meis. Foderunt manus meas et pedes meos; Dinumeraverunt omnia ossa mea. Diviserunt sibi vestimenta mea: et super vestem meam miserunt sortem.* (Psalm., XXI, passim.)

sia Católica. ¿Saben todas estas cosas el racionalismo y el siglo que ha forjado á su imágen, cuando se atreven á decir: «Jesus solo vivió de la ingratitud de los hombres; tal vez se arrepintió de padecer por una raza vil, y exclamó: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?» Hasta este punto de ignorancia religiosa ha llegado hoy la Francia. «¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!»—«Jesus, continúa el Evangelista, sabiendo que se habian cumplido las profecías, para que se cumpliese otra postrera (ó la Escritura ²) dijo: ¡Tengo sed!—Estaba puesto allí un vaso lleno de vinagre. Uno de los soldados corriendo, tomó una esponja y empapóla en él, y puesta en la punta de una caña de hisopo, la acercó á los labios de Jesus.»—Tengo sed, dijo Jesus. Me han abrevado de hiel y vinagre, habia escrito David.—«Entre tanto, los Judíos dijeron al soldado: Dejad, veamos si viene Elías á librarle. Jesus, luego que tomó el vinagre, dijo: ¡ Todo está cumplido! Y de nuevo, clamando con una voz muy grande, dijo: ¡ Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu!—Y profiriendo estas palabras, inclinó la cabeza y espiró ³.»

24. «Y al punto el velo del Templo se rasgó por en medio en dos partes, de alto abajo, y la tierra tembló y se partieron las piedras; y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos que habian muerto resucitaron, y saliendo de sus tumbas, vinieron á la Ciudad Santa, y se aparecieron á muchos. Y el Centurion, situado en frente de la cruz, al oír el grito que lanzó Jesus antes de espirar y al ver estos prodigios, rindió gloria al Señor, diciendo: ¡ Verdaderamente, este justo era el Hijo de Dios!—Y la multitud reunida en el Calvario volvió á Jerusalem, dándose golpes de pecho. Entre tanto, todos los discípulos y los amigos de Jesus consideraban de lejos todo lo que pasaba. Y con ellos se hallaban las tres mujeres que le habian seguido desde Galilea; María Magdalena; María, madre de Santiago el Menor y de Josef; Salomé, madre de los hijos de Zebedeo ⁴. «Cristo, añade San Pedro, habia muerto segun la carne; pero siempre viviendo en su alma, fué á llevar la buena nueva de la liberacion á los espíritus cautivos ⁵.»

25. La magestad divina en la muerte en una cruz, es la corre-

¹ *Vida de Jesus*, pág. 424. — ² Psalm., LXVIII, 22. — ³ Math., XXVII, 49-50. Marc., XV, 35-37. Luc., XXIII, 46. Joann. XIX, 29-30. — ⁴ Math., XXVII, 51-57. Marc., XV, 38-41. Luc., XXIII, 47-49. — ⁵ Petr. Epist. I, cap. III, 18-19.

lacion y secuela del nacimiento del Verbo encarnado en el pesebre de Belen. Nada quitó el ánimo al Hijo del hombre; el sudor de sangre en Getsemani; un ayuno de cerca de veinte horas; las fatigas de una marcha continua del Huerto de los Olivos á casa de Caifás, de casa de Caifás al pretorio de Pilatos, del pretorio al palacio de Herodes; la vuelta al pretorio para la flagelacion; la via dolorosa al Gólgota; los torrentes de sangre que fluyen de las manos y de los pies traspassados por los clavos; las heridas abiertas en la cabeza por las espinas de la corona; en el pecho y las espaldas por los garfios del azote romano; tres horas de agonía en la cruz no han agotado las fuerzas de la víctima voluntaria que eligió por sí misma el instante de su muerte, y que lo anuncia con un gran grito: «¡Todo está consumado!»—Los dos ladrones, crucificados junto al divino Maestro, no habian sufrido esta serie interminable de tormentos, á la cual no hubiese podido resistir por tanto tiempo ninguna constitucion humana. Habíaseles sacado de su calabozo para conducirlos al Calvario. Nuestros literatos no se han avergonzado de escribir en vista de estas realidades Evangélicas: «¡Lo mas especialmente atroz del suplicio de la cruz, era que se podia vivir tres ó cuatro dias en este horrible estado, sobre el escabel del dolor. La delicada organizacion de Jesus, le preservó de esta lenta agonía. Todo induce á creer que le ocasionó la ruptura instantánea de un vaso del corazon, una muerte súbita al cabo de tres horas ¹.» Asi hablan nuestros racionalistas. Por lo demás, guardan un silencio absoluto sobre los prodigios que señalaron la muerte del Hombre-Dios. Y no obstante, algo es una súbita oscuridad estendiéndose por toda la naturaleza desde el medio dia hasta las tres, en un dia de luna llena en que es inesplicable un eclipse de sol, segun los fenómenos naturales. Rocas que se dividen y se parten deben dejar rastros de su ruptura. Un terremoto que desgarrá el velo del Templo y remueve y levanta las losas de los sepulcros, y deja consternada una multitud como la que llenaba entonces Jerusalem, no debió ser un hecho desapercibido. Calculando en quinientas mil almas la multitud reunida en la Ciudad Santa para la solemnidad Pascual, todavía seria un cálculo corto ². Pero

¹ *Vida de Jesus*, pág. 425. No dice el autor una palabra de los fenómenos que siguieron á la muerte del Salvador, y que se hallan atestiguados por los cuatro Evangelistas. El silencio podrá ser aquí una prueba de habilidad, pero no de buena fe.

² Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*. Capítulo titulado: *Del número de testigos de la muerte del Salvador*, tom. II, pág. 39.

esta masa de testigos vivia aun cuando escribieron los Evangelistas. Fue, pues, preciso que se hallase completamente averiguada la notoriedad de los prodigios para que los Evangelistas los hicieran notar á la vista de una generacion contemporánea, sin temer una sola negativa. Finalmente, si hubieran sido fabulosos todos estos prodigios, ¿se nos podria explicar cómo habian de haber convertido los Apóstoles un solo habitante de Jerusalem á favor de la divinidad de su Maestro? En pocos dias cayeron cinco mil Judíos á un tiempo mismo á las rodillas de Pedro, y adoraron al crucificado del Gólgottha. ¿Hubieran podido ser tan instantáneas y tan generales estas maravillosas conversiones sin los prodigios que rodean la cruz del Salvador? Por otra parte, la realidad de los milagrosos hechos que acompañaron la muerte de Jesus, desafía todos los esfuerzos del mas obstinado escepticismo. En el cuarto año de la segunda olimpiada (año de la muerte de Jesucristo), dice el escritor pagano Phlegon, tuvo lugar el mayor eclipse de sol de que tienen los hombres noticia. Fueron tales las tinieblas, que se vió lucir las estrellas en medio del dia; redoblándose el horror de esta prolongada oscuridad con un terremoto ¹.» — «En el reinado de Tiberio, dice Plinio el Antiguo, arruinó doce ciudades en Oriente un terremoto tal como no hay memoria humana que se viere jamás ².» Testigo ocular del eclipse que desconcertó todas las reglas de la Astronomía, observando Apolofanes este fenómeno en Egipto, donde se encontraba entonces, exclamaba: «¡Estos cambios son sobrenaturales y divinos ³!» Aun en el dia presenta á todos los geólogos la roca del Gólgottha que se partió á la muerte del Salvador, una prueba palpable de la verdad de la narracion Evangélica. «Esta quebradura, que estudié con el mayor cuidado, dice M. de Sauley, es vertical, y forma una línea

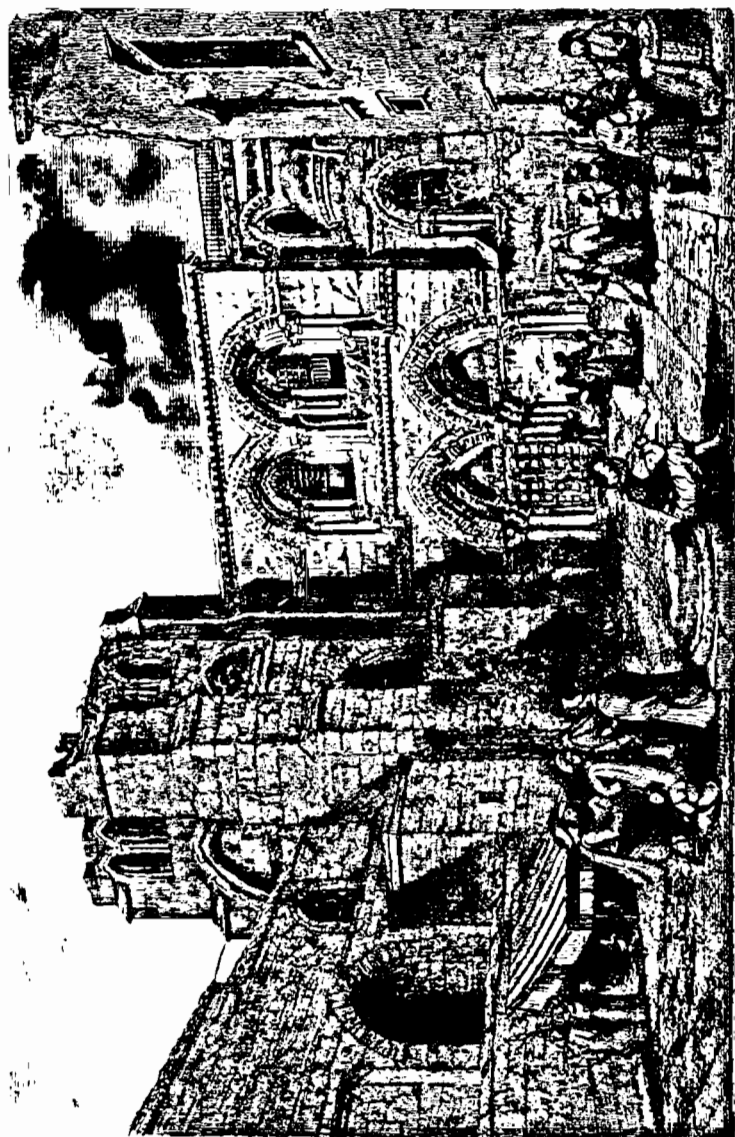
¹ Hieron. *In chronicon Eusebii. Patrol. Latín.*, tom. XXVII, col. 572.

² Plin. *Histor. Natur.*, lib. II, cap. LXXXIV. Puede agregarse al testimonio de Plinio, el de Tácito: *Sedisse immensos montes, visa in arduo quæ plana fuerint, effulsisse inter ruinam ignes memorant* (*Annal.* II, cap. XLVII.) Suetonio se espresa lo mismo: *Asiæ, disjectis terræ motu civitatibus*. (Sueton. *Tiberius*, cap. XLVIII.) Jorge de Syncelle ha conservado testimonios idénticos de Thallus y de Philopono. (*Afric. apud Syncel.* página 322.)

³ Dionys. *Ep.* VII, *ad Polycarpum, Patrol. Græc.*, tom. III, col. 1081. — (Hasta los Anales de la China atestiguan asimismo, que el sétimo año del reinado de Konangon-Ti, que cae en el año 33 de la era cristiana, y el dia 30 de la tercera luna, que corresponde á fines de marzo, que fue el tiempo de la muerte de Jesus, hubo un eclipse total de sol, y profundas tinieblas, que duraron tres horas enteras. — (*N. del T.*)

ondulosa en direccion de Este á Oeste. Lo que de ella puede verse, tiene de largo un metro y sesenta centímetros; y su mayor anchura es de veinte y cinco centímetros. Existe una prueba material de que esta quebradura no es una vena natural que hubiese entre dos capas paralelas de la roca, y es, que segun la ley de los cuerpos que se parten violentamente en direccion vertical, va disminuyendo la anchura de la quebradura de alto á bajo. Y si fuese posible juntar las dos partes separadas, se unirían perfectamente, correspondiendo los ángulos salientes con los ángulos entrantes ¹. Un geólogo inglés decia tambien: «He hecho un largo estudio de las leyes físicas, y estoy seguro de que las rupturas de esta roca no se han causado por un terremoto ordinario y natural. Un sacudimiento de este género hubiera separado los diversos lechos de que se compone la masa; pero hubiera sido siguiendo las venas que los distinguen, y rompiendo su ligazon por los sitios mas débiles. Aquí ha sucedido de muy distinto modo; porque la roca se halla dividida transversalmente, cruzando la ruptura las venas de un modo extraño y sobrenatural. Para mí está demostrado, que esta ruptura es efecto de un milagro que no han podido efectuar ni el arte ni la naturaleza. Doy gracias á Dios por haberme conducido aquí, para contemplar este monumento de su maravilloso poder, este testigo lapidario de la divinidad de Jesucristo ².» ¡Qué libro es el Evangelio! Sus páginas se encuentran grabadas en rocas; sus pruebas se hallan registradas por la historia del mundo; los prodigios que refiere tienen por testigos al universo entero. Tertuliano, para convencer á la incredulidad pagana de su tiempo, decia á los Romanos: «¡En vuestros archivos públicos teneis el relato de la catástrofe que señaló la pasion de Jesus ³!» San Cirilo de Jerusalem exclamaba un siglo mas tarde: «Si se quiere negar que haya muerto aquí un Dios, mírese solamente las rocas desgarradas del Calvario ⁴!» ¡Ahora comprendemos por qué no habla el racionalismo actual de los prodigios que acompañaron la muerte del Salvador!

¹ De Sauley, *Dicc. de las Antig. Bibl.*, col. 772.—² Addison. *De la Religion cristiana*, tom. II. M. Mislin. *Los Santos Lugares*, tomo II, pág. 264.—³ Tertul. *Apologetic.*, cap. XXI, *Patrol. Latin.*, tom. I, col. 401 —⁴ S. Cyrill. Hierosol., *Cateches.*, XVIII; *Patrol. Græc.*, tom. XXXIII, col. 920.



THE CATHEDRAL OF NOTRE-DAME DE PARIS, FROM THE WESTERN FRONT.

Notre-Dame

§ VII. LA SEPULTURA.

26. Inmediatamente, despues de la muerte de Jesus, continúa el Evangelista, «el decurion Josef de Arimathea, hombre rico y considerado por su piedad y su justicia, aquel de los Ancianos que no quiso tomar parte en las últimas deliberaciones del Sanhedrin, porque esperaba el reino de Dios, entró denodadamente á encontrar á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilatos admirado de que tan pronto hubiese muerto Jesus, preguntó al centurion si efectivamente habia muerto. Y habiéndole asegurado que sí el centurion, dió el cuerpo á Joseph ¹.» Podia habérselo vendido. Comunmente los pretores y los procónsules romanos hacian pagar á los parientes ó amigos de los crucificados el favor que concede aquí Pilatos gratuitamente. Con una sola palabra: *Donavit*, «hizo la donacion,» nos traza el Evangelio todo un sistema de jurisprudencia y de tiranía olvidadas. Merece tambien notarse otra espresion del escritor sagrado. Josef de Arimathea habia disimulado cuidadosamente hasta entonces, dice San Juan, sus relaciones con Jesus, por temor de incurrir en el odio y la venganza de los Judíos: *Discipulus Jesu, occultus, autem propter metum Judæorum*. Mas ahora está lleno de valor, y se confiesa en voz muy alta discípulo del crucificado, presentándose como tal en casa de Pilatos: *Andacter introivit ad Pilatum*. Los prodigios del Calvario habian reanimado el corazon de los amigos de Jesus, al mismo tiempo que consternaban á sus enemigos. «Como era el dia de la *Parasceve* (Preparacion ó viernes), continúa el Evangelista, y al dia siguiente era el gran sábado, no quisieron los Judíos que los cuerpos quedasen en la cruz durante la solemnidad, y suplicaron á Pilatos que se quebrase las piernas á los crucificados y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas de los dos ladrones para que acabaran de morir: mas al llegar á Jesus, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante salió sangre y agua de la herida. El que asegura este hecho lo vió con sus ojos; y su testimonio es verdadero. Asi se cumplie-

¹ Math., XXVII, 57-59. Mar., XV, 43-45. Luc, XXIII, 50-52.

ron las palabras de la Escritura: «No quebrareis los huesos al Cordero Pascual¹;» y de esta otra²: «Dirigirán sus ojos hácia Aquel á quien traspasaron³.»

¿Qué es este nuevo escrúpulo de los Fariseos y de los Sacerdotes? ¿Por qué temen ahora al cadáver de aquel cuya muerte han deseado? Hay en la precipitacion y en el paso que dan cerca de Pilatos una confesion de terror supremo. Las convulsiones de la naturaleza; el velo del Templo desgarrado por en medio en dos partes iguales, á la hora en que comenzaba el sacerdote el sacrificio de la tarde⁴; las tinieblas de aquel sangriento dia; los sepulcros entreabiertos; todos estos prodigios arrojaron en su alma una consternacion indecible. ¡Tienen prisa en hacer que desaparezcan los rastros de su atentado! Há poco que gritaban: «¡Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» ¡No formaban escrúpulo alguno en violar la santidad del *Dia de la Preparacion*! ¡Mas ahora tienen miedo de la cruz silenciosa y de la sangre que han derramado! Para abreviar los tormentos de los sentenciados, acostumbraban los Romanos romperles las piernas con una barra de hierro, ó darles en el pecho un golpe con una maza, lo que se llamaba el *Golpe de gracia*. Pero Jesus habia muerto, y el soldado para asegurarse mejor de ello, le hiere el corazon con el largo y encorvado

¹ Exod., XII, 46. Numer., IX, 12. —² Zachar., XII, 10.

³ Joann., XIX, 31-36. Una de las capillas del Santo Sepulcro en Jerusalem, lleva el nombre de capilla de San Longinos. El soldado romano que hirió con su lanza á Jesus en el corazon se llamaba *Longinus*. En el Martirologio romano se lee bajo la rúbrica de 15 de marzo: *Cæsareæ in Cappadocia, passio sancti Longini militis, qui latus Domini lancea perforasse perhibetur.* (Martirologio Romano. 25 de marzo. Bolland. Eodem dic. Valmer, tom. X, Tract. 49.) La lanza ó asta romana con que se hirió á Jesus en el corazon se conserva hoy en Roma, en la basilica de Santa Cruz de Jerusalem.

⁴ «En el primer templo edificado por Salomon, solo habia un velo en la pared que separaba el Santuario del Santo de los Santos. Pero cuando, despues de la cautividad de Babilonia, se reedificó el templo bajo Esdras, como no se sabia ya si estaba colgado el velo en otro tiempo por la parte de adentro ó por la de afuera de la pared, y si esta misma pared estaba en el piso del santuario ó en el Santo de los Santos, se pusieron dos velos, el uno interior y el otro exterior, dejando vacio el espacio intermedio. A la accion eléctrica del terremoto, debió ver el sacerdote que entraba en el *hechal* (santuario) para el sacrificio de la tarde, en el momento preciso (las tres) en que espiraba Nuestro Señor en la cruz, rasgarse los dos velos de arriba abajo, y abrirse el Santo de los Santos; lo cual, no hubiera podido acontecer en el primer Templo, sin que se cayera la pared. El Evangelista San Marcos designa el velo que se desgarró con el nombre griego de *κατακλισμα*; que es precisamente el nombre del velo interior del Santo de los Santos, mientras que el velo esterior del Santuario se llamaba *Καλυμμα*.» (Sepp. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, tom. II, pág. 49.)

hierro de la lanza romana. Y brotan de la herida agua y sangre, señal infalible de la muerte, bajo el punto de vista fisiológico, puesto que la sangre descompuesta deja salir la parte serosa; pero la herida del corazón de Jesús tenía una significación divina, para la salvación del mundo. ¡La divina sangre y el agua de la gracia que de ella se escapan son dos fuentes de inmortalidad, abiertas por siempre para las generaciones fieles!

27. «Al caer el sol, dice el Evangelio, vino Josef de Arimathea, á llevarse el cuerpo de Jesús. Acompañábale Nicodemo, aquel doctor que habia conversado una noche con Jesús en el primer año del ministerio público; Nicodemo traia consigo para la sepultura unas cien libras de una confección de mirra y de aloe; Josef habia comprado un sudario nuevo, con el cual envolvió el cuerpo de Jesús, después de haberle descendido de la cruz. Josef y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús, y bañado en las especies aromáticas, le amortajaron con lienzos, según la costumbre de sepultar de los Judíos. En el mismo sitio del Calvario habia hecho abrir Josef en peña viva, un sepulcro en donde ninguno hasta entonces habia sido sepultado. Estando próxima la hora en que concluía la *Parasceve*, y en que iba á principiar la Pascua, se dió prisa Josef á llevar el cuerpo al sepulcro, á cuya entrada arrimó una gran piedra, y se retiró. Entre tanto, las mujeres galileas, sentadas en frente del sepulcro, vieron poner el cuerpo en la tumba, y en seguida se retiraron, con intención de preparar los aromas y los perfumes para la sepultura definitiva; mas en obediencia á los preceptos de la Ley, permanecieron en reposo durante todo el día del sábado ¹.»

¹ Math., XXVII, 57-61. Marc., XV, 40-47. Luc., XXIII, 49 ad ultim. Joann., XIX, 39 ad ultim. «Légase hoy, dice M. Mislin al sitio donde se fijó la cruz, por medio de numerosas escaleras que tienen de doce á diez y ocho tramos. Al bajar del Calvario, se encuentra inmediatamente la *Piedra de la Uncion*, en la que ungieron el cuerpo de Jesucristo Josef de Arimathea y Nicodemo. Esta piedra cubierta con una lámina de mármol rojizo, no tiene mas que 2 pulgadas de recia, 8 pies de larga y 2 de ancha. El Santo Sepulcro se halla á 63 pies de la piedra de la unción. Al entrar al Santo Sepulcro, guía primeramente una puerta pequeña á la *Capilla del Angel*; indicando una piedra que está en el centro, el sitio donde estaba el Angel, cuando llegaron las santas mujeres con perfumes, á visitar el sepulcro. Hasta la época de Constantino era la *Capilla del Angel* una gruta natural, que fue arrasada para dejar sitio al monumento que se elevó allí. Avanzando un poco se entra en una capilla de 2 metros de anchura. El lado derecho se halla ocupado por el Santo Sepulcro, que está cubierto con una piedra de mármol, dividida por el medio; á su lado puede haber cuatro personas arrodilladas. La bóveda y las paredes se hallan revestidas de mármol, así como el sepulcro. En este

Josef de Arimathea, un miembro del Sanhedrin; Nicodemo, un doctor de la Ley, sepultan con sus manos al crucificado del Calvario. ¿Quién era, pues, Jesús? Estos dos ilustres personajes que habían permanecido ocultos durante la vida de Jesús, se muestran animosos á su muerte. Los Apóstoles se eclipsan en el sepulcro; al menos, no hace mención de ellos el Evangelio; sin embargo, estaban allí, puesto que nos ha dicho San Lucas algunas líneas mas arriba: «A alguna distancia de la Cruz se hallaban los amigos de Jesús con las mujeres de Galilea, y observaban de lejos todo lo que pasaba ¹.» Pero los Apóstoles espían la cobardía de su fuga en Getsemani; y callan y lloran con Pedro. En medio de las mujeres sentadas á la entrada del sepulcro, está María, la Madre de Jesús, convertida en aquel día en Madre Dolorosa. En sus brazos desfallecidos recibió el cuerpo ensangrentado que había adorado en el pesebre de Belén. Las siete palabras de su Hijo en la cruz habían traspasado su corazón como otras siete espadas; pero pasa sus angustias en silencio, como había hecho con sus gozos. Ni aun el mismo hijo adoptivo que le ha sido legado en el Calvario, levanta en su Evangelio el velo de dolor, con que se envuelve la compasión de María. La Reina del cielo atraviesa el océano de amargura que debe salvar al mundo, sin que revele una sola palabra la sublimidad de su sacrificio. Solamente los Profetas han descrito anticipadamente este martirio del amor maternal: «¡Oh vosotros que pasáis por el camino, contemplad y ved si hay un dolor semejante al mío ²!» ¡El manto de humildad de la Virgen María, es tan impenetrable como las tinieblas que se extendían en esta lúgubre noche sobre la ciudad deicida!

28. El silencio del sepulcro de Jesús turbaba aun el odio y la cobardía de los Judíos. Sin temer violar el reposo legal, en aquel día en que coincidía la Pascua con el sábado, «acudieron á Pilatos, continúa el Evangelista, los Príncipes de los Sacerdotes y los Fariseos, diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: «Resucitaré al tercero día.» Manda, pues, que se guarde el sepulcro durante los tres primeros días, no sea que vayan de noche sus discípulos y hurten secretamente el ca-

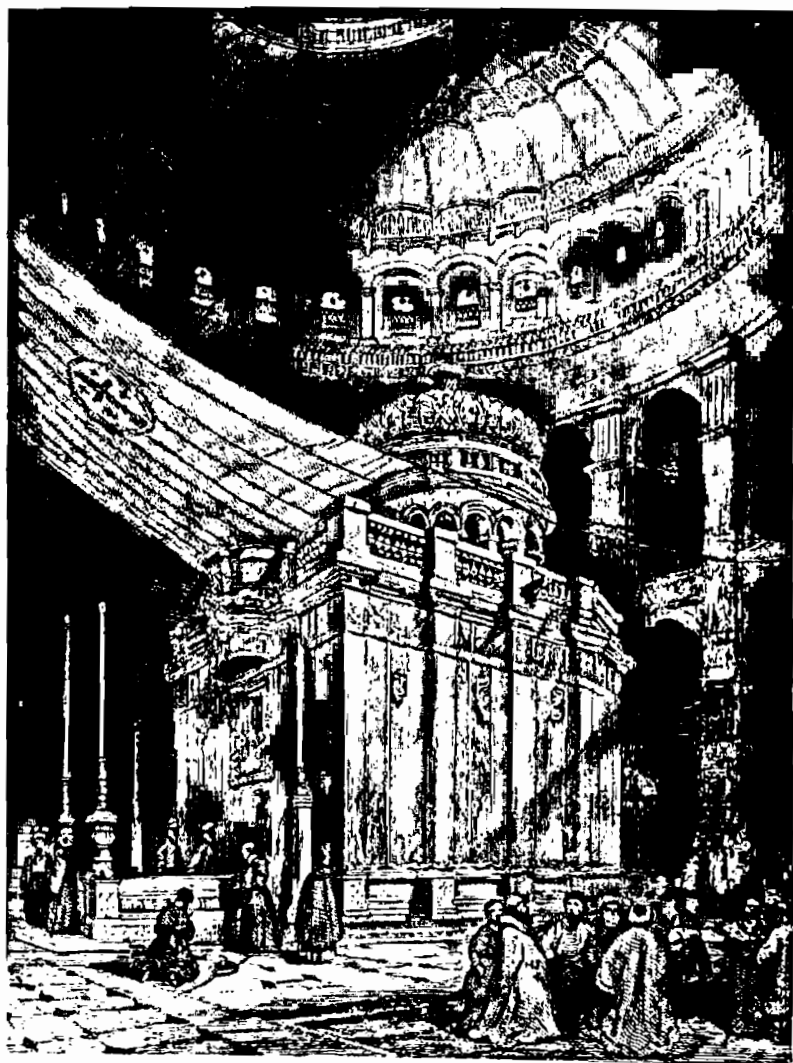
santuario arden constantemente numerosas lámparas de oro y plata, esparciendo en ellas sus perfumes flores renovadas de continuo. (*Los Santos Lugares*, tom. II, página 260-270.)

¹ Luc., XXIII, 48-49.—² Thren., 1-12.

dáver y digan á la plebe: » ¡ Ha resucitado de entre los muertos! » ¡ y sea el postrer engaño mas pernicioso que el primero!—Respondióles Pilatos: Ahí teneis la guardia; id, y ponedla como os parezca. Con esto fueron al Gólgatha, y aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardias de vista ¹. »

«Destruid este Templo, habia dicho el Señor, y lo reedificaré en tres dias.» Tal fue la palabra que habia recogido el Sanhedrin como una blasfemia y que queria hacer pasar por una conspiracion contra la soberanía de Jehovah. Ahora reconocen los mismos verdugos el verdadero sentido de la pretendida blasfemia; pero Pilatos se indigna de su mala fe. «¡Id, les dice, y poned la guardia como os parezca!» Esperaban ellos que el gobernador romano les evitaria el escándalo público que debieron dar, yendo ellos mismos, en dia del sábadó dos veces santo, á infringir la ley del descanso mosaico, y á contraer ostensiblemente la impureza ritual, con el contacto del sepulcro de un crucificado. Pero Pilatos se arrepiente ya de haber cedido una vez á sus pérfidas sugerencias. Los prodigiosos sucesos de que habia sido señal la muerte de Jesus, turban la conciencia del pretor. La guardia del Templo estaba á disposicion de los príncipes de los Sacerdotes, y puesto que se habian servido de ella sin autorizacion alguna para prender á Jesus, podian emplearla, como quisieran, para vigilar el sepulcro de su víctima. Tal es el sentido de la respuesta de Pilatos. Asi, pues, estos escrupulosos Fariseos que prohibian á Jesus curar un paralítico ó un ciego de nacimiento en dia de sábadó, fueron en este sábadó Pascual, el mas augusto de todos, á sellar, con el sello auténtico de un odio deicida, el sepulcro del Gólgatha. Y pusieron en él centinelas á fin de que estuviera rodeada la resurreccion divina de los testigos mas irrecusables!

¹ Math.. XXVII, 62 ad ultim.



THE DOME OF THE ROCK IN JERUSALEM

Jerusalem

C. G. & J. P. H. & S. CO.

MADE IN

CAPITULO XII.

RESURRECCION.

SUMARIO.

§ I. EL DIA DE LA RESURRECCION.

1. El Angel de la resurreccion. El último consejo de los Sacerdotes.—2. Pedro y Juan en el sepulcro.—3. Primera aparicion de Jesus á Maria Magdalena.—4. Las santas Mujeres en el sepulcro. Segunda y tercera aparicion de Jesus.—5. Cuarta aparicion de Jesus á los Apóstoles reunidos.—7. La incredulidad de los Apóstoles, fundamento de la fe cristiana.

§ II. LA OCTAVA DE LA RESURRECCION.

8. El sacramento de la Penitencia. La confesion auricular.—9. Tomás, sobrenominado Didymo.

§ III. REGRESO Á GALILEA.

10. La aparicion en las orillas del lago de Tiberiades. Ultima pesca de San Pedro.—11. Adhesion de San Pedro.—12. Confirmacion de la primacia dada á San Pedro.—13. El primer papa.—14. Aparicion de Jesus á quinientos discípulos reunidos en el Thabor.

§ IV. ASCENSION.

15. Autoridad conferida á los Apóstoles sobre todo el universo.—16. Promesa del Espíritu Santo.—17. Ascension.

§ I. EL DIA DE LA RESURRECCION.

1. «Avanzada ya la noche del sábado, cuando la puesta de las estrellas hubo anunciado el fin del dia, dice el Evangelio, Maria Magdalena, Maria, Madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir á la aurora á embalsamar á Jesus¹.» Las santas mujeres se habian mostrado mas fieles que los Fariseos en observar la ley del descanso sabático. Su amor hácia el divino Maestro no les hace olvidar el respeto á su palabra. El Maestro habia dicho: «No he venido á destruir la ley, sino á completar su perfeccion.» Habia dicho tambien: «Resucitaré al tercero dia.» Los Sacerdotes y los Escribas se acordaban de esta profecía, cuyo cumplimiento literal no se

¹ Math., XXVIII, 1. Marc., XVI, 1.

atrebian á esperar ni las santas mujeres, ni los mismos Apóstoles. Entre tanto, continúa el Evangelista, en la noche que siguió al sábado, muy de mañana, se sintió un gran terremoto en el Calvario; porque bajó del cielo un Angel del Señor, y llegándose al sepulcro, removió la piedra y sentóse encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve; de lo cual quedaron los guardias tan aterrados que estaban como muertos¹. Habia resucitado Jesus. ¡El sello de Caifás, los centinelas de los Fariseos, la pesada losa arrimada al sepulcro, nada puede encadenar este muerto triunfante, que hoy levanta la roca del Gólgota, como levantará en breve el mundo entero! Los guardias han cumplido con su deber, velando con el arma al brazo, como era propio de soldados romanos. Tambien velarán los Césares; cerrarán todas las salidas; querrán impedir á Cristo el paso. Mas acontecerá en el Capitolio lo que en el Calvario. Lo que no han podido los guardias de Pilatos y del Sanhedrin contra un cadáver, no lo podrán todas las fuerzas del universo contra el Dios vivo. ¡Ha resucitado! ¡En su victorioso impulso, arrastrará á los Césares y los imperios, los esclavos y los reyes! «Habiendo vuelto los guardias de su sorpresa, dice el Evangelista, corrieron á la ciudad, y refirieron á los príncipes de los Sacerdotes todo lo que habia sucedido, y congregados éstos con los Ancianos, teniendo su consejo, dieron una gran cantidad de dinero á los soldados, con esta instruccion: Habeis de decir, que estando vosotros durmiendo vinieron de noche sus discípulos y hurtaron su cadáver. Y si esto llegase á oídos del presidente, nosotros le aplacaremos, y os sacaremos á paz y salvo.—Los guardias, recibido el dinero, hicieron segun estaban instruidos, y esta voz ha corrido entre los Judíos hasta el dia de hoy².» Pero, dice San Agustin, si dormian los guardias, ¿cómo pudieron ver á los discípulos hurtar el cuerpo de Jesus? Y si no dormian, como no impidieron el rapto? Los Judíos no han contestado nunca á este dilema, cuya solucion busca el racionalismo de nuestra época, sin méjor éxito.

2. Los discípulos del Salvador ignoraban aun el acontecimiento. Lejos de haberlo preparado con una indigna superchería, rehusaron por largo tiempo creerlo; así que la primer conquista de Jesus resucitado, deberá ser el corazón de sus Apóstoles. «María Magda-

¹ Math., XXVIII, 2-4.—² Math., XXVII, 11-15.

lena, continúa el Evangelio, fue la primera al sepulcro; y habiendo llegado á él, antes que hubieran desaparecido enteramente las tinieblas, vió quitada la piedra. Corriendo entonces al Cenáculo, donde se hallaba Simon Pedro y el otro discípulo amado de Jesus, les dijo: ¡Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sé dónde le han puesto!—Con esta nueva salió Pedro seguido del otro discípulo, y corrieron ambos á la par al Calvario; pero Juan (mas jóven y mas ágil) llegó el primero: y habiéndose inclinado á mirar en lo interior del monumento, vió los lienzos en el suelo; pero no entró. Llegó tras él Simon Pedro, y entró en el sepulcro y vió los lienzos en el suelo, y el sudario separado y doblado en otro lugar. Entonces Juan entró tambien y vió lo mismo, y creyó tambien que habia sido efectivamente quitado; porque ni uno ni otro entendian aun que debió cumplirse la Profecía, y que era preciso que resucitara Jesus de entre los muertos. Retiráronse, pues, y Pedro por el camino admiraba el suceso ¹.» ¡Hé aquí los atrevidos conspiradores que segun la hipótesis de Caifás y de nuestros literatos, hubieran tenido el valor de arrostrar la lanza de los soldados romanos, para llevarse á su Maestro! Ni siquiera se atreven á permanecer junto al sepulcro vacío y desierto, protegidos como lo están aun por las sombras de la noche; porque podrian volver los guardias. Así, pues, retiranse tan precipitadamente como han venido, despues de haberse, no obstante, asegurado de que no posee el sepulcro á su augusto huésped. Creen en un raptó que les consterna, y no les ocurre ni aun la idea de apropiarse las fajas, la mortaja ni el sudario, abandonados en la gruta sepulcral. ¡Ellos, que segun se dice, no hubieran temido venir á disputar, á viva fuerza, el cuerpo de su divino maestro á los soldados de Tiberio, no se atreven ni aun á llevarse estas sagradas reliquias, temiendo que les comprometan, porque no hay duda que ha de buscarse el cuerpo de Jesus!

3. Las mujeres tuvieron el valor que faltaba á estos hombres. «María Magdalena, continúa el Evangelio, habia vuelto al sepulcro, y estaba á la entrada llorando. Con las lágrimas, pues, en los ojos, se inclinó á mirar dentro del sepulcro, y vió á dos hombres vestidos de blanco, sentados, uno á la cabecera y otro á los pies, donde estuvo colocado el cuerpo de Jesus. Eran dos ángeles, pero ella no

¹ Math., XXVIII, 1. Marc., XVI, 1. Luc., XXIV, 12. Joann., XX, 1-10.

lo sabia. Mujer, le dijeron, ¿por qué lloras? Y ella les respondió: porque se han llevado de aquí á mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Dicho esto, volviéndose hácia atrás, vió á Jesus en pie, pero no sabia que era Jesus. «Mujer, le preguntó: ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? Ella suponiendo que seria el hortelano encargado de cuidar y custodiar el sepulcro, le dijo: ¡Señor, si le has quitado, dime dónde le has puesto, y yo me le llevaré para darle sepultura! —Dijole Jesus: ¡María! Volvióse ella al instante, y reconociéndole al punto, exclamó: ¡Rabboni! (que quiere decir ¡Maestro mio!)—Y se precipitó á sus pies para besarlos; mas dijole Jesus: No me toques, porque no he subido todavía á mi Padre, mas anda á mis hermanos y díles de mi parte. En breve subiré hácia mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.—Fué, pues, María Magdalena á dar parte á los discípulos, y los halló sumidos en dolor y lágrimas. ¡He visto al Señor, exclamó ella, y me ha dirigido estas palabras! Mas al oirla decir que estaba vivo Jesus y que le habia visto, se negaron á creerla ¹.» ¡Desdichado del que necesite demostracion para conocer lo que hay de divino en esta página Evangélica! Un literato ha creído atenuar la trascendencia de este admirable relato, diciendo: «¡La exaltada imaginacion de María de Magdala, representó en esta circunstancia un papel capital! ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos en que dió al mundo la pasion de una alucinada un Dios resucitado ²! Basta para justiciar estos ultrajes ponerlos en frente del texto del Evangelio. «La imaginacion alucinada» de María Magdalena no ejerció influencia alguna respecto de los discípulos, puesto que «se negaron á creer.» — «Y no nos dolamos, dice San Gregorio el Grande, de su incredulidad; porque es el fundamento indestructible de nuestra fe. Cuanto mas persisten en este momento en negar la resurreccion de Jesucristo, mas fuerza tendrá su testimonio, cuando, vencidos á su vez por la evidencia, vayan á hacerse matar, en todos los puntos del globo, diciendo: «¡Ha resucitado el Cristo, esperanza nuestra!»

4. «Entre tanto, continúa el Evangelista, al salir el sol, María, madre de Santiago; Salomé; Juana, esposa de Chusa, y las demás mujeres de Galilea que habian servido á Jesus, fueron al sepulcro, llevando los perfumes de que habian hecho provision. Durante el

¹ Joann., XX, 11-18. — ² *Vida de Jesus*, pág. 434.

camino, se decian una á otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? la cual realmente era muy grande. Mas al llegar repararon que la piedra estaba apartada. Pero habiendo entrado dentro del sepulcro, no hallaron el cuerpo del Señor, Jesus; y quedaron muy consternadas con esta desaparicion. Y en aquel momento se aparecieron de repente junto á ellas dos ángeles con vestiduras resplandecientes, y quedaron llenas de espanto. Uno de ellos, colocado á la derecha del monumento, les dijo: No teneis que asustaros: vosotras venís á buscar á Jesus Nazareno, que fue crucificado. ¿Para qué andais buscando entre los muertos al que está vivo? Jesus no está aquí: ha resucitado segun su promesa. Acordaos de lo que os previno cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y crucificado, y que al tercer dia resucite. » ¡Mirad el lugar en que le pusieron!—El Angel añadió: Id ahora y decid á sus discípulos y especialmente á Pedro: ¡Ha resucitado, é irá delante de vosotros á Galilea, donde le vereis todos! Las mujeres se acordaron en efecto de la prediccion de Jesus. Y salieron apresuradamente del sepulcro, dividido su corazon entre el pavor y un inmenso gozo, y sin hablar una palabra, se dieron prisa á ir á encontrar á los Apóstoles. Cuando hé aquí que Jesus les sale al encuentro, diciendo: Dios os guarde, y acercándose ellas, postradas en tierra, abrazaron sus pies, y le adoraron. Entonces Jesus les dijo: ¡No temais! Id, avisad á mis hermanos para que vayan á Galilea, que allí me verán.—Ellas fueron, pues, á anunciar todas estas cosas á los once y á todos los demás discípulos, confirmando con su testimonio el de María Magdalena. No obstante, los Apóstoles persistieron en considerar estas nuevas como un desvario, y no las creyeron ¹.

Jesus resucitado les llamaba «hermanos suyos.» Jesus habia comprado, á costa de toda su sangre, el derecho de fraternidad divina que le asocia á todas las miserias de los hombres. En este título de inefable dulzura, previene Jesus el remordimiento y el arrepentimiento de los que le abandonaron. Aquí se reviste el perdon con la forma mas misericordiosa. El Angel de la resurreccion envia las santas mujeres á Pedro, el cual, sin embargo, rehusa aun creer. Es preciso que se fortifique su fe, despues de la prueba mas ruda

¹ Math., XXVIII, 11. Marc., XVI, 1-11. Luc., XXIV, 1-11.

para adquirir el privilegio de la indefectibilidad. Es preciso que sepa por experiencia la dificultad de creer, y la de hacerse creer. Así, al declinar el día «se le apareció el mismo Jesús.» Entonces creyó; pero cuando quiso hacer partícipes de su fe á los demás, no pudo convencerles: «¡El Señor ha resucitado realmente, y se ha aparecido á Simon! dijo: Y rehusaron creerle.» *Surrexit Dominus vere et apparuit Simoni* ¹. *Nec crediderunt* ². Pedro es el primero que se realza, y principia tambien la mision que le ha sido dada de «confirmar á sus hermanos en la fe.» Solo Maria no aparece en este día de gozo. Su triunfo es mudo, como lo habian sido sus dolores. La primera aparicion del Hijo resucitado fue á su Madre. La tradicion se halla unánime sobre este punto. Y la Iglesia Católica repetirá hasta el fin de los siglos: «¡Reina del cielo, regocijaos, ¡alleluia! ¡porque aquel de quien merecisteis ser madre, ¡alleluia! ha resucitado, segun lo habia dicho ¡alleluia!»

5. «Al declinar el día, continúa el Evangelio, dos de los discípulos iban á una aldea llamada Emmaus, distante de Jerusalem el espacio de sesenta estádios ³, y por el camino conversaban de todas las cosas que habian acontecido. Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, sucedió, que acercándose el mismo Jesús, caminaba á su lado, sin que le conociesen. Dijoles, pues: ¿Qué conversacion es esa que llevais entre vosotros por el camino, y por qué estais tan tristes? Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú solo eres tan extranjero en Jerusalem que no sabes lo que ha pasado en ella estos días? ¿Qué? replicó él.—Lo de Jesús Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras á los ojos de Dios y de todo el pueblo. ¿Y cómo los sumos sacerdotes y nuestros magistrados le entregaron para que fuese condenado á muerte y le crucificaron? Mas nosotros esperábamos que él era el que habia de redimir á Israel, y no obstante, despues de todo esto, hé aquí que estamos ya en el tercer día despues que acaecieron dichas cosas. Bien es verdad, que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo habérseles aparecido unos ángeles, los cuales les han asegurado está vivo.

¹ Luc., XXIV, 34.—² Marc., XVI, 13.

³ Diez y siete kilómetros. *Josefo (De bello Juddico, VII, 36)*, fija igualmente a distancia de 60 estádios, indicada por el Evangelista entre las dos poblaciones.

Con eso, algunos de los nuestros han ido al sepulcro y hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron, pero á Jesus no le han encontrado. Entonces les dijo él: ¡Oh necios y tardos de corazon para creer todo lo que anunciaron ya los Profetas! ¿Pues qué? por ventura ¿no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria?—Y empezando por Moisés y discurriendo por todos los Profetas, les explicaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de él. En esto llegaron á Emmaus, y Jesus hizo ademán de seguir adelante, mas los discípulos le instaron á que se detuviese, diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde y va ya el día de caída.—Entró, pues, con ellos, y estando juntos á la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y lo partió y se lo dió. Con lo cual se les abrieron los ojos y le conocieron; mas él desapareció súbitamente de su vista. Habiendo quedado solos, se dijeron uno á otro: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazon mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?—Y levantándose al punto, regresaron á Jerusalem¹.

6. «En ella estaban congregados los once Apóstoles. Y al entrar los dos discípulos, se decia en la reunion: «El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido á Simon.» Ellos por su parte contaron lo que les habia sucedido en el camino de Emmaus; y cómo habian reconocido al Señor al partir el pan. Mas los discípulos no quisieron creerles. Era ya muy tarde, y los Apóstoles reunidos á la mesa, habian cerrado cuidadosamente las puertas por temor á los Judíos; y de repente se presentó Jesus en medio de ellos. Ellos empero atónitos y atemorizados, se imaginaron ver un espíritu. Mas Jesus les dijo: La paz sea con vosotros; soy yo, no temais. Mas todavía les dominaba el miedo. Jesus les reprendió su incredulidad y la dureza de su corazon, porque habian rehusado dar fe á los que le habian visto resucitado. ¿Por qué os asustais, les dijo, y por qué dais lugar en vuestro corazon á los pensamientos que os asaltan? Mirad mis manos y mis pies; yo mismo soy; palpad y ved; porque el espíritu no tiene carne ni huesos como vosotros veis que yo tengo. Y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y sus pies, y la llaga que tenia en el costado. Mas como ellos aun no lo acabasen de creer, estando llenos de gozo y de admiracion, les dijo: ¿Teneis aquí algo de co-

¹ Marc., XVI, 12-13. Luc., XXIV, 13-33.

mer? Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dió. Despues les dijo de nuevo: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío tambien á vosotros. Dichas estas palabras, sopló (ó dirigió el aliento) hácia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: á aquellos cuyos pecados perdonareis, les serán perdonados; y á aquellos á quienes se los retuviereis, les serán retenidos ¹.

7. Cinco apariciones sucesivas habian marcado este primer día de la Resurreccion divina. Magdalena y las santas mujeres fueron las primeras que tuvieron con María el inefable gozo de contemplar al Salvador en su gloria. La obra de la Redencion se prosigue en un plano paralelo al de la caída. Una mujer causa la ruina del género humano. María y sus compañeras reparan la culpa de Eva. Las piadosas mujeres del Evangelio han seguido al Dios del Calvario en su via dolorosa, y no le han abandonado en su agonía en la cruz. Han hecho la primera peregrinacion cristiana al Santo Sepulcro. Estudien los doctores del Protestantismo este hecho antes de acusar de idolatría las peregrinaciones católicas á los Santos Lugares. Hay, pues, indudablemente, en el papel de la mujer Evangélica, rehabilitada por la fe y el amor divino, un principio de grandeza, de nobleza y de dignidad cristiana, que se desarrolla por todas partes donde se ha enarbolado la cruz redentora. La mujer ha vuelto á tomar posesion en la persona de la Virgen María, de los tesoros de gracia, de pureza y de inocencia que le habia arrebatado la serpiente. Sin embargo, por elevados que sean los destinos que ha creado el Evangelio á la mujer, no se ha turbado la maravillosa armonía de la creacion. La mujer rescatada por Jesucristo, se eleva hasta el cielo por medio del heroismo de la virtud; pero permanece en la tierra, en la humildad y la modestia de su condicion. ¡Retórico! ¡Has dicho que «dió al mundo la pasion de una alucinada, un Dios resucitado²!» Y has creído enunciar una blasfemia retumbante; y solo es una impiedad grosera. María Magdalena fue la primera que vió á su buen Maestro, y fue presurosa á anunciar á los Apóstoles la feliz noticia, pero los Apóstoles no la creen. Las santas mujeres favorecidas á su vez por una aparicion

¹ Luc., XXIV, 33-34. Joann., XX, 19-23. — ² *Vida de Jesus*, pág. 434.

semejante, llevan su testimonio á los Apóstoles, quienes insisten y se apoyan en la declaracion idéntica de Magdalena. Y tampoco las creen los Apóstoles, sino que las tratan de visionarias. ¿Hubiera podido hacer mas el racionalista mas caviloso? ¿Dónde, pues, habeis encontrado en el Evangelio, que María Magdalena «diera al mundo un Dios resucitado?» Os ha parecido la frase un poco picante y la habeis escrito. Reaiga, pues, sobre vuestras pretensiones científicas como el mayor absurdo de que se ha hecho culpable jamás «un literato que cree hacer algun honor á su pais.» Ni María Magdalena ni las santas Mujeres, pueden triunfar de la incredulidad de los Apóstoles. Simon Pedro, su jefe, despues que se ha manifestado á él Jesus, no logra tampoco hacerse creer. Preséntanse á su vez los dos discípulos de Emmaus, y dicen: Le hemos visto; hemos viajado con él; nos ha hablado durante todo el camino; le hemos reconocido al partir el pan.—Respóndese á Cleofas y á su compañero de viaje como se ha respondido á Pedro, á las santas Mujeres y á María Magdalena. ¡No os creemos! *Nec illis crediderunt.* ¡Ah! ¡Comprendo el silencio de la Virgen María en este dia en que la incredulidad de los Apóstoles daba á luz la fe inmortal de la Iglesia! Aun cuando hubiera ella dicho: ¡Ha resucitado mi Hijo. Ha venido á consolar mi dolor, se hubiera contestado á la Madre de Dios: ¡No os creemos! ¡Son ilusiones de vuestro corazon maternal! María calla, porque su Hijo es Dios, y solo Dios puede triunfar de la incredulidad humana. Cada uno de los Apóstoles solo creerá cuando haya visto por sus propios ojos. Si hubiera sido de otra suerte ¿hubiera querido nunca creer el mundo entero que no ha visto? ¿En qué descansa en este momento la fe de los adoradores de Jesus? En la incredulidad obstinada, perseverante, tenaz de los Apóstoles. ¡Oh Dios mio, Salvador y Maestro mio! Pedro y cada uno de los Apóstoles, antes de morir, se negaron, para atestiguar vuestra resurreccion, á creer en ella hasta que os vieron. ¡Hé aquí por qué creo yo, yo que no he visto; y por qué se creerá hasta el fin de los siglos á testigos que sellan su declaracion con su sangre!¹

¹ Siendo una de las bases capitales de nuestra Religion el hecho milagroso de la Resurreccion de Jesus, la incredulidad ha escogitado para quitar á este hecho tal carácter, tres medios que juzgamos conveniente esponer para rebatirlos.

El medio mas antiguo y mas sencillo, es suponer un fraude por parte de los apóstoles, juzgando que hubieran hecho desaparecer de algun modo el cuerpo de Jesucristo (Math., XXVIII, 12, 15). A él recurrieron Celso, los *Fragments de Wolfenbützel* y

§ II. LA OCTAVA DE LA RESURRECCION.

8. La solemnidad pascual duraba ocho dias. Los Apóstoles y los discípulos no debían, pues, dejar á Jerusalem y volver á Galilea, hasta despues de la semana de la fiesta. El Angel de la Resurrec-

otros, despues de los Judíos que lo inventaron. Mas este medio es desechado positivamente por Strauss; pues en efecto, es incompatible un engaño premeditado con el desaliento en que se hallaban sumergidos los discípulos despues de la muerte de Jesus, y con la fe triunfante que adquirieron, durante todo su ministerio, en la conviccion de la resurreccion de su Maestro.

El segundo medio consiste en admitir que Jesus no habia muerto completamente cuando fue puesto en el sepulcro, despertándose en él la fuerza vital por la influencia de los aromas y de la frescura del sepulcro. Paulus y Schleiermacher son los principales defensores de esta hipótesis. Bajo este punto de vista, son las apariciones de Jesus hechos reales, pero naturales. Strauss ha condenado tambien esta hipótesis. ¿Cómo pudo, en efecto, aparecer Jesus en un cuarto cuyas puertas estaban cerradas? ¿Cómo despues de un suplicio como el de la cruz, pudo andar un largo camino á pie con los discípulos de Emmaus, para desaparecer en seguida de la mesa súbitamente? ¿Cómo algunos dias despues, emprendió el viaje de Galilea? Pero sobre todo ¿cómo un ser medio muerto que se hubiera arrastrado miserablemente fuera del sepulcro, que no debiese la vida sino á toda clase de cuidados y contemplaciones, y que hubiera concluido, al cabo de algun tiempo por sucumbir á sus padecimientos, hubiera podido causar en sus discípulos la impresion de un vencedor de la muerte y del sepulcro, de un Príncipe de la vida? ¿Cómo habia de haber trasformado el solo hecho de verle de esta suerte su tristeza en entusiasmo, y su confianza en adoracion? Hé aquí lo que nunca podrá explicar un historiador formal y grave.

Queda el tercer medio, el mas moderno y el mas osado. Tal es el de reconocer que los discípulos creyeron en la Resurreccion, que sin esta fe, hubiera sido imposible la fundacion de la Iglesia cristiana (Strauss, *Das Leben Jesu*, pág. 601); pero explicando esta fe por un fenómeno mental, por una ilusion de las santas mujeres y de los discípulos. Nadie, dice Strauss, fue testigo del hecho, segun resulta por los mismos relatos. Mas aun, ningun testimonio proviene de uno de los testigos de la vida de Jesus, porque Pablo no era apóstol; los tres evangelios sinópticos no son obras apostólicas, y el cuarto evangelio no es auténtico. Por otra parte, los relatos se contradicen en muchos puntos. Finalmente, la idea misma del cuerpo resucitado de Jesus, tal como la presentan las narraciones, contiene datos inconciliables; un cuerpo de carne y hueso que digiere miel y pescado, no puede penetrar por entre las paredes de un aposento (Strauss, *ibid*, pág. 295). Es preciso, pues, admitir, dice, que se desarrolló, respecto de Maria Magdalena, á causa de su adhesión á Jesus y de una disposicion enfermiza, y respecto de los apóstoles, á causa de la necesidad de armonizar ó concordar la muerte de su Maestro con la idea del reino eterno del Mesías y con el estudio de las profecías mal comprendidas, un estado de exaltacion tal, al volver á Galilea, á los sitios en que habian vivido en otro tiempo con Jesus, que despertó su recuerdo con una viveza extraordinaria, y se trasformó en ellos en una vision. Creyeron verle, oírle, tocarle, y esta ilusion obró en ellos este completo cambio que ha creído deber atribuir siempre la Iglesia cristiana á la influencia del hecho real. Lo mismo sucede respecto de Pablo, á consecuencia de sus luchas interiores. En cuanto al viaje de Emmaus, piensa Strauss que se puede suponer la presencia de un creyente desconocido que habló del Mesías con entu-

cion les habia anunciado que les precederia Jesus á su patria, y que en esta tierra donde habia vivido tres años con ellos, todos podrian contemplarle. Sin embargo, el divino Maestro no quiso retardar

siasmo á los dos discípulos, los cuales imaginaron despues, haber sido el mismo Jesus. Y respecto de la escena de la pesca milagrosa en las orillas del lago de Tiberiades (Juan, XXI), supone igualmente que se la aconsejó un amigo anónimo, y que ellos siguieron su consejo, el cual, habiéndoles dado tan magnifico resultado, tomaron los discípulos al que se lo dió por el Señor (*ibid.*, pág. 308). La fecha del tercero dia, que todos los relatos fijan para el hecho de la Resurreccion, no seria histórica, sino una mala aplicacion de una locucion proverbial y de ciertas espresiones escriturarias (*ibid.*, pág. 316). En cuanto al cuerpo de Jesus, supone Strauss, que debió ser echado simplemente á la fosa con los de los otros malhechores, y cuando mas adelante, en la Pascua de Pentecostés, proclamó Pedro por vez primera en público la Resurreccion, no fue posible presentarlo para disipar la ilusion de los discípulos y destruir el efecto de su testimonio (*ibid.*, pág. 312). Tal es la explicacion de Strauss, adoptada en sus rasgos principales, por Baur y por M. Renan.

Es verdad que no tuvo testigos el hecho de la Resurreccion; pero esto no puede probar nada contra su realidad, si se hallan suficientemente probadas las apariciones del Resucitado. Es falso que no se halle consignada la Resurreccion en ningun escrito apostólico. El Apocalipsis que reconoce Strauss ser de San Juan, atestigua, por mas que se diga, la Resurreccion: «Yo estoy vivo, aunque fui muerto, y ahora hé aquí que vivo... y tengo las llaves de la muerte y del sepulcro (I, 18).» Esto dice aquel que fue muerto y está vivo (ó ha revivido ó resucitado (II, 8). El autor no usa de otras espresiones cuando habla de la resurreccion de los fieles (XX, 4), y de la resurreccion universal (XX, 5); hechos que considera seguramente como corporales. La idea de una vida puramente espiritual que intenta sustituir Strauss con esas palabras á la de una resurreccion propiamente dicha, no corresponderia á la de muerte, á que es opuesta. Finalmente, toda la vision del cap. V, en que representa San Juan á Jesus glorificado, semejante á un cordero inmolado y sentado en el trono, se apoya en la intuicion de la resurreccion corporal de Jesucristo. Pero aun cuando no existiese ningun escrito apostólico que atestiguará la Resurreccion ¿qué importaria esto, puesto que el mismo Strauss admite que la predicacion apostólica que ha fundado á la Iglesia, implicaba la fe en la Resurreccion?—Las principales divergencias entre las narraciones desaparecen desde que se reconoce la naturaleza sumaria del relato de San Mateo, conforme al carácter de todo su evangelio, y de que acabamos de ver un ejemplo en la manera cómo generaliza la aparicion á María Magdalena, aplicándola indistintamente á todas las mujeres. La aparicion que coloca en Galilea, la única que refiere despues de aquella, resume todas las que tuvieron lugar en esta comarca, porque el Evangelista quiere únicamente consignar que Jesus, antes de dejar el mundo, se proclamó el Mesias, no solamente de los Judios, sino de todos los pueblos, y dejó á sus apóstoles el cargo de someterle el mundo, prometiéndoles auxiliarles en esta conquista. Como se nota generalmente en todos los discursos espuestos en este evangelio, la cuestion histórica se halla subordinada enteramente al fondo. La narracion de San Lucas tiene tambien un carácter sumario, como lo muestran los: «Y díjoles,» repetidos muchas veces, sin indicar situacion histórica alguna, quedando reservados los pormenores para la segunda parte de la obra, el Libro de los Actos. En todo caso, en tanto mas se diferencian los relatos evangélicos en los detalles, mas resalta su unanimidad, en cuanto al hecho capital. Las contradicciones que hace resaltar Strauss en el relato bíblico, en cuanto á la naturaleza del cuerpo resucitado de Jesus, desaparecen con la nocion del cuerpo espiritual, que por una parte, se halla tambien en relacion con el cuerpo natural, y por otra, pertenece á un nue-

hasta entonces su manifestacion al colegio Apostólico. Desde la primer noche se apareció á los Apóstoles congregados. Prés-tase como Dios á la debilidad de estos hombres; les hace tocar sus

vo órden de cosas. El estado de Jesus resucitado es misto; pues participa á un tiempo mismo de la tierra y del cielo; es un estado de transición: «*Yo subo*» (XX, 17). —La aparicion á María Magdalena, tal como se describe por Juan, no puede ser una simple alucinacion; porque María no piensa mas que en Jesus muerto; solo busca su cadáver, y no podria explicarse una alucinacion sino por la sobreexcitacion de una esperanza. En cuanto al supuesto de que todo este relato no es mas que una ficcion del pseudo Juan, no se hará nunca probable á los ojos de quien posea el menor tacto que discerna lo real de lo artificial. La misma reflexion se aplica á las dos apariciones de Jesus á los Apóstoles, referidas en el cap. XX.—Estas apariciones, asi como las que describen los sinópticos y las que enumera San Pablo (I, Cor., XV) ¿son debidas á la alucinacion? Pero ¿cómo admitir un alucinamiento simultáneo é idéntico en once y aun en quinientas personas (I, Cor., XV, 6)? Esta es una hipótesis que traspasa todos los limites, no solamente de lo verosímil, sino aun de lo posible.—El viajero anónimo y el amigo desconocido á quien recurre Strauss para explicar las dos escenas de Emmaus y del lago de Tiberiades, entran en este género bien conocido de los expedientes *a lo Paulus*, que ha censurado tantas veces el mismo Strauss.—Lo que embaraza evidentemente mas á Strauss, es la cuestion sobre el paradero del cadáver. Si como resulta de las narraciones evangélicas, permaneció en manos de los amigos de Jesus, ¿cómo no se desvanecieron todas las visiones y todos sus alucinamientos en vista de este cuerpo? Asi Strauss, á imitacion de Wolkmar, remite al dominio del mito la cesion del cuerpo de Jesus por Pilatos á Josef de Arimatea. Segun él, debió quedar el cuerpo en manos de los enemigos del Señor. Pero entonces ¿cómo no se sirvieron de él para desengañar á estas pobres gentes alucinadas por su imaginacion? ¿Qué cosa mas fácil que ponerles en frente de este objeto ó instrumento justificativo y de conviccion? Strauss pretende que la noticia de la Resurreccion no se divulgó hasta la Pascua de Pentecostés, por medio de la predicacion de San Pedro; y no ve en el *día tercero*, mencionado en todas nuestras relaciones, mas que una expresion legendaria. No hay duda de que solo á la Pascua de Pentecostés fue proclamada pública y oficialmente la Resurreccion por los Apóstoles; pero si no se hubiera divulgado su rumor y su fama anteriormente, ¿qué crédito se hubiera dado á esta noticia que caía de las nubes tanto tiempo despues del suceso? El poderoso efecto que produjo instantáneamente el discurso de San Pedro en la Pascua de Pentecostés, supone el conocimiento del hecho de la Resurreccion divulgado ya entre los habitantes de Jerusalem, y en general en el pueblo judío. Solamente se trataba de explicárselo por un fraude de los discípulos, y el discurso de Pedro disipó esta sospecha en aquellos que eran accesibles á santas impresiones. En una palabra; ó permaneció el cuerpo en manos de los Judíos, y entonces hubiera bastado mostrarlo para desengañar á los Apóstoles, ó quedó en las de los Apóstoles, y entonces era imposible toda ilusion por parte suya.—Para que la vuelta de los Apóstoles á Galilea, á los sitios donde habian vivido con Jesus hubiera podido desarrollar en ellos un estado de exaltacion capaz de ocasionar visiones y supuestos alucinamientos, ¿no era preciso en todo caso que hubiera sido Cristo, durante su vida, otro Cristo que el que admite Strauss? ¿El Predicador del Sermon de la Montaña, el Sócrates judío, no habria vuelto á ser visto jamás por sus discípulos mas fervientes despues de su muerte?—Semejante efecto se halla fuera de toda proporcion con la causa supuesta.—La exaltacion enfermiza y febril de que debe admitirse, bajo este punto de vista, haber sido afectados los discípulos, es incompatible con el carácter sosegado, humilde, práctico, perseverante, sano y santo de la vida cristiana, tal como la produjo la fe en la Resurreccion en

manos, sus pies, la llaga de su costado. Come delante de ellos de las modestas provisiones que le ofrecen. Los pescadores del lago de Tiberiades, encerrados cuidadosamente por temor á los Judíos, no tienen otra cosa que un pez asado y un panal de miel. La Iglesia Católica, heredera de la tradicion de los Apóstoles, ha conservado esta humilde práctica de la abstinencia que subleva las delicadezas del racionalismo y el libre alvedrio de los Protestantes. Pero la Iglesia ha sido fundada por doce pescadores, para los cuales eran prácticas familiares el ayuno, la abstinencia y la mortificacion del cuerpo. Ni Lutero ni el racionalismo podrán alterar en nada el Evangelio y la tradicion de los Apóstoles. Cuando hubo terminado el Salvador esta modesta comida, creian en fin todos los asistentes; habian desaparecido la incertidumbre, la vacilacion y la duda. Verdaderamente que es forzoso creer cuando se ve, cuando se toca. «Un espíritu no tiene carne ni huesos,» habia dicho Jesus. Un fantasma no come. La fe sucede á todas las negaciones precedentes. Entonces instituye el Salvador solemnemente el sacramento de la Penitencia. «Se perdonarán los pecados á los que vosotros se los perdonareis, y les serán retenidos á aquellos á quienes vosotros se los retuviereis.» Antes de su Pasion, durante los dias de su vida pública, perdonaba el divino Maestro los pecados. Habia prometido á Pedro en particular ¹ y á los Apóstoles en general ², conferirles á ellos mismos este poder. Ha llegado el momento, y les confiere la investidura de este sagrado ministerio en el mismo dia, en que, triunfante del pecado y de la muerte que es su castigo, sale Jesus vencedor del sepulcro. Pero, dicen los sectarios de Lutero y de Calvino, ¿dónde está el precepto de la confesion auricular, en estas palabras de Jesucristo? Concederáse tal vez que sea el sacramento de la Penitencia de institucion divina; pero no dice el Evangelio que sea necesario á un hombre confesarse. Jesus perdonaba las culpas de los prevaricadores con una sola palabra. «Hijo mio ó hija mia, ten confianza, decia, tus pecados te son perdonados.» Mas no se habia efectuado la confesion prévia.—Asi es como razonan, despues de

los Apóstoles, en San Pablo y en los verdaderos cristianos de todos los tiempos.

Strauss tiene el buen sentido de conceder, que sin la fe de los Apóstoles en la Resurreccion, la Iglesia no hubiera nacido nunca; el buen sentido de la humanidad añade y añadirá siempre, que sin el hecho de la Resurreccion, la fe de la Resurreccion en los Apóstoles y en los primeros cristianos es inesplicable.—(N. del T.)

¹ Math., XVI, 19.—² Math., XVIII, 19.

tres siglos, nuestros hermanos extraviados. Pues bien; Jesus, el Verbo de Dios, conocia las disposiciones de las almas y sus extravíos y sus miserias. Cuando confesó á la Samaritana en el brocal del pozo de Jacob, fue él quien reveló á la pecadora el estado de su corazón. Pero al dar á los Apóstoles y á los discípulos el poder de perdonar los pecados, no les comunicó su divina presciencia. Para retener ó para remitir la ofensa hecha á Dios, es necesario saberla. ¡Qué poder tan inaudito conferido á mortales! ¡Remitir ó retener la injuria que se dirige á Dios! Tal es, no obstante, la misión que da Jesucristo á sus Apóstoles. ¿Han pensado jamás en una institución semejante las filosofías humanas con todos sus sistemas y sus genios? Pero evidentemente, puesto que el ministro de Jesucristo no sabe los pecados sino en cuanto se le revelan, no podría, sin la confesión previa, ejercer su privilegio sobre las almas.

9. «Tomás, empero, continúa el Evangelista, uno de los doce, llamado Didimo ¹, no estaba con ellos cuando se manifestó Jesus. Dijéronle despues los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos y no meto mi dedo en la cicatriz que dejaron, y mi mano en la llaga de su costado, no lo creeré.—Ocho dias despues, estaban otra vez los discípulos reunidos en la misma casa, y Tomás con ellos. Y vino Jesus estando tambien cerradas las puertas, y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros.—Despues, dirigiéndose á Tomás: Mete aquí tu dedo, le dijo, y registra mis manos, y trae la tuya y métela en la llaga de mi costado y no seas incrédulo, sino fiel.—¡Señor mio y Dios mio! exclamó el Apóstol.—Jesus repuso: Has creído; ¡oh Tomás! porque me has visto; bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído ².»

La fe es, pues, el cumplimiento humano de la obra divina de la Redención. Admirase el racionalismo de que cada día, á cada hora, al menor capricho de una inteligencia extraviada, no aparezca Jesus en el esplendor de su humanidad viviente, para extinguir toda duda y disipar toda clase de ignorancia. Mas ya hemos dicho que esto seria destruir la libertad humana, la conciencia, el mérito y el demérito individuales. La fe no es meritoria, sino porque es un esfuerzo; y no obstante, es tal la luz en esa expansión de la verdad

¹ Jemelo.—² Joann., XX. 24-29.

Evangélica, que es preciso cerrar voluntariamente los ojos para sustraerse á tanta claridad. «¡Bienaventurado los que creen sin haber visto!»

§ III. REGRESO Á GALILEA.

10. Habia terminado la octava Pascual, y los Apóstoles tomaron al mismo tiempo que los demás peregrinos, el camino de Galilea. Jesus les habia precedido á ella. «Jesus se manifestó otra vez á sus discípulos á la orilla del mar de Tiberiades, continúa el Evangelista, y fue de esta manera: Hallábanse juntos Simon Pedro y Tomás, llamado Didimo y Nathanael, que era de Caná de Galilea; y Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Dijoles Simon Pedro: Voy á pescar. Dijéronle ellos: Vamos tambien nosotros contigo. Fueron, pues, y entraron en la barca, y aquella noche no cogieron nada. Entonces Jesus apareció en la ribera, sin que le reconocieran los discípulos, y les preguntó de lejos: Muchachos ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Entonces les dijo Jesus: Echad la red á la derecha del barco y encontrareis. Echáronla, pues, y ya no podian sacarla por la multitud de peces de que estaba cargada. En aquel momento, el discípulo á quien amaba Jesus, dijo á Pedro: ¡Es el Señor! Simon Pedro, no bien oyó que era el Señor, vistióse la túnica, que se habia quitado, y se echó al mar para ganar al punto la ribera. Entre tanto, los demás discípulos vinieron en la barca, tirando de la red llena de peces (pues no estaban distantes de la tierra sino como unos doscientos codos). Al saltar en tierra, vieron preparadas brasas y un pez puesto encima y pan. Jesus les dijo: Traed algunos de los peces que acabais de coger. Simon Pedro corrió al barco, y sacó á tierra la red, llena de ciento y cincuenta y tres peces grandes, y con ser tantos no se rompió la red. Jesus les dijo entonces: Venid y comed. Sentáronse, pues, para tomar alimento; pero ninguno de los que estaban comiendo se atrevia á preguntarle: ¿Quién eres tú? Porque todos sabian bien que era el Señor. Y se acercó Jesus, y tomó el pan y se lo distribuyó, y lo mismo hizo del pez.—Esta fue la tercera vez que Jesus se apareció á sus discípulos despues que resucitó de entre los muertos ¹.»

¹ Joann., XXI, 1-11.

11. Las catacumbas de Roma nos han conservado el *Pez*, como el Símbolo del divino Pescador de las almas. ¡Qué recuerdo para el corazón de Pedro, de Juan y de los Apóstoles, esta aparición de Jesús resucitado en las orillas del lago de Genesareth! Por última vez vuelven los pescadores Galileos á su barca y á sus redes, trabajando toda la noche sin pescar nada. Al despuntar el día, les grita un desconocido desde la ribera: Muchachos ¿teneis algo que comer? Creen ellos ser su interlocutor uno de aquellos mercaderes que recorrian las riberas del mar de Tiberiades para comprar los productos de la pesca.—«No,» contestan ellos; con el laconismo del desaliento que ocasiona haber perdido el trabajo. Pero el desconocido replica: «Echad la red á la derecha de la barca.» La arrojan, y cuando quieren sacarla, son impotentes sus esfuerzos; teniendo que arrastrarla remando hasta tierra. En esta nueva y milagrosa pesca, reconoce Juan al divino Maestro. Se lo dice á Pedro, y este último, sin cuidarse ya ni de las redes ni de los peces ni de la barca, se pone su túnica, y se lanza al mar, para salvar á nado los doscientos codos que le separan de Jesús, y ser el primero que le bese los pies. Hé aquí lo que era Pedro, el Jefe ó Cabeza de la Iglesia. Y no es ya quien refiere el hecho el Evangelio escrito por su discípulo San Marcos, sino el mismo San Juan.

12. «Acabada la comida, continúa el mismo Evangelista, dijo Jesús á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos?—Sí, Señor, respondió Pedro; tú sabes que te amo.—Y Jesús le dijo: Apacienta mis corderos.—Segunda vez le pregunta: Simon, hijo de Juan, ¿me amas?—Respóndele: Sí, Señor; tú sabes que te amo.—Dícele: Apacienta mis corderos.—Y repitió por tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas?—Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase su Maestro si le amaba; y así respondió: Señor, tú lo sabes todo: tú conoces bien que yo te amo.—Entonces le dijo Jesús: Apacienta mis ovejas ¹.—Y despues añadió: En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mas mozo, tú mismo te ceñías el vestido é ibas donde querias; mas en siendo viejo, extenderás tus manos y te ceñirá otro y te llevará donde tú no quieras ir.

¹ Jesús se habia llamado el buen Pastor. Confiando á San Pedro la direccion de los corderos y de las ovejas, le constituye su vicario en la tierra. Hé aquí por qué, fieles á la enseñanza del Evangelio, dan los católicos al sucesor de San Pedro el nombre de Vicario de Jesucristo.

—Esto lo dijo para indicar con qué género de muerte habia Pedro de glorificar á Dios.—Entonces le dijo el Señor: ¡Sígueme! En aquel momento volvió Pedro la cabeza, y vió venir detrás al discípulo á quien amaba Jesus, y que habia estado reclinado sobre su pecho en la cena. Pedro se lo mostró á Jesus, y le dijo: Señor, ¿que será de éste?—Respondióle Jesus: Si yo quiero que permanezca hasta mi venida, ¿á tí qué te importa? Sígueme.—Y de aquí se originó la voz que corrió entre los hermanos, de que este discípulo no moriria. Sin embargo, Jesus no habia dicho: No morirá, sino: Si quiero que espere asi mi venida ó que permanezca hasta mi venida, ¿á tí qué te importa?—El que da este testimonio, consignándolo en este escrito, en que espone la verdad, es Juan mismo ¹.

13. Las tres negaciones de Pedro son espiadas por las tres protestas de amor. Era necesario, dice San Agustin, que pronunciase no menos palabras para atraer la vida, que las que habia proferido para conjurar la muerte. Tres veces habia repetido á la criada y á los sirvientes de Caifás: «¡No conozco á este hombre!» Tres veces debia, pues, repetir al Salvador resucitado: «¡Ya sabes que te amo!» Cuando el divino Maestro le repitió por la tercera vez su suprema interrogacion, debió representarse al espíritu del Apóstol el recuerdo de su pasada infidelidad. Contristóse, pues, dice el Evangelista: *Contristatus est Petrus*; pero ahora iguala su humildad á su amor. No dice ya como en el Cenáculo: «¡Señor, aunque te abandonaran todos los demás, yo no te abandonaré nunca!» Responde con calma y conmovido sin impulso alguno de presuncion: «¡Señor, tú lo sabes todo; y conoces bien que te amo!» El alma de Simon se ha convertido realmente en la *pedra* en que ha de descansar la Iglesia; es la inmoble roca en su firmeza; pero es la roca herida por una vara mas fuerte y poderosa que la de Moisés, y de donde saltará en olas inmortales el agua viva de la caridad y de la fe. «¡Apacienta mis corderos! ¡Apacienta mis ovejas!» Sé el Pastor Supremo del rebaño y de sus pastores. Hé aquí, en su divina sencillez, la institucion de la soberanía pastoral de Pedro. ¡En este dia fue consagrado el primer Papa, y el mundo concluirá antes que ver concluir el último Papa! Sin embargo, la sangre de Pedro enrojecerá su blanca túnica de pastor. Asi lo ha anunciado Jesus: «estenderás á las cadenas tus manos envejeci-

¹ Joann., XXI, 15-24.

das, y otro te las amarrará y te llevará donde tú no querrás ir.» El reflejo del martirio que debe santificar la Roma de los Papas, ilumina las apacibles riberas del lago de Genesareth. Pedro acepta en silencio para él y sus sucesores la potestad con sus terribles cargas. ¡Cuántos Papas han sido despues «encadenados» y «llevados á donde no querian ir!» Y no obstante, permanece invencible el Pontificado. Juan, el discípulo del amor, no tendrá que consumir su larga carrera con el martirio. Sesenta años mas adelante escribia en Efeso esta conmovedora narracion. Los cristianos se lisonjeaban con la esperanza de que lo tendrian siempre consigo. «Mas, añade el augusto anciano: Jesus no habia dicho: ¡no morirá Juan! Habia dicho solamente: Si quiero que espere en paz el dia de mi venida y de su libertad; ¿á tí qué te importa? En cuanto á tí, me seguirás al Calvario!»

14. El Thabor habia visto á Cristo transfigurado. El Thabor debia verle en el nuevo esplendor de su resurreccion: «Los once, dice el Evangelio, recibieron orden de trasladarse á este monte ¹.» Allí le vieron, dice San Pablo ² mas de quinientos discípulos que estaban reunidos. A su vista, cayeron á sus pies y le adoraron. Sin embargo, algunos tuvieron sus dudas ³. ¿Han leído el Evangelio los racionalistas que nos hablan de la credulidad de los discípulos y de los alucinamientos de Magdalena? Cada Apóstol, cada discípulo no cree hasta que ha visto y tocado. Los quinientos testigos, gran número de los cuales vivia aun veinte y siete años mas adelante, cuando escribió San Pablo su primera Epístola á los Corintios, no creen sino porque han visto. Los demás dudan todavia. Entre tanto se acercaba la fiesta de Pentecostés. Segun los términos de la ley judía, debian los Apóstoles ir á Jerusalem á esta solemnidad. Allí fue donde les dió el divino Maestro su última cita en la tierra. Jerusalem habia crucificado á su Salvador y á su Rey: la ciudad deicida debia ver al Hijo de Dios subir al cielo. Despues de esta suprema manifestacion, habrá triunfado la fe en la resurreccion, de toda clase de resistencias.

¹ Una tradicion muy antigua pretende que la montaña de Galilea, que no designa el Evangelista, era el Tabor. Todavía se enseña en la actualidad el sitio en que se manifestó el Salvador á la multitud de los discípulos.

² Cor., XV, 6. Añade San Pablo que se manifestó Jesus, otra vez aun, en particular, á Santiago el Menor.

³ Math., XXVIII, 16-17.

§ IV. LA ASCENSION.

15. «Hallándose los once reunidos en Jerusalem, dice el Evangelio, se acercó á ellos Jesus, y les habló en estos términos: A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, por todo el mundo; predicad el Evangelio á todas las criaturas; instruid á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enseñadlas á observar todas las cosas que yo os he mandado. El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado. A los que creyesen, acompañarán estos milagros: en mi nombre, lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán con la mano las serpientes, y si bebieren algun licor venenoso, no les hará daño; pondrán la mano sobre los enfermos, y quedarán estos curados ¹.—Comiendo con ellos, les mandó Jesus que no partiesen de Jerusalem hasta haber visto cumplirse la promesa del Padre. «Vosotros la oísteis de mi boca, y es, que Juan bautizaba con el agua, mas vosotros dentro de pocos dias habeis de ser bautizados en el Espíritu Santo ².»

El racionalismo nos dice: Jesus fue un doctor judío que no pensó en manera alguna en estender mas allá de la Palestina el círculo de su palabra y de su enseñanza. Si ha roto el cristianismo las barreras que le habia fijado su fundador, se debe á la accion individual de San Pablo. Basta para destruir esta teoria, ponerla al lado de las palabras mismas del Salvador: «A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, por *todo el mundo*; predicad el Evangelio á *todas las criaturas*; bautizad *todas las naciones*.» El protestantismo nos dice: Leer la Biblia; interpretarla conforme á sus propias luces, y creer en la redencion en Cristo, tal es el camino de salvacion trazado por el Salvador. Pues bien, Jesus ha dicho á los Apóstoles y á Pedro su jefe. «Instruid á todas las naciones, enseñadles á observar todas las cosas que os he mandado.» No se trata aquí ni de lectura individual ni de fe en las obras, ni de libre examen. Los Apóstoles deben enseñar, tienen la tradicion de la doctrina. Los fieles deben recibir la enseñanza y creer la doctrina. Estas consecuencias se desprenden directamente del texto del Evangelio:

¹ Math., XXVIII, 18 ad ultim. Marc., XVI, 15-18.—² Act., I, 4-8.

Son de una sencillez elemental, y las comprenderia un niño. ¿Por qué, pues, tanta obstinacion en el error?

16. «Jesus, prosigue el sagrado texto, continuó instruyendo á los Apóstoles. Cuando estaba con vosotros, les dijo, os decia: Es necesario que se cumpla todo cuanto está escrito de mi en la ley de Moisés, y en los Profetas y en los Salmos.—Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y añadió terminando: Asi estaba escrito, y asi era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero dia, y que en nombre suyo se predicase y se predique la penitencia y el perdón de los pecados á todas las naciones, empezando por Jerusalem. Vosotros sois testigos de estas cosas, y yo voy á enviaros el (Espíritu Divino) que mi padre os ha prometido (por mi boca). Entre tanto, permaneced en esta ciudad hasta que seais revestidos de la fortaleza de lo alto. Señor, preguntaron los discipulos, ¿será este el tiempo en que has de restituir el reino á Israel?—Jesus les respondió: No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados á su poder (soberano). Pero vosotros recibireis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me servireis de testigos, en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria, y hasta el cabo del mundo¹.»

El Padre ha dado su Hijo por la salvacion del mundo: el Hijo ha hecho conocer á los hombres al Padre, antes de elevarse á su seno. Otra tercera persona, el Espíritu Santo va á descender para unirse á la Iglesia, y contraer con ella esta union fecunda que regenerará la tierra. Nuestros literatos han ojeado todas las páginas del Evangelio, sin encontrar en él, segun dicen, «Ni teología, ni símbolo, ni nada que se parezca á un dogma, por poco definido que sea².» ¡Esta confesion no hace verdaderamente honor á la inteligencia de nuestros literatos!

17. «Despues de haberles hablado asi, dice el historiador sagrado, los condujo Jesus fuera de la ciudad, al camino de Bethania; y levantando las manos, los bendijo, y mientras les echaba esta bendicion suprema, le vieron elevarse sobre sus cabezas y subir al cielo, donde está sentado á la derecha de Dios. Y una nube le encubrió á sus ojos. Y estando atentos á mirar como iba subiéndose al

¹ Luc., XXIV, 44-49. Act., I, 6-8.—² *Vida de Jesus*, pág. 297.

cielo, hé aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, y dijeron: Galileos, ¿por qué estais así en pie mirando al cielo? Este Jesus que acaba de subir al cielo á vuestra vista, descenderá un dia de la misma suerte.—A estas palabras, se prostraron á adorarlo. Y en seguida se volvieron del monte de los Olivos, que dista de Jerusalem el espacio de camino que puede andarse en sábado. Y entraron en la ciudad llenos de alegría. Y estaban de continuo en el Templo alabando y bendiciendo á Dios ¹.

En este monte de los Olivos, en el mismo sitio de donde subió al cielo el Hijo de Dios, hizo construir la emperatriz Elena la basílica de la Ascension. ¡Dichoso el peregrino, cuyos labios han podido besar, despues de diez y ocho siglos, la última huella que dejó el pie de Jesus en nuestra tierra! ¡Mas dichoso aquel que ha guardado la fe de los Apóstoles, y no ha encontrado en el mismo Evangelio, «motivo de escándalo y de caída!» ¡Ved ahí, en su incomparable magestad y en su divina sencillez ese Libro, que dió y dará al mundo una vida inmortal! En un monasterio del Sinaí, en la cuna misma del Pentateuco, acaba de descubrirse el ejemplar mas antiguo que se conoce del Evangelio. Es un manuscrito griego que se remonta al siglo IV. Este pergamino, olvidado por tanto tiempo, reproduce palabra por palabra nuestro texto actual; y no parece sino que lo ha tenido reservado la Providencia, para confundir las últimas argucias del racionalismo espirante. ¡Es, pues, auténtico este Libro! Así esperamos haberlo demostrado. ¿Pero podrán describirse nunca los manantiales de inefable alegría que brotan de cada una de sus páginas? En el momento de dejar estas páginas regadas con tantas lágrimas, en el momento de separarnos del Jesus del Establo, del Jesus de la Cruz, del Jesus de la Ascension, permanecen nuestro corazon y nuestros ojos fijos y elevados hácia el cielo en donde acaba de desaparecer. ¡Ojalá envíe á los que todavía le desconocen el Angel de la verdad que les diga, como á los Apóstoles: «Este Jesus que acaba de subir al cielo descenderá de él un dia de la misma suerte!»

¹ Marc., XVI, 19. Luc., XXIV, 50-53. Act., I, 9-12.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTA OBRA.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.	I
ADVERTENCIA DEL EDITOR FRANCÉS.	V

INTRODUCCION.

EL MUNDO ANTES DE JESUCRISTO.	VII
ESPECTACION UNIVERSAL.	XVIII

CAPITULO PRIMERO.

EL EVANGELIO Y EL RACIONALISMO MODERNO.

SUMARIO.

§ I. LA BUENA NUEVA.	33
1. <i>In principio erat Verbum</i> .—2. Divinidad de la doctrina del Verbo hecho carne.—3. La Buena Nueva.—4 El <i>In principio</i> del racionalismo —5 Una página de Platon.—6. Superioridad del Evangelio.—7. La revelacion evangelica es un acto, al mismo tiempo que una doctrina.—8. Una palabra de San Atanasio.—9. Milagros permanentes del Evangelio.—10. Milagro de la conversion del mundo pagano.—11. Milagro de la conversion social por el Evangelio.—12. Milagro de la conversion individual por el Evangelio.—13 Jesucristo siempre vivo.—14. El Evangelio siempre viviente.	
§ II. EL EVANGELIO DEL RACIONALISMO.	56
15. La revelacion evangelica y el libre albedrio de la conciencia humana.—16. El Evangelio, segun el racionalismo. Primeros años de la vida de Jesucristo.—17. El Jesus de los racionalistas en Galilea.—18. El Jesus de los racionalistas en Jerusalem. Invencion póstuma de la Eucaristia.—19. Ultimo año del Jesus de los racionalistas. Demencia caracterizada.—20. Seudo-resurreccion de Lázaro. Muerte del Jesus de los racionalistas. Su no resurreccion.—21. El Jesus de los racionalistas no es ni Dios, ni hombre, ni aun un héroe de novela aceptable.—22. El Jesus del racionalismo adorado por su autor.—23. Base histórica y filosófica del sistema racionalista.—24. San Papias.—25. Los <i>Logias</i> de San Mateo.—26. Texto íntegro de San Papias.—27. Sentido real de la palabra <i>Logia</i> .	
§ III. JESUCRISTO.	94
28. Pobreza del programa racionalista.—29. El nombre de Jesucristo. El Cristo en el mundo antiguo —30. El Cristo en el Antiguo Testamento.—31. El Cristo en las profecías.—32. Imposibilidad de una usurpacion del papel mesiánico.—33. Jesus, Salvador en el día.—34. Jesus, Salvador en la historia moderna.—35. Jesus, Salvador ante el Cristianismo. Lo que habria que destruir, antes de tocar á la divinidad de Jesucristo.	

CAPITULO II.

PREPARACION EVANGÉLICA.

SUMARIO.

§ I. VISION DE ZACARÍAS.	106
1. Zacarias, padre de San Juan Bautista. El Angel Gabriel en el Alfar de los Perfumes.—2. Pruebas extrínsecas de la autenticidad de la narracion Evangelica.—3. Pruebas intrínsecas de la autenticidad de la narracion Evangelica.—4. Ceremonia de la adustion del incienso, en tiempo de Zacarias.—5. Conformidad de la narracion Evangelica con las prescripciones rituales.	

§ II. ANUNCIACION.	113
6. El mensaje del Angel á la Virgen de Nazaret.—7. <i>Ave Maria</i>	
§ III. LA INMACULADA VIRGEN MARIA.	116
8. Tradiciones universales sobre la Virgen Madre.—9. El culto de Maria y el protestantismo.—10. Historia tradicional de Maria.—11. Ana y Joaquin.—12. Concepcion inmaculada de Maria.—13. Natividad de Maria.—14. Presentacion y educacion de Maria en el Templo. Los desposorios.	
§ IV. VISITACION. NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA.	126
15. Visitacion. <i>Magnificat</i> .—16. Critica racionalista.—17. Nacimiento y circuncision de San Juan Bautista.—18. Nudo de los dos Testamentos.—19. Sospechas de San José. Matrimonio virginal	
§ V. EL EMPADRONAMIENTO DEL IMPERIO.	132
20. Objeciones generales de los racionalistas.—21. Testimonio de Augusto que confirma la realidad del empadronamiento mencionado por el Evangelio.—22. Testimonios idénticos de Tácito, Suetonio y Dion Casio.—23. Testimonio idéntico de Tertuliano.—24. Testimonio inesperado é involuntario del racionalismo moderno.—25. Una dificultad cronológica que resulta de una diferencia de diez años entre la fecha de Josefo y la de San Lucas. Texto griego de San Lucas.—26. Traducion de San Lucas, segun la Vulgata. Solucion. Testimonio de San Justino y de Tertuliano.—27. Belen. La verdadera Casa del Pan: . . .	
§ VI. EL VIAJE Á BELEN.	155
28. ¿Era Jesus de la familia de David?—29. Forma del censo segun la ley romana.—30. Pruebas históricas de la realidad del viaje á Belen.—31. El judío Triphon.—32. Conclusion.	
§ VII. GENEALOGÍA DE JESUCRISTO.	165
33. Diferencia de las dos genealogías de San Mateo y de San Lucas.—34. Importancia de las genealogías en los Hebreos.—35. Solucion de la cuestion de las dos genealogías Evangélicas.—36. Conclusion.	

CAPITULO III.

DIVINA INFANCIA.

SUMARIO.

§ I. LA NATIVIDAD.	174
1. Narracion evangélica de la Navidad.—2. Las divinas Magnificencias del Establo.—3. El racionalismo moderno quiere que naciese Jesucristo en Nazareth.—4. Pruebas intrínsecas de la verdad del relato evangélico. El <i>Primogenitus</i> , entre los Hebreos.—5. <i>Invenietis infantem positum in prasepio</i> .—6. Pruebas extrínsecas de la narracion evangélica.—Antigüedad de la peregrinacion de Belen.—7. Testimonios históricos. Conclusion.	
§ II. CIRCUNCISION. PRESENTACION EN EL TEMPLO.	199
8. Los ritos hebraicos de la Circuncision.—9. El Nombre.—10. Purificacion de Maria en el Templo de Jerusalem. El anciano Simeon. La profetisa Ana.—11. Ceremonias rituales de la Purificacion.—12. Milagro de autenticidad de la narracion evangélica. El séquito del Dios niño, en el templo de Jerusalem.	
§ III. LOS MAGOS, HUIDA Á EGIPTO.	195
13. Adoracion de los Magos. Partida de la Santa Familia para Egipto.—14. Denegaciones racionalistas.—15. La Estrella de los Magos esperada por todo el universo, en la época del nacimiento de Jesucristo.—16. ¿Dónde ha nacido el nuevo rey de los Judíos?—17. Realidad de la narracion evangélica.—18. Conclusion.	
§ IV. DEGOLLACION DE LOS INOCENTES.	202
19. Política de Herodes relativamente á los Magos.—20. Degollacion de los niños de Belen.—21. <i>Salvete, flores Martyrum!</i>	
§ V. LA VUELTA Á EGIPTO.	207
22. Últimas crueldades y muerte de Herodes.—23. Testamento y funerales de Herodes.—24. El Angel del regreso. Advenimiento de Arquelao en Judea.—25. Rebelion en el Templo de Jerusalem durante las solemnidades de Pascua.—26. Regreso de la santa Familia á Nazareth.	
§ VI. REDUCCION DE LA JUDEA Á PROVINCIA ROMANA.	214
27. Reparticion de Palestina entre los hijos de Herodes, por Augusto.—28. De-	

- posicion de Arquelao, por Augusto. Reduccion de la Judea á provincia romana.
 —29. Empaíronamiento definitivo de la Judea por Quirino.
 § VII. JESUS EN MEDIO DE LOS DOCTORES. 217
 30. El Niño perdido y hallado en el Templo. La educacion de Jesus segun los
 racionalistas.—31. Pretendidos hermanos y hermanas de Jesus.—32. Imposi-
 bilidad de introducir en la narracion evangélica los pretendidos hermanos y
 hermanas de Jesus.—33. ¿Eran hijos de Maria los hermanos de Jesus nombra-
 dos en el Evangelio?—34. Sentido de la palabra «hermanos» en estilo hebraico.
 —35. Los hermanos oscuros de Jesus.

CAPITULO IV.

PREPARACION AL APOSTOLADO.

SUMARIO.

- § I. DIEZ Y OCHO AÑOS DE VIDA OSCURA EN NAZARETH. 227
 1. Vida oculta de Jesucristo. Fecundidad divina de esta inaccion aparente.—2.
 Sucesion de los gobernadores romanos en Jerusalem. Muerte de Augusto. El
 emperador Tiberio. Anas y Caifás. Poncio Pilatos —3. Muerte de San Josef.
 § II. PREDICACION DE SAN JUAN BAUTISTA. 231
 4. El Precursor.—5. Autenticidad del relato Evangélico. Sincronismo.—6. Dis-
 cursos de San Juan Bautista.—7. Diputacion de los Fariseos de Jerusalem á San
 Juan Bautista. Recibe Jesus el bautismo en las aguas del Jordan.—8. Testimo-
 nios de la historia profana relativos á San Juan Bautista.
 § III. AYUNO Y TENTACION. 239
 9. Relato evangélico de la tentacion de Jesucristo en el desierto.—10. Ayuno de
 Jesucristo.—11. Pretendida rehabilitacion de Satanás por el racionalismo mo-
 derno.—12. Verdadero carácter de la tentacion de Jesus. El hombre no vive
 solamente de pan.—13. Paralelismo de la tentacion de Jesucristo con la del
 Eden.
 § IV. PRIMERA VOCACION DE LOS APOSTOLES. 245
 14. Andrés y Juan, hijos de Zebedeo, y Simon, hijo de Jonás, ven por vez prime-
 ra á Jesucristo.—15. Los pescadores, «Apostoles futuros» —16. Felipe y Natha-
 nael.—17. Caracteres milagrosos de la vocacion de Nathanael.
 § V. LAS BODAS DE CANÁ. 250
 18. Narracion evangélica de las bodas de Caná.—19. Intervencion de Maria en
 la primer manifestacion de la divinidad de Jesus.—20. El *Architrictinio*.—21.
 Carácter patente del milagro de Caná.—22. Sentido divino del milagro.

CAPITULO V.

PRIMER AÑO DE MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

- § I. LA PRIMERA PASCUA. 262
 1. Arroja Jesus á los vendedores del Templo.—2. El tráfico en el Templo de Je-
 rusalem.—3. Autenticidad de la narracion evangélica.—4. Las necesidades
 exegéticas de nuestra época.—5. Conversacion de Jesucristo con Nicodemo.—
 6. Preocupaciones nacionales de los doctores de la ley.—7. Verdadero reino
 del Mesías.—8. Testimonio de San Juan Bautista. El amigo del Esposo.—9.
 Interpretacion de las palabras de San Juan Bautista. Costumbres judías. Hu-
 mildad del Precursor.
 § II. LA SAMARITANA. 273
 10. Narracion evangélica de la conversion de la Samaritana.—11. Jesus fatigado
 del camino —12. Jesus, el divino solicitador de las almas.—13. *¿Si scires do-
 mum Dei?*—14. La primera confesion en el brocal del pozo de Jacob.—15. El
 alma convertida.—16. Milagro de la profecia —17. Milagro de la doctrina.—
 18. Conclusion.
 § III. VOCACION DEFINITIVA DE PEDRO. 283
 19. El hijo del oficial real de Cafarnaum.—20. Vocacion definitiva de Pedro,
 Andrés, Santiago y Juan.—21. La pesca milagrosa.

§ IV. PRISION DE SAN JUAN BAUTISTA.	297
22. Herodes Antipas se desposa con Herodias, su sobrina.—23. Es encarcelado Juan Bautista por Herodes Antipas en Maqueronta.	
§ V. JESUS EN CAFARNAUM.	299
24. Autoridad de la enseñanza de Jesus.—25. El día del sábado en Cafarnaum. El endemoniado de la Sinagoga.—26. Exposición sumaria de los principios teológicos relativos á los poseídos del demonio.—27. Teoría racionalista.—28. Discusión del milagro evangélico obrado sobre el demoníaco de Cafarnaum.—29. Inanidad de la hipótesis racionalista.—30. Curación de la suegra de Simon.—31. La tarde del sábado en Cafarnaum.	
§ VI. JESUS EN NAZARETH.	300
32. Relato evangélico de la predicación de Jesus en Nazareth.—33. Las sinagogas judías en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo.—34. «Nadie es profeta en su patria.»—35. Realización de la profecía de Isaías en la persona de Jesucristo.—36. La primera homilía cristiana.	
§ VII. SERMON DE LA MONTAÑA.	305
37. Las ocho bienaventuranzas.—38. La ley antigua y la nueva.—39. La ley del juramento. La ley del talion. Amor á los enemigos.—40. Limosna y buenas obras. Oración dominical.—41. Ayuno. El Lis de los campos. La Providencia.—42. La viga y la paja. Los falsos profetas. Las palabras y las obras.—43. Idea general del Sermon de la Montaña.	
§ VIII. MILAGROS EN CAFARNAUM.	315
44. El leproso de Cafarnaum.—45. El paralítico en casa de Simon-Pedro.—46. «Vuestros pecados os son perdonados.»—47. Vocación de San Mateo. La comida en casa del Publicano. Murmuraciones de los Fariseos y de los Doctores de la ley.—48. La hemorroisa. Resurrección de la hija de Jairo.—49. Doble carácter de autenticidad y de perpetuidad de los milagros del Evangelio.	

CAPITULO VI.

SEGUNDO AÑO DE MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

§ I. SEGUNDO VIAJE Á JERUSALEN.	329
1. Los dos ciegos. El mundo poseído del demonio.—2. Explicación racionalista de los milagros del Salvador.—3. La medicina científica en Judea. Sistema irrisorio de los racionalistas.—4. El paralítico curado en la piscina Probática.—5. Topografía de la piscina Probática.—6. Testimonios históricos relativos á la piscina Probática.—7. La piscina Probática y la enseñanza de la Iglesia.—8. Pruebas intrínsecas de la realidad del milagro obrado en el paralítico.—9. Discursos de Jesus á los Judíos de Jerusalem.—10. Revelación teológica que contienen los discursos de Jesus.—11. Proclama Jesus su divinidad.—12. Economía divina del misterio de la Encarnación.	
§ II. REGRESO Á GALILEA.	344
13. Caracteres intrínsecos de autenticidad de la narración evangélica.—14. Los discípulos de Jesus en un campo de trigo granado.—15. El sábado segundo-primero.—16. Curación en día de sábado del hombre de la mano seca.	
§ III. VOCACION DE LOS DOS APÓSTOLES.	351
17. Vocación de los doce.—18. Instrucciones de Jesucristo á sus Apóstoles. Misión divina.—19. Perpetuidad, en el seno de la Iglesia, de la enseñanza y de las instituciones de Jesucristo.—20. La Extrema-Unción.	
§ IV. CAFARNAUM.	357
21. El sermón de Jesus en el llano. Desfallecimiento de Jesus en Cafarnaum.—22. El Hijo del Hombre.—23. El Hijo de Dios.—24. El criado del Centurion.	
§ V. ESCURSION Á GALILEA.	364
25. Resurrección del hijo de la viuda de Naim.—26. Autenticidad intrínseca de la narración Evangélica.—27. El racionalismo y el resucitado de Naim.—28. Los discípulos del Precursor enviados á Jesus. Elogio de San Juan Bautista por el Salvador.—29. Nadie fue mas grande que San Juan Bautista entre los hijos de las mujeres.—30. Las ciudades malditas.—31. Cumplimiento de la profecía del Salvador relativa á las ciudades malditas.—32. Elección de los setenta y dos discípulos.—33. El sacerdocio en la Iglesia. El yugo del Evan-	

- gelio.—34. La pecadora en casa del fariseo Simon. Las santas mujeres.—35. Identidad de la pecadora del Evangelio con Maria Magdalena.—36. Curacion del demoniaco mudo. Parábola del valiente armado.—37. La lucha entre el Verbo encarnado y Satanás, príncipe del mundo.—38. El signo de Jonás. Prediccion de la muerte y de la resurreccion del Hijo del hombre.
- § VI LAS PARÁBOLAS. 380
39. Parábola del sembrador.—40. Interpretacion dada por el Salvador á esta parábola.—41. Parábola de la cizaña.—42. Parábola de la mies y los trabajadores.—43. Parábola del grano de mostaza.—44. Parábolas de la levadura, del tesoro oculto, de la perla y de la red.—45. Carácter divino de las parábolas.—46. La tempestad calmada en el lago de Tiberiades.—47. La barca de la Iglesia y las tempestades sociales.
- § VII MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA. 386
48. El festin ensangrentado. La bailarina Salomé. La festividad de San Juan Bautista.—49. Caracteres intrínsecos de verdad de la narracion Evangélica. Pormenores tradicionales.

CAPITULO VII.

TERCER AÑO DE MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

- § I. LOS GERASENOS. 389
1. Los endemoniados de Gádara.—2. Autenticidad de la narracion evangélica. Pormenores topográficos.—3. Particularidades de la narracion evangélica.—4. Caracteres de las posesiones demoniacas.—5. Imposibilidad material de convivencia previa.—6. La lógica de Satanás y la lógica de Jesucristo.—7. El endemoniado de Gádara, figura del mundo pagano.
- § II. EL PAN DEL CIELO. 401
8. Primera multiplicacion de los panes.—9. Autenticidad del milagro.—10. Jesús anda sobre las olas. Siguele Pedro.—11. La primacia de Pedro.—12. El pan eucarístico.—13. Caracteres de autenticidad intrínseca de la narracion evangélica. El pan bajado del cielo.
- § III. LOS FARISEOS. 411
14. La ablucion farisáica de las manos antes de la comida.—15. Las observancias farisáicas.—16. Las maldiciones contra los Fariseos y los Escribas.—17. Juramentos farisáicos.—18. La señal en el cielo. Segunda multiplicacion de los panes. La levadura de los Fariseos.
- § IV. ESCURSION Á FENICIA. 420
19. Herodes Antipas.—20. Un tumulto en Jerusalem. La torre de Siloe.—21. La Cananea.—22. Los hijos de la Cananea. La fe entre los Gentiles.
- § V. REGRESO Á LA DECAPOLIS. 424
23. El sordo-mudo de la Decápolis y el ciego de Bethsaida.—24. La administracion del bautismo en la Iglesia Católica.—25. *Tu es Petrus*.—26. La confesion de San Pedro.—27. Jesús predice su pasion y su muerte.
- § VI. LA TRANSFIGURACION. 430
28. Narracion evangélica de la transfiguracion.—29. La primacia y la humildad de Pedro.—30. La transfiguracion permanente.—31. El racionalismo y el milagro de la transfiguracion.—32. Identificacion de la montaña de la Transfiguracion con el Thabor.—33. El endemoniado de *Dabireh*.—34. La teoría evangélica del milagro.
- § VII. ÚLTIMO VIAJE Á CAFARNAUM. 438
35. El didracma para el Templo de Jerusalem.—36. El racionalismo y el milagro.—37. La infancia evangélica.—38. *Quasimodo geniti infantes*.—39. Los concilios.—40. Congregaciones y conventos.—41. Parábola del acreedor implaceable.—42. Los servidores inútiles.

CAPITULO VIII.

JERUSALEN.

SUMARIO.

- § I. SALIDA DE GALILEA. 449
1. Los *hermanos* de Jesús y la fiesta de los Tabernáculos.—2. Argumentacion

- del racionalismo á propósito de los «hermanos oscuros» de Jesus.—3. Refutación.—4. La incredulidad de Nazareth y la divinidad del Salvador. Los descendientes de los *hermanos de Jesus* en presencia de Domiciano.—5. El divino: «Es preciso» de la pasión de Jesucristo.—6. Los diez leprosos en el territorio de Samaria.—7. Autenticidad del milagro.
- § II. LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS. 457
8. Discurso de Jesus en el Templo.—9. Lógica del discurso de Jesus.—10. Carácter divino de las palabras del Salvador.—11. Carácter profético.—12. El Sanhedrin envía soldados á apoderarse de Jesus.—13. Las fuentes de agua viva abiertas por Jesucristo. El agua de la piscina de Siloe.—14. El Sanhedrin y Nicodemo.—15. Belen y Nazareth.—16. El huerto de los olivos y la oración.—17. Juicio de la mujer adúltera.—18. El rigorismo humano ante la misericordia de Jesucristo.—19. Autenticidad de la narración evangélica.—20. «Yo soy la luz del mundo.»—21. Explicación de esta palabra por San Agustín.—22. «Yo soy antes que Abraham fuese.»—23. Milagro de la divina profundidad del discurso de Jesus.—24. La verdad y la libertad.
- § III. EL CIEGO DE NACIMIENTO. 483
25. Narración evangélica de la curación del ciego de nacimiento.—26. El capítulo de los milagros en el Evangelio del racionalismo.—27. Carácter intrínsecos de autenticidad de la narración evangélica.—28. El racionalismo y la lógica aristotélica.—29. La lógica del ciego de nacimiento.
- § IV. PARÁBOLAS. 490
30. Parábola del Buen Pastor.—31. Un solo redil, un solo pastor.—32. Parábola del buen Samaritano.—33. Creación evangélica de la idea y del término de «Pródigo.»—34. El *reguero de sangre* en el camino de Jerusalén á Jericó.—35. La herencia entre dos hermanos. Parábolas de los servidores vigilautes y del Mayordomo infiel.—36. El reino dado por Dios á la Iglesia.—37. Pormenores de costumbres locales.
- § V. LA FIESTA DE LAS ENCENIAS. 503
38. Narración evangélica.—39. Nombre y origen de la fiesta de las Encenias.—40. El pórtico de Salomón.—41. Armonía de la narración evangélica con las costumbres y las leyes judaicas.

CAPITULO IX.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE MINISTERIO PÚBLICO.

SUMARIO.

- § I. VIAJE DE JESUS Á LA PEREA. 512
1. Marta y María. La acción y la contemplación.—2. La mujer encorvada durante diez y ocho años.—3. Comida en casa de un jefe de los Fariseos. El hidrópico. El banquete de los pobres. Parábola de la cena ofrecida por el padre de familia.—4. Exposición del milagro verificado en el hidrópico.—5. Los primeros sitios en el festín.—6. La caridad cristiana.—7. Del número de los escogidos.—8. Parábolas de la Torre y del rey que emprende una guerra.—9. Sentido de las dos parábolas.—10. El buen pastor. La dracma perdida.—11. El hijo pródigo.—12. Explicación de la parábola.—13. Parábola del administrador infiel.—14. El racionalismo y la parábola evangélica.—15. El Evangelio sustituido á la ley y á los profetas.—16. Pregunta de los Fariseos sobre el divorcio.—17. Milagrosa potestad de la doctrina de Jesus.—18. Jesus y los niños.—19. Un joven noble y rico á los pies de Jesus.—20. Los tres consejos evangélicos.—21. La pregunta ambiciosa de los hijos de Zebedeo y de su madre.—22. Interrogación de los Fariseos relativamente al advenimiento del reino de Dios.—23. Primera interpretación de la respuesta del Salvador.—24.—Segunda interpretación.—25. La pobre viuda y el mal juez. El Fariseo y el Publicano.—26. Parábola de los viñadores y del padre de familia.—27. Pormenores de costumbres locales.—28. Parábola del rico avariento y del pobre Lázaro.—29. Aplicación histórica de la parábola.
- § II. RESURRECCION DE LÁZARO. 563
30. Enfermedad y muerte de Lázaro en Bethania. Mensaje de las dos hermanas á Jesus.—31. Lúgubre comedia inventada por Woolston y reproducida por el racionalismo actual.—32. Imposibilidades materiales.—33. Imposibilidades

morales.—34. Llegada de Jesus á Bethania. Las dos hermanas de Lázaro.—	
35. Los funerales y el luto entre los Judíos.—36. La hipótesis racionalista y	
las realidades evangélicas.—37. Resurreccion de Lázaro. <i>Jamfatet</i> .—38. Mo-	
numentos y tradiciones.	
§ III. ESCOMUNION.	569
39. Sentencia de muerte pronunciada por el Sanhedrin contra Jesus.—40. El	
reino de Jesus.—41. La escomunion entre los Judíos.—42. La ley de purifi-	
cacion antes de la Pascua.	
§ IV. REGRESO Á JERUSALEN.	574
43. La ciudad inhospitalaria.—44. Jesus predice por tercera vez su muerte y su	
resurreccion.—45. Zaqueo.—46. Parábola de las diez minas de plata.—47. La	
parábola y la historia judaica.—48. Aplicacion de la parábola.—49. Barti-	
meo, el ciego de Jericó.—50. El festin de Bethania. Maria Magdalena y el	
vaso de alabastro.—51. Pruebas de autenticidad intrinseca.—52. Escomunion	
de Lázaro por el Sanhedrin.—53. Entrada triunfal de Jesus en Jerusalem.	

CAPITULO X.

LA SEMANA SANTA.

SUMARIO.

§ I. LUNES SANTO.	589
1. Situacion de los espiritus en Jerusalem.—2. Vuelta de Jesus al Templo. Solici-	
tan hablarle varios extranjeros.—3. ¿Quiénes eran estos extranjeros?—4. Res-	
puesta de Eusebio á esta pregunta.—5. La narracion de Eusebio es desechada	
como apócrifa por la critica moderna.—6. Descubrimiento de un monumento	
que confirma la autenticidad del relato de Eusebio.—7. Texto de la <i>Historia de</i>	
<i>Armenia</i> , por Moisés de Corene. La tradicion victoriosa de los argumentos de	
la critica moderna.	
§ II. MARTES SANTO.	601
8. La higuera maldita en el camino de Bethania. Objeciones del racionalismo.—	
9. La estacion de los higos.—10. Sentido de la parábola en accion, de la hi-	
guera maldita.—11. Origen del poder de Jesus. Parábola de los dos hijos.—	
12. Parábola de los viñadores y del Padre de familia.—13. Parábola del festin	
nupcial.—14. «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.»—	
15. Falta de inteligencia de la exégesis racionalista.—16. Los saduceos y la	
resurreccion de los muertos.—17. El mandamiento mayor.—18. Ultimo ana-	
tema contra los Escribas y los Fariseos. El cepillo de las ofrendas. La pobre	
viuda.—19. Profecia de la ruina de Jerusalem.—20. Autenticidad de la profe-	
cia evangélica.—21. El fin del mundo.—22. Parábola de las diez Virgenes.—	
23. Juicio final.	
§ III. MIÉRCOLES SANTO.	624
24. La higuera maldita en la vispera, queda completamente estéril.—25. El	
conciábulo del Sanhedrin. Judas Iscariote vende á su Maestro.	
§ IV. JUEVES SANTO.	626
26. Preparacion de la última Pascua. El <i>Parasceve</i> . El Cenáculo. Jesus lava los	
pies á los Apóstoles.—27. La Cena Pascual segun el ritual judaico.—28. Ins-	
titucion de la Eucaristia.—29. Jesus revela á los Apóstoles la traicion de Ju-	
das y designa al traidor á San Pedro y á San Juan.—30. Confirmacion de la	
primacia conferida á San Pedro.—31. Prediccion de la caida de San Pedro.	
Promesa de enviar el Espíritu Santo á los Apóstoles.—32. Salida del Cenáculo.	
La verdadera viña. Últimas enseñanzas. Acto de fe de los Apóstoles.—33. El	
torrente Cedron. Oracion de Jesus.	

CAPITULO XI.

PASION.

SUMARIO.

§ I. EL SUDOR DE SANGRE.	613
1. La agonía y el sudor de sangre.—2. Divinidad de Jesus.—3. Una palabra de	

Bossuet sobre la agonía del Salvador.	
§ II. EL DESO DE JUDAS ISCARIOTE.	647
4. Judas en el huerto de Gethsemani.—5. Ensayo de rehabilitación de Judas y del Sanhedrin por el racionalismo.—6. Refutación.—7. Papel de Judas Iscariote en el arresto de Jesús.	
§ III. ANAS Y CAIFÁS.	653
8. Arresto de Jesús. El joven discípulo.—9. Jesús ante Anás. Primera reunión de los Sacerdotes y de los Ancianos en casa de Caifás.—10. La sentencia de Caifás y el racionalismo moderno.—11. Las tres negaciones de San Pedro.	
§ IV. PONCIO PILATOS.	659
12. Segunda reunión del Sanhedrin en casa de Caifás. Es conducido Jesús al pretorio de Pilatos.—13. Suicidio de Judas Iscariote.—14. Las turbas ante el pretorio de Pilatos.—15. Primer interrogatorio de Jesús por Poncio Pilatos.—16. Jesús ante Herodes.—17. Barrabás.—18. Claudia Procula, mujer de Poncio Pilatos. Flagelación. <i>Ecce Homo</i> .—19. Último interrogatorio de Jesús por Poncio Pilatos.—20. Pilatos se lava las manos y pronuncia la sentencia de muerte.	
§ V. VIA-CRUCIS.	673
21. Primeras estaciones de la Via Dolorosa.	
§ VI. LA CRUZ DEL GOLGOTHA.	676
22. La crucifixión.—23. Las siete palabras de Jesús en la cruz. La muerte.—24. Prodigios acaecidos en la muerte de Jesús.—25. Confirmación de la narración Evangélica por la historia profana.	
§ VII. EL SEPULCRO.	685
26. El <i>Crurifragium</i> . La herida del Corazón de Jesús.—27. La sepultura por Josef de Arimatea y Nicodemo.—28. El sello de los Pontífices en el sepulcro de Jesús.	

CAPITULO XII.

RESURRECCION.

SUMARIO.

§ I. EL DIA DE LA RESURRECCION.	692
1. El Ángel de la resurrección. El último consejo de los Sacerdotes.—2. Pedro y Juan en el sepulcro.—3. Primera aparición de Jesús a María Magdalena.—4. Las santas Mujeres en el sepulcro. Segunda y tercera aparición de Jesús.—5. Cuarta aparición de Jesús a los Apóstoles reunidos.—7. La incredulidad de los Apóstoles, fundamento de la fe cristiana.	
§ II. LA OCTAVA DE LA RESURRECCION.	700
8. El sacramento de la Penitencia. La confesión auricular.—9. Tomás, sobrenombrado Didymo.	
§ III. REGRESO A GALILEA.	705
10. La aparición en las orillas del lago de Tiberiades. Última pesca de San Pedro.—11. Adhesión de San Pedro.—12. Confirmación de la primacía dada a San Pedro.—13. El primer papa.—14. Aparición de Jesús a quinientos discípulos reunidos en el Tabor.	
§ IV. ASCENSION.	709
15. Autoridad conferida a los Apóstoles sobre todo el universo.—16. Promesa del Espíritu Santo.—17. Ascension.	

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

<u>LÁMINAS.</u>	<u>PÁGINAS.</u>
I. Moisés.	VII
II. Jesucristo.	33
III. Jerusalen.	258
IV. Interior de la puerta de oro en Jerusalen.	261
V. Entrada á la Iglesia del Santo Sepulcro.	685
VI. Capilla del Santo Sepulcro.	691

ERRATAS NOTABLES.

PAG.	LIN.	DICE.	LI ASE.
XII	14	la inmortalidad.	la immoralidad
XXVI	1	consideran.	considerarian
34	12	verbo.	Verbo
45	49	vosotros. Asi.	vosotros: Asi
89	8	Terapenticos.	Terapentas
91	13	equivalente). No pod'ia. . .	equivalente, no podia
157	9	desdeñoso. « Véase. . .	desdeñoso, « véase
189	30	(Siguen las cuatro líneas primeras de la pág. 191.)	
206	35	veinte varones.	veinte varones por año
217	16	solemnidad Acabados. . .	solemnidad, acabados
275	23	¿por qué los judíos etc. . .	(sin interrogante).
307	30	pide.	espide.
337	18	adoptarias.	adaptarias.
388	38	el cielo.	el ciclo
599	7	afectos.	efectos
419	27	oidos sin ver.	oidos sin oír
422	6	costar.	cortar
501	23	en nuestro.	á nuestro
id.	24	en tiempo.	al tiempo
574	21	muchedumbre.	mansedumbre
576	25	Zacarías.	Zaqueo
620	24	describir.	escribir
626	12	en relacion proporcionada. .	en relacion
663	26	comprendiste.	no comprendiste